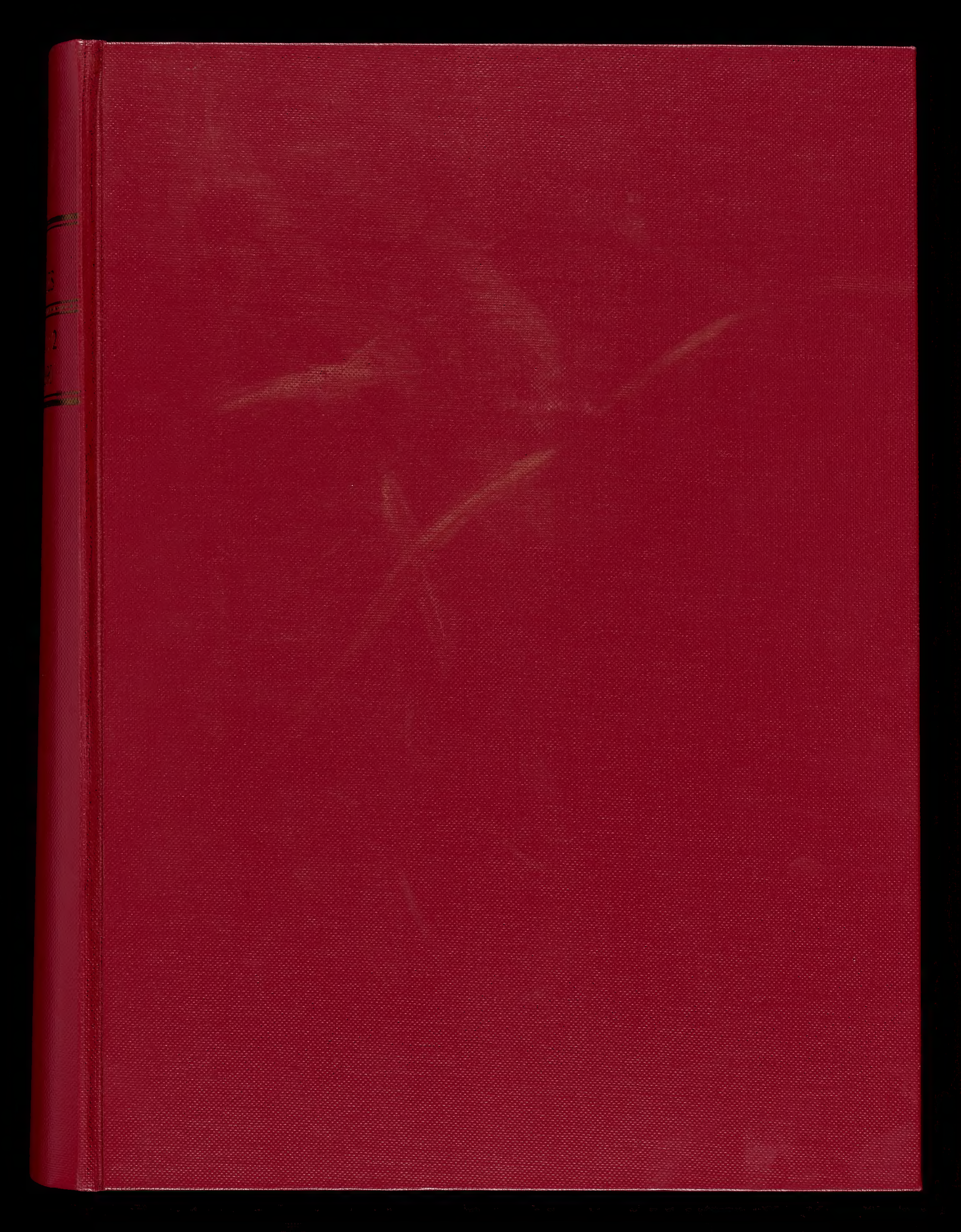


F. H.

LOS MADRILES

1888 1889

TOMO I.°

1777 Ilustraciones

A. Pons

LOS MADRILES

TOMO I

Números 1 al 65. — **ÍNDICE GENERAL** — Años 1888-89.

TEXTO

Prosa.

Verso.

ILUSTRACIONES

En litografía, á dos tintas.

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

Por A. Pons.

DIBUJOS

OCHENTA Y NUEVE DIBUJOS, aplicaciones y viñetas de litografía *á la goma* en blanco y colores, ilustrando los anuncios y apuntes biográficos de las caricaturas.

Fotograbados.

RETRATOS

871 FOTOGRABADOS distribuídos en los 65 números que forman este tomo, representando vistas de monumentos, alegorías marginales y centrales, letras de adorno, ilustraciones de varios cuentos y artículos, del *Diario cómico*, etc., etc., reproducidos de dibujos á la acuarela, carbón, lápiz, pluma, autografías, fotografías, Gillot, etc., originales de Blanco Coris, Cilla, Cuchy, García, Palatín (L), Pedrero, Pons, Rossi y otros artistas nacionales y extranjeros.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

LOS MADRILES

Revista semanal

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
6 de Octubre de 1888
NÚMERO 1.º

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

FEDERICO BALART

Nació Balart en Murcia en 1840.

Empezó en el *Gil Blas*, junto á Rivera, Blasco y Roberto Robert, y en aquel periódico hizo la mayor parte de sus críticas, modelo del género.

La revolución hizo de Balart hombre político, y le confió importantísimos puestos; no mucho después de aquélla cayó sobre el primero de nuestros críticos una inmensa desventura, que le hizo renunciar á las letras.

Murió la compañera de su vida, y desde entonces Balart, en toda la madurez de su talento y sus facultades, abandonó la literatura para siempre.

Los Madriles envía al maestro la expresión de la más viva simpatía y del más cariñoso respeto.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

A. Pons

DIARIO CÓMICO

Día primero de Octubre de 1888.

Comenzamos esta *Crónica* en un día nefasto.

El día primero cayó un rayo.

Mejor dicho, un chaparrón de rayos.

¡Buen principio de semana, y ahorcaban en lunes!

El Gobernador de la provincia ejerció de Júpiter, y lanzó contra las Empresas de Apolo y Eslava una descarga eléctrica, á propósito de la falta de la luz ídem, en ambos coliseos.

El representante de uno de ellos reunió á la Compañía, que estaba toda en conmoción, y la habló en estos términos.

«Señoras y señores: el negocio de este teatro iba viento en popa; pero acabo de recibir un oficio del señor Gobernador relativo al alumbrado, y no tenemos más remedio que *recoger velas.*»

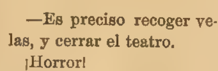
Un suspiro de satisfacción se escapó de todos los pechos.

—¡Recoger velas!... ¡Eso quiere decir que nos alumbraremos con bujías!

—¡Mejor! Los cabos para casa.

Una corista (insinuándose): ¡Naturalmente!...

El representante (continuando):



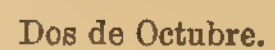
—Es preciso recoger velas, y cerrar el teatro.

¡Horror!

Aquello fué el rayo.

El representante les habló después de lámparas incandescentes, de arcos voltaicos, de dinamos y de acumuladores...

—Hágame usted el favor: ¿qué es eso de los dinamos?... dijo la tiple al tenor.
—¡Señora, que no cobramos! ¡No hay explicación mejor!



Dos de Octubre.

Vivimos de milagro.

¿No se han enterado ustedes de la colección de besugos que se colaron ese día en la villa y corte?

Todos averiados.

En mal estado, para la venta.

¡Putrefactos!

Y lo afirmo con datos oficiales.

Dice *La Correspondencia*:

«El Sr. Martínez Madrid ha decomisado hoy 49 lenguas malas.»

¿Malas lenguas?

¡En cualquier Círculo político, científico, artístico ó literario se decomisan muchas más en menos tiempo!

Luego añade:

Cuatro arrobas de callos.

¿Cuántos pedícuros harían falta para extirparlos todos?

Y sigue:

25 perdices, 32 palominos... ¡y 17 arrobas de besugos!

¡Cuidado si son besugos!

¡Y todos oliendo mal!

Y para desengrasar, en la misma plana, escribe:

«El sultán de Marruecos padece de hemorroides.»

¡Díganme ustedes si hay estómago que resista esto!

—

Día 3.

Doña Telesfora está verdaderamente alarmada.

Ocupa en la calle de la Gorguera un piso cuarto interior, con vistas al motor de la luz eléctrica establecido en el teatro de la Comedia, y la trepidación, según dice, no la deja vivir en paz, ni á ella ni á sus hijas.

A las niñas, sobre todo.

Cuatro pimpollos que están á todas horas dándose polvos de arroz y no consiguen tener la cara blanca, porque, según afirman, se les caen los polvos con las sacudidas del malhadado aparato.

Y como ellas son muy morenas *de suyo*, la mamá, agitando la opinión pública, ha conseguido que varios vecinos de dicha calle se presenten á la primera Autoridad municipal, protestando contra la instalación de un artefacto que no permite que las niñas estén blancas.

Se asegura que el novio de una de las chicas, que es promotor fiscal, entablará la querella en debida forma.

¡Un promotor luchando contra un motor, simple!

Las ventajas están de parte del primero.

Y verán ustedes si la queja prospera, y las niñas se salen con su gusto, y el teatro de la Comedia se queda á oscuras, cómo el simpático empresario, renegando de las espolvoreadas vecinas, exclama con amarga desesperación:

¡Aquellos polvos traen estos lodos!

Y cobrará un justificado horror á todas las borlas, especialmente á las que adornan los bastones de la autoridad.

Y las actrices de su Compañía tendrán desde entonces que darse los polvos con un fuelle.

O con otro aparato cualquiera.

—

El señor Delegado
de la limpieza,
estrena hoy carretillas
cerradas, nuevas.
¡Bien por Zozaya!
¡No hay concejal que raye
donde éste raya!

—

Estamos á 4.

Prohibe el Alcalde la entrada en los cementerios del Norte y del Sur á causa de su estado ruinoso.

Dos viudas inconsolables y un conocido yerno piensan protestar de la medida.

Porque, lo que ellos dicen:

¡Cómo hemos de llorar ahora sobre esas tumbas queridas!

—

Comienza hoy el reparto á domicilio de las papeletas del arbitrio sobre los perros.

Los vecinos ponen cara de ídem al recaudador.

Y ocultan los *canes* entre los colchones de la cama para ahogar sus ladridos denunciadores.

Pero hay recaudador que los huele.

Y les ladra.

Descubierto el *matute*, no hay más remedio que pagar.

Hay algunos perritos, sin embargo, que, acostumbrados á dormir entre sábanas, no denuncian á sus dueñas.

Porque éstos, generalmente, son perrillos de señora.

Se dan casos también en que las denuncian.

¡Ya lo creo!

—

El día 5:

Malas impresiones las de este día.

Un ómnibus atropella á un coche de punto en la calle de Alcalá.

De la berlina sacan los agentes del orden á una pobre señora mal herida y magullada.

Como la señora ha perdido el conocimiento, los guardias ignoran el nombre y el domicilio de la víctima, y deciden llevarla á la Casa de Socorro.

Un caballero que presencia la escena, fumando tranquilamente, y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, al ver que va á ser trasladada en otro carruaje, se acerca y dice:

—Esa señora se llama doña Restituta López, y vive en la calle del Carnero, 89, principal.

—¡Ah! ¿La conoce usted?

—Mucho.

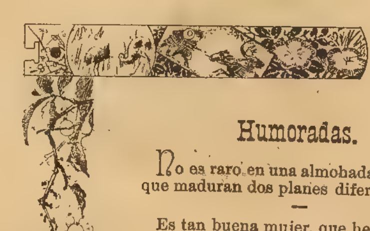
—¿Es alguna amiga de usted...?

—No, señor; es mi suegra.

E. Navarro Gonzalvo

SEÑORES...

Con el cariño especial
y la finura, y el tacto
en nosotros proverbial,
saludamos en el acto
á la Prensa, en general.
Y además, como es corriente,
en cualquiera forma y modo
que una ocasión se presente,
aquí estamos, para todo,
y hasta la pared de enfrente.



Humoradas.

No es raro en una almohada ver dos frentes
que maduran dos planes diferentes.

—

Es tan buena mujer, que he comprendido
que nunca hará feliz á su marido.

—

Después de bien pensado
fué mi tiempo perdido el más ganado.

—

¡Maldito mal el mío!
Si puedes, huye de él: se llama hastío.

—

Las niñas rezadoras que yo trato
nunca piden á Dios el celibato.

—

Es tan cierto el candor de tu belleza,
que ocultas sólo el alma en tu franqueza.

Campoamor

MADRID AL DETALLE

EL DESPACHO DE BILLETES

A un lado y otro del despacho mancha con radiantes colores el muro el abigarrado cartel de los toros. Empezando en el despacho mismo y dilatándose por el cuadro donde personas y vehículos desarrollan más movimientos en un segundo que se observan en una batalla de Neuville, ondea la cola de gente que aguarda obtener su localidad.

Un *charrán* madrileño, equivalente al de las playas andaluzas, forma un anillo más de la larga cola de gente, que trae á la memoria la de un nazareno de Sevilla. Su mano requiere el precio de la entrada con que habrá de ver al torero de su predilección salir envuelto en su traje de luces y cubierto por la capa de seda sembrada de arabescos de sol.

La plaza zumba con el estruendo del circo romano; pero el mártir se ha convertido en torero, y el león en recio toro que lleva en la punta de las astas la muerte.

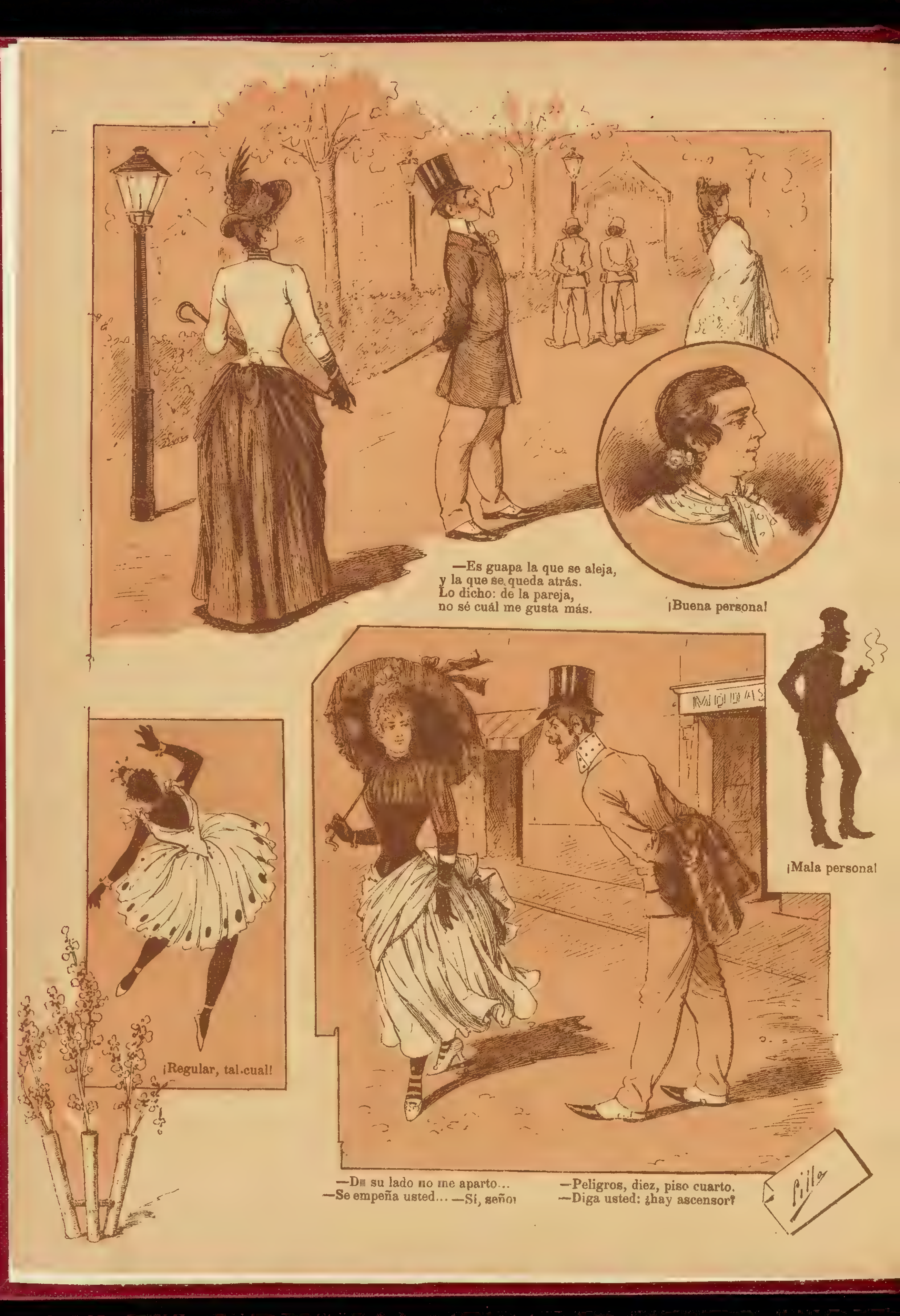
El pueblo se impacienta por el tardo comienzo de la corrida. Fuera, mil carruajes desembocan nuevos ríos de gente. El *charrán* tiembla de emoción como movible punto de azogue. Los vendedores de frutos clavan sus trescientos pregones en sus oídos; el grito de «¡ya empieza, ya empieza!» hace temblar de azoramiento sus fibras, como tiembla la sonaja en el ronco y árabe pandero.

Su mano oprime el puñado de piezas metálicas que le abrirá las puertas del circo. Ya se acerca emocionado al despacho, ya suelta su sonante puñado de cobre, ya coge el rameado billete... Como penetra el aire por los resquicios, cuélase por entre ruedas de vehículos y grupos de personas.

Penetra al fin en la plaza.

La cuadrilla rompe marcha como un escuadrón de estatuas de oro.

El *charrán* se abisma en aquel cuadro soberbio, y goza su derecho, comprado por unas monedas, de ver la muerte aterradora y trágica de un hombre...

Salvador Rueda

—Es guapa la que se aleja,
y la que se queda atrás.
Lo dicho: de la pareja,
no sé cuál me gusta más.

¡Buena persona!

¡Mala persona!

¡Regular, tal cual!

—De su lado no me aparto...
—Se empeña usted... —Sí, señor

—Peligros, diez, piso cuarto.
—Diga usted: ¿hay ascensor?

A CAZA DE REFORMAS

—¡Hombre, siempre bacalao!
¡Esto no lo han *reformao!*

Es preciso reformar
el trajín de saludar.

Solamente deseo
que en las reformas no me dejen feo.

—Todo me viene largo...
¡Y se habla de reformas sin embargo!

—¡Cuándo querrá Dios del cielo
que la reforma se implante,
y suba y baje estos cubos
el segundo comandante!

Quiere que le pongan coche
para el servicio de noche.

—Esta levita es una prenda fina.
—¡Cuidado con tocarme á la marina!

¡Tan contentos!

Ripios.

Estos conservadores son así.

Tienen allá sus alegrías, sus comilonas y sus jolgorios, y siempre es la pobre literatura la que paga los cascos.

Nótese que no digo *los vidrios rotos*, porque esta frase, aun cuando los académicos la ponen en su *Diccionario* como castiza, no es más que un repugnante galicismo.

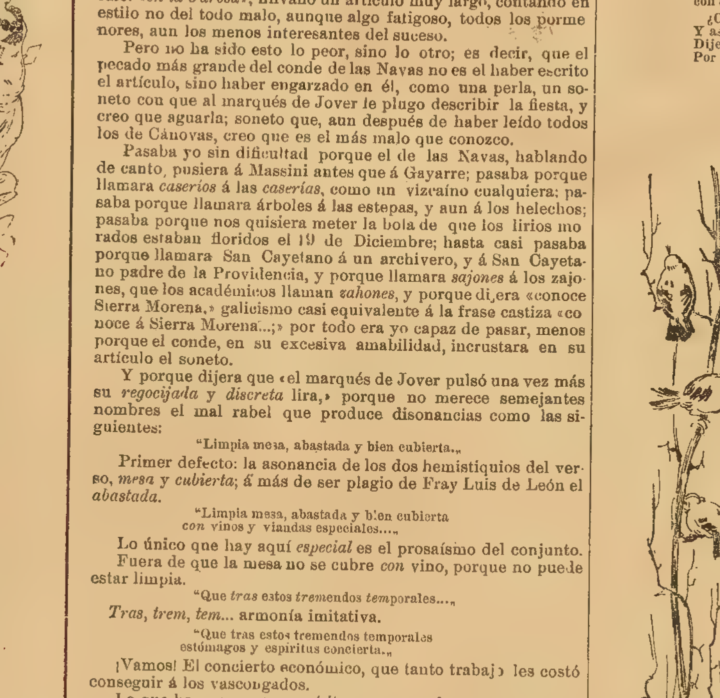
Ni siquiera es una buena traducción del francés, porque para serlo había de decir los *vasos* ó las *copas*, en lugar de los *vidrios*.

Volviendo á los conservadores, digo que siempre es la literatura la que sale perdiendo en todas sus fiestas.

Y luego, si sus excesos literarios no trascendieran fuera de las paredes del comedor donde los suelen perpetrar, mal y no tanto. Pero nunca falta algún periódico de la clase, por ejemplo, *La Epoca*, que por adular á los autores se encargue de imprimir y divulgar aquellos literarios extravíos y de agrandar considerablemente el daño.

Allá va una prueba, entre ciento que pudieran citarse.

Reuniéronse el año pasado en la Jarosa, término de Trasierra, convidados por el marqués de Viana, como docena y media de conservadores, con objeto de salir de montería. Cualquiera hubiera creído, al ver las armas y los preparativos de la función, que los perjudicados iban á ser los jabalíes y los lobos... Pues no señor, que fué la poesía y fueron las reglas de buen gusto.



Porque en primer lugar, el señor conde de las Navas, que era uno de los reunidos, cogió un papel, y escribiendo á lo cimero, en letras gordas, *Crónica de caza*, y después en letra menuda, á modo de tema de sermón, estas palabrejas: «Buena mano derecha que acompañe la *disquierda*, no tirar sin ver y *cuidiao* con el compañero,» y más abajo en letras medianas este otro título: «*en la Jarosa*», hilvanó un artículo muy largo, contando en estilo no del todo malo, aunque algo fatigoso, todos los pormenores, aun los menos interesantes del suceso.

Pero no ha sido esto lo peor, sino lo otro; es decir, que el pecado más grande del conde de las Navas no es el haber escrito el artículo, sino haber engarzado en él, como una perla, un soneto con que al marqués de Jover le plugo describir la fiesta, y creo que aguarla; soneto que, aun después de haber leído todos los de Cánovas, creo que es el más malo que conozco.

Pasaba yo sin dificultad porque el de las Navas, hablando de canto, pusiera á Massini antes que á Gayarre; pasaba porque llamara *caserios* á las *caserías*, como un vizcaíno cualquiera; pasaba porque llamara árboles á las estepas, y aun á los helechos; pasaba porque nos quisiera meter la bola de que los lirios morados estaban floridos el 19 de Diciembre; hasta casi pasaba porque llamara San Cayetano á un archivero, y á San Cayetano padre de la Providencia, y porque llamara *sajones* á los zajones, que los académicos llaman *zahones*, y porque dijera «conoce Sierra Morena,» galicismo casi equivalente á la frase castiza «conoce á Sierra Morena...;» por todo era yo capaz de pasar, menos porque el conde, en su excesiva amabilidad, incrustara en su artículo el soneto.

Y porque dijera que «el marqués de Jover pulsó una vez más su *regocijada* y *discreta* lira,» porque no merece semejantes nombres el mal rabel que produce disonancias como las siguientes:

> "Limpia mesa, abastada y bien cubierta.„

Primer defecto: la asonancia de los dos hemistiquios del verso, *mesa* y *cubierta*; á más de ser plagio de Fray Luis de León el *abastada*.

> "Limpia mesa, abastada y bien cubierta
> *con* vinos y viandas especiales...„

Lo único que hay aquí *especial* es el prosaísmo del conjunto.

Fuera de que la mesa no se cubre *con* vino, porque no puede estar limpia.

> "Que *tras* estos *tremendos temporales*...„

Tras, trem, tem... armonía imitativa.

> "Que tras estos tremendos temporales
> estómagos y espíritus concierta.„

¡Vamos! El concierto económico, que tanto trabajo les costó conseguir á los vascongados.

Lo que hay es que los espíritus conservadores siempre han sido muy fáciles de concertar con los estómagos.

Adelante:

> "Después el capellán reza en la puerta,
> siguiendo las costumbres patriarcales.„

Y los prosaísmos; todo sigue.

> "El ponedor nos deja entre breñales...„

Que es donde deja, ó donde pone el inhumano marqués á la poesía.

> "El ponedor nos deja entre breñales,
> y encarga gran cuidado y vista alerta.„

¡Y encarga gran cuidado!... ¿Quién le habrá dicho al marqués que es poesía esto?

Vale Dios que esto otro...

> "Síntesis del festín: doce *marranos*.„

¿Y por qué habrá puesto el marqués la palabra con letra bastardilla? ¿Para que su belleza resaltara más? Porque les advierto á ustedes que ese subrrayado es del marqués.

> "Síntesis del festín: doce *marranos*
> y tres ó cuatro más, según Mesones.
> Tratar á los amigos como hermanos...„

O como consonantes.

Pero ¡vaya un consonante que ha puesto el marqués á los hermanos, ó á los amigos tratados como hermanos!

Y luego también tiene mucha gracia eso de «doce *marranos*, y tres ó cuatro más, según Mesones.»

Esto parece un epigrama encaminado á dar, maliciosamente, á entender que, según Mesones (Mesones era el ponedor), además de los doce *marranos* de la síntesis, tres ó cuatro de los concurrentes también lo eran.

La intención del marqués seguramente que sería muy otra; pero el rigor de la exégesis casi no admite otro sentido.

Volvamos al soneto. Quedábamos en aquello de

> "Tratar á los amigos como hermanos:
> dar ejemplo de espléndidos varones
> el insigne marqués.. „

¡Hombre! El insigne marqués dará ejemplo, cuando más, de espléndido varón; pero ¿de *espléndidos varones*?... ¿Cuántos varones son el marqués de Viana?

> ¡Voto á los consonantes de mi tía!
> ¿Vale acaso el marqués por seis *varones?*
> Verdad es que *varón* no nos servía,
> porque no concertaba con *Mesones*.

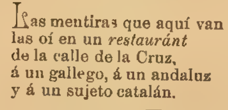
Acabemos:

> Dar ejemplo de espléndidos varones
> el insigne marqués. que tiene manos
> con que sabe *partir* los corazones.„
>
> ¿Con las manos?... Será con las acciones.
> Y así y todo... ¡valientes aficiones!
> Dijera *cautivar*, y... pero nones.
> Por eso hace sonetos-desazones.

VENANCIO GONZÁLEZ

....

¡Yo lo oí!



Las mentiras que aquí van
las oí en un *restaurant*
de la calle de la Cruz,
á un gallego, á un andaluz
y á un sujeto catalán.

—

—En Urense tuve un loru
que, de fiju, es el primeiro
que ha habido en el mundo enteiro.
¡Qué loru aquel! ¡Qué tesoru!
Hablaba tanto, que un día
nun sabiendo ya qué hablar,
encuntrélo, al despertar,
rezandu la *Letanía*.

....

—¡Vamos, chavó, que eso es griya!
(El andaluz contestó.)
¡Para loros, er que yo
tuve una ves en Seviya!
¡Vaya un lorito bonito!
Asín que me diquelaba,
créame usted, exclamaba:
—¡Güenos días, comparito!—
Esta es la fija, de veras:
¡como que un día yo solo
le he *visto* cantarse un polo
y luego unas peteneras!

....

—Vosteds se pensarán
que ese loro es el mejor,
y hay otro més superior,
que es un loro catalán.
An Barselone lo he visto
dentro de la Exposisión,
y llamaba la atensión
por lo hablador y lo listo.
¡Redén y qué loro! En fin,
¡ma resitat antea yer
lus versos de en Balaguer
cun asento lemosín!...

FIACRO IRÁYZOZ

ANA JUDIC

Por donde quiera que fuí, ha ido el éxito conmigo, puede decir la *divette* imitando á aquel *divo* encantador que pintó el maestro Zorrilla.

¡Cómo había de sospechar Ana Judic, cuando medía retores y madapolanes en Semur, allá por los años de 1862 en un almacén de lencería, que había de arrebatar á los públicos de Europa por la gracia esencialmente parisién de su modo de ser artístico!

Recapitulemos, como dicen los novelistas ebenes.

Hacia 1864 se cansa Ana de percales y batistas; tiene, como los elegidos, una revelación, y entra en el Conservatorio, en la clase de Regnier. En 1867, el 2 de Junio, para que el diablo no nos coja por la mentira, debuta en el *Gimnasio* con un papel de estraza en las *Grandes Demoiselles*. Los hados no la protegen en este teatro, y pasa á *El dorado*, donde desde luego fija la atención del público y de la crítica.

El secreto de aquel primer éxito no estuvo en que aportase al canto ó á la declamación una *manera* nueva; estuvo en el *sprit* de la *divette*, en la gracia puramente *boulevardière* de la actriz, y en algo, intraducible al castellano, que la Judic *se traía* y que por allá llaman *gamineries*.

Lo que aquí llamamos (aparte la escuela) el *toreo de adorno* de Rafael.

Después de una *tournée* fructuosa por Bélgica, vuelve la Judic á París, entra en los Bufos en 1874 y crea un papel inolvidable en *La timbale d'argent*, que pone sello definitivo á su reputación.

Desde aquel momento, la Judic pasa al sistema planetario con la categoría de *estrella*, y para ella se escriben *Petit reine*, *Grelot*, *La branchée casée*, *Madame l'Archiduc* y otras.

La *estrella* se convierte en errante, y pasa á Novedades en 1876, donde *hace furor* con *La Bell-Hélène*, *La Perichole* y *Los Carboneros*, yendo luego á Londres.

El año pasado, después de su viaje á América, vuelve la Judic á Variedades, y entre los éxitos más ruidosos de la temporada se cuentan la *reprisse* de *Los Carboneros*, de Gille (arreglada al español después de su estreno) y *La Gran Duquesa*, en cuya opereta logra la *divette* borrar el vivo recuerdo de Hortensia Schneider y hacer una duquesa verdaderamente *desopilante*.

Ana Judic, ya conocida de los madrileños, estrenará *La Perichole* y *Le Grand Casimir*.

Esta última es una *comedia vaudeville* en tres actos, de Prevel y Saint-Albin, música de Lecocq.

Cuentan las crónicas que la Judic supera en *Le Grand Casimir* á Celina Chaumont, que creó la obra, y que hace una *Angelina mareante*.

La Judic no se parece á nadie más que á sí misma: es una actriz genial, que no crea escuela ni emprende rumbos nuevos en arte; se limita á hacer las obras á su manera: una manera suya exclusivamente, no aprendida ni imitada.

PACOTILLAS

Empiezo mis tareas en Los Madriles
con un saludo
á todos los lectores de estos perfiles,
de estilo rudo.

—

Faltaráme, sin duda, numen y tino,
por ley tirana;
pero á bien educado, cortés y fino,
nadie me gana.

—

¡No van á humo de pajas mis cortesías
arrulladoras,
pues á obtener aspiro las simpatías
de las señoras!

—

Mis propósitos á eso sólo se ajustan,
para más señas.
¡Y poquito ¡canario! que a mí me gustan
las madrileñas!

—

Mas por mí no se pongan, no lo consiento,
lazos y cintas...
¡Estoy desde el sesenta, si mal no cuento,
libre de quintas!

—

¡Hala! Mal ó bien, ya he cumplido saludando á los lectores de Los Madriles.

Pero, y ahora, ¿cómo me las arreglo yo para seguir emborronando cuartillas?

No hay cosa más difícil, ni que más obstruya el entendimiento, que escribir para el primer número de un periódico.

Camina uno á oscuras; desorientado, con el espíritu lleno de incertidumbres, de dudas y de vacilaciones.

Eso de no saber ni la forma que va á tener la criatura, ni el conjunto que va á resultar de los diferentes trabajos que contenga, ni el efecto que va á producir, ni, en fin, nada, les digo á ustedes que es capaz de infundir pavor al ánimo más resuelto.

Yo no sé cómo no se ha introducido ya una modificación en el arte de fundar periódicos, para evitar estos inconvenientes.

Creo yo que se evitarían si, en vez de empezar por el primer número, se empezara por el tercero.

Así no estaría yo ahora sudando el quilo, entre perplejo y temeroso, para salir del apuro lo más airosamente posible.

—

Ea, ya estamos todos en el hogar paterno.

Hemos regresado de las expediciones veraniegas, y dentro de poco se abrirán los salones aristocráticos á la sociedad distinguida de la corte.

Por cierto que este año van á tener un nuevo atractivo, pero un atractivo irresistible, las reuniones madrileñas.

¡El de los cascabeles!

Las damas que han viajado por el extranjero se traen al cuello un cascabelito de oro, pendiente de una cinta negra, que es lo que hay que ver y que oir.

Con esto comprender podrá el más chato,
que ya no es tan difícil, si se trata
de colgar el cascabel al gato,
¡como lo es el quitárselo á la gata!

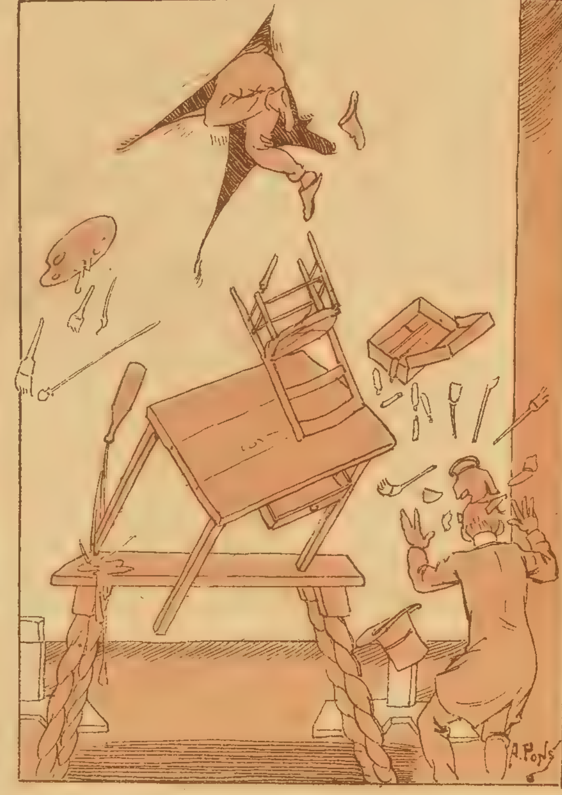
—

Dejo por hoy la palestra,
pidiendo á ustedes perdón:
¡pues creo que para muestra
basta un botón!

JOSÉ ESTRAÑI

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7, bis.

EN EL ESTUDIO



LIBROS EN VENTA

Almanaque cupidinesco para 1889, escrito por los mejores literatos, ilustrado con más de *100 grabados* y cubierta *al cromo en 12 colores.* (Año IV.)—Una peseta.

Spoliarium (cuadros sociales), por Joaquín Dicenta; ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 8.º y cubierta en colores, 3 pesetas.

¿Mártir ó Delincuente? poema por Francisco Salazar. Cubierta ilustrada de L. Pozo: una peseta.

Bonafoux (Luis).—*Yo y el plagiario Clarín.* Un tomo en 8.º con el retrato del autor, una peseta.

Aubert (Carlos).—*Las novelas amorosas.* Publicación de gran lujo con ilustraciones en negro y colores, aguas fuertes y cubierta al *cromo en 14 tintas.* Se han publicado cinco tomos, al precio de 2 pesetas.

Fernández Shaw (Carlos).—*Tardes de Abril y Mayo.* Libro de amores. Edición de gran lujo, con más de 30 fotograbados directos de acuarelas originales de Cuchy Arnau, elegantísima cubierta en papel *Japón*, con grabados en colores.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Daudet (Alfonso).—*Tartarín en los Alpes.* Versión castellana de Eusebio Blasco. Edición de gran lujo con 154 grabados de Jiménez Aranda, Beaumond, Montenard, Myrbach y Rossi, prólogo del traductor y autógrafo de Daudet. Un tomo en 4.º, de 320 páginas y cubierta á la acuarela, 5 pesetas.—Encuadernado en tela, planchas de oro, 7 íd.—Íd. holandesa, corte rojo, llanas porcelana, 7 íd.

NOTA. Los ejemplares encuadernados llevan también el cromo que sirve de cubierta á los de rústica.

Pepa B***—*Gotas de coñac.*—Edición de gran lujo con *35 grabados en colores* y elegante cubierta á dos tintas.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Gómez de Ampuero.—*¡Con verlo basta!* Novela festiva. Ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 4.º, con cubierta en cuatro colores, una peseta.

Chismes y cuentos.—Colección de chismes, cuentos y epigramas de varios autores. Un folleto en 8.º, con *100 grabados* y una parodia de las *Humoradas de Campoamor*, una peseta.

Cuentos diáfanos.—Primera serie. *¡Solo para hombres!* Se han publicado los doce tomos ilustrados de que consta. Cada tomo, una peseta.

Idem.—Segunda serie. *¡Solo para señoras!* Se han publicado tres tomos ilustrados. Cada tomo, una peseta.

El espejo del alma.—Poema en tres cantos por J. de las Cuevas.—Ilustraciones de Cuchy. Cubierta holandesa con lomera y puntas sobre *tapicería Smirna* á tres tintas, una peseta.

Latigazos.—Poemas microscópicos, por J. Navarro Reza. Ilustraciones de Cilla, Cuchy y otros artistas. Cubierta *emboitage* á tres tintas con grabados y *encadrement* de tapicería, una peseta.

Serrano de la Pedrosa (Francisco).—*La mujer, el marido y la vecina.* Novela festiva. Edición de gran lujo; con grabados en negro y colores y una lámina aparte. Un tomo en 8.º, con cubierta en colores, 2 pesetas.

Velarde (José).—*Toros y chimborazos.* Cartas en defensa de las corridas de toros, dirigidas á D. José Navarrete. Un tomo en 8.º, una peseta.

Estas obras se remiten *francas de porte* á todos los puntos de España.

Los pedidos, acompañados de su valor en sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
13 de Octubre de 1888.
NÚMERO 2.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Clarín dijo, no recordamos bien dónde ni las palabras con que lo dijo, que si Alarcón no era el primero de nuestros novelistas, era seguramente el segundo.

De cosecha propia, diremos aquí que Alarcón es, sin disputa, el novelador que mejor *cuenta*. De toda su obra se deduce este juicio, que confirman *Novelas cortas*, las *Cosas que fueron*, *La Alpujarra*, *El Sombrero de tres picos* y *El final de Norma*.

Alarcón no es viejo; nació en Guadix el año 1833, y no escribe ya hace mucho tiempo; es más, ha dicho que no volverá á escribir.

Hace mucha falta una ley (¡aquí donde hay tantas!) que diga:

«Artículo único. Los ingenios *de verdad* (hay viles falsificadores) como (aquí los nombres, muy pocos), están obligados á hacer un tomo cada semestre.»

Y exigir á Alarcón el cumplimiento de la ley.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

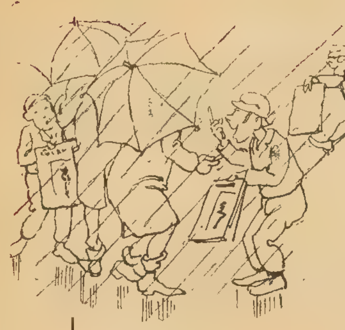
Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO

Día 6 de Octubre.

A las cuatro en punto de la tarde, con viento fresco y algo de llovizna, sale á la calle el primer número de la Revista semanal titulada Los Madriles.

Los vendedores no tienen manos para vender *ídem*, la edición se agota en breves horas, las felicitaciones nos abruman, y nosotros, agradeciéndolas profundamente, procuraremos por todos los medios imaginables corresponder á la cariñosa acogida que el público nos ha dispensado.

Conque, gracias por todo, y adelante.

—

Estamos á 7.

En esta fecha le dan un timo morrocotudo á una de nuestras actrices más aplaudidas.

Compra una papeleta de empeño, creyendo que se trata de una *rivière* de brillantes, y le resulta luego una sarta de piedras falsas.

La pobre señora ha puesto el grito en el cielo.

La engañaron al darla el *papel*.

Y ya le ha ocurrido varias veces equivocarse en eso de los papeles, tomando algun ocreyendo obtener un éxito, y resultarle después una grita.

Hay diferencia, sin embargo.

Entonces gritaba el público.

Ahora la que grita es ella.

¡Cualquiera la hace aceptar desde hoy ningún papel, sin previo examen y concienzudo estudio!

¡Buena falta hace que estudien las actrices!

Y no lo digo por la timada, precisamente.

¡Líbreme Dios!

—

8 del mismo mes.

Y año.

Un chulo y su congénere se dan de *morrás* en la calle del Tribulete.

Conducidos á la prevención, resulta que la causa del *disgusto* es porque ella no quiere vivir más tiempo con él.

Porque no es su marido, *ni cosa que lo valga*, como ella dice.

El juez municipal da la razón á la *barbiana*, y amonesta al caballero para que en lo sucesivo se abstenga de ciertas manifestaciones.

Al salir del Juzgado se acerca á ella una amiga, y la pregunta:

—Oye tú. ¿De veras quieres tronar con Indalecio?

—¡Digo! Figúrate que cada vez que me cogía en un renuncio, me daba una paliza!

—¡Pues te hubiera muerto en cuatro días!

—¡Calcula tú!

—

Llegamos al día 9.

Martes.

—¡Si la política no nos estuviese vedada y pudiéramos hablar de todo, en *general*, hoy sería un gran día para nosotros!

¡Daban unas noticias por ahí!

Pero... ¡cá! Solamente el pensarlo sería una locura.

Non raggionam di lor.

—

Estreno en el teatro de la Comedia de *Los burgueses de Pontarcy*.

La obra de Sardou...

Se nos olvidaba que tampoco esto es de nuestra incumbencia.

¡Al de *tanda* con los estrenos!

—

Y díganme ustedes ahora: ¿sobre qué voy á escribir para llenar esta crónica?...

Afortunadamente, digo no, desgraciadamente, se ha roto hoy una de las cañerías matrices del Canal de Lozoya.

Hemos estado expuestos á quedarnos sin agua en Madrid.

Gracias á que el señor Gobernador, los diputados provinciales, el Alcalde primero, el Ayuntamiento en pleno, todos, en fin, como si se tratase de una corrida de Beneficencia, acudieron al lugar del siniestro, y con sus acertadas medidas conjuraron el peligro que nos amenazaba, evitando una espantosa sequía.

También acudió el señor ministro de la Gobernación.

Y suponemos que, tratándose de un conflicto acuático, también daría su vueltecita por allí el simpático Zozaya, en su calidad de jefe de los mangueros.

¡Vaya!

—

Para el día 10 estaba anunciada la reapertura de Eslava, y...

Yo no sé qué sucedió,
pero alguien dice que vió
la rotura de unos tubos,
y sacar el agua á cubos,
y que la función se aguó.
No fué la prueba feliz,
y todo el mundo decía:
"¡Culpa de la cañería!„
¡Vamos, alguna matriz,
como lo del otro día!

Celebraremos que se arregle eso cuanto antes.

Y que se cuenten los estrenos por éxitos...

¡Me parece que mejores deseos!

Ahora, allá ustedes.

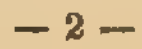
—

Apertura del Circo de Price el día 11.

Local profusamente alumbrado, butacas magníficas, compañía notable, precios económicos, el maestro Cereceda empresario director...

¿Quieren ustedes más golerías?...

El día de la prueba del



alumbrado, un distinguido miembro de la comisión técnica de teatros decía á la Compañía reunida en el escenario:

—Conque á ver si hacemos una buena temporada. Elementos no faltan; aquí todo el mundo pondrá algo de su parte para el éxito. Los autores darán obras, la sastrería trajes, los pintores decorado, el público dinero...

—Y usted, ¿qué nos dará? preguntó una segunda tiple, muy guapa, por cierto.

—¿Yo? ¡La autorización!

—

Hoy en pleno reúnese el Consejo
del Monte de Piedad.
¡Quiera el cielo que no hagan los señores
alguna atrocidad!

Viernes 12.

—

Hoy se han amotinado
las verduleras,
y hubo voces, y gritos,
y hasta carreras.
Todo ello, nada.
¡Cosas de la plazuela
de la Cebada!

E. Navarro Gonzalvo.

PENAS DE MUJER

SONETO

Brotó un suspiro de sus labios rojos,
suspiro de tristeza y desencanto
arrancado á las dudas y al espanto
por el fiero huracán de sus enojos.

De una honda agitación como despojos,
recogió en un pañuelo su quebranto,
las brilladoras lágrimas que el llanto
hizo brotar del cielo de sus ojos.

Dejó el lienzo caer; de sus deslices
siguió en la sombra el agitado vuelo
sin hallar calma, sin tener consuelo;

mas pronto, recordando horas felices,
levantó de la alfombra su pañuelo...
y se limpió, riendo, las narices.

Joaquín Dicenta

LA CITA

Por fin un día, tras una disputa muy ágria con su marido, enojada por cierta frase que le pareció despreciativa, prometió que iría. ¡Habían sido tales y tantas las súplicas y ruegos de aquel hombre! ¡Tan enérgico el contraste con el desamor y el abandono en que su esposo la iba dejando!—«Mañana á las diez, dijo al importuno que venía asediándola; pero nada más que entrar y salir, unos minutos... con la condición de que tendrá usted juicio.. y nada de locuras.»—Después pasó la noche hostigada por el recuerdo de la *imprudencia* que iba á cometer, pero aún más atormentada al hacer memoria del desabrimiento y aspereza con que su esposo la trató.—«No, no llegaré hasta lo irremediable—pensaba al tiempo de acostarse;—y si llegase, bien empleado le estaría.»

El encargó que le despertasen temprano; durmió mal, madrugó, y se vistió casi como para visita de cumplido.

Sobre la chimenea del despacho colocó dos jarrones llenos de flores; y en seguida, por si aquélla también era curiosa y le revolvía los papeles como habían hecho otras, escondió varias cartas en una sombrerera vieja, arrojándola encima de un armario, y además quitó de la vista dos retratos de antiguas conocidas y otro de una cómica fotografiada en ademán provocativo sin más traje que unas mallas en las piernas y un tonelete que no llegaba media cuarta por bajo de la cintura. En un veladorcito puso un sortijero con alfileres, horquillas, agujas, imperdibles, un gran frasco de agua de Colonia sin destapar, con su caperuza de pergamino y sus cordones de colores. Pero de allí á poco lo pensó mejor; imaginó que aquello denotaba cierta práctica de libertino á sangre fría, y no dejó sino las flores y el frasco de perfume.

Según las manecillas del reloj iban avanzando lentamente, comenzó á recapacitar si todo estaba dispuesto y en su punto. Nada ni nadie podría turbar su dicha: la portera estaba advertida de que no dejase subir sino á la señora que había de llegar al dar las diez; los criados habían sido por él engañosamente alejados. Comenzó á dar paseos por el cuarto. Llegando hasta la puerta de la escalera aguzaba el oído esforzándose en distinguir y diferenciar los pasos de las gentes que subían... ¡una mujer muy gorda!.. los peldaños crujen... ¡no es ella!; luego un chico que baja de *estampía*...; después la pausada y ruidosa ascensión del... De pronto sonó un campanillazo, él se fué acercando todavía más hasta la puerta de puntillas, con gran tiento descorrió el ventanillo y por una rendija imperceptible miró, conteniendo la respiración. Era un amigo: la portera se había descuidado. Otro campanillazo, dos más, el último á la desesperada, mucho más fuerte .. y el inoportuno bajó lentamente la escalera como quien todavía espera que abran y le llamen.

¡Menos diez! Hasta las flores, mal puestas en los búcaros, caídas y doblados los tallos, parecían cansadas de esperar. Nada interrumpía el silencio. De repente se levantó mirando hacia la alcoba, porque más allá del hueco que la separaba del despacho, se veía la cama cubierta de un rico paño japonés.—«Eso está mal,» pensó; y desplegando un biombo de telas antiguas, ocultó el lecho, del cual sólo dejó visibles las almohadas blancas, limpísimas, aún cuadriculadas por los dobleces del planchado. Al pasar ante un espejo, vió su imagen reflejada y sonrió satisfecho, como debió sonreir Dios cuando, después de hecho el mundo, le pareció que estaba bien. La barba sedosa, muy cuidada; el mirar vago, casi triste, como de quien espera una dicha desconfiando lograrla porque no cree merecerla... La alegría, el gozo, serán luego, cuando ella éntre.

Sobre una mesa había varios libros con señales interpoladas entre las hojas, y páginas dobladas para alejar toda idea de ocio y de frivolidad: en un testero de pared, llenando un hueco entre dos cuadros, se veía brillar dos espadas de desafío que hacían pensar en la caballerosidad y el valor: la alfombra no tenía una mota, ni una mancha de ceniza de cigarro; ni un átomo de polvo empañaba los muebles.

¡Menos cinco! Entonces fué al balcón, y apoyada la frente contra el vidrio, miró hacia la calle que enfilaba con el portal, y por donde ella debía venir. Así permaneció un rato, que se le antojó muy largo; mas cuando dirigió de nuevo los ojos al reloj, apenas se habían movido las agujas. En balde intentó distraerse leyendo un periódico; parecía que las letras, mofándose de él, bailaban haciéndole burla. Su imaginación tomó el rumbo que quiso, y comenzó á fingirse la figura de la mujer esperada.—«¡Es tan difícil que una señora sea puntual! ¡Tardan tanto en vestirse!» Con los ojos desmesuradamente abiertos, haciendo abstracción de cuanto le rodeaba, creyó verla engalanándose astutamente para venir á rendírsele... Las ropas interiores son finísimas, están adornadas de estrechas cintas de colores y exhalan delicados aromas; las medias son oscuras, como pide la moda; ya se calza los bien formados pies con pequeños zapatos de tafilete; ahora se pone el corsé lleno de vistosos pespuntes, y encima el cuerpo de ligera batista que usan *ellas* para no ensuciarlo; en seguida el vestido que oculta el nacimiento del pecho y los hermosos brazos desnudos... como acaso él los verá luego; la falda cae resbalando á lo largo de la enagua. Se abrocha de prisa, busca entre varias horquillas un alfiler largo para el manto y se lo prende, dejando que el velo venga á sombrear dulcemente la cara... Los guantes, una pulsera lisa de plata, nada que tenga pedrería... Ya está. Aún falta algo: pudorosa, aun á solas, se vuelve de espaldas á la puerta y se estira una media.

El reloj marca las diez en punto: por fin su máquina produce un quejido metálico, y el timbre suena pausadamente. ¡Qué intervalo tan largo entre una y otra campanada! Hasta los objetos parece que aguardan impacientes. Comienza de nuevo á pasear, atento el oído hacia la puerta y el entrecejo fruncido por el enojo. Pero no siente la dulce zozobra del amante honrado que espera un bien cierto y legítimo, sino la intranquilidad del vanidoso que teme una derrota. Empieza á desconfiar. Aquellos labios tan encendidos y húmedos, aquel talle de líneas elegantes, aquella gallarda figura toda esbeltez si anda y toda gracia cuando se deja caer sentada echando atrás la gentil cabeza, aquel conjunto de primores no será para él.—«¡No viene! ¿Qué ridículo miedo, qué virtud de última hora se habrá apoderado de ella?» Sus manos estrujan el periódico, que rueda sobre la alfombra hecho una bola.

Un rayo de sol que va poco á poco escurriéndose de las corti-

Chau-chau estaba inconsolable porque se le perdía la cosecha de arroz, hacía diez años;

en cambio Ting-Tong veía sus campos florecientes.

Recibe 3 Ting-Tong una misiva denunciándole la infidelidad de su esposa Pink-Kuip.

Ting-Tong, desesperado, se abre el vientre en cruz en el estéril campo de Chau-chau;

y aquel arroz *ventrílocuo* crece y se desarrolla espontáneamente, enriqueciendo á Chau-chau.

Es una cosa que irrita
el pintarse de negrita.
—¡Oh, de negra estás muy *chic!*
-Pues ¿y tú con el carrik?
—¡El beso de despedida!
—Pero... ¿te irás?—En seguida.
PORTE
Tengo que palidecer
ante una rival escuálida...
Yo bien lo quisiera hacer;
mas ¿cómo me pongo pálida?...
—(¿De qué se reirá el portero?
¡Tiene facha de infeliz!)
—(¡Buena lleva la nariz!
¡Se ha lucido el caballero!)

nas, hasta dar en un espejo, proyecta un reflejo que juguetea sobre un busto de barro cocido, y el sátiro esculpido finge muecas burlonas.

Vuelto otra vez al balcón, apoya la cabeza en la vidriera, que se empaña con el vaho. ¡Allí está! ¡Gracias al diablo!

La ve venir por lo alto de la calle. Viste traje oscuro, corto, bajo el cual asoman los pies, preciosamente calzados, como él los imaginó; las enguantadas manos oprimen un grueso devocionario, sujeto con un elástico rojo, y el tul del velo flota agitado en torno de los cabellos rubios, semejante á una nubecilla negra que pugna por eclipsar una estrella de oro. A cada instante vuelve la cabeza hacia atrás.

Él entonces sonríe con orgullo, y lentamente se dirige á la puerta.

Al cruzar el despacho, lo inspecciona por última vez, de una ojeada rápida. Todo está bien. Para ella, la butaca en que descansará su cuerpo, agitado por la emoción y el miedo, ¡quizá por el amor! En el suelo, el almohadón de felpa, bordado por otra mujer ya olvidada; y muy cerca, la silla baja, de fumar, que él tomará para sí, cogiéndola como al descuido, procurando tener la presa al alcance de la mano.

Pero en la escalera no suena el ligero taconeo, ni el roce de la falda.—«¿Qué es esto?»—Torna precipitadamente al balcón, y la ve en la acera opuesta, parada ante un escaparate, como si con disimulo se contemplara en su cristal: en realidad, lo que hace es mirar con miedo á derecha é izquierda: hasta se nota la respiración alterada que levanta y deprime su hermosísimo pecho. De pronto, se vuelve y avanza en dirección al portal. Se detiene para dejar paso á un hombre que va cargado, y, en seguida, de repente, obedeciendo á un impulso inesperado, con un movimiento nervioso, se vuelve de espaldas y echa á andar muy de prisa, calle arriba. Pero aún queda esperanza: acorta el paso, sigue despacio, parece que duda, vacilando entre la cita ofrecida y la virtud jurada... Por fin, acelera la marcha resueltamente, se aleja, y allá, en lo alto de la calle, se pierde confundida en un grupo de gente, mientras él, rabioso, humillado, mordido el amor propio por el despecho, murmura entre dientes:

—¡Cobarde! ¡Bribona!

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Y... va de cuento.

Con motivo de una gran
festividad religiosa,
en la iglesia de Espinosa
predicaba fray Damián;
y atento el concurso oía
todo, con unción cristiana,
menos una pobre anciana
setentona, que dormía.
De su plática en el curso,
tras un párrafo elocuente,
pierde el padre de repente
el hilo de su discurso,
y con voz descomunal,
exclama alzando las manos:
«¡El que ahora no me oiga, hermanos,
está en pecado mortal!»
Con gestos y contorsiones
sigue en mímica el sermón;
alármase la reunión,
se oyen mil exclamaciones,
y aquel auditorio loco,
aterrorizado y frío,
empieza á gritar: «¡Dios mío,
yo no oigo!—¡Ni yo tampoco!»
En su recurso no ceja
fray Damián, los fieles lloran,
se desesperan, imploran...
Despierta el ruido á la vieja,
y sin entender el coro
que á Dios pide con afán,
cual si oyera á fray Damián,
dice: *¡Qué piquito de oro!*

JAVIER DE BURGOS.

HASTÍO

Venturas que mi deseo
codició con frenesí,
ahora que llegáis á mí,
¡con cuánto desdén os veo!
La dicha que no poseo,
es por la que más me afano;
así, el corazón humano
palpita siempre afanoso,
porque sólo juzga hermoso
aquello que ve lejano.

Si hay tras la vida mortal
otra existencia ignorada
(que por ser imaginada
la creemos celestial):
Gran Dios, tan dulce ideal
alivio á mi hastío sea;
permite que yo lo crea,
ya que es feliz quien lo cree;
haz porque yo lo desee...
á cambio de que lo vea.

R. TORROMÉ.

NUBES Y ESPUMAS

El cielo tiene nubes,
espumas tiene el mar,
y á veces sopla el mismo
airado vendaval
en las regiones altas,
que del agua en el haz.
Pero ¡capricho extraño!
¡Contraste singular!
Mientras arriba limpia
la esfera de cristal,
abajo encrespa el turbio
oleaje más y más.

Así humanas pasiones
soplando por igual,
ya del cielo despejan
la azul inmensidad,
ya de la vida agitan
el piélago tenaz
con olas espumantes
que no cesan jamás.
¿Es acaso que forja
el ronco vendaval
con jirones de nubes
las espumas del mar?

J. ECHEGARAY

DON DINERO

(POEMA MICROSCÓPICO)

I

El pobre Juan se moría
de un empacho de pobreza,
disfrazando su tristeza
con remedos de alegría,
por no hospedar en su hogar
á la enfermiza amargura
ni envenenar la ventura
de la que llevó al altar.
A solas con su tormento
y á solas con su quebranto,
era especialista en llanto
y doctor en sufrimiento;
y tanto aprendió á sufrir
las rudezas de la suerte,
que pidió á la triste muerte
la alegría de morir.

II

Pasando por la Carrera,
en su pobreza pensando,
sin saber cómo ni cuándo
Juan encontró una cartera.
La guardo sin alegría,
sin afán de conservarla...
Sí: la guardó... por guardarla,
y sin saber lo que hacía.
Nervioso y calenturiento
entró en su casa el cuitado...
como aquél que no ha ganado
el cotidiano alimento.
Siempre á solas con su mal,
¡á solas!... ¡Qué ajeno estaba
que en el bolsillo llevaba
un inmenso capital!

III

Juan fué rico, poderoso,
un honrado caballero,
contante, por su dinero,
sonante, por lo dichoso.
Y siempre dichoso fuera,
si, cual siempre ha sucedido,
no se le hubiera ocurrido
al dueño de la cartera
poner en *El Imparcial*
un anuncio que decía
lo que leyó al otro día
Juan, por contraste fatal.
Tal desencanto sufrió
el honrado majadero,
que al devolver el dinero
como un tonto se murió.

IV

Cumplió como un hombre honrado,
probo, justo, noble y bueno,
no disfrutando lo ajeno
en la *Carrera* encontrado;
dejando que en paz muriera
(paz con hambre y sin ventura)
á la amante criatura
que tan en necio quisiera.
Su rara virtud me explico:
hay seres de tal candor,
que aseguran que es mejor
ser honrado que ser rico.
. . . .
Aquel capital crecido
tan noblemente entregado,
en el juego fué ganado
y el juego fué perdido.

J. NAVARRO REZA.

Gazapos.

Ha llegado á mis manos, sin duda por error de puntería, *Un muerto resucitado.*

Es decir: no ha llegado el muerto, afortunadamente, y lo celebro, porque ni yo sé levantarlos, ni podría resucitarle.

El muerto á quien aludo es un difunto en verso, ó un cadáver poético, y Dios se lo perdone al autor de la defunción rimada.

«Historia original,» según la denomina y clasifica el mencionado autor del crimen en verso.

Es, á lo que parece y después de escrupulosa versión al castellano, un relato del famoso suceso acaecido en Plasencia, no ha mucho tiempo, para bien de las Musas, ya que otro resultado no tuviere.

Así, entre relato y sátira, no precisamente sátira, sino «algo más que sátira escasa,» como decía un periódico publicando la noticia referente á la herida de un hombre por un prójimo: «Poco más de tres pulgadas y media, escasas.»

"Prestadme atención, oyentes,
prestadme toda atención,
que las cosas que os refiero
grandes maravillas son.„

Como habrán sospechado ustedes, ya nos hemos metido en barbecho, ó sea en poema.

"En la ciudad de Plasencia,
provincia de Extremadura...„
(que tiene tantas... mil almas,
ayuntamiento y diez curas),
"... ocurren sucesos tales
que anonadan, despeluznan..„
(Cuidado, que no es lo mismo
ponerse el pelo de punta.)
"Los huesos se ponen blandos...„
(¡Vaya una temperatura!
Pero prepárense ustedes.)
"... las carnes tiemblan y sudan,
los pelos se tornan crespos,
los ánimos se conturban.
El más feroz se estremece;
el más tímido se abruma;
el osado se envilece;
el prudente no se turba.
(O ya no hay compositores
ó han de poner esto en música.)

—

¡Ta ra rí..., ta ra rí...!

Este es el toque del clarín para avisar á ustedes la salida del poema ó de la «Historia original».

Es berrenda en redondillas, como verán ustedes:

"Pero, en fin, caro lector,
vamos derechos al caso,
porque si sigo á este paso
no llego á la relación.„

Este es un principio semejante al del predicador de Calatorao, que empezaba un sermón de San Roque, diciendo:

«Y, por último, hermanos míos, aquí me tenéis; ahí tenéis á San Roque, ahí tenéis al perro.»

Perdonen ustedes que me haya separado del poema, privándoles de la satisfacción de saborear ó de enjuagarse con algunas de las bellezas literarias que contiene:

"De decirte es ocasión,
sin ambages ni rodeos,
sin vueltas ni devaneos
que originen dilación,
Que en don Eustaquio Barrado,
joven simpático y bello...„
(se *despeluzna* el cabello)
"... se eclipsó todo destello
de su razón; ¡desgraciado!
Que su locura fué tal
por sufrir crueles martirios,
que, en momentos de delirios,
quemado quiso acabar.„

Aquí se le ha eclipsado el consonante al autor de la Historia.

Pero ya se sobrentiende que habrá querido decir «acabal» ó «á caballo,» y no «acabar».

Resulta de la «Historia original» que el joven Barrado se quemó á «sigo mismo,» voluntariamente.

"El cutis y hasta la carne
pegados á la camisa,
sin la menor cortapisa,
salían al desnudarle.„

Sin cortapisa, sin que una orden del alcalde, por lo menos, salvara siquiera el cutis del bello Barrado.

Que fué muy desgraciado
porque, aun después de muerto, ha tropezado
con un poeta así, tan desalmado.

Verán ustedes los antecedentes de la cosa.

"El padre, pues, sucumbió
el año setenta y cuatro,
y por expreso mandato
el hijo al padre heredó.„

Y es de suponer que luego pasara la herencia al Espíritu Santo.

"Era muy pingüe la herencia,
de ¡dos millones cabales!...
y el hijo sin dar señales
de salir de su demencia.„

¡Cuidado que dos millones pueden devolver el juicio á cualquiera!

O por lo menos, obligarle á salir de «su demencia» particular, y á salir de casa... y aun á salir de la provincia.

"En año tan memorable
para esta historia funesta,
es, sin duda, cosa cierta,
pues que somos inestables...„

Vamos, que murió; y les perdono á ustedes los versos en que lo explica el autor de la historia inestable.

Pero aquí entra ó sale lo mejor:

"Después de uno ó dos años
de don Eustaquio haber muerto,
trasladóse, por supuesto,
sin malicia ó con engaños,
á idéntico Manicomio...„

Esto querrá decir á otro igual que el de San Baudilio, donde pernoctó para la eternidad D. Eustaquio.

"... una tal Concha Somera,
hija de modesta esfera
y de humilde matrimonio.„

Un matrimonio «cuasi no celebrado,» querrá decir el poeta.

Pues entre la Somera y otros del vulgo, según se desprende del poema, inventaron un D. Eustaquio nuevo.

"Esto fué en el mes de Agosto,
hace ya pronto dos años
que se empezó á susurrar
que estaba aquí: ¿Eustaquio Campo?„

—Allá, en Plasencia, «provincia de Extremadura».

„Y en casa de la Somera
hubo jubileo, mirando
las gentes á nuestro hombre...„
(Veremos qué le miraron.)
"...las señales de los brazos.
¡Que se parece, que es él!...
y también tiene dos manos
y dos pies ..." (porque hay personas
que merecen tener cuatro).
"...y dos pies y una cabeza,
y había como un asustado,
y tiene doce señales,
y el cogote colorado,
y no se acuerda de nada,
pero si ve alguno: ¡Vamos!
de los que fueron amigos,
se mete dentro llorando.„
(Y, con permiso de ustedes,
aquí termino el relato;
que después de introducirse
en un amigo, llorando,
por mucho que venga luego
todo me parece pálido.)
Con esto no canso á ustedes
hasta encontrar más *gazapos;*
y mándenme como gusten,
suyo

EDUARDO DE PALACIO

CONCURSO DE BELLEZA
EN SPA

MARTA SOUCARET.—**Primer premio.**
(De Guadalupe: colonia francesa.)

ANGELA DELROSA.—**Segundo premio.**
(Holandesa; de origen español.)

MARIA STEVENS.—**Tercer premio.**
(De Viena.)

OLGA NADIASKA.—**Cuarto premio.**
(De origen sueco.)

Pacotillas.

¡Ahora sí que va de veras, ahora!

Un sabio astrólogo profetiza que el año 1897 se va á convertir el mundo en una especie de garbanzo torrao.

Es decir, que va á ser tan intenso el calor por la proximidad de un cometa al globo terráqueo, que se extinguirá la vida animal y vegetal en toda la superficie de la tierra.

¡Cielos, qué horror!

¿Y no habrá manera de evitar eso?

Yo, la verdad, no me intranquilizo del todo.

¡Aún existe, por fortuna, la Sociedad protectora de los animales y de las plantas!

—

En un juicio oral:

—¿Qué ha oído el testigo decir á la opinión pública respecto al crimen que se persigue?

—¿A la opinión pública? Pues... ¡pues se me hace que esa no es del pueblo, porque yo no la conozco!

—

Un chico de años noventa
se ha casado en Albacete
con una joven que cuenta
á lo sumo diecisiete.
Que tendrán, no hay que dudar,
sus frutos de bendición;
¡porque los pueden comprar
en el Bazar de la Unión!

JOSÉ ESTRAÑI

Rubiños, impresor, plaza de la Paja 7, bis.

¡YA NO HAY CLASES!

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Almanaque cupidinesco para 1889, escrito por los mejores literatos, ilustrado con más de *100 grabados* y cubierta *al cromo en 12 colores.* (Año IV.)—Una peseta.

Spoliarium (cuadros sociales), por Joaquín Dicenta; ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 8.º y cubierta en colores, 3 pesetas.

¿Mártir ó Delincuente? poema por Francisco Salazar. Cubierta ilustrada de L. Pozo: una peseta.

Bonafoux (Luis).—*Yo y el plagiario Clarín.* Un tomo en 8.º con el retrato del autor, una peseta.

Aubert (Carlos).—*Las novelas amorosas.* Publicación de gran lujo con ilustraciones en negro y colores, aguas fuertes y cubierta al *croma en 14 tintas.* Se han publicado cinco tomos, al precio de 2 pesetas.

Fernández Shaw (Carlos).—*Tardes de Abril y Mayo.* Libro de amores. Edición de gran lujo, con más de 30 fotograbados directos de acuarelas originales de Cuchy Arnau, elegantísima cubierta en papel *Japón*, con grabados en colores.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Daudet (Alfonso).—*Tartarín en los Alpes.* Versión castellana de Eusebio Blasco. Edición de gran lujo con 154 grabados de Jiménez Aranda, Beaumond, Montenard, Myrbach y Rossi, prólogo del traductor y autógrafo de Daudet. Un tomo en 4.º, de 320 páginas y cubierta á la acuarela, 5 pesetas.—Encuadernado en tela, planchas de oro, 7 íd.—Íd. holandesa, corte rojo, llanas porcelana, 7 íd.

NOTA. Los ejemplares encuadernados llevan también el cromo que sirve de cubierta á los de rústica.

Pepa B***—*Gotas de coñac.*—Edición de gran lujo con *35 grabados en colores* y elegante cubierta á dos tintas.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Gómez de Ampuero.—*¡Con verlo basta!* Novela festiva. Ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 4.º, con cubierta en cuatro colores, una peseta.

Chismes y cuentos.—Colección de chismes, cuentos y epigramas de varios autores. Un folleto en 8.º, con *100 grabados* y una parodia de las *Humoradas de Campoamor*, una peseta.

Cuentos diáfanos.—Primera serie. *¡Solo para hombres!* Se han publicado los doce tomos ilustrados de que consta. Cada tomo, una peseta.

Idem.—Segunda serie. *¡Solo para señoras!* Se han publicado tres tomos ilustrados. Cada tomo, una peseta.

El espejo del alma.—Poema en tres cantos por J. de las Cuevas.—Ilustraciones de Cuchy. Cubierta holandesa con lomera y puntas sobre *tapicería Smirna* á tres tintas, una peseta.

Latigazos.—Poemas microscópicos, por J. Navarro Reza. Ilustraciones de Cilla, Cuchy y otros artistas. Cubierta *emboitage* á tres tintas con grabados y *encadrement* de tapicería, una peseta.

Serrano de la Pedrosa (Francisco).—*La mujer, el marido y la vecina.* Novela festiva. Edición de gran lujo, con grabados en negro y colores y una lámina aparte. Un tomo en 8.º, con cubierta en colores, 2 pesetas.

Velarde (José).—*Toros y chimborazos.* Cartas en defensa de las corridas de toros, dirigidas á D. José Navarrete. Un tomo en 8.º, una peseta.

Estas obras se remiten *francas de porte* á todos los puntos de España.

Los pedidos, acompañados de su valor en sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
20 de Octubre de 1888.
NÚMERO 3

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

ISAAC PERAL

Peral fué hasta ayer uno de los más brillantes oficiales de nuestra marina de guerra. Hoy es aquéllo, y algo más; tal vez el que dé á su patria el dominio exclusivo de los mares.

El submarino de su invención, fondeado en aguas de Cádiz y próximo á ser probado, dirá dentro de poco si Los Madriles tuvo razón para colocar la de Isaac Peral entre sus primeras caricaturas contemporáneas.

Hasta entonces, fe en el porvenir.

Y en el submarino Peral.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25

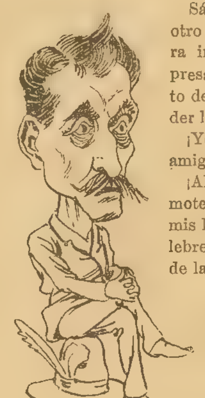
PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

A. Pons

DIARIO CÓMICO

Trece de Octubre.



Sábado. Llovió una *miajita*, como el otro sábado. El concejal D. Cándido Lara impuso 190 pesetas de multa á la Empresa del tranvía de Madrid; hubo un conato de suicidio y unas puñaladas, por no perder la costumbre, y pare usted de contar.

¡Yo no sé cómo se las va á componer mi amigo Pons para hacer los monos de hoy!

¡Ah! Ha entrado el Sr. Succi en el vigésimotercio día de su ayuno; y hago gracia á mis lectores de los detalles que sobre el célebre ayunador publican varios periódicos de la corte.

Que es por cierto empeño loco
y ocurrencia peregrina
hablar en serio del moco..
¡Y qué moco! ¡El de la orina!

—

Impónese á la Empresa del Gas una multa de 250 pesetas por la mala calidad de éste.

¿Y el gas, mañana será mejor?
Yo me figuro, que no señor.

—

Domingo 14:

Día de fiesta, no para todos, por supuesto.

Más de mil personas reunidas en la Plaza de las Descalzas, se apresuran á retirar sus capitales de la Caja de Ahorros.

La cosa trae cola.

Por el pronto, la de hoy llegaba á la calle del Arenal.

Se ha observado que muchos de los imponentes que iban á reclamar su dinero eran distinguidos pordioseros muy conocidos en las calles de Madrid.

¡Y mire usted por dónde se halla uno expuesto á mortificar el amor propio de cualquiera de estos capitalistas, dándoles un perro chico de limosna!

Sería muy conveniente preguntar al mendigo, antes de socorrerle:

—¿Diga usted, caballero pobre, tiene usted su libreta?

Porque eso de dar «por Dios á quien tiene más que vos...»

Veíanse también allí muchas amas de cría, sirvientas, peinadoras y doncellas.

Todas con su correspondiente cartilla en la mano, por supuesto.

—

Hoy le dan á Cacheta
la alternativa,
y de fijo se acuerda
toda su vida.
No sea usté tonto;
todo el mundo asegura
que es algo pronto.

—

Hoy vuelven á multar á la Empresa del Gas en 350 pesetas.

¡Y puede que mañana sea peor!

¡Ni que decir tiene!

—

Día 15.

El lunes referíase *sotto voce* una aventura picaresca ocurrida en un aristocrático salón.

Parece ser—y no salimos garantes de la veracidad del suceso—que un magnate de los más linajudos encontró á una hora asaz inconveniente á un joven, no mal parecido, en el *budoir* de su mujer.

Estupefacción general.

Por fin, el marido, después de un momento de vacilación, gritó con acento imperioso:

—¡Caballero! ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

El joven le respondió con tranquilidad.

—Cualquiera de los antepasados de usted hubiera dicho: «Salgamos.» A los pies de usted, señora.

Y se retiró como si tal cosa.

—

La dueña de la casa donde nació el eminente actor Rafael Calvo se opone á que se coloque en la fachada la lápida conmemorativa de este suceso, hasta que no la autorice para ello su confesor.

De fijo que esa casera
sabe evocar un conjuro,
recibe *El Siglo Futuro*
y hace niñitos... de cera.

—

La Empresa del Gas vuelve hoy á ser multada en otras 350 pesetas.

¿Otra multa? ¡Es un horror!
¿Y el gas? ¡Cada vez peor!

—

16 y martes.

Política por todo lo alto.

Discurso de Cánovas del Castillo en Barcelona.

Importantísimo Consejo de Ministros en Madrid.

La nota saliente del día es este Consejo de Ministros.

Y si, como dicen, hay crisis, ¡figúrense ustedes si tendrá saliente para el ministro que salga!

Pero esto es fruta vedada para LOS MADRILES.

Consignaremos, sin embargo, un detalle cómico de los apuntes de hoy.

Al banquete dado al Sr. Cánovas en Barcelona asistieron muchos comensales que no eran conservadores.

Uno de éstos, proteccionista furibundo, salía muy mal impresionado de la comida, por no haber encontrado á D. Antonio bastante proteccionista.

—Desengáñate, *noy*, le decía á un paisano que se encontró en la Rambla de Santa Mónica: Cánovas es un político como todos. ¡Me revienta!

—¡Eso no impide que hayáis acudido á su banquete, comiendo en su compañía!

—¿Y eso qué importa? ¡Le comemos, pero no le digerimos!

—

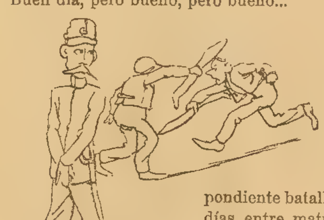
¿También han multado hoy á la Empresa del Gas?

¡También!

—

Estamos á 17.

Buen día, pero bueno, pero bueno...

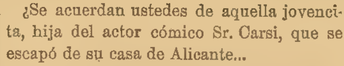


Para el Juzgado de guardia.

Tres conatos de suicidio con navaja de afeitar (¡qué afán de hacerse la barba!); dos robos, varias puñaladas, la correspondiente batalla campal de todos los días, entre matuteros y dependientes del resguardo, con sus heridos y todo; la detención del *conocido* (?) blasfemo *El Cangrejo*, y la caida en la ratonera de los ratas de menor cuantía *El Berbajero* y *El Calzorras*.

¡Me *páice* á mí que la cosa no trae malicia, mayormente!

—



¿Se acuerdan ustedes de aquella jovencita, hija del actor cómico Sr. Carsi, que se escapó de su casa de Alicante...

¿Por cosas del novio? ¡Quiá!
Disgustos con la familia.
¡Pero ya está con papá!
¡Ya!?

Conste que me alegro.

—

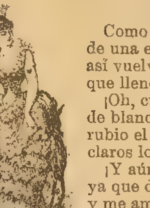
¡Hombre! ¡Hoy no han multado á la Empresa del Gas, que yo sepa!

18. —

—¡Rediós! ¡Me rompió la crisma!
—Fué sin querer. —¡So morral!
¡Si bajo! —¿Quereis callársus?
—¡A que le doy dos morrás!
Las botellas por el aire,
la Pastora desmayá,
los parroquianos se *najan*,
por supuesto sin pagar,
el *cante* sin dar *jipíos*,
y la pareja *abroncá*..
—Y esa *juerga* ¿dónde ha sido?
—¡Hombre, en el café *Imparcial!*

E. NAVARRO GONZALVO.

SONETO



¡Es el amor que pasa!

Como quien vuelve á la inmortal lectura
de una estrofa de amor interrumpida,
así vuelvo á las horas de mi vida
que llenó de quimeras tu hermosura.

¡Oh, cuán gentil resurge tu figura,
de blanco traje original vestida;
rubio el cabello, la cabeza erguida,
claros los ojos y la frente pura.

¡Y aún pasas otra vez por mi camino,
ya que de amores que enloquecen huyo,
y me amarra en cadenas mi destino!

¡Y aún de mi necia seriedad en mofa,
mi corazón, que dicen que no es tuyo,
sigue cantando la inmortal estrofa!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

....

MADRID AL DETALLE

LOS UMBRALES DE LAS PUERTAS

En las noches lúgubres de invierno, mientras el político piensa acostado en su lecho qué pedazo de conciencia habrá de vender, y la *diva* famosa reclina la cabeza sobre almohada de plumas creyendo oir el último aplauso del teatro, y el opulento título se queda á dormir entre costosas sábanas de seda, y cuantas personas componen el fango inmenso de Madrid descansan en el dorado lecho, una cama de piedra recoge á los niños sin madre y los acurruca en los fríos umbrales de las puertas.

La granizada pasa sobre ellos y rueda por sus carnes desnudas, produciéndoles la impresión del frío supremo. La nieve les viste de blanco como si fueran á ser conducidos al sepulcro; el huracán suena con la medrosa voz de la leyenda y les refiere vagas historias de fantasmas; la lluvia cae sobre ellos y les envuelve en su túnica de rayas de aguacero.

Los niños, sin embargo, duermen sobre la almohada de granizos, y alzan del alma las azules bandadas de los sueños...

Sobre su cama de piedra suele resonar el festín y mover sus engalanadas figuras cargadas de riqueza, donde va convertida cada mujer, madre acaso de algún niño sin lecho, en muestrario de piedras primorosas.

Por el salón pasa la alegría en forma de chispeante ola de sedas, de rosas, de claros y vívidos brillantes, de terciopelo parecido á banda de crepúsculo, y un ambiente cargado y lleno de delirios recoge las risas de los labios y los bellos acordes de la música.

Los niños se oprimen, buscando calor, como las hojas de un capullo; la nevada baja meciéndose y les tiñe de armiño los andrajos.

De los relojes distantes oyen el són quejumbroso que alargan las rachas del viento; las sublimes campanas les hacen oir ecos misteriosos, como si de ellas estuvieran colgados espectros que alzaran con sus dedos de hueso la canción horrible de las tumbas; todo parece lleno de voces, de quejas, de respiraciones fatigosas y suspiros; y mientras el pájaro tiene una hoja que le sirve de techo, el reptil un oscuro agujero en las piedras y el despreciable criminal su calabozo, el niño no tiene ni alas en los hombros con que cubrir su angelical cabeza.

Si en Madrid no fuese una ostentación la piedad, la idea de mi estrofa podría escribirse en estas sencillas palabras:

—¡El invierno se acerca; tened compasión para los niños!

SALVADOR RUEDA.

La Hiedra.

I

—Pues vamos, si te empeñas...
¡Que si yo tengo miedo?...
¿Miedo?... ¿Por qué? Tú sueñas...
Lo que intentas hacer, me importa un bledo...
Mi madre, á ser honrada me ha enseñado,
y tan bien he aprendido sus lecciones,
que, al ver que se aproximan las pasiones,
me acuerdo de mi madre... y no hay pecado...
Sé lo que me interesa;
y el fuego del amor, para mí es juego,
y siempre salgo ilesa...
pues nada importa el fuego
si me hace la virtud salamanquesa...
¿Sonríes?... Pues... ¡andando!
¿Que donde?... Hacia la cruz... Todas las tardes
allí voy á rezar... ¿Vas calculando
la extrema necedad de tus alardes?...
¡Qué ha de poder un hombre, aunque esté loco,
contra una niña á quien el mal espanta,
y que piensa primero en una santa,
y después se arrodilla y reza un poco?...
Nada, nada me arredra...
Algunos que me han visto
abrazada á esa cruz de tosca piedra,
pretendiendo expresar mi unión con Cristo,
me han dado el nombre de *bendita hiedra*.
Deja, por tanto, el amoroso arrullo,
y ataje la prudencia tu locura,
pues yo... ¡imbecil!... soy pura
¡por placer!... ¡por carácter!... ¡por orgullo!...

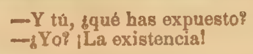
II

—No... ¡por aquí!... porque la cruz me espanta;
y si pienso en mi madre, pierdo el tino...
¡Cuál el llanto me obstruye la garganta,
los zarzales obstruyen el camino!...
¡Quiero abrazarme á ti!... ¡Recio!... ¡más recio!...
produce frío el abrazar la piedra,
y hoy repite la gente con desprecio,
que la *hiedra bendita* ya es *tu hiedra*!...
Sigue, por tanto, en tu amoroso arrullo,
y ataje á la prudencia la locura...
pues si yo, encanto mío, soy impura,
¡tu amor es mi placer... y hasta mi orgullo!

LUIS DE ANSORENA.

EXPOSICIÓN... (Y NO DE BARCELONA)

«Piénsalo bien, don Gonzalo,
que vas á hacerme perder
con ella, hasta la esperanza...»
de que mates otra vez.



—Y tú, ¿qué has expuesto?
—¿Yo? ¡La existencia!

—¡Para ser del natural
no me ha salido muy mal!

Número del Catálogo: 1.806.
Retrato de la señorita X...
Humilladero, 87, bajo.—Hay ascensor.

—¡Qué monitos tan chiquitos!
—¡Qué bonitos!
—(*¿Verdá ustez?*)

MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS

LOS PRIMEROS IMPONENTES

—¿Al monte á cazar conejos, eh?
—No, señor; al Monte á que me devuelvan los cuartos.

—Tiene usted algo en el Monte?
—¡...¿...?...!
—Para que lo saque usted en seguida, que está la cosa que arde.

—Un reloj complicadísimo, pero que no da bien la hora.
—¡Con tal que dé bien los cuartos!...

—Pero, ¿dónde está el monte?

DÉCIMA GONGORINA

Por otro sufrís desvelos
y llanto á verter os mueve. .
Estoy por decir que llueve,
pues cae agua de los cielos.
Muriéndome estoy de celos;
¡y aún extrañáis mi quebranto!
¿Qué mucho, si os amo tanto,
que sufra acerbos dolores,
si en mí sembrasteis amores
y los regáis con el llanto?

José Estremera

A UN PURO

Ven á mis labios, rollo regalado,
Hambrientos de chuparte y de encenderte;
Ven á inspirarme tú, para que acierte
Sin hastío á vivir desocupado.
Sobre cómodo escaño recostado,
Y una pierna sobre otra, me divierte
La nube de humo contemplar inerte
Que al techo sube en vuelo reposado.
Tú, por más fiero que el dolor me abrume,
A su poder inicuo me enajenas
Con tu suave y narcótico perfume;
De humo la estancia y mi cerebro llenas,
Y, al par que á ti la lumbre te consume,
Tórnanse en humo, como tú, mis penas.

A. de Valbuena

Gazapos.

LA SATIRIADA

Cuesta dos reales nada más, y está en venta en la librería de Fe.

Este es un reclamo gratuito.

Me parece que el autor del poema no tendrá queja de mí, aun cuando no le maté, como dice, al poco más ó menos, don Juan Tenorio.

Porque se trata de *La Satiriada*,
"Poema, ó sea patada,
en un canto tan solo, ó bien pedrada.„

Así le clasifica su autor, á quien no tengo el gusto de conocer ni para servirle.

El señor *Pepito Tartaja*, seudónimo, según todas las trazas. detrás del que se oculta un ciudadano que expele octavas reales ú octavas reis, con suma facilidad de digestión.

La dedicatoria ó «aviso,» (así le llama) al lector, es ésta:

"Al pío lector feliz...„
(como pudo decir: "tordo„)
"de espíritu algo analítico,„
(aun cuando sea „algo sordo„)
"...recomienda á la nariz
(se entiende, si no es de crítico)
al pasar estos renglones
ó pebetes ó tapones.„

El Autor

Como "Aviso„ no está mal,
y se ve que era preciso:
éste es el primer aviso,
conque al tercero, al corral.

CANTO ÚNICO

„Clinicus Herodes trullam sub luxerat ægro
Deprensus dixit: stulte, quid creo bibis?„
„Como se ve, no viene de vacío
el Pepito Tartaja, lector pío.„

¡Oremus!

I

„Aquí estoy, es decir, aquí está uno
que viene sin saber de dónde, ó cómo;
un niño que va á darla ahora de tuno,
pero que es en verdad un *pauper homo*,
un quidam que va á ser sólo importuno
á algún crítico audaz de tomo y lomo,
ó á todos, si las echan de valientes,
que á todos puedo yo romper los dientes.„
Ahí está él, es un decir, un uno
que, por lo visto, no es un vate romo,
con la intención de un crítico vacuno;
nada tiene de *pauper* ni de *homo*;
ni es un quídam, ni puede hacerse el tuno
quien ya en el sexto verso saca el lomo.
Uno ha de ser, entre los más pudientes,
quien regala esas coplas á las gentes.

II

"¡Oh Musas, que me oís desde el Parnaso!...„
(¿El Parnaso ó la cárcel de mujeres?,
"trinar así con verso tan sonoro...„
(¿Trinar? Sea trinar, pues tú lo quieres,
quídam y *pauper homo*, pero en broma,
porque tiene otro nombre en nuestro idioma.)
"Por Orfeo os suplico no hagáis caso
si llego yo á empañar el plectro de oro;
pues es que hay por aquí mucho payaso
que ha llevado el silencio á vuestro coro,
y quiero vuestra voz por un momento
á ver si domo yo tanto jumento.„
Cuando lea esta octava, ó esta copla
hasta el pío lector te dirá: ¡Soo... pla!

En otra estrofa, ó destrofa, apunta con dolor:

"... mas ahora
ni aun el sereno canta ya la hora.„

Que ha venido á menos la poesía de aquellos chicos con melenas:

"De luengo pelo y de flexibles talles
que pasaban la vida muy ociosos
cantando versos mil por esas calles.„

Y que eran chicos de bien, empadronados casi siempre,

"que vivían engañados como chinos,„

pero sin hacer mal á nadie, sino *á sigo mismos*, como Tartaja, aunque sea mala comparación.

"En cambio, todos saben que al presente
con tanto sabio crítico y maestro,
por milagro se encuentra uno decente.
y menos de algún numen ó buen estro:„
(Ni un mal contribuyente,
hombres baldíos de mirar siniestro
y que toman *reloses* á la gente.)
"que ya, con tal de provocar la risa,
sacar al Rey es lícito en camisa.„
(Pues haga usted la prueba
y verá la paliza que se lleva.)

Parecerá á ustedes que la octava anterior es la más notable.

Pero lean ustedes lo que viene detrás, y verán:

"¡Y es el progreso de los tiempos solo!
antes hacía la crítica un anciano...„
Una duda no pía:
Se debe pronunciar: "hácia„ ó hacía;
porque de ser "hacía„ es evidente
que el verso tiene rabo, mayormente.)
"hoy la ejerce en *Revistas* cualquier bolo
que no sabe quién fué Alcalá Galiano...„
(El que le vino á pluma ó á la mano.
"ayer á nadie se decía ¡bartolo!„
(decía„ pío lector y ciudadano.)
"hoy se dice al gran vate castellano:
y ¡oh, virtud de los tiempos sifilíticos,
á falta de poetas, saltan críticos...!„
(Curación radical, pronta y secreta...
de esto se libra quien nació poeta.)

Prosigue la historia de la caída y expulsión de los vates y demás, y dice Tartaja:

"Una turba, ó mejor, chusma de pillos,
de esos que dieron en llamar festivos,
que cantando en la prensa como grillos
ganarse sólo buscan los *motivos*...„

Aquí una llamada: «Cuartos,» equivalencia ó licencia del autor, que la tiene, por lo que se ve, para todo, incluso el «trinar,» como él dice:

"que hacen versos lo mismo que ladrillos,
y que, en fin, han perdido los estribos...„
(¿A que Pepe Tartaja, consecuente,
no pierde los estribos fácilmente?
"rufianes, ignorantes y animales,
rimadores no más de memoriales.„

La toma luego Tartaja, con los detractores de la poesía rimada en el Ateneo, y los pone buenos.

"Me diréis, que esa opinión es cúya,
ó de quien no hizo nunca una aleluya...„

Ahora vaya por las Musas del coro:

"Mas ya sé que ahora estáis por vuestros prados
corriendo tras los sátiros adustos:
que los prendéis y los dejáis atados
al tronco de los árboles robustos.
¡Ojalá permitiérannos los hados
bajáseis por aquí á darles sustos!„
(¡Ojalá! que serán buenas personas,
y si en el prado están tan retozonas,
¿qué no harían aquí, fuera de caja,
si tropezaban con José Tartaja?)

Detrás viene la sentencia de Apolo, *pedescrita* por Pepito. Y en ella consigna:

"Y, por tanto, condeno á la morcilla
á *Clarín*, Bonafoux y Bobadilla.„

En el resto del poema habla de cuantos no cantamos, incluyendo á los serenos.

Y lamenta que no dejen los críticos libres para él y otros poetas los campos de cebada.

¡Con qué dolor lo dice!

El poema es una continuación de *Los perfumes de Barcelona*.

No se puede leer sin taparse la nariz con un pañuelo.

Por fin, el mismo Pepito Tartaja dice de su poema:

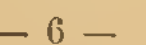
«Que es más sucio y peor que una postema,» y aun pide perdón

"por la peste y grosería.„

Para terminar, no me ocurre nada limpio, y termino en secreto, pensando con el autor:

¿Quién será ese ingenio... pío?

Eduardo de Palacio.



DESDE MI BUTACA

CON MOTIVO DE CALVO

Puede que la muerte de Calvo, el insigne intérprete de la escuela romántica, modifique, si no del todo, en parte, la tendencia del teatro español contemporáneo. El genio, eminentemente lírico, de Echegaray, no tendrá más remedio que capitular con la moderna escuela dramática—la de Tamayo y Ayala, como quien dice—ya que el *único* intérprete de sus hermosas, pero falsas creaciones escénicas, ha bajado al sepulcro entre el sentido lloro de los verdaderos amantes del arte y los ripios funestos de una cáfila de poetas escuchimizados. Verdad es que aún vive Antonio Vico; pero el temperamento de Vico no es, en mi sentir, tan romántico y vehemente como el del famoso resucitador de la escuela calderoniana. Calvo era un caso de atavismo, como si dijéramos; había nacido para dar vida y relieve á los quijotescos personajes de Lope y Calderón. Estaba como imbuído del espíritu caballeresco de la Edad Media, y por su sangre corría el efectismo luminoso y resonante – parecido á esos caprichos pirotécnicos—que abrillanta la dramaturgia del esclarecido autor de *La muerte en los labios*. Su genio no simpatizaba con los personajes vulgares que intervienen en el poema dramático del día, tan desprovisto de todo boato lírico. No, no vivía, desde el punto de vista artístico, dentro del marco de la vida contemporánea. Si se vestía á la moderna, no era por su gusto; de buen grado hubiera salido á la calle, á no ponerse en pugna con las costumbres de su tiempo, de calzón corto, sombrero de plumas y espada al cinto, á la usanza de los galanes del siglo XVII. Temperamento soñador y poético de suyo, algo así como tocado de la neurosis del romanticismo, no se avenía á traducir en lenguaje llano y sencillo la complejidad de ideas y sentimientos, de luchas y ambiciones que, bajo la capa de una hipocresía brillante y seductora, rueda, á modo de cenagoso río de linfa aparentemente cristalina, por el cauce de la vida contemporánea.

El genio español es poco dado al subjetivismo. Gusta más de lo que brilla, de lo que suena, de lo exterior, en una palabra, que de lo que ha menester análisis y reflexión. Un Amiel que vive atormentado por la fiebre del psicologismo, sería en España un caso teratológico. Podría compararse el genio español con el ojo del toro. El color rojo, escandaloso, le llama irresistiblemente la atención. En casi toda la literatura española predomina el formalismo, la retórica, eso es. Raro es el libro en que el autor penetra, con la linterna del análisis, en las cavernas del alma. Diríase de los más de los literatos españoles que son pintores que escriben. Su incontrastable inclinación al género descriptivo, su prurito de pintar la naturaleza, de trazar tipos, comprueban mi aserto; y cuenta que no digo esto en són de censura. Cada pueblo tiene su fisonomía particular, su idiosincrasia, como cada individuo tiene su cara y su temperamento. Mi objeto es indicar la característica del pueblo español.

En la literatura dramática predomina el lirismo; la música de las palabras, el espejismo de las imágenes suelen ahogar el concepto. Los personajes—grandiosos muchos en cuanto meras concepciones, como el de Segismundo, pongo por caso,—no obran por una evolución psíquica, sino por arrebatos de la pasión, por irritabilidad en los nervios, por reverberaciones de la fantasía. Sus conflictos personales suelen ser resueltos, después de una larga tirada de versos, por la espada, entre diálogos relampagueantes de injurias y amenazas. Carecen de ese escepticismo, producto de la cultura moderna, de esa simpática benevolencia que nace del trato y del conocimiento de los hombres y las cosas. Apelan al dilema como única forma de argumentación, y el dilema no es la mejor forma de avenencia, porque pone el pensamiento entre la espada y la pared, como quien dice. Hoy la palabra absolutismo no tiene razón de ser en ninguna esfera de la actividad humana; antes bien, ha sido sustituida por la palabra *relatividad*. Herbert Spencer discurre sobre este punto con mucho acierto.

En la novela, género en el cual el análisis brinda más ancho campo á la observación, se advierte el mismo predominio del mundo exterior, del mundo de la forma. Hay, sí, mucha fuerza, vigor en la pintura de lo que se ve, de los perfiles, de los contornos, de las curvas, de lo plástico, para decirlo de una vez; pero poca profundidad y estudio en lo que se refiere al mundo psicológico. Claro que hay excepciones. En algunas novelas de Galdós figuran caracteres que parecen de Balzac, por el detenido estudio analítico que revelan. Pero no es esto lo corriente. Las más veces no pasan de meras tentativas. Esa minuciosa anatomía de un temperamento indeciso, de una alma que fluctúa, no suele hallarse en la novela española. En la poesía lírica, en la misma crítica—con raras excepciones—también se nota este predominio del elemento objetivo, de lo pictórico, sobre lo subjetivo y lo experimental. La crítica española todavía se inspirà en el método retórico de La Harpe. Hoy contados son los críticos que miran el fondo de la obra que juzgan, que tienen en cuenta el medio ambiente en que se ha engendrando y el problema filosófico ó social que en ella se contiene.

Calvo era un producto espontáneo y sintético de nuestra raza. Fundido en lo épico, en lo descriptivo; enamorado del color, del ritmo, interpretaba como nadie la deleitosa música de nuestro teatro del siglo XVII.

No sé si fué Chanón quien dividió el cerebro en tres temperamentos: el seco, donde reside el entendimiento; el húmedo, donde se asienta la memoria, y el caliente, donde bulle la imaginación. En el cerebro de Calvo - según esta división – el temperamento caliente absorbía los otros de todo lo que fuera luz, calor, y armonía que hería vivamente su oído y su retina.

—

El arte, en su sentido general, ha perdido á uno de sus más ilustres representantes; pero es posible que el arte dramático, como espejo y trasunto de la vida real, haya ganado. ¿Seguirán Echegaray y Cano escribiendo dramas efectistas y bravateros? Ellos lo dirán.

FRAY CANDIL.

PACOTILLA

Hace más de diez años... no; más de once,
que proyecta el ilustre Ayuntamiento
sustituir con rico monumento,
de mármol ó de bronce,
la popular y surtidora fuente
de la Puerta del Sol. ¿Qué inconveniente
se opone á que el proyecto se realice,
siendo tan ventajoso al buen ornato
y á la Constitución, como quien dice?
¿Es que tiene quiz su candidato
cada edil del Concejo
para obtener siquiera algún reflejo
de la gloria que alcance la figura
perpetuada en metálica escultura?
¿Dónde está el patriotismo?
¿Dónde la abnegación? ¿Dónde la gala
de vencerse á sí mismo,
sublime triunfo al que ninguno iguala?
Renuncie cada cual á su porfía
y álcese pronto donde está la fuente
obstruyendo la vía,
cuando no dando duchas á la gente
¡la estatua colosal del *Buñolero*
empuñando el cerrojo del chiquero!

—

A un individuo le ha tocado en Málaga el premio grande de la Lotería Nacional.

¡Y cuánto no sería su regocijo, que lo primero que se le ocurrió fué anunciar á su esposa que iba á pedir el divorcio! Nada, así como quien va á hacer un regalo espléndido.

La habrá dicho, sin duda:—"Me divorcio
porque soy rico ya...,
¡Te había de comprar un aderezo,
conque lo mismo da!

—

Pues, señor, bien; ya tenemos otra vez encima los terremotos.

En Murcia ha habido dos la semana pasada.

Y el caso es que sin fundamento.

Porque no creo yo que eso de las reformas sea suficiente motivo para que la tierra tirite.

¡Vamos, será que con la edad se ha vuelto aprensiva!

—

En la estación de Atocha:

—Vamos, hombre, á la carrera,
que tengo que facturar.
—Bueno, ¿qué va usté á sacar?
—Un billete de tercera.
—Si de ese modo responde...
—¿Falto yo al comedimiento?
—¡Dígame usté para dónde!
—¡Para el descarrilamiento!

—

—Diga usté, ¿por dónde se va al cementerio del Sur?
—¡Por los fielatos de consumos!

—

Entró ayer en un estanco
uno que halló en un pitillo
pedazos de solomillo
y migajas de pan blanco:
y el gran lisimo mastuerzo
le dijo á la estanquerilla:
—¡Déme usté una cajetilla
de las que tienen almuerzo!

JOSÉ ESTRAÑI

Rubiños, impresor, plaza de la Paja 7, bis.

AMOR Y CELOS.—MELODRAMA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
27 de Octubre de 1888.
NÚMERO 4.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EMILIO ZOLA

De los cuarenta y ocho años que cuenta el maestro (nació en París en 1840), ha pasado la mitad, lo menos, luchando, unas veces con las dificultades de la vida, otras contra las preocupaciones literarias.

Triunfó de aquéllas por la tenacidad del trabajo, y de éstas por el calor de sus convicciones literarias, á las que á última hora le acusan de haber hecho traición.

Fruto de su combate con la vida es una posición holgada, y de su lucha por el naturalismo la serie que empezó en *La Fortune des Rougon*, y sigue en *Le Rêve*. Este libro, acabado de publicar, da actualidad á la personalidad vigorosa del maestro, y justifica la elección que hacemos de ella para el número de hoy.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas*.
Seis meses........... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas*.

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Sábado 20.

Ocurrió en este sábado lo que en los dos anteriores. Llovió.

Proponemos que se modifique la frase de «No hay sábado sin sol,» en este sentido:

«No hay sábado sin lluvia:»

O sin puñaladas.

Una cigarrera de pelo en pecho ha dado hoy varias á una amiga suya.

¿Con qué dirán ustedes?...

¿Con una navaja de Albacete?

¡Quiá!

Con la uña de hoja de lata que usaba para liar los cigarrillos.

Si estas *gatas* de Madrid
querido lector, te gustan,
por Dios, no las acaricies
que pueden sacar las *uñas*.

—

Día 21.

Recibimos por el correo la tarjeta siguiente:

Pilar Silva y Grande.

Zaragoza, 20.

Ignoramos lo que quiere decir esto.

¿Será alguna nueva suscritora?

—

El célebre doctor Tanner, rival de Succi, comunica á la Academia de Medicina de París que ha logrado obtener el estado de adormecimiento en que algunos animales pasan el invierno, sin comer ni moverse, y añade que todo el mundo puede hacerlo como él.

—¡Vamos! la invención no es mala.
¡Ya estoy viendo al caballero
pasar un invierno entero
con el pico bajo el ala
como duerme mi jilguero!

Lunes 22.

Hoy se estrena *El Enemigo*,
pero eso no va conmigo.

—

Al regresar á Madrid de su excursión veraniega cierto apreciable caballero, encuéntrase con la novedad de que una hermanita suya ha ingresado en un convento, contra la voluntad de la familia.

¿Y qué hace?

Se dirige al convento.

«Sube, llama, le abren, entra...»

Y comienza á bofetadas con la hermana tornera, sigue dando cachetes á la superiora, y termina llevándose incontinenti á su parienta.

Este distinguido joven ha adelantado esta temporada las representaciones de *Don Juan Tenorio.*

Porque, de seguro, diría aquello de...

..."¿Piensas que rompí
la clausura, temerario,
para dejármela aquí?

Ignoramos si la Galería dramática *El Teatro* ha cobrado derechos de esta representación.

Suponemos que sí.

—

23 y martes.

Ha muerto en París el general Salomón, ex presidente de la república de Haiti.

Cuenta un periódico que el general era un hombre de más de dos metros de estatura, y su gran cabellera blanca, rodeando su rostro negro, le daba un aspecto especial.

¡Buen tipo!

Ahora que tanto se habla de las reformas militares, he aquí una que rebajaría considerablemente el presupuesto de Guerra. Exigir á todo el que aspirase al generalato, una talla, por lo menos, como la del general Salomón.

Con talla tan colosal,
¿qué buen mozo llegaría
á ser aquí General...?
¡Unicamente podría
llegar á serlo, Vital!

—

Estamos á 24.

Primer día en que se presenta á declarar en la célebre causa del *muerto resucitado,* Concha Somera.

Y ni *someramente* podemos dar noticias de este asunto á nuestros lectores, por el reducido espacio de que disponemos en esta crónica.

¡Y cuidado si podríamos llenar cuartillas!

El procesado, ¿se llama Eustaquio ó Eugenio...?

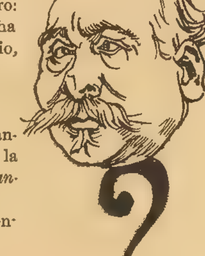
¿Es bizco ó no es bizco?

¿Era ó no era cojo?

Y si era cojo, ¿de qué pie cojeaba?

¡Cualquiera pone claro este lío!

Lo que está fuera de toda duda es que Concha Somera ha desempeñado con este nuevo Lázaro el papel de Jesús.



Y así como el Señor dijo al otro: «Lázaro, levántate y anda,» ésta ha dicho al de San Baudilio: «Eustaquio, márchate y cobra.»

Sólo falta saber si cobrará.

Pero eso lo dirán los Tribunales.

Y si cobra y se incauta de su cuantiosa herencia, bien puede decir la Somera que ha hecho más que *levantar un muerto.*

¡Eso es levantar todo un cementerio!

—

Jueves 25.

Lo de todos los días. En el paseo de Melancólicos...

Se avistan los guardas
con los matuteros,
y hay una de tiros
que es cosa de verlo.
Después del combate,
reñido y sangriento,

del campo recogen
heridos y muertos,
zapatos, estoques,
fusiles, sombreros,
pero... ¿y el matute,
la causa, el pretexto
de aquella batalla
que pone los pelos
de punta? ¿El matute?
¡Vaya usté á saberlo!
¡Ese no parece
ni vivo ni muerto,
ni chico ni grande,
mojado ni seco!
Y todos convienen,
y están en lo cierto,
¡que hay sobra de tiros
y falta de celo!

—

Día 26.

Sorpresa de una casa de juego en el café de la Universidad.
¡Qué casualidad!
Se asegura que estaban jugando al *bacarat.*
¡Qué inmoralidad!
Que casi todos los puntos pertenecían á la misma Facultad.
¡Qué atrocidad!
Que el subinspector ha tenido que sacrificar la barba.
¡Qué barbaridad!

Y preguntamos, llenos de ansiedad:
¿Pero será verdad?
¡Cómo está la sociedad!

—

Sábado 27.

Inauguración de las carreras de Otoño.

En el Hipódromo; diálogo:

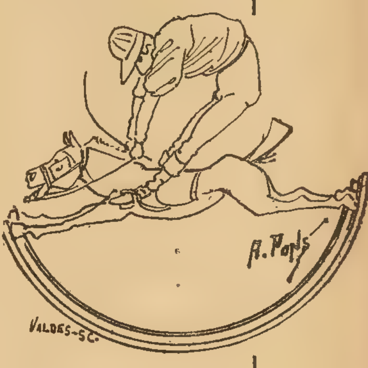
—¿Has visto á Elisa? ¡Qué escándalo! Iba con X.

—¡Pobrecilla! ¿Qué tiene que ver eso?

—¿La defiendes?

—¿Y por qué no?... Elisa es una muchacha encantadora, que ha resuelto el problema de vivir todo lo honradamente que es posible, fuera del matrimonio y del celibato.

E. Navarro Gonzalvo.



CASTAÑAS

Enrique de P... tenía tan mala reputación entre los hombres, como partido entre las mujeres.

Era natural.

La preferencia con que el bello sexo *disponible, en operaciones* ó de *reemplazo*, distingue á un hombre, engendra la envidia de los demás.

Y la envidia, lejos de distribuir elogios, propala injurias ó difunde las verdades que puedan molestar á los individuos que son objeto de ellas.

Enrique era jugador, mujeriego, amante de la orgía, y dilapidador de su fortuna.

Debía dinero á casi todas sus compañeros de tapete, en todas las joyerías, en todos los *restaurants* de buen tono y á tres cuartas partes de los usureros de Madrid.

Es decir, debía dinero á todo el mundo.

Poseía una buena condición.

Cuando la ruleta ó el *baccarat* le ofrecía una racha favorable—lo cual significaba un ingreso de gran cuantía, porque Enrique jugaba fuerte—pagaba Enrique también á todo el mundo, incluso el sastre.

Esta circunstancia le daba, entre sus mismos detractores, cierta opinión de honradez, porque en los tiempos que alcanzamos, pagar al sastre es el colmo de la moralidad.

Enrique era guapo, buen mozo, muy elegante y tenía *una saliva* de primer orden.

Dicho esto, huelga consignar que lo adoraban las mujeres.

Porque estas señoras, hablando en general, menos se ocupan de las prendas generales de los hombres, que de su estética.

El bello sexo veía en Enrique un dechado de hermosura varonil, y nada más.

Era Enrique hijo de un banquero de gran crédito en las plazas nacionales y extranjeras.

El crédito del padre no aumentaba el del hijo, perdido ya á consecuencia de varias fechorías.

La firma del hijo no levantaba en Madrid cien pesetas; pero sus caricias abrían más de una gaveta femenina.

Cuando se veía apurado y próximo á naufragar, el amor era su tabla de salvación.

Frecuentaba Enrique los salones más distinguidos de Madrid.

No se le podían cerrar justificadamente. Todo el mundo suponía á Enrique capaz de hacer una acción fea, á trueque de tener dinero; pero nadie podía asegurar que la hubiera hecho.

Presentóse una noche Enrique en el baile de la condesa de...

Más que de una gran recepción, tratábase de un *íntimo quedarse en casa*, pero hecho á la manera espléndida del gran mundo.

A las tres de la mañana se había cenado opíparamente.

El *baccarat*, empezado antes de la cena, seguía fuerte después de ella.

Los vapores del Champagne disminuían el valor del dinero; el tapete estaba lleno de oro y billetes de banco, que tan pronto ocupaban éste como el otro punto de la mesa.

Enrique había perdido hasta la última peseta.

En vano pedía dinero: nadie se lo prestaba.

Devorábale la sed del oro.

Con el mal humor consiguiente á pérdidas considerables, paseaba Enrique por un salón dando el brazo á la Condesa.

Notó que el Conde lo miraba con impertinente insistencia, rodeado de un grupo de amigos de Enrique.

—¿Qué pasa, señor Conde?

—Algo muy grave, respondió éste. En una casa tan honrada como la mía, acaba de cometerse un robo.

—Lo siento, repuso Enrique fríamente.

—Al general G... le ha sido robada una cartera que contenía 20.000 pesetas.

—¿Algún criado?

—No; las gentes de mi casa son fieles y honradas.

—¿Sospecha usted de alguien?

—De nadie concretamente; pero como á los seres honrados no les duelen prendas, hemos resuelto *todos*... ¿lo oye usted bien? *todos* .. dejarnos registrar.

La Condesa dejó temblando el brazo de Enrique.

—A usted le toca el turno.

Y el Conde y sus amigos se adelantaron hacia Enrique, que dijo lleno de arrogancia:

—Al que avance un paso más, le meto una bala en el corazón á la hora que guste y donde quiera.

—¿No se deja registrar? Este es el ladrón, pensaron todos.

Todas las apariencias acusaban á Enrique.

—Quien teme, algo debe, añadió el Conde.

—El que se deja registrar es un canalla...

—Yo, siguió diciendo el Conde, veo en usted indicios acusadores.

—¿En mí? respondió Enrique lleno de indignación. ¿Quién?

—El frac oculta mejor los objetos de bulto en los bolsillos de los faldones que en el pecho...

—¿Y qué? dijo Enrique descaradamente.

—La cartera del General es grande, muy grande, y...

En este momento entró un criado en el salón.

—Señor, dijo á su amo; la cartera con el dinero ha parecido. Estaba detrás de una silla de la...

Enrique fuése hacia el Conde, que mudamente le pedía perdón.

—He aquí el motivo del bulto del faldón de mi frac, dijo Enrique.

Y enseñó una caja de medio kilo de... *Marrons glacés.*

—Las he tomado del comedor para llevárselas á mi madre. Este dulce es su delirio.

Huelgan los comentarios.

Rafael María Liern.

SE PROHIBE LA ENTRADA

El mayor monstruo, los celos.

—¡Quién pudiera saber
dónde va, cuando sale del taller!

UN VIAJE EN DILIGENCIA

Al lucir de la alborada,
entre dormido y despierto,
me encaminé á la posada
del tío Antolín el Tuerto,
sita en la Puerta cerrada.
Y como es el madrugar
en mí, caso peregrino,
no quiero á usted relatar
las veces que en el camino
hube yo de tropezar.
Consigo llegar al fin:
al coche el ganado engancha
un hombre como un mastín,
y ya tiene usted á Joaquín
caminito de la Mancha.
Observo á mi alrededor,
y encuentro por compañeros
de viaje, un procurador,
un cura, dos vinateros,
un bizco y un herrador.
Iban á más, y no deja
de recordarlo mi mente,
pues la verdad lo aconseja,
al lado mío una vieja
y una morenita enfrente...
Eran dos soles sus ojos,
era una gloria su cara,
y eran sus labios tan rojos
que á un Santo dieran antojos,
como el Santo los mirara.
Mientras describo el pelaje
de la gente, bien ó mal,
rueda el pesado carruaje
con ese estruendo infernal
consiguiente á todo viaje.
Cruzamos la carretera.
¡Arza! grita el conductor,
cruje la fusta ligera
y todo es ruido y calor:
seguimos de esta manera
seis horas sin descansar,
y la confianza entrada
todos hablan á la par,
promoviendo una algarada
imposible de evitar.
El uno me ofrece vino,
otro me pasa el Ojén,
yo bebo y hablo sin tino,
mirando al rostro divino
de mi vecina también;
ó cesando en mis trabajos
por ver sus pies seductores
que asomaban por debajo
de los pliegues tentadores
de su vistoso refajo;
y su breve pie mirando,
en alas de una ilusión
iba meciéndome, cuando
me la arrebató, parando
el carruaje en un mesón.
¡Oh manchegas hosterías!
¿quién no os contempla dicho- [so?
¿quién os admira gozoso,
si ha buscado algunos días
en vuestros cuartos reposo?
¿Quién, al ver vuestros silla- [res,
no presagia mil venturas?
¡si ha dormido sus pesares
sobre vuestras camas duras,
de formas irregulares!
¿Quién no se complace al ve- [ros.
si el sueño de los viajeros
arrullan con suaves trinos
los gansos y los pollinos,
los gallos y los arrieros?
¿Quién no recuerda, por fin,
la Maritornes garrida
que, á serviros decidida,
á un tiempo se hace la crín
y revuelve la comida;
y la enorme variedad
de chicos que os encabeza,
demostrando la verdad,
si no de vuestra limpieza,
de vuestra fecundidad?
Yo, que os tengo examina- [das,
y sufridas, y habitadas,
por vosotras hago preces.
Benditas seáis mil veces,
¡oh mancheguiles posadas!
En una de éstas paramos,
y ya era entrada la noche
cuando de ella nos marchamos,
y su cocina dejamos
por los asientos del coche.

. . . .

Noche de estío; calor,
treinta grados sobre cero;
silencio á mi alrededor,
y por luz, el resplandor
de un opaco reverbero.
Los viajeros dormitando;
yo, con afición mirando
de la muchacha el semblante,
y el mayoral entonando
una jota en el pescante...
Amigo, comprenda usté
que era excesivo trabajo
contenerme... La miré,
hacia mí su mano trajo
y yo su mano estreché;
y creo, pero no juro
porque estaba muy oscuro,
que fué mi amoroso exceso
subiendo, y casi aseguro
que la hube de dar un beso.
Era un caso que doctores
no salvaran... De repente
se escucha un ruido estridente
que despierta á los señores
que dormitaban enfrente.
Rueda aquí el procurador,
muy reverendo señor,
y sus nobles compañeros
el cura, los vinateros,
el bizco y el herrador.
Puja la vieja un lamento
al resbalar de su asiento,
y salta roto un cristal,
mientras lanza el mayoral
un furioso juramento: [ceda
—¡Qué ocurre!—Dios nos con-
un milagro!—No se queje
—¿Qué ocurre? — Nada que [pueda
doler. Que se ha roto el eje
y se ha partido una rueda.
—Y tendremos que marchar
andando?—Sin remisión
—¿Hasta dónde?—Hasta en- [contrar
auxilios en el mesón
del inmediato lugar.
—¿Y qué lugar es?—Caneja.
Allí es donde vivo yo,
dijo la vieja, y calló;
y al escuchar á la vieja
la muchacha suspiró. [mos,
¿Qué más decir? Que llega-
que ya imposible nos fué
hablarnos, que suspiramos,
que me miró, y la miré,
que tristes nos separamos,
y que á lomos de un rocín
falso y de perversas mañas,
lamentando el triste fin
de sus amores, Joaquín
pudo entrar en Valdecañas.

J. Dicenta.

POETAS FÚNEBRES

A Dios gracias, en la función dedicada al insigne Rafael Calvo por sus compañeros del Español, no habrá lectura de poesías.

La Comisión encargada de organizar esta solemnidad artística ha acordado reunir en un folleto las composiciones más ó menos poéticas dedicadas al difunto, y de este modo los padres de familia, ajenos á la rima, quedan en libertad de leerlas ó de legárselas á sus hijos para que se vayan enterando de nuestro florecimiento lírico.

No hay nada más triste que ir al teatro con el propósito de distraerse, y que salga un actor vestido de funeraria y rompa á leer con la voz entrecortada por los sollozos.

—¡Hombre! Yo he venido aquí á divertirme, exclama el espectador de buena fe que ha pagado su billete con el propósito de sacudir el yugo de su suegra y olvidar por un momento los sinsabores del matrimonio.

—Pues vamos á tener lectura para rato, le contesta su *adlátere.* ¿Ve usted á todos esos señores que parece que no hacen nada? Pues tienen su poesía correspondiente en el bolsillo del pantalón.

Así es, en efecto. Hay actores que están deseando el exterminio de sus semejantes para poder leerles media docena de octavas sobre la tumba; y aquella noche comen de prisa y corriendo, después de decir á sus esposas respectivas:

—Anda, mujer; saca la sopa, que hoy ha caído tela.

—¿Estrenáis algo?

—No; vamos á leer poesías *en loor* de Rodríguez, el característico que en paz descanse.

—Amén.

Menos mal si todos los que escriben versos sobre las tumbas de los artistas fuesen personas razonables; pero sucede á lo mejor que cualquier escribiente de consumos se cree con luces bastantes para componer un soneto, y después quien lo paga es el público, y el sentido común, y la gramática castellana.

Los organizadores de veladas poéticas suelen recibir visitas del tenor siguiente:

—¿Es usted D. Gumersindo?

—Servidor.

—Pues yo vengo á leer á usted una composición de esdrújulos que escribí ayer en el Ayuntamiento, donde me tiene usted á sus órdenes, negociado de atarjeas y pozos negros.

—Tantas gracias.

—He sabido que organizan ustedes una velada, y no quiero faltar, pues no es la primera vez que se han leído cosas mías. Cuando estuvo de días el Alcalde le hice una oda y se la leyó el secretario del Ayuntamiento en sesión secreta, por lo cual me remitieron á casa un pupitre de honor con incrustaciones y media docena de pañuelos del bolsillo.

—El caso es que tenemos ya una porción de composiciones poéticas...

—Lo supongo; pero dificulto que ninguna tenga más esdrújulos escogidos que la mía. Oiga usted:

"Ya que la Parca estúpida
te ha arrebatado fúlgido,
permite venga plácido
tu tumba á visitar.„

—¡Basta, basta!...

"Y de mi acento cándido
recibe el dón benéfico,
pues soy un bardo húmedo
que llora sin cesar „

El individuo de la Comisión organizadora trata de despedir al vate; pero éste saca una carta de recomendación de un guarnicionero de la calle de Postas, persona muy influyente á quien no puede faltar el individuo, y éste dice entonces:—Corriente. Procuraré que le lean á usted *eso.*

—Diga usted al actor encargado de mi lectura que pronuncie bien la parte de abajo, porque es donde he puesto más esmero, y que diga bien claro mi nombre y mis dos apellidos: *Juan de la Cruz Salmonetín y Barbillo.*

—Vaya usted descuidado.

—Porque deseo que en mi país vean mis adelantos. Allí me tenían por un bruto, y el maestro me echó de la escuela dos veces, diciendo que nunca sería nada; pero, gracias á Dios, he dado pruebas de todo lo contrario, y en el Ayuntamiento vienen á buscarme los concejales para que les dicte las cartas y les corrija los discursos... Ea, abur; si hay que hacer algún desembolso con motivo de mi poesía, estoy aquí yo dispuesto á responder...

—¡Vaya usted al infierno!

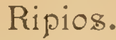
Esto lo dice aparte el individuo de la Comisión; pero como no es cosa de desairar al guarnicionero, los versos se leen en la velada y los periódicos se deshacen en elogios declarando al joven

Salmonetín poeta inspirado y *titilador* de ternura infinita, aun que modesto y mal configurado.

Hay una porción de poetas como Salmonetín, que se pasan la vida en acecho, esperando que haya veladas para exhibir sus dotes intelectuales, y en cuanto tienen ocasión buscan recomendaciones y revuelven á Roma con Santiago para que les lean sus cosas en público.

Entre los versificadores fúnebres que conocemos, figura una señorita picada de viruelas, que no se ha casado por esta razón, y porque además tiene mal aliento; la cual señorita regala flanes á los individuos de todas las Comisiones, á ver si por este medio logra salir del *oscurantismo*, como ella dice, y la declaran *vata* nacional, como tantas otras, que no tendrán seguramente más inteligencia, pero que han sabido conquistarse una reputación envidiable y lucrativa.

LUIS TABOADA.



Ripios.

Ustedes habrán oído decir que D. Manuel Cañete es poeta, y crítico, y hablista...

Pues han de saber que no hay tales Cañetes.

Vamos, que D. Manuel no es hablista, ni crítico, ni poeta, ni nada.

Por eso es académico.

Como hablista, me parece que habla bastante mal; creo que hasta echa peca dos y todo.

Como crítico... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable.

Entiéndase que hablo de la conciencia profesional, no de la otra, porque no quiero meterme en la vida privada. A más de que, sobre este punto, con decir que D. Manuel militó en el antiguo partido moderado, ya cualquiera sabe á qué atenerse.

Respecto á la conciencia profesional, es decir, á la conciencia que usa D. Manuel cuando ejerce de crítico, el amigo D. Luis Bonafoux averiguó tiempo atrás que el Sr. Cañete, en cuanto algún poeta tropical le envía una caja de cigarros buenos, le suelta un bombo que le aturde.

Y yo he averiguado posteriormente otras dos cosas.

La primera, que D. Manuel, cuando un escritor critica, aunque sea con razón, á algún amigo suyo, por ejemplo, á alguno de esos marqueses literarios que le convidan á comer cada lunes y cada martes, se desata contra el crítico en improperios y dicharachos, como aquellos de *erial de lo pedestre, lodazal de lo chabacano y de lo inmundo, tropa ligera del periodismo, sandeces, babosear* y otros al símil, que de seguro no habrá olvidado don Manuel, porque le costaron una buena soba.

La segunda, que cuando el Sr. Cañete se encuentra con una obra de un amigo del todo desgraciada, como, por ejemplo, *La Pasionaria*, de D. Leopoldo Cano, no atreviéndose á decir que es buena, se calla durante mes y medio para que el vulgo aquél de que habló Lope la aplauda y la pague en Madrid y provincias; y luego, cuando ya la crítica no hace daño al éxito, sale diciendo en *La Ilustración* que la obra es bastante mala efectivamente.

Que es aquello que dice el refrán: «Después de la liebre ida, palos en la cama.»

Por ahora no se me ocurre decir más de D. Manuel Cañete como crítico.

Como poeta... verán ustedes.

Ante todo, es de saber que el Sr. D. Manuel Cañete publicó en el año de 1859 un tomo de versos, ó de *poesías*, como él las llama, impreso en casa de Rivadeneira, con ese lujo propio de todos los libros que no sirven.

Le tengo á la vista, pues le compré ya hace años, por medio real, en una librería de desecho, donde ya he visto después otros varios ejemplares; le tengo á la vista, y vamos á estudiarle un poco.

Lo primero que se advierte hojeándole es que todas las *poesías* que contiene son de esas poesías caseras, dedicadas así... á asuntos domésticos; del mismo género de las de Marcelino y de las del marqués de Heredia, con unos títulos más largos que los de los famosos artículos de *El Tiempo*, y casi tan prosaicos como las mismas composiciones.

Por ejemplo: *A D. Manuel Tamayo y Baus, con motivo de los aplausos de que es objeto en Madrid su admirable drama histórico titulado* La locura de amor (soneto).

Donde ocurre naturalmente preguntar: ¿Qué habrá dejado este hombre para decir en el soneto, si ya todo lo ha dicho en el título, incluso que el drama es *histórico*, y que es *admirable?*

Y se contesta: «Pues en el soneto éste dice, y en las demás composiciones suele decir, lo mismo que ha dicho en los títulos, aunque de una manera algo más revesada y algo más prosaica, si cabe.»

Otro ejemplo:

A D. Manuel Hoyos-Limón, insigne médico sevillano, y autor de El espíritu del hipocratismo, *en su evolución contemporánea (soneto).*

Otro:

Al pueblo español, al ir S. M. la Reina á presentar en el templo la augusta Princesa de Asturias, después del inicuo atentado del día 2 de Febrero (soneto).

Otro:

Lodart. Al director de un semanario de Montpeller, por haber dado á luz un elogio de este eminente profesor, gloria de la medicina contemporánea (epístola).

Y así, por este estilo, ¿qué poesía se ha de guarecer debajo de estos títulos tan largos?

Ahora, tras de estos ejemplos de títulos, pondré también algunos ejemplos de versos.

Verbigracia:

Escribe D. Manuel Cañete á D. Manuel Tamayo una *epístola*, y le dice de buenas á primeras:

"Caro Manuel, los bienes de la vida
Son cual humo fugaz; un solo instante
Desata el rayo y el granizo, y *tal*...„

¿Qué les va á ustedes pareciendo?

Advierto que D. Manuel no dice *y tal*, aunque lo debía decir; después de esos dos versos y tres cuarterones, no cabe decir otra cosa.

Pero D. Manuel dice «y tala.»

"Desata el rayo y el granizo, y tala.„

Ese *tala* parece otra cosa así como el rayo y el granizo; pero es un verbo que atornilla luego D. Manuel al verso siguiente.

Porque la gracia de estos versos que llaman libres, diz que está—ó estaría si la tuvieran, que no tienen ninguna—en quebrarse á lo mejor y dejar al que lee medio asustado.

Unos se quiebran por en medio, y otros por cerca de la punta, cuando parece que van á acabarse.

Son unos versos que, cuando están bien carpinteados así como los de D. Manuel, resultan tan monos y tan ridículos...

"Desata el rayo...

Que no estaba atado; pero, en fin...

Desata el rayo y el granizo—y tala
el florido verjel.—Así las glorias
de la esperanza y del amor.—En vano...
La segur embotar.—En el lindero
de lo finito y lo infinito,—sombras
y dudas sólo *la del hombre* encuentra
inteligencia limitada;—y cuanto...„

Sí. ¡Y cuánto tropezón! Como que todos estos versos se vienen á reducir á tropezones, con alguna transposición risible, como esa de *la del hombre encuentra*, que hace comenzar á pensar si *la del hombre* será la sombra que queda arriba, hasta que luego se descubre que es *la del hombre* inteligencia.

Más adelante se ensaña D. Manuel con una muerta, diciendo:

"Cuando el rayo divino se apagaba
en sus quebrados ojos...„

¡Qué barbaridad!

¡Pobre difunta!

Mire usted que haberla quebrado los ojos así... por gusto.

Y todavía sigue... preguntando:

"Pero ¿dónde me arrastra la memoria
de tan negras imágenes, y dónde
conforto hallar para dolor tan?...—(Pero
¿con qué diablos se come ese conforto?
preguntarán ustedes. ¿Con *cucchiaro?*...

Dejémosle que diga otro poquito:

"Yo así también, en misterioso lazo
de ignota afinidad. .„
(¡Y tan ignota
como será! ¡Valientes parentescos
habrá usted contraído en esa vida
de solterón impenitente, cuando
declara usted que ya no los conoce...)

Volvamos en D. Manuel, que dice:

"Yo así también en misterioso lazo
de ignota afinidad, salvo en las horas
de profunda abstracción...„

¡Quiá! Escuchen ustedes:

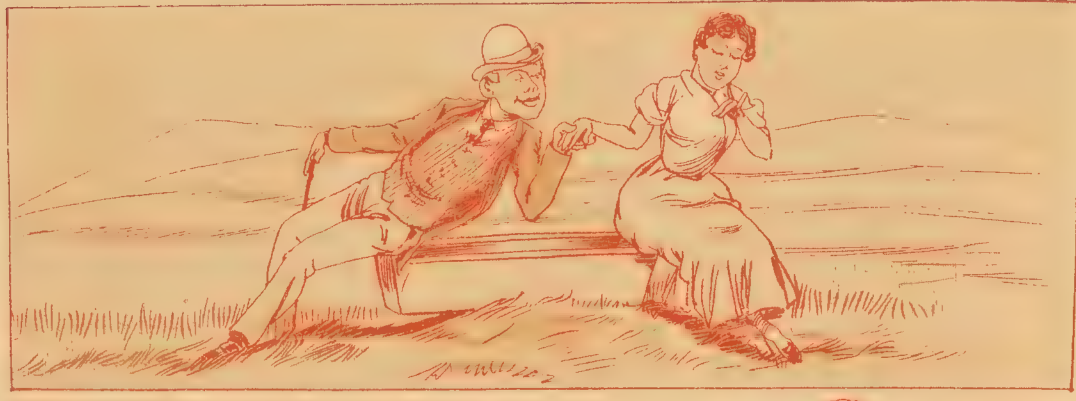
"......... Salvo en las horas
de profunda abstracción, el de la vida
desconocido límite.—Yo en alas...„

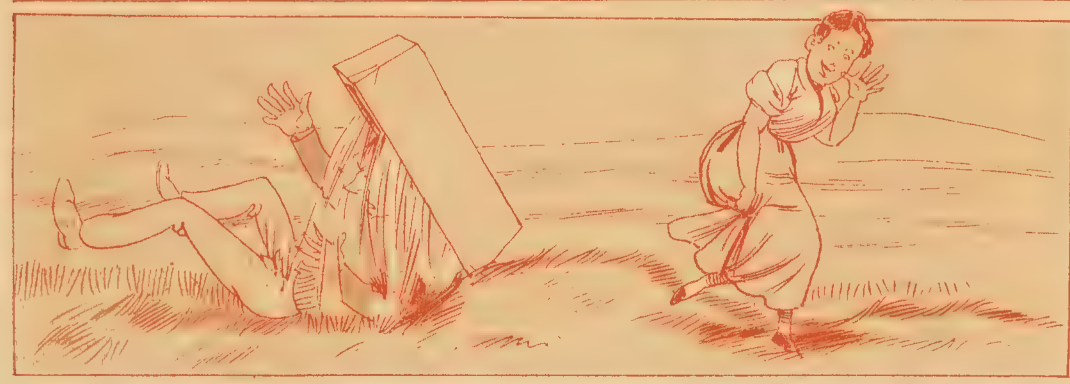
¡Valientes alas! Para ser tan pedestre como es usted y usar esas transposiciones ramplonas de «el de la vida desconocido límite» y «la del hombre inteligencia» maldita la falta que hacen alas.»

VENANCIO GONZÁLEZ

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7, bis.

IDILIO





LOS MADRILES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias

DIARIO CÓMICO

Domingo 28 de Octubre.

En este día todo han sido sorpresas.

Vayan ustedes contando:

El Sr. Gobernador sorprende varias casas de juego.

Un sacerdote entrega en la Delegación de Hacienda 2.000 pesetas que restituye un *rata* arrepentido.

Se normaliza el estado financiero del Monte de Piedad, renaciendo la confianza entre los imponentes.

El jefe de la Sección de Contribuciones de la sucursal de Lugo se fuga con los fondos confiados á su custodia.

Esto ya no sorprende á nadie; pero, en cambio...

¡Menuda sorpresa la del infeliz que se *topara* de manos á boca con las 16 vacas bravas que entraron por la puerta de San Vicente y recorrieron en completa libertad el Barrio de Argüelles y calles adyacentes!

—

Día 29.

Tute de reyes.

Descarrila el tren que conducía al Czar de Rusia de Sebastopol á San Petersburgo.

Francisco II, residente en París, no puede acreditar su personalidad, porque sus ex súbditos se han quedado con sus papeles.

El rey Milano de Servia se divorcia de su esposa, y promueve una crisis en sus Estados.

Y el rey Carlos de Wurtenberg se aficiona á tocar el violín, y protege á ciertos jóvenes norteamericanos hasta un límite que disgusta á sus vasallos.

Y ya las notas tomadas
sobre el estado actual
de esas testas coronadas,
dejémoslas consignadas
y hagamos punto final.

—

Carreras de caballos en el Hipódromo.

Y escándalo gordo.

Pierden casi todos los *favoritos*.

Caso verdaderamente inusitado, porque el *favoritismo* se impone en este país, en todos los terrenos.

Esta confianza perdió á los *sportman* del lunes, y les hizo perder los cuartos.

Los cocheros hicieron su Agosto en Octubre; se estropeó un jockey y se rompió una pata un apreciable caballo.

El ministerio de Fomento contribuyó al esplendor de la fiesta con dos premios de 3.000 pesetas.

¿En qué mejor se hubieran podido emplear estos 24.000 reales?

¿En qué?...

Se deben 25.000 pesetas á los maestros de Albuñol.

El maestro de Cotillas solicita la admisión de sus cuatro hijos en un asilo benéfico, porque no cobra y no los puede mantener.

La maestra de Beas tiene que irse mendigando á Granada, acosada por el hambre.

El...

¿Para qué continuar?
Siga el calvario cruento,
y estos pobres sin cobrar...
¡Y *fomentese* el fomento
de la cría caballar!

—

Martes 30.

¡A ver si logramos hoy no hablar de cosas tristes!

El célebre Prado, el ladrón y presunto asesino de María Aguetant, comparece ante el Tribunal, y al ser interrogado por el juez sobre su personalidad, contesta muy tranquilo:

—«Soy hijo de Napoleón III y de una dama de honor de la emperatriz Eugenia.»

¡Vamos, sí, una dama de honor, como aquella de los besos de *La Mascota*!

—

¿Alguno de ustedes se llama Cañizo Cañizares? Lo pregunto porque una señora, archimillonaria, residente en Buenos Aires, anda buscando un mortal afortunado que lleve esos apellidos, para legarle toda su fortuna.

¡Cuidado, señora, mucho cuidado con las falsificaciones!

Porque, según yo recelo,
si es cierto lo de heredar,
más Cañizos va á encontrar
que estrellas hay en el cielo
y arenas tiene la mar

—

Miércoles 31.

Se dicta auto de libre sobreseimiento en la denuncia que pesaba sobre nuestro apreciable colega *La Correspondencia de España*.

Lo celebramos.

—

Se escapa del hogar paterno una agraciada joven, en compañía de su seductor.

La madre consigue que torne al redil la oveja descarriada, y, como es natural, la increpa por su falta.

—¿Qué iba yo á hacer? ¡Me dijo que se mataba si no correspondía á su pasión!

—¿Y qué? ¡Que se hubiese matado!

—¡Por Dios, mamá, considera que es un padre de familia!

—

1.º de Noviembre.

Reza la Iglesia
por los difuntos;
ornan las lapidas
flores y arbustos:
la paz se turba
de los sepulcros,
y cien lacayos
muy taciturnos
cuidan las hachas
junto á los túmulos.
Hay muchas voces,
mucho tumulto,
mucha algazara,
mucho barullo,
y muchos ojos
secos y enjutos.
Comen castañas
chulas y chulos,
y los buñuelos
de viento, algunos,
los más de pasta,
malos y duros,
pero comidos
todos á gusto,
son los responsos
que rezan muchos.
¡Qué hemos de hacerle
si así va el mundo!

—

Día 2.

Ocurre, que no ocurre nada de particular.

¡Ah, sí!

Perico Desfalquillo, un guapo muchacho, muy calavera y bastante pródigo, después de derrochar su fortuna, ha conseguido mantenerse á flote, gracias á los préstamos usurarios que ha logrado levantar.

Los más distinguidos Matatías de Madrid le han facilitado fondos, con la garantía de la fortuna colosal de un tío de Perico, del cual era éste heredero forzoso.

El tío estaba viejo, enfermo, achacoso...

Pero antojósele casarse, cuando nadie lo esperaba, con una muchacha joven y bonita.

Y ha tenido fruto de bendición.

Cosa que tampoco esperaba nadie.

Los beneméritos usureros cogen el cielo con las manos.

La otra noche preguntaba el afortunado papá á su sobrino Perico:

—Oye, ¿qué nombre te parece que pongamos á mi chiquitín?

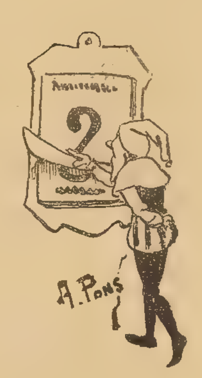
—¡Mesías! Póngale usted Mesías.

—¿Mesías? ¿Por qué ese nombre?

—Porque ese niño ha venido al mundo á lo mismo que el otro.

¡A *reventar* á los judíos!

E. Navarro Gonzalvo



LIBRE CIRCULACIÓN

I

¿A ustedes les parece bien que hablemos un rato de ferrocarriles?

Porque, francamente, lo que llaman los novelistas guasones *infinita variedad de la vida*, no existe: es un infundio, que diría Abascal. Aquí no pasa nunca nada, como no sean las campañas de Aguilera el Grande contra la difteria, ó las interpelaciones de Jove (y Hevia) *sobre* tratados de comercio. Y esto es aburrido, sobre todo las segundas.

Hablemos, pues, de ferrocarriles con cierta *mesura*, que diría Cañete.

II

Declaro, ante todo, que no tengo, que no he tenido, que no tendré probablemente jamás, billetes de libre circulación; pero que si me lo ofrecieran... los aceptaría.

III

Es el caso, que estos días se ha hablado de que en la línea de aquí, en la de allá y en casi todas las de este delicioso país, ha habido *percances* más ó menos serios. Un percance serio para las Empresas es aquel del que sale malparado... el material.

El viajero no produce baja en el ingreso. ¡Como que se paga antes de echar á andar!

Bueno; pues de estos percances serios suele haber uno por semana, con algún extraordinario por vía de propina, y cuando ocurre, como si se sacara un *cliché* guardado para el caso en espíritu de vino, dice la prensa:

—Eso es un escándalo, una vergüenza, una tal y una cual. Los consejeros que son ministros, etc., etc.

Meditemos...

IV

De un examen superficial resulta por modo evidente que en lo de no sentar la mano á las Empresas tienen su parte de culpa esos consejeros; pero pongámonos, lector pagano, la mano derecha en el corazón y la izquierda en el bolsillo del chaleco, y preguntémonos:

—Si fuéramos consejeros, ¿qué haríamos?

¡No te pongas moños, lector! Haríamos lo mismo: cobrar y callar. Podemos hacernos mutuamente esta confesión ahora que estamos solos. A solas se ensancha la conciencia que es un gusto. Repito que tú y yo cobraríamos... y callaríamos.

Quedamos, pues, en que por este lado, por el lado de los consejeros, no sacaremos nunca nada en limpio, porque ya lo sacan ellos, y es bastante.

Vamos á ver por otro lado.

Yo ya tengo el remedio; un remedio excelente, de resultados seguros: la huelga.

Meditemos otra vez...

V

Una huelga de viajeros en toda España, en día determinado, con decisión, sin desmayos... ¡Si se hiciera!

Pero ya sé lo que se hará con esta idea emitida por mí en este periódico, sin llevar por ella un céntimo. Mañana se nombrará una Comisión ¡oh dolor! una Comisión que *dictamine*, presidida...

—Ya lo sabemos: por Galdo.

—Sí, por Galdo; de esto sí que no se puede prescindir. Es tan inevitable, como el descarrilamiento de la semana que viene. Adelante...

Esta Comisión hará con mi pensamiento lo que hacen todas las Comisiones: echarlo á perder. Prohibo, pues, al Sr. Galdo que presida la Comisión, si se nombra. O presido yo, ó nadie.

Esto de la huelga es tan inútil como la Biblia versificada por Carulla. Hay que apelar á otros procedimientos más prácticos. Sobre todo, lo práctico: seamos prácticos, como dice Romero Robledo desde que á D. Modesto Fernández y González le ocurrió aquello de: *más industriales y menos doctores.*

Lo práctico para las Compañías es el *metal*, el *lobén*, que decimos en Andalucía.

Ahí (ó allí) duele. Pongamos el dedo en la llaga...

VI

...Y *descendamos* á la realidad, como diría cualquier conservador de la numerosa clase de huecos.

Quien rompe paga. Hágase pagar á las Empresas el valor de los *desperfectos* con arreglo á una tarifa, y no hay más que hablar.

Por un brazo, tanto.

(El derecho tendrá un aumento de 20 por 100, como es justo.)

Por una pierna, tanto.

Por un ojo, tanto.

Y otro equivalente de cristal, á costa de la Compañía.

Por la nariz ó por una oreja, un derecho módico. Se admitirán compensaciones y añadiduras con los restos de las narices de los fallecidos.

Las costillas se gravarán con un impuesto moderado. Las costillas falsas no se cuentan. Está averiguado que no sirven para nada.

Por la cabeza hay que fijar un impuesto fuerte. En esto debe cargarse la mano, porque es un miembro insustituíble.

El viajero que pierda á su suegra ó á un tío *heredable*, no tiene, como es natural, derecho á indemnización ninguna. No conviene irritar á las Compañías.

VII

Y nada más.

Entrego la idea al estudio de cualquier diputado *agrario*, y ruego á las Compañías mediten sobre si las tendría más cuenta suprimir los consejeros (sueldos inclusives), ó pagar *la carne* á precios módicos.

¡Me parece que me pongo en razón!

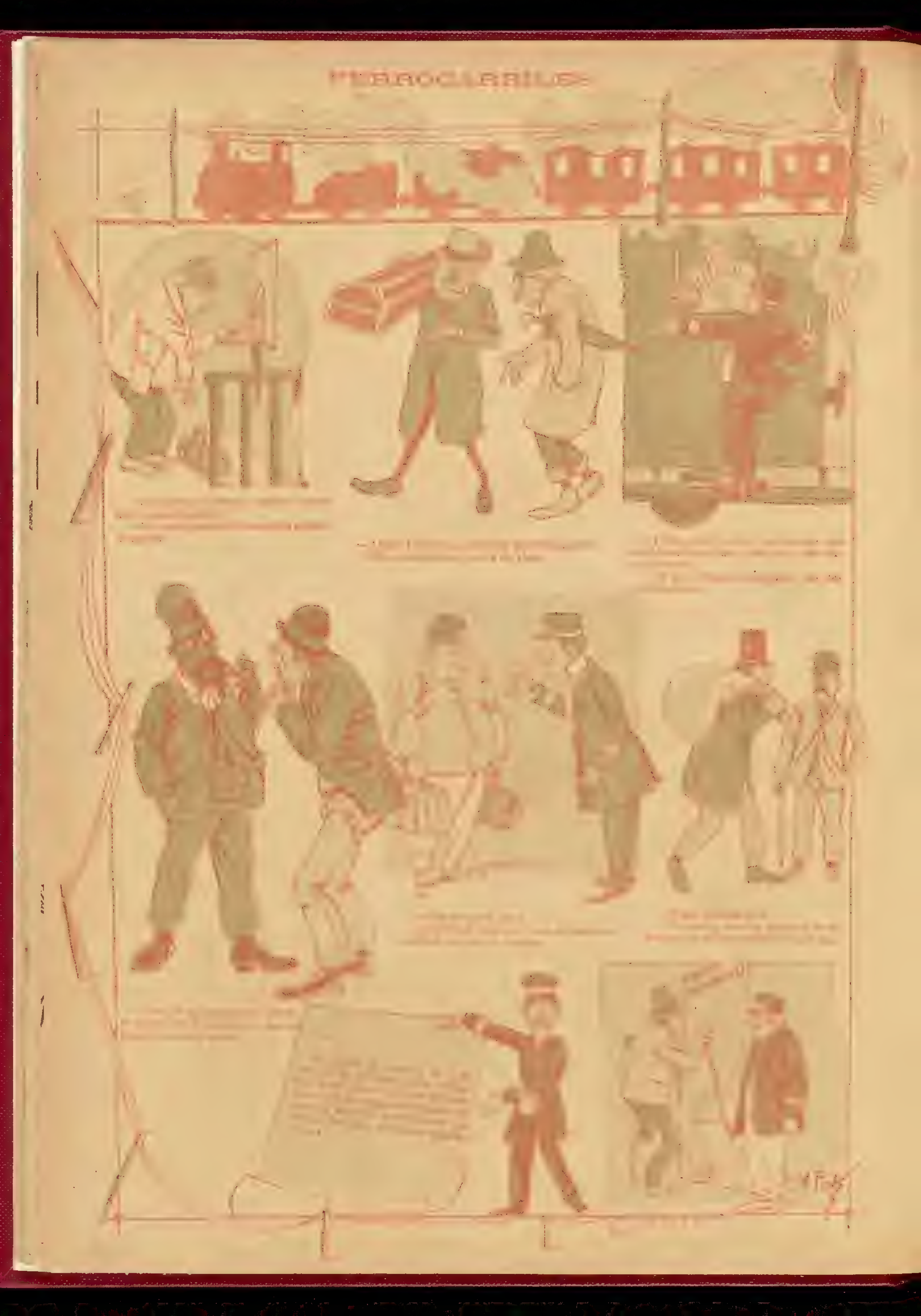
Caliban.

PENSAMIENTOS

Para templar sus vivos resplandores
Dios colocó ante el sol de brillo ardiente,
la nube de colores nacarados
de púrpura y de nieve.

—

Dios colocó, para velar piadoso,
de tus pupilas el mirar de fuego,
la sombra que proyectan las pestañas
en tu rostro moreno.

Emilio del Val.

FERROCARRILES

Á UN IDEAL

Si contemplo tu frente ancha y serena,
si miro los luceros de tu cara,
siento en el alma la existencia mía
unida á la existencia de tu alma.
Solo ambiciono tronos de diamantes
para rendirlos á tus breves plantas,
todas las flores de Valencia y Niza
quisiera colocar sobre tu falda,
y del agua del mar hacer cristales,
y formarte un palacio de esmeraldas.
Eres á mis sentidos embriagados,
el dulce son de cadenciosas arpas,
los ensueños de ardiente fantasía,
el arco esbelto y la marmórea estatua,
los bruñidos espejos de Venecia,
la luna envuelta en transparentes gasas,
el paisaje británico de otoño,
¡los ojos de mi alma!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

Carta abierta.

A un inglés.

LONDRES

CON diez días de retraso (¡oh Mansi!) recibí su misiva, y en verdad le diré que los pelos se me pusieron de punta al leer la esquela y llegar al párrafo en que me pide datos á propósito del *día de difuntos*... En fin, sea lo que fuere, fuerza será darle algunos datos curiosos del modo y forma con que nosotros, los madrileños, celebramos ese día que la Iglesia consagra á los que inscribieron su nombre en el inmenso libro de los muertos.

. . . .

Son las ocho de la mañana, y nos hallamos, usted y yo, en el centro de la corte, ó sea la Puerta del Sol (que tanto tiene de puerta como yo de turco), y observaremos, en primer término, que el día amenaza lluvia... ¡Claro, ya que los mortales no lloremos, llorará el cielo por nosotros!... En segundo lugar, es digno de notarse que cada hijo de vecino se ha echado á la calle correctamente envuelto en esta nuestra prenda clásica: la capa... Fíjese usted un poco, míster, y verá procesión interminable de gente que se dirige á los cementerios: la mayoría de los romeros llevan trajes negros y rostros risueños, amén de alguna corona, algún cirio, alguna cruz ó cualquier otro recuerdo fúnebre... No se fije usted en los romeros, porque sería el cuento de nunca acabar, y vea usted á aquel hombre que, subido en una escalinata, va pegando carteles en las tablas de hierro de algo que parece un acordeón gigantesco, aun cuando es simplemente un anunciador de espectáculos públicos... ¿Qué dicen los carteles?... *Don... Juan Tenorio*... ¡Cáscaras, amigos! ¿y no tienen ustedes más repertorio que éste?—Eso es en este día.—¿Cómo?—Aquí todas las Empresas teatrales buscan el negocio, y hasta los arlequines de la escena se atreven á degollar, digo, á representar el famoso drama.—¡Oh!—Y, además, si un español el día 2 de Noviembre se acuesta sin haber visto en las tardes ó en las noches precedentes los desafueros del famoso burlador sevillano, cree que le falta algo.—¿Tanta es la afición por ver el *Don Juan*?—¡Ya lo creo que sí! Es cuestion de honra nacional... Millares de veces se ha representado la inmortal obra de Zorrilla, y siempre la recibimos como cosa nueva, y nos volvemos locos á fuerza de aplaudirla; bien es verdad que es justo nuestro delirio, porque el tal drama es cosa peregrina, y por verla somos capaces de hacernos una crucecita en la boca del estómago y acostarnos sin cenar. . . . .

Son las tres de la tarde. Vámonos á visitar un cementerio, que en viendo uno podemos decir que hemos visto todos... Ya estamos en la entrada.—¿Qué es este burdel que sale de la mansión de los muertos? pregunta usted.—Nada; la gente que se va.—¡Y va riendo!—Y algunos tararean el tango de *El café*.—Y bajo las capas asoman las panzudas botas.—Sí; de vino.—¿Y cestas?... ¿los recuerdos fúnebres acaso?—¡Quiá, míster! los «restos mortales» de la merienda.—¡Qué sacrilegio!—Tal vez; pero nosotros los españoles somos así; este día es como otro cualquiera, día de *juerga*, y tanto da merendar sobre la losa fría que cubre un cadáver, que sobre el verde césped que esmalta la pradera del Corregidor; el caso es divertirse, pescar una *turca* y reirse de todo, y tomar por tontos de capirote á los que van á gimotear al pie de una cruz ó de una sepultura.—¡Horror!... ¿Luego esto es una romería?... Vámonos, vámonos de aquí, que los nervios se crispan.—De poco se asusta usted.—¡Oh, si esto acaeciese en Inglaterra!—¡Bah! España es el país de los informales, y el de usted el de los taciturnos... En España se toca siempre á *gloria* y en Inglaterra se toca siempre á *requiem*.

. . . .

Supongo, querido míster, que al llegar á la conclusión de ésta mi deshilvanada carta, exclamará usted todo horrorizado: «¡Valiente manera tienen ustedes los españoles de conmemorar los difuntos!... ¡No parece sino que aguardan semejante ocasión para atracarse de castañas!» ¡Y de bellotas, amigo mío, que en este día es costumbre ir al Pardo á saquear el fruto!—¿También eso?—Y besar devotamente la bota, y lucir la capa, y ver un drama fantástico-religioso; y, en una palabra, tener un día de huelga.—¡Qué atrocidad!—¿Y qué le vamos á hacer, mister? Todo eso está en la masa de la sangre, y no se meta usted á redentor, porque le crucifican...»

En fin, para terminar esta ya pesada carta, aquí, en tierra española, viene á ser el día de difuntos algo como una carcajada presa en estuche de lágrimas: dispense usted, míster, lo estrambótico del símil (pues no se me viene al magín ningún otro que indique mejor la idea), y mande cuanto guste á su afectísimo amigo y servidor

ALEJANDRO LARRUBIERA.

¿QUÉ IMPORTA?

(Del italiano.)

Yo no quisiera saber lo que se esconde
tras de la frente que besó mi boca,
y si tu pecho á la virtud responde,
ni averiguar ni discutir me toca.
Si mentiste el dolor y la alegría,
no esgrimirá mi mente el escalpelo
para hacer la traidora anatomía
del instante de amor que fué mi cielo.
Apuramos la copa hasta las heces;
tu vino me gustó, porque era bueno,
y no he de meditar como otras veces,
si lo bebí mezclado con veneno.
¿Qué me importa? ¿Eras noble? ¿Eras artera?
¿Eras impura ó hasta entonces casta?
Si nos amamos una tarde entera
fuimos felices una tarde, y basta.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Venecia, 1888.

PALIQUE

EL año pasado discutían los señores encargados de embalsamar el cadáver del Ateneo (sección de literatura), si estaba ó no llamada á desaparecer la forma poética.

A juzgar por lo que están dando de sí las letras españolas, está llamada á desaparecer, y á escape, la forma poética y la prosaica, y no van á quedar ni los rabos.

Va desapareciendo todo.

No se publica un buen libro por un ojo de la cara. Lean ustedes la sección bibliográfica de los periódicos; esa sección que los más acreditados diarios, ilustraciones y revistas relegan á un rincón, entre los anuncios baratos, dedicándoles la letra más pequeña y borrosa. Allí, cerca de una nodriza para casa de los padres, y no lejos de lo que llamaba cierto traductor *hotel guarnecido*, y tabique en medio de una señora que admite en casa á un caballero solo, encontrarán el anuncio del *Perfecto Jurado*, y una juiciosa antología de disposiciones legislativas relativas á tal ó cual rama del derecho administrativo, muchos de esos libros que publica el primer Lastres que se presenta; y con esto, y traducciones de novelas francesas, que parecen *vertidas* al castellano por el redactor español de los anuncios del *Bon Marché* ó de *Saint-Joseph*, se *cierra el ciclo*—como dicen algunos oradores - de nuestra literatura de estos días. Y en vano llegó con sus ánforas Octubre, como dijo el poeta; ni con ánforas ni sin ellas, ni aunque lloviera capuchinos de bronce, hay un libro, propiamente literario, para un remedio.

Para esto de las letras seguimos en el solsticio de verano.

Y no es esto lo peor, sino que nadie se queja, nadie parece notar siquiera que aquí no se publica nada; que, por las señas, se han acabado los escritores.

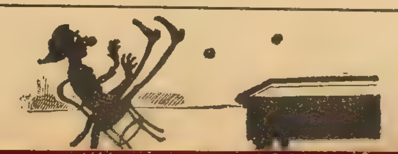
Pero nos quedan los Gamazos líricos, aplicados á la agricultura; como si dijéramos, la segadora parlamentaria, movida por el vapor de la vanidad económica política y por la fuerza adquirida de cien caballos de lugares comunes.

No hay más literatura que los discursos de Gamazo y «El muerto resucitado...»

Escrito lo anterior, leo que el pueblo zaragozano, metido á crítico, le ha dado al Sr. Cánovas una «silba de varia lección,» como diría el clásico; él, por ejemplo.

Esta es la crítica del *folk-lore*.

Dicen que tres mil espectadores silbaron á Cánovas.



Y esto en Zaragoza.

¡Fuego de Dios! ¡Qué sería... si Cánovas llega á meterse en Huesca!... ¡En *Huesca*, la de la *Campana!*

Pero al fin todos son aragoneses.

La imparcialidad obliga á declarar que no todos los zaragozanos estuvieron conformes con la silba; el Sr. Cánovas ha hecho escuela, y al día siguiente de la manifestación varios poetas de la comarca protestaron en la siguiente forma poética (que, por lo visto, no está tan llamada á desaparecer):

RONDALLA
Los hijos de Zaragoza
sin distinción de partido,
protestan de ciertos actos
que todos hemos sentido.

Rondalla que demuestra quién ha venido á pagar los vidrios rotos en casa del Sr. Castellano: «La *ex gaya ciencia*.»

Esa rondalla, que todos hemos sentido, no es tan espontánea poesía popular como nos querrá hacer creer *La Epoca*; esa rondalla (el estilo revela al autor) es cosa de Cos Gayón, que así las gastaba cuando estuvo á punto de arruinar á los mismos labradores castellanos que ahora está salvando en una tabla Gamazo. De todas suertes, sea erudita ó popular la copla, dese con ella por desagraviado el partido conservador y no nos maree más, y aténgase á lo que el mismo Cánovas dijo, con el corazón en la mano: «Silbas como la de anoche, deben olvidarse cuanto antes.» Sí, peor es meneallas.

Sin embargo, me temo que Pidal y otros fervorosos devotos de D. Antonio imiten la conducta de cierto conservador de mi pueblo que ayer me decía indignado:

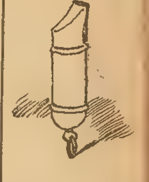
—Pero, hombre de Dios, ¿usted cree en los sitios de Zaragoza? No hubo tales sitios. Todo se abulta. Unas cuantas pedradas y nada más... Y... dígase todo; la Pilarica... la misma Pilarica... empeñóse en tener la madera podrida. Pregúnteselo usted al cardenal Benavides.

—

Después de la rondalla que todos hemos sentido, sin distinción de partido, y de los discursos de pan llevar de Gamazo, yo no veo más literatura, por mucho que miro, que la Revista de teatros del Sr. Cañete, muy ocupado con el análisis de la luz eléctrica y el *Merendero de la Pepa*; merendero en el cual, según Cañete, no se atiende al desarrollo de una idea fundamental. El mismo Cañete viene á reconocer que á los merenderos no se va á eso, sino más bien á merendar.

Leyendo estas críticas de D. Manuel, la única idea fundamental que se me ocurre á mí *desarrollar*, es ésta: ¿Por qué no había de haber jubilaciones para críticos? Yo creo que ya era hora de que la gente quedase satisfecha del celo y lealtad con que el señor Cañete ha desempeñado sus funciones de juez de guardia con servicio nocturno.

CLARÍN



NOSCE TE IPSUM

(POEMA MICROSCÓPICO)

Tu propio ser estudiar
te recomiendo, y no en vano;
estúdiate á ti, y llegar
podrás pronto á despreciar
á todo el género humano.
BARTRINA.

Estaba lluvioso el día
y casi desierta estaba
la clase, donde explicaba
Olori la anatomía,
con verdadera elocuencia
y admirable precisión;
que era su peroración
todo un tratado de ciencia.
Estudiaba el organismo
de la fuerza muscular;
yo escuchaba por llegar
á conocerme á mí mismo,
y algo insólito sentía
que mi pecho desgarraba,
algo que me despreciaba.
....
....
¡Era que me conocía!

J. NAVARRO REZA.

FANTASMAGORÍA

No ganamos para sustos los inquilinos de Madrid.

Vivir en esta capital es vivir con el alma en uno ó dos hilos.

Particularmente los niños.

No sé cómo no aumenta el número de defunciones en la «clase infantil,» según la denomina un escritor sociólogo muy conocido y aun estimado por sus amigos.

Afortunadamente no es así; vean ustedes los resúmenes que publican los periódicos curiosos, y se convencerán de que no mueren, ó por lo menos no llevan al cementerio de esta villa más que personas y fetos.

Lo habrán leído ustedes muchas veces, y aun pudieran recitarlo de memoria:

«En el día de ayer fueron enterrados en los cementerios de esta capital... tantas personas y... tantos fetos.»

Fetos personales, se supone.

Es decir, borradores de periodista, de diputado, de ministro, de general y otros.

En esos partes diarios no se nombra á los niños que mueren, ó por lo menos no se les clasifica.

Los padres pueden vivir tranquilos, hasta donde puede vivir tranquilo un padre cariñoso.

Pero es verdaderamente admirable el valor de los nenes que viven en Madrid.

Empiecen ustedes por los peligros á que se exponen ó á que los exponen sus padres ó sus ayas al cruzar las calles de la capital, que, en fuerza de aumentar los medios de locomoción, han convertido las Empresas en carreteras de primera clase.

Continúen ustedes examinando los accidentes que pueden sobrevenir en el paseo, cuando los niños van encomendados á niñeras sensibles, con resabios de infantería, ó de caballería, ó de artillería.

Así, de regreso al hogar, después del paseo, cuando el padre ó la madre del niño preguntan:

—Fulana, ¿dónde se ha hecho el niño este chichón?

La inocente cuanto bestia Fulana, responde:

—En la cabeza.

—¡Ya lo veo, imbécil! pero quiero decir que cómo.

—Pues le atropellaron unas niñas que iban corriendo.

—Y usted, ¿para qué le acompaña?

—Si también caí, señorita.

—¿Ha caído usted?

—Sí, señorita, responde lloriqueando.

—Pero ¿cómo ha sido eso?

—Cuando una menos lo piensa...

—Mamá, he comido bollos, apunta el niño; he estado en una casa solito, jugando con un perro.

—No le crea usted, señora.

—¿Pues dónde estaba chacha?

—No lo sé, responde el nene con ingenuidad.

Pero todos estos peligros de caer que amenazan á niños y á niñeras, son antiguos.

Lo extraordinario es que no muera de sustos en Madrid sinnúmero de niños y de personas mayores.

A lo mejor se ve á un moro ó á un par de moros en funda, que apenas dejan ver una parte de la fisonomía *culotée* y un par de piernas como cigarros de á perro chico, todo del color de los botijos de San Isidro.

Esto revela el progreso del país, aún más que la luz eléctrica, el teléfono y los tarugos en su propia tinta con que embellece el Municipio algunas calles importantes de Madrid.

Y nada digamos de los días lluviosos, que en estos aumenta el número de moros más ó menos enfundados, con los capuchones impermeables.

Los pobres niños no ven, durante las horas de paseo, más que siluetas misteriosas y tristes.

¿Qué tiene de particular que durante el sueño les aflijan ideas lúgubres é imaginaciones pavorosas?

Y aun las personas mayores padecemos de pesadillas horribles.

Añadan ustedes á estas visiones el alimento diario de la curiosidad pública, que es «el relato del crimen cometido en tal parte;» «las últimas noticias del asesinato de...»

Y en las puertas de los cafés, en los escaparates de algunas librerías, en las calles, en los paseos, no se ven sino láminas al natural ó con cromos, en las que han querido representar los artistas el cuádruple asesinato de unos huérfanos, al parecer, de padre y madre, ó el choque de seis trenes en los Estados Unidos, que es el país donde ocurre lo más extraordinario en bien y en mal, y lo verdaderamente inverosímil.

Hasta en los edificios públicos y particulares se advierte algo y aun algos de tristeza y de misterio.

Colegios, conventos, asilos de adoratrices, de institutrices, de actrices, de perdices.

Casas y hoteles á la francesa y á la rusa, con su cubierta de plomo ó de pizarra, muy propia de un país meridional, y sus vertientes casi verticales para favorecer el deshielo en Madrid y en Andalucía.

Pues ¿y cuando la noche tiende su negro manto?

¡Qué siluetas se echan á la calle!

Corramos un ruedo.

EDUARDO DE PALACIO

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7, bis.

PUBLICACION DE GRAN LUJO

2 pesetas el tomo. 2 pesetas el tomo.

VOLUMENES PUBLICADOS

1. **La liga.** [illegible]
2. **Sachá y** [illegible]
3. **El Príncipe** [illegible]
4. [illegible]
5. [illegible]

[illegible] á la **Adminis**[illegible] de este periódico.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
10 Noviembre de 1888
NÚMERO 6

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LÉO DELIBES

Uno de los representantes más distinguidos de la joven escuela musical francesa, discípulo de Adolphe Adam. El baile *La Source* (el manantial) reveló su talento en 1866, y fué preludio de una brillante carrera. Las obras principales de Delibes son: *Le roi l'a dit*, *Jean de Nivelle* (óperas cómicas) y los bailes *Coppelia* y *Sylvia*, estrenados en el teatro de la Opera; pero la obra maestra del compositor francés es *Lakmé*, estrenada en París en 1883, y que los primeros teatros de Europa han aplaudido con entusiasmo. Delibes tiene hoy cincuenta y dos años, y es profesor de composición en el Conservatorio de París y académico de la Sección de música del Instituto.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año........... 9 *pesetas.*
Seis meses........ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

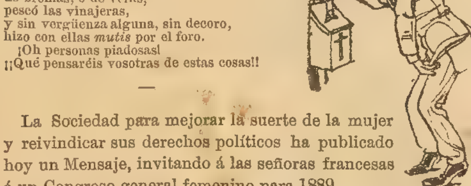
NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

Domingo 5 de Noviembre.

Con muchísima pena,
un joven extranjero
de la iglesia en construcción de la Almudena
sacaba de los cepillos el dinero;
y en San Pascual ayer, un señorito,
después de confesarse muy contrito,
de bromas, ó de veras,
pescó las vinajeras,
y sin vergüenza alguna, sin decoro,
hizo con ellas *mutis* por el foro.
¡Oh personas piadosas!
¡¡Qué pensaréis vosotras de estas cosas!!



—

La Sociedad para mejorar la suerte de la mujer y reivindicar sus derechos políticos ha publicado hoy un Mensaje, invitando á las señoras francesas á un Congreso general femenino para 1889.

Este Congreso será nacional, é internacional, é interoceánico.

El Mensaje hace notar á las francesas que las mujeres norteamericanas, hace ya mucho tiempo que participan de la vida municipal, y que en América...

Hay señoras de talento
que discuten muy formales,
y entienden, que es un portento,
en cosas de Ayuntamiento,
y asuntos municipales.

—

Día 6.

Bronca en el Olimpo.

Los dioses menores se rebelan contra Júpiter Tonante y arman el escándalo gordo.

Ya supondrán ustedes que este Olimpo es el teatro del mismo nombre, en Barcelona, que el Júpiter es el Sr. D. Ramón Nocedal, y que los dioses menores —¡pero qué pequeños!—son los caballeros carlistas.

Están empecatados.

Cuando no andan á tiros por montes y vericuetos, sus instintos guerreros y selváticos los lanzan unos contra otros, y se dan cada cachetina que canta el credo.

Sigan, sigan por ese camino, y terminen como los lobos del cuento.

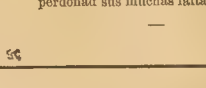
¡Comiéndose hasta los rabos!

Y que aproveche.

—

Estamos á 7.

"Tiene el Darro arenas de oro,
las tiene el Genil de plata;
no hay otro Generalife
ni tampoco hay otra Alhambra;„
ni gente que pite más
que la gente sevillana,
ni que silbe con más furia...
¡cuando no le gusta un drama!
Y aquí se acaba el sainete,
perdonad sus muchas faltas.



—

Día 8.

Un Sr. Sales ha solicitado del Consejo de la Exposición de Barcelona permiso para ocupar el mismo local que ocupó Succi, proponiéndose ayunar más de treinta días, sin tomar durante ellos más que agua y purgas.

¿Purgas?

Pero, Sales, ¿de dónde *sales*?

—

La Sociedad artística del Circo del Príncipe Alfonso anuncia que necesita contratar un perro, que ha de desempeñar importante papel en un nuevo melodrama que se ensaya en dicho teatro.

Y cuentan que el otro día
el cesante don Marcial,
llorando su suerte impía,
preguntó en contaduría:
—"¿Le dan sueldo á ese animal?„
—"Y merienda y alboroque...„—
—Yo haré de perro...
—Es en vano.—
—Deje usted que me coloque,
y hago el perro de San Roque
y el perro del hortelano.

—

Diálogo.

—¡Ha visto usted qué cosa más rara, amigo D. Crisanto! En toda la semana no ha ocurrido ninguna colisión entre matuteros y dependientes del Resguardo.

—¡Parece mentira!

—¿Y se sabe cuándo viene D. Antonio?...

—¡Chist! ¡No me hable usted de eso, que se me abren las carnes!

—

Día 9.

Los rateros han tenido hoy un buen día.

Es decir, malo, porque han sido habidos, cosa poco frecuente.

Una vieja mendiga roba una manta á un compañero de desdicha.

Un pintor carga con una escalera de mano y varios rollos de papel.

Se presenta un *caballero* á hacer efectivas 3.500 pesetas de cupones de resguardo de la Sociedad *La Peninsular*, y le dan el saldo en el *Abanico*.

Al general Castro le roban el reloj y la cadena de oro.

Estando el tren 105 de la línea del Mediodía en marcha, robaron ayer varios fardos de tejidos y una cesta con telas.

En una portería de la calle de..

Hagamos punto final,
que estas noticias no acaban;
y conste que fué un gran día...
¡para el juzgado de guardia!

—

¿No saben ustedes lo que ha ocurrido en un pueblo de la provincia de Málaga...?

No es que ha llegado D. Antonio, no; es que...

En este pueblo andaluz,
pueblo que no sé cuál es,
se enamoraron dos primos
¡qué primos! de una mujer.
A ninguno desairaba
con enojoso desdén,
mas de ninguno admitía
resueltamente el querer.
Enterados los muchachos
del tejemaneje aquel,
resolvieron, al fin, primos,
de común acuerdo, hacer
una jugada de ídem
y quedar entrambos bien.
A cara ó cruz se jugaron
á la futura mujer...
y al enterarse la chica,
no le gustó el juego aquél,
y se casó con un viejo.
¿Cuál fué el primo de los tres?

—

Nos aseguran que la señorita Carozzi, primera bailarina del teatro Real, que hará su primera salida en *Gioconda*, es una buena persona; joven, simpática, elegante, bellísima...

En fin, que como guapa, es guapa.

Si con tan pocos abriles
ostenta gracias á miles,
antes que acabe el contrato
publicará su retrato
la Revista LOS MADRILES.

E. NAVARRO GONZALVO.

LA VIRTUD

No es tan rara la virtud
como dicen, no, señor;
que en este mundo traidor
lo que hace falta es salud,
más oro y menos doctor.
¿Que en la mujer que es bo-
[nita
la virtud más exquisita
se empaña como el cristal?
También el agua bendita
se corrompe y huele mal.
En cambio y en testimonio
hay virtudes tan atroces
dispuestas al matrimonio,
que no las tienta el demonio,
aunque le llamen á voces.
Verbi gratia, mi patrona
que pasa ya de jamona,
tuerta y fea, y no se casa,
quizá por ser la persona
más virtuosa de la casa.
De modo que no por eso
es hoy la virtud tan rara;
que hay virtudes en exceso
que lo mismo dan un beso
que un puñetazo en la cara.

F. SALAZAR.

Coincidencias.

En una hermosa noche
de primavera,
la vió cruzar la calle
de la *Montera;*
y el pobre Diego,
sintió arder en el alma,
de amor el fuego.

—

Viejo con pretensiones
de mozalbete,
la siguió hasta la calle
del *Sombrerete;*
donde hizo alto,
porque ella entró en su casa,
casi de un salto.

—

Diego se puso al habla
con el portero,
que le dijo:—Esa es hija
de un *sombrerero*,
bastante pillo,
que trabaja en la calle
del *Bonetillo.*

—

—¿Y ella?—Pues ella emplea
sus tristes horas,
adornando *casquetes*
para señoras.
—No es mal oficio.
—Muy bueno, si dejara
más beneficio.

—

Se fué pensando en ella,
y, al otro día,
la halló á la puerta de una
sombrerería;
y loco, y ciego,
la habló de sus amores
el pobre Diego.

—

Ella, esquiva al principio,
le vió tan loco,
que se fué humanizando
poquito á poco;
y al mes siguiente
regaló un *gorro* á Diego...
¡Naturalmente!

EUSEBIO SIERRA.

POR CELOS

I

Un día en un gallinero
que tenían mis vecinas,
y en que á fuerza de dinero
reunieron diez gallinas,
entró un gallo pretencioso
con instintos inmorales,
turbando el dulce reposo
de los pobres animales.
El otro gallo que había,
viendo en peligro su honor,
con furia y con energía
se dirigió al invasor.
Riñeron á picotazos,
venció pronto á su enemigo...
¡y lo dejó hecho pedazos
dándole un justo castigo!
Se portó como un valiente,
y siguió con noble afán
ejerciendo dulcemente
sus funciones de sultán.

II

Rendido y enamorado,
se casó Blas con Pilar,
y jamás hubieran dado
qué decir ni qué contar,
si un amante calavera,
por desgracia del destino,
descarado, no se hubiera
interpuesto en su camino.
La mujer no oyó jamás
sus palabras ¡Fué virtuosa!
Pero al fin lo supo Blas,
creyó culpable á su esposa,
y sin reparar en nada,
ni ver si había razón,
de una horrible puñalada
la deshizo el corazón.
El *otro* logró escapar;
ninguno le ha vuelto á ver...
¡Y don Blas llegó á quedar
sin honor y sin mujer!

FIACRO IRÁYZOZ.

EL MODELO

—¡Qué hermosa mujer! decía Luis. ¡Mira qué talle, qué redondez de curvas, qué!... Volvería loco á un santo de piedra, porque enloquecer á santos de carne y hueso (si hubiere alguno) no me ha parecido, ni ahora, ni antes, ni nunca, tarea muy difícil para mujeres de esta clase.

Tales palabras eran pronunciadas por mi amigo casi al oído de la protagonista, una criatura de diecinueve años, morena como la virgen de una leyenda árabe y esbelta como la estatua de un pintor griego. Deliciosa imagen que aun veo desaparecer en un angosto portal de la calle de Carretas mientras Luis murmuraba por lo bajo:

—Esta mujer acabará por asesinarme. Hará un mes que la sigo la enamoro, la asedio y... nada. Ni siquiera se toma la molestia, de contestarme.

Tratado superficialmente, como se trata á la generalidad de los hombres, y como por desgracia se juzga á los hombres también, Luis es un calavera, un *perdido*, como llaman á cuantos tienen la franqueza de sus faltas los que las cometen á oscuras y tapándose las narices con el pañuelo; pero en justicia es mi amigo un muchacho vehemente, entusiasta, con mucha sangre en las venas y muchas energías en el espíritu, que subordina todos, absolutamente todos sus deseos á una sola ambición: la gloria. Ser un pintor célebre: éste es el objeto real y exclusivo de su existencia.

Y para comprenderlo así bastaba verle entonces delante de su cuadro: «Carne de venta.» Allí pasaba una hora y otra buscando aptitudes, gestos y expresión para las abocetadas figuras de sus obras, á las que pretendía dar vida con los colores esparcidos sobre su paleta y las ideas amontonadas en su cerebro. La lucha continua, incesante, penosa, al término de la cual salía de su estudio risueño unas veces, desesperado las más de ellas.

—Figúrate, me decía aquella misma tarde, y á poco tiempo de abandonar á la mujer anteriormente descrita; figúrate que cuando llegué al término de mi obra, tropiezo con un obstáculo invencible: la figura principal del cuadro, la esclava árabe. No hallo modelo á propósito; todos los que vienen á mi estudio son tipos gastados, inservibles. Yo necesito algo nuevo, una carne que, al verse desnuda, sienta los pudores de la desnudez, pero un pudor verdadero. El pudor fingido es, como la luz artificial, uniforme y opaco.

Nuestro diálogo fué interrumpido por otro pintor, el cual, una vez enterado de las pretensiones de Luis, le dijo:

—Tengo lo que buscas; una muchacha verdaderamente honrada, que sirve de modelo á escaso número de pintores, con el exclusivo objeto de mantener á su madre y á una colección de hermanitos que te recomiendo por si te ocurre pintar algún día la Degollación de los Inocentes. Esa muchacha no admite requiebros, ni proposiciones, ni nada. Es una hermosa estatua que desempeña su papel y cobra tres pesetas por hora. Si te conviene en esas condiciones, dímelo: te la mandaré.

—¡No ha de convenirme! exclamó Luis despidiéndose de su amigo. Mándamela mañana temprano.

Y añadió cuando estuvimos solos:

—De ser eso cierto, mi triunfo en la Exposición es seguro. Daré vida á esa imagen, si lo permite esta otra que juega al escondite en los rincones de mi pensamiento: la de la mujer que acabamos de abandonar.

—

A la mañana siguiente estaba yo en casa de Luis. Tenía verdaderos deseos de conocer á la nueva modelo, *avis rara* en las crónicas secretas de la pintura.

Luis, delante de su cuadro, contemplaba la figura principal del mismo, una mancha pálida, bosquejo embrionario que gastaba trabajosamente en la imaginación del pintor, en esa gigantesca matriz donde se moldean las concepciones eternas del arte.

Llamaron á la puerta.

—Empujad, gritó Luis. Está abierta,

La puerta se abrió de golpe, y en su dintel apareció una mujer, á cuya vista retrocedió mi amigo dos pasos... Era ella, la muchacha por tanto tiempo perseguida, la cual, sin darse por enterada del asombro que producía, avanzó hacia nosotros y dijo:

El dios Neptuno de la fuente de Galápagos.

¡Cielos! ¿Son conspiradores
ó personajes notables?
No por cierto; unos señores
que gastan impermeables.

¡Aunque va tan remangada
á nadie le importa nada!

Y no hay que extrañar la homilia,
por más que estorben el paso.
Son paraguas de familia
de los que nadie hace caso.

Política de ancha base.
¡Señores, véase la clase!

¡Flaquezas humanas!

Me he puesto como una sopa
y, francamente, lo siento
por la ropa

Dicen que lo tapa todo,
y maldito lo que tapa.
¡*Pá* llevarla de ese modo
prefiero no llevar capa!

¡Nada, yo me voy al bulto
y la digo lo que quiero!
(¡*Jesú* qué chico más culto,
y clero!)

¡Allí viene la chica
de los andares!
¡Ahí está el de la capa
con alamares!

¡*Pos* no me dijo Rufino
que *pá* abrigarse, un gabán?
¡Lo que hace aquí falta es pan
y para abrigarse... vino!

Que mi cariño no es guasa
yo en breve te probaré.
—¿Podrás ir mañana á casa?
—¡Hija, no sé si podré!

—X... me ha mandado venir.

—¿Sí? repuso Luis, que no acertaba á coordinar una idea. En efecto... él me dijo... ¿Usted viene acaso?...

—A servir de modelo, repuso ella; y espero que usted me diga lo que debo hacer.

—Muy sencillo, contestó Luis con voz entrecortada. ¿Ve usted esa figura? y señalaba la principal del cuadro. Pues de ese modo... en esa actitud.

—Está bien, dijo la muchacha; y pasó á desnudarse detrás del biombo que Luis tenía preparado al efecto.

—¡Es imposible! murmuró mi amigo en voz baja. No tendré serenidad bastante para hacer nada delante de ella. Dila que se marche.

—Aguarda, le contesté yo.

La muchacha salía de detrás del biombo completamente desnuda. Hermosa y tranquila, sin mirarnos, con la pasividad de una estatua viviente, fué á colocarse de pie, con las manos cruzadas sobre el vientre, los cabellos sueltos y la hechicera cabeza recostada en el hombro, sobre la tarima puesta delante del cuadro.

Luis, tembloroso, pálido, la dirigió una mirada hambrienta é indecisa. Ella levantaba entonces los ojos, y comprendió aquella mirada.

Al comprenderla se puso encendida, y una lágrima resbaló por sus párpados, mientras un imperceptible temblor agitaba su cuerpo. Era en aquel instante la verdadera imagen de las esclavas, sujeta á su argolla, pálida de vergüenza ante las miradas del comprador, sometida á las determinaciones de su capricho. Aquella imagen trasladada al lienzo era un triunfo para el artista.

Y el artista apareció en aquel instante. Todos los deseos que brillaban en los ojos de Luis huyeron para dar paso á una llamarada tranquila y profunda, y mirando sin conmoverse á aquella mujer, dijo con voz serena, mientras abocetaba tranquilamente la figura:

—Vuélvase usted un poco hacia la derecha.

En los ojos de Luis ya no brillaba más que un deseo.

El de robar para su cuadro todos los encantos de aquella espléndida naturaleza de mujer.

JOAQUÍN DICENTA

EPIGRAMAS

Porque de Paz se prendó,
riñó Domingo con Blasa,
y de este modo la habló:
—Mira: quiero paz en casa...
Y á casa se la llevó.

CONSTANTINO GIL.

—

Don Judas, gran usurero
con ribetes de poeta,
y que á duro por peseta
prestaba el muy bandolero,
escribió un drama, que entero,
lo leyó al crítico Andrés.
—Dime tu opinión cuál es,
pues la franqueza te sobra:
y Andrés dijo:—La única obra
que has hecho *sin interés.*

ENRIQUE SÁNCHEZ DE LEÓN.

DOCUMENTO

...Resultando que falta una manzana
en el árbol prohibido;
y que la hembra de la especie humana
es la que se la puede haber comido:
Considerando el hecho bien probado,
y que, por esta suerte,
se ha cometido robo en despoblado,
á trabajo forzado,
y á la pena de muerte
condeno Yo, que soy el Soberano,
á Adán, á Eva, y al linaje humano.
Y aunque de ello me duelo,
cumplo con la justicia de este modo.
Fecha *ut supra.*

Jehová

Dado en el Cielo.

FÉLIX LIMENDOUX

EPIGRAMAS

Sin destino y sin dinero
se hallaba Gilito Huerta,
hasta que al fin, placentero,
entró en casa de un banquero...
¡descerrajando la puerta!

—

«Habrá esposas cariñosas
(cierto casado decía);
mas ninguna cual la mía,
que es un modelo de esposas.
Por esta razón, sin duda,
me inspira amor tan profundo,
¡que por nada de este mundo
quisiera dejarla viuda!»

LIBORIO PORSET.

DESDE EL BOULEVARD

Lució al fin el primer día de verdadero otoño.

Mientras el calendario marcó la estación calurosa nos hemos tenido que vestir de invierno.

Por aquí nos íbamos ahorrando la ropa de verano.

La naturaleza se mostraba, pues, hasta ahora, parisiense pura. El parisién es *blagueur* de nacimiento, y la naturaleza nos daba la *cobita* fina, que por estas tierras llamamos *blague.*

Pero hoy hemos entrado en el terreno de la formalidad, y la llegada del otoño verdadero se ha marcado con la caída de la hoja.

Así es que el suelo de los boulevares amaneció cubierto de una espesa capa de hojas secas, que hubiese hecho las delicias de un fabricante de jergones.

Multitud de industriales se apresuraban á recoger en sacos esta primera materia, que, después de sabias manipulaciones, y mezclada con colillas oriundas de todos los países del mundo, venderán á los incautos como excelente *tabac de l'Havane.*

—

Con las hojas de los árboles desaparecerán de París los extranjeros de paso que durante tres meses le han invadido.

Ya no veremos esos ingleses vestidos de cuadros, con una guía monumental debajo de un brazo, y colgada del otro á una *miss* ó una *mistress* de pelo color estopa, sombrero de forma inverosímil, falda escurrida, y que al andar *se come la partida* con una gracia que me hace dudar cuál de los dos sexos es el verdaderamente bello del otro lado del Canal de la Mancha. Yo creo que ninguno de los dos.

Ya no habrá momentos en que, paseando por el *boulevard* ó por el *Bois*, nos olvidemos de que estamos en París, y nos creamos trasportados á la calle de Alcalá ó al paseo de coches del Retiro, al ver tantas caras conocidas del *todo Madrid*, y saludar, en voz alta, á tanto español como aquí viene á gastarse en quince días lo que tiene, y quizás lo que no tiene.

Quedaremos aquí sólo los extranjeros establecidos por gusto ó por necesidad.

Y en tal concepto hemos tenido que someternos á la última disposición del Gobierno francés, inscribiéndonos en la prefectura de Policía y justificando nuestra personalidad y nuestra manera de vivir.

Lo cual que de muchos sé yo que están muy apurados para justificar uno y otro.

Porque para los que tenemos nuestros papelitos en regla, y nos ganamos, no diré los garbanzos, porque aquí no se estilan, pero sí el pan blanco de la emigración trabajando en algo que pueda definirse, la cosa es bien sencilla.

—Pero, como decía un conocido y compatriota que todos los días sale á por cinco francos, y casi siempre vuelve á casa sin ellos: yo no he tenido nunca la debilidad de usar cédula de vecindad; ¿cómo justifico quién soy?

—Matricúlese usted en el consulado de España, y tendrá un documento suficiente.

—Eso cuesta un duro, y yo no lo tengo.

—¡Ahí del sable! contesté yo.

Y salí huyendo antes de que ejecutase en mi persona el consejo.

—

Hace pocos días se abrió en Montmartre un establecimiento titulado *Cervecería de los jorobados.*

Queriendo conocer la extravagancia, me fuí allá.

En efecto, todos los mozos tienen su correspondiente chepa.

El que está en el mostrador tiene una joroba delante, y otra detrás

La cajera es bastante cargada de espaldas.

Y hasta los vasos y las botellas tienen prominencias y ostentan convexidades, en armonía con el aspecto del personal.

Después de beber un bock, y satisfecha la curiosidad, llamé al mozo para pagar.

Se presentó un especie de enano, más ancho que alto, y que parecía que llevaba la torre Eiffel en las espaldas.

—¿Cuánto es? pregunté.

—Un franco cincuenta.

¡Hasta el público sale jorobado de aquella casa!

BLASCO.

París, Noviembre 1888.

EMMA NEVADA

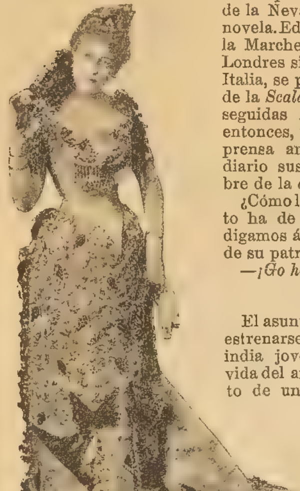
Y LA ÓPERA «LAKMÉ»

Emma Nevada es norteamericana, de California. A los *tres* años se reveló cantando el aire popular *The Star Spangled banner*. A partir de esta fecha la vida de la Nevada fué una verdadera novela. Educada musicalmente por la Marchesi en Viena, debutó en Londres sin mucho ruido. Pasó á Italia, se presentó ante el público de la *Scala* é hizo veinte noches seguidas *La Sonámbula*. Desde entonces, y vuelta á su patria, la prensa americana ha llenado á diario sus columnas con el nombre de la *diva*.

¿Cómo la recibirá Madrid? Pronto ha de verse; pero entretanto, digamos á la *estrella* en el idioma de su patria:

—¡*Go head*, Nevada!

* * *


EMMA NEVADA

El asunto de la ópera próxima á estrenarse es éste: Lakmé es una india joven que despierta á la vida del amor en virtud del palmito de un oficial del ejército inglés en la India. Con la entrevista de Lakmé y Geraldo, el oficial, se llena el acto primero. Al final aparece Nilakanta (mal nombre para un personaje de ópera). Nilakanta es padre de la chica, y brahma; sospecha algo, jura vengarse, y cae el telón sobre situación tan nueva é interesante. Todo esto pasa en casa de Nilakanta, á orillas de un arroyo murmurador.

En el segundo acto, el brahma sigue bramando por lo de los amoríos, y jura matar á Geraldo. Lakmé está ya enamorada hasta el tuétano, y piensa en impedirlo. Ambos *á tres*, Lakmé, Geraldo y Nilakanta, *se cantan* su terceto en la plaza pública, y vuelve á caer el telón.

Y en el tercer acto, un bosque sagrado, aparece Lakmé cuidando la herida hecha á Geraldo por el brahma. Dúo de amor, que canta muy bien la Nevada, con el oficial.

De pronto... música militar á lo lejos; Geraldo quiere acudir, llamado por el honor, pero la *incantatrice* le detiene. No obstante, Lakmé ha visto que aquel hombre no es todo suyo. Desaparece un momento, se envenena como una costurera de menor cuantía, y regresa para dar de beber á Geraldo agua de la fuente sagrada. Geraldo bebe, aunque algo escamado, por si en aquello anda la mano de Nilakanta, y en esto estamos cuando aparece el brahma.

—¡De ahora no pasa! exclama en italiano cantado.

Un amigo de Geraldo media para evitar la *horribile vendetta*, y sujeta á Nilakanta; Lakmé se adelanta, y dice á su padre:

—No puedes nada contra ese hombre, papá; ha bebido de la fuente sagrada.

Ante esta *revelazione*, el brahma se detiene, como es natural... en la India. Lakmé ha salvado la vida de Geraldo, y empieza con las boqueadas.

Y muere en brazos de Geraldo y Nilakanta, entonando una elegía *commovente* y *stacatta*.

Y á todo esto, ni el brahma ni Lakmé saben que Geraldo tenía ya novia en serio; que á saber Nilakanta que el oficialete no podía ir con *buen fin*, sí que no le vale ni el agua sagrada de la India, ni la propia bula de Meco de esta tierra de garbanzos.

RIMA

Me cerraste las puertas de tu alma,
y yo de par en par te abrí las mías,
para que entraras con puñal en mano
y asesinaras mi serena dicha.
En silencio sufrí la ofensa airada
de tu mano enemiga.
¡Cuánta saña mostraste al arrancarme
el corazón que tanto te quería!

JOSÉ JUAN CADENAS.

Pacotilla.

Tánner la prueba tiene ya anunciada
de que el humano ser
puede pasar durmiendo la invernada
sin comer ni beber.

—

Ha inventado un magnífico beleño,
de maravillas tales,
que, tomado una vez, produce un sueño
de ocho meses cabales.

—

¡Oh prodigio! Yo afirmo desde ahora
despreocupadamente,
que no ha habido invención más bienhechora
en el siglo presente.

—

¡Prefiero ese elixir para uso interno
á todos los regalos!
¡Qué gusto! ¡Hacer dormir todo el invierno
á los cómicos malos!

—

Un periódico francés indica un medio para hacer inviolables las cartas.

Se ahueca ligeramente el sobre por los pliegues exteriores; se pasan carta y sobre con un hilo, por medio de una aguja; se hace un nudo; se pone sobre él un sello de lacre, y cate usted asegurada la inviolabilidad.

Perfectamente; para Francia bastará con eso.

Pero para España, además de todas esas operaciones, habría que hacer otra.

¡Llevarle uno mismo la carta al destinatario!

—

Una pulga, sintiendo picazón,
se pegó de repente un bofetón,
y exclamó al mismo tiempo, dando gritos:
—¡Vayan al diablo todos los mosquitos!
Esto sí que es poner la pica en Flandes.
¡Cuántos pigmeos se figuran grandes!

—

¿No lo han leído ustedes en los periódicos mayores?

Succi, al empezar el ayuno, pesaba 63 kilogramos.

Y cuando lo terminó, sólo pesaba 49.

Este dato me revela que los maestros de instrucción primaria de Albuñol deben llevar en los zapatos suelas de plomo para no remontarse á las nubes.

Porque si Succi, ayunando treinta días, ha perdido catorce kilos de peso, ellos, que llevan ayunando 25.000 pesetas desde el año 1885, ¡claro es que deben pesar á estas horas menos que el aire!

¡O tienen autoridad
mis deducciones dogmáticas,
ó faltan á la verdad
las señoras matemáticas!

—

En la puerta del Suizo:

—Mira á ver si tienes ahí dos pesetas.

—No tengo más que este duro.

—Bien, no importa, tráelo.

—Tómalo; ¿lo vas á cambiar?

—Sí; ya lo cambiaré á la noche.

—Es que me hacen á mí falta tres pesetas ahora mismo.

—¡Pues, chico, me has cogido en mala ocasión, porque voy de prisa y no llevo suelto!

—

—*Don Juan Tenorio* es moral,
porque, por fin, se arrepiente;
dijo un actor que, actualmente,
lo está interpretando mal.
—¡Según! exclamó Quirós;
pues si usted lo representa,
¡por mucho que se arrepienta
no tiene perdón de Dios!

JOSÉ ESTRAÑI.

Menudencias.

A Comedia Portugueza es un semanario de Lisboa, escrito y dibujado con mucho salero. En su último número nos dirige un gallardo saludo, al que correspondemos con tanto mayor gusto, cuanto que forma ¡ay! una excepción entre los colegas de acá y de allá.

—

Se ha agotado completamente nuestro número primero, y preparamos segunda tirada del mismo.

Lo que participamos á los peticionarios para su conocimiento y nuestra satisfacción.

—

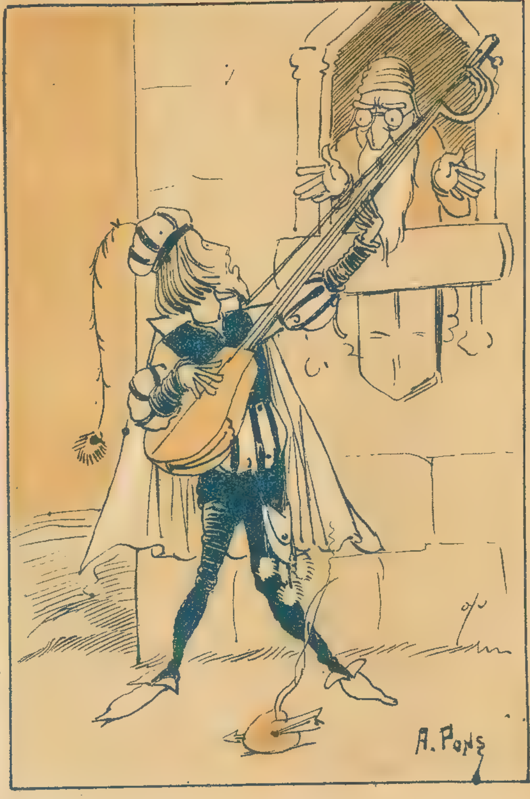
No se devuelven en ningún caso y por ningún concepto los originales. Los que sirven se publican, y los que no sirven van al cesto, sin ulterior recurso.

—

En la composición *¿Qué importa?* de nuestro pasado número nos hicieron decir *Yo no quisiera*, en vez de *Yo no quiero*; y como no es justo que el autor, Sr. Icaza, pague vidrios que no ha roto ó versos que no ha alargado, hacemos esta corrección, que seguramente habrán hecho también los lectores.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7, bis.

CANTO DE AMOR



LOS MADRILES

Revista semanal

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
17 Noviembre de 1888
NÚMERO 7

Caricaturas co[illegible]s.

LA DE HOY

JOSÉ ECHEGARAY

No vamos á discutir aquí si los procedimientos dramáticos de Echegaray encajan más ó menos en las modernas corrientes. Desde *El libro talonario* hasta *Lo sublime en lo vulgar*, estrenado el martes pasado con extraordinario éxito en el [illegible] **ha aportado en treinta y tres obras dramáticas inmenso caudal de genio al teatro.**

Es de las figuras que se discuten alguna vez, pero que se respetan siempre como autoridad en la mal avenida república literaria...

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid y provincias.

[illegible] .... **9** pesetas
[illegible] **5**

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Domingo 11 de Noviembre de 1888.

Día triste, suelo blando,
copiosa y tenaz la lluvia,
húmedo el aire silbando...

El insigne poeta Zapata debió presentir la fecha del domingo al escribir sus célebres quintillas de *El Castillo de Simancas*.

Porque ese día silbaba hasta el aire.

¡Y qué manera de silbar!

Aquello era un huracán, mejor dicho, un ciclón.

Se asegura que al advertirle á cierto viajero que á su llegada á la corte no tendría muy buena acogida, se encogió de hombros y murmuró desdeñosamente:

—¡No me importa un *pito!*

Uno, no; pero ¿diez ó doce mil pitos...?

—

Mas ¿qué es esto? ¡Vive Dios!
¡Hablar en serio, y aquí,
donde no está permitido,
de la *silba* estudiantil!
El asunto, sin embargo,
no es asunto baladí,
que en la batalla campal
que ha presenciado Madrid,
han ocurrido desgracias
que lamentar y sentir.
Por lo pronto, hubo dos muertos,
según parte que leí.
Uno, Antonio Peña y Goñi,
y el otro, Pedro Bofill.

—

Día 12.

Suspendidos los toros del domingo, por causa del ciclón de que hablamos antes, se ha verificado hoy la corrida á beneficio del malogrado diestro *El Bebe*.

En la plaza, un lleno; los matadores y las cuadrillas cumplieron muy requetebien; á Salvador se le hizo una ovación, y la lluvia puso como una sopa á los aficionados.

No cesó de llover ni un minuto.

A la salida oímos el siguiente diálogo:

—¡Buen beneficio! No estará *el Bebe* descontento.

—Hay quien está más contento que él, por la función de esta tarde.

—¿Quién?

—¡El propietario de los baños de Alhama!

—

Una opinión.

Se estrenó una comedia con mal éxito.

En los pasillos, varios amigos del autor estaban despellejándole con fruición.

Y no faltó un alma caritativa que fué á contárselo.

El pobre autor contestó sonriendo:

—En el mundo hay tres clases de amigos: los que te quieren, los que no te hacen caso, y los amigos que te odian. Estos últimos son los compañeros de profesión.

Se dan casos.

—

Martes y 13.

Día aciago, según los supersticiosos.

Que se lo cuenten, si no, á D. José Echegaray.

Estrenó el martes su último drama *Lo sublime en lo vulgar*, y alcanzó uno de sus más legítimos triunfos.

Antonio Vico, el actor eminente, estuvo, como siempre... ¡colosal!

¡Cómo se reirán entrambos del día y de la fecha!

—

Hoy se han celebrado manifestaciones escolares en Granada, Barcelona, Valladolid, Valencia, Salamanca y Santiago.

Por lo visto sigue la *racha*.

Se dan manifestaciones.

Un conocido hombre público, al leer estas noticias, se pone furioso y se tira con rabia de los pelos.

En aquel instante entra en su despacho un correligionario, y le saluda diciendo:

—¿Qué tal va?

El otro, mirándole indignado:

—¡Esto ya no va! ¡Esto se va! (Histórico.)

—

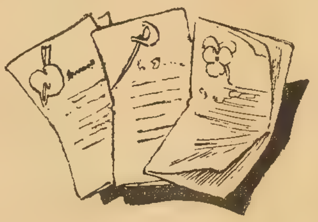
En un aristocrático salón habrá este invierno funciones de sombras chinescas, reproduciendo sucesos de actualidad.

Así lo cuenta un aristocrático revistero.

Brava idea, la verdad.
Pasar esas noches frescas
al calor de la amistad,
y haciendo sombras chinescas.
¡Cómo está la sociedad!

Día 14.

Se queman en la dehesa de Amaniel 310 sacas de cartas, unas sobrantes de lista, que no han sido reclamadas, y otras por mala dirección, ó no encontrarse los destinatarios.



Total, 3.000 y pico de arrobas de papel inutilizado. Asusta pensar lo que habría escrito allí.

¡Cuántas protestas de amor, cuántos pésames, cuántas amenazas de acreedores implacables!

¡Y luego dicen que se pierden las cartas! ¡Falso!

Allí están todas.

Lo que es que no vamos á buscarlas.

—

En un banquete:

Uno de los comensales tiene fama de no ser muy feliz en su matrimonio.

Se cuentan varias ligerezas de su cara mitad.

El pobre marido, como siempre, no sabe nada.

Uno de los convidados le invita á beber.

El buen hombre rechaza el obsequio.

—Vamos, D. Lucas, siquiera una copita de Jerez.

—Gracias; no puedo.

—Una nada más.

—¡Imposible! En cuanto pruebo el vino, se me sube á la cabeza.

El amigo, aparte:

—¡La verdad es que tiene por donde subírsele!

—

Jueves 15.

Escriben de Cambados:

«Una joven soltera que vaga por estos contornos, y que es completamente idiota, fué seducida (no se sabe por quién) dando á luz, como fruto de esa unión, un raro fenómeno que casi no tiene nada de forma humana, recordando más la de algunos animales mitológicos: parece que tiene tres cabezas, siendo el cuerpo de una forma prismática y terminado en punta.»

He aquí un suelto al cual no hace falta sacarle punta.

Ya la tiene él.

—

En el teatro Eslava:

Ansiando que le toque
la lotería,
la chepa á un jorobado
toca una niña.
Pero él es malo,
y en vez del premio gordo
se encuentra un palo.

Desde hoy en adelante,
niña hechicera,
al que vaya cargado
cede la acera.
¡Que esto es lo culto!
¡No andar á tropezones
con cualquier bulto!

—

Disputando:

—¡Repito á usted que no me engaña! ¡He corrido yo mucho en este mundo para eso!

—Pero... ¿ha salido usted de Madrid?

—¡Nunca!

—Entonces ¿qué es lo que ha corrido usted?

—¡Riesgos!

E. Navarro Gonzalvo.

INOCENCIA

CUENTO

Del colegio en el jardín,
después de haber dado fin
al corro y las cuatro esquinas,
charlaban seis ursulinas,
la más fea un querubín.

—

Llevaba la voz cantante
una morena arrogante
con dos ojos embusteros,
pues de noche un caminante
los tomara por luceros.

—

Y al grupo que presidía
de esta manera decía:
—Yo sé que me he de morir,
y tísica moriría
si me diesen á elegir.

—

Me enoja la robustez,
me encanta la palidez,
y no hallo cosa mejor
que esa dulce languidez
del que muere sin dolor.

—

—¿No veis cómo desatina?
gritó una rubia divina;
yo eligiera, sin dudar,
una muerte repentina;
dormir, y no despertar.

—

—¿Y tú, Matilde?—A poder
quisiera dejar de ser
por asfixia...—¿Y tú, María?
Yo, si me dan á escoger,
escojo la pulmonía.

—

Todas dieron su opinión,
menos una, que callada
y escondida en un rincón,
recorría enajenada
su libro de devoción.

—

Era una niña gentil,
en cuya faz virginal
como azucena de Abril,
puso su rojo el coral
y su tersura el marfil.

—

—Vamos á ver, Magdalena,
interrogó la morena;
rabiando estoy por oirte:
¿de qué quisieras morirte,
ya que es forzosa la pena?

—

—Si os empeñáis, lo diré,
aunque en semejante cosa
nunca en serio medité,
hallando la vida hermosa,
y teniendo amor y fe.

—

Yo morirme desearía
como hace un año mi tía,
recogidita en su cuarto,
y entre dolor y alegría...
—¿Pues de qué murió?
—De parto.

Manuel del Palacio.

La guita de níquel.

El porvenir se aclara; ya es un hecho que el poco dinero que quedaba se acabará pronto, y antes que recurrir á los cambios en especie de los tiempos bárbaros, se ha pensado en sustituir el cobre por otro metal que nos salga más barato: el níquel.

Esto pasa en Francia, por supuesto. Aquí ya hace mucho que se acabó el oro, la plata y casi el cobre; no quedan más que unos cuantos billetes entre falsos y legítimos, y deben ser pocos, por aquella razón que me daba cierto día Marcos Zapata:

—Desengáñate, Caliban; aquí no hay esos millones de que hablan. No quedan más que mil duros que van de mano en mano, y como todos hablan de ellos cuando los ven pasar, parecen más de lo que son.

Y aun esos mil duros deben ser producto de la imaginación del ingenioso autor de *La Capilla de Lanuza*. Desde Cos-Gayón acá deben haber bajado mucho.

—

La moneda de cobre es sucia, pesada y engorrosa. A los quince días de acuñada, y después de pasar por las manos de las ilustres fregonas, tiene *adherencias*, partículas de cebolla, ajo y pimentón, sedimentos verdes de grasa, que llamamos *cardenillo* por coquetería, y otros cuerpos extraños procedentes de artillería, infantería y caballería.

La moneda de cobre es pesada. Colocadas las veinte monedas de cinco céntimos, necesarias para formar una peseta, una sobre otra, tienen la altura de medio bastón de los que usa Vital Aza (marca mayor), y hacen en el bolsillo un bulto de un lobanillo padre de familia, y el peso de un cuarto de Toreno.

Añade, lector, á estos inconvenientes el nombre de *perros* que hemos aplicado despreciativamente á la moneda de cobre, y dime si ha llegado la hora de archivarla.

—

Pues esto va á hacerse en Francia. El níquel reemplazará al cobre. Surgió el inconveniente de que con poca luz se confundirían las monedas de plata y las de níquel; el inconveniente era para pensado. ¿Qué se hizo?

Muy sencillo. ¿Qué harías tú, lector, para distinguir á oscuras la cabeza de un novelista por entregas de la de un genio de los que escasean? Sonarlas con los nudillos; la que sonase á hueco sería la del novelista, y podrías tirarla sin inconveniente.

Pues en Francia han hecho una cosa parecida: agujerear las monedas de níquel, y ya no hay confusión posible. Y si no, véase la figura 1.ª, como dicen los tratados de física.

Las monedas de diez y de cinco céntimos llevan también su agujero.

Entre otras ventajas, tiene la moneda de níquel las siguientes: pesa menos, es más limpia, fija y da esplendor al que la lleva, y puede transportarse, pasándolas con un alambre por los agujeros, como las hormillas de botones.

—

Es imposible que no haya en España una Comisión para esto de la moneda. Perdería la fe en mi patria si no la hubiese.

Como esa Comision (si existe) no tendrá nada que hacer, sería bueno que Puigcerver estudiase si convendría hacer aquí lo que en Francia, y, en caso de que conviniera, convocar á escape la Comisión esa... y prohibirla que tomase el asunto por su cuenta.

¡Porque es la única manera de que se haga algo!

Caliban.

Humoradas.

Son, lo sé por mí mismo,
hermanos el amor y el heroísmo.

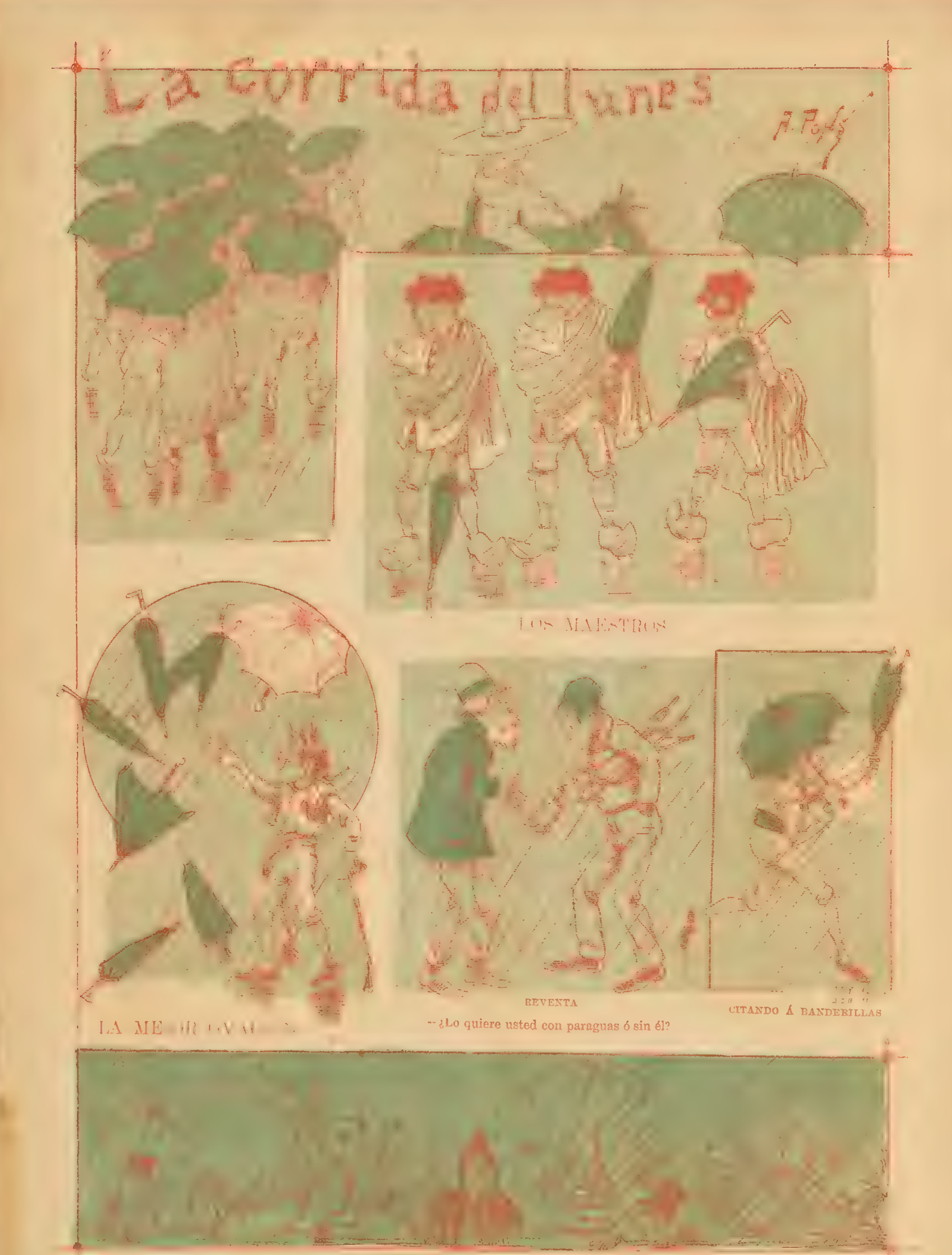
—

Si no quieres, bellísima Dolores,
ver muerta en flor tu juventud sencilla,
al bañarte en el mar de los amores
no pases, vida mía, de la orilla.

—

Tus caprichos me son indiferentes
y miro con tal calma tus amaños,
porque eres, en amor, cual las serpientes,
que estrenan nueva piel todos los años.

Luis Cánovas.

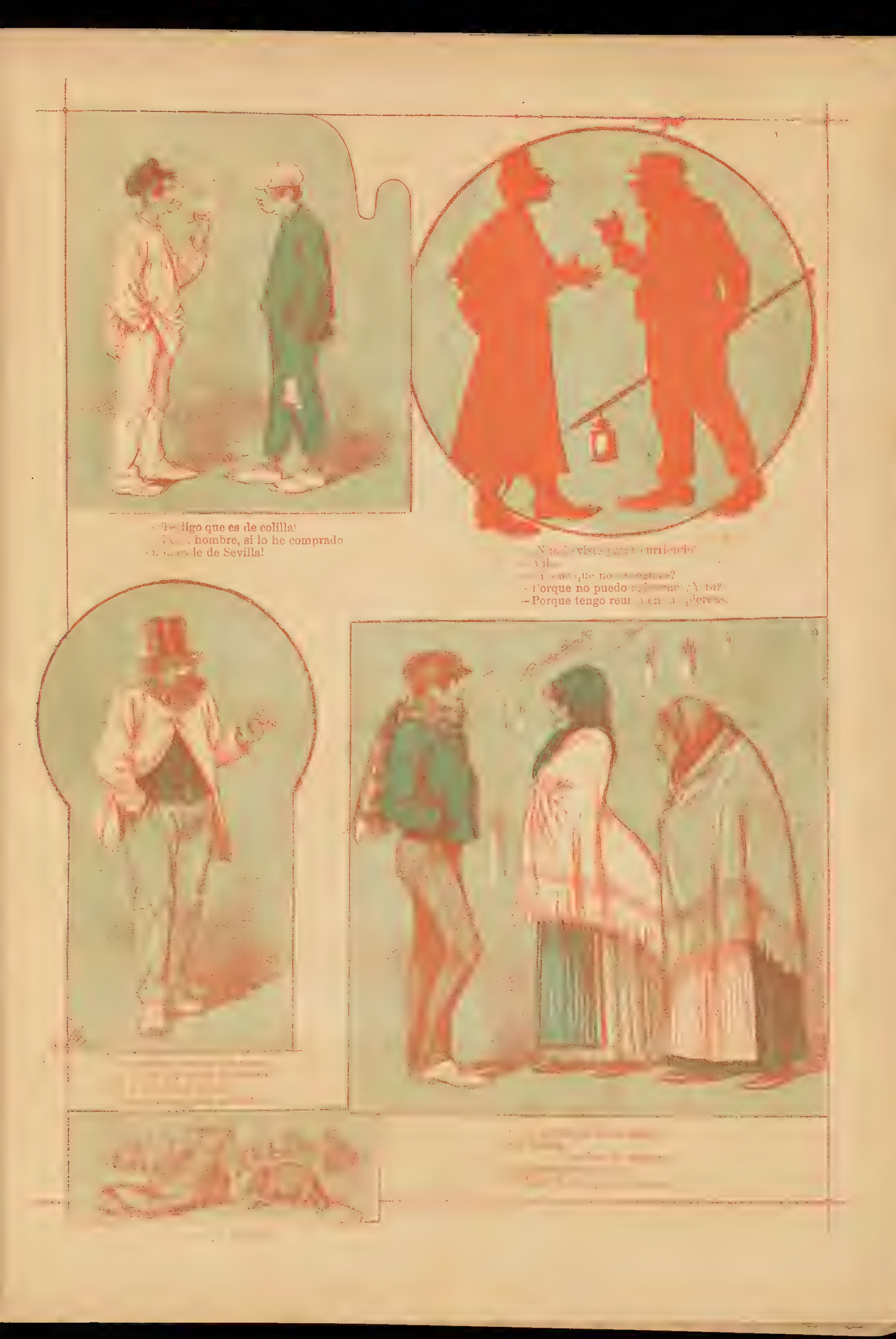
La corrida del lunes

LOS MAESTROS

LA ME

REVENTA

—¿Lo quiere usted con paraguas ó sin él?

CITANDO Á BANDERILLAS

LA SALIDA

...ligo que es de colilla!
..., hombre, si lo he comprado
... le de Sevilla!

... viste ...
...
... que no ...?
—Porque no puedo ...
—Porque tengo reu... piernas.

¡OH, LA AMISTAD!

En una edad de mi vida
me sonrió la fortuna,
y fuí por entonces una
persona muy distinguida.
Yo á los círculos subí,
yo en los teatros entré,
y en todas partes brillé
y en todas partes lucí.
Y este marqués me quería
y aquel conde me adoraba,
y el mundo me saludaba
y el mundo me sonreía.

....

—

Pasó un año y ¡ay de mí!
¡Cuanto tenía se fué!
Ya ni en teatros entré
ni á los círculos subí.
Tornóse la suerte mía:
ya el mundo no me adoraba,
ni el marqués me saludaba
ni el conde me sonreía.
Todo el mundo me olvidó.
Las amistades se van...
¡Pedí un pedazo de pan
y el mundo me lo negó!

....

—

Viéndome ya en la indigencia,
tuve una herencia bendita,
y volví á gastar levita
costeada con mi herencia.
Y hoy el orgulloso conde
cuando el sombrero se quita,
dígole yo á mi levita:
—¡Que te saludan, responde!

Dr. Blas.

LUISA CALDERÓN

¿Quién no la conoce? Ella es hoy la primera actriz de nuestro teatro clásico, y comparte con Vico el peso de la campaña.

Luisa Calderón es de las actrices estudiosas, tiene gran corazón é instinto dramático. Con estas condiciones se consigue hacer sentir, y se llega á copiar la realidad con arte. Hay que verla en *Lo sublime en lo vulgar*, de Echegaray,

Por cierto que, después de verla, no hay quien no envidie al *Ricardo* del drama.

Porque... ¡cómo guapa, es guapa!

BOTONAZOS

I

Gil Galleta, novillero,
mató dos toros *de puntas*,
y dijo luego á un compinche:
—¡Chico, he sido el *nin pluz ultra!*
—¡Verdaz! apoyó un chulapo
que fué espectador: carcula...
¡Se yevó las dos orejas!...
—¿Dos orejas?
—¡Sí... las suyas!

II

Se examinaba de Historia
Gustavo, mal estudiante,
y estaba el mozo cargante
por su falta de memoria.
Le salió la papeleta
«Alfonso el Sabio,» y sereno
estuvo hablando sin freno
cuanto ideó su chabeta.
Irritado un profesor,
dijo: —Pero, al fin y al cabo,
¿sabe usted de qué fué autor?
y él respondió: —Sí señor:
fué autor de... don Sancho el Bravo.

Florete.

EPIGRAMAS

Un terrible palizón,
pegó su padre á Gonzalo;
y al preguntarle Asunción
si le pegó con razón,
contestó: No: ¡con un palo!

—

En relaciones está
con Luz, Julio Santa Cruz;
por eso, con gran verdad,
dice que en la oscuridad,
suele amar más á la *luz*.

R. Mino.

GAZAPOS

...Y como ya estamos acostumbrados, nos parece insignificante cualquier disparate que vea la luz en la plana de anuncios de algún periódico.

Una consideración desinteresada nos impide tropezar con los anuncios: la consideración de no enajenarnos las simpatías de los anunciantes.

Por otra parte, ¿qué tiene de extraño que algún honrado comerciante, por ejemplo, no redacte bien un anuncio?

Hay diputados á quienes ocurriría lo mismo: antes dejarían el distrito ó los veinte sufragios que los sacaron á luz, que redactar una carta sin previa meditación y borradores, consultas al diccionario y á la gramática, referentes á significados de palabras y uso de la *v* y de la *b*, de la *g* y de la *j*, de la *c* y de las *k k*.

Entre los anuncios se publica alguno que merece llamar la atención del juzgado de guardia.

Supongamos:

«Guantes de caballero cabrito, perro y seda.»

«Quina fosfatado (concordancia vizcaína), sumamente necesario á las mujeres en cinta y á las nodrizas á quienes aumenta la calidad de la leche.»

¿Para qué servirá á las nodrizas, «á quienes aumenta?...»

»Pâte epilatoire que destruye hasta las raíces del vello del rostro (no se confunda con «lo bello») de las damas (barba, bigote, etc.)»

«Barba, bigote, etc...»

Escrupulosidad oportuna para que no se confunda con el de la esquina, como dicen algunos comerciantes en sus anuncios.

Hay anuncios dignos de detención y penalidad.

Pongo por caso:

«Dinero.—Se da sobre colchones, muebles sin retirar, retirados y pensionistas.»

«Casa de huéspedes con principio, siete reales, y por dormir aislado, dos reales.»

Allá va eso:

«Pecas, lentejas, tez asoleada, sarpullidos, tez barrosa, arrugas precoces...»

Lo mismo pudiera decir «preconcebidas.»

«...Eflorescencias rojeces.»

«Pone y conserva el cutis...»

¿Como chupa de dómine, creerán ustedes?

No, señores: «limpio y terso.»

Otro especialista dice de un específico que sirve, entre otras cosas, «para el amamantamiento y la crecencia de los niños y de las jóvenes.»

¿Y los que anuncian que «con un capital de cinco duros se puede obtener una renta de mil duros mensuales?»

Extravagancias mercantiles.

«Secretos de la *finance*,» como dice un amigo á quien yo trato con reservas mentales, y que supone que entiende algo de Hacienda y administración.

Pero comparado todo esto con algunos edictos, de origen municipal, por supuesto, aunque parezcan de origen divino, es pálido y aun ojeroso.

Allá va uno, copia del original, como todas las copias, según formulario admitido:

«D. Fulano N., alcalde primero constitucional *de estos reinos:* Hago saber: que la persona que en la tarde del domingo al martes, que se haya encontrado una manta de esas intituladas jerezanas, con su borrico rucio, buen mozo y con una estrella en salvo la parte, mitad del vientre, se sirva entregarle en esta alcaldía... etc.»

En otro edicto, como señas particulares de un sujeto á quien se llama, dice la autoridad:

«Color cetrino, cazadora negra, pantalón gris usado y con algunos descosidos.»

Son copias de los originales, á que me remito.

Eduardo de Palacio.

ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1888 EN LOS ESTADOS UNIDOS

GROVER CLEVELAND

El Presidente que termina su período en el próximo Marzo, es joven; tiene cincuenta y un años y fué elevado al puesto supremo de jefe del Estado en 1884. Su jefatura ha sido pacífica, y sobre todo honrada, y deja en la República gratísimo recuerdo. Cleveland ha cumplido durante su presidencia la divisa que adoptó al ser elegido gobernador del Estado de Nueva York en 1882: *El interés público ante todo*; divisa fácil de adoptar y proclamar, y difícil de cumplir.

Como que la cumplen pocos, ¿eh?

BENJAMÍN HARRISON

El candidato del partido republicano, vencedor, tampoco es viejo; nació en 1833. Fué soldado en la guerra de secesión y dió pruebas de bravura en las batallas dadas en Kentucky y el Tennessee; pero es principalmente hombre de gobierno.

Su historia como Presidente empezará pronto. En el número de Los Madriles correspondiente á la tercera semana de Marzo de 1892 diremos al lector algo de ella.

Que ustedes lo vean, y yo también.

PRECAUCIONES

I

¡Rejas y celosías
para el que siente una pasión tan fuerte
que, por no haberte visto en cuatro días,
se le antoja simpática la muerte!...
¡Celosías y rejas
al que en tan breve tiempo dió más quejas
que pudo dar en su prisión Macías!...
Tu madre es de esas viejas
que acaban, por los años, en arpías,
y después de llegar á los extremos
en cüestiones de amor desenfrenado,
impiden que los jóvenes lleguemos
á soñar, nada más, lo que han pecado.
Ya cree la victoria conseguida,
y que no has de quererme si te encierra,
sin saber que el recuerdo es en la tierra
el impulso más grande de la vida.
¡Pobre mujer!... Se agarra
á un ideal que al derrumbarse asusta,
y yo sé que eres tú casi una charra
á quien sólo le gusta
el canto que acompaña la guitarra.
Que, aunque adoras á Dios hasta el exceso,
te estremece ese claustro solitario,
y al huir del olor del incensario
sueñas con el aroma de algún beso...
¡Y tú, en ese lugar, de pensionista!...
¡Tú, en oración gangosa,
sabiendo que el amor es una cosa
que de toda mujer hace una artista,
y amando una mujer, siempre está hermosa!...
¡Tú entre madres severas y entre curas,
cuyos toscos sayales
son mortajas tal vez de unas locuras
que han tenido unos tonos celestiales!...
¡Tú estrellando tu frente en los barrotes
de esa reja infernal que nos separa,
recordando, quizás, que mis bigotes
han sido perfumados por tu cara!...
Para este triste afán urge el remedio...
¿Qué puedo hacer por verte?
Dímelo pronto ¡por piedad! que el tedio
me lleva de la mano hacia la muerte.

II

....
......Y abriendo aquella puerta,
te hallarás al momento
con una estrecha galería, abierta
en el muro más recio del convento.
Síguela sin temor; como es oscura
traerás una linterna... y, no es alarma,
pero vente también con algún arma...
por si acaso te encuentras algún cura...

Luis de Ansorena.

Pacotilla.

Entre toreros de invierno:

—Oye, tú, ¿sabes que va á haber toros en París de Francia, pa cuando se abra la Exposición?

—¿Y qué?

—Que voy á ver si encuentro empeños pa que me contraten

—¿Te quiés cayar? Con la *jindama* que tú tienes á los cuernos, ¿quiés ir á torear á Francia?

—¿*Jindama* yo? ¡Pus la podría tener siendo los toros embolaos y los estoques de madera!

—Pus miá tú; pa que veas que soy *parcial*, si me dijeras que iba á ser al revés, no te diría yo que te faltara corazón.

—¿Cómo al revés?

—¿No lo has entendío? ¡Que los toros fueran de madera y los estoques embolaos!

—

—"¡Es enemiga la carne
del alma!„ con claro acento
decía un predicador
echando un sermón al pueblo;
y el maestro, que no la prueba,
exclamó al oir aquello:
—¿Cómo enemiga del alma?
¡Si dijera usté del cuerpo!...

—

En un concierto:

—¿Sabe usted que este *sexteto* es muy notable?

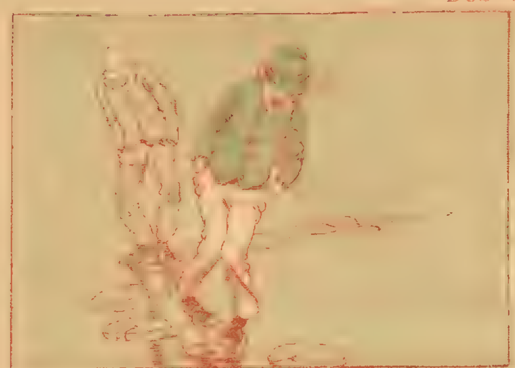
—Repare usted que son *siete* músicos.

—¡Ah! tiene usted razón; ¡no me había fijado en que es *sietemesino!*

José Estrañi.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

DOS CURDAS



—Han colocado estas piedras tan mal...

—¡Y tan dificultoso!

—Bueno, y éstas, ¿por qué las han puesto tan altas?

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
24 Noviembre de 1888
NÚMERO 8.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

ANTONIO DE TRUEBA (†) BILBAO)

Toda la biografía de Trueba se puede encerrar en esto: *Nació en Vizcaya, vivió en Vizcaya y morirá en Vizcaya.* Trueba es tan popular allí como el tamboril y la gaita, que tantos y tan hermosos cuentos le han inspirado. Porque Trueba, que, fuera de allí es escritor eximio y respetado, allí es solamente *el que ha hecho los cuentos*, quinta esencia de lo bueno, lo hermoso y lo melancólico de aquellas montañas.

Alguien á quien Trueba conoce, hay en esta modesta *Revista*, desterrado de aquella región privilegiada; y con amor de hermano y veneración de discípulo alienta al maestro en sus presentes tribulaciones con el grito legendario que encierra la fe en el porvenir:

Aurrerá!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

Sábado 17 de Noviembre.

El caso ha ocurrido en Albuñuelas (Granada).

Una hermosa criatura de setenta años se escapa con un agraciado seductor que cuenta los mismos abriles que ella.

La enamorada pareja ha sido obsequiada por sus convecinos con una cencerrada monumental.

Y cuentan que el yerno de la fogosa anciana exclamó en el colmo de la alegría:

"Haga de su amor derroche,
ya que al fin encuentra un tonto
que la quiere á troche y moche.
¡Si no se escapa tan pronto
me seduce á mí una noche!

Otro nuevo crimen han perpetrado, según *El Resumen*, los apreciables individuos del resguardo de consumos.

¡Otro, y van mil!

¡Por Dios, señor Abascal!
Baje vuecencia los humos
á esa ronda de consumos,
ó esto acabará muy mal.
¿Es esta la capital
de España?. . ¿Cómo que sí?...
¡Pues no ocurre lo que aquí,
de la justicia en ultraje,
ni en la tribu más salvaje
del imperio marroquí!

—

Día 18.

Domingo.

Salen de la iglesia del Carmen dos beatas:

—¿Qué tal, qué tal le ha parecido á usted el nuevo predicador?

—¡Oh, sublime! ¡Habla del infierno como un ángel!

—

Velada literaria en el Círculo tradicionalista.

A puerta cerrada.

Como en las vistas de causa de cierta índole.

Se prohibió la entrada en el local á los representantes de la Prensa.

Se leyeron poesías muy belicosas.

¡Hola! ¿Conque belicosas?...
Y allí entre cuatro paredes,
entre sombras tenebrosas...
¡Yo no les juzgaba á ustedes
capaces de ciertas cosas!

—

Lunes 19.

Dicen de Mahón:

«En las aguas de Fornells ha sido pescado un congrio enorme.

Pesaba una arroba y cuatro libras y media.»

¡Uno de nuestros primeros congrios!

«Se ha sacrificado en el Matadero un cerdo cebado, cuyo peso ha sido de 252 kilos.»

¡Uno de nuestros primeros cerdos!

¡Buen par de animalitos para servidos en la mesa de uno de nuestros primeros próceres!

—

Leo en un periódico:

«En la próxima legislatura va á presentarse á las Cortes una exposición suplicando se rebaje un 35 por 100 la cuota señalada por contribución industrial á las corridas de toros.»

Nos parece muy bien.

El autor de la proposición debe hacerla circular entre los maestros de instrucción primaria, para que la honren con sus firmas.

Y añadirle una coleta.

Que todos los contribuyentes españoles, por industria y comercio, etc., turnen un día á la semana en trenzar la *idem* á los matadores de cartel.

—

Día 20.

Primera representación, en Valladolid, de un drama de Echegaray.

Oigan ustedes:

—Un marido, que ha de ser,
de seguro, un bonachón,
en fragante... distracción
pescó anoche á su mujer.
Y no increpó á la liviana
en aquel supremo instante,
pero el traje del amante
arrojó por la ventana,
y sus instintos lascivos
no queriendo consentir,
hizo al seductor salir
á la calle en cueros vivos.
Y la culpable, temblando
y acongojada, decía,
mientras el otro salía
por la puerta estornudando:
—¿Qué estás haciendo, Felipe?
—¡Vengar mi honor ultrajado!
¿Lo ves? ¡Ya se ha constipado!
—¡Me alegro que se constipe!

—

Miércoles 21.

Periquillo ha dado en la manía de adelantar cinco minutos, todos los días, la hora del almuerzo.

Y la cocinera le decía esta mañana:

—¡Señorito, siguiendo ese camino, acabará usted por almorzar la víspera!

—

Para el día 1.º de Diciembre se anuncia la apertura de las Cortes.

Para el 2, la llegada á España de un violento ciclón.

¿Para el 2?

—

Jueves 22.

La desgraciada y virtuosa señora doña Cecilia Ritter ha sido villanamente asesinada por su marido.

Se asegura que la doña Cecilia tenía entablada desde hace algún tiempo la demanda de divorcio.

Y un acérrimo partidario de esta reforma me decía ayer, leyendo los detalles del horrible crimen:

—¿Se convence usted? El divorcio es una cosa tan natural, que en muchas casas duerme todas las noches entre los dos cónyuges.

—

Decididamente, aquí no se protege la industria, ni el arte, ni cosa que lo valga.

¡*Miste* que lo que le ha pasado á la Pepa!

Pepa Callizo,
que es una chica
que vende décimos
de lotería;
siempre en las vueltas,
y así, de prisa,
daba monedas
que no servían,
pesetas falsas
muy bien hechitas.
Diz que al cogerla
la policía,
viendo muy cerca
la alcantarilla,
tiró un puñado,
rápida y lista,
de toda aquella
bisutería.
¡Que es inocente
bien lo acredita,
sólo con esto
la pobrecilla!
Si fueran buenas...
¿Las tiraría?...

—

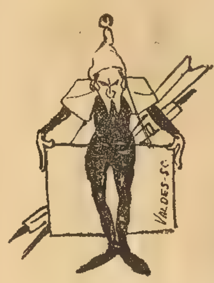
¡Aún hay patria, Veremundo!

En Barcelona se inaugura el monumento erigido en honor del popular compositor Anselmo Clavé.

En Sagunto celébrase igual acontecimiento á la memoria del insigne patricio y esforzado campeón de la Independencia española D. José Romeu.

Cuando un pueblo honra de este modo á sus héroes y á sus artistas, no debe perderse la confianza en su porvenir.

—



Viernes 23.

Una señorita, de no muy sólida reputación, dice á un joven que se niega á casarse con ella:

—¡Es usted el hombre más necio que he conocido!

—Usted dice eso; pero está convencida de que es todo lo contrario.

E. NAVARRO GONZALVO.

Aita-Aita.

A, ja! ¿No ves, hija mía,
cómo tus dos rapazuelos,
estremeciendo de júbilo
el gremio de relojeros,
á modo de carro arrastran
mi reloj por esos suelos?
—Cuando yo su edad tenía,
¿hubieras permitido eso?
—No lo hubiera permitido
sin un par de azotes buenos;
pero razón obvia ahora
para permitirlo tengo.
Aita-aita, ó dos veces padre,
llama el euscáro al abuelo,
y yo soy buen *aita-aita*
desde que Dios me dió nietos.

ANTONIO DE TRUEBA.

11 Noviembre de 1888: enfermo en cama hace más de un mes. *(Nota del autor.)*

CUENTO

Pues te vi en la calle sola,
te voy á contar un cuento:
una joven con su madre
vivía no sé en qué pueblo,
muy hermosa, muy honrada
y de bondades modelo...
¿me escuchas con atención,
niña de los ojos negros?

—

Dieciséis años tenía
como tú; rubio el cabello,
los labios color de rosa,
y el alma color de cielo.
Sola también los vecinos
le encontraban por el pueblo...
mas ¿por qué me miras tanto,
niña de los ojos negros?

—

Al contemplar su hermosura
rendidos mozos y viejos,
sin cesar la perseguían
con sermones y requiebros.
Ella escuchó los segundos,
olvidando los primeros...
mas, ¿por qué te pones triste,
niña de los ojos negros?

—

Creyendo en dulces promesas
y en mentidos juramentos,
en las rosas de sus labios
dejó filtrar el veneno;
y un día, al verse engañada,
engañó á su madre, y luego...
pero, díme, ¿por qué lloras,
niña de los ojos negros?

RAFAEL ALVAREZ MASÓ.

El público de los estrenos.

Los periódicos han dado en llamar así á una colección de sujetos que van al teatro con el decidido propósito de poner defectos á las obras y exhibir de paso sus felices disposiciones para la crítica.

Yo conozco á todos los que brillan en las noches de estreno. Unos son periodistas de la clase de salmonetes; otros figuran en la lista de los autores desollados, y no pocos pertenecen á la familia de los seres inéditos, que nos obligan á preguntar frecuentemente:

—¿Conoce usted á ese joven rubio, picado de viruelas? Le veo en casi todos los teatros metiendo ruido y pisando á los transeuntes, á trueque de introducirse en los corros y emitir sus opiniones.

—Ese es uno que tiene lampistería en la calle del Sordo, suelen contestarnos.

—Pero... ¿escribe también?

—No, señor; toca la guitarra por cifra.

Casi siempre sucede lo mismo: los que más se agitan en contra del poeta, echándole en cara defectos literarios y hasta vicios de conformación, pertenecen al comercio de paraguas ó al ramo de sanguijuelas públicas, ó á la corporación de peluqueros del reino.

Las personas inteligentes tienen el buen acierto de reservarse su opinión, ó de expresarla al oído de algún sujeto de confianza, mientras que los otros, los inútiles, los improductivos, los poetas de secano, andan por los pasillos deteniendo á la gente para decirle:

—¡Qué barbaridad! ¿Verdad usted? ¿Ha visto usted qué madre nos presenta el autor? ¡Una madre que no tiene inconveniente en dejarse extirpar un lobanillo el mismo día en que su hijo se enamora de la dama joven!

—Esto no es original, dice otro.

—¡Claro que no lo será! añade un tercero.

—Esto está tomado de una novela cochinchina que tengo en mi casa.

Con estos detractores de profesión contrastan los amigos del autor de la obra, que se paran á oir las conversaciones de los corrillos, y á lo mejor meten la cabeza en los círculos viciosos para poner los puntos sobre las *íes*, y desenmascarar á algún traidor.

—¡Eso que está usted diciendo es falso de toda falsedad! exclaman indignados. Harto sabe usted que Manolo ha escrito su obra, ciñéndose á lo que le contó una tía suya muy desgraciada. Porque todo lo que pasa en la comedia es histórico. Bueno es que conste.

El detractor pierde la serenidad, porque ha sido sorprendido en el momento de despellejar al poeta, amigo suyo de la infancia, y entonces dice:

—No; si yo no creo que la comedia sea mala. Lo que digo es que me parece falso el carácter del teniente, porque no puede existir un hombre que, estando en relaciones con una modista, vaya á pegar al asistente todas las noches porque se ponen duros los garbanzos.

Hay algún amigo del autor que ya no se atreve á discutir con los detractores. Lo que hace es mirarlos con odio reconcentrado, y decir para sí:

—¡Brutos! ¡Más que brutos! ¡Criticar una obra tan bonita!... No pienso decir nada á Aquilino, para que no se disguste; pero merecían que les hubiese contestado con un bofetón. ¿Cuándo serán ellos capaces de concebir un argumento tan verosímil?

—¡Hola, García! ¿Está usted hablando sólo? se le pregunta.

—¡Hombre! contesta. Estaba aquí pensando en lo envidiosos que son algunos. Acabo de oir á Bandolina, que dice pestes de la obra, y aun ayer mismo le pidió prestado un pantalón á Aquilino, porque tenía que ir á ver á Castelar... ¡Qué gente!

Después se va al saloncillo para abrazar al autor y compartir con él la alegría del triunfo.

—¡Aprieta, tunante! le dice conmovido.

—Gracias, García. ¿Va bien la cosa, eh?

—Divinamente, y eso que tienes una porción de enemigos en el teatro. ¡Oye uno cosas que le dan ganas de hacer una barbaridad!...

—¿Á quién te refieres?

—Á Bandolina. ¿Te ha devuelto el pantalón?

—Todavía no, porque ahora lo necesita para un entierro.

—Pues se ha atrevido á decir que es falso el carácter del teniente.

El autor experimenta un desengaño terrible, porque creía que lo del pantalón era motivo bastante para ser tratado con benevolencia.

—¡Qué amigos! exclama.

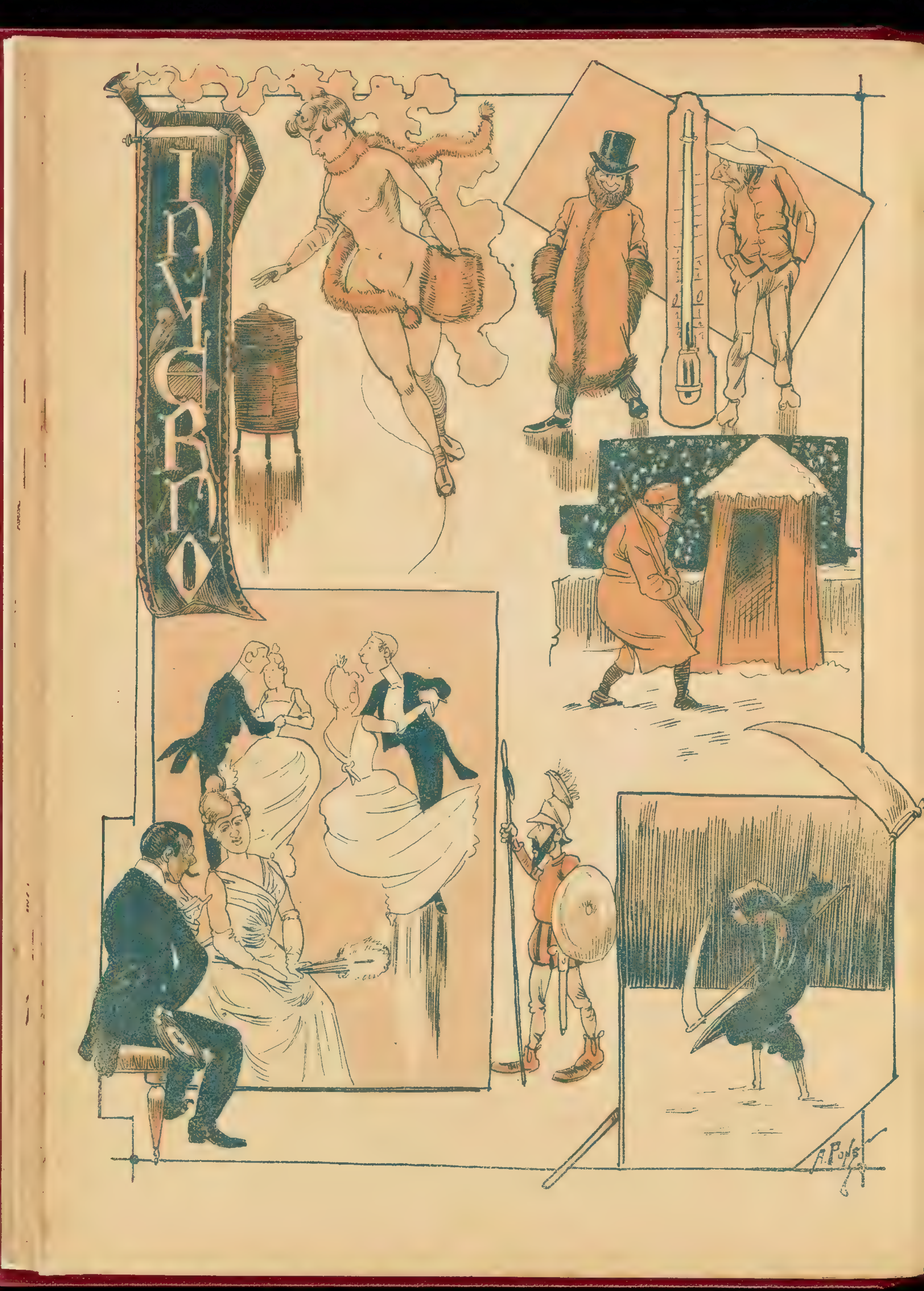
—Yo en tu lugar, le pedía el pantalón esta noche misma.

Al terminar la representación penetran tumultuosamente en el escenario casi todos los que estuvieron destrozando la obra en los pasillos, y el autor recibe las felicitaciones con sonrisa de júbilo, echando en olvido las censuras de Bandolina y todos los desengaños del mundo.

—¡Bien! dice uno. La cosa es muy bonita.

—¡Bravo! añade otro.

—¡Morrocotudamente! agrega un tercero.


Invierno
A. Pons

¡Champagne! ¡Vino del amor,
en ciertos momentos críticos!
¡Es el vino de rigor
para los brindis políticos!

¡Cuán seductora y bella!
(Acaba de apurar media botella.)

¡Arza, chiquilla!
¡Sirve otra caña
de Manzanilla!

Este chico de buen tono
sólo bebe Anís del Mono.

[illegible] con triple anís
[illegible] más émulo del país

Un curda de profesión,
del plebeyo y del [illegible]

¿De que la toma el sereno
[illegible]

Y á este tenor van desfilando por delante del poeta una colección de caballeros con cara de Pascua, que á él le parecen ángeles, y á quienes convidaría á cenar con mucho gusto, sólo para que le estuvieran diciendo toda la noche:

—«¡Bravo, bien, morrocotudamente!» Sin comprender que no hay enemigo más temible que el que nos estrecha contra su corazón.

Porque, para bien ser, las representaciones de las obras nuevas deberían comenzar por la segunda, y de este modo se verían libres de todo peligro los autores noveles que confían en el buen corazón de sus semejantes en el ramo, y en la imparcialidad del «público de los estrenos.»

Luis Taboada.

PARA UN ABANICO

Quisiera ser Eolo un solo día
y disponer del viento á mi capricho:
vieras entonces cómo entre las ráfagas
del aire que te envía este abanico,
flotaban invisibles trovadores
que cantaran al mundo tus hechizos;
aspiraras los mágicos perfumes
de las vegas y campos granadinos,
sintieras resbalar por tus mejillas
las frescas brisas del Abril florido,
y la música amante de mis versos
acariciara tus sedosos rizos.

Carlos Ossorio y Gallardo.

Desde el Boulevard.

Prado!

He aquí el asunto constante de las conversaciones del *boulevard* durante la pasada quincena.

Este drama criminal, que empezó con el asesinato de una muchacha de la vida alegre y ha terminado con la sentencia á muerte de un hombre, enigma viviente cuyo apellido y cuya auténtica nacionalidad quedarán probablemente ignoradas, sin que las saque á luz la cuchilla de la guillotina; esta causa célebre ha sido el objeto de los comentarios más apasionados; la emoción constante de los parisienses durante dos semanas.

Las tarjetas de entrada á las sesiones de la *Cour d'assises* eran más solicitadas que los billetes de una *première*, y disputadas con más encarnizamiento que entradas de *corrida real* en nuestra plaza de toros, ó papeletas para una *bronca parlamentaría* á beneficio de Boulanger en el palacio Borbón, ó de Romero Robledo en el palacio de la plaza de las Cortes.

El elemento femenino ha estado en mayoría entre los concurrentes á la vista de esta causa; y era de ver la complacencia plácida retratada en tanta linda cabecita, al tomar asiento en primera fila para presenciar tan lamentable espectáculo.

Parisienses de alma sensible y corazón tierno, *cocottes* y duquesas codeándose para ver cómo la lengua de una cortesana, excitada por los celos y las malas pasiones, hace rodar por tierra la cabeza de un asesino.

¡Las pobrecitas se desmayarían, de seguro, viendo á *Lagartijo* hacer un quite para sacar vivo á un picador de entre los cuernos de un toro en nuestra *bárbara* fiesta nacional!

¡Cuestión de civilización y de dulzura de sentimientos!

En medio de este drama judicial no han faltado incidentes cómicos.

Un marchante de alhajas de mala procedencia, que escribe desde Madrid á la policía francesa ofreciendo (mediante unos cuantos billetes de Banco) probar que Prado es el asesino y que cuando se le obliga á ejercer *gratis* de testigo declara á éste el hombre más honrado del mundo, no deja de tener gracia.

El hombre se presentó á declarar, sin duda para justificar que toreaba al Tribunal, del cual se despidió con una *larga* al presidente, pues en su azoramiento dejó caer el abrigo, y al recogerlo por una punta, quedó en una postura tan académica, que... ¡ni el *Guerra!*

Un condenado á muerte que prodiga consuelos al abogado, y que hasta el último momento asegura que es un caballero, no un asesino, y que, como no ha hecho más que unos cuantos robos y vivir de las mujeres, saldrá de allí *con la frente muy alta!*

Todo esto es bien curioso. Pero nada llega al fiscal, personaje digno de estudio, que empieza su requisitoria con un brillante discurso contra la pena de muerte y la termina pidiendo la cabeza del acusado.

Este mismo fiscal es el que, durante la vista, preguntó á un testigo:

—¿Es cierto que ha visto usted á Prado varias veces vestido de gran señor español?

¡Oh Teófilo Gautier! Tus fantásticos relatos de un viaje por España serán eternamente artículo de fe en este país que se tiene por el más ilustrado del mundo.

No me extrañará ver un día de estos algún grabado, en cualquier publicación ilustrada, representando á un *grande de España*, vestido de torero, con sombrero de tres picos, bigote y zapatitos de baile.

Por si á alguno de nuestros pintores le sirve el dato para saber el traje de un señor francés, le diré que he conocido alguno peor vestido que yo.

* * *

El Carnaval había muerto hace muchos años, y ni por casualidad se veía una máscara por las calles de París, ni el domingo gordo, ni el lunes, ni el martes, ni siquiera el día de la *mi-carême*.

Pero había nacido un carnaval constante, que pudiéramos llamar *industrial*, y que daba animación y aspecto especialísimo al *boulevard*.

No se andaba cuatro pasos sin tropezarse con media docena de capitalistas que, en guisa de manifestación pacífica, paseaban sendos cartelones con el anuncio pomposo de una zapatería ó de un sastre.

A la vuelta de una esquina nos asaltaba un negro, lujosamente ataviado, para ofrecernos un prospecto de blanca cera ó jabón de origen exótico.

Otras veces eran seis ó siete ciudadanos envueltos en una bata de baño y ceñida la cabeza con una toalla de felpa, á manera de turbante, que anunciaban unos baños más ó menos turcos.

Guerreros de la Edad Media, con casco y coraza, que pregonaban una sastrería.

Moros á caballo, haciendo el reclamo de un específico contra los callos.

Carros luminosos, anuncio de conciertos, panoramas y circos.

Globos descomunales, anclados á coches, guiados por una robusta amazona con antifaz, anunciando la taberna de la mujer con barbas, ó la cervecería de los *decadentes*, ó el café de los Sepultureros, ó barbaridades por el estilo.

Y todo esto intercalado con infinitos hombres *sandwichs*, emparedados andantes, formados de un hombre con un cartelón delante y otro detrás, que parecían galápagos en pie, y que con cara de hambre anunciaban un pan especial ó un restaurant, á peseta el cubierto, con vino y pan á *indiscreción*.

Todo esto va á desaparecer por un decreto del prefecto de policía, que prohibe todo género de disfraces en la vía pública como medio de publicidad.

El boulevard perderá uno de sus rasgos de color más acentuados y extraños, y ya, si nos alargan un prospecto, no será por conducto de un tipo como el que ayer, vestido de moro, con calañés y una pandereta en la mano, me alargó el papel, cuyo texto es el siguiente:

POSADA DE GITANOS

AU RENDEZ VOUS DES *caballeros*

SERVICE FAIT PAR *gitanes* DANS LES *costumes de ses tribus.*

Bock, 30 céntimos.

Blasco

París, Noviembre, 88.

EPIGRAMAS

Reclamada Concepción
para encerrarla en prisión
fué conducida á Jerez,
y exclamó con sorna el juez:
«Queda á mi disposición.»

El alférez Carrascosa
disputaba con su esposa
y habló del clima de Lima,
y ella decía llorosa:
«¡Tú siempre quedas encima!»

Luis Mena.

LA MÚSICA

La Theodorini, la Nevada y la Leonardi.

Llego tarde, y no sé si con daño, para hablar de música en Los Madriles. Federico Urrecha tiene la culpa, puesto que se empeña en que me encargue aquí de esa sección.

Como hay bastante que decir, y el tren viene retrasado, allá van, á paso de carga, algunas impresiones.

Las grandes tertulias aristocráticas que se celebran en el teatro Real, desde Octubre hasta Marzo inclusive, no han podido inaugurarse este año hasta el día 9 del corriente mes.

Había que incombustibilizar (!) el gran coliseo, y ya está convertido en salamandra, gracias al alumbrado eléctrico, que nos preservará, Dios mediante, de toda catástrofe.

No habrá más fuego que el que despidan los ojos incendiarios de nuestra *high life*, ni más llamas que las que arroje la incandescente pasión dramática de tiples y tenores, medio sopranos y barítonos, contraltos y bajos, ni más humos que los de los *divos* apreciables, ni más chispas que las de las conspicuas bailarinas.

Por ese lado, podemos estar tranquilos y respirar á nuestras anchas. El teatro Real es ya un invernadero de plantas exóticas que abren sus cálices al contacto de moderada electricidad y se aburren, en general, cordialmente, arrulladas por las corcheas de la música y los aplausos antiespasmódicos de la *claque*.

La *Gioconda*, que inauguró la temporada, y *Lakmé*, que se ha cantado por primera vez en Madrid, han sido los puntos culminantes de la quincena, y arrojado á la pública voracidad tres nombres que hoy repiten todos los labios: una Elena y dos Emmas.

La Elena es antigua amiga nuestra: voz vibrante y apasionada, artista nerviosa, potente, eficaz, que se introduce en las venas de un personaje y corre por ellas y se mueve como una sabandija, escudriñando todos los repliegues, llevando luz á los rincones todos y destacando la naturaleza de un ser teatral, con la implacable verdad del realismo.

Al llegar aquí, un francés diría; *j'ai nommé* la Theodorini; pero mis lectores se habrán anticipado, pronunciando el apellido de la famosa artista, que vuelve al teatro Real de Madrid después de una ausencia de dos años, con todas sus estupendas cualidades, y trae á mal traer á su innumerable cohorte de apasionados, como ha sucedido en la *Gioconda* y *El Trovador*, donde ha alcanzado la gran artista dos triunfos memorables.

Elena Theodorini es artista que canta en el teatro, y mujer que, fuera del teatro, torea. Tiene una muleta que hubiera envidiado, en sus mejores tiempos, el mismísimo Cayetano Sanz. Su especialidad es el pase *cambiado;* cita hacia el terreno de fuera, cambia al llegar al centro de la suerte, y, consintiendo mucho, despide á la fiera por el terreno de dentro. Es una brega lucidísima, que castiga al enemigo y deja al matador libre de cacho...

Y punto, que el asunto es muy resbaladizo, y me falta hoy espacio, además.

Las dos Emmas son la Nevada y la Leonardi; dos novedades que ningún *commis voyageur* del arte nos había recomendado á son de bombo y platillos, y que se han conquistado desde el primer momento, las simpatías del público de Madrid.

La Nevada es (echemos cincuenta céntimos de lirismo), un ruiseñor y una tórtola, un instrumento y un alma, la sensación y el sentimiento, lo que deleita y lo que conmueve, lo que hace cosquillas en la trompa de Eustaquio y penetra como bálsamo dulcísimo en el corazón.

Y todo ello en cantidad pequeña, pero suficiente para que se saboreen aquellos postres espirituales, después de los cuales se relame uno con beatitud y está dispuesto á comer de nuevo.

Agotados los cincuenta céntimos de lirismo, perro chico más ó menos, hay que decir que Emma Nevada es una cantante admirable, como agilidad y extensión, que vence con una desenvoltura maravillosa todas las dificultades del arte de vocalizar, y que además de todo eso es algo más, mucho más: una artista concienzuda que se separa de esa pléyade de instrumentos vocales, que cultiva lo que Berlioz llamaba gráficamente *l'école du petit chien*, y sabe que, fuera de la garganta, hay algo que conmueve y atrae.

La Nevada ha hecho que *Lakmé* entrara en el público, no solo por las vocalizaciones de «la leyenda del hijo del paria,» sino por la poesía, por la ternura con que ha detallado las bellezas delicadísimas de la obra de Delibes.

Después de las ovaciones de *Lakmé*, todos la esperan ahora en la *Sonámbula*.

Esperemos también nosotros á la obra de Bellini, que entonces podré hablar con más sosiego de la monísima *diva*.

EMMA LEONARDI

Al tratarse de Emma Leonardi, puedo empezar diciendo: ¡véase la clase! puesto que ahí tienen ustedes el retrato de la hermosísima artista.

A él remito á los aficionados, mientras yo les regalo cincuenta céntimos de erudición, más bien más que menos.

Esta Emma forma visible contraste con la anterior. Con la Nevada la naturaleza ha sido parca en materiales; con la Leonardi ha llegado al despilfarro. Es romana, y parece que revive en ella la patricia.

Para una Madonna le faltarían quizá la dulzura ideal del rostro y la pureza de las líneas corporales; para Cleopatra, carecería tal vez de toda la plástica que Blaze de Bury derrama sobre la amante de Marco Antonio; pero si la Leonardi hubiese vivido, cambiando de domicilio, en los tiempos de *Lysistrata*, Aristófanes no hubiera escrito su célebre comedia, ni hubieran hecho jamás las paces atenienses y lacedemonios.

Después de esta erudición, que bien vale cinco pesetas (y es de balde), hay que añadir que Emma Leonardi es una de las mejores cantantes que ha habido en el teatro Real, desde los tiempos de la Galletti, de la Nantier Didier y de la Borghi Mamo.

Su voz posee todas las cualidades, de timbre, de volumen y de extensión, que caracterizan á la verdadera *mezzo-soprano;* es una voz dulce, pastosa, que tiene los atractivos de la juventud, de la frescura, que penetra en uno y lo sacude y hace estallar en entusiastas aplausos.

Además de cantante, Emma Leonardi es artista, y artista de gran valer, que sirve por igual al poeta y al músico, y hace de la interpretación un trabajo doble, dando á la nota cantada el perfume y la expresión del texto escrito.

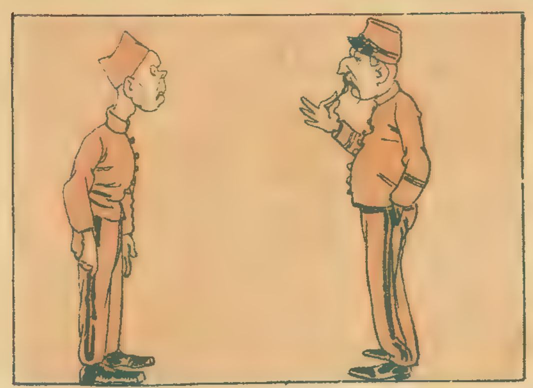
En la *Gioconda* ha hecho olvidar á la Pasqua; en *La forza del destino*, fué la nota luminosa del espectáculo; la magia de su voz y de su talento artístico han rejuvenecido la *Azucena*, de *El Trovador*. Una cantante y una artista, en suma, que ha entonado el *veni, vidi, vici* de su paisano el *divo* César, y ha entrado en el regio coliseo como Radamés, vencedor de los etiopes, al son de una marcha triunfal, y aclamada por gritos entusiastas de: *Ave, Emma!*...

Y se acabaron, por hoy, los lirismos, la erudición y los bombos.

Antonio Peña y Goñi.

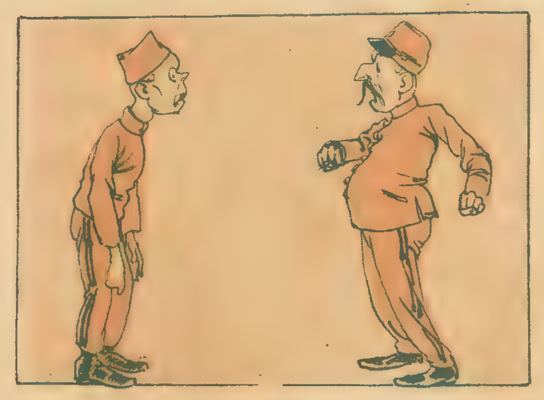
Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LA DISCIPLINA

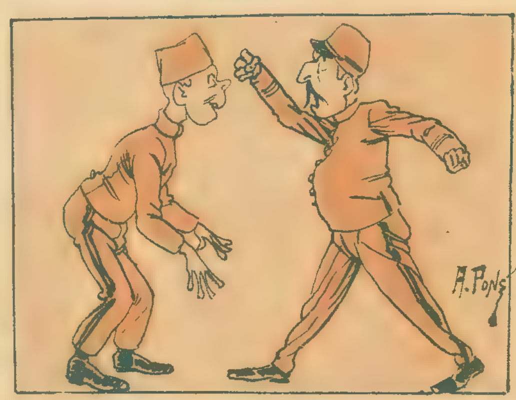


—¡Media vuelta á la derecha!....

—¡Marrrr!...



—¡Media vuelta á la izquierda!... ¡Marrr!..



—Pero ¡animal! ¿cuál es la mano derecha?
—La que usté guste, mi *tiniente*.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8. 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR, FEDERICO URRECHA

AÑO I
1.º Diciembre de 1888
NÚMERO 9

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JOSÉ LUIS ALBAREDA

A la prensa española trajo Albareda el contingente de la *Revista de España* y *Los Debates*, que fundó; méritos bastantes en cualquier parte para que un hombre deje de sí buena memoria.

Periodista y polemista infatigable, Albareda desertó ha tiempo de la prensa, y se entregó á la política y á Sagasta, que le hizo Ministro en El Haya y en la antigua casa de Correos, Embajador de París y Ministro de Fomento.

Ahora va de Embajador á Londres el simpático sevillano, y es seguro que, á pesar de la diferencia de caracteres, hará Albareda buen Embajador entre los ingleses.

¡De zalú zirvá, don Pepe!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses.......... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

Domingo 25 de Noviembre.
Se declaran en huelga
los caleseros
que esperan la llegada
de los viajeros.
Y el Delegado
conjura este conflicto
por de contado.

Según nuestros informes,
causó las huelga
injustos privilegios
de las Empresas.
Yo no lo dudo,
que es ley de todas ellas
la del embudo.

—Desde un piso cuarto, ayer
una joven se cayó
á un patio!—¿Y se desnucó?
—¡Ni se hizo daño al caer!
—¡Guardará recuerdos gratos
del milagro! —No lo fué.
—¿Cómo no?—Cayó de pie,
es decir, como los gatos.
—Sin embargo, pobrecita...
—¡Hombre! ¿no da usté en el *quid*?...
¡Como es hija de Madrid,
cayó como una *gatita*!

Día 26.
Llega á la ciudad del Turia
la *familia Colibrí*,
una familia de *Príncipes*
que vienen á presumir
y á llevarse unos cuartejos
—de los pocos que hay aquí.—
Dicen que han venido *á menos*,
¡ya lo creo! ¡no han de ir!
si el mejor mozo de todos,
según escriben de allí,
mide catorce pulgadas
de estatura, y es feliz,
porque aún puede darse tono
con otro más chiquitín!
¡Oh príncipes económicos!
¡Oh venturoso país
sobre el que reine y gobierne
la familia Colibrí!
¡Qué presupuesto tan chico
y qué familia tan *chic*!
¡Tendrán por casa-palacio
algún medio celemín,
é importará dos pesetas
toda la lista civil!

El cante flamenco
ya casi murió;
manda hoy la *Gaceta* tratar los *cafeses*
con mucho rigor.

En punto las doce,
no se oye una voz,
no hay juerga, ni cante, ni muertos ni heridos
y ¡adiós diversión!

27 de Noviembre.
Carolina del Viso,
la hipnotizada,
ha escrito una comedia...
será muy mala.
Si es que la hizo
bajo las sugestiones
del hipnotismo.

¡Escribirla durmiendo!
¡Qué tontería!
¡De fijo la despiertan
con una silba!
Que los morenos,
silban á los dormidos...
¡y á los despiertos!

Se fuga, en Reus, de un convento
una monjita muy mona,
marchándose á Tarragona
veloz como el pensamiento.
—¡Quién pudiera adivinar
(pues que nadie los explica)
los motivos que á la chica
le obligaron á escapar!
Al fin, lejos de las madres,
logra instalarse en la fonda;
come en la mesa redonda,
y avisa luego á sus padres.
—Pero ¿estás loca, hija mía?...
¡Me va el dolor á matar!
¡Es necesario tornar
á la clausura!—¡Es porfía
inútil!—¿Por qué te sales?...
¿Por qué no quieres volver?...
— ¡Papá, por no cometer
varios pecados mortales!

Día 28.
Bajo el disfraz de criada,
una tomadora lista,
llevóse ayer cinco *boas*
de la *Marta Cibelina;*
y al descubrirse la estafa,
el peletero decía:
—¡Cinco *boas* nada menos!
¡Ojalá que fueran vivas!

No pasó de un buen deseo,
lo de suprimir la cuota
de entrada, en el Ateneo.

Caballeros, ¡qué sesión
la de la Diputación!

Jueves 29.
Un inglés, fino y atento,
en un día de locura,
dió á una bella criatura
palabra de casamiento.
Era una chica alemana,
y al terminar la cerveza,
es claro, entró la tibieza,
y el inglés se llamó Andana.
Pero ella, firme y leal,
ni se amilana ni aterra;
se presenta en Inglaterra
y le cita al Tribunal.
Y hoy pide la institutriz
al que fué su seductor,
como pago de su amor
allá en tiempo más feliz,
y como indemnización
de aquellas horas divinas,
diez mil libras esterlinas;
como quien dice, un millón.
Si paga, como protesta,
dirá el inglés: —¡Ay de mí!
¡Si buena vida me dí,
buenos cachetes me cuesta!

Día 30.
¡Dos suicidios! ¡Tres robos!
¡Jesús, qué día!
¡Escriba usted con gracia
la *Croniquilla!*
Sólo con esto
se hace toda una plana...
¡De *Los Sucesos!*

E. NAVARRO GONZALVO.

Ripios.

Pues otra vez escribió este Cañete unas seguidillas en un álbum, y dirigiéndose á una pajarita, la preguntaba:

"Avecilla canora,
que andas, te elevas,
y en los aires modulas
himnos y quejas:
¿Qué al cielo dices?..."

¡Qué al cielo dices! ¿Háse visto nada más ridículo?

Y un poco más abajo, dirigiéndose ya á la dueña del álbum, la decía:

"Gusta en paz las delicias
del *casto fuego*
á que *en pasión ardiente*
rendiste el cuello..."

Esto es escribir por escribir, Sr. D. Manuel, y colocar unas palabras tras de otras, hagan ó no hagan sentido. ¡Porque mire usted que rendir el cuello al fuego... es cuanto hay que rendir!

Las imágenes han de ser racionales y adecuadas, D. Manuel; porque si son como esa de usted, no son imágenes, sino desatinos. ¿Parécele á usted que influirá mucho, para que uno se queme, el que tenga el cuello rendido ó levantado?

Vamos, usted habría leído quizás aquello de Jovellanos, que como poeta era poco menos malo que usted:

"Dobla *sin susto* al *yugo* sacrosanto,
caro Felipe, el *receloso* cuello...", etc.

Pero debió usted advertir que si lo de doblar ó rendir el cuello al yugo es cosa natural, doblarle ó rendirle al fuego es una tontería.

Sino que á usted no le servía el *yugo*, porque no era asonante de *cuello*, y por decir algo, dijo usted *¡fuego!*... y estalló la bomba, ó más bien el petardo poético de usted, de la manera más lamentable.

Porque después de todas esas bobadas concluye usted las seguidillas y la composición con estos versos:

"Mas no del hombre:"

¿Mas no del hombre, qué? ¿Mas no el cuello del hombre? Claro que no, porque es el de la mujer, según usted mismo ha dicho. Pero entonces, ¿se puede saber qué hace ahí ese hombre? ¿Para qué le ha puesto usted ahí? ¿Para que esté tan de sobra como usted en la Academia, ó como la Academia en España?

"Mas no del hombre:
copia el amor de arroyos,
aves y flores."

Usted dirá que ha querido decir: «Mas no copies el amor del hombre; cópiale de los arroyos...» etc. Pero, á más de que lo de copiar el amor es un disparate, y copiarle del hombre otro, tampoco resulta eso claro.

Porque usted ha dicho á la mujer ésa del álbum que «goce las delicias del casto fuego á que rindió el cuello *en pasión ardiente*,» y aquí pone usted punto y coma, y luego sigue:

"Mas no del hombre:"

y pone usted dos puntos. ¿Quién entiende lo que quiere decir ese *Mas no del hombre*, tan aislado entre un colon imperfecto y otro perfecto?

La que sigue en el tomo es una composición (llamémosla así), cuyo título no dice más que esto:

En la restauración del Monasterio de la Rábida y de la casa donde murió Hernán Cortés, á sus altezas reales los serenísimos señores infantes de España, duques de Montpensier.

Y empieza D. Manuel diciendo:

"Siempre la airada mano
del sañudo mortal, más destructora
que la del tiempo fué..."

Lo cual no es poesía, pero es verdad, Sr. D. Manuel, eso sí.

Y usted mismo puede servir de prueba, por muy extraño que parezca que un académico sirva para algo.

Usted mismo, cuya mano, puesta á escribir, es más destructora para la poesía y para el buen gusto que la mano... y los pies del tiempo.

Y luego dice usted:

"¿Aún orgulloso el hombre se figura
con infernal *protervia*
qué ha de ahogar en su estúpida..."

¡Pues claro: se la veía venir!

A la *soberbia*, por supuesto. En cambio no se ve asomar por ningún lado á la poesía.

Ni aquí ni más adelante, cuando usted dice:

"El pueblo de Isidoro...
en vértigo nefando, *con desdoro*..."

¡Claro! Siendo el pueblo de Isidoro tenía que ser con *desdoro*... y con ripio.

Y sigue:

"¡Oh si pudiese la *infalible* historia
en sus *veraces* páginas *de hierro*,
de tanto y tanto yerro..."

Por cierto que tanto y tanto yerro, ya es demasiado. Hierro con hache, yerro sin ella... Es mucho yerro, D. Manuel. Es mucho yerro y mucha majadería eso de hacer de hierro las páginas de la Historia sólo para concertar con esos otros yerros que pone usted ahí, que, siendo tantos, no puede menos que sean de la Academia.

Otro verso dice:

"De muerte, *al parecer*, irrevocable..."

Y poco después acaba diciendo:

"¡Oh perenal memoria
De los héroes *perinclitos*! La llama
De *perpetua salud* en *vuestra fama*
Los antes abatidos monumentos
Salva del rayo; y mágicos acentos...
(¿Quién entiende estos cuentos?)
Ya, Príncipes, publican
Por cien pueblos y cien cómo edifican,
Depuesto el abandono,
Cuando todos destruyen, los nacidos
A la sombra de un trono."

¡Depuesto el abandono!...

Todo está bien. Pero especialmente esa deposición de abandono... la hizo usted ahí para que concertara con trono. ¿Verdad, D. Manuel?

¡Ah! Antes que se me olvide. ¿Cómo son esas muertes irrevocables, *al parecer*? ¿Se quiere usted morir, Sr. D. Manuel, á ver si *al parecer* es irrevocable la muerte?

Le advierto á usted que, aunque no quiera, se morirá el día menos pensado; y se lo advierto á usted precisamente para que viva prevenido.

Para que no le sorprenda á usted la muerte como sorprende usted á los lectores con esta *oda*:

"¿Qué voz conturba en aclamar *ardiente*
(Aclamar *ar* ¡dulzura!)
La paz de mi retiro?
Ten el rápido giro
Párate, sol (¡qué nuevo!)
No *despeñes* tu carro al occidente..."
Usted sí que despeña
El suyo al desatino ¡impertinente!
Por eso nos enseña
La estupidez siguiente:
"Y cuando el orbe absorto
Cantó su dicha del poniente al *orto*..."
¿Al *orto*? ¡Buen aborto!...
¿Y ese *orbe* es por ventura el de la tierra,
O el de Fernández-Guerra?...

Más adelante dice usted que la nube

"Fecundiza la *roca fulminada*..."

¡La roca *fulminada*! ¿Qué roca es ésa?

Y añade usted:

"Abra la tierra su *agostado* seno."

¡Hombre! Lo agostado suele ser la superficie; pero el *seno*... ¿por qué ha de estar *agostado*?

Item más:

"Esquifes *voladores*...
Hollando el mar y *el viento*."

Eso de hollar el mar, puede pasar.
Pero eso otro del viento... Es mucho cuento.

¡D. Manuel, D. Manuel; que huella usted demasiado la poesía!...

"Premie el talento,
que *acendra* la moral..."

(¿Conque *acendra*, eh?)

"*Feral* remordimiento...",

(¡Usted sí que es *feral*!)

Rompecabezas (hablando de la luna):

"De su casto fuego
la varia *alternación* súbito pruebe
dentro de mí...", *(¡Lo entenderemos luego!)*

Lo que tiene de bueno este D. Manuel es que es muy cristiano, y muy campechano, y muy amante del pueblo.

¡Vaya!

No hay más que leer:

".....si truena
contra el derecho y la razón sencilla
la popular escoria..."

¿Escoria?... ¿Escoria?...

¡Vaya usted con Dios, duque de la Patata!

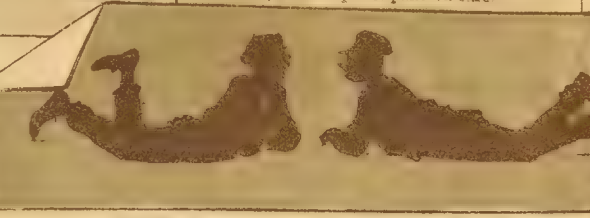
VENANCIO GONZÁLEZ.

—¿Ha visto usted la *Nevada*
—¿Ha nevado, don Pascual?...
—¡Si digo la del Real!...
—¡Ah, no; pues no he visto nada!

—¡Qué buena persona, amigo!
—Y, sobre todo, de abrigo!

—¡Me gusta usted, sí señor,
por lo hermosa y agradable,
y ese tipo seductor!...
—¡Hágame usted el favor,
de ponerse impermeable!

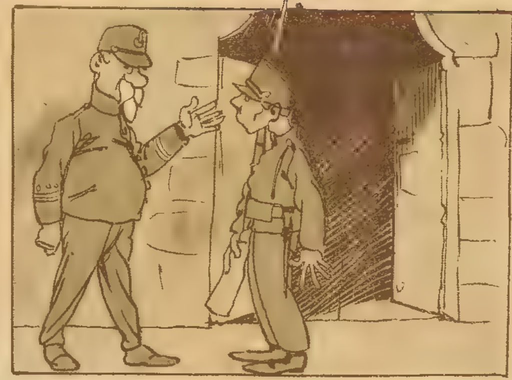
¡Y dicen que el paño va caro!



—¡Mira que yo tengo malas pulgas!
—Pues aprovecha el sol!

CONFLICTO RESUELTO

—Te he dicho que no quiero cerrada esa puerta



—¿Pero cómo se dice que esa puerta ha de estar cerrada?

—¿Qué hace en este caso un soldado celoso en el cumplimiento de su deber?

¡Velay!

—Dice que yo la dejé.
—Y ahora el tunante se escapa.
—¡Y me tira de la capa!
¡Ni que fuera yo *José*!

LA NOCHE DE LA NEVADA

Nuevo modelo de versificación.

I

¡Noche lóbrega y cerrada!
La recuerdo trastornado
y afligido,
con el alma desalmada,
porque á nadie le ha pasado
lo que á mí me ha sucedido
la noche de la nevada.

II

. ...
.. ..
... .
....

III

Ante todo,
voy á ver si acaso puedo
explicaros de algún modo
la terrífica jornada.
He pasado mucho miedo
y he pisado mucho lodo;
pero todo importa un bledo,
recordando la citada
noche, horrible, desdichada:
¡la noche de la nevada!

IV

Caminando triste y mudo
por la calle entarugada,
quise ver, como sesudo,
si la nieve estaba helada:
¡verlo pude!
No era nieve ni era nada:
¡y era noche de nevada!
(Permitidme que estornude.)

V

Era noche, y no de moda:
(¡el recuerdo siempre quede!)
y paséla casi toda
(lo hice adrede)
entre gente electrizada,
que gozaba, sin medida,
con la tiple distinguida,
titulada La Nevada.
¡Qué Nevada!

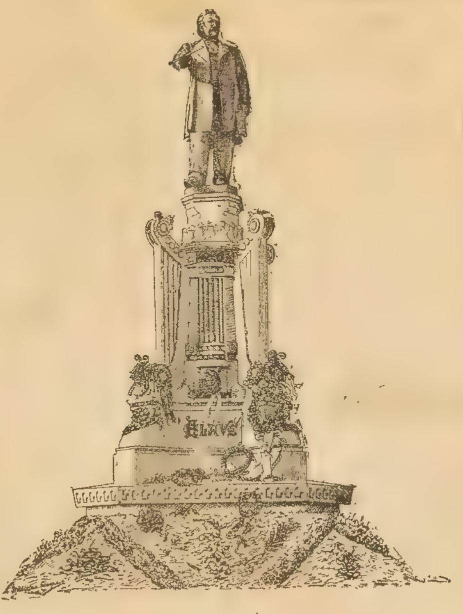
VI

....
....
....
.. : ....

VII Y ÚLTIMO

Pero ya el público pide
que le diga como pueda
una cosa que le agrade,
aunque á mí no me acomode;
y mi labio se decide,
porque temo que si queda
descontento, se me enfade,
y hasta bárbaro me apode.
Mas le dejo con la duda;
porque no me pasó nada
¡la noche de la nevada!
(Ahora el público estornuda.)
¡Qué tostada!

ADOLFO LLANOS.



JOSÉ ANSELMO CLAVÉ

Monumento erigido en Barcelona en honor del distinguido músico-poeta, el 25 de Noviembre último.

LA ELOCUENCIA

NTES era un don divino, que poseían solamente algunos seres superiores y flacos.

El orador se revelaba como tal por medio de síntomas que no dejaban lugar á duda. Veíasele abstraído, serio é inapetente, y cuando la familia le preguntaba:

—¿Qué tienes, Bildigerno? solía contestar:

—No sé; arde en mi mente una llama voraz que combustiona todo mi ser. ¡Ah, señores! ¡Si yo supiera expresar mi pensamiento!...

Y á este tenor continuaba pronunciando palabras sonoras, hasta que un día exclamaba el padre del chico, con el acento entrecortado por la emoción:

—Ya sé lo que tiene Bildigerno.

—¿Qué? preguntaba la mamá.

—Oratoria retenida.

—¿Cómo?

—Ha nacido para pronunciar discursos, y como no puede soltarlos, por eso come poco y no quiere mudarse la elástica, ni cortarse las uñas, ni afeitarse.

—¡Cielos! ¿Qué escucho?

El tiempo venía á confirmar esta sospecha halagadora, y Bildigerno acababa por el Ateneo y más tarde en las Cortes, donde le abrazaban sus amigos, diciendo entusiasmados:

—¡Esto es hablar! ¡Esto es canela! El orador nace, que no se hace, etc., etc.

Hoy todo ha cambiado esencialmente, y la mayor parte de las personas que andan por ahí haciendo el amor á las chicas, ó pidiendo cigarros á los amigos, ó contemplando los escaparates, ó leyéndonos dramas á la fuerza, son oradores fluidos.

A lo mejor está uno tratando á un sujeto meses y meses, y un día nos dice:

—Esta noche tengo discurso.

—¿Discurso?

—Sí; voy á dar una conferencia sobre el «desarrollo del algodón en rama desde el punto de vista higiénico.»

—¿Dónde?

—En el círculo de los *Jóvenes escrofulosos*.

Y, efectivamente, aquella noche el caballero se coloca delante de una mesa con tapete y vaso de agua con azucarillo, y rompe á hablar arrullado por los vítores de la concurrencia.

—Pero ¿desde cuándo es usted orador? se le pregunta á la terminación del discurso.

—Desde el jueves, á eso de las ocho, responde.

—Creí que había usted nacido así.

—¡Quiá! Eso era antes; ahora, para ser orador, no se necesita más que perder el miedo y soltarse. Verá usted: yo tengo una criada muy bruta, y la otra noche la pedí agua para lavar unos puños postizos. La muy animal me la trajo cociendo, y yo la increpé duramente; entonces pude notar que estaba pronunciando un discurso sin saberlo, y comprendí que la oratoria está al alcance de todas las inteligencias.

Lo peor es que en cuanto el hombre se aficiona á pronunciar discursos, no hay quien le pare ni quien consiga atraerle al buen camino. Muchas personas que eran muy apreciables y discretas, se han dedicado á la oratoria en sus ratos de ocio, y hoy no se las puede aguantar. Llegan al café, piden una copa de coñac y dirigiéndose á sus compañeros de tertulia, exclaman:

—¡Ah, señores! No voy á ocupar por mucho tiempo vuestra atención, pero es fuerza que os diga cuál es el estado de mi salud en estos momentos. Ayer, bajando la escalera de mi casa, hube de ser víctima de un accidente desgraciado. ¡Ah, señores! El hombre camina descuidado por la senda del deber...

—Basta, Bandullete, basta; le decimos.

Pero él, entregado á sus disquisiciones filosóficas, sigue vertiendo frases, con gran admiración del mozo, que le tiene por uno de los oradores más grandes de la Cervecería Suiza.

La oratoria se ha ido extendiendo hasta un punto verdaderamente temible, y hoy la cultivan lo mismo el sabio incipiente de la Sociedad Geográfica, que el honrado síndico del gremio de frutos coloniales.

No hay sesión, ni fiesta de familia, ni junta, ni banquete, que no contenga en su seno un par de oradores; y muchos hacen de la oratoria un *modus vivendi*, pues asisten á las comidas sin pagar el escote, y, aparte de esto, conquistan la nota de elocuentes

para calzarse mañana una diputación á Cortes, ó una concejalía cuando menos.

De algunos personajes vigentes se podría decir que han hecho su fortuna con la lengua. Por eso nos decía un padre amoroso, refiriéndose al hijo de su corazón:

—Mi esposa se empeña en que le dediquemos á la medicina, porque el chico tiene mucha disposición para las operaciones quirúrgicas, y aun el otro día le cortó el rabo á un gato forastero que se nos introdujo por el ventanillo de la despensa; pero yo tengo otro proyecto. Estoy educándole para orador.

—¿Sagrado?

—No, señor; orador bullicioso, de esos que no dicen nada y suenan mucho. Es la mejor carrera, porque yo veo que sin estudiar y sin hacer desembolsos, han llegado á ministros en este país muchos majaderos. Así es que al chico le coloco todos los días sobre una mesa y empiezo á picarle el amor propio, llamándole feo y pelón. El se enfurece y me insulta, y poco á poco se le va soltando la lengua, hasta que llega á pronunciar discursos él solito. Después le hago socio del Ateneo, y ya no necesita más en el mundo.

LUIS TABOADA.

Ayer y Hoy.

Coqueta, casquivana,
tu juventud pasaste en alegrías,
y, esperando en tu amor, siempre tenías
fuerte guardia de honor á tu ventana.
Ayer, en tu apogeo,
á los hombres mirabas y reías;
tenía éste amor propio, aquél manías,
y el que más y el que menos... era feo.

—

Hoy el tiempo ha corrido.
Sola, triste y soltera te has quedado.
Los años, en tu rostro han marchitado
los encantos que en él han existido.
Ya ninguno te mira:
eres un ser vulgar, una de tantas.
Cual tú en el mundo, por coquetas, ¡cuántas
tocaron de su imperio la mentira!

LUIS A. MARTÍNEZ.

De Paco á la Celidonia.

Querida Celidonia
del arma mía,
amor de este soldado
de artillería:
saberás que he llegado
sin dretimento,
despues de hecho el cambeo
del regimiento.

—

Dende que no te veo
me he adormecío,
y me han caído nieblas
sobre el sentío;
porque ya naide me habla
de mis penillas,
ni tengo quien me merque
las cajetillas.

—

Me han puesto para el pienso
del comendante,
no hago nada á derechas,
y esto es cargante.
Aller, cuando tocaron
pa distribuirlo,
me comí la cebada
sin alvertirlo.

—

Lo vido el cabo Brega,
y he de contarte,
que me dió una patada
salva la parte;
y por si no bastaba,
¡ay, Celidonia!
me arrestó el comendante
sin cerimonia.

—

Yo no como, ni duermo,
bebo, ni fumo,
y no sabes lo pronto
que me consumo.
Es preciso que pienses
tú, vida mía,
en el probe soldado
de artillería.

—

Recuerda, Celidonia,
de mí arrumaco,
y piensa que no tengo
ni pa tabaco:
pon en el Giro ese
lo de la sisa,
y di, cuando lo pongas,
que corre prisa.

—

Añide luego al sobre
dos ó tres sellos,
pues se fuman los cuartos
si dan con ellos,
y dí en el sobre: *España,*
Andalucía,
Sevilla, en el tercero
de Artillería.

—

No faltes, Celidonia,
que yo no falto.
¡Te lo juro, arma mía,
por lo más alto!
Dale mis aspersiones
á la Ruperta,
y sabes que te quiere
Paco Retuerta.

CALIBAN.

ELENA THEODORINI

Cuanto pudiéramos decir de la eminente *diva,* lo dijo ya Peña y Goñi en nuestro pasado número; pero, ¿no les parece á ustedes que conviene repetir que es guapa?

PACOTILLA

¡Anda, morena!

¿Pues no se le ocurre ahora al Ayuntamiento de Madrid desalojar, por desahucio, á los inquilinos de los cementerios del Norte y Sur?

Tan tranquilos y tan seguros que se creían en sus sepulturas, y mire usted por dónde les vienen á notificar que busquen casa.

De modo que ya no le vale á uno ni ser cadáver para estar libre de las tiranías de los caseros y de la ley de inquilinatos.

Hemos de ver, cuando los echen fuera
y anden por esas calles de paseo,
cómo no falta alguna calavera
que exclame con razón:—¡Quién lo dijera!
¡*Ya ni en la paz de los sepulcros creo*!

—

La Junta de teatros ha tomado con tanto calor eso de la luz eléctrica, que no permite ni los bailes que se proponían celebrar los empresarios de los teatros de Felipe y Novedades.

¡Hombre, por Dios! Para los bailes creo yo que bien se puede pasar sin acumuladores.

No son de necesidad
discretamente pensando.
¡Bastante electricidad
se desarrolla bailando!

Ya se empieza á poner en movimiento la opinión con motivo de las pruebas del submarino *Peral,* que se van á verificar en breve.

Valencia va á pedir al Gobierno que no pase por sus aguas sin salir á flote para aclamar al inventor.

Y lo mismo van á hacer Cartagena, Alicante, Barcelona y todos los puertos del Mediterráneo.

—¡Caramba! ¿Y no le podríamos ver en Madrid? decía hace pocas noches, en el Suizo, un diputado de la mayoría.

—¿Dónde? le contestó un compañero.

—¡Pues en el Manzanares!

—No puede ser.

—¿Por qué?

—¡Porque para eso, además de ser *submarino,* tenía que ser *subterráneo!*

—

En un gabinete fotográfico:

—Vengo á retratarme.

—¿De busto?

—No señor, así como estoy... ¡de americana!

JOSÉ ESTRAÑI.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

BAZARES DE LA PUERTA DEL SOL

¡A diez reales paraguas, nuevos de seda!

¡Vendo un perro chiquitín, que ni es galgo ni mastín!

Le vendo un reloj, de plata... ¡no crea usté que soy un *rata*!

PUBLICACIÓN DE GRAN LUJO

2 pesetas el tomo.

ILUSTRACIONES

al agua fuerte, oleotipia, acuarela, carbón, pluma, lápiz, Gillòt, ETCÉTERA.

LÁMINAS APARTE

y grabados intercalados en el texto.

IMPRESIÓN EN TRES Ó MÁS TINTAS

Facsímil reducido de la cubierta.

2 pesetas el tomo.

CABECERAS

y finales de capítulos; foliaturas y divisiones fantasía.

ENTREPÁGINAS

alegorías marginales, y caprichosos tourne-pages.

CUBIERTA AL CROMO EN 14 COLORES

VOLÚMENES PUBLICADOS

I. **La liga.—El globo encarnado.**—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Mesplés.

II. **Sachá y Loudmila.—Los últimos bandidos.**—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Hanriot.

III. **El Príncipe.—María.**—Ilustraciones de Cuchy. Oleotipia del mismo.

IV. **El caso de Susanita.—El fruto prohibido.**—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Hanriot.

V. **El clavo.—La brasa.—La prueba.**—Ilustraciones de Cuchy. Heliograbado del mismo.

Los pedidos, acompañados de sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
8 Diciembre de 1888
NÚMERO 10.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

GENERAL BOULANGER

Habrá pocos nombres más sonados ni más actuales que el del *brav Général.*

Jorge Ernesto Juan María Boulanger, que así se llama, trae revueltos á los vecinos de allende el Pirineo, y también un poco á los de allende el Rhin. En él hay más que una idea política; la encarnación de la sed de revancha, por la que suspiran los franceses. Y Boulanger hace lo posible por satisfacerla.

Lo que nadie puede predecir es si, llegado el caso, volverá á París con las banderas de Sedán, ó cantando aquel famoso *couplet,* que no está en el repertorio de Paulus:

> ¡Qué palos les dimos...,
> ellos á nosotros!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............. **9** *pesetas.*
Seis meses......... **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

SABEN ustedes que esta semana no ha ocurrido nada digno de ser contado en esta *Crónica?*

Pero tengo el compromiso de llenar estas columnas, y, á falta de asuntos, presentaré á ustedes, siempre que esto ocurra, algún tipo popular, v. gr., el de hoy.

La Indalecia.

Cigarrera madrileña, y guapa ella, ¿quién duda que estará como en su centro en las columnas de LOS MADRILES?

—

¿Dónde irá la Indalecia, lloviendo á mares, sin paraguas, después de las once de la noche, calle de Embajadores arriba, arrebujada en su mantón de ocho puntas, tirado sobre la frente el vistoso pañuelo de seda, y enseñando á los transeuntes el par de pantorrillas mejor modelado que ha producido jamás el hábil cincel de ese escultor que se llama Dios, y que es el maestro de los maestros en eso de modelar criaturas perfectas?

¡Vaya usted á averiguar!

Desde las seis de la tarde, hora en que salió de la Fábrica de cigarros, donde es una especialidad en lo de liar pitillos, se encerró en su casa, un bonito sotabanco de la calle del Bastero, con vistas al patio, donde vive solita y allí, después de acicalarse un poco, peinarse como ella sola sabe hacerlo, y ponerse unas medias vistositas, salió á la calle sin temor al copioso aguacero que convertía en ríos las calles de aquellos barrios, demasiado descuidados por la policía municipal, y dirigióse con rápido paso hacia el centro de la coronada villa.

Aún no hemos dicho á ustedes quién es Indalecia.

Hija de Madrid, amamantada en la Inclusa, criada en el Hospicio y desarrollada en la Fábrica de tabacos, era una muchacha honrada á carta cabal, y una de nuestras más acreditadas pitilleras.

En cuanto á su físico, Indalecia era lo que se llama una buena moza.

Alta, gruesa, morena; tenía unos ojos negros capaces de trastornar á un santo; su boca era chica, y encarnada como una cereza en sazón; el timbre de su voz era fresco y simpático, y sus pies de muñeca y sus manos de niña podían citarse como un modelo en su género.

La gracia de sus andares, y la sal de aquel cuerpo airoso y provocativo, eran la desesperación de todos los mozos del barrio, y el encanto de más de cuatro señoritos que no habían logrado ablandar aquel corazón de piedra berroqueña.

¿Tenía novio la Indalecia?

¡Vaya! Un guapo mozo, oficial de fragua de uno de los talleres de carruajes más antiguos de Madrid, ganando sus cinco pesetas de jornal; pero un tipo algo mujeriego, amigo de tomar unas *tintas* siempre que se presentaba la ocasión, y cuando no se presentaba, gran tocador de guitarra, entusiasta por el cante flamenco, y por *ende* de las *cantaoras*, concurrente bastante asiduo del café Imparcial, banderillero de afición en la plaza del Puente de Vallecas, con su pelito á lo Mazzantini y su chaquetilla corta, liberal porque sí, temerón hasta la pared de enfrente, y heredero legítimo por ambas ramas de los manolos y chisperos del Lavapiés y Maravillas; un chulo, en fin, en el buen sentido de la palabra: lo que se llama un hijo de Madrid por los cuatro costados.

Y en busca de aquel *indino* salía á aquellas horas, y lloviendo, la hermosísima Indalecia, con la tormenta de los celos desbordada en el corazón, y echando relámpagos por sus hermosos ojos.

Aquella tarde le había dicho en la Fábrica *La Pelitos*, una de sus compañeras, que Alfonso andaba en malos pasos con *La Giralda*, una *cantaora* del café Imparcial, y que allí se gastaba Alfonso el jornal de la semana; y allí iba Indalecia á buscarle, resuelta á armar una *bronca* de todos los demonios.

—

—Buenas noches, Alifonso.

—¿A qué vienes aquí?...

—Vengo á distraerme. ¿Estorbo?

—¡Indalecia!...

—A mí no me chilles, ¿oyes?... Si una quiere tomar dos copas, pongo por caso, y entra en un establecimiento público...

—En estos *cafeses* no deben entrar señoras.

—Vamos, hombre, que te calles... ¡Señoras!...

—¡Ya estás arzando!...

—¡Que no! ¡Mozo, café!

—En otra parte lo tomarás, y vámonos ya, y no me chinches.

—¡Desaborío!

—Oye, tú; ¡no me faltes!

—¡Si es que sobro!

—¿A que te doy dos *patás* que te reviento?

—¡Daban!

El mozo, con las cafeteras:

—¿Leche?

—¡Ya lo creo! Cuando lo tomo puro no duermo. ¿No te pasa á ti lo mismo, Alifonso?...

—¿Te chuleas?

—¡Digo yo!

—Si vienes á armar custión, no te sales con la tuya. ¡Que no!

—Cuando uno no quiere... ¡dos no riñen!

—¡Es que yo, en buen hora lo diga, sé lo que es la *dinidá*, y me sobra la crianza hasta por encima de los pelos.

—¡Ni que decir tiene!

—¡Eso que tú has dicho!

—¡Ole ya!

—¡Mas te valiera no andar pingoneando á estas horas!

—Vamos, hombre, que no seas panoli. ¿Pingoneando? ¡Pues ganas de guasa me traigo yo esta nochecita!

—Lo que tú traes son muchos infundios, y muchos achares, sin motivo ni cosa que lo valga. Yo he venido aquí á esperar á un amigo.

—¿Amigo, ó amiga?

—¡Y dale...! Cuando digo que toas las mujeres habláis porque tenéis boca, y que sois como las campanas, que dan y no saben por qué dan...

—Lo que yo te voy á dar á ti, es un disgusto...

—¡Puede!

—¡Y que lo digas! A ti, y á esa *gachí* que se desgañita en ese tablao, y que en cuantito salga, la voy á decir yo dos cositas al alma.

—¡Indalecia!... A ver si te achantas, y te tomas ese café, y salimos de pira, que no me gustan las broncas sin motivo...

—¡Boceras! ¡Poca lacha!

—Oye, tú, eso es faltar... y no voy á reparar en el sitio... en que estamos...

—La catedral...

—Peró, vamos á ver. ¡Maldita sea mi suerte! ¿Qué es lo que ha pasao? ¿Por qué te traes esa cara y esas entrañas tan negras? ¿Te faltao yo en algo?

—¡Quiá! ¡Miá que faltar tú!

—Pus entonces...

—¿Sabes lo que te digo?... Que eres un sinvergüenza, mayormente, y que no te vuelvas á arrimar á mí en todo lo que te queda de vida... y en paz.

—A ti te han calentao la cabeza en la Fábrica, como si lo viera; y te has venío aquí de estampía pa cogerme en un renuncio... Afortunadamente yo soy más claro que el agua.

—De fregar.

—Y juego limpio, y no tengo que esconder la cara por ná. ¿Te enteras?... Y si me faltas, salimos esta noche muy mal de aquí...

—¡Andando! ¡Si á mí me llaman queriendo!

—No me faltes, que tengo malas pulgas.

—¡Miste qué Dios! ¿Estás ya con la tajada?...

—¡Que te chafo las narices más pronto que lo digo!

—¿De veritas? ¡Déjalo, que se te va á quedar la maña!

—Yo soy un hombre, y me porto contigo como lo exige el decoro y el *aquel* de una persona que *tie* algo que perder...

—Lo que tú eres, es un peal, que no merece siquiera que yo le mire á la cara...

—Algo menos...

—Y ahora mismo me najo, y no me vuelves á ver... porque yo sé dónde me aprieta el zapato.

—Y otras cosas.

—Y dilo, Cirilo.

—¡Date tono! ¡Si las mujeres sus tenís porque sabís y no sabís ná!

—¡Pasa, talento!

—Aunque no tengo talento, sé distinguir, y alternar, como

cualisquiera, vamos al decir; y si á ti, pongo por caso, te han dicho esto, ú lo otro, ú lo de más allá, aquí está mi persona, pa darte las satisfaiciones que quieras: ¿te enteras... tú?...

—Eso ya varea.

—Pus *haiga* paz, y echa por esa boca lo que te ha hecho daño.

—Sí. ¿*Quiés qué* te lo diga?... Pues lo que á mí me ha daño, es...

En este momento comenzaron las palmas, los *¡olés!* el rasguear de la guitarra, y el golpear el tablado con la cachiporra, y apareció puesta en jarras la *Giralda*, dispuesta á arrancarse por unas peteneras, ó unas malagueñas, por todo lo alto.

—Ahí tienes lo que se me ha indigestao, dijo Indalecia, señalando con un enérgico ademan á la cantaora. ¡Esa!

—¿Esa?... ¡Cuando digo que tu estás guillá del sentío!

—¡Puede! Verás tú si la lleno la cara de deos, en cuanto vuelva la fila *pacá*.

—¡Que no me comprometas, Indalecia, que no me comprometas!

Desdichadamente, como si la artista flamenca hubiera querido dar la razon á la cigarrera, encaróse con Alifonso; sonrió de un modo picaresco, y después de un golpecito de tos, que, más que preparatorio para despejar la garganta, parecía intencionada burla, se dispuso á cantar.

Indalecia no le dió tiempo para ello.

Renunciamos á pintar el escándalo que se armó.

Levántose de la silla como movida por un resorte, y antes que Alfonso pudiera impedirlo, lanzó un vaso á la cabeza de la *Giralda*, al mismo tiempo que la apostrofaba rudamente, con una de esas palabras breves y malsonantes, que constituyen por sí solas el más sangriento insulto para una mujer.

Volaron por el aire copas y botellas, salieron á relucir las de Albacete, se hicieron añicos varios espejos sonó una detonación, y el delegado del distrito, acompañado por los guardias, invadió el local, llevándose presos hasta los mozos.

Indalecia y Alfonso durmieron aquella noche en la prevención, y como afortunadamente no hubo desgracias que lamentar, la cosa se arregló celebrando un juicio de faltas, y pagando los desperfectos y una multa los causantes del motín.

Excusamos consignar que el oficial de fragua y la hermosa cigarrera quedaron reñidos.

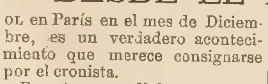
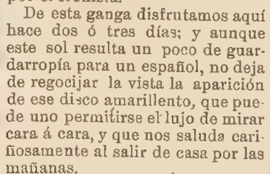
¡Vaya!

Y reñidos de una manera seria y formal.

¡Como que no hicieron las paces hasta el día siguiente por la mañana!

E. NAVARRO GONZALVO.

DESDE EL BOULEVARD

Sol en París en el mes de Diciembre, es un verdadero acontecimiento que merece consignarse por el cronista.

De esta ganga disfrutamos aquí hace dos ó tres días; y aunque este sol resulta un poco de guardarropía para un español, no deja de regocijar la vista la aparición de ese disco amarillento, que puede uno permitirse el lujo de mirar cara á cara, y que nos saluda cariñosamente al salir de casa por las mañanas.

¡La verdad es que la naturaleza nos está dando cada chasco!... En el mes de Junio nos helábamos, y cuando acabamos de hacer provisión de ropa de abrigo y de carbón de cok, viene el sol á templar la atmósfera y el termómetro sube con el mismo descaro que empieza á bajar la Bolsa.

Fenómenos extraños que aprovechan algunos astrólogos de ocasión para anunciarnos muy formalmente que se acerca *la fin* del mundo.

Y á estos anuncios hay que contestar lo que decía un paisano mío:

—¡Lo que sentiré es que me coja sin dinero!

—

El mes de Diciembre presta á París, y sobre todo á sus calles más animadas, aspecto especial.

Se aproxima fin de año, se acerca *año nuevo*: el día terrible de los *étrennes*, en que hay que regalarse mutuamente algo. Aguinaldos ineludibles, que la mayor parte dan por compromiso y los más reciben con indiferencia.

Los comerciantes, que harán su agosto en Enero, se preparan para el gran día, y ofrecen en sus escaparates todo género de chucherías más ó menos caras (más bien más que menos) á la tentación de los parisienses.

Los confiteros y los comerciantes de juguetes llegan á lo inverosímil para inventar algo caro en *objetos para regalos*, que ellos dicen.

El tradicional *sachet de bombons* va tomando proporciones aterradoras.

Ya sirve todo para encerrar una libra de dulces. Un sombrero de señora, de quince ó veinte duros, y que se puede usar después de extraerle las *marrons glacés* ó las *fondants au chocolat*. Un reloj de porcelana *de Saxe*, que por sí sólo adornaría una chimenea de un *boudoir*, y que da la hora y que cuesta muchos cuartos. Un jarrón de cristal de Bohemia. Un joyero de plata cincelada. Todo, en fin, lo más caro donde pueda habilitarse un escondrijo para media libra de dulces, se llama descaradamente *bombonera*.

Y no hablemos de lo que se ha dado en llamar *étrennes útiles*, porque en este mes los comerciantes dan ese nombre á todo.

Así es frecuente leer en anuncios ó escaparates, que se os ofrece, como propio para aguinaldo, una peluca rubia, ó un aparato de dulces circulares, ó un ataúd de lujo.

Las fortunas modestas se ven apuradas para quedar decentemente con las personas de más *compromiso* el día de año nuevo.

Y hay quien ya se devana los sesos pensando cómo saldrán del apuro dentro de un mes.

Un amigo mío, que pasa por hombre de *sprit*, ha encontrado una bonita solución para un caso difícil.

—¿Qué piensas regalar á Fulano, ó á Menganita, ó á Zutano? le preguntábamos ayer.

—¡Pues les voy á regalar el oído!

Hay que advertir que mi amigo es sordo.

—

Uno de estos últimos días hemos tenido un encuentro agradable en el boulevard.

Oímos que nos llamaban desde un coche.

Entre un montón de cajas, sombreros y paquetes de todas clases, asomaban dos caras conocidas, de antiguos amigos.

Eran María Tubau y Ceferino Palencia.

—¿Adónde vais?

—A probarme diez trajes, contestó María.

—A Buenos Aires, respondió Palencia.

—¿De dónde venís?

—De probarme ocho abrigos, contestó la Tubau.

—De pagar no sé cuántos miles de francos, respondió Ceferino.

En vista de que no había modo de entenderse, subí al coche, y, sentándome sobre una caja de de sombreros, á falta de bigotera, les acompañé en su peregrinación por todas las casas de modistos y modistas principales, y me enteré del objeto de su viaje.

La Tubau y Palencia van á emprender en Febrero una excursión por la América del Sur, empezando por Buenos Aires, y el viaje á París era para hacerse una colección de *toilettes eblouissantes*.

Unos cuantos miles de duros que volverán de América en millones, si los resultados son como yo se los deseo á estos buenos amigos.

—

El capítulo de industrias desconocidas y especiales de París es inagotable.

Las agencias de matrimonios son ya cosa vieja y *demodé*, de puro usadas.

Hay algo más nuevo y curioso en el género.

Y la prueba es este anuncio, copiado del que hemos visto pegado á la pared y próximo al *Hospicio de los niños abandonados:*

> PARA COLOCAR LOS HIJOS NATURALES
> CON DISCRECIÓN
> Dirigirse á M. X.
> Calle de Tal, número tantos.
> *Se necesitan para adoptarlos.*

Esperamos ver prosperar esta industria, y que dentro de poco se anuncie en todos los periódicos.

GRAN SURTIDO DE NIÑOS

A los matrimonios sin hijos podemos ofrecerles rubias, morenas y mulatas, según los gustos. Garantizadas naturales.—Precios módicos.

R. BLASCO.

París, 6 Diciembre 88.

TIPOS MILITARES

Uno... dos... uno... dos...

Dragón del Imperio.

El sargento Federico.
¡Ay qué rico!

Soldado flamenco
¡ole tu *mare*!

¡Brigadier Talegón!

Milicianos del tiempo de Espartero.

«En revenent de la revue... — Actualidad.»

GUARDIA DE PRESOS

—Tú me respondes de estos presos, y antes te dejas matar que se te escape uno.

—Bueno: vamos á ver qué dicen del pueblo

¡Alto tóo el mundo! ¡Que mato á tóo el mundo! ¡Mi teniente, un preso se escap[illegible]

[illegible] te he dicho que te dejaras [illegible]

[illegible] me dejo matar, se escapan [illegible]

¡Huye!

Si es tu voluble espíritu la abeja
Que sólo busca deleitosas mieles
De las almas en flor, tu intento deja
Y no te acerques, ni á mi lado vueles.
No encontrarás el zumo perfumado,
Y es temerario tu galante juego;
Eres bella, me rindo enamorado
Y el verdadero amor, siempre es de fuego.
No ha de burlarme tu beldad suprema,
Aunque la envuelvas en pomposas galas;
El amor es contagio, el fuego quema,
Y, si te acercas, perderás las alas.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

EPIGRAMAS

Cierta actriz y cierto actor,
según claro testimonio,
al drama del matrimonio
encaminaron su amor.
Ella, en el éxito fía;
mas, por culpa del galán,
tras largos años están
ensayando todavía.

—

Viendo á la hermosa Librada,
y al ofrecerla acomodo,
le dije: —¿Es usted casada?
y respondió: —No del todo.

LIBORIO C. PORSET.

—Arroz á la jardinera;
póngase usted, don José.
—No consiento, Salomé;
póngase usted la primera,
que yo luego me pondré.

—

Julio Plá se casó ya
con Bartola la manola,
y tan vago es el tal Plá
que á todas horas está
tumbándose á la bartola.

DOCTOR BLAS

* * *

Al verte tan bella,
hasta el sol entre nubes se esconde,
rojo de vergüenza.

—

Eres del fuego poderoso emblema;
tu hermosura fascina y enloquece,
mas tu contacto quema.

—

No sé por qué causa
hace tiempo que ya no me miras
como me mirabas.

EMILIO DEL VAL.

IMPRESIONES TEATRALES

FUERZA mayor, la falta de espacio, me impide hoy decir todo lo que quisiera de los dos estrenos de la semana: *Pedro el Bastardo* y *Gloria*. Pase primero *Gloria*, por razón de galantería, y por otras que no son del caso, ó lo son demasiado, y quédese el *Bastardo* para luego.

—

¿Qué es *Gloria*? ¿Una buena comedia, un excelente drama? No por decirlo después que otros deja de ser cierto: esta comedia es un símbolo, y hasta dos símbolos; porque tanto espacio hay allí para el artista que lucha y vence, como para el amor, que lucha también, y también vence, redimiendo al artista extraviado. Si Cano se propuso ó no hacer esto, no lo sé, ni lo afirmaría; pero que *Gloria* resulta de este modo, sí que puede afirmarse. De tal manera es esto, que lo mismo pudo ser *Gloria* un poema lírico que un poema representable, sin que en el cambio perdiese nada de su hermosura; las figuras de la comedia no son, pues, éste ni aquél, son la idea abstracta, el arte, no el artista; la explotación, no el explotador; el vicio, no la cortesana; el amor, no la mujer enamorada.

Gloria tiene, además, algo que será un defecto para los realistas, pero que en el momento se acepta sin discusión ni escrúpulos, que pueden venir luego. Los finales del primero y segundo acto tienen sabor melodramático. Y en esto sí que creo yo que Leopoldo Cano pensó de antemano, temeroso de que cierta parte del público, poco dado á penetrar simbolismos, no gustase primores de fondo y forma, si no iban acompañados de algo puramente externo. ¿Es esto un defecto de *Gloria*? Para mí y para muchos, no.

Lo que más se discutió la noche del estreno fué la forma, y lo que se ha dado en llamar *audacias* de Cano. La forma es sóbria, enérgica, viril, limpia de ripios más que en otras obras del autor. El fondo, las *audacias*... esto no diré yo que alguna vez no sea sobrado acre y pesimista, pero ciertamente hay allí muchas verdades que es sano repetir. Y bueno es que alguien empiece á decirlas.

La ejecución de la obra, un prodigio.

¡Ah! Si alguien quiere saber los grados de mi amistad con Leopoldo Cano, contestaré, como Castelar en cierta ocasión, que apenas me llamo Pedro.

—

Pase ahora el buen *Pedro el Bastardo*, cargado con la impedimenta de versos sonoros, y en su mayoría vacíos, de apóstrofes valientes, y de música que agrada mientras suena, y se pierde y olvida luego de acabada, y acomódese donde pueda, hasta que esto dé una vuelta y resucite el género que entusiasmó á nuestros abuelos.

Ha dicho no recuerdo quién que no por estar anticuado debe rechazarse el género romántico, y tiene razón, y nadie lo rechaza... cuando es bueno. Pero perdónenme los señores Velarde y Cavestany (ó Cabestany, que hasta en esto hay dudas). Cuando al público se le da una fábula poco interesante, y en que intervienen personajes que hablan con el delirio del lirismo, sin átomo de pasión *verdad*, sin sombra de realidad, el público no la acepta. Los personajes de *Pedro el Bastardo* dicen lo que dicen, como pudieran decir mucho más; pero no dicen nada *humano* y predican en desierto. Son á modo de los chicos poetas del Ateneo: versos semovientes.

Qué el drama no es bueno, no necesita demostración después de lo dicho; y que Velarde y Cavestany son dos poetas que pueden cobrarse honrosamente de la equivocación sufrida, tampoco.

Conque... á otra.

No á otra equivocación, sino á otro drama, con versos, si ustedes quieren; pero á condición de que tengan *algo dentro*.

Y el autor de *Gloria* ha demostrado que se pueden hacer.

FEDERICO URRECHA.

VALERITO

sí le llamábamos todos cuando, hace doce años, cantó por vez primera en el teatro Real.

Hoy ya no es Valerito, sino Valero; le ha sucedido lo que al matador de toros Fernando Gómez, su tocayo, que empezó siendo *Gallito*, y ha acabado por ser un *Gallo* con espolones.

Y no es que el tenor de ópera haya perdido el diminutivo de su nombre por la transformación física.

Nada de eso; como Valerito, es tan Valerito hoy como lo era hace doce años.

Tiene barba, eso sí; una barba erizada y rebelde que le come el rostro y le da aire de artista *sfogato*; pero á través de los ojos saltones, de la movilidad fisonómica y de una vocecita aniñada y dulce, que tiene en la conversación la impetuosidad y el desparpajo de un travieso mocete, asoma siempre el Valerito de antaño, con su bigotillo incipiente, su medrosa faz de aprendiz de artista, y aquel casco famoso y aquellas botas fantásticas del carabinero de *Fra Diavolo* con que le bautizamos cantante en el teatro Real.

Fernando Valero es la actualidad del momento, y es seguro que dará que hablar en la presente temporada. Allá va su historia.

La voz de Valerito se reveló de una manera insólita en Granada, donde su padre ejercía un modesto empleo.

El muchacho tenía entonces trece años, y su afición á la música le había hecho cultivar las *rabonas* espléndidamente, dejando las clases por el teatro, y entreteniendo el oído cuando sus padres le creían aprendiendo gramática.

El caso es que la sociedad de Granada, *Las Delicias*, organizó una audición del *Stabat Mater*, de Rossini, bajo la dirección del reputado maestro granadino D. José Espinel y Moya.

Hacían falta coristas, y Espinel, amigo del padre de Valero, dijo á éste que le mandara al chico, con objeto de probarle la voz.

Valerito no sabía una palabra de música, pero acudió gozoso á casa de Espinel, y allí, acompañado al piano por el maestro, vocalizó intervalos, conjuntos y disjuntos, arpegios y escalas, con toda la buena fe y todo el entusiasmo de un pájaro que acaba de salir del nido, y gorjea y trina sin ton ni son.

Fué tal el encanto que produjo en Espinel la vocecita de Valerito, que le dijo á quemarropa:

—Tú no vas á cantar en el coro; vas á cantar la parte de tenor del *Stabat Mater.*

¡Y la cantó Valerito! Y obtuvo en la ejecución un gran éxito! Se la enseñó Espinel, metiéndole las corcheas en la garganta como con un pistero; y el chico salió airoso del compromiso, y al buen Espinel se le cayó la baba.

En tan buen camino ya, no podía detenerse el maestro, y no se detuvo ciertamente; dió á Valerito lecciones de solfeo, colocó los cimientos de su educación musical, y, poco despues, cantó el muchacho, con mucho éxito, en *Las Delicias*, las zarzuelas *La Vieja* y *El estreno de un artista*, de Joaquín Gaztambide.

La Providencia llevó á Tamberlick á Granada en 1874, para que decidiese definitivamente de la carrera de Valerito.

Oyóle el gran artista la romanza de *Martha*, quedó prendado de la voz del chico, y dijo á sus padres que debían dedicarlo sin vacilaciones al teatro.

Poco tiempo después recibía Valerito una credencial de seis mil reales en el ministerio de Hacienda, y llegaba á Madrid con la mente henchida de ilusiones y el alma repleta de alegría.

Enrique Tamberlick, cantante insigne y hombre de nobilísimo corazón; Enrique Tamberlick, que ha protegido siempre con solicitud impagable á los artistas españoles, se interesó por Valerito, le dió lecciones y consejos en su casa (allí le oí yo por primera vez, antes de su presentación en el Teatro Real), y preparó su estreno con una solicitud verdaderamente paternal.

A la vez que Valero estudiaba con Tamberlick, tomó lecciones particulares del antiguo y reputado profesor D. Mariano Martín Salazar, hasta que, conceptuándose en disposición de presentarse ante el público, lo verificó, interpretando la parte de carabinero de *Fra Diavolo* el 30 de Marzo de 1878 en el regio coliseo.

El éxito fué sumamente lisonjero, y valió al *debutante* una escritura para el teatro de la Comedia, donde, en los meses de Mayo y Junio de aquel año, cantó con gran aplauso las partes de tenor en *Crispino e la comare* y *Don Pasquale.*

Al año siguiente figuraba Valerito en la lista de la compañía del Teatro Real; allí cantó durante dos temporadas con la empresa Robles, y una con la del Sr. Rovira, cabiéndole la inesperada honra de ser el tenor de Cristina Nilsson en *Mignon* y *Fausto.*

Desapareció después Valerito de Madrid, dirigióse á Italia, y perdiéndolo de vista el público de la corte, acabó por olvidarlo por completo.

Yo, que sigo atentamente en los periódicos extranjeros la carrera de todos los artistas que se dedican al teatro, he visto crecer y desenvolverse poco á poco la reputación de Valerito fuera de España.

El mayor elogio que puede hacerse de nuestro joven compatriota es consignar que desde que se marchó de Madrid no ha estado inactivo ni un solo instante.

Italia lo acogió con los brazos abiertos, y con decir que Fernando Valero ha cantado *ocho temporadas* en Milán, tres en la Scala y las demás en el Dal Verme, el Manzoni y el Carcano, queda dicho si fué aplaudido en la capital de la Lombardía, y si se apreciaron allí las facultades del cantante y la inteligencia del artista.

No sólo Italia, sino Austria, Alemania y Rusia le brindaron con los teatros imperiales de Viena, Berlín y San Petersburgo, donde cosechó laureles Valerito y vió su nombre aclamado, mientras llovían en los bolsillos del ex escribiente de Hacienda, florines, marcos y rublos.

Admirábanle todos los públicos en *Mignon, Rigoletto, Mefistófeles, Martha, Los pescadores de perlas* y otras óperas de medio carácter; pero un nombre español, *Carmen*, sonaba en todos los labios cuando se quería preconizar el talento del cantante y el fuego dramático del artista.

La ópera de Bizet ha rodeado á Valerito de una aureola de celebridad indiscutible, y nadie, según voz general, ha llegado á asimilarse de un modo más perfecto la vehemencia, el calor, la sangre que abrasan al inmortal personaje del maestro francés.

La opinión unánime de los públicos que he citado antes, me decide á aventurarme en este anticipado reclamo, que perjudicaría á Valerito si no tuviese la seguridad de que nuestro compatriota justificará plenamente ante el público madrileño la fama que en el papel de *D. José* le han adjudicado extraños países.

Dentro de pocos días *debutará* Valerito en la *Carmen.* La impaciencia y el interés del público son tan grandes, como las esperanzas que tienen en el joven artista sus antiguos amigos y la Empresa del teatro Real.

Por mi parte, me despido hoy de Valerito, y me preparo á saludar á Valero al dar cuenta de la primera representación de *Carmen.*

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

MURMURACIONES

Hace tiempo que murmuran
las gentes de la ciudad,
porque las horas contigo
suelo en la reja pasar.
Fama me han puesto de tigre,
fama también de holgazán,
porque debiera esas horas
dedicarlas á estudiar.
¡Pobres gentes, pobres gentes,
que nunca imaginarán,
que tú para mí ser puedes
aula de Universidad!
Contigo aprendo gramática,
aritmética, además,
algo de filosofía,
y un poquito de moral.

Porque tú practicamente
me enseñas á conjugar
por activa y por pasiva
los tiempos del verbo amar;
porque tú también me enseñas,
con mucha formalidad,
que faltar á un juramento
es un pecado mortal;
porque en tus labios, bien mío,
aprendo á multiplicar
devolviéndote seis besos
por cada tres que me das;
y porque amándote mucho
convengo con Jorge Sand
que el amor es en la vida
la sola felicidad.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

PACOTILLA

—¡Qué *Nevada*! ¿La has oído?
Era tan grande mi afán
que anoche, por fin, he ido.
—¿Y cómo entrar has podido?
—¿Cómo?... ¡Empeñando el gabán!
—¿En este tiempo?
—¡Bobada!
—Chico, jamás lo creyera.
—¡Si no hace frío ni nada!
—¿Y si cae una *nevada*?
—¡Ay, ojalá que cayera!

—

En el café de Fornos:
—Mozo, trae un vaso de vino.
—Aquí no se despacha eso.
—¡Cómo que nó! ¿No hay sorbetes de frutas de todas clases?
—Sí, señor.
—Pues eso es lo que yo te pido; ¡un sorbete de uvas!

—

Dejó *El Pito*, yendo al toro,
un par malo en las costillas,
y exclamó don Telesforo:
—¡Muy buen par de banderillas!
—¿Bueno eso? dijo Gaspar.
—Sí señor, no lo desecho.
¿Dejará de ser un par
de banderillas bien hecho?

—

¡Caracoles con los *pésames* de *La Correspondencia*!

Decía días pasados:

«A edad avanzadísima ha fallecido en Murcia la señora doña A. C., viuda del alcalde de aquella población, de grato recuerdo, D. S. M. B., á quien acompañamos en su dolor.»

¡Esto sí que tiene la gracia del mundo!

¡Acompañar en su dolor á un muerto!

¿Y por qué?

¡Porque ha ido su esposa á reunirse con él en la otra vida!

Pues si porque va la esposa
su sentimiento le expresa,
¡demonio! ¿qué hubiera dicho
si se le muere la suegra?

JOSÉ ESTRAÑI.

¡AGUINALDOS!

No era posible que **Los Madriles**, que ha roto en muchas cosas con antiguos usos, que respetamos pero no seguimos, dejara de volver á ellos, tratándose de algo que fuera en provecho de sus favorecedores.

Quien algo quiere, algo le cuesta. **Los Madriles** quiere servir al público, aunque le cueste su dinero. Así pues:

El suscritor que se abone por todo 1889 **en esta Administración**, pagando sus **nueve** pesetitas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco** y **Los Madriles**, como es consiguiente. Y téngase en cuenta, que los libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera **al cromo,** y valen **cinco** pesetas. De modo que haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en **cuatro** pesetas.

Los suscritores por semestre recibirán **un** tomo de **Novelas amorosas.** Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madriles** en **tres** pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

Los actuales suscritores recibirán el **Almanaque.**

Y ahora... ¡digan ustedes algo todavía!

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—¡Van lo menos ocho días dándose contrajudías!

—¿Qué estás diciendo, Macario? ¿Dices que es una garita?
—¡Pus no lo ves!—Bruto, quita, si *paice* un confesonario!

—¡Ver y callar, ver y callar!

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
15 Diciembre de 188
NÚMERO 11.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LEOPOLDO CANO

Figura en el Estado Mayor del ejército y en el estado mayor de la literatura. En aquél, es Oficial todavía; en éste, el público le ha hecho Oficial General por méritos de guerra: *Gloria*.

Leopoldo Cano es el poeta, en cuanto á personalidad literaria, que menos se parece al hombre; el poeta es acre, irónico, falto de fe, escéptico... en el teatro; fuera de él, Leopoldo Cano se dedica á la tarea hermosa de desmentirse, haciendo ver en sí mismo que hay corazones llenos de bondad, como el suyo, y conciencias como la suya, sin dobleces ni escondrijos.

Y cuando además se es, como él, poeta lleno de delicadezas y energías á un tiempo, miel sobre hojuelas.

* * *

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

Día 9 de Diciembre.

Estamos como la semana anterior.

Lo primero que nos sale al paso son varios robos, algún que otro suicidio, y varias desgracias acaecidas en la vía pública.

¡Y ya es tarea difícil buscar el chiste comentando la noticia del infeliz que se levanta la tapa de los sesos, ó hacer el epigrama dando cuenta del accidente del desventurado albañil que se fractura las costillas, cayendo desde el andamio!

Porque aquí no ha ocurrido otra cosa.

¡Ah, sí!

La crisis ministerial, y la prohibición de la zarzuela *Los Sacamuelas.*

Dos acontecimientos de la semana de los que tampoco podemos ocuparnos; el primero, por su índole política; el segundo, porque nos atañe personalmente, y no queremos abusar de la paciencia de nuestros lectores refiriéndoles nuestras cuitas, aprovechando el espacio de que disponemos en las columnas de Los Madriles para insertar un memorial de agravios, ó una solicitud en demanda de justicia.

Convirtamos nuestros pecadores ojos á otra parte, ya que en este punto del valle de lágrimas no hay nada que nos consuele de tales sinsabores.

En un juzgado de instrucción de París.

El juez, interrogando al reo:

—Acusado, díganos cuáles han sido sus antecedentes.

El acusado, con la mayor naturalidad:

—Mi padre y mi madre.

—

Y llegamos al día 10.

En Adra (Almería) se efectúa una boda.

Esto no tiene nada de particular.

Lo raro del caso es que la recién casada, después de pasar alegremente el día junto á su esposo, acompañada de los parientes y convidados, llegado el momento de trasladarse á la casa conyugal, pretexta no sé qué necesidad urgente, y hace *mutis* con otro galán que la esperaba en la calle, dejando al pobre marido con un palmo de narices.

—¡Faltar así á su deber!
dijo el padrino al saberlo,
Es una mala mujer.
¡Y si al menos, ya de hacerlo,
se hubiera escapado ayer!

Y el marido, que se afana
por buscar términos buenos
de disculpa á la liviana,
dijo: —¡Al contrario! ¡Si al menos
hubiera sido mañana!

—

Día 11.

El Círculo artístico literario organiza un banquete en honor del eminente poeta y autor dramático D. Leopoldo Cano, celebrando así el ruidoso y merecido éxito que ha obtenido *Gloria*, su última producción.

El distinguido poeta ha declinado este honor, fundándose en recientes y dolorosas desgracias de familia.

Están de enhorabuena varios críticos.

¡Cómo que se ahorran un dineral en agua de Loeches!

¡Menuda indigestión les iba á causar la comida!

Sin probarla, por supuesto.

—

De la Caja de Depósitos
robaron siete millones,
y el juez, firme en sus propósitos,
quiere encontrar los ladrones.
Estas son cosas tan graves
que yo al pensarlas me arredro.
¡Una caja con tres llaves!
Es decir, ¡más que San Pedro!

—

Día 12.

—¡A ése! ¡Al ladrón!

Arremolínase la gente, aumentan las voces y las carreras, y los vecinos y transeuntes logran por fin detener al *rata.*

Entre el grupo destácase un guardia de policía urbana, con una palanqueta en una mano y los objetos robados debajo del brazo.

—¿Ha sido ese valeroso guardia el que ha cogido al ladrón, eh? pregunta un curioso todo emocionado, deseando aplaudir á la autoridad.

—¡Quiá! ¡Si es que el ladrón es él!

—¡Oh! ¡Ya no cabe más!

—

Día 13.

El Orfeón coruñés.

Ahí le tienen ustedes, de triunfo en triunfo, de ovación en

ovación, ganándose en todas partes la admiración y las simpatías, y, lo que es mejor aún, los primeros premios en todos los certámenes.

Nuestra más cordial y entusiasta enhorabuena.

—

14 y viernes.

En Austria ha ocurrido una sensible desgracia.

Una criada del domador Mr. Tanner ha sido devorada por uno de los tigres de su *menagerie.*

Al leer la noticia la suegra de D. Pepito, una vieja hombruna y de mal carácter, que araña á su yerno y maltrata á los domésticos, decía esta mañana:

—En Inglaterra, las criadas sirven

hasta para ser devoradas; eso da gusto; aquí, en cuanto se las maltrata, se despiden. ¡Y luego dicen que sirven para todo! ¡Y no puede una desahogarse!

—

Los agentes de la autoridad sorprenden una *chirlata* en el piso entresuelo del café de las Columnas.

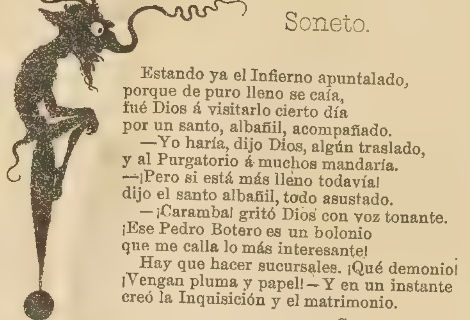
Uno de los *puntos*, no encontrando *otro* por donde escurrirse, se arroja por un balcón, cae sobre la cubierta de cristales que sirve de techo al salón del café, y rompiendo éstos con el peso de su cuerpo, se desploma sobre un velador donde están cenando varios contertulios.

¡Asombro general!

El mozo se apresuró á servir al nuevo parroquiano caído de las nubes.

—¡Favor! ¿Qué es esto? ¡Por Dios,
calma, sigan con sus pláticas!
¡Yo bajo á tomar café!
—¿Café solo?—¡No, con árnica!

E. Navarro Gonzalvo.



Soneto.

Estando ya el Infierno apuntalado,
porque de puro lleno se caía,
fué Dios á visitarlo cierto día
por un santo, albañil, acompañado.
—Yo haría, dijo Dios, algún traslado,
y al Purgatorio á muchos mandaría.
—¡Pero si está más lleno todavía!
dijo el santo albañil, todo asustado.
—¡Caramba! gritó Dios con voz tonante.
¡Ese Pedro Botero es un bolonio
que me calla lo más interesante!
Hay que hacer sucursales. ¡Qué demonio!
¡Vengan pluma y papel!—Y en un instante
creó la Inquisición y el matrimonio.

Constantino Gil.

Palabrería.

so del idioma universal y del volapük me parece cosa imposible, porque la confusión que empezó en la torre de Babel, ha continuado hasta nuestros días y seguirá *per omnia sæcula sæculorum.*

En las regiones en que se habla el mismo idioma, suelen diferir los vocabularios de dos pueblos vecinos, de dos vecinos de un barrio y hasta de los individuos de la misma familia.

Entre andaluces, que, salvo la prosodia, hablan como nosotros, la palabra *guasón,* por ejemplo, es casi un insulto, mientras es, entre nosotros, casi un elogio.

Y es que en ninguna parte se cuida la gente gran cosa de la exactitud en la conversación familiar.

Entre las que ordinariamente tratamos, hay unas personas que dicen mal lo que dicen, otras que dicen lo contrario de lo que quieren decir, y otras que no saben lo que se dicen.

Una señora que yo conozco, persona dignísima que tiene tres muchachas que son tres serafines en cuerpo y alma, dice con toda tranquilidad, hablando del barullo que hay en su casa á causa de la constante alegría de las muchachas:

—Aquello es un *burdel.*

Sin sospechar que el que la oiga y entienda el verdadero sentido de las palabras, creerá que sus hijas son unas *vengadoras* y ella su Celestina.

Es muy común decir:

—Caí de patas en el garlito.

Cosa por demás impropia, porque el garlito sirve para coger peces, que son *ápodos* por naturaleza.

Todos los días leemos en la relación de los crímenes que se cometen por esos mundos de Dios, que uno asestó á otro una tremenda puñalada, y yo digo (fuera de que las puñaladas no pueden asestarse) que mientras no hagan más que asestar, podemos estar tranquilos.

—A mí me admira Echegaray, dice un modestísimo escritor que yo conozco; y cualquiera que le oiga *correctamente y con propiedad,* le creerá un orgulloso que se figura que Echegaray siente admiración por él, siendo tan distinto lo que quiere decir el pobre muchacho.

Dando en igual defecto, decía un opulento banquero que á él le *compadecía la miseria.*

Otra de las causas que contribuyen á la confusión, es el afán que hay de no llamar las cosas por su nombre, sobre todo las cosas por algún concepto desagradables.

Pasarán de una docena las palabras que hay para nombrar al cerdo, y él con todas ellas se queda tan marrano como era, sin perdón sea dicho.

Las vengadoras, meretrices, echadizas ó como quiera llamárselas, ¿no tienen en el Diccionario y en nuestros clásicos un nombre sonoro y rotundo? Pues aunque las denominemos poéticamente *ángeles caídos,* no les damos dos puntos más de pudor ni de recato.

El mismo Cervantes las llama, en un capítulo del *Quijote, traídas y llevadas,* y para saber qué quiere decir con eso, es menester enterarse de la vida de fardos que hacían en aquella época las infelices.

Es cosa de risa ver cómo se apura y ruboriza cualquier señora para decir al médico que no hace bien la última parte de la digestión, ó que tiene enfermo el cierre del aparato digestivo, sin perjuicio de llamar al fondo de un vaso de cristal con el nombre de aquel decentemente innominado aparato.

Por esta falta de precisión en el lenguaje, hay *entretenidas* que se aburren soberanamente, y doncellas con hijos.

Para expresar cualquier duda usamos precisamente la palabra contraria á la que debiéramos, puesto que cuando decimos: *creo* que llueve, es que no estamos seguros de que llueve.

Esta materia es inagotable; pero por si acaso no lo fuera la paciencia del que leyere, hago aquí punto, diciendo, para remate, otra de las incorrecciones comunes en el lenguaje:

Otro día seré más largo.

José Estremera.

EL VELO

I

Y al salir de la iglesia Florentina,
después de confesarse, de ese modo
que lo hace una mujer, cuando imagina
que el cura, al absolver, lo borra todo,
repasa en su memoria
la interminable lista de pecados,
que al serle, como han sido, perdonados
ya no manchan el libro de su historia.
Y de contento extraordinario llena,
mira el cielo con aire de victoria,
y—¡Qué hermoso, murmura, es el ser buena!
Recuerda luego que en pasados días,
ocupada en delirios y placeres,
buscaba con afán las alegrías
que han perdido á millones de mujeres;
alegrías que flotan en el viento
y vagan como pájaros perdidos,
buscando un pensamiento
donde formar sus invisibles nidos,
y trazan en su curso mil figuras
que á veces no comprende la inocencia,
y después la experiencia
les da tonos marcados de locuras,
y acaso conmovida
por todo lo que dijo el sacerdote:
—Desde hoy, repite, cambiaré de vida,
pues no quiero que el cura se alborote
si no me halla, otra vez, arrepentida.
Nada, nada, está dicho; retrocedo,
y si persiste en su delirio Antonio,
le diré que el demonio me da miedo...
¡y que vaya á contárselo al demonio!

TIPOS DE SALAMANCA

—Este año *páice* que hay mucha *cebá.*
—Más de la que se *pua* usté comer.

Estos, éstos; éstos son,
aquellos de San Antón.

A misa.

Un señor que conocí
de paseo por allí.

—¿Por las tapias del corral?
—¡Hombre, no, que eso está mal!

Las Alegres Comadres... de Salamanca.

Uno de los que arman *cisco*.

¡CRISIS!

EFECTOS DE LA CRISIS

ANVERSO

REVERSO

—Ya tenemos nuevo ministro de la Guerra: Chinchilla.
—Lo conozco mucho; he estado de guarnición en él dos años: algo húmedo.

—¿Sabes quién es ahora ministro de la Gobernación?
—Capdepón; que quiere decir, cabeza de quita y pon.

—¡Yo que desempeñaría tan á gusto, no una cartera, una capa!.. ¡Ya ven ustedes si soy modesto!

POR LA MAÑANA

—Pero, hombre, qué pesado es usted: ¿no le he dicho que no se puede pasar?

POR LA TARDE

—¡Paso á su excelencia ilustrísima!...

A. Pons

II

—¡Cómo! ¿Está allí? ¿Desea
quebrantar mis propósitos acaso?
¡Pues será lo mejor que no me vea!...
¡si me conoce ha de salirme al paso!...
Al menos hoy tranquilidad anhelo,
y sé que mi semblante le fascina..
Y, signando su frente, Florentina
sobre el bello semblante se echó el velo.

III

Pasaré por su lado...
¡Sigue tan quieto!... ¡Toma!
¿Pues por qué tantas veces ha jurado
que él siempre me conoce en el aroma?
A ver si está otra vez... Pues... nada... nada,
la broma me resulta muy pesada,
pues llevo lo más duro de la broma.

Conformarme con esto, no es posible;
al mirarle impasible,
parece que me siento despreciada...

IV

—¿Por qué mira hacia allí?... ¿Qué habrá? ¡Qué infame!
Una mujer!... ¡una mujer!... ¡Yo muero!...
¡Lo mejor, vive Dios, es que le llame!...
Mas... he de descubrirme... y... ¡yo no quiero!...
¿Será esa mujer guapa?...
Deseo ver su faz... ¡Vanos antojos!...
El velo que me tapa
me pone cosas negras en los ojos...
¡Y él corre hacia ella!... Que perdone el cielo,
y que disculpe mi delirio el cura...
Mas si ha de contemplar otra hermosura...
que contemple la mía, y... ¡fuera el velo!

LUIS DE ANSORENA.

IMPRESIONES TEATRALES

Las intérpretes de «Gloria».

Un aficionado á *hacer frases* (hay quien hace de esto casi un oficio) decía después del estreno de la comedia de Leopoldo Cano:

—Hay que ver á Elisa Tenorio en *Gloria*; da gloria verla.

Este tal, decía verdad; da gloria ver á la Mendoza en *Gloria*... y en todo.

Yo creo que la evolución de esta actriz del drama á la comedia fué en provecho del arte y de ella misma, no porque sienta mejor este género que aquél (porque una actriz de un tan gran corazón siente el arte de todas formas), sino porque tal vez sentía el drama demasiado y daba á este sentimiento dramático tonos un tanto acentuados. En la comedia los afectos llegan hondo y hablan alto también, pero sin tocar en el extremo límite que consiente la tensión del drama, y Elisa Mendoza penetró desde el primer momento, con paso firme, en un género á que la llamaban sus facultades, y copió con exactitud y verdad artísticas los personajes de la realidad humana libres de lirismos.

Este brusco cambio de frente se hizo sin llevar del drama á la comedia resabio alguno, y esto no se consigue sin gran sentido de artista. Elisa Mendoza Tenorio adaptó al género sus condiciones sin esfuerzo alguno, y en la comedia ha hecho sus mejores creaciones.

Elisa Mendoza tiene, aparte de sus facultades artísticas, gusto exquisito en el vestir; sus trajes sirven de modelo, y nadie como ella ha comprendido las mujeres del teatro de Sardou en este importante detalle de la indumentaria.

ELISA MENDOZA TENORIO

Fuera del teatro, del delicado ingenio y hechicero atractivo de su conversación, no he de decir nada aquí.

Esto sí que da gloria, como diría el supremo hacedor de frases ya mencionado.

—

Hablar de Julia Martínez y decir que es bonita, es más seguro que *La Equitativa*. Por eso mismo, y por romper la costumbre alguna vez, no lo hago yo.

Tiene en su cuarto un espejo que se lo dice todas las noches, y un círculo de admiradores que también lo repite en cuanto se tercia una ocasión.

Julia Martínez es actriz... ¿cómo lo diré?... de buena raza;—esto de la *buena raza* en letras de molde es de un efecto soberbio;—y posee la difícil facilidad de asimilarse el personaje de tal modo, que no puede ni debe ser de otra manera que como ella lo hace... y lo dice. Porque dice con pureza, con intención, con fraseo limpio y... ¡y sin equivocarse! Y esto de no tropezar nunca en una palabra es un mirlo blanco en la mayoría de nuestras actrices.

Y no es censura: yo soy de los que no se extrañan de estos naturales tropiezos; porque ¡también nos equivocamos los *morenos*, y nadie nos silba por eso!

Lean ustedes más arriba lo de la elegancia en el vestir de Elisa Mendoza, repítanlo aquí, y me dan el trabajo hecho.

Además...

Iba, al fin, á caer en la tentación de decir que es bonita; no quiero que se me crea por mi palabra; véase el retrato, y si no lo dice el lector por cuenta propia, no es hombre de gusto.

Los Sacamuelas.

No crea el Excmo. Señor D. Alberto Aguilera y Velasco, Gobernador de la provincia, que voy á censurar la prohibición de la obra de Navarro Gonzalvo. Siento por su paternal autoridad un respeto sin límites, y dando al olvido una porción de razones jurídicas, políticas y hasta geográficas (pero políticas sobre todo), me limito á entregar al estudio de los abogados de secano y regadío el siguiente pavoroso problema:

—En el caso de que, quien puede, prohibiera publicar un libro (que *nadie* conoce), porque hubiera en él doctrinas disolventes (que *nadie* ha penetrado), ¿qué hace el autor?

LOS MADRILES regalará un ejemplar de la *Biblia* de Carulla (cuando se publique) á quien le dé, en forma jurídica, aclarado el problema que yo resuelvo así:—Darse al diablo.

Que es lo único que ha podido hacer Navarro Gonzalvo.

—

Fermata.

No queda espacio, y es de lamentar, para echar un rato á perros, ó lo que es lo mismo, para enterarnos, con las posibles precauciones, de lo que han dado de sí las creadoras facultades de esos excelentes muchachos que explotan el arte industrial.

Muchos de entre ellos tienen ingenio, no tanto como les dicen sus amigos, pero, en fin, alguno tienen, y es lamentable que se aplique en dar estructura dramática y visos de aceptable á los cuentos picarescos y los equívocos escabrosos que los estudiantes de segundo año de latín leen en los cuadernitos que se ofrecen al oído en cafés y cervecerías.

Ya sé yo hace tiempo que así se gana algo más que dando cuerda á los relojes de casa en casa y por abonos mensuales, pero ¿y el arte, jóvenes, y el arte?

Yo pasaría (aunque esto no importa á nadie, ni á ustedes mismos) por que esos *juguetes*, *pasillos*, *disparates*, *apuntes*, etc., sigan haciéndose y hasta cobrándose; pero no que constituyan nunca méritos literarios en parte alguna.

Y digo esto, porque después de escribir y de cobrar sus obras, hay quien se titula autor dramático hasta en las tarjetas. Y no es verdad.

A bien que si no fuera porque ellos se lo escriben y se lo dicen, ¿quién pensaría que Juanito Pérez, pongo por nombre, autor de *Las Venus frágiles*, pongo por comedia, se había de codear en el Parnaso con ese chico á quien llaman familiarmente Tamayo?

FEDERICO URRECHA.

JULIA MARTÍNEZ

En la cena de la Duquesa ***

La luz esparce sus rayos de oro;
rico damasco cubre la mesa,
y el Rhin y el Málaga bullen hirvientes
en azuladas copas bohemias.
Blancos jazmines llenan los búcaros;
geranio y nardo los festonean,
y las figuras de los tapices
presiden mudas tu alegre cena.
Las mandarinas se envuelven púdicas
en sus cendales de blanca seda;
vénse los dátiles en caja de ámbar;
brillan los plátanos y las cerezas,
y los manjares llevan perfumes
de clavellinas y violetas.
Los áureos frascos llenos de Chipre,
los dulces vinos dignos de Grecia,
la miel ardiente de árabe suelo,
los platos de oro dignos de César,
los cien fruteros de ópalo y plata
donde se apiña la roja fresa,
nunca tuvieron competidores
como lo eran con tu presencia,
tu blanco busto, lleno de rosas,
tu cuello hermoso, lleno de perlas,
y los brillantes que, entre las plumas,
sacaban chispas de tu cabeza!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

DON CELESTE

(POEMA MICROSCÓPICO)

I

Mi corazón anémico latía
con movimiento acelerado y fuerte,
y yo, loco de fiebre, presentía
la hora fatal de mi cercana muerte.
Llamé á Dios con voz ronca y apagada,
y lo llamé con tan supremo anhelo,
que el eco de mi voz acongojada
repercutió en la bóveda del cielo.
Un *algo* indefinible, que es el *todo*,
un *todo* inapreciable por lo santo,
me habló desde la altura de este modo,
dando fin á mi mal, tregua á mi llanto:

II

—Tu grito de dolor me ha conmovido;
vive, pídeme un don de gracia lleno;
en tu acento de muerte he comprendido
que eres artista, y, como artista, bueno.
– Quiero hacer adorable mi memoria,
llegar, sin doblegarme, hasta la meta
de ese anhelo inmortal que llaman gloria,
ciñendo la corona del poeta.
—¿Nada más? —Nada más. —¡Ciego insensato!
hay algo de sublime en tu delirio;
por eso te bendigo y no te mato,
¡Tú alcanzarás la gloria... del martirio!

J. NAVARRO REZA.

MENUDENCIAS

De no sé dónde, se ha escapado una gentilísima costurera con un bizarro joven, guapo él.

En no sé cuál convento han ingresado cuatro jóvenes doncellas.

¿Qué pasa? Porque con estas restas resultará que á mí no me van á tocar las nueve mujeres y media que me corresponden, según una estadística reciente.

¡Y no me conformo!

—

En Alicante, á un tenor
de un teatrillo por horas
le ha tocado el premio gordo,
según de allí nos informan;
y cuentan que el *casto divo*,
al cobrar las peluconas,
exclamó lleno de júbilo:
—¡Digo! ya no hay quien me tosa;
que si no doy *dó* de pecho
y el público se alborota,
doy *dó* de estómago, y quedo
como una buena persona.

—

Nuestro amigo y colaborador Luis de Ansorena ha terminado un poema, *El buen Jeromo*, del que saborearán nuestros lectores las primicias.

Cosa rica, aunque no soy yo quien debiera decirlo.

El buen Jeromo saldrá, á pesar de ser persona humilde, lujosamente ataviado, tipográficamente hablando, por la Empresa de esta *Revista*.

—

Señores peticionarios del número primero: ya dijimos que estaba agotado, lo que se llama agotado, y que se reimprimiría.

Pero tengan ustedes en cuenta que lleva monitos que han de hacerse de nuevo, y... ¡si ustedes supieran qué mahometana pereza tienen estos chicos que dibujan!

En fin, que reproducir un número no es hacer buñuelos, y que en cuanto esté hecho aquél, se avisará en este mismo lugar.

Y gracias por el favor, caballeros.

—

Continúa el flujo *poético* en todo su esplendor, unas veces en el clavo, y otras en la herradura.

Agradecemos vivamente esta espontánea ayuda; pero ¡no exijan ustedes, por Dios, que contestemos, porque no es posible!

Y sobre todo... ¡nada de prosa!

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—¡Un simón que se desboca!
—¿Un simón? ¡Esa no cuela!
—¡Hombre, si es una *Manuela!*
—Entonces ya no me choca.

¡AGUINALDOS!

No era posible que **Los Madriles,** que ha roto en muchas cosas con antiguos usos, que respetamos pero que no seguimos, dejara de volver á ellos, tratándose de algo que fuera en provecho de sus favorecedores.

Quien algo quiere, algo le cuesta. **Los Madriles** quiere servir al público, aunque le cueste su dinero. Así pues:

El suscritor que se abone por todo 1889 **en esta Administración,** pagando sus **nueve** pesetitas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco,** y **Los Madriles,** como es consiguiente. Y téngase en cuenta que los libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera **al cromo,** y valen **cinco** pesetas. De modo que, haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en **cuatro** pesetas.

Los suscritores por semestre recibirán **un** tomo de **Novelas amorosas.**

Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madriles** en **tres** pesetas.

Un verdadero sacrificio, señores.

Los actuales suscritores recibirán el **Almanaque.**

Y ahora... ¡digan ustedes algo todavía!

NOTA Los pagos se harán en libranzas del Giro mutuo ó sellos.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
22 Diciembre de 1888
NÚMERO 12.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

FERNANDO VALERO

Quién ha sido Fernando Valero antes de llegar como primer tenor al Real, ya lo dijo, con detalles, Peña y Goñi en su artículo *Valerito*, de nuestro número 10.

Como nuestro distinguido colaborador presumió, *Valerito* ha ascendido, y en *Carmen* ha probado que necesita aplicársele el aumentativo, en vez del diminutivo.

Y llamársele *Valerazo* en adelante.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. **9** *pesetas.*
Seis meses.............. **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Sábado 15 de Diciembre.

JUAN Y MANUELA.

Juan.—¿Has visto en el Circo de Price el estreno de *Un tutor modelo?*
Manuela.—¡Qué *tutor* ni qué niño muerto! ¡Si eso son *Los sacamuelas!*
—¿Estás segura?
—¡Digo! ¡Como que lo sé de buena tinta!

—¿Buena?
—De la superior.
—Entre ellas las hay distintas.
—De la *Reina de las tintas*,
que es la que gasta el autor.

—¿Conque el Sr. Comelerán derrota á Galdós en la lucha entablada para ocupar el sillón vacante en la Academia?
—¡Mira tú! ¡Bastante le importará al autor de *Gloria* esa derrota! ¡Á lo menos los votos que él consiga serán sanos!
—¡Y los del otro también!
—¡Quiá! ¡No ves que van á votarle los enfermos!

Por lo cual, en mi opinión,
aunque la Corpora ión
vote con gran rectitud,
no será *buena* elección
porque falta... la *salud*.

—

Domingo 16.
—¡Qué contento vienes! ¿Qué te pasa, Juan?
—¡Una friolera! Que acabo de despedir al Sr. Peral, al primer hombre de España, al inventor del buque submarino! ¡Vaya un hombre, sabio, modesto, simpático! En la estación le hemos aplaudido á rabiar.
—Oye tú: ¿tanto mérito tiene lo que ha *inventao* ese señor?
—¡Que si tiene!... ¡Como que si realiza su propósito, que sí lo realizará, vamos á ser los dueños de todos los mares del mundo! Entonces sí que seremos potencia de primer orden, y por méritos propios! ¡Cuando pienso que todo eso se ha hecho con 40.000 duros, una miseria, mucho menos de lo que se roba casi todos los días en cualquier oficina, me dan tentaciones de creer en los milagros!
—Y harás bien, porque yo casi creo en los ángeles.
—¿Desde cuándo?
—Desde hace una hora, que acabo de oir á la Nevada cantando el *Barbero*.
—¿Has estado en el Real?
—Sí, chico. ¡Qué noche!

El aplauso atronador,
y la ova·ión continuada...
¡Yo no he visto otra Nevada
que produzca más calor!

—

—Y hablando de otra cosa. ¿Qué me dices de esas siete aldeanas de la Croacia que han asesinado á sus maridos?

—Que hablan de la ingenuidad
de la aldea, y en verdad
demuestran hembras tan bravas,
que en *toas* partes cuecen habas;
en el campo y la ciudad.

—

Lunes 17.
—Buen principio de semana, Juanito!
—No nos podemos quejar. La crónica de las puñaladas, los robos y los suicidios es de lo más nutridito que podamos apetecer.
—¿Hacemos gracia á nuestros lectores de esa triste narración?
—Desde luego.
—¡Ah! Pero digámosles algo de sor Asunción, esa monjita de Brihuega que se escapa en paños menores por el comulgatorio del convento, y que no quiere volver á la clausura aunque la nombren abadesa.
—¡Pobre muchacha!
—¡Pero, Dios mío! ¿qué pasará en esos santos asilos, que no transcurre semana sin que la prensa no dé cuenta de un par de escapatorias?
—¡Misterios del claustro!

¡Cuánta fuga! ¡Es un horror!
¡Infunde miedo y pavor,
y en el alma pesadumbre,
pensar en la servidumbre
de estas siervas del Señor!

—

—¿Has estado en el *Teatro Felipe* á ver á Succi?
—¿Yo? ¿Para qué? En eso de ayunadores he visto mucho más.
—¡Tú! ¿Dónde?
—En mi pueblo. ¡Figúrate lo que comerá allí el maestro de escuela que tiene tres mil reales de sueldo, y hace dos años que no le pagan!
—¡Sí que es buen caso!
—Yo no sé quién habrá aconsejado á ese italiano que venga á España á asombrarnos con su ayuno. ¡Apenas si hay aquí cesantes que le hagan competencia!

—

Día 18.

La mañana nebulosa,
un barranco húmedo y frío
convertido en triste fosa,
y una pareja amorosa
que yace inerte. ¡Dios mío!
Si este es el fin de una historia
de amor, como el vulgo explica,
bendigamos su memoria,
porque el amor santifica
y están los dos en la gloria.

—

Miércoles 19.
—Oye esta lista, tú.
—¿Qué lista es ésa?
—El *Gaspar*, el *Faustino*, el *Juliana*, el *Cid*, el *Gabino*, el *Bravo*, el *Chinche* y el *Habanero*.
—¿Es algún comité?
—Sí, el de la *Cárcel Modelo*. Son unos cuantos tomadores que ha pescado hoy la policía.
—¿Ingresarán en la Cárcel?
—¡Ya lo creo! pero estarán poco tiempo. Estos apreciables sujetos, si no los echan pronto á la calle, hacen lo que las monjas; se escapan.

—

En la Dirección general de Impuestos se han agotado los billetes para el sorteo de la lotería de Navidad.
¡Y luego dicen que no hay dinero!
¿Que no? En un pueblo de los Pirineos ha encontrado un labrador un depósito de monedas romanas y cartaginesas, todas de oro, que pesan juntas cerca de arroba y media.
Era dinero de los romanos. Ahora, el único dinero que se ve por aquí es de los judíos.

—

Jueves 20.
Una joven artista, Berta Beggio, ha asesinado á su marido porque éste quería obligarla á dejar el teatro. ¿Qué te parece?

¡Cosas de la vocación!
—¿Eh?
—Del arte enamorada,
no pudiendo hacer comedias,
hace los dramas en casa.

—

Viernes 21.
Estreno y éxito de primer orden en el teatro Martín, de la zarzuela *Oro, plata, cobre y... nada*, original de Felipe Pérez, música del maestro Rubio.
Nuestra entusiasta enhorabuena á los autores, y un aplauso incondicional á la Empresa que ha puesto en escena la obra como no se acostumbra en coliseos de la categoría de Martín.

Copiamos á continuación un precioso fragmento de la aplaudida zarzuela, que fué calurosamente celebrado:

EL COBRE

«Aunque ya el dinero os sobre,
también presentarme quiero,
que yo también soy dinero.
Ya me conocéis: el cobre.
La belleza no disputo
de aquéllos, ni la alegría,
pues según la *chulería*,
soy «la moneda de luto.»
Pero si no uso primores,
yo quizás, y sin quizás,
en mil casos valgo más
que todos esos señores.
¡Claro! Yo no pago orgías
ni vicios, ni doy un tren...
pero yo también, también
produzco mis alegrías.
Que aunque tosco y rudo, el cobre
es amigo verdadero...
¡Soy el jornal del obrero,
y la limosna del pobre!
Cuando regresan los dos,
harto uno de trabajar,
ronco el otro de implorar
una limosna por Dios,
y entran en su humilde casa,
al verme, las pobres gentes
que ya aguardan impacientes,
no ponen al gozo tasa;
y llorando de alegría,
me miran con tierno afán,
y es... ¡que yo les llevo el pan
bendito de cada día!...
Yo no tengo alegres sones,
pero siempre el que me ha dado
¡con qué placer ha escuchado
del pobre las bendiciones!
Duro soy... aún más que el hierro;
mas no extrañéis que me engría...
Al primero que se ría
le voy á soltar *el perro*.»

—

Consagremos el resto del día al amigo Pons.

—¡Verás tú con qué gracia ilustra los recortes que siguen, tomados, y no al oído, de un periódico italiano!

—

Un borracho, contemplando el cadáver de un ahogado:

—¡He aquí á lo que conduce el abuso del agua!

—

Acaban de conceder una gran cruz á cierto caballerete.

Al saberlo uno de sus amigos, exclama:

—¡Qué suerte tiene Panchito! El día que se muera está seguro de ir derechito á la gloria.

—¿Por qué?

—Porque ya se ha igualado con Jesús. Le han dado la cruz sin merecerla.

—

—¡Ya habrán ustedes visto que al señor Pons le duelen las muelas! ¡Infame!

E. NAVARRO GONZALVO.

Desde el Boulevard.

CONTINÚA la Exposición de *étrennes* de todos géneros y categorías dando animación á París.

De esto ya he hablado en mi última carta, y no es cosa de repetirlo, no vayan mis lectores madrileños á llamarme pesado, y con razón.

A medida que el año viejo se vá, y se acerca el año nuevo, el frío, que parecía que no iba á venir nunca, se ha echado encima á marchas forzadas, y en pocos días el termómetro ha ido bajando, bajando, hasta el extremo de que desde hace una semana no hay medio de verle sobre cero.

Cada uno tiene su modo de entrar en calor, y aquí parece que sea el sistema más universalmente adoptado por cocheros, vendedores ambulantes, barrenderos y demás gente menuda que tiene que soportar en la calle los rigores de la estación, mover los brazos de atrás adelante, con el puño cerrado y gran fuerza y rapidez, como quien abrazase la atmósfera con efusión, terminando cada flexión con fuertes golpes en los costados.

Diríase, al andar estos días por el boulevard, que todas estas gentes han vuelto á la infancia y se entretienen jugando al *moscardón*.

No deja el sistema de ofrecer peligros para el transeunte tranquilo, que, sin dedicarse á estos ejercicios gimnásticos al aire libre, tiene que andar sorteando, sobre todo por las mañanas, esta nube de puños que andan revoloteando por el aire, y que fácil mente pueden descargar sobre sus narices el vigoroso puñetazo que destinaba á sus ateridos flancos un barrendero de la villa ó un cochero de punto que espera, al pie de su pescante, á manera de molino de viento en acción, al *bourgeois* que ha de alquilarle su *citadine chauffée*, como llaman ellos á su *simón* provisto de calientapiés.

La niebla suele ser muy densa á esas horas, y resulta que por bien que se toree y por profundos conocimientos que uno tenga en las suertes del quiebro y del sesgo, como no se ve por dónde viene el confortable puño que pulula por el aire, á lo mejor se lo encuentra uno en la boca del estómago, sin saber por dónde ha venido y escucha el consabido *Pardon, m'ssieu*, sin saber de dónde sale la voz.

Un espiritista amigo mío, recién llegado, se empeñaba en que todo esto eran cosas de su sastre, muerto hace poco de resultas de no poder arreglar cuentas con él y cuyo *periespíritu* le perseguía por el extranjero encarnizadamente.

Y á cada puñetazo aéreo-confortable que le alcanzaba, respondía con una *invocación*, acompañada de *pases* y de la promesa de pagar tres pesetas mensuales, *á cuenta de mayor cantidad*, á los herederos de su acreedor.

Verdad es que la deuda es pequeña: 14.000 reales.

—

Uno de los acontecimientos de la quincena ha sido la representacion del *Romeo y Julieta*, de Gounod, en la Gran Opera, cantado por la Patti.

No he de hablar aquí con detalles de la solemnidad que revistió la primera de esas representaciones, para la cuál el *maestro* en persona empuñó la batuta, ni del éxito alcanzado por todos y en el que, para halagar algo nuestro amor propio nacional, debo recordar que tuvo su parte Rosita Mauri, nuestra compatriota y bailarina.

De dar esas noticias se han encargado los periódicos diarios, y sería ya antiguo cuanto yo pudiera decir hoy.

LOS MADRILES es un periódico muy á la moderna para que sus redactores hablemos de cosas de hace quince días, es decir, viejas para nosotros.

Pero el caso verdaderamente *nuevo* en esta tierra ha sido el abuso de los revendedores para esas representaciones.

¡Los aspavientos que hacían estos buenos parisienses porque desde dos días antes del *debut* de la Patti la administración de la Opera no tenía ni un billete á su disposición, y los revendedores les ofrecían todos los que quisieran, á 250 francos las butacas, 1.000 los palcos, y á este tenor, ó á esta *tiple*, las demás localidades!

¡Bien se conoce que á estas tierras no han llegado los ecos de la fama del *Pájaro*, cuyo recuerdo va siempre unido para los madrileños al nombre de la Patti!

Las cuatro representaciones que la *diva* se dignó conceder á París, van á ser unas cuantas más.

La noche que, como despedida suya, se anunció la cuarta, bastó que el público la hiciera una ovación como nunca ha recibido la Patti; que el presidente de la República se interesase y el maestro Gounod casi se pusiera de rodillas para pedirla que volviese unos días á cobrar aplausos y dinero en abundancia, en vez de descansar gratis y en silencio, en su casa, antes de volver á emprender su viaje para las Américas del Sur. Bastó esa insignificancia para que la pobrecita se resignase á volver.

La verdad es que no hay motivo para llamar exigentes á estos tiranos cantantes.

Un empresario americano, Maplesson, ha publicado recientemente sus *Memorias*, y consigna en ellas el séquito que acompaña, á costa del que los contrata, á los principales tenores. Tamagno llevaba hace poco siete personas afectas á la suya.

Massini, por no ser menos, elevó á diez el número de personas que le acompañaban en su último viaje por América; entre ellas, un secretario, un *periodista* y un *abogado consultor*.

El periodista tiene por mision redactar los bombos que á cada representación del *divo* se envían á todos los países donde puede surgir una contrata, y que los periódicos de esos países publican más ó menos graciosamente.

El abogado consultor está encargado de la redacción de las contratas y de la vigilancia por su estricto cumplimiento. Misión difícil, si se tiene en cuenta que hay reclamaciones que traen consigo indemnizaciones de padre y muy señor mío.

¡Y se suele reclamar por cada cosa!

Cuenta el mismo empresario que vió un día á Nicolini tomando medidas en un cartel. Luego supo que estaba *verificando* si las letras en que se hallaba impreso el nombre de la Patti tenían triple tamaño y grueso que las de los nombres de los demás artistas, según exigía el contrato.

Verdaderamente, el marido es útil para las tiples *triples*.

—

Se han puesto en circulación nuevos billetes de Banco de 500 francos.

Se dice que son azul y rosa.

BLASCO.

París 20 de Diciembre de 1888.

—¿Va usted á comprar turrón?
—¡No, señor; un pantalón!

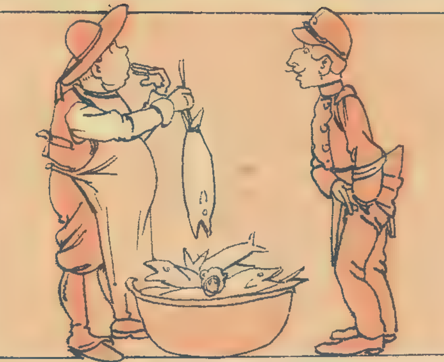
—Te compraré una zambomba.
—¡Para zambombas estoy!
—Pues, hija, ¿qué es lo que quieres?
—¿Yo? ¡Peladillas de Alcoy!

A la misa del gallo.

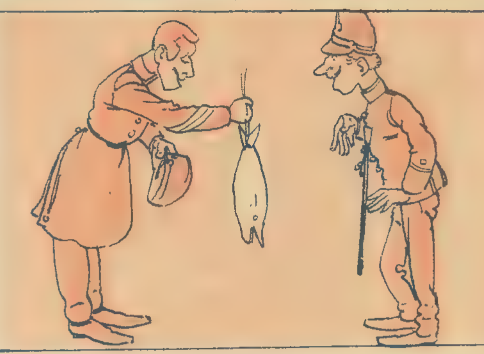
—«Soy el *rata* primero,
—y yo el segundo...»
—¿Falta el tercero?...
Pues como no lo lleves
en el sombrero...

Esta noche es Noche Buena
y mañana Navidad...
y hace más de doce meses
que me acuesto sin cenar.

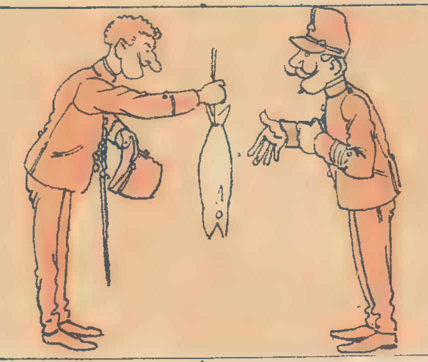
REGALO DE PASCUA *(Cuento viejo.)*



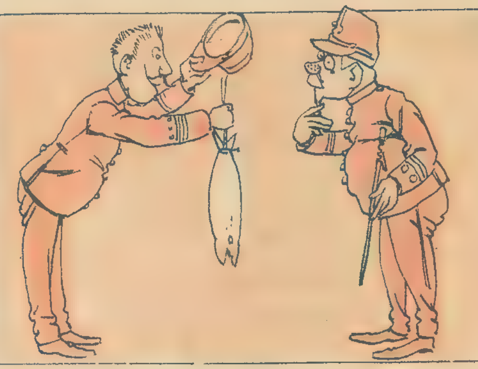
El sargento Martínez compra un besugo



para obsequiar al alférez Gómez,

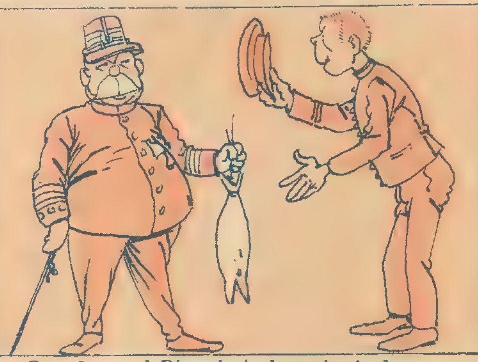


quien á su vez lo ofrece al capitán **Fernández,**

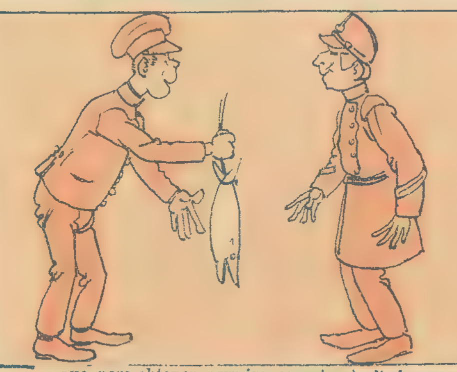


como éste al comandante González,

y el tal al coronel Pérez.



Pero el coronel Pérez, harto de regalos, lo da al ordenanza Sánchez.



que para obtener permiso, agasaja al citado sargento Martínez.

Y aquí entran las reflexiones del **Martínez** al encontrarse de nuevo con el besugo.

Una cena.

I

procurando dominar su pena,
le dice el maquinista al fogonero:
—Más acordarme de mi afán no quiero,
y pues es esta noche Nochebuena,
en vez de lamentarnos, compañero,
vamos á hacer honor á nuestra cena.—
Y, en tanto que sus lágrimas esconde
bajo un gesto especial é indefinible,
el otro le responde:
—Lo haremos como dices... si es posible.
Pues, por el Dios en que creemos, juro
que al ver mi situación, algunas veces,
hasta las mismas heces
el acre cáliz del tormento apuro.
Yo nunca puedo separar mi idea
de aquella pobre gente
que aguarda entre amorosa é impaciente
mi regreso á la aldea.
Mas de no abandonarla no hallo forma,
pues el negro destino
me sujeta á esta férrea plataforma
para que vea siempre igual camino!...
¿Quizás lloras también porque estás preso,
y en tal noche como ésta más te afliges
si tu memoria hacia el hogar diriges?...
Y el otro respondióle:—¡No es por eso!...
Y, al sentirse en tal punto combatido
por un recuerdo que un sollozo arranca,
dando al blanco vapor salida franca
oculta su sollozo en el silbido...
Mira al cielo después como un demente,
y dice al fogonero rudamente:
—¡Saca pronto esa cena!... ¿No has oído?

II

Corría el tren, corría
con tal velocidad, que estremecía.
A su paso los árboles temblaban,
y el ruido de los topes que chocaban
una danza de diablos parecía.
Las gigantescas masas de granito,
en los horrores de la sombra envueltas,
daban, al parecer, vueltas y vueltas
en la vaga extensión del infinito...
El humo sube y sube
en raudas espirales,
y forma en los espacios una nube,
que adquiere proporciones colosales.
Nube que crece y crece
y oculta un breve instante el firmamento,
y al fin se desvanece
cuando le agita con su soplo el viento.
La nieve cuaja consistente y dura
en aquella uniforme superficie,
y causa el contemplar la gran planicie
el mareo especial de la blancura.
Se oye el vapor que aprisionado ruge
en la hirviente caldera,
y al impulso infernal de la carrera
el maderamen de los coches cruje
y todo el tren lo arrasa
con su potente y porfiado empuje,
y todo se estremece... y todo pasa...

III

Y, ya aquellos dos hombres frente á frente,
entre el vapor rojizo que la escena
alumbra débilmente,
dan principio á la cena.
Repite el fogonero el tema eterno
que trae siempre en la mente,
y habla de las virtudes de su esposa,
del calor de su hogar en el invierno,
del esponjoso pan, sabroso y tierno,
y de una pequeñuela muy hermosa...
—Y es tan bello ese amor de mis amores,
(exclamó entusiasmado),
que el sol su ardiente resplandor le ha dado,
y al verla pasear, bajan las flores
con respeto, su cáliz perfumado.
¡Si tú la vieras, Juan!... ¡Pobre chiquilla!...
Yo, como soy tan zote,
no me atrevo á besarla en la mejilla
por miedo á que le arañe mi bigote.
Me cuenta lo que sueña,
porque á mí me entusiasman estas cosas...
¡Y si vieras qué cosas más preciosas
distingue entre sus sueños la pequeña!...
¿Tú tienes hijos, Juan?—Una he tenido,—
el otro le contesta entre un sollozo.
¡Una, Pedro, que ha sido
mi esperanza, mi afán, mi amor, mi gozo!
—¡Ahora la causa de tu llanto acierto,
y adivino el pesar que en ti se esconde!...
¿Murió...? ¡Pobre infeliz! Y...—¡No! responde
el maquinista con furor: ¡No ha muerto!
Vive alegre, feliz y placentera...
Y, Pedro... ¡más valiera
que lo que has dicho resultara cierto!...
Que, aunque el hacerlo así, mi alma taladre,
no pienso en un cariño que es quimera...
¡No puedo ser!... ¡no puedo ser su padre...!
—¿Y estás sólo en el mundo? —¡Como un perro!...
sin hogar, sin amor, sin fe, sin nada!...
¡No pudiendo tener familia honrada,
escogí esta familia... que es de hierro!
Y al paroxismo del dolor cercano,
lanzando una estridente carcajada,
puso sobre la máquina una mano.
Y ésta—murmura—á mi poder se aviene:
no es de esperar que á su capricho ceda...
¡si quiero que se pare, se detiene!
¡si le mando avanzar, al punto rueda!...

IV

No hablaron más después... Siguió corriendo
el tren por la extensión de la llanura...
Pedro á su niño en sueños sonriendo;
y el otro, desvelado, y maldiciendo
con voz entrecortada su tortura...

LUIS DE ANSORENA

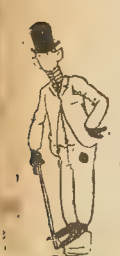
GIUSEPPINA GÁRGANO

La simpática *diva* nació en Catania, y estudió en Bolonia con Bussi y Zamboni.

Debutó en el teatro Solís, de Montevideo, con *Sonámbula*, en 1877, y recorrió los teatros de Bolonia, Turín, Roma, Lisboa, etc., después de tres campañas en la América del Sur y cinco en Madrid.

Es antigua y querida amiga nuestra, y en Madrid no tiene más que simpatías.

Las que se conquista toda artista que tiene buena voz y buen palmito.



La Nochebuena del crítico.

El distinguido escritor que dirige Los Madriles me pide, con la amabilidad del mundo, un artículo que se titule *La Nochebuena del crítico.*

Y allá va el título, por lo pronto. Ahora vamos á ver si parece el artículo. Este proceder, que puede pasar por ligero, lo será acaso, pero no es menos constitucional ó parlamentario, ó como se diga, que lo hecho por Sagasta en la última crisis. Le piden con mucha urgencia otro Ministerio, y él forma el Ministerio, es decir, escoge ocho señores de los cuales responde que quieren ser ministros, ministros de cualquier cosa, pero de todas maneras con sueldo. Esto podrá ser poco serio, pero prueba una vez más que Sagasta conoce el corazón humano mejor que el más pintado novelista psicológico. Y si no, díganseme qué psicólogo novelista ha sido tanto tiempo ministro, como Sagasta. ¡Vaya si conoce!—Usted, don Fulano, le dice al primer Capdepón que se le presenta; ¿quiere usted ser ministro?—¿De qué?—Eso ya se verá.—Y el otro acepta. A los señores llamados á *ministrar* se les ocurren varias dudas acerca del dualismo, y las escalas, y el generalato, y las economías, etc., etc.; pero á nadie se le ocurre dudar de su aptitud para desempeñar cualquier Ministerio. Y esto consiste en que cualquiera ve las reformas militares en el ojo ajeno, pero no la ignorancia é ineptitud en el propio. Bueno. Dejemos esto, y vamos al artículo.

¡La Nochebuena del crítico! ¿Qué sé yo, señor director, qué sé yo cómo pasará el crítico la Nochebuena?

Porque no creo que usted quiera que yo hable de la Nochebuena de mi incumbencia.

Eso sería llamarme crítico yo mismo en mis barbas, y de esto Dios me libre.

Ya sé que hay quien se llama á sí mismo sabio, y poeta, y hombre de Estado, etc., etc; pero eso va en genios. Hace pocos días leí un artículo, que por lo demás estaba bien, en que un sujeto se llamaba erudito á sí mismo. No; y bien mirado, acaso hacía bien este señor. Si había de ir, como hacen otros, con un sueltecito de su puño y letra á mendigar un bombo en un periódico, tomó por la trocha y se dió el bombo á sí propio, ahorrándose el rodeo y las molestias consiguientes. Cuanto más lo pienso, más digno de aplauso encuentro el procedimiento, dadas las costumbres que vamos criando. Yo veré con gusto que uno de esos autores dramáticos que se usan ahora, salga el mejor día con un artículo que diga en resumen: «Impresiones críticas.—Anoche se estrenó un drama mío (y de ustedes), que es lo que hay que ver. Me sacaron á relucir á las tablas no sé cuántos millares de veces; y si no llego yo á decir, con la modestia y la energía que me caracterizan: «¡Ea, señores, no moler (*La Epoca* diría amolar), no »salgo más, no *me da la gana!*» todavía estoy saliendo á estas horas. Mi drama no es idealista, ni realista, ni nada de eso; es simplemente un drama de *órdago*, como se dice en familia. Allí rompo cuantos moldes Dios crió, y no rompo el mío por no cometer un parricidio con la madre que me parió; pero ello es que vengo á ensanchar los horizontes del arte, todos los horizontes, el sensible, el racional; vamos, cuanto se me ponga por delante: soy la panclascita y la melinita de los moldes y de los horizontes dramáticos. ¿Cómo se ha de decir? Esto que, bien ó mal, habían de venir á sostenerlo varios amigos críticos á quien tengo comprometido el voto, es decir, ellos á mí, más vale que lo diga yo de una vez, y así, clarito. Soy un genio, y de aquí nadie me apea. Los amigos, por disimular, dirán que tiene el drama algún defecto, algún lunar, porque nada hay sin lunares en lo humano. ¡Pamplinas! No lo crean ustedes. No hay defecto que valga. Por lo pronto, es absurdo decir que en lo humano todo tiene lunares. Yo he conocido muchas personas, y hasta amas de huéspedes, sin un solo lunar en todo el cuerpo, ni siquiera del tamaño de un grano de mostaza. En un drama no hay lunares, ni verrugas, ni manchas hepáticas. Ver y creer. Apresúrense ustedes á tomar localidades, porque si no se exponen á quedarse en ayunas, y eso que la obra pensamos representarla cinco ó seis lustros ó sextercios, como decía el otro. Y firmo: Yo el autor.»

Y volviendo otra vez á mi asunto, repito, señor director, que yo no me tengo por crítico; de modo que no me doy por aludido.

El crítico á quien usted alude... puede que sea el Sr. Cañete. Habrá, por tanto, que hablar de la Nochebuena de Cañete.

Pero en este punto todo son conjeturas; cierto, nada. ¿Hay noche buena para el Sr. Cañete? No se puede asegurar. Un hombre que está tan ocupado con el fin que se propone, ó no se propone, el Sr. Luceño cuando escribe un sainete para el teatro de Maravillas; un hombre así no debe de pasar día bueno, ni, por consiguiente, noches buenas tampoco.

¿Qué más críticos hay? Hay... hay... lo que es haber... hay muchos: ¡claro! Como que cada periódico tiene uno, por lo menos. Críticos, sí, son (y perdónesenos la cacofonía), todos esos señores que descubrieron que el Sr. Cano ha escrito un drama simbólico en su *Gloria*. Excuso decir que yo no he visto el drama todavía, porque vivo en provincias, como dijo el otro, y que, *en vista* de esto, de no haberlo visto (ni visto ni oído), me guardaré muy bien de decir palabra, ni buena ni mala, de *Gloria*. Pero de los críticos *impresionistas* de *Gloria*, sí puedo hablar, porque á esos los he leído y me los sé de coro. Esos críticos se dividen en filosóficos é históricos. A los primeros, no hay dios chico que los entienda. Estos son los que hablan de nubes y horizontes hechos pedazos por el Sr. Cano, gracias á ese simbolismo que acaba de inventar. Los históricos son más llanos y comprensibles; son los que relatan el argumento y copian escenas enteras. Tal maña se da uno de ellos para referir y copiar cachitos de diálogo, que yo, haciendo un pisto con sus copias y relatos y el simbolismo de los otros, vine á figurarme el drama como una cosa así: la acción pasa en Cuba, durante la peste; Gloria es una cantinera con honores de Tirteo, se firma la paz del Zanjón, y la protagonista se convierte en la bandera española, roja y gualda, como es sabido. Este es el pisto privado que yo me había figurado. Ahora ya sé, por informes posteriores, que el drama del Sr. Cano es muy otra cosa, aunque todo lo patriótico que conviene en estos tiempos de visible degeneración social.

Internándome otra vez en los críticos de mi cuento, añadiré que, buenos ó malos, por críticos los tengo; y poco ó mucho, como tales cobran. Entre todos ellos, pero sin referirme ya á los malos, sino á los buenos, distinguiré á mi amigo el Sr. Bofill, no por nada, sino porque últimamente se ha hecho conservador. ¡Vaya un ojo crítico! ¡Hacerse conservador cuando silban al amo de los conservadores!

Y bien: ¿qué diremos de la Nochebuena de Bofill? ¡Para éste sí que todas las noches son buenas! Su optimismo simpático no ve estreno malo. La eterna sonrisa que se dibuja en sus labios ligeramente críticos, digo, plegados, nos habla de un envidiable equilibrio de humores y de prosperidad relativa, porque todo es relativo, de nuestras máscaras alegres, como las llamaba Moratín cuando hablaba con solemnidad.

Pero, aparte de esto, lo único que se puede decir de ese crítico con cara de Pascua, es que estas Pascuas, magüer haberse hecho conservador, no comerá el *pavo crítico* de Navidad. Pero si quiere:

.....comer de aquel cordero
por nuestro ritual prescrito,

como dice el conde de Cheste, vaya á cenar á casa de tan ilustre Dante en compañía de Catalina, Comelerán y una señorita poetisa que suele venir de Málaga. Y Le... comerán.

Pero... ¿qué es esto, amigo Clarín? me dirá el director de Los Madriles: ¿se ha vuelto usted loco? ¿Qué manera de escribir es esa?... ¡Qué desorden, qué incorrección!...

—Déjeme usted... y usted perdone... No, loco no; pero la verdad es que mientras escribía estaba pensando en otra cosa: en la candidatura simbólica de Comelerán, á quien van á hacer académico porque sabe los pretéritos y supinos.

A los académicos les da por los catedráticos de Instituto: hace poco Benot, ahora Comelerán. Y no se me diga que es que quieren aprender algo. Porque si quisieran aprender de veras, empezarían por el principio, y harían *valverdistas* á tres ó cuatro maestros normales, superiores por supuesto. Catalina y el marqués de Pidal, diga lo que quiera mi ilustre amigo y jefe Castelar, todavía no están preparados para la segunda enseñanza.

Conque... señor director, no canso más. El artículo no ha salido; pero ahí están nueve cuartillas como nueve ministros, llenas de letra, dispuestas á servir para lo que usted quiera, como los Capdepones y Becerras del tiempo; á colocarse por el orden que se disponga, como los ministros de Sagasta.

En cuanto á la Nochebuena del crítico... ¿yo qué sé?

Yo no soy crítico. Y mi Nochebuena no tiene nada que ver con la crítica.

Queda usted servido... en lo que cabe; y yo contento, por haber hecho mi gusto, que consiste... en no escribir en mi vida artículos de circunstancias.

Clarín.

PAVO Y TURRÓN

Muchos son los llamados y pocos los escogidos.
No me refiero á los pavos, sino á los consumidores.
—¡Quién fuera consumidor! exclamaba ayer un caballero que rompió con el pavo hace algunos años.
—¡Quién fuera pavo! corregía otro señor, aún más desesperado que el primero.
Y después decía:
—¡Morir por la patria! ¡Qué honor para la familia!
—¡Antes devorar á la patria que morir por ella! replicó el compañero.
La humanidad es cruel.
En cada época del año sacrifica á una especie de animales para solemnizar sus fiestas.
Una vez es el cordero pascual, que no es lo mismo que Pascual Cordero.
En otra festividad caen el pavo, el faisán, el pato...
Faisanes caen pocos, porque se venden caros.
El inocente y popular cabrito tiene igualmente épocas de duelo.
El cerdo también es víctima en fecha prefijada.
¡Animal sustancioso y desgraciado!
Para él no hay respeto ni consideración social.
El hombre no se compadece del cochino, y le devora en la edad infantil.
¡Cuántos cochifritos habrá consumido la humanidad, sin dolerse de la inocencia de tan inteligentes animales!
Gallinas y tiples de catedral, sucumben también por millares en Pascua de Navidad.
¡Familias enteras destruídas!
¡Y aún se cree el hombre el ser más perfecto de la creación!
M explico la golosina de los turrones: á nadie se ofende, á nadie se perjudica con una indigestión de turrones y mazapán.
No hay daño de tercero.
Pero el pavo merece, por su origen y por su candor, ciertas consideraciones.
¡Y qué días tan amargos le obligan á sufrir sus verdugos!
Lo de menos es la muerte.
Su captura y conducción á la casa de su tirano, es el primer tormento.
«Le atan de pies y manos,» como decía un conocido poeta, en el calor de la rima.
Las protestas de la víctima son inútiles.
Cuando el criado ó el «mandadero» se le echa al hombro, parece que el infeliz cautivo le dice en su idioma:
—Hombre, colóqueme usted mejor, que me lastimo.
Pero nadie le atiende.
Su entrada en la casa, que para él ha de ser casa-matadero, es una ovación.
La primera operación es soltarle en el suelo, pero atado.
Después le desatan y le dejan en libertad.
¡Pero qué libertad tan amarga!
Si hay niños en la casa, se lanzan sobre él.
—¿Estos son los ojos, papá? pregunta uno de los muchachos apuntándole tan de cerca con un dedito, que el huésped se ve obligado á retirarse para que no le vacíe el ojo el niño.
—¡Ay, mira lo que le cuelga de la cabeza! indica otro nene.
—Es la barba.
—¡Quiá! Es que lleva boa, como mamá, observa otro chiquitín.
—¿Podrá llevarme á caballo?
—No, hombre, que le vas á reventar.
—Se parece á ese amigo tuyo que tiene la nariz encarnada.
—¿Vuela este pájaro, papá?
Uno de los nenes se obstina en hacerle hablar, y á todo trance quiere sacarle la lengua para afilársela como un lápiz.
Las personas mayores empiezan, en cuanto ven al pavo, por oprimirle el buche para cerciorarse de que está bien cebado.
O tomándole por las patas, le colocan cabeza abajo para calcular el peso que tiene.
Estas operaciones con los pavos disponibles para el sorteo se repiten á cada paso.
—¡Está gordo!
—¡Buen animal!
Así es que algún pavo en cuanto *ve de venir* á cualquier caballero, ó señora, instintivamente se tiende patas arriba para evitar molestias al censor.
Si la víctima espera, suele protestar, en su idioma por supuesto, diciendo cada vez que le oprimen el buche:
—¡Atrevido! ¡sin vergüenza! Me va usted á lastimar un pecho.
No se ha observado, porque no hay tiempo, que, á consecuencia de esas opresiones, mueren tísicos la mayoría de los pavos.
Es decir: morirían de tisis si antes no los afeitaran en seco.
Cualquiera persona que se sujetara á semejantes descorteses reconocimientos, moriría lo mismo que el pavo.
Se ignora el origen de la costumbre de comer pavo.
Pero se supone que es posterior á la invención del pavo.
¡Y qué coqueterías tan crueles!
Las personas le aderezan de diferentes maneras.
Asado, relleno, en pepitoria, en galantina...
Algunos pavos pasan por todos estos estados de la lidia.
Son los infelices que caen en casa de huéspedes.
Empiezan rellenos y terminan en fantasías inverosímiles, para que no los reconozcan los pupilos.
En honor de la verdad y en elogio de la infancia, debe decirse que los niños prefieren el turrón al pavo.
También se observa esto en algunos hombres públicos.
Los nenes prefieren el pavo vivo al pavo muerto; el pavo juguete al pavo manjar.
También sea dicho en honor de la humanidad.
Después de jugar con él, les gusta devorarle.
¡Cosas de criaturas!

EDUARDO DE PALACIO.

Menudencias.

Un paquete de cartas se titula un libro de D. Luis Montoto que tenemos á la vista.
Pocos tan curiosos como él; no hay refrán ni modismo que el autor no explique con sencillez y claridad, haciendo de su libro un tomo muy agradable y casi necesario.
Se vende en casa de Fe á *siete* pesetas.

—

El último libro de nuestro distinguido colaborador D. Leopoldo Alas (*Clarín*), se titula *Mezclilla* (el libro, ¿eh?), y en él van coleccionados artículos de crítica y sátira.
Si nosotros diéramos aquí un *bombo* al libro, creerían muchos que era tributo al amigo, y no elogio justo. Callamos, pues, aunque con mal contenido deseo, como dicen en los dramas.
Así como así, el libro se venderá bien aunque nosotros no digamos nada.

—

El original del retrato es un juguete cómico, muy apreciable, del Sr. D. Eduardo García.
Por cierto que este señor nos escribe casi enfadado preguntándonos si nos referíamos á él en nuestras últimas *Impresiones teatrales*.
Pues... no, señor.

—

Gente nueva, por Luis París Zejín.
De este libro, que llega á última hora, nos ocuparemos detenidamente y en la medida que su importancia merece.

Imp. de Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
29 Diciembre de 1888
NÚMERO 13.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

B. PÉREZ GALDÓS

La figura del maestro de los noveladores españoles es siempre de actualidad, pero más en estos días, en que va á proceder la Academia á la elección de un nuevo miembro. El autor de *Marianela* y los *Episodios nacionales* ha solicitado la vacante al mismo tiempo que otro señor, de cuyo nombre no podemos acordarnos, por más esfuerzos que hacemos.

Galdós no será académico probablemente; pero si el voto público sirviese de algo en este caso, conste el de LOS MADRILES entre los de los señores que digan *sí*.

Y el señor... (nada, que no nos acordamos) perdone por esta vez.

Para otra vacante averiguaremos quién es, y entonces daremos el voto... á Pereda, que bien merece ser académico de número.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

Sábado 22 de Diciembre.

4.211.

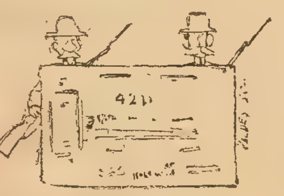
¡El gordo!

Este gordo es el premio mayor de la lotería, cuyo sorteo se ha verificado hoy, y cuya cifra ha sido la pesadilla constante de muchísima gente durante los últimos quince días.

Afortunadamente esta vez, la más inconstante de las diosas ha elegido para otorgar sus dones á unos cuantos desheredados, la mayor parte obreros, que han visto reparada la injusticia social, cuando menos lo esperaban, por un golpe de bombo.

Todos los periódicos han publicado á estas fechas los *accidentes* de la *suerte*, los nombres y señas particulares de los agraciados, y las escenas, cómicas unas, conmovedoras otras, á que ha dado lugar el reparto de esos milloncejos.

Desde el panadero que arroja la cesta del pan en mitad del arroyo, y la pobre mujer que hace la distribución de los cuartos por mano del inspector en la prevención del distrito, hasta la custodia del billete por fuerzas de la Guardia civil y su depósito procesional en las cajas del Banco, todo está dicho y comentado.



Limitémonos, pues, á dar la enhorabuena á los afortunados, y lamentemos una cosa solamente.

No contarnos en el número de esos seres felices.

—

Día 23.

Cantando por esas calles
iba un *quinteto* francés,
que, por higiene quizá,
por necesidad tal vez,
confortaban la laringe
con el zumo de Noé,
con una frecuencia tal
y encontrando tal placer,
que sucedió lo que al cabo
tenía que suceder;
una *pítima* de órdago,
y una bronca de *chipén*:
y hubo insultos á Velarde
y vivas á Boulanger,
y hablar mal de los garbanzos,
y un barbián del Avapiés,
que recuerda el Dos de Mayo,
no se puede contener
y *mete mano*, y la *bronca*,
y la prevención después.
Resumen: Bajo y tenor
que van al *estaribel*,
y el orfeón, que emulaba
al orfeón coruñés,
es hoy un triste terceto,
que, á sus aficiones fiel,
bebe bien en español,
y canta mal en francés.
Si en breve resulta dúo,
que todo pudiera ser,
ó romanza, no pregunten
dónde están, yo lo diré;
¡Están todos en la cárcel
por armar otro belén,
ó con una filoxera
que no se pueden tener!

—

Día 24.

Un mendigo anciano ha dado hoy una caída en el paseo de San Vicente, produciéndose varias contusiones graves.

Al ser asistido en la Casa de Socorro, encontrósele en los bolsillos interiores del chaleco la bonita suma de 1.122 pesetas 45 céntimos.

¡Pobre de solemnidad,
y con esa cantidad!
¿No hay en la Cárcel Modelo
un rincón, donde ese abuelo
encuentre hospitalidad?

—

En Jaén se ha formado una sociedad de *capitalistas* para jugar á la lotería de Nochebuena.

Para ello se han dedicado, unos á pedir limosna, otros á empeñar los útiles del trabajo y los enseres de la casa.

Un gitano ha empeñado las tijeras, y la mujer de un albañil la paleta de trabajar de su marido.

—

—„¡Por ser el juego inmoral,
la ley sabia y paternal
le persigue con rigor!"
así grita un inspector
en el quicio de un portal.
—„Y aunque ese piso primero
tenga las puertas de bronce,
subo, llamo y...„ "Caballero,
cuatro mil doscientos once,
mañana sale.„—¡No quiero!

—

Día 25.

Esta mañana se ha comido un carretero una gallina cruda, por una apuesta.

El caso ha producido un asombro que yo no me explico. ¡Apenas si hay en Madrid gente con mayores tragaderas!

¿No acusa más condiciones
y más laudables propósitos
—tratándose de tragones—
comerse siete millones
de la Caja de Depósitos?...

—

Han sido arrojadas al mar, en Málaga, 700 facas y 300 pistolas, recogidas durante tres meses por la policía de aquella capital.

Se conoce que los malagueños son gentes de armas tomar.

Bien mirado, contado el número extraordinario de las armas recogidas, y el estado actual de Europa, debemos suponer que los malagueños habían comprado esos *chismes* por patriotismo.

Estarían preparándose para rechazar alguna invasión extranjera.

¡O quizá para hacer ellos una irrupción!

¡Vaya usted á saber!

—

Este año, según dicen, anda muy escaso el besugo.

Estará más *escamado* que de ordinario, y no se dejará pescar tan fácilmente.

Al llegar al puerto de San Sebastián, hace algunos días, dos lanchas cargadas con más de 200 arrobas de este pescado, hubo un verdadero motín por adquirirle á cualquier precio.

Por supuesto que si las pistolas arrojadas al mar en Málaga caen en poder de estos pobres besugos, á cualquier hora sacan uno siquiera.

¡Como que hubieran recibido á tiros á los pescadores!

Y éste es el grave inconveniente de armar á los peces.

Sin contar con que el mejor día se traga uno una faca, creyendo que es una simple espina.

¿No podría darse otro destino á esas armas recogidas?...

Venderlas por hierro viejo, después de inutilizarlas, por supuesto.

—

Día 26. Se ha inaugurado solemnemente el *Instituto Pasteur*.

El vulgo, con su pintoresco lenguaje, ha bautizado el nuevo establecimiento con el nombre de «Palacio de la Rabia.»

Según los datos oficiales, pueden inocularse allí de 80 á 120 personas diariamente, para lo cual basta sacrificar doce conejos

ordinarios, doce de Indias y tres perros.

Entre el doliente gemido
del enfermo, y el aullido
del can, en la operación,
allí la conversación
será un perpetuo ladrido.

—

Día 27. Un apunte de *La Vita Allegra.*

Un domador de fieras presenta á los espectadores, una por una, las alimañas que constituyen su *menagérie.*

Al llegar al camello dice:

—Señores; he aquí el camello, animal fuerte, sufrido y sobrio. Puede trabajar ocho días seguidos sin beber.

Uno de los concurrentes, borracho impenitente que escucha, tambaleándose, las palabras del domador, exclama riéndose á carcajadas:

—¡Vaya una gracia! Yo no soy un animal tan grande como ése, y hago más que él. ¡Yo me estoy ocho días bebiendo, y sin trabajar!

—

Día 28.

Pilar, esposa ejemplar,
dice temblando á su esposo:
—Inocente me hace el oso;
no lo puedo tolerar.
Con frases impertinentes
para hoy me pidió una cita.
¿Le envías padrinos? —¡Quita!
si hoy es día de *Inocentes.*
—Pero es que tu honor...—¡Bobada!
—Si es tenaz en su capricho...
—¡No hagas caso; ya te he dicho
que eso es una inocentada!

E. Navarro Gonzalvo.

Soneto.

Yo quisiera morir para no verte;
yo quisiera morir para no amarte;
quisiera entre mis sueños olvidarte;
pero en la realidad temo perderte.

Procuro en mi delirio aborrecerte,
y en la calma no ceso de adorarte.
Te quisiera matar, si con matarte
lograra de tus yerros convencerte.

¡Pero es vana ilusión! Tu pecho artero
el blanco me eligió de tus enojos,
y el objeto de todos sus agravios.

Y es tan grande mi amor, tanto te quiero,
que hasta te miran sin cesar mis ojos
y te bendicen sin cesar mis labios.

C. Sánchez-Arévalo

Humoradas.

Hasta en sueños seduce tu belleza;
soñé que entraste al cielo verdadero,
y que al verte, en su trono de grandeza,
decía Dios moviendo la cabeza:
¿Y por qué ha de ser Dios siempre soltero?

—

Soñando en tu cariño, alma querida,
hace el tiempo en mi mente tal derroche,
que yo creo que vivo en una noche
que sueñe en nuestro amor, toda una vida.

—

Soñando fué: me dijo algo al oído;
no sé bien qué palabra me diría,
porque fué una palabra sin sentido;
pero yo, por volverla á oir, daría
todas las ilusiones que he tenido.

Marcial Ríos.

LOS PIES

Si, según el refrán, al Santo se le adora por la peana, á la mujer la debemos adorar por los pies.

En efecto; hay algo de adoración en la fórmula que hemos adoptado para saludarla, cuando quitándonos respetuosamente el sombrero é inclinando el cuerpo en señal de cortesía, la decimos galantemente:

—*Beso á usted los pies.*

O esta otra fórmula del saludo, mucho más expresiva porque demuestra que estamos completamente á la disposición de la señora saludada:

—*A los pies de usted.*

Con lo cual queda demostrado que los pies son la parte más adorada del cuerpo femenino.

Los chinos son partidarios de los pies pequeños. Para evitar su desarrollo, desde su más tierna edad los torturan bárbaramente, con lo cual consiguen que, en vez de diminutos, resulten deformes.

Los europeos que, dicho sea sin jactancia, tenemos mejor gusto estético que los hijos del Celeste Imperio, no admitimos sus pies como modelos de belleza; porque más que pies nos parecen pelotas de carne viva. En cambio un pie femenino, pequeño como un piñón, según el símil popular, delgado, suave y blanco, con venas imperceptiblemente azuladas, y cuyos dedos no delaten las huellas de la opresión del calzado, es el *non plus ultra* de la belleza... pedestre. Si el pie está aprisionado por elegante bota imperial que, ciñendo el tobillo, deja adivinar el nacimiento de una torneada pierna, pudorosamente cubierta por finísima media de seda, entonces nos cautiva con toda la atracción de lo desconocido: en ese caso nos trastorna el cerebro hasta el punto de hacernos cometer las mayores tonterías.

Un pie largo y estrecho, coquetonamente calzado, es un pie aristocrático. No importa que pertenezca á una muchacha humilde por su cuna; por la belleza de la forma, siempre resultará un pie digno de una aristócrata. Si hay aristocracia de la sangre, ¿por qué no ha de haberla también de los pies?

De las mujeres europeas, las españolas son las que gozan más fama de tener los pies pequeños. Sin embargo, no todas las hijas de nuestro país los tienen diminutos. Para que sea verdad el aforismo «no hay regla sin excepción,» ahí están las catalanas, cuyos pies son relativamente grandes. Pero todo tiene su compensación. Si las bellas hijas de la industriosa Cataluña no tienen los pies chiquitines, este mismo defecto les presta cualidades políticas que otras muchas mujeres les envidiarán. ¡No se rían ustedes! Un Gobierno compuesto de mujeres catalanas, por fuerza habría de ser liberal y tolerante con todas las opiniones, porque no podría menos de practicar la política de *ancha base.*

Pero estoy divagando.

Perdonen las catalanas la digresión, que, por tratarse de pies, presumo les habrá parecido una *salida de pie de banco.*

Los pies son muy útiles en la vida: porque además de que sirven para andar, se emplean en varios usos.

Por ejemplo, matemáticamente, de tipo de medida: *hay pies cuadrados* y *pies cúbicos.*

En literatura desempeñan un importante papel.

Dan pie ó pretexto para sonetos *de pies forzados*, la mayor parte de las veces con versos *cojos*, debidos al chirumen de poetastros *pedestres* que *escriben con los pies.*

También lo desempeñan en lenguaje familiar.

Hay seres afortunados que *nacen de pie;* pusilánimes que para realizar el proyecto más baladí andan siempre *con pies de plomo;* é ignorantes que debieran *andar en cuatro pies* para parecerse por completo á las bestias.

No es esto sólo.

Del atrevido decimos que precisa *pararle los pies;* y del cobarde que es un gallina, porque *pone pies en polvorosa.*

Aún hay más.

La mayor ofensa que podemos hacer á un enemigo, es darle un *puntapie* en salva la parte.

Los zapatos son los verdugos de los pies.

El calzado estrecho es el potro donde éstos sufren tormento, oprimidos por la moda.

Los juanetes, ojos de pollo y motas encarnadas que produce la opresión del calzado, amenazan con dejar coja á media humanidad, la cual con razón puede decir que sabe *dónde le aprieta el zapato.*

También sé yo dónde me apreta el mío.

Por lo que hago punto final, pues si sigo emborronando papel á propósito de un asunto tan pedestre como el de que me ocupo, temo *no dar pie con bola.*

Y, lo que es peor, que mi artículo les parezca á ustedes *un ciempiés.*

J. F. Sanmartín y Aguirre.

—¿Has visto qué impermeable?...
—¡Ahora está muy presentable!

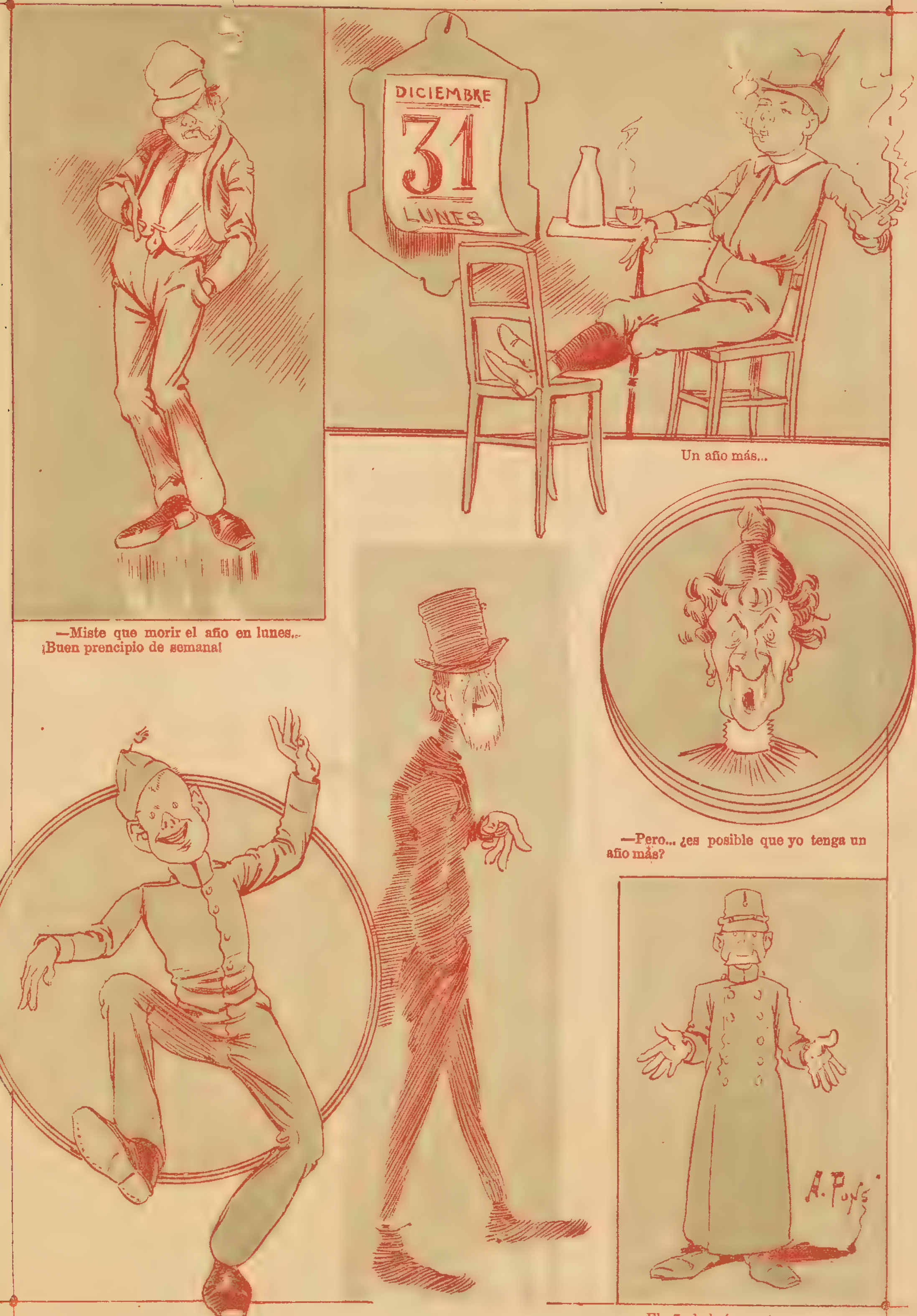
«¿De qué flamenco tapiz
se ha escapado el que se tapa,
que entre el sombrero y la capa
se os ve apenas la nariz?...»

Una pareja elegante,
elegante por demás,
por detrás y por delante
por delante y por detrás.

Y sale á Misa sola
aunque vive en la calle de la Bola.
¡Hola!

Rufino y Restituta.
¡En su vida han tenido una disputa!

A REY MUERTO...



Un año más...

—Miste que morir el año en lunes...
¡Buen principio de semana!

—Pero... ¿es posible que yo tenga un año más?

¡Un año menos!...

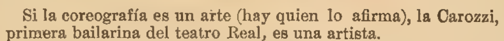
Un año más ó menos...

—El año habrá muerto, pero no ha sido en mi distrito. Yo no he tenido noticia de esa muerte

UN LANCE DE HONOR

—¿Qué sucedió?
—Ni recuerdo
la causa de la pendencia,
pero Enrique dijo á Pepe
cuatro palabras muy feas.
—¿Y Pepe?
—Replicó á Enrique
con otras cuatro insolencias,
y, gracias á los amigos,
no se saltaron las muelas,
Pero se hizo caso de honra,
se cambiaron las tarjetas,
y eligieron sus padrinos
según es costumbre y regla.
Yo fuí uno.
—Como siempre.
—Saben que tengo experiencia
y una caja de pistolas,
y, como es natural, cuentan
conmigo para esos lances.
—Tienen razón; así prueban
sus ánimos; pero sigue
la historia, que me interesa.
—Pues nada, nos reunimos
alrededor de una mesa
los cuatro padrinos, y habla
que te habla más de hora y media,
ni llegamos á un acuerdo
que la cuestión resolviera,
ni conseguimos que hubiese
en ningún punto avenencia.
Esto originó consultas
á Enrique y Pepe, y tras ellas,
con nuevos puntos de vista,
otras reuniones nuevas;
pero, chico, todo inútil;
apreciamos las ofensas
padrinos y contendientes
de muy distinta manera,
y á pesar de mis esfuerzos
y de los de mis colegas...
—¿Se batieron?
—¡No pudimos
conseguir que se batieran!

EUSEBIO SIERRA



FELICITÁ CAROZZI

Si la coreografía es un arte (hay quien lo afirma), la Carozzi, primera bailarina del teatro Real, es una artista.

Felicitá Carozzi es joven, bonita, y milanesa. Baila como el propio rey David, pero sin arpa; recuerda mucho en el *estilo* á la Pinchiara, y ha marcado sus inspirados batimanes en los principales teatros de Europa y América.

PEQUEÑECES

¡Te conozco bien, Leonor!
Si á cambio de eterno amor
un átomo de tu vida
te pidiesen por favor,
lo negaras decidida.

—

Sin embargo, no hay galán
de quien niegues al afán
un beso tras otro beso,
y tú no sabes en eso
cómo las horas se van.

MANUEL DEL PALACIO.

Miniaturas.

Murió Luisa de amor, y ante el cadáver
certificó el doctor:
¡Murió de poca práctica de mundo,
porque murió de amor!...

—

Becquer no creyó en Dios, hasta que un día
vió de unos ojos la amorosa luz;
yo no puedo creer que Dios exista...
si no me quieres tú.

J. DE LAS CUEVAS.

EPIGRAMAS

Para casarse, Quintero,
busca una mujer juiciosa,
honesta, fiel y hacendosa.
—«Pues se morirá soltero.»

—

Versos compone Lucía,
y tenaz en su manía
hasta compone comedias;
mas se duda si sabría
componer un par de medias.

LIBORIO PORSET

IMPRESIONES TEATRALES

Las Pascuas han pasado.

Por regla general, no deben las Empresas de teatros haber quedado muy agradecidas á las fiestas. En estos días se ha hecho costumbre estrenar algo como anzuelo del público, y la verdad es que lo estrenado este año no ha sido cosa mayor.

Bueno es hacer constar que lo que en esta sección de LOS MADRILES se dice sobre la firma de uno que forma entre las últimas filas de los que escriben en los papeles impresos, es, naturalmente, la opinión sin autoridad alguna de este *uno*, no vaya alguien á creer que pretendemos definir dogmas ó dar patentes de nada. Lo que sí haremos siempre es decir la verdad, ó lo que creamos verdad; por ejemplo, lo que buenamente creemos que lo es después de ver *La Exposición Universal* del Sr. Pina Domínguez, estrenado en la Zarzuela.

El Sr. Pina es, al modo de aquel dentista que comía con los dientes de los demás, un ingenio que hace reir con los chistes ajenos. Tiene fama de excelente arreglador, cosa fácil de adquirir con la posesión del francés y un tanto de sentido común; pero es imposible que la tenga de autor dramático. Mientras el señor Pina se ha limitado á la tarea de arreglar, lo ha hecho bastante bien; pero en cuantas ocasiones ha soltado los andadores y ha tenido que imaginar, dar estructura y forma teatral á asunto propio, ha demostrado que ni era, ni es, ni probablemente será jamás autor dramático. *Aguas azotadas* y *La Exposición*, para recordar lo más reciente, son dos pruebas indiscutibles; *La Exposición* estrenada en la Zarzuela es un desastre; tan verdaderamente un desastre, que aún me pregunto con asombro cómo no cayó la primera noche bajo el peso de la indignación pública.

Creo, pues, cada vez con mayor firmeza, que el Sr. Pina Domínguez forma entre los numerosos simones literarios que sirven por horas en los teatros de tercer orden, pero no entre los autores dramáticos.

Y perdone el Sr. Pina si lo dicho le parece un poco crudo, teniendo en cuenta que á él hay que perdonarle eso de *La Exposición*.

Y en paz.

—

Otro estreno, *La Cáscara amarga*, en Lara, y con buena fortuna. Es un juguete escrito para hacer reir, y lo consigue. Su autor, D. José Estremera, no se propuso otra cosa, y no vamos á exigirle rigurosa verosimilitud ni concienzudo estudio de caracteres en un juguete que va principalmente á aquel fin.

La Cáscara amarga está pensada con gran ingenio, y escrita con escrupuloso respeto al idioma; no se puede pedir más en obra de tan modestas pretensiones. ¿Que no llegue á la centésima representación? Esto no prueba nada. Ahí están *Los Inútiles*, que andarán cerca del millar, y es la mayor atrocidad literaria que han visto los nacidos.

—

D. Miguel Echegaray es un autor en muchas ocasiones discreto, en algunas observador de la realidad, y en todas amparador de ripios.

Todos los años escribe algo de circunstancias para la Comedia en días de Pascua, y este año ha dado á Mario *D. Inocente España*, sainete-revista.

Y sainete es, y revista.

Don Inocente España tiene un cuadro primero que es, efectivamente, un principio de sainete, á mi juicio admirablemente escrito, con gracia, con fidelidad en la pintura de los tres ó cuatro tipos que allí salen, el portero muy especialmente; con todas las condiciones de un buen sainete, y hasta casi sin ripios; pero luego...

Luego el Sr. Echegaray echa á perder su propia obra, que tan bien empezaba, y entra con la mejor buena fe en la revista política del género burdo, con las alusiones de siempre, con los tipos de siempre y la falta de ingenio de siempre.

D. Miguel Echegaray ha demostrado que puede hacer un sainete excelentísimo. ¿Por qué no utilizar el primer cuadro de *Don Inocente España* y concluir la buena obra empezada?

Otro estreno hubo en la Comedia por la tarde. *Militares y paisanos*, arreglo del Sr. D. Emilio Mario (hijo), obra que aún no hemos visto, y de que se hablará una vez vista.

—

No hay más.

Por los teatros pertenecientes á las últimas capas dramáticas debe haber habido algún estreno en estos días, porque á éstos chicos antes les desuellan que dejar de escribir su piececita todas las quincenas; pero si así ha sido, no nos hemos enterado.

Y es que tiemblan las carnes cada vez que viene una *première* con mostaza, tipos de media noche y coplas *abusivas*, como las llama mi ingenioso amigo Eduardo de Palacio.

FEDERICO URRECHA

Pacotilla.

No se aleja ni un momento
de mi raudo pensamiento,
sin dejarme descansar,
ese prodigioso invento
que en Cádiz se va ensayar.

—

¿Tendrá el éxito esperado
por su ilustre y sabio autor,
ó no dará el resultado
que Peral ha calculado
con talento superior?

—

¡Ay! Ojalá que la ciencia
no haya reservado nada
á su clara inteligencia,
y que al hacer la experiencia
vea su gloria colmada.

—

Si es á sus cálculos fiel
el submarino bajel
como á la elíptica el sol,
¡qué gran día para él
y para el pueblo español!

—

¡Abrir las hondas regiones
de los mares procelosos,
bajo todas las presiones,
á las investigaciones
de los hombres estudiosos!

—

¡Crear un monstruo marino
que desde el seno profundo
del mar, afinando el tino,
destruya con un *pepino*
la escuadra mayor del mundo!

—

¡Domar la fiereza brava
del turbulento Océano,
que tan orgulloso estaba,
porque se consideraba
libre del poder humano!

—

¡Humillarle, si se irrita,
con su soberbia infinita;
porque tiene malos humos,
y hasta imponerle, si grita,
contribución de consumos!

—

¡Bogar por el hondo abismo
del inmensurable lago
sin temor á un cataclismo!...
¡Vamos, hombre, eso es lo mismo
que sorberse el mar de un trago!

—

¿Será tal nuestra fortuna
que triunfe Isaac en su empresa
sin dificultad ninguna,
cosa que á España interesa
más que lucir su tribuna?

—

Y con orgullo, que daña
fundado en motivos hueros,
pero no en triunfal campaña,
les podrá decir España
á los pueblos extranjeros:

—

«Aquí, por ley natural,
no da peras ni pepinos
el olmo, que no es frutal;
pero, en cambio, hay un *Peral*
que da barcos submarinos.»

—

Miren ustedes lo que son las cosas.

Porque el otro día aparecieron dos boquetes abiertos en la capilla del penal de San Miguel, de Valencia, ya dice un periódico que hay motivos para sospechar que fueron abiertos por algunos penados con objeto de fugarse.

¿Y por qué? vamos á ver. ¿Por qué se ha de sospechar eso?

¿No ha podido ser al revés?

¡Quién sabe si habrán abierto los boquetes desde fuera para introducirse por ellos algunos que querían ejercer de presidiarios!

¡Como sobre gustos no hay nada escrito!...

—

Para el día 1.º de año está anunciado un eclipse de sol que va á ser invisible en Europa.

¡Ahí tienen ustedes lo que es el Gobierno!

Ni siquiera se le ha ocurrido gestionar para que sea visible en España.

¿Cómo hemos de prosperar así? ¡Imposible!

—

El otro día en Vigo
riñó con un amigo
de cinco años de edad, otro de siete;
y con una navaja de Albacete
le hizo un chirlo en la cara, dando un brinco,
al de los siete años, el de cinco.
¡No ocurrieran, de fijo, estas rencillas
si no fueran coquetas las chiquillas!

—

A media noche:

—Hombre, me ha llamado la atención una cosa.

—Usted dirá..

—Que á tres mujeres que hemos encontrado las ha dicho usted: «¡Adiós, *Mesalinas!*» ¿Por qué las da usted ese nombre?

—¡Toma! ¡Porque *me salen* al encuentro!

—

—Diga usted, don Pantaleón.
—A sus órdenes, don Diego.
—Yo, á la lotería juego
y esto de *aproximación*
á comprenderlo no llego.
—¡Caramba! ¿Que no? Me choca,
—Se lo juro por mi fe.
—¡Pues es, si la suerte loca
hace que el gordo le toca
á algún vecino de usté!

—

Al empezar su ayuno el italiano Succi, pesaba 63 kilos.

Ha calculado él mismo que el último día de la prueba pesará escasamente 53,

Pues ya lo comprendo, vamos;
la cosa es bien evidente.
¡Se come trescientos gramos
de su carne diariamente!

JOSÉ ESTRAÑI

Menudencias.

Libros.

¡Buena semana de ellos!

Almanach de la Esquella de la Torratxa, con multitud de fotograbados y elegante cubierta al cromo, y *Carn y Ossos*, por don S. Gomila, distinguido escritor catalán, son dos preciosos libros que ha publicado el activo editor I. Lopez, de Barcelona.

Bodas de azar es una novela corta del maestro de muchos, Antonio Sánchez Pérez, y como obra de tales manos, excelente. Pertenece á la *Colección contemporánea* de Gutiérrez y compañía.

El gusano de luz, de Salvador Rueda, es una novela de fondo un tanto crudo y de forma irreprochable, como todo lo que nuestro distinguido colaborador hace.

Aunque parece ocioso decirlo, conste que aquí no pretendemos hacer juicios críticos de lo que se nos envía. No hay espacio para ello, y hemos de limitarnos á un simple aviso de recibo; pero sépase que lo recibido se acepta con gusto y se lee con cariño.

Almanaque Cupidinesco para 1889, escrito por nuestros escritores de más salero y los dibujantes de más intención, que han hecho para el tomo 132 dibujos de lo más escogidito en el género.

Cuesta una peseta, aunque vale mucho más, y no porque yo lo diga, y se reparte con este número á los suscritores de LOS MADRILES.

Para más detalles véase nuestra plana octava.

¡AGUINALDOS!

No era posible que **Los Madriles**, que ha roto en muchas cosas con antiguos usos, que respetamos pero no seguimos, dejara de volver á ellos, tratándose de algo que fuera en provecho de sus favorecedores.

Quien algo quiere, algo le cuesta. **Los Madriles** quiere servir al público, aunque le cueste su dinero. Así pues:

El suscritor que se abone por todo 1889 **en esta Administración**, pagando sus **nueve** pesetitas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco y Los Madriles**, como es consiguiente. Y téngase en cuenta que los libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera **al cromo, y valen cinco** pesetas. De modo que haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en **cuatro** pesetas.

Los suscritores por semestre recibirán **un** tomo de **Novelas amorosas.** Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madriles** en **tres** pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

Los actuales suscritores recibirán el **Almanaque.**

Y ahora... ¡digan ustedes algo todavía!

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Los Madriles (*avanzando hasta las candilejas con cierta modestia no exenta de elegancia*):—Señoras... caballeros... gracias mil por sus bondades; en el año próximo tendré ocasión de demostrarles cuán grande es mi gratitud; entretanto... (*la emoción le impide continuar.*)

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
5 de Enero de 1889.
NÚMERO 14.

1889

¡Año nuevo, bien venido! ¡Día de Reyes, Pascua alegre de los niños, bendito seas!

En este primer número del año, LOS MADRILES besa los monísimos pies de sus lectoras, estrecha agradecido las manos de sus lectores, y á todos envía el saludo clásico:

¡Feliz año nuevo!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 pesetas.
Seis meses.......... 5 »

Ultramar y Extranjero.

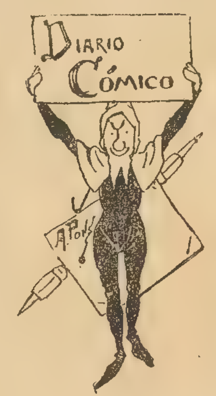
Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

LITOGRAFIA, PASAJE DE VALDECILLA, 2, MADRID



Día 29 de Diciembre de 1888.

Leo en los *Avisos útiles* de *La Corrrespondencia* de hoy:

«Por más que intriga y calumnia, y va en coche con la tía, no conseguirá *Gurromino* el *Reptil venenoso*.»

¡Si vieran ustedes cómo me han intrigado esas dos líneas, con su abuso de cursivas!

Gurrumino (*no gurromino*) se dice del marido que contempla con exceso á su mujer.

Luego aquí danza un marido.

Y el «Reptil venenoso» debe ser.

¡Oh qué escabrosos asuntos!
¿No habrá un ingenio sutil
que ponga en claro estos puntos,
y me diga qué harán juntos
Gurromino y el *Reptil*?

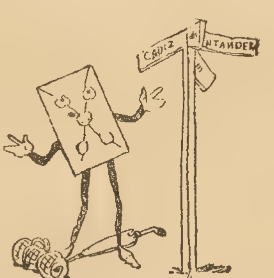
—

Un cartero aprovechadito sustraía la mayor parte de la correspondencia que pasaba por sus manos.

En su casa se han encontrado más de 300 cartas.

—

Del coche que conducía la correspondencia desde la Central á la estación, se ha extraviado un paquete de certificados.



En Santander ó Cádiz (no recuerdo bien) cayó al mar una saca de correspondencia hace poco tiempo.

Es sino, no hay que dudar.
Otra explicacion no hallo.
¿Es carta?... No ha de llegar
en coche, á pie, ni á caballo,
ni por tierra, ni por mar.

—

Día 30. Recoge la autoridad (en Madrid) más de cuatrocientas armas, entre ellas más de setenta de fuego.

Copio esta noticia como función de desagravio á los malagueños, y entono el «yo pequé,» confesando que en *toas partes cuecen habas*.

Una pregunta:

¿Dónde se arrojan esas armas recogidas en la villa y corte? ¿Al estanque del Retiro?

—

Al cerrar anoche la iglesia de San Ginés fué encontrado un caballero, durmiendo como un bienaventurado dentro de un confesonario.

El sacristán le despertó, conduciéndole después al Gobierno civil.

Si estaba durmiendo á gusto
y no daba mal ejemplo,
¿no es un proceder injusto,
si es de los justos el templo,
turbar el sueño del justo...?

—

Día 31 de Diciembre. Muere el año 1888.

¡Adiós, hermosa Diana!

Conste que te has portado mal, muy mal, con nosotros.

Gracias á que nos has perdonado la vida, y eso hay que agradecerte.

Por lo demás, como no sean desdichas, bien poco dejas tras de tí.

Como decían dos chulos á la puerta del café Imparcial:

—Hoy se acaba el año, Piri.
—¡Sin ganas que yo tenía!
—Bonitos nos deja.
—¡Y dilo!
—¡Todo el mundo está que trina!
—Pues á nosotros nos deja
en una clase malísima.
—¿En clase de qué?
—De *bocas*.
—¿Eh?
—De bocas de la Isla.
—¡Ya! que estamos *por dos velas*.
—Pues á ver si te *espabilas*.
(Conque ojo, y á *espabilarse*,
que dice la chulería.)

—

Día 1.º de Enero de 1889. Martes.

¡Buenos días, barbián!

Es decir, ¡buenos días, *Marte*!

¡El dios de la *bronca* presidiendo los destinos del año nuevo!

Como venga de malas, ¡Dios nos la depare buena!

Afortunadamente, el matón mitológico anda un poquillo averiado.

La paz se impone.

La humanidad tiene cada día menos gana de romperse la crisma.

Y es natural. A puro inventar medios de destrucción, se han hecho las guerras imposibles.

La *jindama* es común y el respeto es mutuo.

Marte ha cedido sus poderes á la diplomacia.

Ha trocado la férrea armadura por el frac y la corbata blanca.

Las plumas dominan á los chafarotes.

Dentro de breve espacio de tiempo las únicas armas que estarán en carácter serán la carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo.

El pobre Marte se ha puesto muy viejo. Verdad es que aún quiere presumir, y se tiñe el pelo y las barbas.

Pero no asusta á nadie.

Parece un Santo restaurado.

Saludémosle con el respeto que se merece la majestad caída.

¡Salud, Boulanger!

—

Excuso decir que deseo á todos mis lectores un año feliz, repleto de dichas y de prosperidades.

Y aprovecho gustoso esta ocasión de ofrecerme de todos ellos agradecido y seguro servidor.

Y me quedo corto.

—

Dicen que hoy una joven
de trece años,
de un seductor aleve
cayó en el lazo.
Según se cuenta,
no es la chica el modelo
de la inocencia.

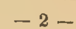
Faltándole monises
para su hazaña,
quiso el audaz Tenorio
vender la capa.
¡Y ella, rumbosa,
de este pleito amoroso
pagó las costas!

—

Día 2.

Llega á Málaga un eunuco con el encargo de comprar una guitarra y unas castañuelas, instrumentos con los cuales se propone alegrar al Sultán de Marruecos la Sultana favorita.

Esta Sultana (según dicen) es una hermosísima malagueña, que se trasladó á Africa por razones de familia, y vino á dar en el Serrallo de Su Majestad Sheriffiana, siendo hoy el mejor ornamento del harén.



¡Buena persona será la malagueñita esa! ¡buena persona!

Si sabe la picaruela
repicar la castañuela,
¡qué ratos se pasarán
con el cante y la vihuela
la Sultana y el Sultán!

—

Día 3 de Enero.

Pavía... 1874... El sable de papá... ¡Qué recuerdo!

A la una de la tarde, en el Paseo de Recoletos, con viento fresco y tiempo apacible, le roban violentamente al Sr. M. de O., distinguido marino y ex gobernador de una de nuestras posesiones ultramarinas, 7.000 pesetas en billetes de Banco, que llevaba en su cartera.

¿Pero esto es Madrid, señor Gobernador?

¡La hora, el sitio, todo acusa una seguridad de que los guardias de la ídem no sirven para nada, que pone frío hasta en la medula de los huesos! Pero esos guardias, ¿para qué son?

—

De una revista de salones:

«Un suceso inesperado conmovió, no hace muchas noches, profundamente á la concurrencia *very select* de una tertulia aristocrática.

»Fué el caso que al levantar una cortina cierta mano indiscreta, vióse, con general asombro, que un *clubman* muy conocido en la sociedad cortesana recibía un beso (*shocking*) de la hermosa dueña de la casa.»

¿Asombro? ¡Bah!

Si en un beso no hay exceso,
no causa asombro jamás.
Por pudor dirán que es eso.
¡De seguro que fué un beso,
y alguna cosita más!

E. Navarro Gónzalvo.

DESDE EL BOULEVARD

Dos dramas han sido el objeto constante de la atención pública durante la última quincena del año 88.

El uno estuvo á punto de no acabarse en el teatro del Odeón.

El otro tuvo su fin lúgubre en la plaza de la Roquette.

Titulábase aquél: *Germinie Lacerteux*.

Llamábase éste: *El proceso Prado*.

—

La silba del drama de Edmundo de Goncourt tiene su explicación.

No hay nada más aburrido y menos interesante que el vicio pobre, la canalla de arrabal y el *argot* de las prostitutas y los *souteneurs*, chulos de mala especie que diríamos en los Madriles.

No he de venir yo, el penúltimo de los escritores españoles—que el último ya se encargaría *Clarín* de nombrarlo si se lo preguntáramos á dar en esta crónica la patente de escritores de primera importancia á los hermanos Goncourt, Mesías de la religión naturalista en la literatura moderna.

Esa patente se la ha dado Francia primero, y Europa entera después.

Ni me he de meter á dilucidar la cuestión de si es mejor esta escuela literaria que las demás, ni si se puede llevar al teatro en toda su crudeza. Sobre faltarme espacio para ello, pudiera sucederme que me faltase *ropa*, como vulgarmente se dice, para dilucidar tan espinosa cuestión.

Lo que sí confieso ingenuamente es que en el teatro estoy del lado de los que defienden la teoría de Alejandro Dumas, hijo, que en cierta ocasión decía que no hay más que dos clases de comedias: las que están bien hechas y las que no lo están.

Germinie Lacerteux, si estuviese bien hecho como drama, tendría interés en primer lugar; seduciría, á pesar de su escueto naturalismo, como ha seducido y conmovido, no há mucho, en el Teatro Libre, *La muerte del duque de Enghien*, cuadro sencillísimo, naturalista *á machamartillo*, que diría quizás ese último escritor á que antes me refería, y que con toda su sencillez, sus pocas palabras y su ningún aparato escénico, ha hecho derramar lágrimas como puños á hombres como castillos y que no se asustan y ruborizan por todas las palabrotas ni contorsiones de alumbramiento de la heroína del drama de Goncourt.

Además, hay cosas que en el libro se pueden decir ó pintar con naturalidad y talento, y en el teatro no se pueden poner en acción ni en boca de los personajes.

Unas porque aburren, y otras porque levantan el estómago.

Una mujer con *los dolores*, ni conmueve, ni interesa, ni prueba nada. El parto es un acto natural; pero por ese camino se llegaría á intentar el género cómico naturalista y á buscar situaciones cómicas poniendo á contribución alguno de los actos más naturales y necesarios de la vida.

Y eso ya sería... sería *s'enmoutarder*, como dice uno de los personajes del drama de Goncourt.

—

Y vamos al otro drama.

—¡Doy el indulto á 6 por 1!

—¡La muerte á 7 por 2!

—¡La guillotina á la par!

Estas frases, imitadas de la jerga de hipódromo, pintan el estado de una parte del público *boulevardier* durante la semana que ha precedido á la ejecución de Prado.

Se apostaba con ardor sobre la cabeza del condenado á muerte.

Su vida dependía de la clemencia del jefe del Estado.

Carnot no ha encontrado en la causa fundamento para usar de la prerrogativa de indulto.

A pesar de los puntos oscuros de esta causa célebre, pocos creían en que Prado viese llegar el día de Año Nuevo. Así es que la muerte se cotizaba el día 26 en el café Americano, punto de reunión nocturna de la gente alegre, á 7 por 1.

Y el día de los Inocentes fué degollado Prado, para que todo sea singular en este proceso.

Se ha llevado al otro mundo el secreto de su nacionalidad y el de su nombre.

Y se ha llevado más.

Se ha llevado su cuerpo entero, sin que los señores médicos se entretuvieran en hacerle picadillo para averiguar que no han averiguado nada nuevo, como sucede en tales casos.

Y no ha sido porque la Facultad dejase de reclamar con energía los restos del ajusticiado. Por tres veces lo han reclamado.

¡Estos médicos son atroces! No se contentan con matar á media humanidad; necesitan también lo que mata el verdugo.

¡Ambiciosos!

Con piel de Pranzini se llegaron á hacer petacas y portamonedas.

Prado no ha querido, por lo visto, que sus restos sirvieran en esta época del año para fabricar *étrennes* patibularios.

Y que se hubieran cotizado á precios fabulosos entre las empingorotadas *momentáneas* que, después de pagar mil francos por una ventana para verle *faire la culbute*, mojaban fervorosamente sus pañuelos en la sangre que destilaba de la guillotina.

—*Ça porte bonheur*, decían.

¡Quién sabe! El olor de la sangre atrae las fieras, y éstos asesinos de mujeres públicas son de la familia de los tigres.

—

Nouvel an!

Día de aspecto especialísimo en París.

Día triste: hay que dar aguinaldos á todo el mundo.

Día alegre, sobre todo para las mujeres y los niños: todo el mundo les regala algo.

Los boulevares presentan una animación difícil de describir. Es uno de los días en que debe verse París.

No hay transeunte que no lleve un paquete.

Las tiendas de flores y las confiterías sufren verdaderos asaltos, y hacen su agosto á una temperatura de cero grados.

Desde la Magdalena á la Bastilla, ambas aceras están cubiertas de barracas. Seis kilómetros de feria y 3.000 comerciantes menudos; la mayoría obreros, que han fabricado el *artículo de París*, que venden estos días.

Signo de los tiempos: se ven muy pocos retratos de Boulanger.

Detalle curioso: El Monte de Piedad ha estado abierto hasta las doce de la noche la víspera de Año Nuevo. ¡Este *empeño* de hacer regalos!

—

Nos encontramos á un amigo que tiene siete sobrinos, y cada día de la semana come convidado en una casa.

—¿Te gustan los niños? se me ocurre preguntarle, viendo que á cada paso se pára á mirar las barracas donde hay juguetes.

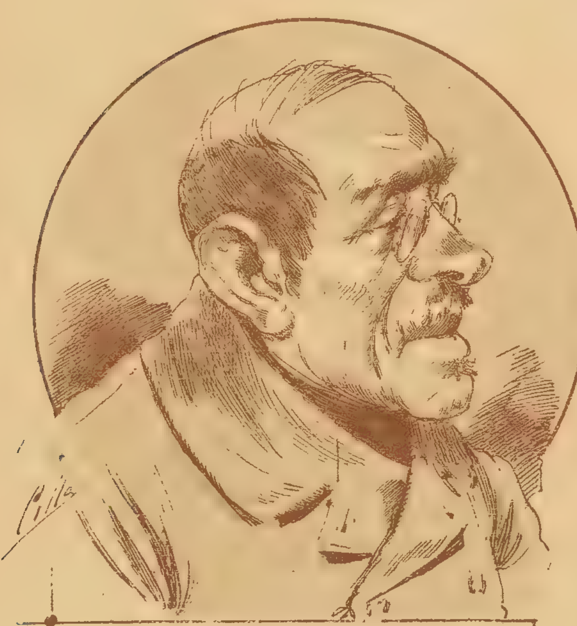
—Te diré, contesta; durante todo el año me son indiferentes; el 1.º de Enero... ¡los aborrezco!

Blasco.

París 3 Enero 89.

—¡Qué buen pintor es Zenón;
ha obtenido una medalla
en la última Exposición!...
—¡Pero el cuadro es malo!—¡Calla,
que convida á peleón!

—Ahora, al *Horno de la Mata*,
diez, principal interior,
á darle una serenata
por su medalla, á un pintor.
¡El que la sigue la mata!



¡Música?... ¡Ya están despiertos
los vecinos! ¡Oh, de fijo!
¡Estos son los triunfos ciertos!
¡Ya da música á mi hijo
la Sociedad de Conciertos!...

¡Cómo el aura popular
viene mi frente á orear!
¡Ya tengo una posición!
¡Ya me vienen á tocar
con la orquesta de Bretón!

La capa de Josef.

«Esta capa que me tapa
tan pobre y raída está,
que sólo porque se va
se la conoce que es-capa.»

RAMÓN DE LA CRUZ

De capa y espada.

De capa caída.

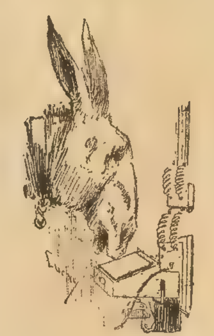
A. Pons

De capa empeñada.

De las últimas capas sociales.

EL BORRIQUITO

CUENTO PARA NIÑOS



Pues, señor, en aquel tiempo en que, según asegura Esopo, el gran fabulista, hablaban los animales, puso el león una escuela de niños, es decir, de animales pequeños.

Asistían á ella, con objeto de instruirse y de no hacer mal papel en la sociedad, una ardilla muy lista, un zorro muy astuto, varios perros de castas diferentes y una cotorra muy charlatana.

Eran todos animalitos de clara inteligencia, muy dispuestos para aprender, y pronto lograron adquirir conocimientos generales.

El león estaba satisfecho de sus discípulos y no pensaba admitir más, cuando un día presentóse un borriquillo de color de ceniza, chiquitín, vivaracho y con las orejas muy largas.

—¿Qué desea usted, pollinito? le preguntó el maestro con mucha cortesía.

—Pues yo, contestó el recién llegado, quiero aprender lo que estos compañeros míos.

La ardilla, el zorro, los perros y la cotorra soltaron una carcajada.

—¿De qué se ríen ustedes? preguntó el león dando un rugido.

—Nos reímos de este borrico que quiere compararse con nosotros.

El león miró con desprecio al pájaro verde, y volviéndose al pollino le habló de esta manera:

— Desde hoy vendrás á la escuela todos los días. Ya sé que Dios no te ha concedido gran inteligencia, como á estos otros animales; pero si estudias con ahinco llegarás á saber tanto como ellos.

Desde entonces el borriquillo asistió puntualmente á la escuela, y era de ver su constancia en repasar los libros y la atención que ponía á las lecciones y lo que movía sus orejas largas y tiesas para oir mejor las explicaciones del maestro.

Sus compañeros se burlaban de él, y en todo el tiempo que duraba la clase no hacían otra cosa que reirse del pobre asnito, descuidando los estudios y haciéndole, aun los que no eran perros, una porción de perrerías. Ya imitaban su rebuzno; ya se ponían largas orejas, hechas con cucuruchos de papel; ya figuraban dar coces contra los bancos; todo aquello, en fin, que pudiera ofender al paciente discípulo.

Pero éste no hacía caso. Si le llamaban *burro*, no se incomodaba, porque sabía que lo era; se pasaba las horas haciéndose el sordo á los insultos y á las burlas.

Llegó fin de curso. Formaron el Tribunal de exámenes tres sabios de Grecia, á quienes llamó el león para que juzgasen los adelantos de sus discípulos, y se presentaron éstos con el temor natural de quien va á ser juzgado por personas de inteligencia superior.

Pero ninguno tenía tanto miedo como el borriquillo, que, convencido de su escasa disposición para el estudio, temía no alcanzar ni siquiera la nota de *mediano*, y justificar así el desprecio de sus compañeros.

Fué el último que se examinó, y los otros, que ya habían salido de su apuro, se reían al ver al pobrecito, lleno de susto, presentarse ante el Tribunal todo tembloroso, con el rabo caído y las orejas desmayadas.

—Ahora te convencerás de que eres un asno, le decía el zorro.

—Y de que el más torpe de nosotros es más listo que tú, añadía la ardilla, que no se estaba quieta un momento.

—Anda, borrico, borrico, borrico, le decía la cotorra.

Pero ¡cuál no sería la sorpresa de todos cuando vieron que el pollinito contestaba sin vacilar á cuantas preguntas le hacían!

¡Con qué modestia, pero al mismo tiempo con cuánta seguridad se explicaba! Baste deciros que los jueces le dieron la nota de *sobresaliente*, que no había logrado ningún otro discípulo, y una hermosa medalla de oro que le colgaron al cuello y que relucía como un sol.

El león entonces sacudió la melena, dió un rugido de satisfacción, y habló de esta manera á sus discípulos, señalando con la garra derecha al pollinito, que no se daba cuenta de lo que le sucedía:

—Ahí tenéis el poder de la voluntad y de la constancia. De nada sirve la disposición natural si no se sabe aprovecharla para el estudio.

No os burléis nunca de aquellos cuyas dotes intelectuales son escasas, porque de esto no tienen culpa; burláos, sí, de los que con sobrada inteligencia no saben, sin embargo, aprovecharla. Esos, esos son los verdaderos borriquitos.

Calló el león, rompió en un aplauso la concurrencia, y salieron del salón los perros con el rabo entre piernas y las orejas gachas; la ardilla escurriéndose avergonzada; haciéndose el distraído el zorro, y la cotorra diciendo en voz tan baja que apenas se oía:

—¡Nos hemos lucido, nos hemos lucido!

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

SUFRAGIO TEATRAL

Ha llegado á mi noticia, también á la de hombres de talento, y aun á la de algunos políticos, que se trata de fundar una asociación que tendrá por fin y principio antiprotestar de las manifestaciones de reprobación que algunas obras teatrales producen.

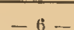
Si yo fuese alguien, diría que la idea de esos neo protestantes me parece excelente y de gran trascendencia; pero como soy nadie, diré tan sólo que á nadie le parece bien.

No hace mucho tiempo dió el público á los *reventadores* la partida de bautismo; ahora habrá de dársela también á los *contrarreventadores*. Aquéllos, como su título dice, son gentes que destripan (literariamente) á ciertos autores que merecían, no obstante, ver sus nombres escritos en las paredes por toda la vida, y algo más. Y éstos vendrán al campo de batalla á destripar reventadores, como su título indica también.

De hoy más, se dirá en lenguaje teatral *contrarreventadores*, así como se dice contrapunto, contradanza, contrapaso, contralto, contraforo, contrabajo y contraseña. Dos neologismos: reventadores y contrarreventadores.

Pero, supuesto que entre unos y otros destripadores literarios habrán de reñirse grandes batallas para decidir acerca del éxito que corresponda á una producción teatral, importa mucho que de antemano se fijen las condiciones de la lucha, para proporcionar á la agresión la defensa. Unos dicen: «El que se halle disgustado en un espectáculo público y quiera demostrar su desagrado, debe, imitando costumbres extranjeras, volver la espalda al sitio de donde provenga su mala impresión, á la sangre en la plaza de toros, á la pista estercolada en un Circo gimnástico, ó al proscenio en un teatro.» Sin embargo de ser extranjera esta manifestación, y culta, no me parece propia en nuestro país; en primer lugar, porque tal postura sería incómoda, y además, porque perturbaría el derecho de los contrarreventadores, que no hallarían otro mejor argumento que ir derribando gente con voces primero, y á puros golpes después, como ya, por desgracia, se ha visto.

Otros sostienen la opinión, muy aceptable, de que debiera mostrarse tal reprobación calándose el sombrero. Lo que, si bien á primera vista es culto y de española invención, también tiene el



inconveniente de que esta muestra sólo se haría patente en las localidades más visibles, y no en las otras, á cuyos ocupantes hay que reconocer el derecho que á los demás asiste.

El pito, ó silbato, debe ser desterrado de todo espectáculo culto, mucho más hoy que ha venido á caer en la esfera del derecho público, como los viajes de propaganda, los banquetes, los motines y los *meetings*, etc., etc. Otras cosas se me ocurren al llegar á este punto, sin debérseme ocurrir, por lo que me las dejo guardadas y sigo adelante.

La tos fingida, tampoco está probado que sea buen sistema de protesta, porque sucede que en un estreno rompe á toser un espectador con inocencia y sin gana de hacerlo, por padecer de catarro ú otra enfermedad, y á seguida otros concurrentes más apercibidos á la tos que á lo tosido, hacen coro al constipado y va creciendo el ruido, que es como estertor de una gran bestia, y de catarro pasa á cólico, y allí empieza el arrojar voces gruesas, letanía de carreteros. Con esto se interrumpe la escena; el actor, ó lo que sea, al verse en peligro, descompone el cuadro; sube la protesta más alta, y al punto mismo en que interviene la autoridad, termina el teatro en tumulto de mercado, sin saber si la obra que se ha ido á presenciar merecía tal desastre. Verdad es que alguna que otra obra, por ser mala al principio y peor después, antes gana que pierde con la rechifla; pero, por fortuna, casi la totalidad de las produciones teatrales, y aun de las literarias que hoy se representan, no es apreciada en su justo valor por la intemperancia del público, que se pelea en dos bandos, como bárbaros y romanos.

Nada bueno debe decirse de aquellos que, con los bastones ó el calzado, mueven ruido tempestuoso. Este procedimiento, por ser oculto, es ruin, y por imitar las patadas de las bestias en el establo, es irracional. No se ha de condenar con los pies lo que pudiera muy bien haberse hecho con la cabeza.

Hay que buscar una forma, un sistema adecuado para que *reventadores* y *contrarreventadores*, usando las mismas armas, ejerciten su derecho á reprobar ó aprobar la obra que presencien, bien sea literaria ó simplemente teatral. Y el remedio urge como medicina á un moribundo, que á tal extremo pudieran llegar las cosas, que sólo fueran á los teatros gentes de armas tomar.

Y ya que de sistemas se trata, ¿por qué no introducir en los teatros el sistema del sufragio? Espectáculo por espectáculo, tanto viene á dar Cámara como teatro, que en uno y en otro hay espectáculos y actores; éstos *representan sus papeles*; los individuos que componen las Cámaras también *representan los papeles de sus electores*.

Espero leer algún día, si tal sistema se adopta, cosas como esta: «El Teatro Ambiguo está de enhorabuena. Por 700 votos contra 2 fué aprobada anoche la bufonada cómico-lírico-bailable *El lupanar*, y por unanimidad tuvo la misma suerte la quisicosa titulada *La mancha de sangre*. Ambas originales de un conocido autor.» ¡Y hasta otra!

P. P. Villanueva.

RUBÍN

—Está bien, dijo de pronto el sargento Azoquejo, que había estado callado como un muerto; está bien que vos hagáis lenguas de los generales y de todos los señoritos del Estado Mayor que tiran de aquí y tiran de allá en los mapas y ganan las acciones; pero es bueno que sus acordéis también de los tacos que se pierden sin que nadie sepa de ellos.

Atacó Azoquejo la pipa, negra como un tizo, y preguntó:

—¿A qué no sabéis nada de Rubín?

Nadie sabía del tal Rubín una palabra.

—Eso me repuzna, prosiguió el sargento frunciendo el ceño, porque aquí no hay más gloria melitar que lo que brilla, y vusotros sois como mariposas. ¿Quién ganó la acción de Lagartera? ¿El general? Pues nó, que fué Rubín.

—Venga ya eso de Rubín, dijo el cabo Gutiérrez.

Se retrepó en la silla Azoquejo, embocó la pipa, que con la conversación le bailaba en los labios, y empezó á contar el caso de Rubín.

—Amos á ver... Cuando nos metió el coronel Retuerta en Lagartera con cincuenta caballos de la Princesa, nadie sabía que estaban los otros á una legua, ni ellos sabían que estábamos nosotros allí. Y nos metimos como gazapos, muertos de hambre, con treinta hombres aspeados y diez cartuchos por barba. Y á aquello le llamaban amenistración melitar. ¡Vaya una amenistración!

Soltó Azoquejo un taco redondo en desahogo contra aquella administración, y continuó:

—El coronel Retuerta supo al día siguiente que los otros tenían tres regimientos y dos baterías en el paso de Lagartera, y como el General estaba del otro lado y convenía que lo supiese, buscó quien llevase el recado, y se prestó Rubín, que estaba de machacante con el alférez Cerraja. Macuerdo que se fué de noche, vestido de segador, llevándose la suerte de todos nosotros. Y no le volví á ver ya más, porque pasó, dió el aviso, y al volver fué detenido por los otros en el desfiladero.

Yo no sé quién le conoció allí; ello es que se lo llevaron al brigadier, y que éste golió algo, porque interrogó á Rubín con cara de cordobán; pero Rubín se mantuvo con coraje, y como no llevaba papeles podía mandarlos al cuerno.

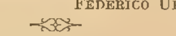
—O cantas de aquí á la noche, le dijo el brigadier, ó cuenta á la noche con la absoluta final.

¡Pues, bueno! prosiguió Azoquejo, animándose; Rubín sabía que si cantaba nos merendaban á las dos horas y perdía el viaje el general, que ya debía estar de camino sobre Lagartera, y Rubín no cantó, y llegó la noche, y no cantó tampoco, y se lo llevaron á una hondonada para ver si cantaba... Y aluego supimos que le apretaron como un dolor, y que viendo que no daba chispa le fusilaron sin compasión y sin respeto. Y esto que hizo Rubín, sin ser general ni nada, no está en las historias. ¡Cuerno con la guerra!

Sacudió Azoquejo melancólicamente la ceniza de la pipa, y añadió con cierta amargura:

—Después, cuando Dios amaneció sobre el desfiladero, y nos vió llevar por delante á los otros, incluso el brigadier aquel de cara de perro, y fuimos á la capital con el botín ganado con fatigas y en fuerza de puño, dijeron los *Boletines* que el general había puesto una pica en Flandes. Y bien ¿quién se acordó del pobre Rubín en el regimiento? Nadie, vos digo, ni aun el alférez Cerraja, que tantas veces había comido de lo que él le guisaba. Pero macordé yo ¡porra!—acabó Azoquejo con gesto enérgico y dando un puñetazo en el petate;—macordé yo de aquel pobre que me había salvado al regimiento muriendo como un perro, y sigo acordándome y poniéndole en alto, manque no digan nada de él las historias...

Federico Urrecha



¡AGUINALDOS!

No era posible que **Los Madriles**, que ha roto en muchas cosas con antiguos usos, que respetamos pero no seguimos, dejara de volver á ellos, tratándose de algo que fuera en provecho de sus favorecedores.

Quien algo quiere, algo le cuesta. **Los Madriles** quiere servir al público, aunque le cueste su dinero. Así pues:

El suscritor que se abone por todo 1889 **en esta Administración**, pagando sus **nueve** pesetas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco** y **Los Madriles**, como es consiguiente. Y téngase en cuenta que los libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera **al cromo**, y valen **cinco** pesetas. De modo que haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en **cuatro** pesetas.

Los suscritores por semestre recibirán **un** tomo de **Novelas amorosas**. Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madriles** en **tres** pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

A los compradores de este periodico se les remitirá el **Almanaque**, franco de porte, haciendo el pedido á la Administración acompañado de **1 peseta**.

Y ahora... ¡digan ustedes algo todavía!

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
12 de Enero de 1889.
NÚMERO 15.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Ramos Carrión es, seguramente, uno de los autores dramáticos más populares, y tal vez el más conocedor de la *mecánica* teatral. Rara vez le ha engañado su buen instinto, lo cual es en el teatro la mitad del éxito.

Ramos Carrión ha aportado á la razón social *Ramos Carrión y Vital Aza* su habilidad dramática, Vital su envidiable gracia, y de esta *unión* ha nacido *El señor Gobernador*, ya crecido y hecho, pero muy bien hecho...

Una rareza: Ramos Carrión estima en más su reputación de jugador de billar que la de autor dramático. Y, efectivamente; hace mal las carambolas y bien las comedias.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

LITOGRAFÍA, PASAJE DE VALDECILLA, 2. MADRID

¡Qué día, Urrecha, qué día
el día *Cinco* de Enero!
¿Recuerdas aquellas *colas*,
de las que sólo hay ejemplo
cuando un orador de talla,
en un solemne momento,
caldea con su elocuencia
la atmósfera del Congreso?
¿Cuando canta la Nevada
en el regio Coliseo?
¿Cuando matan ocho toros
Lagartijo y el *Frascuelo*?
¿Cuando el *Monte de Piedad*
infunde pavor y miedo,
y acuden los imponentes
en tropel por su dinero...?
Pues bien; esas *colas clásicas*
(poco más ó poco menos),
hoy en la Administración
de Los Madriles tenemos.
¡Qué lluvia de suscritores!
¡Y qué finos! ¡Y qué atentos!
¡Casi todos por un año!
¡Supondrás lo que me alegro,
sabiendo que ha dicho López
que va á subirnos el sueldo!

. . . .

Del correccional de Úbeda
se han fugado doce presos.
¿Una docena? No es mucho
para como están los tiempos.
Estalla un petardo horrible:
suma y sigue. Contaremos.
Se dice que en California
se venden cajas de muerto
con música. Si en España
logra implantarse el invento,
en la esquela mortuoria
invitando á los entierros,
en vez de poner: «Suplican
el coche» y «despide el duelo...»
pondrán la siguiente nota:
Hay tres piezas de concierto.

Seis. Jolgorio en Jovellanos,
con música y baileteo.
¿Celebran la instalación
de la luz? Un Sacramento.
El bautizo de la *Hija
de la Zarzuela.* Si el tiempo
andando, llega esa niña
á ser artista de mérito,
y tiene la sal y gracia
de su madrina... ¡yo entiendo!
Allí no habrá luz eléctrica,

ni habrá nóminas, ni estrenos;
lo que no hay duda, es que hay
muy hermosos sentimientos.

. . . .

Es inútil que digamos
que hubo otro petardo, y bueno.

. . . .

En Málaga, y por la tarde,
ocurre un grave suceso.
Acomete á un sacerdote
—no sé si joven ó viejo—
una muchacha muy guapa,
rasgándole los manteos,
y ocasionándole—dicen—
otros graves desperfectos.
¡A un ministro del Señor!
¿Por qué? ¡Vaya usté á saberlo!

Día siete. Beneficio
de Cano. Lleno completo
en la Comedia y la mar
de regalos. ¡Justo premio
al dramaturgo, que es honra
del abatido proscenio
español! Mi enhorabuena,
y, hasta la otra, maestro.

. . . .

Dicen que Angela Nadal
—una tiple de salero—
se ha metido monja. ¡Horror!
¡La Nadal en un convento!
Si en el coro se distrae,
y en lugar del *Tantum ergo*
canta un día *La Mascotta*,
¡qué escándalo, Dios eterno!

Hoy estalla otro petardo.
¡Y en Palacio nada menos!
¡Y en la escalera de *damas!*
¡Eso no es de *caballeros!*

Ocho. Don Pedro el Cruel,
ó don Pedro el Justiciero.
Elocuente conferencia
que ha dado en el Ateneo
su presidente, el señor
don Antonio. ¡Bien! ¡Soberbio!
¡Cánovas, allí te aplaudo!
En el poder... *Vade retro!*

. . . .

Ocurrió en San Juan de Dios
un alboroto tremendo.
Hubo vivas entusiastas
para Bombín y Castelo,
llegando á un extremo tal
la algazara y el jaleo,
que hubo que llamar al *orden*
para que ordenase aquéllo.
¡Vaya con los enfermitos!
Pues si llegan á estar buenos!

. . . .

Por no entristecer á ustedes,
me dejaré en el tintero
varias muertes repentinas,
que son de muy mal efecto;
los robos, las puñaladas,
suicidios y otros sucesos,
de los que esta semanita
fué pródiga hasta el exceso,
y vamos á ver qué ocurre
hoy *viernes,* y terminemos.

. . . .

Once. En *Sevilla la Nueva*
arma una bronca el maestro
de escuela, porque en un baile
algunos mozos del pueblo
á su novia, que es muy fea,
dicen varios chicoleos;
y el mozo, que por las trazas
es una especie de Otelo,
á tiro limpio castiga
semejante atrevimiento.
Mas siempre triunfan los malos
cuando son más que los buenos,
y el dómine, perseguido,
se viene á Madrid corriendo,
y acongojado y confuso,
se presenta en el Gobierno
buscando asilo y amparo,
mojado, triste y maltrecho.
Mas ¡oh desencanto horrible!
el gobernador al verlo
á la Guardia civil llama
y entre un par de beneméritos,
es conducido á *Sevilla*
á responder de sus hechos.
Hacen muy bien los alcaldes
no pagando á los maestros.
Si estando en perpetuo ayuno,
débiles, flacos, anémicos
se entregan los pedagogos
á tan punibles excesos,
¿qué no harían, disfrutando
del cuotidiano alimento?...
¡Ir á bailes!... ¡Tener novia!
¡Nada, no darles un céntimo!

. . . .

¡Dos días que no hay petardos!
¡Gran Dios y qué extraño es esto!

E. Navarro Gonzalvo.

LA PUCHERA[1]

Quién de los dos empujó primero, yo no lo sé. Quizás fuera el mar: acaso fuera el río. Averígüelo el geólogo, si es que le importa. Lo indudable es que el empuje fué estupendo, hiciérale quien le hiciera; es decir, el río para salir al mar, ó el mar para colarse en la tierra. Mientras el punto se aclara, supongamos que fué el mar, siquiera porque no se conciben tan descomunales fuerzas en un río de quinta clase, que no tiene doce leguas de curso.

¡Labor de titanes! Primero, el peñasco abrupto, recio y compacto de la costa. Allí, á golpe y más golpe, contando por cúmulos de siglos la faena, se abrió al fin ancho boquete, irregular y áspero, como franqueado á empellones y embestidas. Al desquiciarse los peñascos de la ingente muralla, algo cayó hacia afuera, que resultó islote mondo y escueto; y más de otro tanto hacia dentro, en dos mitades casi iguales, que vinieron á ser á modo de contrafuertes ó esconzados de la enorme brecha. La labor del intruso para continuar su avance, fué ya menos difícil: sólo se trataba de abrirse paso á través de una sierra agazapada detrás de la barrera de la costa, y forcejeando allí un siglo y otro siglo, buscando á tientas al obstáculo las más blandas coyunturas de su armazón de granito, quedó hecho el cauce, profundo y tortuoso, entre dos altos taludes que el tiempo fué tapizando de césped y bordando de malezas.

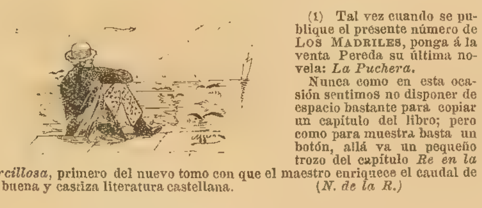
Atravesada la sierra, el cauce desembocó en un valle, verde y angosto, encajonado entre ondulantes cerros y colinas, que van escalonándose suavemente y creciendo á medida que se alejan hacia la erguida cordillera que recorta el horizonte con su perfil de jorobas y picachos de Este á Oeste. Las aguas, detenidas un instante al asomar al valle, como para formar allí un remedo de golfo, corrieron hacia la izquierda, lamiendo por aquel lado las faldas del montecillo que las separaba del mar; después retrocedieron súbitamente, describiendo rápida curva sobre la derecha; se deslizaron mansas, tranquilas y en línea recta, á lo largo del valle hasta dar con otro cerro de escarpada ladera, y arrimaditas á él, continuaron corriendo y abriendo cauce tierra adentro, hasta perderse en un laberinto inextricable, cuyos misterios no había penetrado todavía la luz del sol.

Es posible que en aquellas espesuras toparan con el ocioso río, dormitando entre sus cañaverales y bajo su espeso dosel de alisos, madreselva y avellanos bravíos; pero lo que no tiene duda, porque bien á la vista está, es que, desde entonces, por el mismo cauce que llenan y desocupan dos veces cada día las salobres aguas, salen al Atlántico mezcladas con ellas las insípidas del río, que ha bajado, creciendo poco á poco con ayuda de vecinos y despeñándose á menudo desde sus pobres fuentes escondidas en un repliegue sombrío de las montañas del fondo.

Este cauce, en su parte recta y más larga y en sentido opuesto á la línea de la costa, tiene dos grandes derivaciones ó caños, que arrancan de él, casi verticalmente, como del tronco las ramas principales; y los caños, á su vez, otras ramificaciones que surcan en varios sentidos la ribera hasta el contorno mismo de la tierra firme; de modo que en las pleamares toda la planicie aparece tijereteada y subdividida en islillas verdes, en las cuales pastan los ganados el sabroso líquen que crece entre apiñados haces de finísimos juncos.

. . . .

José M. de Pereda.



(1) Tal vez cuando se publique el presente número de Los Madriles, ponga á la venta Pereda su última novela: *La Puchera.*

Nunca como en esta ocasión sentimos no disponer de espacio bastante para copiar un capítulo del libro; pero como para muestra basta un botón, allá va un pequeño trozo del capítulo *Re en la Arcillosa*, primero del nuevo tomo con que el maestro enriquece el caudal de la buena y castiza literatura castellana. (*N. de la R.*)

PANAL DE AMORES

EN UN ÁLBUM

Lo sé bien: el amor te dió el secreto
que es sólo de los dioses conocido;
llamaste á las abejas del Himeto,
y en este libro fabricaron nido.

Y tu álbum es panal, y es cada hoja
célula blanca que la miel derrama,
y que, al abrirse, de su fondo arroja
perfumes de tomillo y de retama.

Una me ofreces; blanca está la cera,
y la miel de mis versos necesita;
para llenar tu encargo, ser quisiera
la abeja enamorada de Afrodita.

Llegar hasta los labios de la diosa,
bajo el laurel del Ática dormida,
y libar en su boca primorosa
las mieles del placer y de la vida.

Y ofrecerte después en mis canciones,
no la esencia de mirtos y de nardos,
sino la que esclaviza corazones,
y en la que moja la pasión sus dardos.

Francisco A. de Icaza.

IMPRESIONES TEATRALES

Escribió Wisler en alemán una comedia, *Guerra en tiempo de paz*, que se hace mucho, y hace muchos años, en los dominios que gobierna Bismarck, y es una maravilla que haya tardado tanto tiempo en venir á España. No hace seis meses, Ermete Novelli representó un arreglo de la comedia de Wisler con el título de *Le grandi manovre*, y ya entonces había quien se ocupaba en arreglarla al castellano, con destino á un teatro de Barcelona.

Emilio Mario (hijo) se propuso hacer por su cuenta una traducción de la comedia, ayudado por un ingenio del que se ven señales inequívocas en *Militares y paisanos*, y estrenó la traducción la tarde del 24 de Diciembre del año pasado.

La comedia tiene mucha gracia; la traducción está hecha con gran fidelidad, y el éxito fué franco. No podían pedir más Emilio Mario (hijo), ni Emilio Mario (padre).

Quien parece que pide algo más es el autor del otro arreglo estrenado en Barcelona, por entender que no ha podido hacerse este segundo arreglo, según creo que dice.

Lo que no quita ni pone á lo que queda dicho: que *Militares y paisanos* está bien traducido.

Hecho no muy frecuente entre arregladores en esta tierra de garbanzos.

—

En la Zarzuela se ha descompuesto la máquina productora de luz eléctrica cinco ó seis veces. Creo que ha venido un ingeniero del propio París para ver en qué consiste que el mecanismo se descompone á cada paso, y en verdad que es viaje inútil.

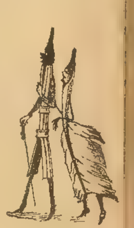
Yo poseo el secreto de aquellas interrupciones, indignas de una máquina que se estime en algo. Con un estreno como aquel de Pina, *La Exposición Universal*, es natural que se descomponga hasta la máquina admirable de los orbes, y con más razón una perteneciente á las últimas capas eléctricas.

Ello se arregló, bien ó mal, y la máquina cumplió unos días. Pero vino otro estreno, *Por tierra y por mar*, original de *los chicos* (como llaman entre bastidores á los escritores Sres. Lastra, Ruesga y Prieto), que no son ni *chicos*, ni mucho menos *escritores*, y, naturalmente, la máquina llegó al colmo de las concesiones y no quiso seguir alumbrando; tanto más, cuanto que ya llovía sobre mojado; es decir, sobre *Certamen nacional.*

Yo me permito consignar aquí todas mis simpatías hacia esa máquina, obstinada en no alumbrar, con un buen sentido increíble en tan modesto artefacto, y hacia la compañía de la Zarzuela que paga los vidrios rotos en este pleito.

—

Joaquín Dicenta probó con *El suicidio de Werther* que sabía hacer buenos dramas, cosa que no se ve á diario, y ahora ha



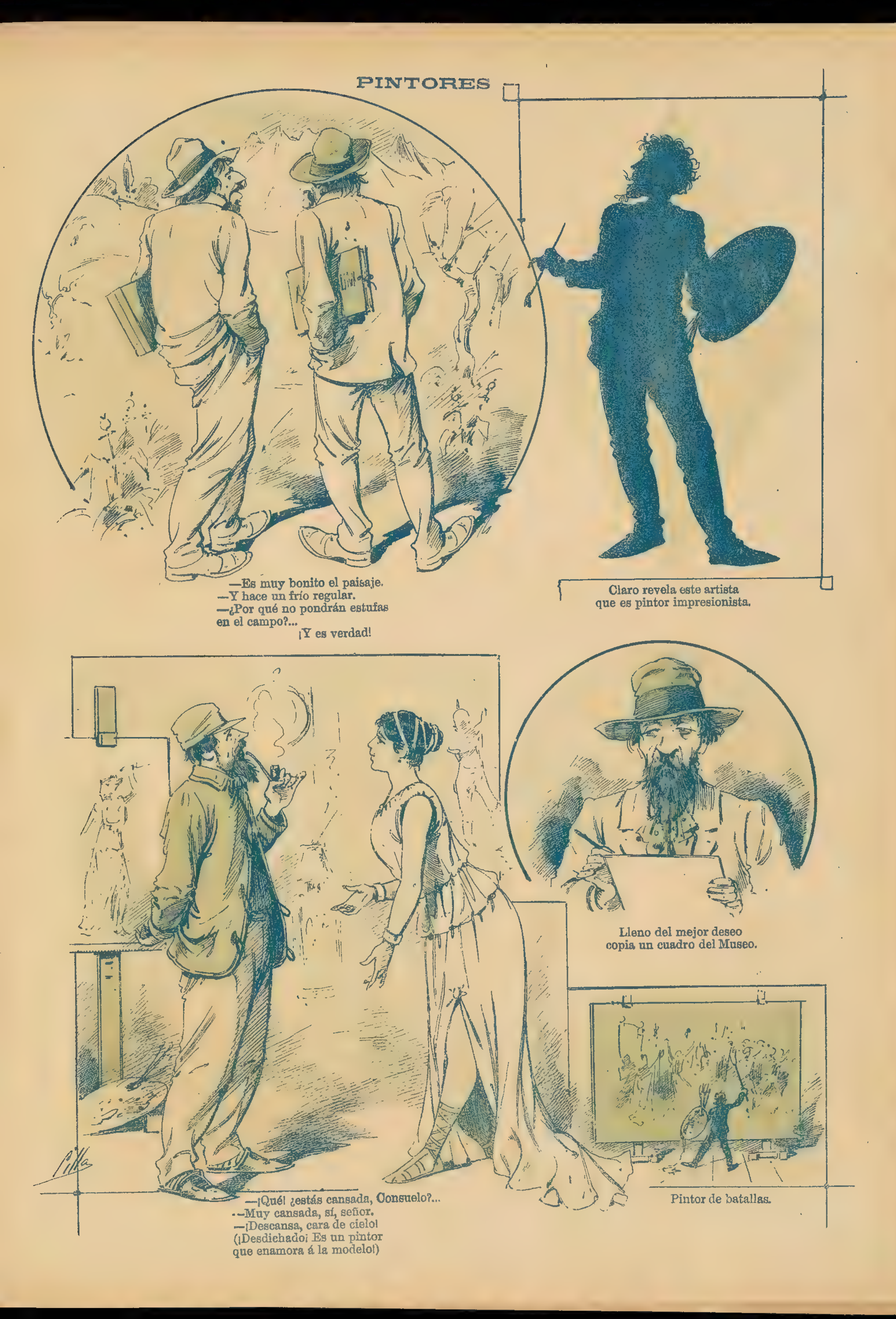
CUATRO COSAS

—¿Ha visto usted qué frío?
—No; pero ¡como si lo viera!...

—Subí, dí tres golpes al rey, y...
—¡Aparta... regicida!...

—¿Tienes riñones?
—No, señor: hoy me los han comido ya todos.

—Déme usted un *Globo*.
—¿Usted ha tomado esto por un bazar?

PINTORES

—Es muy bonito el paisaje.
—Y hace un frío regular.
—¿Por qué no pondrán estufas
en el campo?...
¡Y es verdad!

Claro revela este artista
que es pintor impresionista.

Lleno del mejor deseo
copia un cuadro del Museo.

—¡Qué! ¿estás cansada, Consuelo?...
—Muy cansada, sí, señor.
—¡Descansa, cara de cielo!
(¡Desdichado! Es un pintor
que enamora á la modelo!)

Pintor de batallas.

probado que sigue siendo un excelente poeta capaz de hacerlos en lo sucesivo.

La mejor ley es un drama que el autor escribió para el malogrado Rafael Calvo, y que hubo de mutilar y rehacer cuando Calvo murió. Y aunque yo no supiera esto de buena fuente, lo hubiera visto en el drama mismo, porque allí están claros la mutilación y el rehecho.

La mejor ley tiene un primer acto de exposición de inmejorable estructura, claro, sin violencias, de agradable realismo; un acto que promete un buen drama, que no viene después. ¿Por qué? Por lo que queda dicho: porque el autor ha concebido un carácter sobre determinado patrón. Ha faltado el patrón, y el carácter no encaja, palidece, duda, vacila durante los tres actos, y sólo allá al final es como debe ser.

No es esto culpa de Dicenta, y sí de la necesidad que obliga á muchos autores á hacer obras para un actor, en vez de pedir actores para una obra. Tan cierto es esto, que yo creo sinceramente que en *La mejor ley* hay más *drama* que en *El suicidio de Werther*, y está mejor pensado el conflicto. Pero si *La mejor ley* fué primitivamente un buen drama, debió seguramente falsearse al entrar el propio autor por sus escenas hoz en mano, segando aquí y allí, cortando vuelos á este papel, acentuando el relieve de aquel otro, haciendo un nuevo drama de lo que acaso estaba ya bien y definitivamente acabado.

Y siendo Dicenta muy mi amigo, y después de decirle, á pesar de ello, lo que antecede, se me creerá si afirmo que en *La mejor ley* hay pensamientos muy hermosos, situaciones de gran efecto, y forma cuidada y limpia de fastidioso lirismo.

Y esto tampoco es de lo que se ve todos los días.

—

Resultaron inútiles las precauciones que, como era natural, hube de tomar para asistir al estreno de *Ortografía* en Eslava. No se trataba de *chistes* de cuerpo de guardia, ni de torceduras de frases en busca de la consabida *punta*, sino de una *sátira* casi inocente para lo que allí se estila.

Con los signos ortográficos han hecho los Sres. Arniches y Cantó (ó Cantó y Arniches, si he faltado en algo á las categorías), y el maestro Chapí, un juguete agradable, honesto y bien escrito hasta cierto punto. Este punto es aquel de llamar *modismos* á los vocablos *sport*, *menú* y *crême*, atrevimiento que no puede pasar ni en Eslava, como tampoco había absoluta necesidad de representar las *comas* y los *puntos suspensivos*, obligando á las *niñas* del coro á exhibir lo que, si bien tiene seguro éxito entre cierta parte del público, no es recurso propio de quienes, como los autores citados, tienen medios para hacer juguetes sin pretensiones que queden de repertorio.

La música de Chapí, ligera como la ropa de las *comas*, y con el sello del maestro, el mejor de los sellos.

—

Para la nueva contrata del Real salen los aspirantes como moscas. Además del celebérrimo Rovira, que tanto gusto dió á los señores en la anterior etapa, se presenta el Sr. Bernis. Este señor Bernis fué empresario del antiguo teatro del Circo, cuando se incendió, y luego de Apolo, y ahora es empresario (ó representante) del Liceo de Barcelona.

Los dos competidores vendrán resueltos á regenerar el arte y abaratarlo. Digo yo, porque si volvemos á las andadas de la contrata Rovira, ¿qué vamos ganando?

Pues todavía hay otro aspirante, y éste es nada menos que el propio Stagno, el tenor.

Conque... ¡Dios ponga tiento en las manos de quienes hayan de arreglar eso de la subasta!

FEDERICO URRECHA.

Rêverie.

¿Qué miras, pobre mujer,
en la vacilante llama
del hogar resplandecer,
como luz que se derrama
por las sombras del ayer?

—

¿Qué misteriosos tormentos,
qué terribles sufrimientos
van devorando tus días?
¿Qué negras melancolías
amargan tus pensamientos?

—

Todo calla alrededor.
Sólo el silencio profundo
puede calmar tu dolor.
¡Tú no vives para un mundo
que es un mundo sin amor!

—

Goce la vida soñada
quien consiga sus riquezas.
¡Para un alma desolada,
no existe en el mundo nada
más allá de sus tristezas!

—

¿Qué miras, pobre mujer,
en los brillantes fulgores
del hogar resplandecer?
¿La llama de tus amores,
que no quiere perecer?

—

¿Piensas en quien te dejó?
¿Sueñas con que volverá?
¡No sueñes, no sueñes, no!
¡Ay del bien que ya pasó,
porque nunca vuelve ya!

CARLOS FERNANDEZ SHAW.

Los pájaros fritos.

Hace quince días encontré en la Puerta del Sol á mi amigo Pepe. Cuando le ví, no pude contener un gesto de asombro por la gran transformación que había sufrido durante el tiempo, bastante corto por cierto, en que ambos dejamos de vernos.

—Me encuentras muy enfermo, ¿no es verdad? me preguntó con desaliento.

—¿A qué ocultártelo, si lo sabes? contesté.

—Es que desde hace dos meses sufro de un modo horrible: me siento morir.

—Pero ¿qué padeces?

—¡Oh!... Si te lo dijera... Pues sí, voy á revelártelo... Me matan los pájaros fritos.

Me reí al oir aquello.

—Sí, sí, replicó algo amostazado; me muero sin remedio, aunque lo dudes... Y de todo tienen la culpa esos malditos pájaros.

—¡Ah, vamos! le dije. ¿Padeces una indigestión?

—Precisamente una indigestión no es, pero sí algo que se le parece.

Después de breves instantes de silencio, Pepe suspiró, y llevándose las manos al estómago, alzó, desesperado, los ojos al cielo.

—Vas á saberlo todo, me dijo; pero ¡por Dios! no te rías de mí... Es la pura verdad... Próximamente dos meses hace que varios de mis amigos, que también lo son tuyos, me invitaron á ir con ellos al *restaurant* de X... En el escaparate habrás admirado un enorme barreño, un barreño tentador en el que se alza negra pirámide de pájaros fritos que parece están *piando* comerme. Pues bien: yo tenía feroces deseos de probar de los que se veían en el monumental barreño. ¡Y esto fué mi desventura!

Pepe se apretó el estómago con ambas manos, y prosiguió diciendo:

—Llegamos al *restaurant* y pedimos pájaros á discreción... Aunque yo no los había comido nunca, abrigaba la certeza de que me agradarían..., porque siempre que tenía necesidad de pasar por delante del escaparate, mi vista se fijaba en ellos con deleite, y luego la obsesión de los pájaros me abrumaba sin cesar... ¡Al fin iba á satisfacer mi gusto!

Yo devoré el primer pájaro, y me gustó; después comí otro, y otro y otro... Lo menos tres docenas... Aquella noche dormí mal... Se me indigestaron los pájaros fritos, pero ¡de qué modo se me indigestaron!... ¡Esto te va á poner los pelos de punta!

Al entrar en mi cuerpo, y animados por la temperatura, los pájaros recobraron vida en mi estómago, y acto continuo diéronse á picotear por aquí y por allá en los intestinos.

Yo les sentía, les *veía* andar buscando algo que saciara su apetito, y no hallándolo, miraban atentamente los pulmones que, incitantes, pendían como acicate de su apetito... Me estremecí horrorizado... Me asusté, y con mis manos dí golpes en donde me era dable hacerlo, en la parte externa de mi individuo, á la altura de mi estómago. Al pronto los pájaros se asustaron... ¡Viéndolo, me sentí orgulloso de mi triunfo!...

¡Y qué poco duró mi alegría! Eran tres docenas de pájaros hambrientos... El hambre es más fuerte que el miedo... y volvieron á la carga. Ya se iban á lanzar sobre mis pulmones cuando me ocurrió una gran idea, y cogiendo un panecillo me lo comí precipitadamente, haciendo esfuerzos colosales para dar pasto á aquellos demonios fritos.

Quise comer más, pero no pude... Mi desesperación fué horrible... El sudor corría por mi rostro y la fiebre se apoderó de mí... De pronto sentí un dolor agudo, tremendo, inconcebible... Miré y ¡oh Dios mío! ví á los pájaros hacer de mis hígados merienda de negros... ¡Figúrate con qué hígados contemplaría yo todo aquello!... La sangre saltaba allá dentro, y los malditos pájaros, que sin duda estaban sedientos, se la bebían después del horrendo almuerzo.

Cuando llegó el día me arrojé de la cama... En mi estómago sentí algo extraño... El dolor no me abandonaba... Los pájaros proseguían picoteándome sin cesar... ¿Qué te parece todo esto?

Yo, sin responder directamente, le dije:

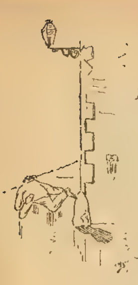
—Y ahora, ¿estás bien?

—¡Cá! Menos que nunca... Los pájaros me han devorado ya el corazón... y moriré pronto.

Y después de decir esto, se marchó sin saludarme.

Ayer me dijeron que Pepe estaba ya donde debía estar: en casa de Esquerdo.

R. HERNÁNDEZ Y BERMÚDEZ



Pacotilla.

Amigo Urre·ha: Desde hoy
—vanos escrúpulos fuera,—
puede usté decir que soy
un talento de primera.
No recojo lo afirmado,
porque no es un desatino.
Yo mismo estoy asombrado
de mi ingenio peregrino.
Verá usté: la circular,
esa del señor Chin·hilla,
ha dado mucho que hablar
en la coronada villa.
Unos la aplauden, diciendo
en medio de la trifulca,
que un militar escribiendo
la disciplina con ulca.
Y otros la quieren borrar
diciendo en buen castellano,
que en su casa el militar
es como otro ciudadano.
Las dos opiniones son
á mi ver muy respetables,
y aquí de mi obstinación
en hacerlas conciliables.
Quince días me ha costado
la solución del problema,
quedándome más delgado
que un canutillo de crema.
Pero al fin he conseguido
encontrar la solución,
y estoy enorgullecido
de mi gran penetración.
Todo es que la circular
de este modo se reforme:
"¡Cuando escriba un militar
que lo haga sin uniforme!„

—

He leído con verdadera satisfacción que se va á introducir el alumbrado de gas en el ministerio de Gracia y Justicia.

¡Vamos! La humanidad está de enhorabuena.

¡Se conoce que han tenido buen éxito en París los ensayos de M. Lebon!

—

En un pueblo limítrofe á Granada,
cuna de las mujeres mas bonitas,
se celebró hace poco una velada
de baile, por la gente aficionada,
á favor de las ánimas benditas;
y por *custión* de que uno sacó á una,
que era la novia de otro concurrente,
no habiendo en tal acción malicia alguna,
se formó allí de sangre una laguna
y por poco no queda quien lo cuente.
Resulta, pues, bien claro y bien notorio
que ese baile á favor del Purgatorio
en donde están las almas pecadoras
sufriendo las torturas re·entoras,
no ha sido, en puridad, para sa·arlas...
¡sino para aumentarlas!

—

Dice con mucha formalidad un periódico conservador que aún no ha parecido el criminal que hizo estallar un petardo en la casa del Sr. Cánovas.

No es eso lo que á mí me asombra.

Lo que me asombra es que, habiendo ofrecido el señor gobernador 1.000 pesetas al que descubra á un petardista, no se hayan presentado ya trescientos ciudadanos á denunciarse á sí mismos para que les entreguen el dinero.

¡Y luego dicen que hay miseria!... ¡Quiá!

—

Van ustedes ahora á ver
cómo *querer* es *poder*.

—

Quiero decirte, hermosa, que te *quiero*,
porque es Dios el que *quiere* que te *quiera*;
pero yo que te *quiero*, no *quisiera*
que no *quisieras* tú mi amor sincero.
Tu *querer* es *querer* por el que muero,
y ardiente es mi *querer* como una hoguera;
quiéreme si no *quieres* que me muera,
y yo te *querré* más que al mundo entero.
Quererme cual te *quiero*, tan rendido,
es lo que *quiero* yo que tu alma pida,
sin que tú á otro *querer* prestes oído;
y si es *querer poder*, prenda *querida*,
yo *puedo*, porque *quiero* ser *querido*,
y *quiero* que me *quieras* en seguida.

—

Hace pocas noches se representó en Vitoria la zarzuela *Pepe-Hillo*, y el becerro encargado del papel de toro saltó por encima del tornavoz, derribó de su alto sitial al director de orquesta, medio reventó al primer violín, destrozó y abolló los instrumentos de los músicos, hizo que se desmayaran muchas señoras, y puso en dispersión á los espectadores.

¡Ni el toro *Jaquetón* hizo más proezas!

Por lo visto tienen más suerte con los dueños de las ganaderías los empresarios de teatros que los del espectáculo nacional.

Dan para los actores
toros muy bravos,
y para las cuadrillas
borregos mansos.
¡Así está por los suelos
el arte hoy día,
lo mismo el de *Cacheta*
que el de Talía!

—

—¡Alto!... ¿Quién vive?

—Nadie.

—¡Quién vive... ó disparo!

—Hombre, no sea usté bruto; si yo no vivo; ¡soy maestro de escuela!

José Estrañi.

Menudencias.

Excmo. Sr. Ministro de Hacienda: Con el mayor respeto acude Los Madriles á V. E. para poner en su superior conocimiento que cobrar una libranza de la prensa es un trabajo superior á las fuerzas humanas.

Yo no diré á V. E. los pasos, rodeos, rondas y contrarrondas que hay que verificar para hacer efectivo el dinero de los suscritores, ni los documentos que hay que llenar; V. E. debe saberlo.

Tan aburrido y desesperante resulta el nuevo sistema, que, siempre con el mayor respeto, estamos resueltos á no admitir libranzas de esta clase, aunque perdamos con ello.

Y nada más, sino que Dios guarde la vida ministerial de V. E. el tiempo necesario para suprimir las libranzas ó simplificar el cobro, porque así no se puede seguir.

Firmado: Los Madriles.

Y ahora vamos con los apreciables suscritores que inocentemente nos causan tantas molestias.

No podemos admitir en lo sucesivo libranzas de la prensa. Cualquier otro medio de remitir el dinero nos parecería preferible, incluso el de hacerlo por propio.

Conque nada de libranzas especiales, ó influyan ustedes con D. Venancio para que arregle éso.

Si algo que se roce con nuestra desatinada Administración tiene arreglo posible.

Lo cual que no le tiene.

—

Yo no sé ya en qué forma decir que es imposible contestar á nadie. Ya sé que puede abrirse una sección de correspondencia en este sitio; pero me permito opinar que al público que no escribe versos para mandarlos á los periódicos, le importa poco que lo que se nos envía sirva ó no sirva; lo que sí le importa es que, en el sitio que ocupáramos con esto, le demos lo bueno (ó lo que nos parezca bueno), sin advertírselo al interesado, que ya lo verá publicado, por la cuenta que le tiene.

Convénzanse nuestros comunicantes de que las dos fórmulas son casi invariables. Ejemplo:—*Sr. D. Fulano: Es usted un majadero.—Sr. D. Zutano:* Es usted un poeta que puede servir (aunque no se diga para qué); venga la firma, etc.

¿Ustedes creen que esto le interesa al público? Yo creo, con la firmeza de un clavo de puerta (que dijo Dickens), que no.

Entre otras cartas, hemos recibido una (y vaya la respuesta por excepción) que contiene muy atinados consejos; quien la ha escrito nos favorece demasiado en sus juicios, y demuestra que conoce al dedillo lo que fuera de aquí se hace en esta clase de revistas. ¿Quiere el Sr. *Ch. Arlatán* favorecernos con su visita y contestaremos á algo de su carta, que merece detenido examen?

A los demás, tambien por excepción, y por última vez, repetiremos lo ya dicho: aquí se publica lo que nos parece bueno, sea de quien fuere, y lo demás queda á disposición de sus autores, cuidadosamente coleccionado y formando ya un abultado tomo que pudiera titularse (digo yo): *Documentos para la historia de la tontería humana.*

Creo que basta; pero por si no bastase, repetiré por última vez y con voz de Donato Jiménez, para que todos lo oigan:

—¡Qué no hago *Correspondencia* aunque me majen vivo!

—

Publicaciones: Almanach de *La Campana de Gracia*, ilustrado por los mejores dibujantes.—F. López, editor, Barcelona.

†

En Málaga ha muerto D. Juan José Relosillas, director de *El Correo de Andalucía*, uno de los escritores no ensalzados por la crítica ni acreditados por el *reclamo*, y que tenía, no obstante, ingenio envidiable y dotes poco comunes.

No por las breves relaciones que entre el finado Relosillas y Los Madriles mediaron, ni por el lisonjero concepto que nuestro director personalmente le debía, sino por la desaparición de un ingenio como pocos espontáneo y regocijado, es por lo que consignamos aquí nuestro sentimiento por la pérdida de Relosillas.

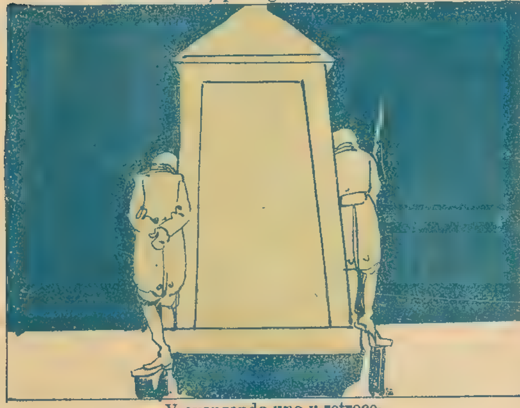
¡Descanse en paz!

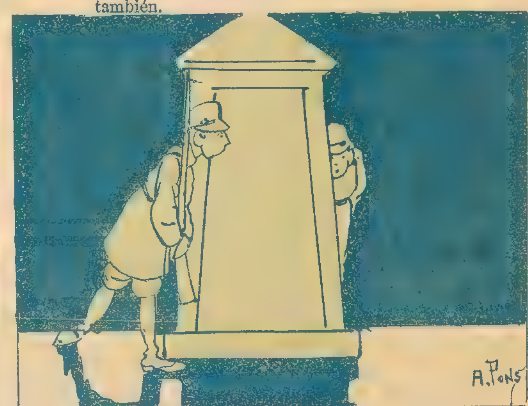
Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

APUNTES MILITARES

El centinela veía una sombra sospechosa. Era el cabo, que vigilaba.

Que avanzaba sigilosamente. En tanto el centinela retrocedía muy sigilosamente también.


Y avanzando uno y retrocediendo el otro,



pasaron la noche el cabo y el centinela.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
19 de Enero de 1889
NÚMERO 16.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JOSÉ M. DE PEREDA

«...Pereda es, como escritor, el hombre más revolucionario que hay entre nosotros; el más antitradicionalista, el emancipador literario por excelencia. Si no poseyera otros méritos, bastaría á poner su nombre en primera línea la grave reforma que ha hecho, introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndoles con arte y conciliando formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles. Empresa es ésta que ninguno acometió con tantos brios como él, y en realizarla todos se quedan tamañitos á su lado...»

Pérez Galdós

(Del prólogo á *El sabor de la tierruca.*)

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ **9** *pesetas.*
Seis meses.......... **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE. 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

(Del 12 al 20 de Enero de 1889.)

—¡Ay, doña Nicanora de mi vida, qué desgracia tan grande!

—¿Qué es eso, vecina? ¿Qué la ocurre á usted?

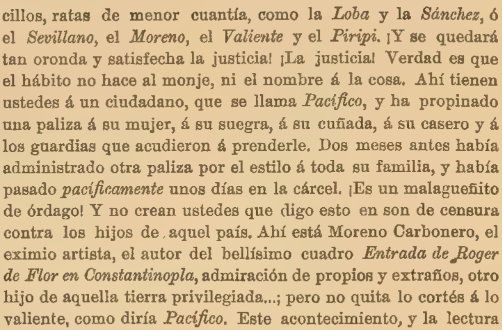
—¡Que mi Pepe se ha vuelto loco!

—¡Jesús! ¿Su marido de usted?

—¡Sí, señora; mi pobrecito marido de mi alma!

—¿Desde cuándo?

—Anoche noté ya los primeros síntomas. Estuvo leyendo una porción de periódicos, ¡malditos sean todos ellos, amén! y al terminar la lectura hizo con ellos un fajo, se lo guardó debajo del brazo y comenzó á dar paseos por la sala, hablando solo, golpeando los muebles, y dando de vez en cuando unos gritos, que me ponían los pelos de punta al oirlos. Así ha pasado la noche.



—¿No se acostó?

—Un momento, ya muy cerca de la madrugada. Pero hace poco se levantó, cogió de nuevo los papeles, y, vuelta otra vez á los paseos y á la manía de anoche...

—¡Cosa más rara!

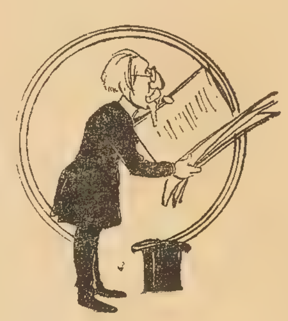
—Mire usted, mire usted, doña Nicanora, ahora sale al pasillo, y se dirige hacia nosotras: ¡siempre con los maldecidos papelotes debajo del brazo!

—¡Dios mío, qué cara trae!

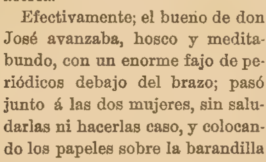
—¿Verdad que está desfigurado?

—¡Desfiguradísimo! ¡Pobre D. José!

—¡Silencio, por Dios, que se acerca!



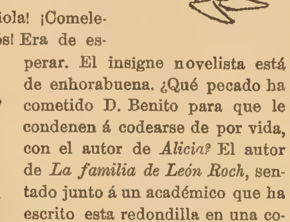
Efectivamente; el bueno de don José avanzaba, hosco y meditabundo, con un enorme fajo de periódicos debajo del brazo; pasó junto á las dos mujeres, sin saludarlas ni hacerlas caso, y colocando los papeles sobre la barandilla del corredor, apoyó ambos codos sobre el legajo, y sosteniendo la frente con las manos, dejó vagar la incierta mirada por las profundidades sombrías del silencioso y angosto patio, barbotando á media voz el más extraño de los monólogos.



—Esto, decía, no puede continuar así. ¿Qué país es éste? ¿Qué Gobierno tenemos? ¡Es posible que ocurran en Madrid todas estas cosas!... ¡Seis petardos más en esta semana, sin contar el petardo de la Academia Española! ¡Qué semanita! ¡La oratoria saliéndose de madre y el sistema parlamentario haciendo de las suyas en todas partes! ¡Discursos en las Cortes, en el Municipio, en la Diputación provincial, en las Academias y en los Ateneos! ¡Qué flujo de palabras! ¡Y pensar que no se hace nada práctico! Y mire usted lo que son las cosas: mientras que las ballenas y los golfines se nos meten á bandadas por las aguas del Cantábrico, los presos de todas las cárceles de España toman las de Villadiego cuando mejor les place, y ahí están fresquitas, que no me dejarán mentir, las últimas fugas, de la Coruña, de Valencia, de Oviedo, de Carmona, de todas las provincias, y aquí, donde todo el mundo se dedica á la pesca de momios, de credenciales, y de negocios sucios, no hay quien pesque á las ballenas, ni á los golfines, ni á esos apreciables presidiarios. ¡Cuando más, colocan alguna ratonera que otra, donde caen los infelices ratoncillos, ratas de menor cuantía, como la *Loba* y la *Sánchez*, ó el *Sevillano*, el *Moreno*, el *Valiente* y el *Piripi*. ¡Y se quedará tan oronda y satisfecha la justicia! ¡La justicia! Verdad es que el hábito no hace al monje, ni el nombre á la cosa. Ahí tienen ustedes á un ciudadano, que se llama *Pacífico*, y ha propinado una paliza á su mujer, á su suegra, á su cuñada, á su casero y á los guardias que acudieron á prenderle. Dos meses antes había administrado otra paliza por el estilo á toda su familia, y había pasado *pacíficamente* unos días en la cárcel. ¡Es un malagueñito de órdago! Y no crean ustedes que digo esto en son de censura contra los hijos de aquel país. Ahí está Moreno Carbonero, el eximio artista, el autor del bellísimo cuadro *Entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, admiración de propios y extraños, otro hijo de aquella tierra privilegiada...; pero no quita lo cortés á lo valiente, como diría *Pacífico*. Este acontecimiento, y la lectura del *Soliloquio*, dada por su autor el eminente Zorrilla, en el Ateneo, me consuela de la serie interminable de atrocidades y de tonterías que han ocurrido en estos últimos días. ¡Bueno es que el espíritu encuentre un punto de reposo! ¡Ay! todos no somos tan felices como ese aprovechado joven de Miguelturra que se ha casado en la Habana con una viuda americana que posee un capital de cinco millones de pesetas. ¡Buena persona, y buen capital! También hay mancheguitos que saben la aguja de marear. ¡A buen seguro que ese muchacho haga lo que hizo hace poco un rico propietario en un pueblo de la Plana! ¡Bribonazo! Presentarse á su puerta, muertos de hambre, cuatro honrados braceros, pedirle una limosna, mejor dicho, un duro prestado, y contestarles que si no tenían qué comer, que se dedicaran á robar... ¡Bonita contestación! ¿eh? Hay almas muy caritativas. Por supuesto que al otro día volvieron los pobres á repetir la petición armados con unos trabucos huertanos, y consiguieron la limosna poniendo en práctica el consejo. ¡Naturalmente! ¿Qué ruido es ése? ¿Hay patrullas por las calles de Madrid? Cualquiera lo diría al oir el galope de los caballos que piafan impacientes debajo de mi balcón. ¡Ah, ya sé lo que es! ¡San Antón!... Todos los pollinos de la corte que van á trote largo por las calles de Hortaleza y Fuencarral. Van á bendecir la cebada...; por cierto que he oído referir que dos mozos de tahona han hecho la apuesta de comerse un celemín cada uno, y han llevado á cabo su propósito. ¡Bah! Menos mal si estaba bendita. ¡Cuántas fanegas no se comerán al año los cocheros y jefes de caballeriza, sin que les produzca la menor indigestión! Y eso que se la comen sin

bendecir y sin masticar... ¡Bárbaro! Cortar el pelo á la novia, para vengar con las tijeras desdenes amorosos. Eso sólo se hace en Jerez y entre las hordas salvajes, que arrancan las cabelleras á los enemigos vencidos, como trofeo sangriento de victoria. Estamos á la misma altura. ¡Pum! ¡Ay! ¿Qué es eso? ¡Pum! ¡Un petardo! Es decir, dos. ¡A pares, como el domingo pasado! ¿Dónde han estallado los de hoy? El primero en la calle del Turco, y el segundo en la calle de Valverde.

¡En la Academia Española! ¡Comelerán ha derrotado á Galdós! Era de esperar. El insigne novelista está de enhorabuena. ¿Qué pecado ha cometido D. Benito para que le condenen á codearse de por vida, con el autor de *Alicia*? El autor de *La familia de León Roch*, sentado junto á un académico que ha escrito esta redondilla en una comedia:



—¿Hace mucho tiempo, mucho,
que de América volvió?
—Mucho, mucho, mucho, no.
Pero bastante.
—¡Qué escucho!

¡Este *escucho* admirable y *admirado* vale mucho más, él solo, que *Marianela*. ¡Digo yo! ¡Pum!... Otro petardo. Ha estallado en Barcelona y... ¡horror! Ha producido una sensible desgracia. ¡Esto sí que no se puede tolerar!

Y al decir esto, D. José levantó indignado las manos al cielo en son de protesta, y los periódicos cayeron rodando al fondo del patio.

El monomaniaco, al verlos caer, lanzó un grito de desesperación y corrió á la escalera, en busca de su tesoro.

Su esposa y doña Nicanora siguieron asustadas sus huellas, y yo las imité, dispuesto á ayudarlas, si era necesario.

Afortunadamente no tenía nada que hacer.

D. José, con su incoherente monólogo, me había dado hecha la *Crónica* de la semana.

E. Navarro Gonzalvo.

ÍNTIMA

Escucha, no te alejes, es preciso;
¡La lucha varia fué!
¡El mundo nos arroja de su seno!
De su seno, ¿por qué?

—

Nos vimos; nuestros ojos se fijaron,
nuestra lengua calló,
y el fuego abrasador de las pasiones
los pechos inflamó.

—

Resistimos los dos; no quiso el cielo
mostrarnos su bondad;
débil la carne, envueltos en la noche
de inmensa oscuridad;

—

A su profundo abismo de tinieblas
Satán nos arrojó,
y si cuanto sucede se halla escrito...
lo escrito sucedió.

—

¿Por qué la sociedad hoy te señala?
¿Te van á escarnecer
los mismos que al abismo te arrastraron
dejándote caer?

—

¡ Lascivo pensamiento que recrea,
lo juzgo deshonor
más infame, más grande que el delito
que nace del amor.

—

Obramos sin conciencia, arrebatados
por invisible imán.
¿Quién detiene las olas de los mares,
ó el rápido huracán?

—

¡Te desprecian! ¡Que importa! ¡Dios nos mira!
¡Le imploramos los dos!
¡Borremos con el llanto aquel pasado,
y que nos juzgue Dios!

Narciso Díaz de Escovar.

CONFIDENCIAS DE COLEGIO

I

Ya me cansan los juegos infantiles,
y el saltar no me gusta, ni recrea:
cierto es que hoy cumplo dieciséis abriles,
la edad feliz en que ninguna es fea.
Preguntado mi espejo
si me puedo sumar con las hermosas,
me ha dado por respuesta en su reflejo
que mis ojos son luz, mis labios rosas,
y algunas otras cosas
que, por modestia, en el tintero dejo.
Estoy algo intranquila,
pues siento cierta fiebre que me altera...
¡Vana aprensión! Me dijo sor Camila
que estuviese tranquila,
porque esto es natural en primavera.

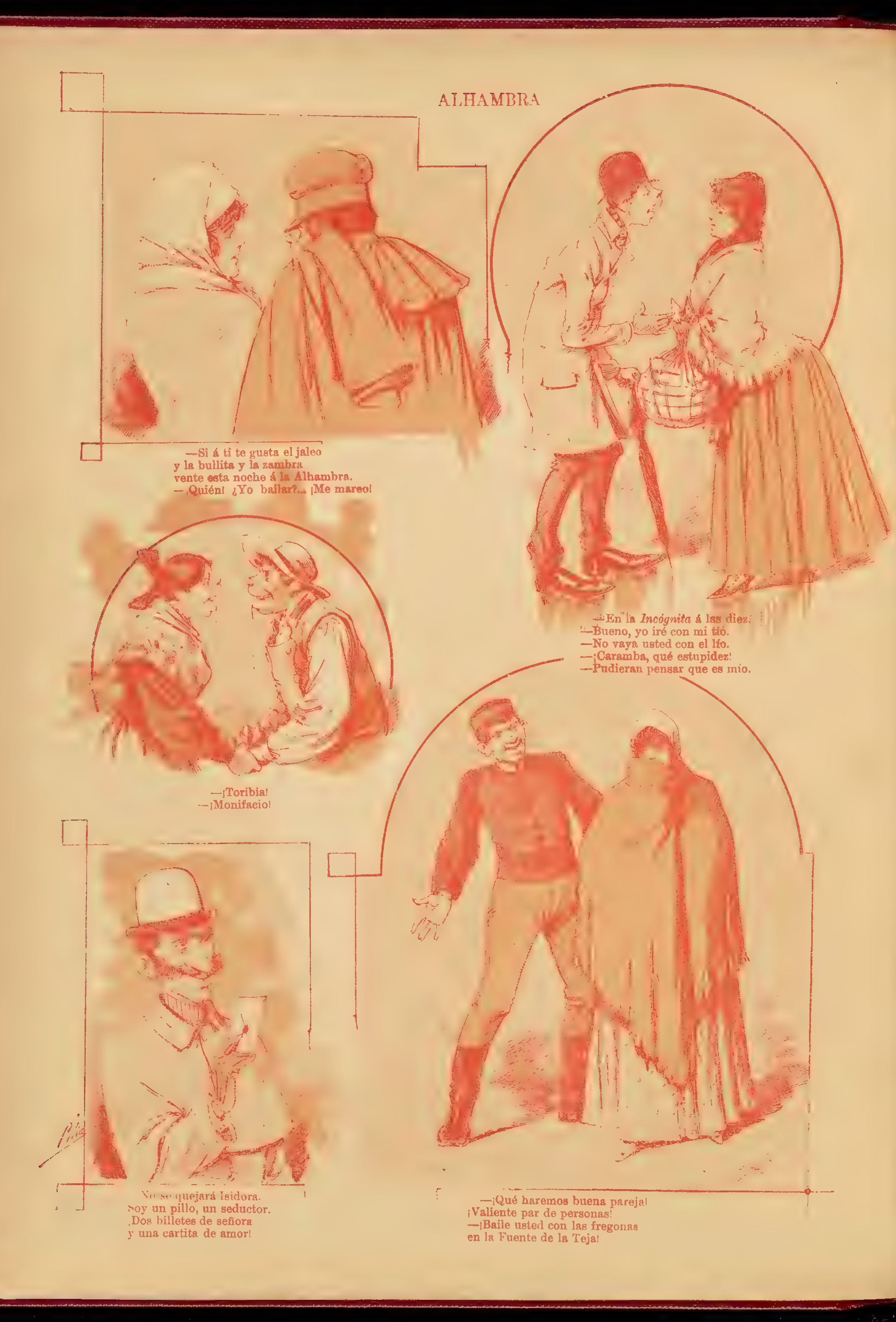
II

Me han dejado salir por ser mi santo,
y estoy en casa de mi hermana Lola:
como mi primo Juan me mira tanto,
mi cara, más que cara, es amapola.
Me ha nombrado el amor... ¡con qué vehemencia!
Como esto es cosa de que entiendo poco,
riendo como un loco,
y abusando el infame de su ciencia:
—«Ven, me dijo, al jardín, y entre las flores
(ninguna como tú, bella y divina),
contemplando del cielo los fulgores
copiados en la fuente cristalina,
verás cómo entre prados y entre lomas,
te explicaré, si puedo, ese misterio
que es cantos, luz y aromas
y somete á su imperio
lo mismo al gavilán que á las palomas.»
Fuí con él al jardín, donde he sentido
mi cuerpo hecho un volcán, la sangre lava;
y exhalando en sus brazos un gemido,
fué mi primo mi Dios, y yo su esclava.

III

Hoy su pasión ya muerta
es para mi alma un torcedor eterno:
¡Si es un cielo el amor, tiene una puerta
para entrar, sin querer, en el infierno!

A. Llamosas.

ALHAMBRA

—Si á ti te gusta el jaleo
y la bullita y la zambra
vente esta noche á la Alhambra.
—¡Quién! ¿Yo bailar?... ¡Me mareo!

—En la *Incógnita* á las diez.
—Bueno, yo iré con mi tío.
—No vaya usted con el lío.
—¡Caramba, qué estupidez!
—Pudieran pensar que es mio.

—¡Toribia!
—¡Monifacio!

—No se quejará Isidora.
Soy un pillo, un seductor.
¡Dos billetes de señora
y una cartita de amor!

—¡Qué haremos buena pareja!
¡Valiente par de personas!
—¡Baile usted con las fregonas
en la Fuente de la Teja!

¡PUM!... PETARDO

La noche de novios.

¡De níquel!... ¡Habrase visto!

¡El limpiabotas!

LA ESCOBA

ELIPE DUCAZCAL, que nos está resultando un Boulanger arreglado á la escena española, habló el otro día de un maestro de escuela á quien encontró en la calle de Alcalá empuñando la escoba y vistiendo el uniforme de los franco-tiradores de Zozaya.

—¡Qué escándalo! gritaron las gentes cortas de vista y de alcances.

¿Por qué?

En vez de absurdo y abominable, encuentro ese caso muy lógico y muy ejemplar.

Yo me figuro que el maestro «en cuestión» no se habrá convertido en barrendero por puro gusto; pero aun cuando lo hubiera hecho por vocación y por convicción, *entiendo yo*,—como dice todavía el Sr. Becerra—que semejante acto respondería á un perfecto conocimiento de la sociedad actual y de sus necesidades.

Aquello de «la demoledora piqueta» de que tanto han abusado los demagogos en estado de lactancia y los reaccionarios en estado de chochez, está ya mandado retirar.

La gran fórmula de los tiempos modernos la dió Juan José Jiménez Delgado, á quien hará más famoso ante la posteridad su inconsciente dístico

Hay que barrer mucho
y hay que barrer bien,

que todos cuantos versos ha compuesto á sabiendas.

Esa frase ha sido para la sociología moderna lo que fué para Colón su huevo, y para Newton su pera.

Por eso, el maestro á quien encontró Ducazcal barriendo en la calle de Alcalá, me parece más grande, al tirar la palmeta y coger la escoba, que Byron en el poema de Núñez de Arce, al arrojar la lira y empuñar la espada.

La espada no sirve ya más que para matar toros, y la palmeta no la usan sino D. Manuel Cañete en sus críticas, y D. Antonio Cánovas en sus discursos.

He ahí, con *Lagartijo* y *Frascuelo*, los únicos maestros que nos quedan.

Ante un pueblo que no lucha y una sociedad que no aprende, la espada y la palmeta tienen que ceder el puesto á otros símbolos (ahora que lo simbólico está en moda); y para expresar la necesidad de quitar de en medio los restos de tantas cosas como caen, deshechas y putrefactas, no hay como la sacrosanta escoba.

De su eficacia responden ciertos versos célebres de Manuel del Palacio, en donde se ve que la escoba da en ocasiones mucho mejor resultado que el cañón.

Y de su «honorabilidad» da fe la historia antigua, haciéndonos saber que en el templo de Apolo, el acto de barrer constituía nada menos que una ceremonia sagrada, efectuada por los mismos sacerdotes con unas ramas de cedro.

Hemos vuelto, pues, á los tiempos clásicos, y el barrendero puede exclamar, sin temor de que le desmientan los hechos ni los hombres:

—Hacemos más que cumplir una misión... Ejercitamos un sacerdocio.

—¿Sacerdocio dijiste? ¡Pues cátate mil abusos! dirán, al llegar aquí, Nakens y Vallejo, enemigos jurados de todo lo sacerdotal.

Y no les faltará motivo para su suspicacia; que ni aun la escoba, con ser principio y origen de toda pulcritud, está libre de ser mal empleada.

Muchos hemos dejado de creer en los grandes demoledores desde que los hemos visto convertirse en simples proveedores de ripio y cascote para uso de poetas, académicos y autores por horas.

Así—¡ay de mí!—adorando en la Escoba como adoraba el jacobino en la Guillotina, y casi casi como adora el cristiano en la Cruz, sé de antemano que aquel instrumento redentor de esta sociedad decrépita y gastada, ha de servir principalmente para provecho de muchos barrenderos egoístas.

Yo, por ejemplo (y esta confesión debe rescatar mi culpa), ¿con qué objeto he escrito el presente artículo?

Con el de cobrarlo.

Es decir, ¡con el de barrer hacia adentro!

MARIANO DE CÁVIA.

DESDE EL BOULEVARD

A lucha electoral entablada hace diez ó doce días entre el general Boulanger y el candidato de la Unión republicana, Jacques, se ha convertido en verdadera *guerra de carteles*.

París está materialmente empapelado, y sus paredes se parecen á esas colchas que las buenas y pacienzudas madres de familia confeccionan uniendo, en abigarrado tapiz, retazos de tela de todos colores.

Por la mañana aparece en todas las esquinas, en las vallas, en las columnas anunciadoras, ó destinadas á otros usos más ó menos perentorios, en los pedestales de las estatuas, en todo hueco libre, en fin, una alocución del *brav' général*; á medio día se ve en los mismos sitios otro manifiesto, de color distinto, del presidente del Consejo municipal.

A medio día, diluvio de tiras boulangeristas coloradas.

Por la tarde, chaparrón de tiras proclamando á Jacques.

Al anochecer, derrame general de profesiones de fe del aspirante á Cesar.

Un cartel amarillo en que el hombre de la revancha pone verde al candidato de los oportunistas y radicales.

Un cartel verde en que Jacques pone al general de oro y azul.

Y así llevamos dos semanas.

Si las elecciones no estuviesen tan próximas, este entretenimiento tendría que terminar sin remedio.

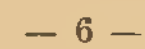
Se acabaría el papel de colores.

Y el engrudo.

Y el diccionario de los insultos políticos y de las frases de relumbrón con que se obsequian mutuamente los candidatos.

¿Quién triunfará?

Eso nos tiene sin cuidado á los que escribimos para LOS MADRILES, donde la política es cosa desterrada. En algo se nos había de conocer que tenemos buen gusto.



Podemos pasar sin cuidado por las inmediaciones del Campo de Marte y visitar los trabajos de la futura Exposición, con objeto de adelantar algunas noticias á nuestros lectores.

¡La torre Eiffel no se inclina!

Este temor ha preocupado durante algunos días á la población parisiense

Varios espíritus temerosos y visionarios empezaron á decir que la torre se inclinaba á la derecha.

Inmediatamente hubo un periódico que se hizo eco del rumor.

¡Alarma general!

Otro periódico envió á su Mencheta más activo á conferenciar con Eiffel.

—¡Dicen que se le tuerce á usted hacia la izquierda! le dijo para empezar el *interview*.

—A mí me han escrito varios caballeros particulares que la ven inclinarse á la derecha, contestó Eiffel sin inmutarse.

—¿Entonces se bambolea?

—No, señor; son efectos de óptica. He hecho experiencias con un aparato exactísimo, y resulta que no se ha inclinado ni un milímetro.

El *reporter* se inclinó ante el ilustre ingeniero, y el periódico nos tranquilizó á la mañana siguiente.

La torre tiene ya 220 metros de altura. Unos dedos más que Vital Aza.

Los trabajos del resto de la Exposición avanzan rápidamente. Aprovechando la visita oficial del Presidente de la República, he podido, el domingo pasado, tomar una idea general del estado de las obras.

Dentro de unos quince días estará terminado el Palacio de Bellas Artes, que forma la parte izquierda de las construcciones del Campo de Marte. Una de las maravillas de este edificio será la escalera cuádruple de caracol, situada bajo la cúpula, y que dará acceso á la galería del segundo piso.

Casi tan adelantado como este palacio está el de las Artes Liberales, situado frente por frente, y haciéndole *pendant*.

Entre los dos, y dando frente á la torre Eiffel, el Palacio de Industrias diversas, coronado por una inmensa cúpula, que es otro de los atrevimientos de construcción de estas obras.

Lo forman una sucesión de galerías cubiertas, que se extien-

den hasta las dos avenidas que circundan á derecha y á izquierda el Campo de Marte.

La mayor parte de las naciones trabajan ya en sus instalaciones, en estas galerías.

Con tristeza hemos visto que, en el espacio destinado á España, ni señales de empezar á trabajar se notaban.

En la sección de Austria se verificó días pasados una solemnidad nueva. La de poner el *primer clavo*. Esto siempre es una innovación y un progreso, y no nos chocará que, andando el tiempo, se diga: «Ayer se verificó en casa de los marqueses de Q*** la ceremonia de dar la primera puntada en el *trousseau* de su linda hija, que pronto va á casarse con el vizconde de K*** La madrina, señora de P. P. W., pinchó con una aguja de oro la finísima batista de la camisa de desposada, y el padrino pronunció un sentido discurso sobre las prendas de uso interno.»

Detrás del palacio de Industrias diversas se encuentra el verdadero *tour de force* realizado por el arte de construir: la galería de máquinas.

Una nave de 430 metros de largo por 115 de ancho, cubierta por formas de hierro sin el más pequeño apoyo interior.

Es la nave de más vacío que se conoce hasta el día, sin que se le haya dado el bombo que á la torre Eiffel; es un problema resuelto, venciendo más dificultades y con más elegancia que aquél.

Es la parte de la Exposición que está más adelantada, pues hasta la decoración de los frisos está ya terminada. Jambou, que es el Busato de París, ha realizado, con sus dos compañeros, el milagro de *pintar 18.000 metros cuadrados en dos meses*.

¡Y los ha pintado bien!

Una de las curiosidades de la Exposición futura será la reproducción exacta de una calle de El Cairo. Está ya tan adelantada, que el domingo vimos en ella un árabe, conductor de un pollino blanco, que es el *simón* en uso en la ciudad egipcia.

La serie de viviendas, desde la caverna del hombre primitivo hasta el elegante *chálet* destinado á M. Carnot, que ha de formar la *Historia de la habitación*, imaginada y dirigida por el arquitecto Garnier, el autor de la Gran Opera de París, promete ser muy curiosa, á juzgar por lo ya construído, que no es poco.

Un ferrocarril microscópico pone en comunicación el Campo de Marte con la Explanada de Inválidos, donde estará la Exposición colonial francesa, ya casi terminada. Este ferrocarril costea, todo á lo largo del muelle de Orsay, las galerías destinadas á la Agricultura y productos alimenticios, y el bonito *Palacio de la alimentación*, que encerrará los *restaurants*, *cantinas*, *bars*, *brasseries*, *divanes*, *tabernas* y *cafés* de todas las naciones.

Poco á poco, y conforme cada cosa esté terminada, daré noticias y descripciones detalladas de todo.

—

En esta época de revistas de fin de año, todas cortadas por el mismo patrón, hemos tenido una verdadera novedad: una revista á caballo.

El Circo Fernando ha ofrecido este *primeur*, que ha obtenido un éxito colosal.

La revista se hace en la pista; tiene mucha gracia, y nuestro compatriota el clown Medrano hace las delicias del público parisién, bailando un *bolero* saladísimo.

—

Un periódico inglés ha dado con el verdadero origen y naturaleza de la enfermedad de oídos del emperador de Alemania.

Según dice el *World*, Guillermo II debe esta enfermedad al exceso de audiciones de óperas de Wagner, á que sin continencia se ha entregado.

BLASCO.

París 17 Enero 89.

Litigio en puerta.

El Sr. D. Miguel Ramos Carrión nos favorece con la carta que á continuación verán los lectores.

Comprendemos la susceptibilidad del Sr. Ramos Carrión; pero le haremos observar que nuestra afirmación del número pasado estaba basada en repetidas experiencias que el autor de *La Bruja* conoce por su desgracia.

A pesar de ello, aceptamos gustosos el reto. Nuestro director nombrará tres *jueces* entendidos en la delicada materia de que se trata, y el Sr. Ramos otros tres.

Los nombrados por el Sr. Ramos Carrión son los señores Vega, Laserna y Serrano de la Pedrosa, y por nuestro director, los señores Vital Aza, Estremera y Cavia.

Verificada la prueba, los seis señores jueces darán en estas columnas su autorizada opinión sobre el delicadísimo pleito que el Sr. Ramos Carrión intenta, y hasta entonces nos reservamos todas las censuras que merece la temeridad del ingeniosísimo autor de *Golondrina*. He aquí la carta de nuestro querido amigo:

Sr. Director de LOS MADRILES.

Muy señor mío: Lleno de indignación tomo la pluma, después de leer las líneas que acompañan á mi caricatura, dibujada con corrección y gracia por el Sr. Pons en el último número del periódico que usted dirige.

De usted son aquellos renglones, no puedo dudarlo, porque en ellos rebosa la bilis del vencido, el despecho del impotente. ¡Ah, chiripero!

Reconozco en usted, como crítico, el derecho de juzgar mis obras dramáticas, pero no el de decir que soy un mal jugador de carambolas.

¿Quiere usted 20 para 100? La mesa espera, los tacos aguardan.

Nombremos un jurado, y que él decida si tiene usted condiciones para juzgarme. Yo desde luego acato respetuoso su fallo, que ha de publicarse en el próximo número de LOS MADRILES.

Ganaré, estoy seguro de ello, y entonces... ¡ah, chambón! cantará usted la palinodia más vergonzosa que ha visto la luz en letras de molde.

Si no acepta usted este reto hecho á la faz de todos, y como protesta viva de un juicio temerario, apasionado é injusto, rompa usted su taco ó humíllelo ante mí en señal de acatamiento y homenaje.

Con este motivo, bien poco grato, se repite de usted enemigo acérrimo, irreconciliable y afectísimo

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Menudencias.

Ha habido bienaventurados que al ver lo que sobre originales inútiles decía en el número pasado, añadiendo que *quedaban á disposición de sus autores*, han comprado un sellito, lo han metido en un sobre y pretenden que les devuelva las cuartillas, como si con estos líos de Boulanger y estas zozobras de los petardos estuviera uno para pensar en nada.

Entiéndase que lo de *quedar á disposición de los autores*, quiere decir tanto como «aquí está esto, mande usted á buscarlo, ó déjelo estar.»

Pero en ningún caso que nos tomemos el trabajo de remitirlo. ¡Eso nunca!

Y conste que esto de devolver los originales no se estila en ninguna parte. Conque todavía hay que agradecérmelo.

De modo que siguen estando los originales donde estaban.

¡Ah! Y los sellitos también.

—

Libros recibidos:

La Puchera, de D. José M. de Pereda.

A tout seigneur, tout honneur. Del libro de Pereda hay que hablar despacio, y queda para el próximo número.

La mejor ley, drama en tres actos y en verso, por Joaquín Dicenta.

Oro, plata, cobre y... nada, juguete en un acto, de Felipe Pérez y González.

Advertencia importante.

Pensamos, á fin del año anterior, no alargar el plazo de los aguinaldos á los suscritores más allá de Reyes. Pero, amigo, nosotros proponemos y el público dispone.

Hemos recibido cartas, pasado el plazo citado, rogándonos admitamos suscriciones por algún tiempo más y con las mismas condiciones.

Y nosotros no podemos negarnos á nada que se nos pida en favor de nuestros lectores.

El suscritor que se abone por todo 1889 **en esta Administración**, pagando sus **nueve** pesetitas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco** y **Los Madriles**, como es consiguiente. Y téngase en cuenta que los libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera **al cromo**, y valen **cinco** pesetas. De modo que haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en **cuatro** pesetas.

Los suscritores por semestre recibirán **un** tomo de **Novelas amorosas**. Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madrile** en **tres** pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

A los compradores de este periódico se les remitirá el **Almanaque**, franco de porte, haciendo el pedido á la Administración, acompañado de **1 peseta**.

Queda acordada, como se pide, la prórroga del plazo hasta fin de Enero; pero á su vez, y en bien de nuestra regularidad administrativa, tengan ustedes la bondad de darse toda la prisa que buenamente puedan, porque esto es como los turrones: en cuanto pasa la época, no resulta el argumento.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

EL DUELO

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
26 de Enero de 1889.
NÚMERO 17.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JOSÉ MORENO CARBONERO

No la actualidad, y sí sus propios méritos, dan á Moreno Carbonero el primero y más visible sitio de este número.

El pintor malagueño ha cumplido en su cuadro *Los almogávares* las esperanzas que hizo concebir con *El Príncipe de Viana* y *La conversión del duque de Gandía.*

Ha llegado, pues, á esa primera fila, tan codiciada por los bisoños.

Hay que pasar de ella y llegar más adelante todavía.

Moreno Carbonero tiene alientos para ello y llegará.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

(Enero, 89; del 20 al 26.)

Sr. D. Federico Urrecha.

Mi estimado amigo y Director:

Sólo la proverbial bondad de usted y el afectuoso cariño que me profesa pueden sacarme hoy del compromiso horrible en que me encuentro. Es el caso, Sr. Director, que son las seis de la tarde del viernes 25 de Enero del año de gracia de 1889, y á esta hora no he encontrado aún el asunto, ó los asuntos, mejor dicho, para la *Crónica* de Los Madriles. El amigo Pons apremia, se impacienta el Sr. López, y yo no encuentro medio mejor para salir del atolladero, que dirigirle á usted la adjunta carta, participándole que no pasa nada. ¿Cree usted, estimado D. Federico, que puedo llenar una docena de cuartillas refiriendo, por ejemplo, que los vecinos del barrio de Maravillas han tramado una conspiración, ¡nada tiene que ver en esto D. Manuel, conste! para arrebatar por medios violentos la imagen de la Virgen de las Maravillas, que está hoy en poder de las monjas Carmelitas, contra toda razón y derecho, según aseguran estos devotísimos vecinos?... Parece que al ser trasladadas las monjas desde el convento de Maravillas al de Don Juan de Alarcón, se llevaron consigo la veneranda imagen; vamos, cargaron con el Santo y la limosna, como suele decirse, y á las reclamaciones de estos feligreses han contestado enviando una copia pequeña y mala de la Santa Imagen. Dícese ser que la auténtica la tienen secuestrada en el convento de la calle de la Puebla, y no la dejan ver de alma viviente, temiendo un golpe de mano de parte de estos vecinos. El caso es digno de fijar la atención de la autoridad eclesiástica, que debe resolver pronto, en bien del culto y de la religión, cuál de las dos imágenes corresponde á esta feligresía. Sepamos de una vez cuál es nuestra imagen, y á cuál debemos adorar. Por supuesto, á mí me es indiferente, siendo vírgenes las dos.

En Murcia ha caído en poder de la policía toda una banda de rateros. ¡Parece mentira! ¿Por qué no trasladan á Madrid á esos beneméritos funcionarios? ¡Aquí donde hacen tanta falta! Aunque, en realidad de verdad, no podemos quejarnos esta semana si resulta cierto que han caído en el garlito los audaces petarderos que durante tantos días han tenido alarmada á la población y en jaque á la primera autoridad de la provincia. Los robos no han menudeado tanto como la semana anterior; el más digno de mención ha sido el efectuado en la confitería de la Dulce Alianza. Entre los efectos robados se cuentan treinta y seis docenas de merengues. ¿Cómo se arreglarían los rateros para llevarse tan empalagosa impedimenta?

De Barcelona, Sevilla, Bilbao, Valencia y otras poblaciones importantes se han recibido multitud de telegramas felicitando á Pérez Galdós por su derrota en la Academia. Muchos de estos telegramas terminan con la siguiente pregunta: «¿Con cuántas *emes* se escribe Commelerán?» No podemos contestar satisfactoriamente á la pregunta; lo que sí sabemos es que el nuevo académico ocupará el sillón marcado con la letra *M* en la docta Corporación; de modo que si en el apellido tiene dos y una en el sillón, ya resulta con tres, lo cual nos parece que son muchas *emes*.

Dos sucesos dignos de especialísima mención. El indulto concedido á la Prensa y la apertura del grandioso templo de San Francisco el Grande. A propósito de esta iglesia: hemos oído que va á cerrarse de nuevo para mudarla el pavimento. ¿No podrían haberse terminado las obras por completo antes de consagrarla al culto? ¿No le parece á usted que es poco serio eso de estar abriendo y cerrando la iglesia todos los días?

En el Jardín del Buen Retiro se han reunido los estudiantes para conocer la contestación del insigne marino Sr. Peral al Mensaje de felicitación que le envió la clase escolar. Reinó, como siempre que se reunen los estudiantes, el orden y el entusiasmo más completo; es preciso confesar que estos chicos se reunen siempre con una discreción y una oportunidad dignas del mayor encomio.

En Figueiro (Galicia) se han tomado los dichos dos novios que son un par de criaturas; él pasa de los ochenta años y ella tiene setenta y seis. ¿Cuánto tiempo calcula usted que podrá durarle á esta enamorada parejita la luna de miel? Los dos tienen nietos; apostamos que en esta última coyunda no llega ya la familia á la tercera generación, á menos que Dios haga un milagro, que puede que sí lo haga, aunque me parece algo dificililllo.

¿Ha visto usted el número extraordinario de *El Resumen*? ¡De primer orden! Tanto en la parte artística como en la literaria no tiene nada que envidiar á las publicaciones de la misma índole que ven la luz en el extranjero. La empresa acometida por nuestro querido colega ha sido un verdadero *tour de force*, de la que ha salido, como no podía menos de suceder, completamente airoso, y por ello merece nuestros más entusiastas plácemes.

Nos ha resultado otro empleado de Correos aprovechado; pretendía sencillamente realizar un pequeño negocio con los sellos, que debía dejarle una ganancia de 1.000 pesetitas al mes. Siguiendo esta pendiente, habrá que transformar muy pronto la Dirección de Correos en Dirección de Penales. ¡Cuidado si es milagroso que llegue una carta á su destino!

Sin embargo, ¡cuántas veces debíamos dar gracias á la Providencia porque algunas cartas no llegaran á poder del destinatario!

Si esto ocurriera á la presente, crea usted que no lo lamentaría su afectísimo amigo y compañero

E. Navarro Gonzalvo

BATURRILLO

SEGÚN *El Día*, han vuelto para el Ateneo los días de *gran esplendor*. Con perdón del inteligente y simpático colega: no veo el esplendor, y eso que el Ateneo suele estar bien alumbrado. Los conservadores se han apoderado—lo de siempre—de ese centro de cultura *in illo tempore*. Cánovas—el presidente—diserta sobre D. Pedro I de Castilla, tema fresquito, si los hay. Vilanova—ese geólogo terciario—diserta, es un decir, acerca de la *Biología del globo*. La verdad, yo ignoraba que el Sr. Vilanova estuviese tan atrasado de noticias. Explicó la formación de la tierra casi casi como la explica la Biblia, con su poco de Buffón intercalado en el texto.

Decía el Sr. Vilanova, pongo de ejemplo: «En el período carbonífero abundaba... el carbón. En la velada próxima traeré un carbón fósil, para que ustedes se convenzan. En la época secundaria había mucha... piedra pómez (y quien dice piedra pómez, dice granito, cualquier cosa). En la velada próxima traeré un pedazo de piedra pómez.» Decididamente, la velada próxima será... una pedrea. ¡Socios del Ateneo, á defenderse!

* * *

Pasemos á la poesía, que, según los propios socios del Ateneo (algunos, no todos, porque yo no me he metido á nihilista todavía) *está llamada á desaparecer*.

¡Ojalá! Para cómo la han puesto... Lo que es hasta ahora no lleva trazas de desaparecer. La poesía mala, se entiende. La buena va siendo tan rara como los fósiles de que nos hablaba el Sr. Vilanova.

Yo no sabía que el Sr. Correa, mi simpático paisano (no crea que pretendo que me dé un destino) fuese poeta, ya que hoy se llama poeta á todo aquel que no habla como habla la gente (y no aludo á ciertos autores dramáticos de la última hornada).

En los versos de Correa hubo de todo, como en botica. A mí, valga la franqueza, se me antojaron muy malos; pero fué porque el Sr. Correa los leyó deplorablemente.

Leído que los hube en los periódicos, cambié de opinión, aunque disto mucho del sentir de *El Resumen*, que los pone en los cuernos de la luna. ¡Qué elogios los que se gastan algunos periódicos! La *Carta á una familia bañista*... ¡eso sí que es malo, paisano! Ya usted ve: el soneto *A una coqueta* (de acentuado sabor clásico) ya me parece otra cosa. En él, por lo menos, hay vigor, armonía, colorido y gracejo, si bien aquello de:

"*huésped eterno* de sus labios rojos„

es algo más que una reminiscencia de aquel otro verso de Garcilaso, ó de quien sea:

"*huésped eterno* del Abril florido„

y usted disimule que publique estos secretos de familia. Algunos *cantares* están escritos con sentimiento y *saben á pueblo*. Véase la clase y... *no va más*, que dicen los banqueros al echar las cartas:

"*¿Cómo quieres que la olvide*
si al tomar la Extremaución
en vez de mirar al Cristo
mirándome se murió?„

¡Choque usted, Sr. Correa, choque usted!

* * *

Manuel del Palacio llamó pulgas á los críticos. Eso no está bien, ni medio bien siquiera; porque ¿qué culpa tienen los demás de que *Clarín* le haya dicho que no llega á *poeta entero*? No, no llega, y cuenta que versifica con mucha facilidad y limpidez, y ha escrito cosas hermosísimas. Es usted poeta ¡claro! ¿quién lo niega? y, á mi juicio, mejor que otros á quienes se llama genios diariamente; pero (¡maldita conjunción!) ahonda usted poco, *siente* muy á la ligera y carece de la intensidad y pujanza líricas de Núñez de Arce, pongo por caso.

Para que vea usted si soy franco: yo disiento del juicio que tiene toda España y toda América (estoy muy acostumbrado á quedarme solo) respecto de Zorrilla. Pero ¡tente, pluma! que no quiero que me lluevan dicterios.—¡Es tan fácil criticar!—dirán cuantos me lean. ¡Claro! Criticar mal es muy fácil, y como yo no critico bien... Al buen entendedor... Pero conste que no hablo á humo de pajas, ni soy como Segismundo (no Moret, sino el *otro*), que decía:

"Nada me parece justo
en siendo contra mi gusto.„

porque yo no sé si ustedes sabrán que comulgo con el naturalismo. *El Soliloquio*, de Zorrilla, será un tesoro de gorjeos, un derroche de trinos... concedido; pero como yo no entiendo el lenguaje de las aves como le entendía Apolonio, (no recuerdo cuál, porque hubo varios) al decir de Filostrato, suelo quedarme en ayunas cuando escucho al *gran mago de la rima*. Si es cosa de que se me ha de injuriar, retiro lo dicho. ¡Soy de mío tan timorato!...

* * *

Y... á otro poeta, porque aquello, más que velada, fué una á modo de corrida poética. El Sr. Velarde, poeta lámina (lo digo por lo delgado que está), leyó unos fragmentos de su poema *Alegría*, en los cuales resplandecen imágenes luminosas y sentimientos gráficamente expresados. (Vamos, que se me eche en cara que soy injusto.) Velarde es poeta, mal que pese á mi amigo *Clarín*. No se acerca, ni con cien leguas, á Núñez de Arce ni á Campoamor, pero tiene estro y rima con fluidez y desenfado. No es un poeta uniforme, de temperamento claramente definido, porque á veces tira á la *manera* cuasi épica (cuando describe, por ejemplo) de Núñez de Arce, y á veces á la *manera* sencilla, natural y desprovista de toda tiesura académica, de Campoamor (cuando expresa afectos puramente personales, por ejemplo).

La carta que escribe el cabo á *Alegría* pertenece á la escuela del autor de «Los buenos y los sabios.» El resto del poema recuerda el tono del *Idilio* y de *La Pesca*. Peca Velarde de rebuscado y efectista á veces. Se nota en él como el prurito de aparecer siempre castizo y un si es no es arcaico. Me refiero al lenguaje.

—

Lo que es á mí, no me verán en el Ateneo la velada próxima. ¡Que D. Juan Vilanova nos ha amenazado con una pedrea fósil! No olvidarlo.

* * *

Com... me... *lerán* (no seré yo quien te *lea*) ha derrotado á Galdós en el pugilato académico. La culpa no la tiene Commelerán, sino Galdós. ¿Para qué quiere el autor de *El amigo Manso* ser académico? ¿Qué falta le hace para su gloria? Que Commelerán, cuyo cerebro debe de estar atiborrado de *virutas de libro mal digeridas*, que dice Daudet, haya pretendido (y conseguido) figurar entre los *inmortales*, se comprende. Pero que Galdós, el mejor novelista español contemporáneo, haya querido sentarse donde se sentó el conde de Vistahermosa, que probablemente sería otro Pidal, eso, la verdad, es inexplicable; es decir, *parece* inexplicable.

Lo que tendría gracia, después de todo, sería que Commelerán resultase, que resultará, otro Astier Rehu. (Véase *L'Immortel*, de Daudet, por más señas). Espero leer dentro de poco la noticia siguiente en *La Correspondencia*: «El Sr. Commelerán, académico de la Española, se arrojó anoche al Manzanares. Quien desee pormenores, que lea su Diccionario latino... ó lo que sea.»

FRAY CANDIL.

LIQUIDACIÓN DE 1888

DIRÁN ustedes que es algo tardía.

Pero tengan presente que no es cosa tan fácil hinchar á un perro, como decía aquel loco que pintó Cervantes.

Y el año recién difunto ha sido de los más perros que hemos pasado *Asmodeo* y yo.

No «nació tarde,» como *El rigor de las desdichas*, del romance de Quevedo.

Por el contrario, nació pronto, porque si no hubiera venido al mundo, nada habríamos perdido.

El estilo para escribir la historia del año pasado ha de ser el de la cuenta de la lavandera.

Por ejemplo: Emperadores muertos, 2.

Actores, dramáticos y cómicos, españoles: 4.

(El pobre Luján ha estrenado año.)

Ministros, 0.

En buena hora lo digamos, ninguno ha caído más que moralmente, y ahí se las den todas.

Conatos de alteración de orden público, *d'après* los corresponsales del Gobierno, 6, ó 7, ú 8.

Aquello (ó aquellos) de Ríotinto, 8, ó 9, ó 10...

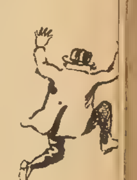
Reformas militares, veinte pares.

(Esto es; veinte pares de discursos, por lo menos; unos nacidos de otros, y, sin embargo, todos estériles.)

Estreno de *El Certamen Nacional*.

Ídem del «crimen de la calle de Fuencarral.»

Con aplauso general,
y por la "crema„ votado,
sale en Madrid diputado
don Felipe Ducazcal.



LAS CUATRO ESTACIONES

—¡Se ha fugado mi consorte!
—¡Y lo dices tan sereno!
¿Con quién?
—Con un guardafreno
del ferrocarril del Norte.

—¡Qué mustio estás!
—¡Hay por qué!
¡Se me escapó Rosalía!
—¿Con quién?
—¡Con un mozo de
la estación del Mediodía!

—¡Ya me niegas tus caricias!
—¡Dí á otro muchacho mi amor!
—¿Y quién es él?
—¡Un factor!
—¿De dónde?
—¡De las Delicias!

Una corista morena,
esperando que la llamen...
Suplico que no se escamen;
es que la llamen... ¡á escena!

Dos cesantes derrotados,
que esperan con ansia el día
de poder ser colocados
en la estación del Tranvía
de Estaciones y Mercados.

—¿Sabe usted á quién van á hacer ahora académico?
—¿A Ducazcal?
—No, señor; á Cerralvo; ya sabe escribir *aciéramos* y *juegábamos*.

—Si yo cogiera á uno de los que ponen los petardos... Pero ¡quiá! Ya procurarán ellos dejarlos donde nadie los vea.

—Una de las reformas que deben introducirse es la de que los oficiales prueben el pienso, para cerciorarse de la buena calidad de la cebada. Además, eso es muy nutritivo.

—¡Cómo anda el arte! Un *carbonero* pintando un cuadro para el Senado. Otro día encargarán á Pradilla una espuerta de cisco.

Discursos ó monólogos político-administrativos, con música del ilustre Clavé, por varios personajes de diversos colores, como los peces (de colores).

Todo esto á beneficio de los barceloneses y para amenizar sus ocios.

Lo del tercer partido.

Lo de los alcoholes.

Lo de consumos y sus dependientes.

Lo sublime en lo vulgar.

Lo de la Nevada.

(Es decir; lo que vale la Nevada.)

Empeños consiguientes de alhajas y prendas en buen uso.

La electricidad aplicada como alimento á los actores cómicos y líricos de varios teatros de Madrid.

Sistema Aguilera Succi.

Petardos, 20 y pico.

Inocente España.

Por lo demás, el año 1888, comparado, económicamente, con el 1887, fué muy superior á éste.

Vean ustedes, si no, los papeles.

«Las aduanas de... y de... han recaudado en el año último... tal cantidad; es decir, ...tantos miles de pesetas más que en el año anterior.»

«El Tesoro ha aumentado su recaudación en este ejercicio, «próximo pasado» respecto á igual fecha, salvo parte, del año anterior, en ...tantos miles de pesetas.

Que será precisamente lo mismo que diremos al terminar el año 1889.

O lo que dirán los que nos *sobrebeban*.

Literariamente considerado, fué el 1888 año recomendable.

Descuenten ustedes un drama de Echegaray, *Gloria*, de Cano; *Mezclilla*, de Leopoldo Alas (*Clarín*), otro libro de Gómez Landero, *Colmos y Colmillos*, y en paz.

Pero, en cambio, si los escritores apenas escriben más de una obra por año, y no todos, los pintores no descansan.

¡Qué ristras de autores, y periodistas, y poetas andan por el mundo!

Como prueba del movimiento artístico en Madrid, véase las tablitas que corren los señores *Ilesias* y otros agentes pictóricos.

Tablitas pintadas, al fresco algunas de ellas, por las condiciones del estudio del artista.

Como demostración del progreso mercantil en el año último, ahí está el alumbrado eléctrico de parte de la calle del Príncipe, á costa del comercio establecido en la misma.

La otra parte de la calle es oscurantista y continúa en tinieblas.

Es decir, que hay vecinos de sol y vecinos de sombra en la calle del Príncipe.

¡Ah! Me olvidaba.

Durante el año 1888 nació Commelerán á la vía pública.

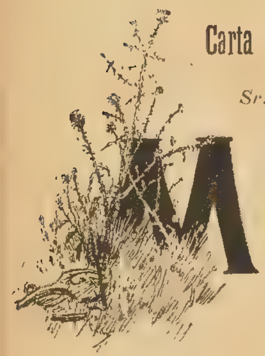
Esto es, empezó á formarse como capullo académico.

EDUARDO DE PALACIO

Carta de un marmitón á un jefe de cocina.

Sr. D. José María de Pereda.

SANTANDER.



Mi envidiado maestro y querido amigo: Hace pocos días que me entregó un buen montañés, el señor Marañón, *La Puchera* que para mí destinaba, y ayer recibí por correo su carta. Pero cuando ésta llegó, había yo dado ya fin á *La Puchera*.

Es en fisiología un hecho probado que lo que se come con glotonería y afán, no aprovecha; pero no lo es en literatura, si lo que se devora golosamente es plato de condimento tal como el de *La Puchera*.

Tratándose de usted y de un libro suyo, parecería (y sería) salida propia de cualquier majagranzas de los que tanto abundamos en las fronteras de la república literaria, decir á usted lo que á mí me ha parecido su novela. Con esto se adquiere cierto derecho para decir, luego que sale impreso lo que se ocurre sobre el particular, á los amigos y *admiradores* (porque yo tengo admiradores, según me han dicho algunos sobre su firma en dedicatorias de libros):—¿Eh? Yo soy el primer entusiasta de Pereda, y hasta amigo suyo; pero eso no *quita* que le haya dicho lo que creo verdad acerca de su libro.

Yo ruego á usted, mi querido maestro, que, si así le parece, siga contándome entre los majagranzas citados más arriba, pero sin achacarme la vanidad de creer que puedo decirle una verdad desagradable, por muy justificada que estuviese.

Recuerdo que un escritor francés, que se ocupó mucho de literatura española, dijo en cierta ocasión, y hablando de los novelistas inéditos que asedian á Zola pidiéndole prólogos y protección y llamándole *respetable maestro*, y después de publicado el libro, necesitado de aquellos valedores, le envían un ejemplar llamándole *querido* COMPAÑERO.

Yo daría las ganas de saber escribir otra *Sotileza* (y no sabe usted cuán grandes son), con tal de que usted, Sr. D. José, no creyera que soy de la pinta de aquellos *prologados*, pues aun permitiéndome creer que algún día pudiera llegar á hacer, en esto de escribir de amena literatura, algo que pasase de lo común y corriente, seguiría usted siendo mi maestro, nunca mi compañero. Hay clases, Matita, hay clases.

Y de esto que digo podrá creerse parte, ó todo, ó nada, entre los del oficio, dispuestos á confesar la vanidad ajena, pero no, naturalmente, la propia; esto me da poco en qué pensar, con tal de que usted crea en la sinceridad con que lo digo.

Voy ahora á decir á usted lo que á mí me ocurre después de leída *La Puchera*, no en cuanto á dejar sentado que tal personaje está bien ó mal dibujado, tiene ó no *calor de humanidad*, ó es consecuente ó inconsecuente con los antecedentes que usted tenía á bien darle para los fines de su libro. Esto sería incurrir en el feo defecto de que hablo al principio y *meterme* á crítico, para cuya tarea me faltan fuerzas y sabiduría.

Lo que me ocurre es lo siguiente:

Yo, como usted sabe por haberle yo mandado algún libro mío, escribo novelas, ó libros que yo creo de buena fe que son novelas, y es natural que lea preferentemente cuanto novelesco se publica aquí y fuera de aquí. Sin el menor átomo de malicia me consuela leer una novela mala, por aquello de que no soy solo en lo de hacerlas equivocadamente, y por la propia razón me entristece cada vez que leo una buena.

Y esto es cuanto puedo decir de *La Puchera:* que me ha entristecido.

Entre usted y yo (porque sé que es usted incapaz de revelar á nadie esta debilidad mía), diré que sentí, después de leída *La Puchera*, envidia sin límites. Y me dije á solas, con el tomo en la mano:—Vamos á cuentas. ¿He hecho yo jamás algo que se parezca á esto ni en un tanto así? No, seguramente, no. ¿Pues por qué ha de andar esto del meollo novelador tan mal repartido, que todo se lo has dado ¡oh Dios, dispensador de estas gangas! á Galdós, á Pereda, á Valera, á Alarcón y á Oller, y no nos has dejado á los demás sino insignificantes porciones, con las que apenas hacemos de vez en cuando algo que maldito si suena por parte alguna? ¿Y esto es equitativo?

No lo es, Sr. D. José; aunque usted, como posesor de su buena parte en aquella riqueza, creerá naturalmente lo contrario. De estas consideraciones y disgustos míos, repetidos cada vez que cualquiera de ustedes hace un libro, nace la firme resolución de no escribir... hasta que lo haga como ustedes. Y como este caso no acaba de llegar, empiezo á hacer transacciones y componendas conmigo mismo; me digo que, bien mirado, mi último manuscrito no es tan malo como á mí mismo me parece, y de esta creencia sale la resolución de llevarlo á la imprenta, de donde sale un libro hecho y derecho para distribuirse en las librerías.

Y allí se queda como los demás, mi querido maestro, porque (y esta confesión sí que la creerán sin discusión y hasta adelantándose á ella los del oficio) no he *sacado* nunca dos pesetas de ninguno de mis libros, por la única razón que hay para ello: porque no se venden.

Pues tampoco escarmiento, D. José, y echo la culpa á una porción de causas que no la tienen, y vuelvo á animarme como hace poco, hasta que usted tiene la bondad de remitirme *La Puchera*, y entonces me vienen aquellas ansias y sinsabores que quedan puntualizados, y... ¡adiós mi último manuscrito!

Hoy lo he encerrado en el cajón de mi mesa, mi querido don José, hasta que pase esto y vengan otra vez los ánimos.

En suma: que esta carta de marmitón á jefe de cocina que remite *Puchera* de tan sabroso aderezo, habla de mí, y no del libro. Pero á alguien tenía yo que contar estas cosas que me pasan con usted y los cocineros que dejo citados; y ¿á quién mejor que á tan excelente persona?

En cuanto á *La Puchera*...

Invitaron á cierto bebedor para probar un *Johannisberg* de setenta años, y bebido el primer vaso le preguntaron qué le parecía.

—Me parece tan bueno, dijo, que no me he enterado bien, y necesito otro vaso.

Y yo, con permiso de usted, voy á leer otra vez *La Puchera*.

Porque me ha parecido tan óptima como el *Johannisberg* del cuento del bebedor, y necesito repetir.

Ya sabe usted cuán grande y verdadera es la estima en que le tiene su discípulo y amigo

FEDERICO URRECHA.

Madrid 25 de Enero de 1889.

LITIGIO RESUELTO

El día 22 del corriente se verificó el *duelo* anunciado entre nuestro querido amigo D. Miguel Ramos Carrión y el director de esta Revista.

Del resultado dan una pálida idea los juicios que siguen:

JURADOS DEL SR. RAMOS CARRIÓN

¡Chambón!

Anoche, pensando á solas
en que Ramos Carrión
hizo casi de un tirón
noventa y dos carambolas;
y que ganó su contrario,
siendo, como está á la vista,
el peor carambolista
del Círculo literario,
dije para mí: *¡Caramba!*
¡Esto da dolor de tripas!
¡Sólo sabe hacer chiripas
este nieto del rey WAMBA!
Toda carambola hecha,
¡claro! la hacía en seguida;
y así ganó la partida
el buen Federico Urrecha.
Tiraba de cualquier modo;
es decir: *¡Allá va eso!*
Intentaba un *retroceso*
y le salía un *recodo*.
Y no hubiera sido extraño
que el *famoso jugador*
hubiera acabado por
hacer un *siete* en el paño.
¡Vamos, no he visto igual maña,
ni tal modo de jugar!
¡Y así se juega al billar
en la capital de España!
Habrá jugadores malos,
pero más que Urrecha, no.
El día que quiera, yo
le juego una mesa á palos.
Y no es esto vanidad
ni pretensión altanera:
á palos siempre que quiera;
¡pero á *palos* de verdad!
Y así dejaré ultimada
esta importante cuestión.
A Miguel Ramos Carrión
no le gana nadie á nada.
Y basta. Mi nombre y fecha
pongo al pie de estos renglones.
No quiero más relaciones
con don Federico Urrecha.

RICARDO DE LA VEGA.

• • •

Ganará quien quiera Dios;
pero para mí serán,
con taco y tiza, los dos:
Urrecha, Commelerán,
y Ramos, Pérez Galdós.

JOSÉ DE LA SERNA.

NOTA. Perdóneme mi amigo Urrecha; pero ya se sabe que el que tiene derecho al improperio es el que pierde.

• • •

En decir la verdad á nadie cedo:
empezaron los dos con algún miedo.
Mas se creció Carrión,
y se puso en las veinte de un tirón;
es decir, que llevaba veintiuna,
y el contrario contaba *tres* más *una*.
Era el taco de Urrecha corto y flaco;
(Miguel tiene más taco).
A mitad de partida
bebimos los jurados agua *frida*,
nada de azucarillos;
y con estos refrescos tan sencillos
será una cosa extraña
que el Jurado eche *ráices* en España.
A pesar de que Urrecha no iba mal,
se nos marchó aburrido don Vital;
y Vega y yo, solitos en la brecha,
vimos ganar á Urrecha.
Tenía Ramos ya *noventa y dos*
y jugaba como un ángel de Dios;
pero Urrecha, apretando en un momento,
se fué derecho al **100**.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

• • •

JURADOS DEL SR. URRECHA

Tal para cual.

Sentado en el banquillo del salón,
dispuesto como todos á juzgar,
presencié la partida de billar
entre Urrecha y Miguel Ramos Carrión.

Os diré con franqueza mi opinión,
que no tengo interés en ocultar:
si el primero ha ganado por *azar*,
el segundo ha perdido por *chambón*.

A nadie la partida hizo feliz
porque juegan con mucha pesadez.
¡A mí ya me lo daba la nariz!

¡Carambolistas ellos! ¡Qué sandez!
Que vayan á jugar... á Mondariz,
¡¡y que no vuelvan á nombrarme juez!!

VITAL AZA.

• • •

Al tener, como jurado,
que dar yo mi veredicto,
me veo en grave conflicto
que me trae muy apurado.
Urrecha y Ramos Carrión
juegan tan bien al billar,
que es difícil declarar
cuál es mejor campeón.
Pues conforme iban jugando
que era se iba conociendo
Ramos un Bielsa *corriendo*,
Urrecha un Trigo *picando*.
¡De qué manera jugó
Urrecha por tabla!... ¡¡ah!!
Pues ¡y Ramos! ¡cómo da
efecto á las bolas!... ¡¡oh!!
Al final de la jornada
perdió Ramos, lo confieso;
mas nada deduzco de eso,
porque eso no prueba nada;
pues siempre se echa de ver
que, en dando dos en jugar,
uno tiene que ganar
y otro tiene que perder.
Y á no ser por tal razón,
no ganara en liza estrecha,
ni Ramos Carrión á Urrecha,
ni Urrecha á Ramos Carrión.

JOSÉ ESTREMERA.

• • •

Si ha sido en tan fiera lid
vencido Ramos Carrión,
también el gran Bonaparte
fué vencido en Waterloo.
Como autor, vale muchísimo;
pero como jugador,
no vale un duro. (Por eso
digo que es un Napoleón.)

MARIANO DE CAVIA.

• • •

Menudencias.

Publicaciones:

La España Moderna, revista que ha de ser verdaderamente notable, verá la luz á fines del corriente mes en esta corte, y realizará lo que hasta hoy no se ha conseguido; reunir en su colaboración las firmas más ilustres de todos los partidos políticos y escuelas literarias. El segundo número publicará una novela íntegra é inédita de Galdós.

—

Pandemonium (crítica y sátira) por D. Antonio Cortón. Es un tomo de lectura muy agradable, y en el que, entre otros trabajos, hay un estudio de los principales periódicos de Madrid.

—

Chismes y cuentos, pasillo de J. López Silva y Fernando Manzano, escrito con mucho salero.

—

Emociones (poesías) por D. Juan Tomás Salvany.

Este libro es una prueba más de la inspiración delicadísima del autor, y se lee con verdadero deleite.

Advertencia importante.

Pensamos, á fin del año anterior, no alargar el plazo de los aguinaldos á los suscritores más allá de Reyes. Pero, amigo, nosotros proponemos y el publico dispone.

Hemos recibido cartas, pasado el plazo citado, rogándonos admitamos suscriciones por algún tiempo más y con las mismas condiciones.

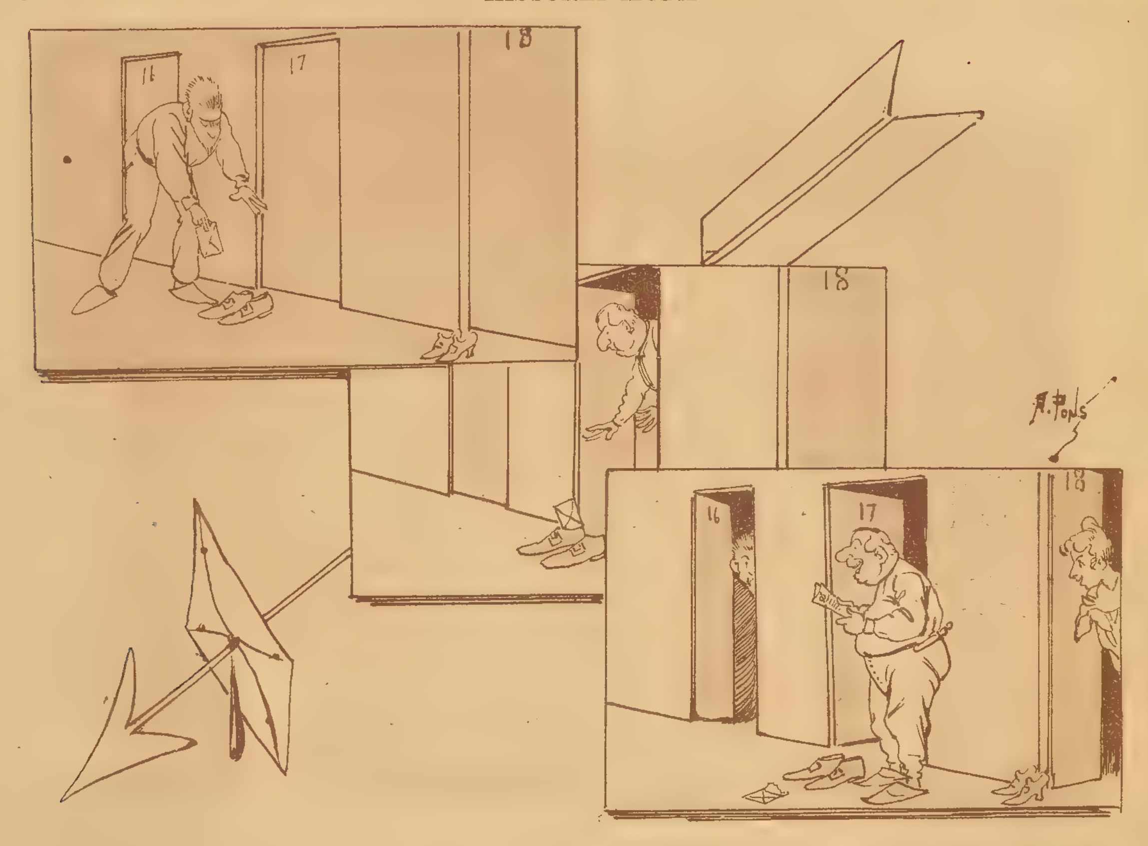
Y nosotros no podemos negarnos á nada que se nos pida en favor de nuestros lectores.

El suscritor que se abone por todo 1889 **en esta Administración**, pagando sus **nueve** pesetitas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco y Los Madriles**, como es consiguiente. Y téngase en cuenta que los libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera **al cromo,** y valen **cinco** pesetas. De modo que haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en **cuatro** pesetas.

Los suscritores por semestre recibirán **un** tomo de **Novelas amorosas.** Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madrile** en **tres** pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

A los compradores de este periódico se les remitirá el **Almanaque,** franco de porte, haciendo el pedido á la Administración, acompañado de **1 peseta.**

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.


16
17
18
A. Pons

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: Federico Urrecha

AÑO II
2 de Febrero de 1889
NÚMERO 13.

[illegible]

VITAL AZA

A MI QUERIDO AMIGO FEDERICO URRECHA
DIRECTOR DE LOS MADRILES

Mi retrato me has pedido
y te lo ofrecí galante,
y aquí tienes lo ofrecido
por delante (
Dedicatoria no [illegible]s;
pero en el dors[illegible]rás
mi firma, ya [illegible] quieres,
por detrás.
Yo me encuentro hasta bonito,
sí, señor, y hasta elegante;
á la prueba n[illegible]
por [illegible]
No me taches de inmodesto,
pues yo no lo soy jamás
(Es bueno hacer constar esto
por detrás.)
Mas si esta fotografía
la destroza un dibujante,
¡que no se me ponga un día
[illegible]r delante!
[illegible]i *mis líneas* altera,
[illegible]e frente, y ¡zás!
[illegible] pego una puntera
por detrás
[illegible]o aguanto de ningún modo
[illegible]urle un danzante
[illegible]ueza ante todo,
por delante!
Lo que le digo á [illegible]
podrá ofenderle qu[illegible]
pero yo nunca lo digo
por detrás:
Lo tacharás de imprudencia;
mas considero, no obstante,
que es precisa esta advertencia
por delante.
De este modo en mí hallarás
cariño franco y constante,
y en mí un amigo tendrás
¡siempre, siempre por delante!
¡Nunca, nunca por detrás!

VITAL AZA.

(1) Estos versos van al respaldo del retrato que nos remitió el Sr. Aza.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..................	9 [illegible]
Seis meses..............	5

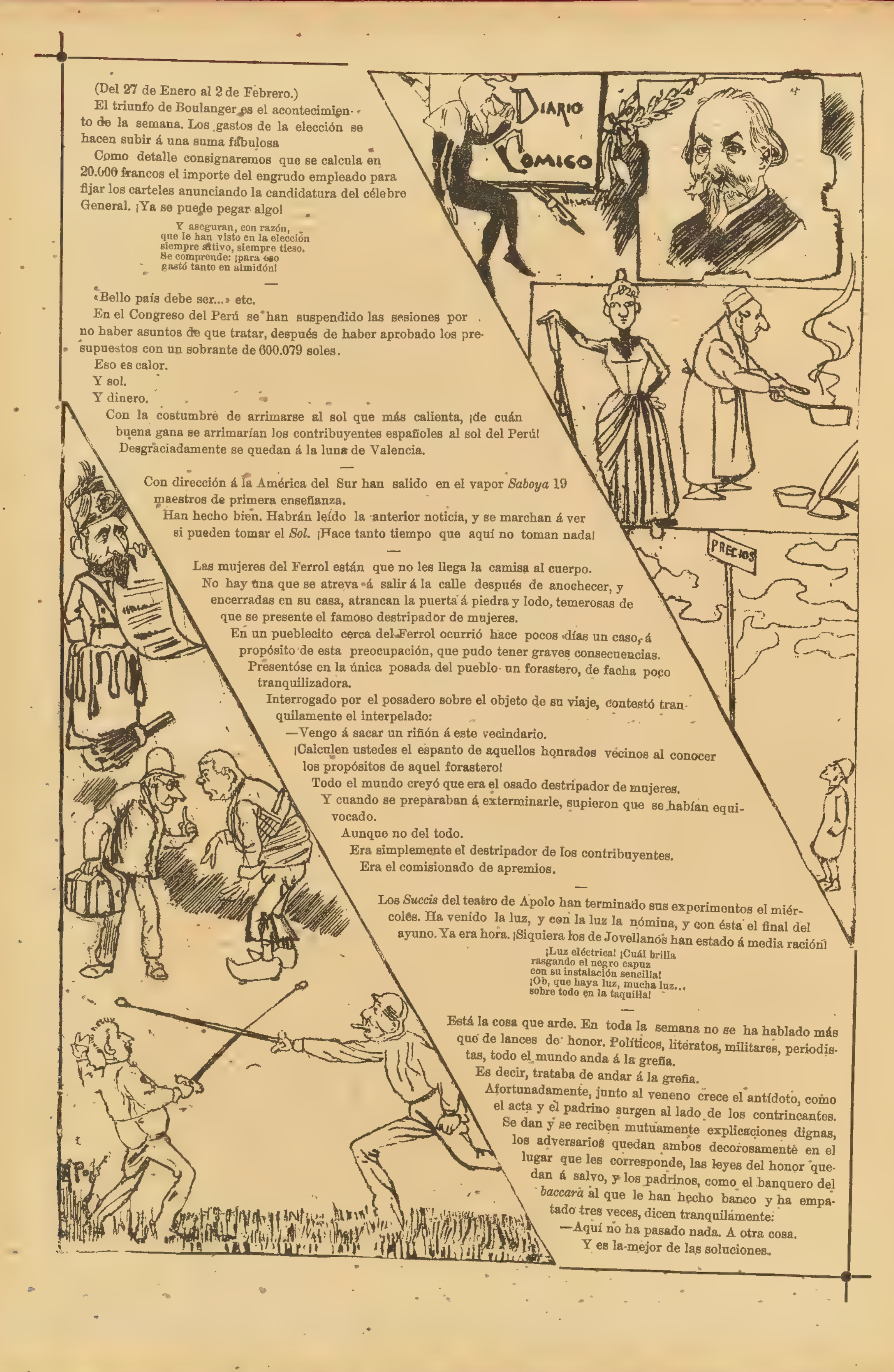
[illegible]

Un año, 15 *pesetas.*

[illegible]ÚMERO CORRIENTE, 5 *CÉNTIMOS*
ATRASADO. [illegible]

PAGOS ADEL[illegible]

[illegible]



(Del 27 de Enero al 2 de Febrero.)

El triunfo de Boulanger es el acontecimiento de la semana. Los gastos de la elección se hacen subir á una suma fabulosa

Como detalle consignaremos que se calcula en 20.000 francos el importe del engrudo empleado para fijar los carteles anunciando la candidatura del célebre General. ¡Ya se puede pegar algo!

Y aseguran, con razón,
que le han visto en la elección
siempre activo, siempre tieso.
Se comprende: ¡para eso
gastó tanto en almidón!

—

«Bello país debe ser...» etc.

En el Congreso del Perú se han suspendido las sesiones por no haber asuntos de que tratar, después de haber aprobado los presupuestos con un sobrante de 600.079 soles.

Eso es calor.

Y sol.

Y dinero.

Con la costumbre de arrimarse al sol que más calienta, ¡de cuán buena gana se arrimarían los contribuyentes españoles al sol del Perú! Desgraciadamente se quedan á la luna de Valencia.

—

Con dirección á la América del Sur han salido en el vapor *Saboya* 19 maestros de primera enseñanza.

Han hecho bien. Habrán leído la anterior noticia, y se marchan á ver si pueden tomar el *Sol.* ¡Hace tanto tiempo que aquí no toman nada!

—

Las mujeres del Ferrol están que no les llega la camisa al cuerpo.

No hay una que se atreva á salir á la calle después de anochecer, y encerradas en su casa, atrancan la puerta á piedra y lodo, temerosas de que se presente el famoso destripador de mujeres.

En un pueblecito cerca del Ferrol ocurrió hace pocos días un caso, á propósito de esta preocupación, que pudo tener graves consecuencias.

Presentóse en la única posada del pueblo un forastero, de facha poco tranquilizadora.

Interrogado por el posadero sobre el objeto de su viaje, contestó tranquilamente el interpelado:

—Vengo á sacar un riñón á este vecindario.

¡Calculen ustedes el espanto de aquellos honrados vecinos al conocer los propósitos de aquel forastero!

Todo el mundo creyó que era el osado destripador de mujeres.

Y cuando se preparaban á exterminarle, supieron que se habían equivocado.

Aunque no del todo.

Era simplemente el destripador de los contribuyentes.

Era el comisionado de apremios.

—

Los *Succis* del teatro de Apolo han terminado sus experimentos el miércoles. Ha venido la luz, y con la luz la nómina, y con ésta el final del ayuno. Ya era hora. ¡Siquiera los de Jovellanos han estado á media ración!

¡Luz eléctrica! ¡Cuál brilla
rasgando el negro capuz
con su instalación sencilla!
¡Oh, que haya luz, mucha luz...
sobre todo en la taquilla!

—

Está la cosa que arde. En toda la semana no se ha hablado más que de lances de honor. Políticos, literatos, militares, periodistas, todo el mundo anda á la greña.

Es decir, trataba de andar á la greña.

Afortunadamente, junto al veneno crece el antídoto, como el acta y el padrino surgen al lado de los contrincantes. Se dan y se reciben mutuamente explicaciones dignas, los adversarios quedan ambos decorosamente en el lugar que les corresponde, las leyes del honor quedan á salvo, y los padrinos, como el banquero del *baccará* al que le han hecho banco y ha empatado tres veces, dicen tranquilamente:

—Aquí no ha pasado nada. A otra cosa.

Y es la mejor de las soluciones.

La plaza del Dos de Mayo, el barrio de Daoiz y las calles adyacentes, andan bastante mal respecto á vigilancia nocturna.

Anteanoche, en una tienda de la calle de Ruiz, robaron unas latas de sardinas en conserva; en la calle de Malasaña, unos besugos; en la calle de Velarde trataron de arrancar el portamonedas de manos de una señora, y se asegura que han tratado de robar también el famoso arco de Monteleón.

¡Por Dios, señor alcalde; á ver si se vigilan un poco las glorias nacionales!

Y las capas de los vécinos al mismo tiempo.

¡Favor!... Etc., etc.

—

Es, por Dios, digna de aplauso,
por lo noble y levantada,
la patriótica idea
del *Liceo de Granada.*

Quiere honrar al gran Zorrilla
enalteciendo su fama,
y en un festival espléndido
entre justas literarias,
certámenes y banquetes,
bailes, músicas y zambras,
coronar al vate ilustre,
que es hoy orgullo de España,
ciñendo de áurea corona
las sienes privilegiadas
del cantor incomparable
de la incomparable Alhambra.
¡Hurra por los granadinos!
¡Aún vive el arte! ¡Aún hay patria!

—

En Oskaloosa (Estados Unidos) hay un Ayuntamiento compuesto exclusivamente de mujeres.

La alcaldesa y los concejales femeninos parece que administran al pelo, y el pueblo está loco de contento con sus *edilas*.

¿Por qué no hacemos en España una pruebecita de un Municipio por el estilo?

Reconocido el talento,
como es justo en la mujer,
¿á qué dudar ni un momento?
La mujer debe entender
en cosas de Ayuntamiento.

E. NAVARRO GONZALVO

HUMORADAS

I

Soy un hombre tan necio,
que defiendo mi vida, y la desprecio.

II

Tanto es lo que te quiero
que, aunque amarte es morir, te amo y me muero.

III

Sólo para quererte
voy robando unos días á la muerte.

IV

Cuenta el amor muy bajo á las mujeres,
que hay un deber contrario á los deberes.

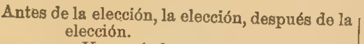
CAMPOAMOR.

UNO DE TANTOS

SONETO

Presume de talento, y es un necio
que ni piensa, ni ve, ni sabe nada:
abortó una novela, y fué editada,
y hoy tan sólo su autor sabe su precio.
Buscando en otros sitios más aprecio,
escribió una comedia desdichada,
que no pudo alcanzar una palmada
y se hundió en los abismos del desprecio.
¿Creéis que esta repulsa merecida
le hace en silencio devorar su pena?
Pues aún escribe más. Ahora condena
toda obra por la fama enaltecida,
y viendo que su gloria está perdida,
se dedica á morder la gloria ajena.

JOAQUÍN DICENTA.



DESDE EL BOULEVARD

Antes de la elección, la elección, después de la elección.

He aquí el resumen de la última quincena parisiense.

Saquen otros las consecuencias políticas que les inspiren ó convengan los 250.000 votos que el departamento del Sena ha dado el domingo pasado al general del caballo negro y la blonda barba.

La política me está vedada en este periódico—bien á mi gusto por cierto—y sólo me interesa reflejar aquí la fisonomía especial de la *Ville-Lumière* en esta quincena de elecciones apasionadísimas.

Durante la semana que precedió al domingo 27, la guerra de carteles de que ya dije algo en mi crónica anterior, llegó á su período álgido.

En efecto, se llegó á acabar el papel en algunas fábricas importantes. Lo sé de buena tinta.

Y se acabó el idioma; por lo menos el idioma en su verdadera pureza, para dar abasto á los apóstrofes que de cartel á cartel se lanzaban los candidatos y que de extremo á extremo de las salas de reunión electoral se arrojaban los partidarios de uno y otro campeón.

Se había echado mano al *argot* cuando los insultos en puro francés no bastaban, y para entender un poco á los oradores de estas reuniones era necesario escucharlos con el *Diccionario de la lengua verde* en la mano.

Los franceses tenían á gala, en otros tiempos, entenderse á media palabra. Hoy parece que los parisienses, para discutir política, necesitan *palabra y media.*

Ocasiones ha habido en que, no bastando las palabras, por gruesas que fueran, se ha recurrido á los puños y á los bastones.

Antes, para levantar una sesión, si se hacía con exceso tumultuosa, el presidente se cubría.

Ahora hemos descubierto un sistema más práctico.

Cuando una reunión electoral se hacía imposible porque la *escandalera* llegaba á su apogeo, con apagar el gas se les apagaban los fuegos á boulangeristas y jacquistas.

¡Por algo estamos en el siglo de las luces!

***

Por supuesto, que á la población en general, que tenía otras cosas mejores que hacer que tomar parte en esta lucha electoral, apenas si llegaban las voces de estas reuniones, más que repercutidas en los periódicos á la mañana siguiente. Los ciudadanos *pacíficos* no veíamos más que carteles, no recibíamos más que programas políticos, biografías y fotografías del *brav'général*, que los *camelots* repartían profusamente en los boulevares, y no escuchábamos más que la voz lastimera de esos mismos *camelots* pregonando, con acento dasgarrador y lágrimas en los ojos, canciones ó poesías tituladas:

—*Pauvre Jacques! Donnez-vous!*

—*Aaaah! Quel malheur d' s'app'ler Jacques!*

Otros pregonaban *La Boulangiade*, especie de poema mal oliente, en láminas, en que el hombre de la revancha aparecía dibujado en las diversas épocas de su vida, y siempre en una actitud, respecto á otros personajes, que la limpieza no me permite describir.

Mientras que la libertad de reunión y de imprenta llegaba á estas exageraciones, un decreto del Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes nos recordaba que existe aquí (¡oh anomalía inexplicable!) la previa censura para el teatro.

Mi querido compañero Navarro Gonzalvo habrá sentido cierto consuelo al saber que en todas partes cuecen habas, y que si él, despues de algunos malos ratos y un cambio de título, ha podido ver representado su *Sacamuelas*, en este país, que el nuestro suele sacar á relucir como ejemplo de todas las libertades, no se ha permitido la representación del *Officier bleu.*

***

Y amaneció el domingo 27 con un sol espléndido. ¡Lo cual no es poca ganga en estas latitudes, y en Enero!

Y los que se ponían verdes y se tiraban los candidatos á la cabeza durante los veinte días anteriores, iban á votar con el mayor orden, sin proferir un grito, sin formar grupos, sin discursear...

¡Y sin *volcar* ni un miserable *puchero!*

Aparte de que los carteleros hicieron aumentar en medio centímetro la capa de papel de color que cubría las paredes, y de que los *camelots* gritaban con acento mucho más desgarrador:

—*Pauvre Jacques!!*

PRECOCIDADES

Dos hermosas criaturitas
tan inocentes,
que ya se escriben cartitas
incandescentes.

—¡Caramba con el señor!
¡Llamar *Sol* á mi mamá!
—¡Niño, si eso es una flor!
—¡Y él es un merodeador
del jardín de mi papá!

—Vete á jugar con los nenes,
mientras hablo con mi primo.
—Oye. ¿Cuántos primos tienes?

—Vamos á ver, Periquín: uno y uno, ¿cuántos hacen?
[illegible]
—¿Y uno y una?
—¿A que tampoco lo sabes tú?

¡[illegible]

—Mir[illegible] t[illegible] te [illegible]fra[illegible]as de b[illegible]o, por ejemplo; voy yo y hago [illegible] qu[illegible] e c[illegible]mo, y vas tú y haces como que te dejas co[illegible] ¿[illegible]res

[illegible]lo se conocerá que tengo la voz tomada, [illegible]

—Señor; ya tie[illegible]e puesta la cabezada de pesebre, [illegible]omo mandó.

PRECOCIDAD

—¡Si viene usted con buen fin!

nadie hubiera dicho que se verificaban unas elecciones, con extraordinarias precauciones tomadas por la autoridad.

Por la noche, mucha afluencia de gente en la plaza de la Magdalena, en la cual, y en dos esquinas fronteras, ocupaban los dos candidatos los entresuelos respectivos de dos grandes *restaurants*, rivales también.

A media noche una ovación al elegido y una *pita* al derrotado.

La misma escena en la rue Montmartre, delante de las redacciones de los periódicos boulangeristas; sin más diferencia sino que la pita y la ovación la recibieron los candidatos en efigie, al aparecer sus retratos en transparentes luminosos al efecto.

¡Y ni se hundió el firmamento ni temblaron las esferas!

***

Desde el lunes por la mañana los porteros de las casas particulares y los dependientes de los establecimientos cuyas fachadas no habían dejado limpias los traperos durante la noche, se dedicaban á quitar con agua caliente, de aquellas paredes que todavía enrojecían de haberlos dado hospitalidad —que diría algún romántico cursi—los carteles electorales.

Toda la furia política, todos los insultos, todas las frases pomposas y las vanas promesas que no habían ido al cesto del trapero iban á la alcantarilla.

Entre ellas iban envueltas la historia política y la vida privada de dos hombres, más traídas y llevadas y más conocidas hoy que el alquitrán de Guyot ó la Revalenta arábiga.

Quién sabe si, andando el tiempo, y siguiendo por este camino las luchas políticas, dirán los padres de familia, con el mismo dolor que hoy cuando un hijo les sale borracho ó jugador ó algo peor aún:

—¡Ya ve usted qué desgracia! á mi chico le ha dado por presentarse diputado. ¡No nos va á saludar ninguna persona que se estime!

***

La muerte de Concha Castelar ha sido aquí muy sentida, no sólo entre la colonia española y americana, sino entre los franceses, pues nuestro gran artista de la palabra cuenta en Francia tantos y tan grandes admiradores como en España.

Reciba nuestro gran orador, entre las líneas de esta crónica, el más sincero pésame de buen español, por la desgracia que le aflige.

***

Gran éxito de la nueva novela de Georges Onhet, *Le docteur Rameau.*

Gran expectación para el próximo estreno de Sardou en el vaudeville, *La Marquise.*

Gran estirón de la torre Eiffel, que ya va tocando á su altura total.

Y gran soledad en la parte española de la Exposición Universal.

¿A cuándo esperamos para empezar nuestras instalaciones? ¿A que los demás hayan concluído?

BLASCO.

París 31 Enero 89.

SOLEDADES

Lentamente van subiendo
las densas brumas del bosque,
¡sudario fúnebre y negro
con que se cubre la noche!
En la solitaria ermita
aún suenan las vibraciones
con que la oración anuncia
sonora lengua de bronce.
Poco á poco va elevándose
la luna en el horizonte,
y nuevo vigor cobrando
sus pálidos resplandores.
Calla el rumor en los campos;
cesa el susurro en los bosques;
la ciudad se entrega al sueño;
las auras gimen acordes...
Y yo entretanto me interno
por un sendero en el bosque,
solo, aspirando esas hondas
soledades de la noche.

JESÚS CARRASCOSA.

CAZA MAYOR

Con furia á los monaguillos
el sacristán acusaba
de que siempre se encontraba
sin dinero en los cepillos.
Mas el cura sospechó;
puso cepos con cautela,
y de oculto centinela
cierta noche se plantó.
Ni un rumor pudo notar,
y viéndose desmentido,
con un farol encendido
fué la iglesia á registrar,
y se encontró en el garlito
con unos santos varones,
que hacían mil contorsiones,
pero no daban un grito.
Vió en los cepos, con afán,
al campanero, primero;
y después del campanero...
¡al pillo del sacristán!

VICENTE LATASA.

CASO PRÁCTICO

OLA! Buenas.

—¡Hola, Pancho!

—Pancho, ¿eh? Oye: que lleven á Carlitos á jugar á la plazuela, y procura que tu hija deje la serenata de Gounod para otra tarde. Voy á trabajar. ¡Ah! Oye: que cuando venga Belmonte, que pase.

—Está bien, D. Francisco.

—Bueno, bueno; déjame de cuentos.

—No te incomodes, Paco. Espera; me tienes que decir donde componen pipas.

—Pipas, ¿de qué?

—Para fumar.

—¿Y para qué quieres?...

—Tengo que arreglar una.

—¡Una pipa!

—La que era tuya, la que te cogí cuando éramos novios.

—Comprendo. Te estás dedicando á lo romántico. No te ofendas, pero no te sienta. Ya tenemos un hijo mozo, y estamos muy machuchos tú y yo. ¿Oyes? Los dos.

—¡Pero si no es eso! La quiero componer para regalarla.

—¿A quién? ¿Por qué? Sobre todo, ¿á quién? ¡Un recuerdo! Pero ¿á quién?

—No te sulfures: se la regalo á Paquito.

—¡A Paquito! Pero ¿Paquito fuma?

—¡Ya lo creo!

—Pues no lo debes consentir.

—Tú también fumabas á los dieciséis años.

—Eso es otra cosa.

—Lo mismo. Además, ¡se pone tan saleroso fumando! Así te pondrías tú.

—¡Pero ese chico va á enfermar!

—¡Ya quisieras tener sus pulmones! Estás muy machucho.

—Según, según...

—Tú lo has dicho.

—Sí, pero...

—En fin, que se la doy.

—Pues harás mal, porque esa pipa es un recuerdo.

—De cuando venías á casa de papá y llenabas la alfombra de colillas y el piano de ceniza.

—Pues á ti bien te gustaba.

—Porque á mí siempre me ha enamorado todo lo que tú has hecho.

—¡Zalamera! Pero esa pipa no se la des al muchacho; tiene otro recuerdo.

—¿Otro?

—Del día aquel en que tú fumaste un cigarro y tomaste la gran borrachera.

—¡Ah, sí! Pues también te aturcaste con el Montilla que envió el abuelo.

—Es verdad; pero tú la agarraste buena.

—¡Qué mala me puse!

—Lo que te pusiste fué muy guapa.

—Calla, embustero.

—Te lo juro... Ahora no tenemos nunca un extraordinario.

—¡Tienes tanto que trabajar!

—Eso no importa... Veamos... El domingo, si te parece, iremos de merienda á nuestra casita de Carabanchel.

—¡Ay! ¡Qué gusto!

—Y veremos cómo anda aquello. Es lástima; está abandonado, siendo tan bonito.

—Iremos, iremos. Pero, oye: ¿qué trabajo tienes entre manos que tanto te preocupa?

—Una defensa de Naquet.

—¿Quién es ese señor?

—Un valiente.

—¿Ha cazado fieras?

—No; pero ha conseguido la ley acerca del divorcio.

—No será español.

—Francés.

—¡Ya decía yo! Esas cosas no entran en España, porque las españolas ya sabes tú que fumamos en pipa.

—¡Bendita seas!

SILVERIO LANZA

CÁNOVAS Y LA NINFA ACUÁTICA

(RIPIOS MONSTRUOSOS)

Monstruosos por dos razones: por vicio propio y por haberlos engendrado y parido el monstruo.

Sí, lectores míos; Calíban ha tenido la fortuna de dar ayer mismo con unos versos *nuevos* de Cánovas, publicados con toda clase de elogios en *Les Matinées Espagnoles* hace muy pocos días.

Perdonen por esta vez mis buenos amigos *Clarín* y Venancio González; pero yo he cobrado la pieza y *acoto* la oda.

Porque es una oda, titulada *Olas y amores.*

—

Y antes de saborear á Cánovas, vean ustedes el humor que gastan en la *Revista* que publica los versos.

Dice en la cabeza puesta á la oda:

«...Cada verso hace ver una emoción intensa, más penetrante por el espectáculo del Océano, cuya majestad obra tan fuertemente sobre las almas poéticas é impresionables.»

Creo que decir esto, tratándose de Cánovas *poeta*, da idea de un buen humor, superior á todo lo imaginable.

Luego dice la *Revista* que hay algo de *soberanamente* conmovedor en este sentimiento del *poeta*, agobiado por las amarguras de la vida pública.

Y luego un piropo á la *musa* de Cánovas, y en seguida á la oda. Que es *comme ça:*

"Lejos, allá, muy lejos
viéndote estoy, la blanca ninfa, ahora...„

Este D. Antonio, que *en cuanto* conservador ve poco, como poeta es un prodigio. En el curso de la oda se harán ustedes cargo de lo que él... no, *El*, ve.

"constante burladora
del agua fácil que tu cuerpo hiende.„

Esta *facilidad* del agua es un tropo marítimo muy aceptable, por aquello de *navegar en aguas difíciles.* ¡Y á ver quién niega á Cánovas que, si hay aguas difíciles, debe haberlas fáciles!

"El sol, en tanto, asciende
del cénit á la ardiente cumbre, y raya...„

Cruz y raya, y adelante.

"Yo bien te preguntara
¡oh mar azul y fría!„

Entrego esta mar *azul* y *fría* (según la estación), al brazo vengador de *Clarín*, y prosigo.

Pregunta Cánovas unas cositas á que el mar no responde, por ignorar quién es Cánovas en el mundo; pero *El* se resigna (¡parece mentira!) y continúa:

"mas ya que tanto ignore,
sufre al menos que implore
de tus labios de espuma desiguales...„

¡Desiguales! Así lo manuscribe el jefe de Jove y Hevia. Yo juro á ustedes, sobre el puño de mi espada, que por más indagaciones que he hecho, no he podido averiguar cuáles labios sean esos, ni por qué Cánovas asegura que son *desiguales*. Como no sea porque luego viene un *virginales* aplicado á unos labios *honestos*...

Y allá va la última estrofa del segundo *canto*.

"Espuma que tal peso
sobre su lomo frágil (1) ha sentido,
no importa que esté amarga...„

¡D. Antonio siempre tan despreocupado!

"Y aun el besarla yo, parece exceso;
porque si *al postre* mido
dichas tan cortas con pasión tan larga
á menos salgo de lo que hoy te pido.„

Al principio, parece que no se entiende lo que quiere decir aquí el *poeta;* pero *al postre*, como *El* dice, tampoco.

CANTO TERCERO

Vuelve Cánovas á hablar con la musa, y empieza con esta invitación cariñosa:

"Deja el agua espumosa sin recelo
de que mi vista tu pudor empañe,
pues donde quiera que ella te acompañe,
ha de mirarte como mira al cielo.„

¿A que no? ¡Digo! ¡Y con un hombre que ve tan lejos!

Llama *parda* á la arena y acaba por demostrar que en la invitación á la ninfa llevaba mal fin.

"...hallarás, si quieres,
otro mar en mi ser, vasto y profundo.
¡Un mar para ti á solas,
con mis transportes de pasión por olas!„

¡Zape!

—

Y vamos al *canto* cuarto:

No recuerda Cánovas cómo se le apareció la ninfa.

"No lo sé, mas quisiera
que si por fin la vida se me acaba...„

Este es D. Antonio de cuerpo entero. *El* no asegura que goce de la inmortalidad; pero pone en duda que llegue el momento de acabársele la vida. ¡Morirse *El!* Pura modestia.

Prosigue diciendo á la ninfa que ella sola es su gloria.

"Ni es mucho desatino
pensar en esto yo, que si el destino
la dicha que me niega en otra parte...„

¡En otra parte! ¿En dónde? ¿Dónde han negado nada á Cánovas nunca? ¿Cuál destino es ése de que habla? Porque *El* ha tenido todos los destinos de España y Ultramar, y como no sea el de Bismarck... Y tampoco puede ser ese, porque ya saben ustedes que el canciller es uno de los políticos que, dicen, siente envidia de D. Antonio.

—

Pasemos por alto el *canto* quinto, porque en él no hay más de catorce ó dieciséis ripios, y andando al sexto...

Que va también con la ninfa, naturalmente.

"Vuelve ya al mar y á mí, que en su ribera
de este mundo olvidé ambición y gloria...„

Esto no es ya ripio; es, sencillamente, el colmo de la vanidad. ¡Cuidado con decir D. Antonio que en la orilla del mar olvidó ambición y gloria, él, digo *El*, que no se ha dormido ni en la orilla del mar ni en las pajas, sólo por ser el primero y único en todas partes! La ninfa, candorosa y fácil para ser engañada, como todas ellas... ¡las pobrecillas! podrá creer que Cánovas ha olvidado su ambición por irse á la vera de las olas y sentir todas esas cosas que dice; pero venga acá, señorita mía y de Cánovas, y dígame si ha olvidado ni un punto su ambición un hombre que ha sido todas estas cosas:

Ministro.
Presidente del Consejo.
Idem del Congreso.
Y sigue siendo:
Diputado.
Consejero de todas las Compañías necesitadas de su consejo.
Jefe de partido.
Académico de casi todas las Academias.
Historiador.
Artillero.
Poeta aljamiado y
Protector de Toreno.

Probablemente olvidaré algo; pero con lo dicho, ¿no le parece á usted, señorita, que hay bastante para un solo hombre, aunque sea Cánovas?

—

Dejemos á un lado una estrofa sobre sílabas y latidos, que el demonio la entienda, y acabemos con el poema, oda ó lo que fuere.

Dice Cánovas que el sol

su último rayo envía
al suelo triste de la roja esfera
por los resquicios del pinar sonoro.

Hágame Dios conservador si sé cuál esfera roja es ésta. ¿La del sol? No, porque el sol envía su luz á la roja esfera. ¿La de la tierra? Tampoco, porque antes de esto, dice que la cosa pasa yendo él por el prado *verde*. ¡Qué esfera será, Dios mío!

Lo del *pinar sonoro* se le ocurrió, antes que á Cánovas, á la Pardo Bazán; pero mejor discurrido, naturalmente.

Final:

No hay duda; todo acaba
en el prado, en la mar ó en esta vida.
. . . .
También llega mi ocaso,
y están mis pensamientos de partida.

Adivino en qué fecha reciente debió escribir D. Antonio esta confesión. Recuerdos de viaje.

La oda va firmada así:

D. Antonio Cánovas del Castillo.

¡Don nada más! ¿Y el Excmo.?

En suma: que ni se sabe al fin qué es de la ninfa, ni para qué la busca D. Antonio, ni nada.

Campoamor, siempre tan humorista y *bon vivant*, me decía días pasados, probándole yo que D. Antonio es una calamidad haciendo versos (y otras cosas):

—Es usted sistemático en lo de llamar mal poeta á Cánovas, amigo Caliban; han dado muchos en eso, pero yo no lo encuentro tan malo.

¡Qué humor, D. Ramón!

—

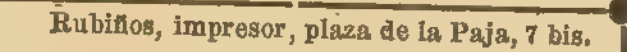
Una duda horrible: por ahí han dado en la flor de mandar á los periódicos versos con firmas que no son las de los verdaderos autores.

¿Será la *oda* cosa de Romero Robledo?

¡Cielos, qué sospecha!

CALIBAN.

(1) ¡Y habla del agua!



Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

DE LO VIVO Á LO PINTADO.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
9 de Febrero de 1889
NÚMERO 19.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

CARLOS FLOQUET

Sobre Floquet están hoy fijas las miradas de Europa; de lo que haga él ó deje de hacer Boulanger, depende la suerte de la República francesa.

Floquet es hombre para el empeño en que está metido; abogado batallador, enérgico y afortunado, hizo la causa de todos los oprimidos, con la palabra en los estrados y Congresos, con el fusil en las calles, con su audacia dando ante el Zar, de visita en París en 1867, aquel su famoso grito: *¡Viva Polonia!*

Una vez en el poder, ha tenido el doble valor de despojarse de su carácter de jefe del Gobierno y batirse con Boulanger como un simple ciudadano. ¿Será Floquet, en la lucha empezada con las últimas elecciones del Sena, el hombre de resolución y tacto político bastantes para dominar la gravísima crisis por que atraviesa Francia?

Tal vez vaya la solución, como en los folletines, en el número próximo.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

LITOGRAFIA, PASAJE DE VALDECILLA, 2. MADRID

DIARIO CÓMICO

Febrero de 1889.

(Del 3 al 9.)

¡Caramba y qué frío!

Hemos tenido sus horitas de 4 grados bajo 0, que es una temperatura que sólo pueden soportar un ex ministro de Gracia y Justicia, el simpático Noriega, Milego. Miguelito Palacio, Mariano Pina y otros afortunados que usan á diario el gabán de pieles.

No investigaré yo de qué son las pieles que sirven de forro á esos gabanes, aunque me consta que, en varias ocasiones, les han arrancado á algunos de ellos la *piel* á tiras.

Metafóricamente hablando, por supuesto.

Pero es lo que dirán ellos:

—¡Ahí me las den todas! Ande yo caliente...

Que es lo mismo que digo yo en casos parecidos.

Porque en *Toas partes cuecen habas.*

Y al *moro que menos...*

—

Dentro de breves días se pondrá á la venta *La vida en Madrid*, de Enrique Sepúlveda...

Conque á comprar el libro y á leerlo.

O á leerlo sin comprarlo, que también es esto muy corriente y muy socorrido.

—

En este número publicamos el retrato del príncipe Rodolfo.

Los restos de éste han sido enterrados en tres sitios distintos.

El cadáver, en la cripta de la iglesia de Capuchinos.

El corazón, en una urna de plata en la iglesia de San Agustín.

Los intestinos, en una vasija de plata en la catedral de San Estéban.

¡Y figúrense ustedes el lío que se va á armar el día del juicio para ir concordando todos esos restos! ¡Asusta pensar el jaleo que habrá aquel día!

—

A propósito de retratos.

Dentro de pocos días podrán admirar los lectores de Los Madriles cuatro hermosos retratos de otras tantas hermosuras premiadas en el concurso de belleza de Turín.

No se quejarán nuestros cariñosos amigos y favorecedores.

Cuando el concurso de Spa, fuimos los primeros en Madrid en dar á conocer la *vera efigie* de aquellas buenas mozas.

Y ahora dicen que las hay de *búten.*

Sobre todo, una vienesa, Jenny Cooper, que afirman que da la hora.

En fin, ya la juzgarán ustedes.

Y vamos á ver: ¿no les parece á ustedes que podíamos celebrar en España un concurso de belleza que superara á todos esos concursos del extranjero?

Sobre todo si se presentaban á optar el primer premio algunas compatriotas nuestras...

¡Boca abajo todo el mundo!

¡Mire usted que hay unas caras en esta tierra!

¡Olé ya!

—

A una señora que tiene fama de rica, y que vive en la Ronda de Embajadores, la han querido robar ya tres veces.

En la última estuvo á punto de ser estrangulada por uno de los malhechores, mientras que el otro la amenazaba con un cuchillo descomunal.

Los gritos de una vecina, que pidió socorro á tiempo, la salvaron de una muerte inevitable.

Aunque dice el adagio que á la tercera va la vencida, la buena señora ha escapado también de ésta milagrosamente.

Mucho cuidado ahora.

Porque á la *cuarta* la dejan sin un *cuarto.*

—

Los Gobiernos de Francia é Inglaterra han resuelto reconocer al general Legítimo como presidente de la república de Haití.

¡Muy bien hecho!

Lo raro hubiera sido que no lo reconocieran, siendo Legítimo.

¡A ver!

—

Esta semana ha tocado el turno para aterrorizarse á las cocineras de Huelva.

También creen que ha ido á visitarlas el famoso destripador de mujeres.

Y aseguran que el fin que se propone el feroz asesino es nada menos que comerse los riñones de las infelices víctimas á quien destroza.

No se sabe si al Jerez ó salteados.

Esta cuestión del destripador pica ya en historia.

En Almería, en la Coruña, en Orense y en otras capitales ha corrido este absurdo rumor.

¿Quién lo esparce?

En esto, como en lo de los petardos, convendría seguir la pista y castigar severamente al autor de la bromita.

Porque, francamente, para broma, resulta un poco pesada.

Y necia.

—

Otro millonario que ha muerto en la miseria.

Un súbdito español, llamado Juan Francisco Rodríguez, después de una vida de angustias y privaciones, acaba de morir en Lisboa, dejando una fortuna de un millón de reales en inscripciones de la Deuda, y 5.084.500 reis, en metálico.

Dicha fortuna ha quedado depositada en el Consulado español, hasta que se presenten á reclamarla sus herederos.

Que serán sobrinos, como si lo viera.

Estas fortunas no las dejan más que los tíos.

Y éste debía ser un tío, indudablemente.

Era gallego y soltero.

Estas dos últimas condiciones casi no hacía falta indicarlas.

¡Estaban indicadas!

—

Sinesio Delgado es un valiente.

Me complazco en reconocerle esta cualidad, que yo ignoraba tuviese el ilustrado é ingenioso director del *Madrid Cómico*.

Figúrense ustedes si es valor estrenar, como él lo ha hecho, una comedia en verso, sin telones, sin trajes, sin *atrezzo*, sin música, sin pantorrillas, sin apoteosis y sin chistes pornográficos... ¡En el teatro de Eslava!

Y gustar.

Y gustar mucho.

Calculen ustedes el mérito de *La obra*.

Trabajan en ella varios *albañiles* y no hay *ripio*.

¡Choque usted ahí, compañero!

E. Navarro Gonzalvo.

EL AMIGO X

Pero, señor, ¿quién será ese hombre? Hace más de quince años que me lo encuentro en todas partes, y todavía no sé cómo se llama. El, en cambio, conoce mi vida mejor que yo, como si la hubiera *compuesto* para publicarla en los periódicos, ó en aleluyas, que á veces viene á ser lo mismo. Apenas pasa un día sin que me salude; los domingos y los días de fiestas nacionales me abraza con cierto entusiasmo, y, sobre todo, siempre que voy de prisa á alguna parte, me detiene para preguntarme una porción de tonterías. Recuerdo que, cuando entré en quintas, le hallé en la puerta de la Diputación provincial, y me dijo estas ó parecidas palabras:—¡Hombre! ¡Que sea enhorabuena! Ya sé que es usted *inútil*, y no puede usted figurarse cuánto me alegro. ¿Y por qué ha sido?—Pérez me ha asegurado que le faltan á usted tres ó cuatro costillas; y, francamente, me ha causado mucho regocijo el saberlo, porque siempre es una ventaja para estos casos, sin contar con que andará usted más ligero y con menos peso que los que tenemos el número de costillas que previene la ley. Además, añadió, eso creo que no le impedirá á usted seguir haciendo versitos, porque según me ha dicho también Pérez, las costillas no intervienen para nada en la caza de los consonantes.

En aquel momento, y cuando yo le iba á llamar ¡animal! me dió una gran palmada en la espalda y se despidió de mí, llamándome ¡holgazán! á gritos.

A los pocos días, y con ocasión de hallarme en casa de un amigo mío que acababa de fallecer, volví á encontrarme á X. (le llamaremos así) entre las personas que estaban esperando que sacasen el cadáver para acompañarle hasta su última morada.

Antes de que X. me viera, le pregunté á uno de los parientes del finado: «¿Quién es *ése?*—No sé, me respondió; es la primera vez que le vemos en esta casa; tal vez sería amigo del difunto.—¡Qué lástima! murmuré.—¡Qué! ¿Deplora usted que fuera amigo del pobre muerto?—No, señor; lo que deploro es que el difunto se haya llevado el secreto á la tumba.—¿Qué secreto?—El secreto, respondí, del nombre de ese caballero.—¡Cómo! exclamó mi interlocutor; ¿usted tampoco le conoce?—No señor; es decir, le conozco mucho, ó, mejor dicho, él es quien me conoce y me saluda siempre con mucha cortesía; pero yo no puedo averiguar su nombre, por más esfuerzos que hago para conseguirlo.

En aquel momento X. me vió, y se vino hacia mí como disparado.—¡Hola! ¿Qué tal? me dijo. ¿Conque usted también era amigo del pobre... que vamos á acompañar?—Sí, le contesté.—¡Ha sido una gran desgracia! me respondió con acento tristísimo. ¡Ahora que iban á entrar los suyos y podían haberle dado un empujón!—Sí, efectivamente.—Y diga usted, continuó X., ¿deja mucha familia?—Ninguna, que yo sepa, repuse asombrado; porque como era sacerdote...—¡Ah! vamos, se apresuró á decirme un poco desconcertado: usted dispense; yo le confundía con otro que hemos enterrado ayer. ¡Soletilla... el pobre Soletilla! A quién usted conocería de fijo.—¿Yo? le contesté... Supongo que será el inventor de los bizcochos que llevan su nombre; pero no le trataba.—No, no era ese, prosiguió X.; pero ha tenido una muerte espantosa. ¡Figúrese usted que se nos ha ido por momentos, como quien dice! Primeramente se le cayó el pelo, luego se le cayeron los dientes, después las uñas; una tarde, estando en el Congreso oyendo á Cánovas, las orejas; el día de su santo, las narices; y así, dulcemente, y sin sentirlo, como quien dice, se le ha ido desprendiendo todo; y lo peor es que no ha dejado ni un céntimo á su pobre viuda.

—Naturalmente, le dije: ¡si era tan *desprendido!...*—¡Mucho! me contestó X. Tanto, que para poder enterrar algo y no llevar la caja vacía, hemos tenido que juntar, con cuatro puntadas, lo que se le había caído el día anterior á su muerte; con lo poco que ya le quedaba, y lo no mucho que con todo hemos reunido, lo hemos puesto en la caja, y ayer lo enterramos. Nunca, añadió limpiándose los ojos con el pañuelo, se habrá puesto con más verdad sobre una lápida, aquello de... «Aquí yacen los restos mortales de D. Fulano de Tal.»—Efectivamente, le contesté; y deseando librarme de él, salí corriendo de la casa y me metí en el primer coche que encontré á la puerta. Pero... ¡oh sorpresa! X. entraba al mismo tiempo por la otra portezuela, y arrellanándose á mi lado, encendió un pitillo, y me dijo á la vez que el coche se ponía en movimiento:—¿Usted es hermano de San Justo?—No, señor, respondí; ese santo no era de mi familia.—No digo eso, me contestó él; quiero decir si es usted hermano de la Sacramental que lleva ese nombre. Tampoco.—Pues debía usted hacerse, porque por una pequeña cantidad que se paga todos los meses, la Sacramental se encarga luego de todos los gastos; desde la conducción del cadáver, compra de sepultura, etc., etc., hasta los bombos en los periódicos; de manera que es una gran comodidad, porque mañana se muere usted, y ya no tiene que pensar en nada.—¡Claro! Si me muero es probable que ya no me ocupe...—¿Y escribir? continuó X. llenándome los ojos de humo. ¿No escribe usted ahora nada? No; ahora ya ve usted, repuse enseñándole las manos.—Vamos, no sea usted tan bromista; yo lo digo porque... desde que se ha casado usted, se ha vuelto estéril completamente.—¡Hombre, no! le respondí. Me parece que tengo un niñito.

En aquel momento llegábamos al cementerio, y yo tuve buen cuidado de marcharme de los primeros para que no me pescase otra vez.

Hace pocos días volví á encontrármelo en la Carrera de San Jerónimo; me echó el brazo por encima del cuello, y me detuvo:

—¿Viene usted? me dijo.—¿Adónde? le respondí, casi con malos modos.—Pues al entierro del General... (Un General muy valiente que había fallecido el día anterior, á consecuencia de un susto.)—Pero, hombre, no pude menos de decirle; ¡usted se pasa la vida enterrando gente!—Sí, señor, me contestó; es mi especialidad: así he hecho todas las relaciones que tengo. Muere cualquiera persona conocida, allí estoy yo; subo á la casa, velo el cadáver, si es preciso, lo amortajo, si hay necesidad, como con la familia, si hay necesidad, y como el difunto no ha de desmentirme, pondero lo mucho que nos queríamos, y si hay necesidad...—¿También cena usted con la familia? le interrumpí.—Sí, señor, yo me resigno á todo. Luego, al día siguiente, al entierro, y á los pocos días al funeral: me pongo al lado de las personas que valen, hablo del difunto, lo elogio, ó lo pongo verde, según con quien hablo, y poco á poco todo el mundo se va acostumbrando á verme, y todos acaban por ser íntimos amigos míos. Con decirle á usted, prosiguió (por supuesto sin quitarme el brazo del cuello, para que no me escapase), que Sagasta no sabe todavía quién soy yo, y está á punto de darme un destino...—Lo creo, porque si lo supiera... le respondí.

Pero él no se enfadó, y quitándome la mano del cuello, se cogió familiarmente de mi brazo, y me dijo riéndose:—¡Ea! ¿Conque viene usted al entierro?—No, señor. Ya no voy á más entierros, repuse dándole un ligero empujón. Me cargan y me entristecen. ¡Con decirle á usted que si voy al mío iré á la fuerza, y porque no digan! ¡Conque déjeme usted en paz!—Pues yo, me respondió él alegremente y queriendo volver á cogerme por la espalda, cuente usted con que iré al suyo, y con mucho gusto.

Levanté el bastón; pero él, más ligero, echó á andar á buen paso, y desapareció entre la gente.

Ahora... ¿creen ustedes que el tipo es invención mía? Pues no hay tal cosa. Ahí está... no; no digo su nombre, porque ya ha sido ministro, hace muchos años. Lo malo es que ha tenido herederos, y el que yo conozco, digo, el que no conozco, debe ser uno.

Constantino Gil.

—¿Conque se va el General?
—Dicen que el 20, Isabel...
—Y tú, ¿te marchas con él?
—Está claro.—(¡Menos mal!)

¡Las señas de mi casero!...
calle de la Libertad,
10, segundo, y ¿*da dinero*?
Lo que es eso... ¡no es verdad!

Avisos útiles.—Te quiere 12,
vendrá 13, que no lo sepa 14...
te espera 15...
—Y...

Dice unas cosas *La Unión*,
que parten el corazón.

«Se desea un caballero estable...».
¡Vamos, ésta necesita lo mismo que yo!

«Gustavo, aprovechando un descuido, se
comió los riñones de Teresa...» ¡!

El jueves por la noche se queda en casa la condesa de Pepinodébil.

—¡Caramba! Y las demás noches, ¿en dónde se queda esa señora?

BACCARAT

—Usted hace la *vaca*, y tenga usted por seguro que le da seis pases al banquero.

—No, hombre: si yo hago la vaca, los pases me los dará él: ¿ha visto usted alguna vaca dando pases?

DEL GREMIO DE SUICIDAS

—¡Un príncipe heredero suicidándose! ¿Qué nos queda que hacer á los que no hemos de heredar nada? ¡Ya no hay clases!

ULTIMA MODA

¡BANQUETEEMOS!

Así como en Barcelona no puede tomarse ni chocolate con *ensiamadas* sin la palmera que por clasificación le corresponda, aquí, en «los madriles,» no hay otro medio de orillar conflictos, estudiar asuntos ó resolver negocios, que reuniéndose en *fraternal banquete.*

Estos días se banquetea de lo lindo.

Que los señores de la Comisión de reformas militares no acaban de encontrar la «fórmula...»

Banquete en casa del ministro del ramo.

Que los cigarros de la Tabacalera son incombustibles...

Banquete de accionistas, á catorce duros por barba.

Que los diputados provinciales han volcado de la presidencia á Fulanito, para aupar á Menganito...

Banquete.

Que la cuestión de los caldos ó de las sopas anda mal en tal ó cual provincia, y tiene que venir á Madrid la consabida Comisión...

Banquete y más banquete.

Un refrán antiguo dice que, «comida hecha, compañía deshecha.»

Hoy es necesario modificarle de este modo: «*Rosicler* en puerta, banquete á la vuelta.»

Se comprende que un suceso fausto para el país, ó sencillamente para la familia, se celebre banqueteando,—ó tomando unas copas—según los «posibles» de cada hijo de vecino.

Pero que se hagan las leyes del Estado, ó que se lloren las desgracias del contribuyente en el comedor, no me parece ni medio regular.

Es de suponer lo que pasará en estas reuniones.

—Le digo á usted que ya no podemos vivir, y si eso de los alcoholes no se resuelve pronto, la miseria en que se hallan los pueblos del distrito que represento... ¡digo yo! ¿eh?.

—¡Excelente salmón! Repita usted, que está exquisito.

—¡Oh, General! Sobre ese punto, es imposible transigir. La Comisión ha dado muestras del buen espíritu que la anima...

El mozo (sirviéndole): ¿*Sauterne*, señor?

—... no me hable usted de eso, que da vergüenza. ¡Es la ruina! ¡Es la ruina! ¡No sé á dónde vamos á llegar!

—El fisco lo absorberá todo.

...Pero urge; el ejército tiene sed de justicia.

—El pueblo tiene sed de moralidad...

....

....

—Yo benedictino.

—Yo cognac.

—Póngame usted más Champagne.

Y así, entre tajada y tajada, y entre trago y trago, se va dando de mano á las dificultades más imposibles.

Y no digamos nada de la hora—ó de las dos ó tres horas—de los brindis.

Llegado que es el momento de hablar, ¡aquí te quiero, escopeta!

¡Qué amor á la industria, qué delirio por el país, qué fuego patriótico enardece los corazones y mueve las lenguas!

—Diga usted, me preguntaba no ha mucho tiempo el dueño de uno de los *restaurants* más en boga: ¿conoce usted á alguno de la Comisión de Villaconejos?

—¿Pues?

—He leído en los periódicos que llegará mañana á Madrid á gestionar del Gobierno algún socorro para los pueblos destruídos por los temporales, y no me vendría del todo mal que usted me recomendase para que encargaran el banquete á casa.

Rigurosamente histórico.

José de la Serna.

TEATRO REAL

LA PRIMA DONNA MLLE. MARIE VAN-ZANDT

EN LA ÓPERA *Lackmé.*

ENTRE MORALISTAS

—¿Qué es un borracho ante todo?
—Pues ante todo, un borracho.
—No hablaba con Pero Grullo.
—Si usted no se explica claro...
—Yo he entendido la pregunta
y la contesto en el acto.
Ante todo, el que se embriaga
es un hombre degradado.
—Cierto, un ser envilecido
que se ofrece voluntario
á sujetarse á sí propio
con las cadenas de esclavo.
—Es más que eso.
—¿Qué es entonces?
—Yo lo diré.
—Ya escuchamos.
—Un cobarde que abandona
las filas de sus hermanos
y se duerme ante el peligro
por el temor de afrontarlo.
—Hable el que siga.
—Al momento,
y aquí va á parar el carro.
No es el *curda*—como dice
en Madrid el pueblo bajo—
un cobarde, pues el vino
le da valentía y ánimos;
es un hombre que renuncia
á merecer tal dictado,
y que se declara bestia
por movimiento espontáneo.
—Cierto, pero en absoluto
no estáis ninguno en lo exacto.
Yo resolveré el problema:
¿Qué es el *curda*?... Un temerario.
(Sensación en el concurso
y silencio un breve rato.)
—Sí, porque es hombre que gratis,
mejor que gratis, pagando,
sin balancín que le sirva,
ni enseñanza de funámbulo,
sale á andar por un alambre
teniendo el crimen debajo.
(Se sirvieron seis botellas
de Jerez amontillado,
una por barba, y con esto
quedó concluído el acto.)

Eusebio Sierra.

Diagnóstico.

Muy grave es la enfermedad
que vicia nuestro organismo.
Quién la achaca al despotismo;
quién otro á la libertad.
Mas yo, con independencia,
diré que el mal que nos vicia...
es la falta de justicia
y la sobra de indolencia.

***

Ai posteri...

El crítico Pepe Blas
trueca á menudo los frenos.
Ayer dió á un autor de más,
lo que hoy da á otro autor de menos.

ABDÓN DE PAZ.

EL ARCHIDUQUE RODOLFO
HEREDERO DE LA CORONA IMPERIAL DE AUSTRIA
† en Meyerling el 29 de Enero último.

En un álbum.

Ayer recibí tu álbum,
y hoy escrito te le vuelvo,
pues de voluntad me sobra
lo que me falta de ingenio.
Me pides que aquí coloque
versos que hice en otro tiempo,
sin tener, por tu bondad,
en cuenta, que son los versos
como trinos de los pájaros,
que duran sólo un momento,
y el aire los evapora
entre ráfagas de incienso.
. . . .
La petición de mi firma
me favorece en extremo,
pues sólo mis versos valen
cuando te fijas en ellos.

C. OSSORIO Y GALLARDO.

PACOTILLA

De la cárcel de Medina de Campo se fugaron el otro día tres presos.

Pero no así *bóbilis-bóbilis.*

Se fugaron, después de robar el almacén de comestibles del establecimiento.

Vamos, que no quisieron emprender el viaje sin llevar merienda para el camino, por lo que pudiera ocurrir.

¡Eso se llama tener talento, y filosofía... y fiambrera!

—

Unos conejos indisciplinados salieron á merodear noches pasadas por el jardín de un convento de monjas en Gracia (Barcelona).

Y en Gracia había de ser, porque tuvo gracia el suceso.

Las monjas se asustaron creyendo que eran malhechores que trataban de asaltar el santo refugio, y empezaron á pedir auxilio echando á vuelo las campanas.

Todo el vecindario se alarmó, y acudieron los serenos, los vigilantes, el alcalde de barrio y la Guardia civil, atraídos por el alboroto.

Hasta que se vió que eran los conejos, y volvió á renacer la tranquilidad en todos los ánimos.

Si oir quieren mis consejos
aquellas místicas monjas,
deben, á cambio de lonjas
de jamón, dar los conejos.

—

Acabo de leer en un periódico
la sorprendente nueva
de que el Gobierno actual ha confiado
á los que desempeñan
las de Gobernación y de Fomento
importantes carteras,
la alta misión de mantener incólume
el prestigio, la fama ó lo que sea
del teatro español, que está en peligro
de horrible decadencia.
Sí señor, está bien; muy bien pensado;
¡felicísima idea
que aplaudirán con entusiasmo todos
los que aquí por el Arte se interesan!
Vico y algunos pocos que, á su lado,
cultivan con amor la patria escena,
por más que hacen esfuerzos superiores
para salir airosos en su empresa,
contrariados se ven constantemente
porque solos se encuentran
entre una multitud de malos cómicos
que no saben lo que se comiquean.
Por esto sólo es digno de alabanza
y de alabanza eterna,
el acto de encargar nuestro Gobierno
á dos de sus ministros, que mantengan
del teatro español el gran prestigio,
amenazado de venirse á tierra.
Cantemos, pues, victoria los amantes
de las glorias escénicas,
porque si á su misión no son infieles
Capdepón y Xiquena,
las cumplirán los dos con alto espíritu
tan al pie de la letra,
que pronto les veremos en las tablas
representando dramas y comedias!
¿No es esa la misión que han recibido
de todos sus colegas?
Sí, señor, esa es; no cabe duda,
y otra no puede ser, no siendo esa.
¿Cómo, si no es así, conseguir pueden
que el prestigio del Arte se mantenga?
¡Vamos, ya caigo, sí; todo es posible
Lo pueden mantener... con habichuelas.

Dice *La Correspondencia* que en la isla de Cuba escasea la sangre blanca.

¡Pues, hombre, bien fácil es remediar eso!

No hay más que alimentar las venas de los naturales de aquel país por medio de la transfusión de la leche de vacas suizas.

—

En un restaurant:

—¡Mozo... mozo!

—¿Para qué llama usted al mozo?

—¡Toma! Para pagar el gasto.

—Déjelo usted, yo...

—No faltaba más, no señor; no lo permito.

—¡Hombre, déjelo usted

—De ningún modo. A ver, ¿cuánto se debe?

El mozo.—Veintitrés pesetas.

—Nada, déjelo usted, no sea usted terco.

—Que no, es; quiero pagar yo.

—¡Vaya una porfía! Déjelo usted, hombre.

—Bueno, hombre, bueno; ya que se empeña usted en pagar, me resigno.

—No, hombre, no. ¡Si no me opongo á que usted pague!

—¿Pues no decía usted que lo dejara?

—Sí, señor; que lo dejara usted... ¡sobre la mesa!

JOSÉ ESTRAÑI.

MENUDENCIAS

Publicaciones:

La España Moderna ha publicado su primer número. ¡Y qué primer número! Hay que leerlo y saborearlo, porque no tiene desperdicio (descontada, y como no dicha, la parte del elogio que pueda tocarnos por lo que allí hay nuestro).

Para el segundo número hay preparada una novela *inédita* de Galdós. Dé estas caen pocas en libra. De modo, que si se tiene esto en cuenta, y se fija el lector en el precio de *La España Moderna*, resulta la Revista española mejor y más barata.

Ya saben ustedes que aquí no se da *bombo* á quien no lo merece, así sea más amigo que el Verbo.

—

Nuestro planeta es un librito de nuestro distinguido colaborador F. Salazar, en el cual (el libro ó el autor, como ustedes quieran) hay más ciencia que en un pozo.

De ciencia.

Y todo por el corto interés de *seis* reales.

José Matarredona, editor.

El editor Sr. Sobrino ha empezado á publicar una *Biblioteca útil*, que lo es verdaderamente.

Si alguna vez ha respondido un libro á su título, en esta ocasión hace más que responder.

En el primer tomito, *Industrias lucrativas*, de D. Leopoldo F. Velázquez, se aprende desde la manera de hacer agua de Colonia hasta el cultivo de un jardín.

Y cada tomito no vale más que *un real.*

—

Tras un ideal es una encantadora colección de cuentos y artículos del Sr. D. Vicente Bas y Cortés.

Nosotros la hemos leído con mucho gusto, y creemos que lo mismo le ha de suceder al que lo compre.

Quedan por leer algunos libros más.

Otro día ¿eh?

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

HAGA USTED FAVORES

—Ricardito, para un compromiso préstame un duro.

—Un duro á esa sota.

—Ese mamarracho de Ricardito tiene la culpa: ¡si él no hubiera prestado el duro!

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
16 de Febrero de 1889
NÚMERO 20.

Caricaturas contemporáneas.

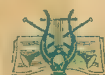
LA DE HOY

TOMÁS BRETÓN

Hasta ayer ha sido Bretón un músico notabilísimo; hoy forma ya entre las primeras figuras del arte musical.

Los Amantes de Teruel han tenido que pasar en el teatro casi tantas amarguras como Isabel y Marsilla pasaron en esta vida; pero al fin triunfaron sobre la envidia de los impotentes y las asechanzas de los que se creyeron superiores al maestro y no lo son.

El éxito de Bretón ha sido un éxito verdad. Quede, pues, consignado así en este sitio como tributo á la justicia y expresión del aplauso sincero de Los Madriles.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

...OGRAFÍA. PASAJE DE VALDECILLA, 2. MADRID

Febrero 89. Del 10 al 16.

El Director propone... y las máquinas y los fotograbados hacen lo que les da la gana.

En el número anterior llamaría la atención de nuestros lectores un retrato, ó *cosa así*, que quería ser el de la notable artista Van-Zandt.

¡Aquello era cualquier cosa!

Todos nuestros buenos deseos se estrellaron ante dificultades materiales que surgieron en la tirada, y ante este contratiempo, y obligados por la premura del caso, nos *resignamos* á dejar pasar *aquello*, resueltos, como lo cumplimos en este número, á indemnizar con creces á nuestros favorecedores de aquella nuestra involuntaria falta.

Y aquí tienen ustedes á la señorita Van-Zandt, la auténtica, la verdadera, sin que manos pecadoras hayan desfigurado esta vez su hermoso busto.

Ya de paso, pedimos también perdón á la aplaudida artista, y la rogamos que si desdichadamente ha caído en sus manos algún ejemplar del número anterior, haga con él un auto de fe, y conserve éste como un respetuoso homenaje de desagravio de la atribulada Redacción de Los Madriles.

MLLE. MARIE VAN-ZANDT
EN LA ÓPERA *Lackmé.*

¡Ah! Y sigue la indemnización.

Fíjense ustedes en los grabados que damos en otro lugar, referentes á la tragedia de Meyerling, y de cuyos sucesos no hacemos mención porque nada podríamos añadir á las versiones adelantadas por la prensa diaria.

Pasemos á otro asunto.

—

Una Sociedad de la Coruña ha celebrado hace pocas noches un baile de trajes, estableciendo premios para los más ricos, más artísticos, más originales, etc., etc.

¿Qué traje pensarán ustedes que obtuvo el primer premio?

Este premio se concedió á una señorita que lucía un precioso traje de pescadora.

Y que el traje tenía el sello, el carácter distintivo de la profesión, se comprende con sólo este detalle:

¡Estaba cubierto por completo de camarones!

¿Qué tal?

¡Cómo se conoce que el Jurado no se componía de maestros de escuela!

De ser así, no lo hubieran premiado.

¡Se lo hubieran comido!

—

En el colegio de los reverendos Padres Agustinos de Valencia de Don Juan se ha perpetrado un robo, consistente en 35.000 pesetas en billetes del Banco.

Hay detenidas treinta y cinco personas.

A persona por billete de mil pesetas.

Si la detención llega á efectuarse calculando una persona por cada real robado, no hay queso en Europa para mantener tanto *rata*.

Ni ratoneras para encerrarlos.

Hay reglas de proporción que le ponen á uno los pelos de punta.

—

Noticia de sensación:
El Mikado se ha portado.
¡Ya tiene Constitución
el Imperio del Japón!
Mi enhorabuena al Mikado.

Así como suena. El imperio japonés ha adoptado el sistema constitucional representativo.

La nueva Constitución consigna las libertades religiosa, de reunión y de la tribuna.

Establece las dos Cámaras.

Y díganme ustedes si los japoneses no han entrado en la vía del progreso.

Ya tienen reñidero de gallos.

No les falta más que la Plaza de Toros.

—

Señalemos el martes de esta semana con piedra blanca.

Se estrenó el drama lírico del inspirado y eminente maestro Tomás Bretón, *Los amantes de Teruel*, con un éxito inmenso, colosal, indescriptible.

El 12 de Febrero de 1889 será una fecha gloriosa en los anales artísticos de España.

¡Saludemos con entusiasmo al insigne maestro, nuestro cariñoso amigo, enviándole la más cordial enhorabuena!

—

Maravíllase un apreciable colega de que se hayan consumido, en el Congreso de los Diputados, cinco quintales de perdigones.

¡Es la cosa más natural del mundo!

¡Cuántas veces no hemos leído el siguiente párrafo en las crónicas parlamentarias:

«Al comenzar la sesión de hoy hubo un animado *tiroteo* de preguntas y respuestas entre la presidencia y el elocuente diputado de la minoría, señor X.»

Pues en estos *tiroteos* se gastan los perdigones.

¿En qué, si no?

—

Dos colmos.

Se trata de beatificar al padre Claret, y de hacer académico á Velarde.

¡Pum! ¡Pum!

Pero... ¿no había terminado ya eso de los petardos?...

E. NAVARRO GONZALVO.

DESDE EL BOULEVARD

L invierno, que parecía tenernos olvidados, empieza á hacernos cariñitos.

El termómetro se ha permitido bajar á siete y ocho grados bajo cero, y la nieve nos ha *favorecido* varias veces desde el domingo acá.

Bajo su manto blanco, los boulevares toman un aspecto verdaderamente pintoresco, y la *gran ciudad*, con su peluca empolvada, está verdaderamente bonita.

El *plateau* de la plaza de la Opera parece un plato de *chantilly;* cada guardia de orden público es un sorbete, con su copetito y todo.

La torre Eiffel asemeja un gigantesco ramillete de los que en «los Madriles» ofrecemos el día 19 de Marzo al *Don José* ó *Doña Pepita* de nuestro mayor respeto y consideración.

No sé si sabrán ustedes que la susodicha torre alcanza ya la respetable estatura de doscientos setenta y cinco metros.

Así es que se puede asegurar que, al paso que va, en los primeros días de Marzo habrá subido hasta los trescientos que debe tener.

Hay quien asegura que el *general* la mira con malos ojos.

¡Claro! Como que sube mucho más deprisa que él.

Y le hace la competencia en cierto modo.

Hasta ahora nos le encontrábamos á *El* hasta en la sopa.

Y á estas fechas, raro es el sitio de París donde levante uno la vista y no vea aparecer la esbelta armadura de hierro de la torre.

Por cierto que me han contado una impresión bastante curiosa, producida por esta obra atrevida, en un provinciano.

Después de pasar ocho días en París, al volver á su pueblo, todos le preguntaban lo que había visto acabado ya, ó poco menos, de la futura Exposición.

—¿Y la torre? le preguntaban con avidez casi todos.

—¿La torre? Yo les diré á ustedes; el andamiaje es magnífico, precioso...; pero la torre, por más que he dado vueltas, no he podido atisbarla.

—

La Exposición va siendo ya la preocupación constante de los parisienses.

Esta ciudad, que vive principalmente de los extranjeros, y sobre todo de los extranjeros de paso, se prepara á la invasión que de todos los países, más ó menos civilizados, le va á caer encima con motivo del gran Certamen internacional.

Y no hay para qué decir que esta invasión es mucho más simpática que otras *invasiones* que han podido temerse en diversas ocasiones.

Todos esos *bárbaros* vendrán con los bolsillos repletos y dispuestos á vaciarlos á cambio de los placeres que París les ofrezca.

Así es que con cierta suavidad van subiéndose los precios de todas las cosas necesarias ó superfluas.

Además, como todos piensan hacer su negocio sin más esfuerzo que tener la puerta abierta, la Exposición es el pretexto para no hacer mejoras, ni nada nuevo, y para aplazarlo todo.

Va usted, por ejemplo, á ver al casero:

—Las chimeneas echan humo, el piso de la sala está hecho trizas, aquel lugar, de cuyo nombre no quiero acordarme, esta *intransitable.*

—Ya arreglaremos eso.

—¿En seguida?

—Después de la Exposición.

Toma usted un coche, y lo deja... y lo paga, que es lo más triste.

Según costumbre, da usted una propina razonable.

Y según costumbre, el cochero le dirige lo más florido del diccionario de los insultos.

—Oiga usted, animal, ¿no podía usted ser más *poli*?

—¿Bien educado? Veremos... después de la Exposición.

—Oiga usted; ¿cuándo saldamos aquella cuentecita?

—Cuando los negocios vayan mejor...; después de la Exposición.

—¿Cuándo se casa la niña?

—¡Después de la Exposición!

—¡Ay, señora suegra! ¿Cuándo reventará usted?

—¡¡Después de la... otra Exposición!!

—

Uno de los acontecimientos literarios del momento es la publicación del libro *Marie Fouguère.*

Es libro que hará ruido.

¿Por su asunto? ¿Por su atrevimiento?

Marie Fouguère es simplemente una novela *honrada;* quizás demasiado honrada. *A pesar* de lo cual, está bien hecha y mejor escrita.

¿Por el nombre que lleva al frente?

El autor, oficialmente, es *Lucie Herpin*, escritor ó escritora nuevo en la plaza.

Pero ¿quién es el *verdadero* Lucie Herpin?

Ahí está el misterio que hoy preocupa al mundo literario, más que ha preocupado al mundo entero el misterio de la muerte del archiduque Rodolfo.

El nuevo libro es, como si dijéramos, una contestación á *El Inmortal*, de Alfonso Daudet.

Su prefacio, un violento ataque á la Iglesia literaria naturalista, y en especial á Daudet, á quien se quiere hasta negar el conocimiento de la lengua francesa. Y es también una enérgica defensa de la Academia.

Por esto, y por la indudable certeza de que bajo el seudónimo de Lucie Herpín se oculta un literato, quizás un *immortel*, auguramos que el libro levantará apasionadas polémicas.

Hasta ahora el problema está planteado así:

¿Quién es Lucie Herpín?

Algunos han creído reconocer á Paillerón. Este ha negado oficialmente su paternidad á *Marie Fougère.*

Quizás pueda enviar la solución en el número próximo.

—

También preocupa á los literatos, y al público en general, el estreno de *Marquise*, la obra de Sardou, que *por fin* se verificará esta noche en el *Vaudeville.*

Tres veces se ha señalado día para esta *première* de sensación; y tres veces se ha tenido que dar contraorden, porque el *maître* no estaba satisfecho de los ensayos.

Es sabido que, desde que empieza á ensayar una comedia, Sardou vive materialmente en el teatro y no sosiega ni deja sosegar á los actores, desde las diez de la mañana á las seis de la tarde.

Ni duerme por la noche, ni casi come por el día.

No hace muchos, aprovechando un momento de respiro, á media tarde, salió Sardou precipitadamente del teatro y compró en una panadería inmediata un panecillo de diez céntimos para entretener el apetito y los nervios.

Un transeunte que no había visto en su vida al casi millonario autor dramático, se quedó contemplando el macilento rostro de Sardou, y al verle salir devorando su *croissant*, exclamó con cierta amargura:

—¡He ahí la miseria de levita!

BLASCO.

París 12 Febrero 1889.

CONCURSO DE BELLEZA DE «LOS MADRILES»

PRIMER GRUPO

HORTENSIA.—(Del Jardín Botánico.)

ROSA.—(De la fábrica de cigarros.)

MARGARITA.—(No es la del *Fausto*.)

FLORA.—(Tiene el puesto en Santa Cruz.)

AZUCENA.- (De origen salmantino.)

Se adjudicarán los premios por sufragio directo de nuestros suscritores.

CONCURSO DE BELLEZA DE «LOS MADRILES»

SEGUNDO GRUPO

Serafinito.—Marqués del Pinocauteloso. (Del Imbecilis-club.)

Indalecio.—(Hijo natural, como quien dice, del *espetor* del distrito.)

Ugenio.—Nacido, criado y recriado en la propia calle de Sevilla.

Valentín.—(Ex redactor de *El defensor lento, pero pulcro y breve de las Armas generales*, Revista bianual.

Jesus María.—(Miembro de la sagrada hermandad del *Sagrado pesebre.*)

Se adjudicarán los premios por sufragio indirecto de nuestras suscritoras.
A petición de los interesados se hace público que todos están en estado de merecer.

TOMÁS BRETÓN

No voy á hacer una crítica ni un estudio biográfico; para aquélla, necesitaría mayor espacio; para éste, datos que me faltan. Trato de consignar una impresión y unir mis sinceras felicitaciones á los aplausos con que el público recibiera la obra estrenada en el teatro Real.

El maestro Bretón, después de una vida entera de luchas y contrariedades, ha conseguido en poco tiempo grandes triunfos: como director, en la Sociedad de Conciertos; en la de Cuartetos, con un *trío*, hermosa muestra de su ciencia musical; en el teatro, con *Los Amantes de Teruel*, ópera reveladora de su personalidad y sanción definitiva de su talento.

La manera de ser artística de Bretón propende siempre á mostrarse con la fuerza de todo lo que procede juntamente de la sensación y el razonamiento. La idea despertada en el fondo de su cerebro, es expuesta sin atenuaciones que la desfiguren, con la misma desnudez en que fuera concebida; por eso en todas las escenas de *Los Amantes de Teruel*, aun en aquellas en donde la pasión interviene avasalladora é irresistible, los personajes, más que de los propios sentimientos, son intérpretes de los del autor, que los arrastra á expresar con viril energía lo que la tradición y la leyenda presentaran con vaguedad poética.

Compárense los enamorados que la crónica pinta en el antiguo manuscrito, con los de la ópera de Bretón, y se verá la distinta expresión poética que los caracteriza: *dijo bessame que me muero; é ella repuso no placia á Dios que yo faga falta á mi marido por la pasión del Señor Jesu Christo, vos suplico que vos acorhateis con otra, que de mí no fagais cuenta, pues á Dios no ha placido; no place á mí. E dijo otra vegada: bessame, que me muero, é ella repuso: no, é cayó muerto.*

La interpretación, demasiado humana, por decirlo así, de los caracteres de los amantes, pudiera estar justificada en Marsilla, que al fin y al cabo guerreó y fué *á travallar, agora por mar; agora por tierra, en do hubié dineros;* pero la mujer casta, cuyos labios no se unieron á los del hombre amado, y sólo *acordó de irlo á bessar antes que lo soterrasen*, Isabel de Segura exigía, á mi juicio, la aureola ultraterrena con que Gounod ha envuelto, falseándola, la Margarita de Goethe.

Pero dejando aparte este punto de vista, de que Bretón ha prescindido, bien por no acomodarse á su modo de sentir, bien por deliberado y respetable propósito de dar á su obra aspecto humano, he de hacer notar la riqueza de medios de que el ilustre maestro dispone, en cuanto á procedimientos musicales. Combinaciones armónicas de gran novedad se suceden sin interrupción en toda la obra, donde difícilmente se podrá señalar una vulgaridad que no esté cuidadosamente evitada con plausible empeño; timbres y matices elegidos con fino instinto y muy apropiados á la situación, dan en la orquesta el color preciso de la acción que en escena se desarrolla, descubriendo las pasiones ocultas que la mueven, y retratando tan fielmente la caballeresca condición de D. Pedro, que sacrifica á su hija por cumplir su palabra empeñada, como los celos vengativos de Zulima y el amor infinito que consumiera la vida de Diego Garcés é Isabel de Segura.

El maestro Bretón, más atento á describir caracteres y pasiones que á buscar efectos, ha prescindido de ciertas escenas características, que algunos hubieran querido encontrar en su obra. Hay, sin embargo, en ella algo que es profundamente español y que se revela por un diseño, por una cadencia que nos trae á la memoria el hermoso color de nuestras canciones populares.

A mi juicio, esta es la mejor manera de tratar, en obras de tono y estilo tan elevados como *Los amantes de Teruel*; ese elemento lleno de poesía que se llama color local, puesto que su empleo sólo en algunos números quitaría la precisa unidad, y el uso frecuente y casi exclusivo de las fórmulas que caracterizan los cantos del pueblo, conduciría á la pobreza y al amaneramiento. El gran talento de Bretón lo ha comprendido así, y sin prescindir de ese elemento, lo ha fundido sabiamente con los que las ciencias armónicas ofrecen, empleando la gamma oriental con gran sobriedad, aun en las escenas que más se prestaran á ello, dando solo rienda suelta á su imaginación y dejando brotar la idea espontánea y libremente, cuando se acomoda á los procedimientos que son del dominio de la música universal.

El castillo de Meyerling, donde ha muerto el príncipe Rodolfo.

En la imposibilidad de estudiar aquí, como quisiera, cada uno de los actos y números de *Los Amantes de Teruel*, habré de conformarme con citar sólo el hermoso prólogo, que profetiza las bellezas de todo lo que sigue; el dúo del acto tercero, donde después de los apasionados reproches de Marsilla, y de los tristísimos acentos de Isabel, se escucha la despedida del infortunado amante, en frase acertadísima, llena de la tristeza y sublime amargura de quien prevé su próxima muerte; el último acto, en fin, cuyo primer cuadro pinta la tristeza del pueblo en una escena originalísima, donde contrasta el duelo espontáneo de éste con la pueril indiferencia de los monaguillos, que relatan sin conmoverse los infortunios de un enamorado. En la última escena de la obra sólo se escuchan las graves armonías del órgano, las preces de los sacerdotes, expresadas con los severos giros del canto llano, las piadosas quejas del coro, las elegíacas exclamaciones de Isabel, y su admirable oración, sencillísima de estructura, hondamente sentida y acompañada en la orquesta con contrapuntos llenos de sabor místico, formando un conjunto hermosísimo, conmovedor y profundamente dramático.

La ópera *Los Amantes de Teruel* ha valido á su autor una ovación inmensa, y le ha colocado entre los grandes músicos contemporáneos. Al unir mis entusiastas aplausos á los de todos, séame permitido lamentar que el teatro Real no sea un teatro nacional de ópera, y que los autores españoles no tengan en su país, para que se representen sus obras, las facilidades que los extranjeros encuentran entre nosotros para darnos á conocer los no siempre agradables frutos de su ingenio.

M. MANRIQUE DE LARA.

EL RATÓN Y EL GATO (*Fábula.*)

Cierto gato de Angola,
de rubio pelo y de poblada cola,
que tenía, cual tiene todo gato,
poquísima nariz y mucho olfato,
notó desde la caja del brasero,
(donde estaba tumbado á la bartola),
que un ratón chiquitín y muy ligero
á su antojo la sala recorría,
y tornaba veloz á su agujero
cuando ruido sentía.

Como el gato no tiene más oficio
que comerse á mansalva las tajadas
que, de su amo en perjuicio,
se encuentra abandonadas;
dormir muy buenas siestas,
mover el rabo cuando le hacen fiestas
y cumplir las añejas tradiciones
de la raza felina;
limpiando de ratones
la sala, el gabinete y la cocina,
dispúsose á dar caza
al eterno enemigo de su raza.

Relamióse el hocico, movió el rabo,
y, decidido ya á llevar á cabo
tan sanguinario empeño,
cayó sobre su presa
feroz, salvaje, aterrador y altivo,
como hubiera caído un polizonte
sobre algún estudiante inofensivo.
Sintiendo ya el cautivo

llegar su último instante,
á Júpiter Tonante
mandó su ¡adiós! postrero,
envuelto en un gruñido lastimero.
Mas no quiso la suerte
que fuese aquel instante el de su muerte,
porque el gato tenía
abierta la despensa noche y día,
y pensó cuerdamente
que, mejor que comerse un ratoncillo,
sería hincar el diente
á un trozo de pernil ó á un solomillo.
En tanto que la suerte decidía
del mísero roedor, su prisionero,
con él se divertía
lo mismo que se hubiera divertido
con otro compañero;
pero un gato vecino que acechaba,
y la suerte envidiaba
de aquél que entre sus uñas poseía
lo que no había hallado
y tanto apetecía,
viéndole descuidado,
cayó sobre el ratón con tal fiereza,
que, del primer bocado,
le cortó la cabeza.
¡Nunca falta, lector, quien nos aceche,
y de nuestros descuidos se aproveche!

MANUEL SORIANO.

EPIGRAMAS

Cuando se van de paseo
Trinidad y Gil, su esposo,
cierto amigo cariñoso
les sirve de Cirineo.
Y toda la vecindad,
siempre que los ve salir,
suele á coro repetir:
—Ya sale la *Trinidad*...

—

Ayer se casó Pascual,
cosa que me ha sorprendido.
—A mí no. ¡Si ese perdido
tenía que acabar mal!

LIBORIO PORSET

ESPEJISMO

(POEMA MICROSCÓPICO.)

I

Rojo está el cielo, parece
ó que copia ó que refleja
la sangre que se derrama
inútilmente en la tierra.

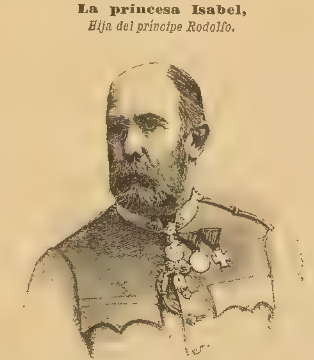
II

Rojo está el cielo, la sangre
inocente se evapora
y con tintas ideales
el horizonte colora.

J. NAVARRO REZA.

La princesa Estefanía,
Viuda del príncipe Rodolfo.

La princesa Isabel,
Hija del príncipe Rodolfo.



El archiduque Carlos Luis,
Actual heredero de la corona de Austria-Hungría.

IMPRESIONES TEATRALES

Es empeño frecuente entre gentes de letras el de buscar el éxito fuera del procedimiento literario en que cada cual acostumbra á realizar el arte. Muchos novelistas suspiran por el éxito de la escena; no pocos poetas líricos se pasan con armas y bagajes al campo de la novela, y algún autor dramático hay por ahí que ha probado fortuna con su tomito de poesías.

Este empeño se desgracia casi siempre, porque, en mi parecer, resulta muy difícil cuando menos ser igualmente experto en tan diversos modos de llegar á un fin común.

Todo esto va escrito con el honesto fin de decir al Sr. D. José Fernández Bremón, autor de la obra *Pasión de viejo*, estrenada en la Comedia, que se ha equivocado.

La pasión senil en el teatro es elemento cómico casi exclusivamente, y me parece tarea imposible la de empeñarse en hacer que el público se interese por lo que no puede interesar. Este movimiento del amor de un viejo cuando se dirige á la patria, á la niñez, al culto filial, es siempre grande, conmovedor y de seguro efecto; pero cuando pretende volver atrás en la serie del tiempo, y chicolear como un cadete á una muchacha, será cómico á poco que el autor se esfuerce, pero no dramático.

El Sr. Fernández Bremón es (y lo digo, no por endulzar lo que tenga de amargo lo ya dicho, sino porque así lo creo) un *cuentista* ingenioso y encantador; yo al menos, le leo siempre con verdadero deleite; pero hasta ahora no ha sido afortunado en sus tentativas dramáticas.

Pasión de viejo no vale lo que cualquiera de los cuentos de Bremón, *Miguel Angel ó El hombre de dos cabezas*, por ejemplo; *Pasión de viejo* es la equivocación de un hombre de talento.

—

Y yo, que creo que se debe honradamente la verdad al escritor de verdaderos méritos, creo también que igualmente se debe aquélla, amarga y sin contemplaciones, á quien sin asomos de literatura se mete en esto de escribir para el público, salga pez ó salga rana.

No diré el nombre del autor de la comedia *Volver á la razón* estrenada en el Español, para no contribuir, por mi parte, á una propaganda que debe evitarse antes de que el *puff* la extienda; pero de la comedia sí hablaré, que para esto la dió el autor al teatro.

Yo he visto pocas obras dramáticas más fuera de toda realidad y de todo lo que es indispensable para hacer una comedia. *Volver á la razón* es un disparate en tres actos y prosa vil, de lo más vil que se escribe en tierra de Castilla. Hay allí un marido que es lo que hay que ver, un amante digno de un grillete, una joven zurcidora de voluntades como no la inventa el mismo demonio, y dos niñas muy mal vestidas, y que, por fortuna, no hablan: un verdadero desastre, vamos.

Suponiendo el absurdo de que la comedia fuera, pongo por caso, de Echegaray, yo me iría á él y le diría respetuosamente;

—Señor don José: usted ha tenido un momento de calentura ó de mal humor, ó de algo que le ha movido á darnos una broma; pero ni por esas, porque usted será siempre quien es, y valdrá lo que vale.

Y D. José se miraría un momento por dentro, y se diría luego:

—Este chico dice bien.

Pero tratándose del autor de *Volver á la razón*, hay que decir otra cosa, ésta, por ejemplo:

—Muy señor mío: Usted es y será siempre, para mí y para todo el mundo, una persona apreciabilísima y cabal por los cuatro costados, excelente ciudadano, hasta simpático, si me apuran; pero ¿autor dramático, ni escritor, ni nada que suponga medios literarios? ¡Nunca! Ni lo es usted, ni por las trazas lo será jamás, ó no hay ya justicia en Jehová.

—

En los momentos en que escribo esto, me dicen que ha habido un estreno, *La fuente de la verdad*, en la Zarzuela, y que hasta las butacas

...se abrieron
gritando: ¡venganza y guerra!

como dijo García López.

Como ahora es cosa corriente seguir haciendo como si tal cosa las obras silbadas, veremos esa *Fuente de la verdad*, en la que, por lo visto, ha salido ésta al final empujada por el público.

¡Vaya, que esto consuela!

FEDERICO URRECHA.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CONCURSO DE BELLEZA DE «LOS MADRILES»

VENTURA

TRINIDAD

Fuera de concurso por razones especiales, ¡especialísimas!

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS.
Ruiz, 8, 1.º izquierda,
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
23 de Febrero de 1889
NÚMERO 21.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

GENERAL SALAMANCA

Es una de las figuras salientes del mundo político.

Sus campañas en el Parlamento son harto conocidas para recordarlas ahora, y su significación como defensor de la moralidad en la gestión administrativa, le han valido el nombramiento de Capitán general de Cuba.

Ahora hace falta que allá se haga bueno lo que aquí tanto se ha predicado.

El General tiene condiciones de entereza é ilustración para esta empresa, de modo que no hay temor de que se le aplique la cancioncilla aquella:

La Habana se va á perder,
la culpa la tienes tú...

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año .... 9 *pesetas.*
Seis meses .... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

(Febrero, 17 á 23.)

—¿Central?

—¿Qué?

—Director general de Comunicaciones.

(La telefonista, escamada:)

—¿Qué desea el señor director?

—Participo á esa Empresa que acaba de ser multada en 200 pesetas.

—¡Por Dios! ¿Qué tiene que ver la Compañía en eso de los dramas?

—¡Bachillera! Esa multa es por faltas en el servicio.

—Dispense usted; es que ha habido un cruce en el teatro Español ¡No le choque á usted!...

—No, esas cosas no le chocan á nadie.

—Tiene usted razón; hay que volver...

—¿Volver á la razón? Aténganse ustedes á la multa, y puede retirar...

—¡Si no va mañana!

—Déjeme usted concluir, y puede retirarse del aparato.

—¡Ah! Drelín, drelín, drelín...

—

—¡Vaya! ¡Ya les ha salido un competidor á los tangos, tan en boga en nuestros teatros!

Éramos pocos, y...

Leemos en un periódico local:

«En breve saldrá para Madrid la notable comparsa de Málaga, denominada *El Progreso*, llevando el buque que ha construído, y sobre el cual han de cantar tangos sus individuos, vestidos de marineros.»

¡Ay qué monada!

¡Con sus trajecitos de marinero y todo!

¡Angelitos!

¡Temblad, vecinos de la coronada villa! Cuando casualmente se encuentren en una calle, los organillos, con el CAFÉ del *Certamen Nacional*, LA MORENA TRINIDAD, de *El gorro frigio*, y los tanguitos del buquecito malagueño, y establezcan una competencia artístico-musical, será cosa de emigrar, ó pedir á voz en cuello que vuelva á encargarse del gobierno de la provincia el señor conde de Xiquena.

¡Ah, Sr. Aguilera!

Siga el ejemplo del duque
de Vibona,
y visite usté ese buque
en persona,
y si es un barco insurgente,
no hay piedad,
que no le den la patente
de Sanidad.

—

Un dependiente del resguardo ha herido en un pie á un matutero que intentaba introducir no sé qué géneros de contrabando.

—

He oído que cierto doctor Sangredo ha practicado una operación dolorosa é innecesaria en la persona de uno de sus clientes.

La autoridad gubernativa ha detenido al Galeno.

Y al matutero.

Verán ustedes cómo los dos se empeñan en cobrar.

El uno, sus visitas.

El otro, su sueldo.

Y los dos han practicado operaciones dolorosas é innecesarias.

Yo creo que el menos culpable es el médico.

¡No hay nada tan contagioso como el mal ejemplo!

Y como los matuteros están haciendo todos los días esa clase de operaciones, y cobran, habrá dicho el matasanos:

—¡Operemos y cobremos! ¡Yo al menos tengo un título para eso!

Y un bisturí.

Y los otros una credencial y un pincho.

Y *pata*.

—

¿Qué pensarían ustedes de un caballero que enviudase á las diez y media y contrajese segundas nupcias á las once del mismo día?

Que era un loco, ó un inglés.

Precisamente ha sido inglés el que ha cometido esa locura; pero con la circunstancia agravante de que, habiendo fallecido la primera esposa en Londres, y efectuádose el segundo enlace en Nápoles, por la diferencia de horas resulta que las once de la capital italiana corresponden exactamente á las diez y ocho minutos de la población inglesa, y surge la cuestión de si el milord está casado legalmente, ó si, por el contrario, es bígamo.

¡Todo por las pícaras prisas!

Y calculen ustedes las angustias de la señora italiana al pensar si serán legítimos ó no los actos consumados.

En vez de tomarlo á risa,
hay para desesperarse.
Comprendo en todo la prisa...
¡Menos para suicidarse!

—

A propósito de esto.

Como decíamos antes, sigue dando su fruto el mal ejemplo.

En esta semana registra la crónica triste dos suicidios.

¡Es claro!

Lo que cuentan que contestó hace pocas noches un pobre cesante á quien los guardias detuvieron en el momento de montarse en la barandilla del Viaducto.

—¿Cuando un Príncipe imperial
se suicida tan campante,
yo, que no tengo un real
y estoy diez años cesante,
he de ser menos? ¡No tal!

—

En Nevada (Estados Unidos) acaba de ser presentado un proyecto que califica de *delito*, para las mujeres, el uso en cualquier teatro de un sombrero que tenga más de nueve centímetros de altura.

¡Atacar así las modas,
es el proyecto de un loco!
¡Nueve centímetros! ¡Todas
dirán á una voz que es poco!

E. NAVARRO GONZALVO

MIGAJAS

—Ya no estoy en la tahona
donde usté me conoció.
Ahora escribo piececitas.
—¡Hombre! ¿Y gustan?
—¿Por qué no?

—

—¡Por Dios, Nicanor!...
—Ya te dije ayer
que hasta dentro de dos ó tres días
no va á poder ser.

—

Si yo te dijera todo
lo que siento, nena mía,
¡válgame Cristo, qué serie
de burradas te diría!

—

—¡Ese ha de dar qué sentir!
¡Vaya un modo de escribir!
¡Qué críticas!
—Hijo mío,
no me jaga usté reir,
que tengo el labio partío.

—

Ayer sorprendió Quirós
á su mujer, con Quiñones,
y, encomendándose á Dios,
fué... y los llamó: «¡Indecentones'»
(Que es como el que tiene tos,
y se abriga los talones.)

J. López Silva.

TÚ

Cuando el Supremo Hacedor,
dicen que pretendió hacer
el prototipo de amor,
tomó por modelo al sér
más bello y encantador
que aún estaba por nacer.
Naciste luego; y al ver
tu hermosura el Creador,
le hizó exclamar con placer:
—¡Ahí va el modelo en que ayer,
pensó al poner el Autor
la belleza en la mujer!

Doctor Blas.

Hojas del Album.

I.

Es tan hermosa, que todos
cuando la ven en la iglesia
dicen mirando su frente:
¡Está rezando! ¡Qué buena!

II.

Yo, que me asomé á su alma
cuando era feliz queriéndola,
digo mirando sus ojos:
¡Está rezando! ¡Blasfema!

Marcial Ríos.

EL VIOLINISTA

POEMA MICROSCÓPICO

El artista sucumbía
y en la soledad luchaba;
¡el insensato soñaba
en la gloria todavía!

Y viendo próximo el fin
de su vida sin ventura,
aún hería, en su locura,
las cuerdas del violín.

El armónico instrumento,
en sus nervios sacudido,
daba, con triste sonido,
una serenata... al viento.

Al viento... ¡sí! Nadie oía
aquel delicioso trino,
ni el acorde peregrino
de la tierna melodía.

....
....
....
....

Al fin se murió el pobrete,
sin dejar grata memoria,
murmurando: «¡Bah! la gloria,
más que gloria, es... un grillete.»

J. Navarro Reza.

EN EL TEATRO

I

LAS QUE SE TAPAN LOS OIDOS

Enrique Sepúlveda, que ha pintado *Las que van á misa de dos, Las que ponen flores en la ventanilla del coche, Las que toman caldo en Lhardy*, etc., etc., sentirá mucho que no se le haya ocurrido el titulillo que llevan las presentes líneas; pero... ¡qué hemos de hacerle! Todos somos hijos de Dios, y aunque sea empresa demasiado audaz, cualquiera tiene derecho, como tenga también pinceles y humor, para pintar á *Las que usan confesor joven, Las que gastan pezonera, Las que le llaman á uno hermoso*, y así sucesivamente.

«Las que se tapan los oídos con las manos,»—esto de las manos lo he suprimido en el título, por no abusar—forman uno de los más curiosos tipos del público de los teatros No intentaré pintarlas... Bastante se pintan ellas. ¡Y eso que la luz eléctrica,

émula de la llama
que nace con el día,

favorece bien poco este género de pintura, único arte, como es sabido, en que rivalizamos con las demás naciones europeas!

Tampoco intentaré censurar ni ridiculizar á dichas señoras. Todo lo contrario... Benditas sean entre todas las mujeres, y benditos sean los frutos de su vientre; amén, Jesús.

Gracias á ellas y á su remonísimo procedimiento de taparse los oídos en cuanto se avecina la catástrofe de un drama y se sospecha que va á dispararse algo, ha cedido un *tantito* (como decía D. Francisco Santa Cruz, que encontraba ordinariote el *tantico* y empleaba el *haiga*) la manía de desenlazar todos los dramas modernos por el procedimiento del general Hoyos, el de los *cuattru tiritus*.

¿Qué emoción, ni qué interés, por vivos que sean, no ceden ante la actitud de dos ó tres docenas de espectadoras remilgadas, que se llevan graciosamente las manos á las orejas, cierran los ojos, ó hacen como que los cierran, y fruncen los labios á la manera de quien va á recibir una ducha?

El espectáculo que «se desarrolla» en la escena se eclipsa ante el espectáculo que se da en la sala. Los espectadores de buena fe se distraen; los de fe mediana se sonríen, y los de mala fe aprovechan la ocasión—si ya no se la ha ofrecido el autor mal aventurado—para sacar los pies de las alforjas.

Véase por dónde viene la muerte—como diría Campoamor—á muchos autores modernos, y véase también por dónde podría lucirse cualquier secretario de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, poniendo á discusión la *Influencia de la coquetería femenil en la literatura dramática contemporánea.*

Porque la madre del cordero no es otra. ¿Qué mujer verdaderamente poseída de su misión sobre la tierra, desaprovecha una ocasión tan propicia para lucir la bien modelada mano, el brazo más ó menos escultural, y «en todo caso» el guante de suprema distinción ó la pulsera de última moda?

Las jamonas, sobre todo—y cuanto más gordas mejor—se despepitan por esas coyunturas que les permiten aparentar candorosa timidez y afectar aires juveniles.

Así, tengo observado que éstas son las más aficionadas á los dramas «detonantes,» aunque no falten entre ellas algunas que sepan disfrazar su coquetería con cierto ingenio, como aquella que me decía una noche de estreno en el Teatro Español:

—¡Si tiraran al menos con pólvora sola!...

—¡Señora! repliqué: ¿supone usted que Vico va á disparar con bala?

—No; pero disparará con ripios.

—Observe usted que el drama está en prosa...

—Es igual; disparará con cascote.

Las que se tapan los oídos son personas de tanta convicción, que ya no se llevan las manos á las orejas solamente cuando va á haber pistoletazo, sino también cuando, en vez de las armas de fuego, són las blancas las que sustituyen al antiguo *Deux ex machinâ*; y aun he visto (Dios me conserve los ojos para seguir viéndolas) damas y damiselas que apelan al consabido ademán cuando la dama se muere de tisis ó el galán se da de puñaladas.

Vuelvo á decirlo. Hay que agradecer á nuestras contemporáneas ese remonísimo procedimiento, con el cual amenizan la monotonía de los dramas modernos y atenúan sus espeluznantes desenlaces.

Los autores se quejan de que así les «matan los efectos;» pero ¿y si les diera á las espectadoras (y á fe que no les faltan motivos para hacerlo) por taparse los oídos durante toda la representación, bajando las manos solamente cuando llegara la explosión final?

Mariano de Cávia

—¿Pensarán que tengo frío
y que me abrigo? *pus* no.
Es que me tapo la fila...
pa ver si *afano* un reló.

—¿No vas al baile, Quiteria?...
—¿Yo? ¡Jesús!
—Pues qué, ¿te espanta?
—¡Dicen que va *La Difteria*
y estoy mal de la garganta!

[illegible]
de bruto lo son,
[illegible] qué bruto
será don [illegible]

—Que tú eres rubia. [illegible]
—¡Rubia! —Que no hagas [illegible]
¡Y lo dice tan serena!
¿Cuándo te descubres tú?
—¡Cuando tú pagues la [illegible]

Sin el amor que encanta
la soledad del ermitaño espanta.

Pero es más espantoss todavía
la soledad de dos en compañía.

I

Un galán la adoraba,
y ella reía mientras él lloraba.

II

Después de cierto día,
mientras ella lloraba, él se reía.

CAMPOAMOR

La Baronesa Vetschera.

Cuando nuestros lectores vean su retrato, exclamarán seguramente:

—¡Lástima de mujer!

La desventurada baronesa Vetschera fué el origen de la tragedia de Meyerling; pero su infortunado compañero el príncipe Rodolfo tendrá su lugar en la Historia; su cronología en los anales regios y su tumba imperial; y ella, la mujer hermosa y enamorada, se sumirá muy pronto en el olvido y en la noche, y no tendrá más sepultura que la pobre y oscura que la ha deparado la malaventura en un olvidado pueblecillo de Bohemia.

Nunca con más razón pudo repetirse aquello de:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Mlle. María de Vetschera.

Lo de siempre.

Al cabo de dos años
 llegó á quererle;
él, por cierta protesta,
 la dió un disgusto;
y la infeliz entonces
 por complacerle
accedió á sus deseos
 con mucho gusto.
Dice hoy por el fracaso
 de sus amores:
¡Dios mío, quién había
 de figurarse!...
Y como ha sido objeto
 de estos *rigores*,
la pobre no se casa,
 ¡qué ha de casarse!

EUSTAQUIO CABEZÓN

ACADEMICEMOS

(INTERVIEW)

Alguna ventaja habían de darme mi naturaleza demoníaca y mis artes mágicas, reveladas al mundo por Shakspeare, y no es floja la de poder colarme, á modo de sutil airecillo, por el filo de una puerta, y empequeñecerme hasta ser invisible para los mortales.

Hace pocos días (no más de seis) hube de tener ocasión de felicitarme de ello. Supe que había llegado á Madrid Emilia Pardo Bazán, y como por entonces, ó sea coincidiendo con su venida, supiese yo una estupenda noticia (que se dirá á su tiempo), concebí el propósito de visitarla para algo que con la noticia tenía relación (y que también se dirá en sazón oportuna). Y como de presentarme con una tarjeta que dijera: *Calibán, diablo jubilado*, es seguro que la Pardo Bazán, mujer al fin, y como tal medrosa, no me hubiera admitido, decidí llegar hasta ella usando de mis medios extranaturales.

Y me reduje al tamaño de una mosca, subí la calle de Serrano, cómodamente sentado sobre la copa del sombrero de un novelista *experimental* que llevaba mi mismo camino, llegué con éste hasta la sala en que la autora de *La Tribuna* recibe sus visitas; aguanté con paciencia á que pasasen las horas reglamentarias de recepción, y cuando Emilia Pardo se sentó frente á un fajo de cuartillas, en que escribe con su letra clara y más varonil que femenina la traducción de *Frères Zemganno*, de Goncourt, me senté á mi vez sobre el tintero y empecé á hacer uso de la palabra.

—

—Buenas noches, dije vulgarmente y sin asomos de tonos fantásticos.

Emilia Pardo no me vió al pronto, ni supo darse cuenta de cuya sería aquella voz; pero yo me estiré, me estiré .. y llegué á quedar del tamaño de un tomo de poesías de juegos florales.

—¿Y quién eres tú? me dijo entonces Emilia Pardo con más entereza de la que yo suponía en ella.

—Pues yo, señora doña Emilia, soy Caliban, dije, y muy su admirador y partidario.

—¿Caliban eres tú? ¿El de *La Tempestad* de Shakspeare? Te creía muerto hace mucho tiempo.

—No, señora, contesté modestamente. Yo no puedo morir, como usted debe saber, por mi endiablada naturaleza, y aquí estoy para servirla en cuanto fuere de su agrado.

—No me pesa tu visita. Precisamente acabo de llegar, y quiero ponerme al tanto de lo que ocurre en el campo mostrenco de la literatura.

—Y á enterarla de ello y de algo muy gracioso que por aquí pasa, he venido yo, señora.

—Eres muy galante. Dime: ¿qué hace Galdós?

—Novelas; ahora acaba una titulada *Torquemada en la hoguera*, ó algo así.

—Me alegro. ¿Y Valera?

—Valera no hace nada, señora, desde que se ocupa de cosas del otro mundo.

—¡Cómo! Valera...

—Sí, señora; el otro mundo es América. Ahora nos va poniendo al tanto de lo que hacen los bardos de Chuquisaca y Popocatepelc.

—¿Y... Cañete?

—¡Ah, señora! Cañete sigue haciendo críticas, y seguirá haciéndolas aunque lo majen.

—Veo que sigues siendo mal intencionado, Caliban.

—No tanto como debiera. Vamos á ver, mi señora doña Emilia, dije, adoptando tono un tanto melodramático: ¿á quién cree usted que van á hacer académico ahora?

—A un hombre de grandes méritos, sin duda.

—A un poeta.

—¿A un poeta? Ya sé quién es.

—Venga.

—Manuel del Palacio.

—No, señora.

—¡Marcos Zapata!

—¡Y cómo se conoce que viene usted de la tierra, señora mía! Cierto que esos dos son poetas, y buenos; pero no se trata de ellos. El poeta *en cuestión* es de aquellos que logran el imposible de no decir cosa de dos dedos de sustancia en todo un poema hecho y derecho, tañedores de melopeas é infatigables buscadores de consonantes puestos en finales de renglones cortos, á modo de clavos de tapicería relumbrona.

—¡Caliban!

—Verdad, amarga verdad, señora, pero hay que decirla. Ese poeta de quien hablo á usted, es uno que yo creo excelente descriptor de la naturaleza externa, pero no más que la *externa*. Si la *Liga Agraria* quisiese describir en verso las recolecciones del maíz ó de la uva, ese poeta sería el llamado.

—Bueno, ¿y quién es?

—Velarde, señora.

—¡¡¡ !!!

—Tranquilícese usted, señora mía, y prosigamos. Yo vengo ahora mismo de un lugar en que están reunidos hasta cinco académicos, tratando de la provisión de la vacante, y allí se ha citado con empeño su nombre de usted.

—¿¿¿ ???

—Sí, señora, y también vengo de otro sitio en el que otros académicos sonaban, también con algún calor, otro nombre, el de un cirujano muy distinguido... como cirujano, y al cual quieren llevar á la Academia.

—¿A un cirujano?

—Eso mismo me pregunté yo: ¿á un cirujano? Y pensando en ello, me contesté: Será para amputar los ripios tumefactos del conde de Cheste.

—No personalices, ó te señalo, me dijo á esto la Pardo Bazán, echando mano á un tomo de cuentos de Barrantes.

Temblé ante aquella amenaza.

—No personalizaré, señora.

—¡Acabemos! ¿Qué quieres?

—Yo quiero hacer á usted una súplica. Vengo en nombre del sentido común, de la literatura, del buen decir, del idioma castellano, y hasta de su propio crédito literario, á rogarla que se vaya á la Coruña, que por mi amo el Omnipotente no se deje engatusar, y que rechace las gestiones que quieran hacerse para su ingreso en la Academia.

—¡Maldito que tú eres! ¿Quién dice que yo?...

—Nadie, pero puede haber quienes dentro de la casa lo trabajen, y usted tiene méritos sobrados para ello; tiene talento, sabe escribir en castellano, podría llevar á la Academia el co-

CONCURSO DE BELLEZA

CELEBRADO EN TURÍN

Jenny Cooper (De Viena).

PRIMER PREMIO

nocimiento de una literatura regional... y todo esto es lo bastante para impedirla la entrada allí.

—Pero yo no he dicho á nadie que piense en eso. Soy mujer, Caliban.

—Por eso precisamente. Ciertos académicos salmonetes y otros de fuera de la casa, rechazan su nombre por esto. ¿Cuándo se ha visto en la Academia á una mujer? ¿Qué importa que sepa infinitamente más que el conde de Cheste, por ejemplo, que en unos versos publicados en la última *Ilustración* dice ¡el *presidente* de la Academia de la *Lengua*! dice, *la rea* en vez de *la reo*, cosa que sabe hasta el último gacetillero?

—¡Dice eso!

—Sí, señora, eso dice entre un flujo inaguantable de tonterías y una pedrea de ripios que estremece. Pero el conde usa pantalones y no está mal visto allí, y usted gasta faldas y polisón. ¿Por qué no viste usted, como Mad Dieulafoy, el traje masculino?

—Porque no está bien.

—Es cierto, y en verdad que no hace falta para lo que todos deseamos, y es que por nada del mundo consienta usted que nadie haga su candidatura. ¡Qué malos ratos había usted de pasar oyendo hablar á Cañete de la *mal guiada imaginativa*, ó á Catalina recitar versos suyos, ó á Cheste hacer coplas como la del cordero:

por nuestro ritual prescrito,

ó á Gabino Tejado...

—¡Horror!

—Eso digo yo... ¿De modo, dije con toda humildad, que no tendremos el dolor de ver á usted descender del alto y merecido lugar que ocupa en literatura, para perderla entre la garrulería académica? Basta, basta con que por allá se nos hayan ido Valera, y Castelar, y Campoamor, y otros ilustres varones; pero escarmentamos en cabeza de Galdós y no se nos vaya usted también.

No sé qué efecto haría mi arenga en Emilia Pardo Bazán; pero sí que quedó meditabunda y abstraída, y no hizo de mí más caso que hubiera hecho de Commelerán, si llega á estar presente.

—

Salí del despacho de la insigne hablista, pasé por una habitación solitaria, y sobre una mecedora ví algo que al pronto me pareció jaula de perdiz, y era ni más ni menos que un polisón, el polisón de la propia autora de *Un viaje de novios*. Me detuve un momento ante el artefacto, y rompí en la siguiente imprecación, que consigno íntegra para enseñanza de las futuras mujeres de talento:

—¡Oh prenda íntima y execrable, relegada por la divina justicia á la retaguardia de la personalidad femenina! ¡Maldita seas tú cien veces, ya que impides á tu propietaria, á pesar de sus merecimientos, la entrada en el templo que fija, limpia y da esplendor! ¡Maldita tú, prenda hueca á la manera académica, que obligas á sentar la teoría de que el talento tiene sexo!

Y dicho esto, me fuí á ver en qué estaba Velarde de un canto *Al injerto de los melocotones*, en que me dijeron andaba empeñado para continuar las dulzuras del éxito de *Pedro el Bastardo*.

CALIBAN.

Constanza Fusconi (De Rímini).

SEGUNDO PREMIO

IMPRESIONES TEATRALES

Ya apostaría yo algo bueno á que cuando se publique este número de LOS MADRILES no está en el cartel del Español el drama *Pero Gil*, estrenado el miércoles.

Un ingenioso compañero y amigo me decía la noche del estreno de *Pero Gil*:

—Desde que el público se ha hecho autor dramático, el género romántico está perdido.

Y efectivamente. En *Pero Gil*, como en casi todas las muestras del género, el público se entera de todo mucho antes que los personajes. Llega la escena *culminante*, el *clou* de la obra, y exclama un personaje:

—¡Cielos! ¡Tú eres Fulana!

—¡Cómo! ¡sabéis!...

—¡Todo! D. Mendo expira, y ha dicho que te busque y te pregunte si en tus verdes años estuviste en tal parte.

—¡Justo! ¿Luego él?...

—¡Maldición! ¡Es tu padre!

—¡Padre mío!

Y así sucedramáticamente.

Y como el público sabe todo aquello desde el principio, se llama á engaño y no hay quien le convenza... ni le interese, que es peor.

¿Por qué? ¡Qué tema se pierde la sección de literatura del Ateneo por no fijarse en esto!

Quedemos de una vez en que el género romántico inocente murió hace mucho tiempo, aunque *Pero Gil*, aun dentro del género, es candoroso como drama, y muy apreciable como obra literaria, y en que su autor, D. Mariano Capdepón, debe renunciar á volver atrás la vista é inspirarse en los modernos ideales para hacer dramas mejores que *Pero Gil*.

Porque á éste hay que ponerle muchos *peros*, sin contar con el del título, que ya es *Pero*.

—

El cura de Longueval (y no sé por qué se ha de llamar así, y no *El abate Constantino*, como en el original francés, puesto que la voz *abate* es muy española) es una... *obra*, dicen los carteles, en grado sumo inocente. En ella, cómo en muchas otras, pero en mayor escala, se obra el milagro de que no pase nada en tres actos larguitos de talle. Nada de nudo dramático, ni situaciones, ni caracteres (excepto, acaso, el de Juan), ni interés; con los elementos que hay en *El cura de Longueval* no se llenan tres escenas un poco nutridas.

Es una comedia del género soso, sin mezcla de picardía alguna.

Y no obstante, la comedia ha tenido éxito, muy justificado por otras razones que no son razones literarias. Con tal esfuerzo está presentada la obra, y de tal modo se ha cuidado la *misa en escena*, que diría el folletinista que pintó Luceño en *Ultramarinos*, que *El cura de Longueval* durará en los carteles, y todo Madrid querrá ver la tempestad en el acto segundo, y la decoración del tercero.

¡Ah! Y la ejecución, que es un primor, para lo que por aquí estilamos. Mario cuida casi siempre con verdadero mimo este *pequeño* detalle.

El discreto arreglador de la obra, Luis Valdés, habrá cazado á estas horas algún gazapo transpirenaico que anda por aquellas escenas, y unos *sonidos que suenan* en el tercer acto, y que no deben pasar así, por muy conmovido que queramos suponer al buen abate Constantino, más obligado que nosotros los seglares á hablar como Dios manda.

Juana Fallaint (De Lyon).

TERCER PREMIO

Y no hay más por hoy.

FEDERICO URRECHA.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

El prestidigitador de ayer

El prestidigitador de hoy.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
2 de Marzo de 1889
NÚMERO 22.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

CARNAVAL

Mañana estará entre nosotros.

Esta es una institución que se va cada vez más aprisa; pasan los años dejando sobre él una sombra de melancolía más espesa con el paso del tiempo, y sólo quedará de él su aspecto más simpático: el Carnaval de los niños.

Casi con la seguridad de no equivocarse puede decirse hoy que, debajo de cada careta, hay un tonto ó una aproximación de tonto.

Alguna vez debajo del antifaz hay una mujer bonita.

Y es la única ocasión en que el Carnaval deja de parecer melancólico y moribundo.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Del 24 de Febrero al 2 de Marzo.

—

Una de las industrias más productivas en estos tiempos es, sin duda alguna, la de los *Restaurants*.

No hay acontecimiento político, artístico ó literario, que no se solemnice con su correspondiente *gaudeamus*.

En la semana que acaba de transcurrir se han celebrado tres banquetes.

En Madrid, en honor del maestro Bretón.

En Sevilla, para festejar á Julián Romea.

En Gracia, en acción de ídem, por no se qué ídem, que ha ha concedido á ídem el gobernador de Barcelona.

En todos se han pronunciado, *¿y cómo no?* entusiastas brindis.

En el de Gracia hubo una novedad.

A los postres se leyó la biografía del agasajado.

Como gracia.

Para esas cosas allí

En Gracia.

La biografía fué aplaudida.

Y comentada.

No sabemos si estaría encuadernada.

Pero dicen que tenía la gracia de Dios.

Que cunda el ejemplo.

Eso de los discursitos apologéticos y los versitos laudatorios, era ya muy poca cosa.

De hoy en adelante, ya lo saben los organizadores de estas fiestas:

Lectura de la biografía del agraciado y su árbol genealógico colocado en un cuadrito en el testero del salón.

Y su escudo de armas, si lo tiene.

Y el retrato no estaría de más.

Digo yo.

—

Ha fallecido la opulenta señora marquesa de Guadalcázar, dejando una fortuna colosal.

En uno de los armarios de su cuarto se han hallado, entre encajes, lazos antiguos y prendas desechadas, 90.000 duros en billetes de Banco.

Así lo cuenta un periodico.

Tal vez, ni recordaría
al morir que los tenia.
¡Dios aumente esas fortunas!
¡Cuántos pobres aquel día
se habrán quedado en ayunas!

—

Un inglés, James Brown, se ha casado en cinco años con 33 mujeres.

Este valiente partidario de la poligamia, ha sido llevado ante los tribunales por varias de sus abandonadas esposas.

El sistema empleado por el intrépido inglés era muy sencillo.

Anunciaba en los periódicos que necesitaba una criada; se presentaban varias, escogía entre las más guapas la que tuviera algunos ahorros, la admitía, al poco tiempo se casaba con ella, y á las cuarenta y ocho horas abandonaba el tálamo conyugal y la población, llevándose los cuartos de la víctima.

Hoy de la engañada grey
sufre la persecución,
y caerá sobre el bribón
todo el rigor de la ley
Le aguardan horas muy negras:
pero el castigo, en verdad,
era darle libertad ..
¡y entregárselo á sus suegras!

—

Comparsa que visitará Madrid estos carnavales.

La del *Niño de Brenes*, de Sevilla.

—

Hay billetes falsos de veinticinco pesetas.

Es decir, eso dicen.

Nosotros no hemos podido comprobar la noticia.

Ni era fácil que notáramos la diferencia.

La falta de costumbre.

Pero, en fin, bueno es que ustedes lo sepan, por si acaso.

Aunque hay tan poca gente que tenga ya billetes, que resulta inútil la advertencia.

—

En Valencia han contraído matrimonio dos buenas personas, de ochenta y ochenta y dos años, al *respetive*.

A la puerta de la iglesia les esperaba una tartana, que los condujo á la estación, saliendo en el tren correo á efectuar su viaje de boda.

¡Oh, la luna de miel!

¡Que así ante el amor se inmole
la juventud y la fe
y tomen á escape el tôle!
¡Vengan gastos! ¿Y con qué
mantendrán luego la prole?

—

Me da el Director dos libros para que hable de ellos.

Leo en la cubierta de uno: *B. Pérez Galdós*, por Clarín, y al ver este nombre leo de corrido...

¡Bien por *Clarín*! No es fácil hacer el retrato del *hombre*, sin olvidar al *novelista*, mejor que lo hace nuestro colaborador, á quien no llamamos *distinguido* por no repetirnos.

Y si además les digo á ustedes que el folleto no vale más que una peseta, que lleva un excelente retrato de Galdós y una reproducción de la primera cuartilla de su novela *Miau*, no dudará nadie de que el librito se venderá como yo deseo.

Como pan bendito.

El otro libro es un derroche de retratos, actualidades, vistas, *monos*, acuarelas y fotograbados, sin contar el texto, discretísimo y encantador.

El libro es *La vida en Madrid*, de Enrique Sepúlveda, ilustraciones de Comba. Yo no recuerdo los elogios que el año pasado se hicieron del tomo correspondiente á 1887; pero pongan ustedes que los repito con mucho gusto, y que firmo debajo.

Porque si aquellos elogios fueron justos, no lo serían menos aplicados á *La vida en Madrid* de 1888.

—

Leo: «La noche del 16 al 17 del actual sorprendió la policía de Belgrado un Club, en el que se reunían personas pertenecientes á la mejor sociedad, y en donde se practicaban actos inmorales.

»Aquel Club era el punto de cita del mundo elegante de Belgrado, y á él concurrían las damas de los más altos dignatarios de la corte.»

¡Zape!

¿Con que unos personajes principales
que practicaban actos inmorales
con damas de los altos dignatarios?...
¡Pues aquí están demás los comentarios!

E. Navarro Gonzalvo

PALIQUE

Pocas cosas, tal vez ninguna, podían habérsele ocurrido al Liceo Artístico y Literario de Granada tan oportunas y dignas de alabanza como la coronación de Zorrilla.

Creo que todos los que tenemos por oficio—pícaro oficio - el muy arrastrado de ir convirtiendo un hilo intermitente y tortuoso de tinta en pesetas ó perros chicos, según los posibles de cada cual (estilo *gongorino*, de los gongorinos nuevos, que además de serlo no saben gramática); digo que todos los que somos, como si dijéramos, los *aguadores* de la tinta fina de escribir, que llevamos de casa en casa y metemos por debajo de las puertas los partos de nuestro ingenio, estamos (y ya pareció el verbo de la oración principal) en la obligación de propagar un día y otro, en cuantos papeles sean de nuestra incumbencia, la buena noticia y el buen propósito de la coronación pública, solemne, *nacional* de D. José Zorrilla, el Pepe más glorioso que conozco.

Hace bastantes años tuvo el honor el que suscribe de proponer al ilustrado público algo de lo que se va á hacer ahora: llamábalo, aunque es claro que el nombre era broma, un *centenario* en vida; y el ilustre poeta, que es modesto de verdad—*même trop*—tuvo la bondad de escribirme una cariñosa carta en que rechazaba la idea, fundándose en sus *pocos merecimientos* y además... en el miedo á la acumulación de muchos españoles.

Fijábase en la observación sociológica, llamémosla así, muy puesta en su punto, de que cuando se reunen muchísimos ciudadanos para celebrar algún acontecimiento de interés general, ora religioso, ora político, ora económico, ora artístico, suelen quedarse sin reloj algunos de ellos, y hasta no suelen faltar pufialadas repartidas entre el concurso. Estos temores de Zorrilla, en general dignos de ser tenidos en cuenta, no deben preocuparnos ahora, pues es de suponer que los *ratas* se abstengan, siquiera sea por patriotismo, de asistir á las fiestas de Granada.

—

No espero yo otro tanto de los poetastros, que, aunque se dicen amantes de las letras patrias, son unos egoístas, y ya estarán á estas horas afilando la lira, ó sea navaja barbera.

O mucho me engaño, ó la literatura, como se llama aquí á cualquier cosa, va á contribuir, en cuanto de ella depende, á echar á perder esta magnífica fiesta nacional.

Zorrilla, Granada, la Alhambra, son cosas muy poéticas; pero por lo mismo muy serias y muy dignas de respeto.

Hace falta mucha formalidad y no dejar meter baza á cualquiera. Si todo el mundo se va á meter á hablar de la cuesta de los Goméles ó Goméres, y de la Torre Bermeja, y del Generalife, y del Albaicín, y del Zacatín, no se va á poder parar en Granada.

Fíjense ustedes en que la Alhambra está muy delicada. La arquitectura árabe es lo que tiene; es fina de nervios, no recia de músculos, y entre la intemperie y los ripios la lamen, la lamen, y dan en tierra con ella en seguida, *non vi sed sæpe cadendo*. La Alhambra tiene sobre sí muchas generaciones de quintillas malas, casi tantas como la luna, que así está de pálida y anémica, y con la mayor facilidad se desmorona á poco que me la apostrofen y *prosopopeyen* los vates que se han de hacer ahora los andaluces.

En España abunda lo que yo llamaría el jándalo de las letras. Así como hay el jándalo de la pintura, que es el que se cree un Murillo y un representante genuino de la escuela andaluza con todo su valor, vida, etc., en cuanto pinta un cielo de paño azul para la tropa y una mala mujer tocando la guitarra. El jándalo de las letras es ése, el de la cuesta de los Goméles ó Goméres, y el Zacatín y el Albaicín, y hasta del paseo de la Bomba, si es *modernista*. ¡Fuego en ellos y no dejarlos entrar en Granada en todo lo que falta de año, para seguridad de los forasteros inofensivos! Hay que advertir que Zorrilla, que es un gran poeta, el poeta *oriental* por excelencia entre los hombres de Europa, según prueba *La Nueva Antalogia*, de Roma hablando de él en su último número, Zorrilla el oriental es cosa perdida en materia de carácter y entereza para rechazar á los importunos. Es un gran monumento árabe, una gran mezquita que se deja invadir por todos los mochuelos y vencejos públicos del mundo. Es probable que cuando el admirador desinteresado se acerque al gran monumento, salgan de sus cornisas, *alicatados* y demás relieves y agujeros de hacer mezquitas, catedrales y ripios, más pajarracos que salieron de la cueva de Montesinos cuando la visitó D. Quijote.

No hace muchos días decía el insigne poeta en un alejandrino:

Ferrari, Núñez de Arce, Shaw, Campoamor, Velarde.

Aparte de la culpa que les cabe á Núñez de Arce y á Campoamor en esta horrorosa confusión, por haber ellos incurrido en otras por el estilo, por ello se ve claramente que si nos fiamos de la bondad de Zorrilla no nos vamos á librar de Goméles, Albaicines y Zacatines.

Todo español, en cuanto tenga un poco de ceceo, ó lo sepa fingir, se va á creer llamado á *cantar* en el mismísimo mirador de Lindaraja.

Afortunadamente, mi amigo el Sr. Sellés, gobernador de Granada, sabe el trabajo que cuesta hacer versos buenos, y se valdrá de su autoridad poniendo en vigor la ley famosa de 21 de Abril, ó la tan conocida de Platón respecto de los poetas. De otra parte, nos exponemos á oir hasta el *suspiro del moro*... de Ferreras.

CLARÍN.

DESDE EL BOULEVARD

Al Sena se le han hinchado las narices y se ha salido de madre.

Si la crecida, de padre y muy señor mío, sigue en la proporción observada desde hace diez días, estamos expuestos á que el agua salte por encima de los puentes y se nos meta en el mismo boulevard.

Entonces se convertiría París en una gran Venecia y tendríamos el gusto de pasear en góndola.

Algo de esto ha sucedido en varios arrabales.

En Auteuil se ha inundado todo el muelle, que está bordeado de casas, y cuyos habitantes se han visto obligados á establecer un servicio de barcas para poder acudir á sus ocupaciones y procurarse la indispensable alimentación.

En Asnières ocurre lo propio; el agua ocupa la calle mayor del pueblo y todas las cuevas de las casas.

Los vecinos de estas localidades entran y salen de casa por la ventana, lo cual no deja de ser higiénico para los que padecen del pecho y del corazón y se fatigan subiendo las escaleras.

—¡Cuántos perjuicios ocasionará esta crecida! exclamaba ayer un caballero gordo y de aspecto bonachón, contemplando el río desde el puente de las Artes.

Y otro señor, cuya nariz parecía una remolacha cocida, le respondía pensativo:

—Con una ligera diferencia, esto sería delicioso.

—¿Cómo?

—¡Figúrese usted que todo eso fuera vino! ¡Yo me echaba al Sena, y estaría como el pez en el agua!

—

Si llegara el caso de circular por París en barca, quedaría resuelta la cuestión de los cocheros.

Estos apreciables seres—que cierto naturalista colocaba en la escala zoológica entre el hombre y el picador—han celebrado una reunión en la sala Wagram para discutir sus intereses amenazados.

¡Quinientos y pico de automedontes! ¡Aquello parecía un arca de Noé!

Se abandonó el proyecto de huelga general. Esto es de sentir, porque siquiera los días que durase la huelga estaríamos seguros de volver á casa vivos. Mientras tanto, ó estamos expuestos, si vamos á pie, á ser aplastados por estos *dictadores* del pescante, ó á morir románticamente asfixiados por el óxido de carbono que desprenden los calentadores de sus *citadines chauffées*.

Los cocheros se quejan de que no ganan nada. ¡Pobrecitos!

Todo, según ellos, se lo llevan las Compañías propietarias de los *sapins*, á los que tienen que dar de quince á veinte francos diarios por el derecho de conducirnos al otro barrio en una de las formas que he indicado, á más de los insultos con que nos obsequian si la propina no les parece suficiente. Lo cual que siempre les parece pequeña.

Pero, ¡oh prodigio! Una de las soluciones propuestas en la sala Wagram, y aceptada casi por unanimidad, es la supresión de las propinas.

¿Puede pedirse más á un simón?

Quieren un salario fijo, una tarifa kilométrica y ¡nada de propinas!

Delicadeza que nunca elogiaremos bastante, sobre todo en vísperas de la gran Exposición.

Lo de la tarifa kilométrica es grave para el desdichado que caiga en París por primera vez.

Figúrense ustedes un cándido provinciano que desembarque en la estación de San Lázaro, se haga conducir á un hotel de la

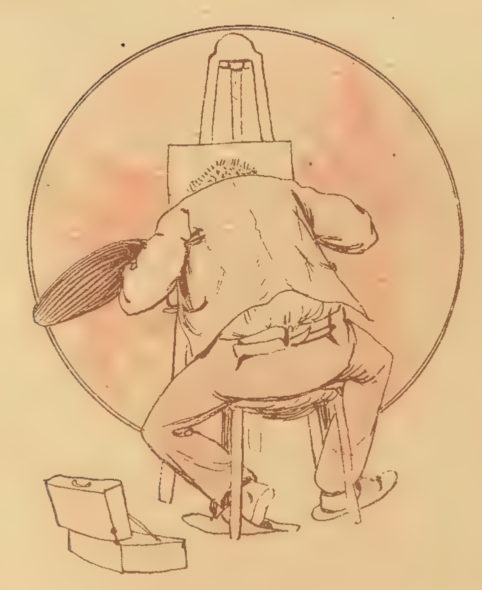
CARNESTOLENDAS

(Entre dos niños de Villabrutanda:)
—Como nos *divertemos*, ¿eh?
—¡Anda; miá tú que si nos viera madre, lo que nos «dara...»

¡La fija! El Carnaval pasado... curda; este año... curda también, y el que viene... pues lo mismo, curda.

—¿No me conoces, barbián?
—No, pichona.
—Anda, tontón;
tú me has vendido azafrán,
y azúcar, y pimentón...
—(¿En qué me conocerán?)

—Oiga usted, joven; bailamos, cenamos, y luego...
—No puede ser. ¿Y mamá?



—Este detalle no se paga con ningún dinero: ¡Treinta y un pelos en el párpado superior y veintitrés en el inferior!

—¿Sabe usted, D. Próspero, que los amantes de Teruel no debían amarse tanto como dicen? En toda la noche ha dicho Isabel, monín, pichoncito mío, pichichi, ni otras muchas cosas que nos decimos los amantes.

—Anda, monín, cómpramelo. ¿Para ti qué son cuarenta duros?

—Ochocientos reales.

Uno que va disfrazado de turco, aunque no lo parece.

calle de la Pépinière, pongo por caso, y después de ser paseado una hora y pagar diez kilómetros de recorrido, se encuentra, cuando salga de casa, con la propia estación de San Lázaro á la vuelta de la esquina.

Será para él una emoción superior á la que le produzca la torre Eiffel.

—

Y á propósito de la famosa torre. Para la primera semana de Marzo dicen que llegará á sus 300 metros.

Ya tiene doscientos noventa, y crece próximamente uno cada día.

La crecida del Sena está perjudicando bastante á las muchas construcciones de la futura Exposición, situadas en la misma orilla.

Entra éstas se halla el palacio de España.

Las fundaciones comenzadas de este edificio se encuentran sumergidas por completo.

Por retrasados, nos quedamos sin sitio en la galería de máquinas, lo cual ha sido irreparable.

Por retrasados, nos quedamos sin sitio en el palacio de sustancias alimenticias, y para reparar este perjuicio, se nos concedió terreno para edificar un pabellón destinado á este importantísimo ramo industrial de nuestro país.

Y por el eterno retraso no se empezaron las obras de ese palacio hasta la época natural de los desbordamientos del río.

Ahora estamos con el agua al cuello.

Sigamos con los retrasos y haremos la triste figura ante Europa entera, después de haber sido, de los países europeos que no concurren oficialmente, de los que hemos contado con mayor subvención de nuestro Gobierno para concurrir.

Los españoles que lejos de la patria vemos de cerca estos resultados, no podemos menos de sentir honda pena y hablar clarito y duro, á ver si nuestras palabras no se pierden en el desierto.

—

En tanto que llega la gran Exposición, entramos en el período anual de las Exposiciones parciales.

Ya hemos tenido la de la Asociación de pintoras y escultoras.

Había en ella algunos cuadros notables, los menos.

La pintura al pastel es una de las especialidades artísticas de Francia.

—¡En esta Exposición femenina hemos visto cada pastel!

Se notaba con sentimiento la ausencia de Magdalena Lemaire en este concurso.

Esta delicadísima artista, de cuyo talento hay muestra seguramente en España, en las acuarelas que ilustran algunas publicaciones recientes, el *Abate Constantino* entre otras, no forma parte de la *Asociación de pintoras* francesas.

Verdad es que la Lemaire pinta para el público inteligente, y la mayor parte de las *miembras* de esa Asociación parece que pintan para casa de los padres.

—

También hemos tenido la Exposición culinaria en Grenolle.

Los cocineros y reposteros han hecho prodigios, y hemos tenido ocasión de ver allí algunos pasteles de mejor aspecto que los de las pintoras.

Entre los primeros premios, figuraba una Catedral hecha con caracoles de Borgoña, y un paisaje de los Alpes, de manteca de cerdo, con un sentimiento del *natural*, que el mismo Alberto Wolf hubiera calificado de *derriere les fagots*.

—

Por último, en el Palacio de la Industria, la Sociedad de Agricultura ha celebrado el concurso anual de animales gordos.

Entre los ejemplares vivos había bueyes jóvenes que honraban á sus criadores.

Carneros con gabán de pieles que hubieran envidiado nuestros primeros empresarios y algún exministro.

Aves muertas con unas piernas que ya las hubieran querido muchas bailarinas.

También había no pocos compañeros de San Antón, de muchas libras.

El primer día de Exposición se adjudicaron los premios.

Coincidencia curiosa: el primer premio para el puerco, su *único ejemplar*, ha correspondido... al *hermano* Bertrandus.

¡Un fraile!

¡Luego hablarán de la injusticia de los jurados!

Hay quien anuncia un nuevo libro de Zola, titulado *Le frère Bertrandus*, cuya publicación le abrirá por fin las puertas de la Academia.

BLASCO.

París 28 Febrero 89.

SAN MIGUEL ARCÁNGEL

El marqués de la Real Merced solía tener algunos ratos de expansión con sus amigos del Casino. Formaban éstos una piña de veteranos de la diplomacia, con el Almanaque de Gotha por Biblia, y cuentos íntimos de todas las cortes europeas para solaz de sus forzados ócios. Casi todos ellos eran calvos aristócratas, gruesos, míopes y saludables; sus cuerpos pedían, en vez de *burguesas* levitas, casacones bordados: y sus almas, en vez de tratados de comercio, intrigas palaciegas y sonrisas de príncipes.

—

Y el marqués de la Real Merced decía á sus amigos: «Eulalia es una Santa. Todos vosotros habéis conocido á la Marquesa en su juventud y admirado su carácter alegre y decidor y aquella risa constante que repartía salud y contento en torno suyo. Bien os acordais de la tarde en que, paseando una persona de la familia real por las alamedas de Aranjuez, oyó salir de entre los arbustos un ruido fresco, armonioso, continuo, que le hizo exclamar: O por aquí hay una fuente ó es que se ríe la marquesa de la Real Merced. ¡Pobre Eulalia! ¡Cuánto tiempo hace que la risa ha desaparecido de sus labios!...»

Todos los compañeros del Marqués bajaron conmovidos la cabeza.

—

Y el Marqués continuó: «Tiene Eulalia en un medallón una preciosa miniatura representando á San Miguel Arcángel. Está el noble capitán de las milicias celestiales en su traje de guerra, desnuda la espada, altiva la frente y victoriosa la sonrisa. Eulalia jamás aparta de sí este medallón; creo que es un recuerdo de su madre; no lo sé, pero dudo muy mucho que el vencedor Arcángel haya tenido devoto más fiel que la Marquesa. Se encomienda á él besándole amorosamente por la mañana, rézale varias veces durante el día, contémplale con místico arrobamiento á cada instante, y ¡cuántas noches, fatigada por el insomnio, coge el medallón en sus manos, y en dulcísima conversación con el celeste Capitán le sorprende á la infeliz el día! ¡Eulalia, amigos míos, es una santa!»

Y el Marqués entornó los párpados como para ver á su querida esposa con un nimbo de luz y rodeada de cabecitas de ángeles.

—

«El cambio de su carácter ha debido obedecer, yo, por lo menos, así lo creo, á un susto terrible, á una fuerte y desagradable impresión. Os contaré lo ocurrido, y seguramente reconoceréis que no puede ser otra la causa. Estaba yo de primer Secretario de la embajada de París, y Eulalia, por precepto facultativo, tuvo que regresar á España y establecerse en Málaga, cuyo dulce clima convenía á su delicada salud. Compramos un hotelito con un jardín, cerca de la población, y allí la dejé para volver á encargarme de la Secretaría. Dos años estuvimos separados; pero cuando me dieron la Legación de Viena, aproveché el mes de licencia que me concedían para reunirme con Eulalia. Pues bién; el día antes de llegar yo á Málaga, sucedió en el jardín del hotel una cosa terrible.

»Fué que un calavera, un jugador... Sánchez del Olmo, que era capitán de artillería, chico de buena casa, pero muy mala cabeza, perdió en el Casino no sé cuantos miles de duros; ello era una enormidad, y viéndose comprometido, porque parece que andaba por medio la caja del regimiento... en fin, que salió desesperado de la población, entró en el jardín de nuestro hotel, cuya verja estaba desgraciadamente abierta, se sentó en un banco, sacó un revólver del bolsillo, apoyó la boca del cañón en

la sien y se disparó dos tiros. Al oir la detonación salió del hotel la Marquesa, y ¡figuráos qué espectáculo! el pobre chico, según me dijeron, estaba horrible, toda la cara ensangrentada, las sienes deshechas... ¡atroz! Dióle á Eulalia un síncope... dicen que cayó como muerta y que tardó tres horas en volver en sí... yo la hallé al siguiente día como si hubiera pasado una grave enfermedad... se apoderó de su ánimo una profunda tristeza, tenía pesadillas por las noches... se puso mortal. Me alarmé muchísimo... por fin, fué lentamente recobrando su salud... pero desde entonces no se ha vuelto á reir. ¡Demonio de chico! ¡bien podía haber elegido otro sitio para suicidarse! En fin, que Dios le haya perdonado; era de los Sánchez del Olmo de la Montaña, buena familia, un poco calaveras... todos ellos han concluido así.» Hasta aquí el Marqués.

—

Y mientras esto decía el Marqués á sus amigos del Casino, la Marquesa... ¡qué hermosa debió haber sido aquella mujer! Sentada junto á una mesita de laca, en la que había una lámpara, cuya suave luz apenas hacía más que acariciar la oscuridad del gabinete, ya se llevaba el medallón á los labios, ya fijaba sus hermosos ojos en unas arrugadas cartas, ya se quedaba contemplando tercamente la oscuridad é iban cayendo al mismo tiempo por sus mejillas majestuosas y serenas lágrimas. Cogió una de las cartas, y con voz muy ténue, salida del pensamiento mejor que de los labios, leyó las siguientes frases, más fijas aún en su memoria que en el papel donde fueron escritas:

«Es imposible, Eulalia, que cumpla lo que ayer te ofrecí. No puedo, no puedo consentir que nuestro amor termine; yo sé que con la continuación de nuestro cariño peligraría tu honor... pero ¡si yo te adoro! No; no lo he pensado mucho, déjame; ¿para qué he de vivir? Disfrazaré también los motivos que me impulsan á la muerte, que nadie sospechará... Esta noche, por Dios, no me hagas esperar ¡será la última de nuestro cariño! ¡qué hermosa noche! todo el placer del amor y toda la tristeza de una separación para siempre... Te llevaré mi retrato, que está ya concluído. Dios me perdonará el haberme hecho pintar, como pintan á San Miguel Arcángel; pero así no podrá comprometerte mi triste efigie y tendrás un retrato mío y un santo más en tu guarda, ya que mi desdicha ¡aún no me deja... No; ¡es inútil que te disfrace mis sentimientos! Estoy llorando como un muchacho. Hasta la noche, á las nueve en punto; que no tarde Luisa en abrir la verja. ¡Te quiero tanto! Adiós.—Sánchez del Olmo.»

—

Aún estaba la Marquesa saboreando la dulcedumbre de sus recuerdos, cuando una doncella le anunció el regreso del Marqués. Eulalia guardó sin apresurarse las cartas y dejó el medallón de San Miguel Arcángel encima de la mesa. El Marqués acercóse á su esposa, preguntándole cariñosamente: ¿Cómo te encuentras esta noche, hija mía? Después, sentándose al lado suyo, contóle para animarla los sucesos más notables ocurridos aquellos días en la corte, y llegada la hora en que solía retirarse á sus habitaciones, como muestra de respeto á la devoción de la Marquesa, cogió el medallón de San Miguel Arcangel y fué á estampar un beso en la noble faz del capitán celeste.

Alzóse al verlo la Marquesa de la butaca, y temblando de emoción, pero con voz enérgica y segura, dijo deteniéndole el brazo: «¡No, no, no!»

El Marqués no pudo contener un gesto de sorpresa; mas recobrando en seguida su serenidad, dejó precipitadamente el sagrado medallón sobre la mesita de laca.

Y al retirarse á sus habitaciones iba diciendo: «¡Ni siquiera permite que besen al Arcángel más labios que los suyos!» ¡Pobre Marquesa! Decididamente tenía razón el que dijo que en la devoción de las mujeres hay siempre mucho de idolatría.

José de Roure

Baturrillo.

No lo sé de fijo; pero por ahí se dice que el Sr. Velarde ocupará el sillón que dejó vacante en la Academia D. Antonio Arnao (q. e. p. d.). También he oído decir que doña Emilia Pardo Bazán será quien sustituya al autor de las *Gotas de rocío*, lo cual sería una honra para la Academia. Pero recuérdese lo que ha pasado con Galdós. Yo no sé si el Sr. Velarde tendrá méritos suficientes para entrar en la asendereada Corporación oficial de la Lengua. Cuando entró Commelerán, por el mero hecho de saber declinar *musa, musæ*, bien puede entrar Velarde, que, si no es un poeta de fuste, tampoco es un zoquete, ni mucho menos. Claro que Cañete le pone por las nubes; pero Cañete no sabe lo que se dice, y eso que cita á Zola á menudo.

La Academia estará todo lo desacreditada que se quiera (¡vaya que si lo está!); pero yo noto que todo el mundo casi quiere ser académico, inclusos aquellos que para nada lo necesitan. La gente que menos falta hace en la Academia son los literatos. Con menos literatos y más hombres científicos acaso no hubiera resultado tan defectuoso el último Diccionario... que es deplorable, la verdad por delante.

Los más de los literatos no saben una palabra de derecho, ni de fisiología, ni de química, ni de botánica. Véanse las definiciones científicas del léxico oficial, última edición ¿Cómo se ha de definir con claridad y exactitud lo que no se conoce? Cada vez que pienso en los académicos (y pienso muy de tarde en tarde), me viene á la memoria aquel saladísimo artículo de *Fígaro* «D. Timoteo ó el literato.» Sí, los académicos tienen fama de ser unos Licurgos, y resulta que no saben de la misa la media.

Valbuena, á vuelta de algunas exageraciones y acrimonías, les ha probado que ignoran el significado de las voces más usuales, ó, por lo menos, si no le ignoran, le trabucan y confunden. Y, á pesar de estas críticas, en el fondo justas y discretas, aún hay quien desea ardientemente figurar entre los *inmortales*.

Pasa con los escritores originales que se hacen académicos, lo que con las mujeres hermosas que se casan, que pierden la frescura, la gracia y la esbeltez de las formas. Y así como el matrimonio impone á la mujer sagradas obligaciones, por ejemplo, la sumisión y fidelidad al marido, la Academia impone su criterio rancio al escritor, sometiéndole á la despótica servidumbre del pensar y del sentir oficiales. Es perder el tiempo buscar en los escritos académicos la circulación de la sangre, la savia de la originalidad, la audacia del pensamiento, las expansiones de un corazón que late sin hipocresías ni cortapisas, los arrebatos del dolor humano, los gritos del sensualismo; en una palabra, la explosión de la vida psíquica y fisiológica en todas sus manifestaciones. Representan en el arte el vetusto clasicismo, así en el fondo como en la forma; el retroceso ideológico y morfológico el empantanamiento de la vida intelectual. Si escriben comedias las subordinan á un fin moral, á la manera de Moratín; si se echan á novelistas, no aciertan á pintar pasiones ni á bosquejar siquiera un carácter; si presumen de poetas líricos, garrapatean odas sexquipedales, imitando á Horacio, elegías y silvas calcadas en las de los líricos del siglo XVI y XVII. Quieren ser castizos y resultan arcaicos y pedantescos; pretenden ser sobrios y floridos y resultan secos, espartosos y vulgares. Ya se sabe: al hablar de unos ojos femeninos, los comparan con los luceros; al hablar de una boca, con la amapola; de un talle gentil, con el junco; de unos cabellos rubios, con los rayos del sol, etc. No saben ahondar en la naturaleza: una descripción *clásica* del campo recuerda esos paisajes cursis que figuran en algunas cajas de pasas ó de tabacos. La emprenden á ripio limpio con los arroyos, con las flores que nacen á sus márgenes, con las selvas *tupidas*, con los montes *escarpados*, con las estrellas y la luna (con la luna sobre todo), la *casta luna*, castidad de la cual se burlaba, si mal no recuerdo, Byron, en su *Don Juan*.

¿Son críticos? Pues juzgan con la retórica en la mano, sin tener en cuenta para nada los adelantos y transformaciones del arte; mucho citar á Horacio y á Boileau y recomendar á los principiantes la *asidua lectura* de los clásicos antiguos. Para ellos la moderna literatura francesa no vale un grano de anís. Zola es un indecente, un novelista pornográfico. Esa *Tierra* (que, dicho sea de pasada, se está publicando en París con excelentes ilustraciones), es un montón de porquerías, de inmundicias, capaces de enrojecer á un carromato. Demás está decir que hablan por boca de ganso, porque ellos no leen á Zola. La antipatía que profesan á Daudet está justificada hasta cierto punto. ¿Quién, si no el autor de *Safo*, les ha dado el golpe de muerte, la puntilla, como si dijéramos?

—

No tengo para qué decir que no todos los académicos son dignos del eterno desdén. ¡Cómo he de meter en la colada á Valera, á Campoamor, á Menéndez Pelayo, á Echegaray, y tantos otros que son honra y prez de las letras castellanas! Mi crítica, mi sátira, ó lo que sea, va contra los Cañetes, los Guerra y Orbe, los Cheste... Y á propósito de Cheste: ¿Han leído ustedes la oda que publica este señor en *La Ilustración Española*, *contra* el amor puro, el amor profano? Declaro que cuando leí aquellos esdrújulos disparatados, sentí la tristeza que se siente cuando se ve á un hombre en ridículo, es decir, á un hombre que, presumiendo de serio y formal, opina que se están riendo de él.

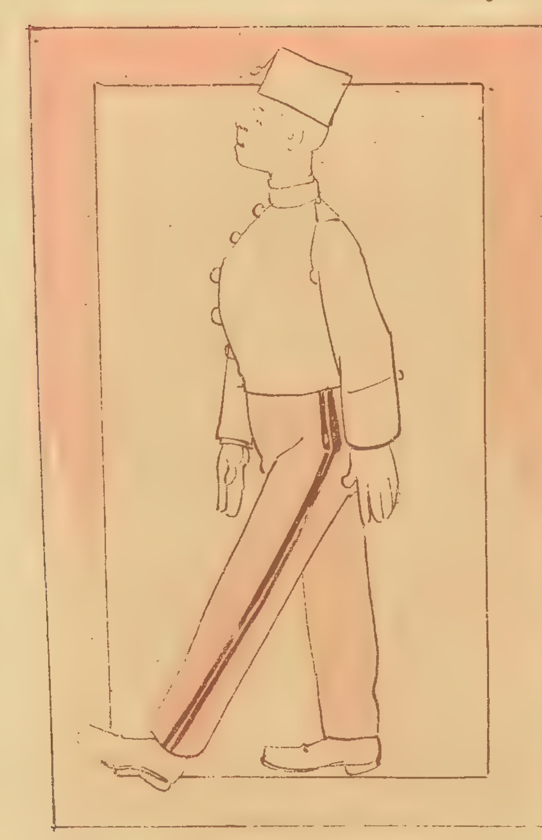
Por supuesto que Cañete, al hallarse con Cheste en la Academia, le habrá dicho:

—He leído su oda en *La Ilustración*. Eso es hermosísimo. ¡Oh! ¡Usted es un gran poeta!

Y así viven los académicos: engañándose los unos á los otros. ¡Los pobres, que Commelerán les sea leve!

FrayCandil

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.



Así lo manda la Ordenanza.

Y así se cumple.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
9 de Marzo de 1889
NÚMERO 23.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JULIÁN GAYARRE

El herrero Julián de ayer, que machacaba sobre el yunque de un pueblecillo del Roncal, es hoy S. M. el tenor.

Julián Gayarre tiene una historia igual á la de César, Mario, Rubini y tantos otros: el primero *llegó, vió y venció*, y los demás llegan, cantan y vencen.

Y cobran.

Gayarre está entre nosotros. Bien venido sea, porque el Real sin él y la plaza sin *Frascuelo*, son lugares en que falta lo principal.

Cuando Julián acabe de cantar empezará Salvador á pasar de muleta, porque figura en el cartel de la temporada, de manera que será Madrid todo lo feliz que puede ser este pueblo de Sagasta (q. D. g.)

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses............. 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Marzo, 3 á 9. Terminó el Carnaval.

La decadencia de estas fiestas es cada vez mayor.

El hombre de los zancos y el buque *El Progreso* han sido este año las dos únicas novedades que han logrado llamar algo la atención. Las comparsas de siempre, los trajes vulgares, de gusto y de limpieza problemática, los eternos *bebés* y los hombres vestidos de mujer, han dado el mayor contingente á los paseos del Prado y Recoletos. Y ni una frase ingeniosa, ni un chiste culto, ni una broma discreta, nada; el consabido *no me conoces*, y el *adiós*, *Fulano*, y páre usted de contar.

El Carnaval se ha refugiado en los teatros, y los bailes de niños han sido lo único digno de mención.

Hemos visto criaturas primorosamente vestidas.

Decididamente el Carnaval terminará, en un plazo muy breve, por ser una fiesta puramente infantil. Cuanto antes mejor.

—

La policía inglesa identificó el cadáver del suicida Pigott, el audaz falsificador de las cartas vendidas al *Times*, y cuyos documentos han dado serios disgustos al fogoso y batallador diputado Mr. Parnell.

El pobre Pigott se creería seguro en nuestro país. Habría oído hablar de la impunidad que aquí suelen gozar sus colegas en falsificación, y esta confianza le ha perdido.

Descanse en paz.

—

El Gobierno francés ha autorizado á una Empresa española para que, durante la Exposición Universal, celebre en París corridas de toros, suprimiendo las suertes sangrientas.

Es decir, suprimiendo la pica, las banderillas y el estoque.

¿Y por qué no los toros y los diestros?... Para una corrida así, con un perro de aguas y la *Fragosa* bastan.

¡Y luego se quejan los autores franceses de cómo se traducen aquí sus comedias!

¡Mejor que traducen ellos nuestras corridas de toros! ¡Qué duda tiene!

—

El administrador ó recaudador de contribuciones de no recuerdo qué provincia, se ha fugado con los fondos confiados á su honrada custodia.

¡Cómo está la administración!

En la catedral de Sevilla han robado unos miles de duros, y el juez ha metido en la cárcel, como presuntos autores de este delito á un canónigo, un beneficiado, un sacristán, y no sé si á algún monaguillo. ¡Cómo está la iglesia!

En Madrid anda la policía buscando á un escribano de actuaciones que, según dicen, ha irregularizado unos miles de pesetas. ¡Cómo está la curia!

¿Dónde vamos á volver los ojos?...

Si el magistrado, el sacerdote y el funcionario público hacen eso, ¿de quién vamos á fiarnos?... ¡Oh, qué buen país!

—

Un certamen originalísimo.

Se trata de una exposición de *pies bonitos*.

Femeninos, por supuesto.

El pie más diminuto y gracioso que exista en las tres Américas ganará un valioso premio; consiste en una babucha de oro, peso de veinte onzas, cincelada en los más afamados talleres de Wáshington.

Para optar al premio se requieren las condiciones siguientes:

Edad, de quince á veinte años. Estatura media, 1,65. Cara, bonita. No se admiten las chatas ni las picadas de viruelas.

El pie que no tenga cosquillas en la planta, obtendrá el primer accésit.

El jurado lo compondrán tres zapateros, dos poetas, un arquitecto, cinco ingenieros y un gendarme.

Por el pronto, creemos que en el jurado falta un miembro.

Un pedícuro.

Y que puede haber un peligro.

El que alguien, al darle el pie, se tome la mano.

¡Y vengan los jurados á las *ídem!*

Así y todo, no me pesaría ser uno de ellos.

Y si era el encargado de buscar eso de las cosquillas.....

¡Miel sobre hojuelas!

—

Famoso descubrimiento. La Hidra legendaria, aquel horrible monstruo de las siete cabezas, se ha encontrado.

Este fabuloso animal no habita, como se creía, en el lago de Lerna. ¡Quiá! Vive y traga aquí, en el mismísimo Madrid.

Serpentea por el *inmenso piélago* del presupuesto español.

Lo ha descubierto el señor ministro de Hacienda, en la persosona de un funcionario que cobrá á un tiempo *siete sueldos*.

¡Y se guarda pudorosamente el incógnito! ¿Por qué?

¡Que se diga el nombre, que sepamos quién es el afortunado mortal que traga por esas siete bocas! ¡Que salga el autor!

Para felicitarle, y para saber quién es su suegro.

¡Porque esa Hidra debe tener suegro!

—

En el baile celebrado el domingo último en el Teatro Real se perdió, según cuentan, una jovencita de quince abriles, cuyo paradero no ha podido averiguarse.

¡Oh, las polkas íntimas!

Ahora comprendo que se piense seriamente en la beatificación del Padre Claret.

Aquel santo varón fué el primero que profetizó estas cosas, cuando dijo aquello de:

"¡Ah, joven que vas bailando,
al infierno vas saltando!„

Pero nadie le hizo caso.

Y ahora tenemos las consecuencias.

¡Velay!

—

Han comenzado las pruebas particulares del submarino *Peral*. Un ligero desperfecto ocurrido en el motor de babor, alarmó en un principio á los entusiastas admiradores del célebre marino; pero corregido este insignificante accidente, comenzarán en breve las pruebas oficiales, de las cuales daremos cuenta oportunamente á nuestros lectores.

Esperemos que el éxito corone muy pronto los trabajos de tan sabio como modesto inventor.

E. Navarro Gonzalvo.

LA VUELTA DE GAYARRE

Ya está entre nosotros; pocas horas después de publicarse estas líneas pisará el escenario del teatro Real, cuyo público, sin esperar á oirle, romperá seguramente en aclamaciones y aplausos, que sepan para el gran artista símbolo de cordial bienvenida y cariñosa frase de salutación:—¡Te esperábamos!

Julián Gayarre es, no sólo el tenor favorito de nuestro público, sino el favorito de todos los publicos que han podido juzgarle. Su voz, de incomparable timbre, extensísima, de rara igualdad en todo el diapasón, le permite ejecutar los mayores prodigios, vedados siempre á todo órgano menos perfecto. El canto largo, amplio, sincero, donde puso sus acentos la pasión hondamente sentida y no los triviales grupetos; la frivolidad profundamente arraigada; el arte que aspira á traducir en un giro la expresión de un sentimiento, tiene en Gayarre sublime intérprete. El pensamiento musical brota de sus labios en desnudez inmaculada, matizado con exquisitas coloraciones, esculpido, por decirlo así, con una interpretación perfecta, invariable, depurada entre muchas, y que materializa la intención que guiara al escribirlo. La idea más insignificante é incolora toma por virtud de su fraseo tal relieve, que aparece como producto de un momento de inspiración genial lo que, según el dicho del poeta, fuera quizá concebido entre bostezos. Así se ha visto que notas que siempre pasaron inadvertidas ó que yacían ocultas entre las demás de la partitura, han tomado nueva vida por arte de su voz, verdadero conjuro que hace surgir la escondida belleza.

En Gayarre vemos todos la genuina personificación de los héroes que fingieron músicos y poetas; basta nombrarle para que nos acuda el recuerdo de *Lohengrín*, el desdichado é inmortal caballero del Santo Grial que, despuée de salvar de la muerte á la mujer amada, se ve obligado á abandonarla sin disfrutar sus caricias; de *Fausto*, que sentía desgarrarse su ser en la lucha sostenida por su aspiración á lo ideal y perfecto, con los apetitos que le ligaban á la tierra; de *Fernando*, enamorado de una mujer indigna de su cariño; de *Juan de Leyde*, el profeta que todo lo sacrifica á su fe exaltada; de *Genaro*, el hijo infortunado, víctima de los odios terribles de la mujer que le diera la vida; de *Edgardo*, el romántico amante que muere cantando quejas de sus amores; de *Vasco de Gama*, en fin, el heroico viajero á quien Scribe despojó en el libro de *La Africana* de toda elevación y nobleza.

MEDEA BORELLI

Medea Borelli compartirá los aplausos con Gayarre en la ópera de Meyerbeer. Cantante apasionada, de voz simpática y expresiva, actriz notable que sabe interpretar con gestos y actitudes las pasiones y los sufrimientos, podrá con su arte dar vida á la interesante Sélika, y con su belleza hacer incomprensible la ingratitud de su amante.

Los lectores de LOS MADRILES pueden ver en este mismo número el retrato de la Borelli y la caricatura de Gayarre. Dificultades insuperables, que no ha podido vencer mi amigo Urrecha, á pesar de sus gestiones cerca de Mr. Edison, han impedido que á las imágenes de los ilustres cantantes acompañen hojas *fonográficas* conteniendo la romanza *O paradiso!* y el dúo del cuarto acto, en que aquéllos tanto se distinguen.

MANUEL MANRIQUE DE LARA.

¿QUÉ ES LO QUE VALE?

I

Cansado un rey de ostentar
las galas que requería
su posición, tiró un día
su corona á un muladar.

Y...—¡Quien quiera, que la coja!
dijo; ¡ya la resistí
bastante, y es para mí
sólo una carga que enoja!

¡Fuera inútiles preseas
que no acreditan valor!...
¡Es la corona mejor
la que forman las ideas!

Y, aunque mi deseo asombre
á todos los de mi grey,
¡mejor que ser un mal rey,
prefiero ser un buen hombre!

II

Y en el instante que digo,
en el muladar se hallaba
un triste que remendaba
sus harapos de mendigo.

Ve á su lado rebotar
la corona; oye al monarca,
y con los ojos abarca
la extensión del muladar.

Y al convencerse que no
le observan, dice:—¡Es extraño!
Pero en tomar no hay engaño...
¿La arroja? La tomo yo.

Seré rey, porque es de ley
que el que la da, dé su nombre;
¡mejor que ser un buen hombre,
prefiero ser un mal rey!

III

Y, como el pobre ambiciona
que le paguen los desdenes
que le hicieron, en sus sienes
pone al punto la corona;

reclamando un vasallaje
que nunca podrá obtener,
pues el pueblo ríe al ver
lo haraposo de su traje...

Y en vez de la sumisión
que acaso encontrar creía,
el pobre sufrió aquel día
la más grande humillación...

Y dijo al fin de la prueba:
—Nada vale la corona;
lo que importa es la persona
que por derecho la lleva...

Siendo de mi misma grey
tal vez la razón les sobre...
Si me han conocido pobre,
¿cómo han de quererme rey?

IV

El monarca, que dejó
por desdén ó por hastío,
con el trono el señorío
que por herencia adquirió,

mezclóse entre unos y otros
diciendo con alegría:
—¡Al fin ha llegado el día
de ser igual á vosotros!

Y en tumultuoso tropel
mil hombres se le acercaron
y á sus anchas se burlaron
porque eran iguales á él.

Y, al verse el monarca objeto
de la afrenta popular,
quiere al punto castigar
á quien le falta al respeto;

y la turba, antes sumisa,
más con esto se alborota,
y ni cesa la chacota,
ni halla término la risa.

Y al verlo perdido todo
el monarca se alejó,
y al hacerlo murmuró
con tristeza, de este modo:

—Ya esa canalla se atreve
contra mi augusta persona...
¡Lo que importa es la corona!...
¡Y... llévela el que la lleve!...

LUIS DE ANSORENA.

DE VIGILIA

Sardina y bacalao.

Congrio.

Trucha.

Besugo.

¡Bonito!

Des-lenguado.

AL MENUDEO

CÓMO SE EMPIEZA UNA CONQUISTA

—Yo, señorita... la verdad, no estoy acostumbrado á hacer declaraciones á mujeres de vida alegre como usted; pero...

Esta se propone promiscuar contra todas las leyes divinas, humanas y morales.

—¡Si oyeran ustedes lo que me está diciendo!...

Dos que observan el ayuno, no por la fuerza de sus convicciones, sino por la fuerza de las circunstancias.

EL REDONDEL Y LA BARRERA [1]

(DIÁLOGO TAURINO)

La noche está terminando, y ya clarea en las alturas la luz de la mañana. El que amanece es domingo, día de fiesta y de toros. La inauguración de la temporada no ha podido verificarse en la fecha clásica del Domingo de Pascua de Resurrección, por causa de la lluvia, y tendrá efecto esta tarde. Me ha tentado la curiosidad por ir á presenciar el encierro de los toros, y cuando voy á retirarme, me asomo un momento á la Plaza para ver qué aspecto tiene á la luz melancólica de la mañana. En el silencio de la madrugada me parece escuchar una voz lejana y opaca que platica con otra que llega más clara al oído. Saltando por la grada, bajo al callejón, y me entero de que el redondel y la barrera se entretienen en charlar y discutir acerca de la temporada que va á comenzar. El diálogo lo sostienen los extremos de los pilarotes de la barrera, que tienen más de dos metros metidos en el suelo, y la tierra del redondel que forma éste, y que está en íntimo contacto con aquéllos. La escena resulta fantástica y original.

—Buenos días, amiga barrera.

—Felices, señor redondel.

—¿Empezaremos esta tarde, ó lloverá como el otro día?

—Me parece que hoy podrá inaugurarse la temporada.

—¡Si vieras qué pocas ilusiones tengo este año!

—Lo mismo digo.

—Dicen que el abono ha sido escaso. Ayer estuvo aquí el empresario, y se lamentaba de un modo...

—No me enteré. ¿Qué decía?

—Que han ingresado 20.000 duros menos que otros años; que no sabe cómo arreglar las combinaciones de las cuadrillas; que *Cara-ancha* no ha querido entenderse con él; que el *Gallo* y *Frascuelo* y aun el *Espartero*, han hecho lo mismo; en fin, que tiene el hombre un lío, y que no encuentra quien se lo compre.

—Pues, hija, yo creo que él se tiene la culpa. Estas cosas se arreglan con tiempo, antes de que los toreros de fama se llenen de contratas y no puedan firmar la de Madrid; y sobre todo, se tratan estos asuntos con diplomacia, con habilidad, sin herir suceptibilidades, con mucha vista y... mucha mano izquierda, en una palabra. ¿Quiénes son, en definitiva, los diestros contratados?

—*Lagartijo, Hermosilla, Guerrita, Lagartija* y Valentín.

—¿Y nadie más?

—Nadie más.

—¡Valiente combinación!

—Valiente sí resulta, porque todos esos espadas tienen acreditado su corazón; pero ¿te parece á ti que la Plaza de Madrid está servida como debe con un maestro, un principiante, y tres toreros del montón?

—¿Cómo del montón?

—Sí, hombre; digo esto recordando lo que oí contar una tarde á un aficionado antiguo que tiene abono en el tendido núm. 1. Ha venido á consultarme, decía, un empresario novel, que ha tomado en arriendo la Plaza de ***, acerca de los matadores que debía contratar. Mi contestación ha sido sencilla. Vea usted, le he dicho, de llevar á Rafael, á Salvador, á Luis ó á *Cara*. Cualquiera de éstos llena el primer puesto, y le hace á usted cartel. Para el segundo lugar mete usted la mano en el montón de los demás innumerables matadores; coja usted uno, tira de él, lo saca á flote, y lo anuncia. No se fije usted en cuál ha salido. Cualquiera sirve. Todos son iguales para el objeto. Con que, dime: ¿crees tú que la combinación que te he dicho basta para esta Plaza?

—En realidad la encuentro floja. *Lagartijo*... bueno; es el número uno de los toreros serios, elegantes, finos, de inteligencia y de recursos. Le falta decisión en muchos casos, y se echa fuera de un modo lamentable. Si le da por estar mal, nos vamos á divertir. Ahora, si quiere trabajar, ya sabemos que se le puede ver. *Lagartijo* resulta, pues, buen contrato, porque siempre hace falta en la Plaza de Madrid.

¡Pero los demás! *Hermosilla* tiene mucha vergüenza torera, muchos deseos, pero es poco afortunado, frío, soso, y al lado del toreo artístico de *Lagartijo*, el suyo va á resultar imposible. Será la cabeza de turco de la temporada. *Guerrita*...

—Mira, de *Guerrita* todo lo que puedas decir, me lo figuro. Un muchacho temerario, valiente y ademas valiente, y, por último... valiente.

—Ni más ni menos. Su alternativa ha sido prematura. Le falta aplomarse, le falta torear en serio, le falta herir bien y arrancarse corto, y no volver la cara, como le hemos visto hacer aquí en las últimas novilladas, y como he oído decir que ha hecho en la Habana; le falta aprender mucho y distinguir el valor de la locura, el arte de la barbaridad. En Cuba ha tenido tres cogidas; una de ellas gravísima, y varios revolcones. Al lado de Rafael se recrece; separado de él, como no le guardan la consideración de echarle toros pequeños, nos ha de dar más de un disgusto, ya porque lo enganchen, ya porque no sepa cómo arreglarse para darles muerte. Es necesario que pierda los detalles de clown, la afición á las monadas insustanciales y apayasadas que hoy tiene, para tomar el verdadero aspecto de matador de alternativa. En fin, que no espero de él grandes milagros.

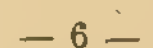
—Estoy conforme; pero ya verás cómo anima las corridas con su actividad incansable.

—Esta actividad incansable acabará por *cansar* á los aficionados. Ya sé que estará en todas partes; que danzará y bullirá y correrá; que saltará por encima de los caballos muertos, y dará pataditas y bofetadas á los toros, y hará los quites corriendo de lado, en esa forma especial que silban en Mazzantini y... aplauden al Guerra; pero éste es un toreo de oropel que fatiga, pues no deja que los toros se refresquen ni se aligeren, los acosa, los marea; se considera solo en la Plaza, y todos los que toreen á su lado harán mal papel. Vale más un quite *aguantando* de Salvador, que todos esos jugueteos, que en definitiva nunca se ejercitan con toros de respeto ni en momentos de peligro, sino con *monas* y sin necesidad. Así y todo, no te negaré que tendrá alguna tarde buena, y que aun en las de desgracia le aplaudirán, porque el chico tiene muchas simpatías, y porque las corridas de toros no son ya sombra de lo que fueron hace algunos años. Hoy todo anda trastornado; el público que asiste á los teatros de hora, sólo aplaude las insulsísimas obras flamencas; el de la Plaza se entusiasma más con un desplante que con un trasteo serio y de castigo. ¿No has visto bostezar en los tendidos á muchos espectadores antes de llegar al tercer toro? ¿No los has visto entretenerse en hacer volar un sombrero viejo?

....

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

(1) Del libro *La vida en Madrid en 1888.*



IMPRESIONES TEATRALES

Ricardo Vega es, hace muchísimo tiempo, el maestro por excelencia de todos los saineteros modernos. Es el primero en el estudio concienzudo y fiel del tipo, el primero en el tino para escoger lugar adecuado en que mover sus personajes, trasunto de la realidad, y el primero en la gracia picaresca y popular que el sainete pide.

Pero cuantas veces ha querido Ricardo Vega salir de este género dificilísimo, en que ejerce verdadera dictadura, y meterse por el terreno de la *revista* ó la sátira política, ha fracasado.

En primer lugar, como decía muy bien, á raíz del estreno de *El año pasado por agua* un distinguido crítico, Jacinto Picón, porque hay en el fondo de las sátiras políticas de Vega falta de gracia y sobra de tonos reaccionarios desagradables á las masas, que son siempre de oposición liberal.

La razón de que Vega, pletórico de ingenio en el sainete, resulte pálido en ese género imposible que llamamos *revista*, puede estar en lo que el mismo Picón dice (y así no pongo nada de cosecha propia): Vega tiene en literatura su procedimiento propio. Sale de él, y se equivoca.

En *El año pasado por agua* asoma tres ó cuatro veces el sainete: en el cuadro primero, en la calle luego, en el *Liceo Rius* sobre todo; pero no pasa aquello de conato. Vuelve la *revista*, el eterno tipo que pasea Madrid para ver lo que ocurre, y aquello no es ya ni más ni menos que la obra de cualquiera principiante.

De la música de Chueca y Valverde, sólo merece mención el *dúo* de los paraguas y el *terceto* de bailarines. Lo demás es pura rapsodia de otras obras de los propios maestros.

La obra, no obstante, se hace y se hará mucho. Para ello ha gastado la Empresa en decoraciones y trajes vistosísimos, y justo me parece que el público recompense este esfuerzo.

Antes de terminar. El exceso de celo es perjudicial siempre. La noche del estreno estuvo la obra á punto de caer varias veces. No se ha visto jamás *claque* más intemperante y osada, tomando parte en esta imposición sobre el público, hasta los acomodadores.

Mis buenos amigos los Sres. Ducazcal y Arregui, tan respetuosos siempre con el público, habrán sentido, al saberlo, justa indignación. Y como habrán sido los primeros en lamentarlo, excuso pedir remedio al abuso que espontáneamente corregirán en lo sucesivo.

—

El motín de Aranjuez, episodio histórico en dos actos, estrenado en la Zarzuela, ha venido á interrumpir la *gloriosa* serie de la *Exposición universal*, *Por mar y por tierra*, y otras tonterías de la misma índole.

Los Sres. Rodríguez Chaves y Torres Reina, autores de la letra, no han hecho ni pretendido hacer, una obra maestra, pero sí un molde discreto en que el maestro Marqués diera cabida á unos cuantos números de música por todo extremo agradable, y en varios pasajes inspirada.

En *El motín de Aranjuez* pudo observarse que la mayoría del público encontró aquello *pálido;* porque habituado á las *emociones* del género desnudo, le sabe ya á poco, mejor dicho, á *soso* lo que no empiece con coro de pantorrillas elocuentes y acabe con concertante de lo mismo.

Esto no es culpa de la obra. ni aun casi del público mismo, que afortunadamente empieza ya á cansarse del género; pero la regeneración no es obra de un día, y hay que esperar.

Seguramente esta impresión del público tuvo alguna disculpa, porque en *El motín de Aranjuez* hay ocasión para dar más relieve á algunos cuadros y más animación y colorido á otros. Me pareció la acción un tanto diluída, pues pudo haberse dado mayor interés al nudo novelesco, que corre paralelo á la acción histórica; tanto más es de lamentar esto, cuanto que hay en el episodio escenas enteras escritas con notable corrección, y tipos de la época pintados con el conocimiento que en estas cosas de ayer posee Rodríguez Chaves.

Aparte de estos pequeños lunares, *El motín de Aranjuez* es obra muy discreta y muy digna de que el público acuda á verla.

Ya sé que su fama no llega hasta igualar la del *Certamen nacional;* pero ¿qué hemos de hacerle, amigos míos? ¿por qué, aprovechando la circunstancia de trabajar Lucía Pastor en *El motín*, no hizo el maestro Marqués un tango ú otra cosita cualquiera, con meneo de caderas y besos simulados?

Si esto hace, con una letra *ad hoc*, por ejemplo:

Yo soy Gorito, Gorito, Gorito,
de cuerpo chiquito, de cara bonita,
y arsa y olé... etc.

aquello hubiera sido el delirio. ¡Ni á *Lagartijo*!

FEDERICO URRECHA.

Pacotilla.

Una gaditanita de quince años,
de ojos negros, morena,
de labios sonrientes y carmíneos,
vamos, una belleza,
ha desaparecido el otro día
de su casa paterna,
y está la autoridad, por encontrarla,
haciendo diligencias.
A fin de ahorrar trabajo á los agentes,
declare cada *quisque* lo que sepa.
Yo declaro, por mí, que no la tengo.
¡Ojalá la tuviera!

—

Sevilla para regalo, dice la copla.

Y no miente, no.

Va uno por la calle á las doce de la mañana, y de pronto le asaltan unos cuantos ladrones que le regalan una puñaladita, si no suelta el reloj ó lo que lleve.

Hasta ahora ha habido pocos casos. Nada más que tres en una semana. Pero ya se irá desarrollando poco á poco la costumbre, y habrá cada día seis ó siete emociones de esas.

Así, á primera vista, parece anómalo que los ladrones roben en pleno día á los transeuntes; pero, pensándolo bien, se explica.

No quieren robar á favor de las sombras, para que no se niga que son enemigos de la civilización.

¡Vamos, para que no les llamen murciélagos!

—

Por supuesto, también los hay de la clase de nocturnos, no vayan ustedes á creer.

La otra noche se hallaban dos sujetos bebiendo vino en una taberna.

Llegó un tercero, sacó una pistola, les amenazó con incrustarles en la cabeza un par de capsulitas, y les robó todo el dinero que llevaban en los bolsillos.

Practicada esta filantrópica operación, se salió á la calle, y, al ver que los robados le seguían, pidió auxilio al sereno, diciendo que aquellos dos sujetos le querían robar.

Y... ¡claro! ¿Qué había de suceder? Llevar á la cárcel á los dos robados, y dejar al ladrón que se marchara tranquilamente.

Así, si alguno del *arte*
va y me deja desplumado,
le diré:—No dé usted parte,
¡por Dios! de que me ha robado.

JOSÉ ESTRAÑI.

Menudencias.

Muchos suscritores de Ultramar nos escriben reclamando los regalos que creen corresponderles entre los anunciados en principio de año.

Vamos á cuentas.

Decíamos entonces que el suscritor de año que abonara *nueve* pesetas, ó los de semestre que abonaran *cinco*, recibirían, además del periódico, las ganguitas que allí se enumeraban.

Pero nuestros estimados reclamantes no se fijaron en que estos precios eran *para España*, ni en que nada dijimos de los suscritores de Ultramar.

Así pues, y á pesar del deseo de servirles, nos es absolutamente imposible complacerles. Consideren ustedes que sólo el franqueo de los regalos para Ultramar importa más que el valor de éstos, y si complaciéramos á los demandantes, quedaríamos, no en la situación del sastre del Campillo, sino en la del desventurado gallo de Morón.

Les affaires sont les affaires, et les amis sont les amis; ó en castellano, con una obra del repertorio:

"Una cosa es el amor
y el almuerzo es otra cosa."

El eminente pianista Isaac Albéniz tuvo la galantería de remitirnos una butaca para el concierto que dió el jueves en la Comedia.

No pudimos asistir por impedírnoslo ocupaciones perentorias; pero quien allí estuvo, nos dijo que aquello estuvo de rechupete.

Como que Albéniz es un pianista de lo que yo me sé y muchos quisieran para sí.

—

Publicaciones: *Nubes y celajes*, por D. T. Bravo y Lecea. Un tomo con bonitas ilustraciones y una cubierta á dos tintas.

¡Superiores! es un tomo de artículos varios y de varias firmas publicado por *El teatro y los toros*, y que son verdaderamente superiores. Cuesta una peseta.

—

Cada día mejora más y más *La Ultima Moda* las condiciones de su publicación. El precio de suscrición es tres pesetas el trimestre.

La Administración, Claudio Coello, 13, Madrid, remite, á cambio de 25 céntimos, un número de muestra con el regalo de costumbre y la plancha de bordados en la cubierta.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CELOS

Allí va mi mujer con uno que, ¡naturalmente!, no debe ser su marido.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
16 de Marzo de 1889
NÚMERO 24.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

GENERAL RODRIGUEZ ARIAS

Por la natural consideración de que en un número lleno de marinos tiene que haber alguien que los mande, va en este sitio el Jefe superior de la Armada.

El general Rodríguez Arias es peritísimo marino, y de ello ha dado no pocas pruebas. Pero él, como otros muchos, no puede *tocar á la marina*.

En cambio, ha sido desde su alto puesto constante apoyo en la peregrinación emprendida por Peral.

Este solo hecho le daba derecho, aparte sus propios méritos, para figurar en este sitio.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

¡Válame Dios, y en qué trances tan apurados se encuentra el hombre que de ganarse la vida trata!

Porque han de saber ustedes (y esto es indispensable decirlo para justificar, si justificación cabe, las líneas que siguen); han de saber ustedes que yo vivo de mi trabajo; no de otro modo me viera en estos aprietos de escribir *Crónicas* para solaz de propios y extraños. Y para que jamás me alcance culpa de semejante atrevimiento, vean ustedes cómo ocurrió la cosa.

Muy tranquilo y totalmente ajeno á la vil emboscada que se me tenía preparada, encaminábame yo á determinado Círculo donde nos reunimos los humildes redactores de este más humilde periódico, cuando cátate que de manos á boca me encuentro al director, á Urrecha, el rostro descompuesto, el lábio trémulo.

—¡Que no parece Navarrito, ni vivo ni muerto! me dijo, como si una gran desgracia pesara sobre él; ¡y que, por consiguiente, no hay Crónica!

—¿Qué no hay Crónica? ¡Dios mío! ¿Y por qué no hay Crónica? ¿Qué va á ser de nosotros sin Crónica?

—Pero se me ocurre una idea. ¡Ya tenemos Crónica! Usted, usted mismo la va á hacer.

—¿Yo, director?

—¡Mismamente!

—¡Por todos los Santos habidos, querido Urrecha, reléveme usted de ese compromiso! Mire usted que yo no soy cronista, ni en mi vida me he metido en tales libros de caballería, aunque á esta arma pertenezco; yo prometo á usted llenarle el periódico de monos; yo prometo hacer cuanto usted me pida, y más; pero, ¡por Dios!...

¡Que si quieres! Ya no me oía. Había dado media vuelta y estaba yo solito entregado al más espantoso monólogo. Hacer una Crónica... ¡ahí es nada! ¡Dios mío! ¿Cómo se harán las crónicas? ¿Dónde estará Navarrito?

Ahora es cuando noto la falta de un «Manual del perfecto cronista.» Porque ¿de qué voy á hablar en la Crónica? ¿Qué ha ocurrido que merezca la pena de relatarse?

Recapacitemos. Nada. A ver, la prensa. *El Correo*, veamos: *San Fernando* 12, telegrama de Mencheta; aquí puede haber algo.

Leo: «Yo vacilo entre irme á Marruecos ó marchar para Madrid...» (Lo mismo da; de todos modos no sale usted del imperio marroquí) «seguro de no aprovechar el tiempo.» (Este Mencheta tiene el indiscutible mérito de conocerse como nadie; siempre le pasó lo mismo) «para estar satisfaciendo la ansiedad de los lectores con detalles concretos y positivos que confirmen los resueltos problemas, hasta el momento presente empíricos.»

Como esta Crónica, hasta el momento presente empírica. Aparte de que no entiendo bien el telegrama, ¿para qué quiere irse Mencheta á Marruecos? ¿Va á fundar allí *La Correspondencia Marroquí*, á tanto la línea?

Pero esto no da juego; es necesario hablar de otras cosas, porque al público no le interesa mucho que Mencheta vaya á Marruecos y se quede allí, si quiere, que por mí...

¿Hablaré de la lluvia con que la Providencia nos ha favorecido estos últimos días? ¿Del aire huracanado? ¿Y qué digo de estas dos cosas? Que ha llovido y se ha secado... ¡Qué!... Hablaré del crimen de Carabanchel... ¡Pero estamos todavía sin identificar la víctima!... ¡Dios mío!... ¿Dónde estará Navarrito? ¿Si será?...

Nuevo momento de confusión.

Llama un chico de la imprenta.

—De parte del Sr. Rubiños que me dé usted la Crónica.

—Pero, ¿qué Crónica ni qué ocho cuartos, si llevo dos horas delante de las cuartillas sin dar con un asunto que me saque del paso? ¿Y qué te parece que haga yo, Botija de mi alma?

—Y que no se olvide usted de ir á ver las pruebas.

—¿Qué pruebas? ¿Las del submarino?

—No, señor, lo del submarino ya lo ha arreglado el Sr. Urrecha.

—¿Cómo? ¡Urrecha metido á arreglar el submarino! ¡Urrecha marino! ¡Yo que creía que era vista de aduanas! ¿De modo que ya está todo el submarino corriente?

—Sí, señor. ¡Como que está la máquina preparada para echar á andar!

—Y todo gracias á Urrecha. ¡Qué gloria para nosotros! Pero... ¿no se le había recalentado la chumacera?

—¿A quién?

—Tú... ¿de qué submarino hablas?

—De un artículo y unos monos que van en el número de mañana.

—¡Acabáramos! Pues di á Rubiños que no hay Crónica, que eso no es asunto mío, que busquen á Navarrito y que la escriba.

¡Pero esta Crónica!... Lo que me está costando, no lo sabe nadie.

Porque esta semana, por no haber, ni hay filtraciones administrativas, ni robos de iglesias, ni... nada, en fin, con que sacar de apuros á principiante de cronista.

Otro chico:

—Vamos: y tú, ¿qué quieres?

—De parte del Sr. Laporta que me dé usted los monos de la Crónica.

—Pero, si no hay Crónica, ¿cómo va haber monos? Y si no pasa nada, ¿cómo va haber Crónica? ¿Con qué quieren que la haga? ¿Tú sabes algo? Cuéntame, ¿qué sabes?

—Pues yo... sé leer... y... escribir...

- Basta. No era eso lo que te preguntaba, pero lo mismo da; de todas maneras sabes más que yo. Y el Sr. López, el editor de Los Madriles, ¿dónde está?

—En la cama durmiendo. Pero... ¿no me da usted los monos?

—No. Di que no hay monos, ni Crónica, ni nada. Que me pesa una y mil veces haberme metido en estos aprietos, y que prometo solemnemente ante Dios y ante ti ¡oh grabador inocente! no hacer más Crónicas, aun cuando de ello dependiera, no la existencia de Los Madriles, sino la del mismísimo Urrecha que en tales laberintos me ha metido, y del que reniego para siempre, negándole vasallaje, cual cumple hacerlo con un Director infame, digno émulo de Mansi.

Y puesto que el pastor duerme, durmamos las ovejas.

Soñando:

¡Dios mío! ¿Dónde estará Navarro?

¡Gran Dios! ¿Cómo se harán las Crónicas?

Como en un barbecho.

Angel Pons

Abrió un secreter, en cuyos cajoncillos guardaba papeles y alhajas de gran valor, que habían ido á sus manos en garantía de préstamos usurarios. Algunas no eran todavía suyas, otras sí. Un rato estuvo abriendo estuches, y á la tía Roma, que jamás había visto aquello, se le encandilaban los ojos de pez con los resplandores que de las cajas salían. Eran, según ella, esmeraldas como nueces, diamantes que alumbraban como si estuvieran cuajados de lucecitas, y oro finísimo, oro de la mejor ley, que valía cientos de miles. Torquemada, después de abrir y cerrar estuches, encontró lo que buscaba: una perla enorme, como un garbanzo de los mayores, de un oriente hermosísimo, y cogiéndola entre los dedos, la mostró á la vieja:

—¿Qué te parece esta perla, tía Roma?

—Bonita de veras. Yo no lo entiendo. Valdrá miles de miles.

—Pues esta perla, dijo Torquemada en tono triunfal, es para la Virgen del Carmen. Para ella es si pone bueno á mi hijo. Te la enseño y pongo en tu conocimiento la intención para que se lo digas. Si se lo digo yo, de seguro no me lo cree.

—D. Francisco, exclamó la tía Roma mirándole con profunda lástima: usted está trastornado. Dígame, por su vida: ¿para qué quiere eso la Virgen del Carmen?

—¡Toma! Para que se lo pongan el día de su santo, el 16 de Julio. ¡Pues no estará poco maja con ella! Fué regalo de boda de la señora marquesa de Tellería. Créelo, como ésta hay pocas.

—Pero, D. Francisco, ¿usted cree que la Virgen le va á conceder?... ¡*Páice* bobo!... ¡Por esa cara!...

—¡Mira qué oriente! Se puede hacer un alfiler y ponérselo á ella en el pecho, ó al niño.

—¡Valiente caso hace la Virgen de perlas y puñalerías!... Créame á mí; véndala, y déle á los pobres el dinero.

—Mira tú, ¡no es mala idea! dijo el tacaño guardando la joya. Tú sabes mucho. Seguiré tu consejo, aunque, si he de serte franco, eso de dar á los pobres viene á ser una tontería, porque cuanto les das se lo gastan en aguardiente. Pero ya lo arreglaremos de modo que el dinero de la perla no vaya á parar á las tabernas. . Y ahora quiero hablarte de otra cosa. Pon muchísima atención. ¿Te acuerdas de cuando mi hija, paseando una tarde con Quevedo y con las de Morejón, fué á dar allí por donde tú vives, hacia los tejares del Aragonés, y entró en tu choza y vino contándome, horrorizada, la pobreza y la escasez que allí vió? ¿Te acuerdas de eso? Contóme Rufina que tu casa es un horror, que no es casa, sino un cajón hecho con adobes, tablas viejas y planchas de hierro, con techo de paja y tierra; me dijo que ni tú ni tus nietos tenéis cama, y dormís sobre un montón de trapos; que los cerdos y las gallinas que criáis con la basura, son allí las personas, y vosotros los animales. Sí, Rufina me contó esto, y yo debí tenerte lástima, y no te la tuve. Debí regalarte una suma, pues nos has servido bien; querías mucho á mi mujer, quieres mucho á mis hijos, y en tantos años que entras aquí, jamás nos has robado ni el valor de un clavo. Pues bien; si entonces no se me ocurrió socorrerte, ahora se me ocurre.

Diciendo esto, se aproximó á la cama y dió en ella un fuerte palmetazo con ambas manos, como el que se da para sacudir los colchones.

—¡Tía Roma, ven aquí, toca aquí! ¡Mira qué blandura! ¿Ves este colchón de lana encima de un colchón de muelles? Pues es para ti, para ti, para que descanses tus huesos, cansados ya. Aquí duermo yo, pero no te importe. Llévatelos, que yo tengo otros.

Esperaba el tacaño una explosión de gratitud por aquella dádiva, y ya le parecía estar oyendo las bendiciones de la tía Roma, cuando ésta salió por un registro muy diferente. Su cara de telaraña se dilató, y de aquellas úlceras con vista que se abrían en el lugar de los ojos, salió un resplandor de azoramiento y susto, mientras volvía la espalda al lecho, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Quite, quite allá! dijo. ¡Vaya con lo que se le ocurre!... ¡Darme á mí los colchones, que ni tan siquiera caben por la puerta de mi casa!... ¡Y aunque cupieran!... A cuenta que he vivido tantísimos años durmiendo en duro, como una reina, y en estas blanduras no pegaría los ojos. ¡Dios me libre de acostarme ahí! ¿Sabe lo que le digo? Que quiero morirme en paz. Cuando venga la de la cara fea, me encontrará sin un cuarto, pero con la conciencia como los chorros de la plata. No, no quiero los colchones, porque dentro de ellos está su idea... porque aquí duerme usted, y por la noche, cuando se pone á cavilar, las ideas se meten por la tela adentro y por los muelles, y ahí han de estar como las chinches cuando no hay limpieza. ¡Canario con el hombre, y la que me quería endosar!

(1) Inédito.

Accionaba la viejecilla de una manera tan gráfica, moviendo las manos y los flexibles dedos para expresar cómo la cama del tacaño se contaminaba de sus pensamientos, que Torquemada la oía con verdadero sobresalto, asombrado de tanta ingratitud; pero ella, firme y arisca, continuó despreciando el regalo.

¡Vaya un premio gordo que me caía, Santo Dios!. . ¡*Pa* que yo durmiera en eso! ¡Ni que estuviera loca, D. Francisco! ¡*Pa* que á media noche me salieran todas las ideas de usted y se me metieran por los oídos y por los ojos, volviéndome mala y dándome una mala muerte!... Porque, bien lo sé yo... Á mí no me la da usted... Ahí dentro, ahí dentro están todas sus maldades, la guerra que le hace al pobre, su tacañería, los réditos qne mama y todos los números que le andan por la cabeza para ajuntar dinero... Si yo me durmiera ahí, á la hora de la muerte me saldrían por un lado y por otro unos sapos con la boca muy grande, unos culebrones asquerosos que se me enroscarían en el cuerpo, unos diablos muy feos con bigotazos y con orejas de murciélago, y me cogerían entre todos y me llevarían á los infiernos Guárdese sus colchones, que yo tengo un camastro hecho de sacos de trapo, con una manta por encima, que es la gloria divina... ¡Ya lo quisiera usted! ¡Aquello sí que es rico para dormir á pierna suelta!...

—Pues dámelo, dámelo, tía Roma, dijo el avaro con aflicción. Si mi hijo se salva, me comprometo á dormir en él lo que me queda de vida, y á no comer más que lo que tú comes.

—¡A buenas horas y con sol! Usted quiere ahora poner un puño en el cielo. ¡Ay, señor, á cada paje su ropaje! A usted le sienta eso como á la burra las arracadas. Lo dice ahora porque está afligido; pero si se pone bueno, volverá usted á ser más malo que Judas. Mire que ya va para viejo; mire que el mejor día se le pone delante la de la cara pelada, y con esa no valen trampas y enredos...

- ¿Pero de dónde sacas tú, estampa de la herejía, replicó Torquemada con ira, agarrándola por el pescuezo y sacudiéndola; de dónde sacas tú que yo soy malo, ni lo he sido nunca?

—Déjeme, suélteme, no me zarandee, que no soy ningún dominguillo. Mire que soy más vieja que Jerusalén y he visto mucho mundo, y le conozco á usted desde que se quiso casar con la Silvia. Y bien le aconsejé á ella que no se casara... y bien le anuncié las hambres que había de pasar. Ahora que está rico no se acuerda de cuando empezaba á ganarlo. Yo sí me acuerdo, y me paice que fué ayer cuando le contaba los garbanzos á la pobrecica Silvia, y todo lo tenía usted bajo llave, y la pobre estaba descomida, trabajada y ladrando de hambre. Como que si no es por mí, que le traía algún huevo de ocultis, se hubiera muerto cien veces. ¿Se acuerda de cuando se levantaba usted á media noche para registrar la cocina á ver si descubría algo de condumio que la Silvia hubiera escondido para comérselo sola? ¿Se acuerda de cuando encontró un pedazo de jamón en dulce y un medio pastel que me dieron á mí en casa de la Marquesa y que yo le traje á la Silvia para que se lo comiera ella sola sin darle á usted ni tanto asi? ¿Se acuerda de que al otro día estaba usted hecho un león, y que cuando entré me tiró al suelo y me estuvo pateando? Y yo no me enfadé, y volví, y todos los días le traía algo á la Silvia. Como usted era el que iba á la compra, no le podíamos sisar, y la infeliz no tenía una triste chambra que ponerse. Era una mártira, D. Francisco, una mártira, y usted guardando el dinero y dándolo á peseta por duro al mes, y mientras tanto no comían más que salchicha cruda con pan seco y ensalada. Gracias que yo partía con ustedes lo que me daban en otras casas ricas, y una noche, ¿se acuerda? traje un hueso de jabalí, que lo estuvo echando en el puchero seis días seguidos, hasta que se quedó seco como un ladrillo. Yo no tenía obligación de traer nada; lo hacía por la Silvia, á quien cogí en brazos cuando nació de doña Tomasa, la del callejón del Perro. Y lo que á usted le ponía furioso era que yo le guardase las cosas á ella y no se las diera á usted. ¡Como si tuviera yo alguna obligación de mantenerle á usted, perro, más que perro! Y dígame ahora, ¿me ha dado alguna vez el valor de un real? Ella sí me daba lo que podía á escondidas de usted; pero usted, el muy capigorrón, ¿qué me ha dado? Clavos y las barreduras de la casa. Véngase ahora con pujitos, y ¡*Dio mio de mi arma!* Valiente caso le van á hacer...

—Mira, vieja de todos los demonios, le dijo Torquemada furioso; por respeto á tu edad no te reviento de una patada. Eres una embustera, una bruja, con todo el cuerpo lleno de mentiras y enredos. Ahora te da por desacreditarme, después de haber estado más de veinte años comiendo mi pan. Pero si te conozco, bribona; si eso que has dicho nadie te lo va á creer, ni arriba ni abajo. El demonio está contigo, y maldita tú eres entre todas las brujas y esperpentos que hay en el cielo... digo, en el infierno.

. . . .

B. Pérez Galdós.

Sr. D. Isaac Peral.—San Fernando.

Muy estimado señor mío: Yo supongo á usted muy atareado en las cosas de su barco prodigioso, y no quisiera que ésta le sirviera de molestia; pero es el caso que, según he leído en varios periódicos, ese submarino se niega á andar como Dios manda (digo yo que Dios mandará una cosa tan fácil), y que, según el testimonio de los periódicos aludidos, en el Salón de Conferencias corrían opiniones pesimistas sobre el resultado de su patriótica empresa, y se desconfiaba del éxito.

¡Ya ve usted, señor de Peral! En el Salón de Conferencias entienden mucho de estas y otras muchas cosas. ¡Figúrese usted lo que allí pueden haber discutido Mansi ó Perico Luna, por ejemplo, en cuanto se hayan enterado de lo sucedido! ¡Ni el mismo demonio!

ISAAC PERAL

Parece que de todo ha tenido la culpa una chumacera. Hay que advertir que ninguno de los marinos del Salón de Conferencias había oído hablar en su vida de la chumacera, y claro que todo fué sumirse en un *mar* de chumaceras ó confusiones.

José Moya, Teniente de navío.
Torpedista del Submarino.

Hubo diputado rural, y hasta senadores del reino, que no pararon hasta averiguarlo.

—¡Hombre! En reserva: ¿usted sabe lo que son chumaceras?

El interpelado, *tutto conmosso*:

—Chupaceras, sí; pero eso otro... ni jota

Resultado, Sr. D. Isaac de mi alma: que, en fuerza de consultar el Diccionario, y de preguntárselo al ministro de Marina, quien tampoco lo sabía, se averiguó la clase de chisme que era eso de la chumacera.

Y no le digo á usted nada: usted podrá haber engañado á los centros técnicos, á los sabios que de eso entienden, al Ministro, al Verbo inclusive; pero ¿engañar á los del Salón de Conferencias? ¡Cualquier día!

Y empezaron los comentarios.

—¡Ya lo dije yo! Eso no podía ser, y no ha sido. ¡Que anduvo el submarino el primer día! ¡Bueno! ¿Y qué? Eso fué por no quedar mal; pero ¡ya ven ustedes cómo al siguiente no hubo Peral que lo moviese! Todo eso de la chumacera son infundios de los corresponsales. ¡Ah, señores! Somos un país muy atrasado, mucho, y yo he desconfiado siempre de eso del submarino. ¡Conque no hemos inventado el medio de que lleguen las cartas, y vamos á inventar lo de la navegación submarina! ¡Que se la ate Peral al dedo, hombre!

Y, naturalmente, cuando vino la noticia de que una de las máquinas no andaba por culpa de una bobina, no quiero decir á usted lo que se diría en el Salón de marras. Un horror, vamos.

Antes, todos éramos partidarios de usted y le conocíamos como si le hubiéramos criado á nuestros pechos.

—¿Quién, Peral? ¡Anda! ¡Pues si no conozco otra cosa! ¡Calculen ustedes si somos amigos, que él no hizo ni tanto así en su buque sin consultarme antes!

El que más y el que menos se carteaba con usted, y hasta con el submarino, cada dos días. Consulta va, consulta viene... En fin, que si no es por ellos, á estas horas estaba usted todavía en mantillas del submarino.

Y ahora todos son espíritus fuertes. Resulta que nadie creía en eso; puede que ni usted mismo.

—Yo... la verdad, no quise decir nada antes, porque todo el mundo estaba loco con este hombre; pero ¡si ustedes supieran lo que me andaba por dentro!

Cuando Peral estuvo aquí se lo dije en reserva: «Ten cuidado con las chumaceras.» Y él, nada... y ahí verán ustedes.

¡Ah, señor don Isaac, mi admirado amigo, más admirado cuanto más combatido! Yo ruego á usted que considere un momento en qué país vive y para quién se ha desvanado los sesos; y después de bien considerado, componga esta chumacera y esa bobina, y se eche otra vez á la mar. Yo le pido de rodillas que no haga caso de lo que piensen en el Salón de Conferencias ni en parte alguna, y siga imperturbable haciendo ensayos, porque los que dudan de usted y de su invento son una minoría que parece mayoría porque bulle, mientras los demás callamos y esperamos.

Antonio G. Gutierrez, Teniente de navío.
Electricista del Submarino.

Quise echar esto á broma porque no es para tomado en serio, y así lo he hecho; pero hablando ahora para usted sólo, señor don Isaac, crea usted que cuando esto se oye, dan deseos de irse de aquí ó darse al mismo Cañete.

Ríase usted de esas *chumacerías*, y recuerde, como lo recuerdo yo, el ejemplo de aquel gran español, hoy casi olvida

do, que precedió á usted en su patriótico empeño: Narciso Monturiol. El bajó también al fondo de los temidos mares y puso á los pies de España el medio de reconquistar su poderío. Los *chumaceros* de su tiempo dieron un puntapié al invento, y mandaron al que vuelvo á llamar gran Monturiol, á freir espárragos.

Y el pobre se murió con la amarguísima pena de verse despreciado por la patria. No sé si á usted le pasará lo mismo; puede que sí, y debe usted prepararse por si acaso.

Usted se há equivocado en una cosa. Cuando se le ocurrió la posibilidad de su invento debió naturalizarse inglés, por ejemplo, llamarse luego cualquier cosa que sonase bien por allá, y presentar su invención al Almirantazgo. A estas fechas sería usted riquísimo, festejadísimo, generalísimo de la armada y de la que se fuera á armar con su barco, y puede que hasta tuviera su título de marqués.

NARCISO MONTURIOL
Inventor del Ictíneo de su nombre.

Pero... ¡aquí! Si vence usted al fin, como espero y deseo firmemente (muy firmemente, eso sí), le harán á usted capitán de navío, le escribirán unos cuantos sonetos los poetas locales, regionales y nacionales, y si acaso le daremos algún banquetito con brindis.

¡Ah! Con un poco de influencia se trabajaría para nombrarle *comandante de las reales falúas de Aranjuez.* Porque existe este cargo, ¡aunque parezca mentira!

No me alargo más, aunque quisiera, porque ya he pasado la edad del crecimiento, y acabaré rogando á usted, y á los tripulantes todos del *Peral*, presentes en efigie, que no hagan caso de esos chicos del Salón de Conferencias y cuenten con la fe de dieciséis millones de españoles, y muy particularmente con la de éste su amigo y servidor Q. B. S. M.

CALIBAN.

Una posdata, señor de Peral, y usted perdone la pesadez en gracia á que no pienso volverle á molestar con estas que llamaría *bobadas* un muy querido amigo y compañero en el oficio.

Pongamos que usted se ha equivocado de medio á medio y que los del Salón y otros tales realizan el sacrificio de Isaac. ¿Qué habremos sacado con esto? Nada, positivamente, aparte el regodeo que hubieran de tener los susodichos.

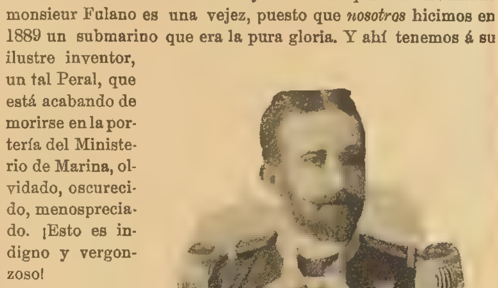
En cambio, y vaya para consuelo suyo.

Estoy tan seguro de esto, que pondría la cabeza de un amigo á que resulta cierto con el tiempo.

Dentro de cuarenta años, por ejemplo, saldrá uno cualquiera con su submarino correspondiente en cualquier punto del planeta, que no sea España, por supuesto.

Para entonces usted se habrá ya muerto aburrido (lo que no quiera Dios), ó andará con las últimas. Y como esto del Salon de Conferencias es cosa que no ha de morir jamás, como institución divina que es, los nietos de los actuales chumaceros, que ya serán diputados hechos y derechos, dirán, como si lo oyera, cuando se enteren:

—Aquí ya no hay patria, Veremundo, ni amor propio, ni nada. *Hagamos* país, seamos justos. Eso que ha inventado monsieur Fulano es una vejez, puesto que *nosotros* hicimos en 1889 un submarino que era la pura gloria. Y ahí tenemos á su ilustre inventor, un tal Peral, que está acabando de morirse en la portería del Ministerio de Marina, olvidado, oscurecido, menospreciado. ¡Esto es indigno y vergonzoso!



Juan Iribarren, Teniente de navío.
Torpedista del Submarino.

Y ya le estoy viendo á usted, señor don Isaac, reirse desesperadamente por dentro al oir esto, y encogerse filosóficamente de hombros, y escupir por el diente que le quede para entonces, y murmurar también por dentro:

—¡Vayan ustedes á la... mismísima chumacera!

Y en tan justo deseo, sepa que ha de acompañarle de todo corazón este su admirador y amigo.

Porque, verdaderamente, si todo lo que por aquí se ha movido con ocasión de ese pequeño tropiezo, no es una cosa muy parecida á la envidia, no sé cómo ha de llamársele, ni con qué menos que aquella frase ha de pagarse.

Y en verdad que la varada del submarino en el fango del caño el primer día de prueba debió ser para usted profecía de esta otra varada en los bajos de la corte.

Conque, mientras usted se prepara para las pruebas subsiguientes, por aquí iremos también preparándole otras *pruebas* no menos difíciles.

Y á la postre veremos.

VALE.

Pedro Mercader, Teniente de navío.
Electricista del Submarino.

DESDE EL BOULEVARD

El vitriolo se va á poner por las nubes. ¡Tan de moda se va poniendo y tal consumo se hace de él!

Hasta ahora ese líquido, cuyos estragos son sólo comparables á los que hacen en la Retórica unos versitos del conde de Cheste, lo usaban exclusivamente las señoras.

Por lo demás, la moda había sido repetidamente sancionada por el jurado, que declaraba muy natural que cualquier hija de vecina rociase con ácido sulfúrico el cutis del galán que, cansado de sus encantos, decidía mudar de alojamiento su corazón y soltaba la existencia íntima, hasta entonces tomada con la mano izquierda, para entregar la derecha á otra beldad, con todas las formalidades civiles y canónicas que el caso requiere.

Verdad es que á lo mejor (ó á lo peor, para poner las cosas en su verdadero lugar), la víctima *vitriolada* no ejercía una profesión muy á propósito para despertar las simpatías del público.

Así, por ejemplo, el *huissier* que últimamente fué *ejecutado* por su querida en la rue Baudin, no ha inspirado tanta compasión como si se hubiese tratado de persona perteneciente á otra clase social.

Un *huissier*, en efecto, es en la curia francesa un compuesto de escribano, procurador y alguacil de la curia española.

El *huissier* es el terror de los deudores, á quienes persigue con encarnizamiento hasta cobrarles el *principal* y las *costas*; éstas generalmente más crecidas que aquél.

El *huissier* es quien pone en mitad de la calle los trastos del desdichado inquilino que se retrasa en satisfacer los alquileres.

El *huissier* es quien embarga hasta la respiración y vende hasta la cerilla de los oídos al desdichado que cae en sus garras.

Y la humanidad es así; aun á través del vitriolo ha visto al *huissier* y se ha conmovido muy poco.

Si la *vitrioladora* no se hubiese hecho justicia á sí misma, media hora después de habérsela tomado en la persona de su desdeñoso amante, es lo más probable que el jurado hubiera encontrado circunstancias atenuantes para pronunciar un veredicto absolutorio.

Pero la individua en cuestión (Dios la haya perdonado) se adelantó á casar esa sentencia y se fué al otro mundo con una respetable cantidad de sal de acederas en el estómago.

Todo esto está dentro de los límites de lo corriente y de la moda terrible del vitriolo.

—

Pero lo verdaderamente nuevo (¡en todo se progresa!) es el caso de la rue de Provence.

Aquí no es un galán la víctima del ácido sulfúrico.

Los papeles se han cambiado; la moda femenina se ha convertido en uso masculino.

Un apreciable sujeto encuentra muy agradable vivir maritalmente con una linda joven, y hasta se permite el exceso de reproducirse.

Además encuentra muy natural que esta joven eche el alma á trabajar para mantenerle.

No sabemos cómo se llama de nombre este *caballero*, pero no vacilamos en llamarle *Alfonso*.

Cuando el trabajo de la infeliz no basta para que el señorito se dé buena vida, éste la propone que se entregue á la vida alegre, para proporcionarle comodidades,

Entonces la pobre muchacha decide separarse de quien tan bien la sabe apreciar.

¡Qué bonito asunto para una comedia del *Teatro Libre*, que á ratos hace furor por estas tierras!

Luego viene el drama.

El *mancebo* en cuestión intenta varias veces reanudar relaciones.

La joven se niega.

El hombre reflexiona y concibe una idea... como suya.

Compra un frasquito de vitriolo, se lo mete en el bolsillo y se dedica á *flaner* por esas calles de Dios ó del demonio.

Un día se encuentra con su víctima en la rue de Provence, intenta por última vez una reconciliación, y en vista de que no la consigue, la pide (¡cosa más romántica!) que le dé el último beso como despedida.

La joven, que ya había dado muchas pruebas de incauta en esta vida, consiente. Se meten detrás de una puerta, por el bien parecer, y allí, cuando ella pensaba recibir un beso, recibe todo el frasco de vitriolo que la destroza la cara.

¡Luego vendrán á hablarnos de los dramas de los celos y de la navaja!

Los franceses están en estas cosas más adelantados.

¿Celos? Ya pueden ustedes calcular cómo los entendería ese apreciable joven *Alfonso*.

¿Navaja? Eso es propio de salvajes. Los progresos de la química nos ofrecen, digo, les ofrecen á esos puntos un arma más científica.

—

Lo curioso es que el criminal, cazado por los transeuntes y llevado á la Comisaría de policía..., se paseaba muy tranquilo dos horas después.

El *sergen* encargado de custodiarle hasta que el *panier de la salade* pasase á recoger su carga y se lo llevase al *abanico* parisién, ó sea la Cárcel de Mazas, empezó á bostezar primero, á dar cabezadas después, y concluyó por quedarse dormido.

Yo recordaba *los del orden* y los *serenos* de Madrid que se duermen de madrugada en las esquinas; pero dormirse cuidando un preso, ¡eso es un colmo!

Ahora que el hombre del vitriolo ha vuelto á caer en poder de la justicia, veremos si el jurado lo encuentra tan *simpático* como á las *vitrioladoras* absueltas hasta la fecha.

Y entonces sí que encarecerá el ácido sulfúrico, y habrá que exclamar:

—El vitriolo no tiene sexo: ¡huyamos!

—

Ya tenemos á la torre Eiffel á más de 285 metros de altura. La tercera plataforma está montada, y no falta más que terminar la cubierta de ésta y las habitaciones que sobre ella están destinadas al gran faro eléctrico que ha de alumbrar toda la Exposición

Me han asegurado que M. Eiffel se reserva una *alcoba* en lo más alto, para disfrutar por las mañanas de la salida del sol.

Hace mal, porque le molestará mucho el ruido de los coches para dormir.

BLASCO.

París 14 Marzo 1889.

ENDRÁN que perdonarme mi amigo *Clarín* y el Sr. Peña y Goñi, que me meta donde no me llaman. Pero ¿por qué yo no he de echar también mi cuarto á... *cuyos*? En esta polémica quien lleva la razón, en mi sentir, es Alas. Tiene de su parte la gramática de la Academia... hasta cierto punto, y la opinión de Andrés Bello.

Después de todo, yo no sé á qué lado inclinarme, porque, según se verá más adelante, respecto del empleo del *cuyo* no hay regla fija. Hay quien le usa como simple relativo, quien le usa como posesivo, y quien le usa como posesivo y relativo á la vez. Le pasa lo que al café, que se puede tomar solo, con leche ó... con media tostada.

Bello, por ejemplo, sostiene que *cuyo* debe emplearse en el caso en que indique relación y posesión á la vez, y juzga impropio emplearle como equivalente á *el cual*, á *que*.

Marco Fidel Suárez, notabilísimo filólogo americano, entiende que esta doctrina de Bello está en contradicción *con una práctica muy universal*, y dice á este propósito (1): «Cuyo reune los caractéres de relativo y posesivo; equivale á *del cual*, y varía con el objeto poseído, determinando su género y número.» (Y cita varios ejemplos en probanza de este aserto.)

«Este relativo posesivo (continúa) hace siempre relación á un antecedente representado como poseedor. Pero no es menester que *dicho antecedente* (quien subraya soy yo) *sea inmediato;* antes bien, se ha practicado referir el posesivo á un *sustantivo*

(1) Estudios gramaticales.

apartado: «Cuando los milagros se hacen en *testimonio* de alguna verdad, Dios es testigo de ella, *cuyo* testimonio es infalible.» (Granada: *Símbolo de la fe.*) Hizo la guerra valerosamente contra la famosa *Zenobia*, y la prendió cerca de la ciudad de Palmira; *cuya* persona, etc.» (Mariana: Historia.)

Y más adelante, agrega Suárez (estoy *fusilando* á Suárez, pero de frente): «El empleo de *cuyo* es lícito siempre que se le pueda asignar un antecedente, aunque éste no se muestre muy á las claras. A lo menos, la práctica de excelentes escritores tiende á legitimar este uso.»

Ejemplos: «Sículo floreció más de doscientos años antes de la guerra de Troya. En *cuyo* tiempo, etc. (Mariana: Historia.)» Tal es la pintura del reinado infeliz de la elocuencia en los reinados de Felipe IV y Carlos II, en *cuya* época...» (Capmany. *Teatro.)*

En este ejemplo el *cuyo* equivale á *del cual. En cuya época*, época *en la* cual, que es lo correcto.

¿Quién está en lo cierto en este caso? ¿Bello, la Academia ó Fidel Suárez que cita en apoyo de su opinión tantos ejemplos del empleo del *cuyo* como mero relativo?

Respecto del *en cuyo caso*, que *Clarín*, á la inversa de Cuervo y de Caro, juzga disparate, también se pueden citar muchos e emplos contradictorios de diversos autores. Veamos. Larra, en su artículo *Teatros*, dice: Bien haya la costumbre; podrá ser así: en *cuyo caso...*» (Véase *El pobrecito hablador.)*

Suárez me ahorra el trabajo de revolver libros. Reproduciré algunas de sus citas: «Este introductor tiene una habilidad superior, en *cuyo caso...*» (Jovellanos. Apuntes sobre legislación...) «Si ésta (la oración), se refiere á una persona ó cosa; en *cuyo caso...* (Academia Gramática.)» Esta última cita debe de referirse á ediciones anteriores á la del 80, en la cual no recuerdo haber visto la frase cuestionada.

Casos en que *cuyo* desempeña funciones de simple relativo. (Prosigo poniendo á saco al Sr. Suárez): «De estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho saca el autor de esta historia, que debía ser bien nacido, por lo menos cristiano viejo, *cuyo* sentimiento enterneció algo á D. Quijote.» (Cervantes.) «*Cuyas* palabras aquí afirma.» (Capmany: *Teatro.)*

De todo lo dicho, ó dígase *copiado*, se deduce que *cuyo* se usa como posesivo y relativo indistintamente, y que hasta la propia Gramática de la Academia incurre en el defecto que censura.

Y ya que toco esta *cuestión*, ó este punto, como quiere Baralt que se diga, no quiero echar la firma sin decir antes algo acerca del uso de algunas frases, á mi ver viciosas, pero de constante uso, no sólo en los periódicos, sino en escritos de autores calificados, por ejemplo, *bajo este punto de vista*. La Academia (haciéndose eco de Baralt), incluye dicha frase entre los barbarismos; pero un crítico americano de mucho saber, Rafael Merchán, sostiene, fundándose en razones de perspectiva y escudándose con Salvá, que *bajo este punto de vista* no está mal, ni con mucho. (Véase la página 131 de sus Estudios críticos. *Estalagmitas del lenguaje:* Bogotá, 1886.)

Larra, en su artículo *Modos de vivir que no dan de vivir*, escribe: «Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la trapera con la muerte...»

Menéndez Pelayo, en el tomo IV de sus *Ideas estéticas*, página 454, dice: «La primera parte de la obra comprende, pues, la crítica de los diversos *puntos de vista* generales, *bajo* los cuales la belleza y el arte pueden ser considerados...»

En muchos escritos de Castelar y de Cánovas he visto también el *bajo* en lugar del *desde*.

El uso, ¿es ó no autoridad en materia de lenguaje? ¿Lo es? Pues el uso autoriza todos esos vicios de dicción, y no hay crítica posible que los destierre. El *pasar desapercibido*, en lugar de *pasar inadvertido*, se emplea á porrillo, á pesar de ser un solemnísimo disparate, como lo prueba Baralt *(Diccionario de Galicismos*, pág. 175.) No hay periódico que no lo use (mal usado); pero lo usan y lo usarán hasta la consumación de los siglos, y hasta personas muy cultas y leídas lo sueltan en la conversación.

El único medio, á mi ver, de extirpar semejantes desatinos, sería fijar en las esquinas unos carteles con letras muy gordas que recen:

«AL PÚBLICO

BAJO ESTE PUNTO DE VISTA, PASAR DESAPERCIBIDO...

Queda prohibido, so pena de pagar una multa de cincuenta pesetas, el uso de tales frases.»

¡Ni aun así! Antes bastaba que las prohibiesen para que todo el mundo se hartase de decirlas. ¿Qué remedio entonces? Don Quijote se pasó la vida corrigiéndole los *voquibles* á Sancho; y Sancho como si no.

Y perdonen *Clarín* y Peña y Goñi que haya tomado vela en este entierro, sin que me la hayan ofrecido.

FRAY CANDIL.

BIEN contradictorios son los juicios que ha suscitado en la prensa el último drama de Echegaray, *Manantial que no se agota*, estrenado en el Español. En este número falta espacio para soltarse en párrafos llenos de sabiduría sobre si el drama es drama ó comedia, si aquel chico de D. Anselmo, mitad chulo, mitad señorito, pudo ó no saber que había matado á un hombre de un *viaje;* si el propio D. Anselmo es figura más ó menos real, y si se parece ó no á otras del teatro del propio cosechero, y sobre otra buena porción de cosas muy hondas que han tratado ya los críticos.

Creo que el primer acto de *Manantial que no se agota* debe ponerse allí donde críticos y legos pongan los mejores productos del humano ingenio; creo que el segundo acto puede ponerse en el mismo lugar, pero un estantito más abajo, y creo que el tercer acto no debe llevarse al sitio ya mencionado, que debe estar en puesto preferentísimo del Parnaso, por varias y muy buenas razones.

Claro está que yo no he visto escribir este drama, ni otro alguno, á Echegaray; pero si me pidieran juramento sobre lo que á D. José haya podido sucederle al llegar al final del acto segundo y abocarse con el principio del tercero, diría que, á mi parecer, debió pasar algo como lo que sigue:

Antonio Vico, entrando por el foro:

—Vengo á llevarme el drama, D. José.

—¡Cómo! ¡El drama! Pero... ¡si falta el acto tercero!
(Consternación en Vico.)
—Me ha matado usted D. José; ese drama es mi última esperanza. Si no lo tengo mañana, cierro el teatro.
(Aflicción en D. José.)
—¿Y cómo arreglamos esto, Antonio?
—Dándome el drama mañana, D. José.
—¡Mañana!
—O cerrando el teatro. (Con acento trágico:) ¡En sus manos está mi fortuna!
(Sale por el foro.)
Y me figuro á Echegaray, paseo arriba, paseo abajo, redondilla por acá, romance por allá, personaje por este lado, *personaja* por el otro, conflicto por arriba y conflicto por abajo... En fin, noche de pesadilla horrible, caza sin piedad de consonantes, relampagueo de pensamientos metidos en el molde de la forma con desesperada energía y titánico esfuerzo, y drama concluído á las nueve de la mañana.
Y Vico por el foro otra vez:
—¿Y eso, D. José?
(Echegaray, cayendo desplomado en brazos de Vico:)
—Ahí está.
—¡Cielos! (Vico entrega el cuerpo inanimado del dramaturgo á los cuidados de la familia, y sale como una bala, camino del Español.)

—

En serio: Pocos han dicho que Ricardo Calvo se levantó en este drama á una altura que, francamente, yo mismo no esperaba. Quede consignado.
Antonio Vico y Luisa Calderón, como nunca, y está dicho todo.

—

Ya sabrán ustedes que se ha estrenado en Eslava una cosita titulada *Liquidación general.*
La llaman sus autores *almoneda* cómico-lírica, y ni aquéllo es almoneda, sino, á duras penas, prendería, ni es cómica, ni casi lírica.

Figúrense ustedes que...
Pero no: yo respeto hasta el límite del mayor de los miramientos el pudor de las lectoras de Los Madriles, y antes me dejaría cortar la mano derecha, como Pidal, que referir aquí lo que allí pasa y se dice, sobre todo lo que se dice.
Baste consignar que al final, el público, ese bienaventurado público de Eslava, se levantó como un solo Savonarola indignado, y protestó enérgicamente contra aquella inconcebible serie de tonterías y desnudeces de concepto; y que, á pesar de esto... ¡salieron los autores á escena!
El colmo, ¿eh?
Pues ahí tienen ustedes á esa *Liquidación general* tan campante en los carteles, con la coletilla de *extraordinariamente aplaudida.*
¿Ustedes recuerdan aquellos *Inútiles* de los mismos cosecheros? Pues tengan por seguro que este nuevo feto durará tanto como aquél.
¡Señor gobernador civil de la provincia!...

Federico Urrecha.

Antonio Trueba ha muerto.
Trueba era de los hombres que no necesitan elogios para que su memoria sea bendecida.
No es la vez primera que Los Madriles ha consignado su profundo afecto y sincera admiración al bardo vascongado; por eso séanos permitido enviar desde estas columnas un adiós sentido al poeta que desaparece, y un afectuoso pésame á Bilbao primero y á toda Vizcaya después.
¡Descanse en paz el buenísimo *Antón el de los cantares!*

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
23 de Marzo de 1889
NÚMERO 25.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

ANTONIO VICO

Antes de morir Rafael Calvo formaba Vico con aquel malogrado muerto la pareja insigne que sostenía briosamente nuestro teatro nacional.

Muerto Calvo, Vico sólo queda para sostener el enorme peso. Y en verdad que lo sostiene con denuedo.

Hoy (si desde el día en que escribimos esto al en que se publique el número no se aplaza) celebrará Vico su beneficio.

Reciba el gran actor, como el más humilde de los regalos, este modesto homenaje de Los Madriles.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año................ 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Marzo, 16 23.

A mi amigo y compañero Angel Pons.

Muchas gracias, Angelito,
por la *Crónica* pasada;
te la agradezco infinito.
Mi enfermedad no fué nada.
Siempre tuyo. *Navarrito.*

—

¡Ya no hay clases, Dios mío!

Al visitar, hace pocos días, el actual emperador de Marruecos una colección de fieras, un león se escapó de su jaula y se arrojó sobre él.

¡Un descendiente del Profeta rodando por los suelos!

El Emperador logró salvarse, gracias á un negro de la escolta que se interpuso, cayó bajo las garras del león, y fué medio devorado.

Muley-Hassán se encuentra enfermo á consecuencia de este accidente.

El negro ha muerto.

Esto ha venido á demostrar que el león no era una fiera revolucionaria, un nihilista disfrazado, como se creyó en un principio.

Era simplemente un animal que no distinguía de colores.

—

Un marido calavera
que es gastrónomo sin tasa,
se ha fugado de su casa
junto con la cocinera.
Y la esposa está que trina,
pues no se aviene en verdad
con la doble soledad
del tálamo y la cocina..
Y lanzando amarga queja
al mirarse abandonada,
corre loca y desolada
persiguiendo á la pareja.
Logra encontrarlos por fin,
les increpa y hace cargos,
y á sus reproches amargos
le contesta el malandrín:
—"¡Estoy harto del hogar,
me revienta el matrimonio,
y mi fuga es testimonio
que no te puedo aguantar!
—"¡Mentira! Ni una querella
hemos tenido jamás,
y hoy me dejas, y te vas
con la criada. ¡Por ella!
Por esa mujer me humillas,

¡tú la quieres!...
—¡Falso todo!
¡Me la llevé por el modo
que tiene de hacer tortillas!"

—

Al practicarse las excavaciones en los terrenos de la iglesia de Santo Tomás, se ha encontrado en una bóveda una momia perfectamente conservada.

También hemos oído que en los solares del derruído cuartel de San Mateo se había descubierto un *momio.*

Que casen á la pareja, y busquen un maestro que escriba una ópera como *Los Amantes de Teruel.*

Que la instrumente Azcárate.

Y que se toque la sinfonía en los salones del Circulo Mercantil.

O en la plaza de la Villa.

Es igual.

—

Esta semana ha sido
la de los Pepes,
y un día de los gordos
el diecinueve.
¡Qué de tarjetas,
y obsequios y regalos
para las Pepas!

—

Te'egramas á miles,
cartas á cientos,
y de huelga obligada
los carpinteros.
¡Cuál se disfruta,
con el Santo patroño
de las virutas!

—

La fábrica de tabacos de Bilbao ha abierto de nuevo sus talleres, cerrados á causa del último motín de las cigarreras.

Han sido expulsadas de los mismos las maestras, las amas de rancho y las operarias sediciosas.

Las pitilleras han sido las más castigadas.

Se quejaban del *papel*, y han hecho ellas el de víctimas.

Fué muy gordo, por las muestras,
el tremendo zafarrancho,
y hoy lo lloran las maestras
y hasta las *amas de rancho.*
¡No las tratéis con desvío!
¡Compasión! Que, bien mirado,
no es extraño que haya un *lio*
en un taller de *liado!*

—

La crónica triste de la semana no tiene nada, desgraciadamente, que envidiar á las anteriores.

Han menudeado las puñaladas, los suicidios y los robos.

Es decir, siguen dando sus naturales frutos la miseria y la ignorancia.

Se ha embarcado para Buenos Aires la tercera expedición de maestros y maestras de instrucción primaria.

Hacen bien. ¡Para la falta que hacen en España!

Oigan ustedes lo que ha ocurrido hace pocas noches en la villa y corte.

Y me darán la razón.

El señor Aguilera,
que es hombre listo
recogió en los billares
cuarenta chicos,
todos adolescentes,
barbilampiños,
haciendo carambolas
tan divertidos,
y hasta jugando al punto
según me han dicho
—si es que no se colaban
á los *prohibidos.*—
Si á los catorce años
los pobrecitos,
las aulas que frecuentan
son las del vicio,
y aprenden chulerías
y *flamenquismos*,
¿para qué los maestros,
ni á qué los libros?

Siga el Sr. Gobernador la campaña emprendida, y merecerá de seguro, el parabién de las personas sensatas.

—

El arte de pedir limosna progresa cada día.

Hay pobres que piden á pedradas.

Siguiendo así, habrá que socorrerlos de un modo análogo

Con honda.

—

Un joven fumista ha *raptado* á la hija de un carpintero.

Otro muchacho ha cometido idéntico delito con la hija de una naranjera.

¡Cómo está Madrid!

No parece sino que las chicas, en cuanto tienen novio, les dicen á todas horas por lo bajo:

—¡Anda, róbame!

Y... ¡es claro! las roban.

Yo no me explico la cosa de otro modo.

—

Galerna parlamentaria.

Sesión del Senado.

Borrascosa.

Ídem del Congreso.

Tempestuosa.

Ídem del Municipio.

Un huracán.

Ídem de la Diputación provincial.

Tormenta deshecha.

Junta del Círculo Mercantil.

¡Un ciclón!

E. NAVARRO GONZALVO.

EN LAS VENTAS

(INÉDITO)

....

—Ajogo las peniyas, gitana, respondía el meridional apurando otro vaso de Jerez, más auténtico que la famosa Manzanilla del Santo.

Acababa el mozo de dejar encima de la mesa las perdices en escabeche, cuando en el marco de la puerta asomó una carita infantil, colorada, regordeta, boquiabierta, guarnecida de un matorral de rizos negrísimos. ¡Qué monada de chiquilla! Y estaba allí hecha un pasmarote, si entro si no entro. Asís le hizo seña con la mano; el pájaro se coló en el nido sin esperar á que se lo dijesen dos veces. Y las preguntas y los halagos de cajón:—Eres muy guapa... ¿Cómo te llamas? ¿Vas á la escuela?... Toma pasas... Cómete esta aceitunita por mí... Prueba el jerez... ¡Huy qué gesto más salado le pone al vino!... Arriba con él... ¡Borrachilla! ¿Dónde está tu mamá? ¿En qué trabaja tu padre?

De respuesta, ni sombra. El pajarito abría dos ojos como dos espuertas, bajaba la cabeza adelantando la frente como hacen los niños cuando tienen cortedad y al par se encuentran mimados, picaba golosinas y daba con el talón del pie izquierdo en el empeine del derecho. A los tres minutos de haberse colado el primer gorrión migajero en el palomar, apareció otro. El primero representaba cinco años; el segundo, más formal, pero no menos asustadizo, tendría ya ocho lo menos.

—¡Hola! Ahí viene la hermanita... dijo Asís. Y se parecen como dos gotas... La pequeña es la más saladilla...; pero ¡vaya con los ojos de la mayor!... Señorita, pase usted... Esta nos enterará de cómo se llama su padre, porque á la chiquita la comieron la lengua los ratones.

Permanecía la mayor incrustada en la puerta, seria y recelosa, como aquél que antes de lanzarse á alguna empresa erizada de dificultades, vacila y teme. Sus ojazos, que eran realmente árabes por el tamaño, el fuego y la precoz gravedad, iban de Asís á Diego y á su hermanita; la chiquilla meditaba, se recogía, buscaba una fórmula y no daba con ella, porque había en su corazón cierta salvaje repugnancia á pedir favores, y en su carácter una indómita fiereza, muy en armonía con sus pupilas africanas. Y como se prolongase la vacilación, acudióle un refuerzo, en figura de la señá Donata, que con la solicitud y el enojo peor fingidos del mundo, se entró muy resuelta en el gabinete, refunfuñando:

—¡Eh! niñas, corderas, ¡largo! que estáis dando la gran jaqueca á estos señores... A ver si vus salís afuera, ú si no...

—No molestan... declaró Asís. Son más formalitas... A ésa no hay quién la haga pasar, y la chiquitilla... ni abre la boca.

—¡Para comer, ya la abren las tunantas!...

Pacheco se levantó cortésmente, y ofreció silla á la vieja. El gaditano, que entre gente de su misma esfera social pecaba de reservado y aun de altanero, se volvía sumamente campechano al acercarse al pueblo.

—Tome usted asiento... Se va usted á bebé una copita de Jerés, á la salú de toos.

¡Oídos que tal oyeron! Seña Donata, ¡fuera temor! ¡Al ataque, ya que te presentan la brecha franca y expedito el rumbo! Y tan expedito, que Pacheco, desde que la vieja puso allí el pie, pareció sacudir sus penosas cavilaciones y recobrar su cháchara, diciendo los mayores desatinos del mundo. Como que se puso muy formal á solicitar á la honrada matrona, proponiéndole un paseíto á solas por los tejares. Oía la muy lagarta de la vieja, y celebraba con carcajadas pueriles, luciendo una dentadura sana y sin mella; pero al replicar iba encajando mañosamente aquella misión diplomática que bullía en su mente fecunda desde media hora antes. Tratábase de que ella, ¿se hacen ustedes cargo? trabajaba en la Frábica de Madrí... y tenía cuatro nietecitas de una hija que se murió de la tifusidea, y el padre de gomitar sangre, así, á golpás... en dos meses se lo llevó la tierra: ¡señores! que si se cuenta, mentira parece. Las dos nietecitas mayores, colocaas ya en los talleres; pero si la suerte la deparase una presona de suposición pa meter un empeño... porque en este pícaro mundo, ya es sabío, too va por las amistaes y las enfluencias de unos y otros...—Llegada á este punto, la voz de la señá Dorotea adquiría inflexiones patéticas.—«¡Ay Virgen de la Paloma! ¡No premita el Señor que ustés sepan lo que es comer, y vestir, y calzar cinco infelices mujeres, con tristes ocho ú nueve riales, ganaos á trompicones! Si la señorita, que tenía cara de ser tan complaciente y tan cabal, conociese por casualidá al menistro... ó al menistraor de la Frábica..., ó al contaor ó algún presonaje de éstos que too lo regüervén... pa que la chiquilla mayor, Lolilla, entrase de aprendiza tambien... ¡Sería una caridá de las grandes, de las mayores! Dos letritas, un cacho de papel...»

Pacheco respondía á la arenga con mucha guasa, sacando la cartera, apuntando las señas de la pitillera detenidamente, y asegurándole que hablaría al Presidente del Consejo, á la infanta Isabel (íntima amiga suya), al Obispo, al Nuncio... Enredados se hallaban en esta broma, cuando tras la abuela pedigüeña y las nietecillas mudas, se metieron en el gabinete las dos chicas mayores.

—¡Miren mis otras huerfanicas infelices! indicó la señá Donata.

Imposible imaginarse cosa más distinta de la clásica orfandad enlutada y extremada que representan pintores y dibujantes al cultivar el sentimentalismo artístico. Dos mozallonas frescas, sudorosas, porque acababan de bailar, echando alegría y salud á chorros, y saliéndoles la juventud en rosas á los carrillos y á los labios; para más, alborotadas y retozonas, dándose codazos y pellizcándose para hacer reir mutuamente. Viendo ásemejantes ninfas, Pacheco abandonó á la señá Donata, y con el mayor rendimiento se consagró á ellas, encandilado y camelador, como hijo legítimo de Andalucía. Todas las penas *ajogadas* por el *Tío Pepe* se fueron á paseo, y el gaditano, entornando los ojos, derramando sales por la boca, y ceceando como nunca, aseguró á aquellas princesitas del Virginia que, desde el punto y hora en que habían entrado, no tenía él sosiego ni más gusto que comérselas con los ojos.

—¿Vienen ustés de bailar? les preguntó risueño.

—Pus ya se ve, contestaron ellas con chulesco desgarro.

—¿Sin hombres? ¿Sin pareja?

—Ni mardita la falta.

—Pan con pan... Eso es más soso que una calabasa, prendas. Si me hubiesen ustés llamao...

—¿Qué iba usté á venir? Somos poca cosa pa usté.

—¿Poca cosa? Son ustés... dos peasitos del tersiopelo de que está forraa la bóveda seleste. ¡Ea! ¿echamos ó no ese baile? Ahora me empeñé yo... ¡A bailar!

Salió como una exhalación; dió la vuelta al pasillo aéreo; cruzó el puente que á los dos merenderos unía, y en breve, al compás del horrible piano mecánico, Pacheco bailaba ágilmente con las cigarreras.

....

EMILIA PARDO BAZÁN.

VOZ DEL PUEBLO, VOZ DE...

Fueron don Roque Simón
y don Rufino Tirilla
sacerdotes de una villa
de la provincia de León.
Era Simón perezoso,
cuellicorto, cariancho,
mollejón; en fin, un Sancho
en lo panzudo y carnoso.
Y el otro, flaco, intangible,
pues tan cenceño vivía,
que hasta después que comía
apenas era visible.
Simón llevaba la misa
con tono lento y gangoso;
Rufino, inquieto y nervioso,
la mascullaba deprisa.
Por esto, piedad más pura
creyeron ver en Simón,
cuando era su devoción
reliquia de su gordura.

—

Sin duda mandó el dios Baco.
en día de borrachera,
que el último mono muera,
y pulgas al perro flaco.
Y él ordenó que en la villa
cundieran de lengua en lengua
mil invenciones, en mengua
de don Rufino Tirilla.

....

Un día, el padre Rufino,
poco antes de que oficiara,
dijo al sacristán que echara
—«Agua poca y mucho vino.»
Por el contraste y la lucha
con su compadre, Simón,
dijo en aquella ocasión:
—«Vino poco y agua mucha.»

Produjo tan honda huella
el suceso, que, en la villa,
le llamaban á Tirilla
el padre Rufo Botella.
Y esto, en su honra tal estrago
causó, que, cuando acudía
á misa, el pueblo decía:
—*Ya va el cura á echar un trago.*
En cambio, por la bondad,
y la abstinencia que vieron
en don Roque, le tuvieron
en olor de santidad.

....

Mas yo, que sé lo que pasa
en ese pueblo de León,
sé que don Roque Simón
tenía bodega en casa.

R. TORROMÉ.

Soy Rubens en el color
y produzco obras maestras.
—Pues yo también soy pintor.
—Pero ¿usted que pinta?—Muestras.

¡Qué apuesta! ¡Qué bien vestida!
Nadie logra sus mercedes,
y es antigua conocida
de ustedes.

Un esposo cariñoso
que hace el oso,
y una esposa cariñosa
que pretende alguna cosa
del esposo.

¡Yo me canto con estilo!
—Ya me ha dicho la Camila
que cantas más que el *Badila*.
—¡Y dilo!

DON JOSÉ

EL SEÑOR JOSÉ

PEPE

PEPITO

PEPINO

P. P. Y W.

LOCO INCURABLE

Un manicomio viene á ser un cementerio de vivos ó un presidio lleno de condenados á sinrazón perpetua, cien veces más horrible que la misma muerte, que para el loco es indulto. Pensando así, quizás algo disparatadamente, sentí, al visitar un hospital de dementes, angustias en el corazón y frío en el cerebro, que se me antojaron preludios de locura, caso difícil en hombres de poco magín.

Allí vi algunos locos con caras de salud; pero los más miraban ciegos y escuchaban sin oir, con semblantes de calentura y cuerpos secos como palos. Iban ataviados según su varia fantasía inventara; unos adornados de cintajos, que serían amuletos; otros desaviados y menos vestidos que desnudos, peinados como cafres, ó rapados como religiosos: todos, en fin, más rotos que cosidos. Este escribía en una pizarra guarismos inconmensurables y palabras nuevas; otro, á lo largo del corredor, iba á pasos de procesión y cubierta la cabeza con bonete cantando salmos inéditos con voz de piporro sólo, desafinada, cuando al ir y venir pasaba junto á una puerta que se entreabría enseñando una cabeza desgreñada que gritaba: *¡No hay Dios!* y desaparecía rápida hasta la otra vuelta en que repetía la misma frase, acompañada de un ademán indecente. Por allí también andaba como cuadrúpedo un joven que pegando el carrillo al suelo miraba por bajo de las puertas como si buscara, y otro se lamentaba á grito pelado de haberse vuelto mudo. Estaba yo escuchando al mudo sus quejas, cuando tuve que ponerme á un lado para dejar que pasase un grupo de hombres que se estrujaban y corrían por cazar á una gallina que entre vuelos y saltos iba cacareando su desgracia. Gritaban los cazadores con vocerío infernal y ya estaban á punto de repartirse viva el ave, pero el restallar de un látigo y el sonar de una campana suspendió la batida y empujó aquel grupo feroz hacia dentro y en remolino seguido de lejos por el cantor y el blasfemo; aquél sin interrumpir la salmodía y éste parodiándole con cantares de lupanar.

El comedor no parecía de manicomio. El instinto, sin duda, daba paz al cerebro. Lo que sí revelaba una casa de locos era el pequeño jardín que en un ángulo del patio había, y donde se pusieron en unión adúltera vegetales, símbolos poéticos unos, y hortalizas prosaicas otros, mezclando sus olores y sus matices en un huerto injerto en jardín. Allí era de ver las purísimas azucenas hermanadas con las apestosas cebolletas, las madreselvas casadas con guisantes, claveles enlazados con tomates á cual más rojos, todo festoneado por hileras de escarolas, albahacas, pensamientos y coles, todo bien cuidado y puesto dentro de tal anarquía botánica.

Después de haber admirado aquella república pasé á visitar las oficinas, y en ellas encontré un antiguo conocido que estaba ocupado en inscribir *un alta* en el gran libro de entradas. Al poco rato, y cuando terminó su escritura, después de preguntarle yo cómo fuera el estar empleado en tal oficio y en tal casa, satisfizo mi curiosidad diciéndome así:

—Yo he venido al mundo á padecer mi nuevo Calvario. Le empecé escribiendo un periódico, y me salí al campo de la pluma con tal empuje, que me vi solicitado para decir verdades; pero resultaban tan desnudas, que dejé de escribir por temor de que se me muriesen de frío en una cárcel. Tomé después una credencial, que fué como dejar la pluma, y otra vez me salieron al encuentro los malos, proporcionándome inteligencias para avivar asuntos moribundos de moral y para inventar otros que habían de ser paridos sin ser concebidos. Probada mi ineptitud para aquellos manejos, me vi por puertas, y, á tantas acudí y hallé cerradas, que llamé á la antesala del presidio; allí entré y piqué con tan buena fortuna, que perdí mis ganancias de aquella noche y mi libertad de tres meses y un día, por caer en la esfera gubernativa primero, y en la judicial después. Cuando salí de la cárcel, era menos bueno, pero más hombre. Y, como era más hombre, empecé á buscar dinero con los puntos de la pluma, mojados donde pudiera ser, en sangre, en bilis, en veneno; con jirones de piel que otros me daban, hacía yo botas que ellos se calzaban, y yo, mientras, comía y no almorzaba, que ya era algo. Recuerdo que una sátira de cien versos me valió mil pesetas, y me acuerdo también de que el agraciado con ella prometió solemnemente á mi inspirador tantos palos como versos, si no publicaba la retractación, que era de las mejor hechas, por haber sido su autor el que prometió los golpes...

En fin, ya por lo que le he contado, puede usted formar idea de cuánto he sufrido en este mundo... ¡Ah! Pues no sabe usted lo mejor de mi vida, que fué que, antes de que mi mujer desapareciera de mi lado, había yo recibido una buena herencia, que acompañó á mi mitad ¡quién sabe dónde!... Si no fuese porque mi abuelo me ha prometido un sitio junto á él...»

Llegando aquí, le pregunté:

—¿Quién es su abuelo de usted?

Y me respondió:

—Soy hijo de Jesús de Nazareth, nieto de Dios.

—Amén, le dije; y pensé que por ahí debía empezar para no llenarme la mollera con tantas mentiras.

Ya debí suponerlo, porque lo que me ha contado no sucede, se sueña. Si así no fuera, el mundo sería una bola de escorias del infierno.

Pero, de todos modos, cuando salí del manicomio no pude darme cuenta de si era yo un loco prófugo, ó un hombre cuerdo.

P. P. VILLANUEVA.

El consejo del herrero.

(POEMA MICROSCÓPICO.)

—¡Mucho trabajas, Juan!—Quiso la suerte
hacerme ganapán, un tosco obrero
de esos que cambian fuerzas por dinero,
y llegan, trabajando... hasta la muerte.
Mi vida es esa: ¡bah! será el destino,
ó Dios, ó el mismo diablo quien lo ordena;
yo sigo sin quejarme mi camino
que con dicha y con pan la vida es buena.
—¿Eres feliz?—A medias.—No te creo.
—Haces mal: mira, Pedro, tengo un nido
blanco como la nieve, tan risueño,
tan modesto, tan bello y tan querido,
que cifro mi ventura en ser su dueño.
Tengo una esposa honrada
y un hijo, blanco y rubio, tan hermoso,
que ¡por Cristo! te juro, camarada
que con sólo mirarlo soy dichoso.
Sueño con mi mujer y con mi niño;
¡es mi Paca tan bella
que le doy por millones mi cariño
y estoy loco por ella!

....

Y trabajo á destajo
y canto sin cesar, mientras trabajo;
machaco el hierro ardiente
y el sudor de mi frente
gana pan, como dice la doctrina,
y abastece de carne mi cocina.
El humo de la fragua es mi aureola;
el yunque y el martillo mis cadenas...
y que ruede la bola,
y que vengan trabajos por docenas:
en tanto que machaco
tengo hogar, pan, mujer, niño y tabaco.
—¡Te envidio!—No me explico
que puedas envidiarme siendo rico.
Afirman que el dinero
es el todo.—Es la nada: ¡yo me muero!
—¿Qué dices?—La verdad: rie mientras lloro
veré si es contagiosa la alegría.
—¿Qué te pasa? Habla, dí... ¡por vida mía!...
¡Juan! ¡No me quiere la mujer que adoro!

....

¡Es estatua de piedra á mis lamentos,
mujer de hielo, impávida, insensible;
causa de mis acerbos sufrimientos,
un idilio de nieve: ¡un imposible!
—Malo, malo, remalo, amigo mío;
ya sabes, *machacar en hierro frío*
es perder tiempo y fuerzas solamente:
machaca sin cesar; mas en caliente.

....

Pedro, toma un consejo sin enojo;
si ella se enfada, bueno, que se enfade;
¿es dura como el hierro? Ponla al rojo...
luego... le das la *forma* que te agrade.

J. NAVARRO REZA.

CÓMO SE MATÓ ADRIÁN

COMENCÉ á escribir con temor aquella carta para su madre. ¿Cómo iba yo á decirla que su hijo se había suicidado de tan extraña manera? En todos los cafés y tabernas de Cirujeda se hablaba de Adrián como se habla de los héroes, y aquella misma noche estuvo contando el coronel lo sucedido, en el billar del *Círculo de la Amistad* de Cirujeda, delante de más de treinta socios.

Y yo, el único amigo que había tenido Adrián en el regimiento, iba á desmentir al coronel y á dejar por embustera la orden del día, diciendo á aquella pobre vieja:

—Adrián no se ha matado por la patria, sino por una mujer.

Estuve hasta media noche haciendo y rehaciendo la carta, y por fin no la escribí. Preferí que quedase aquello entre el muerto y yo; pero ahora os lo contaré, porque han pasado muchos años y ya ha muerto la viejecilla, y lo que yo diga no hará daño á la pensión.

Trajo Adrián al regimiento una profunda melancolía, la tristeza de la ausencia de aquella mujer... ¿Y por qué no he de deciros todo? No era mujer aquella cuando hizo lo que hizo con Adrián, sino mala hembra amamantada en la villanía; Adrián no me dijo nunca nada sobre ella; pero yo, en las soledades de la campaña, le vi muchas veces pensativo y destraído, menos preocupado de la inseguridad del mañana del soldado que de aquella mujer. Pensó llevarla al regimiento, como su mujer legítima; pero debió retroceder ante los peligros que esto encerraba, y no la llevó.

Cuando llegamos á Cirujeda con todo el tercer cuerpo, después de nueve horas de marcha por las asperezas de la sierra, encontramos cuatro correos detenidos para el regimiento. El cabo cartero nos trajo á la posada dos cartas para mí y una para Adrián, todas de fechas muy atrasadas. Mientras yo rompía los sobres de las mías, le oí leer á él la suya y morderse los labios, y ponerse pálido. Salió luego al corredor sin decirme nada; recogí el sobre, y era de ella; su letra dificultosa y su ortografía anárquica, aquel *vatallon* y aquel *Rodrigez* que había yo visto en otros sobres. No supe hasta el siguiente día, y en ocasión tremenda, lo que la carta decía, porque Adrián no dijo nada mientras estuvimos en la posada; pero cuando por la mañana tomamos posiciones en la vallada de Cirujeda, Adrián se adelantó un poco á su compañía y me cogió por el brazo.

—Yo no salgo de ésta, me dijo con extraordinaria sequedad.

Le miré al blanco de los ojos.

—Te digo que no salgo, volvió á decir con gesto enérgico y duro. Yo haré de manera que no salga.

—Tú te has vuelto loco, Adrián.

Echó mano á la cartera, sacó el papel y me lo dió.

—Guarda esto si quieres, dijo, ó rómpelo.

Se volvió á su compañía, y leí el papel. ¡Claro que era de aquella bribona! Decía que había concluído todo entre ellos, y que se iba á la Habana con no sé quién. Miré á Adrián con profunda lástima, y me acordé en un minuto de la serie de sacrificios que había hecho para mantener á la que con más razón que nunca podía llamarse ingrata, quitándoselo de sus propias comodidades y ahorrándolo de los mermados pluses de campaña.

El toque de atención, que corrió como un reguero de cuerpo en cuerpo y de regimiento en regimiento, me sacó de aquella indignación que sentía. Todo el tercer cuerpo se puso en movimiento casi á un tiempo, disgregándose primero en brigadas y luego en regimientos aislados. Pasó por nuestro frente la artillería para colocarse al flanco izquierdo, y vimos después la primera carga de la caballería, que á lo lejos parecía una mancha que corría sobre el valle, compacta y con puntos brillantes.

Estuvimos quietos hasta el medio día, esperando órdenes, sin que Adrián se me acercase ni yo me atreviese casi á mirarle, y á las doce y media llegó la orden de avanzar sobre el alto de la Veleta. Subimos tres veces, y otras tantas hubimos de retroceder con bajas. Entonces vi, al desplegarse el regimiento, á Adrián, sable en mano, delante de todos, pegando como un desesperado á los pobres soldados de su compañía, que vacilaban contemplando el repecho en donde tantos habían quedado. Y cuando el coronel pudo arrastrar por tercera vez al regimiento sobre aquella maldecida cuesta, Adrián se olvidó de todos los respetos militares, dejó atrás su compañía, desenganchó el revólver y se fué antes que nadie sobre la trinchera.

A mitad de camino le vimos entre el humo sobre el parapeto, luchando ya cuerpo á cuerpo, verdaderamente hermoso en aquel momento, y cayendo poco después de espaldas al empuje de un bayonetazo...

Fué, como os he dicho, en la orden del día siguiente, como todos los que mueren por la patria; pero nadie, nadie más que yo, supo jamás qué clase de desesperado impulso le había echado sobre la muerte.

FEDERICO URRECHA

Menudencias.

Vaya otro rasgo.

En fin de mes terminan las suscriciones por semestre hechas al comenzar esta publicación.

El que renueve su suscrición por igual tiempo ó se suscriba de nuevo, recibirá una preciosa novela, *La mujer, el marido y la vecina*, de nuestro colaborador Sr. Serrano de la Pedrosa, lleno de ilustraciones en colores, de primera, pero de primera, como verá el que renueve.

El libro vale *dos pesetas;* con que ajusten ustedes la cuenta, y sale, suscribiendo por seis meses, en una friolera.

Si esto no es servirles, no sé cómo llamarlo.

Y que esto no reza más que con la Península.

¡Ah! Y que para disfrutar de este regalito es preciso hacer las suscriciones directamente en la Administración.

—

Publicaciones:

Insolación se titula el último libro de Emilia Pardo Bazán. Cómo será la novela, siendo suya, no hay para qué decirlo; pero, por si acaso, en este número va un fragmento *inédito* de *Insolación*, que debemos á la galantería de la autora y de los editores del libro, Sres. Sucesores de Ramírez, Barcelona.

Y, además, lleva *Insolación* ilustraciones de Cuchy que es lo que hay que ver.

—

El año pasado, por D. José Ixart; López, editor, Barcelona.

Ixart es un crítico extra, pero de primera; y si como escribe en Barcelona, y casi sólo para Barcelona, escribiera en Madrid y para España entera, les digo á ustedes que tendríamos crítica excelente y de primera mano.

Con lo dicho basta para comprender que el tomo de 1888, de Ixart, es, como dicen en una zarzuela de todos los demonios:

"¡Pero bueno, pero bueno,
pero bueno de verdad!„

—

Fiebres (poesías) por Fray Candil (Emilio Bobadilla).

Si yo elogiara este libro, dirían ustedes que era elogio interesado el mío, y que no valía.

Pues se llevan ustedes chasco, porque no lo elogio, á pesar de las buenas ganas que para ello tengo; pero sí diré que el libro no vale más que *tres* pesetas, y que por este precio no hay poder humano que dé tanto y tan bueno como hay en *Fiebres*.

Y de aquí sí que no hay quien me apee.

—

La España Moderna ha publicado su segundo número. Aquí que no peco, porque no soy de la casa. Hay que leer este número, con una novela de Galdós, *Torquemada en la hoguera*, que es gloria bendita, y otros trabajos de Cánovas, Pardo Bazán, García Ramón, etc., que es lo que hay que ver.

Sepa, pues, el Sr. Lázaro, inteligentísimo director de *La España Moderna*, que por este camino se llega á hacer una revista digna de emparejarse con las mejores del extranjero.

Y no rebajo ni tanto así de lo dicho.

—

Canto de bodas se titula una novela de Enrique Greville, publicada por el inteligente editor Sr. Manso de Zúñiga. Conocidos el encanto é interés que Greville presta á sus narraciones, no es dudoso que *Canto de bodas* se agotará pronto.

Esta Casa prepara una serie de obras de nuestros novelistas contemporáneos, verdaderamente escogida, para lo cual cuenta ya con firmas de las que se cotizan caras en el mercado literario.

—

El hombre de piedra (poema), por D. Manuel Cano y Cueto.

No nos queda hoy lugar más que para acusar recibo de este notable libro.

—

Damos las gracias á nuestros colegas de Madrid y provincias por las cariñosas frases que han dedicado al último número de LOS MADRILES.

Estimando, y procuraremos hacernos cada vez más dignos de esos elogios.

E. Rubiños, imp., plaza de la Paja, 7 bis.

1489

1889

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
30 de Marzo de 1889
NÚMERO 26.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

ANDRÉS MELLADO

Por muchas razones debíamos dejar en blanco este hueco, para que no hubiese quien atribuyera á otros móviles menos nobles en quien dirige este periódico, lo que sólo es homenaje á la justicia.

Mellado ha sido maestro de tantos, que es el ejemplo de sus discípulos en periodismo su mejor elogio.

Escribe con la elegante sencillez de Solís y Melo; pero no hace libros, y éste es su mayor pecado.

Redimido, ciertamente, con su proposición contra los concejales *de oficio*, que da actualidad á la figura del ilustre escritor que hoy honra nuestra primera plana.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año. .... 9 *pesetas.*
Seis meses .... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» *ATRASADO, 25* »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

LITOGRAFIA. PASAJE DE VALDECILLA. 2. MADRID

DIARIO CÓMICO

Esta semana hay algo de *extraordinario.*

Y aun *algos.*

Nos referimos á la multitud de *extraordinarios* con que los periódicos de mayor circulación obsequian á sus lectores, dando cuenta detallada de las sesiones del juicio oral, con motivo del tristemente célebre crimen de la calle de Fuencarral.

Y la opinión torna á seguir con avidez las peripecias del sangriento drama, y no hay otro tema de conversación en todos los círculos de Madrid.

Se esperan con verdadera ansiedad las declaraciones de algunos testigos, y los nombres de la Higinia Balaguer, Vázquez Varela, Millán Astray, Dolores Avila y el perro *Chato*, están en todos los labios.

De las declaraciones de algunos peritos han surgido descripciones de un naturalismo tan crudo, que hubieran ruborizado á un cabo de la Guardia civil; y, sin embargo, han sido oídas con perfecta tranquilidad por las hermosas damas y elegantes señoritas que asisten diariamente á la Audiencia.

Creemos que el ilustrado presidente del Tribunal debía, en ciertos momentos, invitar á las señoras á que hicieran pudorosamente un *medio mutis.*

A no ser que, en su candorosa ignorancia, en su virginal inocencia, no comprendan el valor de ciertas frases y algunos terminillos.

Porque, en ese caso, conste que no he dicho nada.

Y sigan asistiendo.

—

La catedral de Sevilla tiene *mala sombra*, como dicen los hijos de la tierra de María Santísima.

Después del derrumbamiento, es víctima de una irregularidad; más tarde sufre las contingencias de un incendio, y ahora hay que cerrarla al culto hasta que se consagre de nuevo, después de purificada, por *mor* de una violenta cachetina que se han administrado en el sagrado recinto dos dignidades del mencionado templo.

¡Dos dignidades!

¡A cualquier cosa llaman chocolate estas patronas!

¡Dos dignidades!

¡En riñas, zambras y bullas,
sin respeto á las cogullas,
arrugarse los roquetes,
destrozarse las casullas
y tirarse los bonetes!

—

¿Quién ha dicho que no hay dinero?

En el distrito de Santa Clara (Baja California) han sido descubiertos unos riquísimos yacimientos de oro.

La fiebre de la riqueza se ha apoderado de aquellos afortunados habitantes, y se organizan por miles las caravanas para la explotación del codiciado metal. Allí nadie trabaja. Se han cerrado las fábricas, los talleres y las oficinas.

Todo el mundo va á ser millonario dentro de poco.

—Sí, pero todo eso es allá, en la California, dirán con acento melancólico mis lectores.

—No, señor, allá y aquí.

El sol sale para todos, como he leído en la muestra de cierta tienda de ultramarinos, y he aquí la prueba de mi aserto.

«*Granada* 26.—Se han reunido ya treinta y dos onzas de oro nativo del Darro para la corona del gran poeta D. José Zorrilla.»

¡Con qué placer leerán esta noticia los famélicos maestros de escuela de la provincia de Granada!

Hace tanto tiempo que ni ellos ni yo vemos una moneda de cinco duros!...

—

Se dice que una estudiantina, compuesta de señoritas de Guadix, vestidas con lujosos trajes al estilo del siglo XVI, dará conciertos en Granada durante las fiestas de la coronación de Zorrilla.

¡Ay qué niñas!

Paréceme oir al poeta exclamar entusiasmado al verlas:

¡Soberbias! ¡Encantadoras!
¡Maravillosas! ¡Divinas!
¡Olé las estudiantinas
de señoras!

—

La Audiencia de Zaragoza ha condenado á cuarenta años de presidio al ex secretario del Ayuntamiento de Asínis, por *cuarenta y un delitos* de falsedad y no sé cuántos de estafa. ¡Buena persona! El juez sentenciador, ¿eh? no confundamos.

—

En el camino de Belgrano ha sido hallada por un labrador una serpiente de tres cabezas. El monstruoso reptil mide 37 centímetros por cinco de grueso, y las cabezas son grandes, redondas, achatadas y provistas cada una de su correspondiente ojo, grande, redondo y sin párpado.

¿En qué oficina del Estado firmaría la nómina este animalito?

No son presunciones locas,
pues en Madrid se ha encontrado,
hace poco, un empleado
que come con siete bocas.

¡Cuatro más que la serpiente encontrada en Belgrano!

—

La plaza de la Cebada
estuvo anteayer de fiesta,
pues ocurrió en su recinto
un motín de verduleras.
El alcalde accidental
con mucho tacto y prudencia
dominó la insurrección,
y es natural que lo hiciera;
¡tiene tal costumbre ya
de andar en lucha con ellas!
¡Como que todos los días
presencia iguales escenas!

—

Hace pocas semanas publicamos en Los Madriles la caricatura del popularísimo y tierno poeta D. Antonio de Trueba.

Hoy que el eximio vate ha trocado las miserias de la vida por la eterna bienaventuranza, queremos honrar nuestras columnas con los últimos versos escritos por nuestro cariñoso amigo.

Estamos seguros de que nos lo han de agradecer nuestros lectores.

He aquí los versos:

"Dicen que el cisne, cuando muere, canta,
y hoy tanto de mortal mi dolor tiene,
que acaso es la del cisne mi garganta.
La voluntad de Dios es justa y santa.
¡Hágase en mí, Señor, lo que ella ordene!"

E. Navarro Gonzalvo.

Pezuco, el abuelo manco.

(CUENTO DE BRUJAS)

I

Hubo una vez un hombre que estaba desesperado de no haber tenido hijos, y esto consistía en que no había querido casarse; y por aquellos países en que él habitaba no era cosa fácil engañar á las mujeres con promesas de boda, ni mucho menos colaborar en los nidos ajenos, al modo del cuco.

Nuestro hombre, que se llamaba Pezuco, había visto á una segadora en los campos: era flexible y erguida como un tallo, dorada y hermosa como una espiga, colorada y aérea como una amapola:

—¿Dónde va la más lucida de las mozas de la siega?

—Voy á aquella alameda á descansar, junto á la fuente, de las fatigas de la mañana, y á prepararme para las faenas de la tarde.

—Si tú quisieras... podrías concederme un solo instante de amor...

—Idos de aquí, y sabed que las segadoras sólo amaremos al que sea nuestro marido.

Así Pezuco aguardó al invierno, y quiso galantear y seducir á las pastoras de la sierra, y así tuvo el mismo resultado; hallóse á una linda vaquera, que era de blanca como la misma nieve:

—¿Y dónde va, le dijo, la más gallarda pastora de la sierra?

—Voy á conducir estas vacas al pesebre, á que coman heno del henar, que están yermos los campos, y voy á abrigarme al dulce calor del establo.

—Si tú quisieras, podrías concederme un instante de amor...

—¡Ande allá... el muy desvergonzado! ¿qué arracadas, preseas ó arras me ofrece? Las vaqueras de la Sierra no hemos de amar sino al hombre que fuere nuestro marido.

En fin, que bien (por raro y peregrino caso) en aquel lejano país las mujeres tuvieren todas leal y verdadera estimación á lo justo y honrado, ora porque Pezuco fuera pobre y, á más de pobre, no muy gallardo y airoso, sino antes bien desgarbadito y feo, ello fué que no halló acomodo para su amor en pecho de mujer alguna que le excusase de la obligación del matrimonio.

Y como Pezuco contaba con pocos medios y la boda le resultaba cara, y además temía á las mujeres... quedóse á la luna de Valencia. Y con esto, como hemos dicho, desesperado por todo extremo, no tanto de verse poco ó nada querido de las damas, cuanto de no tener hijos, comenzó á lamentarse amargamente al considerar lo que él tenía como una gran desdicha:

—Suerte bien triste ha de ser la del hombre que llegue á la vejez y se vea privado de la ayuda y del cariño de los hijos, se decía; pero tal es mi suerte, que tal vez cargue con una mujer que en cintas y brinquiños, en caprichos y fiestas, gaste lo que yo gano con tanto trabajo, y luego me sea infecunda, y nos hallemos al cabo de muchos años viejos los dos y regañones, sin podernos auxiliar el uno al otro, y aun sin podernos sufrir, que así seremos de inútiles y mal contentos.

II

Con esto se volvió á su choza á afilar el segur para la corta y cuchilla para la poda, envidiando á los pájaros, que tenían sus nidos llenos de hijuelos, y á las fieras que en sus abruptos cubiles tenían guardadas sus crías.

En tanto, de puro cavilar, dió en la idea de ir á referir sus mitos á una mágica famosa, tenida por hada, según unos, que aseguraban haberla visto mecerse sobre el lago durante las noches de luna, acusada por otros de bruja porque afirmaban haberla sorprendido en el momento de lanzarse volandera á cruzar el espacio montada en su caballo de escoba.

Encaminóse Pezuco á la gruta de la mágica, hada ó bruja, que para el caso era lo mismo, puesto que el propio don tienen unas que otras.

Vivía la tal en una gruta, empavesada de pomposas madre selvas y tapizada de musgo y de hiedra, siendo el selvático lugar tan hermoso y apartado, tan fresco y florido, que más bien le pareció á Pezuco mansión de hada que no escondrijo de bruja.

Llamó quedamente en los rocosos bordes con uno de los extremos de su cayada.

—¿Quién es? le respondió una voz dulce y femenil.

—Soy yo, señora hada.

La mágica, que oyó que la llamaban hada, cosa que era muy de su agrado, contestó con amable acento:

—Pase quien fuere, y no tenga temor alguno.

Atrevióse Pezuco á entrar en la gruta y halló á la hada bordando un lindo velo de hilitos de la virgen, de esos que se ven sueltos y perdidos por el espacio en los hermosos días de otoño y de la primavera, y que nadie aprecia en lo que valen; pero las hadas todo lo aprovechan.

—Difícil es lo que me pides, le dijo á Pezuco, no bien éste la manifiestó los deseos que allí le encaminaban. ¿Quieres tener hijos? En ti consiste; pero no te quejes algún día si te arrepientes de tu deseo.

—¿Qué he de hacer? preguntó Pezuco: ¿qué he de hacer para tener hijos?

—Pues, mira, en tus manos está el tenerlos, replicó la hada.

—¿En mis manos?

—Sí, porque voy á revelarte un secreto. Vete á casa, toma un cuchillo, y córtate un dedo de la mano; échalo en la ceniza muy cerca de las brasas que arden en el hogar, y esperas... Así podrás tener un hijo, dos, tres, cuatro, hasta diez, hijos ó hijas, como deseares, y según los dedos que fuere de tu gusto irte cortando.

—Si no es más que eso, bien veo que por cada dedo que yo me cortare habría de tener dos manos más en mi ayuda, y así diecinueve dedos más con el primer hijo, puesto que, si no saliera con sus manos útiles, no hay nada de lo dicho. ¡Oh, qué contento! ¡Cuanto te agradezco, hermosa hada, este secreto: hoy viviré y trabajaré á maravilla con un dedo de menos; pero, cuando llegue á viejo, grande ayuda he de encontrar en mi hijo!

—Vete en paz, y quiera Dios que no te arrepientas.

—¿Arrepentirme? ¿De qué? Bien por el contrario, siempre estaré agradecido á tu buen consejo; que esto de tener hijos sin verme obligado á sufrir á una esposa, ó á una querida, es fortuna con la cual yo no hubiera contado á no ser por tus ciencias ocultas y tus misteriosas artes, dijo Pezuco.

Y se fué muy gozoso, bailando de gusto.

III

No bien llegó á su choza, cargó de leña el fogón de su hogar, tomó asiento en un banquejo de encina, y aguardó impaciente á que la leña se encendiera, resudase resina, despidiera de sí el agua con que estaban empapadas las fibrillas de los troncos, saltaran las llamas, ennegreciesen la verdi-rojiza corteza y convirtiera en brillantes rubíes de fuego la amarilla madera de su medula, y por fin apareciesen los palos hechos brasas, con su velillo de blanca ceniza.

Entonces, armándose de valor, restregó por el filo la cuchilla en la piedra del hogar, y luego se cortó el dedo meñique de la mano izquierda; encarnado y húmedo por la sangre de Pezuco, el dedo fué arrojado en la ceniza, se produjo un chasquido, luego un humillo desagradable, retorcióse el dedo como una sanguijuela ahita, y luego surgió un hombrecito menudo, el cual fué creciendo y tomando cuerpo hasta aparecer como un mozo de dieciséis años.

Loco de contento Pezuco le agasajó y ofrecióle cuanto tenía, disponiéndose á enseñarle á trabajar para que se ganara la vida.

Aquel hijo estuvo allí un año, al cabo del cual, y cuando ya sabía lo bastante, después del redoblado trabajo de Pezuco para mantenerle y cuidarle, un buen día desapareció de la casa, huyendo de la soledad y del tedio.

Lloró Pezuco, pero se dijo al fin para consolarse: «Vaya, sacrificaré otro dedo y haré que éste sea hija, y no hijo.» Y practicada la referida brujería, surgió de ella una linda moza, y ocurrió lo propio; un buen día, al cabo de un año, al tornar Pezuco á su hogar, hallóse con que la moza había desaparecido. Torna á otro y luego otro, hasta que, al cabo de algunos años, se halló con que cuantos hijos habían aparecido en la ceniza del hogar, otros tantos, no bien se vieron sabedores del arte de vivir, huyeron de aquella casa, en la cual no veían á nadie sino á Pezuco que, rendido y malhumorado, tornaba por las noches de su rudo trabajo.

Pezuco se vió, pues, manco, inútil y sin hijos; amargado fieramente por el más fiero desengaño, el de la ingratitud, que fué el origen de la espantosa locura del loco Lear.

—¡Oh maldita hada! ¡Quiera Dios que purgues los pecados de tus malas artes! gritaba Pezuco en el delirio de su furiosa desesperación. ¡Aquí me ves viejo, enfermo, manco y sin hijos!

—¡Calla, necio! Me pediste hijos, é hijos has tenido; pero ellos huyeron en busca de un inmenso bien que tú, egoísta, no podías darles. En busca del amor, sin el cual no hay familia posible.

—¡Vive Dios, que les di pan, luz, abrigo, y les enseñé á ganar la vida! ¿Qué más querían?

—Huyeron en busca del amor, en busca de sus madres; morirán de seguro, si averiguan que son hijos de brujería y que no han tenido madre.

JOSÉ ZAHONERO.

Á PROPÓSITO DEL CRIMEN

LA OPINIÓN PÚBLICA

—El autor indudablemente ha sido...
—¡Calle usted, por Dios! Quien ha sido la que...
—Perdone usted; yo creo...
—Por el contrario, yo no dudo que...

—Atrás. ¿Es usted perito?
—Pedrito, querrá usted decir; yo me llamo Pedrito.

Porque es lo que ellas dicen: Si la *Henginia*...

—Periodista, hombre, periodista. ¿No lo está usted viendo?

—Usted me diga: ¿Cuándo declaramos las testigas?

Á PROPÓSITO DEL CRIMEN

—¿Cómo va eso?
—Bien; mañana terminamos el juicio.
—Pues ¡buenos van á estar ustedes sin juicio!

—Y usted, ¿qué opinión tiene de...?
—¿Yo? ¡Cantonal, como hace veinte años!

NOCTURNOS

DESDE EL BOULEVARD

ICTORIANO Sardou se ha desquitado en el *Gymnase* del fiasco del *Vaudeville.*

Belle-Maman es el primer éxito verdad de esta temporada teatral parisiense, tan escasa en novedades realmente dignas del aplauso del público y de los elogios de la crítica.

Nos quejamos, y con sobrada razón, del lastimoso estado de nuestro teatro, y tenemos el feo vicio de comparar siempre nuestro país con los extraños para buscar ejemplos y predicar en pro de todas las rehabilitaciones, sean políticas, literarias ó morales.

Y como generalmente hacemos esto sin salir de los alrededores de la Puerta del Sol, no nos preocupamos en averiguar más que lo bueno de fuera de casa.

Así, en materia de literatura dramática, por ejemplo, y ya que viene al caso, decimos, y sigue sobrándonos la razón:

¡El teatro está perdido en España!

Apenas si se cultiva la buena comedia; no sale un drama para un remedio; los teatros que no reparten por raciones su mercancía, compuesta de telones, música traída y llevada, y pantorrillas sin formas sociales, arrastran una existencia precaria y miserable.

Cuando salimos de los arreglos del francés, caemos en los desarreglos de lo flamenco.

Todo esto es verdad; pero, á lo mejor, sale mi querido amigo Leopoldo Cano y nos da una *Gloria* que nos transporta á la *ídem* ó viene D. José Echegaray y nos da un drama de esos que se traducen al alemán *gratis* y sin que ni el mismo D. José se entere. O, en otro género, el inmenso Vital Aza nos pone un *Sombrero de copa*, que viste mucho al repertorio cómico; ó Miguel Ramos nos regala un *Señor Gobernador* que ya lo quisieran como *prefecto* del Sena.

Lo cual no impide que sigamos, ó sigan, exclamando:

Comparen ustedes nuestra escena con la escena francesa; ¡aquello es producir bueno y abundante; aquello sí que es teatro!

Si los que así hablan llevaran un año de vivir aquí y seguir el movimiento, ya variarían de opinión.

Amén de haber quebrado tres teatros; aparte de que los cafés conciertos, que ofrecen al público, entre *bock* y *bock* de una cerveza cuya composición química no hay sabio que la haya podido descubrir, canciones insulsas ó indecentes, y piececitas más insulsas y menos decentes aún; sin contar con que la Comedia francesa no ha estrenado más que la *Pepa*, de Meilhac, que no gustó, ni podía gustar, porque era malita de veras, y ha vivido del repertorio, como los demás teatros serios; aparte de todo esto, ¡válgame Dios y qué centenar de comedias imposibles se han estrenado en un año en este París!

Y en cuanto á lo culto del espectáculo, con decir que una de las últimas obras estrenadas tenía como lugar de la acción del segundo acto una casa de lenocinio, y que el público está tan *hecho* á estas cosas que no protestó, creo que hemos dicho bastante.

De modo que bueno es trabajar por el lustre y regeneración de la escena española; pero ¡no comparar, que está feo!

—

Naturalmente, así como en España se presentan los casos laudables citados, aquí también, de cuando en cuando, sale un maestro y acierta.

Y este es el caso de Sardou con *Belle-Maman*, comedia chispeante de gracia é ingenio, tanto en las situaciones como en los diálogos, de mucha novedad en el asunto y ¡oh prodigio! sin escabrosidades, sin *vengadoras*, sin maridos *predestinados*, ni palabras de esas que hacen ruborizar á un gendarme.

Las hijas de familia pueden ir impunemente al *Gymnase.*

Belle-Maman es la mosca blanca de las suegras: simpática, de buen humor, agradable y guapa.

En fin, una suegra por la cual le han dado ya los alemanes á Sardou 25.000 francos. ¡Cualquiera daría eso y mucho más por librarse de la suya!

Si comedia hay que merezca ser transportada á España, es ésta sin duda ninguna.

Ahí dejo esa idea para Emilio Mario, en cuyo teatro encajaría divinamente *Belle-Maman*, y cuya compañía, y él en primer término, la harían probablemente mejor que los actores del *Gymnase.*

¡Y cuidado que la hacen bien!

—

Se acerca el gran día.

La Exposición universal se abrirá el 6 de Mayo.

París se prepara á esta gran fiesta, y procura darse buen ver esperando la visita de los extranjeros.

Todas las tiendas se hacen la *toilette.*

Los cafés se lavan la cara.

Las estatuas se lavan los pies.

El *Grand-Hotel* se ha dado ya polvos de arroz, y sus cuatro fachadas resplandecen de blancura.

El sol, que tan desdeñoso suele mostrarse con esta población, le hace ahora una visita diaria, annque suele ser corta, como para acostumbrarse á París y venirse á pasar aquí la primavera y el verano.

La torre Eiffel va llegando á su mayor edad, y sólo necesita algunos detalles de decoración para estar completamente terminada.

Conque vayan ustedes preparando el bolsillo para darse por aquí una vueltecita; porque, eso sí, los van á ustedes á desollar vivos en estos seis meses.

Y á los que vivimos en París de ordinario, ó de fino, también, que es lo que más siento.

—

Como la Exposición celebra el centenario de la Revolución, ha degenerado en verdadera manía la afición á las reproducciones retrospectivas y á los recuerdos de antaño.

Entre este género de trabajos, es uno muy curioso el que realiza el *Fígaro* repasando los primeros años de colección y reproduciendo lo más escogido de los mejores escritores que en ese periódico colaboraron.

No resisto á la tentación de terminar esta Crónica con una anécdota de las que desentierra en su último *Suplemento.*

Dice así:

«Con motivo de la fiesta del patrón del pueblo ***, reuniéronse en casa del párroco los curas de cinco pueblos inmediatos.

Durante la comida suscitóse discusión sobre un punto litúrgico, y ninguno de los padres dábale solución satisfactoria.

—Un breviario nos sacará de dudas, dijo el anfitrión.

Los cinco convidados se echaron mano al bolsillo...; pero todos habían olvidado el breviario en su pueblo.

Momentos después el ama del cura ponía en la mesa una botella de vino, cuya edad venerable atestiguaban las telarañas de que estaba cubierta.

—Dame el sacacorchos, dijo el amo de la casa.

—Señor, no parece por ninguna parte, respondió el ama toda compungida.

Aún no había acabado la frase, cuando cayeron sobre la mesa *seis* sacacorchos.»

Cada *pater* traía uno en el bolsillo, excepto el cura de Z..., que llevaba dos á prevención.

BLASCO.

París 28 de Marzo de 1889.

LA EXCEPCIÓN

Estaban don Abundio y su consorte
queriendo descifrar *La Competente,*
cuando al solaz dió su hijo Luis un corte
al entrar dando gritos de repente:
—¡Papá!... ¡Mamá!...
—¿Qué es eso, Luis?
—¿Qué es eso?
¿No te he dicho que no has de ser travieso?
—Los niños bien criados
cuando hablan sus papás, se están callados...
—Sigue, Abundio.—Y la madre, muy contenta,
oyó hasta el pie de imprenta.
En tanto el niño, con la faz adusta
quedó sobrecogido,
hasta que dijo el padre:—¡Así me gusta!
Ahora que ya acabé, ¿qué ha sucedido?
—Que ha roto el grifo de la fuente, Blasa,
y, cuando vine, un charco era la casa.
Hay muchas ocasiones
en que sientan muy bien las excepciones.

CALIXTO NAVARRO.

Cómicos y fantoches.

pongo primero á los cómicos para no herir susceptibilidades; pero ya verán ustedes cómo al final convienen en que tengo razón, y en que he debido decir: «fantoches y cómicos.»

Es el caso que una de estas noches pasadas tuve ocasión de trabar conocimiento con los apreciables fantoches Holden, que se exhiben, para bien del arte, en Price, y que una vez vistos, hube de sumirme en hondas meditaciones, cuya resultante (¡que esté bien empleada esta *cuya*, Dios de Israel!) expongo al respetable público por el corto interés de quince céntimos.

En primer término: pongo aparte media docena de cómicos buenos, óptimos si ustedes quieren. Estos seis son... Fulano. Zutano, Mengano, Fulanito, Zutanito y Menganito. Los cito por sus nombres propios, para que no se me cuelen los demás, los carneros de Panurgo, contra quienes va dirigida la presente. Porque aquí, en cuanto alguien habla del *vulgum pecus*, el que más y el que menos se echa fuera, pensando con encantadora modestia: «Esto no va conmigo».

Pues sí que va con usted, señor mío, y usted es el primero que debe de leer con atención lo que sigue, y enmendarse, si lo de usted tiene enmienda por alguna parte, que yo afirmo que no, con permiso del Ordinario.

Los fantoches de Price han venido providencialmente, porque han venido á regenerar el arte, el cual arte (¡si habré debido decir *cuyo*, Dios mío!) anda por los mismos pies de los caballos.

Vean ustedes si es verdad lo dicho.

En la *compañía* de fantoches hay dos actores apreciabilísimos, modelos de verdad, de realismo escénico y de *dignidad artística*. Por tener, hasta tienen nombre; se llaman lord Pump, y el criado de lord Pump.

Pues este lord y este criado hacen lo siguiente:

Andan por la escena con soltura y con naturalidad.

No hacen que tropiezan en el forillo, para que se ría el buen público alto.

No miran á los palcos ni á las butacas para ver cómo andamos de entrada.

No guiñan el ojo al palco de autores, como quien dice: «Qué morcilla he metido á los morenos, ¿eh?»

No tropiezan tampoco en el bastidor cuando hacen *mutis* para regocijar al consabido público de buena pasta.

Están constantemente dentro del papel y de la situación.

Y, sobre todo, ¡no hablan!

Díganme ustedes cuántos actores conocen que lleguen á tanto.

—

Ni á la centésima parte de lo dicho.

Porque no es solamente lo apuntado. Hay más en el mundo de los fantoches.

Estudiando con mediana atención el cuadro cuarto de la pantomima *La beldad y la bestia* (este título me sabe á demonios), se echa de ver en seguida que lord Pump es, como *actor*, inferior á su criado. No tiene aquél los recursos, el arte, supremo en las ficciones escénicas, del gesto, ni la oportunidad en los movimientos, ni otra porción de perfiles que tiene el criado.

Pues bien, queridos cómicos españoles; preguntad á Holden, como lo he hecho yo, y él os dirá que el criado de lord Pump está contento con su suerte y con su categoría; que jamás se ha quejado por habérsele asignado el modesto papel de lacayo, del que tantos efectos saca y con el que logra oscurecer á lord Pump, que no ha pedido papeles de duque ó de príncipe *delaisé*, y, lo que vosotros no haríais aunque os majaran vivos, que nunca ha pedido aumento de sueldo, ni impresión de su nombre con letra más gorda en los carteles.

Tomad ejemplo en este maravilloso artista.

—

Perdonen las discretas actrices de la *compañía* Holden si hablo de ellas en segundo lugar; pero si el hacer comparaciones tratándose de ellos es ocasión de rozamientos y susceptibilidades, tratándose de ellas el hecho toma proporciones gigantescas.

Repito lo dicho al principio: pongo aparte la media docena de actrices de verdad, y cito sus nombres propios para que las demás no se cuelen de momio: Fulana, Zutana, Mengana, Fulanita, Zutanita y Menganita. Fuera de éstas, oigan las demás y aprendan.

Como en toda compañía bien organizada, hay en la de Holden un cuadro lírico, en el que figuran dos actrices, cuyos pies beso, como manda la hidalga galantería española.

Estas dos actrices no figuran en los carteles con sus nombres, omisión que lamento, porque me priva del placer de pasar sus nombres á la historia del arte, y que por otra consideración celebro como rasgo de modestia que no tendrá imitadoras.

Las dos, según mis noticias, reunen las excelentes prendas de carácter que adornan á todos sus compañeros. No se sabe de ellas que hayan pedido jamás gollerías á Holden, ni coche para ir al ensayo, ni *plus* de nómina para trajes, ni beneficio con elección de obra á fin de temporada.

No son las dos actrices muy bonitas que digamos (todo debe puntualizarse si es cierto); pero á pesar de esto, y siendo hembras, y, por serlo, frágiles, nadie en la compañía ni fuera de ella ha podido murmurar de la sólida reputación de ambas señoritas.

Y esto sí que es una rareza por acá, donde tan dados somos á dudar del prójimo y de la prójima.

Verdad es que las dos *misses* de Holden se limitan á tocar el arpa una y el piano la otra, retirándose luego con modestia y honestidad sumas, sin acudir, para lograr el aplauso, al meneo bayaderesco de caderas, ni á la vuelta rápida que permite echar fuera un momento las pantorrillas.

No se sabe de ellas que ni una sola vez se hayan arrinconado detrás de los bastidores para hablar con los abonados ni con nadie, ni que hayan hecho en su cuarto tertulia de adoradores, ni que entre el público hayan distinguido á éste sobre aquél.

—

Todo el mundo en aquella compañía merece y acata la autoridad suprema de Holden; nadie rechaza un papel porque sea más corto que otro, nadie se niega á trabajar con un compañero porque no pueda verle ni pintado, ni hay quien exija á los autores que modifiquen, cambien ó supriman cosa alguna en una obra.

Este admirable concierto y regimiento de la complicada *troupe* es verdaderamente extraordinario.

Salí tan convencido de ello y de que hay que poner en orden esto de los teatros, que busqué á un amigo mío, diputado de la mayoría que aún no ha roto á hablar desde los comienzos de la primera legislatura, y le dije:

—Te traigo la ocasión de hacer *un acto*, amigo Salmonete.

—Eres mi providencia, Calibán.

Se trata de una proposición de ley.

—¿Algo contra Gamazo?

—No.

—¿Contra Jove y Hevia?

—Menos. ¿Quién se acuerda en el mundo de Jove y Hevia? Nadie. Se trata de los cómicos.

—¡Hombre!

—Toma y lee, Salmonete.

Le entregué la proposición, que quedó en estudiar, y ya sé á estas horas que en cuanto acabe de averiguarse si el Ayuntamiento es una calamidad, Salmonete presentará y apoyará (si no se corta) la proposición, que es como sigue:

«Artículo 1.º Se declara comprendidos en la ley de extinción de langosta á todos los cómicos no incluídos en la relación adjunta. *(Esta relación lleva los doce nombres apuntados más arriba.)*

»Art. 2.º Se suprimirá la subvención del Teatro Real, y se destinará á la compra de la gasolina necesaria para la total extinción de la plaga.

»Art. 3.º En lo sucesivo, los teatros nacionales formarán compañías de *fantoches*, probadamente superiores á los cómicos que son objeto de esta ley.

»Art. 4.º El Sr. Moret quedará encargado de mover los hilos con su competencia y actividad universalmente reconocidas.

»Palacio del Congreso, á tantos de tales mes y año.

»*Salmonete.*»

—

Una vez conseguido esto, será ocasión de hacer lo mismo ó algo parecido con el *ramo* de autores.

Porque aunque el Diccionario llama *autor* al que compone una obra *literaria*, es evidente que los que sobran son los que no han hecho en su vida una obra *literaria*.

Y hay que distinguir.

CALIBÁN.

Menudencias.

No ha habido esta semana motivo para hacer *Impresiones teatrales*.

Debutó Gayarre con el éxito de siempre, y fué *La Africana* una ovación no interrumpida para el tenor navarro.

Hubo quien dijo que Julián venía con menos facultades que antes; pero él se ríe con sus buenos pulmones y su garganta privilegiada de estas cosas que hacen correr cuatro afónicos.

Sea por muchos años, Julián.

—

Publicaciones:

Cabecitas rubias, de Navarro Reza, se titula el nuevo tomo de la *Colección contemporánea*, y es una nueva prueba del estilo brillante y colorista de nuestro distinguido colaborador. Precio: *una* peseta.

E. Rubiños, imp., plaza de la Paja, 7 bis.

¡AVE MARÍA PURÍSIMA!

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
6 de Abril de 1889
NÚMERO 27.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

AGUSTÍN QUEROL

Es uno de los que figuran en la vanguardia del arte.

Su grupo de *La Tradición* fué premiado en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, y marcó en la carrera de Querol una brillante etapa.

Su reciente grupo *Sagunto* ha confirmado las esperanzas que hizo concebir Querol, y mostrará en el certamen de París, al que va á ser enviado, lo que valen nuestros escultores.

En algo se nos ha de hacer justicia fuera de casa.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

El crimen de la calle de Fuencarral...

Sin querer, sin darme cuenta de ello, se han deslizado las palabras anteriores de los puntos de la pluma.

Esto es una pesadilla, una obsesión; nadie habla en Madrid de otra cosa.

Y como yo no sé sustraerme á la influencia general, y como á pesar mío tendría que darles á ustedes una Croniquita, sazonada con las declaraciones de Ramos Querencia, y las interrupciones de Higinia Balaguer, he ideado un medio para cumplir mi compromiso, y no repetir á ustedes lo que de seguro saben de memoria.

Contarles un cuento.

Es decir, un sucedido.

Que es éste.

—

¿Conocen ustedes á la señora de Calabazote?

¡Qué fina, qué elegante y qué simpática!

No es precisamente lo que se llama una mujer hermosa, pero es bastante bonita, tiene un timbre de voz muy agradable, y unos ojos grandes, oscuros, expresivos, y que *juega*, permítasenos la frase, de un modo magistral.

¡Hay en su mirada promesas, recuerdos, intimaciones..., esperanzas..., todo!

Aquellos ojos son el mejor, casi el único atractivo de su cara.

Pero es un atractivo de primer orden.

Morena, pelinegra, de boca un poco grande, pero con dientes blancos, menuditos, igualitos, rojos y algo gruesos los labios, rojo nido de apasionados besos; con la naricita un si es no es remangadilla, con ventanillas movibles, sensuales; pequeña la oreja..., muchos y abundosos rizos en la morena nuca... y un dejillo andaluz, especie de eceso dulce y cariñoso, que seduce, que encanta, que fascina...; alto el seno, la cintura esbelta, las manos primorosas y los pies chiquirritines, arqueados... pies de andaluza, en fin, calzados siempre de un modo maravilloso... tal es la señora doña Pepita de los Arcos, esposa del probo é inteligente empleado en Correos, Onésimo Calabazote y Lanzaroma.

Y tal cual es, tenemos el gusto de presentarla á ustedes antes de referirles uno de los episodios más dramáticos de su vida, ocurrido á Pepita el verano pasado, el cual hemos oído de los mismísimos labios de la interesada... aquellos labios gruesecillos y colorados, de que hablamos hace poco.

Por supuesto, que la de Calabazote nos refirió la cosa en secreto, y suplicamos á nuestras lectoras que nos guarden la más profunda reserva sobre el particular; y si algún día, por casualidad, se encuentran á la susodicha señora en alguna oficina pública, ó privada, que sería muy fácil, no se den ustedes por entendidas.

Hechas estas salvedades, entremos en materia.

—

Acababa de ocurrir uno de esos cambios políticos tan frecuentes en este país del pan caro, los oradores distinguidos y los brigadieres de cuartel, y un elocuente diputado se había encargado de la Dirección general de Correos y Telégrafos.

Y allá fueron credenciales y cesantías, donde el nuevo director tenía compromisos ó afecciones; y allí fué el alegrarse de unos y el mesarse los cabellos en medio de mayor la desesperación los otros.

Uno de los que se mesaban los cabellos por aquel entonces era el bueno de D. Onésimo.

El nuevo director le había dejado cesante de una sola plumada.

Cuando el oficio fatal cayó como una bomba sobre la mesa del comedor, los esposos Calabazote estaban almorzando en aquel momento histórico. Onésimo lanzó una exclamación de dolor y de rabia: una espina de besugo se le había clavado en el paladar, al mismo tiempo que sus ojos azorados recorrían el fatídico documento.

—¡Estamos perdidos! ¡Me ahogo! ¡Me han dejado cesante! A ver si puedes sacar...

—¿Otro destino?

—Esta maldita espina, mujer.

—Procuraré sacarte las dos cosas.

—¡Oh! Ya conozco lo mucho que vales... ¡Si no fuera por tí!... Pero, no aprietes tanto, que me haces daño.

—Las espinas y los nombramientos no son fáciles de sacar, querido Onésimo. En fin, probaré. Abre bien la boca. ¿Cómo se llama el nuevo director?

—¡Ay! D. Restituto.

—¿D. Restituto? No hagas nada, y cierra los ojos.

—¿Cómo que cierre los ojos?

—Es que voy á meterte las pinzas para sacarte la espina. ¿Don Restituto, qué?...

—Melastimas.

—¡Vaya un apellido raro!

—No es eso; digo que me haces daño. El Director se llama Castellanos.

—No le conozco; pero buscaré una recomendación para él, y en cuanto la encuentre... ya tienes la espina fuera.

—¡Dios te lo pague!

—Voy á vestirme y á ponerme en campaña. Estas cosas, en caliente.

—Sí, hija mía, sí; antes que se aprovechen otros.

Y D. Restituto se quedó en casa ocupado con la máquina de calar, haciendo una primorosa rinconera, mientras Pepita, vistiendo su más elegante traje, con el sombrero de las grandes ocasiones y el *en-tout-cas* de las grandes ceremonias, se lanzó á la calle con el propósito de colocar de nuevo al bueno de D. Onésimo.

¡Lo que ella se movió aquel día!

Diputados, senadores, secretarios particulares, directores generales... periodistas... todos fueron puestos á contribución por la infatigable Pepita, y al fin, á las once de la noche, cansada, mas no harta, de aquél tráfago insoportable, entraba en el despacho del nuevo director, provista de catorce tarjetas respaldadas, y cinco ó seis cartas de recomendación.

Recibida inmediatamente por el galante funcionario, no hizo más que aparecer y le miró, le miró con aquellos ojos incomparables, subió la oscura pupila entornando los párpados, sonrió, y tomó asiento.

El director tomó la actitud más galante que le fué posible, y sin apartar sus ojos de la de Calabazote, se informó de su pretensión.

¡Con qué arte, con cuánta maestría mostró los méritos de su esposo, y aun los suyos propios, ante el fascinado funcionario!

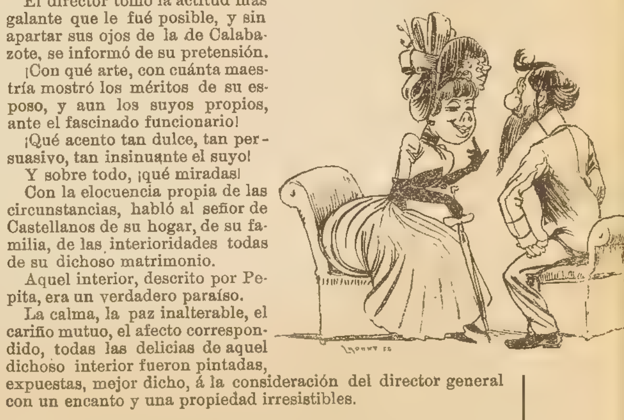
¡Qué acento tan dulce, tan persuasivo, tan insinuante el suyo!

Y sobre todo, ¡qué miradas!

Con la elocuencia propia de las circunstancias, habló al señor de Castellanos de su hogar, de su familia, de las interioridades todas de su dichoso matrimonio.

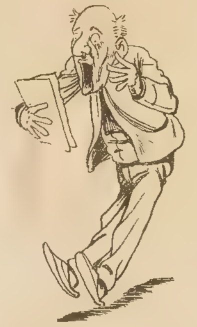
Aquel interior, descrito por Pepita, era un verdadero paraíso.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistibles.



El buen hombre estaba ya mareado con tanto interior.
Aquellas interioridades surtieron, sin embargo, su efecto.
Sintióse incapaz de desairar á la hermosa solicitante.
Oprimió el botón del timbre y llamó al jefe del personal.
Conferenció breves instantes con aquel subalterno, y pocos minutos después la cosa estaba terminada.
—¡Oh! ¡Qué hermoso y qué pacífico interior el de su hogar de usted, señora! murmuraba poco después, embelesado aún con el relato, el nuevo director.

Presentóse al poco rato el jefe del personal otra vez, y puso en manos de su jefe la credencial solicitada.
Este la encerró en un elegante sobre con el membrete de la Dirección, y á su vez la puso en manos de la señora.
Pepita estaba radiante. Sus hermosos ojos demostraron todo lo profundo de su agradecimiento.
Abandonó rápidamente el Ministerio y dirigióse á su casa, donde Onésimo la esperaba trabajando concienzudamente en su máquina de calar.
Pepita arrojó triunfalmente la credencial sobre la mesa, y exclamó con aire victorioso:
—¡Como se pedía!...
El esposo abrió temblando el papel, lo recorrió ávidamente con espantados ojos, y lanzó un grito desgarrador.
—¿Qué es eso? interrumpió Pepita asustada.
—¡Mira, una credencial de cartero del interior!...



La de Calabazote quedó como quien ve visiones.
—¡No es posible! exclamó.
Pero tuvo que rendirse á la realidad.
El nombramiento era, efectivamente, de cartero del interior.
La equivocación era casi natural.
Tanto había hablado Pepa de su interior, que el bueno de Restituto, preocupado con la idea y los detalles del mismo, había pedido una plaza cualquiera al jefe del personal.
—No hay vacantes más que del interior, había contestado éste.
—¿Del interior? ¡Oh, magnífico, magnífico interior! ¡Muy bueno!
Y sin esperar más, el jefe había extendido la credencial.

. . . .

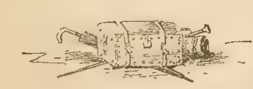
Excusamos añadir que la de Calabazote no se conformó. El error se deshizo, y consiguió para Onésimo una ambulancia, que es lo que solicitaba.
Y se la dieron, como era natural.
Y el hombre sigue tan perfectamente.
¡Siempre ambulante!

E. Navarro Gonzalvo.

AVENTURAS DE UN VIAJE

CAPÍTULO ÚNICO

DE CÓMO SE PUEDE HACER EL BUEY EN FERROCARRIL



Va á partir el tren, y una mujer encantadora y elegantemente vestida penetra en el coche.
—Dispense usted, caballero, me dice con voz dulcísima.
Yo la miro con ojos de enamorado futuro, y contesto galantemente:
—Dispensar... ¿por qué? Todo lo contrario. La soledad me aburre.
Después comienzo á ayudarla en la difícil operación de colocar en la rejilla un lío conteniendo mantas y paraguas, un saco de noche, una cesta y otros bultos no menos distinguidos.
Suena el pito del jefe de estación, la máquina lanza un resoplido, y el convoy se pone en movimiento.
—¿Va usted muy lejos? pregunto á mi hermosa compañera de viaje.
—A Valladolid, me contesta.
—Voy á tener el gusto de viajar en su compañía durante unas cuantas horas, replico.
Y desde aquel instante me considero el hombre más feliz del mundo.
Ella habla poco, y procura rehuir mis miradas ardientes; yo me agito sobre el asiento, como si estuvieran frotándome la piel con pelos del bigote de Boffil.
¡Qué bellísima criatura! ¡Qué aire de distinción! ¡Qué majestad en los movimientos! ¡Qué fisonomía tan severamente bella!
Es una señora principal. Tal vez una dama ilustre, que viaja sola por capricho, ó quizás una casada, que va á reunirse con su esposo.
¿Quién será el mortal afortunado? Algún regente de una Audiencia territorial, ó algún título del reino, ó algún ex ministro de la corona. ¡Oh feliz marido!
En las Navas ofrezco á mi hermosísima compañera un botijo de leche. Ella rechaza el agasajo con delicadeza.
—No cabe duda, digo hablando hacia adentro; es una aristócrata.
Mi ingrata desconocida abre la cesta de los comestibles y extrae un salchichón que parece una escopeta de dos cañones.
—¿Gusta usted? me dice.
Yo como una raja en silencio; después entablamos el siguiente diálogo:
—¿Es usted aficionada á los viajes?
—No, señor. Viajo por necesidad. Voy á reunirme.
—¿Con su esposo?
—No, señor; con una tía.
—¡Oh tía feliz!
—¿Por qué?
—Porque puede verla á usted todos los días.
Ella sonríe, coge un frasco del fondo de la cestita y lo acerca á los labios. ¿Qué beberá? Algún licor delicioso.
No; es vino, vino común.
También los ángeles beben vino.
Después se limpia con el dorso de la mano derecha los finísimos labios.
¡Qué genialidades las de estas señoras aristocráticas! ¿No tiene una servilleta al alcance de la mano? ¿Por qué no la usa?
No sé cómo reanudar la interrumpida conversación, y me propongo hacer nuevas preguntas. ¿Qué la preguntaré? ¡Ah, sí!
—¿Le gusta á usted el cabrito asado?
Ella se echa á reir como burlándose de mi simpleza. Tiene razón; no sé lo que me digo.
A medida que nos acercamos al término de su viaje, noto que mi razón se turba, y me siento más conmovido, más respetuoso con mi hermosa compañera.
Estoy resuelto á quedarme en Valladolid. No podré acostumbrarme á una separación violenta y terrible...
Porque yo amo á aquella mujer.
Sí, la amo...
Mi pie ha tropezado con el suyo, y ella no lo retira.
¡Dios mío! ¿Llegaré á ser amado por ella?
Después de algunos minutos de silencio, mi compañera suspira.
Aquel suspiro enciende en mi pecho una llama inextinguible; quiero levantarme é imprimir un beso apasionado en sus labios; pero tropiezo con mi maleta y voy á dar de bruces contra la ventanilla.
—¿Se ha hecho usted daño? me pregunta ella.
—No, no ha sido nada, digo yo limpiándome las narices con la mayor finura posible.
El tren marcha lentamente; nos acercamos á la estación de Valladolid. Es preciso separarnos... No; yo no quiero renunciar al amor de aquella mujer.
—Pues bien, la digo. Yo me quedo aquí.
—¿Cómo?
—Yo estoy loco de amor.
Y me arrojé á sus pies, desatándome en sonora lluvia de besos ardientes que imprimo en su mano.
—¿Qué hace usted? dice ella, tratando de incorporaserse.
Todo es inútil. Yo estoy loco.

LA ELECTRICIDAD EN SALAMANCA

—Por ver la luz vinieron, anda que anda,
estos cinco elegantes de Peñaranda.

—Alumbrado extraordinario
que pone el Ayuntamiento
para todo el vecindario.

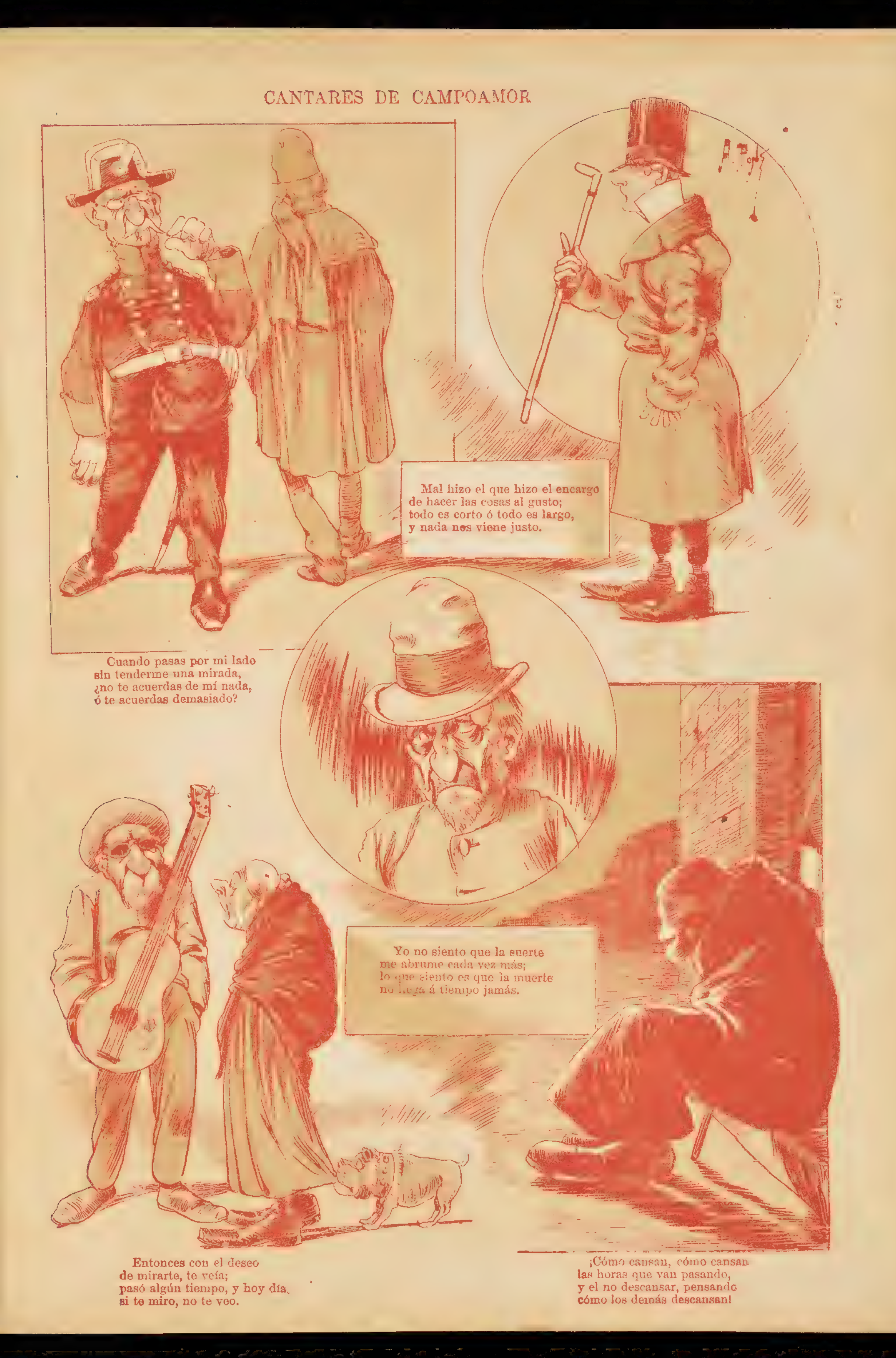
—¿De qué sirve la hermosura
si no la ven en la calle,
porque está la calle oscura?

—En cuanto oscurece,
con mil precauciones
andan por las calles
hembras y varones.

EL CONTRATISTA

—Si llamándose Luna puso esto,
si se llamara Sol, ¿qué hubiera puesto?

—¡Hombre, qué barbaridad!
¿Cómo va usted tan vendado?
—¡Es que me he descalabrado
por *mor* de la oscuridad!

CANTARES DE CAMPOAMOR

Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto;
todo es corto ó todo es largo,
y nada nos viene justo.

Cuando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada,
ó te acuerdas demasiado?

Yo no siento que la suerte
me abrume cada vez más;
lo que siento es que la muerte
no llega á tiempo jamás.

Entonces con el deseo
de mirarte, te veía;
pasó algún tiempo, y hoy día,
si te miro, no te veo.

¡Cómo cansan, cómo cansan
las horas que van pasando,
y el no descansar, pensando
cómo los demás descansan!

Pero en aquel momento aparece en la portezuela el revisor de los billetes, y tengo que suspender mi tarea amorosa.

Hecha la revisión, ella y yo bajamos al andén.

—Nos volveremos á ver, ¿no es cierto? la pregunté.

—Sí, dice ella.

—¿Cuándo?

No pudo contestarme, porque en aquel momento un hombre de chaqueta corta y gorrilla de seda se acercó á mi hermosa desconocida, y soltándola un par de lapos sonoros, la habló así:

—Sabía que llegabas y he venido á esperarte, ¡so pendón! y te voy á señalar la cara *pa* que otra vez, cuando te marches, no me dejes sin recursos.

Yo tuve que apoyarme en un guardia civil para no caer desmayado, y entonces oí decir á un empleado de la línea:

—Es la *Moño torcido*, que se escapó á Madrid con un comisionista y la estaba esperando su *gaché* para encenderla el pelo.

Luis Taboada.

Tribunales extranjeros.

(Cualquiera sesión).

Se abre (ella sola) á las dos, entran los procesados, se sientan y tosen los abogados, y en seguida abren los ujieres las puertas.

En las primeras filas de bancos está lo mejorcito de la alta sociedad de Cursípolis; la marquesa de Tal, de faya color académico y tableado de *surah* blanco; la *espiritual* condesa de Cual, cuyo hermoso busto se destaca entre los vuelillos de encaje de Inglaterra; la dulcísima baronésa de Menganez, vaporosamente vestida con un elegantísimo traje estilo Directorio; el interesante vizconde de Besuguez, que no cesa de mirar á todas partes con el monóculo, etc., etc.

La sesión está, pues, *au grand complet*, y el cogollo de la *high life*, la *crême* del *copurchic* y el *superchic* se destaca *épatante* y *ravissante* en la sala.

Acomodado todo el mundo, se deja entrar á cuatro peleles, que los ujieres colocan en el último banco á mojicón limpio.

Como el lector no tendrá tiempo para leer la prensa extranjera, creerá, al leer los nombres de los asistentes y de las *asistentas*, que el crimen de la plaza de Chambéry (Saboya) obedeció á la pasión de los celos, ó del amor contrariado, ó de la venganza. No; el crimen es de lo más vulgar y ordinario de que tienen ustedes idea.

A las doce en punto de la noche del 36 de Enero de 1893, los agentes de la autoridad vieron en la plaza supradicha al acusado, con una canasta en la cabeza. Interrogado para saber qué llevaba en ella, y de averiguación en averiguación, se supo que el perillán había matado á su amo, primero, y que luego lo había descuartizado, y que en seguida había convertido la primera materia en embutidos que llevaba á la salchichería de un amigo para su venta cuando fué cogido.

La causa formada hizo más ruido que dió Barceló por la mar; unos cuantos ciudadanos de Chambéry, salchicheros ellos, se indignaron por la concurrencia que estuvo á punto de hacerles el mocito encausado; tomaron el caso con gran calor, y se mostraron parte. El acusado empezó por decir que él y otro habían hecho aquel ensayo de *charcuterie;* luego dijo que fué el otro, y más tarde que él solo, pero por puro amor al arte de la salchichería nacional, sin miras interesadas, vamos.

Resultado: que todo Chambéry se volvió loco durante unos meses con aquello, y que ante el Jurado compareció el acusado, más otros cinco ó seis que no se sabe cómo también se enredaron en la causa.

Y como mi objeto al traducir algo de esto no es más que el de que vean los lectores lo bien que se las componen en Chambéry para sacarle la verdad del cuerpo al más listo, allá va una sesión:

—

El presidente, al acusado:

—¿Usted estuvo el 35 de Enero, á las seis y diez minutos, en tal parte?

—No, señor; fué á las seis y nueve minutos.

—Y diez minutos.

—No, señor; nueve minutos.

Un abogado:

—Consta que el acusado no estuvo á las seis y diez minutos ni á las seis y nueve minutos en ese sitio; fué á las seis, nueve minutos, treinta segundos, ni uno menos.

Otro abogado:

—¿Qué reloj usa el acusado?

—Uno muy viejo que me dió una tía mía cuando salí del sarampión.

—¿Cronómetro?

—No, señor; barómetro... vamos; que se le da cuerda por detrás.

Un abogado muy enredador:

—Considero indispensable para el descubrimiento de la verdad preguntar al acusado qué fué lo que hizo inmediatamente después del asesinato.

El crimen de la Plaza

DE CHAMBÉRY

—El embutido.

—Ya consta en autos. Lo que quiero saber es qué clase de embutido confeccionó el acusado.

Otro abogado, con mucho fuego:

—¡Esa pregunta es impertinente!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Qué sé yo!

(Bronca entre la distinguida concurrencia. El presidente manda desalojar).

—Señor presidente, dice un abogado: yo ruego á su señoría que para lo que les falta por oir á esas señoras, revoque su orden, ya que las pobrecillas no han venido á otra cosa.

—Si el público me da palabra de ser juicioso...

(El público accede, los caballeros jurando por el puño de su espada y las señoras levantando el dedo. Se restablece el orden.)

—Conteste el acusado. ¿Qué clase de embutido fué?

—La verdad, yo no estaba entonces para pensar en esas cosas; pero creo que me salieron longanizas.

—Que entren los peritos.

(Entran los acreditados salchicheros A. B. y C.)

—Digan los peritos qué opinan del contenido de la canasta encontrada con el acusado.

—Que es muy difícil determinar á qué género de nuestro *ramo* pertenecía lo que se nos enseñó; pero que, según nuestro modo de ver aquello más parecían chorizos que otra cosa.

Los llamados se retiran, y empieza el examen de los 7.960 testigos llamados á declarar.

—Y usted, ¿qué es?

—Yo era el zapatero de la víctima.

(Expectación).

—¿Sabrá usted de qué pie cojeaba?

—Del izquierdo.

Un abogado:

—¿Pues cómo declaró usted antes que del derecho?

—No vale: digo que del izquierdo, conforme se entra á mano izquierda, vaya.

Otro abogado:

—Antes de irse el testigo conteste á una pregunta importantísima. ¿De qué sistema eran las zapatillas que gastaba la víctima?

—De doble sistema, vamos, de orillo, cruzadas de babucha moruna.

El abogado interrogante se atusa las patillas como diciendo: «Qué preguntita, ¿eh?»

Otro testigo:

—¿Qué es usted en el mundo?

—Nada, aunque me esté mal decirlo.

—¿Ha sido usted procesado?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Por haber hecho á un amigo el favor de dejarle viudo.

—Bueno: ¿usted vió al acusado tomando chocolate con mojicón en su celda la noche del crimen?...

—Sí, señor; pero el mojicón era ensaimada.

Un abogado:

—Hay cincuenta y dos testigos que vieron el mojicón.

El testigo, con dignidad:

—Señor presidente, yo soy incapaz de mentir; mi conciencia...

(Recuérdese que el testigo está procesado por hacer *aquel favor* á un amigo.)

—Bien, en qué quedamos: ¿fué mojicón ó qué?

—Le diré á V. S. El comió ensaimada, pero el mojicón se lo dió el vigilante.

—¡Otro testigo!

(Este testigo es uno de los que más interés inspiran. Los salchicheros asociados esperan con gran interés su deposición, y el público todo tose por anticipado, para no perder ripio.)

—Vamos á ver: ¿usted qué sabe?

—¿Yo? Todo.

¡Hola! Diga el testigo.

—Pues verá V. S. y la serenísima Sala:

El día del crimen vino el acusado á vernos á mí y á otros concurdáneos, y nos dijo: Acabo de mechar al señorito.—¡Cómo! dijimos todos.—Dándole un volapié en los mismos rubios.—¡*Cuidiao* con el hombre! dije yo; ¿y cómo ha sido eso?—Pues como lo digo, contestó.—Después se fué á otro grupo y empezó á sacar billetes del Banco.

—¿Y qué más?

—Pues verá V. S. y la serenísima Sala:—Yo lo vide todo; el acusado empezó á hacer particiones; cien mil francos para el señor Obispo...

—Repórtese el acusado y mida la gravedad de sus palabras.

—Yo soy un hombre *dino* y no miento. El señor Obispo tomó por el negocio cien mil francos; el Gobernador otro tanto, vuestra señoría (dirigiéndose al presidente), cincuenta mil, y el resto el Verbo divino.

El Presidente, poniéndose serio:

—Y usted, ¿no ha tomado nada?

—¿Yo? Yo sólo he tomado unas tintas antes de venir, porque tengo el estómago delicado.

—

De buena gana seguiría traduciendo, pero el sitio es menos grande que el espacio de que dispongo.

Pero sepa el lector que al final de los debates no se sacó nada en limpio.

Y ahora, ¡digan ustedes si hay en el mundo gente que sepa sacar mejor la verdad del cuerpo!

Me parece.

CALIBÁN.

COSAS DE AYER

FRAGMENTOS DE UN POEMA INÉDITO

¡Sabes que hace ya tiempo, muchos años,
sintiendo en lo más hondo de mi alma,
esclava de tu amor, los acres dejos
de horribles desengaños,
y ansioso, en fin, de conseguir la calma,
marché lejos, muy lejos...
Recorrí medio mundo; de manera
que, al recordar ahora
lo que vi en mi carrera
pasar con rapidez deslumbradora,
no acierto bien á definir si aún vivo
en aquel *mare mágnum*; pero siento
un cansancio, al presente sin motivo,
que me enerva y confunde el pensamiento;
y es sin duda que, á fuerza de violento,
llega el cansancio á ser retrospectivo.
Como enjambre de mágicas visiones,
cruzan ahora ligeras por mi mente
sucesos y costumbres y naciones
que se borran después rapidamente.
Ya la línea monótona de tierra
que corta el rail, por el que el tren avanza
con un chirrido ensordedor que aterra;
ya la gigante y tortuosa sierra
que los torrentes de su cumbre lanza;
ya el mar que ruge, y en las peñas choca
con indomable brío;
ya la entrada del túnel negro y frío
que parece un bostezo de la roca...
Aquí la pobre aldea
que en santa paz con el trabajo vive;
más lejos la ciudad engalanada,
cuyo tumulto atronador marea,
y que, orgullosa, exhibe
lo augusto de su pompa codiciada...
Las ruinas de colosos que cayeron;
los gérmenes de fuerzas que ya apuntan;
la guerra atroz de los que amigos fueron;
la hermosa paz que á los contrarios junta...
Ya el frío ambiente, á lo glacial cercano;
ya el sol del mediodía en el verano;
á un lado la honradez, á otro el pillaje;
aquí la majestad del cortesano;
más allá la rudeza del salvaje...
Monumentos grandiosos,
que vivirán mientras el sol alumbre,
y chozas de cimientos tan ruinosos
que apenas si sostienen la techumbre...
La dura esclavitud... el poderío...
¡todo ese mundo que formó el aliento
de un Dios poeta, y á su voz atento,
congelóse después en el vacío!...
....
....

Y, algo más débil, la pasión tirana,
que antojóseme, al fin, una quimera,
después de unos seis años de carrera,
descansé en la ciudad napolitana...
Y ¡cosa singular!... hallé el sosiego
que á un abrasado corazón conviene,
en una tierra que en su fondo tiene
olas inquietas de constante fuego...
Como soy, aunque zafio, un poco artista,
al hacer que el recuerdo ante mi vista
ponga aquella ciudad extraordinaria
envuelta entre brillantes resplandores;
mi mente, ya de suyo visionaria,
se eleva á unos espacios ideales,
oye en torno fantásticos rumores,
y se agita nerviosa entre raudales
de luz intensa y roja
que sobre un grupo de fragantes flores
su claridad á intérvalos arroja...
Porque así es la ciudad donde he pasado
el tiempo más feliz de mi existencia:
un frondoso jardín iluminado
por fuerte y singular florescencia.
Ciudad alegre, donde el dulce efluvio
del naranjo, al que abruma
el grato fruto, al ascender perfuma
la rojiza humareda del Vesubio.

LUIS DE ANSORENA

A una niña.

Tú subes al alto cerro,
yo á lo hondo del valle bajo;
tú vives aún de ilusiones,
yo muero de desengaños.

—

Vas á ver salir la aurora
yo voy á ver el ocaso,
tú vas de prisa y riendo,
yo voy llorando y despacio.

Tú quieres hallar la dicha,
yo sólo anhelo descanso:
¿qué mucho que al ir te engañes
si yo á la vuelta aún me engaño?

—

Me da pena verte alegre
y á ti risa ver mi llanto...
También yo reí al subir.
¡También bajarás llorando!

MARCIAL RÍOS.

MENUDENCIAS

Un poco de teatros.

Teníamos en el telar el correspondiente articulito para dar cuenta al lector, con las precauciones debidas, del estreno de *Las madres de la patria*, en la Alhambra, y de otra cosita en la Comedia.

Pero ¿qué íbamos á decir á ustedes de lo primero, si es una erupción de majaderías y memeces que se avergonzaría de firmar el más lerdo entre los dependientes del ramo de coloniales? Y no es razón que se retire la obra para no hablar de ella. Voto en contra de ese criterio; basta el estreno para que el hecho sea justiciable. O correr los riesgos, ó envolver con el original alcaravea, como dijo Espronceda.

Lo que á mí me trae loco es el deseo de saber quién admite en la Alhambra esas cosas, por las que buenamente no darían un *chavo*, no digo en la Alhambra, ni siquiera en el Albaicín.

Pues lo de la Comedia... Ya, ya sé que el autor es autora, y joven, y que lleva un nombre ilustre en las letras. Por lo mismo, yo la diría, después de llamarla bonita para congraciarme:

—Abandone usted ese camino de espinas, señorita; usted es buena, bonita, discreta... ¿Por qué no dedica usted sus ocios á hacer flores de piel, esa nueva labor para damas? ¡Si viera usted qué primores se hacen en eso!

—

Emma Leonardi nos ha mandado su tarjeta de despedida, sumiéndonos en el mayor de los desconsuelos.

Se va á la hermosa Italia á descansar de la brillante campaña del Real.

¡Todo sea por Dios! Ya no veremos aquel su saleroso palmito ni aquella cara capaz de hacer pecar á un santo.

Señor, ¿qué va á ser de nosotros sin la Leonardi?

Digámoslo en italiano: *tutto il cuore e piauto.*

¡Que vuelva!

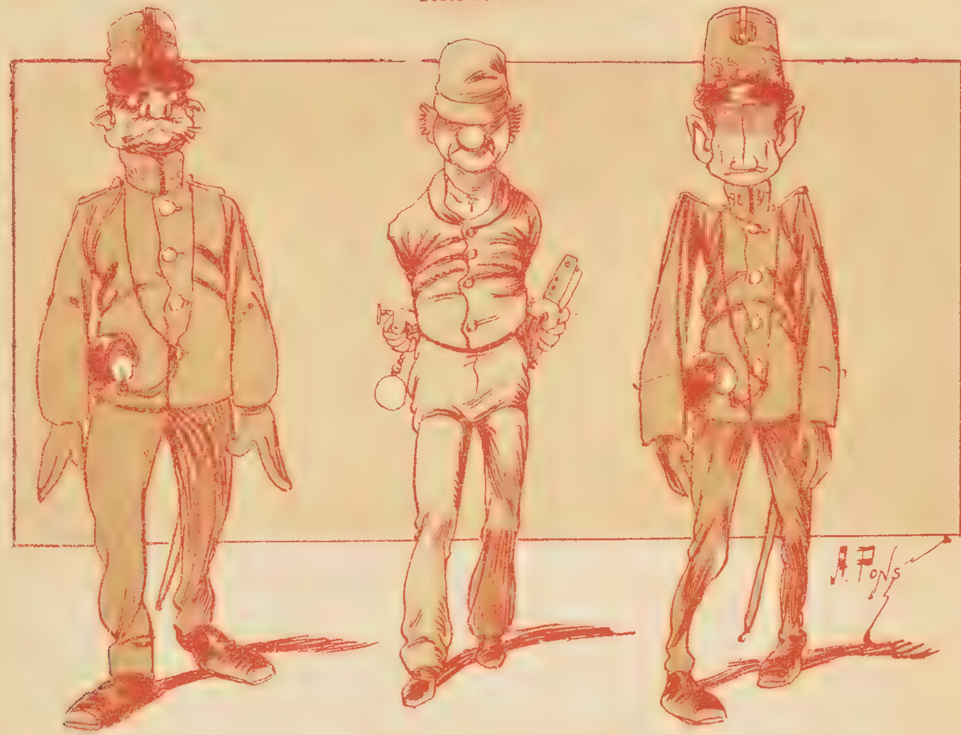
—

Luis Ansorena publicará la semana próxima un poema, del que damos en este número un *primeur*.

Verán ustedes cómo resulta que este muchacho es un poeta de cuerpo entero, como yo dije hace tiempo.

E. Rubiños, imp., plaza de la Paja, 7 bis

REFRANES



Anda con los buenos: ¿serás uno de ellos?

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
13 de Abril de 1889
NÚMERO 28.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

GUSTAVO EIFFEL

Ni el dato de que Eiffel nació en Dijon, ni el de que á él se debe buena porción de obras admirables de ingeniería, importan al público tanto como conocer *de visu* al constructor de la torre que lleva su nombre.

La torre Eiffel, la concepción atrevidísima que será la *great atraction*, como dicen los ingleses, ó *le clou*, que llaman los franceses, del próximo certamen de París, ha dado á Eiffel, en menos de un año, nombre y fama que no logró en cuarenta de trabajo.

Vayan hoy, pues, Eiffel y su torre, y vayamos mañana para subir hasta su tricentésimo metro.

Y marearnos luego, según dicen que sucede los que han subido ya.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses.......... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

NOCHECÍA.

Dirigíame yo desde Chamberí á la imprenta de Rubiños, y caminaba rápidamente para alcanzar el tranvía del Norte, en su salida de la Puerta de Bilbao.

Y como sucede siempre que uno tiene frío ó está cansado, al llegar al punto de parada, el tranvía había salido ya.

Este contratiempo me arrancó una interjección algo viva, y un gesto de malhumor y de protesta, que hizo sonreir á una jovencita, parada á algunos pasos de mí.

No era yo el único chasqueado.

¡Bonito servicio el de esta Empresa! murmuré, dirigiendo mis miradas en la misma dirección que la jovencita.

—¡Ya, ya! replicó ésta. Casi es mejor ir á pie.

—Indudablemente; y si va usted hacia la Puerta del Sol, podíamos hacer juntos el viaje.

—¡Oh, el viaje!

Y acompañó esta exclamación con otra sonrisa encantadora.

Sin hablar más palabra, me coloqué á su lado, y como si nos hubiéramos puesto entrambos de acuerdo, comenzamos á bajar juntos la interminable calle de Fuencarral.

Entonces me fijé en la joven.

Era encantadora: morenita, con ojos negros, pequeña de estatura y vestida con elegante sencillez; tenía el aspecto modesto y digno de una doncella de labor, de buena casa, ó de una obrera juiciosa y reservadita, poco amiga de líos ni aventuras.

Guardaba prudente silencio, y parecía, con sus ojos bajos y su andar algo precipitado, que la molestaba mi enfadosa compañía.

—¡Si nos viera su novio de usted me atreví á decirla, sonriendo, y dando á mis palabras toda la dulzura posible.

La desconocida volvió su rostro ingenuo, y fijando sus ojos en los míos, replicó entre confusa y avergonzada:

—¡Yo no tengo esas cosas, caballero!

Había tal candor, tal aire de sencillez en aquella réplica, que el avergonzado fuí yo en aquel momento.

Comprendí que me hallaba en presencia de un ángel, de una niña tan pura como hermosa, y quise reparar mi falta retirándome para no comprometer á la virtuosa muchacha; y aunque no era aquél mi itinerario, marcharme por la calle de Santa Bárbara.

—Señorita... dije; y acompañé la frase con un respetuoso saludo, quitándome el sombrero, con arreglo al ritual más perfecto de la cortesía moderna.

Y ya iba á desaparecer por la antedicha calle, cuando su voz, dulce como un suspiro, me detuvo preguntándome con la más infantil ingenuidad:

—¿Pues no iba usted á la Puerta del Sol?

—Sí, efectivamente; pero...

—He dicho á usted que no me molestaba, antes al contrario; y sentiría que por mí retrasase sus asuntos dando un rodeo inútil.

—En ese caso...

Y volví á colocarme á su lado y continuamos juntos otra vez el camino.

—¡Si viera usted que tranquila voy al lado de usted! Otras noches he pasado un miedo horrible al bajar por aquí á estas horas para ir á mi obligación.

¡Iba á su obligación! No me había engañado en mis conjeturas. Era una muchacha virtuosa, y no creí oportuno preguntarle qué obligación era la suya, ni á dónde se dirigía á aquellas horas.

—He comprendido, la repliqué, lo que usted me quiso indicar al preguntarme si iba á la Puerta del Sol, y tengo un verdadero placer en prestar á usted este insignificante servicio.

Otra sonrisa, otra inclinación de cabeza para darme las gracias, y continuamos en silencio nuestro camino uno al lado del otro.

Llegábamos á la calle de las Infantas.

De improviso sentí que su brazo se enlazaba al mío.

Iba á expresar mi sorpresa por aquel acto de franqueza inexplicable para con un desconocido; pero la miré, y comprendí en la tranquila serenidad de su rostro que lo había hecho sin reflexionar, simplemente, asustada quizás de un coche de punto que atravesaba en aquel momento la calle para entrar en la de San Onofre, y á poco más nos atropella.

Y había un abandono tal, una naturalidad tan perfecta en el modo de apoyar su brazo en el mío, sin la más ligera presión, sin un roce que no fuese legítimo, digamoslo así, que toda idea de una intención preconcebida, ni de un pensamiento pecaminoso podía ocurrírseme, sin una exagerada malicia por mi parte.

Así, cogidos del brazo, como dos felices recién casados que devoran su luna de miel á la faz de los agentes de Orden público, seguimos en silencio nuestra marcha.

Llegamos, por fin, á la Puerta del Sol, y me detuve para soltar mi brazo y decirla adiós. Volvió á darme las gracias por haberla acompañado; parecía como que entrambos sentíamos aquella separación; dos veces nos dijimos adiós, y no nos habíamos movido del sitio en que estábamos parados.

Tan afectuosa é inocente era aquella despedida, que, á estar en otro paraje menos concurrido, creo que la hubiera sellado con un beso.

Un beso en la frente, se entiende; un beso casto y puro, como el de un padre ó el de un hermano cariñoso.

Iba ya á marcharme, cuando un pequeño grito de la joven me detuvo de nuevo.

—¿Qué es eso? la pregunté algo alarmado.

—¡Oh, nada, una tontería! mire usted; y me enseñó el lazo deshecho de su zapatito de tafilete, cuyas cintas de color café se manchaban en el polvo de la acera; y añadiendo: «Si fuera usted tan amable,» entraba rápidamente en uno de los portales más próximos.

Y allí la seguí, y puesto casi de rodillas, até el lazo del zapato lo mejor que supe, maravillado de contemplar aquel pie tan chico, tan perfecto, tan aristocrático, tan maravillosamente calzado.

Sin querer, rocé también con mis dedos el nacimiento de aquella pierna, fina y admirablemente modelada, prisionera en una media de color, una media de hilo de Escocia, ceñida de un modo irreprochable.

En aquel momento alcé los ojos para mirarla, y creí ver su

hermosísima cara teñida con las rojas tintas del rubor... y yo sentí que me ruborizaba también.

Aquel rubor era mitad agradable, mitad criminal; la sangre invadía mi rostro; pero mi virtud corría veloz á corregir los ímpetus de la naturaleza rebelde.

Me levanté y volví á saludar. Recuerdo que no la tendí mi mano; pero casi juraría que vi la suya en ademán de estrechar la mía.

Tuve un instante de vacilación; pero la virtud se impone, y yo, temiendo por la de aquella pobre muchacha, me retiré casi sin saludarla.

Parecía una fuga, más que una despedida, la que yo hice.

¡Pero á los pocos pasos, cuando ya había perdido de vista á la linda criatura, con qué tranquilidad respiré, y cuántas gracias dí al cielo por haberme conservado el juicio en el momento supremo de estarla atando el zapato en el portal!

....

....

Aquella misma noche asistía, con un amigo íntimo, al estreno de una zarzuela bufa en uno de los teatros de segundo orden más concurridos de Madrid.

¡Y cuál no fué mi asombro al reconocer en la primera corista de la izquierda á la pudorosa joven que yo había acompañado pocas horas antes!

Vestida, desnuda mejor dicho, con unas apretadas mallas de seda rosa, con una trusita de raso azul que dejaba al descubierto la mórbida forma de sus muslos, con un corpiño ó cosa así del mismo color, cuyo descote enseñaba los tesoros de su espalda, y de su contraespalda, con la actitud descarada, el peinado provocativo, y subrayando las frases, nada cultas, de un tanguito alegre, con sus ribetes de pornográfico.....

La decepción era tan horrible, que dudé, y atribuí á un extraño parecido aquella inexplicable metamorfosis.

El amigo que me acompañaba notó mi preocupacion, y me interrogó sobre la causa.

Le conté mi aventura con todos sus detalles.

—Debe ser ella, me contestó; pero pronto saldremos de dudas. Conozco al avisador del teatro, y al terminar el acto la enviaremos una tarjeta. Escribe lo que quieras.

«¿Quiere usted que le ate el otro zapato?» preguntaba yo poco después, por medio del complaciente avisador, que había entrado mi tarjeta al escenario.

Y cinco minutos más tarde me devolvían la tarjeta, y escrito por debajo de mi pregunta la contestación siguiente:

«No vuelva usted á perder el tranvía; es usted un memo.»

El *memo*, subrayado.

Y tenía muchísima razón.

¿A qué negarlo?

E. Navarro Gonzalvo.

EL HOMBRE DE PIEDRA

Ya hemos anunciado la aparición del último poema, *El hombre de piedra*, de Cano y Cueto.

A continuación copiamos un canto, tomado al azar, del fantástico trabajo del inspirado poeta sevillano, sintiendo no poder reproducir algo más de lo mucho hermoso en que el poema abunda.

....

Muriendo está Moctezuma,
muriendo está el gran Monarca,
sin poder salvar el cuerpo,
sin querer salvar el alma.
Maldice de sus vasallos,
y entre las febriles ansias,
junto á la muerte, imagina
planes de horribles venganzas.
En vano Cortés le alienta;
vanamente le señala
la Cruz, cual divina aurora
de redención y bonanza;
la Cruz, que quita á las tumbas
todo el horror de la nada;
la Cruz, que venció á la muerte
y dió vida á la esperanza.
El Rey, que á todo maldice,
sólo á sus dioses no agravia,
Y en las horas en que el sueño
calenturiento le abrasa,
de sus deidades tremendas
ve las gigantes estatuas,
con sus impasibles ojos
y sus fauces desgarradas,
y sús vientres abultados,
y sus colosales plantas...
Todas las ve junto al lecho,
y le cercan y le aplastan,
y entonces con roncos gritos:
«¡Ay mi Tlezuntelh! exclama.
¡Tú sola no te apareces,
porque estás dentro del alma!»
Aguilera, que le asiste,
no olvidando la embajada,
pero queriendo cumplirla
sin premuras ni tardanzas,
de Tlezuntelh oye el nombre,
lleno de celosa rabia.
Y el Monarca, en quien despierta
tal nombre memorias gratas,
los ojos fija en don Lope,
sus manos convulso agarra,
y... «te prometí tesoros,
pues tú fuiste en mi compaña
á ver lo solo que pierdo
al perder la vida amarga.
¡Creí vivir! ¡Soñé reinar!
dice, mas si se me acaban
con la vida mis grandezas,
vivas quedan mis palabras.
¡Toma esta cadena!...»
Un síncope
cortóle la acción y el habla.
Pero «el Rojo,» como hombre
que juzga virtud cristiana
cumplir con piadoso celo
lo que un moribundo encarga,
da por suya la cadena
que oculto amuleto guarda;
y ya la tocan sus manos,
cuando ve entrar en la estancia
á Olid, Ordaz, Acebedo,
y Alvarado, y en bizarra
confusión, siervos y pajes,
ministros de la fe santa,
y sacerdotes del diablo
que en aquella angustia espantan,
y soldados españoles,
y parientes del Monarca,
y, más que ellos afligido,
Cortés, que oculta sus lágrimas

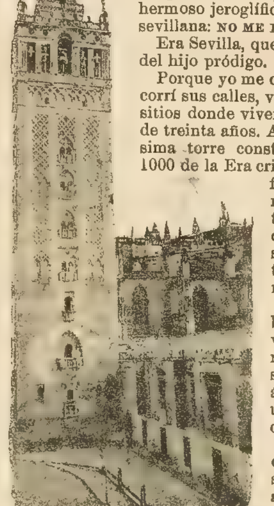
al ver cómo en aquel lecho
muere su ambición soñada.
Rompen en sentidos ayes
los indios, y el cuerpo bañan
de su Rey en llanto acerbo,
entre quejas y plegarias.
Volvió, al fin, de su letargo;
paseó triste mirada
por el concurso; vió á Lope,
le mandó que se acercara,
quiso hablarle, y muy confusas
y leves frases exhala...
«¡Toma!» exclamó, y la cadena
con crispaturas le alarga,
y empieza á decir un nombre...
y en la eternidad lo acaba.
«¡De rodillas, compañeros!
Cortés, entre llanto exclama:
¡Hemos perdido un amigo
generoso; el cielo, un alma!
¡Dame los brazos, buen Lope,
y cumple ya tu embajada!
Dí á los rebeldes aztecas
que pide crudas venganzas
este cadáver. ¡Ay de ellos
si su atroz crimen no lavan
con rendidas obediencias
á su memoria y mis armas!
¡Adiós, amigo!»
Y al «Rojo»
estrechan sus camaradas;
y parte llevando á Méjico,
su vida, que está empeñada,
una cadena de oro
y unas respuestas amargas.
....

SEVILLA

CINCO años hace que, estimulado y decidido por amistosos consejos, que á mí me parecieron excelentes, más que por su propia bondad, porque correspondían á mis deseos y porque alentaban mis ilusiones y mis esperanzas, salí una mañana de Sevilla resuelto á trasladar mis *céntimos*—entonces no podía yo trasladar mis *reales*—á esta agitada villa de Cánovas y del madroño.

Durante estos cinco años, y en medio de mis satisfacciones y mis disgustos—que de todo ha habido—ni un solo día he dejado de pensar en aquella alegre y bendecida tierra donde he vivido uno tras otro los treinta primeros años de mi vida; pero la nostalgia que de vez en cuando se apodera de mi espíritu toma en esta época caracteres alarmantes.

Cuando se acercan los días de la Semana Santa y de la Feria, ya me tienen ustedes presa de un creciente desasosiego, que ni un instante me deja en paz, y se me va la cabeza formando planes de viajes que al fin quedan en proyecto, y se me marchan los pies hacia la estación del Mediodía y se me escapa el pensamiento trasladándose, sin necesidad de *Sud-Expreso*, á aquella ciudad queridísima; de modo que, sin darme cuenta de ello, me quedo como una de esas *revistitas* de pantorrillas, tangos y telones que ahora se estilan y que yo, pecador de mí, también *he cometido*; esto es, falto de pensamiento y sin pies ni cabeza.



Escribir algo razonado en esta situación, es punto menos que imposible. Y, sin embargo yo había contraído el compromiso de escribir en estos días un artículo para LOS MADRILES; y lo había contraído tan fuertemente, que ¡es claro! por más que he hecho después, no lo he podido dilatar.

Pensando en la manera de cumplirlo cruzaba ayer por la calle de Sevilla, que es naturalmente la calle que más me gusta transitar, á pesar de los riesgos que en ella se corren, cuando de pronto mi corazón dió un vuelco, mis pies se quedaron como clavados en tierra y mis ojos fijos en un gran cartel que estaba colgado á la puerta de un establecimiento.

En su parte superior se leía con grandes y llamativos caracteres: SEMANA SANTA y FERIA EN SEVILLA; y á renglón seguido, en combinación caprichosa, veíanse á un lado detallada y larguísima relación de funciones, fiestas y festejos, y al otro una pintoresca colección de dibujos representando tipos, escenas y *vistas* de Sevilla.

Largo rato estuve absorto y embebecido leyendo y contemplando aquel cartel, que tan gratas memorias me traía, cuando comencé á sentir los efectos de un extraño fenómeno, que es en mí, sin embargo, idiosincrático y frecuente. Aquellos monumentos, aquellas vistas, fielmente reproducidos por el dibujante, crecían y crecían á mis ojos, tomando sus formas, colores y tamaños naturales; aquellas figuras y aquellos tipos cobraban vida, animación y movimiento convirtiéndose en seres reales que me miraban, me saludaban y me sonreían como antiguos amigos que volvían á verme después de larga ausencia. Es más; hasta el escudo de la ciudad, al que no obstante faltaban detalles importantes que mi imaginación suplía, llegó á sufrir á mi vista la más singular y peregrina transformación. El óvalo en que está encerrado, era el óvalo de una preciosa cara andaluza cuyas sienes ceñía la corona que debe ser remate del escudo. Las figuras de San Isidoro y de San Leandro, lumbreras de la Iglesia, que están á los lados del tercer Fernando, convirtiéronse en dos ojos hechiceros que brillaban naturalmente como dos *lumbreras*.

El Santo Rey, que, como dicho queda, está en el centro, transformóse en una nariz de corrección admirable, y por último, el espacio que está debajo donde debiera figurar la conocida empresa NO 8 DO tomó la forma, el color y la expresión risueña de una de aquellas divinas bocas sevillanas que parecen hechas para decir gracias y recibir besos, y sus labios, como dirigiéndose á mí, repitieron cien y cien veces descifrado aquel hermoso jeroglífico con que premió Alfonso *el Sabio* la lealtad sevillana: NO ME HA DEJADO.

Era Sevilla, que celebraba con las mismas palabras la vuelta del hijo pródigo.

Porque yo me creía trasportado á Sevilla. Y ya en Sevilla, recorrí sus calles, visité sus monumentos y busqué todos aquellos sitios donde viven los recuerdos de mis alegrías y de mis penas de treinta años. Al llegar al pie de la Giralda, la esbelta y altísima torre construída por el famoso moro Huever, el año 1000 de la Era cristiana, sentí inexplicable regocijo al verla tan firme y tan derecha al cabo de sus años; pero mi regocijo trocóse pronto en profundísima tristeza, viendo cómo se desmorona y arruina, no obstante contar quinientos años menos que la soberbia torre, la Catedral, aquel grandioso templo que era orgullo de los sevillanos y admiración de los forasteros.

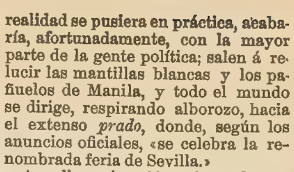
Soberbia he llamado á la torre, y aún más soberbia me pareció mirándola después. Ella, tan vieja, ella árabe, ella, obra y hechura de los malditos infieles, parecía que demostraba cierto satánico orgullo viendo derrumbarse y hundirse á sus plantas, á pesar de su relativa juventud, uno de los templos más hermosos del mundo católico.

Aquel contraste era desconsolador; y yo, que no estaba por desconsolarme, alejéme apresuradamente de aquellos sitios en busca de más agradables emociones, yendo á parar á la plaza de San Francisco á tiempo que por ella cruzaban las *cofradías*.

Aquello era otra cosa.

El misterio de la Redención del mundo, la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, los dolores y angustias de la Sublime Madre, todos los sucesos que en los días de Semana Santa se conmemoran, no parecen á primera vista cosa así como de broma y de regocijo. Pero... ¿qué quieren ustedes?

Aquellos *nazarenos* con largas y rizadas colas ó amplias capas y con *capirotes* de varios y pintorescos colores; aquellas *centurias* de *armados* romanos, cuyos trajes caprichosos, y aun extravagantes, no andan muy de acuerdo con la indumentaria de la época; aquellas magníficas imágenes del humildísimo Jesús, vestido con ropones de terciopelo bordados con oro, y de la modestísima María, cubierta de pedrería deslumbrante y cargada con inmensos mantos de preciosas telas, más admirables que propisa, en los que lucen bordados de labor y riqueza extraordinarios; aquella animación, aquella algazara del público que saca del cofre las más vistosas galas, corre por las



calles y plazas con cara de fiesta, y se disputa el alquiler de balcones, de palcos y de sillas; todo ello da á lo que parece ser ceremonia religiosa tal colorido de espectáculo profano, que aun al ánimo más místico sería imposible, en medio de tal bullicio, ostentación y alegría, lograr el recogimiento y la devoción necesarios, no ya para dedicarse á la oración, sino para recordar siquiera los tristísimos sucesos y los sublimes misterios que se pretende conmemorar.

Los *pasos* de las cofradías en que lucen las inmortales obras de Roldán, de Duque Cornejo, de Martínez Montañés, son *pasos tan buenos*, que su admiración no deja espacio al recuerdo de los *malos pasos* en que hemos andado y de que en tan solemnes días debiéramos pensar para despertar el arrepentimiento y procurar la salvación.

Pero ¡qué diablos! (y ustedes perdonen la exclamación tratándose de santos), *eso* es lo que atrae forasteros y eso es lo que gusta y... ¡adelante con los faroles!

Yo conozco demagogos impenitentes que son cofrades de dos ó tres hermandades y que se ponen su túnica y se plantan su capirote ó se visten con su traje de armado y se calan su casco adornado con enormes plumas, y allá van tan orondos y campanets, sin perjuicio de echárselas, cuando llega el caso (y aunque no llegue) de furibundos librepensadores.

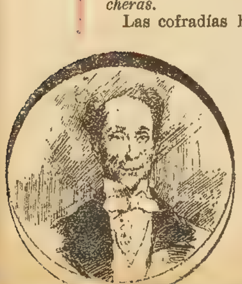
Sin embargo, hace ya algunos años que la afición va limitándose á los jóvenes que antes de ir á formar en la iglesia, pasan por las casas de las novias para que los admiren con sus vistosos trajes, y para que ellas después los enseñen á las amigas con presuntuosa satisfacción cuando pasan en las cofradías.

Porque para muchas chicas es un orgullo tener un novio *nazareno*, y especialmente si es de *vara*, esto es, de los que van delante de los *pasos* muy estirados y majestuosos, vestidos de frac ó de levita y con el pelo acabado de rizar, ó de los que corren de un lado para otro, dando órdenes y disponiendo la marcha de la cofradía.

Tener un novio mayordomo ó teniente de hermano mayor, es el colmo de la dicha; aunque para algunas no hay otra que iguale á la de tener un novio armado.

A pesar de lo dicho, es justo confesar que entre las cofradías hay algunas, como la de San Antonio Abad, vulgo del Silencio, que se complacen en demostrar humildad, sencillez y recogimiento, formando singular contraste con otras, v. gr., la de la Macarena, que, como aquélla, sale de madrugada, y es para algunos pretexto de algazara, de *juerga*, de *broncas* y hasta de *borracheras*.

Las cofradías han pasado; los días de la Semana Santa han concluído; los alegres repiques de las campanas anuncian que estamos en Sabado de Gloria, anuncio confirmado por infinitos disparos de escopeta que hacen algunos inocentes, fieles conservadores de la tradicional costumbre de *matar los Judas*, que si en realidad se pusiera en práctica, acabaría, afortunadamente, con la mayor parte de la gente política; salen á relucir las mantillas blancas y los pañuelos de Manila, y todo el mundo se dirige, respirando alborozo, hacia el extenso *prado*, donde, según los anuncios oficiales, «se celebra la renombrada feria de Sevilla.»



Aquella animación, sin embargo, aquella jira campestre que dura tres días, y en la que toma parte toda la población y los innumerables forasteros que la visitan, es indescriptible, ó para describirla, aun ligeramente, necesitaría muchísimo mayor espacio que del que dispongo.

Yo, en mi excursión imaginaria, disfrutando de la alegría, del frenesí general, corro de un lado para otro, y ya entro en una *casilla* donde dos encantadoras criaturas bailan unas *sevillanas* con toda la gracia de la tierra; ya en otra donde el regocijo sube de punto y el vertiginoso ir y venir de las cañas de manzanilla, que pasan sin cesar de mano en mano, producen el mismo efecto que una copiosa lluvia de estrellas; ya me detengo para escuchar las típicas *ocurrencias* de una gitana zahorí, astrosa y desarrapada que, llevando á rastra dos *churumbeles*, se empeña en decir la *buenaventura* á todo el mundo; ya me dirijo á la *calle*, donde otras gitanas más limpias y elegantes, luciendo sus almidonadas faldas llenas de *faralães* y sus ricos pañuelos de Manila, invitan con saladísimas frases á los transeuntes para que entren en aquellas buñolerías adornadas con sus sábanas bordadas y sus colchas de *damasco*, de que cuelgan aquí y allí mil lazos, moños y cintajos de todos los colores, formando la más pintoresca y caprichosa decoración.

—¡Anda, saleroso! me dice una, agarrándome del brazo con toda confianza; entra á tomar una librita de *guñuelos*, y así *premita* Dios que si juegas alguna vez á la lotería, te toque *er gordo*, y no sea Antonio Carmona. Vamos, *gachó*, no seas *esaborío*. Entra aquí: ¡por los ojos *é* tu cara! que vas á probar unos *guñuelos* como no los comería el mismísimo *emperaor* de la República francesa.

Aquella voz, que tenía para mí un sonido y un timbre inexplicables, me hizo detenerme un momento y mirar aquella cara en que lucían unos ojos negros, ardientes y apasionados, y aquel cuerpo que era un cuerpo... como yo para mí deseo.

Quedéme mirándola como embobado, y ella siguió hablándome. Insensiblemente su voz se iba haciendo más gruesa y menos agradable; sus ojos se iban achicando y perdiendo su expresión encantadora; su cuerpo iba perdiendo la forma y la *sandunga* que me hechizaron al verla; sobre su boca, que se había agrandado, vidibujarse un bigotazo rubio, lacio, y que caía sobre sus labios á modo de cascada; sus faldas se habían convertido en unos pantalones; su pañuelo de Manila en una capa; las flores que adornaban su artística y rizada cabellera, en un sombrero hongo que cubría una cabeza que no tenía nada de cabellera rizada, ni artística, ni casi peinada.

En lugar de las buñolerías, tenía ante mí unos cuantos establecimientos de la calle de Sevilla, y á la puerta de uno de ellos estaba colgado un gran cartel.

A mi lado, zarandeándome como para hacerme volver en mí, estaba López... López, el propietario editor de Los Madriles, que me decía y repetía con acento de afectuosa reconvención:

—Pero, hombre de Dios, ¿cuándo me vas á escribir ese artículo?

Y yo entonces, dándome cuenta de mi situación, comprendiendo lo que me había sucedido y lanzándole una terrible mirada de rencor, me alejé apresuradamente de su lado, contestándole con acento y actitud melodramáticos:

—¡Para escribir articulitos estoy yo!

Felipe Pérez.

DESDE EL BOULEVARD

Imposible no hablar del General y de su fuga. Aquí, es lo cierto que no se habla de otra cosa.

Sáquenle otros la punta política al suceso. A nosotros, sobre que no nos gusta la política (en el mal sentido de la palabra) nos está vedada.

Nosotros procuraremos sacarle punta por el lado cómico, que lo tiene.

Todo hombre que huye, hace reir.

Y en nuestra querida España, tierra del valor por excelencia, la fuga de un hombre que se escapa por *prudencia*, para emplear términos suaves, estoy seguro que habrá hecho reir mucho.

Y luego, que la nuestra es también la tierra de los *pronunciamientos* y allí habrá tenido que chocar este General que se escapa antes de pronunciarse. Los nuestros acostumbran á escaparse después... cuando se escapan.

Porque otras veces se pronuncian y nó se van. Unas veces porque el pronunciamiento cuaja, y otras porque al pronunciado lo dejan tieso en una barricada, ó me lo cogen de uniforme y todo, y me lo destierran, ó me lo meten en la cárcel. De la cárcel sí suelen escaparse.

Pero el hombre de la revancha, como novicio en estas cosas, no ha sabido rematar la suerte y ha tomado el olivo.

Naturalmente, el tendido le ha dado una silba fenomenal; y aunque los amigos del diestro aplaudan, no hay que darle vueltas, peligra la contrata para las corridas del verano.

La verdad es que no valía la pena de pasarse un año diciendo que bastaba una escoba para barrer las Cámaras, si luego el que tales amenazas lanza á los cuatro vientos se escapa envuelto en un *carrique*, no dejando asomar más que las puntas de sus desarrolladas orejas en cuanto esas Cámaras le amenazan con llevarle á la barra del Senado.

La tragedia boulangerista parece acabar como las operetas bufas.

La verdad es que para los espectadores españoles, que tantas veces hemos oído decir aquí que España es un país de opereta, es ésta una revancha más cierta que la que ofrecía al suyo el *brav'général* desde la silla de su caballo negro, que no va á tener ya aplicación, como no sea para las corridas *sin efusión de sangre* que unos ganaderos andaluces darán en la Exposición.

Vamos, que á esta fuga le pasa lo que á las fugas de gas.

No huele bien.

Entretanto la Exposición adelanta y casi se puede asegurar que ¡caso inaudito! se abrirá en la fecha fijada de antemano, y se abrirá concluída.

Ya la torre Eiffel ostenta, á la altura de 300 metros, una *banderita* de 38 metros cuadrados, señal de que se ha dado el último martillazo y se ha puesto el último clavo en aquel coloso de hierro.

Eiffel se dió el gusto de ser él mismo quien izara esta bandera, y la verdad es que le correspondía este honor.

El popular ingeniero es el hombre que ha rayado más alto hasta ahora.

La torre de 300 metros se ha concluido sin que se caiga ningún operario.

Pero de seguro que hay ya algún inglés pensando en hacer el viaje con el exclusivo objeto de tirarse de cabeza desde el último piso.

¡Si ese *inglés* fuese alguno de los míos!

Pero ¡cá! á éstos tal vez se les ocurrirá tirarme á mí.

Por si acaso, no les acompañaré en la ascensión.

Jugar á la lotería es un vicio muy español, del cual, aunque me esté mal el decirlo, que no me lo estará, soy víctima con frecuencia.

Pero la lotería no me cae, y pierdo el dinero, cosa que creo les sucede á todos mis lectores.

Porque eso del premio gordo debe ser un rumor que han hecho correr los loteros.

Ahora hemos inventado aquí una lotería para la Exposición, que es una bendición de Dios.

El billete cuesta cinco duros. Hay premios gordos de veinte mil todos los meses y uno de dos millones de reales al terminar la Exposición.

Y lo más gracioso es que le devuelven á uno el dinero dos veces.

Una en entradas á la Exposición por valor de los cinco duros.

Otra en el transcurso de setenta y cinco años.

Así es que no habrá español que no se compre su bono al llegar á París.

Si no le cae el gordo, no pierde nada, porque entrará de balde veinticinco veces en el Campo de Marte, lo cual es un consuelo para los que tendremos que servir de *cicerones* á los que vengan.

Porque si no, habría que convidarlos. ¡Y serán muchos!

Luego, ya no tienen más que esperar setenta y cinco años y les devolverán los cuartos.

Para lo cual les aconsejo que se sienten.

Y procuren vivir lo que el ilustre Chevreul, que acaba de morir á los ciento tres años de edad.

Este sabio, que hasta hace pocas semanas concurría aún á las sesiones de la Academia y trabajaba en su laboratorio, ha muerto ignorando que su hijo le había precedido en el eterno viaje á la edad de setenta y tres años.

La noticia hubiera adelantado la muerte al venerable anciano, al cual no ha sido difícil ocultarla, porque Chevreul no concebía que se pudiese ya morir nadie de los suyos antes que él. Si le hubieran dicho que su hijo había muerto, no lo hubiese creído probablemente.

Descanse en paz el ilustre centenario, decano de los estudiantes y estudiante perpetuo.

Hace un mes murió un mendigo, célebre en París por su longevidad (más de cien años también) y por las *pítimas* que cogía á diario.

Chevreul ha muerto trabajando hasta el último momento.

El célebre mendigo murió de resultas de un traspiés.

Cuando celebró Chevreul su centenario, este mendigo le dirigió una carta de felicitación, en que le decía:

«Usted no ha bebido en su vida más que agua; yo no he bebido más que vino, y espero enterrarle á usted.»

A poco más se sale con la suya.

BLASCO.

París, 10 Abril 89.

¿CUÁL ERA MÁS LISTO?

Un alcalde (no se cuál
ni en dónde el caso ocurrió),
cierto día recibió
un queso descomunal;
fué regalo de un curial
que se mostró agradecido
por yo no sé qué favor,
y según me han referido,
aquel queso era el mayor
hasta el día conocido.

—

Ancho, hermoso, de gran peso,
grasiento, fresco, esponjado,
entre hoja verde encerrado,
pero salado en exceso;
el alcalde cogió el queso
y al aire, en una ventana,
quiso dejarlo secar;
pero una mano liviana
á la siguiente mañana
se hubo el queso de llevar.

—

Calló el alcalde, y se fué
á espiar junto á la fuente,
por una idea excelente,
hija de su buena fe.
—Aquí al ladrón cogeré;
el queso está muy salado,
y como el que lo ha robado
habrá comido ya de él,
el que beba más, aquel
es el ladrón y... ¡atrapado!—

—

Firme en su resolución
de aguardar, allí seguía:
—Lo que me enfada es, decía,
la impunidad del ladrón.
Mas fué tal su decisión,
que aguardó sin vacilar
y fiado en su buen tino;
y al fin... pudo averiguar
que el ladrón, para apagar
la sed... ¡lo hacía con vino!

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN.

Círculo de relaciones.

Cada persona tiene su círculo de relaciones, sus amistades, sus simpatías ó antipatías.

En estas relaciones se observan casos raros.

Suele ocurrir que un infeliz esté «relacionado» con tunantes, un tunante con hombres de bién, un tonto con hombres de talento, un genio con tontos de capirote.

Y aun pudiera decirse que ésta es regla general.

Esa teoría de que cada persona busca sus afines, es una equivocación.

Hay excepciones, como en todas las reglas de la vida social.

Cada individuo busca su complemento ó su suplemento, según los casos.

Observen ustedes (si gustan y si no lo han observado ya) que los hombres chiquitines toman por esposas, ó por amigas de confianza, á mujeres grandes y vistosas.

Los hombres corpulentos buscan mujeres como muñecas del Bazar de la Unión.

Los gordos, les gustan flacas y transparentes.

Los flacos, metidas en carne.

Los feos encuentran buenas mozas.

Los buenos mozos (que dicen ellas que los hay, por más que yo, como ustedes, no me he fijado en ellos á Dios gracias), con visiones horribles.

Los morenos quieren rubias.

Los rubios optan por las morenas.

Y, lo que es más:

Los bravos (que también se dice que los hay) escogen mujeres tímidas.

Los tímidos, desean marimachos capaces de volver la fisonomía á cualquier prójimo á la primera bofetada.

Los truhanes, mujeres infelices.

Los infelices caen con mujeres *frígiles*.

Los pródigos, con esposas ruines.

Los ruines, con hembras pródigas.

Y si esto se ve á cada paso tratándose de lazos tan serios y formales como los del matrimonio legítimo, ó primitivo, ó terciario, ¿qué sucederá con las relaciones de amistad?

Por otra parte, la civilización, estrechando los vínculos sociales, facilita las relaciones, la comunicación en teatros, cafés y reuniones, proporciona amistades que no pudieran adquirir las gentes en tiempos de retraimiento, hijo natural de las ideas rancias y de la falta de cultura.

No hemos llegado aún á la meta: ¿qué es á lo que en otro tiempo denominaron los sabios «la meta?»; pero hemos adelantado mucho en el trato social.

—¿Quién es ésa? pregunta á lo mejor un marido escrupuloso á su querida consorte, ó un novio á su novia.

—¿Esa? Una amiga.

—¿Qué amiga es ésa?

—Una chica pitillera.

—¡Ah!

—¿Por qué lo preguntas?

—Por saberlo.

—¡Señora! refunfuña otro marido del género dramático: esa amistad me revienta.

– Como todas cuantas tengo.

—Esa amiga es...

– Es una muchacha *cocotte* que he conocido en casa de...

—¿Tú sabes lo que dices?

—Lo que me han dicho.

Entre hombres aún es más amplio el círculo de amistades, y muy particularmente si son hombres que hacen vida un tanto alegre.

—Hombre, ayer he visto á usted en mala compañía, indicaba un señor mayor á un joven amigo de la casa.

—No lo crea usted.

—¿Cómo que no? Aquel que acompañaba á usted, es un estafador de primera clase.

—Pero buen chico.

—Bueno, un estafador honrado.

—¿Quién es ése que te ha saludado? preguntaba uno á otro, en la calle de Sevilla.

—¿Ese? Un muchacho tomador, respondió tranquilamente el interrogado, que, con arreglo á la ley de los complementos, es un infeliz.

—¿Conoces también al que le acompaña?

—Sí; es un pobre que ha estado en presidio por asesinato; muy buena persona y muy corriente.

—¡Lo creo! Pero, hombre, ¿por qué tratas á cierta gente?

—Conmigo no se meten, y yo no tengo cara para desairar á un hombre.

Pero aún nos falta para llegar al colmo, aunque no estamos lejos.

Confiemos en que llegue día en que sea costumbre admitida presentar recíprocamente á dos personas, diciendo, por ejemplo:

—Fulanita, timadora del reino... Fulanito, que tiene ya terminada la carrera de bandido.

—¡Señorita!... saludará él.

—¡Caballero!... responderá ella.

Y es que, con arreglo á las épocas, cambia de aspecto... *esa*.

La que denominaba días pasados uno de vigilancia:

—La *Benita* pública.

EDUARDO DE PALACIO.

MENUDENCIAS

El día 6 fué sábado de Gloria para varios apreciables autores dramáticos.

Noche pródiga en estrenos y en éxitos.

Ricardo Monasterio, en Lara, logró aplausos y plácemes con su sainete de costumbres militares *El cuarto de banderas*, y Eusebio Sierra, en la Comedia, con *A caza de novios*; Lucio y Limendoux, en Eslava, con *Boulanger*; Perrín, Palacios y Nieto, en la Alhambra, con su nueva revista *Los primaveras*, y Criado Cocat y Taboada, en Martín, con *Dos chicos en grande*, todos consiguieron los honores del palco escénico.

Nuestra más cordial enhorabuena á los autores, y un ruego á las Empresas.

¿No podrían éstas arreglar el orden del espectáculo de manera que los estrenos no tuviesen lugar todos en la misma noche y á la misma hora, como ocurrió el sábado?

Y no hablamos nada del *Pescador de perlas*, de Bizet, cantado esa misma noche en el Real por el incomparable Gayarre, por falta de espacio para ello.

—

Nuestro ex compañero de redacción Joaquín Dicenta ha ascendido por méritos propios.

Sucede al ilustre general O'Donnell, puesto que se ha ido á dirigir *La Unión Liberal* (en San Sebastián).

Tomen ustedes nota de que sentimos la ausencia de Dicenta, y de que nos alegramos de su buena fortuna.

Y mandar.

—

La mar de libros:

Ya se ha puesto á la venta el poema de nuestro colaborador Luis de Ansorena, *Cosas de ayer*, del cual tienen noticia nuestros lectores por el fragmento que en el pasado número publicamos.

Véndese dicho poema, al precio de una peseta, en las principales librerías. Los lectores que lo deseen pueden adquirirlo pidiéndolo directamente á esta Administración, acompañando su importe.

—

El sino de las mujeres y *Elegía*, poesías, por D. J. Martínez Medina, ventajosamente conocido en literatura.

—

Hiedra, novela, por D. Ezequiel Melero y Betegón. Libro bien escrito y bien observado, aunque no limpio todavía del pecadillo de la incorrección. Dos pesetas.

—

La España Moderna. Marzo. Este número no es mejor que los anteriores, porque es imposible mejorar lo que tan superior era; pero sí tan bueno.

En él termina la novela de Galdós *Torquemada en la hoguera*.

—

Las tías, juguete de Pérez Zúñiga y Diaz Quijano, música de Julio Ruiz, que el público aplaudió en Apolo y que nosotros aplaudimos ahora.

Y quedan libros para otro viaje.

«Si no fuera por las almas
y los buenos corazones,
¿qué sería de los ciegos...»
llevando estos pantalones?

Hasta 40 de Mayo... no se baje usted las pieles.

LOS MADRILES

Revista semanal

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
20 de Abril de 1889
NÚMERO 29

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LUIS MAZZANTINI

El *mataor chic*, el *barbián pschuteur*, que *corre los toros por derecho* con *entrain* y *souplesse* extraordinarios, ocupa hoy la caricatura.

También Los Madriles tiene *sangre torera*, que es *pure sang*.

Ahora, una duda horrible: ¿cómo saludar á Mazzantini, que tiene, como Calderón Collantes, dos naturalezas?

U tres, porque es torero él, actor él, y también escritor él.

Pues... con las palabras del gladiador: «¡Ave Ludovicus, *pagani* te salutam!»

Porque además de todo lo dicho... ¡es empresario!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

¡Jesús, qué horrible algazara
qué bullicioso contento,
qué contagiosa alegría
y qué popular estruendo!
¿Qué ocurre hoy? ¿Qué sucede?
¿Qué pasa á los madrileños?
¿Qué ocurre hoy? ¡Pues friolera!
¡Menudo acontecimiento!
¡Hoy, corrida inaugural
de la temporada! ¡Cuerno,
pues si es verdad! Ya me explico
la algazara, el movimiento...
¡Cómo está la calle, eh?
¡Qué espectáculo! ¡Soberbio!
¡Esta calle de Alcalá
hoy no es calle, es un infierno!
Todo convida á la fiesta,
buena tarde, sol espléndido...
(yo no sé si lloverá,
Dios sobre todo; veremos).
Rebosa por la ancha acera
y en constante movimiento
toda la *afición pedestre*,
que, idólatra del toreo,
á la Plaza se encamina
con paso largo y ligero,
celebrando cada *quisque*
las hazañas de su diestro
favorito, y disputando
sobre sus glorias y méritos.

—

¡Qué alegres van! Son los dignos
representantes del pueblo;
esos del sombrero ancho;
chaquetilla y bastón grueso...
Vedlos, vedlos cómo invaden
alborotando y riendo
la *Cuba de los dos Francos*

ú *cualisquier* merendero,
tomándose allí dos *tintas*
antes de pisar el *ruedo*,
que el taurófilo de *búten*,
el aficionado *neto*,
no se encarama al tendido
sin dar por allí un paseo.
Es también obligatorio,
por lo *clásico* y *flamenco*,
tirar puros á la Plaza,
alternar con los toreros,
dar un abrazo al *Guerrita*
y un apretón al *Frascuelo*,
saludando á *Lagartijo*
diciéndole: «Adiós, maestro,»
sin perjuicio de más tarde
abrumarles á improperios,
desde el tendido, llamándoles...
(lo que dejo en el tintero),
y armar escándalo y bulla,
silbar con cualquier pretexto
al presidente, y llamar
á *¡¡Enrique!!* con voz de trueno...
Que es el pueblo soberano
locuaz por temperamento,
y tiene sangre y viveza...
y arranque, y gracia, y salero.

—

Por el centro del arroyo
confusión, barullo inmenso,
gritos de los mayorales,
el golpe estridente y seco
de la fusta que restalla
en las orejas del penco;
coches que no han sido coches,
ni lo son ni pueden serlo,
cajones para suicidas,
pues tienen seguro el vuelco
y la Unción, y hay quien los toma
y además paga el asiento.

Reclinadas *muellemente*
sobre el almohadón deshecho
de una vetusta *manuela*,
van las *gachís* de salero
con la cara sonriente,
rojo clavel en el pelo,
cubriendo el busto arrogante
con mantón de largo fleco,
bordado en colores vivos,
que es el orgullo del *gremio*.

—

Al trote largo y tendido
de sus caballos soberbios
van en sus trenes de lujo
la nobleza y el dinero;
las niñas del *Copurchic*
con traje de reglamento,
la airosa mantilla blanca
formando marco hechicero
sobre la cara morena
que animan dos ojos negros;
en la mórbida garganta
lucen alhajas de precio,
y sus trajes son *la mar*
por lo costosos y excéntricos.

Bullen los revendedores
buscando ocasión y medios
de *colocar* su *papel*,
que se cotiza á buen precio
sin que un inspector *lo huela*
y les dé un disgusto serio;
y el colmado, la taberna,
el portal del zapatero,
la tienda de ultramarinos
y el urinario discreto,
se habilitan de taquilla
en un momento supremo;
los pobres hacen su Agosto,
y el primo paga, y *laus Deo*.

—

En un landó de alquiler,
más que lujoso, modesto,
viene por fin la cuadrilla
con capote de paseo,
largo *prajandí* en la boca,
el rostro alegre y risueño,
con la mirada tranquila,
con el corazón sin miedo.
Corren cien chicos gritando
tras el coche de los diestros,
turba de *capitalistas*
que quizás, andando el tiempo,
logren la fama que hoy tienen
Medrano y el *Buñolero*.

—

Venden otros el programa,
detestablemente impreso
de la corrida, y vocean
pregonando á voz en cuello,
*el retrato y biografía
de los toros*; hay sujeto
que lo compra, y que le sirve...
para almohadón de su asiento.
. . . .

Va á comenzar la corrida;
suenan los marciales ecos
del clarín; el presidente
agita el blanco pañuelo,
y... que ustedes se diviertan,
que yo en la Plaza no entro;
de lo que ocurra en el coso,
digno de censura ó premio,
podrán enterar á ustedes
Sobaquillo y *Sentimientos*.

E. NAVARRO GONZALVO.

NUESTROS PITONES

ESTO es lo que dicen en metáfora las personas mayores.

Que es como decir: «Sus pitones.»

La temporada taurina se abre mañana. Rafael pronunciará el discurso de «apretura.»

Temporada de las más notables.

Todo sonríe á la Empresa y al público «inficionado.»

El tiempo, la fisonomía del *Muñolero*, la taquilla...

Ya no hay butacas ni de orquesta para las dos primeras audiciones.

Se acabó el papel.

Como si dijéramos: «Está el pescao vendío.»

Nuestras primeras damas prueban las mantillas blancas á nuestros primeros varones para ver cómo les caen.

Todo contribuye al esplendor de la fiesta, inclusa la desamortización de la higiene.

Habrá toros de Arroyo, toros de Río y toros de Paja ó de Palha, del propio Portugal.

Se anuncia que habrá algunas recepciones.

Yo esto no lo creo del todo, pero lo trasmito para que llegue á noticia del público.

Podremos decir al día siguiente:

«Ayer recibió el matador N. Hubo música y tabacos. N. hizo los honores con suma delicadeza y «pulcrituz.» La fiesta se acabó porque se echó la noche encima. Tuvieron que entrar los serenos y la Guardia civil para mantener la animación... dentro de ciertos límites.»

He oído que hay disgustos entre los toros de Colmenar y los de allá abajo. Que median algunos lances.

Pero confío en que todo se arreglará, porque es lo que decía un chico escritor algo cornudo:

—Si fuera «uno» á fijarse ni á tropezar en esas cosas...

Algunos aficionados de esos que todo lo saben, y que están en el secreto, aseguraban choques entre la Empresa y varios diestros.

—Le digo á usted que no hay corridas de toros hasta Mayo.

—¿Va usted á mandar que llueva?

—No voy por ahí.

—Si es cierto el dicho de que no llueve por los feos, no hay miedo de que haga usted caer dos gotas de agua.

—Lo digo, porque yo sé lo que hay.

—¿Eso de la calle de Fuencarral?

—No: entre ellos.

—¿Entre quiénes?

—Que Rafael no mata tres toros por el mismo dinero que mata dos.

—Está bien.

—Ni *Pepín* da la puntilla á tres como á dos individuos.

—¿Individuos?

—Individuos de la clase de toros.

—¿Y qué sabe usted más? pregunté al sabio aficionado.

—Que Salvador no torea más que en ciertos días de la semana.

—Es la *chipén*: los domingos.

—No, señor.

—¿Que no? Y algunas fiestas.

—Que no.

—Y algunos días de trabajo.

—Salvador no matará los últimos toros.

—¿Cuáles son los últimos?

—Ni torea en día impar.

—Pues yo, apunta otro, sé que *Guerrita* se ha dejado decir que es el amo.

—¿Se ha dejado decir? Sí, se lo habrá dicho su amigo A. ¿Y él qué va á hacer?

—No, que dice que todos los que le suelten han de ser berrendos y «de acá.»

La señal de los cuernos, mal comparados.

Llega el día de la corrida.

Los mismos noticieros ambulantes y gratuitos andan á «bofetás» por sostener lo contrario que decían en la víspera.

—¿Pues no decían que Rafael no toreaba? pregunta uno de los susodichos.

—¡Ahí verá usted! ¡Mentira de los malos aficionados!

¿Y Salvador? También decían que no peleaba en día impar.

—Infundios.

—¡Valiente temporada!

—Menos cuando nos toque Luis de primero.

—Bueno; es que ya lo anuncia el cartel: en ese día habrá medio espada.

—¡Ya!

—Y caballeros en plaza.

—Como que en el cartel falta mucho.

—¡Ya lo creo! Faltan el Sr. Manuel Dominguez, el Garcilaso de la Vega... Armijo, y el Padre Freijóooo.

SENTIMIENTOS.

¡EL SEÑOR TORIBIO

Casi todos los del 9 le conocen.

Es uno de los aficionados más antiguos y más inteligentes que concurren á la Plaza de Madrid.

Cuando estaba la Plaza vieja junto á la puerta de Alcalá, iba siempre á pie á ver la corrida. Hoy los años y la distancia le hacen forzosamente ir en coche, y ésta es la única contrariedad que experimenta en esos días.

El señor Toribio, como le llaman sus amigos y compañeros en *la afición*, vive en una de las últimas casas de la calle de Toledo.

Coleccionador infatigable de toda clase de trabajos pertenecientes al arte, su domicilio es un verdadero museo tauromaco.

Amén de cuatro ú cinco cabezas de toro, disecadas, cada una de las cuales perteneció á un bicho célebre y marca una efeméride desgraciada en el arte del toreo, puesto que cada una de ellas recuerda la cogida de un diestro afamado, encuéntrase por todas partes, sobre los muebles, en los cajones, en los armarios, en los rincones de todas las habitaciones, estoques, moñas, banderillas, puyas, muletas, capotes de paseo, tiras de percal de las capas de brega destrozadas en el redondel, el colmillo de un banderillero, la alpargata de un mono sabio, y treinta y dos pelos de la coleta de un maestro muerto en el ejercicio de sus funciones; es decir, en el ruedo.

Por todo el oro del mundo no cedería el señor Toribio ninguno de aquellos objetos, que mira como pedazos de su corazón, como carne de su carne, como cosa propia, en fin.

Tiene colgados en la sala cuarenta y dos cromos, representando otros tantos toros; un magnífico mapa, donde están detallados los hierros y las divisas de todas las ganaderías, un cuadro sinóptico de las cogidas que han sufrido los diestros desde la creación del mundo hasta nuestros días, y seis mil seiscientas sesenta y seis tarjetas fotográficas, retratos de los toreros modernos, sin distinción de clases ni categorías.

Para el Sr. Toribio, con ser torero ya se es un hombre superior, y vale la pena que se adquiera su retrato, bien sea éste el de *Lagartijo*, ó *Frascuelo*, ó el del *Piripi* ó el *Buñolero*.

La biblioteca de nuestro aficionado es también digna de ser visitada. Figuran en primer término una docena de diccionarios taurinos; siguen todos cuantos libros se han publicado sobre cuernos en lo que va de siglo, y acaban de llenar la amplia estantería, la colección completa de ochenta y dos periódicos taurinos, descollando en primer término *La Lidia* y *El Tío Jindama*.

Pegadas con obleas, tiene en la pared de su alcoba las caricaturas de los revisteros de toros de más fama, y no pasa un día sin que al levantarse dirija á los susodichos la más plácida y bondadosa de sus sonrisas, y diga invariablemente á la parienta éstas ó parecidas frases:

—¡Ahí los tienes! Esos son los hombres de este siglo; los únicos que saben ver toros, y distinguir, y dar á cada uno lo suyo. Si no fuera por ellos, ¡cómo andaría el arte! ¡Dios les conserve la vista y la salud y las ganas de escribir, para bien de España y de los toros!

La parienta se incorpora, bosteza, se santigua, y el señor Toribio prosigue:

—Anda, Ruperta, anda; la oración de todos los días por éstos, antes que se olvide.

Y el matrimonio reza devotamente un Padrenuestro y dos Avemarías para que Dios conserve la salud y las facultades á los distinguidos revisteros *Sentimientos*, *Sobaquillo*, *Alguacil*, *Aficiones*, *Don Jerónimo* y *Juan Coleta*.

Y después de esto, el señor Toribio se dirige al comedor, el cual está empapelado por completo con carteles de corridas de Beneficencia, toma chocolate, se atusa los pelos con un peine de cuerno y se pone á leer, hasta la hora de almorzar, el *Anuario Taurino* de Eduardo de Palacio.

K. POTE.

Rafael Molina (Lagartijo).

Salvador Sánchez (Frascuelo).

Rafael Guerra (Guerrita).

Antonio Pérez (Ostión).

José Bayard (Badila).

Rafael Bejarano (Torerito)

Rafael Rodríguez (Mojino)

TOROS EN EL PUERTO [1]

Sr. D. José Navarrete:

. . . .

Afirma usted que el traje del torero es ridículo. ¡Sea todo por Dios, que le ha vuelto á usted la vista del revés! ¿Son más artísticos nuestros pantalones, más airosas nuestras levitas? Y si la moña le parece repugnante, por tener algo de femenino, ¿qué no debe parecerle nuestro clásico sombrero de copa alta, que á cada paso nos recuerda un mueble, llamémosle así, de inexcusable servicio?

Pero venga usted acá; ¿cómo quiere usted que tengan fuerza sus argumentos contra el toreo, si al lado les pone este bellísimo cuadro?

«Trenes y faluchos, diligencias y vapores, vomitaban millares de pasajeros en el Verjel y en la Victoria.

»Eran de ver, dos horas antes de ir á la plaza, el Colmado, la Fuentecilla, y, sobre todo, el patio y los comedores de la fonda de Vista Alegre, de bote en bote. Encontrábanse allí, y allí cambiaban abrazos y cañas, la gente de Cádiz, la gente de Sanlúcar, la gente de Jerez, la de Lebrija, la de Puerto Real, la de Rota... todos en pie, todos en movimiento, en torno de aquellas mesas cubiertas de langostinos, de bocas de la Isla, de ostiones de concha, de botellas de vino... ¡Qué voces! ¡Qué ruido de cristal! ¡Qué atmósfera llena de los vapores del menudo y del perfume del oloroso y de la manzanilla!

. . . .

»A las tres y media quedábanse desiertos el paseo, las tiendas de montañés y la fonda, é interminables hileras de almas iban para la corrida por las aceras de las calles de Palacio y de Luna, inundaban la plaza de la Iglesia, concluían formando una masa compacta, una columna inmensa en la calle de Santa Lucía, y continuaban hasta el circo entre las filas de puestos de abanicos de calaña que alternaban con las espuertas de avellanas, cuyos tíos desgañitábanse gritando: «¡A dos reales la grande, y á probarlas!»

. . . .

¡Olé por la sangre torera de D. José Navarrete! Sí, señor, sangre torera tiene usted; que de lo contrario no podría pintar con *requetetantísima* gracia el cuadro de «¡A los toros, á los toros!»

Pero, hombre de Dios, ¿no sospechó usted, al pintarlo, que á los aficionados y á los que no lo son se les iba á hacer la boca agua y á entrarles una comezón de ir á la plaza, capaz de volverles *tarumbas*? ¿Y cómo no? ¿Acaso no es digno ese cuadro de que se despueble el mundo entero por ir á gozarlo? ¿Dónde está el pacato que lo pospone á las mojigangas, cucañas y fuegos de artificio?

¡Y eso que se ha dejado usted sin pintar la mitad del lienzo! ¡Ay, maestro, si yo tuviese la pluma y la sangre torera de usted!

Pero venga usted acá: no se quede á la puerta; éntre conmigo en la plaza. ¡Qué animación, qué bullicio, qué alegría! Pasemos á nuestro asiento de valla, para ver la lidia desde cerca. Quizás algún chulo conocido nos tire su capote de paseo al cajón, donde lo tenderemos á modo de colgadura para darnos pisto.

¡Cuán llenos están los palcos de mujeres bonitas! Allí la gaditana de tez pálida, mirada habladora, sonrisa celeste y cintura y pie de bayadera, sorbiéndole los sesos á un inglés, extractor de vinos, que, por agradar á su adorada prenda, ha dejado su *monóculo*, su sombrero con crespón blanco y su levisac, por el bastón de estoque, la camisa de chorreras, el calañés con *barbuquejo* y la chaquetilla de alamares; y allá la jerezana de ojos como luceros, rosada tez, copiosa cabellera y abundante seno, entre dos de sus paisanos, gran garrochista el uno, de patillas achuletadas, marsellés y hongo pavero, y el otro, aunque más negro que un chorizo, dándosela de inglés con sus lentes, levita abotonada y *castora* blanca.

. . . .

Pues ¿y los tendidos? Con el señorío masculino de todos los pueblos de veinte leguas á la redonda, se confunden el marchante de Arcos, el arriero de Conil, el vendedor de peros y camuesas de Ronda, el calesero de Chiclana, el hortelano de Vejer, el alfajorero de Medina, el calafate de la Carraca, y mil y mil tipos más, vestidos de mil colores y modos diversos; éste calzando el botín acairelado, aquél, ceñido á la cintura el arco iris en forma de faja; todos hablando á un tiempo y riendo y asaeteándose á chistes; uniéndose á tal baraúnda el estrépito de las músicas, el acompasado golpear de los bastones y los gritos de los que pregonan, *agua con anises, avellanas y garbanzos tostáos, cañaillas ó bocas y almendráos de canela.*

¿Pero qué aplauso es ése? ¡Ah, que sale la cuadrilla! ¿Dónde ha visto usted gente de más garbo y gentileza, ni más lujosa y bellamente ataviada? ¡Qué gallardía en el andar! Como que son hijos y hermanos de los infantes de Breda y de Pavía y de los cazadores de Africa.

Sale la fiera. Parece de terciopelo, por su finura y brillo, su piel azabachada, y no se comprende cómo estando atocinada puede sostenerse sobre remos tan finos y vencer al viento en ligereza. Un hombre se va á ella armado de una vara; el toro, al verle, le arremete, se juntan. ¡Jesús!... No es nada, hombre, es que *Chicorro* ha dado el salto de la garrocha. ¡Con cuánta precisión, limpieza y gracia pasó por encima de la res! Pero ésta no pára de correr, ni se percata de que hay hombres y caballos en el ruedo. ¿Quién será capaz de detenerla?

Con mesurado paso se dirige á ella señó Manuel Domínguez, ábrele el capote, y en un palmo de terreno le da una verónica y otra, y dos ó tres navarras que la dejan como clavada á diez pasos de las tablas. Ya ha tomado tres varas de Trigo y los Calderones; uno de éstos cae al descubierto; tápese usted los ojos; pero no, no hay cuidado; *Bocanegra*, mientras otro chulo cubre con el capote al picador, agarra por la cola al toro y se lo lleva dando vueltas á los medios, donde, soltándole, se queda ante él cruzado de brazos á media vara de los cuernos.

¡Qué cuadro! Pero no es el que le sigue menos bello. Las banderillas en una mano, y en la otra una silla, vase á los medios el *Gordito*, y cuando el toro le mira, da hacia él unos pasos, siéntase en la silla, crúzase de piernas y lo llama y espera su embestida. El animal, asombrado quizás de tanta audacia, permanece quieto, y el torero se le acerca poco á poco, tirando con una mano, y por entre las piernas, del asiento de la silla, y le vuelve á citar; engállase entonces la fiera, parte hacia él como el huracán, y llega á la silla y la voltea y desbarata en el instante en que, rápido como el rayo, el torero quiebra de cintura, se sale de la cabeza, da frente al costado de la fiera y le clava los rehiletes en lo más empinado del morrillo.

Pero hay más: Domínguez, después de brindar y de mandar al estribo á la cuadrilla, se adelanta al toro hasta desplegarle la muleta en la cara, se cambia cuando le embiste, le pasa al natural, se lo echa fuera con un ceñido pase de pecho al revolvérsele, y después de darle otro en redondo, llevándole el trapo pegado siempre al hocico, cuádrase la fiera. Imítale el matador, se perfila, lía el trapo, mete el pie, cita al toro, lo espera clavado en tierra, y lo echa á rodar cuando se arranca, de una estocada por todo lo alto.

¡Qué bullicio! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué locura!—¿Usted también se entusiasma y tira el hongo al ruedo? ¡Bien decía yo que tenía usted sangre torera!

Ahora, mientras las jacas del señó Canelo arrastran los potros y el toro muertos, subamos al palco de aquellas señoritas que nos brindan con unas copas de manzanilla. Así podremos decirles que. . . . .

¿Que no va usted por no perder la salida del segundo toro? Yo tampoco quisiera perderla; pero... En fin, aguarde usted un poco, que pronto volverá su amigo

José Velarde.

(1) Del libro *Toros y chimborazos*, publicado por esta Empresa.

¡A LOS TOROS!

Será cruel y sangriento,
y antipático y brutal
presenciar desde un asiento
nuestra fiesta nacional;
pero yo que paso ratos
en extremo divertido,
desoyendo á los *sensatos*
no abandono mi tendido.
¿Que esa indigna diversión
es brutal? ¡No sé por qué!
¿Acaso es malo el jamón
porque no le guste á usté?
Ya sé yo que usted profesa
todas esas teorías
que aprendió de sobremesa
en cafés y horchaterías,
y que lleno de piedad
sostendrá los ideales
de la excelsa *Sociedad*
protectora de animales.
Dirá también que es desdoro,
propio de un pueblo salvaje,
consentir que á un pobre toro
se le pinche y se le raje,
con instinto tan brutal,
que, herido en el corazón,
hacen del pobre animal
objeto de diversión.

Dirá usted que causa horror
ver al toro bravo y fiero
que arremete al picador
destripando al pobre overo,
y que, indefenso y vendado
víctima de la cuadrilla,
cuando ya lo han destrozado
suelen darle la puntilla.
¿Y el torero...? *¡Qué torero!*
(responderá usté al instante)
¿No va allí por el dinero?
pues entonces, que se aguante;
y si saca una cornada,
que se calle y se fastidie,
porque, ni hay razón fundada,
ni le obligan á que lidie.
¡Eso sí que es lo brutal!
¡Eso sí que causa horror!
¡Defender al animal
despreciando al lidiador!
¿Por qué emplea con nosotros
esos argumentos de antes?
¿Es que al hablar de los potros
defiende á sus semejantes?
¿Es que tiene ese capricho
para poder disputar?
¡Hombre, pues haberlo dicho
y acabáramos de hablar!

Fiacro Yráyzoz

La justicia y los toros.

Al Sr. D. Federico Urrecha.

Director de LOS MADRILES.

QUERIDO Urrecha: «Mándeme usted cuatro líneas para un número de LOS MADRILES que voy á dedicar á los toros,» me dijo usted ayer.

Y aquí me tiene usted, sin saber á qué Santo encomendarme para echar media hora á cuernos.

Hace un año próximamente que me *quité* de los toros, con el firme propósito de no volver á ellos; estoy, por lo tanto, fuera de ambiente y me marcharé de Madrid antes que empiece la temporada taurina, resuelto á no asistir más que á las corridas traducidas al francés que se verificarán en París, durante la próxima Exposición.

Comprenda usted, pues, mi apuro al tener que hablar á usted de cosas que en la actualidad despiertan en mí un interés escasísimo, y no se enfade si estas líneas son indignas de figurar en el chispeante semanario que dirige usted con tanto acierto.

Voy á relatar á usted un suceso extraordinario y verídico que he oído de labios de persona respetable. Aún viven muchos de los que lo presenciaron, y si me decido á referírselo á usted es porque el terror que inspiran las diligencias judiciales, terror, en mi concepto, justificadísimo, presta á mi narración marcado sabor de actualidad, en estos días de Higinias, Dolores, Cachaperines *e compagnia bella.*

El suceso ocurrió en un pueblo de Navarra, y fué del modo siguiente:

Debía celebrarse la fiesta patronal y era costumbre que se corrieran, en aquel día, vacas por mañana y tarde en la plaza de la Constitución; pero no sé qué calamidad afligía en aquel entonces á la comarca, si la guerra, el cólera ú otro azote parecido.

Lo cierto es que el Ayuntamiento del pueblo se reunió en sesión extraordinaria y decretó unánimemente que aquel año no hubiera toros en el pueblo.

¡Aquí fué Troya! La indignación se apoderó de todos los vecinos: reuniéronse éstos, á su vez, bajo la presidencia del herrero, hombre de pelo en pecho, gran voceador y que ejercía sobre sus conciudadanos influencia decisiva, y resolvieron por aclamación celebrar la corrida de toros, así se hundiese el firmamento.

La víspera de la fiesta, por la noche, hallábase reunida la Municipalidad en el *Hotel de Ville* del pueblo, con el objeto de excogitar medios para evitar aquel tremendo desacato, cuando de pronto se vió el salón de sesiones invadido por las turbas que capitaneaba el herrero, las cuales se apoderaron del alcalde y de todos los concejales allí congregados y los encerraron en los bajos del Municipio.

Salió en seguida una Comisión á buscar las vacas, trajéronlas al pueblo, las enchiqueraron convenientemente, y al segundo día, á las once en punto de la mañana, estaba el herrero en el balcón de la Casa Consistorial, acompañado de varios destrozones que formaban la presidencia de la corrida.

Flameó el herrero un hermoso pañuelo de hierbas, y dió comienzo la *lidia.* Salió una vaca, y otra, y otra, y en cuanto barruntaban los lidiadores algún cansancio en el presidente, dirigíanse á él á voz en cuello, gritando:

—¡Tío herrero, que salga otro, andusté!

Y el herrero agitaba el monumental pañuelo de hierbas, y continuaba la corrida.

Así duró ésta desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde, interpolada con la muerte de dos vecinos que pagaron en los cuernos de las vacas su desmedida afición al espectáculo nacional.

A las cinco y media soltaron al Ayuntamiento, dióse por terminada la fiesta, y el pueblo volvió á su estado normal como si tal cosa hubiese pasado.

Como había habido dos muertos, el juzgado de la capital se personó al día siguiente en la localidad y comenzó á instruir las oportunas diligencias.

¿Y sabe usted, amigo Urrecha, lo que averiguó? Pues averiguó que *no había habido toros.* ¡Ni Dios los había visto! Los cuatrocientos lidiadores estuvieron unánimes en declarar que aquello era una solemne mentira, una calumnia feroz, y en poco estuvo que llevaran ante los Tribunales al Ayuntamiento, porque los vecinos del pueblo declararon que, el día de la *supuesta* corrida, todos los miembros de la municipalidad, con el alcalde á la cabeza, habían paseado *coram pópulo* por las principales calles de la población, y no habían podido, por ende, estar encerrados, como ellos infamemente suponían.

Con lo cual se dió sepultura á los muertos, el herrero obtuvo una ovación, y se sobreseyó la causa por falta de pruebas.

¡Y que les vayan al herrero y consortes con justicias históricas!

—

¿Sirven estas cuartillas? Pues mande usted otra cosa. ¿No sirven? Pues rómpalas usted (creo que será lo mejor), y hasta otra, que no por eso hemos de ser menos amigos.

Suyo afectísimo,

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Su casa, 10 de Abril de 1889.

¡VOTO EN CONTRA!

Al llegar á este punto, oídos los pareceres de sacerdotes en puntas tan eximios ellos como *Sentimientos* y Peña y Goñi... exclamará sorprendido el aficionado lector:

—¿Por dónde sale ahora éste?

Ya; ya sé que esto sienta en este número como en un Santo Cristo un par de pistolas, de arzón, para que el contraste sea mayor; pero he de declarar que en cierto modo este rasgo mío de valor cívico no se debe al propio impulso: he sido empujado á él por quien puede.

Hace ocho días fuí evocado por el Director de este periódico, persona para mí de gran respeto, pero (dígase todo) lleno á veces de caprichos extravagantes.

—Amigo Calibán, me dijo con cierta preocupación, vengo á pedirle su concurso en un número especial que proyecto.

—*Vediamo!*

—La temporada taurina se acerca; el público pide toros, y hay que echárselos. El Sábado de Gloria es la víspera solemne de la corrida de inauguración, y el sábado hay número.

—Adelante.

—Pues me ha parecido conveniente dedicar aquel á la afición, *echarle toros* al público, y tengo la cosa casi cocida: un artículo de *Sentimientos*, gloria pura; otro de Peña, las propias mieles; otro de K. Pote, ambrosía de Sanlúcar; otro... vamos, otro de usted.

—¿Mío? ¿Yo?... Pero...

—Nada, es indispensable.

—Pero... ¡si yo soy enemigo rabioso de eso!

—¿De qué?

—De los toros.

—Yo también, me contestó filosóficamente el Director. Crea usted, amigo Calibán, que no son animales de mi mayor aprecio. Pero en la plaza... ¡ah!

Y el Director pareció sumirse en éxtasis teresiano.

—Corriente, dije. Haré el artículo; pero conste que ha de ser reflejo de mi manera de pensar, un ataque á la afición y no otra cosa.

El Director pareció consternado.

—Vamos á ver, le dije; usted quiere hacer un número para los taurófilos. Bueno, pero considere usted que lo ha de comprar alguien más que no lo sea, y hay que mirar por éste. Habrá muchos que lean lo que los demás digan y no se hallen conformes, y, así, al llegar á mi artículo, sentirán cierta bienaventuranza y exclamarán: «¡Este tío tiene razón!»

Y el Director se convenció, porque el hombre es razonable, á pesar de todo, y yo empecé el artículo, que remití ayer á la imprenta metido en un cuerno.

No sé si habrá servido, porque todo esto que escribo son reflexiones mías posteriores al artículo; pero por si ha ido á parar al cesto, vean ustedes la miga en que yo envolvía mis argumentos.

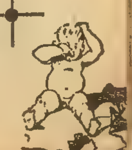
—

Me permito, ante todo, un voto de censura enérgico y pletórico de indignación contra los revisteros taurinos. Ellos, chicos de tan superior ingenio, hombres, fuera de esto, juiciosos y serios, se entretienen en extraviar al público por indebidas veredas.

Peña y Goñi, lleno de gracia, como María (¡de otro modo, claro!) reputadísimo crítico musical y escritor ingenioso, me llenó de asombro cuando no recuerdo en cuál temporada se enredó en una polémica sobre las sutiles diferencias entre las *suertes* de recibir y aguantar.

¡Aquello fué el delirio! Peña y Goñi definía ambas suertes, y llegaba á señalar *terrenos*, *vaciados*, y otros perfiles casi en centímetros.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.



—El toro arranca en dos metros setenta; el espada se *escupe* (así, se *escupe* el muy sucio) en un metro ochenta... pues esto es *aguantar*: ¡infalible!

¿Que había siete milímetros de diferencia? Pues entonces era *recibir*.

Yo no sé si Peña y Goñi tomaría las medidas sobre el terreno; presumo que no; pero aunque las hubiera tomado, niego que lo de las medidas sea verdad. No hay toro que sepa el sistema métrico, ni aun los Veraguas.

Pues por este estilo, los demás revisteros.

Creo que en el artículo digo algo, muy poco, sobre el espectáculo que dan los caballos; y digo poco, por lo mismo que el argumento se ha sobado mucho. Pero sí salgo al paso de esto que contestan los aficionados:

—A los caballos se les hace un favor con llevarlos á morir allí, porque son pencos enfermizos y casi moribundos.

Yo no sé la opinión que tendrán indudablememente los caballos sobre esto, aunque se la callan por vergüenza; pero á poco que estiremos el argumento y lo apliquemos á la vida, resultará la enormidad de despenar y quitar de en medio á todo aquel que se hallase en la situación de los caballos.

No me daba el artículo espacio para examinar un punto importantísimo: el de saber si el espectáculo *afinaba* las costumbres; pero recuerdo que lo negaba en redondo. Para hacer el paladar se usan en la Plaza los siguientes vocablos, todos escogidos:

—Tumbón, cobarde, tío judío, asesino, indecente, sinvergüenza, mar y con, mamón (esto de *mamón*, dicho á *Frascuelo*, por ejemplo, que está destetado hace cuarenta años, tiene mucho salero), etc., etc.

Porque hay todavía repertorio que no puede decirse en letras de molde.

De modo que ya ven ustedes si se afina el lenguaje con aquellos y los otros elementos.

—

Si yo tuviera la gracia inagotable de Tomás Luceño, hubiera hablado en el artículo de lo que tiene relación con el idioma maltratado en la Plaza; pero no quise decir nada sobre esto.

Sí diré ahora que aún no he podido entender las siguientes *cosas*:

Escupirse: esto supone en cualquiera desidia incurable, y no debe de ser otra cosa en la Plaza tampoco, porque he oído muchas veces á los aficionados decir con indignación:

—¡Pues *no se ha escupido* el muy... leñero!

Tienen razón.

Cuartear, operación que deben hacer frecuentemente los picadores, y que también saca de quicio al aficionado. No he encontrado en ninguna parte la aplicación taurina del vocablo.

Meter los brazos. Debe referirse sin duda al acto de vestirse la chaquetilla los diestros, capítulo de las mangas.

Entrar *por* derecho. Debe rezar con los concejales y diputados provinciales, que entran en la plaza *por* derecho propio y de momio.

Traerse respeto: se dice sin duda de los toros de buena familia, y que por esto merecen mayores consideraciones y respetos que los pelones.

Una larga. Definición deficiente, porque falta la medida. Si es muy larga, la mitad ó la cuarta parte será *una corta*. Hay que arreglar esto.

Una *verónica*. Argumento en favor de los que dudan de la verdad bíblica, porque resulta que hay más de una Verónica; hay muchas verónicas. ¡Qué conflicto, Señor!

Los rubios. Ignoro si se referirá á la clasificación natural de los espectadores, en rubios y morenos; pero si es así ¿dónde me dejan á *las rubias*?

—

Creo que no había mucho más en el artículo, aparte las frases de rúbrica contra el espectáculo *brutal, salvaje, indigno de naciones civilizadas*, etc., etc., llenas de justa y noble indignación.

Conste así que voté en contra, por si no se publica el artículo.

—

No decía, y es natural, en aquél que con el *dador* enviaba á cobrar su importe.

Lo digo aquí, y añado que con aquellos dineros he pagado religiosamente mi abono á una primera fila de tendido de sombra!

CALIBÁN.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
27 de Abril de 1889
NÚMERO 30.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

El Círculo Literario le ha elegido otra vez para que lo presida.

Sánchez Pastor, modesto verdaderamente, no ha podido renunciar á un honor que merecía el ingenioso sainetero, que en un género dramático muy difícil ha vencido siempre.

Al revés de muchos, de casi todos, Sánchez Pastor, que ha ocupado y ocupa en la política elevadas posiciones, no ha olvidado á sus compañeros de letras, entre los que vive con más gusto que entre las gentes políticas, y muchos de los cuales le deben atenciones que no olvidarán nunca.

Al menos aquellos que, como nosotros, pueden hablar por propia experiencia.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

NUESTRO cariñoso amigo y querido compañero Federico Urrecha abandona desde el próximo número la dirección de este Semanario.

Identificados por completo con su pensamiento y línea de conducta, cúmplenos hacer constar que su decisión no obedece á rozamientos ni disgustos de ningún género.

Comprometido Urrecha en empresas literarias de más alto vuelo, que han de absorber por completo su tiempo y su poderosa actividad, se separa hoy de nuestro lado, privándonos de su valioso concurso, lo cual lamentamos profundamente, en la seguridad de que él también lo siente de veras.

Pero á bien que entre nosotros queda en espíritu, y con la formal promesa de que, siempre que sus trabajos se lo permitan, seguirá honrando con su firma las columnas de este periódico, en el cual, ahora y siempre, tiene reservado lugar preferente, como lo tiene en la leal afección de los devotísimos amigos que en él deja. Hasta luego, pues, querido Federico.

—

En el Hospicio de Cádiz se ha construído un teatro para solaz, recreo é instrucción de los asilados.

Aplaudimos con toda el alma la mejora, y desearíamos tuviera muchos imitadores.

Pero...

«Lisardo, en el mundo hay más.»

Dicho teatro se inauguró la noche del 24 con la representación de varias obras religiosas.

Un niño de ocho años, vestido de majo, se tocó y se cantó varias piezas en la guitarra.

¿Religiosas, también?

¡Se comprende el interés
que el niño despertaría
y lo nuevo que esto es!
¡Cantar el *Ave María*
con sombrero calañés!

—

La Mary Albert es una artista parisién muy guapa, como pueden ustedes convencerse por el retrato que publicamos en otro lugar, á la cual aplaude todas las noches el escogido público que asiste al teatro de la Comedia.

Madame L'archiduc, La fille de madame Angot y *Bettina la pavera*, encuentran acertada intérprete en la señora condesa D'Assche, que es el título que usa para andar por casa la aplaudida actriz.

Según nuestras noticias, la Mary Albert estima más las excelencias de su voz que las de su título. Y hace perfectamente.

A la Patti nadie la llamó nunca la marquesa de Caux.

Porque en los artistas buenos,
de mérito extraordinario,
siempre ha sido lo de menos
un título mobiliario.

—

Dos acontecimientos importantes han ocurrido en esta semana. La apertura del Congreso Católico y la reapertura del Juicio oral.

Esta simultaneidad de espectáculos originará, de seguro, serios conflictos.

¿Dónde acudirá con preferencia la *crème* de nuestras elegantes desocupadas?

¿Dejarán de saborear las emociones fuertes que producen los desplantes de la Higinia y las declaraciones naturalistas de algunos testigos, por oir la elocuente y piadosa plática del sabio arzobispo de Zaragoza?

Parece natural que se encaminen á San Jerónimo y abandonen los pasillos del Palacio de Justicia.

Pero ¡ay! no confiemos mucho; se han pagado estos días á diez duros cada uno los primeros puestos de la célebre *cola*, y con seguridad no ha sido ningún peón de albañil el que se ha permitido este despilfarro.

Medítenlo mucho las aristocráticas aficionadas, y piensen que ha de serlas más grato y provechoso oir al obispo de Jaca y al maestro Barbieri, que al señor Rojo Arias ó á D. Vicente Galiana, pongo por caso.

Con que á San Jerónimo.

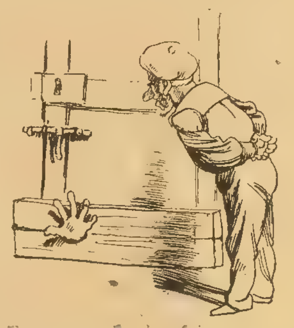
—

El proveedor de la leche
del Hospital General,
en vez de leche de vacas
yo no se lo que dará;
pero en el *líquido* había
cierta irregularidad,
según testimonio de un
diputado provincial.
¡Defraudar al pobre enfermo!
¡Qué infamia! ¡No cabe más!
¡Y dicen que es reincidente!
¡Qué aprovechado industrial!
Castíguenle fuerte, y duro,
pues ha demostrado ya
que, al hacer ese *negocio*,
buscando la impunidad,
la leche podrá *cortarse*,
pero él, ¡qué se ha de *cortar*!

—

Leo y copio:

«En un pueblo inmediato á Miranda, un marinero, para comprobar la infidelidad de su mujer, simuló un viaje á aquella villa, presentándose en su domicilio á la caída de la tarde, cuando menos se le esperaba. Su primer cuidado fué impedir que su mujer saliera ó gritara, y colocar un cepo al lado de la gatera de la puerta, donde acostumbraban dejar la llave. Dos horas después lastimeras quejas denunciaron que alguien había caído en la trampa, y á la mañana siguiente los vecinos contemplaban escandalizados á un individuo revestido de especial carácter, sujeto por la muñeca en el cepo.»



¿Conque estaba revestido
de un carácter especial?...
¡Comprendido, comprendido!
Y no me parece mal
la decisión del marido.

—

Se ha descubierto en Puerto Real una defraudación á la Hacienda, importante muchos miles de duros.

Esta noticia es la de todas las semanas.

Mejor dicho; la de todos los días.

Dejándola en la imprenta sin distribuir, podía servir, con ligeras variantes, para todas las *Crónicas*.

—

A treinta y seis millones de reales asciende el valor de unas conchas, con sus correspondientes perlas en bruto, que van á ser expuestas en el gran certamen de París.

¡Y tan *expuestas* como van á estar las conchitas ésas!

Bien es verdad que estarán custodiadas por una guardia de honor.

Si esos guardianes no estuvieran elegidos de antemano, nos atreveríamos á proponer nosotros unos *fieles* custodios de tan exorbitante riqueza.

Los defraudadores de Puerto Real, por ejemplo.

Ú otros de la trinca.

Aquí abundan.

¡Pobres perlas! ¡No iba á quedar ni la vitrina!

E. NAVARRO GONZALVO

DESDE EL BOULEVARD

Yo no sé si alguno de mis lectores habrá tenido en su vida un grano en la nariz.

Pero apuesto que todos se figuran la molestia que ocasiona.

Pues bien: los parisienses, de nacimiento ó *per accidens*, como un humilde servidor, á quienes la política nos revienta, llevamos ya unos días de disfrutar la sensación agradable del que ha tenido muchos meses el consabido granito y por fin se ve libre de él.

¡Ya no oímos casi nunca hablar de ÉL!

ÉL era el general Boulanger, el grano más pesado que se puede soportar.

Una *scie*, que dicen los indígenas de este pueblo.

Pero llevamos unos días de grano, aunque el absceso es menos agudo.

Se vuelve á hablar de él á todas horas con motivo de su expulsión de Bruselas.

Porque le han expulsado.

Y lo más gracioso del mundo es la serie de argumentos (digámoslo así) que los de la *boulange* aducen para demostrarnos que al general no le han echado de Bélgica.

—Le han invitado... dicen unos.

—¿A comer?

—A que haga un viaje á Inglaterra.

—No, señor, dicen otros; el viaje ya lo tenía él decidido, porque el hombre parece que tiene azogue. Lo que hay es que el Gobierno belga, al saberlo, le ha *invitado* (le tienen cariño á esto de la *invitación* los de la *boulange*) á que haga la maleta en veinticuatro horas. Y así por el estilo.

La verdad es que al buen hombre, con su cabello negro y sus barbas rubias, me lo han expulsado... con buenas formas; y como es de buen componer, ni siquiera se ofende.

El sistema puede hacer fortuna y ponerse en moda.

Yo, que me tengo por hombre fino y cortés, adoptaré la siguiente fórmula cuando tenga que despedir á la criada:

—Fulana: invito á usted á que coja el baúl y la cuenta y se largue á otra parte con la música.

Y si no acepta la invitación, tendré que cogerla por un brazo y ponerla en la del Rey.

Que es lo que hubiesen hecho en Bélgica con ÉL, si no se va pronto.

—

Toda esta nueva erupción boulangerista ha coincidido con la Semana Santa; y á pesar del gran reclamo nuevamente hecho á favor del general, ha quedado tiempo y espacio para hablar de los sermones del padre Monsabré en Nuestra Señora de París.

Porque aquí, aunque no hay procesiones, ni suspensión de movimiento de carruajes, ni ninguna de las manifestaciones externas de la santidad de estos días que usamos en Madrid, no por eso deja de haber su predicador á la moda.

Y así como el padre Mon atraía las más encopetadas damas de Madrid, aquí es el fraile dominico mencionado, el padre mimado de la *high life* y el *copurchich* y *le dessus du panier*.

El Viernes Santo parecía la puerta de la Catedral la puerta de un teatro en noche de *première*, tal era la afluencia de lujosos trenes y el apiñarse las *mondaines*—y aun algunas *demi-mondaine* de primera magnitud—crujiendo la seda de sus elegantes y discretas *toilettes* propias del caso, para entrar en el templo codeándose con lo más florido de los *clubmans*, *spormans* y otra porción de *mans* distinguidos.

Dicho sea de paso, el padre Monsabré habla como muchos académicos quisieran poder hacerlo.

Pero esto es lo de menos para el escogido auditorio que llenaba las naves de Nuestra Señora.

Hay que oirle, y se le oye como la música de los conciertos clásicos y los discursos de recepción bajo la cúpula.

Lo más curioso no es esto. Lo grande, el *comble* de estas *soirées* espirituales—porque hay que llamar á las cosas por el aspecto que presentan—es la organización del local.

A media vara de las puertas de entrada se tropieza con largas barreras de madera que limitan el recinto ocupado por las sillas, y que ocupa sencillamente toda la iglesia.

Estas sillas están divididas en *primeras*, *segundas* y *terceras*, por otras vallas, en las cuales hay entradas con sus correspondientes recaudadores que cobran dos francos por las primeras, un franco por las segundas y quince céntimos por las terceras. Verdad es que desde estas últimas ni se ve ni se oye una palabra.

Para los que no pueden ó no quieren pagar por oir la palabra de Dios, queda un pequeño espacio en el último rincón de la iglesia, entre tinieblas, y donde ni llegan los ecos del sermón, ni los ojos alcanzan á ver la imagen del altar.

Cristo amaba los pobres y arrojaba los mercaderes del templo.

Los mercaderes de Nuestra Señora de París hacen pagar muy caro el predicador á la moda y al pobre... ¡que lo parta un rayo!

—

Mis lectores echarán de menos en esta crónica unas cuantas noticias de la Exposición.

He tratado de economizárselas, porque me preparo á hablarles minuciosamente de todas las maravillas que encierra, y son muchas, desde mi próxima carta.

Con tal objeto me paso todos los días dos ó tres horas en medio de aquellas gigantescas obras, exponiéndome á que me caiga un madero sobre los sesos, lo cual sentiría mucho, y saliendo de allí de todos los colores del iris á fuerza de tropezar con puertas á medio pintar, paredes recién blanqueadas y armaduras á medio armar.

Entretanto, adelantaré algunas noticias sobre las fiestas de inauguración, que se verificarán los días 5 y 6 de Mayo.

El 5 tendremos en Versalles revista militar, discursos, presidente de la República á todo pasto y *grands-eaux*, que una señora francesa que se las da de saber bien el español, traducía ayer como *aguas mayores*.

El día 6 abriremos la Exposición con muchos cañonazos, muchos discursos, mucha música y presidente de la República á discreción.

Por la noche iluminaciones por todas partes, derroche de luz eléctrica, gas, petróleo y sebo en algunos sitios.

Fiesta de noche en la Exposición, que terminará con la iluminación completa de la torre Eiffel con luces de bengala.

Conque los que piensen venir, que se den prisa.

Y á los que se queden por ahí, procuraremos contárselo todo.

Porque, hablando en serio, esta Exposición es sin duda la más artística, la más atractiva que se ha realizado hasta ahora.

Es un verdadero poema de la inteligencia y el trabajo.

¡Ah! Y del dinero... que no deben ustedes olvidar, porque hay donde gastarlo.

Lo que siento es que me coge sin él.

Por no perder la costumbre.

BLASCO.

París 25 de Abril de 1889.

¡CRÍA CUERVOS!...

I

Mi querido Nicanor:
Por tu insistencia quizá
ya se ha enterado mamá
de que me haces el amor.
¡Y si vieras de qué modo
tan atroz me ha regañado!...
Con decirte que he llorado,
creo que te digo todo.
Como está en observación,
ve que pasas, y se queja,
diciendo que no me deja
que salga más al balcón;
y ya puedes suponer
que si desde hoy no me asomo,
quiero que me digas cómo
nos podremos entender.
Por huir toda sospecha,
he inventado yo un pretexto,
y parece que con esto
se ha quedado satisfecha.
Le he dicho que no te quiero,
y que ya sabe la gente
que tú pasas solamente
por la chica del tercero;
para lo cual es preciso
que si te ven paseando,
tú disimules mirando
con frecuencia al otro piso.
Será un sacrificio; pero
ya comprendes mis razones.
Mira mucho á los balcones
de la chica del tercero;
y de este modo se evita
el que mi mamá se entere.
¡Adiós! Ya sabes te quiere
mucho, mucho tu—ROSITA.

II

Mi querido Nicanor:
¡Lo que yo me estoy riendo
al ver que sigues haciendo
tu papel, que es un primor!
Mamá está tan confiada
la infeliz, que me descuida.
¡Como que está convencida
de que no tenemos nada!
Ya no piensa en ti jamás,
y yo me río después
al mirar lo fácil que es
engañar á las mamás.
¡No sospecha!... ¡Pobrecita!
Sigue así por nuestro amor,
y no olvides, Nicanor,
que te adora tu—ROSITA.»

III

«¡Eres un pillo, un grosero
que abusa de mis lecciones!
¿Conque tienes relaciones
con la chica del tercero?
Me tienes desesperada
y ya no te quiero, no.
¡La culpa la tengo yo
por haberte dicho nada!
¿Has querido darme un timo?
Pues te lo voy á decir:
¡Yo también, para fingir,
me eché por novio á mi primo!»

FIACRO IRÁIZOZ.

Á PROPÓSITO DEL CRIMEN

—¡Si ia cosa está clara! Hazte tú cuenta que eres la Higinia....
—Eso es, y vienes tú y me regalas un mantón, que por cierto me está haciendo mucha falta.

—Lo que no ha pensao naide es que eso sea un sucidio.
—¿Y quemarla?
—Otro sucidio. Dos sucidios.

—Porque si usted es la difunta, por ejemplo, y vienen dos mujeres á matarla, ¿qué hace usted?
—Pues si ya estoy difunta, nada; estarme como quien se ha muerto.

—¿Cómo haría yo para ruborizarme cuando dicen esas cosas en el juicio?

FUENCARRAL STREET

—¡Qué bien habla este *sensato*!
¡Cuán lógico y razonable!
Tiene razón; el culpable,
si es que lo hay, es el *Chato*.

—¡Válgame Dios, qué mujer!
¡Qué bombo, qué exhibición!
¡Cómo llama la atención
esta Higinia Balaguer!

—«Quiero que conste igualmente
lo que afirmó ese Querencia...»
—¡Eso es una impertinencia!
—¡Ya lo dijo el presidente!

—¡Hasta *El Eco de la Moda*,
un periódico formal,
habla ya del crimen de
la calle de Fuencarral!

IMPRESIONES TEATRALES

URO por *mis grandes dioses*, que diría un traductor de folletines, que no sé por quién empezar hoy, si por Mariano Fernández, por *Lagartijo*, por Mary Albert ó por William Parish, *premier dresseur y great-manager* de su Circo.

La afición me obliga á hablar en primer lugar de Rafael I; la galantería, de la Albert; la prehistoria, de Mariano Fernández, y el *puff*, de Parish.

Quememos, pues, nuestro granito de incienso en el ara de William.

—

He ahí (ó aquí, donde sea *habido*) un hombre extraordinario. Sin más recursos que los otros empresarios, sin añadir un céntimo al presupuesto diario, sin pedir subvención al Gobierno ó á la Sociedad de carreras de caballos, que sería más justo, ha conseguido este honorable inglés que las funciones de su Circo sean las mejores entre las más escogidas de todos los circos del planeta.

Y que esto no es un reclamo, va á verse en seguida.

Tomen ustedes nota, copiando *l'affiche* de cada día, de lo que se dice en él de domingo á domingo:

Los lunes: Función *monstruo*.
Martes: *Grand fashionable soirée*.
Miércoles: Función *extraordinaria*.
Jueves: *Excepcional soirée...*
Viernes: Otra vez la *fashionable* del martes.
Sábado: *Gran* función cómica.
Domingo, para descansar: Dos funciones *monstruos*, tarde y noche.

Vean ustedes cómo, con sólo añadir unas cuantas letras, consigue el buen Parish que no haya una sola función en su Circo que no sea de órdago.

Y cuenta que aún no ha agotado los adjetivos utilizables; que en cuanto se entere de que en castellano viste bien lo *estrepitoso, deslumbrante, esplendente, maravilloso*, etc., lo lleva al cartel y... *enfoncé* Barnum.

Y ¡claro! con aquellos anzuelos va el respetable público al Circo una vez, se preocupa con pensar qué diablo les escarabajeará por dentro á aquellos *clowns* fúnebres, qué apuros no pasarán aquellas *écuyères* deslucidas y flacas, sale tétrico .. y no vuelve aunque le meta Parish el espejo para alondras de los adjetivos.

Pero él sigue poniéndolos con entereza digna de mejor suerte, y...

Así viven felices
el cura de Alcañiz y el de Alcañices.

Pues por mi parte, como dijo el gitano, *mánque le ajoguen*.

—

Recomiendo vivamente al público lector y pagano que no deje de ir á ver hacer á Mariano Fernández el *Garabito* de *La redoma encantada*.

Si aquel viejo que allí habla, gesticula y se mueve es Mariano Fernández, que lo dudo.

No es paradoja: creo firmemente que Mariano Fernández ha muerto hace mucho tiempo, y que alguien, enamorado de la excelente hoja de servicios del difunto, explota su nombre, finge temblor de manos y arrugas del rostro, y se gana aplausos y dinero haciéndonos creer que á los setenta y cinco años, que hoy tendría Mariano Fernández, se puede salir á escena, y bailar y correr como si fuera un muchacho de veinte.

Si aquel fuera Mariano Fernández, ¡qué gloria para nosotros! El centenario Chevreul, yendo todos los días *en coche* á inspeccionar las obras del Campo de Marte, sería un niño de teta comparado con nuestro *héroe*, porque ya se puede apostar algo á que Chevreul no hubiera hecho *La redoma encantada* veinte años atrás.

Con que, sigo dudando de que sea Mariano Fernández el graciosísimo *Garabito*.

Pero... hay que convenir en que, si no lo es, se le parece mucho, porque ¡sigue metiendo *morcillas* como si lo fuera

—

En que Mary Albert es guapa, todos están conformes.

Lo están asimismo en otro punto: en el de que canta bien, frasea con intención y acciona con desenvoltura.

Cierto es que el público (hay muy raras excepciones) no entiende una palabra de lo que dicen la Mary Albert y sus compañeros; pero esto es lo de menos.

¡Cuidado si entona esto de ir á la Comedia!

—¿Qué tal *Le petit duc*?

—¡Oh, amigo mío! *Le petit duc!* ¡el *pequeño* duque, que dicen los españoles! ¡Un asombro, amigo mío!

Es seguro que quien habla de ello como si estuviese en el secreto, está de *Le petit duc* tan al tanto de la obra como aquel que la arregló al español titulándola, con estupefacción general, *El duquecito*, así, con *c*.

Estas compañías extranjeras nos proporcionan la ventaja de que nuestros más distinguidos majaderos se familiaricen con los idiomas bárbaros.

El año pasado era un prodigio el vestíbulo de la Comedia.

—*Carissimo! come va?* decía cualquier acebuche con traje limpio.

—*Tante grazzie, vado benone*, contestaba otro de la misma vitola.

—*Ai vedutto á Novelli?*

—*Ieri sera: é veramente un uomo meraviglioso*, etc.

Ahora se arrancan los chicos en francés:

—*O quel plaisir! C'est vraiment une artiste pleine de chic, ravissante et bécarre.*

—*L'as tu entendue dans* LA MASCOTTE, *mon cher?*

—¡Ah! ¡oh! etc.

Vaya, que sólo por esto se puede desear que Mario nos traiga todas las primaveras algo *de allá*.

Mlle. MARY ALBERT

—

Me *he alargado* mucho, como dice el *Secretario de los amantes*, método para escribir cartas de amor, y apenas queda sitio para Rafael I.

Copiaré solamente la oración para los devotos aficionados, aprobada por la congregación de ritos de la mezquita cordobesa, y que aquéllos deben rezar antes de la corrida:

«Divino maestro de Córdoba, Rafael, primero entre todos los Rafaeles que manejan estoque y muleta, mira por nosotros pecadores, y con tu infinita sabiduría haz que los picadores piquen, y los peones no recorten. Pon de tu parte lo mucho que sabes, y no permitas que te gane el *sorullo* delante de los toros inciertos, empapándolos como es debido, y arrancándote sin dar el paso atrás. *Amén.*»

—

Dos palabras por mi cuenta, antes de retirarme modestamente y en definitiva de esta sección y de esta Revista, que seguiré queriendo como á las niñas de mis ojos, y sobre la que fervorosamente imploro la protección de Abraham.

A cuantos se han dignado enviarme su aplauso, que sinceramente creo no merecer, mi gratitud toda y la expresión más viva de mi simpatía.

A los que, favoreciéndome igual que aquéllos, han tenido la bondad de hacerme indicaciones que he procurado seguir en la dirección de este periódico, el testimonio de mi consideración y el deseo de que continúen viendo en LOS MADRILES, no ésta mi modestísima personalidad, sino la entidad que, conmigo y sin mí, ha de seguir procurando ajustarse á sus deseos y ganar su nunca bastante agradecido afecto.

Y ahora, no *adiós*, sino *hasta luego*.

FEDERICO URRECHA.

VIVIR... MORIR

Si vivir es demorar
el momento de partir
al reino del bienestar,
quiero morir;

mas si la muerte al llegar
impide al alma sentir
y no te puedo adorar,
quiero vivir.

París, 11 Abril 89.

ANTONIO GALLARDO.

El Doctor Rameau.

Jorge Ohnet.

....

Los tres médicos se miraron con ansiedad; agitáronse cómo esforzándose en salir de las tinieblas, entre las cuales se perdían; suspiraron y guardaron silencio. Su fisonomía era lúgubre. Confesábanse impotentes, y ante el colega y el amigo cuya hija padecía un mal que no sabían precisar, y que á cada hora empeoraba, sentían cierta vergüenza. Dejar morir á un enfermo vulgar, pase; pero ¡la hija única del doctor Rameau! Era una prueba de incapacidad que debía recaer sobre toda la facultad. Y así estaban sentados ante la mesa, absortos, siniestros, con sus trajes negros, que parecían la librea del médico que lleva siempre un luto actual ó futuro.

—La enfermedad se les escapa á ustedes, dijo entonces Talvanne, porque reside en el pensamiento. Están ustedes enfrente de una afección profunda producida por una conmoción moral, por un sobrecogimiento violento...

Dió algunos pasos hacia la ventana, volvióse hacia su amigo, plantóse delante de él, y cambiando de tono, dijo:

—Yo sé lo que necesita nuestra enferma, y lo que la curaría mejor que todos sus remedios...

Se detuvo, y mirando fijamente á Rameau:

—Tu presencia.

....

—No; no voy.

Y transcurrieron las horas; oyó dar las doce. A su alrededor el silencio era completo. Ya no corrían coches por la calle; ni un ruido; la soledad era absoluta. Parecía que se había dado una orden para que ante él estuviese el paso libre, si quería salir. Abrió la ventana; su frente ardía. La luna, pálida y pura, plateaba los macizos del jardín. Un ruiseñor empezó á vocalizar en las lilas, y los gorjeos del amoroso alado ofrecían un contraste tan violento con la tristeza sepulcral que rodeaba á Rameau, que á éste le pareció que el pájaro cantaba sobre una tumba. No quiso oirle más, y cerró la ventana.

Dudando todavía, empezó á andar, atraído por el deseo de salir. De pronto, bruscamente, salió. Siguió en la oscuridad el corredor, subió la escalera, llegó al piso superior, entró sin hacer ruido en el salón, y vió la puerta del cuarto entreabierta como la víspera. Oyó rumor de voces; se acercó. Había un hombre sentado en un sillón, cerca de la lámpara; pero no era Roberto, sino Talvanne. El alienista, fatigado por las vigilias y las emociones, no había podido resistir al cansancio, y se había dormido. Las palabras oídas, las pronunciaba la enferma en su incurable delirio, quejándose siempre, y cada vez más adelgazada, más lívida, más devorada por la fiebre.

Rameau entró en el cuarto, de puntillas, como un ladrón. Llegó hasta la cama, y de pie, cerca de la niña, se atrevió á mirarla. Aparecíéronle terribles los estragos de la enfermedad, delatando una debilidad profunda, presagiando una próxima catástrofe. Los ojos de la tierna criatura estaban cerrados; no vió su color azul, que le recordaban al infame amigo. Sus cabellos rubios estaban anegados en la sombra y no vió su tono de oro, que gritaba adulterio. No distinguió más que la boca contraída, cuyos labios, entre dos besos, le habían dicho tantas ternezas; no vió más que las pobres manecitas agitadas con febril temblor, aquellas manos acariciadoras que pasaban tan deliciosamente por su barba blanca. Aquella frente pálida tentaba á sus labios; hubiese querido besarla como otras veces. Y sin embargo, le causaba horror.

Retorcióse las manos con angustia. ¡Oh! ¡Qué suplicio, qué maldición! No poder caer de rodillas ante aquel lecho de muerte, no tener el derecho de rodearla con sus brazos como una barrera viva para detener el paso de la muerte. ¡Oh! ¡Los miserables habían emponzoñado su corazón manchando su pensamiento, destruído todas sus creencias y abierto aquel abismo de vergüenza entre él y la niña adorada! Subió una ola de cólera hasta los labios de Rameau, y allí, ante su hija moribunda, maldijo á los dos culpables por su infamia.

De pronto se estremeció hasta el fondo de las entrañas. Se había dejado oir una voz que decía con inexplicable acento de alegría:

—¡Ah, papá! ¡Eres tú! Al fin!...

Trastornado, Rameau quiso dar un paso hacia atrás, pero la trémula manecita le había cogido y la sentía arder en sus brazos. Vió la mirada de Adriana fija en la suya, pero no podía discernir si los ojos de la joven eran azules; los velaban las lágrimas. Trató de desprenderse, pero de nuevo sonó la voz más conmovedora.

—¡Oh, papá! Te lo ruego... No me dejes.

Detúvose, inmóvil, reprimido; los oídos le zumbaban; sus piernas se doblegaban á impulsos de la emoción. Dejóse oir nuevamente la voz, pero más débil, y le pareció á Rameau que era la de Adriana muy pequeñita, cuando era todavía su hija y la velaba durante sus primeras enfermedades.

—¡Ah, papá! Estoy muy mala, muy mala. Y ni el padrino, ni Roberto, ni tus amigos, pueden nada... Tú... ¡Ah! Si tú me amases como antes...

Apoyóse en el codo, y con expresión desgarradora, continuó:

—Sin embargo, no quisiera dejaros... Quisiera vivir. ¡Oh, papá! Tú, que siempre has salvado á tus enfermos, ¿vas á dejar morir á tu hija?

Al oir estas palabras, el pecho henchido de pena de Rameau estalló en sollozos; cayó á los pies de la cama, como una encina abatida por el rayo, y llorando con las solas lágrimas buenas que brotaron de sus ojos desde que sufría tanto, estrechó á su hija sobre su pecho, con caricias locas, balbuceando:

—No, no, mi niña, mi bien, mi única adoración en el mundo; no morirás. Vivirás para consolarme, para amarme.

La joven dijo muy suavemente:

—¡Ah! ¡Ahora eres tú! ¡Te he vuelto á encontrar! ¡Eres tú! Ahora no hay que dejarme dormir, porque tengo pesadillas en que me parece que me rechazas y que me amenazas...

—No tengas ya ningún temor... Dormirás para curarte mejor.

Estaba de pie, erguido; con su alta estatura parecía desafiar á la muerte, tal como aparecía á la cabecera de los enfermos, como un salvador. Adriana le sonreía. Púsole entrambas manos en la frente y al cabo de un instante, tranquila, como si una voluntad soberana lo hubiese ordenado á su enfermedad, reposaba.

El doctor la contempló un instante con embriaguez profunda. Luego, al volverse, se halló con Talvanne que le miraba. Rameau levantó un dedo como para imponerle silencio. Entonces el alienista se acercó á su amigo, y, cogiéndole, le abrazó con todas sus fuerzas. Los dos hombres permanecieron un rato enfrente uno de otro, con las manos juntas y el semblante iluminado por la alegría.

....

JORGE OHNET

MENUDENCIAS

En este número verán los lectores un trozo de *El doctor Rameau*, la última novela de Ohnet, que hoy se pone á la venta en casa de Fernando Fe.

Debemos á la galantería del editor el permiso de reproducción de dicho trozo y del retrato de Ohnet, y justo es consignarlo así.

Conste á los efectos oportunos.

Y conste también nuestro deseo de que se venda pronto el libro. Que sí se venderá.

—

¡Pobre España! (Memorias de un jefe de zona.)

Es esta la segunda edición de un libro del notable escritor D. Juan J. Lapoulide.

El libro tiene mucho, pero mucho y bueno, que leer. Precio: *una peseta.*

—

Biblioteca Util.—España, páginas de su historia, por D. M. R. Macías.

Un precioso tomo, *á real.* Eugenio Sobrino, editor.

—

Un busto albacea. Novela, por el maestro de escribir bien, don Antonio Sánchez Pérez.

Perdone el Sr. Sánchez Pérez si no le dedicamos un par de columnas.

Leído este nuevo libro suyo, no se nos ocurre decir en poco espacio más que esto: *Bueno*, BUENÍSIMO, **óptimo.**

Me dejo cortar este dedo (el meñique izquierdo) si *Un busto albacea* no se agota antes de un mes.

Y si me equivoco ¡ya no hay gusto en Israel!

—

Dos chicos en grande, juguete de los Sres. Criado y Cocat, estrenado con gran éxito en el teatro Martín.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LAS OVACIONES

LOS MADRILES

Revista semanal

[illegible]
[illegible], 1.º izquierda
[illegible]

[illegible]

AÑO II

4 de Mayo de [illegible]

[illegible]

LA DE HOY

FEDERICO URRECHA

La venganza es el placer de los dioses. Cuántas veces quisimos honrar nuestra galería [illegible] del [illegible] *militares*, otras tantas se opuso Urrecha á nuestros deseos.

¡Envidioso!

Hoy la [illegible] dá su natural modestia, y en la colección queda para satisfacción de propios y de extraños.

Y si se incomoda, que apele á Poncio Pilato.

Sólo sentiremos una cosa.

Que se incomode también *Calibán*.

Pero á éste no se la publicaremos, aunque se empeñe.

¿Verdad?

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas*.
Seis meses............ 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas*.

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

—¡Ay, doña Telesfora de mi vida, qué contenta estoy!

—¿Han repuesto á su marido de usted?

—¡Quiá!

—¡Ah, vamos! ¿Le ha caído á usted la lotería?

—Tampoco; es algo mejor que todo eso.

—Confieso que no acierto con la razón de su alegría.

—¡Pues ahí es nada! ¡Poco bien que vamos á estar los pobres!

—¿Los pobres? ¿Se ha vuelto ya la tortilla?

—¿Qué tortilla?

—¿No sabe usted aquel cantar que dice «Cuándo querrá Dios del cielo—que la tortilla se vuelva...?»

—No siga usted, que lo recuerdo perfectamente. Ahora todos vamos á comer muy bien y barato.

—¿Piensa usted comer bien?

—¡Ya lo creo!

—¿La van á meter á usted presa, señora Mónica?

—¡Jesús! ¡Dios me libre!

—Como ahora dicen que dan á las presas *bistekes* con patatas y riñones salteados...

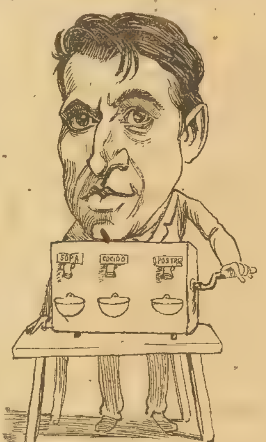
—¡Y un jamón! No es eso; es que me ha dicho mi pariente que va á comprar una máquina de comer.

—¿Una máquina de comer?... ¿Qué chifladura es ésa?

—¡Sí chifladura, sí! Es el último invento de D. Tomás.

—¿Luceño? ¡Cuando yo decía que era una broma!...

—No tal; me refiero á D. Tomás Edisson, que acaba de inventar una nueva máquina, movida por la electricidad, á la cual llama la *Nutridora;* con ella puede producir diariamente lo menos cinco toneladas de comestibles.



—¡Caramba! ¡Pues con que pongan una en cada distrito!

—¡Naturalmente! ¡Diez tiene encargadas el Ayuntamiento de Madrid!

—¡Pero esos alimentos no los darán gratis!

—¡No los han de dar! ¡No ve usted que á ellos no les cuestan nada!

—¿Y de dónde los sacan?

—De las *basuras.*

—¡Uf! ¡Qué porquería!

—No lo crea usted. En cada casa tendremos una maquinilla de esas, y á las horas de comer no habrá más que darle vuelta á una llave, y por el grifo saldrá toda clase de comestibles, frutas, pan, vino, postre...

—Y sorbetes de fresa.

—Todo lo que usted pida. ¿Y sabe usted lo que cuesta una máquina *Nutridora*, para familia, con embalaje, derechos de aduanas, y colocada en el propio domicilio?

—¿Treinta mil duros?

—¡Catorce pesetas!

—

—¡Oh máquina bienhechora! Hay quien asegura haberla visto instalada y funcionando en el jardín de Menlo Park, residencia del ilustre sabio. ¡Que la traigan pronto á Madrid, que la instalen, y que funcione, aunque sea con las irregularidades y las intermitencias de la máquina del teatro de Jovellanos!

¡Por lo menos se podría comer barato á turno impar!

—

—Desengáñate tú, *Malospelos;* el Sr. D. Valentín tiene *muchisma* razón en todo lo que ha dicho.

—¡Me *paice* á mí que estuvo un poco *desagerado*, digo yo!...

—¡Que te callès! ¡Como se conoce que ni tú sabes distinguir, ni *chanelas* un pitoche de lo que es arte, ni Dios que lo fundó!

—¡Hombre, me da *tres patás* que te des tono conmigo, y me quieras hacer más *iznorante* de lo que soy!

—Y desengáñate, que lo eres.

—Pero ¡maldita sea! ¿no llevo de revendedor de billetes más de veinte años en los coliseos de Madrid, y le hablo de tú á Carreras, y me saludan casi todas las primeras tiples conocidas?...

—¿Y qué? ¿Has oido tú á D. Valentín en el Congreso católico?

—¡Pus por eso te repito que me pareció un poco *desagerado!*

—¡Quita! ¡Si se quedó corto!... ¡Ni eso es teatro, ni esos son comedias, ni esos son chistes, ni eso es arte, ni eso es ná!... ¡Así que el hombre se mordió la lengua!

—Cuando el público nos quita á nosotros el *papel* de las manos *pá* ver esas comedias...

—¡Si no son comedias!

—U lo que sean, es señal de que le gusta el género...

—¡Si no hay tal género!

—U lo que sea... cualquier cosa...

—¡Eso! Cuatro telones, veinte mujeres medio desnudas, media docena de chistes *sátiros*, dos tangos...

—Y el teatro lleno.

—Pero no debía estar.

—Pero está. ¿Y qué dijo allí D. Valentín? «No pueden asistir decorosamente á esos espectáculos nuestras esposas, nuestras hijas...»

—Y dirían los señores obispos y canónigos: «Y á nosotros qué? ¡Si no las tenemos!»

—El hombre defendía la moral universal, y hablaba para que lo entendiera todo el mundo... ¡Bien que lloraban al oirle las señoras del coro!

—¿Del coro de Eslava?...

—¿Ves cómo tienes menos *pésqui* que un besugo? Me refiero á las señoras que estaban en el coro de la iglesia.

—No las *vide.*

—*¡Vide! ¡Vide!* ¡Y luego quieres hablar de lo que son comedias!

—¡Si yo no hablo! pero veo que está desierto el teatro Español cuando hacen una comedia de esas buenas, y con éstas malas llevamos quinientas representaciones.

—¡Eso no quita!

—¡Vaya si quita! Quita gente á los teatros que no hacen eso; luego la culpa no es del autor que escribe para *instrumentarse* los garbanzos, sino del público que le aplande...

—Hasta el día que venga un autor bueno, pero bueno de verdad, y regenere esto...

—¡Buena ocasión para D. Valentín! Él, que tiene bríos y muchísimo talento... puede acometer la empresa...

—¿De meterse á redentor? *¡Pa* que lo crucifiquen!

—Pus entonces... *¡Velay!*

—

—Oiga usted, revendedor; dos butacas para la tercera.

—¿Para la Revista nueva? Ni aunque las pague usted á duro.

—Desde las dos de la tarde no tenemos ni anfiteatros.

El parroquiano (alejándose): —¡Qué escándalo!

Diez minutos después de esta conversación:

—Oye, Morales: ¿quieres darme ese palco segundo que te queda para la Revista por dos plateas que tengo aquí de la primera?

—¿*Pá* qué las quiero yo? ¡Anoche iba en el centro y hubo veinte personas!

—Una pieza muy bonita, con unos versos preciosos, decoración de casa blanca y ni un mal tango... las que á ti te gustan ..

—¡Déjame en paz!

—¿Ves cómo una cosa es predicar y otra dar trigo?...

Ayer:

Unos mendigos... ¡tunantes!
sólo al oirlo me crispo)
hoy han robado á un obispo
un pectoral de brillantes:
y el robo del pectoral
siente el ilustre Prelado,
porque era un don estimado
de una princesa real.

Hoy:

Ni hay mendigos, ni tunantes,
ni robo del pectoral,
ni la joya es de brillantes,
ni fué un obsequio real.

Mañana:

Ninguno ha dado en el quid
á pesar de su interés
Pero, el señor de Rancés,
¿es verdad que está en Madrid?

E. NAVARRO GONZALVO.

El arte de dar un beso.

Andaba Juanillo loco de amores por Teresa, cosa que nada tiene de particular. El destino de los hombres es, sin duda, enamorarse de las mujeres, ¡y desgraciados de aquellos que en tales asuntos son ó se consideran cesantes, sin más haber, por la clasificación correspondiente, que las amarguras y sinsabores del pícaro mundo!

Pero si nada de extraordinario había en que Juan profesase á Teresa cariño arrebatado, y en que la muchacha, una moza más fresca y más bonita que una flor en el árbol, tuviese perdida la chabeta por el tal mancebo, sí era inaudito que un día se atreviese el novio á pedir un beso á su novia.

—¡Un beso, sí! exclamaba aquel Fausto montañés, que tenía por Mefistófeles su propio deseo. Tú, chica, no sabes lo que es un beso, y cómo escarabajea en el alma el fuego que se siente en los labios al juntarlos con los de la persona á quien se quiere. Vamos, no seas tonta, y deja que te bese.

—No, no, y no, replicaba la muchacha. ¡Miren y con qué explicaciones y con qué pedigüeñerías se me viene el maldito! ¡Y habla de los besos como si hubiera dado muchos! Sin duda los diste á otras ya, ¿no es eso? Pues anda allá, que repitan ellas; y no me pidas á mí que empiece labor tan pecadora, no haga el diablo que con eso de los besos suceda lo que el refrán dice que pasa con el rascar y el comer.

A todo esto, Juanillo se reía á carcajadas con brutalidad sincera, y la muchacha le miraba así con rencores de novia; unos rencores que nada tienen de humanos, porque duran poco.

Y nada sucedió; que por aquella vez, y por otras muchas que le siguieron, no se blandeó Teresilla y no se salió con la suya el truhán de Juanillo.

El cual Juanillo no paraba un momento de pensar lo bueno que sería besar á su novia, poner sobre aquellos labios rojos, abultados, frescos, los suyos, abrasados por la calentura del amor, enfermedad que casi todos padecemos y de la que nadie quiere curarse.

Si Juanillo hubiera sido filósofo, aparte de sufrir la desdicha de no ver las cosas á derechas, habría gozado de la íntima satisfacción del consuelo. Podía haberse consolado con meditar acerca del valor puramente relativo del beso, y tras largas meditacione haber concluido con este párrafo, que bien podía ser el final de cualquier opúsculo más ó menos académico:

«Si el amor es absolut› y el beso es manifestación menos que secundaria de aquél; si éste (el beso), tiene sólo relativa importancia, y aquél (el amor) la tiene absoluta, no debe suponerse que el amor no existe ó desaparece cuando el beso no quiere salir por falta de voluntad.»

Y Juanillo, sin que le besara su novia, podía estar satisfecho de su cariño.

Pero no; el hombre había tomado muy á pecho lo del besuqueo, y andaba de cabeza, como suele decirse (cuando las cosas se dicen mal) de aquéllos que se mueven sin ton ni son, siempre atormentados por una misma idea.

—¡Yo te he de besar! le decía á su Dulcinea.

Y ella le replicaba, segura de que quien hace la primer negativa con decisión, tiene mucho adelantado para no faltar á su palabra:

—Lo que es eso... ¡quiá!

A Teresa le dieron la fuente de natillas para que se la llevase á D. Antonio. La fuente era colosal, y sobre la tersa superficie de la masa blanda, que amarilleaba como el oro, en letras formadas con polvo de canela leíase una dedicatoria, naturalmente, dulce.

El enorme plato iba sostenido por las palmas de las manos de Teresa, quien levantaba los brazos, echándoles hacia adelante, y mirando con fijeza al camino que tenía enfrente, como en previsión de cualquier peligro que pudiese hacerla caer con aquella cosa tan rica que llevaba de encargo.

Entró en una callejuela estrecha, por donde no pasaba un alma, y dió la casualidad (una casualidad que se repetía muy á menudo) de que allí se encontró á Juanillo, quien al verla caminar con tantos apuros y con los brazos tan bien empleados, sintió un estremecimiento de alegría, y hasta tuvo una buena idea, cosa que no es tan general como parece entre los hombres.

—¿Dónde vas, chica?

—A casa de D. Antonio. Y tú, ¿qué haces?

—Pues mira, comiendo esta manzana (y enseñó una muy rica que llevaba en la mano).

—¿Quieres un pedazo? dijo Juanillo á Teresa.

—No, no quiero.

—¡Ah! ¿Conque no quieres tampoco de lo que yo como? No te basta con negarme todos los favores que te pido, sino que me desairas también.

—¡No te pongas así, hombre! No te enfades; dame un cachito, que sea pequeño.

Cortó Juanillo con la navaja un pedazo algo más que regular de la camuesa, y se lo puso entre los labios á su novia.

Como el pedazo de la fruta era mayor de lo debido, tenía Teresa entre los labios parte de él. Si lo separaba con los dientes, caía sobre el plato y echaba á perder las natillas; comerlo, la era imposible, tan imposible como usar de las manos. ¡Y á todo esto Juanillo se reía como un animal!

—¡Ampárame, Juanillo! parecía decir con las miradas la pobre muchacha, á quien le era imposible hablar.

Al fin, Juanillo se apiadó de la infeliz.

Se acercó á ella, inclinó sobre le lindo rostro de Teresa el suyo, aproximó su boca á la boca de la muchacha, y después...

¡El pedazo de manzana había desaparecido!

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.

MAÑANITAS DE MAYO

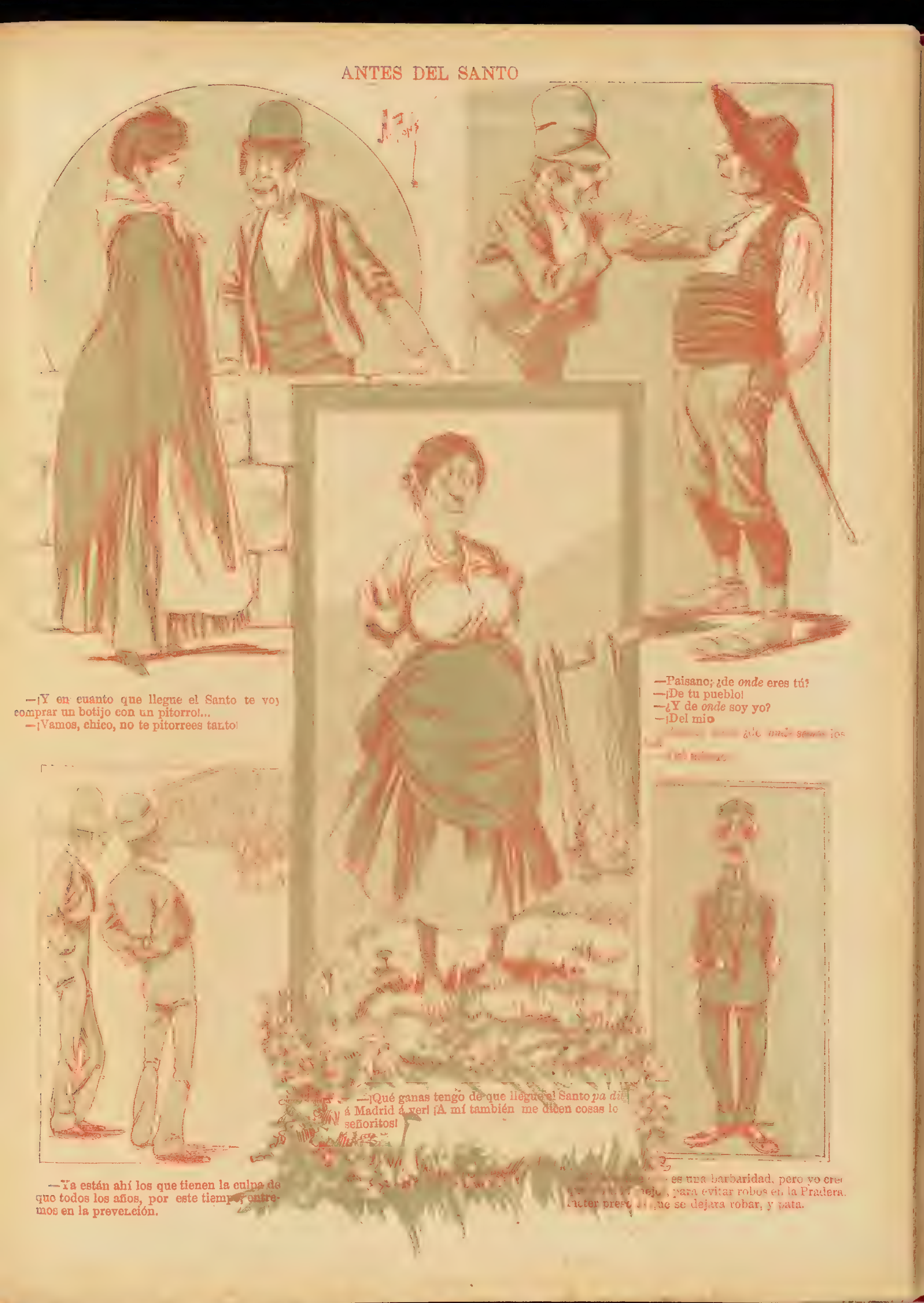
EN EL RETIRO

...lo me r... reno yo sin lilas!

vam... á la Casa ... Fieras, á ...isitar ...

Es lo único que ...emo para desayunarse. El sol

Un par de lilas.

ANTES DEL SANTO

—¡Y en cuanto que llegue el Santo te voy comprar un botijo con un pitorro!...
—¡Vamos, chico, no te pitorrees tanto!

—Paisano; ¿de *onde* eres tú?
—¡De tu pueblo!
—¿Y de *onde* soy yo?
—¡Del mio
... ¿de *onde* ... los
—Del ...

—¡Qué ganas tengo de que llegue el Santo *pa di*... á Madrid á ver! ¡A mí también me dicen cosas lo señoritos!

—Ya están ahí los que tienen la culpa de que todos los años, por este tiempo, entremos en la preveLción.

... es una barbaridad, pero yo cre... ...mejor, para evitar robos en la Pradera, ...hacer pres... que se dejara robar, y pata.

IRONIAS

I

Sale el pueblo romano al bosque, y llora
en él su desventura
al abrigo de aquella protectora
sombra de la espesura;
y un árbol, que le escucha, al pueblo llama,
y con voz seductora
ante la inculta multitud exclama:

—

—Ni ves en Roma paz, ni en tus hogares
mansión donde reposes.
Si mitigar no pueden tus pesares,
¿de qué sirven tus dioses?
Fueron leños, cual yo; los has tallado,
y en soberbios altares
su carcomido tronco has encumbrado.

—

Y te desprecian hoy desde su cumbre,
y olvidan sus promesas,
y aceptan como torpe servidumbre
el culto que profesas.
Y, regalando su ambición avara,
¡oh incauta muchedumbre!
¡aún haces sacrificios en el ara!

—

Truecas un leño en Dios, pueblo romano,
y postrado te humillas
ante aquel fruto de tu propia mano.
Le ofreces de rodillas
ricos presentes, si la furia doma
del bárbaro germano;
y el bárbaro otra vez invade Roma.

—

Rueden los dioses, rueden esos viles
que en tus hombros levantas.
Ayer sentían dentro los reptiles
y hoy los ven á sus plantas.
Derrumba aquellos que elevar te plugo.
Las almas varoniles
No se doblegan á infamante yugo.„

El pueblo mira al árbol elocuente
con asombrados ojos,
y exclama, desbordándose el torrente
de sus fieros enojos:
—“¡Mueran los dioses!„—“¡Mueran!„ la espesura
repite, y lentamente
se va perdiendo el eco en la llanura.

—

El espacio se inflama con la vida
del sol esplendoroso;
la multitud se mueve enardecida,
y aquel árbol frondoso
va manando el caudal de su elocuencia.
que trae confundida
de tiernas flores la sutil esencia.

—

El orador prosigue:—“Me estremece
tu angustia y tu quebranto.
Yo soy el árbol popular, que crece
regado con tu llanto.
Nadie mejor que yo calmar pudiera
el mal que te entristece
si trasformado en Dios mi cuerpo viera.

—

Indigno soy de que el artista osara
tallar mi leño rudo;
pero, si tu bondad lo decretara,
vieras en mi tu escudo.
No aceptaría, no, los sacrificios
que ofrecen en el ara
con penuria y esfuerzo los patricios.

—

Daría al pueblo paz, fruto á la tierra,
á tus lares abrigo,
al galo peste, á los germanos guerra,
á los dioses castigo
y en el invierno al bosque nemoroso
l s encantos que encierra
la verde pompa del verjel frondoso.

—

Yo, que te vi crecer bajo el arrullo
de estas mis verdes hojas,
como bajo una flor nace un capullo;
yo, que oigo tus congojas,
que oigo con placer tus alegrías,
que imito tu murmullo,
¿no he de tomar tus penas como mías?

—

Si no me escuchas, alzas una hoguera
con mi cuerpo y tus dioses,
que vengarte al morir, morir no fuera;
pero ya que no oses
venganzas, glorifica mi destino,
que así, emplear pudiera
en honra tuya, mi poder divino.

—

Arranca el pueblo el árbol elocuente
del umbroso paraje;
y exclama, mientras besa humildemente
su espléndido follaje:
—“¡Viva el dios nuevo!„—“¡Viva!„ la espesura
repite y, lentamente,
se va perdiendo el eco en la llanura.

—

El árbol, conducido y encumbrado
en hombros varoniles,
siente el rugoso leño socavado
por inmundos reptiles.
Y con la voz oculta en el bullicio,
dice: —“¡Pueblo obcecado,
vil pedestal de carne, ése es tu oficio!...„

RAFAEL TORROMÉ.

La víctima de siempre.

I

Tanto luto y tanto mal
en torno suyo sembraba,
que al mundo atemorizaba
el bandolero Pascual.
Mas era feliz su suerte,
pues aunque muchos salieron
en su busca, no pudieron
encontrarle y darle muerte;
y aquel hombre sin entrañas
siguió en sus rudos rigores
desvalijando pastores
y destruyendo cabañas.
Lo cual es fiel testimonio
de que en el combate rudo
de Dios y el diablo á menudo,
suele vencer el demonio.

II

Un hombre de corazón,
creyente hasta lo infinito,
que pensaba que el delito
arrastra la expiación;
no pudiendo soportar
tan inconcebible abuso,
por sí mismo se propuso
el estrago remediar;
y, valiente hasta el asombro,
con un envidiable celo,
miró una mañana al cielo,
se echó la escopeta al hombro,
ciñóse al cinto un puñal,
y marchó al bosque en seguida
para buscar la guarida
del bandolero Pascual.

III

Y ya, decidido á todo
por lograr lo que intentaba,
en tanto que caminaba,
repetía de este modo:

—Es noble el afán profundo
que en esta empresa me anima;
hay algo que está por cima
de las miserias del mundo;
y, al menos por esta vez,
Dios, que ayuda á los que gimen
ha de sujetar el crimen
al yugo de la honradez.

Yo no sé qué más pensó:
mas de pronto oyó á su lado
un sollozo medio ahogado
que su discurso cortó;
viendo, al volver la cabeza,
un pobre niño escondido,
como un pájaro en su nido,
entre un montón de maleza.
—¿Qué tienes? ¿Qué haces aquí?
Y con tono plañidero
dijo el niño:—¡Que me muero!
¡y estoy... porque me caí!
Olvidó el hombre su idea,
y á un alto deber sumiso,
comprendió que era preciso
llevar al pobre á la aldea.
Deja la escopeta á un lado,
y con paternal dulzura,
levantar luego procura
al niño desventurado;
y cuando al fin lo consigue,
y ya en sus brazos le tiene...
mira en torno, y ve que viene
el bandido á quien persigue.
Vuelve entonces su furor,
y «¡Alto!...» grita. Sorprendido
por el encuentro el bandido,
siente un extraño pavor;
y emprende sin más tardanza
vertiginosa carrera,
con el afán de la fiera
que ve al cazador que avanza.
Por no perder la ocasión
para sus fines propicia,
y pensando en la justicia
de su meritoria acción,
persíguele el hombre bueno,
y, formando estrechos lazos,
aprieta el niño los brazos
en derredor de su seno...
¡La falta, que teme ya!...
¡Tras ella, con insistencia,
la honradez... y la inocencia
que no sabe dónde va!...
Conoce al cabo el bandido,
que el peligro es bien pequeño,
y cansado del empeño
con que se ve perseguido,
vuelve de pronto la cara,
y con punzante ironía
masculla una frase impía
y su trabuco dispara...
Y el que atajarle intentó
vió al fin de su noble celo,
que el niño cayó en el suelo
y, mirándole, murió...
Libre el bandido Pascual
huyó al momento de allí,
y el honrado dijo así,
viendo que un bien trajo un mal:
—«Quien pretenda, como yo
luchar contra la malicia,
lleve siempre la justicia...
pero lo cándido, no.»

LUIS DE ANSORENA.

HABLADURÍAS

Sr. Director de LOS MADRILES.

MUY señor mío: Me permito suplicar á usted que dé cabida en su ameno y simpático semanario á estas mal *emperejiladas* líneas, por lo que le quedaré *asaz* agradecido.

Debo hacer una advertencia antes de exponer mi asunto: no crea usted que, aunque estoy llevado de los demonios por las cosas que acontecen en mi cofradía, procedo inconscientemente; porque antes de dar este paso, lo he consultado bien con mi amigo Cañete, á quien unos cuantos *insensatos* (que nada tienen que ver con la justicia histórica) han dado en llamar efímero, redundante y premioso, cuando es de lo más lucido y más nimio, digo, eximio que tengo, en eso de fijar, dar lustre y resplandor, como pueden atestiguarlo *La Ilustración Española,* etc., la cultísima *Epoca*, y, sobre todo, el historiador de Simancas... el sin par cantor de Elisa.

Pero lo que más rabia me da (y éste es el asunto) no es lo de ese Cañamazo, digo, Cañete, sino lo de ese chapuceruelo de Benot, que nos viene ahora con esos infundios de que no sabemos hablar. ¡Estamos lucidos! Conque después que nos hemos armonizado, con *h* y todo; después que hemos clasificado tan admirablemente los adjetivos y participios pasivos; después que hemos inventado un Diccionario etimológico que ha merecido la aprobación de 30.000 individuos lo menos (aunque rabie Escalada ó Venancio, que nunca sabrá lo que se dice, porque no pertenece á nuestra cofradía), ¿ahora resulta que no sabemos hablar? ¿Que nuestra gramática no sirve para maldita la cosa?

Y para colmo de mi justa indignación, el cofrade Víctor, con su admirable *pluma de gacela*, me le encomia y llena de alabanzas, después del no pequeño favor de admitir á tal novato en nuestra cofradía. ¡Calle usted, por Dios! Esto me pone los pelos de punta. Pero le juro por la salud de Comelerán que, ó no se hace verdadero académico. ó trasladamos el edificio de nuestra cofradía lejos del Retiro... á las Vistillas... donde no haya pastos ni hierba de ninguna clase. ¡No faltaba más!

¿Qué apostamos á que nos vuelve locos con ese sistema de construir oraciones, ó con lo que él llama arte de hablar? Apuesto un Comelerán contra un Galdós. Si después de todo; para hablar, no hace falta más que conocer el valor, régimen y clasificación de las palabras, ¿á qué vienen esas tontunas del Sr. Benot? ¿No conocemos, por ejemplo, todas las proposiciones? ¿Sabemos los casos que rigen? Ni falta que nos hace. La ciencia está en hablar bien y con propiedad, y eso nadie puede disputárnoslo en esta desastrosa anarquía de las letras, donde la verdadera regla gramatical es el sonido; es decir, que depende de la *oreja*. Todo lo demás son infundios de Benot... de algún Venancio... ó de algún que otro *Clarín, Fray Velón ó Mecha*.

Y en prueba de que el arte de hablar es completamente inútil, ya vemos que, por muchos se halla pospuesto al gran arte de metrificar prosa insípida. ¿No es un arte de cien veces más mérito conocer si los versos tienen ripios, ó si son blandos ó duros, que saberse de memoria toda la sintaxis? Esto es evidente.

Sin embargo de lo que he dicho (y esto quédese para inter nós), no deja de llamarme la atención eso de los adjetivos verbales y participios, que, quizá por la mala clasificación, empieza el uso á darles una significación ambigua y poco correcta: por ejemplo, *entendido, inteligente, inteligible, intelectivo, entendedor, entendimiento, inteligencia*, son palabrejas que me vuelven loco si me empeño en clasificarlas: resulta que son adjetivos las cinco primeras, y sustantivos las demás. *Entendido* significa *sabio, docto; é inteligente* significa *sabio, perito, instruído*, etc. ¿Cuáles son entonces los participios activo y pasivo? ¿Como llamaremos al que entiende, y á aquel á quien se le entiende? No lo sé; y le juro á usted, mi querido Director, que ni el sonido ni la oreja me resuelven el problema. De las otras voces derivadas no necesito explicación, porque al fin he caído... de mí mismo, gracias á mis cofrades, y he podido comprenderlas; pero respecto á las dos primeras, no estoy conforme. ¿Supone usted, caro Director, que Higinia Balaguer, por ejemplo, no puede ser inteligente y entendida? Pues créame usted que tendrá de docta y sabia lo que yo de obispo.

Y qué nos podrá decir el Sr. Benot de la partícula *que*, según sus diferentes significaciones; es decir, ¿qué parte de la oración es *que* en los casos siguientes?

¡*Qué* académicos!
¿*Qué* pensarán?
Quisiera saber lo *que* piensan del *qué*.
¿Queréis *que* emita mi opinión?

De usted atento y seguro servidor q. b. s. m.,

MANUEL DE LA PLAZUELA.

PROPIO Y AJENO

I

La ví, la seguí, la hablé, ella se sonrió, y. . . . .

En estos puntos suspensivos imagínese el lector las fantasías más seductoras que le ocurran.

II

A la noche siguiente volvimos á encontrarnos.

Yo tenaz y enamorado, ella cándida y amable, no tuvo inconveniente en que la acompañase hasta su casa.

Llegamos, penetramos en el portal, subimos muy juntitos la empinada escalera, y. . . . .

En estos puntos suspensivos coloque el lector todas las bofetadas y puntapiés que me pegó el marido.

—

Con el título de *Le Journal des Taureaux*, se publicará en París, durante la próxima Exposición Universal, una Revista ilustrada, en francés, con la colaboración de inteligentes críticos taurinos.

¡Brava idea! ¡Peregrina!
Esa Revista taurina
debe escribirse en francés,
y traerla á Madrid después...
¡Y que la traduzca Pina!

—

El día 1.º de Mayo de 1889 no se celebró en toda España ningún casamiento.

¡Fecha de paz y alegría
que á cualquier mortal alegra!
¿Quién duda que fué un gran día?...
¡¡No se *hizo* ninguna suegra!!

—

El Sr. Memento—así se llama—distinguido salmista de la catedral de Granada, abandona el *Domine, ne in furore tuo*, y se dedica á la varonil faena de picar toros.

¡Dejar la calma apacible del sagrado templo para emular los tumbos y costaladas de los Calderones, los *Badila* y los *Agujetas!*

¡Memento, tú lo has querido!
Truecas la calma del coro
por la zambra y el ruido...
¡Y te expones á que un toro
te *instrumente* el apellido!

—

La Diputación provincial de Soria va á celebrar el 24 del próximo Junio un certamen tan original como provechoso.

Se trata de un concurso de nodrizas de la Beneficencia municipal, adjudicándose un premio de 125 pesetas á la que presente la criatura expósita más limpia, más gordita y mejor cuidada.

Y será una maravilla
ver tanta criaturilla
hecha un ángel, una gloria,
un rollo de mantequilla
de Soria.

—

Libros recibidos:

«Celebridades contemporáneas.» Cuaderno II. R. DE CAMPOAMOR. Estudio crítico-biográfico, por *Antonio Sánchez Pérez*. Indicar la firma del ilustrado escritor que se ha encargado de biografiar al más genial de nuestros poetas, es el mejor elogio que podemos hacer de este libro. Debe comprarse y leerse.

—

La España Moderna. Abril. Hemos leído el cuarto tomo de esta importantísima publicación, que no desmerece en nada de los anteriormente publicados.

Y no decimos que es mejor, porque es tarea difícil mejorar lo inmejorable.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

DOS DE MAYO

AYER — HOY

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
11 de Mayo de 1889.
NÚMERO 32.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EDUARDO BENOT

Hace pocos días tomaba posesión de su sillón en la docta Academia de la calle de Valverde el ilustre filólogo cuya caricatura ofrecemos hoy en LOS MADRILES.

¡Qué dirán Pidal y Menéndez Pelayo, obligados á codearse con el sabio y modesto republicano!

Los méritos propios de Benot, cuyas obras científicas y literarias han recorrido en triunfo toda Europa, le han llevado á ocupar un puesto entre los *inmortales*, y la Academia ha tenido que transigir por esta vez con uno de los *de la cáscara amarga*.

Sea enhorabuena.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............. 9 *pesetas.*
Seis meses.......... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

¡Valiente caída!

En la segunda tarde y en la sexta carrera, *Gran Steeple Chase*, el Sr. Levisson, distinguido *sportman*, que montaba á *Carita* (de Fernán-Núñez), fué despedido del caballo, sufriendo algunas contusiones y varios rasguños en la cara.

Este lamentable incidente turbó por algunos momentos la alegría de la fiesta hípica, pero pronto recobró el *stard* su animación y bullicio natural, terminando el espectáculo con el brillante desfile, que es indudablemente uno de los atractivos más bellos del *sport*.

Y si añadimos á esto que el Hipódromo no es más que una *ruleta* tolerada, donde se juega mucho dinero, sin que el gobernador espante á los *puntos* ni el juzgado se lleve la *banca*, acrece la importancia y el atractivo de la fiesta, amén de las ventajas que reporta, según afirman los inteligentes, para el fomento de la cría caballar.

Yo en este asunto soy lego;
siga el correr y el saltar,
cuyas ventajas no niego...
Siempre que fomente el juego
y la cría caballar.

—

Un *caballero* español les proporcionaba, mediante unos cuantos duros, el diploma de caballeros de la ínclita Orden de San José del Tajo.

Las víctimas del despojo
reclaman hoy el cintajo.
¡Pues ya les mando trabajo!
Que no hay tal orden del Tojo
ni del Tejo, ni del Tajo.

—

¡Así se hace!

Para solemnizar las reformas introducidas en el Código respecto al matrimonio, el digno juez del distrito del Hospicio, Sr. Serrano Echevarría, regaló unos pendientes de oro á la novia y pagó todos los derechos de la iglesia en el primer matrimonio pobre en que intervino como juez municipal, con arreglo á la nueva legislación.

Esto merece alabarse;
pero el caso al divulgarse
saldrán las chicas de quicio,
y todas querrán casarse
ante este juez del Hospicio.

—

¡Olé ya!

A estas corporaciones populares todo se las vuelve conflictos.

Y disgustos.

Hay serias dificultades en el seno de la Comisión provincial encargada de organizar la corrida de Beneficencia.

¡Dios mío!

Parece ser que los señores diputados no logran ponerse de acuerdo respecto á la adquisición del ganado.

Conflicto inesperado
que hará mucho ruido.
¡El tiempo que han perdido
por causa del ganado!
¡Qué horrible situación
la de esa Comisión
de la Diputación!

—

Continúa el juicio y el *imbroglio* en el asunto del crimen de la calle de Fuencarral.

Allí no se ve la *luz* en ningún sentido, y por ninguna parte.

De vez en cuando se presenta á declarar alguna barbiana, como la Dolores Barba, pongo por testigo, y sus descripciones á lo Zola hacen ruborizar hasta á los pudibundos alguaciles de la Audiencia.

Y la sesuda *Epoca* vierte lagrimones como garbanzos, y desde sus columnas pide al Sr. Presidente del Tribunal que avise con anticipación el día en que ha de declarar la susodicha para que se retraigan de asistir á la sesión las *niñas* que habitualmente ocupan los primeros bancos en la Sala donde se celebra el juicio.

¡Ah! Demasiado tarde, estimado colega.

¡Esas *niñas* y sus *mamás* han oído ya tantas cosas! Debieron quedarse en casa desde el primer día.

¡Pero váyales usted con consejos, cuando se sabe que á alguna de ellas le ha prohibido su padre espiritual que asista á ese espectáculo, y no le ha hecho caso!

¡Quién sabe si en su angélica candidez, en su dichosa ignorancia, no comprenderán muchas cosas de las que allí se dicen!

En cuyo caso lo difícil, lo grave, es la situación del papá cuando esos ángeles le interroguen en casa sobre ciertos particulares.

Aunque después de una declaración de Dolores Barba, lo natural es que esas niñas interroguen á sus doncellas.

En el seno de la confianza.

Y esas fámulas juiciosas,
sin faltar á sus deberes,
quizá den sus pareceres,
porque se trata de cosas
que ocurren entre mujeres.

—

Algunos expositores franceses, de los que concurrieron á la Exposición de Barcelona, han sido víctimas de un *timo*.

El pueblo francés está de enhorabuena.

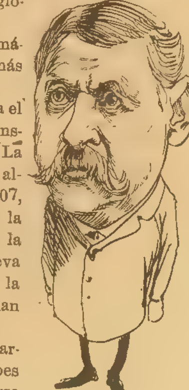
Ha inaugurado de un modo brillante su gran Certamen, su admirable Exposición Universal.

Todos los periódicos del mundo llenan hoy sus columnas con las descripciones de acontecimiento tan grandioso, y todos de consuno no tienen más que palabras de encomio, de elogio, de admiración para tan gigantesca obra, gloria de este siglo.

La torre Eiffel y el palacio de las máquinas son los dos prodigios que más poderosamente llaman la atención.

La gigantesca torre, que inmortaliza el nombre de su atrevido inventor y constructor, consta de cuatro plataformas. La primera está situada á 38 metros de altura; la segunda á 115; la tercera á 207, y la cuarta á 273. La altura total de la torre es de 300 metros justos, hasta la bola de remate, sobre la cual se eleva todavía un inmenso pararrayos. En la construcción de esta maravilla se han empleado 6.500.000 kilos de hierro.

Los nombres de Alphand, Berger, Garnier, Dutert y Bouvard verdaderos héroes de la Exposición, han logrado hacerse



célebres, y corren hoy de boca en boca en coro de alabanzas.

A pesar del corto espacio de que podemos disponer en nuestra modesta publicación, procuraremos dar á nuestros lectores una dea, siquiera sea sucinta, de las maravillas realizadas por nuestros vecinos en el Campo de Marte.

De ello está encargado especialmente nuestro activo corresponsal en París

¿Cuándo realizará España un acontecimiento semejante?

Proyéctase para dentro de tres años, con motivo del centenario de Colón, celebrar en Madrid una Exposición Americana: ¿no podría ampliarse este magnífico pensamiento, y convertir dicha Exposición en un Certamen universal?...

¿No sería éste uno de los medios de conjurar la crisis obrera y contener la ruinosa emigración que desangra poco á poco nuestra patria?

Que la cosa es difícil; que habría que vencer muchos obstáculos; que hacer esfuerzos titánicos; que realizar verdaderos milagros. ¿Y qué?

¿No acaba de darnos el ejemplo Barcelona?...

¿No hay por aquí un Ríus y Taulet de buena voluntad?

E. NAVARRO GONZALVO.

UN CABALLO BLANCO

Desengáñese usted, me decía la otra tarde el empresario de un teatro de invierno; el público va adonde lo llaman, sin preocuparse del local ni de las estaciones. Apolo es una nevera, y *lo calentaron Cádiz* y *La gran vía* hasta el punto de convertirlo en horno.

—Efectivamente, es un teatro muy frío, sobre todo desde que *casi casi* tiene luz eléctrica.

—¿Cómo *casi casi*? La cuestión de la luz está favorablemente resuelta. A partir desde hoy, funcionarán con la mayor regularidad *ambos circuitos*. Por eso pienso tomarlo en arriendo; voy á explotarlo durante el verano próximo.

—Piénselo usted bien. En verano la gente está acostumbrada á bajar al Prado y á Recoletos y no se *queda en casa*, es decir, en Madrid, ni por un ojo de la cara.

—El Jardín del Buen Retiro, Felipe, Recoletos y el Príncipe Alfonso dan la puntilla á los teatros de invierno.

—¡Es usted un ignorante!

—Gracias.

—Un ignorante. Para convencer á usted de que el público va donde le llaman, voy á tomar en arriendo el teatro que peores condiciones tenga para funcionar en verano. Martín, por ejemplo.

—Efectivamente, no las tiene muy buenas.

—Pues le tomo en arriendo, y en Septiembre próximo me ayudará usted á contar los billetes de 1.000 pesetas que obtendré de beneficios líquidos:

—*U sólidos.*

—Búrlese usted. En Septiembre hablaremos. Todo Madrid va á ir á Martín este verano. A la hora de tomar billetes en la calle de Santa Brígida va á llegar la cola hasta el 4 de la calle de Fuencarral.

—No, hombre, que podía pisarla D. Antonio.

—Y por la calle de Hortaleza hasta la Ceres.

—¿Tiene usted obras?

—¡Naturalmente! Pero tengo más; tengo un proyecto que llevará mi nombre á la posteridad. Oiga usted el relato de las reformas que voy á hacer en el local.

—Vamos á ver.

—Butacas de rejilla y de doble fondo; es decir, de dos asientos, colocado uno debajo del otro, dejando entre ambos una distancia de 10 centímetros.

—¡No veo la aplicación del asiento de abajo!

—La de sustentar un cuarto de kilo de hielo artificial para *refrescar*... la atmósfera.

—¡Pensamiento salvador!

—El asiento de arriba tendrá en el centro un agujero.

—Lo presumo.

—¿Por qué?

—Porque es lógico que lo tenga.

—Bueno. Debajo de cada butaca habrá una jofaina para *el deshielo.*

—Es usted muy previsor.

—En lugar de acomodadores, pondré *acomodadoras gallegas*, es decir, frías, *conditio sine qua non.* Los individuos del cuerpo de *alabarderos teatrales*, es decir, los cofrades de la *claque*, estarán provistos de *abanicos de calaña*, con obligación de *echar aire* al público en los momentos en que no tengan que aplaudir de orden de la Empresa ó de los *mismos interesados.*

—Muy bien pensado.

—En el vestíbulo y en los pasillos pondré sifones que partirán de los aparatos de la luz eléctrica.

—¿Sifones?

—Sí, señor. De agua con jarabe de cidra para el piso principal; de horchata para el segundo...

—¿Y para el tercero?

—De cebada.

—¿Líquida, por supuesto?

—¡No, que sería sólida! ¡Qué cosas tiene usted!

—¿Y qué más?

—Estos sifones tendrán varios conductos de goma. Tantos como espectadores haya en la sala. Cada espectador estará agarrado á un conducto, y cuando tenga sed, se aplica la boquilla á los labios y...

—Chupa.

—Bebe. No es lo mismo.

—¡Soberbio! ¿Y dará usted función entera, ó por actos?

—Por actos.

—Pues los que vayan á la tercera y cuarta, encontrarán las boquillas en un estado...

—Perfecto, porque se renovarán en todos los entreactos. Además, se venderán boquillas en el despacho de billetes. La compra usted, la enrosca, bebe, la desenrosca, y al bolsillo, para mañana.

—Eso ya es otra cosa. ¿Y qué más?

—En el guardarropa se alquilarán, además de gemelos y *otros útiles de verano*, cazadoras de alpaca, pantalones de dril y camisas *abullonadas de seda cruda.*

—¿Y zapatillas?

—De cabritilla.

—¿Con suela de corcho?

—*A la nieve.* Con esto, y con quitarle al teatro la montera en los días serenos, es decir, en las noches que no llueva, la ventilación está garantizada.

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Ponga usted en el cartel una nota que diga: «Se permite entrar en calzoncillos.»

—¡Dios se lo pague á usted! ¡Qué inspiración!

—¿Y qué obras tiene usted?

—¡Veraniegas por todo lo alto! He mandado arreglar el tercer acto de *Catalina*, por lo de la decoración nevada, y otro de *Los perros del monte de San Bernardo*, por la misma razón. Tengo, además, *El sorbete, La horchatera, Guadarrama en el bolsillo, Café helado, Sin guantes, El tiritón, La pulmonía, Granizó, La Nieve, La garrafa;* en fin, cositas frescas.

—¡Mucho dinero va usted á ganar! Y del repertorio, ¿pondrá usted algo?

—Algo; pero poco... Como no quiero más que obras frescas...

—¿Frescas? Entonces no ponga usted ninguna de las de Eslava, porque.. *arden.*

—Adiós.

—Hasta Septiembre.

RAFAEL MARÍA LIERN.

El Sr. D. Sandalio
Gómez Terrones,
el que lleva más anchos
los pantalones.

En la feria de Mairena
compré una burra.
—Yo un par de zagalejos
para mi Curra.

No me lo niegues, truhán,
á ti te gustan las gordas.

¡Qué pasión y qué arrebatos!
¡Ponen por testigo á Dios!...
—¡Caramba, y llevan los dos
lacitos en los zapatos!

EL CAFÉ

Café íntimo.

Café solo

Café con leche.

Café con media de abajo.

Café con gotas.

DESDE EL BOULEVARD

La profusión de cosas que da de sí la semana, *ni cabe en el pensamiento*, *ni casi me cabe aquí* (en el espacio de esta crónica), como, con corta diferencia, dijo nuestro gran dramaturgo hablando de otras cosas.

La apertura del *Salón* de Bellas Artes.

La apertura de la Exposición universal.

La fiesta de Versalles, conmemorando la apertura de los Estados Generales en 1789. La *apertura* del Hotel Terminus. La apertura de la nueva estación de San Lázaro.

Todas estas aperturas, mezcladas con un conato de *apertura* de la piel del presidente de la República por un Sr. Perrin (que no es seguramente sobrino de Vico, ni pariente de mi querido amigo Guillermo Perrín, que, en colaboración con Palacios, se hace aplaudir, casi á diario, de los madrileños), hacen que á mí se me abran las carnes sólo de pensar que cada una da por sí sola asunto para más espacio del que dispongo para hablar de todas juntas.

Tomo carrera, pues, y allá va la historia de la semana condensada como la leche que los ingleses venden en latas para dar la ídem á los incautos partidarios de la lactancia.

—

El día del *vernisage* del Salón viene á ser en París como el primer anuncio de la primavera.

Las *mondaines*, las *demi-mondaines* y las *onduladas*, como ahora llamamos á las *horizontales*, escogen ese día para estrenar sus *toilettes* frescas y de colores vivos.

Ellas se barnizan también el día del barniz, que no sé porqué se sigue llamando así, cuando para ese día todos los cuadros están ya barnizados, y lejos de ser aquella una reunión íntima de artistas y aficionados, algo así como el ensayo general de una gran comedia, es una fiesta pública, cuya entrada se paga, y muy cara por cierto, y á la cual asiste tan numerosa concurrencia que desafío al más pintado á que pueda enterarse de ninguno de los cuadros expuestos.

Allí, si se va á experimentar emociones, no son seguramente emociones artísticas, sino las dolorosas de un codazo ó un pisotón, y las más ó menos psicológicas (mucho menos que más) que producen siempre en el sexo feo las mujeres guapas.

De éstas había muchas, por la sencilla razón de que allí estaba en masa la colonia española y americana, únicas caras que se pueden ver en esta tierra sin tener que hacer reservas mentales al afirmar que son de P P y W.

En materia de trapos, ya que los cuadros no hubo medio de verlos, hemos tenido una novedad: los trajes de sorpresa.

Va usted en ferrocarril; enfrente ha tomado asiento una linda da viajera. Usted—ó yo para no ofender—lleva hora y media de hacer el oso, lanzándola miradas incendiarias. La señora, de pronto, se empieza á desabrochar el cuerpo del vestido.

La imaginación de un hombre que hace el oso va muy lejos.

Ante un acto semejante, el viajero cree haber hipnotizado á su única compañera de coche, y cae de rodillas para recibir humildemente lo que cree que va á salir de detrás de aquellos botones

Y aquí viene la *sorpresa*.

La señora ha quedado, no medio desnuda como la soñó el viajero, sino mucho más vestida; el traje de viaje se ha transformado en traje de visita.

Las que llevaron al Salón trajes de éstos, debieron ser más precavidas, y llevar uno transformable en capote de monte.

Porque el chaparrón que cayó á la salida no lo olvidará mi levita nunca.

—

La fiesta de Versalles, muy bonita; y como prólogo de las de la Exposición, no se le pudo pedir más.

Hasta empezó con su conato de atentado; y digo conato, porque no llega á atentar el que tira con pólvora sola.

El hombre asegura que lo hizo sólo para atraer la atención sobre su persona, y que el Presidente hiciera despachar un asunto que el Perrin tiene en un ministerio.

Si esta moda llega á España, va á haber fuego graneado por donde quiera que pase un ministro.

—

La inauguración de la Exposición y las fiestas celebradas con este motivo superan á toda descripción.

La fiesta de noche, sobre todo, resultó de un efecto de tal modo maravilloso, que no puedo decir más que una cosa. Si, como es probable, se repite para el 14 de Julio, vengan ustedes á verla. Eso solo vale el viaje.

Y además se habrá previsto lo que no se previó el día 6, y los que se queden á comer en la Exposición no se expondrán á morirse de hambre, como le pasó á un servidor de ustedes... y á algunos miles de personas más.

Lo que yo trabajé, sudé, empujé y supliqué para obtener por tres francos un pedazo de pan, no se lo pueden ustedes figurar,

¡Calculen lo que me costaría luego, en fatigas y pesetas, un poco de jamón y un poco de vino!

Aquello era una *reconstitución* más, de las muchas que se han hecho en la Exposición: la del sitio de París.

Gracias que los cañonazos con que nos entretenían el hambre eran, como el atentado de la víspera, con pólvora sola.

Y que una vez fuera de la Exposición se podía comer... ¡y se devoraba!

—

No sólo era difícil comer allí; ciertas cosas diametralmente opuestas lo eran igualmente, porque, como hay en la Exposición muchísimas construcciones sin acabar, no están terminados unos pequeños edificios de la mayor necesidad, á los que, por púdor, llaman aquí por su nombre inglés de *water-closset*.

Y una señora que se las da de poliglota iba derramando abundantes lágrimas por aquel inmenso Campo de Marte, y preguntando á todo el mundo:

—¿Me puede usted indicar el *Walter Scott*?

—¡!!!

BLASCO.

París 9 Mayo 89.

UNA DEL CORO

Es Teresita Gascón,
una muchacha bonita
corista de profesión,
natural de Piedrahita
y modista de afición.
Cuando pesca una contrata
luce el cuerpo, la hermosura,
y hace de tiple barata
y abandona la costura
que el mucho coser, la mata.
Da el sí con mucho vigor;
y aunque habla bastante mal,
dice de ella el director
que en el registro central
canta con mucho primor.
Viste bien, es elegante,
es puntual, y es callada,
lo aprende todo al instante.
y está muy desarrollada,
sobre todo por delante.
Con su carilla de fiesta,
su toquilla y su mantón
va al ensayo tan dispuesta...
y es la desesperación
de su director de orquesta.
Viéndola el hombre, disfruta,
y aunque procura estar grave,
cuando Teresa ejecuta,
la mira, y tiembla, y no sabe
dónde tiene la batuta

Y se eleva hasta el pináculo
y la encuentra archidivina
cuando se viste de ondina
en las obras de espectáculo
como las que escribe Pina.
—¡Qué formas! ¡Qué morbidez!
¡No puede el cincel más diestro
reproducir su esbeltez!
¡Y cómo suda el maestro
con aquella desnudez!
La pobre se acerca incauta,
luce sus bellos primores
pierde el maestro la pauta...
y riñe á los profesores
¡sobre todo, al de la flauta!
Pues bien: á esta niña honesta
envidia de más de cuatro
por lo gentil y lo apuesta...
la despiden del teatro...
¿Por el director de orquesta?...
Por cierta murmuración:
que envidian su juventud
su gracia y su discreción,
¡y hasta envidian su virtud!
¡Cosas de la profesión!
¡Que si un autor la hace el oso
y la lleva á la verbena!
¡Que si está el tenor celoso!
¡Que se la han visto en el foso
con el director de escena!

¡Calumnia! ¡Pura maldad!
¡En el foso!... ¿Y su recato?
Si allí bajó, la verdad
es que le cayó un zapato
por una casualidad!
¡Ni el autor la hizo el amor,
aunque suelen darse casos,
ni le hizo caso al tenor.
ni la han visto en malos pasos
nunca con el director!
Los que así la calumniaron,
tal aserto no probaron
y ella logró la victoria.
Entonces, ¿por qué la echaron?
¡Ahora contaré la historia!
No sé si haciendo el *Bocaccio*,
obra que incita al amor,
y que no es un mamarracho.
se besó en el bastidor
con otro corista, macho.
¡Un beso á nadie le choca!
¡Qué hay de extraño que se junte
allí una boca á otra boca!
¡Mas lo vió el segundo apunte,
y es claro, la volvió loca!
Era muy mal enemigo
y tenaz en su porfía
de su secreto al abrigo,
la miraba y la decía:
—¡Si no me besas, lo digo!

Lo besó; y aquel exceso,
á su pudor arrancado,
vió el barítono malvado,
y ¡es claro! pidió otro beso,
y fué el tercero besado.
El tenor, gran seductor,
vió la cosa, y atrevido,
al fin miró conseguido
de la Teresa un favor.
¡Fué el cuarto favorecido!
Para el quinto, halló pretexto
un vejete, un don Macario,
representante indigesto..
y, en fin, ¡hasta el empresario
besó Teresa, y fué el sexto!
La tiple, que era feroz
como nadie tiene idea,
y que andaba mal de voz,
y era vieja, y era fea.
la tenía un odio atroz.
Supo el caso aprovechar;
dice que no se conforma
tal corista á tolerar;
y al fin la tienen que echar
por una cuestión... de forma.
No fué caso extraordinario
que perdiera su acomodo,
pues sabe todo empresario
que, en cuestiones de escenario.
la buena forma es el todo.

JACINTO ROLDÁN.

UN ESTIRÓN

Me acababa de separar de varios amigos. Entre ellos estaba Javier Burgos.

Todos nos habíamos estado lamentando de la penuria de los tiempos, y Javier Burgos manifestó, con su acostumbrada y cómica seriedad, que estiraba ahora un billete de veinticinco pesetas hasta el punto de parecer mil.

Esta idea me fué bailando en el cerebro desde el café á mi casa, donde me esperaba la conclusión de un artículo que debía entregar aquella tarde, y cuyo importe me urgía, como siempre.

Sentado ante la mesa, y con las cuartillas delante, me respaldé para mejor pensar en la manera de sacar punta, como ahora se dice al artículo, y caí en profunda meditación.

Apenas terminé la última línea, sentí un golpecito en el hombro.

Me vuelvo rápidamente, y encarándome en un viejecillo de raído porte, que era quien así anunciaba su presencia, le pregunté lo que se le ofrecía.

Iba á recoger el artículo y á pagármelo en el acto.

Una particularidad me chocó al examinarlo, mientras hablaba y echaba mano al bolsillo: se parecía á Javier Burgos de una manera extraordinaria.

Mejor dicho, se parecía al bisabuelo de Javier, ó al mismo Javier cuando tenga bisnietos.

Era un Javier Burgos centenario.

Recogió su artículo, y, sonriendo con malignidad diabólica, me entregó un billete de veinticinco pesetas. Inmediatamente se marchó, no sin hacerme repetidas cortesías, que me parecieron teñidas de irónico matiz.

Apenas quedé solo, asaltóme una tentación rara: la de estirar el billete que aún conservaba entre las manos.

Tan poderosa fué, que no la pude resistir.

¡Oh sorpresa! A la ligera tensión cedió levemente el billete: un nuevo 2 apareció delante de la cifra repetida en diferentes sitios, y un nuevo 5 al final, de modo que las veinticinco pesetas se habían convertido en 2.255.

La alegría, el asombro, el deslumbramiento de semejante fortuna me embargaron algunos instantes.

Pero pronto sucedió á estas impresiones el temor.

¿No sería cosa de que hubiera inutilizado el billete primitivo dejándolo sin valor alguno? ¿No podrían considerarme como falsificador?

Aparte de esto, la secreta voz de la conciencia murmuraba en mi oído que no me pertenecía aquella cantidad.

Pero la conciencia se acalla fácilmente cuando la codicia habla y descubre la perspectiva de mil necesidades satisfechas, de mil placeres disfrutados.

Además, yo me sentía inocente.

Lo único que todavía turbaba mi espíritu era la idea de que nunca había visto billetes que representaran tan extraña suma, ni oído hablar de ellos. ¿Sería, pues, incobrable?

No pudiendo soportar esta incertidumbre, salí á la calle á consultar con un amigo bolsista, suponiéndole algo más enterado que yo en tales asuntos.

—Sí, me dijo el bolsista, en cuanto le mostré el billete; el Banco acaba de emitir series parecidas, y aún por cantidades mayores. ¿Quiere usted que se lo cambie?

—Gracias, le contesté, volviéndole á guardar.

La mirada de avidez que había dirigido al billete con mal disimulado despecho, me hizo desconfiar de aquel amigo.

Pensando en ello, tuve otra tentación; la de encerrarme en mi cuarto. Estiré suavemente el precioso papel, y como si desdoblaran el primero y último número, un nuevo 2 y un nuevo 5 aparecieron.

Vime poseedor de un capital representado por 222.555 pesetas.

No se necesitaba tanto para que me atacaran la fiebre y el delirio.

¡Cuántas cosas iba á hacer con aquella fortuna! ¡Qué regalada vida me esperaba! ¡Qué sorpresa para mis compañeros de trabajo!

Pero al mismo tiempo empezaron los cálculos y las inquietudes que acompañan al dinero generalmente.

¿Qué haría cuando lo cobrara? ¿Cómo colocarlo para no ser víctima de un robo? ¿Qué negoció ofrecía mas seguridad y más interés?

En medio de estas consideraciones parecióme que inundaba mi fantasía un rayo de luz. ¡Qué digo un rayo! ¡Un incendio!

¿No podrían aparecer otras dos cifras?

¡¡Más de 22 millones de pesetas improvisados en un momento!! No podía ser.

Pero si fuera... ¡Uf!

Y no me atrevía. Mi cabeza era un volcán.

Sin poder remediarlo, me reí de la contabilidad de Rodríguez Correa, pensé en la ruina del Banco de España para fundar yo con sus restos otro Banco más sólido y útil, y, por último, tiré el sombrero á lo alto, gritando como un energúmeno:

—¡Abajo Rotschild!

Cuando me hube serenado un tanto, volví á coger el billete con dedos temblorosos.

En efecto, otro 2 y otro 5 empezaron á asomar sus cabezas. El corazón iba á estallar, según la fuerza con que me latía.

De pronto... ¡¡Crac!!

Sonó un pequeño estallido, que me pareció tan horrible como el de la Tierra chocando con otro astro, y el billete cayó al suelo, convertido en 222.555 fragmentos imperceptibles.

—¡¡Maldición!! exclamé contemplando mi ruina. ¡La ambición y la codicia me han perdido! Era rico... aún quise más...

Y, desesperado, me arranqué un mechón de cabellos que no tengo.

En esto desperté con la mano en la cabeza todavía. Aún me hallaba sentado ante la mesa, y sobre ella estaba el artículo.

Pero hecho pedazos.

Como la simpleza humana se consuela de los propios males cuando los puede achacar á ajenas culpas, me consolé yo de aquella desgracia, exclamando:

—La culpa es de Javier Burgos. ¡Ya me las pagará!

JOAQUÍN ARDILA

PROPIO Y AJENO

Los maliciosos.—Bonito, muy bonito el sainete de este título, original del Sr. Sánchez Pastor, estrenado la noche del jueves en el teatro de Lara. El diálogo es chispeante; los chistes, cultos y de buena ley, y la escasa trama, bien conducida hasta el final. La ejecución, como se acostumbra en aquel coliseo: irreprochable.

—

En un juicio:

Uno de los abogados defensores es lento, pesado, difuso y machacón en sus oraciones.

Fatigado de sus interminables discursos, el presidente del Tribunal suspira dulcemente, cruza las manos con beatitud, entorna los ojos é inclina un poco la cabeza.

El letrado se entera de ello, y exclama con voz alta y acento severo:

—¡Señor presidente, os dormís!

—¡Ay! ¡Ojalá pudiera!

—

Una corista nueva á un empresario viejo:

—Diga usted, señor, ¿qué es lo que necesitan hoy las muchachas para obtener una plaza en el coro?

—Buenas pantorrillas.

—

Terminada la consulta con el sabio especialista Doctor H., el Sr. de Gómez deposita dos duros sobre la mesa.

El doctor, con tono impertinente:

—¿Son para mi criado?

El Sr. Gómez, con frialdad:

—Para los dos.

—

LOS DOS GARCÍAS. Con este título ha publicado el distinguido literato *Sr. Ossorio y Bernard*, una lindísima novela que forma el tomo 12 de la acreditada colección de *Novelas cortas*, que publica la casa editorial E. Gutiérrez y Compañía. Es un libro que merece leerse.

—

Gilito, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, letra de los señores Joaquín y Serafín Alvarez Quintero, música del maestro J. Osuna. De venta en la administración lírico dramática.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

DOS BOTIJOS DEL SANTO

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
18 de Mayo de 1889.
NÚMERO 33.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

RAMÓN DE CAMPOAMOR

El inspirado poeta de las *Doloras* y *Los pequeños poemas* acaba de jurar el cargo de senador y de enriquecer la literatura patria con una nueva joya literaria, su poema *¡Qué bueno es Dios!*

Los MADRILES aprecian en lo mucho que vale al antiguo *Jefe político;* pero prefieren al inimitable autor de *¡Quién supiera escribir!*

Y entre que asista á las sesiones de la Cámara ó se quede en casa escribiendo, preferimos lo último, y con nosotros, todos los amantes de las letras.

¡Salud, maestro!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

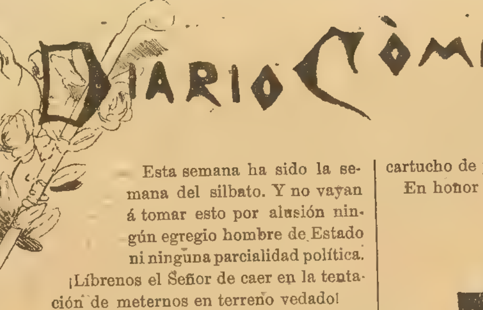
Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



Esta semana ha sido la semana del silbato. Y no vayan á tomar esto por alusión ningún egregio hombre de Estado ni ninguna parcialidad política.

¡Líbrenos el Señor de caer en la tentación de meternos en terreno vedado!

Los silbatos ó pitos á que aludimos, son los célebres, los tradicionales pitos del Santo.

Esos canutos de vidrio profusamente adornados con flores de papel y hojas doradas, encanto de los paletos é indispensable adorno de la solapa en los *chaquets* de los horteras y estudiantes, más ó menos auténticos, que se solazan en la Pradera durante la romería del Patrón de Madrid.

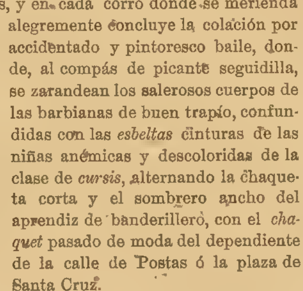
Estos artefactos, con las rosquillas de la tía Javiera y los botijos de barro, constituye lo más notable de la fiesta popular.

No hay en ésta, como en otras fiestas y romerías, Casinos, pabellones, salones de baile y espectáculos públicos; pero abundan los merenderos, algún que otro *restaurant*, los caballitos del Tío Vivo, la Montaña Rusa, los puestos de escabeche y las tabernas ambulantes.

Hay también algunos puestos en los que se venden figuritas del Santo, estatuítas de barro (que son verdaderas herejías en todos conceptos), y que, con el pomposo nombre de imágenes, son pregonados á voz en cuello por aquellos Susillos y Benlliures de ínfima categoría.

A pesar de ser tan escasos los atractivos de la romería, la concurrencia y la animación son extraordinarias, y el mejor aliciente de la celebrada fiesta.

Centenares de ciegos pululan por la Pradera rasgueando sus mal templados guitarrillos, y en cada corro donde se merienda alegremente concluye la colación por accidentado y pintoresco baile, donde, al compás de picante seguidilla, se zarandean los salerosos cuerpos de las barbianas de buen trapío, confundidas con las *esbeltas* cinturas de las niñas anémicas y descoloridas de la clase de *cursis*, alternando la chaqueta corta y el sombrero ancho del aprendiz de banderillero, con el *chaquet* pasado de moda del dependiente de la calle de Postas ó la plaza de Santa Cruz.



Con frecuencia la pareja de Orden público conduce á la prevención algún chulo camorrista ó señorito borracho; y de vez en cuando ingresa en la Casa de Socorro algún herido ó confuso, víctima de la *culebra* que suele armarse como fin y coronamiento digno á la expansiva *juerga*.

Algún que otro *pardillo* inocente, súbdito leal del alcalde de Villabrutanda ó de Villamelones, cae en las garras del ingenioso timador, y compra la sortija de *oro* y *brillantes* por *cuatro duros*, ó cambia el billete de cincuenta pesetas por el antiquísimo cartucho de perdigones.

En honor de la verdad, estos *timos* van siendo raros; no por

los esfuerzos y sagacidad de la policía, sino porque hay *paletito* que da *quince* y raya al más afamado prestidigitador callejero, y huele á cien leguas al ratero que trata de escamotearle los cuartos del cinto.

¡Bendigamos los adelantos de la civilización, y congratulémonos por la cultura progresiva de estos bienaventurados rurales!

Contingencias plausibles de la peregrinación al santuario del festejado San Isidro suelen ser una larga serie de bodas, terminando muchas veces el conocimiento hecho junto á la fuente de la ermita, en el vetusto caserón de la calle de la Pasa, donde tiene sus *reales* la Vicaría eclesiástica.

¿Que alguno de estos matrimonios termnian en divorcio? Indudablemente. Pero no hay que culpar de este desastre conyugal al Santo, pues todos los autores están conformes en que fué modelo de buenos casados, y que siempre se *llevó* muy bien con su consorte, la bienaventurada Santa María de la Cabeza.

Y deseando que este año, como todos, el travieso Cupido haga muchas víctimas entre los devotos del Patrón de Madrid, y que terminen en el altar de Himeneo las *buenas relaciones* comenzadas en la alegre *jira* de la Pradera clásica, me despido de todos los romeros con las palabras del ángel:

¡Me alegraré que se hayan ustedes divertido!

E. Navarro Gonzalvo

MADRILEÑERIAS

—Lucerito de mi vida,
¿la cubro á usted?
—Muchas gracias;
voy bien así.
—No lo creo.
Pues como si fu ·ra, vaya.
¡Jesús, qué demonio de hombre!
—Pero, hija de mis entrañas,
no me gaste usted ese genio
porque me da mucha lástima
que se vaya usted mojando
teniendo yo aquí un paraguas
tan hermoso.
—¿De veritas?
—Por estas cruces.
—¡Qué guasa!
—¡Es usted muy chulo!
—¡Puede!
—Sí, señor.
—Y usted muy guapa.
—Eso sí, y ademas tengo
dos manitas muy *serranas*
pa quitarme los moscones
cuando me molestan.
—¡Vaya!
Pues solamente por eso,
casi estoy por molestarla.
—Hombre, váyase usté al limbo
con los demás papanatas
y no se pegue usté tanto
ni me ponga usté el paraguas,
que tengo yo quien me cubra
siempre que me dé la gana.
—¡Olé! ¿Y quién es él?
—Un hombre;
pero con *muchisma* gracia
por *tóo* su cuerpo. Está dicho.
—¿Sí? Pues mal rayo le parta.
—El sí que le va á partir
á usté, si le ve.
—¡Caramba!
Será una fiera, de fijo.
—No, señor; es una malva,
pero tiene muy bien puestos
los pantalones, y basta.
En fin, si quiere usté ver
de por sí, cómo las gasta,
pase usté por la taberna
del *Chupito*, que es su casa,
y él le dará de mi parte
algo que no se le caiga.
—Entonces voy á ir á verlo
mañana por la mañana.
—¡Quiá!
—Lo mismo que la luz.
—Pues mire usté; no hace falta
porque allí está, casualmente,
esperando que yo salga
del obrador, *pa* irnos juntos
adonde á él le dé la gana.
—¿Es el de la estaca?
—El mismo.
—¡Ah! ¿Conque es el de la estaca?...
Entonces la dejo á usté,
querida, porque me carga
tener broncas en la calle
con gente de mala facha.
—¡Claro está! como es usté
de la *higa lig*, se rebaja...
—Justamente. Adiós, hermosa
—Vaya usté con Dios, *Jindama*.

J. López Silva.

LA PETACA

I

Están de moda ahora unas petacas de plata que tienen esmaltadas lindas figuritas, por lo general de mujeres pintadas muy al desnudo.

Lesmes compró una, y muy satisfecho de su compra, fué entusiasmado á enseñársela á su mujer, la cual le dijo, al ver aquella figura un tanto deshonesta, que no le parecía bien que una persona seria y formal, como él era, usara aquella alhaja, propia sólo para estudiantes calaveras y despreocupados.

Disgustóle primero el reproche de su mujer; pero luego pensó que había sido justo, y sintió de todas veras haberle merecido.

II

—No lo puedo remediar, decía Lesmes á su amigo Amadeo; soy un hombre sumamente celoso. Yo sé que hago mal, muy mal; que canso con mis celos á mi pobrecita Aurora, que es la esposa más fiel y más amante del mundo; pero, chico, los celos son, después de todo, la salsilla del amor. ¿Dónde hay un gusto igual al de preparar á su mujer una celada y ver luego que no cae en ella? Creéte que los celos me han proporcionado muy buenos ratos. He escrito á Aurora varias cartas de declaración con firmas de jóvenes guapos, ricos y elegantes, y he tenido la satisfacción de que ella me las leyera luego, burlándose de los supuestos adoradores. Otras veces he fingido tener queridas para ver si ella intentaba tomar las represalias, y nada; Aurora siempre fidelísima y resignada. Hoy la preparo un lazo del que espero salir triunfante, como de todas las pruebas que vengo haciendo hasta aquí. Figúrate que la he dicho que voy esta noche á Aranjuez á firmar la escritura de venta de una finca de recreo que pienso regalarle... Pues no voy, y á cosa de las diez de la noche, hora en que ella gusta de tomar el fresco en el jardinito de nuestro hotel, entro por la puerta de la caballeriza, que dejaré abierta al efecto, voy adonde esté Aurora que, como estas noches son oscuras, no podrá conocerme, la abrazo y tengo el gusto de ver cómo ella protesta de semejante atrevimiento, dándome así una nueva prueba de su fidelidad nunca desmentida.

—¡Hombre! le contestó Amadeo, me parece que esa conducta es imprudente y ocasionada á algún resultado desagradable.

—¡Quiá, hombre! Ella toma á broma estas cosas; sabe que son hijas de mi cariño, y me las perdona de muy buena voluntad.

—¿Y si un día no resultaran las cosas á medida de tu deseo?

—Entonces... No quiero ni pensarlo. Por fortuna, ella me avisa de los peligros que pudiéramos correr. Por cierto que es en este punto sumamente *escamona*, y á veces piensa lo que no hay. Figúrate que me ha dicho que temía que anduvieras tú, mi mejor amigo, un tantico enamorado de ella.

Amadeo se puso como un tomate, y no supo qué contestar.

—No te alarmes, continuó Lesmes, que nada hay más lejos de mi imaginación que pensar que á ti se te ocurran semejantes ideas. Tengo completa fe en ti, y no atribuyo los temores de mi mujer más que á exceso del cariño que me tiene.

III

Aurora había oído, oculta entre unas cortinas, la conversación de su marido con Amadeo, y dispuesta á dejarse engañar por Lesmes, le preparó con gran prisa una maletilla de mano, y le advirtió varias veces que la hora se acercaba y que debía marcharse para no perder el tren.

Reíase él para sus adentros, y ella más, creyendo ambos que iban á engañarse mutuamente y prometiéndose reir mucho después con los comentarios de la extraña aventura.

IV

A cosa de las nueve de aquella noche, que era oscura como boca de lobo, estaba Aurora en su jardinillo impaciente por ver llegar á Lesmes, y riendo del chasco que iba á llevarse viendo que su mujer se dejaba abrazar por un hombre que ella no podía imaginar que fuera su marido.

La puerta de la caballeriza estaba, en efecto, entreabierta.

Dieron las diez, apareció una sombra, que, yendo hacia Aurora, la abrazó entusiasmado, sin que ella opusiera la más leve resistencia..

Poco después la sombra volvía á salir por donde había entrado.

V

A pesar del mucho cariño que Lesmes profesaba á su mujer, hacía algún tiempo que deseaba serle infiel, porque había una modistilla en el taller de enfrente de su casa, que le tenía vuelto el juicio. Y quiso el demonio que la noche del fingido viaje á Aranjuez, encontrase á su ídolo en la calle, y que la modista estuviera más complaciente que solía, hasta el punto de hacer olvidar á su adorador el chasco que preparaba á su mujer. Con lo cual le vino de molde el fingido viaje; pretexto que le permitió pasar aquella noche dedicado á su amor de contrabando, de todo lo cual se había enterado Amadeo oportunamente.

VI

A la siguiente mañana se sentaron á almorzar Aurora y Lesmes. Ambos estaban sonrientes; pero sobre todo ella, que no cesaba de mirarle de una manera maliciosa. Tanto que, notándolo él, la preguntó:

—¿Por qué me miras así?

—Es que estoy pensando, dijo ella, lo bien que habrás pasado la noche en Aranjuez.

—No la he pasado mal, dijo él un tantico ruborizado.

—¡Pillo! continuó ella, dándole un pellizco cariñoso, pero fuerte. Lo sé todo.

—¡Lo sabes todo! ¿Y qué es lo que sabes?

—Lo que hiciste anoche.

—¿Qué hice?

—Estuviste con una mujer.

—¡Perdón! dijo él echándose á las plantas de su esposa.

—Levántate; estás perdonado. Y si quieres que te diga la verdad, aunque no debe repetirse lo de anoche, no me ha importado gran cosa.

—¡No!

—Pero te agradeceré que no se repita.

—Ya que eres tan buena conmigo, te confieso que hice mal; pero te prometo al mismo tiempo que no he de volverlo á hacer.

Se abrazaron cordialmente, y continuó la conversación como si tal cosa.

—Pero, vamos á ver, dijo él volviendo al asunto: ¿cómo has sabido lo de anoche?

Ella, guardándose muy bien de declarar que había oído la conversación de su marido y Amadeo, le dijo:

—Te he descubierto porque se te cayó esta petaca en el jardín, y la he recogido esta mañana.

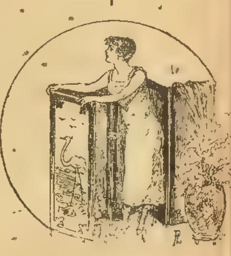
Y sacó la petaca de la figurita pintada *al fresco*.

—No comprendo, dijo él. Esa petaca, como vi que te disgustaba que yo la tuviera, se la regalé á Amadeo el otro día.

Al oir esto, Aurora cayó desmayada.

No sabemos cómo le habrá explicado este desmayo á su marido.

José Estremera



DE PRIMAVERA

¡Pero, señor de Mustieles!
¿aún con el gabán de pieles?...

—¡Querido Pepe: da risa
verte en Mayo con la capa!
—Es que no llevo camisa
y como el embozo tapa...

—¡Quita allá! Para el *afano*
me gusta más el invierno
veinte veces, que el verano.

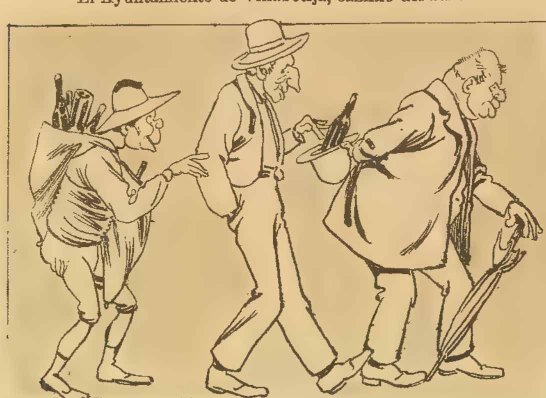
—¿Has visto á la de Gamboa?
¡Qué cursi y qué mal vestida!
—¡Pues, puedes hablar, querida!
¿cuándo te quitas el boa?

EN EL SANTO

—Miá, Desidora, en cuanto que vuelvas á mirar con ojos encandiláos á un señorito, te doy media gruzia de palos como pa ti sola. Ya sabes que soy más celoso que... ¡no sé que me diga!

Una que va al Santo sólo á buscar un buen pito.

El Ayuntamiento de Villabotija, camino del Santo.



El ídem de ídem, de vuelta del ídem.

—Vamos... que lo que es la de este año, ¡que no, hombre! ¡que no tiene nada que envidiar á las de los otros años!

Á misa.

Buena persona!

Envuelta la morena cara entre las ricas blondas de la mantilla, armada del lujoso devocionario, y manejando con gracia el abanico, corre presurosa á la vecina iglesia, donde las campanas, dando el tercer toque, anuncian, á rezagadas y perezosas que va á comenzar en breve el santo sacrificio de la misa. Y Elena llega á las puertas del templo, sube rápidamente las gradas; su mano, fina y elegante, alza el pesado *portier*, va á entrar, cuando un joven alto, delgado y no mal parecido que sale de la iglesia al mismo tiempo, se encuentra con ella, la mira, y ambos se sonríen, quedando unos segundos en muda y extática contemplación.

Y en seguida, sin hablarse, sin hacerse ninguna señal de inteligencia, ambos abandonan la casa del Señor, y se dirigen rápidamente á la calle.

Ella va delante.

El joven la sigue á corta distancia.

—

Aquel café es uno de los más oscuros y menos concurridos de Madrid.

Sobre todo á aquella hora, las diez de la mañana, no se ve un parroquiano en el establecimiento.

La niña del devocionario y el joven devoto, sentados junto á un velador, departen en voz baja.

El diálogo es vivo y animado; y aunque sólo se percibe un confuso rumor, un murmullo no interrumpido, adivínanse en aquel dúo explosiones de ternura, frases tiernísimas, protestas ardientes, juramentos eternamente renovados.

Él habla con pasión y gesticula con calor; ella escucha sonriente y ruborizada. Sus ojos, dulcemente entornados, húmedos y alegres, denuncian el placer interno con que oye las palabras del joven.

Él tiene enfrente una copa de coñac, que apenas ha probado; ella un refresco de limón, que ya debe estar caliente, á juzgar por el rato que hace que fué servido, aunque es probable que no *sirva* para nada, pues la niña del devocionario no lo ha acercado siquiera á sus hermosos labios.

La sabrosa plática dura ya bastante cuando, de improviso, la niña, con un movimiento febril, consulta su precioso reloj, y exclama poniéndose rápidamente en pie:

—¡Jesús! Ya es tarde.

Un momento después, ambos salen precipitadamente del café.

La joven se dirige de nuevo á la iglesia, llega, entra apresuradamente, moja los afilados dedos en el agua bendita, y dirige su mirada ansiosa al altar mayor.

En aquel momento el celebrante bendice al pueblo, y murmura la frase sacramental: *Ite, missa est.*

—¿Lo ves? murmura la niña á media voz, dirigiéndose al joven, que se apoya sonriendo en un pilar. ¡Si nos descuidamos, me quedo sin misa!

—

De vuelta á casa, la mamá pregunta bondadosamente á la niña:

—Oye: ¿de qué color era hoy la casulla?

Y la *devota*, acordándose de la corbata de su novio, responde aturdidamente y sin pararse á reflexionar:

—Azul turquí, con rayas de oro viejo.

Jacinto Roldán.

¡QUÉ COSAS!

Conque ¿qué es el *que*, según sus diferentes significaciones (pregunta ese asustadizo señor de la Plazuela)?

¡Diantre lo que vamos á aprender... y lo que va á subir el papel de la Bolsa con tan fausto acontecimiento!

¡Vaya si tiene *miga* la cosa!

¿Y esto no ha llamado la atención de las naciones extranjeras?

Parece mentira, máxime preguntándolo un señor que, por las trazas, debe ser académico de verdad... ó de plazuela; y, si no lo es, merecería serlo; porque el hombre á quien le ocurre semejante pregunta, debe haberse dado no pocas calabazadas contra los textos de una academia cualquiera; y es lastimoso que no sepa todavía emplear gramaticalmente la partícula *que*.

No me venga usted ahora con juramentos por la salud de Comelerán, ni la de otro *súi genéris:* en letras de molde dice usted lo siguiente: «no deja de llamarme la atención eso de los adjetivos verbales y participios, *que*, quizá por la mala clasificación, empieza el uso á darles una significación ambigua y poco correcta.» Qué propiedad y qué corrección, ¿eh? ¡Demontres con el señor ése de la Plazuela! ¿Qué extraño es que Benot le tenga asustado?

Créame usted, señor Plazuela, que ese relativo *que*, que usted encaja entre *participios* y *quizá*, sienta tan bien como un par de arracadas en las orejas del cantor de Elisa. ¿No conoce usted las preposiciones? (dice *proposiciones*: ya supongo que será un error de Academia.) ¿No sabe qué casos rigen? Usted ha oído á algún Cañete hablar de ellas, así como de todas esas palabrotas *verbales* que usted nos *dispara*, y, después de tanta afluencia, viene á demostrarnos que la Academia tiene tanto de *entendida* como usted de *docto*, es decir, que ni uno ni otra se entienden. ¿Qué nos toca hacer á los demás? ¡Ave, Chestel... ¡Cómo anda la rica lengua de Cervantes, y cómo la ladran los sabios preceptistas!

Sepa usted, pulquérrimo Plazuela, que el dativo (excepto en los pronombres enclíticos, afijos, reflexivos ó recíprocos) jamás debe ir sin preposición: por eso debió usted decir: «no deja de llamarme la atención eso de los adjetivos verbales y participios *á* que, quizá por la mala clasificación, etc., etc...» No se parezca usted á esos que escriben: *el día que sucedió eso*... y locuciones viciosas y deficientes por el estilo. ¿Para qué queremos entonces las preposiciones y los casos de declinación?

A mi juicio, más importa saber construir que saber clasificar las partes de la oración según sus diferentes acepciones, máxime cuando la misma Academia anda tan torpe y á tientas en esto último. Ya ve usted; la partícula *que*, según la Academia, es pronombre relativo ó conjunción; es decir, en las locuciones:

«¡*Qué* académicos!»

«¿*Qué* pensarán?»

«Quisiera saber lo *que* piensan,»

es pronombre relativo, y en la última, en que usted dice:

«¿Queréis *que* emita mi opinión,»

la partícula *que* es conjunción. Estoy de acuerdo con la Academia en los tres últimos ejemplos; pero no en el primero, puesto que no es pronombre la palabra que no se pone en lugar del nombre. Tampoco creo que anden en esto muy acertados los señores Bello y Gómez Salazar, que opinan que debe ser artículo ó adjetivo cuando no es pronombre; no es artículo, porque jamás sustantiva las partes de la oración ni determina el género ni el número; no es adjetivo, porque ni califica ni determina, y lo mis-

mo se junta con los sustantivos que con los adjetivos, como, por ejemplo: *¡Qué* hombres! *¡Qué* mujer! *¡Qué* sabios! *¡Qué* necia! donde se ve que la partícula *que*, denota cantidad ó comparación indeterminadas, á semejanza de *más, tan, cuan, como,* que en tales casos hacen las veces de adverbios. Ya ve usted, señor de la Plazuela, que ni la Academia, ni los más sabios preceptistas, ni usted, ni yo, sabemos por dónde nos andamos en eso de clasificar las partes de la oración.

No dejo por eso de conocer su gravísima importancia; pero que, volviendo á mi tema, creo más útil y necesario saber construir con propiedad, corrección y dependencia; porque, cómo dice Benot, se puede ser buen arquitecto sin conocer magistralmente los materiales de edificar. Y en la arquitectura de las Letras (1) *atardece* por ahí cada albañil á lo Menéndez Pelayo ó á lo Ortega Munilla, que dejaría enano al culteráneo cordobés, Góngora, si éste tuviese la fortuna ó la humorada de volver de *ultratumba* á esta nueva patria de Mecenas y Cicerones.

¡Qué de apodos y motes á las cosas! ¡Qué de tropos y frases para decir que llueve ó nieva! ¡Ni la Academia Española en eso de los pronombres!

Todavía no he podido saber si *atardecer* significa *al comenzar* ó *al terminar la tarde*; pero sea lo que fuere, opino, con Estremera, que es una frase completamente inútil, innecesaria, puesto que *amanecer* y *anochecer* determinan los dos crepúsculos del día. Y de prevalecer la frasecilla ésa, no me nieguen ustedes ésta: *amediodecer* ó *amediodiar*: escojan ustedes la que más les plazca, que por eso no hemos de reñir: aumentaremos el catálogo de los seis mil cien verbos. ¡Ah!... Se me olvidaba decir lo que significa; definirémosla del modo siguiente:

Amediodiar ó *amediodecer*, verbo neutro defectivo: declinar la mañana, acto de llegar al mediodía; es decir, de once á doce, minutos más ó menos.

¿Qué les parece á ustedes?... ¿Mal?... Pues lo celebro mucho, porque á mí me parece lo mismo.

Y basta de gramática y diatribas, que no son más que escollos é inconvenientes para los que nos llamamos escritores... porque sí, y es de un efecto pésimo nombrar la soga en casa del ahorcado.

Conque... hasta más ver, ignoto señor de la Plazuela.

F. SALAZAR.

(1) No solicito patente de invención, aunque me hagan ustedes creer que la frasecilla es de gran mérito.

EL AMOR DE ELLAS (1)

Cuando viene el recuerdo á mi memoria
de la heroína de esta triste historia,
mi corazón se inunda
de tristeza profunda.
¿Cómo ser insensible á los dolores
de la triste María,
yo que sólo he encontrado poesía
mirando á las mujeres y á las flores?
Y María reune en la belleza
de una mujer con gracia y con donaire;
la hermosura impregnada de tristeza,
de una flor que agostó el soplo del aire.
Y si copia del sol fueron sus ojos,
y su talle dió celos á una palma,
y la grana envidió sus labios rojos,
aún vale más su alma.
No hay otras dos mujeres en la tierra
con la inocencia que su pecho encierra,
y es tan cándida y pura,
que, en materia de besos, solamente
conoce el que en la mano, reverente
le da, cuando confiesa, al señor cura.

LUIS ALCARAZ.

(1) Del poema que con este título acaba de ponerse á la venta.—*Biblioteca del Quijote*.—Una peseta.

EN LA IGLESIA

Levantada la frente,
y con los ojos contemplando el cielo,
escultórica, erguida, meditando,
al expirar el sol, te vi en el templo.

—

Tus labios virginales
tenían la ondulación de la sonrisa;
y había en tu rostro palidez de estatua.
y en tu frente los pasos de una dicha...

—

Yo me quise acercar,
y contemplé de lejos tu belleza;
dí un paso más, y te juzgué escultura:
¡creación de un hombre que soñó grandezas!!

—

—¡Fidias! dije muy quedo,
y avancé decidido y sin temor...
tus ojos descendieron á mirarme
y, loco, al ver el cambio, dije: ¡Dios!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

PROPIO Y AJENO

Lo de todos los días.

Una irregularidad.

El distinguido literato Abdón de Paz publicó en *La Ilustración Española y Americana* una poesía titulada *En la Caleta de Málaga*.

Esto era por el año 1886.

Y ocurrió que hace pocos días, vió aquella *su* composición, mutilada y firmada por un señor J. Cabello García, en el periódico de Madrid *La Voz del Comercio*.

Y el Sr. Paz, al ver aquello en la *voz*, comenzó á dar *voces*.

En son de guerra, por supuesto.

Como que sólo decía: *¡ladrones, rateros*, guardias!

Y no acudió la guardia, pero acudió un caballero disculpándose, y afirmando que la susodicha composición la había *tomado* de un periódico catalán, *El Nuevo intermedio*, ignorando la suplantación de la firma.

Y entonces Abdón de Paz siguió gritando, pero en catalán, y decía: *¡als lladres! ¡als lladres!*

Pero ¡ay! *Vox clamantis in deserto*.

Para estos delitos no hay Costalagos ni Muzas en la tierra. ¡Pues si los hubiera!...

—

Entre criadas:

La del principal á la del segundo:

—Si el ama no retira las palabras que me dijo anoche, no estoy ni un día más en esta casa.

—¿Pues qué te dijo?

—Que estaba despedida, y podía buscarme acomodo desde hoy.

—

—Caballerito, he sabido que enamora usted á mi hija.

—Es verdad; la amo con locura.

—Perfectamente. Pero como es usted un libertino, un seductor, hasta que sea usted un hombre digno, serio y formal, he decidido no darle á mi hija en matrimonio.

—¡Pero si yo no tengo pretensiones de casarme!

—¡Cómo!

—¡No, señor; no soy tan exigente!

—

—¿Conque casas á tu Carmen con el Sr. Capetillo?

—¡Ya lo creo! ¡Un novio que tiene diez mil duros de renta!

—Y ochenta y dos años, cuando tu hija no ha cumplido aún los dieciséis.

—¡Y qué!... ¿Qué va ella perdiendo con ese matrimonio?...

—En eso tienes razón. No puede perder nada.

—

Libros recibidos:

El alma y la tradición, Fábulas y cuentos, por F. Salazar y Quintana. Matarredona, editor: precio, 1,50 pesetas. La circunstancia de ser el autor un querido compañero nuestro, nos impide elogiar este libro como se merece; cómprenlo ustedes, y nos darán las gracias.

—

Hojarasca.—Obras póstumas. Poesías de A. Nerón. Valladolid, 1883: precio, 2 pesetas.

—

Calabacines y calabazones, por un Hortelano papanatas. Rosado, editor.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—¿A que te has venido sin el pito?

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
25 de Mayo de 1889.
NÚMERO 34.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

CASTO PLASENCIA

El insigne artista cuya caricatura honra hoy nuestra primera plana, es tan conocido y admirado dentro y fuera de su patria, que ridículo sería manejar el *bombo* en su favor. A este laureado pintor basta con nombrarle para que exclame todo el mundo:

—¡Ah! ¡Plasencia! ¡Superior!
—¡Eximio! ¡Óptimo!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. **9** *pesetas.*
Seis meses.............. **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Hace pocas noches salía yo del Circo Hipódromo de Verano, donde acababa de aplaudir á los ya famosos *Colibríes*, y preocupado con aquellas *menudencias*, entregábame á profundas meditaciones.

Dábame yo á pensar en los probables resultados de una revolución, de un movimiento popular, de una guerra civil en un pueblo liliputiense cuyos habitantes fueran todos de la talla de los *Colibríes*, y ni lograba asustarme ni emocionarme en lo más mínimo, dado lo *mínimo* que debía ser cuanto allí ocurriese en semejante caso.

¡Qué serie de horrores no serían necesarios para que en un pueblo así tomara un conflicto *proporciones gigantescas!*

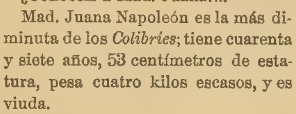
Y sin embargo, ¿qué duda tiene que aquellos hombrecillos y aquellas mujercitas tienen su alma en su almario, como otro *quisque* cualquiera?

¿Expresarán estos chiquitines sus afectos, darán rienda al sentimiento, estallarán en ellos las violencias de la pasión con el mismo vigor, con la misma fuerza, con la misma energía que en los seres de estatura proporcionada, ó será proporcional todo ello con su tamaño exiguo?...

El distinguidísimo y pequeñísimo príncipe Pompeyo, ¿hará el amor, por ejemplo, lo mismo que Vital Aza?

Yo creo que sí, dadas, por supuesto, las naturales diferencias y los accidentes naturales.

Y á creerlo así me inclina la historia íntima de alguno de los *Colibríes*, historia que me ha referido en secreto Antonio Pérez (no el secretario de Felipe II, el del otro Felipe), y que con toda clase de reservas voy á contar á ustedes.



¿Conocéis á Mad. Juana?...

Mad. Juana Napoleón es la más diminuta de los *Colibríes*; tiene cuarenta y siete años, 53 centímetros de estatura, pesa cuatro kilos escasos, y es viuda.

¡Viuda! ¡Esta sola palabra encierra para Mad. Napoleón todo un poema de amargura!

¡Tan chiquitina como la véis, es toda corazón!

Tocóla en suerte un esposo jugador y libertino, borracho y pendenciero, y el nido (¡quién llama hogar á una casa para tal matrimonio!), el nido conyugal no tuvo para ella más que horas tristísimas, noches de insomnio, amarguras sin cuento.

El torcedor de los celos destrozaba su alma, viéndose abandonada por el elegido de su corazón.

¡Las infidelidades del ingrato eran la comidilla de circos y teatros, y en todas las *pistas* y en todos los bastidores se referían y comentaban sus galantes aventuras!

Dícese que la serie de sus triunfos era interminable; y á mí me ocurre sobre el particular una duda horrible.

Si el marido tenía dos centímetros de estatura más que su mujer, y no la excedía en peso más que en medio kilo, según dicen, ¿dónde encontraba ese Tenorio beldades á su peso y medida?

Misterios son éstos que no explica Mad. Juana; pero lo evidente es que, escarmentada por lo mal que le fué en su primer matrimonio, juró no volverse á casar, y ahí la tienen ustedes tan viuda y tan hermosa, sonriendo todas las noches al respetable público que la aplaude en el Circo Hipódromo.

Como otra prueba de mi anterior afirmación podría presentar á ustedes al príncipe Colibrí. ¡Buena personilla! Enamoradizo y calaverilla como él solo, contempla embobado á las hermosas madrileñas, y afirman que tiene unas ganas espantosas de casarse.

¿No habrá por ahí alguna jamona caprichosa que le saque de penas?... ¡Animo, por Dios, que ocasiones como éstas no se encuentran todos los días!

La proporción no es tan mala como parece al pronto, sobre todo para aquellas mujeres (y hay muchas), que opinan que el hombre es malo, y que de lo malo poco; recuerden aquellos versos de Bretón:

> "Puesto que el hom' re no es bueno,
> le prefiero chiquitín;
> porque en chico vaso, al fin
> no cabe mucho veneno."

y apechuguen con el simpático Colibrí, que, casándose con él, podrán exclamar parodiando al inimitable Narciso Serra:

> "Un marido no es gran cosa,
> pero al cabo llena el hueco."

¿Qué os diré del príncipe y la princesa *Dedal*? ¡Que son una parejita feliz, un matrimonio dichoso, y que tienen una afición tal á los útiles de costura, que, no contentos con llamarse *Dedal*, duermen juntitos dentro de un *alfiletero!*

El principillo está muy enamorado de su mujer, y es celoso y pendenciero; hace poco se batió en Rusia con un oficial polaco, porque asestaba los gemelos á su mujer con sobrada insistencia.

El arma del Príncipe fué una aguja de hacer media, y el adversario recibió un *punto* en una pantorrilla.

Susana y Sandor constituyen la servidumbre de esta colonia de liliputienses. Son dignos de sus amos en todo y por todo.

¡Y qué estado pecuniario tan floreciente el de estas personillas!

¡Como que apenas gastan!

¡Con la piel de un gato han forrado los gabanes de toda la Compañía!

Con una taza de café pasan todo el día; pero llega la noche y...

¡Medio huevecito y á la cama!

¡Y se acuestan todos en una caja de bombones!

E. Navarro Gonzalvo

EL ELEFANTE

En recóndito paraje,
donde un desierto erial
halla fin, alza el ramaje
un bosque, con el follaje
de la zona ecuatorial.

La tupida muchedumbre
de aquellas hojas, le cierra
paso al so', y esta techumbre
mantiene desde su cumbre
húmeda y fresca la tierra.

Bajo del frondoso velo
que al bosque sirve de cielo,
se ven los duros matices
de los troncos y raíces
que hacen su presa en el suelo.

Cruzan los vientos silbando
aquella bóveda hueca,
sus pilares agitando
y en su camino arrastrando
sucia hojarasca reseca.

Una noche tormentosa
tiembla el bosque, estalla el trueno
y aquella masa nublosa
que relámpagos rebosa,
lanza el rayo de su seno.

El rayo cae, una rama
desgajando á una palmera,
el viejo tronco se inflama,
y va cundiendo la llama
y chispeando la hoguera.

Con salvaje desconcierto
que el duro pecho le agita,
un elefante, al desierto
con paso veloz é incierto
temblando se precipita.

No vuelve atrás la mirada:
la carne la siente llena
de inquietud; lleva turbada
la vista, y cruje la arena
al poder de su pisada.

Tibio, suave y perezoso
el día nace, y después
es más vivo y caluroso,
hasta que en el cenit es
deslumbrador y fogoso.

Es el desierto la escena:
se aleja el negro capuz;
el alba los cielos llena,
y hay un desierto de arena
bajo un torrente de luz.

Una caravana viene,
y en ella un negro detiene
á otro, y dice:—Un elefante.
¿Le cazamos?
—No conviene.
¡Pobre! ¡Ya sufre bastante!

Cierto: sobre la llanura
el sol, hermoso y cruel
toda su lumbre fulgura,
y, aun siendo de piel muy dura,
quema á la fiera su piel.

Va el elefante sediento
con el paso tardo y lento,
y allá, á lo lejos, ve un monte
más azul que el firmamento
limitando el horizonte.

Llega; la emoción empaña
sus ojos; rumor aprecia
de fuente, va á la montaña
y al subir, su planta recia
las toscas piedras araña.

Escucha vagos rumores
que se acercan por instantes,
y encuentra á los cazadores
que después son vendedores
de colmillos de elefantes.

Oye las flechas silbar,
y prorrumpe al contemplar
aquella humana jauría:
—¡Ay! ¡Que siempre he de encontrar
quien amargue mi alegría!

Ya los hombres ó ya el cielo
producen mi desconsuelo.
Desde que vine á la tierra,
siento el odio y el recelo
de una atroz y cruda guerra.

El cielo me hizo sufrir
en mi peregrinación,
y ahora que pude venir
y subo, ¡cuánta aflicción
me está costando subir!

Al fin llegó hasta la cumbre;
llegó, sí, yo no sé cómo;
sé que sentía en el lomo
la punzante pesadumbre
de las flechas y del plomo.

R. TORROMÉ.

Tipo vespertino.

Por la mañana no le busquéis; no le habéis de encontrar, á menos de ser *día de misa*, que entonces á las puertas de las iglesias estará sin falta. Tampoco le hallaréis por la noche, sino alguna que otra vez, en café de moda, haciendo de dinero el menor gasto, y de tiempo un derroche.

Así como por la mañana pasa confundido entre los transeuntes ordinarios, así también se confunde á la tarde con los elegidos de la fortuna que, como todo el mundo sabe, es el dinero. Esta es la preocupación constante del tipo vespertino; aparentar, no talento, ni arte, ni ciencia, ni otra cosa que no sea *posición*, sinónimo de *fortuna*, al común decir.

Pero ignoran los que le admiran triunfante las luchas y deshechas borrascas que su ánimo agitan día y noche.

El hartarse de hambre á cambio de buenas prendas. El pasarse en vigilia las noches pensando en los detalles de los vestidos que son su vida. El no reposar su cacumen buscando trazas distintas de andar y moverse con más desenfado y elegancia. Los apuros en que le pone la brecha del calzado que se va sin remedio. Las diabólicas invenciones y artes mágicas para disimular manchas y tapar remiendos de la ropa que espera reemplazo. El rasurarse ó dejarse las barbas á cada mes haciendo de su cara un tema con variaciones, tocado por el barbero. La *quita* y *espera* en que hace vivir á sus acreedores, que también luchan con el imposible de pagar, que es en el tipo vespertino cosa corriente. Y otros mil secretos de ropas adentro que quedan velados para el espectador no muy perspicaz.

Todos estos martirios padece ese joven que pasea Madrid por la tarde con aires de duque por fuera y con flatos de hambre por dentro. Pero él lo sufre todo con heroísmo por adquirir después el triunfo pasajero que gana la miseria á la grandeza.

Una gran parte de la curiosa clase de jóvenes vespertinos prototipos, suele ser oficinista, y de tan alta paga, que casi se ve; acontece que tengan algo menos del jornal de un bracero, sueldo corto para su atavío y largo para su trabajo; que así son gentes metidas en empleos como podrían serlo en otras partes, aunque en todas fueran lo mismo, que no es mucho. Estudiaron los más sabios primeras letras, sin llegar á segundas; y como ni antes ni después les faltaron *empeños*, fueron destinados á desempeñar la administración pública, bien empeñada de suyo.

Cosa notable es ésta, aunque olvidada de puro sabida; pero lo que se ignora y es más importante en estos seres animados, el fin que se proponen con su activa y cotidiana campaña.

¿Será el engalanarse un medio para conseguir colocación ventajosa en matrimonio? Parece ser éste el ideal de algunos tipos vespertinos; y aun se sabe y cuenta de las travesuras y engaños que pusieron en juego para cazar dotes cuantiosas con bastón por escopeta y levita por morral, y también de alguno se supo que hasta se puso corona. Pero sobre que esto es obra difícil para gentes de poco caletre, ni están las dotes esperando pobres, ni á cada esquina aparece pieza mayor de este género.

¿Será que estos tipos de la tarde sientan verdadera necesidad de pulcritud, como el armiño, ese animalejo que, al decir de las gentes, por limpiarse su blanquísima piel se rasga las carnes? Creo que no; porque no anda, por desgracia, la limpieza personal tan demás por el mundo, ni ellos tan sobrados de aseo como parecen en su exterior; de alguno sé que ha de tener en su cuerpo más rincones que un desván. Y supuesta su vida humilde, no ha de ser su limpieza muy soberbia, sino muy modesta, en proporción á su clase, que es la media con vistas de baja. Además, entiendo que no es la *elegancia* sinónima del *aseo*, porque sucede con frecuencia que bajo perfumados guantes hay manos como sembrados, y cuerpos bien ceñidos y adornados andarán por ahí que conocerán el agua sólo de vista.

Si el tipo vespertino no se caracterizase en el *debe* á sastres, zapateros y otros, su existencia podría explicarse como protectores de las artes útiles ó liberales; llenaban una misión industrial en este mundo.

Pero como así no es, salvas *recontadas* excepciones, resulta que ese tipo que pasea Madrid por la tarde con aire de duque por fuera y con flatos de hambre por dentro, no vive sino para demostrar que la cabeza no es más que un sitio donde ponerse el sombrero.

P. P. VILLANUEVA.

¡¡TARDE!!

POEMA MICROSCÓPICO

I

Allá en la infancia de mi oscura vida,
cuando la luz primera
bañó esplendente mi razón dormida
y brotó el pensamiento desbordado,
como si presintiera
la razón y el porqué de lo creado;
cuando—«bueno es el mundo»—me decían,
y «de delicias lleno»;
cuando alegres mis labios repetían,
en horas dulces de apacible calma,
—«Bueno es el mundo, bueno»
y—bueno y bueno—me gritaba el alma;
cuando el mal, el engaño y la amargura
aún no me envenenaba,
y contemplando alegre la hermosura
de mi existencia plácida y suave,
de flor en flor volaba
como una mariposa ó como un ave...
¡Ay! ¡Qué ajeno de mí que, andando, andando,
el tiempo pasaría,
el velo sonrosado desgarrando,
que oculta la verdad á nuestros ojos,
y que al fin volaría
sobre un campo de espinos y de abrojos!
Ví con horror el sempiterno llanto
suceder á la risa;
la ventura sin par, cambió en quebranto;
se llenó de dolor el pecho mío;
y fué huracán la brisa,
laguna cenagosa el claro río.

II

¿Por qué, si así era el mundo, me enseñaron
á verlo de otro modo?
Al negro precipicio me arrastraron
validos de mi ciega inexperiencia.
¡Hoy lo comprendo todo,
hoy, qué me pesa tanto la existencia!

J. NAVARRO REZA.

LOS FORASTEROS

Tipo ordinario
rostro contento.
Es secretario
de Ayuntamiento.

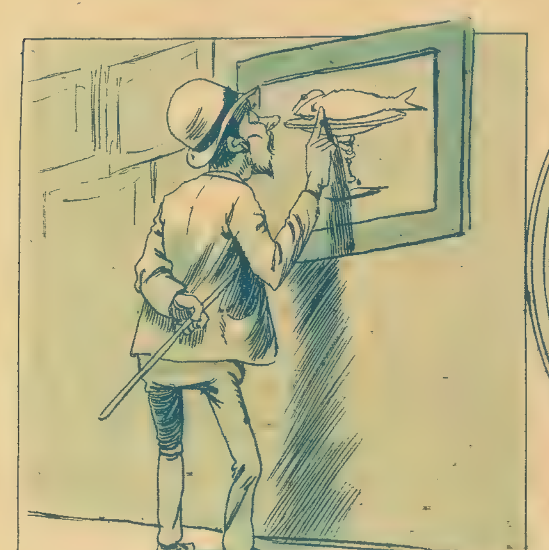
Gente rica, tipo fino;
los dos de Vitigudino.

Uno de la familia del tío Maroma.

—¿Y qué hace uno en Madrid?
—Cortarse el pelo.

—Me gustan más las marinas á la acuarela, porque resultan más verdad, más húmedas.
—¡Naturalmente!

—Eso de *aguarelistas* debe ser algo de aguadores.
—Yo no me quedo sin probar ese agua.



—¡Aunque no sea más que una dedadita!

Exposición ambulante de pintura.

MÚSICA

Seguramente habrán leído ustedes, ú oído recitar, aquello de

La música á las fieras domestica,
y en nuestro corazón de las pasiones
los salvajes instintos dulcifica.

La música es el idioma universal, como también habrán ustedes oído.

Parece imposible, aun al cabo de tantos siglos de música, que los hombres hayan podido, combinando solamente siete notas, producir tan inspiradas melodías y armonías tan sublimes, y tangos tan poéticos y *couplets* tan tiernos, delicados y cultos como los que embellecen algunas obras teatrales.

La verdad es que la música «es el arrullo de los siglos.»

No olviden ustedes este pensamiento «ó figura,» que es trascendental.

Después del descanso necesario para quien da á luz tan brillante concepto, continúo.

Se supone que la música es posterior al hombre, aunque no en mucho tiempo, puesto que en épocas primitivas, los pastores tocaban el caramillo y los pintores «retratan» al dios Pan ejecutando en la flauta la primera sinfonía de Beethoven y el andante número 15072 de Mozart.

El descubrimiento de la música debió de ser casual, ó, mejor dicho, involuntario en el hombre.

Nada de esto he leído en los «prehistóricos eminentes,» ó prehistéricos, según los denomina un chico escritor que posee una idea vaga del castellano.

Nada he visto en libros ni en artículos referentes á los «periódicos» primario, secundario, ó sea de segunda enseñanza, terciario y subsiguientes, que esclarezca el asunto musical.

Pero es indudable que el hombre aprendió la música vocal, por lo menos de los pájaros, aunque esto parezca paradójico, puesto que los pájaros no tienen boca.

Como á escribir «boca» con b, también debimos de aprender de los pájaros; dado que no debe escribirse «bocal» ni «bocativo,» aunque sí Bocairente y Boccoli.

Una romanza de algún ruiseñor inspiró seguramente al hombre la idea del canto ó del cante.

Más tarde vinieron Juan Breva y otros.

Pero no precipitemos los acontecimientos

El hombre empezó por trinar y gorjear: (esto para los recitados.)

Cuando ya se estimó capaz de ser pájaro ó de imitar perfectamente al pájaro que le había servido de modelo, empezó á mezclar variaciones.

Después, y procurándose algún descanso para los pulmones, sin privarse de las melodías que le inspiraban sentimientos delicados y dulces, pensó en el fonógrafo, pero sin elementos científicos para realizar sus aspiraciones.

El fonógrafo apareció «algunos años después.»

El murmullo de las aguas, el susurro de las hojas de los árboles, movidas por el viento, la cadencia de la cascada, el ritmo armónico de los ecos en el valle, circundado por la altiva sierra...

(Permitan ustedes que respire después de este esfuerzo supremo de poeta.)

Pues bien; todas esas notas, todas esas frases musicales no cantadas, debieron infundir en el hombre primitivo la idea de los instrumentos musicales.

Y empezó inventando la esqui'a y el cencerro (no periódico).

Después la zampoña, y el pandero, y la flauta, y así sucesivamente, hasta llegar á los órganos expresivos y el contrabajo, que es una locura ó una fantasía de un fabricante de violines.

Continuando en el camino del Arte, el inventor de tantas maravillas consiguió armonizar dos instrumentos, y sobrevino el dúo y la sociedad de *duettos*, y muy luego la de tercetos, y así gradualmente, hasta el maestro Bretón y la Sociedad de Conciertos.

La música es un elemento de vida para los pueblos, y muy particularmente para algunos individuos y varias señoritas.

Hay quien vive del figle y quién se sacrifica por el clarinete.

Quien considera al cornetín como á un hermano de viento y quien estima á la trompa como á comprofesora.

La invención del organillo vino á privar del sustento á los profesores de arpa, á la asociación de la Murga-Club y á aflojar las clavijas á los pobres ciegos instrumentados.

Para los bailes campestres en familia, ó de familias campestres; para embellecer las horas de algunas señoritas solas; para amenizar ó amenazar los intermedios en espectáculos fenomenales, como el de la «Niña giganta», «personajes de cerámica,» según anunciaba un empresario de esos de cajón ambulante, dueño de establecimiento accidental, por decir «Figuras de cera»: para todos los casos citados el organillo ha reemplazado á la sociedad de profesores complicados en la Murga.

Quedan todavía ocasiones en que no se admite el organillo por insignificante.

Como para obsequiar al maestro zapatero, con casa abierta, y con motivo de su elevación á alcalde de barrio.

Y para felicitar á la robusta tendera de ultramarinos y otros, en el día de su cumpleaños.

O cuando se inaugura una taberna, supongamos.

O cuando bautizan al chico del carnicero.

Fuera de estos casos, el arte anda por los suelos.

La Sociedad de Conciertos y los sextetos han perturbado la tranquilidad de los profesores movilizados.

Y gracias al desarrollo de la afición y á la necesidad de la música que siente el hombre, aún hay trombones y oboes en libertad.

Porque la necesidad que sentimos de oir música, es indudable.

Ya en algunas comedias de nuestro teatro antiguo había *Música suave dentro*, como se lee en las acotaciones de las obras que representaban aquellos cómicos.

Pero no tanta música como en el teatro moderno.

Hoy no es viable el actor que no canta, por lo menos.

Ni es obra del agrado del público, si no hay en ella *couplets*, tangos, y guarachas, y polos, y demás.

Hay música para todos los actos de nuestra vida.

Para solemnizar nuestro alumbramiento... es decir, cuando nos alumbran, y también cuando alumbran las llamadas á ello.

Música si nos bautizan con algo de lujo.

Música cuando nos casan, ó de resultas de ello.

Música para acompañar á ciertos cadáveres hasta el cementerio.

Música en el templo, música en el campo de batalla, música en los espectáculos y música y baile en algunos «cafés» notables.

Como me decía una señorita filarmónica «por temperatura:»

—No sé cómo pueden vivir esos pueblos salvajes sin música.

A lo que repliqué:

—Pues ya puede usted figurárselo: en bruto, y aburridos constantemente.

Eduardo de Palacio.

IRA

Yo perdono el ultraje recibido
cuando me tiende el enemigo un lazo;
cuando se me hace dándome un abrazo,
no perdono jamás: ¡nunca lo olvido!

Me juraste ser mía, y has mentido,
dejándome soñar en tu regazo...
¡Esta queja es el último pedazo
del corazón que tanto te ha querido!

Aunque tapes con flores tu falsía,
renunciaré á soñar con tu embeleso
y huiré tus dulces redes, alma mía.

Viviré desgraciado, lo confieso,
pero lejos de ti... ¡Te mataría
si en lugar de un puñal, matara un beso!

Ricardo J. Catarineu.

DESDE EL BOULEVARD

LA Exposición, y nada más que la Exposición.

No esperen mis lectores que de otra cosa les hable; porque la actualidad, único alimento de estas crónicas—que contribuyen á que me gane el mío—es la Exposición y los asuntos que con ella se rozan más ó menos íntimamente.

En cartas *especiales* trataré la Exposición—unas veces bien y otras mal—desde dentro de ella; y en las usuales—por no decir ordinarias, que me precio de fino—de lo de fuera de la Exposición, pero que á ella se refiera.

Vamos al decir, que mis crónicas serán ahora de vallas adentro ó de vallas afuera, según los casos y las cosas.

—

La Exposición ha empezado á hacer sus víctimas.

Y no me refiero á los cuatro ó cinco desgraciados obreros á quienes una viga de hierro ó una piedra ha inutilizado para siempre.

Desde este punto de vista la Exposición ha estado de suerte, porque, dado lo colosal de las obras y el inmenso número de obreros que han colaborado en ellas, es raro que tan pocas desgracias personales hayan ocurrido.

Las verdaderas víctimas de la Exposicion són los parisienses.

Y por ende (recomiendo este giro á la Academia para que me lo tenga en cuenta) los que vivimos en París con residencia fija, domiciliados ó de *asiento*, que dicen otros.

Para el provinciano ó el extranjero que vienen á ver la Exposición y á tirar unos cuantos miles de reales divirtiéndose, esto es un paraíso.

Pero los vecinos de la gran ciudad estamos pasando el purgatorio.

Empezó Cristo y nosotros á padecer con la subida de los precios de todo cuanto Dios crió.

La subida de las casas.

La subida de la carne.

La subida del pan.

La subida de la leche...

Vamos, que nos pusieron á parir.

Y con el principio de la irrupción extranjera la cosa está ya que arde.

Los cocheros, que siempre se han distinguido como los seres más dañinos de cuanto pulula en las grandes poblaciones, han llegado al colmo *de su apoteosis*.

Quisiera yo verles á ustedes con prisa para cualquier negocio y en la necesidad de tomar un *fiacre* en un radio de 1.000 metros alrededor de la Exposición á ciertas horas, y en el resto de París á todas las que marca el reloj.

—¡Cochero!

—Voy á relevar.

Esta hora del relevo debe tener doscientos cincuenta minutos, á juzgar por lo que dura.

Todavía con los que conservamos cierto acento extranjero el cochero se humaniza un poco.

Y empieza un interrogatorio más largo que el juicio de la calle de Fuencarral.

Si es por horas, no carga el señor de cochero.

Si la carrera es larga, *monsieur le cocher réfuse.*

¿Ir á los puntos diametralmente opuestos del Campo de Marte? *Jamais de la vie!*

Y así por el estilo.

Todo para terminar pidiendo cinco francos por una carrera más corta que la del Notariado y aplicarle á uno todos los insultos del vocabulario de los príncipes del pescante, que es más largo que el de la Academia de la Crusca.

En los *restaurants* grandes, chicos y medianos, como hable usted el francés siquiera como un marsellés, ya está usted fresco.

El *garçon* le trata con el más soberano desprecio, y, si le sirve, es por conmiseración ó cumpliendo un penoso deber.

En cambio, y sobre todo si tiene uno acento ó tipo británico, la misma jalea parecería papel de lija comparada con la *empressement* y la *politesse* del *garçon*, el *maître d'hôtel* y hasta la cajera.

Pero viene *la dolorosa, l'adition*, como por aquí decimos, ¡y entonces sí que me río yo del Gran Capitán!

¡Estas son cuentas, y no aquéllas!

—

¡Y vean ustedes lo que son las cosas! Los cafeteros y dueños de *restaurants* han dado, hace unos días, en decir que la Exposición los está arruinando, y tienen la pretensión de que no esté abierta por la noche.

Lo cual ha provocado una campaña en varios periódicos boulangeristas, que no saben qué inventar para hacer ruido desde que el *brav'général* tomó el olivo y nadie se acuerda de él.

Se quejan de que el Boulevard está desierto porque las gentes se van á pasar la noche en la Exposición, donde, por cierto, con la luz eléctrica, un poco de música, lo apacible de la temperatura, las fuentes luminosas y los precios de los artículos en las listas de cafés y *restaurants*, se pasa la velada más agradablemente y por la mitad que en otro cualquier sitio del centro.

Los empresarios de los teatros lloran por los llenos que soñaban y no parecen.

Verdad es que, quitando el *Gymnase*, donde *Belle Maman* sigue dando dinero, el espectáculo fiambre que ofrecen no es nada tentador.

Y entre todos nos han inventado una crisis comercial nocturna en que me permito no creer.

Porque yo veo el Boulevard tan animado como siempre, y los cafés rebosando gente.

Y porque quince ó veinte mil personas que vayan á la Exposición por la noche, no representan nada al lado de una población flotante de cerca de cien mil forasteros que nos está proporcionando la Exposición, y que ha de ir en aumento.

Conque por falta de animación no dejen de venir los madrileños.

Pero tráiganse ustedes *guita* y coraje para los cocheros...

—

Ya que he vuelto á hablar de ellos, terminaré esta Crónica con un rasgo de su malicia.

Para el cochero parisién, el extranjero no viene á ver la Exposición. Viene, sobre todo, á... ver las parisienses.

Un amigo mío tomó un coche cerrado á la entrada de los Campos Elíseos. Iba con su mujer.

Como eran ya las once de la noche, el automedonte se dignó cargar.

—A la plaza de la Estrella, dijo mi amigo. Yo le indicaré dónde ha de parar.

Pasó un momento... y luego varios más. El coche no se movía.

—Cuando usted guste, cochero, dijo mi hombre ya cargado.

—¿Decididamente quiere usted ir á la plaza de la Estrella?

—¡Pues ya lo creo!

—Es que, como el caballo está cansado, y yo tengo sueño.., y por aquí no hay mucha luz... si le era á usted igual... podíamos quedarnos.

!!¡¡

BLASCO.

París 23 Mayo 1889.

PROPIO Y AJENO

Histórico.

La escena tiene lugar en casa de un conocido filántropo.

Anuncian la visita de un caballero, á quien el dueño de la casa recibe con la mayor bondad y cortesía.

El visitante apela al noble corazón y caritativos sentimientos del filántropo y viene á pedirle amparo y protección.

No para él, seguramente.

Se trata de una pobre mujer, viuda y enferma, madre de tres pequeñuelos, que no puede pagar el alquiler del miserable cuarto que habita, y á la que el casero, previo el juicio de desahucio, va á poner aquel día en mitad de la calle.

El compasivo señor se conmueve con aquel patético relato, y pregunta:

—¿A cuánto asciende lo que debe al casero esa pobre mujer?

—Doce duros nada más; tres meses, á cuatro duros mensuales.

—Está bien; deme usted sus señas y hoy mismo haré que le remitan esa suma.

—Si usted no quiere molestarse, puede entregarme á mí el dinero: es completamente igual.

—¿Y quién es usted? ¿Algún pariente quizá?

—No, señor; soy el dueño de la casa que ocupa esa desventurada.

—

Libros recibidos:

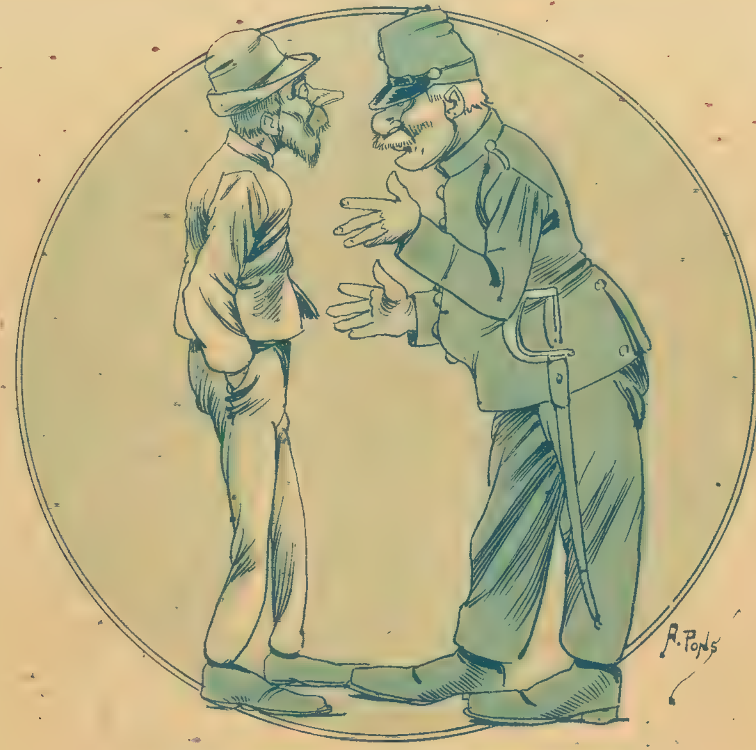
Flechazos. Colección de poesías por D. Ricardo J. Catarineu, con un prólogo de D. Melchor Palau. Precio: 2 pesetas.

Cuanto pudiéramos decir en elogio de este libro, sería pálido; el joven Catarineu es un verdadero poeta que siente y expresa de un modo admirable.

En este mismo número damos una muestra de su gallardo ingenio.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LA MANIFESTACIÓN



—¿Me va usted á negar que ha dado gritos subversivos cuando le he visto yo, yo *mismamente*, abrir la boca?

—Pero... ¡si era de hambre!

MORCILLAS TEATRALES

PODREMOS andar mal de otras cosas; pero nuestra salchichería artística es la primera del mundo.

Los cómicos españoles pueden decir hoy, parodiando una frase tan célebre como vulgar·

—Fl sol de Vich y Candelario no se pone jamás en nuestros dominios.

Mariano Fernández, el intrépido é ilustre veterano, había elevado el embutido á la altura de una institución; pero ésta, como todas las instituciones, se bambolea y sucumbe ante los rudos embates del progreso moderno.

Las morcillas de mi popular tocayo son clásicas y académicas. Las que ahora privan son del género naturalista, del trascendental... ¡y hasta del decadentista!

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento...

Desde el cantante que se permite llenar de borlitas y alamares, madroños y caireles, la música de Rossini—aquel musiquillo vulgar de tan seco ingenio y estéril imaginación—hasta el cómico de la legua que adereza con sendos tropezones de morcilla la poesía de Ayala ó la prosa de Tamayo, cual si fueran puchero castellano ó escudella catalana, ¡cuántos y cuán fecundos «cultivadores» tiene la *charcuterie* teatral!

Ni siquiera los bailarines prescinden del morcilleo. Los hay que, en un arranque de internacionalismo coreográfico, se atreven á acancanar unas seguidillas manchegas, ó á hacer *le grand écart* en una jota.

Alarmantes son las proporciones que ha adquirido la invasión de la carne de cerdo; mas no se crea por eso que los judíos de religión y los israelitas al siete por ciento mensual tienen que abstenerse de asistir á nuestros teatros.

Las más veces resulta que los embutidos son de carne de jamelgo. Así se deduce de la impresión que causan al pobre espectador. ¡Una impresión en forma de herradura!

Cuando el embutido es efectivamente de carne de puerco, casi siempre ocurre que es de un puerco infestado de *trichina*.

Alguna vez el incauto auditorio saborea la morcilla, mientras el que la ha soltado, movido un momento por la divina gracia, se relame y regodea, orgulloso de su talento... ¿Cómo será el manjar aderezado por el autor, cuando produce tanto efecto el actor con sus *ordubres*, como escriben algunos, ú *ordures*, que es como se debe decir?

Así es que ciertos autores van muy á gusto en el machito... del actor. Es decir, que viven holgadamente con las morcillas de sus «intérpretes.»

Otros, en cambio, inicuamente asimilados á los perros en tiempo de estío, sucumben con el citado procedimiento.

—¡Ay, chico! me decía la otra noche uno de ellos. Parece que se ha dedicado al teatro toda la familia del tío Rico.

Comprendo que á muchos literatos se les quiten las ganas de *colisear*, á despecho del directo interés que tienen los autores, según Enrique Rochefort, en que se perpetúe el sistema del «morcilleo.»

«Cuando les silban un chiste, escribía en una de sus antiguas crónicas el ingeniosísimo parisiense, nada les cuesta apresurarse á decir á los amigos:

—Ya habrá usted comprendido que esa atrocidad no era de mi cosecha. ¡Por vida de las morcillitas!

Gracias al desarrollo que dan estos «laudables esfuerzos» de nuestros cómicos, nada hay ya más fácil que «escribir para el teatro.»

Ahí va un cañamazo dramático para que los artistas borden sobre él lo que gusten:

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El Conde.—Conque tú... *(Aquí un cuarterón de morcilla.)*

La Condesa.—Te amo como el día de nuestra boda; porque... *(Aquí dos libras de embuchado de Montanchez.)*

El Conde.—Has disipado todas mis dudas, y me voy á... *(Tres vueltas de longaniza.)*

ESCENA II

La Condesa.—¡Cuánto tarda Arturo! *(Un poco de sobreasada de Mallorca.)* ¿Qué hará Arturo? *(Libra y media de butifarra catalana.)* ¡Por fin! ¡Ah! ¡El es! *(Un chorizo extremeño.)*

ESCENA III

Arturo.—¡Enriqueta mía! *(Aquí unas rodajas de salchichón de Lyon.)*

La Condesa.—¡Mio caro! *(Un kilo de mortadella de Bolonia.)*

Arturo.—¿Quieres que...? *(Kilo y medio de boudin de foie-gras.)*

ESCENA IV

El Conde.—¡Infames! *(Cinco ó seis chorizos de la Rioja)* Os he sorprendido y... *(Salchichas á discreción. Telón rápido.)*

¿Qué tal?

Probablemente resultaría una obra maestra, harto superior á las de Shakspeare y Molière, dos comiquillos de mala muerte, que, en vez de favorecer con sus embutidos las comedias ajenas, preferían morcillear por cuenta propia en *Otelo* y *Hamlet*, *El misántropo* y *Tartuffe*.

Mientras esas antiguallas van desacreditándose rápidamente, saludemos la nueva fórmula:

Libertad y embutido.

O lo que viene á ser igual:
El chorizo libre en el Teatro libre.
O lo que viene á ser lo mismo:
¡Sálvense las morcillas y piérdanse las comedias!

MARIANO DE CÁVIA.

EL CABALLO POPULAR

Tiene un bruto Garcés, esbelto y brioso,
de crin tupida, de testuz derecho,
de recia planta, de abultado pecho,
de oreja viva y de mirar fogoso.
Con grave majestad marcha y bracea,
y al verse castigado y detenido,
da su nariz ardiente resoplido,
se encabrita y su boca espumajea.
Rizada cae su abundante cola,
y es su lustrosa piel tan negra y fina,
que cuando el sol de lleno la ilumina,
su matiz de azabache tornasola.
Después de largo tiempo, fatigado
con la edad y las penas, enflaquece
el animal fogoso, y aparece
mustio, seco, huesudo, acartonado.
El lacio cuello hacia la tierra inclina,
entreabriendo sus patas se apuntala,
y su comido lomo le señala
el rosario nudoso de la espina.
Marcha con perezoso cabeceo
que su cansado andar al cuello imprime,
y el escurrido pecho se le oprime
falto de vida y con mortal jadeo.
Sin blanda silla ya no habrá quien suba
sobre el caballo, que en su espalda flaca
el costillar se apunta y se destaca
lo mismo que los arcos de una cuba.
Al mirarle Garcés, flaco y maltrecho,
á morir en el Circo le destina,
para obtener también de aquella mina
el último suspiro en su provecho.
Y escuchando á Garcés se desconsuela
la víctima infeliz, y gime y llora,
que no sintió jamás, cual siente ahora,
hasta su corazón llegar la espuela.
Una soga le anudan en el cuello;
de ella el chalán hacia la calle tira;
arranca el bruto, vuélvese, suspira.
y anda al fin con las trazas del camello.
Pero, ¿qué dice? Oigamos lo que dice
su ronca voz velada por la pena;
—Garcés, brutal Garcés, alma de hiena;
para tratarme así, ¿qué mal te hice?
Yo soy el que dejaba en el paseo
la varia multitud embelesada
viendo de mi andadura punteada
el vivo y resonante menudeo.
De ser mi dueño, entonces, muy ufano,
el vientre con las piernas me oprimías,
me llamabas *lucero*, y sonreías,
mi cuello recorriendo con tu mano.
Cuando ella en sus balcones te aguardaba,
porque lo atribuyese á tu manejo,
todo el hípico ardor, todo el gracejo
de mis robustos miembros ostentaba.
La celada burlé del forajido,
esquivando veloz su aleve intento;
tú llegaste al hogar salvo y contento
y yo caí sin fuerzas y rendido.
De tus amantes hijos soportaba
la pesadumbre leve sobre el lomo
y á su dulce calor, con grave aplomo,
y temeroso tacto caminaba.
Después de haberme vuelto de la guerra
más duro, resistente y esforzado
me aferraste á las varas del arado,
y abrí tu campo y escarbé la tierra.
Cuando se hundía el sol esplendoroso
cubierto en roja luz por Occidente,
arrastrando tus mieses, lentamente
volvía fatigado y sudoroso.
Sacié la vanidad de tus amores,
te libré de contiendas y reveses,
te di el dorado fruto de tus mieses,
vida á tus campos y á tus huertos flores.
Yo no soy como el grano de la uva
que se deja pisar, y luego aleve,
arroja á quien lo pisa, si lo bebe,
dando ocasión á que al cerebro suba.
Yo soy más bien el grano del olivo,
que después de exprimido y estrujado
y en estéril bagazo transformado,
aquel que lo exprimió lo arroja esquivo.
Mi trabajo en riqueza se convierte,
soy el vil instrumento, la materia;
si oro te doy, me ofreces la miseria;
cuando nada te doy, me das la muerte.
El jugo de mi vida os he ofrecido
á la patria y á ti; lo aprovechasteis,
y después de explotarme, me arrojasteis
porque era ya el bagazo comprimido.
No hay duda que la vida es una guerra,
y el hombre, por crearse algún consuelo,
dice que la justicia está en el cielo...
¡Es cierto, sí; muy lejos de la tierra
¡Adiós, Garcés, adiós! En el concierto!
loco y feliz de la existencia humana,
el egoísmo es ley; nadie mañana
se acordará de tu caballo muerto.

RAFAEL TORROMÉ.

LAS ESQUINAS

Un cadáver insepulto
que por la bondad divina
está esperando en la esquina
que le ocupen con un bulto
que mate su hambre canina.

¡Encantadora, divina!
¿Subo?—¡No!—¡La causo miedo!...
(¡Y me tiene aquí en la esquina
haciendo así con el dedo!)

—¡Ya me iba!—¡Si eres atroz!
—¡Llevo un plantón de dos horas!
—¡Pues gracias que las señoras
no tienen polvos de arroz!

—¿Quién es aquel caballero?
—Si es que en saberlo te empeñas...
—¡El deber es lo primero!
—Pues uno que le hace señas
á la chica del tercero.

PREPARATIVOS

—Es *mu* probable, pero *mu* probable, que yo pase el verano con una tía mía que está en Navalcarnero.
—Pues yo es *mu* probable que lo pase en mi casa de campo de Melilla.

SALÓN DEL PRADO (*10 noche*).—Buscando un amigo que le pague los baños de mar que le ha mandado el médico.

SALÓN DEL PRADO (*2 madrugada*). Idem de ídem para tomar los que le ha recetado el *espetor* del *destrito*.

EN LA PLAZA DE ORIENTE

—El verano está encima, y es preciso, siguiendo las exigencias de la moda, pasar la estación en alguna parte. Desde esta noche, á dormir á Recoletos.

DESDE EL CAMPO DE MARTE

TENGO que agradecer al correo ¡Dios se lo tenga en cuenta! el extravío de dos cartas, en que hablaba á los lectores de LOS MADRILES exclusivamente de la Exposición Universal.

Al empleado francés ó español que se haya permitido el lujo de enterarse solito de lo que en ellas decía, le ruego que me envíe el importe de las mismas, que no puedo reclamar al editor López, quien las ha esperado inútilmente para publicarlas en el periódico.

¡Ah! Y que ese empleado me haga el favor, para en adelante, ya que tanto le gustan los *primeurs*, de enviarlas á LOS MADRILES en cuanto las lea. Así no sufrirán más que unas horas de retraso y yo no trabajaré para el rey de Prusia, que dicen los franceses, ni para el Obispo, como se dice en mi tierra. Aunque no creo que Guillermo II ni el obispo de Madrid tengan nada que ver en este asunto.

Y cumplido este pequeño desahogo, y dadas al público estas debidas explicaciones, ruego al lector que me siga en la visita que, por etapas, vamos á hacer al gran concurso internacional.

—

Yo bien quisiera empezar por las secciones españolas, y ante todo por el edificio aislado que para sus productos construye España, ó, mejor dicho, el arquitecto Sr. Mélida.

Y hago esta distinción, porque creo que España hubiera ido un poco más de prisa que el arquitecto.

Pero ese pabellón lleva trazas de acabarse para Octubre; las instalaciones de la sección española del Palacio de Industrias no están terminadas, y sólo los cuadros y esculturas españoles están en el sitio á ellos reservado en el Palacio de Bellas Artes.

No quiero, pues, hablar á pedacitos de lo que España ha enviado á la Exposición, y cuando el Sr. Mélida haya acabado de construir y el Comité español de instalar, dedicaré una carta entera á mi querida patria, que podría ocupar puesto de más importancia en el Certamen si los que han organizado su exposición lo hubieran hecho mejor.

El país no tiene la culpa de lo que unos cuantos caballeros particulares no han podido, ó sabido, organizar, y á ellos sólo hay que hacer responsables.

¡Que la patria les sea ligera!

Porque ellos están pesaditos de veras para acabar.

—

El Campo de Marte encierra todo lo que verdaderamente constituye una Exposición universal.

Para dar un vistazo general y apreciar mejor el conjunto, nada mejor que subir á la torre Eiffel.

Hasta la primera plataforma podemos hacerlo ya en los ascensores.

Son éstos unos especies de grandes vagones montados sobre una cadena á modo de gigantesca espina dorsal, cuyas vértebras van engranándose en una rueda que al girar eleva el aparato.

La torre es una verdadera población. Ya en la primera plataforma nos encontramos con un *restaurant* en cada ángulo, numerosas tiendas, *vatter-clossets*, cantinas y sitio de sobra para pasearse y recorrer aquellas *calles* anchas y largas que forman las galerías, pues el centro queda en hueco hasta el segundo piso.

Los ascensores que á éste dan acceso no están completamente montados aún, y es preciso subir por escaleras de caracol.

Por el camino nos encontramos algunos ascensionistas á quienes esta subida en forma de sacacorchos ha mareado y dudan entre volver atrás ó seguir, á riesgo de cambiar... el franco, ya que aquí no hay medio de cambiar pesetas, porque no corren.

Llegamos al segundo piso, á la respetable altura de 115 metros 75 centímetros, ni más ni menos.

Otro animado cuadro: tiendas, cantinas y la imprenta del *Fígaro*; un pabellón muy bonito, construído de madera, cuyas líneas generales conservan cierto aire de familia con el palacio de la *rue Drouot*.

Allí se encierra todo lo necesario para escribir é imprimir un periódico, y allí se imprime todos los días el *Fígaro de la tour Eiffel* en una máquina rotativa Marinoni, tan grande y rápida como la que tira *El Liberal* en Madrid.

Las paredes de este pabellón son, como debieran serlo las de las casas de los políticos: transparentes. El público ve escribir el periódico, lo ve componer á los cajistas, corregir las pruebas, ajustar las páginas y estamparlo en la máquina, que á cada golpe de abanico deja 20 ejemplares impresos y cortados.

El mismo espectador compra en seguida el número que le sirve de certificado de su ascensión á la torre, porque el encabezamiento va escrito, fechado y firmado por un agente del *Fígaro*, que D. Fulano de Tal ha visitado el pabellón situado á tan respetable altura.

Asomémonos ahora á los balcones de las galerías.

Al frente se destaca la gran cúpula central coronando el Palacio de Industrias diversas, en cuyas galerías centrales se hallan instalados los productos de los fabricantes franceses, divididos metódicamente por clases y grupos.

Los extremos á derecha é izquierda albergan las secciones extranjeras.

A derecha é izquierda, perpendicularmente al Palacio de Industrias, dos grandes palacios, gemelos por su situación y por las líneas generales de su arquitectura, y coronados ambos por hermosas cúpulas azules. El uno destinado á las Artes Liberales; el otro á las Bellas Artes.

La herradura formada por estos tres grandes Palacios limita el Parque, en cuyo centro se alza la Fuente del Progreso, hermosísimo grupo de Formigé.

Esta fuente, como la del Genio Universal, situada en el centro de los cuatro pies de la torre Eiffel, lanzan por la noche chorros de luz de todos los colores, formando el más maravilloso efecto.

Alrededor de la torre, infinidad de pabellones que encierran á la derecha las exposiciones de las Repúblicas Americanas, á la izquierda diversas exposiciones especiales, que visitaremos al detalle, como los tres palacios indicados en las cartas siguientes.

Detrás de nosotros el Trocadero, transformado en encantador paraíso con la Exposición internacional de horticultura.

A lo largo del río, por todo el muelle de Orsay, se desarrollan las galerías de agricultura y de la alimentación, para unir el Campo de Marte con la Explanada de Inválidos, ocupada por la Exposición Colonial y la del Ministerio de la Guerra.

Detrás de la gran cúpula del Palacio de Industrias veo una inmensa cubierta de cristales que cruza de lado á lado el Campo de Marte, en una longitud de 420 metros y en un ancho de 145.

Es la cubierta de la galería de Máquinas, la obra de construcción de hierro más atrevida y más notable que hasta el día se ha realizado.

Y todo este conjunto de maravillas ocupa una extensión de 70 hectáreas.

Veo que esta carta va teniendo también demasiada extensión, y dejo para la próxima entrar en detalles.

Al bajar tropiezo en el Parque con un provinciano extraordinariamente miope, que saluda á un farol preguntándole muy cortésmente:

—Diga usted, guardia: ¿me puede usted indicar... la torre Eiffel es por aquí?

BLASCO.

París 30 de Mayo de 1889.

UNA PASIÓN IRRESISTIBLE

Hay muchas clases de pasiones.

Todas se parecen en que, cuando se las contraría, se entretienen ¡inhumanas! en ir minando la existencia de aquellos que las tienen para su uso particular.

Pues bien, nuestra amiga Caralampia Trigueros fué víctima de una de las más vehementes, al par que extravagantes, pasiones conocidas.

Caralampia Trigueros era una joven bellísima en el fondo y en la forma, ó, mejor dicho, en las formas y en los fondos, porque estaba bien de todo, á Dios gracias; pues si no vivía precisamente en medio de la opulencia, por lo menos vivía en el centro de la capital, y eso ya supone una renta no despreciable.

¿Ustedes creen que la pasión de este acomodado ángel de candor había sido engendrada por el cariño que determinado mozalbete le inspirara?

Pues no, señor.

¿Se figuran ustedes que la pasión de Caralampia consistía en un afán desmedido por los trajes, las joyas, los viajes, las diversiones en fin? Nada de esto.

Caralampia, renunciando á todos los placeres mundanos, había reconcentrado su afán en una sola cosa. ¡Caralampia sentía la más profunda de las pasiones por los espárragos de Aranjuez!

Despreciaba todos los caprichos de la vida, y hasta los hombres eran para ella muebles; necesarios, sí, pero muebles al cabo, de más ó menos valor.

Mas ¡oh dolorosa contrariedad! la respetable señora de Trigueros, madre de la joven, la prohibió terminantemente, no sólo el abuso, sino el simple uso de los espárragos.

La buena señora no podía verlos desde que estuvo á la muerte, á consecuencia de habérsele atravesado en el gaznate el troncho de uno de ellos, que, si no la cortó el hilo de la existencia, por lo menos le cortó casi todas las cuerdas vocales que halló cerca de sí.

¡Cuántas desazones produjo en el seno del hogar la afición de la una y la prohibición de la otra!

La madre, en su deseo de animar á la niña y de darle al mismo tiempo una salida decorosa, hizo verdaderas heroicidades para proporcionarle novios distinguidos.

Todo fué en vano.
La niña desengañaba á los propietarios, á los doctores, á los militares y hasta á los títulos del reino, con la misma facilidad que se mudaba de chambra. Pero hay Providencia, *sin embargo*.
Caralampia encontró un día el ídolo de sus espárragos, digo, de sus ensueños. Y lo encontró el día del *Corpus* en la Puerta del Sol, poco antes de pasar por aquel sitio la procesión famosa.
Un joven decentemente vestido se hallaba recostado en uno de los célebres *espárragos* que sostienen los toldos de la carrera, y esta circunstancia bastó para que la niña de Trigueros se fijase con interés en el joven.
Este, á su vez, se prendó instintivamente de Caralampia.
La siguió. Se miraron y se comprendieron.
¡Qué satisfacción tan intensa recibió Caralampia cuando supo que aquel joven se llamaba Perico Esparraguera, y que, por añadidura, había nacido en Aranjuez!...
Por su parte, se enteró Esparraguera de que la chica no estaba mal, y esto fué suficiente para que entablara con ella relaciones formales.
Pero la viuda de Trigueros se opuso abiertamente á la boda, porque no quería que volvieran á entrar en su casa más Pericos de Aranjuez. A consecuencia de esta resolución, la pobre Caralampia, que ya era *sacudida* de carnes, se quedó como un espárrago, y más de una vez sintió comezón de chuparse á sí misma.
Al fin sucedió lo que era de esperar, dada la tenacidad incomparable de aquella manía maternal. Y sobrevino el rapto.

. . . .

Pocos meses después, previas las diligencias correspondientes, Perico Esparraguera y Caralampia Trigueros se casaban en el propio Aranjuez y se prometían desde luego una felicidad sin límites y una luna de miel sin cuartos menguantes.

. . . .

¡Pobre Caralampia!
A las dos semanas de matrimonio falleció víctima de su pasión. Una infidelidad de Esparraguera, seguida de un cólico de espárragos, la condujo al sepulcro.
Todos los años, el día de las ánimas, acude el pobre viudo al cementerio, y después de llorar su desventura, deposita sobre la tumba de la *interfecta* un recuerdo cariñoso.
—¿Una corona de siemprevivas?
—No; señor. ¡Un manojito de espárragos!

Juan Pérez Zúñiga.

LA MUJER MUERTA

(CUENTO DRAMÁTICO)

Á MI DISTINGUIDO AMIGO EL CORRECTO Y CÁUSTICO, CUANTO PEREZOSO ESCRITOR D. ANTONIO DE OCHOA

I

PERSONAJES

Paumieras, viejo patriarca de una tribu de pastores nómadas, señor de la cabaña del valle Arce. Está encorvado, enflaquecido como una añosa encina. Su cabeza es cuadrada; su frente huesuda; lleva espesa, blanca y rizosa cabellera, y luenga barba. Centellean sus ojos, relucientes como luciérnagas en oscuro matorral; cubre su espalda, ya descarnada, una piel de oso. Muéstrase ceñudo y severo, y su voz, aunque apagada, es imponente. Jermundo, su hijo, duro como la joven encina roble, de tronco recto y liso, también tiene cuadrada la cabeza, rojas la melena y la barba, fieros los ojos. Su paso es firme, y al mover su robusto y erguido cuerpo, van señalándose en él los músculos, cual duras piezas de una armadura de acero. Salta como un gamo, es arrojado é impetuoso como un león, fuerte como un toro, domina con violencia á sus siervos y domeña á las reses bravías.
Eugadina, su hermana, que llegó en brazos de una sierva, con Paumieras y Jermundo, de las montañas de Occidente, es blanca y fresca como la verbena que la malla de la grama escuda y el rocío baña. Es alta, y mueve su pequeña cabeza graciosa y suavemente al mover de uno á otro lado su hermoso cuello, flexible como el de un cisne. En madejas se derrama, por los mórbidos hombros y la tersa espalda, su abundante melena de fino cabello, matiz de oro; lleva sobre su pecho virginal una túnica blanca ceñida á su breve cintura, cubriendo su vientre hasta la mitad de los muslos, redondos y níveos, que terminan como afinándose para rematar la pierna en pequeñísimos pies, tan lindos como sus manos. La mirada de Eugadina, ora es tranquila y vaga, ya pudibunda y temerosa, bajo los sedosos párpados. Sus ojos, azules como el cielo. Su frente es lisa; la nariz recta, de alitas delgadas, que se dilatan de gozo al aspirar los deleitosos aromas del valle; su boca es acarminada, húmeda y fresca. Cuando todos duermen, Eugadina despierta, sueña ó canta. Eugadina es profetisa; lee en lo venidero.

La escena se desarrolla en el antiguo valle del Arce, en las praderas que hoy son enorme montaña prendida á los gigantescos eslabones de la cordillera carpeto-vetónica.
Fué por los tiempos que unos magos llamaron edad de oro y unos sabios tiempos fabulosos; el hombre entonces, durante la paz, tomaba el cayado, y durante la guerra, la maza y la espada.

II

Escena primera: Paumieras y Jermundo.
Paumieras duerme tendido en el blando césped y con la cabeza apoyada en su brazo derecho, doblado sobre una piedra. Jermundo vuelve de caza, muestra sus manos y su pecho salpicados de sangre, y una Onza muerta. Muerde, por refrescar la boca, una agria, pero jugosa manzana, de árbol salvaje, y la arroja lejos de sí al acercarse á Paumieras. Trae revueltos los rojizos cabellos y fulguran fieramente sus ojos; su entrecejo está fruncido y su cara es terrible; contempla un momento á su padre, y luego, tocándole con la mano en el hombro, le dice:

JERMUNDO

—Padre, despierta. Hombres de guerra hay del otro lado del monte; oí sonar sus cuernos y sus caracoles y relinchar sus caballos. Hombres de guerra; los he visto, los he visto como tú ves relucir ese millar de hormigas bajo el césped; así he visto yo brillar las armaduras en lo oscuro del bosque.

PAUMIERAS

Déjame dormir, que si llegaran, combatiría hasta mi muerte.

JERMUNDO

Despierta, padre, que antes de tres días pueden llegar; prepáranos para la defensa. ¡Vendrán! ¿Quieres que se adornen con tu manto de lino y tus aretes de ucerna labrada? Beberán tus odres de vino y se endulzarán con la miel de nuestras colmenas; se arrojarán voraces sobre nuestros rebaños y quemarán nuestra cabaña para asar al fuego nuestros mejores toros; dueños se harán de tu caballo, pisarán tu cuello, emplearán contra ti tu hacha de hierro, y con nuestras mismas hondas y con cantos de nuestro suelo nos romperán los cráneos.

PAUMIERAS

Déjame dormir, que esos hombres de guerra seguirán por la otra parte hacia los prados de abajo.

JERMUNDO

¡Ah! No duermas, atiende á que pueden venir, y de mí, de tu hijo, harán un esclavo, sujetarán mi furor con una morzada por mis duros colmillos, flagelarán con tendones retorcidos y secos mis espaldas, y habré de vivir envilecido como una bestia cazada á lazo.

PAUMIERAS

Mancebo, respeta mi sueño. Yo sabré defenderme.

JERMUNDO

¿No te conmueve? Pues bien; atiende: á tu hija, á nuestra blanca Eugadina, flexible como un junco, tierna como una violeta, tímida como un lebrato, harán presa, hasta la hartura, de sus brutales deseos. Y ya no será para nosotros Eugadina la que encante nuestros oídos con su voz dulce, que nos habla de los dioses, ni será el amoroso halago de tu vejez. Emponzoñarán tu sangre con sangre de raza odiada, y en sus entrañas dejarán simiente de monstruos.

PAUMIERAS (*se levanta agitado y convulso*)

Eugadina, Eugadina, ¿dónde está mi hija? Levanta, tú, Jermundo, á los zagales de la sierra. Avisa á los mancebos de las yeguadas, y junta á los vaqueros; reune á todos los siervos, ármalos como para formidable batida; marcharemos á los países donde luce y calienta más el sol, y si no nos fuera dado huir, resistiremos hasta la muerte. Llamad á Eugadina, ocultémosla.
Eugadina llega con la cabeza inclinada sobre el pecho; fijos en tierra sus pensativos ojos, acércase á su padre y á su hermano, y dice con armoniosa voz:

EUGADINA

¡No has de saciar jamás tu sed de sangre, oh Jermundo! ¡No te basta la caza de las fieras! ¿Quieres, hermano mío, que nuestra tribu, otro tiempo errante y combatida, se lance á la guerra, y viejos y mujeres y tiernos niños sigan tu furiosa marcha en busca del botín, encadenando esclavos, talando campos é incendiando pueblos? Yo aseguro que ningún peligro nos amenaza, y que en toda la tierra que podemos abarcar con nuestros ojos no hay ni un solo hombre de guerra. Antes se aparejan los pastores para el esquileo; hay hermosas crías en las vacadas; corretean enardecidos los potros de la última paridera. La luna lucirá las noches serenas; de flores se llena la pradera y de astros benignos el cielo. Yo os lo digo, en nombre de los dioses.
Los siervos, que acababan de llegar á los sonidos de llamada, al toque de los cuernos, se regocijan ante aquella profecía de paz, y aclaman con júbilo á Eugadina, la profetisa. Paumieras sonríe y pone sus trémulas manos sobre la cabeza de su hija, besando su frente.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

PAUMIERAS

Mil y mil veces la dicha te acompañe, mensajera de paz. Bien sé que, aunque los hombres de guerra llegaran, tú sabrías encantarlos con tu voz y embriagarlos con el perfume deleitoso que de ti se desprende. Yo rendiría tributo y ellos nos dejarían vivir en nuestro valle. Vete de aquí, Jermundo; ¿quieres encender nuestro furor y lanzarnos á una errante existencia de rudos combates á sangre y fuego?

III

Es de noche; Jermundo, culebreando por los jarales, torva la mirada y envenenado el corazón, persigue á su hermana la adivina, que vaga por el campo á la luz de la luna, evocando para sus inspiraciones á los errantes espíritus que informan á las profetisas. Ella es, como las desmelenadas druidisas, amante de la soledad y del silencio.

JERMUNDO

¡Ah! ¿Qué vales tú comparada con la existencia de una raza? Quiero que llevemos nuestras crías colgadas de nuestros dientes, como el león lleva sus cachorros; no quiero que estén en el aprisco cual corderillos condenados á la matanza. Eugadina, tú reinas aquí; nuestra tribu se ha estancado en lo hondo del valle; olvida su antigua historia de guerra y de pillaje por tus cánticos halagadores. Yo necesito atravesar llanos y desiertos, domeñar pueblos, ser como el soplo del huracán que todo lo arrastra á su impulso y á su velocísimo paso; necesito ser caudillo, no quiero ser pastor; quiero ser conquistador, dejar el cayado por la espada y la espada por el cetro. Tú, viva, Eugadina, mantendrás adormecidos y ociosos á los hombres y á los siervos de la tribu; muerta tú, pronto les sabré arrastrar furiosamente á vengarse. ¿Qué vale una mujer enloquecida ante un hombre sediento de riqueza y ambicioso por subyugar la tierra?

Jermundo avanza, lánzase violentamente sobre Eugadina y la derriba en el suelo; si hubiera podido verse el rostro, le hubiese visto más amarillo que la cera; un temblor extraño conmovió sus músculos; con las manos aprieta el cuello de Eugadina, con la rodilla doblada sobre el pecho de la doncella la oprime, y al fin lanza su víctima un débil quejido y el suspiro último. Eugadina había sido asesinada.

Entonces, con esa risa siniestra, extremo de lo espantoso, que forma la máscara de la envidia en los siniestros espasmos del crimen, el fratricida cava el suelo y se afana por abrir una fosa para ocultar en ella á su hermana. Eugadina, muerta, se le aparece á la luz de la luna con una belleza llena de sombría majestad. ¡Ocultarla, ocultarla! se dice en el delirio de su furor el fratricida. Mañana diré que nos la han robado, y toda la tribu lanzará rugidos de venganza, y dejaremos la sosegada pradera por las tierras sin fin que hemos de empapar en sangre. Pronto deleitarán mis oídos los sones de guerra, profundos como bramidos y agudos como relinchos.

Al fin la fosa está abierta; en ella deposita Jermundo el cadáver de su hermana, y seguidamente lo cubre de tierra hasta dejar llano el suelo, y luego huye despavorido á ocultarse; mas, involuntariamente, vuelve la cabeza y quédase, lleno de terror, como clavado en el suelo; el terreno se levanta en el punto en que Jermundo ha enterrado á Eugadina y por todo lo largo del cadáver. Jermundo retrocede para desenterrarlo; sácalo, hace más profunda la fosa y torna á meter en ella el cuerpo; y cuando Jermundo huye, se detiene á los pocos pasos porque nota que la tierra vuelve á alzarse, y que en aquel montículo se señala el bulto y por los extremos el contorno del cuerpo de Eugadina. Siente Jermundo miedo de los dioses, comprendiendo que su crimen no quedará oculto, y antes que las luces de la aurora aparezcan, baja el fratricida á sublevar los ánimos de la gente de la tribu, diciendo que los hombres de la guerra han robado arteramente á Eugadina, y excitando á la persecución y á la venganza. Entonces fué cuando esa formidable reacción de las fuerzas plutónicas, alzando las erectas capas de la pradera, entre espantosos ruidos subterráneos, bajo el fulgor deslumbrador y fatídico de los relámpagos, estremeciéndose el suelo en terremoto continuo al soplo de los vientos huracanados, fué estrechándose el valle y subiendo la tierra hasta formar una afilada loma, y en su cresta siguió dibujándose el contorno de la mujer muerta; los ganados y los siervos huyeron; el viejo patriarca, enloquecido, descubrió la fosa donde yacía, y sobre ella, abrazado, lloró hasta exhalar el último suspiro. Cuanto más se aleja Jermundo para no ver el testimonio de su crimen, más se alza el monte... porque convirtiendo los dioses al fratricida en furioso torrente, le hicieron despeñarse desde lo alto de la montaña y huir por el valle, sin dejar de ver jamás la gigantesca escultura de «La mujer muerta,» de Eugadina, símbolo de la paz, combatida por la ambición y por la envidia.

Así tan cierto es lo que dijo Shakspeare:

"No hay crimen en el mundo que se oculte,
aunque la tierra toda lo sepulte,, (1).

Este es el sueño ó pesadilla que inspira, vista desde Segovia y prendida á los eslabones de la tierra, la enorme montaña llamada «La mujer muerta».

JOSÉ ZAHONERO.

1) Traducción de Macpherson.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
8 de Junio de 1889.

Caricaturas [illegible]

LA DE HOY

Y

JUAN VALERA

Nunca, como en este caso, resulta [illegible] cioso é inútil una nota biográfica.

[illegible]

[illegible]

¿[illegible] no ha saboreado las bellezas [illegible] an el pequeño volumen *Pe-[illegible]*?

¿[illegible] no ha leído *Pasarse de listo*?

¿Quién no conoce las *Cartas americanas*, [illegible] a producción del ilustre [illegible] la sección de literatura del [illegible]?

Siguiendo la tradición de rendir culto al verdadero mérito, Los Madriles honran hoy su primera plana con la caricatura de este eminente y celebrado escritor.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas*.
Seis meses.......... 5 »

Ultramar y Extranjero.

[illegible] 5 [illegible]

[illegible] 15 [illegible]
[illegible] 25 [illegible]

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

—Usted la tiene.

—Usted no la tiene.

—La señora la posee.

—Este caballero la nutre.

Y todo el mundo se agolpaba á las puertas del domicilio del célebre doctor americano, buscando una frase de consuelo, una afirmación dolorosa, una negativa satisfactoria.

Y era la primera, quizá la única vez, que una negativa rotunda dejaba alegre y satisfecho al interlocutor.

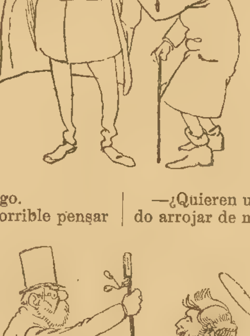
Cada pregunta costaba cinco pesetas, y era de ver la prisa con que los clientes preguntaban, y la rapidez con que el doctor satisfacía su curiosidad.

Y ustedes supondrán que el vulgo, siempre crédulo y siempre ignorante, formaba la apiñada muchedumbre que invadía el gabinete de consulta del nuevo apóstol.

Nada de eso.

Notabilidades de la política, eminencias del arte, colosos de la banca, linajudos aristócratas, hermosuras celebradas por todos los Asmodeos de la prensa, la *hig-hlife*, la *crème* de la buena sociedad, disputábase el honor de presentar su aterrorizada faz al curandero, preguntándole con voz temblorosa y compungido acento:

—Diga usted: ¿la tengo?



Y si la contestación era afirmativa, daba verdaderamente lástima el aterrado gesto del paciente, y causaba risa al mismo tiempo observar con cuánta prisa dejaban consignadas sus señas, y con qué mal disimulado afán anotaban en su cartera la hora feliz en que debían recibir la visita del sabio que se comprometía á librarles de la tiranía del monstruo que abrigaban en sus entrañas.

Y es una satisfacción que se comprende.

Con qué cara de Pascua no contesta un desdichado que ha logrado expeler el incómodo huésped, cuando le digan:

—¿Conque tiene usted la ténia?

—No, señor; la ténia la tenía, pero ya no la tengo.

Porque á mí no me digan; debe ser una cosa horrible pensar que tiene uno á pupilo en el estómago dos piezas de balduque, ó un carrete de hilo inglés de quinientas yardas de extensión.

Figúrense ustedes una niña hermosa, rubia, pálida, esbelta, con ojos azules y carmíneos labios, de pie breve y mano aristocrática, vestida con elegancia irreprochable, poseedora de un millón de dote y un título nobiliario, y á más de todo ésto, con una solitaria de veinte ó treinta varas.

¿No es ésto un sarcasmo horrible, una burla sangrienta de la suerte?

Pues había de esas niñas, sí, señor, las había, y en no pequeño número, según han referido los periódicos, al cantar las mavillosas curas del americano doctor.

¿Y un ministro de la Corona—también afirman que lo ha dicho ese médico, y hasta que lo ha curado—que además de los disgustos que le proporciona el cargo, del asedio incesante de los pretendientes, de las amarguras que le origina una mayoría turbulenta, de las angustias que pasa para lograr economías en su presupuesto, se encuentra con que, además de los yernos y otros parásitos que alimenta en sus oficinas, tiene forzosamente que alimentar otro parásito más cruel en las oficinas internas de su mimísimo individuo?

Se comprende que no pudiendo expeler á los primeros, se haya procurado la satisfacción de expeler á la segunda.

Sin embargo, los esfuerzos y la ciencia del eminente Galeno no han sido todo lo fructuosos que debieron haber sido en la coronada Villa. Hay mucha, muchísima gente que se ha quedado sin arrojar la ténia.

Algunos enfermos conocemos nosotros que han visitado inútilmente al curandero.

El cual, á pesar de su *ojo médico*, no ha visto la ténia en muchos individuos que indudablemente la tenían.

D. Cándido Bonachuelo, por ejemplo, visitó al doctor, y éste no hizo más que mirarle, y exclamó rápidamente, según su costumbre:

—¡Usted no la tiene!

—¡Ay! Míreme usted bien; creo que usted se equivoca, porque yo estoy seguro de tenerla.

Brevísima observación, y el mismo diagnóstico.

—¡Usted no la tiene!

—Conque no, ¿eh?... Pues entonces, ¿cómo llama usted á mi suegra? ¡Una fiera insoportable, á la cual estoy manteniendo hace veinte años, y no me deja comer ni dormir con tranquilidad, teniéndome extenuado, triste, macilento y sin ánimos para nada! ¿Quiere usted mayor solitaria?

—Para esa no sirve mi medicamento. Emplee usted la estricnina á grandes dosis, y quizá obtenga algún resultado; pero lo dudo.

—Usted tampoco la tiene, decía la misma tarde á D. Lucas Becerrillo.

Y D. Lucas se mesaba los cabellos y pateaba en la antesala, calificando al médico de embustero y de embaucador.

—¿Pero está usted seguro de tenerla? preguntaban al desesperado D. Lucas varios clientes que esperaban que les tocase el turno para entrar á la consulta.

—¡Que si estoy seguro! Figúrese usted que mi mujer es muy guapa, tiene veinte años menos que yo, y un primo carnal de su misma edad que la visita tres veces al día.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—¿Quieren ustedes más lombrices que ese primo? No lo puedo arrojar de mi casa de ninguna manera.

—Tranquilícese usted. En cambio tiene usted la seguridad de que su esposa no padece de la solitaria.

—¡Ya lo creo! ¡Como que nunca está sola!

La ténia toma aspectos muy distintos y formas muy diversas.

Hay quien padece la solitaria del casero, otro la del editor, aquél la de la novia abandonada y la mamá intransigente; muchos, la del amigo íntimo, profesor de sable; algunos, no pocos, la del crítico; infinidad de ellos la del usurero, y son innumerables, como los Mártires de Zaragoza, las *ténias* en forma de vecina primer premio del Conservatorio y en preparación para los examenes de concurso.

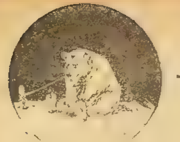
Pero ¡ay! que estas *solitarias*, y muchas, muchísimas más, que no enumeramos por no hacer esta *Crónica* interminable, son muy difíciles de expeler, y cuando esto se consigue por casualidad, la curación nunca es completa y radical.

No se registra nunca un caso de que se haya extirpado por entero.

Siempre queda la cabeza dentro.

Y se reproduce.

E. Navarro Gonzalvo.



¡BASTA YA!

Desdichado trovador
quejumbroso y lastimero
que recorre el mundo entero
para encontrar el amor,
y que va á caer rendido
tras de la ruda batalla,
porque ya ve que no le halla
ni acierta á ser comprendido:
aciaga suerte es tu suerte
y tu destino bien triste;
que amaste, y sólo tuviste
una esperanza: la muerte.
Justo es que en amargas olas
suba á tus ojos el llanto;
pero, ya que llores tanto,
procura llorar á solas,
y no me hagas padecer
con tu plectro quejumbroso...;
porque si no eres dichoso,
¿qué diablos le voy yo á hacer?

Conozco ya tus pesares
casi mejor que los míos,
y seguí tus desvaríos
por los montes y los mares;
y cada vez que una bella
á tu amor dió fiera muerte,
renegué yo de tu suerte,
de la mía, y de la de ella.

Pero de nuevo repito
que este juego me encocora;
y si quieres llorar, llora,
pero llora tú solito.
Aunque sería mejor
que dejases de llorar,
y te dieras á buscar
otra cosa en vez de amor;
porque ya habrías salido
de ese estado lastimero
si tuvieses más dinero
y fueras mejor vestido.

Eusebio Sierra.

RIMAS

¡Ya no me dice adiós! Ahora sonríe
Y clava en mí sus ojos cuando pasa...
Antes, alzando la serena frente;
—¡Adiós! decía, porque no llorara.

—

Ella contó la historia de mis sueños
Y á sus amigas entregó mis lágrimas...
Me dijo que era un loco, y desde entonces
Sujetó el corazón cuando ella pasa!...

—

No puedo precisar si estoy demente
O es el vago placer de una esperanza...
¡¡Es muy difícil conocer á un loco
Cuando está loca el alma!!

R. Sánchez Díaz

LA BUENAVENTURA

Vióme anoche una gitana
en la calle del Amparo.
—Escúchame, guapo mozo,
acércate, *resalao*,
leeré la buenaventura
en las rayas de tu mano.
¡Virgen del Carmen, qué veo!
morirás envenenado.
—¡Cielos! ¿Acaso los Borgias
por mi mal resucitaron?
¿No está sin vida Locusta,
la que envenenó á Británico?
O bien el *acqua tofana*...
—Déjate de terminachos;
será la *Tabacalera*
Quien te mande al otro barrio.

Así dijo; y por cumplir
vaticinio tan infausto,
mientras se alejaba ella
entraba yo en un estanco.

Juan Tomás Salvany.

Apremio de primer grado.

Llegué á casa sin acordarme de que era contribuyente, y me encontré con una papeleta de apremio *alférez*, ó sea de primer grado, porque ya sabrán ustedes que los apremios, como la tisis, tiene sus grados. En el primero vienen las angustias, es decir, los apuros, las papeletas de empeño y de conminación; en el segundo la disnea, la falta absoluta de recursos, la anemia de bolsillo, y el embargo; en el tercero la muerte; es decir, el escribano que se lleva los muebles, y le deja á uno con lo puesto, si algo tiene que ponerse, fuera de la seguridad de ponerse en ridículo.

Para evitar todo esto pensé pagar, aunque tales pensamientos parezcan indignos de un español de pura raza, patriota, que lo mismo odia á los franceses que trataron de quitarnos la independencia, que á los ingleses, que nos hicieron el favor de dárnosla con su cuenta y razón.

Pero se me ocurrió una combinación, como ahora se dice, en virtud de la cual el dinero que debía entregarle al recaudador había de proporcionármelo el propio funcionario de que se trataba.

Hacer un artículo *de* ó *sobre* el recaudador y colocar su importe *en* el recaudador, era apurar todas las partículas del ablativo y la paciencia de mis lectores, á cambio de verme libre de la persecución de la justicia, que si bien es circunstancia bastante para que á uno le califiquen de bienaventurado, es gracia que no me hace maldita de Dios la cosa.

Ya en la oficina de recaudación encontré materia, no sólo para un artículo, sino para todo un Código civil ó carabinero, ó de cualquier instituto.

Lo primero que allí ví fué una señora alta, muy alta, tanto como dicen que va á ser la torre de Santo Tomás y fué la de Santa Cruz; una mujer altísima, que se cimbreaba como una caña de pescar, lo cual le permitía poder pasar por la puerta sin dejarse el moño en la vara del *portier* que cubría el hueco de entrada.

Aquella mujer, con una voz tan fina como el canto que ofrecía puesta de perfil; con una voz de moda, es decir, de pito de San Isidro, exclamó:

—Yo no pago.

—¿Por qué? exclamó airado el recaudador.

Y la señora, estirándose con cierta altivez que permitió al *quiquiriquí* de su sombrero remontarse á las blancas excelsitudes del techo, contestó:

—Porque soy *baja*.

Aquella respuesta me hizo olvidar toda la seriedad de mi apremio, y me eché á reir; pero me puse bien pronto serio, al ver que el recaudador, consultados varios antecedentes con muchos números (sin duda medidas y datos de estatura), dijo con cierta sequedad, levantando la cabeza y elevando su mirada hasta la inverosímil elevación de su interlocutora:

—Tiene usted razón. Es usted baja.

¡Y tenía, sin embargo, cerca de seis pies!

Repito que me puse serio. Creí que, en vez de haber entrado en la oficina de recaudación, estaba nada menos que en alguna sucursal del doctor Esquerdo.

Me senté á esperar, y, después de marcharse la señora, le tocó el turno á un ex director de un periódico, flaco y macilento, que estaba cesante hacía cuatro años predicando contra la industria, á pesar de que pagaba por industrial. La excusa de este apremiado fué breve, pero expresiva; todo un poema en prosa vil.

Avanzó hasta la mesilla del verdugo, quiero decir, del ejecutor, y exclamó:

—Estoy cesante; hace dos días que no como, y el que no come no es cuota.

El hambriento filósofo fué reemplazado por el paleto que protestaba del concepto en que se le quería hacer tributar.

Figuraba en la matrícula como vendedor ambulante, y él era contribuyente sólo *por caballería*.

Luego llegó una viuda de buenos andares, alegando que eso de contribuir ella debía ser una equivocación, porque desde que murió su marido, que esté en gloria, ella *no ejerce*.

Después me fijé en los auxiliares del recaudador, y me asombré de que uno de ellos, que hojeaba sin cesar los recibos, no se cansara, á pesar de andar todo el día de *talones*.

Otro, sin cargarse, por más que se pasaba las horas enteras diciendo *cargaréme*, y otro, emulando al célebre destripador inglés en la ingrata tarea de comprobar *matrices*.

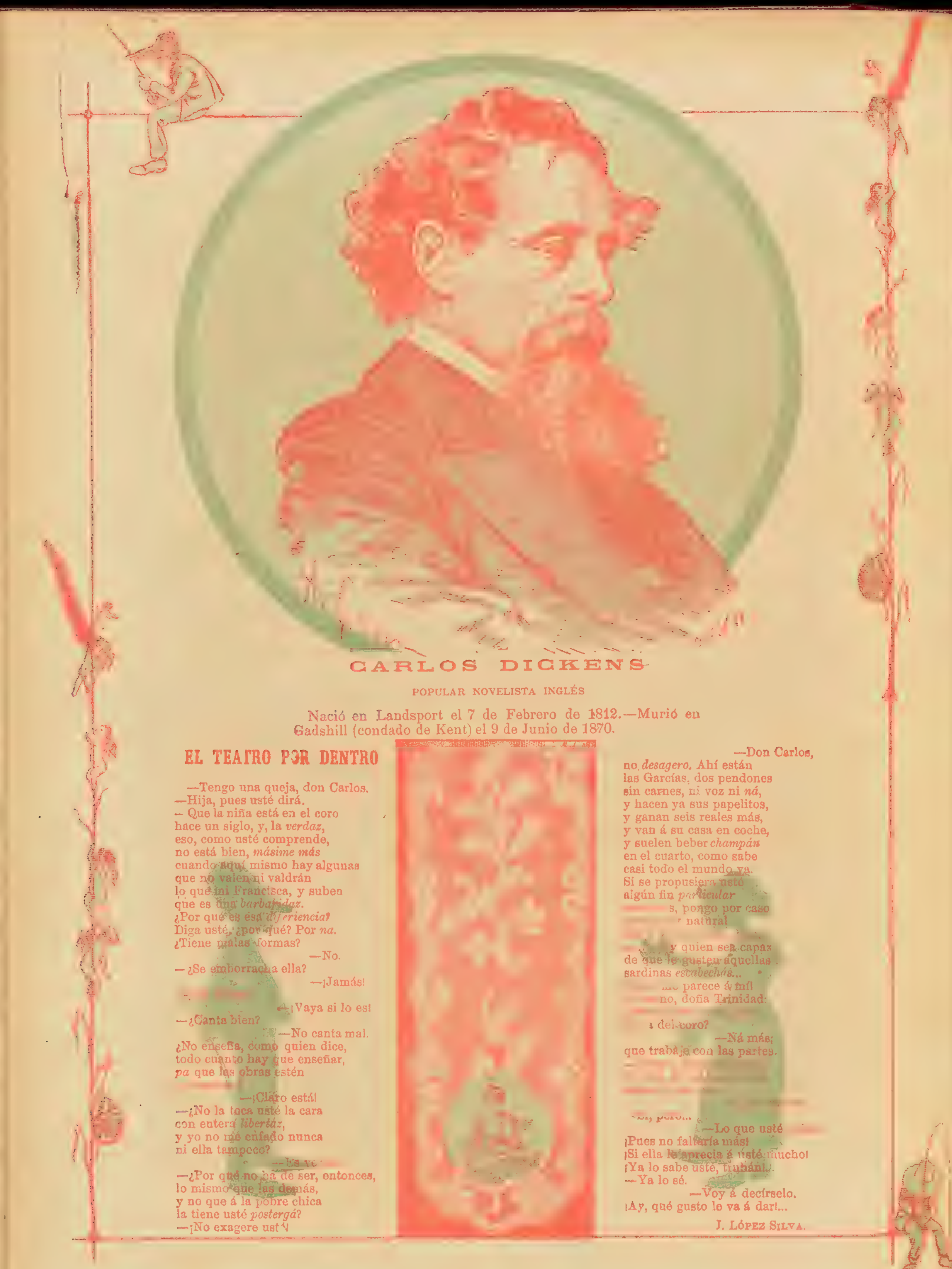
—Ya he cerrado la cuenta, dijo el segundo dejándola sobre la mesa.

Y después les oí hablar de sujetar sumas sin ponerles ni un solo dedo encima, y de movimiento de fondos que no podían estar más quietos, de cuentas con las que no podían hacerse rosarios y de un contribuyente que oyó decir que se pagaba cierto empréstito en láminas y se presentó al pago con veinte pliegos de aleluyas.

No creí necesario para mi objeto esperar más. Salí como había entrado, sin hablar una palabra, ni pagar tampoco por ningún concepto.

Volví á casa, escribí las presentes líneas, y después de meterme en la cama y taparme la cabeza y todo el cuerpo con verdadero ensañamiento, exclamé echándome á sudar como un bendito:

—¡Y todavía esos ignorantes de la recaudación de contribuciones se atreverán á decir que estoy *en descubierto*!

José del Castillo y Soriano.

CARLOS DICKENS

POPULAR NOVELISTA INGLÉS

Nació en Landsport el 7 de Febrero de 1812.—Murió en Gadshill (condado de Kent) el 9 de Junio de 1870.

EL TEATRO POR DENTRO

—Tengo una queja, don Carlos.
—Hija, pues usté dirá.
—Que la niña está en el coro
hace un siglo, y, la *verdaz*,
eso, como usté comprende,
no está bien, *másime más*
cuando aquí mismo hay algunas
que no valen ni valdrán
lo que mi Francisca, y suben
que es una *barbaridaz*.
¿Por qué es esa *diferiencia*?
Diga usté, ¿por qué? Por *na*.
¿Tiene malas formas?
—No.
—¿Se emborracha ella?
—¡Jamás!
[illegible]
—¡Vaya si lo es!
—¿Canta bien?
—No canta mal.
¿No enseña, como quien dice,
todo cuanto hay que enseñar,
pa que las obras estén
[illegible]
—¡Claro está!
—¿No la toca usté la cara
con entera *libertáz*,
y yo no me enfado nunca
ni ella tampoco?
—Es ve[illegible]
—¿Por qué no ha de ser, entonces,
lo mismo que las demás,
y no que á la pobre chica
la tiene usté *postergá*?
—¡No exagere ust[illegible]
—Don Carlos,
no *desagero*. Ahí están
las Garcías, dos pendones
sin carnes, ni voz ni *ná*,
y hacen ya sus papelitos,
y ganan seis reales más,
y van á su casa en coche,
y suelen beber *champán*
en el cuarto, como sabe
casi todo el mundo ya.
Si se propusiera usté
algún fin *particular*
[illegible]s, pongo por caso
[illegible] natural
[illegible]
[illegible] y quien sea capaz
de que le gusten aquellas
sardinas *escabechás*...
[illegible] parece á mí
[illegible]no, doña Trinidad:
[illegible]
[illegible] del coro?
—Ná más;
que trabaje con las partes.
[illegible]
—Sí, pero...
—Lo que usté
¡Pues no faltaría más!
¡Si ella la aprecia á usté mucho!
¡Ya lo sabe usté, truhán!
—Ya lo sé.
—Voy á decírselo.
¡Ay, qué gusto le va á dar!...

J. López Silva.

—En cuanto llega el verano siento una desazón, un ardor, una cosa... que no me atrevo á decir, porque le va á usted á parecer una barbaridad.

—¿Limón? Está bien. ¿Chico ó grande?
—Mi mujer opina que será chica.

—¿Cómo es el agua de cebada? ¿La hacen con cebada buena, nutritiva?

—¡Qué barbaridad! dice. ¡Mil muertos en Johnstone! ¡Esto deja helado á cualquiera!

EL NIDO ENCANTADO

CUENTO

I

Sesenta y cinco años antes que un portentosísimo ingenio diese principio al escrito de una muy afamada y asombrosa historia, vivían, en un lugar de la Mancha de cuyo nombre el mundo quiere acordarse eternamente, para honor y regocijo, una señora llamada doña Andrea Galván y un niño de corta edad, hijo suyo y de un honrado hidalgo, que ya había muerto, llamado Quijana, ó Quesada, ó Quijada, según afirman algunos, aunque esto no importare cosa á la verdad y á la idea de nuestro relato.

Era el muchacho fino y delgado, y con ser endeble gustaba de acometer travesuras peligrosas; nada tenía de lerdo su entendimiento, sino antes bien de muy avisado para aprender la letra, que en pocos meses consiguió destreza en juntarlas y leer muy de corrido y sin hipar ni hacer algarabía cuando le mandaban que leyese en alta voz.

Le relucía en los ojos el talento que tal vez tuviera demás, ó el que tuviera fuera de los tempranos, que hacen que un muchacho sea hombre antes de sazón. La color de su rostro era apagada y un tantico amarilla, como si toda la vida que le sobraba al espíritu se lo hubiera éste robado al cuerpo.

Cuando Quijanita estaba despierto, no cesaba de parlar sobre lo cierto y lo imaginado, sobre cuanto veía ú oía, y al dormir tampoco descansaba, sino que, inquietado sin duda por sueños extravagantes, se revolvía en la cama de una á otra parte, ó sobresaltándose en extremo, daba respingos y se despertaba lanzando gritos desaforados y pronunciando palabras incoherentes.

—¿Qué será de éste mi hijo, Dios y señor mío? ¡Nada bueno puedo esperar del desasosiego y del hormiguillo que le entran al muchacho sin saber por qué! decíase muchas veces doña Andrea muy afligida. Ella era la mujer más buena y pacífica que pudiera imaginarse, echándose uno á pensar ó imaginar en una mujer benévola y sosegada para darla por ejemplo á las demás. Así es que teníala asustada el muchacho, sobre todo con su mucho discurso, el cual, con ser grande, no era juicioso, porque de esto no había ni migaja en la cabeza de Quijanita; que así como para maquinar historias y quimeras no parecía por su ingenio sino que tenía los demonios en el cuerpo, en lo demás era un simple, un meliloto. Raro era el día que no le robaban, con engaños, los rapazuelos de su edad los cuartos de la faltriquera, las avellanas, las nueces, el pan y la miel, ó lo que le dieran para merendar; esto cuando él no se desprendía de todo repartiéndolo entre los demás.

La pobre doña Andrea no sabía qué pensar, llorosa y angustiada por las dudas.

«Será un pozo de ciencia,» decíanle unos; «será un tonto» aseguraban otros. «Para santo va, así Dios me dé salud;» «¡un condenado es el hijo de vuesa merced!» Lo que exasperaba y contristaba á doña Andrea eran las risas y burlas conque muchos hablaban de las travesuras de Quijanita, al cual compadecían por bobo.

Y es así que tal y como siguen las madres temerosas, con los brazos abiertos, los primeros pasos de sus hijos y van mirando con el ánimo receloso y suspenso por el miedo de verlos caer el espacio de tierra que han de pisar, miran siempre á lo porvenir, esperanzadas ó aterradas ante los males ó las venturas que la suerte pueda reservar á sus hijos...

II

Estábase cierto día esperando doña Andrea á su hijo, cuando le vió llegar, y de tal modo destrozado y sucio, que la madre se llenó de espanto. ¡Cuán cierto será, se dijo, que con ser este mi niño, tan engañador que á todos nos cautiva con sus cuentos é invenciones disparatados, es crédulo y le habrán hecho alguna nueva burla los maldecidos muchachos del lugar!

—¿Qué hicisteis vos? dijo dirigiéndose al chicuelo. ¿Qué hicísteis que así venís, sin el rengue del cuello y de las mangas? ¿Dónde echasteis el ceñidor, que se os están cayendo las calzas que os puse, y se os sube el juboncillo qué os ajusté bien prietos? ¿Háislo dejado por esos andurriales? ¡Perdido! ¿Qué hacienda podrá bastar para atender á vuestro cuidado? ¡Pecadora yo que así os dejo suelto! Mas no es ya sólo la ropa destrozada, sino que vos venís con la cara llena de arañazos y las manos con despellejaduras.

—Dígole, señora madre, que no se enoje vuesa merced, que todo fué cosa menos que de nada, replicó el niño.

Alzaba la madre el grito, y levantaba los brazos moviéndose de uno á otro lado, comida de un gran desazonamiento; pidió aljofaina y agua, y asimismo un lienzo para lavar al desdichado muchacho, preguntándole qué le había sucedido, con qué muchachos había jugado, en qué lugar y á qué juegos, que de aquel modo llegaba á su casa. Y él fué dándose arte para explicarse; y dijo: que habiéndole dicho los otros chicos cómo había en un árbol un nido de pájaros, los cuales eran tan lindos y de tan peregrina belleza, que el plumaje era de finísima plata, ninguno de aquellos muchachos se sentía con ánimo para subir á lo alto del álamo á cuyo extremo estaba el nido y él sí, y abrazándose al tronco, logró ponerse en la punta.

—¡Bendecido de Dios! ¿Y no habías sospechado que lo del nido era una burla para que tú, creyéndolo, te tomases el trabajo de gatear por el árbol exponiéndote á caer, abrirte les cascos y matarme de dolor?

En efecto: Quijanita había subido deseoso, lleno de esperanzas, y fué su ilusión tal, que no habiendo en el árbol nido ni cosa que se le pareciese, á él se le antojó cual si lo tuviera ante los ojos; y cuando resbalando, más que bajando, hubo de llegar donde se hallaban sus camaradas, que le recibieron con silbidos y algazara de risas, dijo qué realmente había visto el nido que ellos le dijeron, y que los pájaros, no tan sólo eran de plumaje de plata, sino que, además, el pico le tenían de oro; pero que el que quisiera cogerlo, tendría que reñir con una terrible serpiente, la cual, enroscada á una de las ramas, guardaba aquel nido, y para esto Quijanita no había ido armado; pero se prometía volver y apoderarse de aquellos pajaritos que él creía serían, cuando menos, algunos principitos encantados, y se los llevaría á su casa.

Dióle su madre fuerte regaño, diciéndole que no creía palabra alguna de cuantas iba ensartando el niño; y éste, á los pocos días, creyéndose su propia mentira, tornó al árbol y á la peligrosa ascensión, como si realmente hubiera visto con los ojos de la carne, y no con la imaginación, el nido maravilloso.

Por entre las movibles hojas del alto álamo blanco vió, en verdad, á la punta del árbol, un nido que la noche antes habían puesto allí los muchachos; subió con gracia, á riesgo de caer y romperse la cabeza, sacó un pequeño cuchillo, que se puso á blandir cual si le dirigiese contra el enorme culebrón que él se había imaginado ver, y al tomar en sus manos el nido, vió que estaba lleno de sanguijuelas y de renacuajos.

—¡Brujas ó encantadores lo han transformado en nido de sabandijas! exclamó casi llorando de compasión al ver en sabandijas inmundas convertidos los maravillosos pajaritos de su sueño.

Y brujas ó encantadores hicieron que la rama en que el niño estaba se desgajase, y el niño cayera, bien que prendiéndose en otra; y luego, al romperse ésta, en otra, hasta dar con su cuerpo en el suelo, quedando en él sin sentido.

—¡Hí de tal, hí de cuál, véase el hidalguillo tonto y cómo cayó! ¿Dónde habrá echado los pájaros de plumaje de plata con el pico de oro?

—De cierto que han volado.

Esto gritaban cruelmente los chicuelos, sin respeto al estado en que se hallaba el pobre Quijanita; y siguieron celebrando la burla con voces, risas y silbidos.

Entonces, temblando de terror, pálida, llorosa y angustiada, llegó la madre del pobre niño, roció con agua y vinagre su frente, y le hizo volver en sí; y como éste la dijera que había querido apoderarse del nido para dárselo á ella, iba á reprenderle cuando, herida por el escarnecedor vocerío de los chicuelos, se desató en amargo llanto, diciendo:

—Antes más vale él con sus quimeras y su generoso corazón, que no vosotros, cuya crueldad es odiosa.

Á la burla de las gentes por la locura de su hijo, á la risa universal, ella oponía su profundo amor de madre.

Hay autores arábigos que dicen que ésta fué la madre del que más tarde se hizo caballero andante, la única que en el fondo del alma de su hijo vislumbraba una grandeza sin límites, la luz del genio. ¡Cuánto hubiera sufrido ante el destino que cupo al pobre caballero! Ello es cierto que, suponiendo una madre á D. Quijote, se llega á pensar en algo muy extraño y muy profundo:

En que D. Quijote es el mismo Cervantes. ¿No lo véis esto claro? Quiero daros el gusto de que lo descubráis. Meditadlo.

JOSÉ ZAHONERO

Átomos.

Siento por la astronomía
un entusiasmo profundo,
que raya en idolatría.
. . . .
¡Me aleja tanto del mundo!

J. NAVARRO REZA

DESDE EL BOULEVARD

En tiempos normales, la época más agradable para hacer una excursión á París es la comprendida entre el 15 de Mayo y el 15 de Junio.

La temperatura suele ser agradable, el sol se ve á diario, los árboles están cuajados de follaje y de flor, y las fiestas y diversiones se multiplican para tener digno remate en el Hipódromo de Longchamps el día *Grand Prix*, de París.

Al día siguiente del *Grand-Prix* todo parisiense que se estima se va al campo ó á los baños de mar, ó á las aguas más ó menos minerales, que por lo regular maldita la falta que le hacen.

Pero la moda exige tomar las de Villadiego en cuanto se resuelve, entre apuestas colosales, *jumeras* de Champagne aristocráticamente llevadas, y horizontales y onduladas *hautcotées*, el grave problema de si es un jaco inglés ó un jamelgo francés el que toca antes la meta, y si adelanta á sus contrincantes por hocico y medio ó tres cuartos de cabeza.

Resuelta tan ardua cuestión, París queda de ordinario entregado á los que tienen poco dinero ó demasiado quehacer, á los provincianos y á los extranjeros.

Esto es lo que pasa en tiempos normales.

Este año, con la Exposición Universal, se ha adelantado la venida de los provincianos y los extranjeros, y muchos parisienses *en vue* se permitirán retrasar su veraneo sin que padezca su dignidad ni perder un átomo de *chic*.

Pero las fiestas son las mismas, más brillantes y más numerosas, es decir, que las diversiones públicas y privadas, aparte de la Exposición, se ven corregidas y aumentadas, como las novísimas ediciones del Diccionario.

—

De todas estas fiestas primaverales, la de las Flores es sin duda la más bonita, y se ha celebrado este año más brillantemente que los dos ó tres pasados.

La prensa es quien la organiza, y sus productos se destinan á la Caja de las Víctimas del Deber.

Algunos sastres conozco yo, aquende y allende el Pirineo, que al leer el nombre de esa Caja se llamarán á la parte como víctimas del deber... y no pagar de sus parroquianos.

La fiesta de las Flores se ha verificado este año, en dos días consecutivos, en el Paseo de las Acacias, que viene á ser, en grande, lo que el Paseo de Coches al Retiro de Madrid.

Era verdaderamente encantador el aspecto de ese Paseo en el momento culminante, ó sea el de la *batalla de las flores*.

Una doble hilera de carruajes caprichosamente adornados, cuyas cajas, lo mismo que los caballos, estaban cubiertos de rosas, claveles, lilas, margaritas, azaleas y cuanto Dios crió para solaz de la vista y del olfato.

De coche á coche se lanzaban *bouquets* y flores á puñadas mujeres bonitas, ó que lo parecían con sus *toilettes* primaverales de colores vivos, y la animación y alegría de la fiesta pintada en el rostro—pintado también en muchos casos—y apuestos *gentleman* alternados con inverosímiles sietemesinos.

Yo no sé cómo en España, que es la tierra de las flores y el sol, no se ha puesto de moda esta clase de fiestas.

Hemos tomado del extranjero las estúpidas carreras de caballos, sin más razón que por ser un pretexto de reunirse la gente elegante y alegre, y divertirse una tarde y lucir sus trenes y *toilettes*. No hay, pues, razón para no imitar esta otra clase de fiestas, que en Madrid, ó en Sevilla, ó en Barcelona, bajo un sol brillante, con aquellas flores tan hermosas y que huelen á gloria, y aquellas mujeres tan rebonitas, serían más brillantes y animadas que en ninguna parte.

Y servirían de saludable contraste á las corridas de toros. En éstas se rinde culto á la fuerza, á la agilidad, en medio de un cuadro pintoresco y lleno de colorido, viendo correr la sangre, y entre emociones fuertes y un poco bárbaras.

La fiesta de las flores, no menos rica de color, prestaría al espíritu descanso de esas emociones con otras más dulces y más civilizadas.

Ahí queda esa idea.

No hay pueblo más amigo de divertirse que los Madriles. Puede aprovecharla.

—

Como si fuera poco todo lo que hay que ver dentro de la Exposición, se ha ido formando poco á poco alrededor del Campo de Marte otra que pudiéramos llamar Exposición de vallas afuera.

Teníamos ya la reproducción de la Bastilla y un trozo de la calle de San Antonio tal y como se encontraban en 1789; exposición retrospectiva por demás curiosa, con sus tiendas ocupadas por comerciantes é industriales que están vestidos como en aquella época, y trabajan á la manera y con útiles de aquellos tiempos; con su prisionero que se escapa de la Bastilla todas las tardes, produciendo gran emoción en los espectadores, y otras mil cosas curiosísimas.

Pues ahora tenemos en el mismo género, y á pocos pasos de la anterior otras dos reproducciones de los tiempos de Mari-Castaña; la Cité en tiempo de Enrique IV y la torre de Nesle, con su Margarita de Borgoña, y la reproducción de sus misteriosas orgías (*juergas* que dirían otros) y sus degollinas de los mancebos que acababan de satisfacer los lascivos caprichos de la Reina legendaria, y otra porción de horrores retrospectivos, representados al vivo.

En otro sitio se reproducen, muy artísticamente dirigidas, por cierto, *cours de justice*, á la manera de hace tres siglos, con arreglo á documentos de causas célebres de la época y representando los diversos personajes actores de la Porte-Saint-Martin y otros principales.

En fin, que si dentro de la Exposición puede uno muy bien dar la vuelta al mundo en una hora, en sus alrededores se pueden estudiar las costumbres, lugares y trajes de tres siglos en un día.

Esto sin contar los diversos panoramas. El Palacio de las Hadas, en el cual se reproducen al vivo, y representados por niños muy inteligentes, la *Cenicienta*, *Barba Azul* y los interesantes cuentos fantásticos de Perrault, como asimismo algunos de *Las mil y una noches*.

Y todo agrupado alrededor del Campo de Marte.

Que si nos alejamos, podremos ver en un inmenso Circo que ocupa 50.000 metros cuadrados al aire libre, y que puede contener 20.000 personas, toda una *trouppe* de pieles rojas y norte-americanos con más melenas que Clovis Hugues, cazar búfalos á la carrera, caballos al lazo y otra porción de atrocidades más ó menos salvajes.

—

Y, en fin, se preparan las corridas de toros... sin efusión de sangre, por supuesto.

Adelanta la construcción de las dos plazas españolas (porque ya son dos) en que hemos de ver al *Gordo* dar un volapié con un ramito de flores, y quizás al *Ostión* parear con dos varas de nardos.

O, que ça va être beau!

Mientras tanto, unos franceses han construído ya una plaza, que va á inaugurarse un día de éstos con *les plus vaillants toreadors français et les toureaux des plus fameux ganaderos de France et de Navarre*, según dice el cartel, que sin duda, para mayor exactitud, va adornado con un cromo que representa la cogida del *Tato*.

Me va á hacer falta *Sentiments* ó *Petit-sobaque* para esta corrida.

BLASCO.

París 6 de Junio de 1889.

PROPIO Y AJENO

Importante.

La Empresa de este periódico ha realizado una combinación con la del popular diario *El Resumen*, por la cual obtendrán los suscritores de este último las siguientes ventajas:

Todo abonado de *El Resumen* que lo pida, recibirá gratis durante el mes de Junio los números de LOS MADRILES.

Los que renueven su suscrición por un semestre, ó los nuevos suscritores por igual tiempo, recibirán gratis LOS MADRILES durante los meses de Junio y Julio.

A esto tienen derecho también los suscritores cuyo abono está satisfecho hasta fin de año.

Los que se suscriban ó renueven la suscrición por un año, recibirán gratis todos los números que publique la Empresa de LOS MADRILES durante los meses de Junio, Julio y Agosto.

Esta combinación no es aplicable á las suscriciones de Ultramar.

La suscrición por un año á *El Resumen* cuesta 12 pesetas en Madrid y 18 en provincias.

—

Una herencia.—Novela de costumbres contemporáneas, por D. Francisco Vila.—Precio: 2,50 pesetas en la administración de *El Nacional*, Lope de Vega, 17.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CANTAR

Asómate á esa ventana,
echa los brazos *pa juera*,
y déjate de venir,
verás qué *morrá* te pegas.

Banco Hispano-Colonial.

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886.

[illegible] cupón núm. 12 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barce[illegible] el Banco de París y de los Paí[illegible], y en Londres, en casa de los [illegible]

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrar[illegible] nada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este [illegible] que se requiere para provin[illegible]

[illegible] los días desde el 1.° al 19 de Julio; y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 1.° de Junio de 1889.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano.*

—

SORTEO 12.°

Celebrado en este día, con asistencia [illegible] Manuel [illegible] zación de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo [illegible]

[illegible], quedan amortizados los 1.000 y 100 billetes números 9.401 á 9.500.—185.801 al 185.900.—[illegible] 394.901 al 395.000.—566.701 al 566.800.—687.801 al 687.900.—838.701 al 838.800.—987.001 al 987.100.—1.149.301 al 1.149.400 y 1.150.401 á 1.150.500.

[illegible] puesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.° de Julio próximo [illegible] las 500 pesetas, importe de [illegible] los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.° de Junio de 1889.—El secretario general, *Arístides de Artiñano.*

MI REPRESENTANTE...

Es decir, mi representante, y el de ustedes, y el de todos los españoles; un señor á quien ni ustedes ni yo conocemos, ni probablemente conocerá ninguno de sus representados. No recuerdo ahora cómo se llama; sólo sé de él porque lo han dicho los periódicos diarios de Madrid—y me parece que los de provincias también, aunque de esto último no estoy muy seguro—que es joven, por lo cual le felicito, y que es literato, por lo cual le compadezco...; y sé además, porque también me lo han contado los papeles, que representará á España en un Congreso literario internacional que se ha reunido ó va á reunirse en París, no se sabe cuándo, mejor dicho, no sé yo cuándo, porque los congresistas sí lo sabrán probablemente.

Pero... ustedes habrán leído la noticia como yo la leí, y lo mismo que á mí me sorprendió les habrá sorprendido á ustedes. «*El joven literato* D. N. N. (ya he dicho y repito que no recuerdo el nombre, y ahora digo, y me afirmo en repetirlo, que aunque me acordase de él no lo publicaría; porque en este asunto el nombre del literato es lo de menos, y yo no trato de mortificar á una persona á quien ni de vista conozco y que seguramente será muy estimable, aunque literato); el joven literato don N. N. ha sido nombrado representante de España en el Congreso literario internacional... etc., etc.» Así, punto más, punto menos, estaba redactada la noticia de referencia, y es claro que basta leerla para que surjan espontáneas (ó *expontáneas*, como escribe un académico muy amigo mío) estas preguntas: ¿Ha sido nombrado? ¿Por quién?

Bien sería que se averiguase quién ha sido bastante amable para tomarse ese trabajo por nosotros. Porque es la verdad que sin su iniciativa provechosa corríamos riesgo inminente de no haber tenido representación en ese Congreso, y hubiera sido lástima grande. Paréceme, sin embargo (no sé si les parecerá á ustedes lo mismo) que el procedimiento empleado para conceder esa representación se ha salido algo, y aun algos, de las corrientes democráticas hoy preponderantes.

Cuando andan nuestros hombres políticos á vueltas con eso del *sufragio universal*, y aun dicen que se proponen votarlo (aunque yo no lo creo, por supuesto), descolgarse con un nombramiento hecho á cencerros tapados, es por lo menos anacrónico.

Ese literato joven, ó joven literato, como decimos los montados á la francesa, es seguramente (me atrevería á jurarlo) un chico de mucho provecho; un mozo, digo yo que será mozo, de grandes esperanzas.

Logrará, andando los tiempos, talla más que sobrada y notoriedad bastante para representar, por voto unánime de todos los del oficio, á los literatos, no ya solamente de España y de América, pero de todo el mundo donde se gaste literatura; mas al presente esos merecimientos se hallan, si así puede decirse, en estado de canuto, y nadie tiene noticia de ellos, ni del sujeto en quien se encuentran; circunstancia que justifica el asombro producido en mi ánimo por la lectura de la mencionada noticia.

Yo declaro sinceramente que sin intención (ni la más remota) de inferir ofensa á ese caballerito... ¡tan joven y ya literato! estoy muy intranquilo y muy desasosegado desde que supe que él iba á representarme... Porque, señor, eso de que á uno le representen sin que uno haya tenido arte ni parte en ello, puede ser cosa grave, y es desde luego poco halagüeña. Imagínense ustedes que á ese niño le viene á voluntad decir que abomina del naturalismo, ó que es partidario de la literatura docente, ó que patrocina en el teatro el género pornográfico, tan elocuentemente combatido en el Congreso católico por el aplaudido dramaturgo Valentín Gómez; parecerá, es claro que parecerá y constará en actas y todo, que los españoles, cuya representación tiene ese joven, sin que nosotros se la hayamos dado, piensan eso y lo otro y lo de más allá... en fin, lo primero que al representante, en el calor de la improvisación, le haya saltado en la mollera.

Nada, nada antes que padecer esta zozobra y estar en sobresalto constante y con el alma en un hilo, prefiero renunciar generosamente á la parte alícuota de representación que pudiera *caberme* en el Congreso. Para estar representado, no á gusto mío, sino á gusto de otros, es preferible no tener representante.

Ahora, si los que le han nombrado, ó el que le ha nombrado, que bien puede haber sido uno solo, y hasta él mismo, ¿por qué no? declaran paladinamente que ese joven sólo lleva al Congreso la representación suya y la de fulano, zutano y perengano (los que sean), corriente: allá se las hayan él y ellos, poderdantes y apoderado.

Pero si no sucede eso; si quiere decirse que ese apreciabilísimo caballero, á quien no conozco ni de nombre, ni de vista, ni de nada, lleva al Congreso literario internacional la representación de los que en España escriben y viven de eso, de escribir, conste donde hubiere lugar y para los efectos oportunos, que yo le retiro... mejor dicho, que yo no le he dado mis poderes.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

PROPIO Y AJENO

Los números 35 y 36 de LOS MADRILES se han agotado por completo.

Rogamos á cuantas personas y corresponsales nos tienen hecho pedidos, tengan un poco de paciencia hasta que se reimpriman, lo que no es tan fácil como parece, porque hay que volver á dibujar de nuevo todas las planas de litografía, que se borran en cuanto se concluye la tirada.

Si algún corresponsal de provincias tuviese en su poder algunos ejemplares de estos números, haga el obsequio de devolverlos para atender en lo posible á otros que los necesitan.

—

Esto es hacer Revistas. El último tomo (porque número no puede llamarse á lo que contiene más de 200 páginas en 4.º mayor), de *La España Moderna*, inserta trabajos de Cánovas (don Luis), Campoamor, Barado, Benot, Coroleu, Varela, Ixart y otros, de no menos valía y reputación.

Muy bien, Sr. Lázaro; así se hacen las publicaciones y así se acreditan, y si queda alguien todavía por suscribirse verá usted cómo se apresura á hacerlo, ó no tiene gusto, ó no sabe lo que es buena literatura.

—

Sin familia se titula una novela interesantísima de Héctor Malot que acaba de ponerse á la venta en la librería de Fe. Consta esta traducción de dos abultados tomos, con preciosas ilustraciones de Emilio Bayard intercaladas en el texto, y profusión de láminas en color. Recomendamos á nuestros lectores su adquisición.

—

Ley de amor, por Eduardo Sánchez de Castilla, es un elegante volumen que acabamos de recibir, y que el autor modestamente llama *apuntes para una novela original*. Si tan primorosamente hace Castilla los apuntes, ¿cómo hará las novelas? Esto ya lo sabe el público, porque el año pasado saboreó con deleite *Pirindola*. Compre ahora estos apuntes, que además llevan ilustraciones, y le sabrán á gloria.

—

Poesías.—Con este título, y esmeradamente impreso, ha publicado el Sr. D. Jaime Tornamira, seudónimo bajo el cual oculta su verdadero nombre un distinguido literato mallorquín, un elegante volumen de inspirados versos, en los cuales se revela el autor como un poeta de los de buena raza. Debía estar penado por la ley el firmar con seudónimo libros de un mérito tan relevante como el que nos ocupa.

¿Lo oye usted, Sr. *Tornamira*?

—

El Juicio de Fuenterreal.—Juguete cómico-lírico de Enrique López Marín y Enrique Ayuso, música de D. Joaquín Viaña.—*Teatro Cómico*, Sal, 3, tercero.—Precio: una peseta.

—

Biblioteca útil. Esta importante publicación acaba de poner á la venta el tomo cuarto de INDUSTRIAS LUCRATIVAS (segunda parte. Precio, 1 real. Casa editorial de Sobrino, Caños, 6, Madrid.

—

El hombre del cornetín, juguete cómico-lírico, en un acto y en verso, letra de Eduardo Navarro y Gonzalvo, música del maestro Arnedo. Precio, una peseta. Florencio Fiscowich, editor.

—

R ıbiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CANTAR

Mi voluntad es más grande
que la voluntad de Dios,
que no te perdona El
lo que te perdono yo.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
22 de Junio de 1889.
NÚMERO 38.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MANUEL ALONSO MARTINEZ

Este insigne burgalés é ilustre jurisconsulto, que ha dado cima al importantísimo trabajo de la redacción del nuevo Código civil, acaba de ser elevado al sillón presidencial de la Cámara de Diputados.

Aprovechamos esta oportunidad para aumentar con una eminencia más nuestra galería de caricaturas.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ **9** *pesetas.*
Seis meses............ **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

A. Pons

DIARIO CÓMICO

Cómico, ¿eh?

Aseguro á ustedes que nunca me he encontrado tan perplejo como hoy al coger la pluma para emborronar las cuartillas de esta *Crónica*.

¡Cómico!

¿Quieren ustedes que hablemos del debate político del Congreso? Esta ha sido la única novedad de la semana, y no es decir con esto que el debate haya resultado cómico, á pesar de los cuentos intercalados en su discurso por el Sr. Romero Robledo; sino que como nadie habla en España de otra cosa hace ocho días...

Un lector, *sotto voce*:

—Por eso no debe usted molestarnos con su relato.

—Tiene usted muchísima razón; además, que la índole de esta Revista me veda en absoluto ocuparme de la cosa pública; pues en caso contrario, puede que echara yo mi cuarto á espadas en la cuestión, y quizá quizá podríamos distraernos un rato con eso de Martos y Cassola, Lopez Domínguez y Manuel Becerra. Porque en realidad, buscando la punta al suceso, puede que...

Pero ¡guarda, que es podenco!

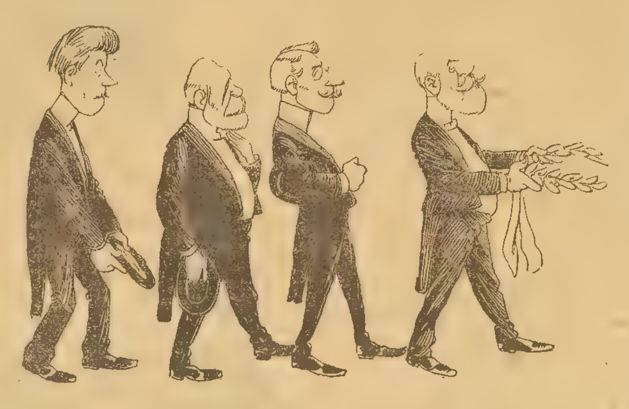
Y hablemos de otra cosa.

De la coronación de Zorrilla, por ejemplo.

¡Otro tema que no está gastado!

Hace quince días que Revistas y periódicos, libros y folletos, no se ocupan más que de la ilustre personalidad del eminente poeta.

El Resumen ha publicado con este motivo un número extraordinario, precioso.



También Los Madriles rinde culto al anciano vate, publicando en otro lugar de este número un fragmento de su bellísima composición *A Boabdil*.

Descartado también este asunto de la Crónica.

¡Y ya estoy viendo el arrugado entrecejo del amigo Pons, leyendo estas cuartillas, y no sabiendo dónde colocar sus intencionadísimos *monos!* Paciencia, Angel, paciencia.

Aquí puedes colocar tu *vera efigie* tirándose de los pelos.

—

Después de algunos años de clausura, el miércoles abrió de nuevo sus puertas el antiguo *Teatro de la Infantil*.

El diminuto coliseo, encanto un tiempo de los candorosos *pardillos* de Brunete y Alcobendas, de Fuencarral y San Martín de Valdeiglesias, dícese que ha sufrido importantes reformas, y que está muy bonito.

Nosotros no hemos tenido el gusto de visitarlo.

Creemos, sin embargo, que la *clásica* escena por donde desfiló victoriosamente, cientos de noches consecutivas, *Fray Liberto el del Cencerro*, debe haber perdido por completo su tradición y su color local.

Uno de los mayores atractivos de aquella sala era el abigarrado y pintoresco conjunto de su público.

Y aquel *can-cán* tradicional y arrebatador.

Y la ronquera pertinaz de su empresario.

Hoy está al frente de la Compañía un actor discreto y estudioso: Fernando Viñas.

Desearé que la temporada resulte una *viña* para él.

Y para la Empresa.

—

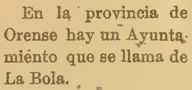
Ahí va un monito, compañero.

Por robar unos cepillos en un bazar, fué detenido en la Carrera de San Jerónimo el tomador *Zapata*.

¡Un infeliz detenido por su afición á la limpieza!

> Y que así lo declaró
> el pobre, sin inmutarse,
> pues dijo que los *limpió*
> con intención de *limpiarse*.

—



En la provincia de Orense hay un Ayuntamiento que se llama de La Bola.

El alcalde de dicho Municipio, D. José María Blanco, acaba de publicar un bando.

Esto no tiene nada de particular.

Lo que sí tiene de particular, y mucho, es el contenido del antedicho documento.

En él se previene que quedan exentos aquellos vecinos del pago del cuarto trimestre de la contribución, por haber cubierto, con lo recaudado en los tres trimestres anteriores, las sumas necesarias para atender á todas las obligaciones de dicho Ayuntamiento.

¡Y esto ha ocurrido en España!

El caso es fenomenal, incomprensible.

¿Será verdad?

> ¿En la región española
> ocurre esa atrocidad?
> ¡Parece *bola*, en verdad,
> lo que dicen de *La Bola!*

—

Leo en un periódico:

«En el hospital clínico de Buenos Aires entró una agraciada joven que tiene un cuerno en la frente; un verdadero cuerno adherido al hueso frontal, como una vaca ó una cabra.»

¡Una pobre chica con una cabeza semejante!

¡Un cuerno en la frente!

> Pues ese ha sido un descuido
> de mamá Naturaleza.
> ¡Pobre chica! ¡Se ha lucido!
> ¡Y, no hay duda, esa cabeza
> era la de su marido!

E. Navarro Gonzalvo.

AL ÚLTIMO REY DE GRANADA, BOABDIL EL CHICO

I

Una ciudad riquísima, opulenta,
el orgullo y la prez del Mediodía,
con regia pompa y majestad se asienta
en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España
en hebras de purísimos colores,
y brotan al calor con que la baña,
en vasta profusión, frutas y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
y la estremecen, sobre cien jardines,
bandadas de dulcísimas palomas
y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
en su verde llanura se derraman,
y á su confín en playas españolas
del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
fatiga de los fastos sus memorias,
su grandeza y tesoros son sin cuento
y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,
fresca la brisa, amiga la fortuna,
fértil la tierra, y brilla eternamente
sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas
vénse allí como en otro paraíso
los pomposos laureles del Eurotas
y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
de Cartago los frescos arrayanes,
las cañas del Jordán en son incierto
arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas míeses
las vides de Falerno allí se orean,
y los de Jericó mustios cipreses
con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
lúgubres sauces, altos mirabeles,
y olivos, y granados, y morales
ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
tal vez la alegre Italia envidiaría,
y por sus anchas y fragantes rosas
sus rosas las trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales,
se ostentan en su espléndido recinto,
y ansiaran sus recuerdos orientales
los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
la voluptuosa pompa del Oriente;
que entre flores y lánguida pereza
vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron
para asentar en ella su morada:
los hombres á quien de ella despojaron
lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
en que el compás de berberisca zambra
y el son de los clarines y atambores
estremecían á la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
y un pueblo en su molicie adormecido,
que gozaba en su paz nuestras mujeres,
esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
del brío y del poder de aquella gente,
y al postrimero Rey había tocado
el sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal á la morisca luna
los sabios en su horóscopo leyeron,
y tal vez mereció mejor fortuna
de la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdil! Levántate y despierta,
apresta tu bridón y tu cuchilla,
porque mañana llamará á tu puerta
con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
te cercarán los tigres españoles;
y echarán sobre ti desesperados
de siete siglos los sangrientos soles.

II

—«¿Qué quieren esos cristianos
á las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos
que traen á su Rey ufanos
tras el pendón de Castilla?
¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
talando el solar ajeno?
¿No les basta su terreno
para sus fiestas de guerra?
¿Por qué en confusión extraña
levantan en esos cerros
tantas tiendas de campaña?
¿Por qué ladran esos perros
á los pies de esa montaña?
Si sus padres expiraron
y á su muerte les dejaron
en desastres tan prolijos,
¿por qué no se contentaron
como los padres, los hijos?
Frente á sus tiendas reales
que brillen altas y ufanas
en las torres principales
las enseñas orientales
y las lunas otomanas.
¡Al arma! ¡Al campo! á cambiar
las marlotas y alquiceles
por arneses de lidiar,
los jinetes á aprestar
los caballos y broqueles.
La sed de sangre me irrita;
que doblen los atambores,
que cierren en la mezquita
esa multitud que grita
en rejas y miradores.
Los fuegos prontos estén,
las calles libres también;
los hombres á la muralla,
las mujeres al harén...
Paso y silencio, ¡canalla!»—
Tal *Múza* (1) prorrumpe airado
ante la puerta de Elvira,
entre el tumulto apiñado
del pueblo, que consternado
al campo cristiano mira.
¡Ay! Él es solo el valiente
con corazón en Granada;
él solo lleva insolente
á la recia lid su gente
que se torna destrozada.
Sólo la esperanza alienta
de su humillada nación;
sólo lidia y se ensangrienta
abriéndose sin afrenta
una tumba de varón.
Mas con ojos avarientos
en redor de su caballo,
sus soldados macilentos
le están demandando hambrientos
hasta el pan de su serrallo.

(1) Jefe de la caballería granadina de Boabdil.

Y con el llanto á los ojos
en desmayado tropel
su pueblo, puesto de hinojos,
llora los yertos despojos
de los que lidian por él.
Guerrero, ¡ay de los valientes!
¿qué vale que en tu despecho
á tus soldados alientes
y quieras dar á tus gentes
todo el valor de tu pecho,
si en tanto á pasos gigantes
van arrastrando á su fin
sus muy poderosos antes
alcázares elegantes,
la Alhambra y el Albaicín?
¿Si allí está el tristre Boabdil
sin amparo que le acorra,
llorando sobre el Genil
como una cobarde zorra
entrampada en su redil?
¿Si allá en la empinada sierra,
amancillando tu gloria,
cantan en compás de guerra
los castellanos victoria
ensordeciendo la tierra?
¡Ah! ¡Su corona usurpada
tener en la sien no supo...!
Mal hiciste tu jornada,
¡pobre Rey! y hora menguada
en tu horóscopo te cupo.
Los cristianos te ayudaron
para vencerte mejor,
y los tuyos que quedaron,
al hundirse te llamaron
hasta apóstata y traidor.
Las mujeres que te dieron
sus hijos y sus preseas,
al saber que se perdieron,
expirando te dijeron:
—¡Cobarde, maldito seas!

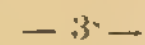
. . . .

Llora, Rey, llora sin duelo;
desespérate, Boabdil,
y ven, en tu desconsuelo,
á expirar bajo este cielo
que flota sobre el Genil.
Que á elegir entre acabar
y sufrir la ajena ley,
¡vive Dios! que era acertar
como hombre, á la lid bajar
para morir como Rey.

. . . .

Duerme, si aún gozas apenas
un sepulcro en que dormir;
si esas húmedas arenas
te prestan almohadas buenas
para el sueño del morir.
Duerme en paz; y si velando
estás por tu estrella aún,
consuélate, Rey, pensando
que nos es vivir llorando
una maldición común.
Duerme, y dénte descuidados
grato murmullo, si velas,
los pasos atropellados
de los pies acelerados
de las errantes gacelas.
Y en vez de las funerarias
roncas preces de los muertos,
arrúllente solitarias
con sus salvajes plegarias
las aves de los desiertos.
Y si á ti tienden cercanas
sus sombras árboles bellos,
bajo sus hojas livianas
respiren las caravanas
y descansen sus camellos.
Mas que en tu huesa, tu nombre
no lean los de tu ley,
no les humille y asombre
que si supiste ser hombre
no alcanzastes á ser rey.

JOSÉ ZORRILLA



—Tengo afán por coronarte.
—¿Qué estás diciendo, chiquilla?
—¡Muchacho, como á Zorrilla!
¿Ya empezabas á escamarte?

—Voy á Granada: ¿tú vienes?
—¡Si no hay rebaja de trenes!

—¡Pues, señor, menuda zambra
que armaría yo en la Alhambra!

¡El primer premio desierto!
¡¡Lo he sabido... y no me he muerto!!

—Yo he disfrutado mucho antes que Zorrilla de los honores de la coronación.
—¿Es usted poeta?
—No, señor: marido bueno.

—Más hermosos eran los versos que dediqué á aquella ingrata, y que empezaban:

«Luz de donde el sol la toma»

y nadie ha pensado en coronarme.

—Sargento López, eso de coronar á Ruiz Zorrilla después de las cosas que ha hecho, me parece muy poco edificante pa la desciplina del ejército.

—Está visto: mi género se impone. Hoy una coronación; mañana... ¡quién sabe!

CAPRICHOS

Los hay muy raros.

Desde aquel sujeto que, según dice un autor, se desayunaba diariamente con dos libras de algodón en rama, hasta Bismarck, que se deja crecer la calva, es incalculable el número de caprichos y la variedad de caprichosos que hay en el mundo.

Ahí tienen ustedes al ex rey Milano; y quien dice «ahí», dice «allá».

Un hombre que consigue en el reparto una mujer de las prendas de la ex reina Natalia, y la deja, no merece que se la den.

Es decir, sí merece que *se la den.*

En materia de caprichos hay algunos extraordinarios.

He conocido á un caballero que se afeitaba con alicates para rejuvenecerse.

Donde se ve lo caprichosas que son las gentes, es en las exposiciones que halla el transeunte en varios portales del centro de Madrid.

Hay ejemplares curiosos.

Un caballero disfrazado de *incroyable*, como para decir al observador:

«Estuve hace unos cuantos meses en el baile de trajes que dió á sus amigos la condesa... ó la duquesa...»

ó lo que sea.

Un señor vestido de guarda de monte, en testimonio de que es cazador, y un perro vestido de lo mismo; esto es, de perro.

Parecen de la misma familia los dos individuos.

Y aquí viene á pelo lo que cuentan que dijo un trabajador á otro, pasando por la acera de enfrente de la casa de un capitalista que estaba en un balcón, acompañado por un perro de Terranova.

—Ahí tienes á D. Fulano.

—¿Cuál es? preguntó el otro jornalero á su camarada.

—Uno de esos dos.

Señoritas pálidas y desgreñadas, que parecen *sonámbulas* desteñidas, hay varias en esas exposiciones de retratos fotográficos.

Chicos de buenas cepas, pero chulos, con sombrero cordobés y chaquetilla y pantalón ceñido, que tiene el corte de funda de paraguas, y tal vez con faja y pañoleta, habrán visto ustedes algunos.

Son muchachos que torearon en una becerrada y mataron cuatro de la ganadería de Botín, todos los cuatro berrendos en pelo de cabra.

Otro se retrata con un libro en una mano y una pluma en la otra, y sobre una mesa próxima á él un busto de Séneca con patillas, que hay quien supone que es de Manuel Domínguez.

En esa postura, y ojeroso, al parecer, en un momento de inspiración, cualquiera le toma por una Santa Teresa con levita.

Retratos de «melitar» iluminados á mano, aunque parezca que lo han sido con los pies, sin arrugas en el pantalón ni en la guerrera, porque así lo han exigido del artista ó de la máquina.

Jóvenes *morronchas* de servicio doméstico, encorzadas y con uno de los pendientes colocado en un carrillo, según el retrato, para que se vea que no ha perdido el otro zarcillo, y que usa dos orejas, aunque sin merecerlo.

Nenes vestidos de máscara, consciente ó inconscientemente, por los padres.

Otras fotografías de nenes de dos ó tres años, en mallas naturales, ó en camisita, y apuntando al público que entra en el portal para ver la colección de muestras.

Señores que retratan consigo los últimos botitos que se han comprado, ó la levita de pelo largo ó de lanas que han estrenado para ir á la fotografía.

Algunos que exigen un fondo de marina, pintado *ad hoc,* y luego parece que están montados en el palo mayor ó que tienen los pies metidos en las aguas para lavárselos.

Otros que piden que los retraten en cuatro ó seis posiciones, sin dar en la natural y propia, que para ellos debe de ser la de cuatro pies.

De todo esto habrán ustedes visto ejemplares.

Se ha despertado el furor fotográfico.

Sinnúmero de aficionados poseen sus cámaras y sus ingredientes para tomar vistas instantáneas y retratos al vuelo.

Entre ellos hay quien, por retratar á una niña, saca un coracero.

—¿Niña con barbas? se preguntaba asombrado uno de esos *amateurs*, viendo la negativa.

Y un amigo le tranquilizó diciendo:

—No tengas cuidado; se le caen después.

En esos álbums de retratos que tienen las familias, se ve alguno que otro capricho digno de llamar la atención.

—¿Quién es éste? preguntaba una muchacha, indicándole el retrato de un caballero muy oscuro, por lo menos en aquella prueba.

—Pues un novio que yo tuve.

—¿Era negro?

—¡Qué atrocidad!

—No, hija, no; yo respeto los caprichos de todas las personas.

—Blanco, y muy blanco.

—Pues no lo parece.

En grupos de familia hay ejemplares preciosos.

Visito yo á una de esas que tienen retrato en pelotón.

El padre y la madre parecen dos ratoneros.

De una costilla del padre sale la cabeza del niño mayor.

Otro niño está combinado con el gato, y no se sabe dónde empieza el nene ni dónde acaba el «minino.»

Es una agrupación de cabezas que recuerda la de los melones en las fruterías.

Es una prueba, pero de la paciencia de un Santo.

Yo, que aborrezco y tiemblo mi reproducción fotográfica, no me explico ese furor de tanta gente.

Si hace unos cuantos años hubieran visto algunos sujetos sus retratos (mejor sus caricaturas) publicados, ¿qué habrían hecho?

Comerse al dibujante, por lo menos.

Pues hoy, la ofensa y el menosprecio mayor que puede hacerse de una persona, es omitir su fisonomía entre los que salen á la vía pública.

¡Caprichos!

Un personaje político del género Lecocq me escribía en cierta ocasión, porque no habíamos publicado su estúpida fisonomía:

«Creo que no soy tan *desinificante.*»

EDUARDO DE PALACIO

IRONÍAS

II

Apenas hube arrojado
el anzuelo sobre el mar,
lo aparté, sin intentar
hacer cautivo un pescado.
Obraba así por virtud
de un extraño sentimiento,
mezcla de remordimiento,
de bondad y de inquietud.
—"No turbaré vuestra calma,
peces, ni vuestra ventura,
ni hallaréis más amargura
en ese mar que en mi alma.
Cuando os aprestan hogares
las rocas abriendo el pecho
y os ofrecen blando lecho
con el limo de los mares,
¿seré de más inhumana
y perversa condición
yo, que siento el corazón
henchido de sangre humana?...
Abrid el verde cristal
de vuestras aguas salinas,
y alegrad á las ondinas
en sus lechos de coral."

....

Sacando la boca fuera
de las aguas, se acercó
á la orilla un pez, y habló
conmigo, de esta manera:
—Aunque aprecio tu bondad
y tu conmiseración,
no hallo justificación
á tu liberalidad.
¿Acaso es mejor el sino
que te estoy viendo sufrir?
¿No vas también á morir
por diferente camino?
¿No es el aire tu elemento,
como el agua el mío es?
¿Condenado no te vès
al mismo encarcelamiento?
Yo también, mortal, pudiera
deplorar tu infausta suerte,
que es tu pescador la Muerte,
y está en acecho, y te espera.
Cuando mueres, te figuras
que es al cielo tu partida;
yo también pierdo la vida
camino de las alturas.
A ti la fe, á mí el anzuelo
nos arrastran á la vez,
y así el hombre como el pez
mueren camino del cielo.
Yo no paso de la orilla;
tú tampoco, que, en rigor,
es la Muerte el pescador
y es la tumba su barquilla.
Pretendes ser más humano
que los mares. Ven aquí,
á ver si tiene de ti
compasión el Oceäno.
Si en las olas encrespadas
de una borrasca pereces,
pide socorro á los peces
y te darán... dentelladas.
Eres en el mundo actor,
y debes representar,
sin pretender enmendar
las cuartillas al autor.
Y pues se halla de esta suerte
la existencia establecida,
sigue la ley de la vida,
hasta llegar á la muerte.
No tengas piedad de mí;
pesca, y pesca sin recelo;
que ya tienen el anzuelo
preparado para ti.

RAFAEL TORROMÉ.

¡NO MÁS VIEJOS!

Ustedes no saben quién es M. Brown-Séquard?

Pues yo se lo diré.

M. Brown Séquard es un sabio parisiense, un profesor del Colegio de Francia, una persona formal, un anciano venerable.

Es decir, tanto como venerable...

¿Venerarían ustedes á un anciano que, habiendo cumplido con exceso los setenta, saliese por ahí en busca de aventuras amorosas y emprendiese toda clase de conquistas, y, lo que es más grave, las llevase á feliz término y remate con toda la bravura y pujanza de un toro de seis años?

Esto causaría admiración ó envidia, pero no veneración.

Admiren ustedes, pues, y envidien á M. Brown-Séquard, sin perjuicio de banderillear á sus órdenes; porque si el hombre «torea» con tanto vigor á su avanzada edad, no quiere torear solo, sino que, por el contrario, su mayor anhelo se cifra en poner al alcance de todas las decrepitudes

il segretto per esser felice,

como cantan en *Lucrezia Borgia*.

M. Brown-Séquard ha comunicado solemnemente su descubrimiento á la Sociedad de Biología de París. Se trata de un elixir de larga vida. Compuesto, en virtud de una maceración en agua destilada de determinados órganos arrancados *sur le vif* á animales jóvenes, el milagroso licor—que podríamos llamar *consommé de criadillas*—se administra en forma de inyecciones subcutáneas, y unas cuantas de éstas, si no miente el sabio biólogo, bastan para rejuvenecer al viejo más cascado, devolviéndole, amén del sueño y el apetito, la plenitud de sus fuerzas, de sus facultades, y de sus... deseos.

En sí mismo ha experimentado M. Brown-Séquard todos estos maravillosos efectos, y como sus dignos y respetables colegas han podido apreciarlo así—y aquí me entrego yo á las más audaces hipótesis, pensando cómo habrán podido apreciar positivamente aquellos sabios el «rejuvenecimiento» de su camarada—claro es que las felicitaciones llueven sobre el afortunado experimentador, y, á par de las felicitaciones, las demandas de nuevos y completos detalles acerca del portentoso elixir.

El animal á cuya costa—¡y á qué costa, *madame la lectrice!*—ha compuesto el biólogo parisiense su caldo regenerador, es el que paga siempre el pato en las experiencias científicas: el conejito de Indias.

¡Bendigámosle con fervorosa efusión!

Y eso que el descubrimiento de M. Brown-Séquard tiene mucho de satánico.

Además de que trastorna las leyes de la Naturaleza y enmienda la plana á Dios, echa abajo aquella invocación que hasta ahora dirigíamos al místico Cordero por haber redimido nuestras culpas con su preciosa sangre:

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi...*

Desde ahora diremos:

—Conejito de Indias, que aumentas los pecados del mundo...

¿Qué será ver á los viejos
adorando los conejos?

Este culto va á tomar proporciones formidables, y si no fuera porque el día de mañana tendremos necesidad de apelar al elixir martínez-campista (restaurador, quiero decir), sería cosa de que le declarásemos cruda guerra los que todavía no estamos, hoy por hoy, en el caso de buscar remedio á cierto género de necesidades.

Si entran las clases septuagenarias en la liza amorosa con los bríos que se atribuyen á M. Brown-Séquard, ¿quién resiste el empuje de semejante competencia?

El género se encarecerá hasta lo increíble, y si no se descubre otro elixir que convierta á las viejas en jóvenes lozanas, acabaremos muchos por maldecir el de M. Brown Séquard.

Por otra parte, ya podemos despedirnos de llegar á ocupar un un día los puestos que ahora tienen acaparados los señores mayores.

¡Cualquiera se atreve ya con Cánovas y Sagasta, ni con *Lagartijo* y *Frascuelo*, ni con ninguna otra de las diversas parejas de notabilidades de cada especie que aquí lo dominan todo y que no ha muchos días señalaba en un artículo *Fray Candil!*

Volverá D. José Zorrilla á «darse á conocer»

brotando como hierba corrompida
al borde de la tumba de un malvado,

y tendremos á D. Andrés Borrego capitaneando el elemento joven, y saludaremos á D. Alejandro Llorente con un *¡hola, pollo!*, y veremos á D. José Valero vuelto á la flor de su edad, y Gonzalo Mora tomará nuevamente la alternativa... ¡y hasta volverá á cantar Dalmau!

En fin, que el portentoso descubrimiento tiene muchos inconvenientes... para los que no lo necesitamos.

Por lo que toca á los que han menester de remozarse con el prodigioso *consommé de criadillas*, bueno será que no se hagan demasiadas ilusiones; porque aunque nadie niega que el sorprendente rejuvenecimiento de Mr. Brown Séquard sea un hecho de toda evidencia, nadie puede, en cambio, asegurar que ese fenómeno se deba exclusivamente á las vísceras de los conejitos de Indias y á las inyecciones del consabido caldo.

Y el que lo asegure, con su pan se lo coma.

Es decir, se lo beba.

O se lo inyecte.

El descubrimiento de M. Brown, ¿será un *brownmazo?*

MARIANO DE CÁVIA

PROPIO Y AJENO

Se presenta una nodriza para el niño.

La señora la recibe y queda perpleja al ver la corta estatura de la solicitante.

—Me parece usted demasiado pequeña para ama de cría.

—Mejor. Así el niño se hará menos daño cuando le deje caer al suelo.

—

Libros recibidos:

Jaque á la reina, por D. José M. Matheu.

Sentimos que la falta de espacio no nos permita reproducir, como era nuestro deseo, uno de los capítulos de este precioso é interesante libro; la boga alcanzada por esta obra en los pocos días que lleva publicada, es su mejor y más cumplido elogio. Aconsejamos á nuestros lectores, y á todos los amantes de la buena literatura, que adquieran el último libro del Sr. Matheu, seguros de que nos han de agradecer la indicación.

Consta la obra de dos volúmenes, esmeradamente impresos, y véndese en todas las librerías. Precio, cinco pesetas.

—

Celebridades españolas contemporáneas: III. ZORRILLA. Estudio crítico-biográfico, por *Antonio de Valbuena* (Miguel de Escalada). Edición ilustrada, con el retrato y un autógrafo del biografiado. Librería de Fernando Fe; precio, una peseta. El nombre del señor Valbuena excusa todo comentario; con decir que la biografía es digna del ilustre cantor de la Alhambra, está dicho todo.

—

Niñerías, por *M. Tolosa Latour*, con un prólogo del eminente novelista y novel académico *D. B. Pérez Galdós*. Contiene el precioso volumen que tenemos á la vista *treinta* narraciones, que el simpático médico de los niños y distinguidísimo escritor Tolosa Latour titula modestamente *Niñerías*, y de las cuales dice, muy acertadamente, su ilustre prologuista Pérez Galdós, que son verdaderas *hombradas*, trabajos de mérito indiscutible, en los que se revela el estudio constante y la experiencia profesional de su autor.

Conformes en un todo con la opinión del maestro, creemos que el libro de Tolosa Latour obtendrá una acogida tan favorable como merecida, y que las *madres*, en particular, agotarán en breve la edición de la última obra del popularísimo médico de los niños. Precio: tres pesetas. Administración, Atocha, 133.

—

Los tomadores.—Sainete lírico en un acto y en verso, original de D. Antonio Fanosa y D. José Viera, música de D. José Sigler. *Teatro Cómico*, Sal, 3, tercero.—Precio: una peseta.

—

A principios de año dimos los **aguinaldos** á nuestros suscritores, y parece que se han quedado aficionados á los obsequios, porque ahora, con la renovación de semestre, hemos recibido varias cartas preguntando si daremos **alguna cosita** á los que renueven; y como nosotros no deseamos más que hallar ocasión para corresponder al favor del público, cueste lo que cueste,

REGALAREMOS:

A todos los suscritores á LOS MADRILES, de **Madrid y provincias**, que renueven la suscrición por **seis meses desde 1.º de Julio**, recibirán como **regalo** la preciosa novela **La mujer, el marido y la vecina**, original del festivo escritor Francisco Serrano de la Pedrosa, adornada con fotograbados de *Cuchy*, estampados en color.

A los que renueven por **un año**, d sde igual fecha, el mismo libro y un tomo de **Las novelas amorosas**, á elegir entre los cinco que hay publicados y cuyo anuncio insertamos en la última plana.

Los nuevos suscritores disfrutarán de iguales ventajas.

ADVERTENCIAS.—Para tener derecho á estos regalos es preciso hacer los abonos *directamente en la Administracion de* LOS MADRILES.

No se admiten libranzas especiales de la prensa, por las dificultades que hay para hacerlas efectivas.

Los precios de suscrición pueden verse en la primera plana.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CANTAR

¡Ay... Ay... Ayyyy!....
He pasao más trabajos
que pasó aquel que está arriba
el tiempo que estuvo abajo.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS.
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO.

AÑO II
29 de Junio de 1889.
NÚMERO 39.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LA BAÑISTA... CASERA

¡Cuán hermosa y hechicera!
¡Qué apetitosa! ¡Qué rica
vestida de esa manera!
¡Y pensar que es esa chica
una bañista *casera!*
Tiene horror al oleaje
y al tren, y por todo pasa
antes que hacer un viaje,
y la caseta y el traje...
¡son para bañarse en casa!
Tiene en bañarse interés;
pero lo notable es
que el agua la causa horror,
y por huir del calor
¡toma unos baños de pies!!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. **9** *pesetas.*
Seis meses............. **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

«Novedades, novedades,
¡á real y medio la pieza!
Todo bonito y barato,
¡quién lo compra, quién lo lleva,
á la quemazón, al saldo,
procedente de la quiebra
de los grandes almacenes
de una fábrica extranjera!
Novedades, novedades,
¡á real y medio la pieza!»

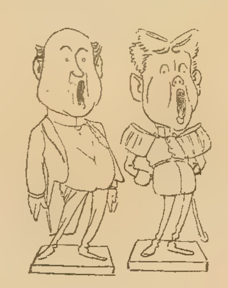
Así pregonaba un viejo
ayer noche, en la plazuela
de Santa Cruz, junto á un puesto
ambulante. Con presteza,
al oir lo de «novedades,»
yo, que ando á caza de ellas,
acerquéme al vendedor
rompiendo la valla espesa
de curiosos, compradores,
soldados, ratas, niñeras,
cesantes, desocupados,
esa *turbamulta* eterna
que el vendedor callejero
en torno suyo congrega;
y puesto en primera fila,
tropecé con una cesta
ancha y larga, negra y sucia,
y hasta el mismo borde, llena
de cien objetos diversos
que alumbraban cuatro velas.
Lleno de curiosidad
y con febril impaciencia,
dediquéme á revolver
los géneros de la *tienda*,
y convencíme que el viejo
no engañaba á su clientela
pregonando novedades,
pues que novedades eran
los infinitos objetos
que, por sus formas diversas,
la variedad de sus clases,
su elegancia y su riqueza,
pudieran muy bien llamarse,
con justicia manifiesta,
prodigios de la mecánica
y de la industria moderna.
Y todo casi de balde.
¡A real y medio la pieza!

—

Entre otras cosas, había,
en el centro de la cesta,
como en lugar preferente,
una colección completa
de unos muñequitos chicos
vestidos con ricas telas,
colorados de mofletes,
de actitud altiva y seria,
muy fruncidos de entrecejo
y la boca muy abierta;
tenían en el estómago
un resorte, una lengüeta,
que á la más débil presión
lanzaba una nota seca,
desapacible, estridente,
eco amargo, ronca queja,
como del que pide airado
el almuerzo ó la merienda.
«Estos son hombres políticos
de diferentes escuelas.»
Así pregonaba á voces
el vendedor de la cesta.
¡Cuidado si eran baratos!
¡A real y medio la pieza!
¡Pues no le compraban uno,
y había varias docenas!

—

Otro grupo de muñecos,
muy bonitos y arreglados,
llamó pronto mi atención,
y me puse á examinarlos.
Unos bebés. ¡Qué bebés!
Con el pelito rizado,
hermosos, barbilampiños,
tiesecillos y engomados,
con aires de suficiencia,
de altivez y de descaro.
Pero intrigóme una cosa
el ver que estaban pegados
de dos en dos, por parejas,
y quise enterarme, claro.
—¿Son los hermanos *Siameses*
que así van aparejados?
—Es la colaboración.
—¿Eh?—Son autores dramáticos
noveles.—¡Pues no me explico!...
—Es el último adelanto!
Ahora escriben por parejas.



—¡Qué demonios de muchachos!
¡Como la Guardia civil!
¡Y será bueno el trabajo!
¿Vendrán á regenerar
el arte?—¡Los doy baratos!...
¡á real y medio la pieza!
Y, en efecto, un empresario
los adquirió casi todos
para explotar un teatro.
¿Y el público? Se conduele.
Dice que resultan caros.

—

Otro grupo; gente buena,
muy estirada, muy fina,
panzuda, grave, con gafas,
vistiendo frac ó levita;
ancha calva, guante negro...
¡vamos, una romería!

—Estos muñecos, ¿qué son?
—¡Médicos especialistas!
Mucho bombo, mucho anuncio,
una clientela magnífica;
hay quien expulsa la ténia
con decirla: «Buenos días,»
y quien devuelve á los tísicos
la fuerza y salud perdidas
con dos tomas de un jarabe
de su invención exclusiva;
recetan bien, cobran ídem,
¡y á la ciencia dignifican!
¡A real y medio la pieza!
¡Glorias de la Medicina!
¡Pues no le compraron uno!
Y el pobre viejo decía:
¡Jesús, cómo está el comercio
de la coronada villa!

Representando las artes,
otro montón de muñecos
en un rincón de la cesta,
hacinados y revueltos,
esperaban compradores
que los sacasen del negro
cautiverio, pero en vano.
¡Nadie oía sus lamentos!
Y había cien ejemplares.
Allí estaban los toreros,
los de la chaqueta corta,
los del pantalón estrecho,
los de la trenza muy grande,
los del valor muy pequeño,
los distinguidos *maletas*
que se apellidan *maestros*
y del toro sólo saben
que embiste y que tiene cuernos,
diestros por cuya destreza
nadie daba real y medio.
Actores ¡qué digo actores!
—poner motes está feo—
cómicos sin equipaje,
sin dignidad, sin talento,
de esos que escogen papeles
y que piden mucho sueldo,
y luego reciben... *gritas*
y hablan mal del compañero,
del autor, del empresario,
del periodista, *¡del Verbo!*
y dicen *haiga* y *Grabiel*
y *cuála* y otros excesos...
En fin, cómicos de ahora,
artistas de á real y medio...
—De estos despachaba algunos.—
¡Anda tan escaso el género!
¿Y músicos?... ¿Y pintores?...
¡Jesús qué caterva de ellos!
Y todos malos, infames,
presumiendo en aquel cesto
sin que nadie se acercara
siquiera á ponerlos precio!

—

En vano el buen vendedor
pregonaba á voz en cuello:
«¡Novedades, novedades!»
«¡Gran barato, á real y medio!»
Las velas se consumían,
pasaba rápido el tiempo,
los mirones eran muchos
y los compradores cero,
y el comerciante decía
resignado y macilento:
«No es posible hacer negocio.
¡Tendré que bajar los precios!»

E. Navarro Gonzalvo

LA PIEDAD Y EL NEGOCIO

(Y VICEVERSA)

Aunque parodiando al insigne poeta Adelardo López de Ayala podríamos decir que

una cosa es la piedad
y el negocio es otra cosa,

acontece de vez en cuando que la piedad y el negocio andan confundidos y mezclados en esta vida agitadísima de Madrid, donde todo se explota y de cualquier noble sentimiento se hace mercadería.

Dícese—y es muy posible que sea verdad, porque de estas cosas estamos viendo con frecuencia;—dícese que el Ministerio de la Guerra se propone adquirir, en virtud de compra, el *hospital del Niño Jesús*, que poco há puso en venta su actual propietario (que no sé quién es, ni me importa). La traslación de dominio del benéfico establecimiento nada tendría de particular ni de lamentable; el hospital de niños se convertirá probablemente en hospital de soldados, y tan útil podría ser á la humanidad en este concepto como lo ha sido en el otro; pero... es el caso que, según manifestó, hace ya bastantes semanas, en el Congreso el ex ministro D. Manuel Pedregal, el carácter especial del *hospital del Niño Jesús*, á cuya fundación, sostenimiento y desarrollo ha contribuído eficacísimamente la caridad pública, no sólo autoriza al Gobierno á intervenir en esa venta, sino que hasta le impone la obligación de hacerlo así. Y no debieron de ser destituídas de fundamento las indicaciones del diputado republicano, cuando el Gobierno, por boca de uno de sus individuos, ofreció estudiar el asunto.

Ignoro si en efecto lo habrá estudiado—aunque me figuro que no;—porque con estas cosas de la *conjura* y de la suspensión de sesiones, y de la terminación de la legislatura cuarta, y de los borrascosos comienzos de la quinta, y tal y qué sé yo, ¿quién está para estudiar nada? ¡Gracias que no se le olvida á uno lo que tiene bien estudiado; pero la verdad es que el... negocio, llamémosle así, merece ser atenta y detenidamente estudiado.

Tengo yo acerca del decantado, y preconizado, y canonizado derecho de propiedad, mis opiniones particulares; sí señor que las tengo; ¿y por qué no había de tenerlas? es lo menos que uno puede tener, sus opiniones; que muchas veces, para lo que sirven, valdría más no tenerlas; pero, vamos, yo las tengo; no las expongo ahora, primeramente porque no vienen á cuento, y *segundamente* porque temo que mis lectores se asustarán de conocerlas; pero aun aceptando como buenas las prescripciones hoy vigentes sobre tan controvertida materia, eso de la venta del *hospital* es muy discutible y *está oscuro* y *huele á queso*.

Si un ciudadano ó una ciudadana (que para este caso son lo mismo) hubiese fundado ese establecimiento, y lo hubiese sostenido con sus recursos propios, y le hubiera dado desenvolvimiento con su inteligencia y su actividad, y ahora, cansado de ser benéfico y caritativo, ó pretendiendo dedicar sus capitales á empresas de otra índole, tratase de vender su finca, santo y muy bueno; suya era, y hacía con ella lo que le parecía conveniente; pero el hecho es que aquí han ocurrido las cosas de distinto modo, según tengo entendido.

Fundado el establecimiento para *hospital* de la infancia desamparada y menesterosa, se solicitó y se obtuvo él apoyo de la caridad pública. A labrar el edificio, á dotarlo del material necesario, á colocarle en situación próspera, contribuyeron no ya solamente los desembolsos del propietario, sino las limosnas constantes de personas caritativas. Es claro que esas personas, muchas de las cuales ni siquiera daban sus nombres, ni exigían recibo, ni mucho menos pretendían adquirir, cuando entregaban su óbolo, una participación grande ni pequeña en la propiedad; pero es claro también que al dar sus limosnas, al entregar sus donativos, entendían que á un fin determinado, y no á otro alguno, se destinarían siempre.

Son indudablemente copartícipes en esta propiedad el dueño de los terrenos y del edificio—en el supuesto de que el uno y el otro hubieran sido costeados por él solo,—y el Estado en representación de las personas caritativas que para fomentar y sostener el hospital del Niño Jesús han contribuído con sus limosnas.

Aunque un refrán, algo pesimista, aconseja aquello de *piensa mal y acertarás*, yo no quiero pensar mal en esto, ni trato de inducir á nadie en tentación de ser mal pensado; refiero los hechos, expreso las circunstancias, recuerdo la excitación—que tal vez se reproduzca pronto—de un representante del país, y dejo al lector curioso la tarea de obtener deducciones.

Pero es lo cierto que si se aceptaba y se admitía como legítimo este original procedimiento para adquirir propiedades con ayuda de limosnas y enajenarlas después, llegaríamos inevitable, necesariamente á parar á la realización de negocios piadosos y hasta de piadosas estafas; ya sé, todos lo sabemos, que esto de ahora ni es estafa, ni es siquiera negocio; pero sentado el precedente, precedente funesto, llegaríamos, sin remisión posible, á ingeniosas combinaciones que suponen una cosa y otra, ó quizá algo peor que ambas.

Por eso digo que al Gobierno (si á pesar de su ofrecimiento no ha estudiado el asunto), al público en general y á las personas caritativas en particular, interesa conocer lo que de su estudio resulte.

Sábese, por de pronto, que, á pesar del tiempo transcurrido desde que en el Congreso hablaron del asunto, las cosas continúan como estaban entonces, y se dice además que no faltará quien, perfectamente enterado de todo, reproduzca la excitación y dé sobre lo acontecido noticias interesantes.

Veremos, veremos.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL TIBOR

El Sr. López de la Crestería, comendador de la Real y distinguida orden de Isabel la Católica, del cuerpo colegiado de la nobleza, consejero de una porción de cosas, etc., etc., etc., llama respetuosamente á la puerta del gabinete de Clementina, á quien el mundo galante da el sobrenombre de *la de los rubíes*, por ser muy aficionada á ellos y tener muchos.

—¿Se puede?

En el gabinete nadie contesta.

Pequeña pausa.

—¿Se puede?

Igual silencio.

—¿No hay nadie aquí?

Quedándose también sin contestación, el señor de la Crestería levanta sigilosamente el pestillo, empuja con suavidad la puerta, cuyos goznes lanzan un grito agudo, como si tuvieran la consigna de avisar la llegada de los importunos. La *portière*, que parece ser cómplice de los susodichos goznes, sujeta contra la pared con el respaldo de una silla, se resiste á dejar el paso franco, como si tratara de dar tiempo para evitar una sorpresa.

El señor Comendador, etc., etc., consigue, por fin, asomar la cabeza entre las colgaduras.

Un triste espectáculo se ofrece á su vista.

Clementina está tendida sobre un sofá, con la cara oculta entre sus brazos desnudos, que se apoyan sobre el del mueble. El corsé, de raso negro, sale de la cintura de un refajo de seda azul con encajes, que deja asomar por el otro lado unos diminutos piés, que lucen, sobre media negra, ricos zapatos de tafilete.

Clementina llora á lágrima viva.

¿Quién, al verla en aquel traje y en aquella posición, no hubiera tratado de consolarla?

El mismo señor Consejero de una porción de cosas no pudo resistir á este deseo, y llegándose junto á la triste criatura, é inclinándose hacia ella, preguntó:

—¿Qué es eso, hija mía? ¿qué sucede?

La desgraciada joven, sin moverse, lanzó un fuerte sollozo, por toda contestación.

—¿Qué te pasa, vida mía?

Nuevo sollozo.

—Mírame, hijita; soy yo, tu Pichichi, como tú dices. Mírame, bien mío, que pueda yo enjugar ese llanto.

Clementina, sin abandonar su postura, llora aún más fuerte que antes, y como su Pichichi, no contento con el resultado de sus palabras, pasase á las obras cogiéndole un brazo para separárselo de la cara, ella, haciendo una fuerte contracción, parecía que trataba de embutirse en el brazo del sofá para defender su rostro de las miradas de su amante.

Súplicas, ruegos, cariñosas amenazas, promesas y halagos, todo fué en vano. Pichichi no conseguía más que irritar el dolor de la desconsolada joven, que permanecía muda y pegada al sofá *como se pega el muérdago á la encina.*

PABLO Y VIRGINIA

¡Ave María Purísima!

—¿No le parece á usted que este año está más salada
mar?
—Es que ha escupido en ella mi niña.

¡Las cosazas que ellas
en desde ahí!...
PRIMERA IMPRESIÓN
—¡Ay!...
SEGUNDA IMPRESIÓN
—¡Ay! ¡Ay!...
SUSANA EN BAÑOS
A. PONS
la
—Haga usted favor de entrar en el agua con cuidado, porque ahora está subiendo la marea y sería posible un desbordamiento.
(No hay tercera impresión.)

Desesperado de alcanzar respuesta, salió del gabinete decidido á interrogar á la doncella y obtener de ella, *á toda costa*, noticias del suceso que tanto pesar costaba á su señorita.

—¡Ramona, Ramona!

—¿Qué se le ofrece al señor?

—¿Qué pasa aquí? Conteste usted pronto.

—Yo no sé nada.

—¿No sabe usted que la señorita está llorando á lágrima viva?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

No puedo decirle al señor.

—Usted debe saberlo.

—Señor, yo...

—Usted lo sabe.

—Yo, señor...

—¿Por qué no ha de decírmelo usted?

—Por... porque me lo ha prohibido la señorita terminantemente.

—Esa conducta la honra á usted; la fidelidad es antes que todo; pero si me lo dice usted, no ha de pesarle.

—Pues bien, se lo diré al señor todo; pero ha de prometerme que no ha de decir por dónde lo ha sabido.

(Esto lo dice Ramona después de haber recibido en su blanca mano una monedita de cinco duros.)

—Mire el señor: lo que ha pasado es que la señorita ha roto, sin querer, aquel jarrón japonés que le regaló el señor el mes pasado. Estaba la señorita tan contenta con él, que no hacía más que mirarlo y enseñárselo á todo el mundo, diciendo con orgullo que se lo había regalado su... su Pichichi, con perdón del señor. Me dijo que no quería de ningún modo que se lo dijera, porque el señor querría comprarle el compañero, que quedó en la tienda, y no era cosa de que se gastara otros 30.000 reales.

—¿Hay otro en la tienda? Pues corro á buscarlo.

—

Al salir, Pichichi encuentra en la escalera á Asunción, la amiga íntima de Clementina.

—Asuncioncita, hágame el favor de ver si puede consolar á la pobrecita Clementina, que está inconsolable porque ha roto el tibor japonés que le regalé el día de su santo.

—¿Aquel tan hermoso que tenía sobre el velador?

—El mismo.

—¡Qué lástima! Con razón estará triste.

—

Al día siguiente volvió Asunción á casa de Clementina, y al ver sobre el velador un rico tibor japonés de elegante forma y vivísimos colores, preguntó á su amiga:

—¡Hola! ¿Te ha regalado Pichichi otro jarrón?

A lo cual respondió Clementina riendo:

—Me lo ha vuelto á regalar. Es el mismo.

José Estremera

TORTURAS ARTISTICAS

Sr. D. Eduardo Navarro Gonzalvo.

Querido amigo, paisano y director: Me honras por todo extremo pidiéndome un *articulejo* para ese acreditadísimo periódico.

Como las múltiples obligaciones que hoy por hoy me agobian, no me permiten emborronar cuartillas, te acompaño copia de una carta que acabo de recibir.

En mi opinión, es curiosa.

Si crees lo mismo, estámpala en las columnas del semanario que para acrecentamiento de tu buena reputación literaria tan inteligentemente diriges.

No *quito motas* á nadie. Mi elogio es sincero.

Te quiero mucho.

Pero el cariño no me ciega... y...

Echo por el atajo, porque siguiendo por el *arrecife* de mi cariño—bonita frase—te llenaría de flores y piropos, que no aceptaría tu modestia.

Basta, pues, y al grano.

He aquí la copia:

Sr. D. Rafael María Liern.

Mi distinguido señor y amigo:

No se ofenda de lo que voy á decirle.

En mal hora busqué la influencia de usted para ser nombrado director artístico del teatro de... cuyo nombre no quiero acordarme.

No olvido su frase de despedida:

—¡Ay de usted si mi recomendación es eficaz!

¡Como me atiendan, ya le ha caído á usted que hacer!

Pues le atendieron, amigo mío; el señor empresario se apresuró á servir á usted, y á mí por ende.

¡Dios se lo pague y se lo tome en cuenta al mismo tiempo!

Me paga puntualmente las nóminas, porque es honrado, y si bien es cierto que cumple como bueno abonándome lo estipulado por precio de mi dirección artística, no lo es menos que debía triplicarme el sueldo, porque no paga, ni con mucho, los sufrimientos morales inherentes á mi cargo.

¡Cuánto sufro, querido señor!

Los artistas me dan mucho que hacer; pero las penas que me producen son tortas y pan pintado comparadas con las que me originan los... Después los nombraré.

¡Carne de gallina se me pone al tener que nombrarlos!

¡Con qué férvido entusiasmo tomé las riendas artísticas de este coliseo!

Hice su reglamentito y todo, y he tenido el gusto de ver que no ha servido para maldita de Dios la cosa.

Reglamentar á los actores es más difícil que guardar agua en una cesta.

Salvando excepciones honrosas, siguen los artistas acudiendo á los ensayos con una puntualidad parecida á la que disfrutan los maestros de escuela en el cobro de sus haberes.

El ramo de barítonos, sobre todo, está dejado de la mano de Dios.

El de mi Compañía priva justamente con el público, pero no abre la boca para ensayar hasta las tres de la tarde, lo menos.

Continúan los artistas aprendiendo los papeles fuera de casa, es decir, en el teatro, cuando los recita el apuntador, de cuya voz están pendientes en todas, absolutamente en todas las representaciones.

Tampoco abandonan el oficio de *tocineros artísticos*.

La confección de la *morcilla* es su fuerte.

Comienzan á hacer *los embutidos* desde los primeros ensayos, y cuando una obra lleva siete ú ocho representaciones, convierten el escenario en *una tabla de fresco*.

Y menos mal cuando *la morcilla* es sabrosa, lo cual sucede pocas veces.

La mayoría de ellas resulta insípida, y sirve sólo para solaz de los actores que se ríen del público en sus propias barbas.

¡Oh decoro artístico!

Pero no es mi propósito enumerar los sinsabores que los artistas producen al director, no contagiado, de las *corrientes actuales*.

Hoy quiero hablar únicamente de... de... de *los autores*.

Ya los nombré.

Ocioso será consignar que no hablo de los autores verdaderos, para los cuales no tengo más que respeto profundo y admiración sincera, sino de los autores *soi-disant*; de aquéllos que, arrastrados por el torbellino que amenaza destruir cuanto de artístico queda *en el teatro por horas*, enristran la péñola y emborronan cuartillas como quien pone la cuenta de la lavandera, sin conocer siquiera la gramática, ni haber oído hablar de otro Hermosilla que el torero, ni de más Calderón que *el Dientes*.

¡Qué cantidad de obras vengo obligado á leer á la semana!

¡Y qué calidad!

Para que comprenda usted toda la extensión de mi amargura, voy á copiar algunas lindezas de unos cuantos juguetes que tengo á la vista.

Véase la clase: Tetuán.—Monada cómico-lírica en un acto y en verso, original de...

Música del maestro...

Personajes: Mona.—Monona.—Monina.—Monísima.—La mona que se viste de seda.—La mona que se queda.—El gran Mico.—El mico *equis*.—El micho *hache*.—Mico 1.º—Mico 2.º—Coro general de monas de buena familia.

La acción pasa en Tetuán.

Epoca: catorce días antes de la toma de los Castillejos por el general Prim.

Representa el teatro las murallas de Tetuán, *con almenas practicables*.

Sale el coro de micos meneando los rabos y batiendo palmas, y dice:

Coro.—Música.

"En ocasión tan placentera
todo es alegría;
por eso este día
todo huele á primavera.

. . . .

¿Se entera usted, querido?

Pues esto es lo mejor de la obra.
Ahí va la muestra de otra.

AL RAYAR EL ALBA.—Juguete lírico-matutino, etc., etc.

Representa el teatro una plazuela, una calle ó cosa así.

Sale Perico, tambaleándose como los demás borrachos. Cae tres veces, se levanta *á la cuarta*, y exclama:

"Pues yo no estoy beodo,
y sin embargo, ya tengo barro en el codo."

. . . .

¿Hubiera usted seguido leyendo el juguete matutino?

¿A que no?

Ni aunque hubiera sido del *lucero del alba*.

Pues lo mismo he hecho yo.

Tercera muestra... y basta.

Anteayer me trajo un *joven gentil y apuesto* un libro titulado: LA EXPULSIÓN.

Era un primor caligráfico.

Al leer el título, supuse que se trataba de algún episodio de nuestra Historia, de algo relacionado con la expulsión de los moros.

Pues no, señor; óigalo usted bien; no, señor: se trataba de la expulsión DE LA TENIA.

¡¡Y la operación se practicaba á la vista del público!!

El protagonista era un comandante retirado, tronadísimo á consecuencia del vicio del juego, y había adquirido la enfermedad *haciendo solitarios*.

Si no cree usted cuanto le digo, hable francamente y le enviaré las obras.

LA EXPULSIÓN la tengo en un frasco de aguardiente, como las guindas.

Consuéleme usted con dos letras cariñosas, y cuente siempre con el invariable afecto de su devotísimo amigo,—*Fulano de Tal.*»

Por la copia,

RAFAEL MARÍA LIERN.

P. D. Contestaré á las injusticias contenidas en la carta anterior, y te remitiré copia de mi epístola.—*Vale.*

WERTHER

Tuvo aquella entrevista el carácter misterioso, necesario á toda confidencia... Los dos estaban solos.

Él comenzó á hablar alegremente de cosas sin importancia, y de pronto, poniéndose serio, sin poderse contener:

—Tengo el presentimiento, Carlota, de morir muy pronto, y de morir de mala manera... Sí, créame usted, añadió; yo voy á tener un fin trágico...

Carlota le interrumpió riendo:

—¿Va usted á casarse?

—No, ya sabe usted que yo no puedo casarme estando usted casada.

El diálogo se hacía difícil. Ambos guardaron silencio.

—¿Conoce usted las obras de Goëthe?

—¿Goëthe? ¿El autor de *Fausto?*... ¡Hermosa ópera!

Callaron de nuevo. La ignorancia de Carlota, una de tantas mujeres superficiales como pululan por los salones, había disgustado á su acompañante.

—¿Y por qué la pregunta?

—¿Decía usted?... ¡Ah, señora! porque yo voy á morir lo mismo que el protagonista de una de las más hermosas novelas del escritor alemán: lo mismo que Werther.—Sin duda no conocerá usted esa historia, ¿verdad?

—No...

—Una historia muy extraña. Un loco, quiero decir, un enamorado, que se suicida... Una esposa fiel hasta la crueldad... Un marido modesto, ó sea un hombre todo lo menos marido posible...

—¿Y qué relación trata usted de establecer entre esos personajes y nosotros?

—Ninguna. A usted no me atrevo á juzgarla; su marido de usted es un marido en toda la extensión de la palabra, y en cuanto á mí...

—Usted se reservará el papel de loco, quiero decir, de enamorado.

Se echó á reir.

—¡Qué romántico es usted!

—Ríase usted todo lo que quiera; pero yo le aseguro que existe una extraña analogía entre mi vida y la vida de ese desventurado Werther. Ambos hemos amado y hemos olvidado más tarde, y hemos vuelto á amar de nuevo... Ambos hemos tenido la desgracia de enamorarnos de mujeres casadas, convencidas de su deber, incapaces de anteponer el amor á la honra...

Y, por último, para que la semejanza sea absolutamente completa, yo... ¡Ah, señora! No se ría usted, hablo con entera sinceridad, tendré el mismo fin que Werther... ¡Me mataré!

Hizo una pausa, una pausa de efecto; y luego, en voz muy baja, como si hablara consigo mismo:

—Sí... el suicidio. ¡La solución de todas las soluciones!

—Amigo mío, ¡qué exagerado es usted! Es decir, ¡qué poco razonable!...

El no la contestó; llevóse las manos á los ojos y permaneció breve rato en silencio, horriblemente emocionado, sin fuerzas para hablar.

—Perdóneme usted, dijo después, algo más sereno. ¡Ah! Debo parecerle á usted demasiado ridículo, ¿no es verdad?

—¡Oh, no! No piense usted tal cosa...

Se puso en pie.

—Dispénseme usted si la he molestado.

—¿Se va usted ya? ¿Hasta cuándo?

El mísero sonrió.

—¡Quién sabe! ¿Acaso tiene usted interés en que vuelva?

—Sí... desde luego. Ya sabe usted que le considero como uno de mis mejores amigos.

Y recalcó esta última palabra.

—¡Ah, señora! Si usted quisiera...

—Amigo Werther, contestó ella sonriendo, no me pida usted imposibles.

—¿De modo que me condena usted?

—Sí, á que sea mi amigo.

Y bajando la voz en tono confidencial:

—¿No exagera usted su amor? ¿No me miente usted? ¿No se engaña usted á sí mismo?

Fué su respuesta una exclamación.

—¡Señora!

—En ese caso, prométame usted no ser tan romántico y tener un poco de paciencia.

Y tendiéndole graciosamente la mano en señal de despedida:

—Quiero que me preste usted esa novela.

—*¿Werther?*

—Sí: deseo saber si existe efectivamente esa analogía entre usted y ese desgraciado.

—¡Ah! ¡Gracias, Carlota!

—Conque... hasta cuando usted quiera.

Se estrecharon de nuevo las manos.

—

Dos días después recibió el protagonista de esta historia un ejemplar de la célebre novela de Goëthe, acompañado de la siguiente carta, firmada por Carlota:

«¡No quiero que tengas el mismo fin que Werther!»

MIGUEL SAWA

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—Hija mía, ha llegado el momento de que luzcas tus. . *habi lidades.*

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Rea, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
6 de Julio de 1889.
NÚMERO 40

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EUGENIO SELLÉS

Es el actual gobernador de Granada uno de nuestros más distinguidos escritores.

Sus compañeros en la prensa periódica, y su bellísimo libro *La política de capa y espada*, diéronle muy pronto justa notoriedad; pero donde Sellés alcanzó sus triunfos más legítimos fué en el teatro. Como autor dramático figura en primera línea. El éxito de su drama *El nudo gordiano* fué un verdadero acontecimiento literario, y es lástima que el reputado escritor abandone á Talía, necesitada hoy como nunca de campeones de su talla, y gaste su actividad y su inteligencia en el campo de la política.

Lo comprendemos, sin embargo, aunque lo lamentamos.

¡Es la vida tan cara y se cotiza la gloria tan barata!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Trimestre. . . . . 2 pesetas
Semestre. . . . . 4 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas*.

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Y llegó el momento crítico de escribir esta sección, y devoré con febril ansiedad las columnas de todos los periódicos en busca de noticias y acontecimientos que pudieran suministrarme materiales para mi tarea.

Pesquisa inútil; trabajo improductivo.

Maquinalmente púseme á tararear aquello de *La Bruja*:

> Todo está igual,
> parece que fué ayer.

Seguía el debate político su cansado é interminable curso; seguían los padres de la patria presentando á cientos las exposiciones en favor de la pobrecita agricultura y los intereses materiales, hasta hace poco en lamentable olvido, y seguía sin discutirse el sufragio universal.

Continuaban los revisteros de salones publicando la lista de las personas de *viso* que abandonaban la coronada villa, y dando noticia circunstanciada de las bodas realizadas ó en proyecto entre la gente *comm'il faut*.

Cosas todas muy interesantes.

Y continuaba el cartel del Circo de Rivas anunciando zarzuelitas del repertorio antiguo, esperando el gran acontecimiento. El estreno de *El cocodrilo*.

Y Felipe y Maravillas se dormían también sobre sus laureles, prometiendo asimismo no sé cuántas novedades. Novedades que tampoco daban el Circo Hipódromo ni el Circo de Price.

Comenzaban los Jardines del Retiro á verse concurridos, gracias al calor que se deja sentir hace unos días, y continuaba la Montaña rusa en su apogeo y esplendor.

¡La Montaña rusa!

Desde el mismo día de la instalación se puso de moda este espectáculo.

Que lo digan, si, no las *niñas intrépidas* que se entregan con loco entusiasmo á los azares del vertiginoso viaje, lanzando agudos gritos y sonoras carcajadas, y pidiendo la *repetición de la suerte* cada vez que la vagoneta las deja sanas y salvas en la plataforma de partida.

Y es de ver la amable sonrisa, la cariñosa solicitud con que los caballeros estrechan el talle de la asustada compañera de viaje, ofreciéndole protección y desinteresado amparo, jurando arrostrar por ella todos los peligros de la expedición.

Afortunadamente, no hay peligro alguno, y la proverbial hidalguía española, como diría un clásico, no tiene ocasión de probar su arrojo.

Pero demuestra su amabilidad y su galantería, é indudablemente esto anima mucho á las muchachas.

Y á las mamás.

¡Quién es capaz de asegurar que uno de aquellos rápidos viajes no termine en la Vicaría!

En cuyo caso no hay choque ni descarrilamiento.

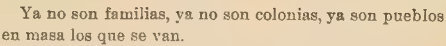
Pero la catástrofe es inevitable.

—

Nada menos que un pueblo entero, de Andalucía, proyecta emigrar á Buenos Aires.

Ya no son familias, ya no son colonias, ya son pueblos en masa los que se van.

La activa propaganda de los agentes de la emigración da sus legítimos frutos.



Allá se fueron maestros de escuela, artistas, abogados, hombres de negocios, periodistas, actores y braceros, en busca de las comodidades y el bienestar de que aquí carecían; pero se marchaban aislados, poco á poco, en pequeños grupos; hoy ha tomado la emigración tan grave aspecto, que ya es un pueblo el que con el cura, el maestro, el médico, el juez municipal y el albéitar á la cabeza, abandona la madre patria, para llevar á extranjero suelo su actividad, su inteligencia, toda su vida, toda su sangre.

La gravedad del caso merece que nuestros hombres de Estado fijen en ello su atención.

Esta no pasa de ser una humilde opinión nuestra; pero si es más importante, por ejemplo, saber quién llevó el recado al Sr. Martos para que abandonase la mesa presidencial, siga el debate político unos días más, y *tutti contenti*.

—

El antiquísimo *timo* del violín ha vuelto á ponerse en acción por los *industriales* de Madrid.

El Stradivarius dejado en prenda en un establecimiento por unos pobres diablos que ignoran el valor de la alhaja; el duque que se apea del coche, entra á comprar una friolera y por *casualidad* repara en el instrumento; las exclamaciones de asombro, los gestos de admiración y el preguntar con solícito interés por el precio de la *alhaja*. La oferta espléndida, las señas del domicilio indicadas en blasonada tarjeta y la *prima* ofrecida al cándido industrial si logra que se efectúe la solicitada venta; éstas son las primeras escenas de la tragi comedia cuyo desenlace ha de arrancar muy pronto gritos de dolor al codicioso comerciante.

Después, los propietarios del violín que vienen á recoger la prenda empeñada, pagando el exiguo gasto á que ésta respondía. Las ofertas de compra que, espoleado por la ofrecida *prima*, hace el *primo* del depositario; la resistencia de los *inocentes chicos* á vender; la lucha entre *timadores* y *timado*, que en el caso presente sufre el castigo de su codicia, y, por fin, el trato que se cierra, el industrial que se queda con la *carraca* por un precio fabuloso, y después...

El señor duque que no parece por ninguna parte; el examen por un inteligente del *instrumento* en cuestión, que resulta ser un violín de seis pesetas, y la desesperación de la víctima, á la que no queda otro recurso que apelar á Poncio Pilatos, sentar la suma estafada en su libro de caja como partida fallida, y no poder siquiera protestar del *fallo* de la opinión, que en este caso no puede serle, en realidad, muy favorable.

Esto es lo que ha ocurrido, según refieren varios colegas, á un acreditado pastelero de esta corte.

¡Buena empanada le metieron aquel día en el horno, pero buena!

E. Navarro Gonzalvo.

Tarde de toros.

Es de Mayo en los comienzos
y al comienzo de una tarde.
El sol prepara en sus rayos
los rayos caniculares,
y hay más aroma en las flores,
más perfumes en los aires,
y más pájaros que trinan
guarecidos en los árboles.
Las rejas van ostentando
de claveles rojo esmalte;
ya la alegre enredadera
trepa al balcón abrazándole,
y las margaritas brotan,
y los girasoles nacen,
y hay en todas partes vida,
y hay amor en todas partes.
Todo es sol y todo ráfagas,
todo es adornos brillantes,
y flores, rasos y sedas,
mujeres reflejo de ángeles,
y bocas que son cascadas
de perlas y de rosales.
Como dibujos de nieve
que acarician los semblantes,
las blondas de las mantillas
van en los rostros posándose,
y en el centro de aquel marco,
dándole mayor realce,
hay negros y espesos rizos,
juguetones como el aire,
y como el raso sedosos,
y como el raso brillantes.
Que es día de fiesta dicen
las mujeres y los trajes;
que rebosa la alegría,
lo demuestran los semblantes;
y que la española tierra
de las hermosas es madre,
las españolas pregonan
con su hermosura y donaire.
En las calesas se lucen
pies calzados de granate;
los caballos andaluces,
por no desmentir su sangre,
saltan, corren, bullen, giran,
y por el pretal flotante
arrojan espuma hirviente
que en el suelo se deshace.
Sobre la albarda lujosa
que se fabricó en Linares,
lucen, bordados de plata,
los pañolones de estambre
con borlas de mil colores
y mantas de mil ojales.
Un laberinto de notas
compitiendo en lo brillantes;
un torrente de hermosura
desbordado por las calles,
una bacanal de luces,
un hervidero de sangre,
una eterna carcajada,
cien bruñidos correajes,
y muchos trajes de seda
guarnecidos de alamares,
esto es la marcha á los toros
al principio de la tarde.
Y mientras que todo el pueblo
inundando está la calle,
y el sol no tiene en su foco
más que tintas de granate,
y la alegre enredadera
trepa al balcón abrazándole,
y las margaritas brotan
y los girasoles nacen,
y hay en todas partes vida
y hay amor en todas partes,
la esposa de aquel torero
que es el héroe de la tarde,
ante una imagen bendita
de la Paloma ó el Carmen,
enciende luces y reza
á la Reina de los Angeles...

C. Ossorio y Gallardo.

VARIETÉS

Hasta la hora de cerrar este número no he recibido carta de M. Boulanger.

Ignoro si estará resentido conmigo, ó enfermo, ó si será que no tenga el gusto de conocerme.

Por mi parte, declaro que es uno de los hombres generales que me dan en qué pensar.

¿Será un genio? ¿Será un partiquino?

Encerrado en el formulario para escribir cartas y manifiestos al uso moderno, es impenetrable, en sentido figurado.

La duda me Deroulède (que quiere decir: «Me perturba.»)

En cambio he sabido del *Gordo*, del *Gallo* y de *Lagartija*, que también son espadas de cartel en España.

Según los periódicos y lo que me ha dicho otro torero, han salido *incolumnes* hasta ahora.

Los españoles *pudientes* han asistido á la plaza de la Federación para ver los borradores de corrida de toros, saliendo por *pieses*.

Es decir; prometiéndose á sí mismos no volver hasta que Boulanger reviente en Francia.

Esto no significa que *reviente en Francia*, sino que vuelva á Francia.

Porque si eso sucediera, aquella nación se vigorizaría, y una de las primeras reformas trascendentales del general sería, indudablemente, la desamortización de los cuernos.

Entre tanto no agarrará el espectáculo en París.

Así lo temen los mismos diestros escriturados.

«Y cuidado que es buen país, escribe uno de los que están allí funcionando, si no fuera por la Sociedad de animales y plantíos, que tienen *mu* mala gente. Con decir que nos *chiyan*, está dicho todo.

»Son unas personas que comen cabayos y que no quieren que los maten. Que es lo que yo digo: pues esos cabayos que dan en los *restauranes* del arma, vamos, en los económicos, serán los caballos que se mueran solos ó que se suiciden, ó los cabayos de los cuatro palos de la baraja.

»Aquí se pega una *patá* á un senador y puede ser que no pase ná. Pero como se le pegue á un poyino, se echa la Sociedad encima y á morir. Va un hombre á Cayena, que es lo que en nuestro país decimos cadena *ú* presidio.»

Decir que la fiesta de toros tiene algo de alemana, es como decir que Gayarre tiene algo de Juan Breva.

¡Qué cosas tan notables ocurren en los países adelantados!

Señoras y señoritas que reparten hojas impresas contra las corridas de toros, como pudieran repartir *Le Petit Journal*.

Una *miss* que en un teatro se arroja desde un palco á las butacas sobre varios espectadores. Aquí no hemos llegado aún á esas *mademoiselles* ni á esas *mises*.

Ello es que las corridas de toros no quedarán en París como fiesta popular. Tal vez, andando el tiempo, lleguen á convencerse de la necesidad de dar sa ida á los toros del país.

Pero hoy es inútil el conato de implantar la tauromaquia en París. Precisamente cuando, incitados por el porvenir brillante que brindaba á la juventud la capital de la República vecina, se disponían á abrazar el arte del toreo.

Ya recorrían el país varios agentes taurinos en busca de muchachos con afición y facultades para la profesión.

Uno de esos agentes de puntas se presentó en Almería para reclutar mozos aficionados con el fin de llevárselos á Granada, donde pensaba fundar una academia taurina teórico-práctica.

Pensaba haber colocado la primera piedra el día de la coronación de Zorrilla.

No sé si la primera piedra ó el primer cuerno.

Pero se lo quitaron de la cabeza algunos amigos.

Sin embargo, han desaparecido de sus casas varios jóvenes.

Caballeros particulares que proyectaban soltarse á pedir pan, vino y de la *viande* en *français*, y á rejonear animales y plantas ó á parear con escarapelas, y á señalar la *morte* á *volapuk* en los rubios de las reses vacunas ó lanares ó de cerda, han sufrido horribles desencantos. Conozco á varios que se dejaban el pelo y que vuelven á dejarse la barba.

Había quien, para acostumbrarse, andaba por casa con taleguilla, y faja, y medias de seda, y zapatillas para torear.

Y es lo que me decía conmovido: —¿Qué voy á emprender ahora que dé resultado pronto y ventajoso?

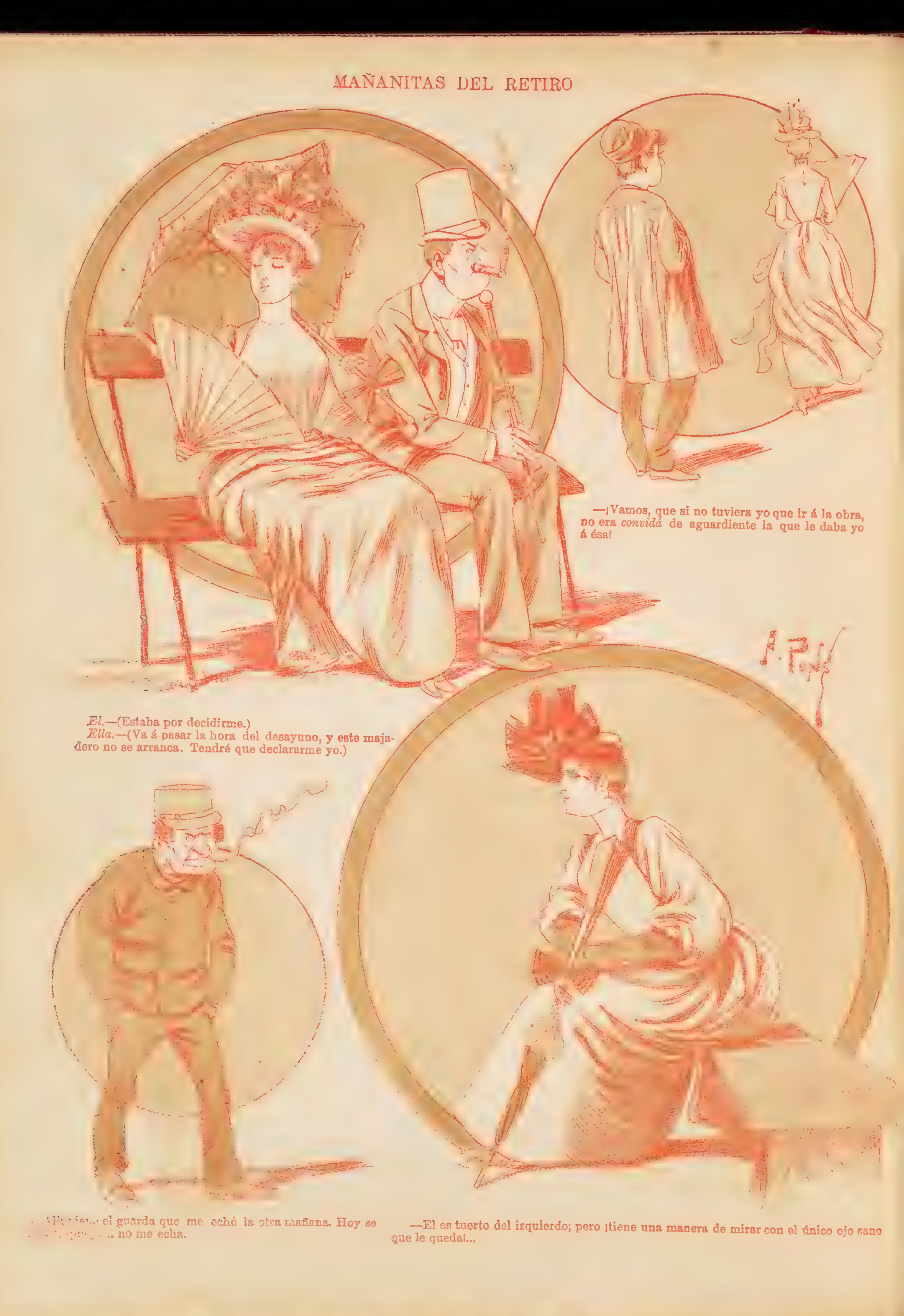
Y la «parienta» le respondió: —¿Por qué no pruebas á meterte diputado?

Eduardo de Palacio.

OYE... CONCHITA

—No llores tú, chiquilla, que yo te quiero
con más fe que en los cielos cree un cristiano,
y sabes demasiado que yo me muero
por ese cuerpo tuyo, tan retrechero
y ese talle que tienes, tan regitano.
Ya sabes que tus ojos me dan *achares*
si miran á los hombres por darme celos;
ya sabes que la causa de mis pesares
son las gracias que tienes por centenares
y esas dulces miradas de tus ojuelos.
—¡Que yo no fuí de *juerga*, vamos, chiquilla!
Eso es sólo un *infundio* de la Manuela.
Sécate ya esos ojos, anda, loquilla.
Ni yo bebí una caña de manzanilla
ni hubo tales flamencas, ni tal vihuela.
—¿Te serenas, lucero?... ¿Te has convencido
de que es una calumnia que han levantado?
¡Dejar de mis amores el dulce nido
y buscar las dulzuras de amor fingido!...
¡Vamos, mujer, vergüenza me hubiera dado!...
Dame un beso, cielito .. ¡vamos, monada!
¿Te duran los enojos? dí, vida mía...
Alegra esa carita tan resalada,
que te pones muy fea cuando enojada
destierras de tu rostro tanta alegría.
Sonría esa boquita, y olvida el dolo;
déjate ese peinado, que estás muy mona;
ponte bien el pañuelo, vamos á Apolo,
que tengo dos pesetas para que colo-
carse pueda á tu gusto, tu real persona.
Y á incurrir ya no vuelvas en tonterías
por celos que supones en tus quimeras
si te cuentan infames habladurías.
Yo no he dicho á ninguna... «¡por ahí te mueras!»
Lo menos... ¡ya lo creo!... sus quince dias.

Enrique López Marín.

MAÑANITAS DEL RETIRO

—¡Vamos, que si no tuviera yo que ir á la obra, no era *convidá* de aguardiente la que le daba yo á ésa!

El.—(Estaba por decidirme.)
Ella.—(Va á pasar la hora del desayuno, y este majadero no se arranca. Tendré que declararme yo.)

—[illegible] el guarda que me echó la otra mañana. Hoy se [illegible] no me echa.

—El es tuerto del izquierdo; pero ¡tiene una manera de mirar con el único ojo sano que le queda!...

MAÑANITAS DEL RETIRO

—Oiga usted, lucedo. ¿Quiere oid dos padabitas tiennas?

MONÓLOGO

—El me diría ¡mona! yo le diría ¡mono!... Y nos oia un guarda y nos encerraba en la jaula.

—Y [illegible] te enteres bien del Retiro, entérate de lo que cuest[illegible] [illegible] y di que nos [illegible] igan media docena. [illegible]

—¡Ay! Allí están las de Rábanotierno. ¡Si me ven con este t[illegible]aje color crema, van á tomarme por un barquillo!

CALVARIO TEATRAL

Amigo Eduardo: Al entrar ayer en el Círculo Artístico, me entregó Pepe un voluminoso pliego, del que te doy traslado por si puede servirte de original. Dice á la letra:

«Sr. D. Calixto Navarro.—Muy señor mío y de toda mi consideración: Usted regularmente ya no se acordará de mí; pero yo soy aquel joven rubio á quien quisieron echar del tranvía por no tener más que una peseta, que resultó falsa, y al cual usted redimió abonando los diez céntimos.

»Después le he visto á usted en varias contadurías, y mi natural cortedad me ha impedido acercarme á saludarle; pero aquel noble desprendimiento no se apartará nunca de mí, así como la peseta, que aún no he podido pasar.

»Y vamos al asunto. Yo soy autor, es decir, quise serlo, por más que hoy ejerza en este pueblo de albéitar auxiliar por mandato paterno; pero mi estancia en esa maldita villa no tuvo otro fin que el de practicar la literatura en fracciones, cosa que no pude realizar por las razones que más abajo verá. Yo soy manchego, y estoy avecindado en este pueblo de Cabeza de Buey, y usted dispense: el maestro que instruye á la infancia fué á esa á gestionar el cobro de unos atrasos, y al regresar hace ocho días, sin haber conseguido cosa mayor, entre los papeles que envolvían la merienda vi un periódico con muchos colorines, que lleva por título Los Madriles, y está dirigido por un señor Navarro Gonzalvo, que no sé si será algo de usted, pero en cuyas paginas leí cosas que abrieron la mal cerrada llaga de mis pasadas ilusiones, muertas en capullo.

»Allí, entre manchas de aceite y restos de escabeche de rueda, leí un artículo de un señor director, lamentando los sinsabores de su retribuído cargo; y por más que yo no ponga en duda los legítimos motivos de sus quejas, entróme á mí la gana de quejarme también, cosa que, en verdad, no se me había aún ocurrido, y díjeme para mis adentros: «Pues si este buen señor reniega de su suerte cuando parece que la fortuna le sonríe, y á su criterio se someten otros menos en candelero, ¿por qué los desheredados de las bambalinas no hemos de poner el grito en el cielo?»

»Entonces me acordé de los diez céntimos, que aún le adeudo á usted, y dije: «Por si ese Sr. Navarro del tranvía le toca algo á ese otro señor de Los Madriles, aquí que no peco; y ahora entra lo de mi estancia en Madrid y el martirologio literario que recorrí en el pueblo clásico de los mangueros uniformados.

»*Las ligas de mi morena* se titula un juguete lírico que, sin música, llevaba yo en el bolsillo cuando me apeé en la estación del Mediodía, y en la posada del Peine, que es donde dormí las dos primeras noches, puede usted preguntar: no hay mozo á quien no se le haya leído, y si les gustó ó no, ahí están ellos para decirlo.

»Por recomendación de uno de ellos, que tenía una prima corista en el teatro de Apolo, fuí á dicho teatro, en el cual el Director me dijo que si la obra no tenía coros y alusiones políticas, era inútil leerla.

»Aquella noche la pasé en claro: introduje dos coros de vecinas murmuradoras, y al portero de la casa lo hice cesante en puertas, en vez de guardia de orden público, y dicho se está que un cesante tiene que hablar mal del Gobierno.

»La alusión más modesta era llamar ladrón al director del ramo; pero cate usted que el empresario era primo hermano de un concejal, y apenas llegamos á los chistes políticos me dijo con muy malos modos que en su teatro no se hacían semejantes majaderías.

»El Director que me había aconsejado las modificaciones se encogió de hombros, y aquella noche fué repuesto en su empleo el portero de mi juguete.

»Eslava fué mi segunda estación, y aquí fué el título la piedra de toque, porque, lo que me dijo el Director: «Bien que en el texto se tome usted libertades. . pero en el título...

»Eso de las ligas... es meterse en unas interioridades...

»Nuevo arreglo y nuevo título: *El matiné de mi morena.*

—»Esto ya es otra cosa; mas tropezamos con un inconveniente.

—»Usted dirá.

—»Este *matiné*, al pasar de mano, es obligación de la Empresa, y como en la última obra gritada se ha gastado seis mil pesetas, ha decidido no exponer un céntimo por ahora...

—»¿Y qué hacemos?

—»Si usted lo abona de los derechos de la primera representación...

—»Bueno: después se lo regalaré á mi tía.

—»No; eso queda en la casa; son gajes del sastre.

—»Y él, ¿para qué lo quiere?

—»Para la sastra.

—»Sea todo por Dios; ¿de modo que así se representará?

—»Si á la Empresa le gusta y el maestro le hace la música, para fines de Enero se hace.

—»¿Y estamos en Octubre?. . No me conviene.

»A Martín con *El matiné de mi morena.*

»El director me recibió con sumo agrado, me dijo que abusaba de los infinitivos, y que las morenas, por lo general, no gastaban *matinés*...; además, la tiple de allí era rubia...

»Excuso decirles á ustedes que se modificó el título.

»*¡¡El matiné de mi rubia!!* Los carteles anunciaron que se estaba ensayando y que se pondría en escena en la próxima semana.

»¡Qué alegría tan inusitada!

»Mandé un pedazo de cartel á mi padre, y el pobre hombre, á vuelta de correo, me remitió quince duros; mas yo debía ya veinticinco en la casa de huéspedes.

»Debo hacer constar, en honor de la verdad, que en Martín no se me exigió el pago del *matiné*; allí se tallaba á todo trapo.

»Una noche llegué á la puerta del teatro y estaba todo apagado; un corro de coristas comentaba la fuga del empresario.

»¡Adiós mis ilusiones!

»Si en Lara... pero allí no cantan... Le quitaré la música.

»Dicho y hecho: le amputé los números y quedó en sainete.

»Yo en el café había hecho relaciones con el que le llevaba la ropa á un racionista, y por este lado me las busqué.

»Conseguí que leyeran la obra, y la pusieron á condición de quitarle el título, que había de ser necesariamente: Cuarto tercero interior

»No pregunté el motivo, pero accedí: además me quitaron unas quintillas en que hablaba de un bisoñé, porque parece que el contador era calvo y en todas partes veía alusiones ofensivas.

»No era cuestión de pararse en pelillos, y pasé por esta nueva mutilación. Cuatro veces me mandó papá dinero y *El cuarto tercero interior* seguía desalquilado: terminó la temporada, y me fué devuelto el ejemplar.

»Lo que es este verano, la cuelo; ¡vaya si la cuelo! me decía yo.

»Los números musicales entraron de nuevo en su sitio.

»En el *Príncipe Alfonso* se empezó á ensayar llamándose *Segundo de la derecha*, pero fué denunciado el teatro por amenazar ruina; no sé si lo habrán compuesto.

»En Felipe prometieron hacerla titulándose *Principal con entresuelo,* modificación mía para qué perdieran la pista de su mala sombra; pero el músico se indispuso con la Empresa, y ésta, en venganza, me devolvió el libreto.

»En Maravillas la admitieron; pero en esto un conocido autor presentó una muy parecida, *La del cuarto bajo*, ¡y es claro! como baza mayor quita menor...

»Mi padre se cerró á la banda y tuve que venirme al pueblo á ayudarle en sus funciones de albéitar herrador.

»Ahora dígame usted si mis quejas no son tan atendibles como las de ese señor director.

»Dispense la molestia, y ahí va un sello de diez céntimos para pagarle el desembolso de marras, ya que no las molestias de hogaño.

»Con este motivo se ofrece suyo afectísimo seguro servidor.—*Plácido Palomino.*»

Ahora tú, amigo Eduardo, haz de estas cuartillas el uso que mejor te parezca: yo me lavo las manos, según exige el ornato personal, y sabes te aprecia muy de veras tu compañero,

Calixto Navarro

AMORCITOS

Olvidado del mundo, contemplando
tus ojos verdes como el mar, María,
yo me lanzo á soñar más cada día,
y sólo vivo cuando estoy soñando.
Yo me he forjado un cielo venerando,
todo lleno de luz y de armonía,
donde viven en dulce compañía
el Amor y los ángeles cantando.
Un delirio fantástico, halagüeño,
cuanto contemplo con sus galas viste,
y el mundo vuelve á mi ambición pequeño,
Y á veces me pregunto solo y triste:
—¿Existirá ese cielo que yo sueño?...—
¡Yo no sé dónde, pero sé que existe!

Ricardo J. Catarineu.

DESDE EL BOULEVARD

Desde la calle de Sevilla podía haber puesto por epígrafe á esta carta.

Porque más parece que esté uno allí que en el Boulevard desde hace unos días.

No se oye hablar más que español, y como todos los de por allá tenemos la costumbre de hablar á voz en grito, el ruido que se nota en los alrededores de la plaza de la Opera es doble que de costumbre.

Al inevitable inglés con gorrilla microscópica, y á la inglesa con polisón tan graciosamente aplastado que no parece sino que la hayan hecho la *toilette* á puntapiés, han reemplazado en pocos días el flamenco de sombrero pavero, y la distinguida señorita madrileña con la *tournure*, casi tan elevada como la torre Eiffel.

Porque al propio tiempo que los españoles ricos han empezado á llegar en masa á visitar la Exposición, han empezado los toros en una de las cuatro plazas españolas que para mediados de Julio habrá aquí abiertas.

Porque van á ser nada más que cuatro las que vamos á tener.

Así es que, añadiendo á los toreros los annamitas, chinos y cochinchinos que tan abundantes andan ahora, resulta que la coleta está á la orden del día, y no me chocará que algún *grand coiffeur de dames* la ponga de moda este invierno en las cabezas de los franceses.

Además de los toros hay *cante* y baile flamenco en las Montañas rusas del boulevard de Capuchinos.

En el Grand Café toca por las tardes la Estudiantina española.

En el *Vaudeville* se preparan *veladas españolas*, por lo serio y por lo fino, con el concurso de Elena Sanz y otras artistas de por allá.

Y en otro local, que todavía no está definitivamente fijado, una empresa española dispone un espectáculo puramente nacional, en el que se exhibirán trajes, costumbres, música, bailes y hasta *bromas* populares de la tierra de María santísima, figurando en el programa nada menos que una reproducción de la *feria de Sevilla*, con gitanas, buñuelos y todo el demás aparato que el argumento requiere.

—

Como reverso de esta medalla de cuño español, que exponemos ante el público de todo el globo, actualmente de paso aquí, no he visto representada á España más que por un solo literato español, D. Julio Nombela y otros caballeros, dos ó tres, que acaso son muy conocidos, pero no seguramente por sus obras literarias.

Un escritor por cuatro plazas de toros, que viene á equivaler á un literato por 16 matadores, 58 banderilleros y 32 picadores (que no ejercen), no me parece mala proporción para dar idea de nuestro nivel intelectual.

Cuando los escritores franceses sigan empeñados en decir atrocidades de España y sus costumbres, encargaremos al *Gordo* que les saque de su error.

—

Los toros *sin efusión de sangre*, corridos por primera vez, han tenido buen éxito.

Una señora *protectora* de *los animales* se pasó la tarde silbando.

Pero eso le importará un pito al *Gordo*, que actuaba de primer espada.

¡Ha oído tantas en Madrid!

Una señora que estaba á mi lado lloraba cada vez que ponían banderillas, exclamando acongojada:

—*Pauvre bête!*

¡Qué hubiera dicho al ver un picador con el toro y el caballo encima!

Porque debo advertir que la suerte de vara ni en simulacro ha sido permitida.

El *Gallo* y el *Gordo* ganaron muchas palmas toreando de capa *individualmente* y *al alimón*, dando el primero el quiebro de rodillas y poniendo el segundo banderillas quebrando en la silla. Esto amén de marcar la estocada con una espada de guardarropía que les habían tolerado como arma de combate.

Uno de los héroes de la fiesta, quizá el más aplaudido, ha sido el caballero en plaza *Tabardillo*, que quebró rejones á la española y á la portuguesa con toda la habilidad y maestría que puede pedirse.

Poquito á poco se va lejos. Ya hay periódico francés que dice que encuentra más agradable la fiesta taurina que las carreras de obstáculos, y que pide la supresión de las bolas y la muerte del toro.

¿Quién sabe si para cuando el duque de Veragua y el conde de la Patilla abran su lujosa y magnífica plaza de la rue Pergolesse y vengan los *maestros*, con *Lagartijo* á la cabeza, se llegará á matar de veras?

Los toros, si han de aclimatarse aquí, ha de ser con toda la emoción y toda la sangre que la fiesta trae consigo.

Y entonces Salvador *Frascuelo* civilizará á los parisienses.

Y Mazzantini dará conferencias en todos los idiomas que posee en la sala de fiestas del Trocadero para explicar al público internacional las diferencias entre la escuela rondeña y la sevillana y la filosofía del galleo á *porta-gayola*.

Y Francia entera exclamará:

—*Olé, ta mère! Vive mon enfant!*

BLASCO.

París 4 de Julio de 1889.

PROPIO Y AJENO

En el apunte biográfico de la primera plana hay una errata de imprenta, que no nos ha sido posible subsanar en el reporte litográfico, y que seguramente ha corregido el buen sentido de nuestros lectores. Donde dice *compañeros*, léase *campañas*. ¡Y un poquito de cuidado, señores cajistas!

—

Tercera y última amonestación.

Rogamos á nuestros amigos y colaboradores que nos remiten trabajos para el periódico, que no se molesten ni ofendan al no recibir contestación. Los MADRILES no tiene correspondencia particular; nos limitamos á insertar lo que nos parece bien, y ésta es la contestación mejor: lo que á nuestro humilde juicio no puede publicarse, lo arrojamos al *cesto*, sin más consecuencias.

¿Están ustedes enterados?... Perfectamente Gracias por todo, y mandar.

¡Ah! Y conste que tenemos una verdadera satisfacción cada vez que podemos complacer á un colaborador anónimo, insertando su trabajo.

Porque lo merece.

—

Con el presente numero repartimos á los nuevos suscritores de Madrid y provincias, y á los que han renovado su abono, los REGALOS que les corresponden.

—

Hay algunos corresponsales de provincias muy *pelmas* en eso de pagar sus liquidaciones; y como esta Administración no puede enviar números *tan baratos*, nos veremos precisados á suspender las remesas á todos aquellos caballeros que se creen que hacemos el periódico para ellos.

Lo que advertimos al público para que, si notan la falta de LOS MADRILES en alguna localidad, se dirijan á esta Administración, donde se les atenderá debidamente.

—

Libros recibidos.

Sugestiones.—Este título es el de un interesante libro que acaba de publicar nuestro querido compañero y colaborador, el ilustrado redactor de *El Imparcial* D. Ricardo Hernández y Bermúdez.

El autor es para nosotros, como si dijéramos, de casa, y nuestros elogios podían aparecer interesados. Pues no lo son; vale la obra mucho más de lo que cuesta, y merece ser leída por todos los aficionados á la buena literatura. Demuestra el autor de *Sugestiones* que tiene alientos para hacer algo mejor de lo que ha hecho, con ser esto muy bueno, y le aconsejamos que persevere en sus tareas, seguro de que no han de faltarle ni el aplauso del público, ni el dinero en la gaveta, que es, de seguro, lo que él se ha propuesto conseguir. Precio: 3 pesetas. Véndese en todas las librerías.

—

Paca la pantalonera, sainete original de nuestro querido amigo y compañero el director del *Madrid Cómico*, Sinesio Delgado, música del maestro Brull.

¿Han ido ustedes á ver esta obrita? ¿No? Pues vayan, y pasarán un buen rato.

¿Que la han visto ustedes? Bueno, pues á comprar el libreto por una pesetilla, y volverán á reirse; con eso no se pierde nada.

—

La España moderna.—Se ha publicado el tomo V de esta importante Revista, que contiene trabajos de Palacio Valdés, Vidart, Barrantes, Ixart, Pardo Bazán, Manuel del Palacio y otros escritores.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

TRABAJANDO

—¡Mire usted que venir á la oficina á las ocho de la mañana!...

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
13 de Julio de 1889.
NÚMERO 41.

Las mujeres de 1789.

14 DE JULIO

No varía la mujer.
Cambia de trajes y modas;
pero hoy, lo mismo que ayer,
saben dejarse querer
y engañan al hombre, todas.

En un memorable día,
y tenaz en su porfía,
consigue un pueblo gigante
derribar en un instante
toda odiosa tiranía.

Francia, pueblo triunfador,
redime al mundo de penas,
y no consigue, en su ardor,
romper las dulces cadenas
de los esclavos de amor.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Maitmesschín.

¿Han visitado ustedes ese pueblo?

Maitmesschín - Mátameynomelodigas. — Traducción libre.

Está ahí cerquita. En la China.

¿Y qué dirán ustedes que es lo más notable de dicha población?

Alguna pagoda, alguna imagen de Confucio, algún lago célebre, su Ordenanza de policía urbana...

¡Quiá!

Lo notable es, que con una población de 30.000 almas, no hay una sola mujer.

¡Un pueblo de hombres solos!

Al saberlo, he comprendido al fin por qué llaman á la China el Celeste Imperio.

Más que Celeste... ¡Celestial!

Por supuesto, que ese Maitmesschín debe ser, como si dijéramos, el cogollito, el riñón del Imperio, lo mejorcito de la casa.

¡Un pueblo sin mujeres! Es decir, sin suegras.

¡Qué suerte tienen algunos chinos!

¡Qué paz tan inalterable! ¡Qué dulce reposo disfrutarán á diario por allí!

La ciudad está situada en la frontera de Rusia, y el miedo del Gobierno chino á la influencia rusa explica la extraña prohibición de que haya hembras en Maitmesschín. Muchos de los habitantes son casados, pero sus mujeres residen en el interior del Imperio.

El celeste Emperador no tolera ingerencias peligrosas.

Y pensándolo bien, habrá mil ocasiones en que la mujer les hará mucha falta á los maitmesschinenses.

En las cosas domésticas, sobre todo.

Por ejemplo.

La mayor vanidad de un chino consiste en llevar la larga trenza cuidadosamente peinada por mano de su mujer.

¿Quién les tomará el pelo á aquellos ciudadanos?...

Sería muy curioso presenciar la entrada de una mujer por las puertas de aquella ciudad.

¡Qué ovación y qué alboroto!

Entre nosotros, cuando en una oficina ó Corporación le cargan á uno el mochuelo de un trabajo penoso, ó mal retribuído, exclama malhumorado y descontento:

—¡Vaya, á mí me tocó la china!

Allí sería todo lo contrario. Todo el mundo deseando que le toque.

¡Qué hermoso espectáculo!

¡Treinta mil hombres solicitando á un tiempo que les arreglasen la coleta!

—

Con las bailarinas españolas que han salido hace pocos días contratadas para París, va un médico de la Facultad de Madrid.

Esta ha sido una de las primeras exigencias para realizar el contrato.

Porque, lo que ellas dicen:

—«No queremos enseñar la lengua á ningún francés.»

No la entendería.

Enseñarles las piernas... eso ya es otra cosa.

La pantorrilla es uno de los *presentes de indicativo*, en el idioma universal.

—

Estremera y Chapí han comenzado á hacer su Agosto á primeros de Julio.

Su éxito en el teatro de Maravillas ha sido morrocotudo.

Buenas personas, *Las hijas del Zebedeo* muy buenas personas.

El libro tiene muchísima gracia, y la música es de primer orden.

La Segovia... ¡á la Segovia puede uno venir á pie y descalzo, desde *Segovia*, sólo por tener la satisfacción de aplaudirla!

Ahora dará gusto ver marchar á Marchante.

Y vamos *marchando!*

Desde hoy, aquello de... ¿Quién fué el padre de los hijos del Zebedeo? hay que modificarlo de este modo:

—¿Quién fué el padre de las hijas del Zebedeo?

— Pepe Estremera.

—

En la plaza de toros de Marsella promovióse el último domingo un alboroto mayúsculo, porque los espectadores que rían á todo trance que se diera muerte á las reses.

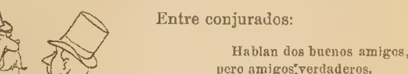
La cuadrilla, en vista de lo ocurrido en París, no se atrevió á dar gusto á los señores, y comenzó á caer en el redondel una verdadera lluvia de banquetas, sillas, bastones y botellas, armándose un tumulto indescriptible.

Felipe García exponía á gritos las razones que le asistían para no complacer al público; pero nadie le hacía caso.

Y es lo que decía el diestro, mordiéndose los puños:

—¿Serán brutos estos franceses...? Hace más de un mes que estoy aquí, y aún no he conseguido que aprendan el español.

—



Entre conjurados:

Hablan dos buenos amigos,
pero amigos verdaderos.
Dos diputados trigueros,
vamos, de esos de los trigos.
—El comercio anda muy mal,
y se prepara un verano...
Pero en fin, si baja el grano
yo soy feliz, don Pascual.
—¡Si baja el grano es feliz!...
¡Permita usted que proteste!
—¡Hombre, me refiero á éste
que me sale en la nariz!

—

En la Casa de Campo:

Dos quintos del último reemplazo contemplan embobados cómo verifica su ascensión el globo del batallón de Ingenieros telegrafistas.

—Oye, tú, Ramón. ¡Qué ganga si nos hubieran destinado este Cuerpo!...

—¿Por qué...?

—Porque debe ser el Cuerpo en que más se asciende.

E. Navarro Gonzalvo.

EN EL GENERALIFE

Sobre feraz montaña, defendido
por los árboles mil de la ladera,
Generalif se esconde, cual si fuera
de amor eterno misterioso nido.
En su verjel, espléndido y florido,
al blando són del aura lisonjera,
tras las luchas del mundo... ¡quién pudiera
dormir el sueño del mayor olvido!
Nada en su bosque, para encantos hecho,
turba los míos... ¡ni el tenaz insulto,
gárrula voz del odio y del despecho!
¿Quién al mirar su mágica hermosura,
símbolo del placer, no rinde culto
á todos sus ensueños de ventura?

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

Granada, Junio 1889.

¡Viva España!

París 9.

«Anoche llegó parte de la compañía española que viene á trabajar al circo de invierno. Atravesó París, desde la estación hasta el circo, dando vivas á Francia, que los transeuntes con testaban con vivas á España.—*L.*»

(De *El Liberal.*)

¿A quién no conmueve, y hasta *remueve*, la lectura de ese telegrama?

Solamente al que desconozca los elementos, ó peor dicho, *las elementas* de que se compone la referida compañía.

Porque hay que conocer el personal, y hay que saber quién se nos ha marchado á París.

¡Qué! ¿No han notado ustedes estos días en Madrid escasez de buenas mozas?

Pues es que la flor y nata de las que alter nan, distinguen y *chanelan*, se nos han ido á los propios *Parises*, como me decía una de ellas, sin darse cuenta de que aplicaba á la gran metrópoli el nombre clásico (*Lutetia Parisiorum*, Lutecia de los Parises) que llevaba en tiempo de los romanos.

Ahora, gracias al auge del toreo, estamos en el tiempo de las «romanas,» y nada más lógico que poner el lenguaje en justa correspondencia con las costumbres.

Si yo fuera *que* Jackson y Sierra, en complicidad con Chueca y Valverde, no hubiera titulado mi obra de actualidad *De Madrid á París*, sino *De los Madriles á los Parises.*

¿Me acepta alguien el título y la *coloraboración*, que dice Mansi?

Con sólo la *troupe* de que se trata, habría tema sobrado para nos cuantos cuadros.

Vivos, sobre todo.

Compañía la llaman, y yo no sé para cuándo guardan el nombre de regimiento.

¡Y qué regimiento!

¡De caballería!

—¿De caballería ligera? preguntará maliciosamente algún lector.

No me atreveré á asegurarlo; porque, en realidad, doscientas mujeres *pesan* mucho.

Sí; más de doscientas plazas (montadas, naturalmente) componen esa famosa compañía, de la cual digo yo que es superior á la Compañía de Jesús, porque es la Compañía de ¡Jesús, María y José!

Casi todas son hembras y casi todas tienen cartel.

Cartel de matadoras, se entiende; sin perjuicio de banderillear.

Excuso decir que torearán de verdad, consumando todas las suertes,

y sin jonjana
ni paripé,

como cantan en *El año pasado por agua.*

Allí (y esto también lleva música de Chueca),

se da cerilla fina,
sin trampa ni cartón.

Es lo que les ha dicho el empresario á todas juntas, y cada una de por sí:

—El toreo, al estilo del *Gordo* y de *Gallo*, no resulta. Dejáos de *marcar* la suerte... La *chipén* por delante, y ¡nada de plumeros!

—Esa recomendación nos ofende, contestaron todas á una voz.

Y como un solo hombre, digo, como una sola hembra, se han lanzado á la conquista de París con más ardor que Rastignac, cuando desde las alturas del cementerio del padre Lachaise dijo el famoso:

—*A nous deux maintenant!*

También van hombres en esta gran compañía—con la cual va á tomar España el desquite de las grandes compañías de Beltrán Duguesclin,—y los hay entre ellos con tan famosas hechuras, que seguramente han de causar sensación entre las francesas; aunque en esto no debo insistir, porque yo no puedo ponerme en su lugar.

En el lugar de las francesas, quiero decir.

En el lugar de los individuos de la *troupe espagnole*, ya sería otra cosa; porque realmente está en París el *veyo sejo* (como escribía un alcalde de barrio de Sevilla) á tan gran altura, y son tantas y tan hermosas las mujeres dipuestas á sacar de quicio al hombre mejor atornillado, que llevar allí más hijas de Eva es como llevar hierro á Vizcaya, arenas á la mar, ó congrios al Congreso.

Así y todo, ¿cuántas volverán de las que han ido en el «tren profeso,» según le llama el ya citado Mansi?

Y ¿cómo volverán, si vuelven?

Dejemos á un lado ó á otro estas preguntas, que «entrañan» un problema tan pavoroso como cualquiera de los que discutimos en el Ateneo, y contentémonos, por de pronto, con saber que las españolas han sido recibidas en París como acaso no fueron recibidas en Roma las famosas Sabinas de la leyenda.

¿No halaga esto nuestro patriotismo? ¿No es consolador para nuestro amor propio nacional?

Sean cuáles ó *cuálas* fueren las consecuencias, lo cierto es que en pleno *boulevard*, y desde la estación de Orleans hasta el Circo de Invierno, las gentes han gritado:

—¡Viva España!

Y esto, en días de tanto calor, nos refresca y reanima.

Más nos reanimaría y refrescaría, al decir de las gentes serias, que se nos aclamase en París por otra clase de méritos menos pintorescos que los de nuestros toreros, rejoneadores, cantadoras, bailadoras, jaleadoras, tocadores, estudiantinas, rondallas, comparsas de flamencos, etc., etc.; pero ¿qué le hemos de hacer?

Por encima de la torre Eiffel está un *jipío* de Juan Breva, y cada pueblo va al portentoso certamen con lo que tiene.

España realiza el milagro, que ya quisieran para sí otras naciones, de ir á la Exposición sin exponerse en nada.

¡Los expuestos son los parisienses!

Al telegrama de mi excelente amigo Ladevese sucederían otros más curiosos, si la discreción del corresponsal de *El Liberal* no estuviese tan acreditada.

No lo está menos la mía (aunque parezca mal que yo lo diga), y gracias á ella, puedo afirmar que jamás saldrá de la esfera de las hipótesis este despacho, que haría delicioso *pendant* con el que encabeza las presentes líneas:

«*París 20.*—Cansados transigir, hemos sacado herramientas. Puñaladas orden del día Boulevard. Bolsa cotízanse sólo valores españoles bofetada limpia. Depuesto Carnot. Palacio Elíseo llámase desde hoy Elíseo Madrileño. Venga más *mollate.* ¡Viva España!—*H.*»

MARIANO DE CÁVIA.

Intimidades.

Mis esperanzas curan mis dolores,
la juventud regala mi existencia
y en mí producen libertad y ciencia
el mayor de los éxtasis mayores.
Huyendo espinas y buscando flores
logro vivir en paz con la conciencia;
tengo en el cielo azul una creencia,
dentro del corazón unos amores...
Un horizonte despejado veo;
nunca en la fiebre de medrar me abraso,
y con mi buena fe vengo á la lidia;
sólo soñar para vivir deseo
y en mis sueños arrojo de mi paso
el vil rencor y la cobarde envidia.

RICARDO J. CATARINEU.

Los elegantes de entonces.

El patriota. Siempre en la barricada.

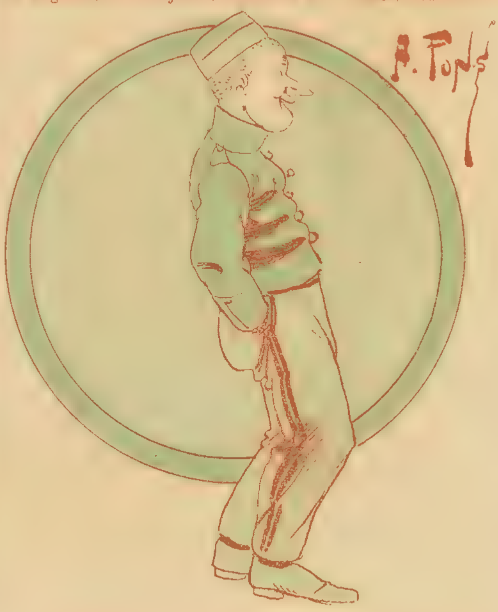
El soldado. Centinela constante.

La que quitaba el sentido á los hombres serios de la Revolución.

El patriota. Siempre charlando.

Los elegantes. Tan majaderos como los de entonces; más si cabe

La que hace perder la paciencia á los inspectores, que no la dejan salir antes de las doce de la noche.



El soldado. Centinela constante en la Fuente de la Teja.

Cuentos de Catulo Mendes.

EL VELILLO

Valentín, pálido, trémulo, arrodillado en el suelo del carruaje, le hablaba con tono suplicante, y Julieta, arrebujada en las pieles de su abrigo, temerosa é inquieta, pugnaba por separar sus manos de aquellas otras que con tenaz empeño la perseguían.

A través del espeso velillo, sembrado de doradas estrellitas, que ocultaba su hechicero semblante, ella miraba con fijeza la línea negruzca de derruídos paredones que se dibujaban á intervalos en la ventanilla, mientras que Valentín pedía humildemente algo que la niña pudorosa y casta se negaba siempre á conceder.

Sin embargo, todos aquellos ruegos fueron poco á poco encontrando un eco en su corazón; Prometeo había animado con su abrasado aliento las formas de la estatua, que, vencida, sin fuerzas ya para decir que no, se dejó abrasar en la llama de aquel inmenso deseo.

—Pues bien, sea, le dijo; yo os permito que acerquéis vuestros labios á mi rostro; besadme, puesto que os empeñáis; pero ha de ser en la mejilla, por encima del velillo.

El aceptó casi con entusiasmo, prometiéndose una serie interminable de delicias al sentir el contacto tibio de la piel de Julieta.

Entonces, ella, resignada, cerró los ojos, ¿Qué tenía que temer? El espesor del encaje interceptaría el calor de la boca; de este modo el pudor de su nacarada epidermis ignoraría siempre la ardiente caricia.

Valentín imprimió un beso largo y apasionado sobre el rostro de Julieta, sintiendo que un fuego intenso le penetraba hasta el corazón.

Pero ¡ah! que ella se había turbado profundamente. ¿Cómo era posible qne sintiese tan próxima, tan inmediata la presión calurosa? Estaba segura de que el velo no había sido levantado, puesto que lo sentía sobre la mejilla; el caso era verdaderamente inexplicable.

El sentía vehementes deseos de repetir la caricia; sus brazos se levantaban hasta el rostro de la hermosa, volviendo á caer luego, presa de una laxitud extraña.

La joven llevó su mano blanquísima al sitio adonde había sentido aquel aliento ardoroso, y lanzó un grito de vergüenza é indignación.

—¿Qué habéis hecho, caballero?

—¡Oh, perdonad, hermosísima niña! Yo he cumplido mi promesa no levantando ese velo imperceptible; pero á trueque de sufrir una indigestión de encaje, he arrancado con los dientes el pequeño trozo que cortaba toda comunicación entre mis labios y vuestro satinado cutis.

Por la traducción,

JOAQUÍN E. ROMERO

DOS CARTAS

Persona muy digna de crédito, y cuyo nombre, para mí respetable y querido, no puedo revelar por ahora, me ha dirigido la carta siguiente:

Sr. D. A. Sánchez Pérez, Madrid.

Estimado y muy distinguido amigo mío: En el núm. 39 del semanario festivo LOS MADRILES he leído con profundo pesar el articulito que usted intitula *La piedad y el negocio* (ó viceversa).

Como conozco á usted y sé que procede siempre con propósitos rectos y honrosas intenciones, le aseguro que ha sido mal informado en el asunto del hospital del *Niño Jesús*, y que cuanto usted dice en el mencionado artículo y cuanto, sin decirlo, indica ó deja entender para los que leemos entre líneas, es de todo en todo inexacto.

Si usted se enterase bien de todos los antecedentes de la cuenta, estoy seguro de que rectificaría su juicio; aunque no lo estoy tanto de que llevase su imparcialidad hasta confesar en público su equivocación.

Aquí solamente se trata de causar molestias y mortificaciones á determinada persona, á quien se quiere hacer pagar, con negras ingratitudes, sacrificios hechos en pro de la infancia desvalida y mercedes dispensadas con mano generosa á los mismos que hoy la zahieren.

De esos ha sido usted, en este caso, instrumento inconsciente... Mucho temo que no tenga usted la abnegación necesaria para reconocerlo y confesarlo.

Soy de usted... etc., etc.»

Sr. D. N. N.

Querido amigo: ¿Pues no había yo de reconocerlo y confesarlo?... Con mil amores, y sin creer que daba, al hacerlo, prueba alguna de abnegación. ¿Por qué? ¿Se ha figurado usted, por ventura, que yo presumo de infalible? Pues si no creo en la infalibilidad del Sumo Pontífice: ¿qué he de creer?

Lo que sucede es que yo no he buscado antecedentes del asunto...; ni tenía para qué buscarlos, toda vez que no me proponía dictar sentencia en ese litigio; escribir un articulejo, aunque mío, no es despachar un expediente; para escribir ése que tanta pena ha producido á usted (lo cual deploro muy de veras), partí del supuesto de que la pregunta de ese diputado ex ministro y la respuesta de otro diputado ministro, tenían fundamento.

Sobre la exactitud del hecho de la pregunta y del hecho de la respuesta, no cabe duda, ni es posible rectificación.

Ahora, acerca de los rumores que por ahí corren y de las noticias que sobre el asunto se propalan, á las que yo aludí, pero sin concederlas crédito, sí que cabe dar contestación cumplida.

Y crea usted que yo sería el más pronto á darla y el más decidido en aplaudirla si, como deseo y espero, es satisfactoria.

Ya ve usted, amigo mío, cómo se había equivocado al temer que no publicase yo su carta... Eso y mucho más, oro molido que fuese; pues sobre que á mí siempre me ha guiado en todo el amor á la justicia y á la verdad, ya sabe usted que entre nosotros no hay pan partido, y que es su amigo de corazón

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

RIMA

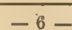
No he dormido esta noche ni he soñado
y, sin embargo, he visto
formas sublimes levantarse al aire
nadando entre sus giros.
No he soñado esta noche las locuras
que brotan del delirio,
y he sentido, á pesar, como otras veces,
música de suspiros.
No sé tampoco si lloré por algo,
ni he sentido el dolor adusto y frío...
¡Me acuerdo sólo que noté en la frente
del corazón convulso los latidos!...
Y al expirar la noche de tinieblas
en el inmenso abismo,
noté en la frente surcos ¡donde flores
en la tarde anterior habían nacido!...
¡Son huellas del dolor y el desengaño?...
¡No lo quiero saber! ¡Me causa frío
perderme entre los pliegues vengadores
de ese atroz torbellino!!

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

FRAGMENTO

Es Carmela tan bella y tan graciosa;
su alma apasionada, aunque inocente,
presta á sus grandes ojos tanto brillo,
que al ver aquella cara tan hermosa
un artista, es decir, casi un demente,
le llamaba *la virgen de Murillo.*
Y puedo asegurar, aunque os asombre,
que el pintor sevillano, si viviera,
esta comparación quizá creyera
adulación servil hacia su nombre.
Con la redonda curva de su seno,
y los sensuales labios de escarlata,
brindando un beso de embriagueces lleno,
que el huracán de la pasión desata,
forman contraste sus demás facciones,
que un idealismo soñador reflejan,
y jamás alteraron las pasiones
el candor que se asoma en la mirada
de sus ojos azules, que semejan
gotas de agua del mar dulcificada.

LUIS ALCARÁZ.



RIPIOLOGIA

La poesía estará llamada á desaparecer, como dicen algunos socios, más ó menos Campillos, del Ateneo; pero los Galianas líricos, dicho sea sin ofender á Higinia Balaguer, abundan como la ruda ó los galicismos en los discursos parlamentarios, es un decir.

Yo no les aconsejaría, como Hamlet á Ofelia, que se retirasen á un convento, porque la vida conventual (¡si lo sabré... yo, que soy fraile!) lejos de amortiguar el ardor pimpleo, le exalta y acrecienta; pero sí les mandaría á la isla de los Lagartos, á donde quería la dueña Dolorida que desterrasen á los trovadores de su tiempo.

Yo he recibido, en estos días de *broncas* parlamentarias, varios folletos *conteniendo* ripios (sintaxis de *La Correspondencia*) capaces de hacer decir la verdad á la susodicha Higinia, á la cual (aprovechemos la coyuntura) me asombra que no hayan dedicado odas y sonetos todavía.

El Sr. Catarineu, cúyo es un tomo de poesías que *responde* por *Flechazos*, ha tenido la amabilidad de escribirme *suplicándome un juicio crítico* (?) y *pidiéndome consejos acerca de los derroteros que debe seguir*. Doy las gracias al Sr. Catarineu por la excesiva benevolencia con que me trata; pero, en uso de las facultades que me concede, debo decirle que aunque no soy fuerte en derroteros, debe retirarse modestamente por el [foro: y cuenta que el Sr. Catarineu no versifica del todo mal y tiene algunos cantares sentidos y correctos.

A muchos, principalmente al Sr. Catarineu, puede que disguste esta mi franqueza. ¿El Sr. Catarineu me elogia? Pues yo debo elogiar al Sr. Catarineu.

¡Cómo le pesará al Sr. Catarineu haberme llamado *popularísimo crítico* en la dedicatoria de su libro que yo le agradezco: lo cortés no quita á lo valiente! Hubiera hecho lo que el señor don Luis Alcaraz, autor de un poema del que más adelante hablaré, aunque mal, y no le remordería la conciencia de haberse curado en salud, como quien dice. ¡Si *somos* atroces los críticos! No tenemos entrañas. El Sr. Alcaraz, más conocedor que el Sr. Catarineu de estas víboras de Aretinos, se concreta á decir: «Al Sr. D. Emilio Bobadilla, el autor.» Así me gusta. ¡Nada de *bombos* anticipados, que cohiben la libre emisión del juicio!

El Sr. Catarineu, lira en ristre:

> ¡Ah! ¡Cuando en mis delirios de poeta,
> gigante todo el universo cruzo,
> si tropezara al mundo en mi camino...
> qué puntapié le pegaría al mundo!...

Y se quedaba usted en el aire, de lo que no hay caso. No me detendré á analizar, como dicen los críticos circunspectos, la *rima* copiada. Basta leerla para comprender que el Sr. Catarineu, poeta nihilista, por lo visto (*ista*, *isto*, consonantes de ambos sexos), no le tiene miedo á nada. Pero escuchemos la autorizada palabra del Sr. Palau (D. Melchor), prologuista del Sr. Catarineu. (¡Pal*au*, Catarin*eu*! *¡au, eu!* ¿Verdad que parecen ladridos?)

«En los versos de Catarineu (habla Palau) échase de ver, en primer término, un simpático consorcio entre el elemento psíquico y el fisiológico (pero ¡cuánto sabe este Sr. Palau!); una situación emocional, clara, expuesta con verdad atractiva; una autobiografía inconsciente, *hecha de mano maestra.* (¡Sopla!)

Después de lo expuesto por el Sr. Palau, yo nada tengo que agregar, como dicen esos diputados monosilábicos que se pasan el año pidiendo la palabra, como quien pide una cerilla, y cuando se la dan no *tienen nada que decir*. ¡Ah! Se me olvidaba. El señor Fernández Shaw (¡otro *au*! ¡Ni una jauría!), á quien el Sr. Catarineu dedica sus *Flechazos*, no ha recorrido, que yo sepa, esa *senda de gloria* que le atribuye el Sr. Catarineu. ¡Shaw senda de gloria! Si hubiera dicho de ripios...

—

Nerón, no el romano, sino Aquiles Nerón (esto me huele á seudónimo de escritor de provincias), poeta malogrado en flor, al decir del prefacista, es el autor de otro tomo de versos titulado *Hojarasca*, al cual tomo precede el retrato el autógrafo de Peral. Me explico que figurase el retrato del autor; pero el del inventor del submarino... en fin, allá ustedes los que han publicado el libro. Una pregunta, y no se eche á mala parte: el Sr. Nerón, ¿se ha muerto realmente, ó ha fingido morirse, á imitación del poeta italiano Stechetti, con el fin de que sus versos se vendan mejor? ¡Por qué seré tan mal pensado!

El Sr. Nerón, en armonía con su apellido, es un poeta, vamos al decir, sombrío y maldiciente. *¡Séale la tierra ligera!* que dice el prologuista.

—

El Sr. Alcaraz, autor de *El amor de ellas*, poema ó cosa así, es un caso de *campoamoritis* aguda, ó, más claro, es un imitador *cursi* del poeta de las *Doloras*. El poemita se cae de las manos de puro tonto; la versificación no peca de laboriosa; pero, ¡qué ausencia de inspiración propia, de gusto, y qué falta de conocimiento del amor y de la mujer! A mí me hacen mucha gracia estos *psicólogos* noveles que, por el mero hecho de haber tenido una novia de balcón, ya se figuran que son otros Balzac. ¡El amor, la mujer! ¡Ahí es nada!

Sr. Alcaraz, para decir vulgaridades ya tenemos bastante con el Sr. Shaw y otros.

Decididamente la poesía está para hacer la maleta de un momento á otro.

NOTA. Esto no es crítica, lo sé; pero á tales poetas, tal crítica. Por otra parte, para nosotros los critiquillos presuntuosos, ignorantes y autoritarios

> "¿Qué importa, al cabo del año,
> veinte muertos más ó menos?„

como decía, refiriéndose á los médicos, el Caramanchel (*gracioso* insoportable, como todos los del teatro antiguo) de *Don Gil de las calzas verdes*.

FRAY CANDIL.

PROPIO Y AJENO

Colección contemporánea Novelas cortas: volumen 13.—Con el título de *La garganta del diablo* acaba de publicar esta biblioteca una preciosa novela del reputado escritor D. Pedro J. Solas. Con decir que este libro no desmerece en nada de los trabajos anteriores del popular novelista, está hecha su recomendación más eficaz.

—

Entre recién casadas:

—Mi marido ha tomado en serio lo de la luna de miel; no me deja sola diez minutos.

—Lo mismo hacía el mío, pero he inventado un medio para alejarle.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Cuando quiero estar sola, le digo «Mamá viene á verme esta tarde. Comerá con nosotros.»

—Y entonces...

—Me da un beso, se despide, y se marcha al Casino toda la tarde.

—

Rosa.

> Contéstame, niña hermosa,
> sin que te cause aflicción:
> ¿es puro tu corazón
> como el cáliz de la rosa?
> La pregunta no te asombre
> del que eterno amor te jura;
> ¿por qué no has de ser tan pura
> como la flor de tu nombre?. .

GONZALO CANTÓ.

D. Vicente Bas y Cortés acaba de escribir y poner á la venta un libro utilísimo, titulado *Disquisiciones financieras*.

Como el Sr. Bas y Cortés es una autoridad en estas materias, se agotará en breve la edición de su último libro.

—

El último número de *La España Artística*, correspondiente al día 1.º de Julio, publica un magnífico grabado de gran tamaño, que es una preciosa alegoría de la coronación de Zorrilla, con el retrato del insigne poeta. Es un trabajo que, tanto por su composición como por el dibujo, honra la firma del Sr. Carcedo.

La España Artística es el mejor periódico de su índole que se publica en España. Pídanse números de muestra á la Administración, calle de las Pozas, núm. 4, segundo.

—

Del prospecto de un dentista:

«.... y colocamos los dientes postizos con tal perfección, que hasta duelen lo mismo que los naturales.»

¡¡!!

—

—¡Este cigarro es infame!
—Pues yo no fumo de otros.
—¡Siempre con tu economía!
—Si me cuestan caros!
¿Cómo?
—A peseta cada uno.
—¿Una peseta?
—¡De fósforos!

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—¡Vamos, que me la *comedia!*

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
20 de Julio de 1889.
NÚMERO 42.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Uno de los privilegios que tiene *Clarín* es el de armar ruido.

Y se comprende.

Haciéndolo así cumple su misión y justifica el *álias*.

Un Clarín que no sonara, ¿para qué demonios serviría?

Y como Alas quiere servir, y efectivamente sirve, suena.

Lo doloroso es que casi siempre lo hace de un modo desagradable.

Desagradable, entiéndase bien, para los oídos de aquellos á quienes favorece con sus *sonatas*.

¡La verdad es que suele dar unos *solos* morrocotudos!

Folletito que él publica, escándalo al canto.

Unos le llaman eminente crítico.

Otros...

No quiero decir lo que le llaman otros.

Ya lo sabe él.

Lo indudable es que su personalidad artística tiene méritos sobrados para figurar en nuestra galería de caricaturas, y por eso figura.

Conste.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ **9** *pesetas.*
Seis meses.......... **5** »

Ultramar y Extranjero.

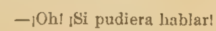
Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

¿DIARIO CÓMICO?



¡Cómico, imposible! Nada alegre, nada regocijado puedo referir á ustedes esta semana.

¡Bonito está el país para chirigotas!

¡Ah! Una nota *plácida* encuentro entre mis apuntes.

Nadie se acuerda ya de D. Cristino.

¡Gracias á Dios!

En cambio, todo el distrito del Congreso está muy apenado con la desgracia que aflige al pobre Batatilla.

Ayer estuve en su casa.

Aquello no era casa. Era un valle de lágrimas.

Doña Perpetua lloraba hilo á hilo y lanzaba ayes y suspiros capaces de enternecer á un santo de piedra. Su esposo, el integérrimo funcionario D. Juan Crisóstomo Batatilla, paseaba en todos sentidos la reducida sala, y de vez en cuando se detenía un instante ante su desconsolada esposa; la miraba con ternura inefable, y después apretaba los puños con fuerza, levantaba la mirada hacia el techo, se mordía con rabia las largas guías del bigote gris, y sin proferir palabra continuaba el interrumpido paseo, presa de mal disimulada agitación.

Y allá en el rincón más oscuro del cuarto veíase sentada, mejor dicho, embutida en una ancha butaca forrada de reps azul, una joven, casi una niña, pálida y triste, con los ojos enrojecidos por el llanto, semejante en su actitud á la estatua del pesar, ó á la imagen de la resignación muda y dolorida. Oíanse en la habitación contigua rumores de voces apagadas, sollozos mal comprimidos, y, de vez en cuando, exclamaciones de dolor y gritos de angustia suprema, denunciando inevitables explosiones de un pesar infinito, que rompe las vallas de la discreción ó el disimulo, y torna á encauzarse rápidamente, obligado por atendibles conveniencias.

¿Qué habría ocurrido en aquella casa? Grave debía ser el acontecimiento para sumir en tan lúgubre tristeza el hogar siempre alegre y regocijado del bondadoso señor de Batatilla. De pronto ábrese la puerta de la sala, y aparece en ella un nuevo personaje.

Era un joven alto, guapo, bien formado, en toda la plenitud y fuerza de la vida; podía tener á lo sumo veinte años, y su rostro inteligente, velado también por sombras de tristeza, revelaba una voluntad enérgica é indomable. Sus ojos eran grandes, negros, de mirada profunda y escudriñadora. Al entrar acercóse rápidamente á doña Perpetua, depositó en su frente un beso cariñoso, y murmuró á su oído, dando á su acento inflexiones de exquisita dulzura:

—No llores mamá. Quizá se salve.

La buena señora agradeció la solicitud de su hijo, pero reveló con gesto expresivo que ya no tenía esperanza, y enjugando las lágrimas que á pesar suyo se escapaban de sus ojos, señaló al señor de Batatilla, diciendo:

—Yo ya estoy resignada. Procura consolar á tu pobre padre.

Y el joven entonces corrió junto al autor de sus días, le echó los brazos al cuello, y juntos y estrechamente abrazados, confundieron entrambos lágrimas y sollozos, sin pronunciar una sola palabra.

—¿Conque no hay remedio?... preguntó al fin el viejo con voz entrecortada.

—Creo que ninguno.

—¡Pobrecilla! ¿Y qué hace?

—¡Nada! Parece que comprende su situación y sabe lo que le espera. Nos mira á todos, y luego se enrosca, se encoge, y continúa con su ronquido...

—¡Oh! ¡Si pudiera hablar!

—¡Qué cosas nos diría!

—¿Y sus hijos?...

—¡Como si tal cosa! Se acercan, la miran, y se ponen á dar saltos, á retozar, á jugar...

—¡Son tan pequeños!

—Es verdad.

—¿Y tu hermana?... ¿Ha entrado á verla?...

—Tres ó cuatro veces. La pobre Casilda es tan nerviosa, que no puede soportar aquel espectáculo; la última vez que la ha visto le ha dado un síncope y he tenido que sacarla en brazos. Ya le he suplicado que no vuelva á entrar.

—Has hecho bien. Ahí tienes á María (y el buen hombre señaló á la niña de la butaca): he tenido que obligarla á que no se mueva de nuestro lado. Empeñada en asomarse á la carbonera.

—¡No lo consienta usted!

—¡Pues no faltaba más! Si la desgracia que todos tememos ocurre, hay que evitarla el triste espectáculo.

—Se evitará. A las que no logro convencer es á las tías. Ahí están en el gabinete, llorando como unas Magdalenas.

—Sí, ya las oigo, y sus lamentos me ponen los pelos de punta.

—Ya les he suplicado que se callen, porque mamá está muy afectada, y con sus lloriqueos la acaban de trastornar; pero todo ha sido inútil. Están inconsolables.

—¡Lo comprendo! ¡Estaban tan acostumbradas á quererla!

—¡Eran las que más la mimaban!

—La tenían siempre en las rodillas.

—¡Basta, basta, por Dios! ¿A qué viene atormentarnos ahora con esos recuerdos?... Quizá Dios haga un milagro y nos la conserve. ¿Y la criada? ¿Continúa en la misma actitud?

—Sí. Se ríe á carcajadas, entra y sale como si tal cosa, armando un ruido infernal en la cocina...

—¡Bestia!

—Y hace poco estaba cantando.

—¡Cantando! ¿Cantando en estos momentos?

—El tango del *Certamen Nacional*, nada menos.

—¿El caracolillo? Eso ya no se puede tolerar. Busca su cartilla, págala, ponle la salida... y que salga inmediatamente de la casa.

—¡Ya lo tenía yo pensado!

Al terminar el joven estas palabras, oyóse un estrépito infernal; una explosión de gritos desesperados, de ayes de dolor, de quejas y sollozos...

Doña Perpetua y la niña se le vantaron como movidas por un resorte, y se lanzaron hacia la puerta; los dos hombres lograron detenerlas impidiéndolas el paso... y la escena que allí tuvo lugar no es para descrita.

—¡Qué llanto! ¡Qué desesperación! ¡Qué frases de dolor! ¡Qué consuelos tan inútiles los que mutuamente se prodigaban aquellos cuatro seres, encontrándose los cuatro inconsolables!

En aquel instante supremo apareció la criada de la puerta, una Maritornes gallega, gruesa y colorada, con los brazos arremangados y la cara satisfecha, la cual, riéndose de una manera estúpida, dijo con el tono más natural del mundo:

—¡Señuritus, ya se ha muerto!

Un ¡ay! desgarrador contestó á aquellas palabras, y doña Perpetua rodó por el suelo. Todos se apresuraron á socorrerla. La criada se acercó al grupo, y tocando en el hombro al señor de Batatilla, le preguntó sonriendo:

—Se la llevará al basurero mañana, ¿eh?

¡¡La que había muerto era la gata!! ¡Y dicen que no hay personas sensibles en el mundo!—NAVARRO GONZALVO.

A 0,50 POETA (*)

Bien te pudo engañar la filautía
al escribir, Manuel, aquella carta
con tanto ripio y tanta grosería.

Ya ví que de tu mente no se aparta
cierta broma ligera, donde digo
que es fuerza que tu ingenio se nos parta;

Pues la musa no en todo está contigo,
y eres mitad poeta, á lo que entiendo,
(y otra mitad me fuiste mal amigo.)

—

Libro que me regalan, no lo vendo,
por más que muchas veces no lo lea,
y á la cortés dedicatoria atiendo

Del tomo que mi orgullo lisonjea,
en que me ofreces de tu musa el fruto,
olvidando mi broma y la pelea.

Allí supones que placer disfruto
de tus versos buscando la lectura,
y á tal supuesto callo, y no refuto.

Mas luego dices que mi prosa dura
(dura la llamo yo) también te agrada,
y esto lisonja ya se me figura.

—Porque del libro aquel no escribí nada,
porque la adulación eché en olvido,
según costumbre mía inveterada,

¿Vuelvo á ser mal clarín, vate manido,
y todo lo peor que me dijiste
primero de llevar tu merecido?

Si perdonar no sabes, ¿por qué diste
á olvido peligroso aquel soneto
del gran Quevedo, en que tu imagen viste?

¿Y ahora quieres tratarme con respeto?
¡y me llamas poeta detestable
y clarín destemplado y mal sujeto!

Purga de tu memoria deleznable
la culpa grave de tener en cuenta
de mis versos el fruto miserable,

Y olvidar el soneto que comenta,
con ayuda del numen de Quevedo,
milagros de aquel santo y su parienta!

—Mucho me temo que me tengas miedo
adulándome en libros que regalas,
y después atacando sin denuedo.

Miedo á que aplique á tus mediocres alas
—que al cielo, según dices, no han subido—
las tijeras que cortan falsas galas

De errores de gramática y sentido;
de errores como aquellos que chorrea
la epístola que á tantos has leído.

No cabe en rima, aunque tan mala sea
como éstas que por broma te enderezo,
corregir de tus ripios la ralea;

Ni mostrarte, al pasar, cada tropiezo
de esas tus alas que, esquivando el lodo,
—conforme en esa epístola lo rezo—

Como pies de aguador, lo pisan todo;
mas todo lo andaremos en las notas,
donde á tu musa até codo con codo.

Pues, tal como hay galeotes, hay *galeotas;*
y *galëota fué* tu musa impía;
que hoy se visten de musas muchas sotas.

—

Loco por la citada filautía,
—palabra del hermano de Lupercio,
y que fuera muy culta siendo mía,—

Aunque yo te mejoro en quinto y tercio,
llamándote poeta por quebrados
(Gaspar, Ramón y tú sois un sestercio);

Loco de vanidad, por tus pecados,
hablas de inspiración y de Hipocrenes,
y juras que sesteas en los prados

Donde brota Aganipe, y de allá vienes;
y metiendo el incesto en lo divino
—santa ignorancia por disculpa tienes—

Sin sospechar siquiera el desatino,
das por hecho que el hijo de Latona
enlaza al de Talía su destino!

Y aún la quieres echar de gran persona,
y de Helicón, al presumir, grotesco,
la vanidad vecino te pregona;

¡Y no sabes siquiera el parentesco
que ligaba al de Cláros con Talía!...
—¡Hipocrenes á mí! ¡Pues estás fresco!

Conmigo no te sirve la osadía,
y he de decirte, ya que lo prefieres,
lo que vale tu pobre chirimía.

—

Tú mismo nos declaras que no eres
digno de levantar al alto cielo
alas, que cerca de la tierra quieres.

Gallináceo no más tienes el vuelo;
no es la tuya la musa *verdadera,*
no *amiga de sonaja y morteruelo;*

La poesía que llamó *sincera*
Cervantes inmortal, la que no halla
vestida de color de primavera;

La que no sirve nunca á la canalla;
no la populachera y maldiciente,
que es *la que más ignora y menos calla,*

Y clava en el honor su único diente;
como la tuya, *falsa, torpe* y *vieja,*
que con sonetos paga el aguardiente,

Y ni tabanco ni taberna deja;
grande amiga de bodas y bautismos,
trovadora, maligna y trafalmeja.

(Casi repito tus conceptos mismos,
al decir que gustosa se rebaja
esquivando del cielo los abismos.)

Tu plectro es de Albacete, y pincha y raja,
y jamás las Piérides amaron
forminge que se tañe con navaja.

En cambio, ¡cuántos vulgos te alabaron!
Baco, donde tú estás, *su gusto anuncia,*
y tus sonetos fáciles brotaron

Donde hay mantel y brindis se pronuncia.
—Tu musa es el factor de toda fiesta,
y nunca á que improvises se renuncia

Allí do calla inspiración honesta,
que no admite por premio la pitanza
del fúcar, que antes de dormir la siesta,

Cual pudiera pedir ó juego ó danza,
á tu musa demanda el digestivo;
y todo viene á ser de panza á panza.

Fueras menos fecundo y más altivo,
y no harías sonetos gallardetes
de feria, ni emularas al *tío vivo.*

Tus versos más que rimas son cohetes,
tapiz de procesión, ó campanadas
con que en todo jolgorio (1) te nos metes.

Y menos mal que ya las asonadas
no celebras, después de victoriosas,
persiguiendo al vencido á *sonetadas.*

¡Oh ironía terrible de las cosas!
Diatribas, diplomático te hicieron,
y tus mismas canciones afrentosas

Plenipotencia de insultar te dieron;
pues medraste al amparo del caído,
cuando otra vez en alto le pusieron.

Todo es historia lo que va advertido;
tú cantaste flaquezas de una dama,
á quien razón de Estado habrá impedido

Buscar un paladín para su fama;
tú fingiste que amar la patria era
repetir en estilo de soflama

Sinónimos sin cuento de ramera;
y después que el triunfar los liberales
te sacó de lo humilde de tu esfera,

Primero que volver á tantos males
como causan la inopia y el destierro,
servistes á enemigos naturales.

—Tú me hablabas de paja; yo del perro
te quiero hablar á ti, que si se humilla
y lame alegre á su cadena el hierro,

Es fiel á su señor y á la traílla;
y si sigue el olor de la ralea,
no es sólo esclavo del botín que pilla.

—¡Y tú me vienes con cantar la idea!
Tus versos son mejores que los míos,
mas tu pecho es difícil que lo sea.

—

Los pocos versos que hice eran muy fríos,
abstractos y premiosos, de un profano,
producto, al fin, de olímpicos desvíos.

Por eso los quemé; y, en castellano
que procuro pulir, escribo en prosa,
libre de ripios y en estilo llano.

—¡Qué lejos ya la adolescencia hermosa,
en que fueron tristezas, ilusiones,
cantos y soledad, todo una cosa!

Tú no sabes, Manuel, de estas regiones,
en que escondí los hondos sentimientos,
causa un día de tímidas canciones.

Yo no canté el dolor con aspavientos,
yo no lo publiqué por cuatro reales,
ni pedí inspiración á los fermentos,

Mis penas á mi amor fueron leales,
y cuando en este valle las evoco,
aún me alivian del llanto los cristales.

No tengo lira, al menos no la toco;
pero tengo unos bosques y colinas
donde sembré mis sueños, casi loco;

Y en laureles y en álamos y encinas
de la edad de mi Arcadia, deletreo
lo que dije á las Piérides divinas.

Mas... de eso, ¿tú qué sabes? el deseo
siempre te dió acicate con la fama,
que á la larga no es más que devaneo.

Tú no conoces la escondida llama
y desprecias lo tibio del rescoldo
que con ruido y fulgores no se inflama.

En él buscas... un ripio de *Leopoldo;*
mas yo quiero el rescoldo de la prosa,
y á vanos consonantes no la amoldo.

Porque el versificar es brava cosa;
pero cabe también la poesía
sin el run run de frase cadenciosa.

—

—Y en una soledad como la mía,
que tengo en lo más verde de mi España,
si no en la forma de mis versos, fría,

(Y que ya de escribir perdí la maña)
en la dulce pasión con que la adoro,
con amor silencioso que no engaña,

Naturaleza, mi mejor tesoro,
recibe el homenaje de mi pecho,
y sabe, por las lágrimas que lloro

Sobre las hojas que me prestan lecho,
contemplando el misterio de la vida,
que va su encanto al corazón derecho...

Y, aunque no lo merezcas, te convida
de este sano retiro á los placeres,
quien, ahora que se acuerda, ya se olvida
de estas vanas disputas de mujeres.

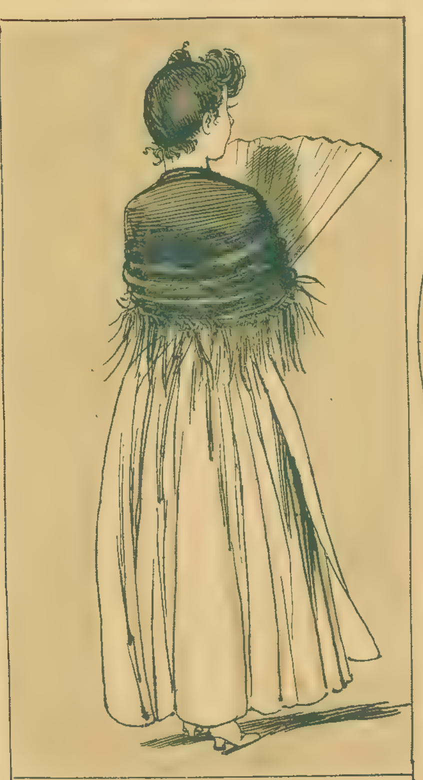
CLARÍN.

Guimarán 15 de Junio de 1889.

(*) Fragmento del „V folleto literario de Clarín" (Leopoldo Alas), que se pondrá á la venta en la próxima semana.

(1) La Academia escribe *holgorio;* pero dice que se suele aspirar la *h*. Conque, llámalo *hache*.

DE VERANEO



Al Manzanares, donde se baña la gente de bronce que sabe distinguir y tiene cutis.

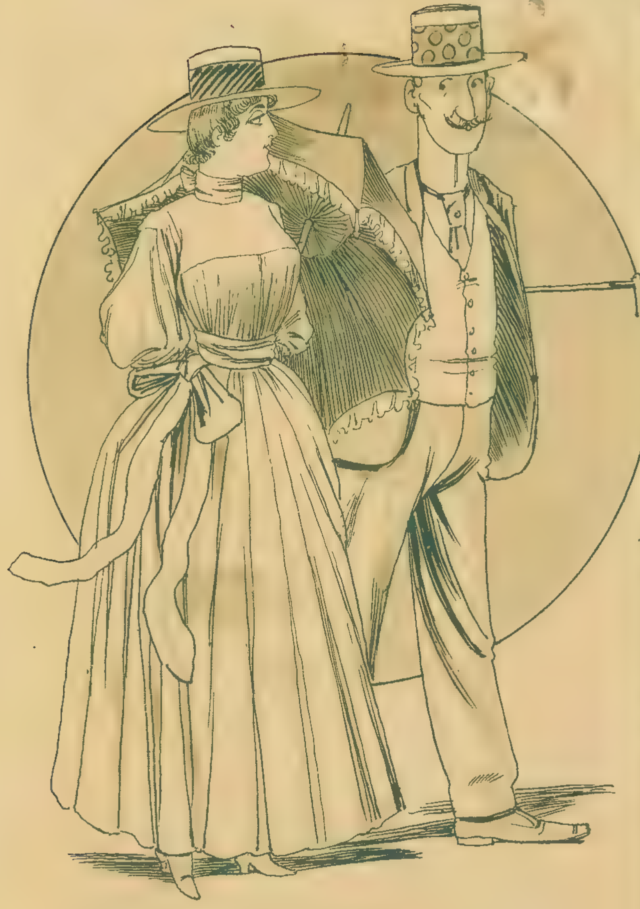
—Este año he decidido pasarme la temporada metidita en el Sardinero.

—¡Ay! ¡Quién fuera Sardinero!

—¿Conque á los baños de ola? ¡Ola, ola, ola!

—Yo me bañaré en sudor, como todos los años.

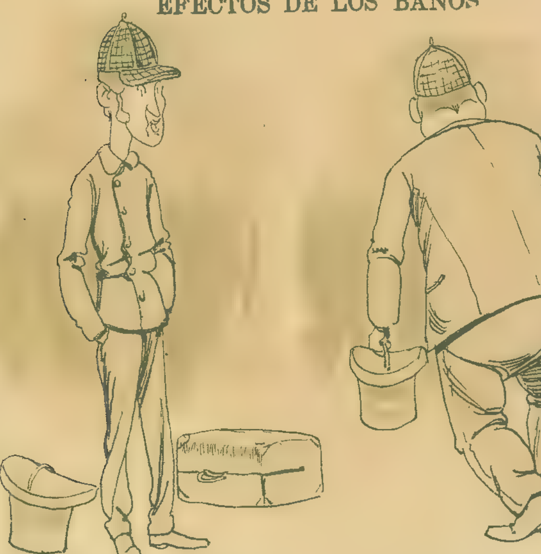
DE VERANEO



—¡Quién fuera el mar para restregarse por todo ese cuerpecito!

—¡Qué hermoso espectáculo! ¡Cuánta gente en la playa! Pero ¡calla! ¿qué hace aquella pareja oculta en las rocas? ¡Qué porquería! Esto no lo debía yo ver.

EFECTOS DE LOS BAÑOS



Antes viajaba para engordar.

Hoy para enflaquecer.

DESDE EL BOULEVARD

La fiesta del 14 de Julio ha sido, por el día, lo mismo que todos los años, con corta diferencia; muchas banderas, mezclados con mayor profusión esta vez los colores de otros países con el rojo, blanco y azul francés.

Galantería natural de los parisienses para con sus huéspedes,que tanto dinero les están dejando.

Como de costumbre ni, una sola bandera alemana y casi ninguna italiana. En cambio se observaba grande y desusada abundancia de banderas de las Repúblicas americanas.

Varios chaparrones de esos que desnudan á los ciudadanos que se surten en los almacenes de ropas hechas, quitaron esplendor á la gran revista militar de Longchamps.

—Ya ve usted, me decía un corredor de vinos y de todo lo que se le presenta: me había comprado por 25 francos en la *Belle Jardinière* este terno para estar decentito el día de la fiesta nacional, y me han caído dos chaparrones que me han puesto en este estado.

El hombre iba ya descotado y de manga corta, y el pantalón le quedaba á media pierna. La lanilla se había hecho blanda al castigo y estaba de tal modo encogida, que aquello era una vergüenza.

—Está usted vestido de circunstancias, le dijo un amigo. Parece usted un *sansculotte* que viene de tomar la Bastilla.

Y el hombre se fué tan convencido y sin notar que le tomaban á él el pelo.

—

Ya habrá llegado á noticia de los madrileños el resultado obtenido por los artistas españoles en la Exposición universal, y estoy seguro de que no ha habido pocas sorpresas, tanto al observar los cuadros que se han quedado sin medalla como al ver algunas medallas acordadas.

A nadie que conozca obras suyas le habrá extrañado, por ejemplo, que Raimundo Madrazo y Jiménez Aranda hayan obtenido primera medalla.

Pero seguramente que no se espera por ahí la total ausencia del nombre de Pradilla y el de Gisbert en la lista de recompensas.

Confieso que el olvido total de este último no me lo explico. Su cuadro está bien pintado, no mal sentido y bastante bien compuesto. ¡Eternos misterios de los Jurados! Si bien no había caso de una medalla de honor, porque al cuadro le falta un rasgo de genio que haga sentir bien la importancia y la naturaleza de la situación—pues cambiadas las caras ó los trajes, lo mismo pudiera ser aquello el fusilamiento de Torrijos que el de Zurbano, Gisbert merecía una recompensa.

Lo de Pradilla, ya me lo explico más. Este artista, á quien he admirado y admiro siempre, tiene ya una medalla de honor, ganada justísimamente en la Exposición del 78 con su cuadro de *Doña Juana la Loca*, no podía tener ahora más que medalla de honor ó nada. *La rendición de Granada* ha sido tan admirado como discutido en España cuando se pintó; no es ocasión de repetir lo entonces dicho. Pero todos convinimos entonces en que si este cuadro tiene como factura cosas de primer orden, es en conjunto como composición, como obra artística, muy inferior á *Doña Juana la Loca.* No pudiendo equiparar un cuadro con otro, los Jurados han tenido que dejar á Pradilla sin medalla.

Ocasión sería ésta de decir á nuestros pintores dos ó tres verdades, aunque les amarguen: primero, á los que valiendo mucho no han venido con sus cuadros á luchar en este gigantesco Certamen; en segundo lugar, recordando á todos nuestros pintores que es hora de despertar y seguir el movimiento moderno y pintar la época en que vivimos, dejando un poco de lado la manía de la pintura de historia, y de historia antigua.

Los autores dramáticos han empezado ha tiempo ya á comprender que hay que pintar la época en que vivimos con sus pasiones y sus ridiculeces peculiares y características; por eso los contemporáneos escriben comedias y dramas de levita ó de chaqueta, y dejan las comedias de capa y espada, los dramas históricos y los sainetes de manolería que ya escribieron de mano maestra, y en su tiempo, Calderón y Lope y D. Ramón de la Cruz.

Los pintores deben dejar lo antiguo, que no lo han de pintar mejor que Velázquez y que Goya, y pensar en pintar la época presente, que, al paso que vamos, en España sobre todo, no van á poderla ver en pintura nuestros nietos.

Tomen ejemplo de los poetas que cantan ya en verso el vapor y la electricidad, y las forjas y las guerras modernas más desastrosas que las anteriores, y busquen asuntos y modelos en la vida y la naturaleza que les rodea.

Las habilidades de factura se realizan lo mismo pintando un ropón bordado que la blusa de un obrero, ó la casaca de un General, ó el zagalejo de una labradora, y esas habilidades son importantes], sí, pero hay que pensar en algo más hondo si no, los cuadros, como *La conversión del duque de Gandía* por poner un ejemplo, serían, siguiendo el orden de ideas comenzado, como un drama muy bien versificado, pero concebido y planeado en su argumento falsa y desacertadamente.

Y basta de sermón. Si yo hubiera sido jurado, le hubiera dado la medalla de honor de España, á pesar de ser cuadro de historia, por lo sobrio y bien entendido de la composición por lo bien concebido y mejor ejecutado, al cuadro de Alvarez, *La silla de Felipe II.* El Jurado, compuesto de notabilidades de todos los países, se la dió á Luis Jiménez por un cuadro que, aunque bueno, es muy inferior á los que he mencionado.

¿Por qué? Pues de seguro porque ha pintado un asunto moderno y probablemente porque ha encontrado una luz que ya la quisiera el cuadro de Granada, siendo la acción del premiado una sala de hospital al pasar la visita el profesor con sus alumnos.

—

Los escultores españoles también se han quedado en casa en su totalidad.

Que escultores puedan llamarse, no han venido más que Susillo y Querol; y los coloco por el orden que en mi concepto merecen sus aptitudes artísticas, por más que el Jurado los haya colocado á la inversa á la hora de las recompensas.

Susillo, que es un escultor muy moderno, tanto por su modo de trabajar, como por su manera de concebir, como por los pocos años que lleva de lucha en la liza, brilla, sobre todo, en un género que es más difícil de lo que parece. En el relieve.

No creo que, hoy por hoy, haya quien le aventaje en ese género en España, y si sigue progresando en la medida que marcan sus obras, dentro de algunos años manejará el relieve como pocos en Europa. El que ha presentado en la Exposición y se titula: *Una saturnal* es el mejor agumento en mi apoyo. No por eso deja Susillo de hacer estatuas y grupos notables, como acaba de demostrarlo en Sevilla recientemente con la del monumento á Velarde, y que, á juzgar por las fotografías, es excelente como composición y como factura.

El Jurado le ha dado sólo una tercera medalla, y á Querol una segunda por su grupo *La Tradición*, que los madrileños conocen, y del cual dije en otro periódico mi humilde opinión, hace tres años, cuando allí se expuso.

En el Jurado de escultura no había quien defendiese las obras españolas, y la primera medalla que de allí traía Querol debe haberle favorecido mucho, porque sin algún favor no se comprende este premio tan alto, en relación con uno tan bajo dado á *La saturnal*, de Susillo.

—

En el teatro de la Exposición han debutado unas *bailaoras* gitanas de P. y P. y W.

A algunos franceses no les resulta muy *convenable* el tango que se baila la Pepa; pero á la mayoría, y sobre todo á las francesas, les parece *revissant.*

¡Y que no tiene gracia oir á estas parisienses diciendo *olé* y ver la cara de las flamencas al oirlas!

El cartel anuncia: *Les gitanes espagnoles et son* CAPITAN.

No sé qué capitán será ése, porque no le he visto.

¡Como no sea un capitán... de esquiladores!

BLASCO

París 18 de Julio de 1889.

Apuntes para varios artículos.

Empiezo por confesar hidalgamente que este artículo no es mío.

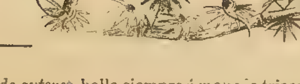
No me cuesta ni el trabajo de hilvanarlo. Tengo un amigo del alma que diariamente, mejor dicho, todas las noches, me visita en mi cuarto de Maravillas.

Ayer sacó la cartera donde guardaba las butacas, pagadas á buen precio, para ver la representación de *Las hijas del Zebedeo*, esa joya cómico-lírica de Estremera y Chapí, precisamente cuando yo daba al segundo apunte la *orden de empezar.*

Con la prisa, y preocupado con la idea de no perder ni una sílaba ni una nota de la obra, salió escapado de la dirección, sin darse cuenta de que sobre la mesa de mi despacho dejaba olvidada la cartera.

La curiosidad es vicio feo, pero tentador.

El hombre es débil. No pude resistir á la tentación, y, papel por papel, inspeccioné cuantos la cartera contenía.



Tenía notas de domicilios, tarjetas y.. ¡pásmense ustedes, hasta billetes de Banco!

Cédula personal es lo único que no tenía.

Al ver esta deficiencia no pude menos de exclamar: *¡Mi amigo es un hombre honrado!*

Aunque en Maravillas todos, absolutamente todos, somos gente de fiar, como abandono frecuentemente la dirección, dejando abierta la puerta, me metí la cartera en el bolsillo, no sin haber arrancado un puñado de hojas, en la primera de las cuales estaba escrito lo siguiente:

APUNTES PARA VARIOS ARTÍCULOS

Y esto lo hice, porque el Director de Los Madriles, con una bondad que nunca podré agradecer bastante, me había pedido un articulejo para el presente número y yo no tenía asunto sobre qué basarlo.

Dueño, poseedor por lo menos de los apuntes, ya no podía faltarme artículo, y estaba yo tan contento.

Pero como el remordimiento es compañero inseparable de cualquiera mala acción, empecé á sentir punzadas en la conciencia, y díjeme: «calma, calma, y á ver cómo te portas, amigomío.»

Para entrar á cuentas con mi honradez, para elegir con acierto el camino que había de tomar, preciso era emplear una *media horita*, y la empleé con el mejor de los pasatiempos.

Oyendo narrar cuentecillos al ingenioso y graciosísimo maestro Domínguez, á ese jerezano de pura sangre, en el que se compendia toda la gracia de Andalucía.

El maestro viene á verme también todas las noches al jardín de Maravillas. Como otros al teatro, á la peluquería ó á los gabinetes de lectura, yo estoy abonado todos los lunes á dos botellitas de la excelente bodega Castellón.

Una de *Manzanilla* y otra de *Palma*. Pruébenlas ustedes y yo les aseguro que no sabrán dejarlas mientras vivan.

Pues del *Palo cortado* no hablemos.

De eso quien puede responder es mi amigo Zafra (D. Eugenio), que debajo de una modesta apariencia oculta un corazón de oro y un buen gusto á toda prueba.

Pues bebiendo unas cañitas del sabroso néctar fortifiqué mis sentimientos de hombre honrado, y dije: «No escribo el artículo; no quiero vestirme de ajenas plumas; copiaré los apuntes de mi amigo y declarando que son suyos, los daré á la estampa.»

Y ahí van, sin más preámbulos:

Primer apunte.

No todos los directores artísticos son desgraciados.

El de Maravillas es feliz.

Si tiene *algún veneno de autores*, halla siempre á mano la triaca.

Cuando está á punto de asfixiarse, refresca la atmósfera y la oxigena con la conversación de Estremera, Sinesio Delgado, Emilio Sánchez Pastor, Santistéban y... otros.

(Aquí omito un nombre. El de Navarro Gonzalvo, á quien no quiero nombrar por ser el director de Los Madriles.)

Segundo apunte.

JULIA SEGOVIA

Talento, gracia, pimienta hablando, mostaza bailando y repartidora de opio.

Haré su biografía.

Tercer apunte.

Problema.—¿Quién toca y canta las sevillanas de *A ti suspiramos?*

Un barbián.

Descubrir su nombre y denunciarlo á la publicidad.

Cuarto apunte.

LA MONTAÑA RUSA

Los teatros tienen *claque* para que aplauda.

La Montaña la tiene para que grite.

Si se pagara á real *el chillido*, saldrían ricos en dos meses algunos señores.

Los vecinos del *Dos de Mayo* gastan un caudal en algodón en rama para taparse los oídos y poder dormir.

Varios empleados del Ministerio de la Guerra han enfermado del nervio acústico.

Hay que hacer una exposición al general Chinchilla.

Quinto apunte.

LA INFANTIL

Ha vuelto á la vida pública este teatro.

Al recibir la noticia, se le ha caído la capa á la estatua de Mendizabal.

Cervantes, al estremecerse sobre su pedestal, ha perdido un zapato.

Calderón tragó, al saberlo, muchísima quina, pero sin pestañear.

No se atrevió á moverse.

Por miedo.

¿A qué?

A que tuviera que *arreglarlo* otra vez D. Manuel Cañete.

Rafael M. Liern

TRISTEZAS

Quisiera ser un ave de poderoso vuelo,
De aspecto funerario y de alas sin rumor
Para cruzar de noche la lobreguez del cielo,
Cuando se envuelve el mundo en el oscuro velo
De sombras y misterios de tempestad y horror.

Subir á la alta sierra y oir los bramadores
Mugidos prolongados del viento que al pasar
Rompe los viejos troncos cual delicadas flores
Y hace rodar las piedras con tétricos rumores,
Cual huesos de esqueletos que fuera á amontonar.

Bajar desde la cumbre al mar enfurecido,
En su hervorosa espuma mi garra á humedecer,
Y oir del marinero el lúgubre alarido
Que implora á Dios ferviente cuando se ve perdido
Y muere entre las olas sin alcanzarlo á ver.

Del trueno cavernoso el eco dilatado
Que cruza velozmente la negra inmensidad,
Seguir las vibraciones con vuelo apresurado
Para saber do extingue su acento prolongado
Para saber dó muere, para saber dó va.

Atravesar las nubes preñadas de centellas,
Que sobre el mundo tienden su fúnebre capuz;
Atravesar las nubes, y detener tras ellas
El vuelo, contemplando las pálidas estrellas
Que inalterables vierten su peregrina luz.

Y allí, libre de penas, de afanes y agonía,
Morir para que el alma volara hacia el Señor,
Morir languideciendo como se muere el día,
Cual muere en el silencio la nota de armonía
Cual muere sin testigos la solitaria flor.

Camilo Pou

A ROQUE

(Epístola inmoral.)

Tu carta recibí, Roque querido;
y si pequé de tardo en contestarte,
no lo atribuyas desde luego á olvido.
El consejo que pides, y he de darte,
merecía pensarse con cordura.
¿Conque estás decidido á suicidarte?
Dispensa que te diga que es locura
que un hombre de tus prendas se suicide
aunque su situación esté algo oscura.
Ignoro qué motivo te decide;
pero si es tal, que no tiene remedio,
voy á ser franco, como el caso pide.

Pues que la vida ya te causa tedio,
pensemos en el modo más seguro
de quitarte más rápido de en medio.
¿El puñal? No nos saca del apuro;
eso es propio de tiempos anteriores,
y es un golpe, además, muy inseguro.
¿Un tóxico? ¡Caramba, qué dolores
debe proporcionar! No lo he probado,
pero he leído del veneno, horrores.
Queda, pues, el veneno desechado.
Un tirito en la sien, ¿qué te parece?
En estos tiempos, es lo más usado.
Pero no; porque á veces acontece,
errar el tiro, cosa muy sencilla,
y es mucho lo que entonces se padece.
No es mal medio subirse á una guardilla,
arrojarse á la calle de cabeza,
y hacerse en el momento una tortilla.
Pero ¿y si casualmente, ó por torpeza,
aplastas al caer á un barrendero,
que se halle practicando la limpieza?
Es mejor que te mates con brasero
mal encendido, porque el tufo ahoga,
aunque esto no resulta muy certero.
¿Colgarte por el cuello, de una soga?
Chico, yo no me atrevo á aconsejarte
suicidio entre asesinos tan en boga.
Nada, nada; si quieres suicidarte,
amigo Roque, la mejor manera
que debes adoptar, por más certera
y de efectos seguros, es... casarte.

Emilio del Val.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

DE CAZA

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR. E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
27 de Julio de 1889.
NÚMERO 43.

LAS ARTISTAS DE HOY

Sola y huérfana, ¿qué hacía?...
Seguí el consejo de un viejo
y me dediqué á Talía,
y me paso todo el día
en consulta ante el espejo.

—

Yo, que al arte me acomodo,
sin estudiar los papeles
logro aplausos. ¿De qué modo?
¡Hoy, para alcanzar laureles,
la *buena forma* es el todo!

—

Pues entusiasma á la gente,
más que cuatro redondillas
ó un parlamento elocuente,
un seno alto y turgente
y unas buenas pantorrillas.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

A. PONS

Diario Cómico

LOS MADRILES

Farolillos de colores,
de hechura y formas diversas,
banderas y gallardetes
que en los mástiles ondean,
arcos de verde ramaje,
rumores de alegre fiesta,
música, baile: ¿qué pasa,
que la calle de Hortaleza
invade la muchedumbre,
locuaz, activa, contenta?...
¿Qué fausto acontecimiento
se conmemora ó celebra?...
¡Que el distrito del Hospicio
se agita, vive, progresa,
y en són audaz de conquista
entra en la vida moderna!
¿Conque realiza mejoras?...
¡Digna de encomio es la empresa!
¿Escuela modelo?... ¡Quiá!
¿Entarugado?... ¡Simpleza!
¿Luz eléctrica?... ¡Bobada!
¡¡Inaugura una verbena!!
¡El melocotón en todo
su apogeo! La Javiera,
santos de barro, buñuelcs,
torraos y pasas, almendras,
perfume de aceite frito,
tiestos de albahaca y... *jumeras.*
¡Bendigamos los designios
de la sabia Providencia!...
¡Vengan *dos medias* y un *churro*,
y á gozar en la verbena!

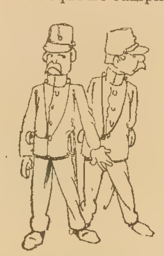
—Aquí veremos de frente
los fuegos; á mí me gustan
con delirio.—Bien, mamá.
—¡Cuidado, que aquí hay gentuza!
—Bueno. – ¡Pero estáte quieta!
—¡Ay, mamá, si me apretujan!
—Mete el pecho y saca el codo,
que los hombres son muy truchas
y se aprovechan.—¡Jesús!
— ¿Lo ves? ¡Si estas apreturas!...
– ¡Es que hay mucho sin vergüenza!
— ¡Usté dispense, me empujan!...
—¡Mira, mira qué cohete,
cómo sube! ¡Qué hermosura
de colores! ¡Y echa bombas!
—¡Vámonos de aquí! – ¿Te asustas?
¡Si no quema!—¡Por si acaso!...
—¡Ah, comprendo! ¡Habrá granuja!

Diez *tormentos* de manubrio,
diez carracas fementidas,
lanzan sus notas al viento
destrozando polkas íntimas,
y habaneras pegajosas,
que bailan las señoritas
archicursis, las porteras,
y las chulapas más lindas
del distrito:—y, á propósito,—
¡cómo baila Pepe Silva!

Mecáchis estaba lelo
mirándole con envidia,
y al buen Sinesio Delgado
le retozaba la risa
por todo el cuerpo. ¡Un charrán!
¡Si es poco lo que se diga!...
En la *clase* de escritores
de esos que gastan patillas,
ni los hay con más *hechuras*,
ni más flamencos: ¡mentira!

—

Dos del Orden:—¿Ves la gracia?...
Nos duplican el servicio.
—¿Pur qué? – Para que retocen
unos cuantos señoritos,
y unas... ¡que Dios me perdone!
—¿Oyes, Pérez?—¿Que ha ocurrido?
— ¡Parece que hay bronca!—¿Donde?
—En aquél corro.—¡Pues chito!
Media vuelta; hasta que llamen
no nos metamos en líos.
—¡Creu que atizan!—Es posible.
Llevaremos lus heridos
á la Casa de Socorro,
y el *dador* al *Abanico*,
si se coge buenamente.
—¡Qué voces!—¡Vaya unos gritos!
—Vamos, López.—Anda, Pérez.
—¡Y aún dicen que no cumplimos!



En correcta formación
hay larga fila de puestos,
en que se venden los *clásicos*
ojetos de á real y medio;
torráos, alvellanas tiernas,
el *pim-pam-pum*, los refrescos
de horchata y limón, las tiendas
de vinos (quince lo menos)
y, en fin, las buñolerías,
que es lo típico y selecto
en esta clase de fiestas.
¡No hay verbenas sin buñuelos!
Bajo los toldos de lona
de esos establecimientos,

fraternizan estas noches
la aristocracia y el pueblo;
y hay señora encopetada
de ilustre y rancio abolengo,
vestida como una diosa,
que ocupa incómodo asiento
junto á una mesa de pino
de problemático aseo;
se codea con un chulo,
nata y flor de lo flamenco,
se ríe de *sus salidas*,
soporta el olor molesto
del aceite frito, y toma
dos docenas de buñuelos
como cualquier maritornes
de delantal y pañuelo
á la cabeza. ¡Benditas
las conquistas del progreso
y la influencia del *churro*
sobre antiguos privilegios!

—

Como era muy natural,
hubo función en la iglesia;
en procesión, por las calles,
sacaron la Magdalena,

y hubo ¡vivas! (¡cómo no!)
al que organizó la fiesta,
una autoridad celosa
que trabaja y se desvela
porque sus administrados
ganen algo y se diviertan.

—

Dicen que el año que viene
será mejor la verbena;
entretanto, vaya un ruego:
Señores, ¿por qué no arreglan
el mercado de la calle
de Pelayo? ¡Aquello apesta!
En buen hora los faroles,
gallardetes y banderas,
y sacar en procesión
á la Santa Magdalena;
pero cuidemos un poco
la abandonada plazuela:
entre col y col, lechuga.
¡Siempre es buena la limpieza!

E. Navarro Gonzalvo.

CARTAS

A SALVADOR RUEDA

I

Mi querido amigo: No sólo no está llamada á desaparecer la poesía, sino que es una lástima que la actual juventud literaria española no contribuya, ni poco ni mucho, á probar, con el argumento de Diógenes, que los versos que matan nuestros ateneístas de sección, gozan de buena salud.

Que existe la poesía, se demuestra, en efecto, siendo poeta; y así lo hace, por ejemplo, Campoamor, aunque él crea otra cosa. Sus doloras y sus poemas son los que hablan por él y defienden su causa; y, hasta en sus artículos de polémica, vienen á ser buenos argumentos aquellos párrafos que parecen estrofas, mientras que nada prueban las diatribas que endereza á todos los grandes hombres del mundo que no han hecho quintillas ó cosa equivalente.

Yo soy el que ha dicho que no teníamos por acá más que dos poetas y medio (pues á Zorrilla ya le contaba entre los inmortales); y el mismo Campoamor se divertía, cuando yo estaba en Madrid, repitiendo la frase *dos y medio* en la librería de Fe, en cuanto entraba allí algún poeta de esos otros veinte que admite D. Juan Valera.

Excuso decir á usted cuánto deseo tener ocasión de exclamar con justicia: ¡Ya hay más poetas!

—¿Y por qué me cuenta usted á mí todas estas cosas? me preguntará acaso.

A eso vamos. Yo le he llamado á usted, hará unos dos años, *esperanza de un poeta*, y no ha faltado quien me lo echase en cara. No puede usted figurarse cuánto les disgusta á muchos que no haya un crítico, uno por lo menos, dispuesto á murmurar de todos los escritores. Algunos de los que se dicen mis amigos en letras, lo son con la condición implícita de que no hable bien de nadie, sobre todo de nadie que empiece. ¡Y yo he dicho que usted era una esperanza de poeta! Pues ya ha habido quien viniera amonestándome: «¡Usted le da alas á Rueda!... ¡Eso es envenenar á un muchacho!... ¡Valera alaba *El gusano de luz*; usted le dice al autor de ese gusano que es una esperanza de poeta, cuando no aventura otro tanto de Velarde, Grilo, Ferrari, Shaw y otros!... ¡Está perdido Rueda!»

Déjeme usted contestar á todo esto. Las alabanzas de todo un Valera pueden ser, efectivamente, un veneno, como el perfume de aquellas flores que mataron á la heroína de un poema famoso; si *El gusano de luz*, que yo todavía no he leído, no merece que Valera, que nunca ha analizado una novela de Galdós, hable de él, Valera ha hecho mal, y acaso haya hecho daño á Rueda; pero que *Clarín*, el pobre *Clarín*, que no es nadie, haya dicho que Rueda puede llegar á ser un poeta digno de tal nombre... ¿qué tiene de particular ni de ácido oxálico?

En todo caso, no retiro las palabras; pero bastante hago, para evitarle las molestias de la intoxicación, si *todavía sigo* diciendo: *todavía sigue* siendo una esperanza.

—

Como sé que, aunque no lo merezco, usted hace algún caso de mis opiniones y de mi modo de sentir, y de *gustar* especialmente, tengo que irme con muchísimo cuidado para hablarle de lo que pienso de sus obras. Si por no ayudar á su *desvanecimiento* soy demasiado severo, puedo causarle un disgusto inútil, contraproducente; pero si le elogio más de lo justo, y usted, que cree, y hace bien, en mi imparcialidad y franqueza, me toma al pie de la letra lo dicho, el mal es más grave.

En fin, entiéndame usted si puede, y piense de mí lo que quiera; la verdad, á mi juicio, es ésta.

—

En España, por lo poco que el público aprecia en el fondo á los escritores, y por lo poco que les paga en el mercado, es muy fácil llegar á cierto grado de notoriedad, á casi nada que se distinga cualquiera de la multitud. Ese escaso aprecio de las letras, que hace que se dispute más seriamente una plaza de director general que un nombre en la literatura; más la ignorancia y el mal gusto; más la envidia, que ayuda á los que empiezan, para empujar con ellos á los que ya han ganado fama, y arrojar á éstos del lugar que ocupan en la memoria y en la atención del público; todos estos factores sumados dan por resultado esas reputaciones que entre nosotros se forman de la noche á la mañana. Con esto se consigue que haya dos clases de oscuridad para el escritor: la oscuridad primera, la del desconocido, la natural, que debe haber para que la venza el mérito; y la segunda oscuridad, la de ser una de tantas *notabilidades*, la que consiste en que todo el mundo sepa quién *es Fulano*, pero no *qué* es *Fulano*, lo que vale, en efecto. De esta segunda oscuridad se engendra el fácil olvido. Es por muchos conceptos inmoral contribuir á esta notoriedad tan llana y asequible: al necio le sirve para encaminarle á la locura (nuestra república literaria está llena de estos locos de pluma, que no lo parecen); al hombre de verdadero mérito le sirve esa notoriedad fácil para llenarle el alma de tedio y desencanto. Es para el talento real una ironía repugnante verse objeto de alabanzas que por su valor absoluto tiene que rechazar, por excesivas, por inoportunas, y que por otro lado, por el de la proporción, tienen que parecerle insuficientes, menos todavía, verdaderos insultos y desprecios, pues se prodigan iguales á los que él sabe que son tontos y casi idiotas. ¡Sí, amigo Rueda; así están las cosas!

Pues bien; usted, que indudablemente tiene talento, y, lo que vale tanto como eso para el caso, ha tomado en serio el arte y la *moral del artista;* usted puede oir sin enfadarse que en el crédito que usted ya tiene—como en el pequeño que usted y otros se obstinan en decir que tengo yo—entra por mucho esa facilidad de ser conocido que, por desgracia, es fenómeno constante en la vida literaria española. Confiéselo usted como yo lo confieso: yo me he visto hecho *crítico* por obra y gracia de los periódicos, mucho antes de que á mí se me ocurriera pensar que hubiera podido llegar á serlo, si á su tiempo debido hubiera empezado á estudiar lo necesario. A usted le han proclamado ya poeta y *gloria de la patria* multitud de papeles. No haga usted caso. Sería una crueldad por mi parte, y hasta una traición para conmigo mismo, y una afectación repugnante de modestia, aprovecharme de lo que yo solo sé de mis flaquezas para *criticarme* á mi propio, y convertirme en un *eautontimorumenos* literario ante el público (para mis adentros procuro serlo); y hay que prescindir ahora de mí. Hablemos de usted.

Esos que le dicen que es usted todo un poeta, no saben lo que es ser poeta. Yo que le digo que hay en usted una esperanza, me quedo en lo justo. Créalo.

No supondrá usted, ni por un instante, que lo que me movió hace tiempo á distinguirle de la turbamulta de versificadores castellanos, fué el agradecimiento por los muchísimos y muy hiperbólicos elogios que le debo; si tal pudiera pensar, pronto se convencería de que yo no pago en la misma moneda esta clase de deudas; pues como usted no sea el varón fuerte que yo me figuro, sino uno de tantos literatos llenos de flaquezas de voluntad femeniles, tendrá ocasión de renegar de mí al ver cómo analizo en estas cartas alguna de sus poesías, y procuro hacerle ver lo que le falta para ser justamente tenido por poeta digno de este nombre en los tiempos que alcanzamos.

Necesito, por lo visto, probar dos cosas: que en usted hay *esperanza* de poeta. Esto contra los que me censuran que le alabe hasta ese punto. Y después probar que no hay más que esa esperanza, y que por tal ó cual camino, á que usted parece inclinarse, no se va á realizar lo que yo espero. Esto contra los que le llaman á usted gloria de la patria.

Pero como si solo se tratara de lo que á usted le puede interesar, estas cartas no las vería el público, es claro que del ejemplo de usted nos hemos de servir para predicar con él á los demás; y siempre que haya modo saldremos de lo personal, de lo que á usted exclusivamente se refiera, para considerar ideas generales, doctrina que importe á muchos.

Como ejemplo, es usted muy bueno.

Yo me lamento de que la juventud española no dé con la poesía; de que aquí, donde tan líricos y *dramáticos* fuimos, no haya una poesía *joven*, como, mejor ó peor, la hay en Inglaterra, la hay en Francia, la hay hasta en Italia y en Portugal. Para mostrar la justicia de mis lamentaciones y procurar inquirir las causas de la deficiencia que deploro, es evidente que me servirá mejor *un caso* (pues lo abstracto no me gusta) en que hay las condiciones primeras que tenían que concurrir para que hubiese *poeta*; pues sería perder el tiempo neciamente empeñarse en mostrar cómo no hay poetas jóvenes en España, estudiando el ingenio... de un cretino, de esos que *imitan* á Campoamor, ó á Núñez de Arce ó al mismísimo Becquer. Donde no hay talento, falta la materia primera, y lamentarse de que no sea poeta, por ejemplo...; no, sin ejemplo, cualquiera de esos muchachos que escriben versos y no tienen idea de lo que es el arte, sería como quejarse de que no produjeran palmeras los hielos del Polo, que ni siquiera pueden producir pinos.

Es usted, sin adulación, uno de los literatos *nuevos* que más se acercan á lo que sería de desear; por eso es útil *estudiarle* á usted desde este punto de vista.

Y como, lo repito, no me gusta lo abstracto, voy á empezar refiriéndome á una de sus poesías últimas, una que ha sido muy elogiada, que ha publicado una *Revista* de muchas pretensiones, y que creo que ha leído usted en el Ateneo, recibiendo por ella grandísimos aplausos. Hablo de la oda, ó lo que sea, que usted titula *Lo que no muere;* y mucho me engaño, ó ha de convenir usted conmigo en que esa manera de escribir la poesía *debe morir* cuanto antes.

De camino verá usted cómo analizando una composición determinada, se puede hablar de toda la poesía, y cómo, apuntando á la arboladura, se puede inutilizar los cascos, para los efectos de la navegación. Hasta otro día. Suyo,

CLARÍN

—Yo lo que te digo es que en cuanto que guipe á tu mujer, le doy una paliza que yo entiendo; porque *pá* que tú lo sepas, nos está engañando.

—¡Tié que ver que el *Pipi* venga poniéndose moños porque ha estao seis años en Ceuta! ¡Miá que á mí que me he pasao toa la vida en mis posesiones de Africa!

—Mira; casarnos no, que eso es *mú* mal visto; pero lo que podemos hacer es una liga, como los políticos, y enligarnos.

—Siento yo así como si el cuerpo me pidiera media docena más de copas de lo triple. ¡Y cuando el cuerpo lo pide!

—¿Dices que no has conocido á tu padre? Dime, dime, ¿se llamaba Restituta tu madre?

CELOS DE CLASE

—Y el día que venga la liquidación social y yo sea millonario, no dejaré que nadie escarbe los montones de basura antes que yo.

—Vamos, que cuando yo bajaba á la Virgen del Puerto, había que oir lo que decían á este palmito los duqueses y condeses.

—¡Miá que no ejercer yo hoy mi profesión!... ¡tendría que ver!

¡¡Yo quiero irme!!

Pero verán ustedes cómo no me voy.

No se paseen ustedes por frente al Botánico de seis á ocho de la noche, ni se les ocurra dar una vueltecita á la susodicha hora por la Cuesta de San Vicente. ¡Cuánta pamela con velos moteados! ¡Cuánta maleta!

COMBIEN DES VOYAGEURS!!

Yo no sé adónde ni por qué, pero ello es que se van todos los que tienen dos pesetas, y muchos que no las tienen también.

Los diálogos callejeros que se escuchan al *revuelo* son todos análogos.

—Yo mañana, ¿y tú?

—El sábado.

—¿Cuándo es el viaje?

—Esta noche; ¿quieres algo?

—A San Sebastián, ¿eh?

—No; primero á Bilbao.

Y ¡es claro! con estas cosas se le hace á uno la boca... *viaje*.

Ayer fuí á visitar á las de *Espera*, y ya se habían ido; en el portal tropecé á la familia de *Queda*, que se marchaba también, y hoy he recibido una tarjeta de los de *Resto* que me han *dividido*.

Aquellas S. D. P. F. que pudieran traducirse: SE DEBE POR FANTASÍA, me han hecho el efecto de una descarga eléctrica.

SE DESPIDEN PARA FUERA, por más que dentro les queda otra.

El papá de esas chicas es un señor que parece apreciarme y le venía preparando un *sablazo* sin quite posible.

El señor de *Resto* debía echar el ídem pagándome el viaje; pero... ¡adiós ilusiones engañosas!

¡Si yo supiera adónde se dirigen! P. F. ¿Será *para Francia?*

¿Habrán querido decir *Pon ferrada*?

Ello es que huyeron, y si piensa uno en los editores... ¡Ca! De los pocos que hay, ninguno está en seco.

Todos han ido á ver si el Jordán *à la dernière* los puede dejar limpios de culpa.

¡Como si hubiera aguas capaces de purificar conciencias!

Todo el mundo deja á su espalda los andenes del Norte y Mediodía, menos yo... y mi sastre.

Mi sastre, que otros años á primeros de Junio ya estaba en Comillas, este año se queda en puntos suspensivos.

—Todos me deben, decía la otra tarde; ni uno paga lo que *debe*.

—Hombre, siempre que den algo...

—Si es que no dan nada; parece que se han puesto ustedes de acuerdo.

Este *ustedes* me resultó una alusión de muy mal gusto, y dí un corte al diálogo. ¡Ay, si pudiera hacer lo mismo con la cuenta!

En los ministerios apenas si queda algún ordenanza *novato* á quien se la han jugado de puño los restantes.

¿En los juzgados?... Hasta los tinteros están tomando aguas, á falta de tinta.

¡Y yo aquí!... *residenciado*, como si dijéramos.

Desde mi casa se oye el silbato del tren, y cada vez que resuena en mi oído parece que quiere decirme:

—¡Pobretón-tón-tón! ¿No vieeeeeenes? ¡Anda! ¡anda! ¡anda!

¡Esto es desesperante! Mi portero, un mísero empleado en Puertas, incluso la de casa, se ha ido á pasar unos días á Miraflores de la Sierra, esa cuna del requesón tan pregonado por las calles.

El chico que me afeita saldrá esta noche para Mora, la patria del jabón, y así todos.

Yo ayer, por ir á alguna parte, me fuí al barrio de la Prosperidad á pie, para que me resultara más lejos, y apenas traspuse la última casa del barrio de Salamanca, respiraba ya con libertad, y se explica; por allí no debo nada á nadie.

Pero ¡ay! mi billete era de ida y vuelta con vistas al cocido... Sin embargo, regresé con más apetito que de ordenanza, si hay ordenanzas en esto de la gula.

El pitido del tren no me hizo tanta impresión; acababa de llegar de fuera...

Si la Montaña rusa del Retiro llegara siquiera hasta Alhama... por dos realitos... pero ¡cá! en este Madrid siempre se hacen las cosas mal.

Por supuesto, que á mí me suceden estas cosas por no tener dinero.

Tengo un plan de lo más nuevo que se conoce, y de resultados seguros.

¡Construir una plaza de toros!... No se rían ustedes; una plaza de toros... por actos, ó, lo que es lo mismo, por toros.

Dos reales cada cornúpeto y una sección de la Guardia civil para desalojar los tendidos entre sección y sección.

¿Es mala idea? Pues yo la aporto como capital si hay quien me facilite los fondos, y entonces... entonces mi veraneo estaba asegurado.

El primer renglón del presupuesto de gastos sería: *Mil pesetas para orientarse el inventor.*

Lo de orientarse no tiene nada que ver con el Gran Oriente, y menos con el chico. Mi oriente sería San Sebastián, ó Biarritz, ó Asturias... donde quisiera el socio capitalista.

Tanta gente como expone su dinero en cerillas ó en papel del Estado, que allá se va, verán ustedes cómo no hay quien tome en serio mi asunto.

Tengo ya echado el ojo á varios toreros económicos que se dejarán coger alguna que otra vez, para mayor variedad del espectáculo, y una pantomima titulada *Toros traducidos.*

¿Conque se animan ustedes? ¡Ande el movimiento, que se va el tío!

Es decir, el tío no se va; el corazón me dice que el tío se queda.

¡Vaya si se queda!

CALIXTO NAVARRO.

PROLOGO

(DE UN LIBRO QUE NO SE PUBLICARÁ NUNCA)

No he buscado académico que en lenguaje altisonante, sentencioso y pulcro hiciera mi apología ó la de mi libro, ni Ministro que me recomendase á los periodistas con el fin de que me incensaran.

Por imitar á Cervantes hago yo mi prefacio correspondiente, pues no quiero el padrinazgo de un hombre ilustre que, aunque él lo sea, no por poner su firma al pie del prólogo hará que el libro adquiera, si no los tiene, subidos quilates.

Esto último lo considero además denigrante para los autores, pues parece indicar, ó que el libro necesita ser recomendado al público para que lo lea, ó que la vanidad de ciertos hombres que se tienen por eminentes llega al extremo de hacerles creer que, sin un prologuito, ninguna producción del ingenio debe salir de los estantes polvorientos del último rincón de la librería.

Después de todo, aunque el prólogo sea de lo mejorcito en su clase y en él bombeen al libro más que aldeanos á función de pueblo, si la obra es detestable, no haya cuidado de que el público la compre, que bien sabe distinguir lo bueno de lo malo, sin que se lo sople al oído cualquiera de esos prologuistas que para andar por casa usamos en esta bendita tierra.

Todos claman á voz en cuello por ahí que no se lee nada, que no hay quien compre un libro, que las letras se pierden (y nadie las encuentra), que la literatura es una pobre harapienta que no da con ningún San Martín (el Santo, no el librero) que le preste media capa con que cubrir su miseria, y á este tenor ensartan otra porción de majaderías, sin caer en la cuenta de que ya está resuelto el problema de Fígaro, cuando preguntaba «si no se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee,» y está resuelto con sólo decir que aquí no se lee porque no hay quien escriba cosa digna de ser leída, excepto yo y algunos amigos, que escribimos de perlas.

De modo que ya estamos al cabo de la calle, y no necesitamos que esos sabios parecidos al del *Micromegas* de Voltaire, que sólo había hecho un libro... con las hojas en blanco, nos vengan contando cosas más para olvidadas que para sabidas.

Porque, vamos á cuentas... ¿Cuántos libros buenos han sido escritos en España desde principios de siglo?

Seguramente su número no es considerable, y si llega á... á... una docena, nos podremos dar por satisfechos.

De modo que entre filósofos, historiadores, dramaturgos,

novelistas, poetas, críticos, etc., etc., vienen á formar una docena; y suponiendo que cada uno escribiera un libro, ya ven ustedes los que pueden ocupar la atención pública.

Antes de proseguir, debo hacer notar que el prólogo va saliendo burla burlando, con citas y otros adminículos de aquellos que á Cervantes le recomendaban para que el público conociese que él (Cervantes, no el público) era tan hombre de letras, que lo mismo se le daba mentar á Platón y Aristóteles, que á Cicerón ó Marco Aurelio.

Y quiero advertir al lector que yo también sé hacer prólogos, y calendarios, y libros, y otras menudencias más para públicas que para secretas, y que sé apuntar una cita mejor que á una carta, y si no lo hago con profusión, es por miedo de que me tomen por un recopilador traducido del Larousse, como algunos que yo conozco. Y dicho esto, sigo adelante.

Escribía Dumas que cuando la condición de escritor no era la más noble de las profesiones, convertíase en el más vil de todos los oficios.

Y lo mismo pienso yo, porque siempre he creído que es la literatura profesión noble para los nobles de inteligencia, y vil para las imaginaciones blindadas, que ni digieren lo que estudian, ni estudian lo que digieren, sino que sacando de su seco cerebro sus aún más secas concepciones (de algún modo hay que llamarlas) las dan á luz cuando ni en tinieblas debieran exhibirlas para no ser escándalo de las gentes.

Y á punto llego de decir algo de mi libro, que no todo ha de ser para los libros ajenos.

Por lo que antecede habrás entendido cuál es mi opinión acerca de los demás; y como de los otros la tengo, claro es que también la tenga de mi mismo; para cumplir la sentencia del filósofo griego (todos los griegos eran filósofos) que decía: *Nosce te ipsum.*

Pues bien; yo tengo de mí el más alto concepto que puedas imaginar. Estoy dotado de un *físico* que para sí lo quisieran muchas hermosas. En cuanto á inteligencia ¡oh!... en cuanto á inteligencia, soy en la novela un Cervantes; en la comedia, un Lope; en la tragedia, un Shakspeare; en filosofía, un Sócrates; en historia, un Herodoto ó un Tácito; en poesía, un Homero... y opino que deben colocarme en la región de los iguales, como dice Víctor Hugo: quiero dar á entender que soy un genio.

Kant concreta en el *yo* toda idea de existencia; yo concreto en el *mí* toda idea de vida intelectual.

En cuanto á mi libro ¡oh! será el asombro de las futuras generaciones... Es tan grandioso, que la actual, compuesta de pigmeos insipientes, no lo comprenderá, estoy seguro de ello...

Y por eso no le publico, y me decido á dejarlo para entonces.—*Vale.—Juan Puya.*

Por la copia,

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

PACOTILLA

Hace tiempo me eclipsé
de LOS MADRILES por que
tan mal de ropa me ví,
que, vamos, me avergoncé,
y por eso me escondí.

Era poco regular,
en opinión de mi suegra
—mujer que sabe alternar,—
aquí mi firma ostentar
no teniendo ropa negra.

—¿Cómo te atreves, decía,
á escribir en LOS MADRILES
con esa guardarropía?
¡A ver si un sastre te fía
para que te emperejiles!

Tomé á pechos el sermón
de mi suegra, que es de tropa,
y juré por Capdepón
no producir un renglón
mientras no tuviera ropa.

Hoy comienzo nuevamente
á escribir, libre de apuros
y de que nadie me afrente.
¡Me han hecho un traje decente
que me ha costado tres duros!

—

Leo:

«En Córdoba hay unos bandidos que roban al medio día en las calles de la población.

»Los vecinos se quejan de que no prende la policía á los ladrones.»

¡Pues que echen la culpa al Ayuntamiento!

¡Claro! Mandará apagar los faroles al amanecer, y ahí tienen ustedes las consecuencias.

La cosa está bien clara, por vida mía,
ó no entiendo una jota de español.
Si los bandidos roban *al medio día*,
¿qué será lo robado? ¡Pues será... el sol!

—

¡Ande la rueda, ande!

El alcalde de Villaplanas se ha levantado con los fondos recaudados para la construcción de un cementerio.

Ha ejercido una obra de caridad.

¿No iban á emplearse esos fondos en el cementerio proyectado?

Pues es lo que habrá dicho el alcalde de Villaplanas para su montera:

A América en un vapor
me voy con estos cautivos,
y les libro del horror
de que les entierren vivos.
¡Si señor!

—

Un labrador de un pueblo
de Tarragona
se ha disparado un tiro
¡pum! de pistola,
porque el *mildew* malvado,
con saña impía,
fué y le dejó sin uvas
todas las viñas.
¡Ay, qué remordimientos
¡gran Dios! le esperan
al *mildew*, si ese bicho
tiene conciencia!

—

Dice un periódico:

«Ha terminado en San Sebastián la huelga de los carniceros.»

Y la de las reses.

Porque también las reses estarían en huelga.

Supongo yo.

—

Se ha declarado desierto
¡válgame Rodrigo el Cid!
aquel certamen que abierto
había en Valladolid,
para premiar la mejor
composición de Castilla
que se escribiera en honor
del eminente Zorrilla.

Yo, que soy apasionado
del gran autor de *La siesta*,
hubiera sido premiado
si me descuelgo ésta:
"¡Salud al insigne vate,
al autor de tantos tomos,
al que toma chocolate
con gnomos!

—

Dos amigos se ofrecen, en tiempo del cólera, si se libran de la epidemia, á ir á la romería del Carmen á pie, con un garbanzo metido en cada bota.

Llega el día del cumplimiento de la promesa, y emprenden la peregrinación.

Uno de ellos acompaña con un grito de dolor cada paso que da, mientras el otro parece sufrir con más fortaleza de ánimo el martirio cruento.

—Estoy admirado, dice el que se queja, de que no hayas exhalado un ¡ay! todavía.

—¿Por qué?

—Porque á mí me destrozan los pies los garbanzos y no puedo resistir el dolor, mientras tú caminas como si tal cosa.

—Es que á mí no me hacen daño los garbanzos que llevo en los pies.

—¿Que no te hacen daño?

—No, hombre, no; ¡yo los traigo cocidos!

JOSÉ ESTRAÑI.

IMPORTANTE

¡PERO QUÉ BARATO!

Si adjunto con este número
encuentras cierto papel,
verás que es un *Boletín
de suscrición.* Llénale.
Pon tu nombre y domicilio,
especifica si es
la suscrición por semestre,
—las hay por años también—
¡Ya lo creo! Me remites
una librancita que
no tenga dificultades
para el cobro, y has de ver
cómo yo te correspondo,
remitiéndote á mi vez
la Revista LOS MADRILES
y unos libros de *chipén*,
que gustoso yo regalo
desde primeros de mes.
¡olé ya!
¡digo yo!
que se suscribirá
¡claro está!
¡Pues no faltaba más!
Sí, señor.
Mil gracias, y mandar.

EL ADMINISTRADOR.

REGALOS

A todos los que se suscriban á LOS MADRILES, de **Madrid y provincias**, ó renueven la suscrición por **seis meses desde 1.º de Agosto**, recibirán como **regalo** la preciosa novela **La mujer, el marido y la vecina**, original del festivo escritor Francisco Serrano de la Pedrosa, adornada con fotograbados de *Cuchy*, estampados en color.

A los que renueven ó se suscriban por **un año**, desde igual fecha, el mismo libro y un tomo de **Las novelas amorosas**, á elegir entre los cinco que hay publicados y cuyo anuncio insertamos en la última plana.

ADVERTENCIAS.—Para tener derecho á estos regalos es preciso hacer los abonos *directamente en la Administración de* LOS MADRILES.

No se admiten libranzas especiales de la prensa, por las dificultades que hay para hacerlas efectivas.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CANTAR

Te vas por la serranía
sin acordarte que dejas
á tu serrana perdía.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
3 de Agosto de 1889.
NÚMERO 44

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MANUEL MARÍA SANTANA

El propietario de *La Correspondencia de España* es uno de los pocos españoles de quien no es necesario escribir la biografía. Le conoce todo el mundo. Ciudadano probo y modesto, trabajador infatigable, tiene á vanagloria, y hace bien, recordar el modesto origen de su fortuna. El periodismo le ha enriquecido, y él á su vez ha hecho con su popular diario la fortuna y el nombre de muchísima gente.

Madrid debe á Santana la fundación de los *Asilos de la noche*. Esta benéfica institución hará que el nombre de su caritativo fundador pase á la posteridad entre las bendiciones de los desgraciados á quienes tan generosamente socorre, y es uno de sus timbres de gloria más legítimos.

¡Qué lástima que se duerma en la butaca las noches de estreno!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ **9** *pesetas.*
Seis meses............ **5** »

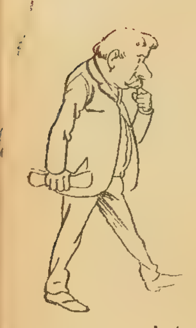
Ultramar y Extranjero.

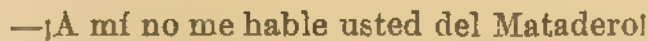
Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





DIARIO CÓMICO

Las causas más pequeñas producen con frecuencia los más grandes efectos.

Muchas veces, lo que á primera vista parece nimio, baladí, estudiado con escrupuloso detenimiento resulta de una importancia y una trascendencia digna de tenerse muy en cuenta.

Así resulta del asunto que tratamos en esta *Crónica*.

....

D. Mamerto se paseaba hosco y meditabundo por la habitación; de vez en cuando cerraba el abierto compás de sus larguísimas piernas, quedábase tieso y rígido, fijaba su mirada, cargada de tempestades, en un papel que estrujaba entre los crispados dedos, y murmuraba con acento colérico:

—Esto no puede ser, y no será.

¿Qué documento podía ser aquél que tan fuera de sus casillas ponía al integérrimo funcionario—porque D. Mamerto, aunque en modesta esfera, era un funcionario público,—y le hacía prorrumpir en sordas exclamaciones de cólera?

No tardaremos en saberlo.

—¡Manuela! ¡Manuela!

A los gritos de D. Mamerto, apareció en escena la señora.

—¿Dónde está la criada?

—En la cocina, llorando. Me ha dicho que no puede soportar tus injustas sospechas, y que se va.

—¿Que se va?

—Eso quiere; me ha pedido la cartilla y el importe de la mensualidad.

—¡Ni la cartilla, ni el dinero, nada! ¡Tiene gracia! ¿Conque se va? ¡Querrá decir que la echamos!

—Yo creo que no hay motivo.

—¡Basta, Manuela! Tu buen corazón, y la bondad de tu carácter hacen que en esta casa no haya respeto, ni subordinación, ni moralidad. ¡Tú echas á perder á esas chicas!

—Pero, hombre, ¡si todas son iguales! Unas más, otras menos...

—¡Pues yo no quiero tolerarlo! Llámala.

—¡Rufina!

Entró Rufina; contra la costumbre, no era la criada de don Mamerto una gallega zafia y mofletuda, ni una alcarreña torpe y desmanotada, sino una chulapa guapa y bien vestida, una morena de ojos grandes y aire resuelto, una hija de los Madriles, genuina representación de las *barbianas* de la Morería y la calle de la Comadre.

—¿Qué se ofrece?

—Que no sale la cuenta.

—Pues mándela usted salir. A mí no me duelen prendas!

—¿Sí, eh? ¿De modo que se sostiene usted en que no sisa?

—¡Miste qué Dios! ¡Hablarme á mí de sisas! ¿De dónde ni cómo, hombre?

—Yo se lo probaré á usted. Sobre todo, lo de esta semana es inconcebible. Lo del petróleo no puede pasar.

—¿Entovía está usted con eso?

—¡Ya lo creo! ¿Dónde está la lata?

—¡Pero me va usted á dar la *lata* con la dichosa lata! ¡Hace cuatro días que no habla usted de otra cosa!

—¡Como que es un escándalo!

—¡Pues yo no me la he comido!

—¿No?...

—En la despensa la tiene usted, llena de telarañas...

—¡Y vacía!

—¡Pues no, que estaría llena!

—¡Pues ahí le duele!

—¿Dónde?

—¡Cállese usted!

—¡Quiá, hombre, quiá! Tengo yo mi lengua muy suelta y muy fresca para decir las cuatro verdades, y no sufro ancas de nadie!... ¡Pero de nadie!

—¡Y tiene usted valor para hablar, después de lo que arrojan de sí estos papeles!

—¡Papeles!

—¡Cuentas, las cuentas del mes, que me ha entregado la señora, y hay aquí sapos y culebras!

—¡Serán anguilas!

—No hablemos de la carne. Cara, mala, llena de hueso... falta en el peso... ni siquiera se ha sacrificado en el Matadero...

—¡A mí no me hable usted del Matadero!

—¡Usted no quiere que le hablen de nada! ¿Y el pan? ¡A todos los panecillos les falta la mitad!

—¡Sobre que yo no soy tahonero, ni llevo el peso en el bolsillo cuando voy á la compra!

—Pues debía usted llevarlo.

—¡Y un jamón!

—A propósito del jamón. Tampoco vale nada el que ha traído usted ayer. ¿Y el bacalao? ¿Y las verduras? ¡Eso es una porquería!...

—¡Y á mí qué me cuenta usted, señor!

—¿Pues á quién se lo cuento? Usted bien gasta, y triunfa, y se divierte, y tiene un novio *soldao*, y la han visto á usted en la Virgen del Puerto, y en las procesiones, y en los toros, y en las verbenas... ¿De dónde salen esas misas?

—¿De dónde? ¡*Mace* gracia! Pues, ¿de dónde han de salir, criatura? ¡De las papeletas de empeño! Tengo el baúl lleno de ellas... ¡si estoy empeñá hasta los ojos!... ¿*Quié* usté verlas, señorito?

—¡Bonita administración! ¡Llena de trampas!

—¡Mayormente eso le debe importar á usted muy poco... digo yo...

—Yo digo lo contrario.

—Bueno, ajústeme usted la cuenta, que ya estoy picando.

—Eso es lo que voy á hacer, y á exigirle la responsabiltdad consiguiente.

—¡Ay! ¡*Responsibilidad!* ¡Que te *cayes!* ¡Pues no lo ha toma do poco fuerte D. Mamerto!

¡Vaya, que ya estoy yo harta de oir mamarrachadas! Diga usted pronto lo que tenga que decir, y haga lo que tenga que hacer: con el *cónque* que á mí no me asusta usted, ni nadie, que de sobra sé yo dónde me aprieta el zapato, y tengo buenas aldabas donde agarrarme, y no me caigo yo tan fácilmente como usted piensa.

—Deja tanta charla y dime: ¿dónde está el petróleo?

—¡Yo qué sé!... La lata ya le he dicho á usted que la tengo en la despensa.

—¿Cuándo la trajiste?

—No hago memoria.

—¿En qué la has gastado, si no has arreglado las luces?

—¡Cualisquiera lo sabe! ¡Pues no es usted poco cominero!

—¿Lo ves? Aquí hay fraude, matute; tú no hablas claro, y estoy resuelto á llevar el asunto á los Tribunales.

—¡Cuidado si es usted lila! ¿Y mí qué me van á hacer? Si no está usted contento conmigo ú si tiene usted desconfianza, mayormente, me paga usted el mes, me pone la salida, y me voy con mi madre hasta que encuentre otro acomodo, que sí lo encontraré; y abur, y no hablemos más, que no tengo la saliva para gastarla en balde, ni el tiempo para perderlo en tonterías. ¡Vaya!

Y Rufina dió un respingo, se frotó con enérgico ademán las narices con el revés de la mano derecha, y salió de la sala pisando fuerte y con aire de reina ofendida.

—¿Lo ves, Mamerto, lo ves? se aventuró á decir la bondadosa doña Manuela, que había escuchado en silencio toda la escena anterior.

D. Mamerto no la contestó. Guardó cuidadosamente los papeles que aún conservaba en la mano; se puso el sombrero, empuñó el bastón, y acercándose á su mujer, la dijo con acento misterioso:

—Manuela, adiós; me voy á la oficina. Si esa chica se quiere marchar, pónle la salida. Si se quiere quedar, que se quede.

—¿Pero?...

—¡Cualquiera pone eso en claro! ¡Conste que á mí me falta petróleo! Eso es lo indudable.

—¿Y qué quieres hacer?

—¡Que traigas otra lata!

D. Mamerto se marchó tranquilamente.

—¿Qué ocurrió después? ¿Salió la Rufina de la casa?

No hemos podido averiguar nada.

....

—¿Dónde está la gravedad que, según usted, tenía la *Crónica* de esta semana?

—Ahí verán ustedes. ¿Les parece poco grave el estado en que se encuentra en Madrid el servicio doméstico?...

Y aun todos los servicios. Pues burla burlando, bueno es que nos ocupemos de todas estas cosas; ¡porque *las chicas* van tomando unos humos!... ¡Y se toman unas libertades!...

¡Como que cualquiera podría creer que ellas son los amos! ¡O las amas!—E. NAVARRO GONZALVO.

Ojo al... sello.

Quedamos enterados,
no se olvidará.
(CÁDIZ. – *Acto II.*)

Y para que no nos falte nada, ya tenemos falsificados los sellos de correos de á 15 céntimos... ¡Pues no faltaría sino que faltara esa falsificación, aquí donde todo se falsifica!

Como en casos parecidos acontece, los periódicos diarios nos han dado tan agradable noticia, indicando además, para que el público se entere, las *diferencias* que distinguen estos sellos (ó *timbres*, como los nombra la Dirección general de Estancadas, con permiso de la Academia) de los de la verdadera tía Javiera.

Las diferencias, para mayor esparcimiento de los poseedores de sellos, tienen toda la vaguedad apetecible: que el grabado del fondo y el del busto tienen las líneas muy separadas; que el óvalo que sirve de marco al busto es más estrecho; que el número 15 del precio es mucho más pequeño, diferenciándose notablemente los caracteres de las palabras *céntimos*, y *Correos* y *Telégrafos*; que el grabado es muy tosco y completamente distinto... y paren ustedes de contar.

Pero, señores, por los clavos de Cristo: ¿sirven para algo esas indicaciones? Vamos á suponer que un desdichado tiene en su poder algunas docenas de sellos, y con esa noticia en una mano y los sellos sospechosos en la otra, se propone averiguar si son legítimos ó no lo son los susodichos *timbres*...

¿Cómo sabrá si las líneas del busto y del fondo están muy separadas?

En esto del *muy* caben opiniones; «nada hay que sea mucho ni poco *per se*, sino respectivamente,» decía D. Hermógenes, y tenía muchísima razon; lo que á mí me parece mucho, parecerá poco á otros, y viceversa; y por lo que respecta á las líneas del sello, de seguro que al propietario han de parecerle muy separadas, aunque están muy próximas, porque á quien tienen miedo los dedos se la antojan huéspedes.

¿Y qué me dicen ustedes de la estrechez del óvalo? ¡Cualquiera sabe cuándo el óvalo empieza á ser estrecho, cuando á un óvalo puede decirse con razón que no es ancho!

De la tosquedad del grabado no hablemos, porque eso es más indefinido y más vago todavía que todo lo anterior. Toscos y muy toscos son todos los grabados de nuestros sellos (dicho sea sin ofender á nadie) que al cabo, como por ahí repite el vulgo, «el que dice la verdad ni peca ni miente» (aunque lo primero es muy discutible). Y no se diga de ese *más* y ese *menos* que hay en las diferencias, porque admitiendo que las indicaciones sean exactas, suponen la posesión de sellos legítimos y sellos falsificados para establecer la comparación.

Demos ahora de barato que el desdichado á que anteriormente me he referido, pueda ó no pueda adquirir sellos legitimos... Ya los tiene, ya puede compararlos con los otros, ya viene en conocimiento de que los que compró antes no sirven: ¿puede ó no puede, si era poseedor de buena fe, esperar que le sea devuelto lo que indebidamente pagó por los falsificados, previa, como es lógico, la indicación de su procedencia?

Esto, esto es lo que á mi juicio debía decir la *Dirección de Estancadas:* lo demás, ¿para qué? Y todo lo que no sea eso es cometer una injusticia, porque injusticia ha sido siempre hacer que paguen justos por pecadores.

Adquiero, es un suponer, mediante el pago de unas cuantas pesetas, unos sellos de cuya legitimidad no tengo duda, y contra cuya falsificación no tengo defensa: ¿por qué ha de ser castigado en mí un delito que otro ha cometido? Y lo que digo de los sellos, lo digo de los billetes de Banco, de los cuales he oído contar que se falsificaban también, aunque hasta mí no han llegado hasta ahora ni aun los falsificados.

El Banco debe recoger, pagando su valor, nominal por supuesto, cuantos billetes falsos estuvieran en poder de personas de buena fe, sin perjuicio de perseguir, como dicen los vendedores de específicos, á los malos falsificadores.

¡Pero váyales usted con esas cosas á los señores accionistas del Banco!...

¡Como si eso fuera lo mismo que cobrar dividendos!

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

A...

Me preguntas lo que es esa mirada
que unifica dos seres...
Y yo, que no sé de esto casi nada,
te diré que es la fe glorificada
que tienen en los ojos las mujeres.

JOSÉ FRISSA.

Una visita.

Vais á comer, y tenéis que comer en media hora, porque os aguardan para daros dinero.

—¡Tilín, tilín!

La campanilla.

—No están los señores, dice la criada.

—Para nosotras siempre están, dicen las de Machacón.

Y se cuelan en la sala una mamá, tres niñas, cuatro nenes y dos perros.

Hay que recibir á los invasores. Porque si no ¡qué diría el mundo!

—¡Hola, doña Pancracia! ¡Cuánto bueno por acá! ¡Hola, Eduvigis! ¡Adiós, Teodulfa! ¿Qué tal, Filomena? ¿Y los niños? Tan famosos, y tan primorosos, y tan... (mocosos).

—Para servir á ustedes. La criada no quería dejarnos pasar; pero como somos de confianza, dijimos: «¡adentro con los faroles!» ¡Je, je!

—¡Je, je! Le diré á usted: la criada no tiene la culpa: no ha hecho más que obedecer la consigna; á estas horas nunca estamos en casa, porque es la hora de comer, y yo, por mis muchos quehaceres, apenas tengo tiempo para...

—Ya lo sé, ya lo sé. Hemos venido precisamente á las ocho, porque así tenemos la seguridad de encontrarlos á ustedes. Y luego, como nosotros comemos á las tres, nos viene bien salir á estas horas á dar una vuelta y á distraernos.

—Son ustedes muy oportunas. (¡Cómo estará la sopa!)

—Pero no nos gusta estorbar. Pasaremos al comedor.

—¡Nada de eso! Aquí estamos perfectamente. (Se comerían hasta el mantel.)

—(¡Groseros! ¡Yo que pensaba tomar un bocadito!) Y ¿qué tal de salud?

—Regular.

—Nosotras, siempre firmes.

—Ya lo veo. A ustedes no las parte ni un rayo.

—¡Y con un apetito! (A ver si entienden la indirecta.)

—Eso es bueno.

—Los niños, sobre todo, como están ahora desarrollándose, siempre tienen ganas de comer.

—Es natural.

—Cada cinco minutos, «¡mamacita, pan! ¡mamacita, fruta!» Parece que les ha hecho la boca un fraile.

—(Todo es posible.)

—(No se dan por aludidos.)

—(Estáis frescos.)

—Y ¿qué tal de negocios?

—Como siempre: vamos pasando. (¡Cómo estará la sopa!)

—Machacón dice que no hay ni un real.

—Lo creo.

—Niño, bájate de ahí.

—(¡A buena hora!)

—¿Qué has roto, condenado?

—No es cosa mayor. (¡El jarrón que me costó veinte duros!)

—Estos niños son tan bulliciosos... No se pueden estar quietos.

—(¡Así se muera de repente!)

—Pero á su edad todos éramos lo mismo.

—Es cierto: por eso mi papá nunca me sacaba de casa.

—¡Se apolillaría usted!

—Quiero decir que nunca me llevaba de visita.

—Pues yo no soy así: no quiero confiar mis hijos á los criados; adonde yo voy, van todos.

—La soga tras el caldero.

—¡Ja, ja!

—(Hasta las groserías les divierten. No hay medio de echarlos.)

—Y á todo esto, se les estará enfriando la sopa.

—¿Quién piensa en la sopa? Si no comemos hoy, comeremos mañana.

—¡Qué bromista es usted!

—¡Mucho!

—Pero vamos al comedor...

—¡Qué disparate! Aquí estamos bien.

—Sentiríamos molestar...

—Nos molestamos con mucho gusto.

—Tengo tanto placer en visitar á ustedes...

—Lo mismo digo.

—No lo dudo.

—A la vista está.

(Pausa de diez minutos. Los niños se entretienen agujereando las cortinillas con los dedos. Uno de los perros hace sus desahogos mayores debajo de sofá. El niño menor hace los menores encima de una butaca.)

—Nenes, ¿tenéis gana de alguna cosa?

—¡Yo quiero pan!

—¡Yo quiero higos!

—No, señor; no es que me dé vergüenza bañarme, porque afortunadamente no estoy tan delgada...
—¡Quisiera yo verlo!

—Yo sí que puedo decir que me rozo todos los días con lo más escogidito de la aristocracia.

—¿Conque dice usted que aquella es una mujer? ¿Y cómo se llama?
—Pepita La Cerda.
—¡Gorrino!

—Será capaz de entregarme á los Tribunales. ¡Parece mentira que castiguen por una cosa tan natural y tan propia!

—Tengo así como el presentimiento de que yo la conozco á usted hace tiempo. ¿Usted ha sido soltera alguna vez por casualidad?

Los que se preocupan de lo que no les importa.

—¡Qué barbaridad! ¡El papel egipcio ha bajado tres enteros! Mal andamos con Egipto.

—Pero si ustez no se ha emborrachao nunca, ¿qué sabe si yo lo estoy? Se necesita conocer práticamente estas materias pa juzgar con solidez.

—*U* con liquidez.

—Ella no puede tardar en venir, y en seguida le largo aquello de *¿no es verdad, ángel de amor?*...

Como es de pueblo, no lo habrá oído nunca, y le parecerá que lo estrena.

—¡Yo quiero uvas!
—¡Yo quiero dulces!
—¡Qué francotes son estos muchachos!
—Es verdad, y crea usted, doña Pancracia, que siento no poder taparlos la boca: pero no hay en casa nada de lo que piden.
—¡Ja, ja! ¡Qué gracioso!
—Ni pan, porque aún no ha venido el panadero.
—(¡Qué poquísima educación y qué descaro!)
—(¡Chúpate esa!)
(Pausa de cinco minutos. El niño menor dice que tiene hambre, y llora.)
—¡Pobrecito! Ahora te compraré un bollo en la calle.
—Sí; en la calle encontrará usted de todo.
—(Está visto que de aquí no hemos de sacar nada.)
—(Creo que se van.)
—Pues, señor, me parece que aquí estorbamos.
—¿Estorbar? .. Ustedes no estorban en ninguna parte.
—Vámonos. Ya tendré el gusto de volver otro día...
—El gusto será nuestro.
—Adiós.
—Adiós, doña Pancracia. Adiós, Eduvigis; adiós, Teodulfa; adiós, Filomena; adiós, nenes... (de Barrabás).
—(Creo que no debemos volver á esta casa.)
—(¡Dios mío! ¡Que no vuelvan!)
—(¡Qué indecentes!)
—(¡Qué posmas!)
—(¡Nunca nos ha pasado esto!)
—(A ver si aprovechan la lección.) ¡Por fin! Así se rompan las narices en la escalera. Vamos á comer. ¡Cómo estará la sopa!

—

Y digo yo: ¿Quiénes son más tontos? ¿Los que hacen la visita, ó los que la aguantan? ¿Qué ley social, qué precepto del sentido común puede autorizar y justificar este martirio que se imponen voluntariamente personas antipáticas unas á otras?

Imitemos á los que no tienen casa y á los que no reciben en ella. Recordemos lo que contestó el malogrado Eduardo Inza á uno que le preguntó dónde vivía: «Si yo supiera dónde vivo, me mudaba en el acto.»

A. Llanos.

EPISTOLA

Recibí tu cartita, Mercedes mía,
esta vez muy *curiosa*, muy satinada,
y, cual siempre, causóme loca alegría
ver tu letra incorrecta y entortijada
llena para tu padre de poesía;

—

Que en tus *tuertos* renglones, que se pare
á escrituras hebreas, persas ó chinas, [cen
los besos de tu boca, mi bien, se mecen,
y al mirarlos se escapan por las esquinas
y llegan á mis labios, y me enloquecen.

¿Conque te vas mañana, vidita mía,
á Santander, dejando la hermosa vega
llena de verdes tonos y de alegría,
donde con tus cabellos la brisa juega,
donde todo es encanto, luz y armonía;

—

y te vas á las ferias, vas á los toros,
á los bailes campestres y otras funciones
que son reminiscencias de *tiempos moros?*
Más vale que te fueras á los sermones,
maitines y completas, gozos y coros.

—

Que los goces del mundo son pasajeros,
que de tránsito estamos sólo en la tierra,
por la que caminamos, tristes viajeros,
con la impiedad en cruda y eterna guerra,
de la que sólo triunfan los más austeros.

—

Conque pocos teatros, pocas funciones,
y á remojarte pronto la taleguilla,
á darte muchos baños, pares ó nones,
y á no enseñar, Mercedes, la pantorrilla,
porque siempre en las playas hay tiburones.

J. Fuente Andrés.

DESDE EL BOULEVARD

¡El Shah de Persia!

Este es, hoy por hoy, el único atractivo, la *great atraction* de París.

La verdad es que hay motivo para que el Shah despierte la curiosidad de este pueblo (el más novelero de los que conozco), y sobre todo en una época en que las curiosidades están á la orden del día.

Un Soberano que tiene cuatro esposas legítimas y ochenta concubinas, y es padre de cien hijos.

Tal es el emperador de Persia.

Potencia de primer orden.

Un hombre que lleva puesto un gorro cuyo penacho está formado de piedras preciosas como puños, y entre las cuales está uno de los diamantes más gordos del mundo.

¿Cómo no han de abrir ojos tamaños para mirarle ellos, y ellas sobre todo?

Un guerrero cuyo sable vale millones por sus cincelados y las piedras que cubren su empuñadura.

¿Cuánto más digno de admiración es ese sable que el de Boulanger, por ejemplo?

Boulanger, que busca un plebiscito que le aclame César, y no ha conseguido votos para diputado provincial más que en ocho distritos.

El sable del *brav'général* va estando ya tan estropeado como el sable de papá, y los ingleses, los verdaderos *ingleses* están ya á punto de *ejecutarle*, adelantándose á la *Haute Cour* del Senado, porque el dinero no afluye ya á las cajas boulangeristas, y el papel *dictadura* ha dado un bajón descomunal.

Después de todo me alegro, porque este General de opereta me tenía ya hasta el pelo.

Eran ya muchos retratos suyos y mucho *réclame*.

¡Si al menos hubiérase tratado de un premio de belleza!

Pero no divaguemos.

Volvamos en sí, que dijo uno de nuestros políticos en cierta ocasión.

Volvamos al Shah.

No se habla de otra cosa.

De sus costumbres conyugales.

Ya dejo apuntado lo excelente padre de familia que es.

Y ¡lo que son las anomalías! la dinastía de que es hoy representante Nassr-Eddin fué fundada por un eunuco.

Verdad es que este inofensivo Monarca tuvo la oportuna idea de perpetuarla, cediendo la corona al bisabuelo del Shah que hoy tenemos en París, y que logró verse reproducido seiscientas veces.

No sé si los niños le darían muchos disgustos á aquel Soberano; pero del actual se dice que sus cien retoños se los ocasionan mayúsculos.

Una de las más graves preocupaciones de este *padrazo* (dicen que lo es con exceso) se debe á que su primogénito no podrá heredar el trono por haberlo tenido de una esclava, lo cual impide que herede la corona, que recaerá en un segundón nacido de una de las cuatro esposas legítimas que modestamente se permite Nassr Eddin.

Naturalmente, ya hay dos partidos preparando una guerra civil para cuando el Shah actual cierre el ojo.

La raza de los carlistas se desarrolla en todos los climas.

El Shah es gran aficionado á los gatos.

Tiene de ellos una colección casi tan numerosa como la de hijos, y á todas partes le acompañan unos cuantos de sus mininos preferidos, con numeroso personal á su cuidado.

Esta afición se extiende á todos los animales, y en especial á las fieras.

Bidel mismo envidiaría su colección.

Cada una de ellas disfruta de una asignación que figura en presupuestos, ni más ni menos que si se tratase del sueldo de un Mansi.

Asignación no floja, pues recientemente la que disfrutaba un tigre de Bengala, que se murió de aburrido, fué á parar á un príncipe de la sangre.

Nadie negará que ese príncipe tiene un sueldo *feroz*.

—

Pero lo que más preocupa á los parisienses es el pajecillo misterioso que constantemente acompaña al Shah, y á cuyos caprichos se rinde como un esclavo el Soberano persa.

Unos dicen que es un niño encontrado en situación y circunstancias dignas de un melodrama.

El Shah estaba de caza. No crean ustedes que este señor se divierte en caza tan poco digna como la del sencillo conejo ó del inocente cervatillo. Nassr-Eddin no caza más que el tigre: y es más, ninguna de las personas á que suele invitar á tales cacerías puede tirar sobre las piezas que se presenten. Hay que respetarlas para que S. M. las mate, si puede, y dejarse devorar sin defensa si el tigre le ha tomado cariño al pescuezo de un invitado. El respeto y la etiqueta persa lo exigen así.

En una de estas expediciones, como iba diciendo, el Shah, sorprendido por una tormenta, se refugió en una especie de cabaña tallada en el tronco de un árbol gigantesco

Al entrar encontró á un niño de unos doce años, en estado salvaje, que salió huyendo ante la presencia del augusto cazador. Este quiso retenerlo, pero el muchacho se le escapó y echó á correr campo adelante.

El Shah salió tras él. No bien había puesto el pie fuera de la cabaña, cuando el rayo la destruyó. Nassr-Eddin, supersticioso como todos los orientales, creyó que éste era un suceso providencial y que debía la vida al rapaz de tan extraño modo hallado.

Lo recogió, lo hizo adoptar por una de sus esclavas favoritas, y lo ha hecho príncipe de su real casa, profesándole un cariño ciego y creyendo que es un talismán, una especie de *mascoto* que le trae la felicidad.

Hasta aquí una versión.

Otra es que el pajecillo es una circasiana, preferida á cuantas favoritas cuenta el Soberano en su harén. No queriendo separarse de ella, ni tampoco dar en los países europeos, de tan opuestas costumbres á las de Persia y otras tierras de babuchas y odaliscas, el espectáculo de pasearse con una querida del brazo como cualquier sietemesino veranea con una *momentánea*, ha hecho vestir de hombre á su circasiana y la ha agregado á su inmediato y privilegiado servicio.

Yo tengo esto último por lo más seguro.

Lo cierto es que en el palacio de la rue Copernic, que se ha preparado suntuosamente para alojar al Shah y su séquito, las habitaciones de éste comunican directamente con las del pajecillo misterioso, que son el *boudoir* más coquetón y encantador que mujer oriental y occidental pudiera soñar.

Queda otra versión, que también ha corrido por ahí en bocas y periódicos, y que no me atrevo á revelar.

Basta decir que, según ella, la circasiana sería simplemente un... *circasiano*.

Pero no lo creo.

—

Todas las *horizontales* de París sueñan hoy con dos cosas:

Con el gorrito de los diamantes del Shah.

Y con la idea de llegar á la categoría de paje misterioso.

¡Quién sabe si alguna lo conseguirá y el Shah se llevará un recuerdo de la Exposición á su harén como cualquier honrado provinciano se lleva una torre Eiffel para la mesa de despacho!

¡Misterios son todos éstos del corazón y del paladar musulmán!

BLASCO.

París 1.º de Agosto de 1889.

Retazos.

Adán y Eva, si pecaron
con simpatía los dos,
no fué por faltar á Dios,
á quien siempre respetaron.
Si no es que... lo que acontece...
solos... y entre tanto encanto...
¿quién no hubiera hecho otro tanto?
—¡Pues es claro! —¡Me parece!

EUSTAQUIO CABEZÓN

Atomos.

¿Que si he llorado?... Sí, musa adorada;
mira, he llorado tanto...
que ya es doctor en llanto
el vellón que rellena mi almohada.
Musa rubia, he sufrido
lo inmenso, lo cruel, lo indefinible;
la causa fué... ¿cuál fué? La dí al olvido.
Ha tiempo senté plaza de insensible.

NAVARRO REZA.

Cantares.

Si por mis gotas de sangre
pretendes contar mis penas,
me harás morir desangrado
y no acabarás la cuenta.

Para mirar tus cabellos
lentes oscuros me pongo;
porque son rayos del sol,
y me lastiman los ojos.

EDUARDO GARCÍA

PROPIO Y AJENO

MEDALLA DE LA PRENSA

ANVERSO

Un Semanario muy popular en Londres, *Tit-Bist*, ha hecho un ofrecimiento, que da idea de cómo entienden el negocio los ingleses.

Ha prometido hacer á los hospitales un donativo de un millón de reales si durante el año corriente su tirada media es de 500.000 números.

El periódico se vende en la calle á 10 céntimos, y su tirada ordinaria debe oscilar entre 300.000 y 400.000 números.

En muchos puntos de Inglaterra se han organizado sociedades para estimular á la gente á que compre ó se suscriba al *Tit-Bist*, aumentando de este modo la circulación del periódico y asegurando, por lo tanto, á los hospitales el donativo del millón.

Tit-Bist se fundó hace seis ó siete años con un capital de 10.000 reales que un amigo prestó á su propietario. Hoy éste es un millonario é individuo de la Cámara de los Comunes.

REVERSO

Un Semanario muy popular en España, *Madrid Cómico*, dice en su último número:

«Sepan ustedes que estamos, como siempre, haciendo propaganda del periódico.

»Y que remitimos paquetes de muestra á los vendedores de provincias.

»Y que les avisamos de que, hagan el pedido que quieran, pueden devolver los ejemplares que no vendan; de modo que no hay perjuicio posible para ellos.

»Pues bien: ¡hay hombres que viven de eso, de vender periódicos, y que nos devuelven los paquetes sin abrirlos, creyendo, sin duda, que dentro llevan una máquina especial para sacarles el dinero del bolsillo!

»Ahora díganme ustedes si en un país en que nadie quiere trabajar, ni con exposición ni sin ella, puede prosperar ninguna industria.

»Voy á empezar á enviar paquetitos á Cafrería, á ver si allí son las personas más avisadas.»

COLGANTE

A una medalla como ésta le hace muchísima falta un cordoncito para colgarla, y allá va en dos pedazos.

LOS MADRILES, que también hace su correspondiente propaganda, ha tropezado con un Corresponsal *modelo*.

Recibió un paquete, vendió los ejemplares y, sin aguardar á recibir otro, envió su importe y estas líneas:

«Aunque he vendido *en seguida* todos los números, no manden ustedes más paquetes, *porque en el saco* que llevo á correos para recoger los periódicos *no me cabe* el de LOS MADRILES.»

Y ¡es claro! hasta que no le *quepa* en el saco, no vuelven aquellos vecinos á leer este periódico.

Lo mismo que en Londres, ¿es verdad?

—

Se nos ocurre una idea: copiar á *Tis Bist* ofreciendo otro milloncejo para los hospitales y entregarlo religiosamente en cuanto lleguemos á vender los 500.000 ejemplares.

Y que en España pueden venderse, no cabe duda...: ¡entre 16 millones de habitantes!

Conque ya lo saben ustedes: á organizar sociedades, como en Londres, para estimular á la gente á que compre y se suscriba á LOS MADRILES.

Libros.

La España Moderna ha publicado el tomo VII, correspondiente al mes de Julio.

Contiene trabajos de Clarín, Barrantes, Pardo Bazán, Becerro Bengoa, J. Lázaro y otros notables escritores.

Nuevamente recomendamos al público esta Revista.

—

Pajaritas de papel es el título del tomo XII de la *Biblioteca cómica*, que ha reanudado su publicación.

Los versos de Borrás y los *monos* de Cilla harán pasar un buen rato á cuantos dispongan de una peseta para adquirir este volumen.

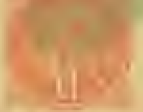
Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—Oigasté, señora ú lo que sea: ¿quié usté que me suba las faldas pa que sepa lo que es limpieza y no me vuelva á llamar gorrina?

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LOS MADRILES

AÑO II



Madrid y provincias

PAGOS ADELANTADOS

DIARIO CÓMICO

¡Dicen que no hay dinero, y se le ve *brotar* por todas partes!

Al reconstruir la iglesia de Mogente se han encontrado en los cimientos dos mil duros en plata, y dos espadas del siglo XV.

Las espadas no tenían vaina.

Pero con diez mil pesetas habrá para ellas.

¡Digo yo!

En la bahía de Santander sigue la draga encontrando cañones de grueso calibre, y toda clase de armas antiguas, restos de un buque náufrago.

Verán ustedes cómo, después de las armas, encuentra también alguna caja con valores. Y no faltará quien se *arme*.

No con las armas. Con los cuartos.

Y va de hallazgos.

En no sé qué bosque virgen de la América (esto de la virginidad de los bosques es americano puro) se han encontrado los restos del *Dinoceras*.

¿No conocen ustedes á este apreciable sujeto?

¡Cuánto daría por haber tropezado con él, muerto por supuesto, el Sr. Vilanova y Piera!

Figúrense ustedes que el tal *Dinoceras* es nada menos que el esqueleto fósil del mayor de los mamíferos terrestres, cuyos restos se encuentran en el *terciario inferior*.

¡Y aquí del susodicho Sr. Piera!

Este bichito era de gigantesca proporciones, y ostentaba en la cabeza nada menos que tres pares de cuernos.

¡Seis astas!

¡Bonita cabeza de estudio!

¡Me río yo del Ponciano Díaz que quisiera ponerle banderillas á caballo!

Ni á pie.

¡Ah! ¡También ese hallazgo vale muchísimo dinero!

Pregúntenlo ustedes, si no, al antedicho Sr. Vilanova y Piera, inteligente en mamíferos.

Y vean ustedes cómo es verdad que el dinero *brota* por todas partes.

Hasta en forma de cuerno.

Que es el verdadero cuerno de la abundancia.

—

¿Qué tal va eso de la verbena de San Lorenzo?

Y á propósito de la verbena.

Ahora que nuestros ediles, en el vagar que les deja la administración de la cosa pública, y hasta ver si les suspenden, *ú qué*, se dedican á organizar los festejos para el mejor lucimiento de las verbenas en sus respectivos distritos, nos atrevemos á recomendarles, como cosa de gran lucimiento, y muy apropiada al caso, la exhibición de LA CARCHOFA, en la seguridad que habrá de producir ahí mucho más efecto que la famosa lámpara de cáscaras de huevo que *tanto gusto* dió en la última verbena.

Esta *carchofa* mística (léase alcachofa en castellano), es uno de los factores más importantes, uno de los detalles que más entusiasmo producen en las fiestas populares de los pueblos de la provincia de Valencia. Ayer mismo vimos nosotros una de las las más celebradas: *La carchofa de Silla*.

A considerable altura, sostenida por sólidas cuerdas de cáñamo, se balancea en el espacio una *carchofa* gigantesca, entre cuyas verdes hojas se oculta un querube, talludito ya, con sus mallas de color de carne, sus alitas de gasa, su peluquita rubia, y sus manitas sucias.

En un momento dado, al pasar por debajo de la alcachofa la imagen del patrón del pueblo, se abre lentamente el complicado artefacto, aparece el angelito rural, fuertemente alumbrado por la luz de una bengala roja, y al monótono compás de de una melopea *gruñida* por un violín desafinado, *se arranca* recitando, cantando mejor dicho, unos versos *abusivos* á la festividad, que oye con respetuoso silencio, y descubierta la cabeza, la apiñada muchedumbre. Al terminar la relación, vuelve á plegar sus hojas el bendito fruto, estallan los vivas y los aplausos, hienden el aire millares de cohetes voladores, voltean las campanas de la vecina iglesia, con alegre repiqueteo, y la procesión sigue su curso, en medio de la mayor alegría y el más católico entusiasmo.

¡Buena diferencia entre el asombro que esto produciría, y la raquítica parodia de la torre Eiffel que han imaginado los devotos de San Lorenzo!

Claro que aquí habría que introducir algunas modificaciones. El angelito, por ejemplo, podría ser reemplazado por un guardia municipal, con uniforme de gala, y en vez de cantar las alabanzas del Santo, podría entonar el himno en loor del Municipio, acompañado, no por la melopea del violín, sino por un coro de vecinos que tocasen con piadosa furia la tradicional carraca, ó la socorrida lata de petróleo.

—

Hay momentos en que el hombre de convicciones más arraigadas, duda, vacila, claudica de todos sus ideales.

Así me ha sucedido á mí, al leer la siguiente noticia:

«El Shah de Persia ha comprado en la Exposición de París un hermoso diamante negro, en la suma de 32.000 francos.

Y vean ustedes cómo yo, antiesclavista de toda la vida, partidario ferviente de la abolición de la esclavitud, soy negrero furibundo é intransigente. ¡Que me perdone Labra, perono lo puedo remediar!

¡Quisiera tener ese *negro* á mi servicio.

Y no para manumitirlo!

¡¡Para venderlo!!

—

En la noche del martes dió en Valencia el señor conde Das una sesión teórico-práctica de hipnotismo.

¿Dónde pensarán ustedes que celebró la velada el distinguido profesor?

¿En el Casino, en el Ateneo, en la Academia de Medicina, en los salones del Rat Penat?...

¡Quiá!

En la fonda de España.

¡Una sesión de hipnotismo en una fonda!

Los comensales, quiero decir, los concurrentes, salieron muy

satisfechos—esto no quiere decir hartos, á pesar del local—de los experimentos del célebre Doctor, y le aplaudieron con el mayor entusiasmo.

La bella condesa Das contestó con singular acierto á todas las preguntas que la hicieron los concurrentes. Obedeciendo las indicaciones del Doctor, se levantó, avanzó, retrocedió y se arrodilló diferentes veces, y dió respuestas asombrosas en la cuestión de adivinación.

—¿Qué tengo en la mano?

—Una peseta.

—¿De qué año?

—De 1830.

—¡Verdad!

—¿Dónde está la señora del fondista en estos momentos?

—Vigilando al cocinero, que está haciendo unas cocretas.

—¿Dónde está el cocinero?

—Con la manos en la *masa*.

Un fusionistavalenciano

—*¿Ahon está el Bou?...*

El Conde, con exquisita finura:

—Mi señora no entiende el dialecto del país.

El fusionista, rectificando:—Pregunto que dónde está el jefe de la partida de Alcalá de Chisbert, el Sr. Bou...

La hipnotizada, con los brazos levantados y crispados los dedos, los ojos inyectados, fuertemente apretadas las mandíbulas y alargando el cuello:

—¡No puedo, no puedo!...

El Doctor:

—Lo quiero, lo mando... ¿Dónde está?

Ella, después de un esfuerzo penosísimo:

—Eso... eso no lo sabe nadie... ¡ni siquiera el Sr. Moret!

E. Navarro Gonzalvo

VERBENEANDO

—Esta vida es un soplo.

Este pensamiento, ó cosa así, no me pertenece.

Es original de un segundo trombón, algo filósofo.

Como que se pasaba la vida soplando, decía él, y con razón, que la vida era un soplo.

Otros dicen: este mundo es un fandango.

Y salen por pies.

Ahora hemos quedado en que aquí todo es una verbena.

Fernando VII—el Deseado—le daba toros al pueblo para que distrajera el hambre.

Los concejales nos dan hoy *juergas* de barrio para que olvidemos las latas.

Es una excelente *martingala.*

Echan á pelear el aceite de freir churros con el otro, el de quinqués ó mineral.

A ver si con el olor del uno no les da en las narices el del otro á los de puertas.

Luego, este aceite de oliva, ó de donde lo saquen, suaviza asperezas.

Porque ya ha dicho un poeta:

Hombres como carretas
conozco muchos,
que solamente chillan
por falta de unto.

Según un refrán antiguo, generalmente la Magdalena no sue estar para tafetanes.

Pero en nuestros días, ó, mejor dicho, en nuestras noches, la Magdalena está para buñuelos.

Así es que los vecinos del Norte de la villa del Oso y el Madroño echaron el resto. ¡Vaya una verbena! ¡Cuántos arcos!

¡Cuántos concejales!

¡Cuántos faroles!

Los vecinos restantes se picaron y se banderillearon.

Todos los barrios se pusieron en conmoción.

—Que *haiga* estímulo, decían unos.

—¡Tenemos que quedar encima de la Magdalena! exclamaban otros.

—¡Hay que dejar así de chiquito á San Cayetano! prorrumpían varios.

Y como dijo Espronceda, con alguna variante:

Hombres, mujeres, vuelan al combate
que el grito de verbena resonó;
sin armas van, pero en sus pechos late
un corazón patriótico español.

Algunos *letrados* recordaron que Voltaire dijo:

C'est du Nord aujourd'hui, d'où nous vient la lumière.

Y dijeron ellos:

—*C'est du Nord d'où nous vient la* Verbèné.»

Y la era de las verbenas fué.

Y si hubo arcos y concejales y faroles en la de la Magdalena, no digamos la de faroles y concejales y arcos que hubo en la de San Cayetano.

¡Oh, San Cayetano!

¡Como que era un santo leído y *escribido!*

¡Nada menos que «abogado de la Providencia!»

¡Figúrense ustedes cómo andará la justicia en todas partes, que hasta la Providencia necesita de abogado!

En fin, que la Magdalena quedó bien, en clase de señora.

Y San Cayetano quedó también á gran altura mayormente, como varón y licenciado en Derecho.

Llegó San Lorenzo.. ¡y eche usted y no se derrame!

Cuando pasa una maja
por San Lorenzo,
curas y sacristanes
echan incienso.

En San Cayetano había un arco con más campanas que las que necesita Alonso Martínez para llamar al orden á los padres simbólicos de la patria.

¡Y cuidado que para esto hacen falta campanas!

Un guardia de punto le decía á una *endevidua:*

—Usté ha oído campanas, y no sabe dónde.

A la que replicaba *eya:*

—Sí, señor; ¡en la verbena!

Pues en la de San Lorenzo han *amasado* al Santo.

Es decir, han construído una efigie del mártir de la parrilla á modo de pan blanco.

Y luego han tenido á bien cortarlo para gazpacho.

Con estas cosas y otras, el pueblo más católico de la tierra—según los órganos del Vaticano—va atravesando este valle de lágrimas.

Todavía hay más.

Digo, que todavía hay más verbenas.

Se prepara la de la Paloma, de gran espectáculo.

Después la de Jesús... ¡Dios mío!

Y *ainda mais*, la que están armando el maestro Chueca y el tranvía del Este en complicación, que no cabe más.

Con todo lo cual, Madrid se divierte y baila solo.

—Mira tú, chico, le decía un peón suelto á su *concurdáneo*; no nos ha *faltao ná*, á Dios gracias. *Empecemos* á tomar una copa en la Glorieta de Bilbao, y ya estamos en la Ronda de Embajadores, sin *novedá* y frescos.

—Pues yo... ¡olé mi niño! lo que quiero es que me traigan al tío ése del bicho. Desde la primera verbena traigo *empalmao* un churro de más de un kilómetro.

José de la Serna.

TRAJES DE BAÑISTAS

El segundo traje de baño, según los documentos más autorizados de la época. El otro, el anterior á la hoja, no se ha podido [illegible]

Traje de baño [illegible] la mujer [illegible]marroquí. Lo esencial es taparse [illegible] cara para [illegible] no la conozcan. En lo demás, [illegible]as son [illegible]les, y no hay para qué cubrirlo

Miss N. B. [illegible]ngtonb. Rowland's.—London, [illegible]3, [illegible] Street.—¡Y [illegible] censuran [illegible] porque el traje es algo libre!

Miss De Smidt.—[illegible] Ave. and 37 thst., N. S.—Pro[illegible] y sereno del comercio [illegible]

[illegible]-Kan-Tsen-Yhun, esposa del mandarín W[illegible]anhhçon B[illegible]e-Lhar [illegible]nha.

TRAJES DE BAÑISTAS

[illegible]

Lolita Pérez y Pérez, modista ella, guapa ella, y que se conforma con bañarse en el Manzanares: «¡qué si ella hubie [illegible]

Madame Lonise Sinve[illegible] rar de Gontran, [illegible]

EL ANIVERSARIO

Saltó de la cama medio desnuda, la camisa desprendida de los hombros, el pelo suelto sobre la espalda, y escondiendo sus piececillos en unos zapatitos turcos, con paso quedo se encaminó á las habitaciones de su marido.

Era el amanecer. Por el balcón entreabierto se filtraba la blanca claridad del día, y allá por el Oriente, velado por las nubes, aparecía majestuoso el sol, dorando el espacio con sus reflejos.

Juana levantó temblando la *portière* de la alcoba, y hundió sus miradas en las sombras del cuarto. Al pronto no vió nada; luego, sus ojos fueron acostumbrándose á la oscuridad, y distinguió claramente todos los objetos.

¡La cama de su marido estaba vacía!

No gritó, no suspiró siquiera; con movimiento maquinal se llevó las manos al pecho, inclinó la cabeza, y tartamudeó una queja.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

No se sentía desesperada, no, sino entristecida, con ganas de llorar mucho.

De pronto, levantó la cabeza, miró airada el lecho vacío, apretando los puños; después se encogió de hombros despreciativamente é hizo una mueca forzada de desdén.

—¡Bah!...

Una cólera rabiosa, de mujer despechada, iba poco á poco invadiendo su corazón y su cerebro.

—No... el miserable no tiene disculpa... Me ha engañado de un modo villano, inicuo... Porque ¿qué motivos le dí yo jamás?... ¡Ninguno! Le he querido —¡ay! creo que continúo queriéndole,— con cariño de esposa y amante... He cumplido lealmente, con riguroso celo, mis deberes de mujer casada... He satisfecho todos sus deseos... Me he llevado la copa á los labios, y cuando él me ha dicho: «no bebas más,» he dejado de beber.. He anulado mi voluntad. me he fundido en él, efectuando el prodigio de que mi cerebro pensara con el suyo y mi corazón sintiera con su corazón... Y todo lo he hecho naturamente, sin darle importancia, porque consideraba que así debía hacerlo, que ese era mi deber... En una palabra, que he cumplido, como buena, mis obligaciones, y tengo el derecho de que mi marido, á su vez, cumpla las suyas. ¿No lo hace así? ¿Olvida sus compromisos y rompe el lazo que en hora de amor nos echamos al cuello como símbolo de unión entre nuestras almas y nuestros cuerpos? ¡Pues sea! ¡Ya está solo! Ya somos los dos libres, y cada uno puede marchar por el caminoque se le antoje.

Pero ¡cuidado! que una mujer desdeñada es siempre peligrosa, y la venganza es muy dulce, y el abismo atrae...

De repente se abalanzó asustada á la puerta, creyendo oir rumor de pasos. Sí... alguien se acercaba... ¡Su marido! Sintió que le faltaban las fuerzas, y se apoyó en un mueble.

Pasó un segundo, largo como una eternidad. Allá, en la calle, se oía el alegre vocerío de los vendedores, la loca animación de la ciudad que despertaba, que volvía á la vida activa...

Maquinalmente, levantó Juana la cabeza y fijó sus ojos asustados en la fecha que marcaba el almanaque.

Dió un grito.

—¡Hoy hace tres años que me uní á ese hombre!

En aquel momento se abrió la puerta, y apareció el marido de Juana, muy turbado, sonriendo, sin embargo, para ocultar su embarazo.

—¿Qué haces aquí?

Juana no contestó. Quería hablar, sí, pero no podía, se ahogaba. Miró fijamente á su marido, y cogiéndole de un brazo, le señaló con la mano el almanaque. Después, vencida por la emoción, se echó en brazos del infiel, que en vano buscaba una palabra con que justificarse, y mimosamente, pegando su boca á la oreja de él, murmuró, más bien que dijo, esta sola palabra:

—¡Ingrato!

Miguel Sawa.

¡DALE AL MANUBRIO!

Ya sé yo que es una industria
como *otras* por el estilo,
eso de andar por la calle
tocando los organillos,
y que se paga patente
de molestia á los vecinos;
pero de estar diez minutos
zurrándole al *cinganillo*,
á poner el carricoche
enfrente de un edificio
toca que toca, que toca,
y quedarse allí á pupilo,
me parece á mí que nadie
para ello ha dado permiso.

Ya me sé yo de memoria
eso del *caracolillo*,
y el tango de *La gran vía*,
y el tango de *El gorro frigio*,
y el tango de *La Tremenda*,
y el dúo de *El Barberillo*,
y la jota de *La Bruja*,
y el repertorio escogido
del *sangá* y el no *sangá*,
y el *coro del abanico*.
Si mis hijos alborotan
y doy voces á mis hijos,
apagan mi reprimenda
los ecos del organillo.

Que reprendo á mi criada
porque ha pegado á un chiquillo,
pues se ríe, y me contesta,
y yo me quedo tranquilo;
porque de mi *Menegilda*
nubla la voz... el ¡¡*cariño*!!
¡Ya se calló!... Vamos, hombre,
¡gracias á Dios que se ha ido!
¡Cá! No, señor; ha callado
mientras tocaba el registro.
Miro al balcón, y le insulto;
saluda, y le llamo pillo;
cojo un tiesto, y me contiene
el temor de ir á presidio;

cierro cristal y maderas...
pero entonces ¿cómo escribo?
Y si no escribo, no hay *guita*,
Y si no hay *guita*... ¡Dios mío!
¿Por qué no sale un decreto
prohibiendo los organillos,
ó limitando siquiera
la duración del martirio?
Que los sirvan por raciones:
serenata á plazo fijo;
porque á todo *trapo*, es cosa,
señores, de no sufrirlo.
Oigan ustedes mis quejas
por la paz del domicilio.

Calixto Navarro.

BATURRILLO

No se atribuya á desdén; atribúyase á esta indolencia criolla que me corre por las venas como un chorro de leche tibia. Hace un siglo que recibí la *Psicología del amor*, de mi buen amigo el doctísimo González Serrano: hace un siglo que la he leído, y, sin embargo, no he dicho aún esta boca es mía Hace también otro siglo (¡ni Matusalén!) que mi no menos estimado amigo Palacio Valdés me remitió su interesante novela *La hermana San Sulpicio*, de la que tampoco he dicho palabra. Culpa de mi soberana apatía y de la convicción en que vivo —aparte falsa modestia— de que mi opinión no vale ni significa nada.

Hace tiempo también (¡cuidado que estoy machacón!) que me está mirando, con los verdes ojos de su cubierta, desde mi modesto armario de libros, la última novela de doña Emilia Pardo, *Insolación*, como diciéndome: —¿A cuándo esperas para sacudirme el polvo?

Por de pronto, la novela me ha gustado en cuanto al estilo y á las pinturas alegres y luminosas en que abunda. Respecto al argumento... es harina de otro costal. Pero ya hablaremos largo y tendido en otra ocasión, que bien se lo merece el elegante ingenio de la celebrada autora de *Un viaje de novios*.

—

Nakens, el clerófobo implacable, acaba de dar á luz, como se dice, un libro titulado *Garrotazo limpio*, colección de filípicas aterradoras contra las injusticias sociales y los desafueros de la gente de sotana.

Nakens es un sonámbulo poseído de la fiebre demoledora, un enfermo que tiene visiones... filantrópicas. Cree él que la sociedad puede reformarse á fuerza de insultos y palos. Su libro, escrito en desaliñado, pero pujante estilo, que gesticula muecas de desprecio y de odio, es un á modo de tromba arrojada con ira sobre las casas de los fúcares y... las iglesias. ¡Qué engañado está Nakens si presume que va á hacer saltar las piedras de los vetustos casarones conventuales con la ruidosa batería de sus proclamas! Fantaseos, amigo Nakens, fantaseos socialistas.

Los disparos de Nakens no van contra el dogma; van contra la clericalla truhanesca y libertina que se permite, entre otros excesos, refocilarse con sus amas y guardarse las pesetas de los borregos incautos. Nakens no quiere que haya pobres; no puede ver, sin indignación, que se corone aparatosamente á un poeta mientras miles de obreros se mueren de hambre. ¡Ay, simpático demagogo, que prefieres al arte la patata! eso que pretendes, y que yo te aplaudo, raya en el delirio y. . está fuera, por consiguiente, de la realidad.

La vida, que es más triste de lo que se figuran muchos optimistas, es una serie de contrastes: junto á la alegría y la hartura de los unos, la tristeza y el famelismo de los otros; pared por

medio, de un lado un padre de familia discurre el modo de hallar un pedazo de pan para sus hijos; del otro, se discute sobre los gastos superfluos de una temporada de baños ó de una jira campestre.

¿A qué conduce enojarse por estas desigualdades de la vida, si la vida, lo mismo en el orden físico que en el moral, es un silforama de luces y sombras, de risas y lágrimas? No culpemos á la sociedad; culpemos á la naturaleza.

Fíjese Nakens, estamos en el campo (es un suponer): un árbol levanta la frondosa copa barnizada de clorofila; á su pie crece á placer la hierba, sirviéndole de alfombra; sus frutos, dorados por los besos quemantes del sol, atraen una bandada de pintados pájaros que, revoloteando en torno suyo, instrumentan la música de sus no aprendidos gorjeos. Da gusto verle, y hasta convida á dormir á su fresca sombra. Junto á ese ejemplar lozano del reino vegetal, otro árbol, tísico de frutos y hojas, proyecta tristemente la sombra de su esqueleto; por su tronco, carcomido, culebrean lagartijas y bicharracos... Aquél, todo vida y pompa; éste, todo ruina y desolación. ¡No pretendamos enmendar la plana á la naturaleza!

Nakens piensa, respecto de los curas, lo mismo que Homais, el farmacéutico de *Madame Bovary*: *los curas han vivido siempre en una crasa ignorancia y se esfuerzan en sumir en ella á los pueblos.* Pero Nakens va más allá: su odio al clero le lleva á verdaderos extravíos, impropios de su talento; lo propio que la guerra sin cuartel que ha declarado á los burócratas. ¿Cree Nakens que si todos fuéramos ricos habría quien trabajase? ¿Habría acaso industria? ¿Qué concepto tiene Nakens de la economía política, ó dígase crematística? ¡Oh qué monótona sería la vida (y lo es con todo y con eso) si el dinero anduviese tirado por las calles! Que el dinero está mal repartido, ¿quién lo duda? Indigna ver á tanto idiota acaudalado y á tantos hombres superiores en la miseria. ¿Por qué Nakens y yo no hemos de tener dinero? Quizá no nos preocuparía tanto la pobreza ajena. Nada, amigo Nakens: rompamos la pluma y dediquémonos á... corredores de Bolsa ó á curas, ó á hacer el amor á viejas ricas y viciosas. ¡No hay otro camino!

—

El último folleto de *Clarín*, seamos francos, no parece la obra de un ingenio tan agudo y sagaz como el suyo. No llega, ni con mucho, á los anteriormente publicados. De sobra sabe el punzante crítico lo mucho que yo le admiro y el placer con que leo cuanto sale de su nerviosa pluma. Acaso se deba á la festinación con que le ha escrito, y al espíritu puramente personal que le anima. Claro que Manuel del Palacio no es un poeta de pasiones, un poeta sugestivo, á la manera de Byron ó Musset; su musa no es la musa de las nostalgias y de las tristezas sin ocaso; pero—la verdad por delante—versifica con fluidez y corrección; tiene muchísima gracia - gracia genuinamente española—y no cabe negarle originalidad é intención. Manuel del Palacio ha sido injusto á su vez con Alas. Alas es un temperamento literario originalísimo, de vigorosa complexión, de mirada de ave, por lo perspicaz, de cultura vastísima y copiosa vena satírica.

La sátira de Palacio peca de fofa y desmayada; el folleto de *Clarín* carece, en la mayoría de sus páginas, del donaire, del desenfado de pluma y de la lógica á que nos tiene acostumbrados el autor de *La Regenta*. (Diga *Clarín* que me paso la vida elogiándole.)

El público, que ya conoce á ambos contendientes, de seguro que pasará un rato divertido con las sales y travesuras de esta polémica, que tiene trazas de prolongarse; pero de fijo que seguirá pensando de *Clarín* lo que piensan todos los que le leen sin prevención: que pertenece á la aristocracia del ingenio; y de Palacio, que es un poeta festivo—entiéndase bien, festivo...—de los que entran pocos en libra.—He dicho.

FRAY CANDIL.

EN LOS TOROS

¿Es posible?... ¿Será ella?...
¡Si no parece la misma!
Como bella, siempre es bella;
pero hoy su cara destella
un resplandor que me abisma.

¡Claro! ¡La vi el otro día
con un sombrero incivil
que, de lejos, parecía
por el verde que tenía,
un tiesto de perejil!

¡Y entre tal extravagancia
y esta prenda tan airosa,
que presta sal y arrogancia,
casi hay la misma distancia
que de un barril á una rosa!

(Oigo que *Frascuelo* el pié
con valor ha adelantado
para recibir... ¿Y qué?
Un vecino: —¡Mire usté!
— ¡No puedo, estoy ocupado!)

—

¡Qué alegre movilidad
en sus ojos... y qué mona,
y qué aire de majestad,
y qué voluptuosidad
en su gallarda persona!

—

¿Qué tiene hoy esa chiquilla
que me causa tal encanto
y que así me maravilla?
¡Ah, vamos, es la mantilla
la que la embellece tanto!

—

¡Mantilla de encaje, con
negros madroños ornada,
que ha traído á la función,
prendida en el corazón
con una rosa encarnada!

—

No es que el demonio me tiente
armándome trapisondas;
pero me atraen fuertemente
de aquel encaje las ondas
acariciando su frente.

—

(¡Qué es eso! ¿Que *Lagartijo*
al Muruve descabella?
¡Pues que le den un botijo!
¡Ya esta tarde no me fijo
más que en la mantilla aquella!)

—

¡Si no salgo de mi asombro
al ver lo bien que la está
á esa chica, que no nombro,
caída, así, sobre el hombro,
como diciendo: - ¡Olé ya!

—

Sólo dejan el sombrero
las hembras para admirar
el arte del *Chiclonero*,
y ya que estoy aquí, quiero
la ocasión aprovechar.

—

Vamos, ¿no es una torpeza
que luciendo con bonitas
mantillas su gentileza,
se pongan en la cabeza
esas horribles mamitas?

—

¡A esa que estoy admirando,
tal vez mañana la encuentre
en la playa navegando,
con un casquete nefando
que me dé dolor de vientre!

—

Tan elástica es la horma,
que varía cada mes
por medio de la reforma.
¡Yo los he visto hasta en forma
de panecillo francés!

—

¡Calla! ¡Pues se ha levantado
la chica y se va!... ¡Por vida
de mi sino malhadado!
¡Es que acabó la corrida,
de la que no me he enterado!

—

A la faz del mundo entero,
y aunque arrimado á la cola
me llame algún majadero,
grito aquí:—¡Viva el salero
de la mantilla española!

JOSÉ ESTRAÑÍ.

CANTARES

Aquel pobre niño
jamás se me olvida,
tan desnudo y tan sólo.,. y la noche
¡tan negra y tan fría!

Madrecita mía,
¡qué pena tan grande!
Que al morirse la luz de mis ojos
no pudo besarme.

A mí no te acerques;
que al mirarme de cerca es posible
que el alma me quemes.

EDUARDO GARCÍA.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
17 de Agosto de 1889.
NÚMERO 46.

¡¡EL PREMIO DE HONOR!!

Carita de serafín
é inteligencia precoz,
domina ya el *Biciclín*
y obtiene un éxito atroz
cuando corre en el jardín.

—

¡Y qué bien montada va
en velocípedo! ¡Está
encantadora de veras!
Tiene cinco premios ya.
¡Gana en todas las carreras!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año................. 9 *pesetas.*
Seis meses............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Querido amigo y compañero: Aún recuerdo con lágrimas de gratitud la ocasión en que tu peregrino ingenio y tu lápiz, siempre intencionado, vinieron á prestarme su concurso, sacándome de un verdadero compromiso, encargándote de llenar *solito* esta primera plana de los Los Madriles. ¿Te acuerdas? ¡Qué triunfo el tuyo, y qué satisfacción la mía!

¿Por qué no repites *la suerte?*

Regreso en este momento de un pueblecillo, donde he pasado cuatro días agradabilísimos de fiesta y de jarana.

Pero es el caso, Angel de mis entretelas, que en este pintoresco rinconcito del mundo, ni hay noticias, ni periódicos, ni cafés, ni centros literarios, ni... ¡pero ahora recuerdo! He aquí una idea salvadora. Anoche asistí á la representación (estreno nada ménos) de una comedia en un acto y en verso, escrita por el boticario, y representada por aficionados del pueblo. Te referiré mis impresiones de la representación, te contaré el asunto, el éxito, todo; tal vez se pueda amenizar mi pobre relato con tus ingeniosos *monitos*, y resuelto el problema. ¿Qué tal? Manos á la obra. En caso contrario, ahí estás tú.

La oveja descarriada: éste es el título de la comedia en cuestión. Figúrate una especie de *Hijo pródigo* que abandona, no los lares paternos, sino el seno de una Corporación ó Sociedad, cuyo Presidente, hombre altivo, tiene concertada la boda de su hija única con el aventurero disidente; un tío, linajudo y mal humorado, de cuyo papel, por cierto, estaba encargado el síndico del Ayuntamiento, cuyos defectos de pronunciación hacían mucha gracia al auditorio; un joven Secretario que había heredado el puesto preeminente del prófugo, y que, enamorado también de la hija del Presidente, no mira con buenos ojos la vuelta al redil de la descarriada oveja; un primo de la chica, violento, duro, irascible, corto de alcances, que en más de una ocasión ha apaleado á los mozos del pueblo, escudado con el bastón de borlas (era entonces Alcalde) y rival también de la ovejita de marras; la chica del Presidente, muchacha bonita, rica más que guapa, y perdidamente enamorada del travieso desertor; el cajero de la Compañía, viejo gruñón, gran amigote del Presidente, y por último, el protagonista de la comedia, el héroe de la fiesta, un muchacho andaluz, bromista, dicharachero, veleta, con sobra de audacia y falta de consecuencia, enamorado de todas las chicas en diez leguas á la redonda, charlatán y persuasivo; un tipo, en fin, de buena sombra; une á estos personajes y elementos una acción pobre y falta de interés, carencia absoluta de carácteres y una forma... ¡á qué hablar de la forma! muy mala forma, chico; citaré algunos trozos para convencerte, y comprenderás el desastroso fin de la comedia, á pesar de los aplausos interesados de los amigos y los rabiosos esfuerzos de los alabarderos, que esperaban que el boticario les convidase al terminar la representación para festejar el éxito.

El Rubio (éste es el álias del protagonista) despechado porque no ha logrado formar en el pueblo una Asociación análoga á la de D. Sempronio, el padre de la chica, de la cual hacerse amo y Presidente, torna á requebrar á la moza, y saluda afectuosamente al futuro suegro, dando á entender que no tendría inconveniente en aceptar otra vez la vicepresidencia de la Sociedad y la mano de la chica. El tío de ésta, el que no pronuncia bien, se encrespa, el Secretario se opone, el Cajero murmura, y el primo ex Alcalde dice á voces que cómo vuelva *el Rubio*, él se marcha con el tío, y no vuelven á poner los pies en la casa. El

Presidente, que no tolera que nadie se le suba á las barbas, grita y se impone, diciendo:

—¡Pues volverá! ¡No que no!
el mes que viene, mañana;
¡cuando le diere la gana!
¡Y no hay más amo que yo!

El tío. Me paggese que usté abusa.
La chica ya no le quiegge
y el seeggetaggio se muegge...

Presidente. ¡Pues no hay pretexto ni excusa!
Siempre fué mi Benjamín,
y aunque siento disgustarte
hoy levanto mi estandarte...

El primo. En favor de un zarramplín.

Presidente. Fué tu amigo más querido.

Secretario. No le puedo tolerar.

Presidente. No estamos para restar...

El tío. ¡Pues si viene le divido!

(La chica, pálida, temblorosa, entrando precipitamente con las manos en alto y el pelo suelto:)

¡Le quiero, sí, la verdad!
Pero al ver cómo le halagas,
estoy temiendo que hagas
alguna monstruosidad.

Presidente. Hace poco me decías
hazle venir, me conviene...

La chica. ¡Ay, papá, pero es que viene
con muy malas compañías!

Aquí los aplausos fueron ruidosos y espontáneos. Al ir á replicar el padre Presidente, se abre la puerta del foro y aparece *el Rubio* enseñando los dientes, es decir, sonriendo.

El Rubio. (*Con acento andaluz muy marcado.*)

Por donde quiera que fuí
la virtud atropellé...

Un espect. Eso es del Tenorio. (Murmullos, protestas, escándalo.)

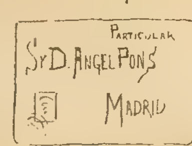
El Rubio. (*Continuando como si tal cosa.*)

¿Hoy me necesita usté?
Compadre ya estoy aquí.
Mi presencia desbarata,
un proyecto estrafalario.
¡Al tío y al sec etario
les vengo yo á dar... la lata!

(Un empleado de consumos, desde la luneta:)

¡A decomisarla! ¡Al fielato!

(Tumulto; voces, amenazas, un barullo espan-



toso; algunos espectadores enarbolan los garrotes... En la escena ocurre lo mismo; el Secretario, el primo, el tío y el Cajero parece que van á comerse al *Rubio*. Este se cruza de brazos, se ríe con descaro inaudito, y espera tranquilamente que pase la tempestad.

El Rubio: (*Después de una pausa.*)
¡Turbas necias, vocingleras!
¿Su voluntad imponerme,
cuando hombre soy para hacerme
platos de sus calaveras?

El público toma estas palabras del actor, no como diálogo de la obra, sino como provocación á él, y se desborda.

Allí hubiera terminado *La Oveja,* á no aparecer la chica en aquel momento, dando un alarido formidable, que logró dominar la situación.

La chica. ¡Es él! ¡Otra vez en casa!
El Rubio. ¡Por ti muero!
La chica. ¡Por tí vivo!
Presidente. ¡Vuelves á ser miembro activo!
Secretario. ¿Pero esto es cosa de guasa?
Presidente. Señores, no hay más que hablar.
El tío. ¡Oh! ¡Qué hoggog!
Presidente. (*Abrazando al Rubio*) ¡Mi Benjamín!
La chica. (*Con dulzura.*) Rubio, ¿vienes con buen fin?
El Rubio. (*Con naturalidad.*) ¡No lo puedo asegurar!

Apenas dichas estas palabras, estalló un aplauso formidable; pero ¡oh desgracia de autor! el tablado, mal seguro, del escenario dló un espantoso crujido, y con estrépito horrísono vino al suelo, arrastrando en su caída á la chica y al *Rubio*, al presidente y demás actores; se apagaron los quinqués, y en medio de una confusión espantosa, cada cual buscó á tientas la salida del granero donde se había improvisado el inseguro teatro, y no pudimos ver el desenlace de la soporífera producción del mal aconsejado boticario.

Me ha prometido, á título de *compañero*, enviarme un ejemplar cuando la imprima Si me decido á leerlo y la cosa vale la pena, que no lo creo, te daré cuenta del desenlace en otra misiva, pero particular, para no abusar otra vez, con este asunto, de la paciencia de nuestros lectores.

E. Navarro Gonzalvo

Más del Conill 16 Agosto 1889.

LAS VERBENAS

ANTAÑO

El barrio de Maravillas
es una cinta de fuego:
por el gentio, un burdel;
por los gritos, un infierno;
es un motín por los majos
y por las majas, un cielo.
Resplandecen á través
del humo de los buñuelos,
chaquetillas con caireles,
guardapies de terciopelo
amplias capas encarnadas
y anchos sombreros de fieltro.
Por allá el Corregidor
va con su acompañamiento
de justicias y curiales
alguaciles y chisperos.
Entonces dice una maja
al ver pasar el cortejo:
—¡Bien puede llevar usía
bandera en vez de sombrero,
pues palo de gallardete
nos parece por lo tieso!
La perla de Maravillas
cruza la calle riendo
y para que pise alfombras,
de capas se llena el suelo.
Tiene los labios tan rojos,
tiene los ojos tan negros,
como grandes las postañas
y como los pies pequeños.
Luce la blanca mantilla
que apenas cubre el cabello,
en el que prendidas tiene
rosas de color de fuego.
Y lleva como atavío
hilos de perlas al cuello
arracadas de esmeraldas,
y cintillos en los dedos
y el lujoso guardapiés
de color azul de cielo
con caireles de azabache
y festón de encaje negro.
Se arremolina la chusma
oyendo cantar á un ciego
que grita tan dolorido
y con tan fuertes lamentos,
que parece por los ayes
condenado á más de ciego:
«Oigan todos los presentes
el milagro verdadero
ocurrido en la muy noble
y gran ciudad de Toledo.
Cayó un anciano á una hoguera
con trece nietas y nietos
y se encomendó en seguida
al bendito San Anselmo.
Y el Santo vino en su ayuda
haciendo el milagro entero,
pues á los nietos salvó
y las nietas perecieron!»
—¡Matadlos! dicen las majas.
—¡Morcilla para ese perro!
gritan todas las mujeres
mientras los mozos, riendo,
con unos cuantos ochavos
socorren al *milagrero*.
Los chicos siguen de cerca
á un majo galán y apuesto.
¿Quién es ése?—Pepe-Hillo,
honra y prez de los toreros.
Allá va Goya del brazo
de una que por el aspecto,
aun cuando parece maja,
es noble de nacimiento.
Tiene corona ducal
y él la majestad del genio.
Ayes, gritos, empujones,
sutilezas y requiebros!
¡Bien haya el tiempo pasado!
¡Benditos aquellos tiempos
de fe, de luz y colores!
¡Bien haya el que pudo veros!

HOGAÑO

¿Pa verbenas? ¡Juy mi mare!
Maravillas es un chavo.
En donde está la Paloma,
todo el mundo boca abajo.
Y es la chipén, porque tiene
más faroles y más arcos,
y más cutis y más tóo,
y más gente de á caballo.
—¡Digo yo! que hasta el *mendingo*
pide limosna montao
esa noche. ¡Bueno está!
Y van las mozas de garbo
á pie, no en esa carroza
que ha salido del teatro;
y le dan al que se ajuma
gratis el *ademoniaco*.
Pa negar que esta verbena
es la mejor de tó el año
se necesita tener
más sombrero que Ponciano.
—Mira, Perche, te diré.
la de San Lorenzo...
—Vamos,
de San Lorenzo no hables.
¿Qué se pué esperar de un santo
que murió como un bisté
á la parrilla quemao?
—No ofendas la diznidá
del cristianismo de un barrio,
ú te atizo...
—¿A mi? ¡De dónde!
—Mas... ¡vivo ya! ¡Mete mano!
—¡Guardias! ¡guardias! ¡que se matan!
Llegan los guardias despacio,
y median en la cuestión
cuando todo ha terminado;
y pone inmediatamente
el siguiente parte el cabo:
—Han quedadu detenidus
á las cuatru menus cuartu
dus jóvenes que gritaban
perfectamente burrachos,
y en una tienda de vinus
han promovidu un escándalu
por mor de un tal San Lurenzu,
el cual que no ha sídu halladu:
por custión de una custión
ambus dos se han atizadu.
Observación: Unu yeva
lus morros desfaratadus.
....
....
La luz del alba naciente
ilumina el triste cuadro;
este suele ser el término
de las verbenas de hogaño.

Manuel Paso

DESDE EL BOULEVARD

e fué el Shah.

Los Menchetas de la gran capital se han encargado durante su estancia de ponernos al corriente de una porción de menudos detalles de su vida íntima.

Así es que sabemos que el «rey de reyes «tiene un estómago que puede darle quince y raya al de un avestruz.

El buen señor empieza á almorzar á las nueve de la mañana, y ya no lo deja hasta que se acuesta.

No dicen las crónicas si previamente toma chocolate.

Lo cual hubiera proporcionado á D. Matías López la ocasión de regalarle unas cuantas libritas y ponerse de moda en Persia.

Lo que sí dicen las crónicas es que el Shah es sencillísimo en sus modales al comer.

Todo lo toma con los dedos.

Hasta la sopa.

Lo cual tiene su mérito, mucho más que tomar el caldo con tenedor.

Se conoce que *El barón de Andilla* no se ha traducido al idioma persa.

El Shah se ha ido sin dignarse mostrarnos el legendario gorro de los brillantes.

No se ha permitido más que media gala y el uso de un cinturón cuyo broche es una esmeralda del tamaño de una onza pelucona.

No sé si esa esmeralda tiene jardín; pero hay en ella sitio para un *jardin potager*.

El Soberano oriental debe ser partidario de someterse á las costumbres del país que visita; así es que en las comidas oficiales ha usado el tenedor de cuando en cuando, y en la función de gala de la Opera, á mitad de función, se despidió *á la francesa* y tomó la puerta sin decir á nadie «por ahí te pudras.»

A la torre Eiffel no hay quien lo haya hecho subir más arriba de la primera plataforma; parece que los ascensores no le divierten. Pero hizo subir hasta lo más alto á sus acompañantes persas, que luego le habrán contado sus impresiones.

Esto me recuerda á un señor que había en Córdoba y que tenía más miedo á las recetas del médico que al tifus ó al cólera. Así es que en cuanto se sentía mal y el médico lo mandaba algo, se lo hacía tomar á uno de sus criados; y si éste no reventaba, cosa que sucedía alguna que otra vez, entonces se decidía á seguir el régimen,

Lo grande es que murió de viejo.

El Shah fué á ver bailar á las gitanas de la Exposición.

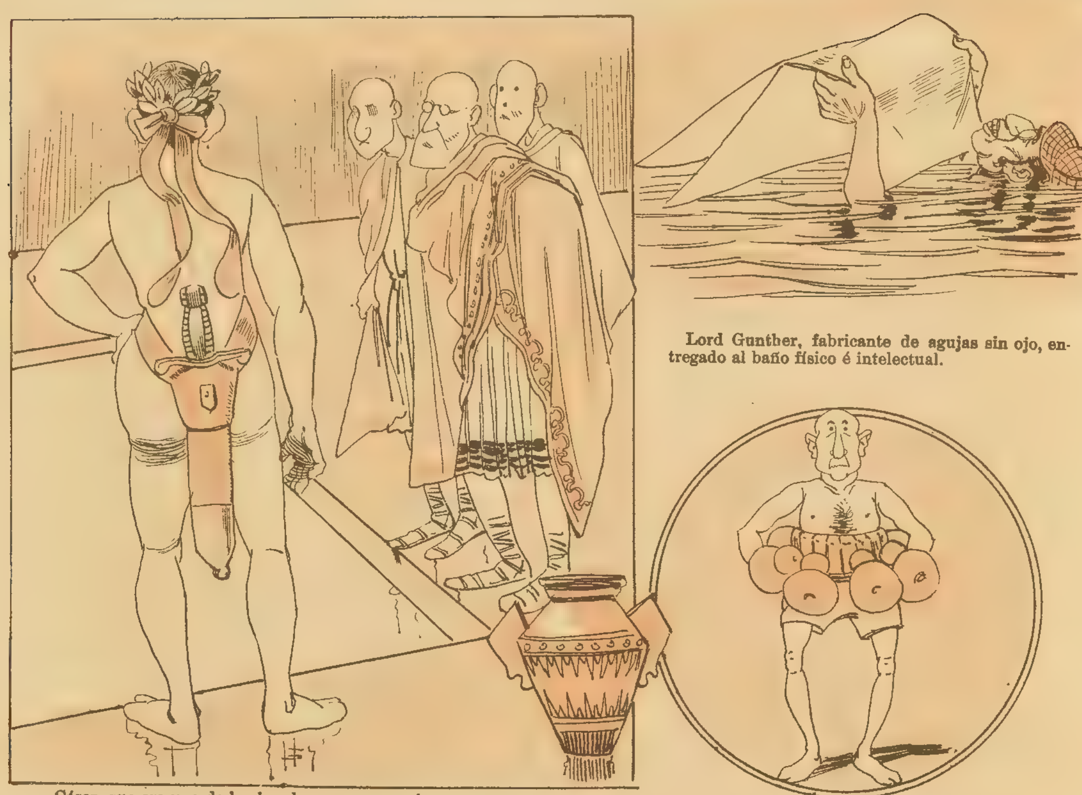
Tanto le gustaron, que envió un recado á una de ellas.

—Felicite usted en mi nombre á esa *serpiente*, dijo al Empresario.

—¡Lagarto! contestó al oir el piropo la Macarena, á quien llaman la *Macarrona* los más inteligentes periodistas de por acá.

—

TRAJES DE BAÑISTAS



Lord Gunther, fabricante de agujas sin ojo, entregado al baño físico é intelectual.

César, que era uno de los hombres que en su época presumían de elegantes, adoptó este traje de baño, que llamó poderosamente la atención por su sencillez y elegancia.

No crean ustedes que va á bañarse: va á dar un paseíto por la playa, y por si acaso...

Y como algunos han oído decir que para escribir buenos versos se necesita estar fresco, aprovechan el momento del baño para *vaciar* sus más inspirados cantos.

M. Goutran, vocal del Imbecilis-Club, terror de maridos y tormento de *cocottes*, en estado de merecer.

El mandarín Weshauhl.gen-Bhikome-Las Hernha, autor del libro *Kamhelo-Perhiodhistiko*, meditando una nueva obra.

O respetable cuanto venerable é sapientissimo senhor Raphael Boiras de Pinheiro-Chagas da Porta Fareira, no momento arriesgadissimo de banharse na sua morada.

Juan González, el tío Cañitas, esperando la venida del Manzanares.

Y así se baña el *Dentao*, cuando buenamente se puede.

Se inauguró solemnemente la nueva Sorbona.

Los estudiantes de París habían invitado á esta solemnidad universitaria á todas las Universidades del mundo.

Al llamamiento han respondido todos los países de Europa y América, enviando Delegaciones de estudiantes, que han asistido con sus distintivos y los estandartes de sus Asociaciones ó de sus Universidades,

De España no han venido más que tres estudiantes de Barcelona. La Universidad de Salamanca, de tan brillante abolengo científico, las de Sevilla y de Madrid, centro hoy de la instrucción española, se han quedado en casa

A no ser por esos tres catalanes, aquí no había más estudiantes españoles que los murguistas que, vestidos de máscara, se hacen pedazos tocando la pandereta en Circos y cafés conciertos.

Los estudiantes de París han alojado gratis á los compañeros que del extranjero han respondido á su invitación; las Compañías de ferrocarril les han transportado á mitad de precio; el Ayuntamiento, el Gobierno y los estudiantes parisienses les han hecho los honores de la ciudad y de la Exposición. Y ni aun así ha habido medio de que los de nuestra tierra vengan.

¡Vayan ustedes ahora á convencer á estos franceses, tan duros de mollera, que no creen ni la mitad de lo que ven cuando se trata de otros países, de que en las Universidades de España se enseña más facultad que la guitarra ó la pandereta!

¡Si vieran mis queridos compatriotas qué gusto da á los españoles de corazón, que vemos de cerca estas cosas, observar cómo se pierde toda ocasión de demostrar nuestra cultura, y se aprovechan hasta las más pequeñas de enseñar nuestros defectos y vicios nacionales, por pintorescos que sean!

Se ha inaugurado—¡y van tres!—la gran plaza de toros del Bosque de Bolonia.

Cerca de tres millones de francos dicen que se han gastado en esta empresa los más ricos ganaderos españoles, asociados para el caso.

Y no me extraña la cifra, dadas las dimensiones y la sólida construcción del nuevo circo taurino.

No hay en nuestra tierra plaza de tamañas dimensiones.

Como he recibido la invitación para la corrida de apertura, que se verificó el sábado, el domingo por la tarde—creo que se han retrasado un poco en traérmela á mí y á otros muchos invitados—no puedo, en conciencia, dar á mis lectores cuenta exacta de esa solemnidad artística, y lo dejo para otra carta, en la esperanza de que el billete llegará con más rapidez.

De *oídas* sé que los toros eran de los de mejor estampa que producen Veragua y el conde de la Patilla, y que con la capa hicieron primores Angel Pastor y *Frascuelo aîné*, como en los carteles se anuncia al simpático *Merluza*.

Se espera pronto á *Petit-Lézard*, á monsieur Mazzantini y á *Frascuelo cadet*. Y como picadores á *il signor Bartolesi* y á José Bayard (a) *Pelle à cheminee*.

Porque sin traducir los *álias*, ¿cómo los van á entender aquí?

Lo que no tienen traducción son las cornadas.

Por eso les han puesto fundas á los cuernos.

Preservativo de que estarán encantados algunos diestros.

Pero torear con funda es lo mismo que... batirse á espada con vaina, ó tomar mostaza con una caperucita de goma en la lengua.

Aquí hay que matar ó llevarse los toros.

BLASCO.

París 15 Agosto 89.

IN ILLO TEMPORE...

SONETO

Tú... sobre *aquel* diván. Yo, frágil silla
Cogiendo entre mis manos temblorosas...
Y alrededor *la danza de las cosas*
Del loco mundo que seduce y brilla.
En mí la inútil pretensión que humilla,
En ti las dichas del afán, hermosas,
Y en tu fresca mejilla, frescas rosas,
Y reflejos de sangre en mi mejilla!
Bajo tus negras, húmedas pestañas
Corría el rayo de tus negros ojos
Que encendía quemando mis entrañas.
¡Huí!... ¡Latió mi corazón herido!...
¡Todavía pregunto á mis sonrojos
Si aquello fué estertor ó fué latido!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Sotto voce.

—Diga usté, si acaso él fuese...
—Ese.
—¿Y quién la que le interesa?
—Esa.
—Él irá con fin avieso.
—Eso.
—Pues, por razones de peso
que decir no es menester,
bien podemos suponer
que va con *ese... esa...* á *eso.*

JOSÉ DE LA SERNA

PRELUDIOS

El mes de Agosto va de anda.

Y, como el refrán dice: «Agosto, frío en rostro», puede darse el verano por definitivamente concluído por este año de gracia... y ¡hasta otro!

Los empresarios de teatros se preparan para la próxima campaña, y, unos más, otros menos, todos procuran enterar al público de lo que hacen ó se proponen hacer en obsequio suyo...; y pueden ustedes aplicar este *suyo*, que ha resultado un poco ambiguo, al público ó á los empresarios; menos á aquél que á éstos.

La Empresa del *Teatro Real*, por ejemplo, ó del *Teatro de la Opera*, como le nombran los poco amigos de *realezas*, ha enviado á las redacciones de los periódicos de mayor circulación la interesante noticia de que en el paraíso (en el paraíso del mencionado teatro, se entiende), «se *practican* algunas reformas para que el público tenga mayores comodidades que en años anteriores.»

¡A ver! ¡á ver! ¿Qué reformas son esas que se practican? ¿Van á ponerse sillones de brazos, en vez de banquetas corridas? ¿Disminuye el número de asientos para que quepan holgadamente los aficionados?... No, señor; por ahora, se reduce todo á que están empapelando las paredes, y con papel de lo más barato, como si lo viera... Y en verdad que no se ve clara la relación que pueda existir entre el empapelado de las paredes y la comodidad del público .. ¡Si se tratara del aseo!... Dícese en la misma noticia que luego comenzarán los trabajos de pintura; y como no se especifica más, duda uno si se tratará de pintar el techo, ó si solamente hay el propósito de barnizar las puertas, ó si eso de la pintura se refiere á las decoraciones: sin que en ninguno de los tres casos se vea aparecer cosa que con la *comodidad* del público se relacione...

Y prosigue diciendo el noticiero:

«Y más tarde las de tapicería.»

¿Más tarde? ¿Qué es eso de *más tarde*? Si se quiere expresar con eso que las obras de empapelado y de pintura han principiado tarde, y que las de tapicería van á principiar *más tarde* aún, bien expresado está; pero si no se quiere decir eso, en lugar de *más tarde*, hay que escribir cosa distinta. De todas maneras, y prescindiendo ahora de reparos gramaticales, ese parrafito de la noticia parece algo deficiente... Dícese en él que, más tarde ó más temprano, principiarán los trabajos de tapicería; pero ni se indica siquiera qué trabajos serán esos, y ya ustedes ven si la cosa es interesante.

«Por lo que hace al cuadro artístico que ha de inaugurar la temporada, *tenemos entendido* que será de lo más selecto.»

Como, según sabemos, todas esas noticias proceden del propio cosechero, es decir, de la Empresa misma, el *tenemos entendido* del párrafo copiado tiene autoridad, además de tener mucha gracia; y adviértase que

se habla del *cuadro artístico* con que se inaugurará la temporada, pero no se dice si será también selecto el cuadro con que se concluya.

La noticia-reclamo á que me refiero termina así: «Al publicarse el programa aparecerán en él varias reformas *(¿En el programa?)*, entre las que figurará la reducción... *(¿de precios?)* del número de funciones.»

Esto de que se reformen los programas es poco interesante; y en cuanto á la reducción... bueno es que haya menos óperas italianas, pero sería mejor que costase menos dinero oirlas.

Pero anda, anda, que, según dice un periódico de París, hay quien está formando una Compañía de ópera que funcionará en nuestro teatro de Jovellanos, en competencia con la del *Regio Coliseo*. De modo que aquello del melodrama nacional, y de la *alta* comedia, y de la ópera española y de la zarzuela seria, se ha convertido en agua de cerrajas... Por si era poco un teatro de ópera, con reformas y todo, tendremos dos; sin que, en el caso de inutilizarse ambos, pueda exigirse la presentación de un tercero, hasta la época de las óperas de verano en los Jardines del Buen Retiro.

También la Empresa del teatrito de Eslava ha echado ya á volar sus anuncios. Se dice en ellos—y basta que ellos lo digan—que el coliseo (¡eche usted y no se derrame!) del pasadizo de San Ginés será uno de los que se vean más animados y concurridos de Madrid y de sus *sub urbios* en la temporada próxima venidera.

Dícese también que la Empresa que le ha tomado á su cargo está constituída por los Sres. D. Mauricio García Marchante y D. Julio Ruiz, y que del talento de empresario del primero, y de la popularidad artística del segundo, hay que esperar un año de buena fortuna y de grandes ganancias para el teatro mencionado.

Así sea.

¡Bien sabe Dios que no había yo de ser quien celebrase menos la realización de esos vaticinios!

Lo primero que, al decir de los mismos empresarios, se propone la nueva Empresa, es que el teatro de Eslava pierda el carácter exageradamente naturalista que ha tenido en las últimas temporadas.

Corriente; el propósito es hasta, si ustedes quieren, laudable; pero cuenta con que no siempre se puede disponer de obritas graciosas, ligeras y bonitas como *El señor gobernador*, *Los hugonotes* y *Las hijas del Zebedeo;* no haga el demonio que, después de haber emprendido determinados derroteros, los intereses de Empresa obliguen á ésta á variar de rumbo, y el público encuentre la noche menos pensada, donde iba buscando una comedia culta, una exhibición pornográfica. Porque lo malo—es preciso tenerlo en cuenta—no es que en tal ó cual teatro luzcan á diario sus formas esculturales alguna muchacha bonita y unas cuantas mujeres hermosas. ¿Qué ha de ser malo eso?... Lo malo es que el espectador se encuentra inopinadamente con ese espectáculo donde esperaba hallar otra cosa.

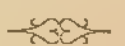
Yo no sé si me explico.

¿Por qué son insoportables los sermones en el teatro! ¿Por qué en escena no pueden tolerarse los discursos? Porque el aficionado á sermones va á oirlos á la iglesia, y el entusiasta por la elocuencia se hace socio del Ateneo ó se abona á diario á la tribuna del Congreso. ¡Pues ahí está el toque!

¿Quieren ustedes hacer de Eslava un teatrito de buenas costumbres y de conducta intachable? Sea enhorabuena; pero perseveren ustedes en sus propósitos, aunque no les vaya bien en un principio, en su honrada teatrería...

Y como este preludio se hace largo, y como habrá tiempo y ocasión de sobra para volver sobre este inagotable tema de los teatros, permítanme ustedes que, sin más requilorios, ponga aquí, como si todo esto lo hubiera dicho Blas, punto redondo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



PROPIO Y AJENO

El zar de Rusia ha declarado la guerra á los *Menelaos frappés.*

El príncipe Eugenio ha sido invitado á que se dé una vueltecita por el mundo, acompañado de su fiel esposa (?).

El gran duque Alejandro, primo del anterior, ha sido exonerado, con orden de trasladarse á Siberia.

Y todo ¿por qué?... por cenar con su prima, á sabiendas del marido bonachón.

Pues si aquí se fuera á hacer
mérito de hechos... *aislados*,
¡no habría pocos casados
viajando con su mujer!

—

En el Circo Hipódromo de Verano ha debutado una *troupe* de loritos desteñidos, el *pompon* inclusive, que hacen una porción de *loritadas*.

La domesticadora, que es joven y guapa, viste de rusa, y poseedora, por lo visto, de una gran paciencia, daría mucho juego en el Municipio.

¡¡Qué de LATAS deben haberle dado los loritos antes de aprender lo que saben!!

—

En París de los franceses
pidieron varios guasones
se torease á las reses
con todas las prescripciones.
Pero el ministro francés
moderó sus apetitos,
largándoles un JAMÉS
que los dejó tamañitos.

—

Treinta y dos individuos forman la Comisión para organizar las fiestas de la nueva verbena de San Agustín.

Verán ustedes como á estos treinta y dos genios no se les ocurre más que adornar las calles con arcos (!) formando túneles (boca abajo el de San Gotardo) de follaje *manío*, lámparas (?) de cascarones de huevos ó de naipes usados ya en el 30 y 40, y cadenas de papeles de colores.

Hemos oído decir que también se hará la *vera efinge* de San Agustín, de tamaño natural, y no de pan, como las de San Lorenzo y la Virgen de la Paloma, sino de masa de buñuelos, que en algo se ha de diferenciar este barrio de Chueca y Espartero (el general) de los del Barbarillo y Becerra (el miliciano). El último día de verbena, por la mañana, se llenará de chocolate la inmensa *Cuba de los dos francos*, y los vecinos se *desayunarán* con el Santo mojado en soconusco.

Si nosotros fuéramos de la parroquia, le aconsejaríamos á esa numerosa Comisión que antes de imitar á esas verbenas de tabernas y churros, se acordase, al organizar los festejos, de la Velada de los Angeles, que se celebra en Cádiz, y de las ferias de Sevilla y Valencia.

Aquí hay muchos Casinos y Círculos más ó menos viciosos, y se les podría invitar para que construyesen elegantes pabellones, pero sin hojarasca ni papelitos, para dar reuniones y bailes, como se hace en las indicadas provincias.

¿Que se quiere también que haya su correspondiente cabalgata? Tiempo hay de sobra para organizarla al estilo de Valencia, pues alguno habrá en la Comisión que haya estado en la ciudad del Turia durante las ferias. Galdo, por ejemplo, que ha estado en todas partes, y ese puede dar idea de cómo se hacen estas cosas.

Esto nos parece más práctico y de más resultado para el comercio, que no lo que se viene haciendo; pero, lo que dirán ustedes:

—¡Eso no se puede admitir en la capital de España! ¡Son *cursilerías* de provincias!

¿Qué dirían los lores
luego de nosotros?

—

Clarín entre dos platos titula Manuel del Palacio unas *Letras á la vista* que dirige á Leopoldo Alas en contestación al folleto *0,50 poeta.*

Nuestros lectores, que conocen ya la epístola de Clarín, por haberse publicado en LOS MADRILES, deben comprar este nuevo folleto, porque en todo litigio conviene oir á ambas partes antes de fallar.

Las costas ascienden solamente á una peseta.

—

Cirugía popular se titula el último tomo de la *Biblioteca útil.*

¡Y tan útil como es este libro en todas las casas para atender en el momento á cualquier accidente desgraciado! Su precio es un real.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—Ya sé yo por qué han hecho alcalde á Mellado: porque todo el lío del Ayuntamiento es por los matuteros, y él dirige el periódico de la plaza de Matute, que es, como si dijéramos, el órgano de los del gremio.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.° izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
24 de Agosto de 1889.
NÚMERO 47.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LUIS JIMÉNEZ ARANDA

Consecuentes con el propósito de buscar una oportunidad para hacer que desfilen por esta sección todas las notabilidades que en la ciencia, el arte, la literatura y la política son honra y orgullo de la patria, tócale hoy el turno al laureado pintor *Jiménez Aranda*, que en el gran certamen de París acaba de conquistar la *medalla de honor* por su último y célebre cuadro.

Los MADRILES felicita cordialmente al eximio artista por su merecido triunfo.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. **9** *pesetas.*
Seis meses.............. **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

¡Loado sea Dios! ¡Madrid se divierte! La *racha* de las verbenas continúa; la moda de los farolillos de papel y los santos rellenos está en mayor auge cada día, y el buen pueblo se solaza paseando su miseria por debajo de los arcos de verdura, y olvida lo frugal de la cena—si es que ha cenado,—bailando el *schottis* de la *Gran Vía* al compás de la música del Hospicio, que es para él una especie de música del porvenir. Como que, siguiendo así, pronto la oirá tocar *dentro de casa.*

Continuando el furor verbenero, la Villa y Corte verá en esto de las verbenas cosas muy divertidas y originales. A las verbenas de los barrios sucederán las de los Gremios. Los zapateros verbenearán á San Crispín, los carpinteros al Santo Patriarca, y los carboneros á San Benito de Palermo (el único Santo Negro que hay en el Santoral).

Tendremos también las verbenas de clase, y podrán resultar muy animadas la de los sablistas, la de las viudas, la de los mozos de cuerda, la del clero castrense, y la de sordomudos.

A las verbenas de los Gremios seguirán las de las Corporaciones, y asistiremos á las del Ateneo, del Fomento de las Artes, del Círculo Artístico Literario, la Academia de Medicina, del Veloz Club, de la Venerable Orden Tercera, de La Peña y de la Academia de Jurisprudencia.

Y así, en progresión creciente, podrán celebrar también su verbenita todas las oficinas y dependencias del Estado. ¿Con qué pretexto? ¡Nunca falta un pretexto plausible para divertirse! En un Ministerio, pongo por caso, ¿qué día más adecuado para celebrarla que el del santo patronímico del Jefe de la casa? Supongamos que éste sea el del ministro de Ultramar, el de la Gobernación, el de Fomento, cualquiera (para esto de *verbenear* todos son iguales): pues la cosa puede ser agradable, vistosa, y sobre todo tan fácil como patriótica.

¡Y cómo se presta el local de un Ministerio para el decorado y ornamentación de una de estas fiestas populares!

¿Que no?...

¡Poquito adornados resultarían los despachos y pasillos con cadenetas de papel apolillado, *procedente* de expedientes arrinconados; farolillos fabricados con minutas y reales decretos que no se han cumplimentado jamás; el retrato del jefe, en un transparente elegante y mal pintado, arcos de ramaje en todas las puertas—el *verde* es de ritual en estas solemnidades;—un jefe del personal hecho de obleas, y por todas partes bustos artísticos, adornando direcciones y negociados; sobre un pedestal, la Prensa, en una columnita la Ignorancia, más allá el Favor, aquí la Rectitud, en un rincón la Grosería, y dominando todo esto, un magnífico grupo simbólico, representando el Trabajo y la Moralidad! En los patios, orquestas de bandurrias y guitarras podrían amenizar el acto, y los funcionarios discurrirían por la casa en traje de rigurosa etiqueta, rizados y perfumados, sin guantes, y con las manos sucias á puro repartir apretones á diestro y siniestro, entre amigos, conocidos y compadres.

Buñuelos, como es natural, no habían de faltar, y por aristocratizar un poco la fiesta, podrían las rosquillas de la tía Javiera ser reemplazadas por suculentos emparedados y magníficos pasteles.

¡Pasteles sobre todo!

No desesperemos de asistir en breve plazo á una de estas fiestas administrativas.

Dénse ustedes por invitados.

Y basta de verbenas, y seamos caritativos, y no comentemos el sabroso remitido del capellán de la ermita de la Paloma.

—

Sí, señor, no cabe duda; guapa ella, y joven, y rica: ítem más, perteneciente á una de las familias más aristocráticas de la antigua nobleza de Francia, y enamorada como una loca de un... *burrero.*

Todos ustedes lo habrán leído como yo, y habrán comprendido conmigo que la cosa no tiene nada de particular.

El amor no reconoce clases ni jerarquías.

El siervo del virrey de Egipto ha hecho su fortuna.

La dama en cuestión dió media docena de paseos en burro, miró, sonrió, se insinuó, y el *bárbaro* del conductor sin caer en la cuenta de lo que la enamorada amazona solicitaba.

Es decir, el burrero no caía de su burro.

Afortunadamente hay intérpretes, y uno de éstos tradujo las amorosas impresiones de la joven al ignorante indígena.

Éste que, según afirman, es muy guapo (no podía ser de otra

manera), se sonrió con aire incrédulo, enseñando la dentadura más blanca y perfecta que poseyó jamás árabe conductor de burros, y esto acabó de trastornar á la muchacha, y quiso llevárselo y agregarlo á su servicio.

Las órdenes del Jedive se oponían á los deseos de la dama.

Aquellos fieles servidores, terminada su misión de pasear en asno á las niñas francesas por el Campo de Marte, han de regresar todos al Egipto con los cuartos y los burros.

Pero ¿qué no consigue una mujer enamorada, sobre todo si es rica, guapa, joven y de buena familia?

El joven árabe ha entrado á formar parte de la servidumbre de la caprichosa aristócrata.

Lo que no ha podido llevar consigo ha sido el burro.

No pudiéndola acompañar en sus paseos asnales, que es sin duda para lo que la señora quería al árabe, ¿á qué servicio destinará ahora al pobre múchacho? ¡Vaya usted á averiguar!

Sin embargo, creemos que no le faltará trabajo.

En esas grandes casas, aunque la servidumbre sea muy numerosa, suele haber ocupación para todos los criados.

Sobre todo cuando se tropieza con señoras exigentes.

Y ésta debe serlo. ¡Pobre muchacho!

Tan joven, y consagrado ya á la penosa obligación de servir á una señorita caprichosa y casquivana.

¡Cuidado si tendrá que perfilarse para cuidarla!

E. Navarro Gonzalvo.

MADRID EN EL POLO

Varios vecinos de esta villa y corte han tenido—entre todos—una idea excelente.

Es decir, que á todos se les ha ocurrido lo mismo.

Como sucede en las zarzuelas.

Que los señores y señoras del coro cantan como *coincidentes*. A todos se les ocurre cantar lo mismo.

Los vecinos *en cuestión* han acordado, en principio, celebrar una *verbena universal*, en competencia con la Exposición de París.

Tal incremento va tomando esta diversión nocturna, que sólo así puede competir dignamente el barrio á que dichos vecinos pertenecen—y que consideraciones fáciles de comprender nos impiden nombrar—con los que ya han cometido ó están en vías de cometer su correspondiente verbena.

El proyecto es magnífico. La verbena se celebrará en el Polo. Allí que duran seis meses las noches, hay tela cortada.

Medio año de juerga nocturna. ¡Vaya un golpe!

La fiesta se hará en honor de las Once Mil Vírgenes.

Y véase la muestra.

Todas ellas serán representadas en efigies comibles y bebibles.

Unas jamonas, ó de jamón; otras de pan para gazpacho; otras de confitería, éstas de guirlache, aquéllas rellenas, las de más allá sudando tinto, etc., etc.

No se admitirán más que productos naturales del barrio.

Buñuelos y aguardiente, y Valdepeñas hechos en casa.

Los bebestibles le serán servidos, al que lo desee, con hielo *indígena*.

Todos los arcos de follaje que suministrará el Ayuntamiento para el «efecto,» llevarán carteles con inscripciones alusivas.

Entre otras, están ya aceptadas las siguientes, originales de algunos vecinos que se han arrancado por verso libre.

> Esta verbena, señores, [illegible]
> no tiene comparación,
> y este barrio ha puesto el mingo;
> diga usté que sí, que lo digo yo

Otra:

> Para verbenas, Madrid;
> pero en el Polo
> este barrio sólo!

Otra:

> Aquí mi barrio está.
> ¡Olé ya!

Pero lo que va á ser el acabóse, si se realiza, para lo cual no falta más que el competente permiso, es el traslado de la torre de los Lujanes «al lugar de los acontecimientos.»

La torre de los Lujanes hará en el Polo *pendant* á la torre Eiffel de París.

Algunos vecinos no estaban por la torre.

Querían que se llevase la «Cuba de los Dos Francos».

Pero por fin triunfaron los partidarios de la primera, en atención á que la cuba es más bien un *monumento vinícola* que pudiera hacer peligrosa la concurrencia á los industriales de la Comisión que se va á establecer allá durante la verbena.

Habrá ascensiones á la torre.

Y se colocará un álbum, como en la de Eiffel, para que los visitantes depongan cuanto se les ocurra.

Sabemos por algunos de la Comisión que hay ya numerosos sujetos que piensan visitarla y tienen escritos los pensamientos que han de improvisar en el álbum.

Gracias á la amabilidad del secretario organizador, puedo dar copia de algunos muy interesantes.

Helos aquí:

«Esta torre tuvo por prisionero al rey Francisco I: ¿cuándo podrá decir lo mismo la torre Eiffel?»—H. Bicome, *académico correspondiente de la Historia*.

«Parece mentira que el pobre actor Luján muriese sin recursos, perteneciendo este *menumento* á su familia.—*Ubiame.*»

«Esta misma torre, en Portugal, sería más alta.—*Brandeira Ferreiro de Couto Phalha de Silva*, etc., etc.»

«Desde lo alto de esta torre envío un cariñoso abrazo á mis padres y un saludo á mis queridos amigos de la calle de la Comadre, y besitos al perro.—*Viuda de Ubite.* San Opropio, 70, corsetería. Telefono 6.200 bis.»

> "Las torres que desprecio al aire fueron,
> á su gran pesadumbre se rindieron.
> Pero ésta no se rinde mayormente,
> y el que dijere lo contrario, miente.„
>
> *Un vecino.*

Escrito lo anterior, me dicen que los del barrio próximo, picados, van á celebrar otra verbena en *el otro Polo*, y en honor de los innumerables mártires de Zaragoza.

¡Atiza!

José de la Serena

MI PRESENTACION

Estando de catedrático en el Instituto de *Hornazo* recibí la visita de una familia de Madrid que me venía recomendada por mi antiguo profesor D. Emeterio Ocáriz. Ignoro si deseaban tomar las aguas de *Hornazo*, ó los aires, ó ambas cosas á la vez; el caso es que se detuvieron pocos días y que les acompañé á todas partes, dignas de visitarse. Componían esta distinguida familia la mamá, la abuela, una señora mayor muy espetada y llena de rarezas, la nieta que nos pareció muy guapa, y dos chiquitines, bastante mal educados por cierto. Sin duda por picar alto y llamar la atención se habían traído una variedad asombrosa de trajes y hasta sombrillas de bastón para andar por el campo, lo que yo tuve por una tontería mayúscula, porque *Hornazo* es una población de las más morigeradas, compuesta en su mayoría de labradores ricos y adonde llegan tarde todas estas pulideces y refinamientos de la moda. Pues bien: aun con sus afectaciones de gente fina y sus continuos reparos y aburrimientos, la familia de Gómez Pino me fué simpática, y, sobre todo, la señorita Consuelo, que era una trigueña lindísima, de las que *dan el opio*, como dice nuestro diputado.

Para que se forme idea de la impresión que ella me produjo, hay que advertir que yo, Manuel Pedrezuelo, como hijo de viuda pobre, y mayor de los hermanos, he trabajado como un bárbaro, he sido solo para sacarme las castañas del fuego, y á fuerza de quemarme las cejas he conseguido ingresar en el Profesorado á los veintiséis años. Por supuesto, que esto del ingreso fué un milagro patente por el estilo del de la burra de Balaan... Otro día les hablaré á ustedes de este milagro. Lo cierto es que desde los once años yo he dado lecciones de gramática, de latín, de aritmética, de lectura y escritura, de doctrina cristiana, de todo. Menos á hacer media y bollos de Santa Clara, yo he enseñado á los chicos todo lo que hay que enseñar.

Así es que al primer concurso que hubo en Madrid, yo acudí más listo que un rayo con la idea de mejorar de cátedra y la intención de visitar á la familia de Gómez Pino; miento, porque la verdadera intención no era otra que la de ver á la señorita Consuelo. Naturalmente, aquello se me representaba como la visita del oso á la colmena: no estaba la miel para... mi boca. Busqué, pues, á mi caro maestro, D. Emeterio Ocáriz, y le rogué que me acompañara á casa de los de Gómez. Sin ningún inconveniente, por su parte, nos presentamos una tarde, después de almorzar juntos, y fuimos muy bien recibidos por la señorita, mamá y papá. Nos invitaron á asistir por la noche á la reunión que solían tener los jueves, porque probablemente pasaría el rato más distraído que en las veladas de *Hornazo*. Y, en efecto, conviniendo en ello, me vestí de rigurosa etiqueta, traje que daba mucho viso á mi personilla, y me dejé caer en la citada casa á las nueve y media.

Aún había poca gente. Después de las diez es cuando acabaron de entrar los abonados. Comenzado el festín, se me acercó una de las señoritas más simpáticas, y me preguntó:

—¿No toca usted alguna cosa, Sr. Pedrezuelo?...

Al oir tal pregunta y luego mi apellido, me quedé... un poco turulato, debo confesarlo. ¿Y no canta usted tampoco? añadió á seguida, conociendo en mí asombrado rostro la ignorancia del divino arte.

—Dispénseme usted, señorita; es tal mi inutilidad, que ni canto, ni toco el piano, ni... iba á añadir «ni bailo,» pues siempre que he asistido á los bailes en mi país, ha sido para tocar la guitarra ó las castañuelas, porque mi madre, por aquel entonces, tenía gran empeño en que yo fuese cura. Por lo cual, en cuanto se marchó de mi lado la amable señorita, me quedé pensando que si en vez de piano estuviese allí de moda el tocar la guitarra ó las castañuelas, creo que hubiera podido lucirme.

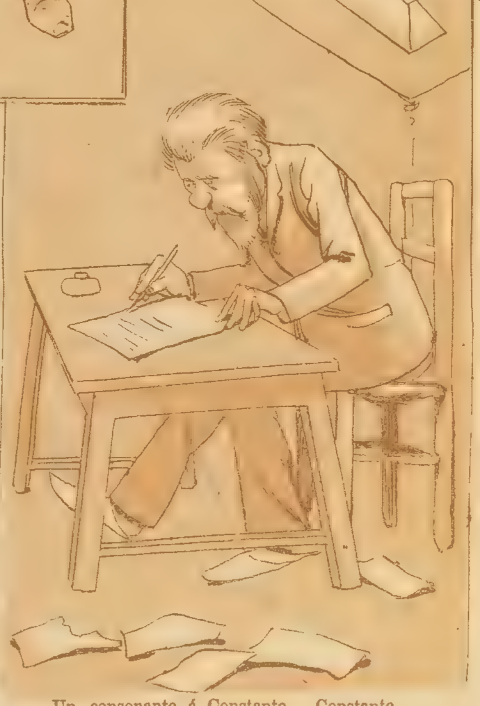
—También en eso estamos conformes, por lo que resulta que en todo nos parecemos. Sólo nos diferenciamos en una cosa. ¿A que no sabe usted en cuál?

—Sí lo sé; pero no está bien que lo diga una joven...

—Todavía, todavía se pirran por este cuerpecito, que fué la pesadilla de la corte de Carlos IV.

—Para mantener á mi hija, ¿con qué cuenta usted?

—Pues yo generalmente cuento con los dedos. Es la mejor manera de no equivocarse.



—Un consonante á Constante... Constante... ¡Ah, ya, *Constumbre!*

—Los fondos de la cofradía que se han de invertir en misas podía yo gastármelos en una buena merienda con la mujer del sacristán; de todos modos, cosa de iglesia es.

—Esta noche voy yo á la verbena pá que se convenza la *Morros* que lo que á mí me sobra son hombres pá hacer un rosario como dende la Frábica hasta Chamberí. ¡Es un digamos!

HISTORIA DE UN PUNTO

—¡Lo que es la falta de costumbre! A cada paso que doy me parece que se me va á caer.

También la hija de la casa Consuelito, sintió mucho, al parecer, que yo no la acompañase en el piano para el recitado, que declamó luego con mucha monería y mucho más arte que el mejor de los comediantes que suelen venir por *Hornazo*. Después de los recitados se improvisó un minué, á imitación del que bailaban aquel invierno en el teatro de la Comedia.

—¿No sabe usted bailarlo? me preguntó Consuelo momentos antes de empezar. Atienda usted á los movimientos de las figuras; es muy fácil.

—¡Que más quisiera yo que saber esos primores! Al poco rato, aproximándome al asiento donde la encantadora señorita reposaba con otra amiga, volvió la cabeza y me dijo:—Estos rigodones que van á tocar son preciosos. Si los baila usted, saque de pareja aquella señorita que está al lado del piano; le gustan muchísimo, pero le falta aprender bien algunas figuras.

¡Bone Christe! dije. ¡Dios misericordioso! pensé para mi capote: ella que sabe poco y yo que no sé nada... ¡Valiente pareja íbamos á hacer los dos! Excuséme como pude de aquella ignorancia supina que casi me ponía en ridículo á los ojos de la propia Consuelito. Y esto era lo que más me llegaba al alma. Para dar mayor variedad á la fiesta recurrieron luego á los juegos de prendas. En estos juegos de buena sociedad me hallaba á la altura de un doctrino, *tamquam tabulam rasan*, y anduve tan torpe, que lo mismo ella que las demás pollas se rieron un poco á mi costa; y menos mal que serví para divertirlas. Concluídos los juegos pasamos al comedor y allí me rehice algún tanto saboreando unos pastelillos de *Foie gras* y ricos vinos de Jerez y de Oporto de los que no suelen catarse en *Hornazo*. En seguida volvimos al salón y comenzó el baile de nuevo.

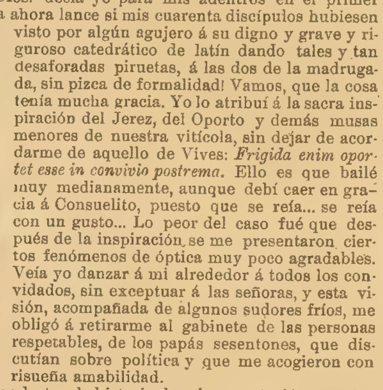
—Pero ¿tampoco baila usted vals? interrogó Consuelo al verme en el grupo de los mirones.

—¡Qué más quisiera yo, señorita!

—Pues entonces, ¿qué es lo que usted sabe?

Estaba ya tan entusiasmado, tan nervioso y tan fuera de mí, que le contesté de repente:—Quererla á usted con toda mi alma, señorita. Es la única ciencia que he aprendido esta noche.

Rióse ella de bonísima gana al oir semejante salida de tono, y mientras atormentaba mi ingenio para no quedar en ridículo, observaba yo los movimientos, los pasos, la manera, el arte, en fin, de los que valsaban. Al cabo de un rato debí perder la chaheta, porque volviéndome hacia la joven le dije:—Estoy á su disposición, Consuelito. Algún sacrificio había de hacer yo por usted. Y sin más preámbulos nos lanzamos al baile atropellando, ó poco menos, á una pareja que concluía de dar sus vueltas. ¡Válgame Dios! decía yo para mis adentros en el primer descanso; ¡sería ahora lance si mis cuarenta discípulos hubiesen visto por algún agujero á su digno y grave y riguroso catedrático de latín dando tales y tan desaforadas piruetas, á las dos de la madrugada, sin pizca de formalidad! Vamos, que la cosa tenía mucha gracia. Yo lo atribuí á la sacra inspiración del Jerez, del Oporto y demás musas menores de nuestra vitícola, sin dejar de acordarme de aquello de Vives: *Frigida enim oportet esse in convivio postrema*. Ello es que bailé muy medianamente, aunque debí caer en gracia á Consuelito, puesto que se reía... se reía con un gusto... Lo peor del caso fué que después de la inspiración se me presentaron ciertos fenómenos de óptica muy poco agradables. Veía yo danzar á mi alrededor á todos los convidados, sin exceptuar á las señoras, y esta visión, acompañada de algunos sudores fríos, me obligó á retirarme al gabinete de las personas respetables, de los papás sesentones, que discutían sobre política y que me acogieron con risueña amabilidad.



Hé aquí, amigo lector, la historia de mi presentación, con todas sus consecuencias. La cátedra de Valladolid, sacada á concurso, no me la llevé yo, porque aquel milagro de antaño no se repite más que una vez cada dos siglos. En cambio, este verano vendrá Consuelito á *Hornazo* sólo por verme, mediante la promesa que le hice de aprender bien el vals. ¿Eh, qué tal?... Yo le enseñaré á mi vez otras cosas, porque vamos, le concedo que á bailar haya quien...; pero lo que es á tocar las castañuelas, habrá pocos catedráticos que me ganen.—*Pedrezuelo.*

Editor responsable,
José M.ª Matheu

El santico de barro.

¡Ira de Dios!... El Ministro, un tío gordinflón, feúcho, mal genio y presumidote, cogió las listas de empleados, paseó sobre ellas sus ojillos de buho, fué poniendo *cruces* aquí y acullá con un lapicero encarnado, y después, sonriendo, con la risa estúpida del personaje henchido de orgullo que todo lo debe á su osadía, y que siendo barro en bruto aparece en sociedad como brillante pulidísimo, el Ministro, repito, escribió sobre un papel treinta ó cuarenta nombres; después apretó un botón electrico, apareció á los dos segundos el portero mayor, dióle á éste el papel de marras, y dijo:

—Que los pasen á los respectivos negociados.

—

Juan Fernández iba comprendido en la lista fatal: no me preguntéis quién era este Juan: un ser, el último tornillo del engranaje ministerial que cayó al peso de un mazo influyente. Y Juan Fernández estaba casado, tenía tres hijos, y él y su familia eran unos héroes que con cinco mil reales al año comían mal, eso sí, pero vivían peor en un zaquizamí de la calle de la Encomienda... ¡Morrocotuda era la que el señor Ministro le había donado aquel día aciago!... ¡Cristo Padre! y aquel día, precisamente, era la víspera del santo de su hijo... Y había verbena por más señas, y él tenía ofrecido á su pequeñuelo el llevarle á ella y comprarle un santico de barro... ¡¡Y cesante!! ¡¡Oh, el Ministro era un tal y un cual, un bandido, un «sin alma!!» ¡Claro, él era solterón y no tenía hijos legítimos, ni nunca pensó en nada, en nada más que en satisfacer su vanidad de pavo real, y atracar el estómago de trufas y Champagne!

Y anda que anda, y el cerebro henchido de ideas y echando tacos y trayendo consigo la primer monserga, Juan Fernández subió despacio, muy despacito, los ochenta y tres escalones que le separaban de su palomar, aquel nido bendito, siempre besado por los rayos del sol, y siempre animado por la charla de sus hijos, y alguna que otra vez, cuando repicaban gordo, por los cantares de su esposa.

—¡Papá!

—¡Papá!

—¡Papá!

Y tres hombrecillos rebajados, el uno montado en el palo de una escoba, el otro andando á gatas, y el mayorcito con un librejo bajo el brazo, salieron al tramo de la escalera, y no fué flojo el repiqueteo de besos que resonó en aquélla...........

Juan Fernández procuró reanimar el semblante mustio, y, sin decir palabra, riendo siempre para ocultar su mal humor, respondió á las indirectas de su hijo, acerca de lo de la verbena.

—Sí, hijos míos, sí; vamos.

—

¡Menudo bullicio! Aquello era gloria... al menos para Periquín. Las filas de puestos, ahítos de rosquillas con sus lagrimones de azúcar; las hileras de santitos de arcilla con sus ramitos verdes; las cestas de los buhoneros repletas de chucherías; los trechos de terreno cuajados de tiestos de albahaca, de rosas, claveles y alelíes, esparciendo sus virginales aromas, en lucha con el olor nauseabundo del aceite que se requema en las calderas, en las cuales cae, á jeringazos, la masa de los buñuelos y churros, todo esto tiene grandes atractivos para el hijo del pobre, que ve las cosas duplicadas por su fantasía, y que halla encantos hasta en las opacas é informes lenguas de luz de las teas embreadas, que trazan en la atmósfera, á manera de gasa pestilente, nubes de un humo negruzco y craso que se bambolea y trae caprichosas danzas con los soplos del aire. Empero, si Periquín lo veía todo de color de rosa, el padre tenía la retina ahumada por el susto, congoja y mal humor de su cesantía, mayormente que él traía incólumes estos sentimientos á aquel sitio de bullicio por no haberse atrevido aún á confiárselos á los suyos; así que, como digo, Juan Fernández iba pasando revista, con cara de pocos amigos, á toda aquella balumba de gente que reía, charlaba, se codeaba, decía chistes é importunaba siempre... ¡Bonito negocio traía él en su mollera para ver con buenos ojos á la pareja de novios muy juntitos... muy floridos... roja *ella*, pálido *él*, dirigiéndose ambos cada miradita llena de fuego...; á la pandilla de señoritos semiflamencos, agarrados todos del brazo como dotación de marineros ingleses en plena embriaguez, cantando el último tango popular; al matrimonio bonachón, todo panza; el marido muy ufano

con las manos, ocupadas en llevar dos ó tres santucos (*veras efigies* del Santo), un tiestecillo de albahaca y el imprescindible pañuelo de rosquillas (al parecer); el silbantillo, hijo de la goma, que va á esos sitios á «robar corazones» y á recibir una *manguzá* por «desquivocación;» y al...; en fin, á todo ese conjunto abigarrado de chulas, chulos, *mademoiselles* cursis por sus cuatro costados, y modistas de cuerpo entero, horteras, albañiles, hacevirutas, señoras mayores de edad y menores de mollera, viejos guasones, maridos tunantuelos, *señoritas*... para todo, etc....

....

Y siempre con su hijo de la mano, el pobre Juan Fernández, angustioso el ánimo, golpeándole sin cesar las sienes con los latidos de la pesadumbre, la cabeza temulenta, iba pasando su calvario, aquel calvario cuajado de seres más felices al parecer, que reían, bromeaban y producían un ruido ensordecedor, vago, como debe ser el lejano rumor de las olas que se estrellan contra un acantilado, y el vocear de los vendedores venía á producirle dolorosa sensación. ¡De qué buena gana, como había hecho en todas las verbenas, habría él comprado la libra de rosquillas y los tres santitos de ritual para su esposa é hijos respectivamente! ¡Hubiera sido él tan feliz con tan poco dinero!... ¡Maldición sobre el Ministro! Y el pobre Juan, siempre al lado de su hijo, que lanzaba un «¡Ah!» de exclamación, de asombro ó de alegría á cada cosa, escena ú objeto que hería su retina infantil, se palpaba los bolsillos, y llegó á meter la mano en uno de ellos, y sacó, revueltos entre una llave y un lapicero de níquel, ¡veinticinco céntimos! ¡Era todo su capital, ni más ni menos! ¡Dos monedas de á diez céntimos y una de á cinco! Eran las tres piedras para construir sobre ellas el edificio del mañana: ¡hambre!

—¡Papá, papá! gritó el hijo en un arranque de entusiasmo.

Y el padre se estremeció al ver que su hijo señalaba con su mano diminuta y sonrosada el puesto de un santero.

—¡Qué bonito, papá! ¡Si fueras tan bueno que me comprases ese santico!... Es San Pedro, el mío, papá, mira, mira...

Y Juan Fernández no oyó más; recibió en su cabeza un no sé qué muy doloroso que le hizo cerrar los ojos y tambalear el cuerpo; se acercó, como si estuviese borracho, al santero, y con voz trémula le preguntó:

—¿Cuánto vale ese santo?

—Un real.

—Tome usted.

Las tres piezas de cobre cayeron sobre el níveo lienzo de hilo que recubrían las gradillas llenas de santucos.

—Papá, eres muy bueno, dijo el niño besándole la mano.

¡Pobre infeliz! ¡No sabía él que su padre era un héroe, y que aquel santo de barro había costado una fortuna... ¡¡Una fortuna de *veinticinco céntimos*!!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

PACOTILLA

Tiene mucha gracia y tal
lo que dicen de Gijón
que le ha pasado á Vital
en aquella población.

¡A Vital Aza, el poeta
más ingenioso y más fino
que existe en todo el planeta,
incluso Vitigudino!

Con arte de Lucifer
un habilísimo *rata*
le ha robado el alfiler
que tenía en la corbata.

Lo que causa admiración
de Vital en la aventura,
es que ha tenido el ladrón
que *colocarse á su altura*.

Claro está que ese bandido,
que así de lucirse acaba,
no será jamás habido
porque no habrá quien *le haba!*

Pero si llega á caer,
tiene que pasarlo mal,
por robar el alfiler
de la corbata á Vital.

Con este dato, el más bobo
verá bien claro al momento,
que no fué tan sencillo el robo,
¡sino con *escalamiento!*

—

LOS NUEVOS

Según me han manifestado,
los que el Gobierno ha elegido
ya por fin se han *constipado*;
digo, se han *constituído!*

La Corporación, que en merma
ha visto la antigua horma,
piensa administrar *enferma*,
digo, administrar *en forma!*

Empleará bien los tributos
en hacer mejoras gratas,
y no nos dará más *lutos*,
¡otra te pego! más *latas*.

Hará reformas fecundas,
y proyectos muy redondos,
sabiendo emplear las *fundas;*
digo, no; emplear los *fondos!*

Así, no siendo rehacios
los Concejales novicios,
harán muchos *Bonifacios;*
¡dale, bola! *beneficios*.

Vaya, adiós; mi pluma cesa,
porque, sin que yo lo amase,
me equivoco á cada *fresa*;
¿lo ve usted?... ¡á cada *frase!*

—

Pide un periódico de Valladolid que se prohiban las corridas de toros de aficionados para evitar desgracias.

No estoy conforme. Lo que debe hacer la autoridad, y así se concilia todo, es exigir á los organizadores de esas corridas que también los toros sean aficionados.

Y eso que capaces son
muchos toros de afición,
que grandes cuernos arbolan,
de dar una desazón
si no se embolan!

—

—D. Ruperto, ¿qué es usté en la *Liga Agraria?*

—Vocal de la Junta. ¿Y usté?

—Yo soy consonante de la *Liga*.

—Entonces... *hormiga*.

—No, señor: ¡Piernas! ¿No sabe usted que me llamo Piernas de apellido?

—

Léo en un periódico que el otro día hubo un escándalo á las puertas de una iglesia en Barcelona.

Dice que se presentaron dos jóvenes *de ambos sexos* á contraer matrimonio; pero que al examinar el cura los documentos echó de ver que eran falsos, y suspendió la boda, entre las protestas de los contrayentes.

Bueno, pues tuvo razón el cura.

Y la hubiera tenido aun en el caso de resultar legítimos los documentos.

Un matrimonio entre jóvenes de ambos sexos no puede ser válido.

Los contrayentes tienen que ser de distinto sexo; es decir, uno varón y otro hembra.

De ningún modo se admite que sean los dos de ambos sexos, ó, para decirlo más claro, que cada contrayente sea varón y hembra á la vez.

Y si no, que se lean los Cánones.

—

Costurera del barrio
de Maravillas
que vas dejando aroma
por donde pisas,
y tienes unos ojos
tan celestiales
que son como luceros
por lo radiantes:
¡por Dios te pido
que jamás á mi calle
vengas con *líos!*

—

¡Caramba, esto ya sale de ojo!

En una de las últimas extracciones la Lotería Nacional le tocó á *Frascuelo* un premio grande.

Ahora les ha tocado otro, grande también, al *Espartero* y á su gente.

¿Pero es que aquí hay que ser torero para que le toque á uno la lotería?

Pues pronto me dejo yo la coleta.

Aunque eso de que le toque á uno la *suerte* en el bombo y luego se quede en la *suerte* al poner un par de banderillas...

¡No me la dejo, no!

JOSÉ ESTRAÑÍ

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

EL COLMO DE LA ADIVINACIÓN

—Firmaré con un seudónimo; de todas maneras, cuando ella vea el artículo impreso, conocerá que es mío en la letra.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
31 de Agosto de 1889.
NÚMERO 48.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

TOMÁS ALVA EDISON

Tenemos el honor de presentar á ustedes la *vera efigie* del gran inventor norteamericano.

El autor del fonógrafo y perfeccionador del teléfono, que, entre otras grandes aplicaciones de la electricidad, estudia actualmente nada menos que hacer viajar la luz por los hilos de cobre, creando el *teléfoto*, se encuentra hoy en París, donde rinden vasallaje á su genio todos los talentos congregados en el maravilloso Certamen que celebra la capital de Francia.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. **9** *pesetas.*
Seis meses.............. **5** »

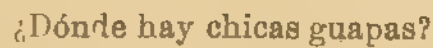
Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



Hace veinte años enterraron en Wimpeg el cadáver de mistress Adelaida Rodale.

Su viudo ha querido ahora trasladar sus restos á otro cementerio, y al verificar la exhumación, se ha encontrado con un cadáver de piedra.

Ni más ni menos. Averiguada la causa de aquel fenómeno, que algunos atribuían á milagro, resultó que un manantial de agua alcalina, cayendo sobre el ataúd, había petrificado á la difunta.

El cadáver estaba convertido en una hermosa estatua de piedra, conservando la dentadura, el cabello y todos los rasgos fisonómicos, hasta tal punto, que se podía apreciar perfectamente

Un lunar encantador,
un lunar de esos bonitos,
con tres ó cuatro pelitos,
sobre el labio superior.
Un muerto petrificado
aquí á ninguno le extraña.
¡Ahí está, há tiempo, en España
el partido moderado!

—

A las desventuras que sufren los pobres emigrantes que en busca de pan y trabajo salen todos los días para Buenos Aires, hay que agregar los disgustos domésticos y los «líos» que suelen encontrar á su regreso.

Sobre todo para los casados es una verdadera calamidad.

Uno de éstos regresó hace pocos días á su hogar, desesperado y maltrecho, enfermo y sin dos pesetas, y buscó en los brazos de su cara mitad la compensación de sus pasadas amarguras.

Pero ¡ay! que la *Donna é movile* y los secretarios de Ayuntamiento audaces y conquistadores...

Resumen. Que la esposa del emigrante no tenía nada secreto para el secretario, y que el marido se enteró bien pronto de aquellas confianzas.

Y sorprendió en una cita á los culpables, y les propinó una paliza tan soberana, que la esposa infiel ha tenido que guardar cama y el funcionario no ha podido asistir en tres semanas á desempeñar su cargo en el Consistorio.

Y afirman que la mujer
se lamenta del regreso
del emigrante, y exclama
con profundo desconsuelo;
"¡Siempre han sido inoportunos
los maridos! A buen tiempo
ha llegado. Cuando yo
estudiaba con exceso
asuntos municipales,
y con paciencia y con celo
estaba ya casi práctica
en cosas de Ayuntamiento.»

—

Una de la cosas que más molestan al célebre «Brujo de Menlo-Park,» cuya caricatura publicamos hoy, es que le llamen sabio.

Su aversión á la palabreja tiene su natural explicación.

Cuentan que cuando Edison acababa de inventar el fonógrafo, en 1877, lo envió con uno de sus ayudantes á la Academia de Ciencias de París para que aquella docta Corporación examinase el invento y emitiese sobre él su autorizada opinión.

Corrió este informe á cargo del «sabio» doctor M. Bouillant, el cual no entendió el maravilloso aparato, y lo calificó de indigna superchería, afirmando que se reducía todo á un engaño producido por un ventrílocuo, terminando su informe con estas palabras, que han pasado á la historia:

«On ne me la fait pas á moi.»

Que es, como si dijéramos:
¡A mí no me la pegan!
Y hoy, es claro, el inventor
resentido del agravio
que le hizo el „sabio„ doctor,
cuando alguien le llama sabio
se pone de mal humor.

¿Dónde hay chicas guapas?

Dicen que por aquí no se casa un hombre para un remedio.

Pues oigan ustedes, doncellas casaderas:

El alcalde de Tacoma (nuevo Estado de Wáshington) ha dirigido un mensaje á su colega el alcalde de Boston pidiéndole un surtido de mujeres para sus administrados.

«Hay aquí, dice el buen alcalde en su oficio, diez veces más hombres que mujeres, y solicito de usted el envío del mayor número posible de niñas que estén en edad de contraer matrimonio.

»Mis jóvenes administrados las esperan con los brazos abiertos.

»No quieren dote ni serán muy exigentes respecto á los atractivos personales de las interesadas.

»¡Con tal que no asusten!

»Sobre todo que sean buenas chicas.»

En cuanto la noticia se divulgue, éste va á ser un nuevo «portillo» abierto á la emigración.

Ya lo verán ustedes.

Con tal que se vayan las feas, menos mal.

Pero ya verán ustedes cómo se marchan las guapas.

Después de todo, aquellos «tacomeses» las piden con mucha necesidad. Favorezcámosles.

La petición ¡vive Dios!
que es justa como ninguna.
¡Pobres! Sólo piden una.
¡Aquí muchos tienen dos!

—

¿Pero ya no hay patriotismo
ni religion ni virtud?...
¿El distrito del Congreso
mata de un soplo la luz
de la tradicion, y corta
con implacable segur
el hilo de las verbenas
al llegar la de Jesús?...
¡Jesús, si eso no es posible!
¡Si eso es atroz! ¡Si eso es un
desacato! ¿Qué dirá
la piadosa juventud
madrileña?... ¡De seguro
que pondrá de oro y azul
al tal distrito! ¡Hará bien!
¡Si no hay sentido común!
Ahora que estaba Madrid
en toda la plenitud
del progreso, y sublimaba
la devoción, el Pam Pum,
y el buñuelo, como en tiempos
de don Ramón de la Cruz,
suprimirle una verbena!...
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

—

Los matuteros perfeccionan cada vez más sus artefactos.

El celoso Administrador de Consumos ha descubierto estos días:

Un coche de doble fondo, con los caballos huecos y rellenos de sobreasada de Mallorca. En el coche entraban empanadas de ídem.

Un jorobado, cuya «chepa» postiza era un pellejo de Valdepeñas.

Una silla de montar á la «Royal» preparada para introducir cuatro arrobas de aceite.

¡Aceite!

Una señora en estado «interesante,» cuyo bulto defraudaba los «intereses del Municipio.»

Dos organillos de manubrio, tocados por dos primeros premios del Conservatorio, llenos de sal.

Los organillos, ¿eh?

Y un cojo, con las muletas de pan de Viena.

Comparado con esto, el célebre regimiento de «Coraceros» es una nimiedad.

¡Ah, Sr. Ayuso, Sr. Ayuso!...

Siga usted del fraude en pos;
mire la astucia del cojo
y no descanse, por Dios.
¡Necesita usted un ojo!...
¡Dios le conserve los dos!

E. Navarro Gonzalvo.

Á CLARÍN

PARA SU CORONA POÉTICA

Mil veces, critiquillo deslenguado,
á quien sirve la envidia de cilicio,
sabiendo que enseñar era tu oficio,
qué cátedra es la tuya he preguntado.
Debe faltarte fe para abogado;
para teólogo, amor al sacrificio;
marcialidad para guerrero, y juicio
para hacer una autopsia ó un trazado.
Lo que no me indicaba tu pelaje,
tu crítica lo anuncia y me lo fía;
ya sé que de las letras en ultraje
y en región muy distante de la mía,
enseñas elegancia de lenguaje,
cultura, dignidad y cortesía.

MANUEL DEL PALACIO.

CARTA

al Sr. D. Juan Lapoulide, escritor: en «La Correspondencia Militar,» ó donde se hallare.

Oropesa (Toledo) 27 de Agosto de 1889.

Estimado compañero: A esta famosa villa de poéticas leyendas y novelescas tradiciones vino á buscarme la cariñosa carta que, por conducto del acreditado diario *La Correspondencia Militar*, y bajo el título PINTORESQUERÍAS, ha tenido usted la bondad de dirigirme. Aquí me hallo rodeado de excelentes y muy queridos amigos, cuya hospitalidad franca no podré olvidar nunca; y desde aquí voy á contestar á usted, si contestación puede llamarse á lo que en realidad será solamente acuse de recibo, á que de consuno me obligan la amistad y la buena crianza, el aprecio que usted merece y mi deseo de corresponder cortésmente á su galantería.

Intenciones tuve, cuando leí que me nombraba usted *maestro*, de gritar, como el personaje de una zarzuelilla muy conocida:

..No *escomencemos*
A retozar..

Maestro, maestro... ¡dale, bola! ya he dicho á usted, no una, sino muchas veces, que no soy maestro... ni aun maestro *Ciruela;* pues si es cierto que no sé leer, no es verdad que haya puesto escuela... No hay tal maestro, ni maestranza, ni magisterio... ni nada... Mucho menos en lo que á cuestiones de literatura respecta.

Soy, si usted no lo lleva á mal (y aunque lo lleve), licenciado en *Ciencias Exactas*, casi casi *Doctor;* aunque no llegué á serlo del todo por *mor* de no tener dinero disponible entonces... (ni después tampoco, por supuesto); gané, hace ya muchos años, por oposición (¿eh? ¡por oposición!) una cátedra de Matemáticas... De eso, por consiguiente, aunque no lo sea, podría llamárseme oficialmente maestro; de eso, de Matemáticas: pero ¿de literatura?...

De ningún modo. Ni en mi vida las he visto más gordas, ni estoy preparado para aprender, cuanto más para enseñar... Escribo, es verdad que escribo, y escribo mucho; pero ni estas literaturas al menudeo son literaturas, ni yo escribo para enseñar á nadie, sino para... ya puede usted figurarse para que escribo.

Y es ciertamente una fortuna para mí no ser maestro, porque si pudiera yo imaginar que mis opiniones tenían autoridad, que mis escritos podían pesar algo en los juicios del público, miraríame muchísimo para poner la pluma sobre el papel, y acabaría por no escribir nunca...; y medrado andaría yo si no escribiera largo y tendido!... Lo hago sin escrúpulo de conciencia, porque estoy muy seguro de no formar escuela y tengo el convencimiento de que no pervertiré á nadie.

Usted quiere saber si me gustan las novelas de tales y cuáles autores; yo contestaré á usted lo que aquel glotón á quien preguntaron qué manjar prefería: «A mí, dijo, me gusta más especialmente... todo.» Yo, que en asuntos literarios tengo algo y aun algos de glotonería brutal, digo á usted lo mismo: «A mí particularmente, me gusta todo;» no hay género que me parezca malo, ni escuela con la que no transija, ni procedimiento que no admita. Creo—lo creo de veras—que no hay guiso malo; creo también, como Cervantes creía, que no hay libro alguno en que no se encuentre algo bueno.

Usted, amigo Lapoulide, es demasiado severo, excesivamente severo... Cierto que escribe usted de un modo admirable; cierto, muy cierto, que su carta PINTORESQUERÍAS es un primor, ó, para hablar con más exactitud, un conjunto de primores; pero leyendo su preciosa carta me ha sucedido lo mismo que me sucedió cuando leí por primera vez las notas puestas al *Hamlet*, por Leandro Moratín; y lo que me sucede cuando leo los reparos que á Víctor Hugo pone nuestro Valera.

Debo..., y si no debo quiero decir á usted, que Shakspeare ha sido, desde que yo cursaba segunda enseñanza, uno de mis ídolos: aquella Ofelia, aquel *Rey Lear*, aquel Sylok, aquel terrible moro tan celoso y tan amante, y aquellas brujas y aquellas aparecidas... parecíanme cosas admirables, personas de carne y hueso que habían vivido alguna vez—y todavía siguen pareciéndomelo.—Leí al ínclito D. Leandro, y, *zas* por acá y *ras* por allá, y tajo por la derecha y revés por la izquierda, me deja á mi ídolo hecho un *Ecce-homo*.

También soy admirador de Víctor Hugo, aunque, á decir verdad, menos que de Shakspeare; pues bien, el atildado, ingenioso y erudito D. Juan Valera suele ponerlo como nuevo siempre que se presenta ocasión, y algunas veces aunque no se presente.

«Y el caso es, decía yo leyendo las notas de Moratín, el caso es que todo esto es exacto; que esta observación va muy razonable; que todo ello está bien pensado y bien hablado... *é pur*, yo no paso porque el autor de *Hamlet* y de *Mucho ruido para nada*, no sea un genio.

Y bien pensado, y bien escrito, y admirablemente hablado está siempre cuanto Valera dice de Víctor Hugo; pues bien... á pesar de todo, á mí no se me quita de la cabeza que Víctor Hugo es un *poeta* de primer orden... ¿qué es primer orden? superior á todos los órdenes.

A negar que Hugo sea un gran poeta y Shakspeare un genio; á negar á Moratín, el autor de la elegía *A las Musas*, condiciones de poeta, y á Dumas aptitudes de novelista, conducen los exclusivismos de escuela. El arte, la belleza, que es su objeto, no puede ser monopolizada por una escuela, ni puede encerrarse en el reducido molde de un procedimiento.

Creo que la intransigencia de los partidarios de una escuela es prueba elocuentísima de la sinceridad y de la honradez con que profesan y defienden sus arraigadas convicciones.

Usted que discurre bien, que piensa bien y que escribe bien, producirá, y ya ha producido, obras dignas del aplauso con que han sido acogidas, y que yo he sido uno de los primeros en tributarle; pero fuera del círculo de corrección matemática, de sobriedad y de exactitud en la forma que usted posee, existen otros merecimientos que hacen á otros autores dignos también de estimación y de aplauso.

Ni en lo físico ni en lo moral hay un tipo invariable, un modelo de belleza archivado para que sirva á todos de medida única; ¡buena la habríamos hecho si no fuese así!...

Esto en tesis general...; pero llevada al terreno particular y de aplicación, me faltaría tiempo, espacio, y... ¿por qué no decirlo francamente? voluntad.

Acepte usted lo dicho como respuesta á su pregunta, y disponga usted de su afectísimo compañero y admirador

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

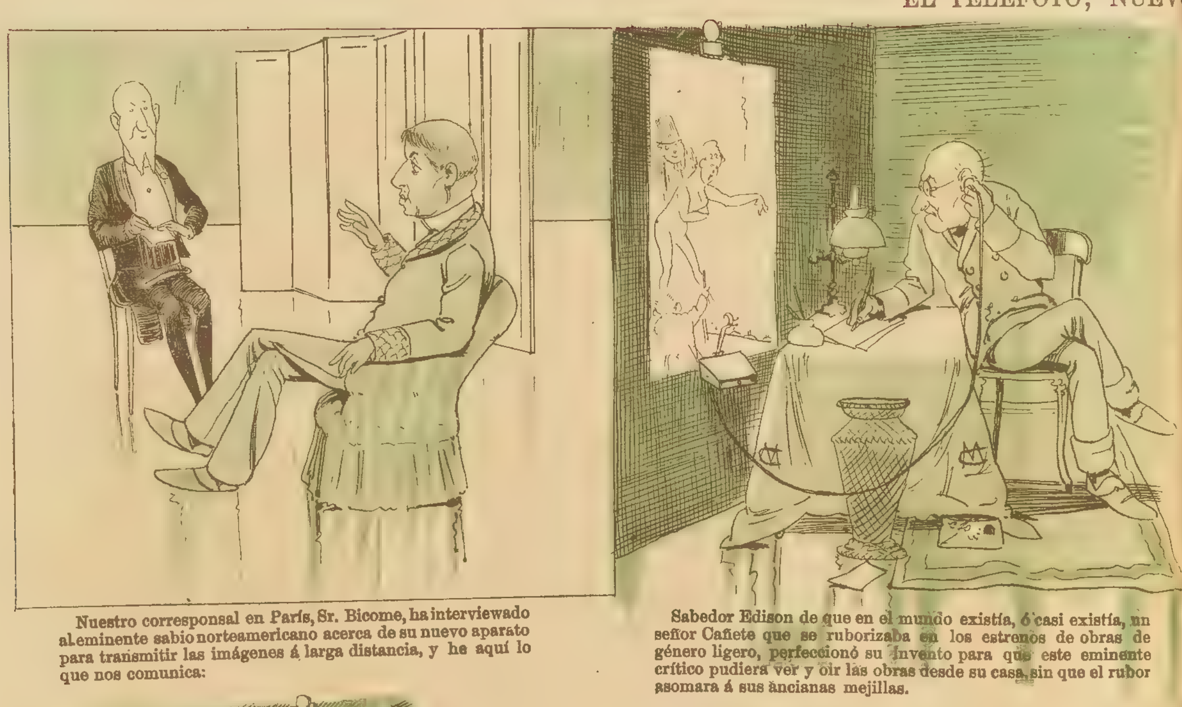
¡CÁNDIDO!

Sé que has venido á la corte
con un capital no escaso
de ripios, y un juguetito
escrito en versos muy malos.
Vienes lleno de ilusiones,
vienes de esperanzas harto,
porque te han dicho en el pueblo
el cura y el boticario,
que harás carrera si escribes
cositas para el teatro.
¡Pobre Juan! Yo que te estimo,
te voy á cantar de plano
las verdades del barquero
para que no hagas el ganso.

Has escrito un juguetito
después de muchos trabajos.
¿Que es muy bueno? Eso no importa;
igual que si fuera malo.
Como nadie ha de leerlo,
es lo mismo para el caso.
Tú vas á ver á una empresa
con la obrita bajo el brazo;
y si tienes la fortuna
de hablar con el empresario,
te recibe muy amable,
y hasta te ofrece un cigarro,
y se queda con la obrita.
Vuelves á los tres ó cuatro
días, lleno de ilusiones,
y en lugar de serte franco
y decirte:—Señor mío,
llévese usted su trabajo,
porque aquí tenemos obras
y ésta no se hará en dos años,
y hay un director de escena
con dos ó tres paniaguados,
que hacen merienda de negros
de la empresa y del teatro;
ó: «es muy mala, no *resulta*,
no sirve usted para el caso.»
te dice: «Esto es muy bonito,
pero es preciso arreglarlo.
Esta escena es muy pesada;
á ver si aquí colocamos
unos cuantos chistecitos.
Este pasaje es muy largo.
Escríbala usted en prosa;
el verso está ya *muy malo
de arreglar*. Prosa ligera;
muchos chistes en el diálogo.»
Y te tomarán el pelo,
mientras que tú, pobre diablo,
sin perder las esperanzas
vivirás desesperado,
y sin lograr otro fruto
que un caudal de desengaños.

Vete á tu pueblo, Juanillo;
vete, que es mucho más práctico
coger, en vez de la pluma,
las manceras del arado.

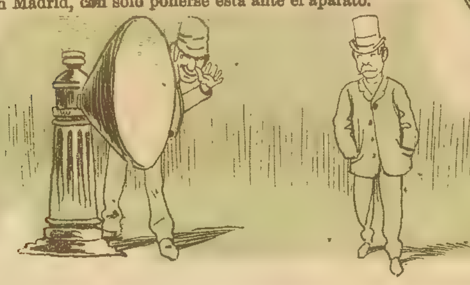
EMILIO DEL VAL.



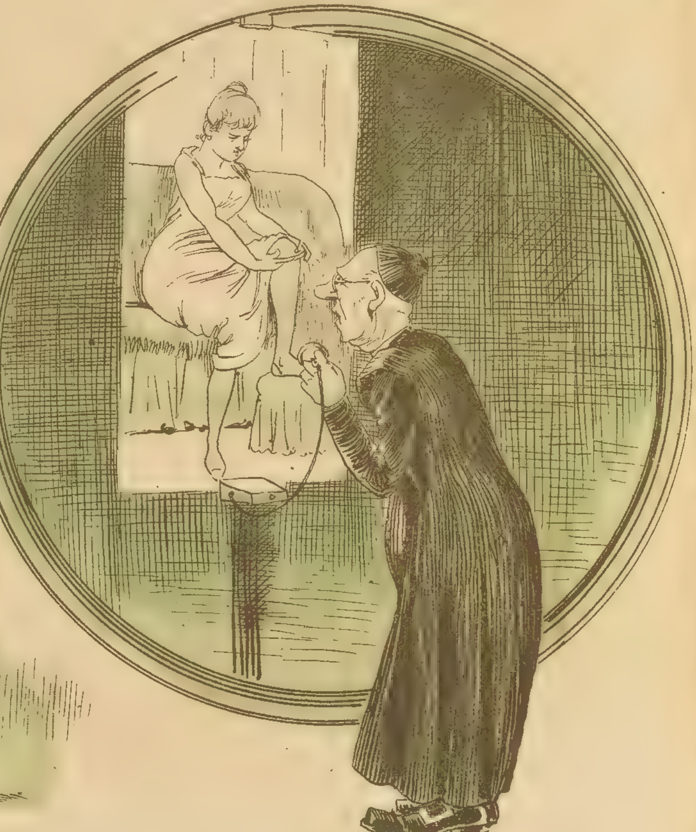
Nuestro corresponsal en París, Sr. Bicome, ha interviewado al eminente sabio norteamericano acerca de su nuevo aparato para transmitir las imágenes á larga distancia, y he aquí lo que nos comunica:

Sabedor Edison de que en el mundo existía, ó casi existía, un señor Cañete que se ruborizaba en los estrenos de obras de género ligero, perfeccionó su invento para que este eminente crítico pudiera ver y oir las obras desde su casa, sin que el rubor asomara á sus ancianas mejillas.

Con su invento se obtienen resultados maravillosos. Un marido celoso, agregado á la Embajada de Turquía, puede ver constantemente á su esposa, residente en Madrid, con sólo ponerse ésta ante el aparato.



Otra de las ventajas que reporta es la supresión del Cuerpo de Orden público. Grandes aparatos colocados en las bocacalles trasladan en imagen á los centros de vigilancia todo lo que ocurre en la vía pública.



Si las oficinas de la Central no están perfectamente montadas, puede haber errores lamentables. Un reverendo y casto presbítero que pide comunicación con el Obispo, puede hallar ante sus ojos un espectáculo poco edificante.

Para las jóvenes en estado de merecer es de resultados inapreciables. Cuando algún fogoso galán solicite su blanca mano, tienen tiempo para examinarle y pensar la contestación.

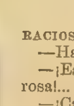
Debe tenerse especial cuidado en tapar el aparato cuando no se comunique, porque en un momento dado puede un marido receloso sorprender alguna debilidad de su amante esposa.

El trabajo de los redactores noticieros recibe con este invento una poderosa ayuda. Merced á hilos colocados en comunicación con los aparatos de la vía pública, de que antes hablamos, pueden presenciar los sucesos y dar cuenta detallada de ellos.

El autor que por natural timidez no quiera asistir al estreno de su obra, puede desde su casa presenciar su éxito.

Como la fuerza de transmisión alcanzará la distancia que se quiera, el emperador de Marruecos, grande admirador de Escriu y la Baeza, asistirá desde su residencia á una función de las que llamamos por horas.

EN LA PLAYA



¡GRACIOSA! ¡Adorable! ¡Encantadora!

—Haga usted el favor de no decirme esas cosas.

—¡Es que es usted lo más bonita, lo más vaporosa!...

—¡Caballero!

—La espero á usted á la orilla del mar. ¡Oh! Cuando sale usted de su caseta, con el ligero traje de baño, luciendo sus formas esculturales, enseñando unas curvas deliciosas, una espalda, un pie chiquitín y un seno alto y contorneado...

—¡Se ha empeñado usted en ruborizarme!

—¡Deliciosa!

—Voy á vestirme; es la hora del baño, y mamá se impacienta, de seguro, si tardo.

—¡Dirá usted que va á desnudarse!

—¡Malicioso! ¡Adiós!

—¡Divina!

La muchacha se dirigió rápidamente á la caseta para proceder á su *toilette* de bañista, y el almibarado gomoso quedóse en muda y extática contemplación hasta que la perdió de vista.

***

¡Qué hermoso panorama presentaba aquel día la playa! Allá, el mar, de un verde puro y diáfano, con reflejos de acero y plata, al sentirse agitado por las juguetonas brisas. Cerca de la orilla, la multitud bulliciosa de los bañistas, con las piernas y los brazos desnudos, dejando flotar unas los amplios peinadores de franela, mal sujetos por anchos cintos de colores vivos; otras, más pudibundas, ó más aristocráticas, luciendo sobre las exuberantes formas los trajes listados ó á cuadros, llenos de coquetería y de elegancia, con sombreritos de paja, colocados con inimitable gracia sobre el desordenado peinado de baño; aquellas tímidas y asustadizas, oprimiendo con sus pies húmedos, y calzados con ligeras zapatillas, las planchas inclinadas y estrechas que descienden hasta la rompiente de las juguetonas olas, y al levantar sus brazos, sin mangas, para lanzarse al agua en último y resuelto ademán, el miedo hace por un momento abarquillar sus preciosos dedos, y las sortijas brillan, heridas por un rayo de sol, aquel sol que parece venir á besar gozoso á las niñas en la rosada nuca, antes que aquella suma de encantos y prodigios desaparezca como visión rápida y celeste, al sumergirse en el fondo de las aguas, mezclándose y perdiéndose entre el blanco encaje de las espumantes olas.

De vez en cuando sale de las casetas una de aquellas deliciosas criaturas, y enseña bajo el traje, fuertemente ceñido y estirado, tesoros inapreciables, que los aficionados contemplan más ó menos de cerca, según la casualidad les ha colocado, y las siguen ávidamente con la codiciosa mirada, acompañándolas con indefinibles sonrisas, mientras se resguardan de los rayos del sol bajo anchas y cómodas sombrillas.

Pero cuando el entusiasmo de estos adoradores de la forma llega á su colmo, no es cuando entra en el baño la mujer hermosa, ¡oh! no; cuando su admiración sube de punto, es cuando sale; cuando, recordando á la Venus Anfitrite, animada la tez, brillantes los ojos, llena de algas marinas la flotante cabellera, destilando gotitas de agua que, heridas por los rayos solares, semejan una lluvia de magníficos brillantes, cuando corre presurosa, inclinada la hermosa cabecita, cruzadas las manos sobre el palpitante seno, y en su turbación y su prisa por sustraerse á la curiosidad indiscreta de aquellos señores, equivoca su camino, busca en vano su caseta, llama inútilmente á la bañera, hace señas con los desnudos brazos, golpea impaciente con el diminuto pie la finísima arena... hasta que al fin, pobre avecilla, temblorosa y asustada, encuentra el nido y entra precipitadamente á vestirse, no sin volver antes el animado rostro hacia el grupo de los mirones y despedirse de ellos con una sonrisa adorable y un delicioso gestecillo, que parece indicar bien á las claras que quiere decir: ¡Tontos!

¡Y son de oir después los comentarios de aquellos caballeros!

***

Volvamos á nuestros enamorados.

El pollo no se limitó á contemplar á su adorada.

Unos minutos después se internaba también en su caseta, y reaparecía á poco con sus mallas, listadas de azul y blanco, un cinturón muy coqueto, su sombrero de palma de anchas alas y su cigarrillo de papel entre los dientes.

Aguardó que la muchacha se presentase, y al verla la saludó sonriendo y la dejó meterse en el agua, sin perderla de vista. La joven se bañaba sola. Era una nadadora intrépida, que no molestaba al bañero para nada.

Internábase mar adentro, saludando con un pequeño grito á cada ola que venía á balancearla, envolviéndola entre su rizada espuma.

Pocos momentos después el gomoso se lanzaba al mar, y después de saludar y cambiar cuatro frases entre los conocidos y amigos que se encontraba al paso, iba de grupo en grupo internándose solo y sin afectación hacia el sitio en que se bañaba la joven pudorosa á quien enamoraba.

Al poco rato no separaba á los muchachos más que una ola, que, abriéndose rugiente y poderosa, los envolvió á los dos al mismo tiempo, dejándolos, al pasar, casi en brazos uno del otro.

Por lo menos, el joven tenía fuertemente asida una mano de la muchacha.

—¡Oh, qué imprudencia! ¡Márchate, Pepe, márchate!

—¿Marcharme ahora que estoy contigo, solo, en medio de la inmensidad? ¿Alejarme de tu lado ahora que me tuteas?

—Pues bien, márchese usted; los bañistas pueden fijarse...

—¡A esta distancia no pueden conocernos!

—Nos han visto entrar.

—No nos verán salir; yo daré un rodeo por detrás de aquellas rocas, y, mientras, tú sales sola y te vistes tranquilamente.

—¡Ay!

—¿Qué es eso, vida mía? ¿Te has lastimado algún pie? ¿Has sentido alguna picadura?...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Pero ¿qué tienes, qué te pasa?

Y Pepe, porque ya sabemos que se llama Pepe, viendo palidecer á la niña y temblar como una azogada, quiso pasar su brazo alrededor de la cintura.

—No, no, apártate...

—¿Querrás explicarte?

—¡Mamá, mamá que está en la playa!... La reconozco por su falda encarnada...

—¿Y qué importa? Desde allí es imposible que nos vea.

—¡Oh, sí! Repara... nos mira con unos anteojos inmensos.

—¡Caracoles!

—Los tenía encargados á Madrid y no se los habían remitido aún... Se conoce que han venido en el correo de esta tarde.

—¿Y son de mucho alcance, eh?

—De muchísimo alcance.

—¡Diablo! Entonces separémonos; no te volveré á besar.

—¡Jesús! ¿Pero me ha besado usted?

—Sí, hace poco; cuando la ola grande...

—¡Dios mío, si tenía mamá los anteojos puestos en aquel instante!

—Adiós, voy á deslizarme por detrás de las rocas mientras tú sales solita... Me entretendré un rato, haciendo unas planchas...

—¿Más planchas todavía?

—Cuando yo salga procura hacerte la encontradiza conmigo, y dime si tu mamá ha visto algo.

—Descuida, lo haré así, pero aléjate, por Dios.

—Hasta luego.

—¡Ay! ¡No buceés para pellizcarme las pantorrillas!

***

Media hora más tarde, la muchacha, primorosamente vestida con un traje de playa, se paseaba dando el brazo á su mamá. La niña estaba triste, ruborosa; apenas alzaba los ojos del suelo. La mamá, seria y grave, miraba afanosamente á todas partes, como buscando á alguien.

Al fin, de una de las casetas salió el pollo de marras, y haciéndose el distraído, pareció no reparar en las dos señoras, y se dirigió hacia un grupo de sietemesinos que conversaban allí cerca.

Pero no había dado cuatro pasos cuando la mamá, que aún conservaba en las manos los gemelos, le interrumpió, diciendo:

—¡Pepe! ¡Pepito!

—¡Señoras! ¡Oh! ¡No había reparado!

—¡Ya lo veo! ¡Como que ni siquiera se ha fijado usted en estos magníficos gemelos que he recibido hoy de Madrid!

—¡Es verdad, son magníficos!

—¡No lo sabe usted bien! Haga usted el obsequio... Mire usted...

Y le alargó el fatal instrumento.

Pepe, más muerto que vivo, empezó á contemplar el mar á través de los cristales.

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme si con ellos ve usted desde aquí la Vicaría? preguntó la vieja socarronamente al oído del joven.

Pepe comprendió la indirecta, y contestó sin vacilar, mirando á hurtadillas á la chica:

—Sí, señora, la veo: ¡como que en este momento entra en ella una pareja muy conocida de los dos!

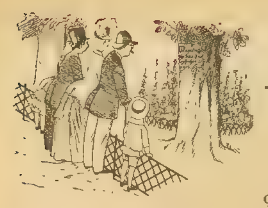
Y terminó la frase, señalando á la niña primero, y después á él mismo.

—¿Lo ves, hija mía? ¡Cuando yo te decía que estos lentes tienen mucho alcance!

Aquella noche toda la colonia veraniega supo la noticia del próximo enlace de los dos bañistas.

¡Pero no volvieron á bañarse juntos!

Jacinto Roldán.



DESDE EL BOULEVARD

¡Pues, señor, ya han pasado aquí cosas en quince días!

Y madrileños también han pasado unos cuantos por esta capital, «ombligo del mundo,» como dijo un aficionado á hacer frases.

Porque los hay aficionados á hacerlas, como hay quien se pasa la vida haciendo solitarios con la baraja, ó coleccionando bofetadas, que para todo hay gustos.

Después del Shah, el extranjero de más «tronío» que nos ha visitado á los vecinos de más ó menos arraigo de esta ciudad, ha sido Rafael I, rey de los matadores de toros y fundador de la dinastía cordobesa de los Rafaeles.

Los periódicos le han dedicado sendos artículos biográficos y encomiásticos.

Con lo de «sendos» quiero decir que los periódicos han salido á articulito por cabeza ¿eh? No vayan ustedes á creer que tomo la palabreja por medida de longitud como algunos reformadores de la «idioma» que me salen por ahí á lo mejor... ó á lo peor.

«Lagartijo,» por primera vez de su vida, se ha dejado vivos los toros que en cada una de las dos corridas en que ha trabajado le correspondían.

Y no por culpa suya, sino porque aquí no hemos pasado aún de la suerte de banderillas en la historia del toreo parisiense.

Las amarguras que en su corazón sentía el maestro al ver á los cabestros conducir su toro al lugar del suplicio, han debido ser horribles.

Bastaba para comprenderlas ver el gesto de soberano desdén y de indignación mal contenidos que «Lagartijo» hacía cuando se le presentaba la espada de guardarropía con que había de «señalar» la estocada.

En esos momentos debió recordar á su émulo y compañero de glorias, Salvador «Frascuelo,» que se ha cortado el pelo antes de venir aquí á hacer como que mata y sentir impulsos de darse un tijeretazo en la coronilla.

Pero afortunadamente, el maestro seguirá cosechando palmas y cigarros en nuestra tierra, y esperando días mejores en que pueda venir aquí á matar la suerte de verdad y por todo lo alto.

Yo no sé si esos días llegarán, porque es lo cierto que la afición no cunde, y por dos razones: el público francés no sabe aún si le gustan los toros, porque no ha visto más que mojigangas, y, además, no se interesa por un espectáculo que, á los precios que lo ha puesto la Empresa del Bosque de Bolonia, resulta escandalosamente caro.

Así es que la plaza suele estar «de un vacío y de un triste» que dan ganas de llorar.

Y conste que los toreros hacen todo lo que saben y es compatible con la ridiculez del espectáculo tal como aquí se da, y que el público premia sus esfuerzos aplaudiéndoles á rabiar y echándoles cuanto tiene á mano.

Los días que ha toreado Rafael, la «foule» (como aquí llamamos á la multitud ó á la «prebe») llegó al delirio.

Esto de que ha habido «foule» en sus corridas, parece que tiene muy azarado al maestro, que, ocupado en despachar reses, no se ha puesto muy al corriente de francés.

—

Mientras los toros de plaza se matan después de corridos en un cuarto oscuro, hemos podido disfrutar á la luz del sol naciente del agradable espectáculo, que pocas veces se repite, de una doble ejecución capital en la plaza de la Roquette.

En menos de un minuto, el verdugo Deibler ha rebañado el pescuezo á dos asesinos.

Así al menos lo cuentan los periódicos, añadiendo que ese apreciable funcionario ha llegado á alcanzar rara perfección en su difícil arte.

No sé si este bombito será merecido, ó á tanto la línea, porque yo, la verdad, aunque aplaudo á rabiar un buen volapié, no tengo estómago para eso de la guillotina.

Debe ser cuestión de clima ó falta de civilización.

Lo consultaré con alguno de los protectores de animales que estuvieron el otro día en la plaza de la Roquete.

Y no pido parecer á nadie de Madrid, porque ahí se retuerce el pescuezo á los criminales á puerta cerrada.

Estamos muy atrasados.

—

Nada menos que quince mil alcaldes han comido últimamente, según sabrán ustedes, en el Palacio de la Industria.

Los había de todos los tipos, de todos los pelos y de todas las edades.

Los aficionados á hacer estadísticas nos han contado que con los platos de ese banquete puestos uno encima de otro, se podía hacer una torre diez veces más alta que la torre Eiffel, y otras muchas lindezas más, que dan los números bien barajados.

En materia de estadísticas curiosas, á propósito de ese banquete monstruo, se me ocurre una que proponer.

Había allí quince mil y pico de hombres, bien comidos y bien bebidos, y una sola mujer: una ramilletera. ¿Para cuántos años tiene género esa vendedora de flores con las que la echaron sus quince mil señorías?

—

La muerte ha interrumpido las representaciones de Sarah Bernhardt en Variétés.

Su marido, el actor Damala, que el público de Madrid conoció en los comienzos de su carrera artística, ha muerto devorado por la morfina.

Damala había abandonado la carrera diplomática por satisfacer su pasión por el teatro.

Este simpático griego y excelente actor era hombre de pasiones.

Poco después se apasionó por la gran actriz, y ésta, á la primera declaración, tomó el tren en Nápoles, donde estaban los dos trabajando, para casarse en Londres, donde esas cosas se hacen en cinco minutos.

A los tres meses Damala se había divorciado. Al año se volvían á casar, poco después se separaban otra vez, y entre estas paces y guerras, Damala buscaba olvido y tranquilidad á sus nervios en la morfina.

La morfina es la peor de las queridas. Al principio agradable, luego necesaria, después indispensable, tiránica, no suelta al que una vez se entrega á ella, sino cadáver.

La muerte de Damala ha sido aquí muy sentida.

—

Sarah Bernhardt empieza una nueva serie de representaciones el día 3 de Septiembre.

No me extrañará ver dentro de un mes anunciada su boda con algún príncipe de la sangre ó con un burrero de la calle del Cairo.

Blasco

París 29 Agosto 1889

USTED DISPENSE

Apabulla usted el sombrero
del señor que está á su lado,
y dice usted sofocado:
dispense usted, caballero.

A veces, sin que lo piense,
le revienta á alguno un pie,
y entonces le dice usted:
Caballero, usted dispense.

Para una broma pesada
es el más lindo acomodo;
con *el dispense* no hay modo
de darle una bofetada.

Si se tiene una mujer,
y usted le dice una flor,
y se muere usted de amor,
como suele suceder.

Y si ella su dicha labra,
toda inconveniencia evita
con decirle, señorita,
dispense usté, una palabra.

Con los deudores no hay miedo
de tener una cuestión;
se dice de corazón:
dispénseme usté, no puedo.

Si con inmensa alegría
y sin temor á un fracaso
apresura usted el paso,
diciendo ¡allí va García!

Y cruza la calle y llega,
y con un tono de broma
al señor le dice, ¡toma!
y por la espalda le pega;

El sujeto, con asombro,
al sentir un hecho tal,
vuelve, y le dice «¡animal!
me ha deshecho usted un hombro.

Uno, espantado, se inclina
en vista de aquel revés,
porque aquel sujeto es
el jefe de la oficina.

—«¡Le confundí con García!
¡palabra, que soy un bolo!
Dispense usté, don Manolo,
pero es que no lo sabía.»

Y si sale un escritor
haciendo versos perversos,
por el autor y los versos,
usted dispense, lector.

Manuel Paso.

Bibliografía.

Pidan ustedes en todas las librerías un libro escrito por Angosto.

El título es muy parecido al nombre del autor.

Como señas particulares, tiene el libro en la cubierta un fotograbado representando una *gachí* de ese pueblo que, según un personaje de la última obra de Estremera, produce las mujeres más hermosas: de *Búten.*

¡Ah! Y que vale nada más que una peseta.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

EL TELÉFOTO, NUEVO INVENTO DE EDISON

Por último, entre las muchas ventajas y grandes resultados de este portentoso invento, se cuenta una importantísima. En tiempo de guerra, los Generales pueden presenciar y dirigir, ayudados por el teléfono perfeccionado, las acciones en que tomen parte sus subordinados, sin que arriesguen su preciosa existencia.
Esto es cuanto nos dice desde París nuestro corresponsal Sr. Bicome.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
7 de Septiembre 1889.
NÚMERO 49.

LA BAÑISTA PURE SANG

Juanita Martínez, hija de Madrid, guapa ella, y con una sangre torera que no se la merece. Lleva muchos años sumergiendo su cuerpo en el Cantábrico, que la recibe en su seno restregando sus voluptuosas aguas por ese cuerpecito de nieve que no ha podido derretirse al calor de pasión alguna. Tutea á los bañeros, se toma confianzas con los bañistas, y hasta permite, según malas lenguas, que la den pellizquitos salva la parte. No conoce el miedo, porque está plenamente convencida de que no es verdad eso de los tiburones junto á la orilla.

Por eso repite ella con mucha razón:

—¡Fíese usted de lo que dicen en las zarzuelas!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

Diario Cómico

Habíame yo dado formal palabra de no volverme á meter en éste para mí intrincado problema de hacer *Crónicas*, y no sólo á mí, sino que también á los lectores de Los Madriles ofrecí solemnemente que no *lo haría más*, ya que en momentos de apuro me vi precisado, por exigencias del entonces Director, á llenar un hueco que con soltura y gracia peculiares viene llenando desde el primer día mi amigo Navarro Gonzalvo.

Noble era mi propósito y honrada mi promesa, pues que yo creía y sigo creyendo que harto tenía con dedicarme á los *monitos*, aunque con más gusto me dedicaría á matutero, que, según parece, es lo que más produce ahora; pero cátense ustedes, ó no se caten (á mí me es igual), que el Navarrito de mis pecados se fué á Más de Cunill, y aunque prometió solemnemente enviar con puntualidad sus tan sabrosas cuanto celebradas *Crónicas*, esta semana nos ha hecho *rabona*, y nos ha dejado al editor y á mí con un palmo de narices, ya que poco faltaba á nuestras respectivas prominencias nasales para alcanzar esa medida.

Y lo de la otra vez: recadito.

«*Amigo Fulano*—no me llama Fulano, claro está; me llama por mi nombre, pero me suena muy bien eso de *Fulano*: *esta semana nos ha dejado Navarrito sin Crónica*—le llamamos Navarrito en el seno de la confianza—seno que no faltará quien llame alabastrino, y si lo llamamos así, Navarrito, no alabastrino, es por *mor* de la estatura; le sienta bien eso de «Navarrito:» no sucedería lo mismo si quisiéramos llamar con igual cariño al gobernador *Aguilerita*. No da idea de la inmensa personalidad del primer bastón con borlas de la provincia. Sigue la carta: «*Usted verá cómo sale del paso.*»

¡Vamos; del mal, el menos!

Yo creía que era de una *Crónica* de la que tenía que salir; pero no, señor, ó señores, es de un paso.

Como dicen los chulos:

—Ná, chico, que te digo que aquello fué un *päso*.

Y esto va á ser otro.

Pero un mal *paso*.

Que me va á hacer *pasar* las de Caín.

Porque es un *paso* en falso que da un dibujante á presencia de muchos espectadores.

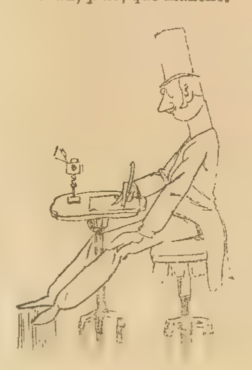
Y un *paso* atrás en el cultivo de las *Crónicas*.

Que obliga á *pasar* por tal lo que no lo es.

Pero todo tiene arreglo en este mundo: *pasen* ustedes por alto estas líneas.

Y, antes que se me olvide: de todo esto tiene la culpa la temporada de verano que se está *pasando* el director en Más de Cunill.

En fin, *paso*, que mancho.



Voy á entrar de lleno en los asuntos de la semana, porque esto de los prologuitos, exordios ó proemios es muy socorrido para llenar cuartillas y dejar al lector sin satisfacer su legítima curiosidad por conocer las noticias más salientes de la semana.

Todos, ó casi todos los cronistas (hagamos excepciones, por si las hay), tienen muletillas muy socorridas para cumplir con su deber sin cumplir.

Quiero decir, sin hablar de nada.

Unos con cartas á Fulanita; otros interesándose por la Puerta Otomana, como si tuvieran las llaves de ella; otros contando cómo pasan el día en el balneario donde reposan durante el verano; otros con recuerdos históricos sacados de aquí y acullá, puesto que ellos no han de haberlos presenciado; los más repitiendo siempre que no ocurre nada, que les está vedada la política y fuera de ella no hay noticias.

Así se despachan sus croniquitas los maestros en el arte de hacerlas.

¿Qué me queda á mí, pobre dibujante, si ellos se llevan los pocos recursitos que yo conozco para quedar como un hombre sin haber dicho esta boca es mía?

¡Desgraciado el que ha de salirse de su esfera!

La de mi reloj señala las dos de la mañana, y aquí me tienen ustedes metido en este laberinto y resuelto á no parecerme á los demás.

¿Dice *Diario cómico?*

Pues hay que relatar día por día todo lo ocurrido en Madrid y sus afueras durante la semana que expira entre mis manos pecadoras.

No se diga que para una *Crónica* que he tenido que hacer me he valido de recursos que no titubeo en llamar indecorosos.

Y no se diga también que á los dibujantes, sacándoles de sus monos, no saben hacer otra cosa.

Sí, señores.

Yo tomo la palabra en defensa de la clase, y digo:

Pero como ahora no es momento oportuno, pido se me reserve para otro día.

Entretanto quedo en defender al honrado gremio.

Vivan confiados mis colegas, que en buenas manos está el pandero.

Ahora á lo que estamos.

—A ver, muchacho, los diarios de estos días. Recorta lo más saliente.

—¿Cómo? dirán ustedes si aún les queda humor de decir algo. ¿Nos va usted á repetir lo que ya han dicho otros periódicos?

—¡Ah! digo yo que, aunque no me quede humor de decir nada, tengo por necesidad que decir algo. ¿Pues qué creían ustedes? ¿Que iba yo á inventar las noticias? No, señor; ¡si ya estoy en el secreto de cómo se hacen estas cosas!

Aún no se ha escrito el *Manual del perfecto cronista*; pero se escribirá algún día. ¡No que no!

¿Que ya las han leído ustedes? (las noticias). ¿Que lo que yo pueda decirles lo tienen olvidado de puro sabido?

Pues eso, eso son las *Crónicas*.

Ustedes creerían, como yo, que esto era difícil. ¡Quiá!

¡Si es la cosa más fácil!...

¡Phst! (con desprecio).

¡Croniquitas á mí!

Que vengan, que aquí estoy yo para triturarlas.

Que hagan *monos* los cronistas. A ver, á ver. ¿A que no los hacen?

Si, en último resultado, saliera alguno haciéndolos, como he quedado en defender la clase, la defendería también, ¡qué caramba!

Y entretanto, firmo y *paso*.

A. Pons.

A D. José M. Esbrí. (1)

Este Sr. Esbrí (llámese ó no así) acaba de publicar en el periódico titulado *La Patria* tres artículos, dedicados á mi último folleto literario; y aunque yo, siguiendo una buena costumbre, no suelo replicar á los que critican mis críticas, contestaré á éste mi censor, porque, aunque sea con ironía, me dirige varias preguntas en forma de *dificultades*, según él dice; y como es hombre que demuestra tener cierto ingenio y regular cultura, no quiero darle la callada por respuesta. Digan lo que quieran muchos buenos amigos que me mandan darme tono, yo creo que debo discutir con cualquiera que, aunque no presente un nombre conocido, presente argumentos. Este señor Esbrí, sin ser un águila (más bien debe de ser dómine ó maestro de escuela), tiene más malicia, y sabe más de gramática y de retórica y de lógica que muchos críticos y poetas matriculados. El mismo M. del Palacio (que dice: el *omega*), no ha sido capaz de tanto, ni con mucho, como el Sr. Esbrí; el cual, en vez de contentarse con exclamar «tus versos son infernales,» como *0,50*, se ha puesto á buscar defectos *sobre el terreno*, texto en mano.—Si los Bonafoux, Cartones, Rancés, Carreras y los críticos serios fueran capaces de hacer lo que usted, Sr. Esbrí, yo discutiría con ellos siempre que fuera del caso.

—

Debo advertir al Sr. Esbrí que de sus artículos yo no conozco más que dos; el segundo no ha llegado á mis manos; por eso no puedo defenderme de los cargos que en él me haga. Respondo á lo que he leído. Pregunta usted que por qué, sabiendo que mis versos son malos, me atrevo á publicarlos.—Porque «una y no más,» dijo Santo Tomás. Me dedicó *0,50* una epístola en verso muy mala, y yo, por pura broma, le contesté, sin ejemplar, con otra epístola en tercetos, como puede hacerla cualquiera que, sin ser poeta (como yo no lo soy) tenga la facilidad de coger el sonsonete de tal ó cual índole de ritmo y escribir imitaciones, más bien *resonancias*, de lo leído repetidas veces. Cuando yo era muchacho, escribía (pero no publicaba, y en eso está el toque) poemas *á lo Campoamor*, que empezaban en un tren ó en un confesonario, y tenían aquello de «y *como* tal, y *como* cual.» Pasada la edad del sarampión poético-imitativo, es claro que abandoné esta crisis de placer solitario-estético; y ya hacía más de doce años que yo no escribía versos, cuando á *0,50* se le ocurrió llamarme poeta detestable, como pudo llamarme *maleta*, en el sentido de mal torero. ¿Y qué hice yo? Cogí, y en un periquete escribí unos doscientos endecasílabos que, malos y todo, no los cambio por los que me ha dedicado *0,50*.

Sería absurdo, Sr. Esbrí, que después de decir yo que no había aquí más que dos poetas, me presentase con ínfulas de vate. ¡Dios me libre!

Yo puse el título á mi epístola, y la califiqué antes de escribirla. Saliera como saliera, yo la reputaba por mala.

No hay falsa modestia que valga, ni *impermeable* contra el chaparrón de las censuras; puede mi epístola contener los defectos que usted busca, y no ser tan infernal como quiere *0,50*, y, sin embargo, ser malos mis versos, como lo serán indudablemente; y nadie me hará decir otra cosa. Más falsa que la mía parece la modestia de usted, que me llama *crítico eminente*, y á sí propio se califica de profano en materia de letras; lo cual no quita que en seguida se ponga á darme lecciones de rudimentos gramaticales. Crea usted, en todo caso, que, de las pocas figuras retóricas que deben conservarse clasificadas, una de las principales es... la modestia retórica. Es ésta una de las reglas del *eterno humanismo*.

—

Sin duda por equivocación, califica usted de anfibológico lo siguiente:

> Libro que me regalan, no lo vendo,
> por más que muchas veces no lo lea,
> y á la cortés dedicatoria atiendo
> del tomo que mi orgullo lisonjea,
> en que me ofreces de tu musa el fruto,
> olvidando mi broma y la pelea.

¿Dónde está la anfibología? ¿Qué otra cosa se puede entender que lo que se dice? Usted mismo, al censurar que pase de lo general á lo particular sin transición, habla de molestias para el lector, pero no señala anfibología alguna. Lo que hay en esos versos es una especie de epifonema *al revés*, si por epifonema quisiéramos admitir lo que es afirmación de carácter general, pero de orden histórico, no filosófico. De lo que adolecen esos renglones no es de anfibología, ni de dificultades para el lector por la transición brusca de lo general á lo particular; lo que tienen es... un poquito de ripio, poco.

—

Y sigue el Sr. Esbrí buscando anfibologías donde no las hay. «En los versos siguientes:

> ¿Vuelvo á ser mal clarín, vate manido,
> y todo lo peor que me dijiste
> primero de llevar tu merecido?

»Por no estar expreso el sujeto de *llevar*, y por ser fácil unir el tercero al primer verso, saltando por el segundo (!), resulta anfibológico el sentido, hasta el punto de dudar si quien ha de llevar es yo ó tú; si *tu merecido* ha de tener una significación subjetiva ú objetiva.»

Como no tengo interés en notar aquí las equivocaciones de mi censor, no me detengo á demostrar que, fuera *yo* ó fueras *tú* el del *merecido*, sería subjetiva la significación; esto admitiendo la impropia, pero muy corriente, distinción de lo subjetivo y lo objetivo, tal como se usa, v. gr., cuando se llama subjetiva á la poesía lírica, y objetiva á la épica. No admitiendo lo subjetivo en oposición á objetivo, si no en su estricto sentido filosófico, no cabe hablar en este caso de significación abjetiva ni subjetiva.

Pero vamos á lo que importa. El Sr. Esbrí ve una anfibología en ese terceto porque se puede saltar el segundo verso, y unir el tercero al primero. ¡Pues vaya una gracia!

Así le encuentro yo anfibologías y disparates al *sursum corda*, como si dijéramos. Si yo he escrito el segundo verso, no es para que me lo salten; y no crea que entre las *licencias* retóricas se encuentra ese *libertinaje* de saltarle versos al escritor y después decir que no se le entiende. No vale saltar nada; lea usted lo escrito tal como está, y no hay anfibología posible. No la hay, por dos razones (fígurese usted, ¡dos nada menos!). Primera, porque la acción de llevar, no estando el sujeto expreso, se ha de atribuir, en buena ley de entendederas sintáxicas, al sujeto del verbo inmediato á quien sirve de complemento todo el tercer verso. «Lo que me dijiste antes de marchar.» ¿De marchar quién? preguntará usted; y todos le dirán: «De marchar tú, hombre; bien claro está.» Segunda razón: tampoco hay anfibología, aun prescindiendo de la anterior, porque *llevar tu merecido* es *frase hecha*, modismo, que no tiene sentido alguno si no se aplica á la persona indicada por el posesivo. Ya lo dice el Diccionario de la Academia (autoridad cuando tiene razón): «Merecido (de merecer), m. Castigo de que se juzga digno á uno. *Llevó su merecido.*»

Es claro, Sr. Esbrí; para ser *yo*, y no *tú*, tenía que ser mi merecido; llevar *tu merecido* es un disparate, no significa nada, no podía ser; no se podía entender eso de ninguna manera. De modo que da la casualidad que, en este caso, ni aun con la *licencia* inaudita de *saltarme un verso* (libertad que nunca consentiré), se podía encontrar la anfibología que usted busca con tanto afán.

Vaya usted contando, Sr. Esbrí. Van dos anfibologías delatadas por usted, de las cuales la primera ni usted mismo se atreve á señalarla, porque es imposible suponerla siquiera; y en cuanto á la segunda... queda probado que no la hay, ni la habría siquiera dejándole yo á usted leer unas cosas sí y otras cosas no.

Conque todo aquello de los *tiquis miquis* y de lo que dijo Quintiliano, muy bien dicho, sobra en este caso. Sí, señor; yo busco anfibologías... y doy con ellas; usted las busca donde no las hay, y se vuelve con las manos vacías. En eso nos diferenciamos.

Y es que, para hacer objeciones...

no basta con hacer oposiciones.

—

Porque debo advertir que, al llegar aquí, recibo el segundo artículo del Sr. Esbrí, el artículo que me faltaba, y en él veo que *mi crítico* es, como D. Hermógenes, opositor á cátedras. Que no sea por muchos años. Quiero decir, que ojalá Dios le den al Sr. Esbrí pronto una cátedra de retórica, que de seguro merece, á pesar de no encontrar anfibologías donde no las hay.

De todas veras, y sin perjuicio de los quites, oposiciones y contras que he de seguir ejercitando, en legítima defensa de mi modo de poner la pluma, de todas veras le digo al Sr. Esbrí que me ha parecido simpático y hombre de cierta instrucción, lo cual va siendo aquí un mérito extraordinario. Eso de citar á Marcial, á Quintiliano y á Goethe (en alemán y todo); y lo otro de sacar á relucir muchos versos españoles antiguos para demostrar algo que yo no niego, y que nada tiene que ver con lo que yo digo, podrá tener sus ribetes de pedantería de segunda enseñanza, inocente y bonachona (ahí tiene usted una anfibología, para los tontos), pero es casi casi de alabar en estos tiempos y países en que muchos que nunca parecen pedantescos, lo deben á su absoluta ignorancia de la *prótasis* y de la *catástrofe*.

Es claro que el Sr. Esbrí no es un crítico, y bien lo deja ver en las observaciones generales que se permite acerca de lo que debe ser la crítica, y en sus escarceos con motivo de la anfibología y de la sinalefa; pero comparado con los que dicen *el omega* y con los señoritos hispanoamericanos que hacen alarde de no saber declinar en latín, es el censor de *La Patria* el *Estigirita* en persona.

Por considerarlo así, le contesto con el detenimiento que se ve, y seguiré contestándole humildemente.

(1) Las cartas á Salvador Rueda continuarán, en contestando al crítico de *La Patria*.

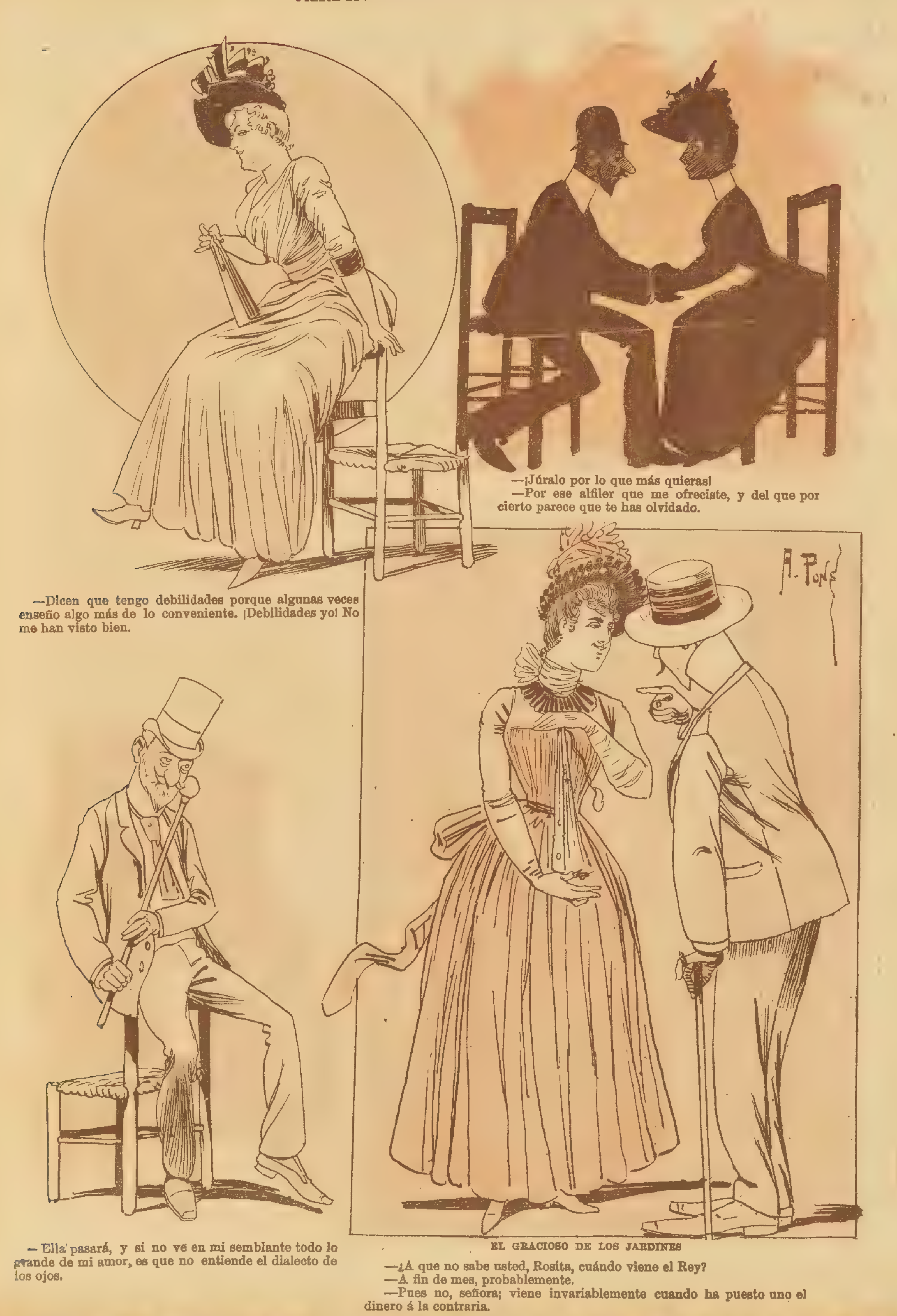
El de todos los domingos y fiestas de guardar.

—¿Ha oído usted, Carlos, música más desagradable? Esas gentes no saben lo que se tocan.

—Eso lo sabe todo el mundo: los extremos son los que se tocan.

sta es una de las posturas elegantes que han adoptado los ídem para tar los *quesos* á los ojos y las narices de los paseantes.

UNA PICARDÍA

—Cuando no me vea nadie voy á hacer como que saludo al ministro de Ultramar, y luego me doy *pista* en el café para que el mozo espere unos días.

—¡Júralo por lo que más quieras!
—Por ese alfiler que me ofreciste, y del que por cierto parece que te has olvidado.

—Dicen que tengo debilidades porque algunas veces enseño algo más de lo conveniente. ¡Debilidades yo! No me han visto bien.

—Ella pasará, y si no ve en mi semblante todo lo grande de mi amor, es que no entiende el dialecto de los ojos.

EL GRACIOSO DE LOS JARDINES

—¿A que no sabe usted, Rosita, cuándo viene el Rey?
—A fin de mes, probablemente.
—Pues no, señora; viene invariablemente cuando ha puesto uno el dinero á la contraria.

Para concluir, por hoy, no crea el Sr. Esbrí que yo sostengo la tesis absurda de que mi folleto no tiene defectos. Tendrá muchísimos.

Tampoco me atreveré á decir que el Sr. Esbrí no es capaz de encontrar esos defectos; algunos, si no todos.

Lo que seguiré demostrando es que las tachas por él señaladas, no son tachas.

CLARÍN.

(Se concluirá.)

A EDUARDO NAVARRO GONZALVO

Querido amigo Eduardo,
Chufero insigne;
Aunque tomaste el tole
sin despedirte,
mi voz sincera
te remite por Mansi
la enhorabuena.

—

Sé que has ido á *Más*; ¡chico,
lo que me alegro!...
¡Ir á *Más*, cuando todos
vamos á *menos*!...
(De esta agudeza
es autor propietario
Pepe Laserna).

—

Más de Conil, que debe
ser traducido
Más de conejo: vamos
¿casi un *cabrito*?
Niega, embustero,
tu afición decidida
por los conejos.

—

Mientras tú eres verdugo
de las *pa-ellas*,
Dios nos da *pa nosotros*
la mar de penas;
y es la más leve,
este sol de justicia
que nos enciende.

—

Los autores andamos
como palomos,
para ver quién va á Eslava,
y quién á Apolo;
y, según cuentan,
este invierno tendremos
diez mil Empresas.

—

Hay autor que ya tiene
diez arreglitos,
dos sainetes bailables
y tres pasillos;
y al terminarse,
entremeses, caprichos
y *disparates*.

—

Ya lo sabes, querido:
si tienes algo,
déjate de conejos
y de gazapos;
pues de otra suerte,
no vas á tener hueco
donde meterte.

—

Adiós, ó, mejor dicho,
hasta la vista;
mira que te aconseja
quien bien te estima;
deja las chufas,
y ven, porque aquí en seco
también hay *truchas*.

CALIXTO NAVARRO.

Viaje de vuelta.

D. Pantaleón tiene ochenta años efectivos; él se adjudica setenta y cuatro, puramente *nominales*, porque la partida de bautismo, con una crueldad invencible, afirma que en la iglesia de San Cayetano bautizaron el año de gracia de 1809 á un niño llamado Pantaleón García, precisamente el ochentón de ahora.

Vive el héroe de nuestro cuento, cargado de años, pero con legítimas ambiciones de aumentar todo lo que pueda la carga. Y lo que él dice:

—Los años pesan mucho, es verdad; pero no hay quien quiera cuando de ellos se trata, quitarse peso de encima.

El otro día leyó D. Pantaleón una noticia. El fisiólogo Brown-Séquard afirmaba que, con inyecciones de cierta sustancia animal, los viejos podrían rejuvenecerse.

¡Tal que oyó D. Pantaleón! Daba vueltas como un peón... cuando se le concluye la cuerda. A un tiempo reía y lloraba, poseído de un placer inexplicable, inmenso.

—¡Si tenía que suceder! dijo el viejo. ¡Si me lo daba el corazón! La vida es un viaje, claro está, y con estos adelantos modernos, un viaje en tren expreso, con descarrilamientos frecuentes. Pero ¿por qué ese viaje había de concluir en el túnel de la muerte? ¡Ah! Después de lo inventado por ese sabio, cuya vida guarde él mismo muchos años, el viaje es de ida y vuelta, ni más ni menos que los de esos *trenes botijo* que llevan á refrescarse en sitios diferentes á *touristas* de menor cuantía.

Y D. Pantaleón daba brinquitos, de puro gusto. ¡Día feliz el que pasó el octogenario! Aprendió de memoria la noticia, leyó los pormenores indispensables para practicar la *operación vital*, y cuando llegó la hora de dormirse, al entrar (con ayuda ajena) en aquella cama blanda que soportaba sus flaquezas, no sintió el frío habitual, sino cierto calorcillo excitante, y ya entre sábanas, después de apagada la luz para conciliar el sueño, le pareció que la sombra se rasgaba y que entre resplandores misteriosos aparecían poblando el espacio mujeres de rostros celestiales, que miraban á D. Pantaleón con ojos abrillantados por el amor.

D. Pantaleón roncaba, y en tanto que su cuerpo tendido, entregábase á las dulzuras del reposo, la imaginación corría á todo escape por los campos de la fantasía.

El viejo, recordando los experimentos del sabio, buscó la sustancia en cuestión, y se la inyectó.

¡Qué cambio tan grande y tan repentino notó después!

D. Pantaleón tenía la cara amojamada y rugosa, semejando la superficie del campo después de la siega, con las puntas de los tallos cortados casi al ras del suelo, de un suelo que abrasa el sol ardiente de Agosto.

La cabeza del viejo estaba lisa y brillante. Unos cuantos pelillos blancos eran como oasis en medio de un desierto de depilación. Su cuerpo, encorvado y empobrecido, rendíase á la pesadumbre del tiempo, y cada vez más inclinado, amagaba caerse como esas tapias abandonadas, de las ruinas, que lentamente se cuartean hasta que concluyen por desmoronarse completamente.

Pero ¡qué transformación tan grande la del héroe de nuestro cuento cuando entre sueños comenzó á aplicarse las inyecciones vitales! A la primera, su cuerpo se puso un poco derecho; su cabeza empezó á cubrirse de pelos blancos, y notóse con cierta agilidad. A la tercera, ya parecía un viejo bien conservado. Cierto que aún blanqueaban sus cabellos; pero sin duda que no aparentaba más de los sesenta.

Siguió las inyecciones con entusiasmo frenético. Los blancos cabellos se quedaron grises, y la piel, estirada, tenía por debajo nuevas y abundantes carnes. D. Pantaleón, lleno de asombro, corría sin fatigarse: dentro del pecho percibía el fuego de la virilidad, traducida en arrogancias para con los hombres, en dulces simpatías é irresistibles atracciones para las mujeres.

¡Y D. Pantaleón no cejaba! Seguía funcionando la jeringuilla, seguía introduciéndose por sus venas, en forma tangible, vida, una vida poderosa, que se derramaba por todo su cuerpo, iluminando sus sentidos y fortaleciendo su naturaleza.

La metamorfosis llegó á su colmo. D. Pantaleón el viejo, el abatido, se transformó en un joven de negros y espesos cabellos, alta estatura, airoso, gallardo. Y al mismo tiempo que su materia cambió, su espíritu vióse también remozado. Alegrías y deseos inundaban su alma. El amor le impelía á cientos de aventuras; el amor le tiranizaba, y él sentíase orgulloso al considerarse un esclavo ciego del amor.

¡Con qué fruición recordaba la anterior vejez! Estaba en viaje de vuelta. Abandonó los páramos de la decrepitud, y otra vez sentíase en el paraíso de la mocedad, con la eterna primavera de las pasiones extasiando su atención, sintiendo caer desde lo alto resplandores del sol de la vida, que parecían infundirle alientos regeneradores.

Pasó tiempo, y aunque Pantaleón (ya no necesitaba *dones* de nadie) cesó de inyectarse el líquido vital, la naturaleza avanzaba, sin duda obedeciendo á ese fenómeno físico de la velocidad adquirida.

Fué perdiendo vigores de la edad adulta, la reflexión y el juicio de los treinta años, y notó que se apoderaba de su ser la informalidad. ¡El viaje de vuelta iba tomando mal cariz! Pantaleón se convirtió en Pantaleoncito, y su cuerpo amenguaba, desaparecían ciertas risueñas sensaciones y el hombre robusto trocábase en un mozo primero y en un niño después.

—¡Diablo! decía el ex viejo. Vuelvo á notar lo mismo que cuando era ochentón. ¡Y cómo se parecen los viejos y los niños! ¡Ah, esto no me conviene! De ninguna manera. ¡Pues estamos aviados! Ahora no levanto tres pies del suelo, nadie me hace caso, soy un ente especial, un chico, y hasta me dan ganas de echar un marro con mis compañeros. Yo no deseaba esto. Yo quería detenerme perpetuamente en la estación de los treinta años, y esas pícaras inyecciones me obligan á recorrer toda la línea.

¡Y de nuevo D. Pantaleón, convertido en Pantaleoncito, echaba de menos los goces propios del Pantaleón á secas!

Hubo un momento en que nuestro héroe se vino al suelo, quiso pedir auxilio; y no pudo hablar. Un llanto entrecortado y ruidoso sustituyó al lenguaje con que antes se expresaba.

¡Se había convertido en un niño de un año!...

—

En la casa del viejo D. Pantaleón había una criada, fresca moza, de abultadas formas, nacida en delicioso paraje gallego.

Esta criada cuidaba del abuelito. La mañana siguiente á la en que el ochentón se acostó, pensando en las famosas inyecciones, notó que su señor tardaba mucho en despertarse.

Inquieta por esta tardanza entró en la alcoba, de la cual, á poco, salía dando voces y gritos.

—¿Qué te pasa? le dijeron. ¿Por qué tan sofocada?

—Porque entréme á llamar al señor y me ha dicho una cosa que no aguanto.

—¿Qué te ha dicho?

Y la criada, remedando el balbucear de los niños, exclamó: —*¡Quiedo teta!*

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

La ópera italiana.

Argumento inevitable
de mil y quinientas óperas.
(Sólo es preciso ver una
para conocerlas todas).

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

La tiple, extendiendo el brazo:
—«¡Oh, gran Dios! ¿Quién me lo toma?»
(El brazo sigue extendido
hasta el final de la obra).

ESCENA II

La contralto se presenta
muy ligerita de ropas,
y dice, echando á la tiple
una mirada insidiosa:
—«¡Cómo me carga esta tía!»
(La tiple se hace la sorda.)

ESCENA III

El tenor, á grito herido:
—«¡Aquí yo soy el que corta
la merluza! ¡Oh, madre! ¡Tiembla!»
(Saca un violón y lo toca.)

ESCENA IV

El barítono, mirando
al tenor, con mucha sorna:
—«Ese ninfo es un babieca;
voy á soplarle la novia.»

ESCENA V

El bajo profundo, haciendo
górgoros estrepitosos:
—«¡Io sono il grande padrone!
¡Vive Dios! ¡Rayos y bombas!»

ESCENA VI

El coro, desafinando:
—«¡Andiamo! ¡Terrible historia!»

ACTO SEGUNDO

La tiple.—«¡Tomadme el brazo!»
La contralto.—«¡Estoy celosa!»
El tenor.—«¿A quién le pego?»
El barítono.—«¡Habrá bronca!»
El bajo.—«¡Sono il padrone!»
El coro.—«¡Terrible historia!»

ACTO TERCERO

La tiple, bajando el brazo:
—«¡Estaba escrito! ¡Perdona!»
El tenor.—«¡Me la pegaste!»
(Saca un puñal, y se ahorca).
El barítono.—«Te dije
que te soplaba la novia.»
La contralto.—«¡Me he lucido!»
El bajo.—«¡Truenos y bombas!»
El coro.—«¡Historia terrible!
¡Andiamo! ¡Terrible historia!»

ADOLFO LLANOS.

BESOS

—Pero ¿por qué te enfadas?... Te figuras
que es manchar tu pureza lo que intento,
y no es así, que en la ocasión presente
no hay nada terrenal en mi deseo.
Si quiero unir mis labios á tus labios,
y darte uno, nada más que un beso,
es porque sé que sólo con besarte
puedo hacerte saber lo que te quiero;
que ya me canso de buscar palabras
que puedan expresar mi pensamiento,
sin hallarlas jamás, pues siempre queda
escondido en el fondo del cerebro
lo que decir no saben los idiomas;
lo que se dice sólo con los besos,
que al alma donde llegan van contando
del alma que abandonan los misterios.
Y un beso no es pecado, no lo creas,
aunque lo diga el padre misionero.
Si en ellos el amor es un delito,
¿qué saben ellos lo que son los besos?
No les atiendas tú; sólo es pecado
cuando es impura la intención; y creo
que tú no temerás que he de ofenderte;
¿cómo te he de ofender, cuando te quiero?
¿cómo te he de manchar, si es tu pureza,
lo que en ti adoro más, tanto, que pienso
que acabará mi amor si tú la pierdes...
¡y si él acaba, empezará mi infierno!
No tienes que temer; quiero besarte,
porque sube á mis labios, de mi pecho,
el amor, en ardientes oleadas
que se condensan y se vuelven besos,
como la espuma del *Champagne* se eleva
hasta el borde del vaso en que lo bebo.
La espuma, si se deja, se derrama;
lo mismo es el amor; y yo no quiero
dejarlo derramar, cuando tú puedes
con tus labios de fresa recogerlo.
....
¿Dudas aún?... ¿Por qué? Pero ¿qué temes?...
¿Los furores del fuego del infierno?
¡Qué tontuna!... Si así te condenaras,
estabas condenada hace ya tiempo;
tus ojos... ¡habladores! me lo han dicho,
y ya sé que me besas en tus sueños.

EDUARDO GARCÍA.

RETAZOS

Pido á Luz para casarme...
—Y usted, ¿qué tiene?
—Pues nada:
uno cosa proyectada
que ha de prosperar y armarme.
—A usted la chica le quiere
pero... no lo autorizamos
hasta tanto que... en fin... vamos,
la cosa de usted prospere.

—

—¿Y qué hay de la cesantía?
¿Le han repuesto?
¡No, señor!
—Y la suegra, ¿está mejor?
—Sí: ¡venció á la pulmonía!
—¡Vamos, me alegro, García!...
—¡Muchas gracias, *Redentor!*

—

¡Con el alma nos amamos!
Pero un día, al fin, reñimos;
y hoy, cuando nos encontramos,
los dos nos avergonzamos,
porque... ¡como nos quisimos!...

EUSTAQUIO CABEZÓN.

Pacotilla.

Hace dos ó tres días, caballeros,
que ni duermo la siesta,
ni de noche cerrar puedo los ojos
ni tampoco comer, ni *viceversa*;
me dan los nervios fuertes sacudidas,
¡se me traba la lengua,
se me erizan los pelos del bigote
y hasta los de las cejas!
Me suele suceder este fenómeno
¡mire usté qué rareza!
siempre que me impresiona una noticia
que á cosa de mujeres se refiere.
Y como hace tres días que he leído
la sorprendente nueva
de que han ido á París con los bomberos
ingleses, seis bomberas,
que hicieron ejercicios como tales
subiendo y descendiendo por las cuerdas,
la impresión recibida ha trastornado
toda mi personal naturaleza.
Vamos, que se me crispa todo el cuerpo
al pensar qué emoción tan placentera
sentirá un señorito, en el instante
de ir á ser devorado por las lenguas
de fuego, que le cierren la salida,
y de pronto se vea
en los bonitos y robustos brazos
de una hermosa morena
que haya entrado con fe por la ventana
á salvar su existencia.
Tal vez el hombre, fuera ya del radio
del incendio voraz, cuando á la fresca
corriente de aire que le dé en el rostro
de su desmayo vuelva,
ruboroso los párpados entorne
al verse al lado de la moza intrépida,
en calzoncillos ó en menores paños,
según la situación le sorprendiera;
pero así que las tintas pudorosas
del rostro varonil desaparezcan
acaso exclame con amor volcánico:
—"¡Oh preciosa bombera!
¡Tu me has salvado del horrible incendio!
Por ti se libró el cuerpo de la quema.
y de él disponer puedes á tu antojo.
¡Mi honor te sacrifico cuando quieras!..
¡Qué menos á una chica que le salva
puede ofrecer un hombre de vergüenza!
A mi me gusta mucho, francamente,
esa costumbre inglesa
de los bomberos de uno y otro sexo,
por razones diversas;
pero es mucho mejor, sin duda alguna,
contar con un buen cuerpo de bomberas,
que sepan manejar todos los chismes
con gran habilidad. ¡Y aunque no sepan!
¡Ay! Si hubiera en España bomberitas
guapas, alegres, jóvenes y esbeltas!
¡Yo sé de alguno á quien catorce veces
se le incendiaba al mes la chimenea!

—

En Elche han sorprendido una falsificación de monedas; pero el falsificador no ha sido habido.

Se llama Padre Santo, y le anda buscando la Guardia civil.

¿Qué extraño es que falsifique las monedas un hombre que se ha atrevido á falsificar al Padre Santo?

Pero lo que él dirá:

—En lugar de protegerme,
me persiguen y me abruman.
¡Vaya un país! Y se quejan
del retraso de la industria!

—

—¿En qué se parece el que nace para ochavo á la estatua de Mendizábal?

—En que nunca cambia de posición.

—

Se anuncia que un cometa
de larga cola y luz resplandeciente,
á máquina completa
se aproxima á nosotros velozmente.
¿Qué anunciará á la tierra?
¿Epidemias, siniestros, hambre ó guerra?
Si de hambre atroz á los hogares nuestros
nos trajera el augurio, por acaso,
dirían los maestros:
—¡Esa noticia viene con retraso!

—

Ahora se ha descubierto un nuevo procedimiento para hacer el amor en algunos pueblos de Andalucía. Se deja un garrote, como por olvido, en casa de la moza á quien se pretende.

—¿Tira la chica el garrote á la calle? Pues es que no le gusta el mozo.

¿Le gusta y lo acepta? Pues se queda con el garrote.

Falta saber, pues que con él se atiza,
Quién se queda después con la paliza.

JOSÉ ESTRAÑÍ.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CON CONFIANZA

—¡Hombre, de los que sobren, guárdame envueltecitos en un papel una docenita de pasteles para los niños.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
14 Septiembre 1889.
NÚMERO 50.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

PEPE ESTRAÑÍ

Un escritor popular
de mucho ingenio, y de gracia,
que comulga en el altar
de la virgen Democracia.
Rudo adalid del progreso,
pasa la vida luchando,
¡Cuando Estrañí no está preso,
de fijo le andan buscando!
Su talento de escritor
produjo cien maravillas,
y hasta por ser inventor,
inventó *Las Pacotillas*.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año................ 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

I. Y llegada fué la hora de dar fuertes voces y de llamar á Mansi.

II. Porque él conoce á los funcionarios malos, ve asimismo la iniquidad. ¿Y no hará caso?

III. Oid ahora ¡oh López! mis razonamientos, y estad atento á los argumentos de mis labios.

IV. Manos pecadoras escribieron un miércoles la *Crónica*.

V. Y en forma de carta, y con el sello legal, depositada fué en el arca *non sancta*, que por *Buzón* conocen los profanos.

VI. Empero, así como las cartas se escriben para que lleguen á su destino, conductores, peatones y carteros hay para oponerse á tan pecaminosos designios.

VII. Y he aquí que yo buscaría á Mansi, y depositaría en él mi confianza y mi correspondencia.

VIII. Porque él hace cosas grandes é inescrutables maravillas, por más que desatienda nuestras reclamaciones.

IX. Mansi, el que tiene oídos de mercader y cobra quince mil pesetas de sueldo.

X. El que esteriliza el trabajo de los más activos, para que la labor de sus manos no prospere ni fructifique.

XI. El que tiene subordinados réprobos, ó reprobados como los hijos de Belial y de Melgares.

XII. Que de día topan con tinieblas, y en mitad del día andan á tientas como de noche, sin encontrar los nombres de las calles ni los números de las casas.

XIII. Y son débiles, y caen en la tentación de *tentar* los pliegos abultados, creyendo encontrar valores en ellos.

XIV. Y los buscan.

XV. Y he aquí que encuentran cuartillas borrosas, y las esparcen al aire con mofa y menosprecio.

XVI. ¿Qué tienen estos funcionarios ¡oh Mansi! para que tú los engrandezcas y pongas sobre ellos tu corazón?

XVII. Acuérdate que mi *Crónica* representa un puñado de garbanzos, más ó menos duros, pero al fin garbanzos, y que mis manos no pueden reproducirla, si se pierde, con sazón oportuna.

XVIII. Y que López y Pons, después de maldecirme, me arrojarán de su vera como á leproso y apestado.

XIX. Acuérdate que tú eres el llamado á enmendar los yerros de tus subordinados, empleando para ello hasta el hierro, si es preciso.

XX. Si esto no enmendáres, seguiré mi queja, y te acompañará el eco de mi dolor á todas partes.

XXI. No reprimiré mi boca; hablaré en la angustia de mi espíritu, y quejaréme con la amargura de mi alma.

XXII. ¡Oh Angel todopoderoso en la casa de Correos! Domina la iniquidad, castiga el vicio, deja cesante al padre, procesa al hijo, deporta al nieto, y haz que las cartas lleguen á su destino, sin tropiezos pecaminosos ni irregularidades depravadas.

—

Amigo López, cariñosísimo compañero Pons: La lamentación anterior os habrá demostrado que escribí la *Crónica*, que la puse en el correo, como todas las semanas... ¡y que no ha llegado á esa Redacción!

¡Insondables misterios del celebrado servicio de Correos!

¿Queréis que publiquemos la caricatura de Mansi?

—

Un jovencito... ¡diecisiete años!
á su padre le *tima* unas alhajas,
y del paterno hogar haciendo *mutis*,
obsequia á una *Friné* desvergonzada.
Al poder judicial no hay nada oculto.
Siguen la pista al niño enamorado.
Iracundo el papá le tienta el bulto,
y al saberlo *Friné*, se ha desmayado.
¡Historia lamentable
que demuestra á los hijos de familia,
que, entre comida de vigilia ó carne,
escojan la vigilia!

Siguen estando en boga las *ligas*.

Verdaderamente es una *prenda* muy recomendable.

Sirven para varios usos; pero los más indicados son para sujetarse las medias y hacer la oposición al Gobierno.

Pero hay ligas para todas las clases y para todos los gustos.

Las hay célebres: *las ligas de mi morena*, pongo por caso.

Hay quien se entusiasma ante unas ligas de color de rosa, con broche de plata. Otros las prefieren azules.

Y no están mal sobre una media blanca.

A muchos les gustan la de cazar pájaros.

A otros, las de cazar incautos.

A éstos, las de goma.

A aquéllos, las agrarias.

En cuanto al sitio de su colocacion, tampoco están conformes los autores.

Unos las prefieren altitas, á la francesa.

La mayoría afirman que no está en su sitio si no se aprietan por debajo de la rodilla.

Algunos las quieren en Barbastro.

Y á propósito de estas últimas:

¿Han leído ustedes la proclama (*ú lo que sea*) que ha lanzado á los vientos de la publicidad uno de los *ligueros* catalanes?...

El buen señor no pide casi nada.

«Retraimiento absoluto de tomar parte en elecciones de ninguna clase.»

¡Así, en redondo! ¡Viva el sufragio universal!

«Que los pueblos interrumpan sus relaciones unos con otros por completo y en absoluto.»

¡Viva la fraternidad!

«Negar el saludo, y el albergue, y el aire, y el pan, y la sal... á todo forastero *de fuera* que se presente en el pueblo, y al que por el *habla* se le conozca que no es de allí.»

¡Viva el amor al prójimo!

«Que los gobernadores civiles sean sustituídos en todas las provincias por Generales de división.»

A caballo, y de gala.

«Que se pueda sembrar trigo en los balcones, y que se aumente el precio de las bulas.»

Todo esto para favorecer la agricultura. ¡Ah!

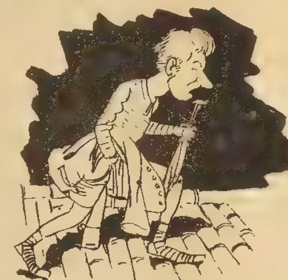
«Que en los pueblos rurales no haya cafés ni Casinos.»

¡Eso! ¡Ni sentido común! ¡Ni nada!

Murió el pobre Arderius; pero el género bufo se mantiene todavía tan fresco y tan lozano.

Si no le ponen á raya,
ese hombre va á ser un rayo
en el monte y en la playa.
¡Vaya, vaya, vaya, vaya,
con los amigos de Bayo!

—



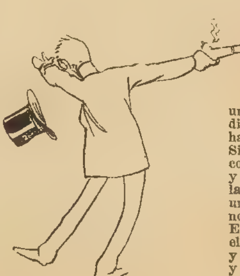
En una casa de la plaza de Numancia, en Santander, ha sorprendido un marido á su cara mitad en infidelidad conyugal.

Los amantes cenaban tranquilamente, cuando entró el desventurado esposo.

El seductor escapó por el tejado.

¡Y en qué plaza fué á ocurrir esto, Dios mío!

Cuando es débil la mujer
halla en rendirse su gloria,
y el ejemplo de la Historia
no la recuerda el deber.
¡Y caer, hasta ese punto,
siempre en igual circunstancia,
en la plaza de Numancia
ó en la calle de Sagunto!



A Rosita la murciana
un diputado francés
disparó un pistoletazo
hace unos días. ¿Por qué?
Si ella se canta y se baila
con mucha gracia y *aquél*,
y es joven, y es guapa, y tiene
la sal que debe tener
una barbiana de *búten*,
no hay que preguntar por qué.
Ella esquiva, y él audaz,
el *disloque* del querer,
y si ella le dió la mano,
y *monsieur* se tomó el pie,
como ella no será manca,
acordóse de Bailén,
de Gerona y Zaragoza,
y hubo un Dos de Mayo. ¡Pues!

E. Navarro Gonzalvo.

A D. José M. Esbrí.

II

De anfibologías hay algo escrito, pero poco, Sr. Esbrí; y especialmente en esas retóricas vulgares, hechas casi todas *grosso modo* por los covachuelistas del arte, por los preceptistas oficiales, no se encuentra la materia tratada con reflexión y con la amplitud y sutileza de análisis que son del caso. La mayor parte de las retóricas llevan á estos asuntos, que se prestan á mucho estudio y en los cuales tanto pueden hacer las lecciones de la experiencia y las del buen gusto, un criterio estrecho, autoritario, de rutina, que atiende, sobre todo, á las definiciones precipitadas é insuficientes, y al prurito de clasificación y división excesivas que ya condenaba ese mismo Quintiliano que usted cita. No es la obediencia ciega á la regla dogmáticamente impuesta por esos tratados didácticos á lo que se ha de atender para juzgar bien en tan delicadas cuestiones. Tomado eso de la anfibología en montón, sin los debidos distingos, se llega á la ridícula manía, *cursi* como ella sola, de llenar las cláusulas de esas manecillas y esos jalones que señalan y limitan el camino de la construcción gramatical, con palitroques y signos gráficos de pronombres demostrativos á granel, y con otros recursos no menos feos, como v. gr., las salvedades ociosas, las referencias explícitas inútiles y el riguroso, monótono y pobre orden llamado lógico, que aun en nuestras lenguas analíticas está muy lejos de ser el *natural*, en oposición al que se llama figurado, y que es, en ciertos límites, el que verdaderamente dicta la naturaleza.

Sin que yo éntre á estudiar, inoportunamente ahora, la teoría de la anfibología en su relación al lector y en su relación al escritor y á la libertad, fuerza, novedad, originalidad, elegancia, concisión, etc., del estilo, y—lo que más que nada importa—á los cambios y progresos del idioma; sin detenerme tanto, sí puedo decir que la *anfibología del tonto*, ó del que se hace el tonto, no debe detener jamás al artista de la palabra en el uso del hipérbaton y otros cien recursos y maneras de la habilidad del estilista, el cual tiene siempre derecho á suponer que sus lectores son discretos y medianamente instruídos. La *anfibología del tonto* es la que no puede suponer que existe el lector de buen sentido que atiende con buena fe á lo que va leyendo. Decir, v. gr., que hay anfibología en esto: «La Reina de Francia, que era disoluta,» y preguntar: «¿quién era disoluta, Francia ó la Reina?» es prueba de mala fe, ó mostrarse imbécil, porque en eso no hay anfibología. Con la *anfibología del tonto* no habría hipérbaton posible, ni podrían considerarse escritos en castellano la mayor parte de los versos de nuestros siglos de oro, que hoy ni entienden siquiera los lectores de folletines, no sólo por causa de las alusiones históricas y mitológicas, sino por la misma construcción elíptica y, en general, por diversos conceptos figurada y elegantemente *difícil* para los indoctos y poco atentos. El Sr. Esbrí, que, de fijo, ha leído mucho á nuestros antiguos poetas, me confesará que para entender todo lo que dicen y gustar todas las bellezas de su gracioso estilo, se necesita una tensión constante del espíritu atento y reflexivo: algo semejante á lo que es indispensable para traducir con acierto la poesía de una lengua de las llamadas sintéticas, ó para entender bien á uno de los grandes filósofos sistemáticos de Alemania, etc., etc. En la *anfibología del tonto* no cabe la gracia y elegancia del decir antiguo, ni la libertad discreta, y fecunda en progresos, del estilista moderno. A la *anfibología del tonto* suelen atender con ridículo cuidado y cómico recelo esos documentos oficiales que nos regala á veces la *Gaceta* en forma de preámbulos y casuística legislativa; pero siempre despreciará tan convencional y abstracta cortapisa el escritor artista, seguro de sí mismo y de la *lógica gramatical*, poco menos que infalible, del hablista experimentado que expone un pensamiento propio.

Pero... ¡adónde iba yo á parar! Recogiendo velas, diré que las anfibologías que yo apunto de tal ó cual escritorzuelo no son de éstas, sino de las que nacen de la ignorancia y falta de habilidad en el autor. En aquello que usted copia de mi epístola:

Y en una soledad como la mía,
que tengo en lo más verde de mi España, etc.

no hay una sola anfibología, sino algo de hipérbaton y varios incisos reunidos debidamente por los medios que la gramática ofrece, sin que resulte oscuridad (y no anfibología ni impropiedad de lenguaje, que es lo que usted viene á indicar), sino para el poco atento ó para el poco acostumbrado á la construcción figurada y á las cláusulas con muchos complementos indirectos, que son tan frecuentes en nuestra lírica, propensa al *corte* oratorio de las estrofas.

No creo en la buena fe de usted cuando me censura por lo de

y que ya de escribir perdí la maña,

pues la copulativa *y* señala suficientemente el antecedente del relativo *que*, á saber: «los versos que solía escribir, y que ya no escribo.» Tampoco hay pretexto *gramatical* para decir que *fría* se puede referir á soledad, pues está claro que es epíteto de forma, que es el femenino singular inmediato. Ni esto, ni lo de *escribir la soledad* puede usted decirlo de buena fe, pues no cabe suponer que usted ignora los rudimentos de gramática que enseñan que no hay motivo para atribuir el *que* que antecede á *de escribir* á un complemento indirecto que va tres versos más arriba, y no al antecedente del relativo que inmediatamente precede, expreso.

Dice usted, dejando las anfibologías, que no hay modo de encontrar: «¡Veo un *parta* traído á remolque por una carta.» Malicia pura: eso no es ripio; se trata de *medio* poeta, y decir *partir* es tanto como decir *dividir*, y está perfectamente dicho. El *refuto* dice usted que pide un complemento directo, por ser verbo transitivo. Pues si tanta falta le hace á usted que el verbo transitivo se use con complemento directo siempre, supla usted lo que podemos suponer allí salto por lícita elipsis: «*el supuesto*, el cual callo, y que *no refuto*.» Por lo demás, una cosa es usar un verbo transitivo como intransitivo (lo cual nunca es lícito) y otra cosa que un verbo transitivo *per se*, se emplee sin expresión de un complemento directo. El verbo amar es transitivo, y si yo digo: «Ama, y serás feliz,» me parece que hablo en castellano. Ni más ni menos que cuando digo: *Luis pretende, Malvina escribe*, que son los ejemplos que da la gramática de la Academia al tratar de las oraciones *segundas de activa*, ó sea de las de verbo transitivo sin complemento.

No le gusta á usted el *rezo* del verso

Conforme en esta epístola lo rezo;

porque, según usted, la que lo reza es la epístola, no yo que lo leo. Rezar, Sr. Esbrí, viene de *recitare*, y el Diccionario de la Academia, antes de la acepción (familiar por cierto) de que usted quiere que tomemos la palabra, nos da la acepción en que yo la empleo; yo recito, no canto la epístola, y al leerla rezo, ó recito... lo que va delante. El que se emplee familiarmente el verbo rezar en el sentido en que usted quiere que lo use, no quita que el sentido en que yo realmente lo empleo sea legítimo y más general, por no ser privativo del estilo familiar.

Lo de «sacudiendo su música de esquilas,» podría ser un atrevimiento del estilo, pero no un pecado de ignorancia.

No insisto en ello, pues usted mismo, con buena fe por esta vez, reconoce la legitimidad del tropo.

En cuanto á si el sonar de las esquilas del ganado en los valles y montañas de mi país es digno de que se llame música, no admito discusión: ni estas esquilas suenan como cencerros, ni en las armonías del campo hay más poético y dulcemente melancólico instrumento.

Pregúnteselo usted á Schiller.

Quedan contestadas todas las *dificultades* del primer artículo del Sr. Esbrí, y paso al segundo, recibido á última hora.

—

Y dice el Sr. Esbrí: «Al final de la página 15 leo:

"...yo del perro
te quiero hablar á ti, que si se humilla
y lame alegre á su cadena el hierro.„

«¡Miren qué gracia! ¿Y qué otra cosa sino el hierro le podía lamer á la cadena el animalito?»

¡Pero, por Dios, Sr. Esbrí! si usted no le consiente expresiones perifrásticas al que escribe en verso, ¿á quién se las va usted á consentir? En todo caso, entiéndase usted con Zorrilla, que en *El Zapatero y el Rey* (segunda parte), dice al pie de la letra:

que al lecho siempre de su dueño atado,
lame servil de su cadena el hierro.

El censor que tan minuciosa y tan inútilmente busca pajas en el ojo de *Clarín*, sale á la defensa de las vigas del ojo de Palacio y tergiversa lo que yo he dicho criticando á *0,50*. Lo que yo censuro en lo de vivir amarrado al yunque de la fama, no es la materialidad de la expresión, sino lo disparatado de la figura, y la palabra *amarras* está empleada en sentido traslaticio, y por vía de exageración retórica, para hacer resaltar la congruencia de la imagen. Sólo que el Sr. Esbrí piensa que criticar *al por menor* es hacerse el tonto y no querer ver y entender lo que ve y entiende cualquiera. No es eso, no señor, lo que yo hago con los malos poetas; examinar en ellos pormenores sí, pero no minucias, que no es lo mismo. Lo que como parte de una composición es por menor, como disparate puede ser mayúsculo; y á esta clase de pormenores es á lo que yo atiendo.

No me confunda, pues, el Sr. Esbrí con él ni con otros tales que han querido castigarme haciéndome mirarme en el espejo de tamaña crítica. Eso no es crítica; eso es gana de perder el tiempo. El Sr. Esbrí cree que en virtud de una sinécdoque se puede decir siempre cancerbero por portero. Bueno; pues entonces llamaremos á San Pedro el cancerbero de la corte celestial. El cancerbero, sobre todo tratándose de asuntos mitológicos, siempre recuerda, tanto como la portería, la idea de perro monstruoso y la idea de infierno, y poner un cancerbero al *templo* de

ÚLTIMOS DÍAS

El representante de una fábrica de objetos de nácar que ha ido á ver si le vendían unos pedazos de la célebre Concha.

—Espere usted dos días más, Clarita, y marcharemos juntos. ¿Qué prisa tiene usted? ¿No me ha dicho que el fondista ya no le molesta con la cuenta?
—Pues por eso, por eso precisamente.

—Hija mía, por Dios, no alce tanto los pies, que ya me ha dado dos golpes en los mismos sitios.

Yo vine á ver *la gran semana de Biarritz* y me he encontrado con que tiene siete días como todas las semanas de todas partes.

ÚLTIMOS DÍAS

—La de Gómez bañándose con el inglés. ¿A que la muy gorrina le permite las libertades que se tomó conmigo el otro día?

—¡Cómo se ríe mi mujer! Apostaría cualquier cosa á que le está dando pellizquitos bajo el agua á aquel sietemesino de las patillitas. ¡Si es lo más juguetona!

—No comprendo cómo San Antonio resistió las tentaciones; ¡si á mí me dijeran buenos ojos tienes, nada más!...

—Hasta el año que viene, caballeros. A Madrid me vuelvo, para lo que ustedes gusten.

la Fama, que es lo que yo he censurado, no puede estar bien, pese á todos los tropos del mundo; cada cosa á su tiempo; los nabos en Adviento y las sinécdoques para la sazón oportuna.

—

Viene en seguida una censura, con su disculpa correspondiente, de las palabras gordas que he tenido que emplear en mi disputa con *0,50.* Tiene razón el Sr. Esbrí; y no acostumbro yo á usar tal vocabulario, ni cuando tengo que estar fuerte en el ataque; pero M. del Palacio siempre ha escrito así, no puede remediarlo, y hay que contestarle en el mismo diapasón.

A él los ripios le llevan á hablar de albardas (véase su soneto al naturalismo) y de otras cosas de cuadra (véase sus versos á D. Venancio González, entre muchos otros). Yo siempre he procurado huir de tamaño tecnicismo. *0,50* es el primer hombre á quien he tenido que insultar en letras de molde, y eso en justa represalia.

—

Ahora viene una *dificultad* que, según mi censor, merece capítulo aparte, y que ha dado ocasión al distinguido opositor á cátedras para entrar, con indudable competencia, en el terreno de la erudición clásica. Aquí verá el Sr. Esbrí que no soy tan orgulloso y apasionado como algunos pretenden. Casi casi voy á darle la razón en esta *dificultad* que él ha tratado con acierto indudable.

Se trata del verso

"Servistes á enemigos naturales,"

y pregunta Esbrí: «¿Cómo se ha atrevido Cabranes, humanista consumado, á colgarle una *s* á la segunda persona del singular, sabiendo las deficiencias del verbo latino?» No ha sido Cabranes; he sido yo. Cabranes se oponía con todas sus fuerzas; prefería decir:

"Serviste á tus contrarios naturales;"

pero yo encontraba mejor el otro verso, el que quedó, y no porque entendiera que el *servistes* era correcto, así como suena, ni tampoco por juzgarlo arcaísmo tolerable. Aunque sé muy poco, sé conjugar en latín y en castellano; y sé también que el metaplasmo que se cometía al decir llevastes, distes, pusistes, deseastes (1), corresponde á la jurisdicción de la figura llamada síncope, mientras el servistes por serviste, de ser admitido, es paragoge; porque el poeta del siglo de oro hablaba con las prendas por su mal halladas, y decía llevastes por llevasteis, y suprimía una letra en medio de dicción; y servistes por serviste en singular, y añadía una letra en fin de dicción. En esto no hay duda; como licencia, y sólo como licencia, se empleó el *servistes.* ¿Con qué autoridad? me preguntaba Cabranes. Con la de varios poetas modernos, entre ellos Espronceda, respondía yo. Cabranes torció el gesto, y aunque no se atrevió á murmurar del poeta de *El Diablo Mundo*, me arrancó la promesa de usar pocas veces de semejantes libertades, que no son, ciertamente, de las que hacen progresar la lengua.—Sí, señor Esbrí; en este punto Cabranes piensa como usted, y yo mismo reconozco que, ni aun con el ejemplo de Espronceda y otros poetas castellanos modernos, se debe emplear tal paragoge, que va, en rigor, contra el genio y la *tradición orgánica* de nuestro idioma.

No tema usted que yo use de tal licencia muchas veces, porque como sólo en verso se puede consentir, si es que se consiente, y yo en verso sólo escribo en casos raros y de la índole del presente, no tendré muchas ocasiones de pecar.

—

Siento que lo mucho que va escrito me obligue á ser ya muy breve al refutar los argumentos ó *dificultades* del tercer artículo del Sr. Esbrí.

Emplearé casi el estilo telegráfico, cuando se pueda. Pero... ahora que lo vuelvo á leer, en ese artículo no hay más que una *dificultad*, la última. El Sr. Esbrí censura á Cabranes, porque encuentra abominable el abuso de las sinalefas y de las diéresis, y pregunta al crítico:—¿Cree Cabranes que la sinalefa está en el mismo caso que la diéresis?—Y contesta Cabranes:—No, señor; pero ¿cree el Sr. Esbrí que el agua es lo mismo que el vino? Y, sin embargo, cabe abusar del vino y cabe abusar del agua. El abuso no es sólo cuestión de cantidad, sino que puede referirse á otras categorías, como el tiempo, el modo, el lugar, etc., etc. El abuso del vino es cosa diferente del abuso del agua. Más fácil es caer en el abuso del vino; pero el otro es posible también. Si el Sr. Esbrí piensa que no se puede abusar de las sinalefas, es que no tiene oído y que *mide* los versos á lo agrimensor. El abuso de la sinalefa no consiste en unir las sílabas relacionadas por ella (á lo menos en la mayor parte de los casos), sino en no evitar la presencia de la sinalefa cuando se reunen muchas en un mismo verso, haciéndolo *flatulento* (si se trata de lectores de buen oído) flojo y *difícil*, malo, en, suma por razón del sonido, y, en consecuencia, por razón de la misteriosa relación del verso, como tal, con su idea. (¡Todo esto es tan delicado y tan complicado, señor Esbrí, para expuesto tan deprisa!). Y no sólo en este caso hay abuso de la sinalefa, sino también cuando hay que juntar en una sola sílaba vocales que por su índole y condiciones se unen con algún esfuerzo, produciendo cacofonía, etc., etc. Porque hay sinalefas y sinalefas. «La estrella,» «La Eucaristía,» no *sonarán* lo mismo; son sinalefas de diferente *grado*, y muchas, como la segunda, estropean fácilmente la eufonía y el ritmo. *La única* (al principio de un endecasílabo, especialmente) será *peor* sinalefa que otras muchas; será peor sinalefa también *á él*, ó *de él*, que multitud de ellas, y á nadie parecerá verso incorrecto éste:

Mas habla Él y la tormenta calla;

en que no se *ejerce* el derecho de sinalefa; y sería verso duro este otro:

Mas habla Él porque calle la tormenta;

en que se une *bla* con *Él*, por sinalefa, para que haya las sílabas correspondientes. Y este verso no es sólo duro, sino que en él se rompe la armonía de la idea y el ritmo, *incrustando* á *Él*, á Dios, como si fuera humilde particular, en la palabra anterior... Y... ¡podrían ponerse tantos casos de abuso indudable de la sinalefa!

Yo no puedo detenerme más por ahora en este asunto; pero el Sr. Esbrí, que es perspicaz y no siempre mal intencionado, de fijo vislumbrará lo que me queda en el tintero, y que me queda mucho.

Sea humilde como yo acabo de serlo en lo del «ser cortés.» ¿Verdad que tengo *algo* de razón? ¿que cabe el *abuso* de la sinalefa? ¿que hay sinalefas y sinalefas? ¿que la materia es muy extensa y complicada? ¿que no basta lo que acerca de ella dicen las retóricas vulgares?

Y no tengo más que decir. Porque las objeciones de carácter general, referentes á mi manera de entender los deberes de la crítica, etc., etc, las tengo combatidas en multitud de artículos.

Yo también he encontrado defectos de retórica y de gramática (anfibología inclusive) en los artículos del Sr. Esbrí; pero como no tengo interés alguno en demostrar que hay en el mundo un Sr. D. José María Esbrí que no escribe todo lo bien que fuera de desear, no digo palabra de las incorrecciones notadas.

Confieso que si estuviéramos en país de más cultura literaria, no hubiera dado todas estas explicaciones á un opositor á cátedras de Retórica que busca los asuntos para *colocar* sus citas; pero en España hay tal ignorancia entre la clase de literatos, que al hablar con un dómine se figura uno habérselas con un sabio.

Ahora, lo que no le aconsejo al Sr. Esbrí, es que insista...

CLARÍN.

(1) Véase el soneto de las *Dulces prendas*, de Garcilaso.

DESDE EL BOULEVARD

No, esto no es el Boulevard; desde hace quince días esto es la Carrera de San Jerónimo, ó la calle de Alcalá.

Esto es la invasión española, *la revancha* de la invasión francesa del año ocho.

Los españoles han conquistado á París en quince días.

No se da un paso sin ver una cara conocida, un semblante amigo; cada cinco minutos un saludo cariñoso, á cada momento un golpe de sombrero.

Madrid debe ser algo como el desierto de Sahara en estos momentos, porque no hay madrileño que se estime ó se distinga por algo, desde los personajes políticos más en boga hasta los bailarines retirados ó en activo servicio que representan *la patria* en el Circo de Invierno; desde la altiva Duquesa á la que pesca, no en ruin barca, sino en el *trotoir*, como aquí llamamos la vía pública de la mujer.

En fin, para que nada falte, para que *todo Madrid* y todos los *Madriles* estén aquí *au grand complet*, anteayer, al entrar en el Grand Hotel á dejar tarjeta á un ex embajador, me encontré con el doctor Garrido.

—*Tu quoque!* exclamé al verle.

Y el doctor me respondió:

—Mi deber moral era asistir á esta fiesta del trabajo, y he venido á cumplirlo. De paso le arreglaré el estómago á todo el que se presente.

—Y el caso es que desde que el *Fígaro* anunció mi llegada á París, añadió mi hombre, mi cuarto está lleno de desahuciados.

—¡Y yo que pensaba que estos franceses eran gente de mucho estómago! exclamé al despedirme. No se puede asegurar nada en este mundo.

Al salir á la calle me encontré á Barbuchi con dos cuadros debajo del brazo. ¡Lo mismo que en Madrid!

Mariano Fernández me saludaba al mismo tiempo desde un coche, y más allá pasaban en otros vehículos ó *pédibus andando:* Alonso Martínez con Elduayen, Emilio Mario y su hijo, Matoses, Alfredo Escobar, Santana, Sánchez de León, Albareda, la duquesa de la Torre, Valentín Martín, el dentista Heredia... ¡qué sé yo! los *Madriles* en masa inundando cafés, y teatros, y conciertos, hablando por los codos, gastando un dineral y dándome á mí un gozo de verlos, que el corazón no me cabe en mi dilatado y robusto pecho.

—

Mi querido amigo y director Eduardo Navarro ha contado á esos lectores, con el salero que Dios le dió (y que yo para mí quisiera), la pasión de una Duquesa por un *burrero* de la calle del Cairo.

Quizás no presintiera él, al sacarle aguda punta al suceso, que ese caso patológico iba á degenerar en epidemia.

O los franceses deben tener muy pocos atractivos en la vida íntima (digámoslo así), ó las francesas están sedientas de emociones nuevas y exóticas.

Nada menos que el *perfecto* de policía (así lo llama una señora de Cuenca que ha venido á *exponer* á sus niñas) ha tenido que poner orden en la Explanada de Inválidos (centro de la población oriental de la Exposicion).

Tal era el asedio que los negros del Congo, los moritos y los annamitas sufrían (del mejor grado, por supuesto) de las señoras más ó menos momentáneas ú *onduladas*, como ahora las llamamos, que, sin hacer distinción de colores, venían á ofrecer su corazón, con todas sus consecuencias, á estos apreciables indígenas.

De gustos no hay nada escrito, y bien lo demuestra que los más solicitados entre estos *frutos coloniales*, eran los annamitas.

Sin duda, sus dientes teñidos de negro, su color amarillo y sus labios teñidos de rojo por el betel que constantemente mascan, tienen atractivos desconocidos para estas lindas parisienses.

¡Misterios! Yo declaro ingenuamente que si me condenaran á pasar la noche encerrado con una de estas cochinchinas que no se diferencian de sus compatriotas más que en la longitud del pelo, pediría la conmutación de pena y me creería favorecido con que me encerrasen á solas con uno de los Veraguas que ha banderilleado *Lagartijo*.

—

Después de lo dicho no extrañarán mis lectores que les afirme que nuestros toreros están haciendo estragos en el bello sexo parisién.

De alguno sé que ha recibido proposiciones formales de una actriz muy distinguida para que se deje robar y conducir allá lejos del mundo y sus ruidos, al lindo nido de amores que los espera.

Y Marquesa linajuda ha habido que, no satisfecha con admirar á un espada *coram pópulo*, ha querido proporcionarse una corridita á puerta cerrada, en la cual se había de encargar el diestro de todas las suertes y traer los trastos de la lidia. La señora no proporcionaba más que el toro.

Pero ha de haber resultado manso.

—

Estamos en pleno período electoral.

Los carteles de todos colores cubren ya los edificios públicos.

Y á todo esto no hay quien sepa si Boulanger volverá ó no.

Todos los días nos comunican los periódicos de su bando un nuevo plan sobre la *rentrée* del *brav'général*.

Pero yo, sin poderlo remediar, recuerdo á aquel baturro que estaba muriéndose, y al que se empeñaba en auxiliar cristianamente un bondadoso clérigo.

—¿Cree usted en Dios?

—Sí, padre.

—¿Cree usted en Jesucristo, su único Hijo?

—Sí, padre.

—¿Cree usted que murió por redimirnos?

—Sí, padre.

—¿Cree usted que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos?

—Sí, padre..; pero ya verá usted como no viene.

Blasco.

París 12 de Septiembre de 1889.

¡PERO DON CANUTO!...

(Á UN INTRUSO).

Señor don Canuto
Boyero y Fernández:
En fina demanada
recibí un *romance*,
hijo de su *ingenio*,
según las señales,
para que yo emita
sobre él mi dictamen.
¡Vaya, vaya, vaya!
¡Carape, carape!
¡Cuánto lo deploro,
verme en este trance,
señor don Canuto
Boyero y Fernández!
(¡Y habrá quien te vista!
¡Y habrá quien te calce!
¡Y no hay quien te zurza
ni habrá quien te mate!)
Cada mortal tiene
sus debilidades.
Yo he luchado en vano
contra mi carácter,
por ver si evitaba
desilusionarle;
pero no se deja
sobornar de nadie,
y al Verbo Divino
canta las verdades.
En su consecuencia,
voy á usté á juzgarle
sin paños calientes
de ninguna clase.
A usted le sucede
lo que á otros mil *vates*,
que escriben en tonto,
sin numen bastante,
sin doctos principios
ni reglas del arte;
títulos tan justos
como indispensables,
y aciertan, á veces,
como dijo Iriarte,
sólo por chiripa:
nada, esa es la frase.
Se hallan comprendidos
les tales rumiantes
de las bellas letras
y las bellas artes,
en la insigne fábula
del citado vate;
la cual se titula...
(¿si podré acordarme?...)
¡Ah! *El burro flautista*.
¿Es usted bastante
capaz de decirme
que ignora ó no sabe
la fábula egregia
que no he de copiarle?

Bueno, pues dejemos
el exordio aparte,
señor don Canuto
Boyero y Fernández.
¿Quiere usted que emita
sobre su *romance*
mi opinión sincera,
aunque poco vale?
¿Que sí? Pues corriente.
No hay que conjurarse
si no es lisonjero
para usté el dictamen.
Vuelvo á repetirle
mi primera parte.
A usted... francamente,
no quieren dignarse
darle su tutela
las Musas... ¡qué diantre!
¿Y qué va usté á hacerle
por este percance,
señor don Canuto
Boyero y Fernández?
¡Deje usté á las Musas!
¿Qué falta le hacen?
Si yo poseyera
tan sola una parte
de las hortalizas
y los melonares
que *cultiva* hace años
en sus heredades
de *Villaciruelo*
ó *Villasalvaje*,
¿yo tratarlas? ¡Vamos!
¡Como no tratase!...
¡Ya no hacía coplas
ni para mi padre!
Eso no contando
sus múltiples aves,
sus reses vacunas
y otros animales.
Como que usté debe
de ser el más *grande*
ó el mayor rentista:
¡eso es indudable,
señor don Canuto
Boyero y Fernández!
En fin, concretando:
sobre su *romance*,
ya que usted me obliga
á que al fin lo falle,
diré á usted, en conciencia,
por si no lo sabe,
que está el pobrecito...
¡lleno de lunares!
Este es mi concepto.
Yo no engaño á nadie,
señor don Canuto
Boyero y Fernández.

Eustaquio Cabezón

PROPIO Y AJENO

Lea usted con entusiasmo el anuncio de Micifuf que va en la página 8.ª

Bueno; ahora repita usted ese nombre tres ó cuatro veces al día.

Luego haga usted que la familia también lo repita.

Después dígale usted á todos sus amigos que hagan lo mismo.

Luego...

Luego ya le diré yo á usted lo que debe hacer.

—

Las cacerías de lobos es el título de un interesante libro que acaba de publicar D. Emilio Mozo de Rosales.

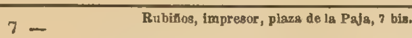
Se vende á tres pesetas en todas las librerías.

—

Nuestro antiguo colaborador Salvador Rueda ha puesto á la venta una primorosa edición de sus poesías *Estrellas errantes*. Precio, una peseta.

—

¡Consuelo! Poema por Julio González Hernández. Toledo, 1889.—Una peseta.



Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—Si ustedes no mandan otra cosa, con su permiso me voy á vestir.

MICIFUF

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
21 Septiembre 1889.
NÚMERO 51.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

RICARDO DE LA VEGA

El éxito alcanzado por la última obra de Ricardo de la Vega, obra que, dicho sea entre paréntesis, es lo único bueno y de verdadero gusto literario que ha pasado por las candilejas del Príncipe Alfonso, nos hace tributar un nuevo y entusiasta aplauso al mejor y más culto de nuestros saineteros, á la verdadera tía Javiera de los cuadros de costumbres populares, al sucesor directo de D. Ramón de la Cruz, al autor de *El café de la Libertad*, *La canción de la Lola*, *Pepa la frescachona* y otros muchos sainetes que le acreditan de versificador correctísimo y de ingenio culto y chispeante.

Afortunadamente escriben Ricardo de la Vega y dos ó tres autores más de buena ley. De no ser así, estaban lucidos los teatros por horas, que se verían precisados á sustituir el título que adorna sus puertas, por este otro:

Almacén perpetuo de majaderías.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año .... 9 *pesetas.*
Seis meses .... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Hablemos hoy del microbio de D. Blas.

El asunto es interesante y se presta á una serie interminable de reflexiones.

Doy por sentado que todos ustedes conocen al protagonista de este verídico relato, al Sr. D. Blas Zingotita. ¿No?

Pues de seguro le han visto ustedes, y hasta le han hablado hasta un millón de veces.

¡Como que es uno de los tipos más populares de Madrid!

Acaba de cumplir setenta años, y es viudo en terceras nupcias.

Rico, y amigo del placer, sacrificó en los altares de Venus y de Baco su salud y su dinero con verdadera prodigalidad.

Tenorio incorregible, perseguidor incansable de las buenas mozas, no calculaba el bueno de Zingotita que llegaría un tiempo en que su terca voluntad sería domeñada, y sus locas empresas alcanzarían término fatal, rindiéndose la materia fatigada, sin que lograse galvanizarla un punto más el rudo acicate del deseo.

Y ese día llegó. Pero D. Blas, como dicen que sucede á los músicos viejos, no perdió el compás ni la afición.

¡Ahí le tienen ustedes! Persiste en echarla de valiente, y continuar la serie de sus conquistas.

Cree que sus peluconas le facilitarán todos los caminos, allanándole todas las dificultades.

¡Cómo se equivoca el vejestorio! Su calva monumental, sus ojillos apagados, sus manos temblorosas y sus vacilantes piernas, le indican que ha sonado para él la hora del descanso.

Pero en vano; él opone á la acción destructora del tiempo los recursos y revoques del arte, y es un maestro consumado en la ciencia de la pintura y del afeite.

Cubre sus arrugas charolando su epidermis con las pastas y cosméticos más acreditados. Su dentadura es la obra maestra del más afamado dentista de París. Tápase la pelada cabeza con una peluquita rubia y rizosa, que es un prodigio de arte cabelludo, y es innúmera la colección de sus lápices para cejas y pestañas, de sus opiatas para los labios, de sus esponjas, cepillos, cortaplumas, limpiauñas y cortacallos.

El zapatero hace prodigios para disimular los juanetes de sus pies cansados y defectuosos; el sastre suda la gota gorda para dar esbeltez y tiesura á su cuerpo caduco y contrahecho.

Vestido siempre á la última moda, no sale jamás de su casa sin colocarse antes una gardenia en el ojal y un cigarro habano entre los dientes postizos.

Y sin convencerse de que su retiro está definitivamente acordado, aún sueña con amantes ojos que le miren con ternura, con labios sonrosados que estampen cariñosos besos sobre sus pintarrajeadas mejillas.

Tenaz en su empeño, hace pocos días declaró su pasión á una hermosa mujer.

Y en un descanso de asma, y entre dos golpes de tos, declaró su atrevido pensamiento, adoptando las más ridículas posturas y los ademanes más exagerados.

El desengaño fué horrible.

—¿Está usted loco, amigo Zingotita? contestó la joven, que era burloncilla y tan linda como discreta. ¡Está usted hecho un carcamal, mi querido D. Blas! Usted no está ya para esos trotes. ¡En vez de buscar la cuarta mujer, arregle usted sus cositas y tome sus disposiciones testamentarias!...

—Señorita, señorita, replicó don Blas sulfurado: ¿á usted se le figura que yo estoy?...

—Para sopitas y rosarios; nada más que para eso...

—Yo la demostraré á usted...

—No es fácil. Vaya, acuéstese usted tempranito, tome usted la tisana á sus horas, y no abuse usted de los cigarros habanos y de las pastillas de menta.

Y lanzando una sonora carcajada, dejó al chasqueado vejete con la palabra en la boca, y enlazando su brazo al de un apuesto galán, fué á contar su aventura á unas amigas que se hallaban al otro extremo del salón.

Pronto un coro de risas y alegres exclamaciones hizo comprender á Zingotita que su aventura servía de pasto á la voracidad de aquellas Evas, y se alejó precipitadamente.

Aquella decepción le hizo reflexionar, y, cán, cán, llegó á caer de su burro.

Pero ¡ah! por desgracia suya vino á sus manos, al día siguiente un periódico que daba la noticia del reciente descubrimiento de un médico italiano, el profesor Malincónico, de Nápoles.

La teoría del profesor napolitano ha chiflado por completo á D. Blas. Ya habrán leído ustedes la noticia.

Figúrense ustedes que el Sr. Malincónico asegura que la vejez es una enfermedad como todas las demás, que tiene un preservativo, y que puede curarse ni más ni menos que se curan las tercianas, las jaquecas, el tifus y las pulmonías.

La vejez, dice, no la produce la edad, como se ha venido creyendo hasta ahora.

El autor de los estragos de la vejez, es un microbio.

¡Qué alegría la del señor de Zingotita, al enterarse de esta afirmación!

Lo heredamos al nacer, continúa el profesor italiano, crece y se multiplica con el tiempo (¡mire usted que gracia!) y con más rapidez en unos individuos que en otros, según la naturaleza, acaba por postrarnos, por privarnos una á una de nuestras facultades—cuidado con el bicho—y por facilitar los estragos de las demás enfermedades.

Descubierto el microbio, no hay más que inventar medios, buscar sustancias para destruirlo.

Muerto el perro, se acabó la rabia. Destruído el pícaro microbio, ya no hay un viejo por el mundo. Se podrá vivir más ó menos años, pero siempre, lozanos, jóvenes, aptos para todo.

Esta será la mayor de las felicidades.

¡Encontrarse uno á los doscientos años con el cuerpo... boca fresca, el pelo sin una cana, y los ojos brillantes y arrebatadores! El caso es encontrar al microbio.

Y después de encontrado, matarlo.

Y he aquí la idea fija, el pensamiento constante y tenaz del pobre Zingotita.

Desde que ha leído la teoría de Malincónico, no duerme, ni come, ni vive, ni descansa.

Se ha empeñado en rejuvenecerse, matando al animalito causa de su vejez.

Y es natural; no se ocupa de otra cosa.

Se pasa el día buscándose el microbio.

¡Pero no se lo encuentra!

E. Navarro Gonzalvo

El tizón de la nobleza.

Hasta los plebeyos ó «plebeos,» como diría algún chico de esos que pedescriben revistas para que algún maestro, aunque sea «de escuela,» las eche música y las vistan ó siquiera las remienden Bussato, Amalio, Muriel ó cualquier otro pintor escenógrafo; hasta nosotros hemos conseguido conocer por sus nombres á las damas y á los galanes aristocráticos y á los *demihabillés*.

Y lo hemos conseguido sin esfuerzo, como consiguió tener sucesión aquel Príncipe chino.

Gracias á los buenos oficios de algunos trovadores de su corte, que cantaron las hazañas del heredero del Príncipe.

Porque allí era, en aquellos tiempos, electiva la corona ó la coroza, mejor dicho.

Cortaban la cabeza á un Príncipe dificultoso como chino, lo mismo que á una persona particular.

Con que les pareciese que era po-co-chi no, había suficiente motivo para la degollación.

Ahora es el Imperio chino un país modelo por la suavidad de sus costumbres.

Suavidad espontánea, sin necesidad de *cold-cream*.

Pues bien: por esos trovadores modernos, de la *crème* social, conocemos de vista, los vulgares, á la *crème* legítima y auténtica, y sabemos cómo visten para andar por casa solos ó con amigos, para salir á pasear, á visitas, al campo y aun para dormir la siesta en las tardes del estío.

La bata de brega de la hermosa X y el gorro del ilustre señor Q.

Y todo lo hemos aprendido por el corto interés de cinco céntimos.

Es decir, por medio de las *Crónicas* de salones que publican varios periódicos.

Aun de memoria pudiéramos recitar algunos lectores de periódicos, los nombres y apellidos, títulos que han cometido unos, y los timbres de nobleza hereditaria, de otros.

Sabemos cuál de las damas que asisten á las recepciones ó que reciben de suyo en sus casas de cuando en cuando, es rubia, y cuál es morena, y cuál usa ojos azules y cuál pardos bazanes.

Y cuál es hermosa y cuál no, y cuál es discreta, y cuál no lo finge siquiera.

Sabemos cuándo se casan y cuándo dan á luz hembras ó varones.

Y en esto han generalizado tanto los cronistas, que no solamente comunican al público las noticias de bodas y bautizos de personas de la aristocracia primera ó de «la primera aristocracia,» que debe de ser la que se arranca desde los primeros pobladores de la tierra, sino que también de las chicas y chicos de «The Cursis Company.»

Habrán leído ustedes varias veces en los periódicos:

«El inteligente y agraciado flautista ambulante don N. de N. contraerá, dentro de pocos días, á la señorita Q. Q.»

Vamos, «contraerá matrimonio,» que es como suele decirse, aunque mal, porque eso de contraer parece que significa «encogerse los cónyuges,» por lo cual puede ser significado muy lógico en tiempo de invierno, y nada más.

Luego que eso de «contraerse en matrimonio» trae á la memoria lo que dicen los aficionados á toros, refiriéndose á las reses que se encogen al sentir el hierro:

Que se «embeben.»

Conque también pudiéramos decir:

«Fulano de Tal se ha embebido en matrimonio...»

O «la señorita N., ya conocida de nuestros lectores, se ha embebido...»

Verdaderamente no hay con que pagar á esos autores que nos instruyen en el conocimiento de la historia, vida y hechos de una familia nobilísima y de sus dignos representantes en nuestros días.

Porque de otra suerte, ¿cuándo habríamos de conseguir la buena de conocer todo eso?

Que «viste mucho» hablando en chulo complicado en sastre, el conocimiento, siquiera sea de vista, de tantas personas notables por su nacimiento no natural, sino histórico, y el poder decir un hombre vulgar á otro del mismo ó semejante «pelamen:»

—Aquella es la de Pompadour, extranjera. Esas son las de M. K. Britum, también extranjeras, y demás.

Y así sucesivamente, hasta pasar revista á cuantas personas «conocidas,» como dicen los infelices del «Cursis Company,» se hallan en un teatro, en el paseo ó en la calle.

El que no conozca á la gente, ¿adónde ha de ir?

Como el que no tenga ropa negra.

—Pues al depósito de «cadávres,» como decía un *cabayero* á su esposa temporal.

Eduardo de Palacio

EL COMERCIANTE Y EL OSO

El escudo de la villa de Madrid está amenazado de una modificación esencial.

Del oso y el madroño no quedará más que el madroño, y será suprimido el oso, si los Tribunales estiman justa la pretensión de un vecino de esta corte y villa.

Es el caso que cierto joven acostumbraba á rondar la calle, hacer el oso, y, por último, *pelar la pava* con el dulce tormento todas las noches.

Esto no tiene nada de particular.

Ella estaba en el balcón. El en la calle, pero á pie.

No como el plantígrado del último sainete de Vega.

Que es un oso de caballería.

Y se va á hablar con la novia á caballo.

El comerciante de la esquina, ó el de enfrente, ó el de al lado, no debía de ver con buenos ojos, ó, mejor dicho, de oir con buenos oídos el nocturno coloquio amoroso de los dos amantes.

Y trato de *desterrar* al novio.

Este, naturalmente, se opuso.

Insistió el otro.

No se dió á razones el joven, y *de aquí*, como dicen los hablistas, el litigio en cuestión.

Sostiene el comerciante ante el juez del distrito que la parte contraria interrumpe la vía pública.

Y aduce el otro su derecho de pararse en la calle, sin perjuicio, no de banderillear al transeunte, sino de echarse á un lado cuando sea preciso.

Tenemos, pues, un problema que resolver. A saber: si el *oso* á pie quieto y á la intemperie es un oso legal ó ilegal.

De proclamarse la ilegalidad del oso, ¿no procede modificar el escudo madrileño?

Porque ¿qué representa un oso en un escudo, sino es la respetable clase, ó el gremio, como quien dice, tan numeroso y distinguido que aquí existe?

Y una vez suprimido, ¿con qué otro animal será sustituído?

La respuesta es difícil. De reemplazársele con un atributo del reino vegetal, nada más ridículo que el melón.

LUISA CAMPOS (Del Teatro de Apolo).

Suele decirse del que se enamora hasta el punto de ejercer en público—como el que pela la pava—que está amelonado.

Entretanto, y hasta conocer lo que resuelven los Tribunales, las gentes dan su opinión sobre el asunto.

—¡Qué barbaridad! exclamaban las de Afuera, noches pasadas en el Prado. ¿Con qué derecho le van á quitar á una que hable con el primero que pase, si quiere? ¡Que quiera él, y veremos! *Maixime* ahora que se acaba el verano y tiene una que quedarse en casa toda la santa noche.

—Eso es, añadió una amiga; y luego vete á decirle á cualquier *muchacho* que no hay otro medio de tener relaciones que entrando en casa y delante de mamá. Se escaman. Hay que irlos metiendo en harina por sus pasos contados.

Un señor, chapado á la antigua, defendía impíamente la supresión de la peladura de la pava.

—Eso del oso, exclamó, es una verdadera *osadía*.

—¿Usted, le preguntaron, no *osó* nunca?...

—¿Qué había yo de *osar*, señor mío?

—Decía que si no osó usted nunca tener novia.

—Sí, señor; tuve varias. Pero todas por la parte de adentro. Es decir, que no me gustaba dar un cuarto al pregonero en medio de la calle.

Vea usted ese joven de enfrente. Se pasa ahí las horas muertas. Está *osificado*.

La opinión de los interesados, ó *interosados*, no hay para qué decirla.

Su programa es éste: El oso libre en el estado libre.

No puede darse nada más *óseo*.

José de Laserna.

MENUDEO

—Si fuera verdad eso de la guerra de Africa, saldríamos ganando, porque *moriríamos* muchos y correrían las escalas.

LOS GENIOS

—Crea usted, amigo mío, que eso del submarino lo hace cualquiera: dos válvulas, dos émbolos, dos cilindros, los pone usted en contacto, establece usted la corriente, y ya tiene usted un submarino.

—¡Pues no me ha dicho que suba, la muy!...

—¡Ah! ¡Si usted supiera cuánto he gozado yo en esa Concha de San Sebastián!
—¡Caballero, esas cosas no se dicen á una señora!

MENUDEO

Paca la *Descuajaringá*, del ramo de aguadoras.

—No se puede usted suponer, Adolfito, los recuerdos tan gratos que traigo del Sardinero.

—La suponía á usted de más elevadas miras. ¡Descender hasta un sardinero!

—Aquí con confianza, D. Anacleto.

—Agradezco á usted mucho..., porque no hay nada más hermoso que la confianza; puede uno obrar con libertad, y hasta, si á mano viene, regoldar en la mesa, como en su propia casa.

—Un dato que no he podido encontrar en ninguna historia, es de qué enfermedad murió el Rey que rabió.

Carta de despedida.

Á CLARÍN

Muy señor mío y mi dueño: Muestra de ingratitud, y no pequeña, sería pasar en silencio los dos artículos con que ha tenido usted á bien honrar mi modesto engendro. Antes que el despecho por los desdenes, con que ha querido usted á veces molestarme, puede en mí el reconocimiento por la benévola acogida que en usted he hallado; y no digo esto á causa de los desmedidos elogios que en el comienzo del primer artículo me prodiga (que ya sé distinguir lo que es hijo de la justicia de lo que solamente lo es de la cortesía ó de la estrategia del polemista), sino por el hecho de contestarme, y de hacerlo en los términos que todos han podido apreciar. Doy á usted las más expresivas gracias por su acción, no muy frecuente entre los predilectos de Apolo. Eso de sobreponerse á los consejos de los amigos, y tal vez á los del propio orgullo, lanzándose á empresas en que, por la oscuridad del contrario, es muy difícil añadir una hoja más á la corona por la admiración de todos concedida, y es, en cambio, muy fácil sufrir algún detrimento en la integridad de la fama, á costa de tantos desvelos y por tantos merecimientos adquirida, cosa es que no se ve todos los días, y que debe aplaudirse donde se encuentre, sin regateos de ningún género.

No quiero hacer indefinida la duración de esta polémica, ni mucho menos promover otra; no ignoro que para *parte de por medio* ya he hablado bastante; ni abrigo, en fin, la fatua vanidad de creer que mis dichos y hechos han de atraer por mucho tiempo la atención del público. Sólo es mi deseo hacer algunas aclaraciones y rectificaciones, tanto para ilustrar la privilegiada inteligencia de usted con datos que desconoce, como para mostrar la pureza de los móviles que me han impulsado á entrar en esta contienda.

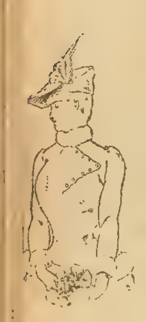
Así como no tenía agravios que vengar de usted, tampoco tenía deudas que satisfacer á D. Manuel; mi intervención ha sido una verdadera quijotada. Me pareció en los albores de la cuestión de usted con Palacio que se excedía usted en la defensa, empleando cañones de doscientas toneladas para combatir picaduras de mosquito, y me lancé á romper una lanza en defensa de lo que creía justo, y nada más.

En cuanto al nombre puesto al fin de mi artículo, sepa que no es seudónimo, sino el que me dieron cuando, sin contar conmigo, me hicieron católico, y el apellido es el de mi padre, que Dios me conserve por toda mi vida.

RAMONA TORRES (Del Teatro de Apolo).

Ni soy crítico, ni de *La Patria*. De la verdad de lo primero usted ha certificado ya con un juicio asertórico; yo lo hago ahora con uno apodíctico, que tiene más fuerza; de la verdad de lo segundo, bástele saber que mi enclenque producción vió la luz primera, en forma de un solo artículo, en *La Ilustración Nacional*, y que de allí, y en el mismo día de su aparición, fué trasladada á *La Patria*, donde cuento con amigos queridísimos que, guiados del mejor deseo, me hicieron este flaco servicio.

Me ha llamado usted maestro de escuela, dómine y hasta pedante, y contra tales calificativos protesto de una manera rotunda, no porque yo crea depresivos á mi nombre los dos primeros, ni tenga á menos confundirme con una clase que tantos modelos ofrece de amor desinteresado al saber y de abnegación, rayana del heroísmo, en el sacerdocio de la enseñanza, sino porque mi lenguaje, mi estilo y mi erudición (!) no son los suyos. ¿Ha visto usted en mí, por ejemplo, muchos *si que también*? Pues lea documentos redactados por tan benemérita clase, y muy desgraciado ha de ser si no encuentra semejante locución desde los primeros párrafos. ¿Posee mi estilo la grave seriedad de quien está penetrado del papel que en la sociedad desempeña? Pues si no la tiene, y de hecho es así, la calificación de usted es errónea. Compare mi modo de escribir con lo que hace Ratin y con lo que de él se dice en la *Bibliothèque de mon oncle*, y después sentencie en conciencia. Por último, ¿ha encontrado usted muchos dómines que se sepan casi de memoria á Gargantúa y Pantagruel, que se refocilen con las sales de Marcial y Catulo, y que lean á Goethe y Schiller en su propio idioma? No afirmo que mi caudal de erudición sea mayor ni mejor: lo que sí afirmo es... que es *otro*.



Y vamos á lo de pedante, con que ha pretendido usted mortificarme, á pesar de haberle sido simpático, en venganza de algo que usted sabe y nadie ignora.

Habiéndome sido por todo extremo simpático el bueno de Cabranes, por lo de gramático, por lo de humanista, y más todavía por su desdichado concurso, en que *un Commelerán* se lo dejó *in albis*, soplándole la prebenda que indudablemente merecía, pensé hacerme bienquisto con él (con Cabranes, no con Commelerán), y aun distraerle del amargo dejo que nos produce la victoria de la imperfección histórica sobre la justicia eterna, hablándole en una lengua parecida á la suya, moviéndome en el encantado Edén de la antigüedad clásica, donde se ha refugiado, su alma... ¡Trabajo inútil! Tan buenos propósitos, apenas esbozados con cuatro latinicos, sólo han tenido por premio llenarme usted de pedantería por arriba, por abajo, por delante y por detrás. ¡Si soy lo más desgraciado!...

He notado en usted varias inconsecuencias, que voy á exponer con toda la brevedad posible. Su primer artículo era, á pesar de lo valiente de la defensa, todo mieles para mí; el segundo todo hieles. ¿A qué ese cambio? Para su descargo, declara usted que no he tachado de anfibología la transición más ó menos brusca

y á la cortés dedicatoria atiendo;

pero más adelante, cuando trata de ajustarme las cuentas, me la cuenta por tal. Esto no es justo; hágalo las dos veces, ó no lo haga ninguna. Dijo usted que las tachas puestas por mí no eran tachas; mas en mi penúltima dificultad, confiesa que Cabranes era de mi opinión, y dice que casi casi tengo razón; luego hay una casi casi tacha, y habiendo una casi casi tacha, la primera afirmación era falsa, por lo menos en su generalidad.

No dejó de afligirme el citar usted á don Hermógenes á propósito de mis asendereadas oposiciones. Precisamente por huir de su parecido, me he jurado á mí mismo, y lo estoy cumpliendo con rara constancia, aunque esto sea dar palos en el burro (que no burra) de casa, ponerme á limpiar botas en la Puerta del Sol antes que en presencia de siete sabios más ó menos oficiales ó... aprendices.

De todo saca usted partido. Hasta me echa en cara las *disculpas* con que acompaño cada una de mis dificultades. Pues ¿qué quería usted? Sin duda alguna no sería que entrara preguntando por el sitio donde cuelgan la capa los oficiales. Creo que si tal hubiese hecho, me hubiera usted aplicado un severo correctivo, poniéndome como chupa de mí mismo, quiero decir, como chupa de dómine. Veo que exige usted de sus *criticados* lo que en un cuentecillo me decía mi santa madre cuando aún no sospechaba yo la existencia de las letras de molde: *Unos calzones que ni vayan, ni vengan, ni costuras tengan.*

Cumple á mi lealtad arrepentirme del *salto* que dí en la segunda anfibología. Su señoría tiene razón. En cambio no ha entendido la acepción que daba yo, de acuerdo con todos los gramáticos, á subjetivo y objetivo; y si lo ha entendido, no sé á qué sacar á colación la poesía lírica, la épica, como usted ha hecho. *Subjetivo*, lo que es propio del sujeto de la oración; *objetivo*, lo propio del objeto, ó complemento directo. Así, en *tu castigo ha sido excesivo*, refiriéndonos á un padre que vapulea á su hijo queremos decir: el castigo que ha dado, y es subjetivo, por tanto; en *me conmueve tu castigo*, refiriéndonos al hijo vapuleado, damos á entender el que le han dado, y es objetivo. Pregúntele á Cabranes, quien diciendo lo mismo que yo, añadirá tal vez que los habitantes del Lacio, para evitar las anfibologías que de aquí pudieran nacer, distinguían por esto entre *amor meus* (subjetivo) y *amor mei* (objetivo). Ya ve usted cómo mi dificultad no carecía de fundamento.

No insisto en rectificar más, por la falta de espacio. Confío en que á la perspicacia del curioso lector no se ocultarán la parte que corresponde á la razón y la que se debe á la suprema habilidad.

De mis faltas, que son más que las de una mujer preñada, si es cadañera sobre todo, dice usted que no quiere hablar, porque supone que á nadie le interesará su conocimiento. Casi casi tiene usted razón. No la tiene, sin embargo, en absoluto; porque posible es que haya más gente de la que usted se figura que sienta curiosidad por conocer la autorizada opinión de usted sobre este punto; posible es que alguno de los dos poetas enteros que usted cuenta en nuestro Parnaso participara de esa misma curiosidad; y posible es, finalmente, que algún ilustre poeta de fuera de la Península deseara saber lo que dice el primer crítico español acerca del oscuro, del merecidamente oscuro Esbrí.

El hecho de que puedo yo pasar ante usted plaza de sabio (que de seguro no la paso ni tengo la necedad de pretenderla), lo atribuye usted á la estulticia nacional (hablaremos en culto, para no excitar las iras de los sencillos patriotas); pero ¿no ve usted, *Clarín* de mi vida ó de mis pecados, lo peligroso para usted de tal argumento? ¿No considera que cualquiera, ó un cualquiera, puede atribuir la envidiable fama de que usted goza á esa misma estulticia?

Termina usted con un consejo y una reticencia. En cuanto al primero, agradeciéndolo en lo que vale, que es mucho, por venir de donde viene, le diré, con todo, que no me era necesario; y en cuanto á la segunda, no pretenda ejercer conmigo de dios Neptuno, tomándome por el Céfiro y el Euro. Hay cosas que ya han pasado de moda.

Pongo aquí punto final, reiterando á usted la expresión de mi sincero agradecimiento. El recuerdo de su conducta durará en mí lo que me dure la vida.

Con este motivo se ofrece de usted devotísimo amigo, no por vano cumplimiento, sino en lo que importe

José M. Esbrí.

Madrid y Septiembre 19 del 89.

MI RETRATO

A don Angel Pons, ilustre
dibujante en Los Madriles:
Para que yo no me fustre,
me ha dado usted mucho lustre
exhibiendo mis perfiles.

De darle no me recato,
gracias, como es natural,
por haber hecho el retrato;
pero estoy pasando un rato,
créalo usted, infernal.

Después que me convencí
de que el copiado era yo,
pude consolarme así:
—¿Seré yo tan feo? ¡No!
¿Pons me ha calumniado? ¡Sí!

Con esto me consolé;
y para buscar testigos
de cargo, aquí, contra usté,
me dirigí hacia el café
donde estaban mis amigos.

El dibujo recortado
les mostré en el ambigú,
diciendo:—«El Empecinado;»
y me quedé casi helado
al oir:—¡Quiá! ¡Si eres tú!

—¡Cómo que yo!
—Es evidente.
—¡Mentira!
—El mismo entrecejo...
—¡Dios mío!
—La misma frente...
—Pero...
¡Mírate al espejo
y lo verás claramente!

Ante este atroz resultado
que me dió la prueba, estoy
furioso, desesperado,
y grito desconsolado:
—¡Dios mío! ¡Qué feo soy!

¿Conque en un error no está
Zahonero—¡voto á mi vida!—
cuando á todos por acá
dice que soy una *galerada mal corregida?*

Luego no mienten, ¡horror!
como creí, y ya no creo,
las muchachas de obrador,
cuando las echo una flor
y dicen:—¡Ta-day, so feo!

Yo mismo de mí me asusto,
pues durará algunos meses
mi ceño, grave y adusto.
¡Hasta he perdido ya el gusto
de pagar á los ingleses!

Debería... ¡voto á tal!
ponerle á usté como un trapo,
—como un trapo de percal;—
por no retratarme mal,
por no sacarme más guapo.

¡Claro que no lo haré! pero,
ya que así esta vez pasó,
para otra no lo tolero.
¡Retrate usté al *Regatero*
y diga usté que soy yo!

José Estrañí.

LUCRECIA ARANDA (Del Teatro de Apolo).

UNA DUDA

En el circo de Rivas, ó, si ustedes lo prefieren, del *Príncipe Alfonso* (que no vamos á reñir por tan poca cosa), están representando estas noches una zarzuelita en un acto, titulada *A casarse tocan, ó la misa á grande orquesta*. Dicen de la obrilla que tiene gracia, y me parece que dicen bien; y esto lo saben cuantos la han visto y lo presumen los que no la han visto, y conocen el nombre del autor. Pero dicen también de la obra que es *un sainete*, y lo que es por eso sí que no paso; la cosa será de mucha gracia, corriente; resultará ingeniosa, lo concedo; tendrá vida, y animación, y movimiento, y todo lo que ustedes quieran, convenido; estará admirablemente escrita, sembrada de chistes, atiborrada de sal, bien versificada... no me opongo; pero lo que es sainete no lo es, ni lo parece siquiera. Me refiero á nuestro sainete que podríamos llamar clásico, y del que son modelos acabados, por ejemplo: *La comedia de Maravillas, Las castañeras picadas, La casa de tócame Roque*, y aun acaso algunas del autor mismo de *A casarse tocan*, tales como *La canción de la Lola*, y otras varias.

Si, como hasta ahora se ha entendido el *sainete*, ha de ser, y es por lo general, cuadro de costumbres populares, censuras de los vicios del llamado pueblo bajo, creo que *La misa á grande orquesta* no reune las condiciones necesarias para ser incluída en esa denominación. Ello, al fin y á la postre, llámese sainete, ó llámese zarzuela, ó juguete cómico-lírico, el nuevo trabajo del Sr. Vega será lo que es y obtendrá aplausos y producirá efecto, y, lo que vale más que todo eso, *dará dinero* (como se dice muy expresivamente en la jerga pintoresca de bastidores), y ya lo está dando; de lo cual, pueden ustedes creérmelo, me alegro casi tanto como si se tratase de una obra mía, y no digo que tanto, porque sería mentira y ustedes no habrían de creerlo, ni el autor tampoco.

Pero vuelvo á mi tema: *A casarse tocan*, ¿es un sainete?

La escena que más efecto causa, la que obtiene más nutridos aplausos, es de todo en todo falsa, fácilmente versificada, dialogada con verdadero primor, etc.; sin embargo, completamente fuera de la realidad: no hay capitán de lanceros, por muy lancero que sea, capaz de ir á pelar la pava con su novia, vestido de uniforme, montado á caballo, en medio del día y en calle tan apartada como la de San Sebastián, entre la de Atocha y la plaza del Angel. No hay niña cursi, por muy cursi que la suponga, que diga en voz alta á su novio que se alegra de que le hayan ascendido, porque de ese modo ella tendrá viudedad; eso lo piensan todas, pero no lo dice ninguna; eso la novia no se lo dice á su novio. La novia de Alvaro podía haber dicho eso mismo en un *aparte*, aunque es muy posible que el efecto teatral no hubiese resultado tanto como diciéndoselo al propio interesado, y tampoco habría habido entonces ocasión para decir aquello de:

"antes te falte yo, que tú me faltes,„

que es realmente un chiste de primer orden y dicho con muchísimo ingenio. El autor ha hecho perfectamente en pegar á su obra ese diálogo, sí, señor; es escena de efecto seguro, de aplauso indudable y de gracia verdadera; pero esa escena no refleja costumbre del pueblo, ni es otra cosa que un capricho del poeta. Como es un capricho, no sé si del poeta ó del músico (bien que me inclino á creer esto último), eso de ensayar las misas *á grande orquesta* (ni aun á pequeña) en el porche del templo, momento antes de ejecutarlas en la iglesia.

¿Que aquello da pretexto, ocasión ó motivo para una pieza musical? Sea muy enhorabuena, y bien venida sea la pieza (que no me parece de las mejores de su célebre autor); pero eso no quita para que aquello no sea cuadro de costumbres populares ni aristocráticas.

De la acción que en la zarzuelita se desarrolla, nada quiero decir: primeramente, porque en obras de esta índole el argumento es siempre de importancia muy escasa, y después, porque, á decir la verdad, por aquí es por donde la obra del señor Vega flaquea bastante; porque ni los recursos son nuevos, ni la situación es del todo original, ni son del todo admisibles en el teatro algunas de las figuras que el autor presenta, aunque hagan reir á mandíbula batiente á personas de gusto estragado, de poca y mala educación literaria y de ningún instinto artístico.

Pero, como dijo el otro, eso es ya harina de otro costal.

Dije que trataba de exponer una duda; héla aquí:

La última producción (última por ahora, y sin perjuicio) de Ricardo de la Vega, ¿es sainete ó no es sainete? Ustedes dirán.

Yo he comenzado por decir con franqueza que no me lo parece.

(Y tampoco me lo parecía antes; quiero decir, antes de que el autor lo modificara como lo ha modificado.)

A. Sánchez Pérez.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CANTAR
....
....
Y mírame á la cara,
que no soy feo.
Que no soy feo.
Y mírame á la cara
que no soy feo.
(sigue.)

¿VA USTED Á PARIS?

La pregunta obligada.

¿Quién no va á París?

Ya ven ustedes; por veinte duros ida y vuelta, sin «mantención,» por supuesto.

—Ahora va cualquier pelagatos.

—¿Y por eso me pregunta usted si voy á París? Yo no pelo gatos ni pelo á nadie.

—¿Por qué dirá usted que no voy yo?

—¿Por no tener los veinte duros?

—No señor; porque tengo á mi mujer embarazada, y me disgustaría que diera á luz un francés.

—Hombre, quien ha de dar á luz no será un francés, será la esposa de usted.

—Justo; pero si me sorprende el suceso en París, ¿dejará de ser francés el chico, ó francesa la chica que resulten?

—¿Pensaba usted llevar á su señora?

—No, señor; pero creo que basta que vaya yo.

—¡Qué barbaridad!

—Será francés el hijo de padre residente en Francia...

—¡Qué ha de decir eso la ley!

—Bien; pues quiere decir que no voy en la duda... de si tendré dinero.

—¡Ya! Eso es otra cosa.

—¿Qué persona medianamente esbelta no va á la Exposición?

Todos van.

Entran ustedes en la peluquería.

—¿Y el maestro? preguntan (si quieren).

—En la Exposición.

Visitan ustedes al sastre.

—¿Y el principal? preguntan (vuelvo á decir que si gustan hacerlo).

—En París.

—¿Y el sereno?

—En Francia.

—¿Y la portera?

—Ha ido á ver la Exposición y á Boulanger: como está *eso* tan barato...

El aguador ha dejado un sustituto; otro aguador encargado de dos carteras durante la ausencia del gallego propietario, ó sea auténtico.

Una joven chula pregunta á otra del gremio:

—¿Dónde está tu hombre?

—Pues, chica, con los ahorros de reloses y otras frioleras, se ha ido á la Exposición de Francia. Es tan activo, que no puede estarse mano sobre mano; y es lo que él me decía: «¿Qué hago yo aquí, en el verano, cuando no hay más que pobres en Madrid? Pues me voy á París, que allí hay muchos forasteros y puede caer algo.» Y se fué.

—Es verdad. ¿Él qué pierde? De todas maneras han de costearle el viaje de vuelta. Aunque no fuera más que viniendo con la pareja de guardias civiles, ya ves...

—¡Ay, hija! No quiera Dios que vuelva por lo civil á España.

—¿Qué quieres, que vuelva por lo eclesiástico?

Los que pierden el tiempo haciendo estadísticas, así como hay otras que le invierten haciendo «palillos para la dentadura,» dicen que el número de españoles que ha visitado la Exposición pasa de veinticinco mil.

Se puede quitar *jierro*, digo, quitar españoles.

Pero es igual. Los cálculos del presupuesto de gastos siempre resultan deficientes.

—Mira, opina uno que ya ha visitado París, según él dice, un franco de cuarto para dormir, un franco cincuenta, para almorzar en un *bouillon*, dos francos para comer, y son cuatro francos y cincuenta céntimos: vamos, cuatro pesetas y media, y luego, para ropa limpia y tabaco y diversiones, otro franco: por veintidós reales, todo.

—¿Pero qué se come?

—Como un príncipe, ó como varios príncipes.

—Será como varios príncipes tártaros, pero no como príncipes civilizados siquiera.

—Se exagera mucho en los precios de los artículos.

—Sí, ya sé que hay quien los paga y quien los escribe á veinte y treinta reales para periódicos con monos.

EL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA

MONUMENTO INAUGURADO EN PARÍS EL 21 DEL CORRIENTE

—Hablo de los artículos de primera necesidad, y en París.

—Para vivir, siquiera regularmente, opina otro que si no conoce á París, le presiente, se necesita gastar veinte ó veinticinco duros diarios y la manutención y recreos aparte.

—¿Pues para qué son los veinticinco duros?

—Para habitación y cama y ropa limpia.

—¿Habrá necesidad de alquilar un mono para que se pase el día mudándole á uno de camisa?

—Almuerzo en la torre Eiffel: veinticinco francos y diez de propina...

—Treinta y cinco.

—Treinta francos de comida y quince para los chicos del *restaurant*...

—Cincuenta.

—¿Y treinta y cinco?

—Ocho contos de reis por hora.

Por supuesto que el que tales grandezas cuenta va luego á París ó á cualquier otro punto y bebe «en alcarraza», como *Manodito Gázquez*.

Ahora empieza á resultar que, exceptuando á cuatrocientos ó quinientos españoles del último frito social, todos los demás han visitado la Exposición de París.

Se cree humillado cualquier hombre de bien confesando que no ha oído cantar á las cíngaras, ni tocar á las húngaras, ni lamentarse á las egipcias y á las javanesas.

Ni ha paseado por la Galería de Máquinas, con la misma curiosidad inteligente que pudiera pasear por el patio de la Casa de Fieras en Madrid.

Y las personas que no han ido, se preparan.

Algunas están preparadas desde la infancia.

Otras no van por razón de carácter, ó por mal estado de salud, ó por delicadeza de gustos y de físico.

Oí decir á una señorita á quien preguntaron si iba á París:

—Iría de muy buena gana, pero eso de embarcarme no es para mí: el mar me marea, seguramente.

EDUARDO DE PALACIO.

Fruta prohibida.

Erase una gallina
y érase un gallo,
y érase un gallinero
bien arreglado.
Y érase un ama
que les daba los granos
por las mañanas.
Contentos y felices
gallo y gallina,
se daban tales muestras
de simpatía,
que la guardiana...
se puso algunas veces
muy colorada.

Era el gallo del cuento
muy presumido
por su bella apostura,
su corvo pico,
su hermosa cresta,
y la punta afilada
de sus espuelas.
Un día, una vecina
se fué al mercado,
y allí compró un gallito
feo y enano,
mas seis gallinas
jóvenes y pequeñas,
¡pero bonitas!

La primera mañana
que el presumido
se encontró á las vecinas,
se armó el gran lío.
Se acercó á ellas
con el mayor descaro...
¡qué sinvergüenza!
Mirábale el pequeño
con malos ojos,
pero no se atrevía
con aquel mozo.
Hasta que al cabo,
¡no tuvo más remedio
que alzar el gallo!

Con la cabeza erguida,
la cola tiesa,
y la cresta encarnada
por la vergüenza,
cantó el gallito
¡quiquiriquí! diciendo:
¡tú eres un tipo!
Á semejante insulto
contestó el otro
dándole una patada
junto á los ojos.
Pero el enano
le acometió con ira...
¡desesperado!

(*) Autora de la música de la *Oda al triunfo de la República*, cantada por 1.200 voces en el Palacio de la Industria, de la Exposición de París, el día 11 del actual.

EL ETERNO FEMENINO

—Y el marqués de Congreruaga, ¿qué ha hecho de su favorita?
—La vendió á unos gitanos. Estaba algo resentida de los cascos y cojeaba un poco. Acabará en la plaza de toros.
—¡.....!

—Lo de hurí del séptimo cielo sin duda me lo dijo aludiendo al piso que habito.

—Ella se burló de mí, pero me he vengado: la he llamado insólita y concupiscente. He estado duro, lo comprendo.

«Hermosa noche ¡ay de mí!
¡Cuántas como ésta tan Puras...»
me están haciendo muchísima falta!

EL ETERNO FEMENINO

—Pues di que si ahora no se atreve
ó no tiene corazón
ó no sabe distinguir de pantorrillas.

—Dicen que cuando habla de mí me pone en los cuernos de la luna. ¡Ya le daré yo cuernos!

—Le juzgan mal los que dicen de él que es ligero.

Teatro de Lara.

BALBINA VALVERDE

PRIMERA ACTRIZ

Recia fué la batalla,
bravo el jaleo:
¡estaban las gallinas
muertas de miedo!
Y el pequeñito
humilló la arrogancia
del presumido.
Aquel que de buen mozo
se las echaba,
con la cresta deshecha
volvió la cara.
Desde aquel día,
el pequeño fué el amo
de las gallinas.
Y el otro, que arrogante
no hallaba gloria
en vivir satisfecho
con una sola,
vió con tristeza
¡que ni caso le hacía
su compañera!
Quien tenga en sus dominios
casita y huerto,
que no acuda al humilde
cercado ajeno.
¡Deja en el árbol
la fruta prohibida,
lector amado!

FRANCISCO DURANTE

Teatro de Lara.

MATILDE RODRÍGUEZ

PRIMERA ACTRIZ

LA DIMISIÓN

Con la noticia de su muerte recibí su última carta. Una carta sin lágrimas, sin reconvenciones, algo así como el apretón de manos de un amigo que se despide y nos explica tranquilamente los motivos de su viaje.

Por lo que tiene de original esa carta, voy á copiarla íntegra, sin comentarios ni acotaciones de ninguna especie. Yo era el único lazo que unía á aquel hombre con el resto de la humanidad, y considero deber ineludible trasladar al público el último adiós de un suicida y hacer vivir la vida del recuerdo al que no pudo soportar la existencia diaria que nosotros vivimos.

La carta dice así:

«Mi querido y único amigo: Tú ya lo sabes; hace una temporada me ofrecí á mí mismo matarme, y voy á poner por obra el ofrecimiento.

»No creas que mi muerte obedece á una de aquellas exaltaciones del espíritu que perturban y provocan el deseo y la necesidad de morir; no creas tampoco que soy uno de esos románticos *cursis* que se matan por contrariedades amorosas; menos, y en buena hora, ó mejor dicho, en mala hora lo digo, me las doy de genio maltratado por las injusticias de su época, y, en clase de tal, abandono el mundo echando pestes de su ignorancia, de su egoísmo y del odio rencoroso con que trata á las personas de talento. Ni estoy loco, ni enamorado, ni enfermo de sabiduría y de inspiración; soy sencillamente un hombre que se marcha sin murmurar de nadie y con la mayor cortesía posible.

»Si la sociedad toda pudiera personificarse y hacerse tangible, yo le diría:

»Usted dispense si me alejo de su presencia; pero es preciso. Beso á usted la mano.

»Afortunadamente, no leerá esta carta ninguno de esos moralistas rutinarios que repiten como axiomas filosóficos, ideas que acaso no tuvieron otro objeto, para su autor, que el de llenar cuartillas y cumplir con sus editores. Si un moralista de este jaez leyera los párrafos anteriormente escritos, hablaría de los derechos sociales conculcados por el hombre que se resta de la agrupación, de la cobardía que entraña el abandonar la lucha, del fraude que se comete suprimiendo una vida que no pertenece al que la lleva; en una palabra, de todas esas cosas que se llaman razones de alta filosofía y que yo no juzgo por tales, á pesar de todos los sabios y de todos los moralistas del universo.

»Te advierto que tengo también mis razones para hablar así; razones que, á mi juicio, desvirtúan las otras.

»Voy á explicártelas brevemente, porque estoy de prisa y porque, después de todo, cuando tú vinieras á refutarlas, si te ocurriese hacerlo, llegarías tarde.

»Viene el hombre al mundo como va un empleado al departamento donde le conduce la credencial: á desempeñar un cargo cuyas obligaciones debe cumplir, so pena de merecer fama de torpe, de inútil, de inservible y de inutilizable.

»Supongamos que el empleado es un hombre de bien; que llega á la oficina; que le encargan de esto ó de lo otro, y que se pone á la faena con verdadero propósito de llenar fiel é inteligentemente su cometido.

»Pero cátate que el tal se convence de que no sirve para el asunto, de que desconoce en absoluto la máquina administrativa que se le ha confiado, y agrega, á mayor abundamiento, que toca con la experiencia la certidumbre de que nunca será útil para aquello que se le encomendó.

»¿Qué hace este hombre? Pues si se llama hombre de bien y tiene conciencia, se dirige al jefe, si es empleado de poca categoría, ó al ministro, si es jefe superior, ó al Presidente del Consejo, si es Ministro, ó al jefe del Estado, si es Presidente del Consejo, y exclama:

«Señor: Yo no sirvo para estas cosas; estoy en desacuerdo con »el país; ni yo lo entiendo á él, ni él me entiende á mí. Tenga »usted la bondad de aceptarme la dimisión.»

»Y la presenta, y se marcha; y hace perfectamente.

»Yo he considerado siempre la vida como un empleo que Dios concede. Da á un sér inanimado credencial de hombre, y le dice: «Caballero, vaya usted á la oficina y procure desempeñar fielmente sus obligaciones. A vivir.»

»Conste que he tratado de cumplir la orden hasta lo último. Creí que la primera obligación era el trabajo, y quise trabajar; pero la pereza, que es al individuo lo que las faltas de ortografía son al escribiente, se opuso á ello, y nunca hice nada de provecho; tenía mis ideas á propósito del amor y de las mujeres, y la primera que las oyó se puso á reir, y la segunda hizo lo mismo, y así sucesivamente; de donde deduje la consecuencia de que, si no servía para trabajador, tampoco servía para enamorado.

»El hombre tiene obligación de divertirse en las diversiones, y yo no me divierto; de sufrir á sus semejantes, y á mí me resultan insoportables; de hacer algo, y yo no hago nada; de servir para alguna cosa, y yo, por mi modo especial de ser, resulto un estorbo donde quiera que me presento.

»Todo eso es verdad. Yo soy honrado; y esto, aunque sea una rareza, es verdad también. ¿Qué hace un hombre honrado cuando se convence, como yo me he convencido, de que no es idóneo para el oficio de ente social que le tocó en suerte?

Pues dirigirse á Dios, y decirle:

«Señor: Yo no sirvo para vivir en sociedad; estoy en desacuer»do con el mundo, y él en desacuerdo conmigo. No nos entende»mos. Por consiguiente, tened la bondad de aceptarme la di»misión.»

»Y eso hago yo: me marcho; presento la dimisión y te mando una copia.

»Tuyo afectísimo

MANOLO.»

Esta es la carta de mi amigo.

¿Será la obra de un loco? Parece indudable de todo punto. Aunque, bien mirado, si se puede dimitir una cartera, ¿por qué no se ha de poder dimitir la vida?

JOAQUÍN DICENTA.

ALBERTO HONORATO CARLOS
ACTUAL PRÍNCIPE DE MÓNACO

Los nuevos Rabelais.

(IRONÍA)

Rabelais, en una iglesia de Turena
suplanta á San Francisco; se reviste
los hábitos sagrados, y se inviste
en el altar, de majestad serena.

Acude el pueblo fiel, el templo llena;
pero el santo fingido no resiste
la represada hilaridad del chiste,
y con risa brutal el aire atruena.

La multitud, que mira con espanto
la mofa descubierta, vengadora,
del sacrílego audaz corre al encuentro,
y hace que espíe su maldad con llanto.

Los nuevos Rabelais, cautos ahora,
siguen la farsa y ríen hacia dentro.

RAFAEL TORROMÉ

El Príncipe CARLOS III DE MÓNACO
† EN EL CASTILLO DE MARCHAIS EL 10 DE SEPTIEMBRE

DESDE EL BOULEVARD

El calor se fué, y esta partida nos ha dejado fríos.

Tan fríos que, sobre todo algunas mañanas, nos chupamos los dedos... y no de gusto.

Luego estos cambios bruscos se sienten más.

A todos nos ha cogido el frío de improviso.

A algunos les coge sin abrigo.

Yo lo que siento es que me coge sin dinero. Porque en esto soy de un constante...

—

Los últimos ocho días se han ocupado aquí exclusivamente en las elecciones.

El comercio de papel de color debe haber hecho negocios colosales. Los candidatos han empapelado París.

Y como por el nuevo sistema de elecciones la lucha estaba subdividida en circunscripciones, ó distritos electorales, y París está electoralmente dividido en 42 de éstos, cada uno de los cuales se disputaban lo menos cuatro candidatos, resulta que cada aspirante á padre de la patria ha empapelado su distrito dos ó tres veces.

Las paredes estaban, pues, cubiertas de siete ú ocho capas de papel. Al ver esto, me decía un español que ha venido á ver la torre Eiffel en el tren botijo:

—¡Tantas *capas*, y yo sin la mía!

—¿No la ha traído usted?

—La empeñé para ayuda del viaje. No era decoroso quedarse en España cuando han venido á París todos los de mi pueblo.

Así es que, por satisfacer este capricho, mi hombre se abrigará este invierno con unos carteles electorales que se lleva como recuerdo. Y, gracias al billete de ida y *vuelta*, volverá. Que si no, éste, como otros muchos, se quedaba sin repatriar.

El domingo por la noche, con motivo de las elecciones, había en el Boulevard la animación acostumbrada en tales casos.

Silbidos, *mueras* y *vivas* á los caudillos políticos, canciones alusivas y cargas de caballería suaves para restablecer la circulación.

Y mientras esto sucedía, el público de uno y otro sexo tomaba tranquilamente sus *consommations* y el fresco—que era de *premier choix*—en las terrazas de los cafés.

Costumbres políticas que deben haber estudiado con atención los personajes *ídem* (políticos, ¿eh?) que de nuestra tierra tenemos aquí como *momentáneos*.

Unas elecciones tan reñidas como las que ha hecho Francia el domingo, no se hubieran pasado en paz, ni mucho menos, en nuestra tierra.

¡La de palos, pedradas y otras finezas que se habrían dado los partidarios de uno y otro bando!

Amén de los *pucheros volcados* por el elemento oficial.

El actual ministro del Interior, que ha sido embajador en España muchos años, y que, aparte de ser meridional, es entusiasta de nuestras costumbres (como que no pierde una corrida, y está muertecito porque maten el toro) no ha llegado, en materia de elecciones, á tomar ejemplo de nuestros ministros de la Gobernación.

Verdad es que en el distrito donde ha sido candidato Boulanger han resultado quemados, por *equivocación*, dos mil y pico de boletines de voto, de los que había en la urna.

¡Bah! ¿Qué significa eso para un ministro del Interior que resulta empatado en su distrito?

¡Cualquier día empatan ahí á Sagasta, á Romero, ni siquiera á D. Venancio!

En materia de *hacer* elecciones podemos dar quince y raya á los franceses.

—

Ellos, en cambio, nos las pueden dar en materia de *apóstoles* y curanderos que explotan la sencillez popular, si he de juzgar por la noticia que da un periódico de medicina.

En ella declara un médico de París que ha ido una mujer á consultarle sobre si debía tomar lo que le había recetado una sonámbula, y era la friolera siguiente:

«Coger en el cementerio de Montmartre un hueso de pierna (sin duda para que tenga más sustancia), envolverlo en un calcetín usado durante una semana, cocerlo así en un litro de agua, y tomar esta tisana á tazas bien calientes.»

Para poder seguir tal régimen haría falta un estómago como debe tenerlo un soldado de coraceros que, según el mismo periódico, se ha comido de una sentada:

1.º Dieciséis tarteras de rancho bien colmaditas.

2.º Una pierna de carnero de siete libras, con cuatro libras de pan.

3.º Media libra de queso, con dos libras de pan.

Todo ello rociado con quince botellas de vino.

Recomiendo éste coracero al Ayuntamiento de Madrid para empleado de consumos.

Si no se le quiere echar á reñir con un baturro que me aseguraba en Zaragoza, hace algunos años, haberse comido, él solo, un carnero asado, y que al ponerlo yo en duda y preguntarle cómo había podido meterse entre pecho y espalda tal cantidad de carne, me contestó con la mayor convicción:

—¡Otra! ¡Pues... á fuerza de pan!

—

Fracasó el anunciado concurso internacional de belleza que á principios de verano se anunciaba para París.

Todo tiene su compensación en este mundo.

Si el concurso de París fracasó, nos anuncian otro gran concurso internacional de belleza en Neuilly, que es á la gran capital lo que Tetuán ó Vallecas á Madrid.

El prospecto que tengo á la vista merece singular atención.

En primer lugar, ofrece el atractivo de anunciar que tomarán parte en el concurso los más hermosos tipos de las cuatro ó cinco partes del mundo, en su traje nacional.

Las concurrentes no podrán tener menos de diecisiete años, ni más de treinta.

No habrá, pues, características.

Pero lo que más me conmueve de este concurso es la última nota, que le da un carácter humanitario, en extremo favorable al aumento de población del mundo.

Dice así:

«Las vencedoras de este gran torneo serán *reproducidas* por los mejores artistas.»

Ya veo á Pons camino de París para inscribirse en el concurso como... *reproductor*.

BLASCO.

París 26 Septiembre 1889.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

SIGNOS ORTOGRÁFICOS

DOS PUNTOS

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
5 de Octubre de 1889.
NÚMERO 53.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EMILIO MARIO

No toca, que se sepa, ningún instrumento; no hace gimnasia; no baila; no canta; no sabe imitar el ladrido del perro, ni el cacareo de la gallina, y tiene la ridícula pretensión de llamarse actor.

¡Quién le habrá engañado!

Hay quien dice que es un artista eminente, modelo de naturalidad y buen decir; que viste y caracteriza los personajes de un modo irreprochable, y que es un director discreto y concienzudo; pero yo opino todo lo contrario.

¿Quieren ustedes una prueba que robustezca mi opinión?

Está arruinado.

¡Pobrecillo!

¡¡Cómo que al teatro de la Comedia no va nadie desde que él es empresario!!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

"Ya estoy aquí, amigos míos.
„¿No lo dije? ¡Loco está!„
—¡López! ¡Pons! ¡Venga un abrazo!
—¡Y dos! —¡Y cien! —¡Voto á San!
—¡Vienes gordo! —¡Phs! ¡lo mismo!
—¿Angel está malo? ¡Quiá!
Trabaja mucho, y es claro
se desmejora.—¡Ese afán
por el mono!...—Está en la sangre.
No lo puede remediar.
—Toma, entérate.—¿Qué es esto?...
Un paquete colosal...
¿Qué hay aquí?—Doscientas cartas.
—¿Qué doscientas?... Muchas más.
A ver, á ver... ¿Son libranzas?...
No, señor. ¡Original!
Y todas, ¡qué originales!
¡Mucha originalidad!
Hagamos una excepción
de la regla. ¡A contestar!
Pero esto no se repite.
¡Digo! ¡No faltaba más!

—

F. O.—Jesús del Valle.

Muy bien medidos los versos,
pero el asunto es trivial,
y, á más de trivial, no es nuevo.
Puede usté hacer algo más
si quiere. Diga usté: ¡Quiero!

—

R. C.

Deje á los viejos en paz,
y siga usted mi consejo,
porque en su *Viejo en agraz*,
es viejo el agraz y el viejo.

—

M. S.

Su articulito leí
con cuidado, sí señor,
y al leerlo me convencí
que el tercero es el peor.
Escriba usté el cuarto, ¿sí?

—

A. Montalbán.

Aunque están bien escritas
y no son feas,
son viejos los asuntos
de sus *Manchegas*.
A pesar de ello,
lo que copio, merece
salir del cesto.
«Cuando las mancheguitas
bailan manchegas,
al són de las guitarras
y castañuelas,
Dios, desde el cielo,
se asoma y dice á gritos:
¡viva lo bueno!»

—

¡Pícaro *J. Rodao*,
qué mal rato que me has *dao*!
¡Hombre, tenga usted en cuenta
que no nos gusta el *guisao*
con tantísima pimienta!

—

S. y J. Muy bonito,
aunque peca de larguito.
La cuestión que trata es grave.
¿Se publicará?... ¡Quién sabe!
¡Tengo tanto articulito!

—

J. G. «Serrín».

¡Por los clavos de Cristo!
¿Eso es verso, ó *serrín*, ó prosa, ó pisto?

—

M. S.

Está bien versificada
—y esto se advierte muy pronto—
lo que usted llama *humorada*;
pero el pensamiento es tonto
y resulta una bobada.

—

P. R. S.

¡Por Dios! *Lastres* y *desplantes*
y *decididos* y *abrigos*,
podrán ser buenos amigos,
¡pero no son consonantes!

—

1. de O.

Guarda tu *luz de bengala*
para alumbrar el final
de alguna Revista mala.

—

Zedazo.

Lo digo como lo siento.
Me ha gustado su *fragmento*.

—

R. S. y V.

¿Quiere el vate sevillano
que le diga la verdad?...
¡*Carga* usted mucho la mano,
y le falta novedad!

—

¡Pero, Eustaquio Cabezón,
usted no tiene aprensión!

—

Otro artículo. *El Sablazo*.
No le puedo complacer.
Reciba usted un abrazo,
y salud, y hasta más ver.

—

M. T., Madrid.

Usted para *salirse* con la *suya*
á un pobre chico le apellida *Puya*.
Sistema socorrido
de encontrar consonantes fácilmente:
Se inventa un apellido.
Pero eso no está bien, aunque es corriente.

—

A. O.

¡Qué cosas haces!
¡Qué cosas dices!...
¡Mira que es malo
lo que me escribes!
Que te conoces,
ya lo sospecho,
¡Cuando tú mismo
dices: ¿Al cesto?

—

A. L.—Tus *pequeñeces*
revelan que eres pequeño.
¡Vamos, hombre, á ver si creces!

—

E. V.

¡Jesús, hágase usted cargo
de que no vale la pena
hacer un romance largo
para tan chica verbena!

—

J. V.

Lo que escribe á Manolito,
lo que es bonito, lo es.
Sí, señor, es muy bonito.
¡Pero no tiene interés!

—

J. J. C. «Soleás.»

¡Ay soleá, soleá!...
¡Vaya si es usted flamenco
y gitano, camará!

—

C. S.

Publicaré tus *cantares*
y no publico tus *besos*;
que, aunque extrañes mi elección,
me gustan más los primeros.

—

C. H. Z.

Ni ese Destino es *destino*,
ni esa dama es una dama,
ni el epigrama, epigrama,
ni eso es escribir. ¡Cochino!

—

A. F.—Gijón.

Sonetos del Moro Tarfe.
Me gustan dos, de los tres.
No sé cuándo, ni sé cómo,
pero los publicaré.

—

R. C.

¡Oye, si no escribes más,
epigramas sobre todo,
tú me lo agradecerás!

—

J. R. D.

¿Conque un soneto? Muy bien.
Es bonito el pensamiento.
Pero la forma... la forma...
no es eso, amigo, no es eso.
¡Si viera usted qué difícil
es escribir un soneto!

—

T. P.—Guadalajara.

Recibida su grata. El cuento es viejo.
Siga usted mi consejo.
¿De saber escribir no ha dado pruebas?
¡Pues, hombre, escriba usted cositas nuevas!

—

J. de la P.

Largo y triste lo primero.
¡No hablemos de lo segundo,
caballero!

—

J. L.—Madrid.

No está el artículo mal.
Tiene toques y perfiles...
¡Sirve para *El Liberal*,
Más que para Los MADRILES!

—

A. O.—Santander.

Como yo lo adiviné
cuando el cuento comenzó,
adivinan todos, que
le han de robar el reló.

—

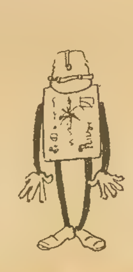
E. T.—La Benganza.

La venganza, sabe usté
nunca se ha escrito con *b*.
No sea usté *bengativo*,
y escríbalo de hoy más, cual yo lo escribo.

—

¡... ....
López; ni una carta más!
Ya se agotó mi paciencia.
—Estas poquitas.—¡Atrás!
¡Basta de correspondencia!
—¿Mañana tal vez...?—¡Jamás!

E. NAVARRO GONZALVO.



EN LA BRECHA

Lucha horrible, cruel, fiera, reñida,
donde el hombre, de angustia y sangre lleno,
va disputando á palmos el terreno,
para morir después: eso es la vida.
Tan sólo por ser lucha me es querida,
y la arrostro con ánimo sereno,
y aspiro con deleite su veneno,
cobrando más aliento á cada herida.
Por ser lucha me niego á abandonarla,
y la ansío, á pesar de aborrecerla;
no la quiero dejar sin poseerla,
y como dueño altivo dominarla.
¡Sólo con la esperanza de vencerla
me resigno al dolor de soportarla!

JOAQUÍN DICENTA.

UN GENIO

Me ve por entre la gente,
echa á correr y me atrapa,
me coge por la solapa
y me espeta... lo siguiente:

—

¡No hay nada aquí! ¡Ni editores,
ni prosistas, ni diarios,
ni cómicos, ni escenarios,
ni críticos, ni lectores!
—¡Diablo! Pues... ¿y don José?
—¿Ese le gusta? ¡Qué horror!
—(¡Ya lo creo!) ¿Y Campoamor?
—¡Hombre, no fastidie usté!
—¿Y don Miguel? No son vanos
sus triunfos...
—¡Es incapaz!
¡Tengamos la fiesta en paz;
no hablemos de esos hermanos!
—Ahí está Ramos Carrión..
—Tampoco, amigo, me admira.
—¿Y Vital?
—¡Usted delira!
¡Vaya un poeta ramplón!
—¿Y Pleguezuelo?
—No es cosa...
—¿Zapata?
—¡No es mala lata
la que nos suelta Zapata!
—¿Y Gaspar?
—¡Vaya una prosa!
—¿Y Eduardo Navarro?
—¡Mal!..
—¿Y Burgos?
—¡Yo me disparo!
Hablando en plata, declaro
que Burgos no es capital.
—¿Y Sánchez Pastor?
—¡Qué error!...
—¿Y Estremera?
—¡Pues cualquiera
escribe como Estremera!
—¿Cano?
—Es de Estado Mayor.
—¿Y Dicenta?
—¡No hay cacumen
en todo lo que presenta!
¿Cómo ha de escribir Dicenta,
si es redactor de *El Resumen?*
—¿Sellés?
—Hizo un drama... ó dos,
mas sin cabeza ni pies;
no me hable usted de Sellés,
amigo mío... ¡por Dios!
Con esos vates que estima
por buenos, y causan tedio,
esto no tiene remedio,
esto se nos viene encima.
Así, el teatro no acaba
de ser, amigo, un belén...
—Pues que usted lo pase bien,
y cuidarse. ¡Ah, me olvidaba!
Les escribiré al instante,
por si callarse me ofrecen,
á ver si ellos enmudecen,
para que usted solo cante.
Si canta usted.., ¡por San Blas!
que enaltecerá el proscenio:
aunque aquí, el hombre de *genio*
no se incomoda jamás.

ROQUE F. IZAGUIRRE.

EL GOBIERNO

Pues, señor, este es un hombre
que se llama Juan Becerro,
ciudadano independiente
según dicen en su pueblo.
Nació, y aunque nada quiso,
protegióle su gobierno,
empezando por sacarle
partida de nacimiento.
Numerado y anotado
el chiquillo fué creciendo,
y obligáronle muy pronto
á estudiar en un colegio.
Creció más, y, sin pedirla,
una cédula le dieron,
y después una ordenanza
y un fusil en el ejército.
Muchas de estas pequeñeces
le costaron su dinero,
aunque así le protegía
el magnífico Gobierno.
Quiso casarse, no pudo
hasta que sirvió algún tiempo,
y pasó mil amarguras
para hacer el casamiento.
Papeles y más papeles,
dispendios y más dispendios,
comenzando en el registro
y acabando por el templo.
Trató de ser cualquier cosa:
veterinario, ingeniero,
alguacil, naturalista,
estudiante de Derecho.
Mas en todo y para todo
sabiamente le exigieron
permisos, certificados
y diplomas del Gobierno.
Resolvió hacer una cosa:
solicitud con un sello,
contestación con un timbre,
cuenta con un arquitecto.
Pretendió abrir una noria
en el fondo de su huerto:
instancia, pago y auxilio,
de compadres medianeros.
Parió su mujer; al punto,
con lluvia, granizo y viento,
el chiquitín á la iglesia
y al registro del Gobierno.
Quiere viajar, pasaporte;
goza renta ó gana sueldo;
contribuciones que paga
sin librarse del apremio.
Pide prestado: hipoteca;
da prestado, documento;
abre un almacén: permiso,
fiscalización, impuesto.
Le roban: si no declara,
ya se ha quedado sin ello;
si declara, más molestias
y queda con algo menos.
Le estafan villanamente,
pide justicia al Gobierno,
y se encuentra liquidado
después de ganar el pleito.
Funda un periódico y dice
las verdades sin rodeos:
multa, prisión y deshonra
por imbécil y grosero.
No queriendo ya ser nada,
pretende ser interfecto,
y al ir á tirarse al río
le cogen y llevan preso.
Sucumbe su amada esposa,
quiere enterrarla en el centro
de su jardín: multa enorme,
y la muerta al cementerio.
Laméntase de los males
que le ocasiona el Gobierno,
y éste le responde:—«¡Bruto!
»¡qué harás tú, si yo te dejo?
»Yo te cuido, yo te amparo,
»yo te anoto, yo te enseño;
»yo te alumbro, yo te guío,
»yo te barro, yo te riego.
»¿Qué más quieres?» Y contesta
el ingrato Juan Becerro:
—«Mándame una pulmonía,
y verás si lo agradezco.»

—

Por fin está el hombre libre
agonizando en su lecho:
le pregunta un sacerdote
si quiere llegar al cielo,
y Juan dice, moribundo:
—«Buen padre, lo que yo quiero
»es que me lleven á un sitio
»en donde no haya Gobierno.»

ADOLFO LLANOS.

PALIQUE

Comienzo acusando recibo de su amable réplica al señor Esbrí, al cual suplico se sirva salvar las erratas de mi segundo artículo que se *deslizaron*, como se dice, porque las pruebas por mí corregidas no llegaron á su destino oportunamente.

Con hombres como el Sr. Esbrí da gusto discutir; y si no fuera porque entre los dos ya no hay materia suficiente para una polémica, seguiría yo argumentando sólo por el placer de luchar con tan bien educado adversario, que, conforme á las buenas reglas del arte, declara todos los botonazos recibidos, y aun los dudosos.

Retiro lo de pedante y dómine, etc., etc., y me alegro de que no sea colaborador de *La Patria*, donde creo que manda, ó poco menos, aquel Pando y Valle de los pecados del mundo entero, especialmente de los de D. Porfirio Díaz y demás presidentes de Repúblicas americanas.

Ese Pando me quiere á mí muy mal, y creí yo que había sido por indicación suya el atacarme el Sr. Esbrí desde *La Patria*. Tanto mejor, puesto que no ha habido tal cosa. Ya sabe el Sr. Esbrí dónde tiene un amigo.

—

El Sr. D. Carlos Peñaranda que, si no recuerdo mal, es poeta, acaba de publicar en *La Ilustración Española y Americana*, digna de mejores colaboradores, un artículo necrológico con motivo de la muerte del Sr. D. Francisco Rodríguez Zapata, catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Sevilla. El Sr. Zapata era, por lo visto, un gran poeta sin ser el Marcos que todos conocemos. El Sr. Peñaranda no vacila en afirmar que era el catedrático de Retórica de Sevilla uno de las principales figuras literarias de la España contemporánea. Sí sería; ¡lástima no haberlo sabido antes, para haberle tributado en vida todos los elogios que merecerá de seguro, si en efecto es uno de los mejores escritores contemporáneos! ¿Y cómo el Sr. Valera, que lo sabe todo, y hace poetas á millares con un pan y dos peces, no me ha hablado nunca de los méritos poéticos del Sr. Rodríguez Zapata, autor, á lo que parece, de un gran soneto á *Dios*, dado á conocer (no Dios, el soneto) por el Sr. Sánchez Moguel, y otro soneto á Arias Montano, y una poesía al *Bétis*, y una oda á la Purísima Concepción? El Sr. Valera, que por descubrir hasta ha descubierto otro Zorrilla, poeta, del cual quiero hacer, por incorporación con M. del Palacio, un poeta entero, ¿cómo no nos había dicho nada del poeta sevillano, catedrático de Retórica?

Está de Dios que los catedráticos de Retórica sean grandísimos poetas; porque ahí está D. Narciso Campillo, que es profesor en un Instituto también, de eso mismo, de Retórica, que no deja de ser un Homero como una Catedral; vamos, cosa tan admirable como el inspirado Terradillos, el de los *Trozos*. Campillo es el de los *Destrozos*. Volviendo al Sr. Peñaranda, al cual nunca debí haber dejado, á ser yo amigo del orden y de la armonía, diré que, pintándonos las cualidades que adornaban al difunto, dice:

En la aurora feliz de tus amores,
Sólo querías el dinero en flores.

Mas después que pasó tu ardor primero,
Sólo quieres las flores en dinero.

«Era Zapata ante (¿ante? ¿querrá decir antes?) ante y sobre todas (¡ah! no; quería decir ante todo, y no lo dijo, porque creyó que bastaba con decir *todas*. Así escriben estos poetas de la *escuela* sevillana, con los cuales no hay Dios ni sevillanos que se entiendan cuando se ponen á cultivar la forma, sin necesidad de gramática;) ante y sobre todas sus demás cualidades, un poeta de grandes alientos y de exquisita forma (¿de qué forma era?), si no el último, sin disputa el más genuino representante de la tradicional escuela sevillana; sus versos inspiradísimos, correctos y reposados (¿versos reposados?), *siendo* personales y sin confusión posible con otros.» Sr. Peñaranda, siento decirlo; pero ese gerundio, ni es de la escuela sevillana, ni de la escuela de párvulos siquiera. Y en cuanto á que los versos reposados eran *personales*, necesitaré que se me jure para creerlo. En cambio creo á pies juntillos que no se confundirían con otros; digo, con los de Virgilio. Y sigue el Sr. Peñaranda diciendo que los versos de Zapata recuerdan á menudo la perfección *inverosimil* de los de D. Juan Nicasio Gallego (perfección... *inverosimil* ¡qué manera de entender los adjetivos!); la *austeridad* de estilo de Reinoso y la naturalidad y pureza de los versos de Lista. *Aunque* llenos de ideas graves y por lo común religiosas, hay en ellos mucha luz, mucha diafanidad (¿y á qué viene ese *aunque*?) mucho color y mucha exuberancia (¿de qué?); la exuberancia, el color, la diafanidad y la luz del cielo y *de la naturaleza* de Andalucía.» ¡Por vida de la Giralda! Vamos á cuentas. ¿Qué es la *naturaleza* de Andalucía, si en ella no entra también lo que usted llama *su cielo*? Si usted opone naturaleza á cielo, en sentido de ser la naturaleza la tierra, mal hecho. Pero, aun así, ¿que querrá decir que el cielo de Andalucía es *exuberante*, y que la tierra, ó naturaleza, es diáfana? Sea usted todo lo poeta sevillano que quiera, y ame la forma cuanto guste; pero siquiera ámela usted en castellano.

Y basta. Como comprenderá cualquiera que no sea un marmolillo, nada de lo dicho va contra el Sr. Rodríguez Zapata, cuya memoria respeto, como es natural, y cuyas glorias seré el primero en pregonar el día que las conozca: ni nada va tampoco contra la escuela sevillana *per se*, sino *per accidens*, llamando accidentes á Campillo, Fabié, Correa y otros geniazos que, al parecer, fueron discípulos del Sr. Zapata. El cual también fué maestro de Ayala y de Becquer, y váyase lo uno por lo otro.

—

El Sr. Ferrari, que como poeta será bueno, ó malo, ó mediano, porque no es de los que se revuelven airados contra los que no gustan de sus versos, ha publicado un artículo de crítica demostrando, ó poco menos, que ya no hay crítica, ó que pronto va á dejar de haberla, á fiarse del último figurín de la moda literaria francesa. El Sr. Ferrari, que según barrunto ha leído el libro de Paul Bourget, *Estudios y retratos (Retratos y notas de estética)*, ó si no, oído hablar de él, anuncia muy satisfecho á los poetas gallegos y de toda España que, según las últimas noticias, pronto van á estar libres de críticos, porque así lo quieren E. Caro y Berbey d'Aurevilly, y el mismo Paul Bourget.

No se alegre tanto el Sr. Ferrari, porque lo que hace la crítica según el mismo P. Bourget en ese mismo artículo á que Ferrari alude, no es morir, sino transformarse.

Sí; la crítica se transforma. Pero una cosa es la crítica y otra la caza de gazapos. Para ésta no ha llegado el tiempo de la veda. Hay que entender las cosas. La crítica se transforma; la libertad del arte es grande; pero alegrarse por eso los poetas que tienen los versos llenos de cosas feas, es como si los malhechores, oyendo hablar de libertades políticas, se pusieran á bailar de gozo creyendo que iba á suprimirse la Guardia civil. No es eso; Becquer lo ha dicho:

Mientras haya *esto y lo otro*...
habrá poesía.

Pues yo le digo al Sr. Ferrari:

Mientras haya poesía...
habrá Guardia civil.

Esto es, mientras haya poetas como usted (y usted es de los menos malos) habrá crítica correccional.

Eso de la transformación de la crítica se refiere á los grandes escritores, y es cosa muy larga de contar. En otros países, rara vez se le buscan los adefesios gramaticales y retóricos á un poeta. Pero es que por esas tierras no pasan por poetas los que no lo son, y aquí pasa por Homero el que se empeña en ello. Si yo viviera en Francia, v. gr., también me dedicaría á la crítica *transformada* (y aun aquí lo hago cuando repican gordo); pero en España lo común es tener que advertirle al más pintado: «Señor Tasso, ó amigo Dante, mire usted que no se dice *haiga*,» y quien dice *haiga* dice *el omega* y otras perrerías.

Vea el Sr. Ferrari, por ejemplo, al Sr. Peñaranda, poeta de suyo, que no sabe echarle un responso á un amigo sin incurrir en una serie de lamentables equivocaciones.

¡Ay, Sr. Ferrari! Ustedes los poetas de por acá son ustedes el demonio. Hay algunos (no es usted de éstos) que van estando peor escritos que las planas de anuncios.

Véase, si no, lo que dice D. Antonio Zozaya, en el mismo número de *La Ilustración* en que el Sr. Peñaranda publica su necrología:

VI

Ninguna en ti *se* iguala,
Porque *en ti sin rival* se enseñorea
junto al candor de la doncella hebrea
la *beldad* de la perla de Magdala.

¡Échele usted guindas á la tarasca! Suprima, suprima usted la crítica que censura, y á ver cómo averigua ese poeta que hoy no se puede decir *beldad*, queriendo decir belleza ó hermosura; que «se enseñorea *en* ti» no es castellano; que el candor de la doncella hebrea es un ripio judío descomunal, y lo de *sin rival* otro ripio y un contrasentido. ¡Y todo esto en cuatro versos que el autor llama *cotillón*!

No, señor Ferrari; no conviene que se acabe la crítica que corrige el vocablo. Si los dejamos á ustedes y á los diputados, en pocos años ya nadie se entiende en la patria de Cervantes, Melo, Moncada y demás.

Que no desaparezcan los *poetas*, digámoslo así.

Pero la policía tampoco.

¡Si usted conociera *á los de la secreta*!

CLARÍN.

Á MÍLTON

¡Milton divino, espíritu arrogante,
que siempre en pos de tu ideal corriste,
y que por ideal siempre tuviste
la idolatrada libertad delante!

Tu corazón sereno y palpitante
á gloria, amor y libertad abriste;
que nunca al miedo, porque siempre fuiste,
si ángel de corazón, de fe gigante!...

¡Así sufriste tú! ¡Tu alma de fuego
pidió su libertad, nunca su calma!...
¡Hasta del sol los resplandores rojos
tú dejaste de ver!... ¡Sublime ciego!...
¡La luz del sol iluminó tu alma,
la libertad amaneció en tus ojos!

RICARDO F. CATARINEU.

—

Epitafio.

Leyendo este hombre sencillo
se pasó la vida toda,
y falleció en una oda
de Cánovas del Castillo.

Símil.

¿Qué se figura usté que es un cometa?
¡Un astro que se deja la coleta!

JOSÉ DE LA SERNA.

TRISTEZAS

(DE UN LIBRO EN PREPARACIÓN)

Pasa á mi lado arrolladora y grave,
y advierto una cadencia misteriosa:
ritmo de sentimientos apagados,
llantos de un corazón que se deshoja.

—

Contemplo en la humedad de sus pupilas
los restos del dolor que se desborda;
y esa apagada música del río
adquiere de su voz ritmos y notas.

—

Hay en su risa dulces armonías,
y en su pena las lágrimas que ahogan...
y es su llanto, ese ruido que, al besarse
y al rodar á la nada, hacen las hojas.

—

Bajó del cielo, con la luz del cielo,
el color y el perfume de la rosa:
¡y es la expresión, la idea, lo sublime,
que de lo grande en las alturas brota!

—

Pero... ¿que no me ama? ¡No te importe!
Yo no amo la armonía por las notas...
La adoro por instinto y con locura,
¡sólo porque es hermosa!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

BATURRILLO

Cantemos con Chueca en *El año pasado por agua*:

"Traemus los cuerpos tronzaus,
¡racatapiau!
de estar en la esquina paraus,
¡recatapiau!„

Pongamos otra letra:

¡Vaya unos *vates* que Dios nus ha dau,
Catarineu, Melchor de Palau!
¡Shau, reteshau!

Recitado.—La Ilustración Española y Americana, esa colmena de poetastros, ha dado la alternativa, vamos al decir, al joven Catarineu, instancia desechada de poeta lírico, publicándole un *soneto* dedicado á cierto señor Ataulfo (visigodo, por lo visto), con motivo de ausentarse de Asturias el Sr. Grilo.

Para el joven Catarineu

"catorce versos dicen que es soneto,„

y páre usted de contar. Está visto: la retórica, para los más de *nuestros poetas*, es un estorbo. Pase que Campoamor se ría de ella... á su modo; pero que Shaw, Catarineu, Palau y otros diptongos se echen á poetas sin haber desflorado, ni en sueños, el *Arte de hablar*, de Hermosilla, por ejemplo; y, lo que es peor, sin tener inspiración, ni chispa, ¡por vida del chápiro verde!... que diría un personaje de *El sabor de la Tierruca*.

No crean ustedes que es gana de hablar mal del prójimo; esos nihilistas poéticos, que decía Richter, no saben gramática, ni retórica, ni cosa que lo valga. ¡Me sería tan fácil probarlo como dos y dos son cuatro!

Pero veamos ese *soneto* del joven Catarineu (eu):

"*Ya lo ves*, Ataulfo. No hay completa
felicidad en nuestra tierra *impía;*
cuando más el pöeta nos quería,
nos quedamos *sin sol y sin pöeta*.„

A cualquiera se le ocurre preguntar: ¡Pero qué! ¿se ha llevado Grilo al sol en el bolsillo?

"¿Quién no le adora?...„

(Yo, por ejemplo.)

...¿quién no le respeta!

Como particular, claro; pero en cuanto poeta, diga usted que no. ¡Respetar á Grilo,

"poeta de algodón con vistas de hilo!„

que dijo el otro.

"Su voz es la canción de Andalucía.„

Nótese que este verso no tiene nada que ver con los anteriores. Nótese que los que siguen, tampoco tienen parentesco alguno.

"Su corazón conserva *todavía*
una mezcla de pájaro y profeta.» *(!!!)*

¿Qué quiere decir esto? ¡Mezcla de pájaro y profeta! ¿A que el joven Catarineu se figura que el profeta es un avechucho! ¿Qué apostamos?

"Nosotros heredamos su corona.„

¿Cuála? Pero ¿tiene Grilo corona? ¿Ha muerto Grilo? ¿Ha testado? ¡Cuidado con los desatinos que vomitan estos jóvenes herederos del poeta de los *Ermitas!*

"Y tú le acatas como yo le acato.„

Claro; si son ustedes sus herederos directos... en el ripio, en el supuesto de que el Sr. Ataulfo versifique también, que versificará.

"*Y aunque* todo en el mundo pasa y rueda
(¡Qué filosofía tan honda!)
su recuerdo jamás nos *abandona*,
(Abandona, consonante á corona)
y es su *recuerdo* su mejor *retrato*..
(Este verso me deja turulato)
¡Dentro del corazón! ¡Aquí se queda!„

Con sinceridad, sin enfadarse: ¿cree el Sr. Catarineu que *eso* es soneto?

«Contad si son catorce y ya está hecho.»

Conste, Sr. Catarineu, que usted me ha llamado *ilustrado*. No vale decirme ahora critiquillo venenoso, ignorante, etc. ¿No dice por ahí el Sr. Shaw que si yo le critico es porque él no quiso leer unos versos míos en el Ateneo? No, Sr. Shaw; yo le critico á usted porque, según mis pobres entendederas y mi poquísima lectura, usted es un poeta detestable. No, no se fije usted en lo que yo haya podido decirle particularmente. La cortesía obliga á veces

¡á decir que son blancas las hormigas!

Ya tendré ocasión de probar á usted, y á otros, que la musa no les sopla, acaso en un libro que saldrá, editor mediante, á principios del año próximo.

Por de contado que á usted y demás compañeros de ripios no satisfarán las razones en que fundo mi juicio; pero no faltará quien vote conmigo. Puede que hasta D. Adolfo de Castro, que le llama á usted genio, ó algo así, según he leído en un número de *La España Moderna*, concuerde conmigo en que su oda de usted al Niágara es... una catarata de ripios efectistas. Todo se andará, si no morimos á manos del moro..., que no moriremos, gracias á D. Enrique Tauiel de Andrade.

FRAY CANDIL.

SALDOS

Pollita que acude
trajeada de seda
á ver los altares
de iglesia en iglesia;
que cambia de sitio,
que escucha y comenta
cualquier tontería
que á nadie interesa,
y está decidora
y alegre y risueña,
porque á la vecina
se le ven las piernas,
esa,
ni quiere, ni sufre,
ni llora, ni reza.
¡Que se vaya, por Dios, á su casa!
¡Que mamita la enseñe á hacer
[media!

—

La esposa de Blas Laguno
exclamaba conmovida:—
¡Gran Dios, qué triste es la vida!
¡Ya no me quiere ninguno!
Y un tuno, con buenos modos,
la contestó:—¡Bueno fuera
que ninguno la quisiera,
siendo querida de todos!

Pollito que suda
por ir á la iglesia,
con largos faldones,
con alta chistera;
que lleva empolvadas
hasta las orejas,
que á todas las niñas
atiende y requiebra,
ni quiere, ni sufre,
ni llora, ni reza,
ni sabe palabra,
ni entiende una letra.
Que mamá me le vista de corto,
¡que papá me le zampe en la
[escuela!

—

Muy por encima de mí,
dice la gente que estás...
¡Ay, hermosa de mi alma!
¡Ojalá fuera verdad!

—

Con tal fuerza me oprimieron
las cadenas de tu amor,
que con ellas he perdido
la cadena del reloj.

—

Perfume embriagador, aroma suave
que el ambiente embalsamas
y al ánimo abatido das consuelo...
¡Es un *bisté* que pasa!

FRANCISCO DURANTE

PROPIO Y AJENO

No es *Una Dolora*, sino *Una Humorada*, lo que el amigo Pons ha querido poner por epígrafe en los *monos* de las planas del centro. Conste.

—

Con la puntualidad de costumbre hemos recibido el tomo de *La España Moderna*, correspondiente al 30 de Septiembre, cuyo sumario es el siguiente:

Waterlóo, por Cánovas; Niñerías, por A. Palacio Valdés; Tabaré, por D. Juan Valera; El Instituto Geográfico, por Antonio de Valbuena (Miguel de Escalada); la tercera carta de la Exposición de París, por la señora Pardo Bazán; la Sección Ultramarina, por D. V. Barrantes; un curioso estudio sobre Marruecos, por el arabista Sr. Guillén Robles; interesantes apuntes para formar un diccionario de escritoras españolas del siglo XIX, por Ossorio y Bernard, y la Bibliografía, por Sánchez Pérez.

—

El fecundo escritor catalán Federico Soler (Serafí Pitarra) acaba de publicar dos preciosos tomos de cuentos en catalán, titulados *Cuentos del Avi* y *Cuentos de la vora del foch*, dignos de la pluma del *Mestre en gay saber*, tan popular en toda España. La casa editorial de López Bernagosi ha presentado estas obras con todo el aparato de ilustraciones y cromos que su argumento requiere, como decimos acá entre bastidores.

—

El incansable escritor J. Rodao acaba de publicar en un folleto su monólogo *La primera declaración*.

Que no recibió *calabazas*, lo prueba el que fué extraordinariamente aplaudido la noche de su estreno en el teatro de Manzanares, de Segovia.

Por un real pueden ustedes comprarlo en cualquier librería.

—

Athos, *Las mujeres que tiran*. Un tomo en 8.º una peseta.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y **muy reconstituyente.** Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

Carlos Fernández Shaw. — *F. Serrano de la Pedrosa.*

TARDES DE ABRIL Y MAYO

Un elegante volumen en 4.º con ilustraciones de Cuchy y cubierta *Japón*,

TRES PESETAS

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en colores,

UNA PESETA

Gran Lotería de Dinero

Garantizada legalmente por el Supremo Gobierno de Hamburgo.

500.000

MARCOS

ó aproximadamente

Pesetas 625.000

como premio mayor pueden ganarse en caso más feliz en la Nueva gran Lotería de dinero garantizada por el Estado de Hamburgo.

ESPECIALMENTE

1	Premio á M.	300000
1	Premio á M.	200000
1	Premio á M.	100000
1	Premio á M.	75000
1	Premio á M.	70000
1	Premio á M.	65000
2	Premios á M.	60000
1	Premio á M.	55000
1	Premio á M.	50000
1	Premio á M.	40000
1	Premio á M.	30000
8	Premios á M.	15000
26	Premios á M.	10000
56	Premios á M.	5000
106	Premios á M.	3000
203	Premios á M.	2000
6	Premios á M.	1500
606	Premios á M.	1000
1060	Premios á M.	500
30930	Premios á M.	148
17188	Premios á M.	300, 200, 150
		127, 100, 94, 67, 40, 20

La Lotería de dinero bien importante, autorizada por el Alto Gobierno de **Hamburgo** y garantizada por la Hacienda pública del Estado, contiene **100.000 billetes,** de los cuales **50.200** deben obtener premios con toda seguridad.

Todo el capital que debe decidirse en esta lotería importa

MARCOS 9.553.005

ó sean casi

PESETAS 12.000.000

La instalación favorable de esta lotería está arreglada de tal manera, que todos los arriba indicados **50.200 premios** hallarán seguramente su decisión en 7 clases sucesivas.

El primer premio de la primera clase es de marcos **50.000;** de la segunda **55.000;** asciende en la tercera á **60.000;** en la cuarta á **65.000;** en la quinta á **70.000;** en la sexta á **75.000,** y en la séptima clase podrá en caso más féliz eventualmente importar **500.000,** especialmente **300.000, 200.000** marcos, etc.

La casa infrascrita invita por la presente á interesarse en esta gran lotería de dinero. Las personas que nos envíen sus pedidos se servirán añadir á la vez los respectivos importes en billetes de Banco, libranzas de Giro mutuo extendidas á nuestra orden, giradas sobre Barcelona ó Madrid; letras de cambio fácil á cobrar, ó en sellos de correo.

Para el sorteo de la primera clase cuesta:

1 Billete original, entero: Rvn. 30.

1 Billete original, medio: Rvn. 15.

Cada persona recibe los **billetes originales** directamente, que se hallan previstos de las armas del Estado, y el **prospecto oficial** con todos los pormenores. Verificado el sorteo, se envía á todo interesado la **lista oficial de los números agraciados,** prevista de las armas del Estado. **El pago de los premios se verifica según las disposiciones indicadas en el prospecto, y bajo garantía del Estado.** En caso que el tenor del prospecto no convendría á los interesados, los billetes podrán devolvérsenos, pero siempre antes del sorteo, y el importe remitídonos será restituído. Se envía gratis y franco el prospecto á quien lo solicite. **Los pedidos deben remitírsenos lo más pronto posible, pero siempre antes del**

15 de Octubre 1889.

Valentin y C.ª

BANQUEROS

HAMBURGO

ALEMANIA

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos Norte y Sur del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz, y el 20 de Santander.

Línea de Colón.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá, y servicio á Méjico, con trasbordo en Habana.

Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 25, vía Puerto Rico, Habana y Santiago de Cuba.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, á partir del 11 de Enero 1889, y de Manila cada cuatro sábados, á partir del 5 de Enero 1889.

Línea de Buenos Aires.—Un viaje cada dos meses para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Septiembre 1889.

Línea de Fernando Póo.—Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

Servicios de Africa.—Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los señores Ripoll y compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica.*—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Señores Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
12 Octubre de 1889.
NÚMERO 54.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

ANTONIO SÁNCHEZ PEREZ

A la justísima fama que en la república de las letras, y en todas las repúblicas, tiene conquistada el castizo y elegante escritor cuya *vera efigie* damos hoy en esta plana, hay que añadir el nuevo y legítimo triunfo alcanzado en el Teatro de la Comedia, la noche del último miércoles, con su preciosa obra *El primer choque*.

¡Qué bombo se pierde por ser colaborador de LOS MADRILES!

Nuestra enhorabuena al Maestro.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. **9** *pesetas.*
Seis meses.............. **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Comenzamos nuestro *Diario* con una nota triste.

El martes último falleció en esta corte la virtuosa señora doña Carmen Buylla, madre de nuestro buen amigo y compañero D. Vital Aza.

Acompañamos al distinguido escritor en la profunda pena que experimenta por tan irreparable pérdida.

....

....

Aquí ya no se dan *pases*.

A no ser pases de muleta. Ó pases para Ultramar.

El señor ministro de Gracia y Justicia se ha empeñado en extirpar el vicio del juego, y los jueces de Madrid están secundando con energía las órdenes terminantes de S. E.

¡Qué semanita tan atareada han llevado estos dignos funcionarios!

No hay Círculo grande ni chico, ni Casino más ó menos aristocrático, que no haya recibido su correspondiente visitita.

Y se dice por ahí—no respondemos de la exactitud de la noticia—que los socios de algunos centros recreativos están que trinan.

Entre ellos los socios del Casino de Madrid y el Círculo Militar.

Por cierto que no sé de qué se quejan los primeros.

Entró el juez en el salón de juego, hallólos con las manos en la masa, ó en la mesa, mejor dicho, y se limitó á parodiar al banquero, diciendo con los mejores modos del mundo:

—¡No va más!

Y todas las medidas que tomó quedaron reducidas á tomar las *medidas* de la mesa.

Medida trascendental y de ebanistería.

Para eso, en vez de ir el señor juez, hubiera debido ir D. Camilo Laorga.

Ú otro fabricante cualquiera.

Verdad es que se llevó algunas *fichas*, pero no molestó á los señores socios. En cambio, aseguran que á los de otro Círculo los sacaron á la calle atados codo con codo.

Con éstos se tomaron otras medidas.

Las de los brazos.

Y no se salvaron más que los que pudieron ejercitar las piernas.

Y tocar á talones.

Y mientras el alguacil decía: ¡*no va más*, replicaban ellos: ¡*ande el movimiento*!...

Pero lo verdaderamente grave, si el caso ha ocurrido como lo cuentan, es lo sucedido en el Círculo Militar.

Allí entró un alguacil apuntando.

No dos pesetas á la sota, sino con un revólver. No disparó, por supuesto.

Aquello fué sin duda para asustar á los contertulios, y esto es lo que ellos no pueden tolerar.

¡A bravos militares, á hombres encanecidos en el servicio de las armas, á generales y brigadieres—que quizá los hubiera alrededor de la mesa,—que han dado pruebas de valor en los campos de batalla al frente del enemigo, quererles asustar con un miserable revólver de seis tiros!

¡Pronunciar ante ellos la frase sacramental con que se sorprenden los garitos y las *chirlatas* de menor cuantía! «¡Por S. M. el Rey!» Hay para desesperarse.

Por lo demás, tampoco allí se molestó á nadie. El alguacil entró con mucho *fuero*; pero el *ídem* militar amparaba á los socios.

Y se llevó el juez otro puñado de fichas, y se tomaron las medidas que requería el caso.

Las medidas de la mesa, como en el otro Círculo.

Y preguntamos nosotros, con la supina ignorancia que tenemos de estas cosas: ¿Influirá el mayor ó menor tamaño de la mesa en la penalidad que tenga el delito de jugar? Porque siendo así, jugando en mesitas muy chiquirritítas...

De seguro que los jugadores que sacaron atados del otro Círculo jugaban en mesas inconmensurables.

No puede ser otra cosa.

El resultado de esta enérgica campaña será indudablemente fructífero, salutífero y de un gran resultado para las familias. En su odio al juego, se asegura que el señor Ministro prohibirá, muy en breve, la comedia *Jugar al escondite* y la aplaudida zarzuela *Jugar con fuego*.

La Dirección general de Correos publicará dentro de unos días una circular, mandando que en lo sucesivo las cartas no se llamen cartas.

Se llamarán *misivas*. No quedarán en pie más que dos juegos. El juego escénico, y el juego de la Lotería Nacional.

Sabemos que los funcionarios, tanto del orden gubernativo como del judicial, están dispuestos á secundar con todas sus fuerzas las órdenes de la superioridad.

Y he aquí una prueba de nuestro aserto.

La hija de uno de estos funcionarios, hermosa muchacha por cierto, está en vísperas de contraer matrimonio.

Como es natural, la niña está trabajando afanosamente, hace días, en su *trousseau*.

Hace pocas noches entró el padre en casa hosco y mal humorado; la joven bordaba á la luz del quinqué con febril actividad, inclinada sobre un inmenso bastidor.

—¿Qué hace la niña con ese armatoste tan grande?

—Hombre, contestó sonriendo la mamá; es que se está bordando el juego de cama.

Oir la palabra *juego* y darle un puntapié al bastidor, fué para aquel celoso funcionario obra de un momento.

—¿Juego?... ¿Juegos en mi casa? ¡No sabes que soy el encargado de perseguirlo en mi distrito! ¡Si llega á enterarse el Gobernador!

—¡Considera que los juegos de cama no están prohibidos!

—¡Por si los prohiben! Y ni una palabra más. Toma, añadió después tranquilamente; guarda esos dos décimos que he comprado en las Cuatro Calles. Es un número muy bonito, el 100 *pelao*.

—

Hace bastantes años se estrenó en el teatro de la Infantil una pieza, ó cosa así, titulada *Arte de no pagar al casero*.

No vimos la obra; pero de seguro que los medios que en ella se propusieran no serían tan eficaces y enérgicos como los puestos en práctica por el inquilino del piso cuarto de la casa número 1 de la calle de Vergara, en Barcelona.

Al ir á cobrar el casero, este inquilino le ha disparado cinco tiros de revólver, dejándole muerto en el acto.

No se comprende semejante atrocidad, á no ser que el inquilino en cuestión hubiera resuelto no pagar más alquileres en su vida.

Porque siendo éste su propósito, ya lo ha conseguido.

Ya tiene domicilio gratis mientras viva.

Para eso están las cárceles; para esta clase de inquilinos.

Lo deplorable es que va á tener muy mala vecindad.

—

Aviso mundano. Leí este anuncio, con letras gordas, en la tercera plana de *La Correspondencia*, y me puse á temblar.

Afortunadamente la cosa no traía malicia.

Era el anuncio de unos corsés *maravillosos*.

¡Ya me figuro las maravillas que contendrán estos corsés!

Corsés de *matute*. ¡Decepciones para el regreso de la Vicaría! ¡Como la de aquel pobre marido, que pensaba hacer un viaje de tornaboda por las pintorescas montañas de Suiza, y no pudo pasar de las estériles llanuras de la Mancha! Por falta de dinero, por supuesto. No vayan ustedes á figurarse...

—

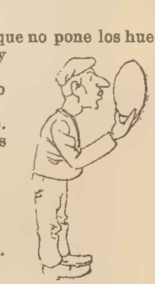
Leo en un colega de San Sebastián:

«Una familia de Irún posee una gallina que no pone los huevos de oro, pero que los pone muy raros y fenomenales.

»Los huevos son de forma natural, pero el tamaño es una cosa muy superior.

»21 centímetros de alto por 18 de diámetro.

»Estos huevos tienen dos cáscaras y varias yemas.» ¡Cáscaras!



Digo á usted que es maravilla
huevo tal; y por lo nuevo,
aquella gente sencilla
irá por toda la villa,
de fijo, enseñando el huevo.

E. Navarro Gonzalvo.

Epístola contra el teatro moderno.

(Á FRANCISCO SENANTE)

Me ofreces ocasión, y la aprovecho.
¿Ha de doblarse siempre la cabeza
Ante la fuerza estúpida del hecho?
¿No ha de haber quien realice la proeza
De protestar con varonil coraje
Contra tanto baldón, tanta impureza?
¿Dique no se ha de alzar, que al fin ataje
El torrente que ahogarnos amenaza
Y ya de lodo nos constela el traje?
Sí. ¡Plaza á la moral, al arte plaza!
¡Mercaderes del templo de Talía,
Vuestra faz surque con sangrienta traza
El látigo que Apolo esgrimiría,
Si el cotidiano ultraje conociera
Con que ofendéis á música y poesía!
Ronca la voz, la mano en la cadera,
Trocada está Talía pudorosa
En una vil y lúbrica ramera.
Su lengua, en otro tiempo temerosa
De proferir palabras malsonantes,
Hoy, perdido el recato, las rebosa.
Dama que en los palacios vivió antes,
Alcanzó de discreta fama eterna,
Y vistió sedas y lució brillantes,
Mudó su condición, de altiva en tierna,
Desciñóse las galas, y hoy es solo
Una prosaica moza de taberna.
En torno al Ecuador, de polo á polo
Resuene nuestra voz, Francisco amigo,
Y rápido la esparza el dios Eolo.
Tú sabes bien, y el cielo me es testigo,
De que, por más que airada mi voz brote,
Aun siento mucho más de lo que digo.
¿Cuándo, preguntas, del tremendo azote
Que la española escena deshonora,
(presa del más osado y del más zote)
Libre se encontrará? ¿Cuándo la hora
Postrera sonará del cautiverio?
¡Ay! ¡Aún no brilla tan rosada aurora!
Olvidado y proscrito el arte serio,
Es cada drama decepción horrible,
Cada estreno, afrentoso gatuperio.
El escándalo raya en lo increíble,
Y es fuerza descubrir la verdad toda;
Supón, por un momento, un imposible:
Que meterte á empresario te acomoda
Y hacer negocio quieres; pues cultiva
El género indecente que está en moda.
Nada de mantener enhiesta y viva
La llama sacratísima del arte;
Nadie quiere ser ya vestal cautiva.
Disgustos y metal puedes ahorrarte
Exhibiendo en la escena Evas desnudas,
O con hojas de parra en cualquier parte.
¿De la verdad de mis asertos dudas?
Si sigues obediente mis consejos,
Verás cuán pronto de opiniones mudas.
¿Temes quizá de los censores viejos
Las protestas, insultos y alharacas?
¡Ríete de tan lúgubres vencejos!
Verás qué presto su furor aplacas
Y al crítico mordáz vuelves jalea...
¡Oh poder singular de dos butacas!
No hay quien en tales redes no se vea
Que de la más estúpida poesía
No diga que le encanta y le recrea.
¡Maldita una y mil veces *La Gran Vía*,
Que trajo en pos de sí, cual regia corte,
Tanta basura y tanta grosería!
Hoy es la liviandad único norte,
Y engendros tan raquíticos y obscenos
No hay anémico ingenio que no aborte.
No creas sistemáticos mis truenos:
Rota de la decencia está la valla,
Y avergonzados cállanse los buenos.
Perdida ya del arte la batalla,
Los que en su pro combaten ¡suerte triste!
Ven que el arte adorado se encanalla.
La desvergüenza sustituye al chiste,
Y, al asomar la risa á nuestra boca,
De vergonzosa mueca faz reviste.
Fuerza es tener el corazón de roca
Para poder mirar indiferente
La turba que nos cerca y nos sofoca.
Bajó Talía el áspera pendiente,
Y Euterpe, la inspirada, la divina,
A seguirla se apresta diligente.
Ya su canto las almas no fascina;
Olvidados su estirpe y alto rango,
Mejor le fuera al ciego de la esquina
Imitar con el clásico fandango,
Que atormentar la vista y el oído
Con el procaz libidinoso tango.
¿Dónde, amigo sin par, dónde se han ido
Las dulces melodías de Arriaga
De los Comes el número y sonido?
¡Ay! Todo lo arrasó la egipcia plaga
De músicos sin arte y sin idea
Que cual langosta por los campos vaga.
Luchemos con tan pérfida ralea,
Y esa Escuela (1) que hoy nace, cual vivero
De defensores para el arte sea;
Nombre así logrará imperecedero,
Y de las Musas el virgíneo coro,
Para ejemplo del mundo venidero
Escribirá ese nombre en letras de oro.

LUIS CÁNOVAS.

(1) Aludo á la creación de la Escuela municipal de Música y Declamación de Alicante.

TABARRA

Que no conocen ustedes á Tabarra?... ¡Bah! Lo que es que no caen ustedes así al pronto.

Días pasados tuve la desgracia de no poderle dar el quiebro como otras veces; porque en cuanto lo diviso á alguna distancia, me meto en un portal, aprovecho el cruce de un carruaje, aprieto un poco el paso, ó me ingenio siempre de tal manera, que me hago invisible. Recuerdo que en cierta ocasión revolví una tienda entera de paraguas y bastones mientras él estuvo á la puerta del establecimiento, dándole la lata á un individuo á quien cogió por su cuenta.

Aquellas dos pícaras rubias tan bonitas que iban por la Carrera de San Jerónimo tuvieron la culpa. Yo tan inocente y tan embobalicado, mira que te mira, y... ¡cataplum! Tabarra, que se me cuelga de las dos solapas de la americana.

—Aquí lo quería yo coger á usted, dijo Tabarra dando voces formidables; aquí lo quería yo coger á usted. ¿Conque esas son todas las ocupaciones que lo traen á usted tan atareado y que no le dejan tiempo para nada, ni siquiera para ver á los amigos, eh? Se viene por aquí á buscar rubias bonitas...

—Hombre, yo no vengo á buscar rubias, ni morenas, ni nada. Pasaba por aquí, bastante de prisa por cierto, porque voy á un asunto muy urgente.

—¡Sí, sí, bueno está usted! Apariencias de fray Tranquilo, y después... ¡Fíese usted de estos cartujos! Pero ¡ya se ve! continuó cambiando de tono; los ricos no quieren tratarse con los pobres Sólo por milagro se le echa á usted la vista encima.

El apodo de rico que me propinaba mi interlocutor me sonó así como á sarcasmo, graduado de insulto.

—¿A que no cambia usted su fortuna por la mía? le dije, por decir algo.

Aquí Tabarra se apoyó con ambas manos sobre uno de mis hombros, derribándome casi; dejó caer la frente sobre las manos y prorrumpió en una carcajada ruidosísima, mientras yo hacía esfuerzos nada insignificantes para soportar el peso de aquel armatoste y los vaivenes que me hacía dar en las convulsiones de su risa, tan estúpida como extemporánea. Por fin todo aquel ruido y movimiento paró repentinamente en seco, cual si obedeciese á un resorte, y Tabarra, irguiéndose de nuevo, me dijo con el aire más natural del mundo:

—Vamos á ver: ¿qué se hace ahora? Lo de siempre, ¿eh? Usted siempre con sus mismas ocupaciones. ¿Ha terminado usted ya el libro que estaba haciendo? Y de teatro, ¿qué hay? ¿No prepara usted ninguna obrilla para esta temporada? Verdad que eso debe ser cosa de un santiamén. Enjarete usted ahí un buñuelo, un mamarracho cualquiera. Usted para eso tiene buena disposición.

—Gracias.

—Pero... ¡caramba! usted no está bueno. Tiene usted mal color, está usted más delgado. Pues no hay que jugar. Cuidarse, cuidarse.

Durante todo este diluvio de frases, Tabarra, con aire casi paternal, me habia deshecho y vuelto á hacer primorosamente el lazo de la corbata.

—¿Adónde va usted ahora? continuó preguntando mi infatigable interlocutor.

—¡Al Viaducto!

—Hombre, al mismo Viaducto no será, porque no creo que esté usted desesperado y piense suicidarse. Irá usted á algún sitio próximo al Viaducto.

—Sí, señor; muy próximo, en extremo próximo. Y me voy en seguida... ahora mismo... porque me están aguardando.

—¿A qué hora tiene usted la cita?

—A las cuatro en punto.

Esta respuesta impremeditada é irreflexiva fué causa de mi perdición. Tabarra introdujo sus dedos en el bolsillo de mi chaleco, y poniendo ante mis ojos mi propio reloj, exclamó con aire de triunfo:

—¡Somos felices! Disponemos todavía de más de tres cuartos de hora. ¡Mire usted, son las tres y diez!

—No puede ser: mi reloj atrasa una barbaridad.

—Nada de eso. Aquí está el mío; marca la misma hora, y acabo de arreglarlo con el cronómetro de la calle de Sevilla. Lo que es media horita, no hay quien nos la quite. Tengo que contarle á usted muchas cosas, pero muchas.

Esto diciendo, se colgó de mi brazo y echó á andar, llevándome á remolque.

—Ya sabe usted las cosas de mi dichoso yerno, continuó el implacable Tabarra; yo no soy para él más que un cero á la izquierda. Se ha

PLAGAS MADRILEÑAS.—LA CALLE DE SEVILLA

—¡Que yo no sirvo para el Real! Y pá los dos reales, y pá una peseta si á mano viene, que no caerá esa breva.

—¡Vamos, que si toa la presencia y presopopeya que me traigo aquí la tuviera en el redondel, no eran trunfos los que se ganaba un hombre!

—¿Se acuerda usted de aquel Comendador que hacía yo? ¡Cuando iba en busca de D. Juan con mi hermosa escopeta de dos cañones y mi canana! ¡Aquello era hacer papeles!

—Mis condiciones son: dos pesetas, ropa limpia, y que los autores me escriban papeles en los que yo pueda cenar en escena. Cena que usted paga, por supuesto.

PLAGAS MADRILEÑAS.—LA CALLE DE SEVILLA

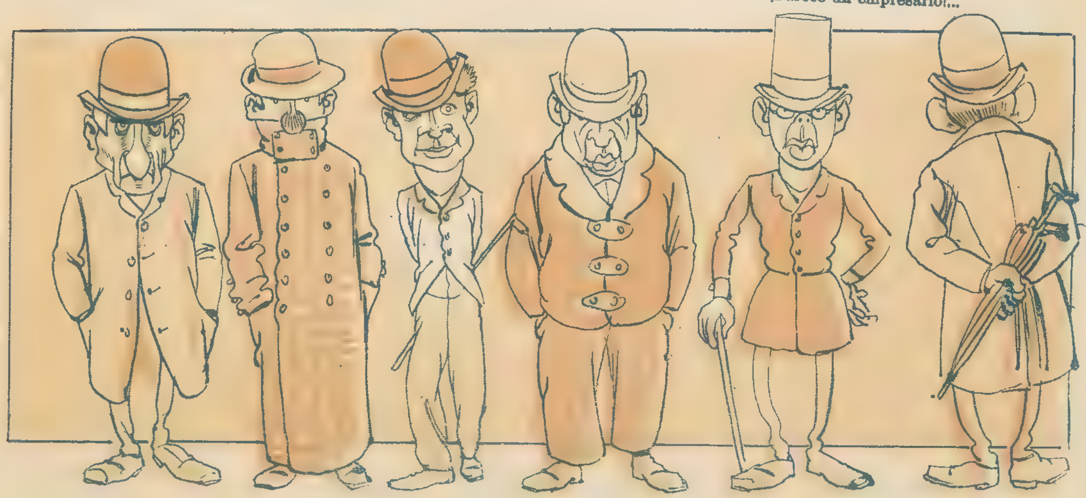
—¡Conque usted es del teatro! ¿Y á qué género se dedica usted?

—La verdad, el género que más me gusta es el de los señores de estado, porque los hijos de familia no resultan tanto.

Maestros de *esgrima* establecidos en todas las esquinas de la calle. De dos pesetas para arriba.

EL QUE HAMBRE TIENE...

—¡Parece un empresario!...



LO MÁS ELEGANTITO Y ASIDUO DE LA CALLE

propuesto que yo haga un día una de *pópulo bárbaro.* Y el camueso de su padre le da toda la razón, y anda diciendo por ahí que yo soy un pesado y un majadero, que me meto en lo que no debo meterme, y que patatín, y que patatán, y que pitos, que flautas, que tal y que cual, y qué sé yo. ¿Me ha entendido usted? Y que su hijo se ha casado para ser el dueño de su casa, y no para que un memo como yo vaya á infernar el matrimonio; y que mi hija es una mártir, que tiene que estar contemporizando con los unos y con los otros, y, en fin, la mar. ¡Usted no sabe, querido, usted no sabe! Por supuesto, que lo que es al animal de mi consuegro, se la tengo jurada. El día menos pensado lo agarro...

Habíamos llegado, á todo esto, á la esquina de la calle de Sevilla y la de Alcalá. Allí, Tabarra se detuvo de repente, se me puso delante, y dándome una manotada bastante fuerte en un hombro, siguió diciendo con voz cada vez más alterada y aire más furibundo, como si hablase con su consuegro:

—Le digo á usted que esto no puede seguir de este modo, que esto va á acabar mal. Un día lo agarro así, por la solapa, y le digo, aun cuando esté delante el lucero del alba...

Tabarra, poseído de su papel, acompañaba la palabra de la acción, y me zarandeaba á un lado y á otro, mientras decía ya á grito herido:

—¡Todo se sabe!... Sé que anda usted desacreditándome por ahí. ¡Y yo tengo que decir, para que se entere todo el mundo, que es usted un farsante, un estafador, un miserable, un canalla! Los numerosos grupos que llenan constantemente la calle de Sevilla habían acudido á los gritos, se habían detenido muchos transeuntes, y éramos el blanco de la curiosidad de toda aquella gente. No cabía duda: á los ojos de los curiosos, todos aquellos improperios iban dirigidos á mí. Cuando me di cuenta de la situación, sentí que la sangre se me subía al rostro, y estuve tentado de estrangular entre mis manos al necio que tenía delante. Por suerte para él y para mí, la mirada de aquel imbécil se fijó en un individuo que cruzaba por la acera de enfrente, y gritó señalando á él:

—Ahí va uno que esta enterado de todo. ¡Sr. D. Antonio! ¡Eh! ¡D. Antonio!

Tabarra echó á correr para traer á mi presencia á «D. Antonio,» y yo aproveché aquella coyuntura para escabullirme y tomar precipitadamente un simón que pasaba por allí.

—¿Adónde, señorito?

—¡Al Viaducto! ¡Adonde quieras! Pero á escape. Dos reales de propina.

Y sudoroso, fatigado, me dejé caer sobre el duro almohadón del carruaje, maldiciendo hasta del nombre de Tabarra y de su desdichado encuentro.

Vamos á ver, ¿no tenía yo razón?

¿A que conocen ustedes á Tabarra?

José Torres Reina.

ARISTARCOS Y ZOILOS

El remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras: que ellas por sí mismas les darían fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.—Cervantes.

A los seiscientos años de muerto el cantor de la *Iliada*, se le ocurrió á uno de sus ingratos compatricios salir atacando su gloria con la envidia del mono, con la saña de la pantera. Y á tales extremos llegó Zoilo en sus peroratas y escritos, que mereció el burlesco dictado de «azote de Homero,» azote tan ayuno de cultura como sobrado de pedantería.

Pero transcurrió tiempo; formuló Aristóteles, armonizando lo real con lo ideal, las leyes de la belleza, y Aristarco, inspirado en ellas dos siglos antes de Jesucristo, publicó las obras del inmortal ciego de Esmirna, anotándolas de modo tan ilustrado y juicioso, que ganó renombre imperecedero de crítico de ciencia que instruye y de conciencia que moraliza.

Hoy, como ayer, la mala hierba crece más que la buena; y en toda República Literaria, y particularmente en la Española, abundan menos los Aristarcos que juzgan que los Zoilos que muerden.

Para éstos «criticar» equivale á «censurar.» Especie de quebrantahuesos que sólo gozan en roer, olvidan que la «censura» es una parte de la «crítica,» que tiene también otra de «aplauso.» Y como roen sin ton ni son, de aquí el descrédito en que van cayendo; de aquí la desconfianza del público ante la injusticia con que son tratados ciertos autores.

Al uno se le combate con todo género de armas, incluso las del silencio ó del ridículo; y, sin embargo, se venden y encomian sus obras entre la gente de buen gusto. Al otro se le ensalza y vitorea, y hasta se le expide credencial de *genio;* y, sin embargo, conocido el artificio, nadie se acuerda de su nombre. ¿Qué importó que nuestros Zoilos del siglo XVIII compararan á Comella con Calderón y á Churriguera con Miguel Ángel? Las críticas pasan y las obras quedan.

A fijarnos más en ello, pronto sanaríamos de burdas exageraciones, rayanas en locura. Pero repito que somos así. Y prueba que lo somos que lo mismo divinizamos hoy á Peral antes de que descubra el submarino, que encadenamos ayer á Colón después que hubo descubierto la América.

Con semejantes extravíos, fomentados por la inquina entre llorones Heráclitos y risueños Demócritos, que se destrozan mutuamente, sin comprender, faltos de sentido común, que la causa de cada uno es la causa de todos, va resultando nuestra crítica una verdadera jerigonza. Y á la injusticia sigue el error, y al error el desorden.

¿No sabes inventar? Pues abajo la fantasía. El drama y la novela serán trabajos meramente de observación, algo á modo de anfiteatro de anatómico ó de inventario de prendería, con poco enredo, con poco interés. Un plato de ternera sin ternera.

¿No sabes escribir? Pues abajo la retórica. La expresión galana del sentimiento es una afeminación; el pudor sociológico del pensamiento una nimiedad. El algodón imponiéndose á la seda; el instinto brutal á la virtud heroica.

¿Eres descreído? Pues abajo toda religión positiva. Al cabo, cuesta menos destruir que edificar.

¿Eres desdichado? Pues abajo todo lo existente. Degollemos á la humanidad, apaguemos el sol, y sobre cadáveres y entre sombras, á bailar la *danza macabra.*

Por fortuna, el mundo se rige por leyes providenciales. Y la esperanza sonríe al desdichado, y la fe anima al creyente, y el que nació para escribir, escribe, y el que nació para fantasear, fantasea; importando al genio el roer de las medianías lo que importa á la luna el aullido de un perro.

Mas no por eso nos durmamos, siquiera excitemos la bilis de ciertos pesimistas que ambicionan dirigir solos á la muchedumbre, ó siquiera turbemos el reposo de ciertos optimistas, que suponen que la Verdad no ha menester de defensores: exclusivismo y dejadez maniacos, que merecían que el cielo se hundiera, y ya se hunde para algunos, menos por el empuje de los titanes que le conmueven en las sacudidas de su desesperación, que por la miopía de los mochuelos á quienes ofende la perspicacia de las águilas.

La vida es una batalla, donde hay que luchar como valientes, aplaudiendo con rectitud, censurando con educación y guiando con nobleza. Nada de fanatismo de bandería. Algunas discusiones literarias sobre los géneros clásico y romántico, idealista y realista, evocan el recuerdo de las discusiones bizantinas. Para mí sólo hay dos géneros en las manifestaciones intelectuales: el bueno y el malo; y aquél se aproximará más á la perfección cuanto mejor combine todos los elementos. El Arte es el espejo de la Naturaleza. Y la Naturaleza ofrece llagas que hieden y rosas que perfuman. Nada de interés egoísta. El sacerdocio del alma, en su triple culto moral, estético y científico, exige de nosotros hasta el martirio. Arrostrémosle aguijoneados por sagrado deber, y si no vencemos en lo presente, venceremos en lo porvenir. Mala es la tiranía de arriba; peor la de abajo; y peor la conjunción de ambas. Y, sin embargo, tanta maldad reunida no bastó á eclipsar al semidivino Sócrates, bebiendo la cicuta ante los gentiles, ni al divino Jesús expirando en una cruz ante los fariseos.

Inspirados en tan altos ejemplos, cumplamos nuestra misión sobre la tierra. Y cuando cese el estruendo del combate; cuando se desvanezca el humo de envidias, enojos y demás pasiones mezquinas; cuando sólo queden las obras, y nada valga á los que las estudien que sus autores fueran gobernantes ó gobernados, visiteros ó retraídos; entonces caerán muchos soberbios y se elevarán muchos humildes; entonces, y sólo entonces, se distinguirá el oropel, del oro; el ruido, del mérito; la popularidad, flor de un día, de la gloria, siempreviva eterna.

Abdón de Paz.

En la Comedia.

Páguele Dios á D. Antonio Sánchez Pérez aquellos párrafos de castiza y bien condimentada prosa que, deslizándose en el diálogo de la obra suya estrenada el miércoles en el teatro de la Comedia, le hacían á uno deleitarse y olvidar la forma de escribir que ahora *se traen* algunos autores, como olvida el náufrago, en presencia de una costa hospitalaria, los horrores y las peripecias del naufragio.

Fama envidiable goza D. Antonio Sánchez Pérez de prosista correcto, si bien libre de esos amaneramientos empalagosos que distinguen á cuantos suponen que el toque de la corrección y del clasicismo está en revolver despiadadamente el Diccionario y construir párrafos enrevesados y punto menos que ininteligibles, escogiendo para el caso aquellas palabras, de puro antiguas, apestosas, y que ya no se usan por ninguna persona de sentido común.

No pertenece el autor de *El primer choque* á estos rebuscadores de la lengua, que mejor parecen traperos que literatos; su estilo es sencillo, inteligible y correcto como habrá poco; en su sencillez y en su corrección estriba la dificultad de imitarle.

Excusado es decir, por consiguiente, que la obra estrenada en el teatro de la Comedia es distinguida por lo bien escrita; pero conviene manifestar que, por su propio argumento y prescindiendo de las galas que la enaltecen, resulta muy interesante y fué muy del agrado del público, que la aplaudió de todas veras y con íntima satisfacción, obligando á presentarse al autor en escena repetidas veces al finalizar los actos segundo y tercero.

No es cosa de narrar punto por punto el argumento, y más cuando á estas horas hanlo ya narrado todos los periódicos de Madrid.

D. Antonio Sánchez Pérez se ha propuesto demostrar en *El primer choque* los inconvenientes que reporta el educar á las hijos en el extranjero y lejos de la casa paterna, y ha conseguido su propósito.

El colegial que, tras de pasar seis años encerrado en un colegio francés, vuelve á su casa y se ve de pronto obligado á vivir en un mundo que desconoce por completo; los disgustos que con tal motivo se originan; los conflictos que provoca; la conducta extraña que sigue ; las determinaciones que toma, todas esas faltas, en fin, provinientes de una educación retraída y mercenaria, están admirablemente representados por el Juanito de *El primer choque*, que, según se enamora de una muchacha modesta y modista, pudo enamorarse de una modista que no fuese modesta y traer un infierno á casa de los padres.

El primer choque se arregla bien, afortunadamente, después de varias escenas llenas de ternura, de naturalidad y de observación cuidadosa, y la obra termina á satisfacción de todos.

Díganlo, si no, los que asistieron al estreno y no se cansaban de aplaudir.

Elogios, y grandes, merece Emilio Mario por el cuidado que ha puesto al ensayar la obra—circunstancia que se echó de ver desde las primeras escenas—y por sus talentos de director artístico, que son excepcionales, no ya en esta tierra, donde tan poco caso hacen de las obras los encargados de dirigirlas y ensayarlas, sino también en aquellos países y grandes capitales del extranjero que se distinguen por el esmero y cuidado con que en ellas es atendido todo cuanto al mejor éxito de las representaciones teatrales se refiere.

La interpretación de la obra fué admirable; todos los detalles, todas las frases á que el autor había dedicado los esfuerzos de su talento y las agudezas de su pluma, llegan al público fielmente, sin aparecer desvirtuados en lo más mínimo, con su justo alcance y su verdadera intención.

Josefa Guerra, interpretando á maravilla su papel de madre cariñosa, estuvo muy bien y muy guapa, y no digo nada de Julia Martínez, de Carlota Lamadrid y de María Guerrero, porque dudaba uno qué sería más de admirar de ellas, si la naturaleza ó el arte. Nada: que se comprenden los enamoramientos de Lorenzo y de Juanito y de todo el mundo, luego de haber visto á aquellas hermosísimas criaturas.

Y á propósito de Juanito (García Ortega), cumple decir que interpretó como un actor consumado su dificilísimo papel, y que el público no hizo nada de más en aplaudirle, como no hago yo nada de más tampoco en felicitarle.

Asimismo estuvieron muy acertados los señores Mario, Sánchez de León y Rosell, resultando el conjunto de la obra verdaderamente inmejorable.

Mi enhorabuena al aplaudido autor de *El primer choque*; mi enhorabuena á Mario; mi enhorabuena á los actores, y mi enhorabuena á mí mismo, que de todas veras me la doy por el triunfo de D. Antonio Sánchez Pérez.

D. J.

Pacotilla.

Ya terminó el bullicio de las playas,
yéndose las mujeres
que sus bonitas ó incitantes formas
mostraron á los *peces*.

—

Ya quedaron desiertos los pinares
del Sardinero alegre,
testigos mudos, pero acusadores,
de más de dos *belenes*.

—

Miradas de ojos negros ó castaños
en órbitas de nieve,
á la orilla del mar y en noche clara,
¡vaya un poder que tienen!

—

Anhelos en el alma, ya dormidos,
á despertarse vuelven,
y brota del amor la primer chispa
en el joven imberbe.

—

Ilusiones, antojos y deseos
¡mentira! nunca mueren.
Son faros en el mar de la existencia:
se apagan y se encienden.

—

Pero...¿qué estoy diciendo? ¡Yo subido
en alas de la mente,
en las altas regiones, donde sólo
las águilas se ciernen!

—

¡Yo en la regia morada de las Musas
de sopetón meterme,
sin haberme traído una tarjeta
de Grilo ó de Cañete!

—

¡Yo del Parnaso en la empinada cum-
(bre
sin permiso del jefe!...
¡Yo por estas alturas y á estas horas!
¡Vamos, bájate, Pepe!

—

No era, en verdad, preciso subir tanto
para decir á ustedes
que las playas del lindo Sardinero
se han quedado sin gente.

—

¡Hombre... hombre!

Un español ha presentado una solicitud al sultán de Marruecos, y éste mandó entregar veinte duros al peticionario.

¡Vamos! Ese español debe ser algún partidario de la guerra contra el moro.

Quiere, sin duda, que España
tome otra vez á Tetuán,
y ha empezado la campaña
dando un *sablazo* al Sultán.

—

Leo en un cartel de baile que tengo á la vista: «Billete de caballero con tres señoras, 20 reales.» No me parece caro, no señor. ¡Digo! ¡Aunque fuera con una señora sola, si era guapa, se podía dar el duro por el billete!

—

Un trabajador navarro,
según noticia que leo,
levanta, sin hacer fuerza,
dieciocho arrobas de peso.

A ese Sansón pretencioso
cuatro pesetas le apuesto
á que no levanta á Cánovas
y le pone en el Gobierno.

—

En un banquete.

Un convidado acercando una botella de Chartreux á otro:

—¿Quiere usted *Chartrés*?

—Bueno, hombre; no hay inconveniente. ¡Echaré aunque sean cuatro!

—

Ha desaparecido
de su morada
un joven, que se ha ido
sin decir nada.

Esto que se menciona
pasó en *Bilbado*. .
¿Quien será la bribona
que lo ha robado?

—

¡Cuidado con leer lo que sigue sin agarrarse á un mueble!

Dos ayuntamientos de Extremadura han nombrado comisiones para que pasen á Badajoz... (¡vamos, no lo digo; se van ustedes á desmayar! ¿Me dan ustedes palabra de permanecer impávidos? Pues allá va; pero no respondo de las consecuencias):

.........para que pasen á Badajoz á buscar saludadores ó saludadoras, con motivo de haber sido atacadas de hidrofobia algunas reses.

Vayan los saludadores,
si tienen poder bastante,
para curar la *hidrofobia*
y además la *hidrobarbarie*.

—

Resulta que se ha presentado en Madrid el joven Regulez á enseñar á las autoridades la cabeza que usa á diario.

De modo que no era de él esa cabeza que se ha encontrado en el arroyo.

Ahora lo que procede es que se encargue, por medio de un edicto, á la policía y á la Guardia civil de toda España, la busca y captura de un individuo que no tiene cabeza.

O anunciar en todos los periódicos el hallazgo, á ver si se presenta el mismo dueño á reclamarla.]

—

Deja, lector, que me aflija,
dispensa que me contriste,
y que no halle en la valija
de mi cacumen ni un chiste.

—

Perdí el domingo un tesoro
resto de mis capitales.
¡Era una moneda de oro
de esas que valen cien reales!

—

Redonda como una rueda,
brillante, limpia, dorada...
¡No era aquello una *moneda!*
¡Aquello era una *monada!*

No sé dónde se extravió
la que de llorar me seco.
¡Sólo sé que me faltó
del bolsillo del chaleco!

—

Mi cruel angustia no aplaco
aunque apele á mi heroísmo.
¡Me voy á quedar más flaco
que el forro de un catecismo!

—

¡Adiós, moneda querida!
¡Adiós, brillante lucero!
¡Me has jugado una partida
que me ha partido, salero!

José Estrañi.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

SIGNOS ORTOGRÁFICOS.

—ADMIRACIÓN

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
19 Octubre de 1889.
NUMERO 55.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MANUEL DEL PALACIO

Tiene este poeta una reputación tan sólida como merecida.

Fecundo como pocos, ha escrito una hermosa colección de sonetos, la mayoría de los cuales pueden citarse como verdaderos modelos.

Desde la redacción del *Gil Blas*, donde hizo sus más brillantes campañas, hasta su último poema *El niño de nieve*, hay una larga serie de volúmenes que justifican su merecida y envidiable fama.

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas*.
Seis meses.............. 5 »

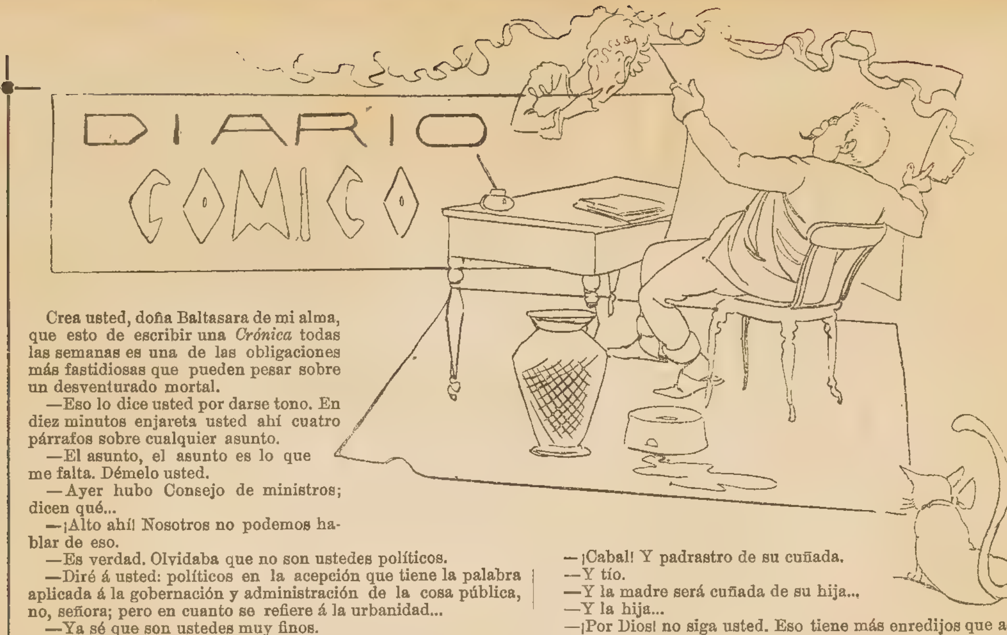
Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas*.

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



Crea usted, doña Baltasara de mi alma, que esto de escribir una *Crónica* todas las semanas es una de las obligaciones más fastidiosas que pueden pesar sobre un desventurado mortal.

—Eso lo dice usted por darse tono. En diez minutos enjareta usted ahí cuatro párrafos sobre cualquier asunto.

—El asunto, el asunto es lo que me falta. Démelo usted.

—Ayer hubo Consejo de ministros; dicen qué...

—¡Alto ahí! Nosotros no podemos hablar de eso.

—Es verdad. Olvidaba que no son ustedes políticos.

—Diré á usted: políticos en la acepción que tiene la palabra aplicada á la gobernación y administración de la cosa pública, no, señora; pero en cuanto se refiere á la urbanidad...

—Ya sé que son ustedes muy finos.

—Tantísimas.

—¿Conque la política da de sí, eh?

—¡Que si da!... Pregunte usted á los miles de funcionarios, desde ministro responsable á portero mal educado, ambos inclusive, que se nutren y engordan con el sabroso caldo de las ollas del Presupuesto, y ellos la contestarán por mí.

—No me refería á los sueldos que disfrutan los servidores del Estado—que así los llaman— sino á los materiales que los temas políticos puedan proporcionar para emborronar cuartillas.

—¡Oh, señora, no me hable usted de eso, por Dios, que se me hace la boca agua sólo de pensarlo!

Eso es una mina inagotable. Pero... ¡guarda, Pablo!

—De manera que usted se limita...

—A decir, por ejemplo, que en la verbena de Chamberí se han celebrado, entre otros festejos, carreras de burros, y que en San Petersburgo se va á construir una mezquita.

—A propósito de musulmanes. ¿Ha visto usted la embajada marroquí?...

—Todavía no; pero sé algunos detalles referentes á esos apreciables moritos. Los que da un apreciable colega sobre su cocina, son muy curiosos.

—¿Curiosos?

—¡Ya lo creo! Su cocina, dice, es madre de la andaluza; el primer plato que sirven es muy parecido á nuestros clásicos callos; comen mucho la compota de membrillo, y el dulce de guinda, que mezclan con el alcuzcuz, y sus utensilios de cocina son sencillísimos; les bastan el cuchillo y la cacerola, y de lo que más se sirven es de los dedos.

—¡Ay, hijo! ¡Que no me conviden á mí á comer albondiguillas en la embajada!

—Oiga usted, oiga usted, doña Baltasara, y pásmese. En Valparaíso han preso á un Sr. D. Conrado Castellanos por falsificador... ¿de qué dirá usted?...

—De billetes de Banco.

—¡Quiá! Por falsificador de la *lombriz solitaria*.

—¿De la *ténia*?

—Justamente. Daba á sus enfermos una pasta que, al ser digerida, salía con todos los caracteres del *bicho*.

¡Si todo el mundo se ingenia
por robar con maestría!
¡Sacaba, en vez de la *ténia*,
dinero al que lo tenía!

—

—¡Valiente lío!

—¿De ropa?

—De familia.

—¡No se meta usted en la vida privada de nadie!

—No tengo esa mala costumbre. Esto es público, amiga mía.

En la villa de Gracia se celebraron el sábado dos matrimonios.

—¿Nada más?

—Tenga usted paciencia. Dos matrimonios, cuyos contrayentes son dos hermanos, una madre y una hija.

—De manera que el marido de la madre resultará suegro, cuñado y tío de su hermano.

—¡Cabal! Y padrastro de su cuñada.

—Y tío.

—Y la madre será cuñada de su hija...

—Y la hija...

—¡Por Dios! no siga usted. Eso tiene más enredijos que aquel cantar que dice:

"Anoche estaba pensando,
de pensar me vuelvo loca:
la suegra de mi cuñada,
qué parentesco me toca."

—A propósito de matrimonios, doña Baltasara. ¿Ya tendrá usted noticia de la boda de nuestro compañero Ricardo?...

—¿Blasco?... ¿Se ha casado?...

—En París, el día 28 de Septiembre, con la señora doña Emilia Ballesteros, siendo testigos de la ceremonia su hermano Eusebio y los Sres. Alvaro Ruiz, vicecónsul de España, y los antiguos amigos del novio, Luque y Coll.

—¡Hombre! Pues déle usted la enhorabuena de mi parte.

—No se me olvidará el hacerlo.

—

—¡Gracias á Dios que se implanta aquí alguna mejora, y que se realiza alguna reforma trascendental.

—¿Qué es ello?... ¿A qué obedece ese entusiasmo?

—¡Que nos van á uniformar á los cocheros de punto! ¡Qué *guapitus* van á estar con su carrik gris, con vivos encarnados!

—¿Y al mismo tiempo retirarán de la circulación esos armatostes feos, viejos, rotos y destarlalados, sucios y mal olientes, sin cortinillas y con lòs cristales rotos, que con el pomposo nombre de coches ruedan por las calles de Madrid?...

—En cuanto á eso...

—¿Y destinarán á la plaza de toros, ó á las fábricas de embutidos, los pencos cansinos que tiran de esos vehículos?...

—Aquí no dice nada sobre el particular.

—¿Y se repartirá á cada cochero un tratadito de urbanidad y buenos modales, para que lo aprenda en los ratos de ocio, y sepa tratar al público como se merece?...

—Tampoco habla el proyecto de esos extremos.

—¿No? ¿Ve usted las cosas de este país? Todo se hace mal, y á medias. Los simones tendrán carriks nuevos; pero el servicio seguirá tan detestable y tan deficiente como hasta ahora.

Irá muy limpio el cochero
en el pescante, eso sí;
y el coche, como hasta aquí,
¡convertido en basurero!

—

—¡Otra, otra!

—¿Otra, qué?... ¿Quién canta por ahí?... ¿A quién pide usted la repetición?...

—¡A nadie, señora! ¡Buena es la cosa para que se repita! Es que he tropezado con otra irregularidad.

—Lo ¡de todos los días.

—Ha sido robada la Caja municipal de Villanueva de las Cruces, y... ¡hágase usted cruces! ¿á que no adivina usted quienes son los presuntos ladrones?...

—Gente de la casa; funcionarios públicos.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga. El juez municipal y el *idem* suplente.

¡Si el crimen y la impudicia
sigue en estas proporciones,
pronto en *clase* de ladrones
á las gentes de justicia
veremos en las prisiones!

E. NAVARRO GONZALVO.

EL NIÑO DE NIEVE

CUENTO ÁRABE

(Fragmento de un poema próximo á publicarse.)

I

Ya del Bósforo en las aguas
se iba la estela borrando
que abrió la velera nave
á la voz de: «¡Larga el trapo!,»
y aún de pie sobre la popa,
entre afligido y huraño,
un hombre de luenga barba
y de semblante atezado,
fija la vista en un punto
del horizonte lejano,
á merced del aire hacía
flotar su pañuelo blanco.
Desde torrecilla esbelta
de pintoresco palacio
una mujer muy hermosa
otro pañuelo agitando,
contestaba diligente
á la seña ó al mandato;
mas con distracción tan grande,
y con tan poco entusiasmo,
que remontar no vió al buque
por la punta del Serrallo,
y halló, al volver la mirada,
desierto y mudo el espacio.
—¡Por fin! tras hondo suspiro,
exclamó: ¡Qué adiós tan largo!
Y sentándose en el muro
y cruzándose de brazos,
fijó en el sereno cielo
sus negros ojos rasgados.

—

Cinco ó seis años hacía
que Yusuf el africano,
aunque por la edad pudiese
pretender amor más casto,
era esposo de Ned Yuma,
á quien conoció en Damasco,
y que de mísera esclava
logró llegar á tan alto,
ya que por él la rodean
la opulencia y el regalo,
pues no hay mercader más rico
que Yusuf en todo el barrio.
Como él opulento, es ella
hermosa, y aun sin agravio,
puestas belleza y fortuna
en comparación, acaso
Ned-Yuma inclinar podría
la balanza de su lado.
Pisaron sus pies apenas
las rosas de veinte Mayos,
y el ángel de los amores
trazó de su pecho el arco.
Son sus mejillas jazmines,
granada abierta sus labios,
de antílope su garganta
y de gacela su paso.
Túnica de mil colores
ciñe su cuerpo gallardo,
que sujeta á la cintura
farja (1) de ricos bordados,
y en los hombros y en el seno
luce, al par que sus encantos,
ligero *schambar* (2) de gasa
y *majzan* (3) de fino paño
con broches de plata y oro
y *jalek* (4) que lanzan rayos.
No cubre su rostro el velo
ni de la *sarma* (5), debajo
tiene la oscura melena
que acaricia el viento vago;
pero sí lleva, cual suelen
las mujeres de su rango,
ajorcas de filigrana
y cintillos con topacios.
Iba cayendo la tarde,
y absorta ante el espectáculo
que en su crepúsculo ofrecen
las almas, como los astros,
aún Ned Yuma proseguía
mar y cielo contemplando.
Por fin movió la cabeza,
en pie se puso de un salto,
y *Sta-fer-Al-lah* (6) diciendo
ni muy fuerte ni muy claro,
la escalera de la torre
comenzó á bajar despacio.

II

Sola se encuentra Ned-Yuma
en su camarín dorado,
con el *g'ad y ar* (7) recogido
y abierto el jaique de raso.
Tiene delante una carta
que dos veces leyó en alto,
y arrojó después al suelo
doblándola con sarcasmo;
y cerrada todavía,
otra conserva en la mano
que exhala dulce perfume
como á madera de sándalo.
De Yusuf es la primera,
y dice en menudos rasgos:
«Tres semanas llevo ausente,
y aunque no muy de mi grado,
que estaré fuera te anuncio
mucho tiempo... no sé cuánto.
Mis intereses reclaman
afán que no les consagro;
tengo géneros pedidos
en mis bazares intactos,
y el oro en las alcancías
es como el agua en los charcos.
Así que recibas ésta,
haz llamar, pues yo lo mando,
á Hasán, á quien ya conoces,
mi cajero y asociado,
el cual correrá con todo,
rentas, préstamos y cambios,
dándote parte á menudo
de los ingresos y gastos.
Fuera de él, á nadie veas
ni en la ciudad ni en el campo,
pues á codicia no mueve
joya que está á buen recaudo.»
La otra carta que Ned-Yuma
tardó en abrir poco rato,
estas líneas contenía
en puro lenguaje arábigo:
«Hurí de los negros ojos,
en cuya lumbre me abraso,
vivo por lo que deseo
y muerto por lo que callo;
de su silencio la cárcel
romper intenta mi labio,
y ayuda vengo á pedirte
más rendido que postrado.
A las nueve de esta noche,
de las sombras al amparo,
penetraré en tus jardines,
que conozco palmo á palmo:
una respuesta, un suspiro,
y si tal ventura alcanzo,
á ti volará dichoso
Hasán, tu amigo y tu esclavo.»

....

....

MANUEL DEL PALACIO.

(1) Faja.
(2) Jubón.
(3) Manto.
(4) Piedras preciosas.
(5) Toca metálica.

(6) ¡Dios me guarde!
(7) Velo.

TEATRO DE LA COMEDIA

JOSEFA GUERRA.—Primera actriz.

Mi casa.

No les convido á ustedes á verla, porque me gusta estar siempre solo: pero voy á describirla para que la conozcan.

En las afueras de Madrid, á cien metros del tranvía, en medio de un prado, sin vecinos que fiscalicen y molesten, lejos del bullicio de la población y del polvo de la carretera, se levanta una tapia cuadrada, de cinco metros de altura, que encierra un espacioso jardín y un pequeño palacio. Esta es mi casa.

Una puerta de hierro defiende la entrada del jardín; multitud de abrojos de acero corona la tapia, y no se puede intentar ningún asalto sin que lo denuncie una red de timbres eléctricos. Además, hay ocho perros de presa que tienen á su cargo la portería, los cuales están siempre bien mantenidos, y no comen las morcillas que suelen echar los ladrones á los canes incautos. Por exceso de precaución, el jardinero, único hombre que me acompaña en la casa, tiene un revólver Smith y un rifle Evans de veintiséis tiros, y detrás de la puerta hay una ametralladora.

El jardín está completamente cubierto de fina y fuerte tela metálica, que lo defiende del granizo natural y de las pedradas artificiales, sirviendo de infranqueable muro á las mariposas y á las avecillas que me deleitan en mi posesión.

Dos pozos artesianos surten de agua toda la casa, y alimentan una cascada, una ría, un estanque, seis fuentes y numerosos surtidores. Las fuentes están llenas de peces rojos, amarillos, negros y azules. En la ría y en el estanque crían las carpas, las anguilas y otros pescados de agua dulce.

El jardín está dividido en dos partes: una pertenece á los animales y otra á las plantas. La primera contiene centenares de pájaros españoles y no pocos americanos: jilgueros, canarios, gorriones, ruiseñores, pitirrojos, pajaritos de las nieves, pardillos, calandrias, galfas del Japón, clarines y zentzontles de Méjico; periquitos de Australia y de la Florida, cotorras del Brasil y loros de Santo Domingo. Todos tienen sus árboles favoritos, sus nidos, su alimento especial. Debajo de este pueblo de artistas líricos hay otro compuesto de codornices, perdices, pavos reales, gallinas de Guinea, gallinas españolas y patos de Tampico. Hay también una familia de gacelas, otra de cabras, otra de ciervos y otra de ganado vacuno. Todos viven con relativa independencia, y se llevan bastante mejor que los diputados de la mayoría.

La otra parte del jardín, vedada á los animales, está llena de árboles, arbustos y plantas de España y de América, unos al aire libre, otros en invernáculos bien dispuestos. Abundan las rosas, los claveles, las azaleas, los nardos, las gardenias, las magnolias, las camelias y los floripondios. Hay días en que no se puede parar: ahogan los perfumes. Es uno de los mil quinientos motivos que me impiden convidar á la gente curiosa.

Todo el jardín está dentro de un segundo recinto fortificado, dejando á los perros el espacio comprendido entre ambos recintos. Cuando llueve y me molesta el agua, mando correr un toldo impermeable que cubre toda mi posesión.

El palacio (dispensadme que lo llame así) es un edificio á la americana, con todas las comodidades imaginables: elevadores, luz eléctrica, agua caliente y helada de día y de noche, baños

CRISÁLIDA

MARIPOSA

de cuantas clases se conocen y de otras poco conocidas, refrigerador, despensa bien avituallada, billar, gimnasio, sala de armas, y gabinetes turcos, persas, árabes, etc., etc.

Tiene habitaciones de invierno y de verano. En las primeras uso la calefacción por medio del aire caliente, y en las segundas tengo hamacas de familia, de matrimonio sin hijos y de soltero casto, dentro de kioscos que se rodean, á voluntad del consumidor, con mantos de agua cristalina, perfumada y sin perfumar.

No entro en detalles, porque no acabaría nunca. Es cosa digna de verse, y no digo más.

Pero acaso piense el indiscreto lector:

—¿Qué haces ahí metido con el jardinero y los animales? ¿No comprendes que en toda casa bien aderezada es indispensable una mujer?

Previsto el caso, mi querido lector; previsto en toda regla, aunque con una variante. Una mujer sola conmigo se aburriría muy pronto, porque no hay soledad más grande que la soledad á dúo. Es preferible la soledad en coro. Tengo, pues, en mi casa las huéspedas que á continuación se expresan:

Una cantinera rusa, encargada del jardín zoológico.

Una señora dinamarquesa, jefe del jardín de plantas.

Una señora suiza al frente de los comestibles.

Una institutriz inglesa, manejadora de la casa, sin perjuicio de remendar la ropa blanca y la de color.

Una criada gallega, encargada de fregados y barridos.

Una odalisca turca, ayudante de cámara cerca de mi gabinete particular.

Una negrita del Congo, propia para rascar la cabeza.

Una musumí del Japón, abanicadora con ejercicio.

Una doncella árabe, comisionada de los asuntos imprevistos.

Todas estas damas son regularmente parecidas: la menor tiene catorce años, y la mayor quince y dos meses.

Vive cada una en su habitación, y sólo se reunen para comer. Ninguna sabe más que su respectiva lengua, por lo cual no pueden hablar unas con otras. Tampoco me entienden á mí, ni yo las entiendo á ellas. Así nos llevamos perfectamente: nunca hay disputas.

Debo advertir que...

Mas habiendo dicho que me gusta estar solo, creo excusadas las advertencias.

Una, una sola necesito hacer á ustedes para concluir. En mi vida he tenido casa.

Ni ahora tampoco.

ADOLFO LLANOS.

Teatro de la Comedia.

MARÍA GUERRERO.—Primera actriz.

Á UN ZOILO

¿Qué sabes tú de mi constante anhelo,
de la gran ansiedad en que me abraso?...
Nunca podrá reunirnos el acaso;
nunca habrá entre nosotros paralelo.
Porque rastreas tú mientras yo vuelo,
porque bebemos en distinto vaso...
¿Qué nos separa? ¡Un infinito, un paso!
¡Vives en el pantano, yo en el cielo!...
Cuando leo tus sátiras, me aburro;
en ellas claramente se refleja
que no discurres como yo discurro...
¿Y tú me rondas entre ceja y ceja?...
¡Deja que sea yo mosca de burro,
Y ya te haré cosquillas en la oreja!

RICARDO F. CATARINEU.

VENGANZA

—*¡Tiemble la esposa infiel! ¡Tiemble la ingrata!*
Dice de rabia y de rencor deshecho,
Y avanza airado hacia el impuro lecho
Donde ella yace en somnolencia grata.
Como sordo turbión que se desata
Siente rugir la cólera en su pecho,
—Y en caso tal, exclama satisfecho:
¡Quien, cual yo, tiene honor, ó muere ó mata!
Alza luego la mano en que fulgura
Raudo el puñal; pero vencido en tanto
Por misterioso impulso de ternura,
Ve que sus ojos humedece el llanto;
Y al fin, ahogado en lágrimas, murmura:
—¡Si no puedo, señor!... ¡La quiero tanto!

ATAULFO FRIERA.

DESDE EL BOULEVARD

ESTO toca á su fin.

Esto es la Exposición, que dentro de tres semanas cerrará sus puertas al público para caer bajo la piqueta demoledora de los albañiles.

Los rezagados aprovechan estos últimos días para visitar el Campo de Marte é islas adyacentes, que no otra cosa parecen los pabellones aislados en el mar de barro que las benéficas lluvias de otoño han formado allí.

La torre Eiffel tiene metidos sus enormes pies—casi tan grandes como los de cualquier guardia de Orden público,—en el líquido elemento, y la cola de ascensionistas espera turno, con agua á la rodilla, para tomar el ascensor ó las escaleras que la conduzcan á las alturas.

Los *tikets* de entrada están ya al alcance de todas las fortunas: hoy me los ofrecían á cinco perros chicos.

La semana que viene estarán á diez céntimos.

Y eso que el número de provincianos y extranjeros que diariamente entra por aquellas puertas no baja de cuatrocientos mil.

Y no hablo de los parisienses, porque esos, ó ya no van por saberse la Exposición al dedillo, ó son del tipo de uno que yo conozco, y es del *barítono*—no siempre ha de ser el tenor—siguiente:

En Mayo no fué porque todo estaba á medio acabar.

En Junio porque aún faltaba algo que instalar.

En Julio porque era una vergüenza que vieran que estaba en París, y se fué á los baños de mar.

En Agosto estaba decidido á ir, pero... ¡hacía tanto calor!

En Septiembre le aterraron los provincianos que vomitaban los trenes de recreo, y como le revientan las apreturas... lo dejó para Octubre. Ayer le encontré, y al preguntarle si al fin había estado en la Exposición, me dijo:

—Aún no; pero con estas primeras lluvias, ¿quién va? El mes que viene iré.

Y el mes que viene, si se descuida, se encontrará las puertas cerradas, porque la Dirección de la Exposición ha decidido cerrar irrevocablemente el día 6, en que termina la prórroga concedida.

De tantas maravillas quedará en pie la Torre Eiffel. Probablemente se conservarán también la Galería de Máquinas, la Cúpula central y los dos palacios gemelos de Bellas Artes y Artes Liberales.

El Campo de Marte se convertirá en grandioso parque, y esos hermosos edificios servirán para Exposiciones parciales y anuales.

A no ser que un proyecto de que empieza á hablarse en serio, se realice.

Este proyecto es la *Gran feria de París*, que se celebraría todos los años en el Campo de Marte, y vendría á ser el *Salón* anual de las Artes Liberales, la Industria y la Fabricación.

Sólo se admitirían las cosas nuevas del año.

Todo invento, toda perfección que contara más de doce meses de existencia, se quedaría fuera.

Esto vendría á ser una especie de Exposición Universal que se celebraría anualmente en París.

Pretexto para visitar la gran ciudad y dejarse en ella los cuartos.

Pero tendría dos inconvenientes.

Primero, quitar interés é importancia á las Exposiciones futuras.

Segundo, que ese *Salón* industrial se vería muy concurrido los primeros años; pero después le pasaría lo que á las fiestas nacionales, que mueren de vejez.

—

Se acabaron las elecciones, y se acabó el general Boulanger.

Sus más adictos defensores le abandonan.

Ya dicen que Rochefort está de monos con él, y que el conde Dillon le pone hocico.

Lo peor de todo, es que, con la popularidad, se acabó el dinero.

El *brav'général* ha tenido que abandonar su suntuosa morada de Portland-Place, en Londres, yéndose á vivir modestamente á la isla de Jersey.

Según telegrafían los *reporters* ingleses, no se ha llevado á Jersey más que un criado, el caballo negro... y una señora.

Porque, eso sí, Boulanger sin una señora no puede hacer nada. Es para él como la espada para otros generales, la pluma para un poeta ó la brújula para un marino.

Andan por ahí algunos perros chicos—*sous* que por aquí decimos—prematuramente acuñados, con la efigie de Boulanger y la inscripción *Ernest I.er*, *Empereur*.

Dada la influencia que han tenido siempre las mujeres en este aventurero político y lo *útiles* que le han sido, esas piezas debían llevar en la misma efigie la inscripción: *Alphonse Maximus*.

—

A pesar del frío, los toros siguen siendo el entusiasmo de los franceses, y sobre todo de las francesas.

Dicen que una duquesa se ha ido para esas tierras con uno de nuestros más distinguidos diestros y que les ha acompañado hasta la frontera un ilustre conde.

Conozco á una *demoiselle très chic* que sueña con *Badila*, y que no encontrando quien se lo presente, se ha arrancado á hablarle desde el tendido.

Otra ha tenido el alto honor de que un banderillero le quite al toro la divisa y se la regale.

Y en tanto aprecio tuvo el regalo la niña, que inmediatamente se la puso á su *fiancé*.

BLASCO.

París 17 de Octubre de 1889.

EL AVESTRUZ

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

MARTINOT (Pablo), salía del Ministerio llevando bajo el brazo una abultada cartera, con la cara de hombre aburrido y el gesto de fastidio tan común en todos los empleados. Abandonaba tranquilamente su oficina, y dirigíase con paso reposado á la próxima estación del ferrocarril, donde debía tomar el tren de las cinco y diez, que en breves minutos le trasladaba todos los días al pintoresco pueblecillo de Ville-d'Avray (Seine-et-Oise), donde residía con su apreciable familia.

Porque Martinot (Pablo) era casado y padre de tres hijos, una hembra y dos varones.

La tarde estaba pesada y calurosa.

El paseo, hermoseado por la larga hilera de árboles que va desde la Magdalena á la Bastilla, tenía á cada hora de la tarde una fisonomía y un aspecto distinto. A las cuatro, por ejemplo, hay menos animación, menos bullicio que á las tres. Cerrada ya la Bolsa y los escritorios de las casas de banca, los bebedores de ajenjo invaden las mesas de los cafés, los carruajes dirígense al Bosque, los trajes de las elegantes caen hasta el cubo de las ruedas en las ligeras victorias, y los perritos asoman por las portezuelas de las berlinas su hociquito inquieto y gruñoncillo.

Martinot (Pablo) caminaba sin pensar en nada malo—era una buena persona el tal Martinot,—cuando, de improviso, un caballero que leía la cotización de la Bolsa, con las narices metidas en las columnas del periódico, tropezó violentamente con nuestro pacífico empleado.

—¡Cuidado, imbécil! exclamó Martinot.

El distraído lector miró todo hosco á su interpelante; iba á contestar enérgicamente sin duda, cuando de pronto su avinagrado gesto se iluminó con la más seráfica sonrisa, asomaron las lágrimas á sus ojos, y se arrojó en los brazos de Martinot gritando:

—¿Eres tú? ¡Querido Pablo! ¿Cómo te va?

Martinot, mal repuesto aún de su sorpresa, creyó al pronto que se las había con un loco; pero fijando después su atención en el desconocido, recordó perfectamente aquella fisonomía, y olvidando todo resentimiento, exclamó:

—¡Busquet! ¡Mi querido Busquet! ¡Caramba, si apenas has cambiado! Pero ¿qué haces? ¿En qué te ocupas? ¿Qué has hecho desde tu salida del colegio Cousin?

—¡El colegio Cousin! ¡Qué tiempos aquellos! Palabra de honor que estás lo mismo que entonces, salvo la barba y la barriga... Por supuesto que te habrás casado...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie; pero tú has sido siempre muy amigo de la calma y el reposo, y de fijo que te casaste muy joven buscando la paz del hogar. ¿Qué tal tu mujer? ¿Es buena? ¿Estás contento en tu matrimonio?... Ya sabes que es un estado que tiene verdaderos peligros...

—¡Oh! Yo soy completamente feliz. Mi mujer es un ángel. Me ha dado tres hijos, dos varones y una niña.

—Sea enhorabuena. ¿De modo que no tienes motivo ninguno de queja?

—Ninguno. Mi mujer es algo voluntariosa...

—Como todas las mujeres.

—Pero nada más. Y tú, ¿qué tal? ¿eres feliz?

—Completamente. Soy médico, y estoy contento con mi suerte y mi carrera. Esta tarde tengo cita con uno de nuestros antiguos compañeros de colegio, con Bellát... ¿Te acuerdas de Bellat?

—¿Bellat?... No, en este momento no recuerdo.

—Sí, hombre... aquel que un día te llenó el sombrero de copa de fideos.

—¡Ah, sí!... Ahora recuerdo.

—Pues ése. Hoy comemos juntos. Es ingeniero. El muy animal parte mañana para Rusia. Una colocación soberbia, 55.000 francos de sueldo y dos meses de licencia al año para dedicarlos á sus asuntos.

—¡Soberbio! ¿Y está soltero?

—Soltero como yo.

—¡Bribones!

—Yo también me marcho mañana.

—¿A Rusia?

—No, hace allí mucho frío. Al Senegal.

—Allí hace demasiado calor.

—Lo prefiero. De modo que hoy nos acompañas á comer, ¿no es eso?

—¡Imposible! ¿Y mi mujer?

—Pónle un telegrama. Precisamente aquí está la Central.

—¡Hombre!...

—¡Qué diablo! ¿Vas á rehusar? Creo que bien puedes permitirte el placer de comer con dos antiguos camaradas. ¡Quién sabe si nos volveremos á ver!

Diciendo esto, entraban ya en las oficinas del telégrafo

Diez minutos más tarde el hilo eléctrico transmitía el siguiente despacho:

«SEÑORA MARTINOT

Pabellón Verde, Ville d'Avray (*Seine-et-Oise*).—Como con amigos de colegio. Estaré en esa á las 12,35.—Besos.—*Pablo.*»

(*Se continuará.*)

PROPIO Y AJENO

Gracias á la galantería del autor, ofrecemos hoy á nuestros lectores las primicias del bellísimo poema *El niño de nieve*, original del distinguido literato D. Manuel del Palacio, cuya obra se pondrá á la venta el próximo lunes.

—

¿Han visto ustedes *El Resumen* del miércoles último?

¡Y lo notable es que va á continuar así todos los días! ¡Que no es número extraordinario!

¿Cómo que no, si lo ha visto toda España? Un número precioso, lleno de *monos* por todas partes, folletín con ilustraciones superiores, aumento de tamaño, buen papel, y todo por cinco céntimos.

¿Que cómo se las arregla el amigo Figueroa?... ¡Ah! En cuanto á eso, ¡vayan ustedes á averiguar! La verdad es que *El Resumen* es un diario de primer orden. Eso es indiscutible.

—

Plata Meneses. Con este título acaba de publicar el joven y discretísimo poeta Emilio del Val, una colección de poesías, en las que rebosa la gracia y la intención picaresca, la frase castiza y la inspiración lozana y vigorosa de que ya nos había dado gallarda muestra el novel escritor.

El libro se venderá bien, muy bien; y no decimos más en elogio de nuestro amigo y colaborador, porque es de casa.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

INTERROGACIÓN

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
26 Octubre de 1889.
NÚMERO 56.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

RUPERTO CHAPÍ

Desde *Música Clásica* á la *Misa á grande orquesta*, ha conseguido el maestro Chapí una serie interminable de triunfos.

Fecundo como pocos, posee un numeroso repertorio de obras, aplaudidísimas todas, entre las que merecen especial mención *El Milagro de la Virgen*, *La Tempestad*, *La Bruja*, *Los lobos marinos* y *Las Hijas del Zebedeo*.

En resumen: el distinguido autor de la *Fantasía morisca* es un músico de los que figuran en primer término por derecho propio, y una persona muy simpática, y dignísima por todos conceptos de figurar en nuestra galería de caricaturas.

¡Olé, porque sí!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... **9** *pesetas.*
Seis meses............ **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

„En este cuatrimestre no se ha podido celebrar todavía ni un solo juicio por jurados por falta de asistencia de número de éstos para el sorteo."
(Correspondencia de España del día 23 del corriente.)

La noticia es exacta.

Y desconsoladora.

Conste que yo soy partidario decidido y entusiasta del Jurado. La intervención del ciudadano en la administración de justicia me parece una garantía de acierto y de equidad, y un auxiliar poderoso para los Tribunales de derecho.

La ley es buena, buenísima.

Lo que es imposible, detestable y completamente absurda, dicho sea con el respeto debido, es la práctica de esta ley tal y conforme está hoy organizada.

Y esta es la explicación del suelto con que encabezamos estas líneas.

Desde primeros de Septiembre hasta la fecha, se han suspendido seis ú ocho juicios—todos los que debían haberse celebrado—por la misma causa. Falta de número suficiente de jurados para constituir el tribunal.

En vista de tal resultado, preguntan los jueces de derecho, y no les falta razón: ¿Es esta la reforma que reclamaba la opinión pública?... ¿Dónde está esa opinion, que no viene aquí á cumplir los deberes que la práctica de esa ley le impone?...

«El jurado matará al jurado,» me decía sonriendo hace pocos días un respetable é ilustrado fiscal.

«Siguiendo así, no es posible administrar justicia,» exclamaba el mismo día un dignísimo magistrado, al suspender por tercera vez un juicio, por falta de asistencia de los jurados.

¿Pero es toda la culpa de éstos?...

Indudablemente no.

Se les cita á las doce en punto.

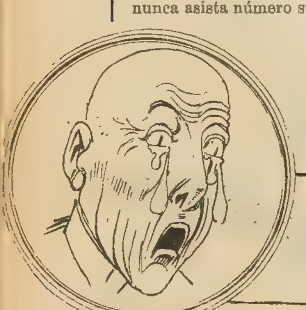
No hay ejemplo que se les haya llamado para constituir el tribunal antes de las dos ó las dos y media.

¿Y saben ustedes el local que en el magnífico y suntuoso Palacio de Justicia se les ha designado para que esperen durante esas dos interminables horas?...

Una habitación desmantelada, sin esterar, llena de desconchados en la pared, fría; incómoda, con dos bancos de madera adosados á los muros por todo mobiliario, bancos en que no pueden sentarse cómodamente más que doce ó catorce personas, teniendo los demás que pasearse ó recostarse sobre las paredes, á riesgo de llenarse de yeso las espaldas, como les ha ocurrido al señor conde de Morphi, al poeta Grilo, al doctor Izquierdo, al jurisconsulto Alonso Colmenares, al discretísimo escritor Fernández Bremón, al concejal Sr. Miranda Lillo, al dentista Pellejero y á otros cien, que hubieran dado con gusto un par de reales porque los ujieres les hubieran proporcionado un cepillo para darse una manita de limpieza y poder entrar decentitos en la sala de audiencia.

En alguna Sección se ha hecho esperar á los jurados en una de las salas de deliberaciones, y, vamos, aquello ya es otra cosa. Hay cierto *confort*, asientos cómodos, muebles decentes y hasta chimeneas, que suponemos se encenderán cuando haga frío.

Exige la ley que se reunan por lo menos veintiocho jurados, y entre éstos se sortean catorce que han de constituir el tribunal; para reunir los veintiocho se citan cuarenta y dos, y aquí entra lo anómalo, lo que verdaderamente da ocasión á que casi nunca asista número suficiente para celebrar el juicio.



La explicación es muy sencilla.

Se conmina con la multa de 50 á 500 pesetas á los que falten á la cita, sin alegar para ello causa justificada.

Primero. ¿Se hacen efectivas estas multas?

Segundo. ¿Hay equidad en esta imposición?

Al asistir veintiocho, hay número suficiente. Se sortean los catorce que hacen falta, y los otros catorce se retiran. En este caso el juicio se celebra, y no se impone multa á nadie.

¿Por qué no se impone la multa á los catorce que han faltado, puesto que se citan cuarenta y dos?

Se da el caso de que se reunen veinticinco. No se puede constituir el tribunal porque faltan tres, y entonces se multa á los diecisiete que han dejado de asistir.

Pues bien; sabiendo esto, todo el mundo se dice: «Veintiocho ya asistirán. ¿Para qué me he de molestar? A mí no me han de castigar por mi falta. Seré de los catorce que no acuden, y en paz.»

Y todos quieren ser de estos catorce.

Si añadimos á esto las excusas legales para eximirse de esta obligación; los que al momento de citarles se encuentran ausentes; los que han mudado de domicilio y los alguaciles del Juzgado no saben encontrarlos; los que han fallecido, etc., etc., se comprenderá lo difícil, si no imposible, que es reunir número suficiente para celebrar juicio.

En lo de las excusas hay cosas notables. Uno alega que es guardia municipal, el otro portero de un Ministerio, aquél empleado en Correos, éste en Telégrafos, el de más allá es subsecretario ó consejero de Estado, y el que no, es sordo.

Y ocurren escenas graciosísimas.

—Ruego al Sr. Presidente que me excuse porque no oigo nada de lo que se dice en el estrado.

—¿Está usted completamente sordo?

—Sí, señor.

El Presidente, en voz muy baja:

—¿De manera que no oye usted ni una palabra desde esta distancia?

—Absolutamente nada.

—¿Y cómo oye usted lo que le estoy preguntando en este momento?

El sordo, titubeando y ahuecando la palma de la mano detrás de la oreja:

—Es que me apunta un compañero por detrás.

Tableau.

Creemos nosotros—y esto no pasa de ser una opinión particular—que mientras no se modifique la ley en el sentido de hacer efectivas con todo rigor las multas; mientras no se cite mayor número de jurados, evitándoles las molestias de las largas esperas en locales incómodos, y no se apriete un poco la mano en lo de las excusas legales, no aceptando sino las que rigurosamente deban ser aceptadas, no será viable la nueva institución.

Y conste, como dijimos al principio, que somos sus más decididos y entusiastas partidarios.

Y conste, también, que no hemos dejado de asistir cuando hemos sido llamados.

Y ahora caigo en la cuenta de que este *Diario cómico* me ha resultado serio.

¡Bah! ¡Por una vez!...

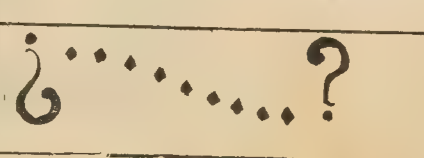
Dispensen mis amables lectores, pensando que al menos no se podrá decir de este articulejo aquello de...

Si non e vero, e ben trovato.

Todo lo contrario.

Si non e ben trovato, e vero.

E. Navarro Gonzalvo.



CANTARES [1]

En los cielos iba á entrar
cuando me dijo San Pedro:
—«Si no la olvidas, no entras;»
y me volví desde el cielo.

—

Hay penas que pasan
y penas que duran;
la de verse en el mundo sin madre
no se acaba nunca.

—

Vierten su llanto las nubes
y lo recoge la tierra;
¡lágrimas que yo derramo
nadie quiere recogerlas!

—

Defensor de malas causas
han dado en llamarme á mí;
¡qué dijeran si supieran
que te he defendido á ti!

—

—¡Qué pena tengo,
¡ay, madre mía!
las veces que la encuentro por esas [calles
nunca me mira.

—

Hasta los jilgueros
que tengo en mi casa,
al ver que le faltan tus dulces caricias,
ni juegan ni cantan.

Narciso Díaz de Escovar.

(1) Estos cantares forman parte de la cuarta edición, proxima á publicarse, de la colección de su autor, denominada *Más notas perdidas*.

LAS ESTACIONES

En el Album de la señorita doña C. L. y G.

Quince abriles virginales,
blanca tez, azules ojos,
boca breve, labios rojos,
contornos esculturales,
abundante cabellera,
esbeltez y lozanía,
gracia, viveza, alegría,
frescura... ¡La Primavera!

¡Veinte años! Apasionada
del esposo que la adora,
contenta, feliz, señora
y reina de su morada;
sol refulgente y ufano
que con sus rayos convida
á dar vida á nueva vida
que el alma anhela... ¡El Verano!

Madre tierna y amorosa
que olvida el mundo y sus galas
y que ve un niño con alas
sobre los suyos, gozosa;
guarda del tierno retoño,
que se duerme al tibio beso
del maternal embeleso
tranquilamente... ¡El Otoño!

Y la anciana venerable,
que, tranquila la conciencia,
vislumbra de otra existencia
la ventura perdurable;
que disfruta el goce tierno
de santa resignación,
cuando tiembla una oración
en sus labios... ¡El Invierno!

Mujer, si en pos de las huellas
de la virtud, en tu vida,
pasas con la frente erguida
por estaciones tan bellas,
¡bendito el poder eterno
que hizo con pródiga mano,
la Primavera, el Verano,
el Otoño y el Invierno!

Javier de Burgos.

El Sol.

Vedle; es el sol. Su resplandor fecundo
Por los aires se extiende soberano,
Y su luz desde el rojo meridiano
Como una bendición envuelve al mundo:
El hace de la tierra en lo profundo
Latir la vida y florecer el grano:
Y esclavo de su influjo, el Océano
Reposa en calma ó muévese iracundo.
Al beso de su luz la flor germina,
Brilla y se azula el éter incoloro,
Se alegra el corazón y el ave trina;
Y pródigo vertiendo su tesoro
Cuando con sus fulgores le ilumina
Hasta el guijarro vil parece de oro.

Ataulfo Friera.

CANTARES

Eres la luz de mi gloria;
la estrella de mi esperanza;
la virgen de mis ensueños,
y la reina de mi alma.

—

De mi corazón no puedo
impedir que te diviertas,
porque es tuyo, y con lo tuyo
puedes hacer lo que quieras.

—

En vez de salvarme en misa,
siempre que voy me condeno;
porque me pongo á mirarte
y del altar no me acuerdo.

—

Tiene hambre su hijo,
y vende sus trenzas.
¡Si mi vida valiera dinero,
la daba por ellas!

—

Si tú lo supieras
lo que yo te quiero,
para hacerme sufrir te valdrías
de todas las penas...
¡menos darme celos!

—

Si fundiéramos el sol
y con él se hiciesen hebras,
no brillaran como brillan
las que hay en tu cabellera.

—

En tus cabellos, el día,
la noche en tus ojos negros,
y en la noche de tus ojos,
el brillo de tus cabellos.

Eduardo García.

MORRIÑA

«Lo de Rogelín es tan natural en un rapaz, que sería para hacerse cruces si no sucediese. ¡Claro! Una mujer agraciada de veinticinco, y mimosina; un rapaz de veinte... ¿qué había de pasar, señora? Que hoy te miro, que mañana te toco, que el cariño en el pasillo, que el retozo en la antesala... ¡Rapazadas que se caen de suyo!»

¡Y tanto como se caen! Lo extraordinario, lo absurdo sería que no se cayeran...; pero, cáiganse ó no se caigan, el hecho es que en esas *cortas líneas* se halla expuesta gráficamente la trama toda de un trabajo muy lindo y muy primorosamente acabado de *nuestro* gran novelista *Emilia Pardo Bazán*.

¡Qué cosa más natural y más sencilla y más corriente! Una muchacha de veinticinco años, bonita por añadidura, y cariñosa *ainda*, entra á servir de doncella en una casa muy respetable y muy todo lo que ustedes quieran, pero en la cual hay un señorito de veinte años; pasan días, pasan meses, y por fin de cuenta, resulta que los muchachos se entienden; nadie puede asegurar con certeza si es la criada la que ha seducido al señorito, ó si es el señorito el que ha seducido á la criada; en muchos casos sucede lo primero, en algunos ocurre lo segundo; pero en la mayoría de ellos la seducción es mutua, es el resultado necesario, indeclinable de la atracción entre las electricidades de signos contrarios; es el efecto constante de la eterna causa; la simpatía de los sexos; es, en fin, lo que llamaba el vulgo *el soplo del diablo*, cuando creían las gentes en el diablo. Esto es usual y ordinario; cosas de esas acontecen todos los días, y sabemos de ellas, y ni nos sobresaltan, ni nos asombran. Y aquí entra el admirar la magia del arte, el prodigioso poder del artista. Cien personas, mil personas, un millón de personas tienen noticias de un acontecimiento parecido, y que tal vez se ha desarrollado cerca de ellas, y ese acontecimiento nada dice á su imaginación ni á su inteligencia, y lo ven indiferentes, como ven todos los días la puesta del sol; y se encogen de hombros y, cuando más, dicen, en tono sentencioso: «¡Bah! ¡Cosas de la vida!...» Quizá una, entre esas personas, halla asunto en un hecho de tal índole para una relación entretenida y alegre con notas de tintes pornográficos; un poeta... un artista... un novelador como Emilia Pardo Bazán, encierra en su cerebro ese suceso, y poco tiempo después lo devuelve al mundo convertido en un cuadro admirable... que se llama Morriña.

Que el gran novelista no da á luz el hecho mondo y lirondo; que no se limita á presentarnos *escueta* la escena de amor real y naturalísimo, *va sans dire*... amenízalo con interesantes episodios, con descripciones llenas de exactitud y sembradas de gracia, con retratos de personajes y escenas de familia en que se revelan juntamente la sensibilidad exquisita del poeta y la observación inteligente del hombre de mundo...

Aquella doña Aurora Nogueira de Pardiñas... ¡oh! aquella doña Aurora es una gran figura... Yo no sé, porque no estoy al tanto de esas cosas, si parecerá bien y propio del personaje su afición á labores tan prosaicas y vulgarotas como hacer calceta... al fin y al cabo, la acción se verifica en nuestros días—como que hasta Los Madriles andan, muy honrados por cierto, en aquellas páginas—y eso de [illegible] y *menguar* dicen que era cosa de nuestras madres; pero ya se comprende que este reparo, puesto caso de que lo sea, tiene muy poca importancia y no llega á ser ni siquiera un lunar en el bellísimo lienzo en el que aparecen como figuras principales la mencionada doña Aurora;—su hijo Rogelio, muchacho muy agradable y muy simpático, siempre que no se las echa de revoltoso y dicharachero, porque en ese caso no hay quien lo aguante, y *Esclavitud*, una creación hermosísima de la señora Pardo Bazán... creación á la que tal vez ha perjudicado un poco el cariño mismo de la autora, como sucede quizá con los niños muy mimados, cuya educación se resiente del excesivo cariño y de la debilidad perniciosa que con ellos tuvieron sus padres.

Esclavitud parece la niña mimada del autor de *Morriña*, y resulta algo enteca y un si es no es desmedrada y lamida; pero así y todo, ¡qué noble es, y qué bella parece!

Las figuras de segundo término, y aun las de tercero... todas ellas, desde los íntimos amigos y contertulios de doña Aurora, hasta los cocheros que sirven al señorito... están perfectamente entendidas y presentadas con arte y exquisito gusto.

. . . .

Y de la parte material no hablo, porque la casa Sucesores de *Ramírez*, de Barcelona, tiene ya probado cómo sabe hacer las cosas. Las ilustraciones, de Cabrinety, me parecen dignas de la obra. No me ocurre decir más en su elogio.

A. Sánchez Pérez.

Amol mio al lebantal el pie lebantas con él mi colazon y todo mi cuelpo. Tlátalo con cariño que no tengo otlo.
Pepinta

—¡Bah, tontilla! ¿Sabes tú cómo es una pulsera de doscientas pesetas?
—¡Ay, no, señor! ¡Ni unas botas de veinticinco!

—Dicen que para estos papeles llamativos me pinto sola. ¿Pues qué querían, que me pintara con el cuarto lleno de gente?

—¡Mamarracho! ¡En una obra del siglo XVIII sacar un traje del siglo XIII!
—¿Usted no sabe, amigo mío, que de la casaca para atrás todas las obras las vestimos con dalmática? No se usaba otra cosa.

—No sé yo por qué las ligas han de ser verdes. ¿Qué tienen que ver con que la obra esté bien ó mal versificada?

FERNANDA RUSQUELLA

Querido Navarro:
Que yo en dos plumadas
le cuente á las gentes
de fuera de casa
lo mucho que vale
la hermosa Fernanda.
me pides... ¡me ordenas!
esa es la palabra.
Bueno, pues escucha:
como dicen varias
notabilidades
que *viven* porque hablan,
«no estoy preparado...»
«en fin, no esperaba...»
«mas ya que es preciso,
me resigno.» *(Palmas.)*
Como esos señores
que *no se preparan*,
estoy yo esta tarde.
(Risas.) Que no es guasa.
¡Si yo no lo he dicho
por darme importancia!
Prosigo el discurso:
oiga usté (al que pasa):
Compre Los Madriles:
mire usté esta cara
(muchos se han quedado
bizcos de mirarla).
Esta es la Rusquella,
la tiple mimada
desde hace ya tiempo
por toda la Habana.
Su cuna es Sevilla:

Teatro Albisu de la Habana.

FERNANDA RUSQUELLA.—Primera tiple.

lo cual que eso basta
para que se encuentre
por donde ella pasa,
la sal andaluza,
¡pero á toneladas!
Yo he visto mujeres
con talento y guapas,
pero con defectos
que á la vista saltan:
el pescuezo flaco,
ó las manos largas,
ó la frente hundida...
ó con otras tachas:
ya porque son sosas,
ya porque son altas,
ya por ser ligeras,
ya por ser livianas.
Pero que reunan
virtudes y gracias,
talento y belleza,
pocas veces se hallan.
¡Pues todo eso tiene
la hermosa Fernanda!
¿Qué mucho que sea
la tiple mimada
desde hace cinco años
por toda la Habana,
si cuando ella dice,
ó cuando ella canta,
á los habaneros
se les cae la baba?
*(Gran ovación. Conmovido,
el orador se desmaya,
y no puede seguir en
el uso de la palabra.)*

Francisco Durante.

PACOTILLA

Leo que al cosechero de Jerez, Sr. Misa, que ya es conde de Bayona, le acaban de hacer marqués de Misa.

Me parece que ese título es algo deficiente.

Por lo menos, ya que no marqués de Misa y Olla, le han debido nombrar marqués de Misa y Cántaro.

De todos modos, suponiendo atino,
que será condición del pergamino,
con el cual á meter va tanta bulla,
que si el marqués de Misa vende vino,
¡lo venda sin casulla!

—

¡Lo que hace la manzanilla!

En Sanlúcar de Barrameda han sido pelados y afeitados varios individuos contra su gusto, por personas constituídas en autoridad.

¡Olé la gracia sanluqueña!

Se conoce que allí las autoridades no tienen nada que hacer, y se entretienen *tomando el pelo* á los vecinos.

Lo peor es que han procesado á esas autoridades... barberiles.

¿Pero por qué? ¿En qué han faltado á la ley municipal?

¡Ah, sí, ya caigo! Es que les han pelado y afeitado sin las formalidades de subasta.

¡Vamos, por administración!

Y como esa es una obra *peliaguda*, será de las que la ley exige que se subasten, para evitar chanchullos.

Será, por consiguiente,
para otra vez prudente,
—pues eso nunca sobra—
¡formar un expediente
y subastar la obra!

—

He leído estos días en los periódicos que han procesado á un general por bigamia.

Comprendería que á un particular le procesaran por eso.

¡Pero á un general!... ¿De qué sirve la *generalidad* entonces?

¡Al contrario! Debería de crearse la cruz del *Mérito matrimonial* para los generales que se casaran con tres ó cuatro mujeres á un tiempo.

—

—Todo lo cura, todo lo remedia
el gran agua de Lourdes, me decía,
sin dejar de hacer media,
doña Consolación el otro día.
—¿De veras? dije: ¿tanto es su poder
y su eficacia tal? Pues con premura
voy á pedir una botella: ¡á ver
si me vuelve á salir la dentadura!

—

Han desaparecido en Salamanca
dos distinguidos jóvenes, muy calaveras,
y se han ido con ellos, de *juerga* franca,
por el amor movidas, dos camareras.
Si el día que se casen con otros seres
esos dos seductores sufren desmayos,
les dirán, de seguro, sus dos mujeres:
—¡Para qué os han servido tantos ensayos!

—

En un café.

Uno (leyendo un periódico).—¿Qué quiere decir esto de *sherifiano*?

Su acompañante.—¡Que me pagues un *bisté* con patatas!

—

Dos jóvenes sordomudos
se han casado en Villafranca.
Como ella tenga tal genio,
antes de un mes... ¡los dos hablan!

—

Anuncio de un periódico:

«Ama de cría autorizada por el Gobierno de la provincia.»

Ha hecho mal en omitir
su mérito principal,
porque ha debido añadir:
Leche fresca... y oficial.

—

Dicen de la Coruña que el otro día se armó allí un caramillo entre varias criadas que se disputaban un asistente.

¡Anda! ¡Y yo que creía
que estábamos los hombres en mayoría!

Por eso son tan frecuentes, sin duda, las fugas amatorias.

¡Claro! Se llevan las chicas á sus novios para esconderlos donde no se los birlen.

Nada, que por lo visto hay para cada hombre diez ó doce mujeres.

Pero alguno debe de haber arramplado con veintitrés.

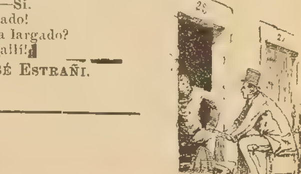
¡Las suyas y las que me tocan á mí!

Es decir, las que me corresponden; no confundamos.

—

—De la cárcel de Belgrado
un criminal se ha fugado.
—¡Caramba! ¿De veras?
—Sí.
—¡Me deja usted asombrado!
¿De qué? ¿De que se ha largado?
—¡De que aún estuviera allí!

José Estrañí.



LAS CASTAÑERAS

Con el tiempo pasa todo,
con el tiempo todo cambia,
y con el tiempo, los usos,
modas y costumbres pasan.
Ahora no se encuentra asando
las otoñales castañas
á la moza de alto moño
con la peineta de nácar,
el epigrama en los labios,
y la sonrisa en la cara.
No existen ya aquellos tipos
de castañeras picadas,
que en Barquillo y Maravillas
y Lavapiés se encontraban,
junto á su anafe de yeso
que ennegrecían las ascuas.
Las que con sus alborotos,
sus amores y sus gracias,
daban pávulo á los cuentos
de San Felipe en las gradas:
las que en viendo á un petimetre
cortejando á una muchacha,
pregonaban lo ardorosas
que se hallaban sus castañas:
las que en su oficio constantes,
oyendo amantes palabras,
al noble como al villano
con su desdén abrasaban,
el tiempo dejó en olvido,
que todo el tiempo lo cambia.
La castañera de hogaño,
de los cincuenta años pasa;
arrugas y pesadumbres
transfiguraron su cara,
y en vez de rojos claveles,
y en vez de media calada,
y en vez de escuchar amores
y de infundir esperanzas,
resguarda cabeza y rostro
de cierzos del Guadarrama,
un pañuelillo de seda
lleno de rotos y manchas;
son su adorno los tizones
de las castañas asadas,
y en vez de inspirar amores
asa tan sólo castañas.
Vive, como vive el pobre,
sufre los hielos y el agua,
y su corazón anciano
se halla vestido de escarcha.
Apagada está su vista
y su voz está apagada,
marchitas sus ilusiones,
y su cabeza con canas.
Cuando el sueño al fin la rinde
y el vociferar la cansa,
arrebujada entre esteras
de ellas formando su cama,
sueña en su anafe de yeso,
sueña en que vende castañas,
y se despierta gritando:
¡cuántas, calentitas, cuántas!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—(*Continuación.*) (Véase el núm. 55.)

SALIERON juntos.

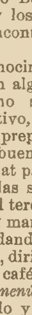
Martinot (Pablo) parecía haber realizado un gran sacrificio.

Los dos amigos se dirigieron al café Helder, donde Bellat aguardaba pacientemente hacía largo rato.

Bellat, como sus dos compadres, vendría á tener unos treinta y cuatro años, estaba condecorado, y tenía cierta reputación como ingeniero. En el fondo era un buen muchacho. Sus camaradas solían decir, refiriéndose á él:

—Bellat es fuerte, robusto, trabajador; él llegará.

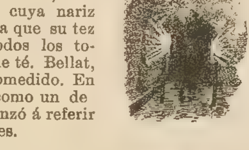
No se explica cómo un hombre ligero y distraído como Busquet, había elegido la carrera de medicina, y, sobre todo, formado lazos de tan cordial amistad con un hombre serio y grave como Bellat. Y es que los extremos se tocan, y los caracteres más opuestos tienden á encontrarse y á simpatizar.



La presentación y el reconocimiento fué obra de un minuto. Tomaron algunas copitas, no sé de qué aperitivo, sin duda como preparación de una buena comida, y Bellat pagó.

A las siete y media, el terceto se puso en marcha, y, riendo alegremente y recordando episodios de su vida de colegiales, dirigieron sus pasos hacia el café Inglés.

El *menú* fué excelente, bien servido y mejor comido; Busquet, sobre todo, cuya nariz era enorme, sentía que su tez se irisaba con todos los tonos de una rosa de té. Bellat, como anfitrión, era el más prudente y comedido. En cuanto al buen Martinot (Pablo), bebía como un desesperado, y al llegar los helados, comenzó á referir historias tristes, á decir gracias lúgubres.



Hay personas á las que la nota alegre, la frase cómica, no les resulta nunca. Al decir un chiste les ocurre lo que á ciertos cantantes, que desafinan sin darse cuenta de ello: dicen una tontería y se quedan tan frescos.

Hay muchos así.

Busquet propuso ir un ratito á Mabille. Martinot (Pablo) aceptó, tapándose la cara con la servilleta, por pudor.

Bellat, siempre dueño de sí mismo, pagó la cuenta, y mandó á buscar un carruaje.

Ya los tenemos rodando.

Ahora, lectora queridísima, ¿quién es el valiente que se atreve á contar el fin de la historieta?

Corramos un velo muy espeso, muy sombrío, y ocultemos por unos instantes á tu pudorosa vista á los tres amigos...; no, es decir, á los seis amigos.

Porque abandonaron los jardines de Mabille por parejas... cogidos del brazo como en una boda, y se abrazaron frenéticamente en la misma puerta.

Al día siguiente partía uno para Rusia, el segundo para el Senegal y el tercero, algo asustado, para Villed'Avray, que está muchísimo más cerca de París.

Al separarse, Busquet, abrazó cariñosamente á Martinot (Pablo), diciéndole:

—Adios, chico. Afectos á tu mujer. Ya le enviaré un recuerdo.

Dicho esto se separaron.

Al día siguiente los trabajos oficinescos no anduvieron en el negociado de que era subjefe Martinot todo lo bien que hubiera sido de desear.

(Se continuará.)

PROPIO Y AJENO

Cuál gritan esos malditos,—pero mal rayo me parta.—Así comienza el *Tenorio*—y así acaba la semana.—¡Canario! Grita en Martín,—en la Zarzuela, en Eslava.—En la Alhambra, no se diga,—allí es de cajón, y *basta*;—quiero decir, que no es fina;—los *morenos* se desatan,—y aquello, más que teatro,—puede decirse que es plaza—de Toros; ¡vaya una bulla—que aquellos señores arman!—*La Comedia*, templo augusto—del arte, mansión sagrada,—donde el pontífice Mario—con honra y tesón trabaja,—también tuvo su tropiezo.—¡No se escapa ni una rata!—¡Ojo avizor, compañeros!—porque está la temporada—que no cabe más, y atizan—de una manera que espanta.—¡Estrenar! ¡Cualquiera estrena—con estas gritas que largan!

—

En la *Epístola sobre el Teatro moderno*, del Sr. D. Luis Cánovas, publicada en el núm. 54, se deslizó una errata de imprenta, que seguramente habrá corregido el buen sentido de nuestros lectores.

En el verso *No creas sistemáticos mis truenos*, no hay tal *tronada*, por más que el autor *truena* contra la actual decadencia de nuestro teatro; quiso decir *trenos*, y está bien, muy bien dicho, y no es justo que le hagamos decir otra cosa, ni apadrinar ripios que no son suyos.

—

Libros recibidos:

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA (novelas cortas): vol. XV.—Con el título de *El señor Carrascas*, ha enriquecido esta acreditada biblioteca con un nuevo libro el distinguido literato Sr. Pérez Nieva. Es *El señor Carrascas* un relato conmovedor y lleno de encantadora sencillez, en el cual acredita el autor, una vez más, sus excelentes condiciones para el género que con tanto acierto viene cultivando.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—¡Pues, señor, que se come bien en este Madrid! ¿Qué tomaría yo de postre? Voy á pedir *puré*, á ver qué es.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
2 Noviembre de 1889.
NÚMERO 57.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

PLATEA.—TURNO 1.º IMPAR

No siempre han de ser hombres los que se publiquen en esta sección. Hoy le toca la vez á la bellísima esposa del conde de las Ciruelas, que se permite el lujo (ella, no el Conde) de tener abono doble; es decir, turno impar en el Real, y turno par, según malísimas lenguas, á las horas en que su marido, el dignísimo conde de las Ciruelas, está ocupadísimo en asuntos de su cuadra. Es algo supersticiosa, y cree que los pares son aciagos, porque siempre traen emparejada alguna desgracia: por eso se abona á turno impar. Su esposo es todo lo contrario: le gustan los pares, y hay quien dice (malas lenguas también) que se sale con ella; vamos, que los pares los tiene á pares.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.................. 9 *pesetas*.
Seis meses............. 5 »

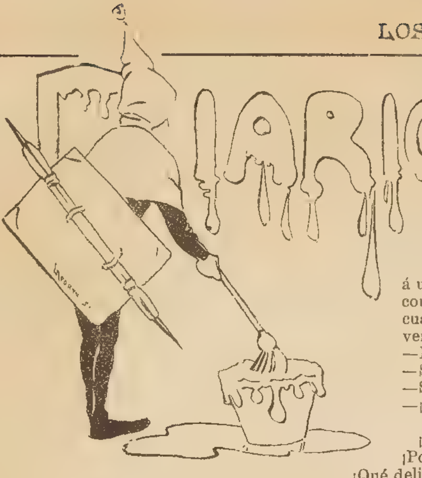
Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas*.

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



¡Olé por las buenas mozas!
Para estas cosas España.
¿No se han enterado ustedes?...
¡Qué! ¿No saben lo que pasa?
¡Jesús, parece mentira!
¡Ni que estuvieran en Babia!
¿No han tronado en sus oídos
las trompetas de la fama
cantando las excelencias
del terceto de *barbianas*
que está llenando de asombro
á la pintoresca Málaga?...

Pues en *Málaga la bella*
hay tres niñas, tres hermanas,
tres portentos de hermosura,
una trinidad de gracia.
Tuvo empeño decidido
un pintor en retratarlas,
hacer con ellas un cuadro,
llamarle las *Africanas*,
llevarle á la Exposición,
y optar á cinco medallas.
¡Las hermosas se negaron!
¿No es verdad que fué una lástima?
Pero Pons, ¡Pons las ha visto
—con los ojitos del alma—
y aquí las tienen ustedes!
¡Vaya unas caras! ¡Qué caras!
Son trigueñas, pelo negro,
los ojos como dos ascuas,
la boquita de claveles,
rosa y nieve la garganta,
alto el seno, esbelto el talle,
dulce y tierna la mirada,
los pies y las manos, chicos
como almendrita sin cáscara;
la voz llena de armonías,
el andar lleno de gracia,
en fin... yo no las he visto;
mas como están invitadas
á un concurso de belleza,
con objeto de premiarlas,
cuando vengan á Madrid,
veremos si son tan guapas.
—Pero... ¿las van á traer?...
—Sí, señor; de eso se trata.
—Sí, ¿eh? – Coro de lectores:
—¡Que las traigan! ¡Que las traigan!

—

¡Está en la Cárcel Modelo!
¡Pobrecillo! ¿Por qué causa?
¿Qué delito se le imputa?...
¡Una pequeñez! No es nada.
¡Que se ha casado tres veces!
Si eso es digno de alabanza!
¡Si el mozo es todo un valiente!
¡Si para premiar su hazaña
era preciso otorgarle
alguna cruz laureada!
¡Atreverse con tres suegras!
¡Domeñar tres fieras bravas!
¡Recargar de un modo tal,
siendo una suerte tan mala!
¡Romper las férreas cadenas
que en yugo feroz maltratan,
y volver tres veces, tres,
por su gusto á remacharlas!
—¡Y sin enviudar! ¿qué? ¿cómo?
¿Ese barbián se casaba
sin esperar que la muerte
le manumitiera?... ¡Vaya,
pues está loco perdido,
no es criminal! ¡A una jaula!
¿Quién con su cabal juicio
hace esa barrabasada?...

—

Cuatro timos, dos entierros,
unas cuantas puñaladas,
un éxito en Jovellanos,
un exitazo en Eslava.
En el Hipódromo y Rivas
reuniones republicanas.
Cerrados los cementerios.
Las Cortes abiertas. Nada
de particular. Comienza
este mes con las castañas.
El teatro Martín cerróse
por anticiparse á darlas.

Las fiebres intermitentes,
sean tercianas ó cuartanas,
díz que en el acto las curan
los polvos de Santaballa.
¡Si han nombrado al inventor
académico! ¡Caramba!
¿Al señor don José Castro?
¡Pues hay justicia en España...!

—

Tenía cierta extranjera
descompuesta la cerraja...
de un cofre de su equipaje,
—cosa en verdad nada extraña,—
y buscó un buen cerrajero
que el desperfecto arreglara.
Y dicho y hecho; fué un chico
á abrir lo que le mandaban.
¡Era un oficial de lima
de los primeros de Málaga!
Enteróse del asunto,
y sin pronunciar palabra,
sacó el chico el instrumento,
llave maestra, ó palanca,

lo que el caso requería
para operación tan ardua,
y en un periquete... ¡zás!
dejó la cosa arreglada.
Quedó de la operación
tan satisfecha la dama,
que pagó de un modo espléndido,
rogándole que tornara
para abrir no sé qué muebles,
á la siguiente mañana.
¿Y volvió? ¡Naturalmente!
y en dulce y sabrosa plática
abrieron sus corazones
á risueñas esperanzas...
sin ganzúas ni martillos,
ni palanquetas, ni nada.
Resultado. La pareja
abrió amorosa las alas
y el vuelo tendieron juntos
el cerrajero y la dama.
Desde que el caso ha ocurrido,
van por las calles de Málaga
los cerrajeros, gritando:
«abro mundos,» «abro arcas,»
«abro baúles.» «¿Quién tiene
descompuesta la cerraja?...»
y decía sonriendo
un buen oficial de fragua,
sacando el hierro encendido:
—«¡Ya no cabe más! ¡Nos raptan!»

E. NAVARRO GONZALVO.

LA NOCHE DE DIFUNTOS

Acaban de sonar las doce en el reloj de la capilla, y se revuelve en sordo murmullo la ciudad de los muertos. En el exterior, sobre la superficie del perímetro que cierran tapias deleznables, no se ven sino losas de mármol que reflejan la luz de la luna; cipreses que extienden su sombra rígida sobre las tumbas; nichos espléndidos, cubiertos por las pompas compradas á buen precio para el luto oficial; toscas cruces de madera pintada, que se hallan plantadas en el suelo á trechos desiguales; sauces que, al mover sus mimbres, mecidos por la brisa helada de la noche, parece que gimen por los olvidados del mundo que en la fosa común yacen en confusión horrible, y las hierbas húmedas por el rocío que cubren el pavimento. Todo es silencio y soledad; pero cuatro palmos más abajo todo es movimiento y ruido.

Nada ofrece contrastes tan estupendos como el aspecto que presentan el interior, lo subterráneo, y la superficie de los cementerios en la noche de difuntos. Mientras en el exterior, en contacto con el ambiente, nada se oye y nada se siente después que se ha ausentado el último asalariado para guardar las tumbas, en el interior se agita un mundo de fantasmas. En la noche de difuntos los papeles entre el reino de los vivos y el de los muertos se truecan. Mientras en la ciudad de los vivos todo es lúgubre—á lo menos en apariencia,—las calles están solitarias, las campanas de las iglesias tañen tristemente, y entre la turba de los enlutados que visitan los templos por ceremonia cruza algún que otro ser humano que conserva su corazón y tiene un recuerdo melancólico para los seres que le amaron, en la ciudad de los muertos despiertan los que descansaban y dejan sus lechos.

Sorprendidos en su sueño los difuntos por el toque de la campana misteriosa que resuena en las tumbas con sobrenatural poder, levántanse los esqueletos, y, envueltos en sus sudarios, recorren la ciudad, mirándose unos á otros, cuantos se encuentran, con las órbitas fosforescentes de sus descarnadas calaveras. Los que fueron hombres, mujeres y niños, todos son allí iguales en la igualdad de la nada y todos se reconocen, saludándose con gesticulaciones extrañas y muecas horribles.

¡Cómo van los esqueletos, solitarios unos, reunidos en grupos otros, por las vías de su ciudad, haciendo resonar, con el ruido seco y desacorde de sus pasos, las bóvedas de los sepulcros! Hay antiguas historias que hablan de festines, de charlas sostenidas con animación, de brindis alegres, de danzas desenfrenadas y de conjuraciones espantosas; hay historias que hablan de apariciones siniestras y venganzas crueles. Yo sólo puedo contaros que hora tras hora, durante toda la noche, pasean los muertos, como si esperaran algo que no llega, y caminan, volviéndose por doquiera, como si buscaran algo que no existe. Sin habla, sin pensamiento, sin vida, lo que fué no volverá á ser para ellos; jamás el complicado mecanismo de la organización volverá á juntarse con las osamentas para ser lo que fueron. Y creo que entre los pliegues de su sudario lleva cada calavera algo escrito; especie de reminiscencia de idea que interroga si no les aguarda otro destino. La nada es la nada.

A la primera campanada que anuncia la nueva aurora, se dispersan los fantasmas y corren precipitadamente á sus lechos mortuorios. Tiéndense bajo las bóvedas, y vuelven á reinar el silencio y el reposo.

GUILLERMO ROCA.

ANUNCIOS

AMA.—Honrada por extremo,
soltera, robusta y lista.
Razón: dirigirse al memorialista.

—

IMPOSICIONES, DEPÓSITOS.
El Crédito Comercial.
Seis fábricas de curtidos
en garantía se dan.
Los señores accionistas
ven, pues, que en cualquier azar
se pueden quedar en cueros
con todo su capital.

JOSÉ DE LA SERNA.

LAS COLILLAS

Nadie que carezca del espíritu fino y excéntrico que se necesita para ser un mediano observador, podrá fijarse en la gran influencia que en el mundo pueden tener esos últimos residuos de los cigarros, tostados, sucios y hasta repugnantes, que llamamos *colillas*. Con ellos vive en Madrid una sociedad entera, que si bien no necesita ni ropa con que alternar, según la frase de un sainete, ni aseo con que presumir, ni de elegancia con que presentarse, tiene en cambio con que sostener el afilamiento constante de la navaja, á los dependientes de los ventorrillos de fuera de puertas y á las mozas alegres dignas de figurar como testigos en procesos donde se ventilen cuestiones de honor.

Los colilleros viven sólo de serlo. A tal oficio los dedicaron sus padres, si alguna vez los tuvieron, ó á tal oficio los encaminaron sus aficiones rastreras, y con tal oficio llegan, á fuerza de practicarlo, á ser unos solemnes vagos.

Una colilla de cigarro puro, en buen uso, equivale para ellos á una credencial. Se la disputan como pan bendito, ó por lo menos como el elemento que les ha de proporcionar el pan. Las riñas que sobre la posesión de una colilla se originan, llevan á muchos colilleros al hospital y á la prevención, y el antiguo patio de los *micos* contenía siempre lo más selecto de la clase.

Y que es numerosa, no cabe dudarlo; pues á no ser por ella, que hace á todo, ni los relojes cambiarían con tanta facilidad de dueño, ni los portamonedas desaparecerían de los bolsillos, ni los pañuelos tendrían que ser repuestos con tanta frecuencia.

El colillero que, andrajoso, despeinado ó pelón, descalzo, con la cara y las manos ennegrecidas por el sol y el aire, acude á las calles y paseos más céntricos, con su bote de hojalata colgado al cuello y siempre doblando el espinazo para recoger lo que los demás tiramos, es un verdadero tipo de estudio. El célebre Rastro tiene en el colillero uno de los elementos más grandes de vida, y el público que fuma, el coautor de las intoxicaciones lentas, pero seguras, que minan su naturaleza y sus pulmones.

Las colillas, pues, influyen directamente en la vida de la población y en el censo de la misma.

Para el colillero todo es ganancia. Fuma gratis y se sostiene de igual modo. Su vida es una ganga.

Ignoro si en Suecia, antes de ahora, habría colilleros. Pero lo que sí hay ahora, de fundación reciente, es una Asociación de colilleros; la constituyen jóvenes de la mejor sociedad, que se han hecho recogedores voluntarios de puntas de cigarros.

Aquéllos, como si toda la vida la hubieran pasado en las Peñuelas y dedicados á abastecer los montones de las Américas, recogen cuantos residuos de tabaco encuentran por las calles, y los entregan á un comité que está presidido nada menos que por la reina de Suecia. La venta de dichos productos permite á la Asociación socorrer á 500 niños por año.

He aquí una conducta que debiera ser imitada por la Sociedad Protectora de los niños.

Sólo faltaba entonces encontrar personas de posición y distinguidas que quisieran encargarse de recoger colillas por las calles de Madrid.

Y que, una vez recogidas, no se lucraran con ellas.

Que todo podría suceder.

C. OSSORIO Y GALLARDO.

¡PASO!

¡Atrás, atrás, infame alevosía,
Envidioso rencor, torpe egoísmo;
No pretendáis con tan brutal cinismo
Segar la flor de la esperanza mía!

Dejad la ardiente claridad del día;
Rodad á las tinieblas del abismo...
El azote fatal de un cataclismo
Pidiendo está vuestra conducta impía.

Mas no hallará vuestro poder escaso
Amenaza ó traición que me amedrente:
Vosotros sois las sombras del Ocaso,

Yo soy la luz bendita del Oriente...
¡Paso, cobardes enemigos, paso!
¡Bajad los ojos y humillad la frente!

ATAULFO FRIERA

LOS MADRILES

—Ya sé yo por qué nos llaman los de la goma: por la del impermeable.

—Tenga usted mucho cuidado con lo que hace, que desde que Carulla ha empezado á disparar sonetos, hay una de cólicos *misereres* horrible. Tome usted precauciones.

—¡Miste que reunirse los republicanos pa hablá de Orense! ¡Pues qué! ¿Seviya no es muncho más bonita? ¿U Cádiz?

—Ahora me voy con el Manzantini á matar toros á ese monte que nunca macuerdo cómo se llama.

—¡Anda la órdiga! ¡A un monte á matar toros! ¡Dirás conejos!

—¡No, hombre, á Montevideo!

KLAMRISKA
STROMFELD
STHAL
MILA KUPPFER
TERESA ARKEL

CANTARES

Expuesta vi á la virtud
en el bazar de rarezas.
¡Válgame Dios, ocupaba
el lugar de preferencia!

Morenita de mi alma,
desde que me diste un beso
miro de frente á la Virgen
de la iglesia de mi pueblo.

De niño aprendí á querer,
queriendo aprendí á llorar,
llorando llegué á aprender
que al fin se aprende á olvidar

Tus ojos dicen: *¡no quiero!*
los mios dicen: *¡te adoro!*
los de mi abuela: *¡qué fatua!*
los de la tuya: *¡qué tonto!*

Nunca he escuchado tu voz,
y, sin embargo, sospecho
que será como una escala
de suspiros y de besos.

Cuando me fuí de mi casa,
tomé la luna por madre,
las estrellas por hermanas.

Te busco, y te alejas;
te llamo, y no vienes...
¡Adiós, ilusiones, adiós, alegrías,
adiós para siempre!

Tus manos podrán decirte
qué cariño es verdadero:
él las llena de monedas,
yó las llenaba de besos.

Los que me ven sonriente
se créen que soy dichoso:
porque no saben que rio
por disimular que lloro.

FEDERICO DE SANCHO.

CANTARES

Los suspiros van al aire,
las lágrimas van al mar;
y el dinero que se gasta
¡nadie sabe dónde va!

Por tu amor lloré yo anoche
de codos en la ventana,
y las piedras de la calle
se ablandaron con mis lágrimas...
tan grande mi llanto fué.
Mi amor, por aquí no pases;
¡te vas á mojar los pies!

F. DURANTE.

LUCES QUE PASAN

SONETO

Del inflamado gas la llama incierta
alumbró su hermosura y mi alegría;
ancho espejo copió su gallardía,
por ostentosas pieles mal cubierta.

Del lujoso *foyer* sólo entreabierta
la voluble mampara se veía...
La quiso abrir, pero la mano mía
llegó primero, y empujó la puerta.

Y junto á mí pasó cual dulce sombra...
¡Brillante luz, embalsamado ambiente,
recogido tapiz, mullida alfombra...

Guardad, guardad el trémulo sonido!
de mis voces de amor!... ¡Tan solamente
os dejo abandonarlas en mi oído.

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW.

DE REGRESO

PASÓ la época de los grandes calores.

O de *las* grandes calores, como diría la Remedios, chula de nación y pitillera de entrefinos. ¡Buena chica! Me quiere más que á las criaturas de sus ojos.

Pero sobre este afecto tiene otro que le supera.

Los toros; bien *entendu*.

Su afición al *arte* nacional raya en locura.

Guarda como una reliquia el retrato del toro *Caramelo*, que cogió á Pepete, y no le cambiaría por la mejor acuarela de Fortuny. Pero es honrada, eso sí, y más *barbiana* que la misma sal.

¡Si la vierais! Aunque... no; mejor es que no la veáis.

Os quitaría el sueño durante un semestre.

¿Pues y la cara, y el cuerpo, y aquel pie, que es capaz por sí solo de armar una revolución?

El domingo me la encontré camino de la estación del Norte.

Iba, según me dijo, á esperar á su hermana Lola, pitillera también, de gomosos ó engomados ¡tanto da! en el mismo centro fabril de la calle de Embajadores.

Había estado *de baños*. ¿Quién no se permite ese lujo?

Madrid en verano me recuerda los domingos de la Gran Metrópoli.

Todo el mundo emigra.

Los trenes de recreo con billetes de ida y vuelta á precios reducidos no bastan á contener el chaparrón de fugitivos eco nómicos.

Unos se dirigen á nuestras pintorescas playas del Cantábrico, otros á vegetar en cualquier pueblecillo de la Sierra, donde no falta cualquier pariente ó amigo que dé cariñosa hospitalidad.

Los privilegiados de la suerte desdeñan nuestras costas; quédese bueno para la burguesía y el respetable gremio de *chupópteros* á prima fija; el buen tono y la distinción se imponen. Luchón, Cauterets, Bagnères, Carlsbad, Trouville, Wiesbaden y Montecarlo son las poblaciones que preferimos *nosotros* los aristócratas.

En estos tiempos, ¿quién no lo es?

Lo que me decía un amigo mío, hijo del marqués de *Trampalante*:

Si no hay hacienda,
Que haya fachenda.

Cualquier ultramarino jubilado quiere ser título.

Y lo consigue; ya no hay aristocracia de la sangre; lo que priva es el dinero; por dos pesetas y la propina se compra una ejecutoria de Marqués.

Así vemos tanto *grande*, que lo es por derecho propio, en la más lata acepción de este adjetivo.

Nobles de pacotilla.

Yo conozco uno que, allá en sus mocedades, fué mancebo de una especiería en la calle de los Estudios.

Al cabo de algún tiempo se hizo propietario, gracias á su acrisolada probidad y honradez, y las capaduras del peso y las panillas de aceite.

Se casó con una Maritornes al uso del día.

Quiero decir, con una duquesa de afición.

Hoy es título, concejal y *arrastra* coche.

Mañana será diputado, y hasta consejero de la Corona.

Yo respeto el genio y me arrodillo ante el talento.

Pero desprecio las altas posiciones que se alcanzan por medio de los billetes de Banco.

Sobre todo, cuando éstos son de dudosa procedencia.

De otra suerte, sería santificar el robo, deificando al ladrón.

Cosa muy común y corriente en estos tiempos del *matute* y demás irregularidades administrativas y municipales.

¡Así va ello!

—

La pícara vanidad nos mueve á decir y hacer muchas tonterías.

¿Quién lo duda?

Hablo en tésis general; sin que por esto se entienda que no hay sus excepciones.

Este defecto se desarrolla con prodigiosa intensidad entre el gremio de capitalistas improvisados y señoritas de café por acciones.

Son muy buenas, muy hacendosas, honradas si se quiere, y hasta instruídas en algunos casos.

A veces suelen perfeccionar su educación en el Conservatorio; la matrícula cuesta barata, y para muchas es la base de una carrera.

Conocí una, *triple* trashumante, que llegó á contraer matrimonio, al estilo de Budha, con un mandarín del Celeste Imperio.

Pero se divorció al poco tiempo; su cuerpo no estaba acostumbrado al azafrán. ¡Qué asco!...

No hace mucho escuché una conversación entre dos del gremio, guapas ellas y de circunstancias, al parecer.

Viajaban en el *tranway* del Este, y yo también.

—¿Dónde has estado este verano? preguntaba una.

—En Suiza. ¿Y tú?
—¿Yo? En Arcachón.
—¿Habrás comido muchas ostras?
—¡Ya lo creo! Es una recomendación que el médico le hizo á Pepe.
—¿Comer ostras?
—No, los baños. ¡Y si vieras qué bien le probaron!
—Lo creo. ¿Te habrás divertido mucho?
—Así, así; antes del baño se ponía Pepe á tocar el acordeón; es un ejercicio muy higiénico, y yo le acompañaba.
—¿Pero tú tocas el acordeón?
—¡Quita, mujer! yo cantaba barcarolas adecuadas á la situación. ¿Te acuerdas de aquélla que empieza:

Al ver en la inmensa llanura del mar
las aves marinas...

Y mira lo que puede la ilusión: por allí no había más que tábanos y moscardones, pero á mí enteramente me parecían

blancas gaviotas;

como dijo no recuerdo si Espronceda ó Santa Teresa de Jesús.
—Y tú, ¿te has divertido mucho?
—A rabiar, chica, á rabiar.
—¿De veras?
—Como lo oyes. He traído recuerdos imperecederos de nuestras excursiones á los Alpes.
—¿Habrás subido á los ventisqueros?
—Sí; por cierto que se me cayó la liga izquierda, y un inglés que venía detrás creyó que era el cinturón del guía.
—¡Qué paso más gracioso! ¿Te la devolvió, por supuesto?
—¡Quiá! Se la guardó en la petaca. Yo le dije lo que era, pero no me quiso creer, empeñado en convencerse por sí mismo.
—¡Pillín!...
—Eso y algo más le dije yo. Se enamoró de mí como un bárbaro; quería que me marchase con él á Londres.
—¡Qué suerte tienes! Mi marido tiene la mar de ingleses, y no hay uno que me diga buenos ojos tienes.
(He de advertir á ustedes que mis dos compañeras de tránsito mentían como sacamuelas.)
Ninguna conocía, ni aún por el mapa, el lugar de sus respectivas residencias veraniegas.
La mujer de Pepe había estado con una parienta suya en Alcorcón, remendando los calcetines de su marido y aprendiendo á fabricar pucheros refractarios para asar castañas.
Su amiga compró un ejemplar del *Bedœcker* y se lo tragó de cabo á rabo, en cuatro días, á la sombra de un castaño en el inmediato pueblo de Getafe.
En lo que no mintió fué en aquello de los recuerdos imperecederos. Se casó un hijo de la alcaldesa, y en la tornaboda, retozando con un gañán *porteador* de aceite después del baile, se perdió con él por unos trigos.
¡Fragilidades humanas!

El verano es la estación más á propósito para que fructifiquen los *canards*.
Desconozco la razón, pero es muy cierto que hasta las personas de carácter más retraído y misántropo echan su cuarto á espadas.
Y se escurren... ¡ya lo creo!
Hay que tomar el pelo al lucero del alba.
Ustedes habrán notado que en todas las colonias veraniegas siempre hay uno que hace el gasto.
Suele serlo cualquier *gomoso* que vive de sus trampas; un viejo verde y maniático que no transige con los años, ó algún joven de buena familia que se ha caído de un nido sin saberlo, y toma como verdad de á folio el más disparatado infundio.
Antiguamente, cuando la sociedad estaba más moralizada y no teníamos ese desatentado propósito de dar gato por liebre, y aparentar lo que no somos, cierta manera de viajar era patrimonio de la aristocracia de sangre azul. Ella tenía vinculados los grandes capitales, y sólo así se puede hacer frente á los enormes desembolsos que ocasiona el lujo hermanado con la comodidad.
Hoy es otra cosa: cualquier *pelafustán* viaja como un príncipe ruso. Los préstamos usurarios, las especulaciones vergonzosas y otros negocios de mala ley, son comunes y corrientes.
Tras de esto viene la vergüenza, las humillaciones, algunas veces la cárcel ó el suicidio.
Pero ¿qué importa?
¡Vamos viviendo!
Digo: ¡vamos viajando!
Hasta que nos rompamos el bautismo.

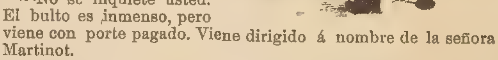
JOSÉ DE MADRAZO.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS

(CONTINUACIÓN.—VÉANSE LOS NÚMEROS 55 Y 56.)

Martinot llevaba muy arrugada la pechera de la camisa, y el cuello de la misma muy ajado; cosa en él, modelo de pulcritud, que revelaba graves trastornos. Bebía mucha agua. Tenía la boca seca y el alma llena de remordimientos. Para colmo de desdichas, había olvidado su cartera y vaciado su portamonedas. En esta situación, tomó el tren que debía conducirle á su casa, venticuatro horas después de lo que tenía por costumbre.
Esperaba ser muy mal recibido; pero la señora Martinot era muy lista, y recibió á su marido del modo más agradable y cariñoso. Tal vez tenía también algo que reprocharse. Quizá ella también tenía sus remordimientos. El caso es que preguntó á Martinot (Pablo) por sus amigos, se interesó por los detalles de la comida, y hasta preguntó á su marido qué tal había dormido sobre el canapé de Busquet.
—A propósito de Busquet, replicó Martinot, me ha dicho que te enviará alguna cosa del Senegal. Es todo un buen muchacho. En su casa me he dejado olvidada mi cartera.
—Ayer ha sido un mal día para nosotros, contestó ruborizándose un poco la señora Martinot. También perdí yo uno de mis pendientes.
—No te importe eso, tonta. Ya te compraré otros.
Y Martinot, que en otra ocasión hubiera pedido minuciosas explicaciones sobre la pérdida de aquella alhaja, cenó tranquilamente, y se acostó en seguida.
No se volvió á hablar una palabra de la escapada de Martinot.
Han transcurrido nueve meses.
La familia Martinot (Pablo), que había pasado todo el invierno en París, encontrábase de nuevo en su residencia veraniega de Ville d'Avray.
Antes de continuar nuestro relato, debemos advertir á nuestros lectores que la historia misteriosa que les referimos, ora triste, ora alegre, es absolutamente verídica.
Una tarde, Martinot llegó á Ville d'Avray. El jefe de la estación le recibió con la sonrisa en los labios. Los empleados de la estación conocían todos á aquel alto funcionario, al cual debían pequeños obsequios y propinas más ó menos importantes con que solía á menudo gratificarles. Cuando se tienen treinta mil libras de renta, se pasa por todas las puertas de una estación, aun cuando estén cerradas para el resto de los viajeros. Cuando la renta sube á cincuenta mil libras, entonces se hace detener el tren, si la locomotora ha tenido el mal gusto de no esperarnos.
Martinot tendió su mano al jefe con cierta timidez; éste la estrechó con efusión inacostumbrada. Martinot no tenía más que veinte mil libras de renta. El jefe, conteniendo á duras penas la risa, dijo á Martinot:
—Tengo que participaros una novedad.
—¿Cuál? preguntó algo inquieto el viajero.
—Se ha recibido para usted un encargo; viene del Senegal, y aguardo sus instrucciones para efectuar el transporte hasta su casa.
—¿Del Senegal? Pues los portes van á importar una friolera.
—No se inquiete usted. El bulto es inmenso, pero



viene con porte pagado. Viene dirigido á nombre de la señora Martinot.
—Vamos á verlo.
Y el buen hombre siguió al jefe hasta los almacenes, creyéndose víctima de alguna mixtificación.
Al llegar al muelle, quedóse mudo y asombrado ante el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Todas las mujeres y los chiquillos del pueblo estaban agrupados, apretados como los granos de la uva en el racimo, alrededor de una inmensa caja de clarabuya, alta lo menos de seis pies, por cuatro de ancho, en el centro de la cual se elevaba, á guisa de chimenea, un tubo formado por cuatro tablas. Por el orificio de esta especie de chimenea asomaba la cabeza de un avestruz, que se movía á derecha é izquierda, inquieta y atontada.

(*Continuará.*)

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
9 Noviembre de 1889.
NÚMERO 58.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

¡Buena música la del maestro Caballero!

La verdadera zarzuela ha tenido en él un cultivador feliz é incansable. Ahí están las partituras de *El primer día feliz*, *Las dos princesas*, *Los sobrinos del Capitán Grant*, *Las nueve de la noche*, *La Marsellesa*, *El salto del pasiego* y *La gallina ciega*, que son verdaderos modelos.

En el género llamado *pequeño* cuenta por centenares las piezas aplaudidas que se han hecho, y son populares.

Instrumenta de una manera magistral, y á los primeros acordes de la orquesta adivina ya el público la mano experta del eminente maestro.

¡Lástima grande que, por prometer más que puede cumplir, haga pasar tantas rabietas á los libretistas!

Tiene una *nota* característica.

Sentado ante una mesa bien servida, está en sus glorias. Acepta todas las cocinas.

No tiene nada de *gourmand*, pero es un refinado *gourmet*.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ **9** *pesetas.*
Seis meses.......... **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

D. Sandalio Majagranzas ha muerto loco. ¡Pobre D. Sandalio!

Hace quince días recibimos un telegrama de Nueva York participándonos tan triste nueva, y no quisimos darla crédito.

¡Morirse él, un hombre sano, fuerte, robusto, que apenas contaba cuarenta años y que era ex concejal!...

¡Y morir loco! El caso era raro.

¡Paréceme que aún le veo, al principio de su carrera, en su pringosa tienda de comestibles de la Cuesta de los Ciegos, donde comenzó á amasar su fortunita, *irregularizando* en el peso y quedándose siempre corto en la medida!

Y... ¡cuán hermoso estaba algunos años más tarde—muy pocos, por cierto—con su vientre abultado, su bigote cerdoso y entrecano, su levita confeccionada en los soportales de la calle de Toledo, su chistera reluciente, y el bastón con borlas y puño de oro, símbolo de su autoridad, como teniente de alcalde del distrito! Todo Madrid se fijaba en él, y la multitud le señalaba con el dedo, gozosa y sonriente, cuando le veía hecho un brazo de mar presidiendo la procesión de Minerva en su distrito.

Y si ustedes no le han conocido, no les importe. Ha dejado una familia numerosa, y seguramente conocen alguno ó algunos de sus parientes.

¡Si no se ven más que Majagranzas por ahí!

D. Sandalio, hombre adinerado, no podía dejar de visitar la Exposición de París.

Y un hermoso día del pasado Julio arregló su maleta, atestó la cartera de billetes de Banco, se despidió de sus íntimos y se trasladó á la gran capital, ansioso de montar en burro en la calle del Cairo, subir á la Torre Eiffel y tratar personalmente á las *cocottes*—como él las llamaba—y de cuya existencia habíanle dado ya cierto conocimiento algunos autores dromáticos, presentándoselas, aunque con cierta timidez, en algunas piececillas del moderno repertorio.

¡Qué felices se las prometía el pobre Majagranzas!

Porque, lo que él decía:—Las *cocottes*, caprichosas;—yo, robusto y calavera;—seis mil duros en cartera... ¡Qué sé yo! ¡La mar de cosas!

Pasemos como sobre ascuas—hay asuntos muy escabrosos—sobre la existencia de Sandalio los quince primeros días de su estancia en París, y vengamos al día nefasto en que tropezó, en la Galería de Máquinas, con su paisano y amigo Lucas Gutiérrez.

—¡Sandalio!

—¡Lucas!

Un apretado abrazo, las preguntas de rigor en casos tales y el tomar café juntos, fueron las primeras consecuencias de aquel encuentro.

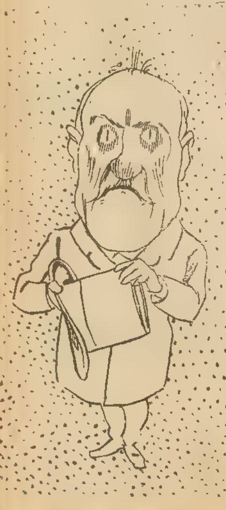
Gutiérrez participó á Majagranzas su próximo viaje á Nueva York. Iba allí para asuntos propios, y nuestro ex teniente alcalde, que se aburría ya en París, se decidió gustoso á acompañarle.

Sería interminable tarea referir las bromas, algo pesadas, que Gutiérrez dió á Majagranzas en Nueva York. La última le costó la vida. ¡Dios no se lo tome en cuenta al atolondrado Lucas!

Una noche propúsole ir á visitar á un compatriota, el cual, según afirmaba Lucas, tenía una sobrina joven y guapa, y algo ligera de cascos.

La idea de correr una *juerguecilla* á tantas leguas de la calle de la Ruda sedujo al impetuoso Sandalio, y aceptó con júbilo la idea de su amigo.

Una cosa solamente le preocupaba. ¿En qué idioma hablaría aquella chica? El buen hombre no sabía más que el castellano convencional, que, esmaltado de *haigas, diferencias, prazuelas, banastras* y *municipucios*, le había servido para medio entenderse con sus conciudadanos, y temblaba ante la idea de que la joven en cuestión hablara alguna lengua muerta.



Gutiérrez le tranquilizó. La muchacha hablaba como una maestra de la Fábrica de Cigarros.

El dueño hizo los honores del modo más correcto. Enseñóles una por una todas las habitaciones, y al llegar á un gabinete, prodigio de *confort* y de elegancia, encontráronse con una joven bellísima, que, al parecer, dormía muellemente reclinada en una *chaise-longue* de palo santo.

—Es mi sobrina, dijo el dueño. La pobrecilla está algo fatigada y se ha dormido.

—Entonces, murmuró Majagranzas contrariado, salgamos despacito y no la despertemos.

Y se dirigió á la puerta, andando de puntillas.

—No, es inútil; no tardará mucho en despertar. Siéntese usted.

E indicó á Sandalio una butaca cerca de la *chaise-longue*. Este obedeció.

—Nosotros, continuó aquel caballero, enlazando su brazo al de Lucas, vamos un momento á mi despacho á ultimar un asunto reservado. Pero no tardaremos en volver. Haga usted el favor de esperarnos, y aquí tomaremos juntos el café.

Dicho esto, se retiraron, dejando á Majagranzas asombrado y aturdido.

Quedaron solos, la joven dormida y el ex tendero de comestibles.

Este no apartaba la vista de la joven, que era, en verdad, una rubia hermosísima. Tenía los ojos medio cerrados, y á la tenue luz que proyectaba un globo de cristal, color azul pálido, que pendía del techo, parecía una visión celeste, sobrenatural.

Estaba vestida completamente de blanco, y una de sus manos, fina y torneada, descansaba sobre la falda de raso, en actitud indolente y descuidada.

Reinaba un profundo silencio en el gabinete.

De pronto, una voz dulce y argentina pronunció distintamente estas palabras:

—¡Sandalio, Sandalio mío!...

Majagranzas se puso en pie de un salto.

—¿Por qué no vienes? ¿No ves que te estoy esperando, que te amo?...

No cabía duda. La que hablaba era la niña rubia. No se movía; continuaba inmóvil en su actitud, con los ojos entornados; pero sus labios, sus labios, rojos como pétalos de rosa, se movían dulcemente y daban paso á aquellas palabras cariñosas:

—¿Me rechazas? ¿No me quieres?... Yo que te esperaba ansiosa, enamorada...

Seguía hablando, sin interrupción, siempre con aquella vocecita tierna é insinuante, y Majagranzas la contemplaba extático, tembloroso y con los ojos espantados.

—Sandalio, continuó la joven; vi tu retrato en el *Intermedio* de Barcelona, y me enamoré de ti; encargué á Gutiérrez que te trajera para hacer tu felicidad y la mía, y ni siquiera me abrazas, ni siquiera me miras... ¡ingrato!

Majagranzas no pudo resistir más. Se acercó á la joven, la estrechó entre sus brazos y besó con delirio aquella boca seductora...

—¡Horror! Aquellos labios estaban fríos como los de una muerta... Y continuaba hablando... hablando...

Sandalio dió un grito y soltó á la joven; pero ésta cayó al suelo, produciendo un ruido seco y desagradable.

Acudió presuroso á levantarla, tiró con fuerza de los brazos, y ambos quedaron entre sus manos. ¡Eran dos brazos de madera!

¡Y la niña seguía en el suelo, siguiendo su desesperante monólogo!

—Sandalio, ¿qué haces? ¡Por qué no me acaricias! ¿Por qué no me quieres?

—¡Socorro, socorro! gritó Majagranzas, en el colmo del terror y con los pelos de punta.

Dirigióse desatentado á la puerta. Estaba cerrada. Golpeó con furia, y sólo le contestó el eco de una sonora carcajada.

Y, en tanto, la mujer sin brazos continuaba en el suelo, repitiendo...

—¡Majagranzas! ¡Majagranzas! ¿Por qué no vienes? ¡Ven!

Sandalio dió dos pasos, tropezó con uno de los brazos de la rubia, y loco, atemorizado, rodó también por el suelo, gritando con voz ahogada:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entraron Gutiérrez y su amigo, y se asustaron al verle en tan deplorable estado. La farsa podía tener fatales consecuencias.

La hermosa rubia no era más que el último invento de Edison. Una muñeca de tamaño natural, en cuyo vientre se había colocado un fonógrafo, el cual había reproducido el discurso hablado poco antes por el maldito Gutiérrez.

Cuando Majagranzas recobró el sentido, estaba loco.

Un mes después ya no le dolía nada. Había muerto.

Confesemos que hay que tener mucho cuidado con estos inventos modernos. ¿No les parece á ustedes?...

—

No terminemos con una nota triste.

Hay un acontecimiento artístico en la semana. La publicación de la novela de A. Daudet, *Roberto Helmont*, primorosamente editada por la casa de A. Jubera, con magníficos fotograbados y cromotipias, fielmente estampados por el Sr. Rubiños. Este libro, prodigio de impresión, puede muy bien servir de modelo del arte tipográfico. Cómprenlo ustedes.

E. Navarro Gonzalvo.

en cambio, que ando de capa caída; ¿cómo puede ser esto, si no la puedo llevar de ningún modo?

En fin, que los tiempos de prueba los tenemos encima; que á cada uno corresponde su parte, y que si alguno se ve libre de la suya, es porque otro lleva dos, pues el mal, como la materia, es siempre el mismo, sin aumento ni disminución. Por eso, lector, si te ves con tu parte, paciencia y... barajar: así es el mundo. Si te ves libre, da gracias á Dios por el milagro, y aún mejor que esto, piensa en el que anda agobiado bajo el peso de la suya y la tuya; piensa que puede ser verdad lo que nos cuenta Campoamor de aquella madre y de aquella hija que

Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío
La madre pide llorando;

y obra como hombre.

JOSÉ MARÍA ESBRÍ.

PACOTILLA

MANTILLAS Y SOMBREROS

El simpático Rodao,
que con piropos me agobia,
me escribe desde Segovia
lo que aquí dejo *copiao:*

CARTA

que escribo ligero,
como Dios me da á entender,
por si la logra coger
Estrañi, el pacotillero.

Tras larga meditación,
contesto aquí, sin perfiles,
á cierta composición
que he leído en LOS MADRILES,
y en la que, con el salero
que siempre en sus versos brilla,
elogia usted la mantilla
y echa por tierra el sombrero.
Aunque me triture usté,
porque le sobre razón,
yo no soy de su opinión,
mi querido don José.
¿Por qué usted tanto se ensaña
yendo en contra de la moda?
Vamos, eso me incomoda,
querido Estrañi, y me extraña.
No dejo de comprender
que la española mantilla
le está bien á la chiquilla
que se la sepa poner;
pero la que, por torpeza,
la lleve sin donosura,
tendrá parecido á un miura,
con un trapo en la cabeza.
En cambio, aquí, los sombreros
son de forma tan variada,
que á la chica que no agrada
un sombrero con jilgueros,
le busca de cacerola,
ó de tórtola temblando,
ó de esos que hay imitando
una fuente de escarola.
Esta clase de sombreros
á la mujer favorecen;
también los hay que parecen
bacías de los barberos;
y, en fin, un sombrero he visto,
que no sabía si era
un plumero, una frutera,
ó una cazuela con pisto.
Con sombrero una muchacha
está más interesante;
que el sombrero es elegante;
á nadie hace mala facha;
y... el caso es que una mujer
que á desairar no me atrevo,
me escribe, y dice que debo
al sombrero defender...
Mas la desairo, aunque es bella;
pues pasa una modistilla
por mi calle, con mantilla
y... en fin, ¡que me voy tras ella!

JOSÉ RODAO.

CONTESTACIÓN

Nada, Rodao; no transijo
aunque usted su ingenio extrema.
Perdone usted si le aflijo,
pero sigo con mi tema.
Para un buen rostro ovalado
surgiendo de nívea gola,
no hay nada más apropiado
que la mantilla española.
Esa reina de los trajes,
prendida en los altos moños:
salerosa, con encajes:
incitante, con madroños.
Esa mantilla bien puesta
que ya no luce su encanto
más que en la taurina fiesta,
ó el día de Jueves Santo.
Esa prenda resalada,
que, hundido todo en la hoya,
vivirá inmortalizada
en los tapices de Goya.
Esa, en fin, con que adornaron
altas damas su salero,
y con la cual trastearon
al señor Pedro Romero.
¡Pero, á qué *tón*, vive Cristo,
alabo esa prenda brava,
cuando usté mismo la ha visto
cayéndosele la baba!
¿Hay nada más seductor
que una mantilla bonita
prendida con una flor
donde el corazón palpita?
Si es negra, rebosa el vaso
de la seducción que pinto,
con vueltas de fino raso
color azul ó corinto.
¡Y que no lucen apenas,
aunque esté el tiempo de lluvias,
con el rojo, las morenas,
y con el azul, las rubias!
En fin, cuando solemnizan
la Pasión y se la plantan,
las guapas nos electrizan
y las feas nos encantan.
Ya ve usté, amigo Rodao,
mi contrincante presunto,
que, por lo que he *demostrao*,
estoy fuerte en ese asunto.
Pues bien: á cualquier chiquilla,
tenga ó no tenga salero,
quítela usté la mantilla
y póngala usté un sombrero.
Elija usté el que mejor
cuadre á su rostro y figura:
el de forma de tambor,
ó el de forma de herradura;
el que, á modo de sorbete,
se eleva hasta los tejados,
ó el que adorna su copete
con pimientos colorados;
el de figura de cesto,
ó el de nido de pardales,
ó el que se asemeja á un tiesto
lleno de flores... cordiales.
(Eso va siendo tan lato,
que hasta va á haber sombreritos
hechos en forma de plato
y adornos de huevos fritos.)
Pues nada: póngale usté
cualquier sombrero que sea,
y verá usté, don José,
cómo la chica se afea.
De guapa, se vuelve horrible;
de esbelta, al andar se traba;
de lista, se hace risible,
y de salerosa... ¡pava!
Con estas razones, creo
que ya le habré convencido,
y que, como es mi deseo,
se vendrá usté á mi partido.
No ataque usté á las mantillas
tan sólo por suponer
que algunas guapas chiquillas
no se la sabrán poner.
Por eso no discrepemos
en cuestión tan ardua, no;
que ya se lo enseñaremos,
á unas, usted; y á otras... ¡yo!

J SÉ ESTRAÑI

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONTINUACIÓN.—(VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56 Y 57.)

—¡He aquí el bulto! exclamó el jefe de estación señalando la caja y soltando una estrepitosa carcajada.

Y Martinot (Pablo) leyó sobre la tapa delantera la dirección siguiente:

Envío de M. Busquet.—De San Luis (Senegal). A madama Martinot (Pablo).—Pabellón Verde. Ville d'Avray (Seine-et-Oise).—Porte pagado.

En seguida, el mismo jefe puso en manos de Martinot un voluminoso legajo de papeles, que no eran otra cosa sino los justificantes y recibos, tanto del buque como de las estaciones intermedias, hasta Ville d'Avray, de la manutención, portes y cuidado del avestruz, todo en regla y completamente pagado.

—Conque, vamos á ver: ¿cuándo retira usted esto?

Martinot se puso á reflexionar. La cosa era grave y su incertidumbre muy natural. No se reciben todos los días animalejos de tal tamaño y tal categoría.

El empleado del ferrocarril sonreía, y el buen Martinot se contentaba con murmurar entre dientes:

—Ese loco de Busquet... A nadie más que á él se le pueden ocurrir estas cosas... ¡Diablo de Busquet!

Por fin, decidieron algo práctico. Deshacer la caja, sacar el avestruz y llevárselo á casa con una cuerda atada de una pata.

Así se hizo. Se ató á una pata del animal una cuerda larga y sólida, y Martinot buscó un mozo de la estación para encargarle la conducción del avestruz hasta su casa. Todos los mozos se negaron en absoluto á prestarle aquel servicio.

Entonces Martinot tomó su partido, cogió la cuerda, y tirando de ella con todas sus fuerzas, dirigióse hacia su casa remolcando el colosal avechucho.

El bicho, entumecido, se resistía á dar un paso.

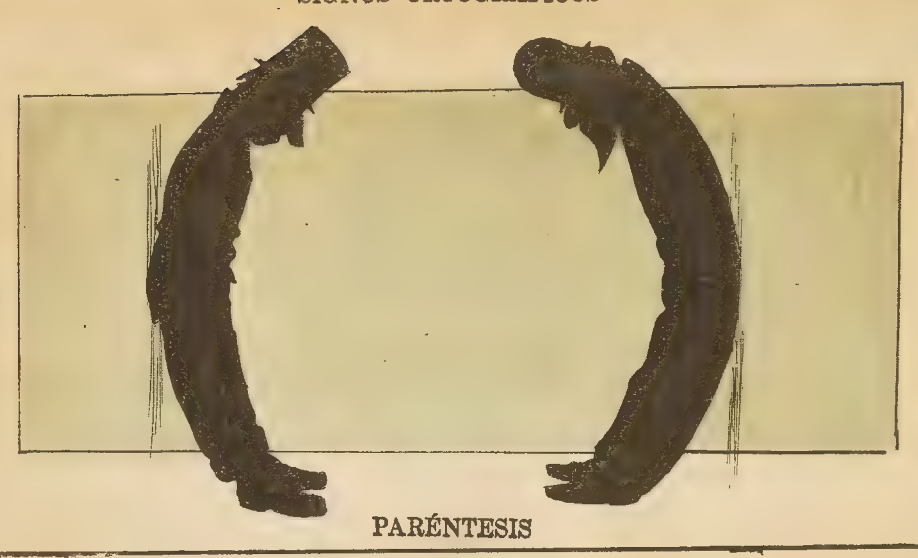
Los empleados de la estación, y la muchedumbre que se había agolpado junto á la caja, siguieron gritando, vociferando, armando un escándalo infernal, detrás del extravagante cortejo.

El animalucho se cansó muy pronto, y cambiaron las cosas.

(Continuará.)

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

SIGNOS ORTOGRÁFICOS



PARÉNTESIS

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

Director: F. Navarro Gonzalvo

AÑO II
16 Noviembre 1889.
NÚMERO 59.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MARIANO DE CAVIA

Nombrar á Mariano de Cavia y decir luego que es un escritor distinguido, culto, correcto, ingenioso, etc., etc., es sencillamente cometer una redundancia; porque con decir Cavia, se dice todo eso, y mucho más aún.

En las columnas de *El Liberal*, en los semanarios ilustrados, en todos aquellos impresos periódicos donde aparecen buenas firmas, está la del originalísimo escritor aragonés.

Pons lo dibuja en hábito de cocinero.

Hace muy bien. Eso le acredita de gastrónomo excelente.

Porque los *platos* de Cavia saben á gloria.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............ **9** *pesetas.*
Seis meses........ **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO—

—MANTILLAS Y SOMBREROS

En salada *pacotilla*,
escrita en tono ligero,
patrocinan, con salero,
Pepe Estrañi, la mantilla,
José Rodao el sombrero.

Me place la discusión
y las formas empleadas;
y sin dañada intención,
voy á echar mi cuarto á espadas
y á terciar en la cuestión.

De antemano, y en rigor,
convengo ya sin temor
en la bondad de ambas cosas,
¡Las mantillas, deliciosas!
¡El sombrero, encantador!

Pues entonces, *¡desgraciáo!*
¿Si en todo conforme estás,
refutarnos no podrás?...
¡No te apresures, Rodao!
¡Estrañi, *en el mundo hay más!*

La cuestión es muy sencilla.
Cese vuestro empeño loco,
y acabe aquí la rencilla.
Lo mejor no es la mantilla.
¿Es el sombrero?... Tampoco.

Que no os agrade, recelo,
mi opinión; mas he de ser
rudo y franco, ¡vive el cielo!
cumpliendo así mi deber.
¡No hay nada como el pañuelo!

Entre modestos, ó ricos,
medianos, grandes y chicos,
á mí, si he de ser sincero,
sólo me gusta un sombrero.
El sombrero de tres picos.

No es que admire aquel blasón
del tiempo ominoso y fiero
de la Santa Inquisición.
No. Me refiero al sombrero
de don *Pedro de Alarcón.*

La mantilla es un encanto,
pero no tanto, no tanto,
que al fin la prende el demonio,
á guisa de velo santo,
el día del matrimonio.

Allí no admiten sombrero;
sólo la mantilla encaja,
con razón, á lo que infiero.
¡Blanca, ó negra, es la mortaja
conque entierran á un soltero!

Resumen: Una belleza
de esas que no se discuten
por su garbo y gentileza,
¡Es la barbiana de *búten*,
con pañuelo á la cabeza!

¡Qué hermosa está una chiquilla
que, sin importuno velo
que oculte su faz sencilla,
acaricia la mejilla
con el doblez del pañuelo!

¡Cómo la conciencia escarba
y hace perder la razón
aquel nudo coquetón,
puesto entre el cuello y la barba
como punto de atención!

¡Vaya un nudo! Yo no dudo
que es fácil de desatar;
pero al verlo tiemblo y sudo...
¡Y me dejo estrangular
si me aprietan aquel nudo!

¡Y aquel desgaire indolente
con que la seda crujiente
forma el pliegue, blando y chico,
que avanza en forma de pico,
prestando gracia á la frente!...

¿Dónde hay mayor hermosura
que un rostro jovial y franco,
que con gracia y donosura
oculta la trenza oscura
con amplio pañuelo blanco?

¿Ni quién á negar se atreve
que aquel conjunto enajena?
¡Parece la seda leve
una cascada de nieve
sobre una frente morena!

¡Cómo á un rostro apicarado,
de esos que causan antojos,
sienta un pañuelo encarnado!
¡La majestad de unos ojos
bajo un dosel purpurado!

¿Qué mortal no se alborota
y sufre mil sinsabores
viendo una cara frescota,
con un pañuelo *Mascota*,
de rayas multicolores?

¡Cuando ciñe una cabeza,
rindiendo al dolor tributo
de lágrimas y tristeza,
sólo el pañuelo de luto
marca con fiera rudeza

de los pesares la cruz;
quita á la fisonomía
el encanto y la alegría;
roba á los ojos la luz,
y hace la frente sombría!

¡No es el lujoso derroche
haciendo ostentoso alarde
en gasa, en crespón, ni en broche!...
¡Es la sombra de la noche
que va invadiendo la tarde!

«¡Alto ahí!» diréis los dos:
que de tu entusiasmo en pós
te estás subiendo de punto,
Es verdad. Mas ¡vive Dios,
que estoy dentro del asunto!

Será quizá una torpeza;
mas para mí, no hay belleza
más pura, más ideal,
que un vestido de percal
y un pañuelo á la cabeza.

¡Olé las buenas personas,
jovencitas ó jamonas,
pero con gracia y salero!
¡La mantilla y el sombrero
que los gasten las pelonas!

¡Ni pañuelo *tan siquiera!*
¿A qué, mujer hechicera,
has de amenguar tus hechizos,
ocultándonos los rizos
de tu hermosa cabellera?

El sombrero es un tormento,
las mantillas, desgarbadas...
¡Ni aun el pañuelo consiento!
¡Dejad que floten al viento
vuestras trenzas perfumadas!

Clara expuse mi opinión,
mas no cedo en la cuestión
ni abandono mi trinchera,
y que alce el dedo el que quiera
terciar en la discusión.

¡No hay nada como el pañuelo,
que hace de la cara un cielo!
Como el pañuelo no hay nada...
como una hermosura en pelo.
Mas que en pelo... ¡despeinada!

E. Navarro Gonzalvo.

La lección con el ejemplo.

Rosina, una chicuela deliciosa de quince primaveras, aprovechó la oportunidad aquélla en que su señor papá había tirado á un lado *La Correspondencia* y se encontraba con las piernas cruzadas, la cabeza reclinada en el respaldo del butacón y fumando un cigarro cuyas fantásticas espirales de humo veía esfumarse paulatinamente.

—Dime, papaíto, tengo curiosidad por saber qué misión es la que en este mundo nos está destinada á las mujeres...

—¿Eh? dijo el padre, dando un saltito en su asiento.

—¿Que para qué servimos las mujeres? insistió la joven, no comprendiendo el súbito cambio de expresión que en la fisonomía de su señor padre se había retratado.

—Hija mía, las mujeres... pues las mujeres...

Y el buen señor, que no estudió para sabio ni tenía su caletre muy ducho para respuestas de tal jaez, dió una chupetada feroz al veguero con objeto de disimular la turbación que la preguntita le originaba.

—Yo te diré, Rosina: las mujeres sois las dulces compañeras del hombre, que tal misión os encomendó la Sagrada Biblia y...

—Papá, lo mismito que tú me dijeron en el Colegio las madres; pero... alguna otra misión tendremos encomendada... digo yo... ¿verdad, papá?

—Sí, para algo más; sí, pero... tienes que perdonarme; se me ha olvidado mirar en el periódico á cómo se han cotizado hoy las *cubas*...

Y el papá, á trueque de no proseguir la espinosa conversación, volvió á recoger *La Correspondencia* y á enfrascarse en su lectura, como si realmente le importase lo que antes había leído con aburrimiento.

—¡Qué fastidio de *cubas!*... murmuró Rosina.

Y salió del gabinete, haciendo á su papá una muequecilla de enfado.

—

¡Como guapo sí que era!... Alto, buen mozo, con un bigotillo que parecía seda, el petimetre resultaba encantador...; al menos para Rosina, que, desde el día aquél en que á la salida de misa el galán, á fuer de caballero, la echó una flor... hablada, un tantico subversiva, la chiquilla soñaba con bigotes rubios y sedosos y mozos como granaderos de la Guardia imperial.

—¡Chist, chist! ¡Calla, escandalosa!... ¡A mi mamá dila que me duele un poco la cabeza!... No, no quiero salir; me atontaría.

Cuando la doncella se hubo retirado, Rosina echó la llave á la puerta de su gabinetito; después se sentó detrás de la puerta vidriera del balcón, abrió un piquito de los visillos, y agachándose cuanto pudo, miró á... ¡demonches! ¿cómo se llamaría aquel pulcro y atildado caballerete que, embutido en una levita, allí, en la esquina, se encontraba haciendo la competencia á los individuos de seguridad, que para todo sirven... especialmente para estorbar á los transeuntes?

—¡Qué *guapísimo* es!... ¡Si estuviera aquí mi amiguita Amparo!... Debe de ser ese señor persona fina, bien educada... A la legua se conoce... ¡Con qué gracia fuma!... A mí me gustan los hombres que fuman... porque si no parecen cualquier cosa.

Así monologaba la joven; en tanto el doncel devoraba con la vista el frontispicio de la casa de Rosina, que ya es sabido que los amantes, en el período álgido de sus amores ó «vía cursi matrimonial,» entretienen sus ocios en contar desde los huecos que tiene la fachada donde anida su oculta paloma, hasta la totalidad de barrotes que han entrado en el balconaje.

Rosina, inquieta, nerviosa, sin saber qué hacer, luchando entre el deber y la conciencia, esos dos tiranos que con sus bridones nos sujetan á la sociedad, estuvo á pique de abrir el balcón y asomarse; pero... ¿qué diría de tamaña «desvergüenza» el caballerito de la esquina?

—¡Mecáchis!... ¡Mecáchis! repetía la joven.

Y volvía á mirar, y otra vez veía impertérrito á su galanteador, que sufría, hecho un Job, los codazos é impertinencias de todo el mundo.

—Lo que es si *él* se me declara, ¿qué le digo yo, Dios mío? ¿qué le diré?

Manolito, el caballerete del pelo sedoso, tuvo durante el primer mes de amorío un miedo cerval; olía estacas en todos lados, y cada señor mayor de edad se le antojaba su suegro en ciernes: «el ángel exterminador,» como él le denominaba.

Rosina se pasaba hora tras hora entre cristal y visillo «haciendo números» con Manolito, en tanto los vecinos hacían comentarios, la portera tenía propinas sin fin y la doncella juraba y perjuraba que señorito más guapito que el que corte jaba á su amita, no le había conocido en los días de su vida.

....

«Todo lo que se hace, se sabe,» dice una locución vulgar.

Primero se enteró la madre de los amoríos, luego el padre, «el punto negro;» hubo lloriqueos por parte de Rosina, el galán se retorció desesperadamente el bigotillo, la portera se lamentaba y la doncella temió que su señor cometiese alguna «barbaridad.»

Los papás se enteraron de la vida, ya que no de los milagros, de su presunto hijo, y éste fué declarado novio oficial con todas las solemnidades que el caso requiere; *ítem* con las pragmáticas engorrosas de visitar á su novia una vez todos los días, mejor dicho, todas las noches durante una hora, ni un minuto más, ni un minuto menos, á presencia de mamá ó papá, y guardarse todos los mimitos en las puntas de los pies, que debajo de la mesa traían una charla animada y por demás significativa.

—

Tres años ha que Rosina y Manolito se casaron.

El «ángel exterminador» se hallaba la otra noche muellemente reclinado en su butacón, fumando un veguero y viendo cómo sus espirales de humo iban á estrellarse blandamente contra el techo; cerca del sibarita se encuentra Rosina, sentada en una silla baja y teniendo en sus brazos á un encantador chicuelo, que mira con ojos expresivos lo que hace el abuelito.

Rosina pregunta á su padre:

—Papá, hace años te pregunté qué misión teníamos en el mundo las mujeres...

—¡Diablo contigo!... ¿Aún no se te olvidó la preguntita de marras, que vienes ahora á recordármela?

—Es que tú no supiste contestarme, papaíto... Ya la he aprendido, ¿sabes?... Las mujeres no tenemos otra misión que... ya ves, papaíto.

Rosina calló... y ¡Dios me perdone! si aseguro que miró tan amorosamente á su hijo, que ésta, á no dudar, fué la causa de que el abuelo, mirando al grupo, murmurase:

—¡Comprendido!... ¡Comprendido!... ¡La lección con el ejemplo!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

DON CARLOS NAVARRO RODRIGO

Nuevo Presidente del Tribunal de Cuentas.

ESPERANZA

Cual se marchita la fragante hierba
Si no la baña el sol con su luz pura,
Lo mismo sin tu amor y tu hermosura
Mi pobre corazón sufre y se enerva.

Mas ¿quién en su desgracia no conserva
Dulce esperanza que sus males cura?
¿Quién sabe los instantes de ventura
Que el porvenir ignoto le reserva?

Si me amas tú, como en mejores días,
Revivirán ¡oh amor de mis amores,
Todas las muertas esperanzas mías!

Que aunque es la vida pródiga en dolores,
Tiene también sus santas alegrías,
¡Y hasta en los cementerios nacen flores!

ATAULFO FRIERA.

—El Ministro no viene hoy: da comida en su casa.
—¿Da comida? Pues allá voy. Precisamente vengo buscando eso.

—Parece que se oyen pisadas de caballo. No me cabe duda: ¡él es!

[illegible]os jefes son los más inorantes!... Hoy [illegible] nao el capitán, *paquidermo*, en vez de [illegible]

—¿Has oído á la Sthal?
¡Anda, ya lo creo, á la Sthal y [illegible] la Cual!

INVIERNO
A. Pons

LA MUJER

¿Qué es la mujer? Según dicen,
es lo que voy á decir:

I

«La más divina criatura:
son sus labios un rubí
partido por gala en dos
sobre un lecho de jazmín:
tiene la frente de nácar,
las pupilas de zafir,
el alma de mariposa,
el cuerpo de serafín.»

II

«Cuando vacila, se turba
y nos responde que *sí*,
merece que se le brinden
todas las flores de Abril,
todas las galas de Persia,
todas las joyas de ofir.»

III

«Sirena por la palabra:
por los hechizos, hurí;
arcángel por las mercedes,
por el genio, polvorín.»

IV

«Bien merece que la ampare
el más bizarro adalid,
y que la adore el que sea
digno de hacerla feliz.»

V

«El que ha recibido un beso
de sus labios de carmín,
ha dado la vuelta al mundo
y ya se puede morir.»

VI

«No fuera yo enamorado
si ella no fuese gentil:
de modo que, siendo guapa,
no habrá de quedar por mí.»

VII

«Hay que templarla con pulso,
como se templa un violín.»

VIII

«Ora llora como niño,
ora finge como actriz,
ora manda como reina:
¡yo no la puedo sufrir!»

IX

«¡Nadie pretenda injuriarla!
¡Aquí está su paladín!
¡Yo la adoro, la idolatro
con ardiente frenesí!»

X

«Contra el poder de sus ojos
no vale ningún ardid:
confieso que me he quedado
bizco desde que la vi.»

XI

«Cariñosa, es una gata;
desdeñosa, un puercoespín:
valerosa, una pantera;
rabiosa, una fregatriz.»

XII

«Es la reina de las flores
cuando quiere presumir;
si se enamora, una malva;
si aborrece, ortiga vil,
y si pide que la mimen,
rosa de pitiminí.»

XIII

«Para robar corazones
es un hábil malandrín:
para entregarnos el suyo
es una pobre infeliz.»

XIV

«Por lo que ella manifiesta,
no es posible colegir
lo que siente: busca á Pedro
y está rabiando por Luis.»

XV

«Se dobla como una caña,
se arrastra como un reptil,
se yergue como una fiera,
se pasa como un tamiz.»

XVI

«En el tocador es barro:
mariposa en el pensil;
sal y pimienta en la mesa,
y gloria en el camarín.»

XVII

«Hermano, padre y marido,
están con ella en un tris:
cazadores que no saben
cuándo salta la perdiz.»

XVIII

«Con ella nada consigue
el ingenio más sutil:
no hay ninguno que descubra
lo que habrá de preferir.»

XIX

«¿Quieres conocerla á fondo?
¡Pues es un grano de anís!»

XX

«En la iglesia, es una santa;
en la calle, un querubín;
en el hogar, un demonio;
en el balcón, un tití;
una cotorra en la puerta
y una cabra en el jardín.»

No digo que estoy conforme,
pero no paso de aquí.

ADOLFO LLANOS.

Derecho del pataleo.

Si yo algún día llegara á ser gobernador (que Dios me libre de semejante desgracia cívica), ¿á que no aciertan ustedes lo primero que ordenaría?

Que el público fuera al teatro sin bastones, y que en el templo del arte, convertido en mezquita, se dejaran, al entrar, las botinas, ó los tacones por lo menos.

De la decantada union ibérica ya se van tocando los resultados, y el *pateo* ó *pateadura* es el primer síntoma de que hay afinidad con el vecino reino.

Pero... ¡qué ruido más desagradable, Dios mío!

Hay momentos en que parece que le patean á uno el estómago.

Y si no, que se lo pregunten al autor.

¡Cuántos la noche del estreno, si no fuera porque está mal visto, harían levantar la cortina, y dirigirían la siguiente alocución!

Respetable público: Yo soy el autor de la piececita que va á estrenarse. Tengo un niño de tres meses, muy rollizo, y un ama de cría, salva sea la parte, que come como la decencia me impide decir; debo tres meses al casero, las medias suelas de mi mamá política, y nueve cafés en el del Pasaje. Creo haberme recomendado lo suficiente á la benevolencia de ustedes.»

Pero como eso no puede hacerse, y las colectividades son irresponsables...

Además, cuando los *morenos* patean, ni piensan en el daño que hacen, ni les importa: ejercen un derecho comprado en la taquilla: de *simples espectadores*, ó, viceversa, se convierten en actores *activos*, pero muy activos: demasiado, á juicio del paciente.

¡Y cómo gozan los condenados!...

Un estreno *ruidoso*, no hay con qué pagarlo, en concepto de muchos.

¡Figúrense ustedes el marido paciente, considerado como cero en el hogar doméstico, y que de pronto le dicen: «Mira esa butaca; oye, y juzga.» O, lo que es lo mismo: «Ten opinión por una vez!» ¡¡Figúrense ustedes!!...

Y el sietemesino reprobado en cinco carreras, inclusas las de caballos; calabaceado por do quiera; ridiculizado en el café, y sin más fortuna que los estipendios de papá... ¡¡Verse de pronto hecho juez inapelable y en posición de tomar desquite de los desaires sufridos!! ¡¡¡Apaga y vámonos!!!

No hay energúmeno que pueda comparársele.

Colocado en la acera, enfrente de un teatro, en noche de estreno, puede cualquier observador saber de una manera fija el éxito alcanzado por la obra.

¿Sale el público contrariado, silencioso, subiéndose el cuello de los gabanes y sepultando la cabeza entre los hombros?... ¡Exito! Pero gordo, ¿eh? La fiera no ha tenido donde clavar la zarpa. No se han divertido.

¿Se les ve salir bulliciosos, retozones, hablando alto y desafiando las pulmonías?... ¡Pobre autor... *Juerga mayúscula*, unión ibérica, nodriza á media ración, y desahucio en puerta.

Pero, si á ese mismo público inteligente é inexorable le pregunta usted, al salir, si la obra es en verso ó en prosa, verá usted con qué desenvoltura, en su inmensa mayoría, le contestan: «¡Hombre, no me he fijado!»

Yo sé de un caballero *pudiente* que todas las noches, y á la misma hora, mira el cartel y compra una butaca.

—¿Qué hacen ahora? pregunta al vendedor.

—¡Ortografía!

—¿La he visto ya?

—No, señor; ésta es nueva.

—¡Ah! (Lleva sesenta representaciones.)

Dicho se está que á los cuatro ó cinco días le toca nuevamente el turno, y á la misma hora se repite la escena.

—¿Qué va ahora, tú?

—Ortografía.
—¿La conozco?
—No, señor; ¡es muy bonita!
—Vamos á verla.
Al mes la ve por cuarta ó quinta vez, y sale diciendo:
—No me ha gustado. Se parece mucho á otra que vi hace dos años; sólo que aquélla creo que la hacía Vico. ¿Vico, ó Mario?... Los dos, cuando trabajaban en Felipe.
Pero le toca al caballero un estreno: tiene á su derecha al sietemesino, y delante al esposo anulado, y... ¡aquí te quiero, escopeta!
Yo he oído á un caballerete, con título de doctor, asegurar que la fuerza de miss Leona era *una filfa*, porque la dentadura *era postiza*. De *Juan Diente*, obra de Enrique Pérez Escrich, afirmaba una señora que el autor había muerto en Francia hacía muchos años.
A pesar de esto, no hay más remedio que confesar que, cuando el que paga protesta, tiene razón; pero... lo que yo digo es también verdad; y como en este pleito más de una vez me ha tocado salir condenado en costas, ya que encabezo el artículo con el epígrafe de *Derecho del pataleo*, permítaseme terminarlo, en són de disculpa, con esta especie de epílogo: *Desahogos de la clase*.

CALIXTO NAVARRO.

FRAGMENTO DE UN POEMA

EN PREPARACIÓN

Entonces era Flora tan hermosa
que, sólo con sus labios, Dios podría
formar el cáliz de una nueva rosa
que no ha sido soñada todavía.
Su cuerpo esbelto, escultural, sencillo,
guardaba en los contornos juveniles
las tintas de la Virgen de Murillo,
de la Venus de Milo los perfiles.
Y los días de fiesta, en que marchaba
hacia la ermita del lugar distante,
con la negra mantilla que velaba
el coral y el marfil de su semblante;
Con el pudor que al corazón provoca,
y luciendo por único tesoro
una sonrisa lánguida en la boca
y una camelia en los cabellos de oro...
¡Aumentaba en tal grado su hermosura,
ignorando ella misma que era bella,
que, al ir á decir misa, el pobre cura
rezaba una oración pensando en ella!...

. . . .

¡No hay quien en el lugar no la recuerde!
Su voz era un derroche de armonía,
y en sus ojos brillaba el rayo verde
que tiene el sol cuando concluye el día!...

. . . .

¡Es un dechado de belleza humana!
Su grave paso, al caminar, revela
la dulce dejadez italiana...
¡Anda, y parece un pájaro que vuela!...

RICARDO F. CATARINEU.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONTINUACIÓN.—(VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56, 57 Y 58.)

El avestruz estiró las inmensas patas; le gustaba el ejercicio, después de tantos días de inacción, y parecióle lento y pesado el andar de Martinot.
Entonces comenzó á hostigar con su largo pico los faldones de la levita de Martinot, para hacerle activar la marcha.
A cada picotazo le arrancaba una tira de paño.
Asombrado Pablo de aquel ataque brusco, juzgó prudente ponerse á la defensiva.
Se colocó detrás, é hizo marchar delante al avestruz.
—De este modo, decía candorosamente Martinot, podrá caminar todo lo de prisa que quiera, y si tiene capricho de comerse algún gabán, no será el mío. ¡Demonio de Busquet! ¿Qué voy á hacer yo con este animalucho?
En tanto que el avestruz iba pensando:
—¡Qué país tan raro éste! ¡Cuidado que camina mal este pobre señor!
Y abriendo el largo compás de sus patas, y sin cuidarse del que sostenía la cuerda, emprendió una carrera veloz, vertiginosa.

Tiraba de un modo horroroso del pobre conductor, que sudando la gota gorda, con el traje en desorden, sin sombrero, pugnaba en vano por contener al indómito animal.
La turba que le seguía aumentaba su algazara, y reía á mandíbula batiente al ver los apuros del desventurado subjefe.
El infeliz ya no podía más. Sofocado, falto de aliento, avergonzado y casi llorando, pidió auxilio á aquellos burlones, los que, compadecidos al fin, se decidieron á ayudarle, y el animal fué conducido por una docena de brazos hasta la casa del maltrecho Martinot (Pablo).
Madama Martinot, sus tres hijos y la cocinera, cada uno en su ventana respectiva, procuraban indagar la causa del tumulto, al mismo tiempo que acechaban el regreso, ya muy retrasado, del amo de la casa.
Apareció Martinot al cabo en la verja del jardín. Dió las gracias á los que le habían ayudado á remolcar el avestruz hasta su casa, y ató la cuerda que sujetaba al bicho al más corpulento de los árboles.

Durante este intervalo de tiempo, toda la familia había bajado presurosa al huertecillo.
La esposa, los hijos, la criada, todos lanzaron un grito de espanto al ver al avestruz. Hasta los pollos y las gallinas, que picoteaban al azar entre la menuda hierbecilla, salieron escapados y cacareando, huyendo del espantoso huésped. El terror y la desbandada fué general. Martinot, con su sonrisa más amable y con placentero gesto, dijo á su mujer, presentándole el avestruz:
—¡Mira qué regalo te manda el amigo Busquet!
—¡Pero ese Busquet está loco, y tú también! exclamó la buena señora en el colmo de la estupefacción.
—Pues para ti especialmente es el obsequio. ¿Ignoras que estas aves ponen unos huevos tan gordos como la cabeza de un chico?
—¿Y qué?
—¡Que con un solo huevo puedes hacer una tortilla para doce personas! Convidaremos á los amigos Dubochet.
—Pero, oye, ¿los avestruces ponen cuando están solos?... ¿No necesitan ser pareja para eso?
—¡Qué han de necesitar, mujer!
—Aun siendo así, es una atrocidad haber enviado ese avechucho. Vas á ser la burla de todo el pueblo.
—¿Y qué hacer? ¿Acaso tengo yo la culpa?... ¿Dónde le colocamos? ¿En la caballeriza?
—¡Naturalmente!
—Mira, podemos hacerle un cochecito, y engancharlo. Servirá para pasear á nuestro pequeño Jorge.
—¡Martinot!...
—Sí, mujer, como hacía Robinsón Suizo.
—¡Si Robinsón no ha existido jamás!
—Sí ha existido.
—Que no.
Durante esta disputa conyugal, el avestruz fué instalado en la caballeriza.
Sentáronse á la mesa. La sopa estaba fría, y la cocinera furiosa.
En cuanto á madama Martinot, estuvo durante la comida lo mismo que la sopa.
Entonces el pobre hombre defendió calurosamente la causa del animal, algo por espíritu de contradicción, y mucho por aquello de «á mal tiempo, buena cara.»
Después de todo, ¿no solemos querer todo aquello que nos causa más disgustos...?
De sobremesa, Martinot leyó atentamente el Buffón, y todo el mundo se convenció de las buenas cualidades del animal. Comía poco, bebía menos, contentándose con cuatro libras de pan de cebada, todos los días, mezclado con algunos clavos de hierro, amén de los guijarros que él mismo pudiera proporcionarse.
Resultado. La manutención del avestruz era baratísima.
Aquello era una gran ventaja.
Y así, de deducción en deducción, Martinot acabó por demostrar claro como A+B, que el negocio era excelente, y que, descartando la rotura del paletó, era el hombre más feliz del mundo con su avestruz.

(Se continuará.)

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

—¡Caramba y qué mal olor! ¿A que hay por aquí algún teatrito por horas?

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
23 Noviembre 1889.
NÚMERO 60.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

DEL ARROYO

CANTAR

Tengo una pena, una pena,
un dolor y un sentimiento,
de ver que me andas rondando
¡y que no tengo dinero!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año................ 9 pesetas.
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas*.

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Buen principio de semana!

¡Pobres muchachos!

¿Cómo han cometido la tontería de escaparse de los paternos—ó maternos—lares, y exponerse á que la policía los detenga en una de las estaciones del tránsito, y después de reintegrarles en sus respectivos domicilios, les empapelen y envuelvan en un proceso por rapto y seducción, terminando su amorosa odisea el galán en la Cárcel Modelo, y la enamorada Eva en un convento ó asilo de arrepentidas?...

¡Tontos! Me refiero á los novios que se han escapado juntos el lunes de la semana pasada.

¿Pero es que esos muchachos no leen?... ¿Es que no se enteran de lo que ocurre por el mundo?...

¡Descuido imperdonable!

¡Ignorancia punible!

Jóvenes enamorados, no expongáis á vuestras amadas á las contingencias de un rapto, á las molestias de un viaje, y, sobre todo, no las hagáis víctimas de la acerada lengua de la murmuración.

Contra los obstáculos insuperables, contra la opinión de la familia, está el matrimonio por sorpresa, puesto tan en boga desde hace algún tiempo por varios aficionados.

Al terminar la misa, y antes que el celebrante se dé cuenta de vuestros propósitos, os arrodilláis, con las manos juntas y los corazones palpitantes de emoción, adoráis el signo sacrosanto de la Cruz, pronunciáis la frase sacramental, cambiáis con voz sonora el anhelado *sí*, y os levantáis, casados ya canónicamente y con todos los requisitos necesarios para que vuestra unión sea santa y legítima, sin necesidad de más gastos, más papeles ni más amonestaciones.

Esas vienen luego.

No las amonestaciones canónicas precisamente, sino las familiares, gubernativas y judiciales.

Pero casados estáis, y habéis evitado el escándalo del rapto y todos los escándalos subsiguientes.

Todo esto, sin duda, ha pensado otra enamorada parejita, que en una iglesia de esta corte ha realizado su unión por este procedimiento hace pocos días.

Dicen los periódicos de que tomo la noticia, que desde la iglesia fueron conducidos al Gobierno civil.

Naturalmente.

Algunas contingencias desagradables debe tener este modo veloz é inusitado de realizar el matrimonio.

Pero en fin...

No es que yo os aconseje, queridos lectores, á los que estéis en el estado perfecto—que es el celibato—que acudáis á medidas tan enérgicas para realizar vuestra boda, ¡Dios me libre! pero sí que, de hoy más, tengáis muy presente que contra la terquedad del tutor interesado, del padre atrabiliario y de la mamá intransigente, existe este medio de lograr el objeto de vuestras caricias, sin faltar á la moral, y que no tienen ya razón de ser aquellas escapatorias mal preparadas, los paseos en coche, ni el cuarto amueblado en una fonda de tercer orden; nada, nada, se casa uno buenamente, y hasta puede tener preparada de antemano la comidita de boda y el baile, donde comenzar esa etapa de felicidad y de bienandanza que se llama la luna de miel.

¡Ah! Y el que pueda casarse tranquilamente, con *todo el aparato* que el argumento requiere, que no se prive de las amonestaciones de la madrina, las chanzonetas del padrino, el séquito de amigos y parientes, las lágrimas de la suegra y los acordes del órgano.

Lo bien hecho, bien parece.

—

La noticia de sensación de esta semana es la del destronamiento del emperador del Brasil.

Este acontecimiento tan grave, tan trancendental, se ha llevado á cabo pacíficamente.

¿Comprenden ustedes esto?..

Un pueblo que se cansa del Imperio, y dice tranquilamente: «Me quito la corona y me pongo el gorro.» Y lo hace.

D. Pedro era un Emperador modelo. Toda la menor cantidad de Emperador posible.

Artista, literato... hasta académico...

Cumplido caballero, y hombre de mundo y de talento, ha comprendido que la cosa no tenía remedio, y á estas horas está viajando con toda su familia con rumbo á Europa. Bien venido.

La revolución del Brasil se ha realizado sin efusión de sangre.

Afortunadamente.

—

¡Es él! ¡Horror! Vedle. Alto, grueso, fornido. Sus pies son enormes, sus manos desmesuradamente grandes; es chato, feo, picoso de viruelas; su barba es roja, larga y enmarañada; los mechones de su pelo, de un rubio sucio, se escapan de la grasienta gorra; su mirada es traidora y cautelosa; parece que bizca; al andar arrastra perezosamente las piernas; su voz es un gruñido; su resuello fétido y caliente; su traje manchado y harapiento; da miedo verle; su sola presencia infunde terror; su vista espanto!

—¿Quién es? ¿No le habéis conocido? Todos los periódicos han dado la noticia de su llegada. Yo sé más. Sé dónde vive. Calle de la Pingarrona, 86, cuarto quinto, interior, corredor del centro .. ¡No hay portería! Habla inglés. ¿Su nombre? ¡Oh! *¡Jak el Destripador!* ¿A qué viene? ¡A comerse los niños crudos! Así aseguran que se lo ha escrito confidencialmente el Sr. Gobernador de la provincia. Las madres madrileñas están que no les llega la camisa al cuerpo. Una buena señora rogaba anoche á un diputado de los más conspicuos de la mayoría que tratase la cuestión en el Congreso. El diputado se eximió sonriendo, y procuró tranquilizar á la asustada señora. Pero ella no se dió por contenta, y exclamó en un rapto de cariño maternal:

—¡Esperaba su negativa! ¡Oh, cómo se conoce que no son ustedes más que padres de la patria! ¡Si en vez de ser padres fueran ustedes madres, otro gallo nos cantara!

—

Ya estamos los pobres de enhorabuena. Nos han subido la carne. Poco, eso sí. ¡Pero todo se andará! Doña Transverberación se quejaba amargamente de la subida, y decía anoche á sus aterrados hijos (tiene ocho, y su marido 8.000 rs. de sueldo:—¡Hijos míos, desde hoy no comeréis más que piltrafas y cordilla! —Es verdad, respondió conmovido el padre; desde que he sabido lo de la subida, tengo carne de gallina. —Pues echa esa carne en el puchero, exclamó sonriendo el más pequeño de los muchachos.

¡Angelito! E. Navarro Gonzalvo.

MANTILLAS Y SOMBREROS

OPINIONES

Navarro Gonzalvo, que
dirige bien Los Madriles,
donde su pluma se ve
vertiendo gracias á miles,
toma parte en la cuestión
de sombreros y mantillas,
luciendo su inspiración
en chispeantes quintillas;
y aunque no blande su acero,
con el cual el mío choco,
para atacar al sombrero
ni á la mantilla tampoco,
defiende con gentileza,
digna de un bravo adalid,
el pañuelo á la cabeza
de las chulas de Madrid:
mas como nadie atacó
lo que defiende Gonzalvo
con tal brío, ¡digo yo
si se habrá quedado calvo!
¿Le gusta el pañuelo? Amén,
y al decirlo no me duelo.
¿Cómo, si soy yo también
partidario del pañuelo?
Y para serlo, me fijo
en la circunstancia sola
de que ese pañuelo es hijo
de la mantilla manola,
que en las floridas verbenas,
dando el ópio á los *gachés*,
ostentaban las morenas
del barrio de Lavapiés.
Por eso sólo lo admito,
no como mi contendiente,
que, con fervor inaudito
de fanático creyente,
á modo de maravilla
lo coloca, en su ceguera,
delante de la mantilla,
que debe estar la primera;
pues aunque sea *gachón*
en la cabeza un pañuelo,
¡se parece al capuchón
que ponen en el Modelo!
Mas dice que, aunque le agrada
un pañuelo echado atrás,
una mujer *despeinada*
es lo que le gusta más.
¡Miren que par de pistolas!
¿Despeinada la *chichi?*
¡Si es en un cuarto, y á solas,
á todos nos gusta así!
Pero en la calle no hay Eva
de ojos negros y rasgados
que nos cautive, si lleva
los pelos enmarañados.
Me parece que con esto,
de decirle aquí me ahorro
que se ha salido del tiesto,
ó mejor dicho, del *gorro;*
porque es igual, á mi ver,
que si hubiera discusión
sobre si está la mujer
bien ó mal con polisón,
y entre estos dos pareceres,
Navarro, alzando la copa
nos dijera:—«¿Las mujeres?
¡A mí me gustan sin ropa!»
Cualquier Alonso al atajo
saldría, diciendo al punto,
mientras rompía el badajo:
—¡Cíñase usted al asunto!
¿Pero á qué, si está vencido,
en contestar me molesto?
¡Hasta Angel Pons le ha partido
con los dibujos del texto!
Véase aquella cabeza
donde el sombrero se posa,
y dígase con franqueza
si no es una chica sosa.
La del pañuelo al desgaire
tiene aire: lo certifico:
pero ¡á ver si no es su aire
el aire... del *Abanico*!
La que está representada
con el pelo en dispersión;
esa no me gusta nada
porque no está en situación!
Allí la gran maravilla,
la que amontona tesoros,
es la que lleva mantilla
vertiendo sal por los poros.
Queda, pues, evidenciado
que de este mundo en la bola,
no existe mejor tocado
que la mantilla española.
Présteme su lira Apolo
para cantar tanta sal,
y conste que es en lo sólo
que yo soy tradicional!

José Estrañi.

Aunque soy desconocido
y peque de entrometido
en la cuestión al mediar,
¡por caridad se lo pido!
¡déjenme ustedes hablar!
Se trata, á mi parecer,
nada más que de escoger
el medio más conveniente
de cubrir á la mujer...
la cabeza solamente.
Rodao, que es un dechado
de gracia, nos ha probado
en su carta-poesía,
que... ¡ó tiene el gusto estragado,
ó tiene sombrerería!
Y Estrañi, en las opiniones
que apoya con mil razones,
que, aunque no es ningún atún,
en semejantes cuestiones
está *en mantillas* aún.
Traga Navarro el anzuelo,
y las caritas de cielo
—dice el señor Director—
con pañuelo están al pelo,
y *al pelo*, mucho mejor.
¿No las hay acicaladas
con ungüentos y pomadas?
—dice Gonzalvo.—¡Me salvo!
¡Que me las den despeinadas!
¡Si será *peine* Gonzalvo!
El español, al revés
del prójimo en pensar es
en lo que pone su ahinco:
aquí los hombres son tres,
y las opiniones cinco.
Y yo trazo estos ramplones
y anti-rítmicos renglones
con una intención muy buena:
la de que las opiniones
lleguen á media docena.
Ni mantillas seductoras,
ni macetas inodoras
de trapo y papel; yo opino
lo que quizá las lectoras
juzgarán un desatino.
Si el Director me dispensa
y en ello no ven ofensa
los á la cuestión ajenos,
voy á salir en defensa,
de la *toca* nada menos.
¿Que si en un tiempo se usó
con el tiempo aquél pasó?
Pues dejadme que la evoque;
permitidme que ahora yo
á la antigua toca toque.
¿Que cuál es el argumento
con que defender intento
semejante anacronismo?
Tengan paciencia un momento,
vóilo á decir ahora mismo.
Yo pregunto á las mujeres,
mostrándolas los *enseres*:
—¿Qué preferís? Contestad:
y sé por sus pareceres
si me aprecian de verdad.
A la que dice: «sombrero»
ó «mantilla,» no la quiero,
y á olvidarla me provoca;
yo, con franqueza, prefiero
á la que me dice: «¡Toca!»

Fernando Segura.

Que perdonen los autores
Navarro, Estrañi y Rodao,
(excelentes escritores),
pero yo me he *incomodao*,
y con razon, sí, señores.
Tales cosas me permito;
ni las mantillas admito;
ni despeinadas, ni en pelo,
ni me gustan con pañuelo,
ni consiento el sombrerito.
A una mujer que es divina
y sutil como la ondina,
aunque lo niegen doctores,
le está mejor la *boina*,
la *boina*, sí, señores.
¡No asustarse! que quien haya
ido una vez á Vizcaya,
contento con mi opinión
dirá sonriéndose: «¡Vaya
si tiene el hombre razón!»
Y que me diga el señor
Navarro que prefería
el pañuelo, que es mejor...
¡don Eduardo, por favor,
dispense que me sonría!...
Y Estrañi, con su lenguaje,
por la mantilla trabaja,
de finísimo ropaje...
Pues no, señor, que no *encaja*
á las rubias el *encaje*.
La mantilla será buena,
no lo quiero disputar;
mas solamente enajena
viéndosela á una morena,
y páre usted de contar.
Aun siendo el hombre más frío
si, sobre un pelo sombrío,
ve una boina, don José,
de fijo que exclama usté:
¡Vaya una mujer, Dios mío!
Pues igual de la pecosa
que de la vieja achacosa
que de la niña divina,
puesta bien una *boina*,
hace una mujer hermosa (1)!
Y admito el pañuelo aún
y la mantilla admirable;
no el sombrero detestable:
porque antes prefiero un
capuchón, de impermeable.

R. Sánchez Díaz.

(1) Exceptúo, muy formal,
de esta excelente opinión,
á don Carlos de Borbón,
que le está bastante mal.

Señor Navarro Gonzalvo:
Tengo levantado el dedo,
y con permiso de ustedes,
si buenamente lo obtengo,
voy á echar mi cuarto á espadas
en la cuestión del sombrero
(me refiero al de señoras).
La mantilla y el pañuelo
defendidos por Rodao,
Estrañi y usted; pues, bueno:
he dicho que metía baza...
y me decido... y la meto.
La cuestión creo que es
sencillísima en extremo,
y Rodao tiene razón
al defender el sombrero.
Pepe Estrañi la mantilla,
y usted, Gonzalvo, el pañuelo.
Al empezar de este modo,
me parece estar oyendo
á alguno que se le ocurre
decir: ¡vaya un pastelero!
pero, amigo, se equivoca;
no, señor, no hay nada de eso;
doy á los tres la razón
nada más que porque debo
darla; no vaya á creerse
que lo que debo es dinero:
y si no fuéra verdad,
al menos así lo creo.
Tomemos una chiquilla...
ó si no... no la tomemos,
que para el caso es igual,
pues no es más que como ejemplo,
y si la *tal* es bonita,
con la mantilla está *al pelo*,
con el sombrero *de buten*,
y poniéndose el pañuelo
dirá todo el mundo al verla:
¡Olé! que viva tu cuerpo.
De modo que, lo esencial
es la hermosura, que luego,
como se suele decir,
lo demás... es lo de menos.
Esta es mi pobre opinión,
aunque no valga ni un bledo:
«Si las muchachas son guapas
y además tienen salero,
me parecen superiores
si llevan flotando el pelo,
con pañuelo á la cabeza,
con mantilla y con sombrero.»

Gerardo Sánchez

(Á NAVARRO GONZALVO)

Tiene, como la noche, su mirada,
luz de estrellas en fondo de negrura:
y un color mate su mejilla pura,
como una rosa por el sol tostada.

No deja huella el pie de su pisada;
y parecen, mirando su hermosura,
un invento del arte su figura
y su voz una música soñada...

Abre los ojos, los levanta al cielo,
y un aroma de paz y de consuelo
desde sus ojos hasta el cielo sube.

¡Y el rostro más moreno de Sevilla
se envuelve en la blanquísima mantilla
como el disco del sol en una nube!

Ricardo Catarineu.

ORADORES

—Al ocuparme del malaventurado rey D. Carlos II, voy á hacerlo con imparcialidad suma, que bien sabe Dios no tuve jamás resentimientos con él.

—Debéis temer al juego como uno de nuestros mayores enemigos, porque el dinero que en él se gana no puede serviros para bien. Ya lo sabes, tú, Pedrucho, que no me dejas en paz pidiéndome los 11 reales que me ganaste al *mus* ilustrado.

—Porque aquí el problema, señores, es éste: el hombre, ¿es fauna, ó flora? Si fauna, ¿de qué se alimenta? Si flora, ¿qué savia le nutre? Señores...

—Eso de socialistas, y anarquistas, y nihilistas, son palabras conservadoras. Aquí hay que ser algo más: *apoderatistas* de todo lo que se venga á mano.

ORADORES

—Y si la emancipación de la mujer diera lugar á una guerra con los hombres, nosotras seríamos las primeras en exponer nuestros pechos ante los enemigos.

LOS NIÑOS QUE MATAN

Se acabó la poesía de la especie humana; ya no hay niños. Los que tomamos por tales, no son sino hombres pequeños que fuman, galantean, se baten, redactan periódicos, luchan con fieras, como otra fiera cualquiera, como un hombre, por ejemplo, asombran al público con los ricos tesoros de su inteligencia ó le conmueven hondamente con los destellos de su genio, y, en fin, hasta se erigen en intérpretes del Espíritu Santo desde la cátedra sagrada. Fiel trasunto de la vida de los grandes, la de los pequeños ofrece lados bañados de luz; pero también otros hundidos en tinieblas, y el crimen halla medio de introducirse en ellos, como la oruga en los capullos apenas entreabiertos.

Por bien de la humanidad y de su parte más interesante y encantadora, queremos creer que las catástrofes que en los juegos de los niños lamentamos son obra de la casualidad; mas es lo cierto que la frecuencia con que se repiten y el número de casualidades que se necesitan, hacen suponer en algunos casos algo más que pura desgracia.

En el hecho más simple de la voluntad, en donde los psicólogos de la antigua escuela no veían más que una determinación libre del espíritu, hoy, guiados de mejor luz, vemos la resultante de gran número de fuerzas. A los gérmenes transmitidos por la herencia, á las condiciones ya físicas, ya morales, otorgadas ó negadas por el medio en que el individuo se desarrolla, á todos juntamente se les puede decir en presencia del hecho cumplido, el verso de Lista:

Todos en él pusísteis vuestras manos.

Ahora bien; ¿es la herencia por nosotros transmitida freno ó acicate de las pasiones? ¿Es el medio por nosotros preparado refractario á los actos de violencia? De no ser satisfactoria á los intereses de la civilización y de la cultura nacional la contestación á estas preguntas, sería el caso entonces de repetir la tan sabida máxima, aplicándola al hecho presente, cuando el niño delinque, toda la sociedad delinque con él.

La tensión constante de nuestros nervios, la exacerbación de nuestras pasiones, la neurosis, enfermedad endémica de los pueblos cultos, son los dones que ofrecemos á esos tiernos cuerpecitos, que apenas pueden resistir el fluido que por sus nervios circula. Con tal base fisiológica fácil es pronosticar los efectos de su vida psíquica: desarrollo precoz de la inteligencia; precocidad aún mayor de las funciones afectivas; pasiones prematuras sin motivo alguno orgánico que las justifique; el cerebro, en fin, aniquilando el resto del cuerpo y acabando, como es natural, por aniquilarse á sí mismo. No tienen, pues, nada de extraño esos amores nacidos entre la primera y la segunda dentición, ni asimismo los celos que, como la sombra al cuerpo, los siguen por todas partes.

Los Otelos con chichonera resultarían, por otra parte, graciosísimos, si no fuera porque á las veces hacen verdaderas Desdémonas.

Bien sabe Dios que no quisiera bosquejar el medio que á la inocencia tiene preparado este mundo de adelantos y desdichas. Los que lloran el inmenso infortunio de no haber visto un ángel á su lado más que el tiempo necesario para no poder dudar de su existencia, esos hallarán algún lenitivo á su dolor con sólo pensar que, para oir lo que fatalmente habían de oir, para ver tantas cosas que no son para vistas, para hacer lo que comunmente se hace, vale más que habiten aquellos idolatrados seres la morada oscura de la única mansión de paz en la tierra.

Pero no hay más remedio: es preciso decir algo.

No se distinguen nuestros sentimientos por la delicadeza ni nuestro carácter por la dulzura.

A ser el *Ingenioso Hidalgo* obra de nuestros días, no hubiera yo tenido reparo en censurar por inverosímiles las palabras con que lamenta el bueno de Sancho la pérdida de su jumento. No se compadecen bien esos arranques sentimentales con los instintos crueles que se ponen de manifiesto en la llamada fiesta nacional, ya anatematizada por el inmortal Tirso de Molina. Júntanse á estos extravíos de la sensibilidad de nuestra raza, otro todavía más grave: el desconocimiento de los derechos de los demás. De aquí la pretensión de anular el juicio ajeno ante el propio; de aquí la pretensión de encadenar la voluntad ajena á la nuestra. ¿No hemos visto á una asamblea religiosa querer, no ha mucho, pasar la terraja de la intolerancia por la conciencia de millones de españoles, olvidando, en medio de su ilustración, que está ya dura la pasta para esa obra de uniformidad y simetría, menospreciando en medio de su religión las facultades más nobles que avaloran la obra maestra de Dios?

Sin tener que recurrir á perversidad de instintos, á malicia de la voluntad, por lo que llevo expuesto, y por la gran fuerza de asimilación de que está dotada la niñez para apropiarse los elementos, tanto materiales como morales que la rodean, se vendrá en conocimiento de que nada de excepcional tiene el hecho que me hace tomar la pluma, y que si no se extiende más, no será por vergüenza nuestra, por nuestros cuidados en la conservación de los llamados á sucedernos, sino porque hay, según dicen, una providencia de los niños, ó porque, al decir de otros, con profundo sentido, el diablo los guarda, ó porque, como yo creo, son en cualquiera época de su edad infantil menos niños de lo que nos figuramos, y, á falta de otra ayuda, se escudan con el instinto de conservación para no hacer más diabluras.

Ello es que la pobre niña, la víctima inocente de vicios pasados y presentes, así sociales como individuales, cuando apenas podía entrever el misterio que encierra la palabra amor, ha venido á dar en otro mucho más tenebroso, en el de la muerte, tan poco sospechado en los albores de la vida. Amor y muerte, las dos cosas más hermosas de la creación, según Leopardi, han sonado á un mismo tiempo en los castos oídos de la infeliz ó... feliz criatura.

Dirijo la vista á todos lados en demanda de medios que dificulten, si no imposibiliten, la repetición de hechos como éste, y los medios no parecen, ó son de utilidad bastante dudosa. Impedir, tal vez, la venta de armas á gente que no se afeita; pero, aparte de que el negocio no tiene entrañas y de que sería punto menos que imposible vigilar la expendición de tal artículo, ¡hay tantas maneras de procurárselo de contrabando! ¡abundan tanto los instrumentos de destrucción! Fortalecer el sentimiento religioso; ¡pero si los actores de esta infelicísima tragedia pertenecen á la religión de nuestros abuelos, si alguno de ellos ocupaba, según un periódico, el primer peldaño de la larguísima escala jerárquica de la Iglesia, que toca en el suelo con el acólito y llega al cielo con el Unico, como dice Rabelais para designar al Papa! Inculcar desde la primera edad el sentimiento del derecho, la veneración á la ley; pero nuestros Gobiernos, preocupados con que los alumnos de segunda enseñanza aprendan á criar melones, porque es cosa convenida que todos vamos á ser agricultores, se han olvidado de fundar clases de Derecho natural ó positivo. Ciertamente no es ésta la ocasión más propicia, cuando se hace ya caso omiso de la enseñanza de la Moral en algunos Institutos. También las penas, severas y rigurosamente cumplidas, podrían servir; ¡pero si sus efectos más positivos sólo se sienten en las generaciones sucesivas, como procedimiento negativo que son de selección artificial, y sus efectos inmediatos, enmienda del culpable y escarmiento de los demás, son desmentidos á menudo por la experiencia!...

No niego que todos estos medios reunidos harán algo de provecho, pero no gran cosa, en los males presentes que lamentamos. Para lo que sí servirían con mucha más eficacia sería para humanizar los caracteres y sentimientos de las generaciones futuras, humanizando el medio en que se ha de desenvolver su existencia.

José M. Esbrí.

EL CASTIGO

«No tengo valor para hablarte, y apenas si lo tengo para escribirte. Soy un cobarde á quien las circunstancias obligan al heroísmo...»

Y después de este prefacio, relataba una historia, falta de originalidad, pero hábilmente escrita, con frases de efecto y razonamientos lógicos, que terminaba con la noticia de su próximo matrimonio. Y á continuación disculpas, satisfacciones, excusas, un amontonamiento de palabras para justificar lo injustificable.

Se puso en pie y estrujó rabiosamente, con mano trémula, aquel papel en el que había estampado el ingrato, con heroica resolución, las palabras reveladoras de su infamia.

—¡Miserable!

Maquinalmente se llevó las manos á la cabeza. Se sentía atontada. La lectura de aquella carta le había producido el mismo efecto que si le hubiesen dado un mazazo en el cráneo. No podía pensar.

Poco á poco fué cediendo su aturdimiento, y recordó, palabra por palabra, con pasmosa fidelidad, toda la carta de su amante.

Se echó á llorar; primero convulsivamente, con sollozos y gritos desgarradores, y después, ya casi calmada, silenciosamente, con más lágrimas que suspiros.

Pasado el violento acceso pasional, ya en posesión completa y absoluta de todos sus sentidos, se erigió en juez de su causa, y formuló fríamente este apóstrofe, solemne como una sentencia:

—¡Miserable!

E inspirada por sentimientos de indignación más que de cólera, estrujó nuevamente el papel en

tre sus manos, encogióse de hombros despreciativamente, y lo arrojó á la chimenea con ademán de asco y de desdén.

—¡No merece mi cólera, sino mi desprecio!

Y miró satisfecha cómo el fuego reducía á cenizas la carta.

—¡Así! ¡Muy bien!

Después se sintió completamente tranquila.

—Creo que debo darme la enhorabuena. Soy un preso que recobra la libertad.

Hizo una pausa.

—¡Ah, no! Es inútil empeño. No logro engañarme... ¡Soy tan insensata—¡si me da vergüenza confesarlo!—que siento la nostalgia del calabozo!... Me parezco á esos pájaros que después de muchos años de cautiverio recobran la libertad. La costumbre se manifiesta en ellos más poderosa que el instinto, y asustados de la inmensidad del espacio, revolotean torpemente alrededor de su jaula, y hasta intentan penetrar en ella, no queriendo gozar de un placer que desconocen y que no apetecen, y que, por lo tanto, no consideran como tal placer. Pues bien: yo soy como el pájaro hecho á la esclavitud y que recobra la libertad. Amo mi prisión y arrastro con gusto mi cadena.

Miró á la chimenea, donde danzaban, impelidos por las llamas, los fragmentos de la carta de su amante.

—Pero he aquí que, inopinadamente, me declaran libre y me quitan las cadenas, conduciéndome al suplicio de la libertad.

Y pensó con temor en el porvenir, en aquel mañana desconocido, y olvidó el presente.

—¿Qué va á ser de mí?

Se hizo esta pregunta con verdadera angustia, asustada del problema que planteaba.

—¿Mi marido?... ¡Sí! ¡Mi marido! Cometí la villanía de abandonarle, inducida por los consejos del que hoy me abandona á mí. Hace tiempo que entre los dos hay abismos que ni uno ni otro puede salvar dignamente. ¡Una reconciliación! ¡Imposible!

Se apretó la cabeza con la desesperación del que busca una idea y no la encuentra, y escudriñó largo rato en su cerebro, con heroica tenacidad, buscando en vano la solución del problema.

—¿Entonces, quién?

Hizo otra pausa.

—¡Nadie!

Cuando arrancó de su cabeza aquella desconsoladora verdad, sintió flaquear su espíritu al par de su cuerpo. Instintivamente se apoyó en un mueble para no caer al suelo, y miró con angustia alrededor suyo, buscando afanosamente alguien á quien implorar amparo y ayuda; y al verse sola, completamente sola, lanzó un grito de cólera y de desesperación:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Brotó un sollozo de su boca, elevó los brazos á lo alto en actitud de amenaza, y cayó pesadamente al suelo, derribada por el dolor y la rabia.

MIGUEL SAWA.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONTINUACIÓN.—(VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56, 57, 58 Y 59.)

—¡Los envidiosos son los que se han burlado de mí cuando le traía á casa! Hacían como que reían, pero en el fondo estaban muy mortificados por mi adquisición. ¡Como que no posee un avestruz todo el que lo quiere!

La señora pareció convencerse con aquellos razonamientos. Se bautizó el ave con el nombre de *Cocotte*, y abandonando el comedor, toda la familia reunida se dirigió á la cuadra á visitar el avestruz, llevando consigo todo el pan que había en la casa.

Cocotte comió todo lo que le ofrecieron, y aun más de lo que le ofrecieron, incluso un sombrero verde de madama Martinot y un caballito de cartón, que el más pequeñuelo de los chicos arrastraba jugando, atado á la punta de un bramante.

A las nueve todo el mundo se retiró á descansar, y el avestruz quedó solo y tranquilo en la cuadra.

Poco después todos dormían en la casa.

Al otro día Martinot (Pablo) estaba derrengado.

La carrera que le había hecho dar el avestruz le tenía completamente molido. En su consecuencia, escribió un volante á un compañero de oficina, refiriéndole la llegada de *Cocotte* á la estación y sus desventuras hasta instalarel en la cuadra, y le rogaba hiciese el favor de disculparle con el jefe, pues no se encontraba con ánimos de asistir al Ministerio.

El compañero á quien Martinot remitió el volante era un guasón de primera, y se le ocurrió el diabólico pensamiento de gastar con Martinot una broma que sirviera de alegre solaz entre los compañeros de oficina.

En su consecuencia, aplicó el nombre de *Cocotte* á una mujer y contó una historia lamentable, apoyado su fantástica versión, en aquel endiablado *quid pro quo*.

A la media hora todo el mundo comentaba en el Ministerio el escándalo que había producido el subjefe en el pacífico pueblecillo de Ville d'Avray.

—¡Es un libertino, con el cual no debe tenerse consideración! decía el empleado burlón, hablando con el jefe. ¿Qué confianza debe inspirar en esta casa un empleado casado que mantiene á una de esas mujeres de vida alegre, cada una de las cuales es capaz de disipar una fortuna en quince días...?

Los altos intereses del Estado, confiados al libertino Martinot, ¿estaban seguros bajo su custodia?

El jefe, á quien sus subordinados apellidaban *El Chismoso*, por su afición á los líos y á los enredos, encontró una ocasión favorable para chismografiar á sus anchas, y pronto hizo un castillo inexpugnable de lo que en realidad era una inocente broma oficinesca.

—¡Hombre! decía: ¿quién pensara que el tal Martinot, que tiene una mujer tan bonita, cultivase relaciones tan incorrectas y tan peligrosas?... ¡Oh! ¡Cuando venga mañana, le pondré las orejas coloradas! ¡Ya sabe él cómo yo las gasto, y que no transijo con ninguna inmoralidad! ¡El tal Martinot! ¡Un hombre que ha ascendido á subjefe, sin méritos algunos para ello, y que debiera dar buen ejemplo á sus subordinados!

Mientras que aquella tempestad se cernía en el Ministerio contra el pacífico poseedor de *Cocotte*, en Ville-d'Avray madama Martinot daba á éste un disgusto de padre y muy señor mío, por causa también del animalito.

—¿Qué necesidad tenía usted de cultivar la amistad de un señor que le hace tan estrambótico regalo? ¡Destrozar un gabán nuevo, y asustarme del modo que usted lo ha hecho, cuando quizá dentro de cuatro días voy á haceros padre del cuarto hijo, es sencillamente una infamia, una infamia, caballero!

—Oye, mujer.

—Ni una palabra. ¡Si mi pobrecita madre hubiera podido sospechar, al casarme, que lo hacía con un hombre tan estúpido como usted, se hubiera muerto del disgusto, en vez de morirse de una fiebre tifoidea!

—Indudablemente se hubiera muerto de algo, cuando le llegó su hora, se atrevió á replicar tímidamente Martinot.

—¡Eso es! ¡Ríase, usted caballero! ¡Patee usted sobre la tumba de mi pobre mamá! ¡No me faltaba más que oir esto!

Y madama Martinot estalló en sollozos amargos y desgarradores.

Deseando terminar aquella discusión, el pobre esposo se dirigió á la cuadra, seguido del mayor de sus hijos.

Ambos llevaban dos enormes migotes de pan. El animalucho les recibió agradablemente, y devoró uno tras otro los dos migotes. Decididamente, *Cocotte* se iba civilizando. Pero al acabarse las migas, el avestruz, cuya hambre no estaba satisfecha ni mucho menos, persiguió audazmente al desventurado subjefe, que, no hallando medio mejor para apaciguarle que la dulzura, se apresuró á darle un terrón de azúcar que guardaba en el bolsillo, y cogiendo de la mano al chiquitín, se lanzó en busca de la puerta.

Pero la bestia le ganó por la mano, y colocándose en el dintel, interceptó la salida de los fugitivos.

Martinot tuvo miedo; ocultó á su hijo entre unas gavillas de heno y comenzó á pedir socorro desaforadamente.

Todo el mundo acudió á la puerta de la caballeriza, pero nadie osó penetrar en el interior.

El avestruz le arrancaba los cabellos á picotazos; Martinot gritaba; lloraba el chico, y el animal, furioso, derribaba regaderas, escobas, bruzas y cepillos, cuanto encontraba al alcance de su pico, aumentando el ruido y la confusión de un modo inconcebible.

Acudieron solícitos algunos vecinos, y no sin gran trabajo lograron poner en libertad á los prisioneros.

Martinot subió á encerrarse en su despacho, resuelto á no darse á luz hasta la hora de comer. Dió dos vueltas á la llave, y apoyando los codos en la mesa y la cabeza en las palmas de las manos, se entregó á hondas y dolorosas meditaciones.

Habría transcurrido una hora, cuando la voz de madama Martinot se dejó oir á través de la puerta.

Pablo pensó que toda resistencia sería inútil.

Abrió la puerta.

(*Se continuará.*)

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

EL DOMINGO EN LONDRES

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
30 Noviembre 1889.
NÚMERO 61.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EL GOBIERNO DEL BRASIL

Consecuente esta *Revista* con su programa de ofrecer á los lectores las actualidades que llaman la atención en Europa, ofrece hoy las caricaturas de los hombres más importantes de la revolución brasileña; los cuatro forman parte del Gobierno Provisional, y han sido los principales autores del movimiento republicano que de una manera tan radical ha cambiado los destinos del Brasil.

DEODORO DE FONSECA
Presidente.

BENJAMÍN-CONSTANT
ministro de la Guerra.

RUY-BARBOZA
ministro de Hacienda.

QUINTINO BACAYUVA
ministro de Negocios Extran

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... **9** *pesetas.*
Seis meses............ **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

¡Cómo está la sociedad! ¡En qué tiempos vivimos! ¡Asusta el pensar lo que puede ocurrir dentro de algunos años, si las cosas siguen por este camino de perdición!

Los republicanos del Brasil arrojan del solio al emperador D. Pedro; el duque de Cambridge, tío de la reina Victoria y generalísimo del ejército inglés, ha sido citado ante los Tribunales de policía de Londres por el *reporter* de un periódico semanal; el embajador alemán en Atenas ordena á su cochero que enganche, para asistir al baile que se daba en Palacio con motivo del matrimonio del príncipe heredero, y el cochero le contesta:

—¡Imposible! Hoy no puedo servir á S. E.

—¿Por qué razón?

—Porque yo también estoy invitado al baile, y no quiero faltar.

¡Y el embajador, nada menos que el embajador de Alemania tuvo que ir al baile en un coche de alquiler, porque su cochero asistía al baile de Palacio en calidad de consejero municipal!

¡Horror y abominación!

¡Bien hacen los conservadores en oponerse al sufragio universal!

¡Ese pícaro sufragio nos faltaba!

—

En algunos Estados del Norte América la suscrición á los periódicos puede pagarse en especie.

He aquí la tarifa de suscrición por año que publica el *Herald* de Harell-Green (Kentuky):

Veinte libras de cerdo; ó diez libras de salchichón; ó dos fanegas de patatas; ó cinco de nabos; ó diez libras de tocino; ó una fanega de cebollas; ¡ó un jamón!

Será la Administración
por complicada, imposible;
pues si pagan en especie
cuantos van á suscribirse,
más que oficina, será
almacén de comestibles.

—

De una revista de salones:

«Promete animación el invierno. Los bailes menudearán. El profesor de baile D. Manuel Fernández no tiene ya punto de reposo, prodigando de hotel en hotel las enseñanzas del género que cultiva.»

¡Delicioso!

¡Quién pudiera asistir á una de esas lecciones en que *prodiga* sus enseñanzas el reputado maestro!

Parece que le estamos oyendo.

—¡Niñas, en baile!

—¡Formalidad, que esta mazurka es de importancia!

—Marquesa, adelante usted el pie izquierdo.

—Meta usted esa cadera, señor vizconde.

—Abandónese usted, niña, abandónese...; no conviene estrujar á la pareja.

—Una... dos... tres... Salga usted ahora, Duquesa... Un poco más de prisa, Barón... ¡Cuidado!... Cíñase usted más á la Generala... ¡Oído! Más abandono en el cuerpo... más soltura en los movimientos... ¡Compás! ¡Muchísimo compás!... Una... dos... ¡ahora!... ¡Oído!... ¡Esta vez nos ha salido un poquito desigual!...

Descansen sus excelencias, y volveremos á repetir el vals corrido.

Y el maestro se enjuga la sudorosa calva, sonríen las niñas, y los galancetes se estiran el *smoking*, ralamiéndose de gusto al pensar las delicias que les esperan cuando se reanude la lección.

¡Qué gusto!

Por lo visto, la juventud aristocrática olvida aquellos versos famosos del que fué, en su tiempo, predicador predilecto de la clase:

«¡Ah, joven que vas bailando,
al infierno vas saltando!»

Y siguen rindiendo culto á Terpsícore.

—

¡Ya le cazaron, ya le cazaron!

Nos referimos al famoso *Jack el Destripador*.

Por algo dimos nosotros en el número anterior sus señas personales y las de su domicilio.

Pero nosotros no dijimos, ni mucho menos, que detuvieran ustedes al pobre Carmelo Rodríguez, el viajero infatigable, el ex-portero de Palacio, el ex-ayuda de cámara del embajador de Rusia... habitante hoy ¡por desventura suya!, en el barrio de las Injurias...

¡Así le han *injuriado*!

Nuestra activa policía,
que aquí está tan calumniada,
le pescó, como quien dice,
con las manos en la masa,
¡Ya tenía dos chiquillos
preparados! ¡Si eso espanta!
¿Iba á destriparlos? ¡Quiá!
¡Iba á soltarles *la rata*!
¡Si es una buena persona!
¡y por poco no le matan!

Afortunadamente se puso la cosa en claro y al Rodríguez en libertad, como era natural que así hicieran.

Ahora el seudo Jack quiere trasladar su domicilio.

Huye del barrio de las Injurias—¡qué bonito nombre!—y está dudando entre el Pacífico ó la Guindalera.

Donde debe mudarse es al de la Prosperidad.

E. N. Gonzalvo.

MANTILLAS Y SOMBREROS

THAT IS THE QUESTION

AL INSIGNE PACOTILLERO PEPE ESTRAÑÍ (1)

Ponte, María, el gorro... ¡Oh Dios, qué encanto!...
Ahora ponte el sombrero... ¡Ah, qué bonita!
Ponte el pañuelo... A ver... ¡Se necesita,
para no pervertirse, ser un santo!

Ponte ahora la mantilla... No me aguanto
si así te miro mucho... ¡Quita! ¡Quita!
Pues ahora ponte el velo, Mariquita...
Pues ahora, Mariquita, ponte el manto..

Cabeza de mujer joven y hermosa,
no es preciso adornarla por sistema,
porque siempre está bien... con una rosa,

Con mantilla, con gorro ó con diadema.
Arreglarla por fuera es fácil cosa...
Arreglarla por dentro... *Ecco il problema!*

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

CONFORMES

¡Bien por Estrañi, que brilla
y es adalid de la prensa,
cuyo ingenio maravilla!...
¡Y olé por esa defensa
que ha hecho usted de la mantilla!

—

Al ver su escrito ingenioso
me he llegado á convencer.
¡Con ese tono gracioso
llegaría hasta creer
que Frontaura es muy hermoso!

—

Con mucho salero y maña
igual que á un niño me engaña,
sin armarme ningún trepe.
¡No hay quien escriba en España
con la gracia de ese Pepe!

—

Y aunque también Pepe soy,
el sombrero, desde hoy
dirá, según imagino,
que defendiéndole estoy,
no hecho un *Pepe*, sí un *pepino*.

—

La mantilla, á no dudar,
con nuestros gustos se aviene;
nos consigue entusiasmar,
y hasta se puede llevar...
al monte, si á mano viene.

—

Pero, en cambio, los sombreros,
aunque estemos muy perdidos,
no los llevamos ligeros,
porque allí no admiten nidos
de canarios y jilgueros.

—

¡La mantilla! Hay que alabarla
si, se pone usté á elogiarla
contradiciéndome á mí.
¡Con un defensor así,
cualquiera iba á condenarla!

—

Nada, me doy por vencido
porque usté me ha convencido,
y la convicción no humilla.
Desde hoy soy un decidido
defensor de la mantilla.

—

Y si da usté en aplaudir
lo que mi pluma humilló,
¡con su modo de escribir,
hasta va usté á conseguir
que lleve mantilla yo!

J. RODAO

SONETO

¿Cómo me gusta más una mujer?
Difícil, por mi vida, es contestar:
que en la mujer que sabe hacerse amar,
el tocado es lo menos, á mi ver.

Mas ya que mi opinión queréis saber,
aunque os burléis de mí, la voy á dar,
como siempre, dejándome arrastrar
por mi afición á todo lo de ayer.

Para mí no hay adorno femenil
como un *manto de humos*, que traidor
oculta y muestra á medias un perfil.

Esto, y una *gorguera* que enredor
de un blanco cuello enróscase sutil...
¡Qué dos telas de araña del amor!

ANGEL R. CHAVES

Mi opinión.

De sombreros y mantillas
hoy habla todo el que escribe,
desde en soneto inclusive
hasta en romance, quintillas,
pareados, redondillas,
ó en otra composición,
en amena discusión
opinando de mil modos;
y pues así lo hacen todos,
ahí va también mi opinión.

Si sobre un rostro hechicero
veo un *gorro* colocado,
ya me tiene usted *chiflado*
por la niña del sombrero;
si es mantilla, la prefiero;
pañuelo también me choca,
y mis deseos evoca
cualquiera, indistintamente,
si busca más aliciente
en boina, capucha ó toca.

Pero, aunque tales hechizos
admiro, y tales encantos,
siempre, como uno de tantos,
las prefiero sin postizos.
Luzcan sus trenzas ó rizos
sin ocultar su pureza,
que yo encuentro más belleza
y más me remonto al cielo
con una mujer *al pelo*
ó en pelo... ¡Así, con franqueza!

M. DEL TODO Y HERRERO

(1) Y perdone usted la confianza.

PALIQUE

Ya ha publicado Cánovas otro prólogo.

El buen señor tiene una vocación de pórtico que no hay quien la destruya. Quiere hacer la competencia á la entrada del Infierno (*portæ inferi*) diciendo:

Per me si va tra...
Per me si va nella...

Hay que repetir aquello de «No se pase sin hablar al portero.»

Y, como los porteros, los editores van á tener que decir á cada libro que publiquen: «Hay entresuelo; esto es, hay prólogo canovístico.»

Preciso es confesarlo, Cánovas decae. Ya no es tan laberíntico como era; Estrada, el pentacróstico, fué más consecuente con sus lucubraciones.

A Cánovas hasta se le entiende á veces.

No siempre; por ejemplo, al comenzar este nuevo prólogo, ¡prólogo nada menos que de la nueva edición de *Pepita Jiménez*! dice D. Antonio: «El autor de este libro suspendió un viaje, por lo común rapidísimo...»

¿Quién entiende ese *por lo común rapidísimo*? Lo común será no entenderlo.

Cánovas está cansado de que se le diga que habla de literatura contemporánea sin leer las novelas que se publican y hasta los libros de crítica que hace al caso. Y este verano ha cogido y se ha puesto el cuerpo como un tambor á fuerza de leer cosas de Zola, Goncourt, Daudet, etc., etc.

Y ahora que le entren moscas. Lo que él decía (antes de estar enterado): «Todo eso es una indecencia.» Hasta ha leído lo que pudiéramos llamar *Cuestión ex palpitante*, de doña Emilia Pardo Bazán; y más es: ha leído las novelas de esta ilustre dama.

¡Qué Cánovas éste! ¡Qué humilde, qué sencillo!

Vean ustedes: se ha leído *El cisne de Vilamorta* como un cualquiera. Y tanto es así, que en un luminoso paralelo entre la Pardo y Zola, no vacila D. Antonio en decir que los dos tienen talento, pero que doña Emilia aventaja á D. Emilio en el buen gusto, que el otro no tiene. De modo que para Cánovas, ó yo no entiendo de canovística, vale más la autora de *Morriña* que el autor de *Germinal*.

Sea todo por Dios; pero lo que no está bien es creer que baste un verano para estudiar todo lo que D. Antonio no sabía—ni sabe - de literatura contemporánea. Menéndez Pelayo le da un varapalo soberano al jesuíta Yungmann por ponerse á escribir una estética en sus ocios veraniegos de fraile calzado (es jesuíta Yungmann). Pues si se atreviera D. Marcelino, mejor corrida de baquetas podía propinarle á su jefe D. Antonio, que con gran descaro declara que se ha hecho un sabio en materia de realismos y materialismos, entre vaso y vaso de agua caliente en no sé qué Termas regaladas.

A D. Antonio le pasa con la literatura lo que á Sagasta, ó á él mismo, con la música que oyen en el Real. Entran tarde (y salen temprano) en su palco de ministros; miran á las beldades de los contornos, hablan de política, se fijan en la tiple si es guapa, oyen distraídos algunas notas, y echan á correr en seguida para seguir haciendo la felicidad del país. De esa manera no se puede ser un Sendo, ni un Hanslick. Es muy probable que Sagasta no sepa todavía el argumento de *La Favorita*. Pues así entra y sale Cánovas en la literatura. Cree que se entera de algo, y no hay tal cosa. Primero nos vino con la novedad de que el *quid* del arte estaba en el *juego;* y, por supuesto, sin entender siquiera la teoría de Spencer ni la de Schiller. Ahora se presenta con una porción de pamplinas, con las cuales á mí me viene Dios á ver, porque tengo asunto para muchas cuartillas, que es, como si dijéramos, para ganar unas cuantas pesetas. Donde no haya gazpacho, ¿qué comerán? Donde no haya Cánovas, ¿de quien se reirán?

Porque es muy de reir la manía del amigo de Cherbuliez que se empeña en que le tomemos por literato, como si todos fuésemos Pidales y Villaverdes que han sido ministros por eso.

Hay clases, D. Antonio, hay clases. ¿Usted piensa que los hijos de este *fin de siglo* nos chupamos el dedo? ¿Usted cree que tomamos por ciencia ni experiencia esas sabidurías que á usted le salen como si fueran granos al llegar el otoño, y con él la apertura de Ateneos y demás chirigotas que usted preside? Esas erudiciones de morondanga se dejan para los jovencitos que *secretarizan* y viven una temporada de la ilusión de creer que han engañado al mundo entero con las notas de sus *memorias*, y aquello de *Vid... ubi supra, confr.*, y las citas en inglés: *The... of...*, y las citas en alemán: *Der... das... thum... chaft...* Pero usted, D. Antonio, ya es viejo para esos desahogos de la vanidad inofensiva. ¿A qué vienen tales fingimientos? ¿Que usted no es un sabio de veras? ¿Y qué? En cambio ha sido usted mucho tiempo ministro, y se ha hecho rico. ¿Que es usted un hombre vulgar,

MANTILLAS Y SOMBREROS

Los Sres. Estrañi, Navarro Gonzalvo, Rodao, etc., han dicho cuanto han querido acerca de los adornos en la cabeza de la mujer; yo, con permiso de ustedes, pido la palabra y digo:

Que Salomón, autoridad indiscutible en cosas de mujeres, las gastaba del calibre y tocado que ven ustedes.

Que Josef, el casto Josef, no aceptó los favores de la impúdica mujer de Putifar, porque tenía mal gusto para la cabeza.

Que los hijos de Esparta se dedicaron con tanto ardor á la guerra porque sus mujeres les ofrecían pocos atractivos.

Que los romanos morían heroicamente ante sus hembras porque ya éstas se arreglaban una *mijina.*

Que en los turcos hizo tal efecto el adorno mujeril, que ya les pareció poco una mujer y cogieron una docena por barba.

Que las caprichosas combinaciones en los peinados de las venecianas dieron lugar á aquellas intrigas y dramas que aún horripila recordarlos.

Que comprendiendo las mujeres que sus veleidades cabelludas eran causa de sinsabores y fieros males, decidieron ocultar sus cabezas cuidadosamente.

Que á fin de evitar esto mismo, la mujer griega de hoy adopta los usos y costumbres de los hombres.

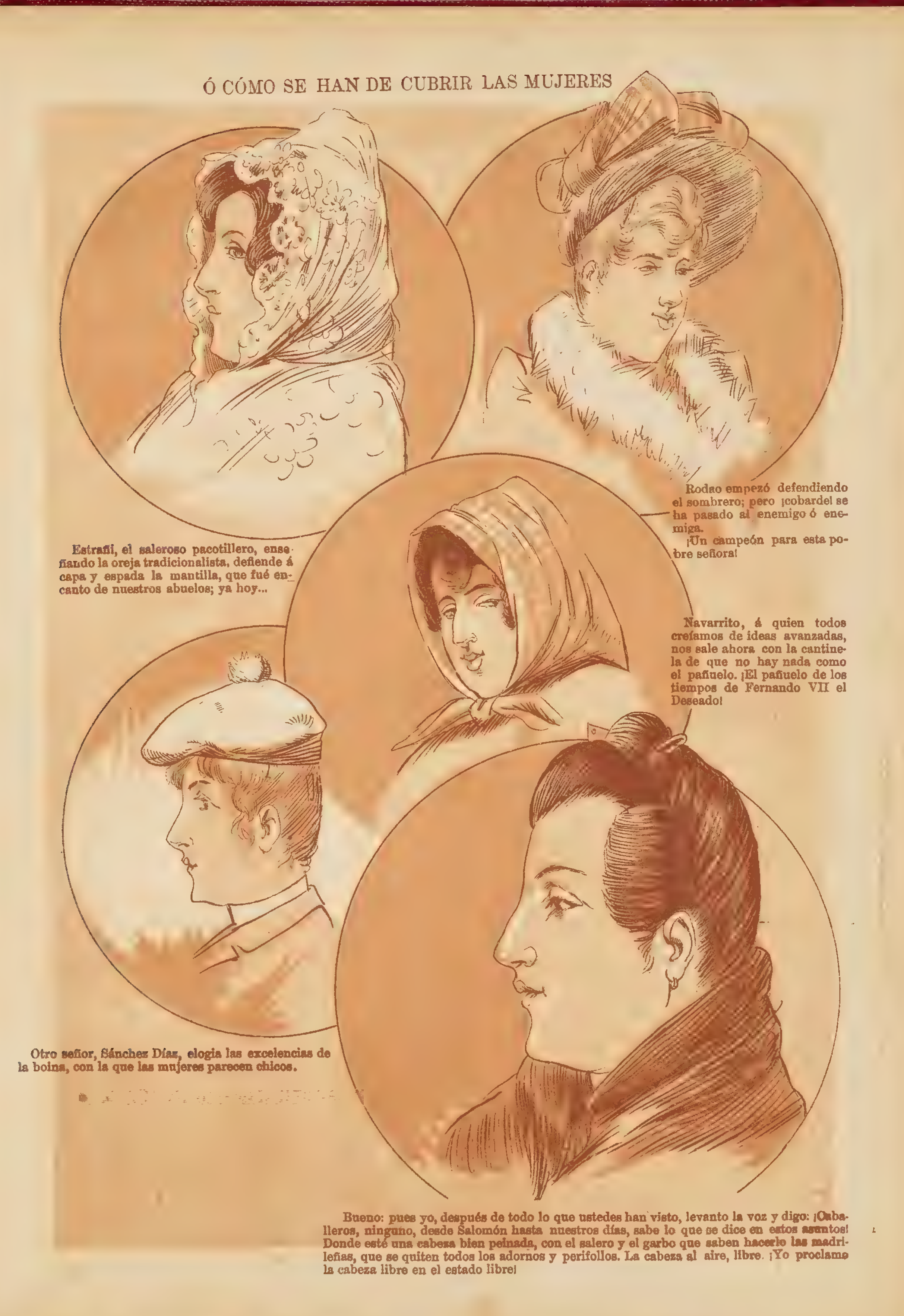
Que la costumbre italiana obedece á que, no sabiendo qué ponerse, acabaron por liarse los trapos á la cabeza.

Que la japonesa hubo de tomar precauciones á fin de evitar que los lúbricos labios de ellos hollaran sus perfumados cabellos.

Que la holandesa, la mujer más laboriosa del mundo, no sólo tiene sus trabajos, sino también el de llevar encima eso.

Que, por último, la neoyorkina ha llegado á una horrorosa confusión de sexos.

Hasta aquí el tocado de la mujer de otros países y edades. Sírvanos de estudio comparativo. Veamos ahora:

Ó CÓMO SE HAN DE CUBRIR LAS MUJERES

Estrañi, el saleroso pacotillero, enseñando la oreja tradicionalista, defiende á capa y espada la mantilla, que fué encanto de nuestros abuelos; ya hoy...

Rodao empezó defendiendo el sombrero; pero ¡cobarde! se ha pasado al enemigo ó enemiga.

¡Un campeón para esta pobre señora!

Navarrito, á quien todos creíamos de ideas avanzadas, nos sale ahora con la cantinela de que no hay nada como el pañuelo. ¡El pañuelo de los tiempos de Fernando VII el Deseado!

Otro señor, Sánchez Díaz, elogia las excelencias de la boina, con la que las mujeres parecen chicos.

Bueno: pues yo, después de todo lo que ustedes han visto, levanto la voz y digo: ¡Caballeros, ninguno, desde Salomón hasta nuestros días, sabe lo que se dice en estos asuntos! Donde esté una cabeza bien peinada, con el salero y el garbo que saben hacerlo las madrileñas, que se quiten todos los adornos y perifollos. La cabeza al aire, libre. ¡Yo proclamo la cabeza libre en el estado libre!

un *burgués académico?* ¿Y qué? Puede que fuera vulgar también el mismo Octavio, y Lépido lo era de fijo, y Sagasta hace alarde de serlo. Sagasta, que no sabe más versos que los que se citan de cuando en cuando en el Congreso, hace mucho mejor papel que usted en literatura. Dice Sagasta, por ejemplo: «¡Ah, señores diputados! esto me recuerda lo que dijo el poeta (que así le descuartiCen, no sabe quién fué):

Las torres que desprecio al aire fueron...»

Y está bien; da gusto oirle; porque en seguida se va adonde hace falta y consigue que no le llamen á usted para formar Ministerio. Un día Zoilo (don Pérez), cuando era amigo todavía de D. Práxedes, le habló así:

—Oye, Mateo; muchas veces he oído citar lo de las torres que desprecio al aire fueron... y nunca sigues. ¿Es que no sabes lo demás, ó que no hace al caso?

—Es que no hace al caso que yo sepa lo demás.

—

Fíjese el Sr. Cánovas en la frase de Sagasta; imite su ejemplo, y llegará á tener en literatura la única opinión que le conviene.

Y convénzase de que todos esos idealismos y realismos estéticos son para él *res inter alios acta*.

—

Pero, y D. Juan Valera, ¿cómo tiene esas bromas? ¿Cómo consiente que una elegante edición de sus novelas comience con un prólogo de Cánovas, que, como se ha visto, comienza á su vez *con un viaje por lo común rapidísimo*, y sigue con mil bobadas, por lo común graciosísimas?

Supongo que esa edición de las famosas novelas, ya clásicas, de Valera, no será la edición *nec varietur*.

Porque hay que variar el prólogo.

A la posteridad no se la pueden presentar ciertas cosas.

—

Por supuesto que Cánovas mira á Valera por encima del hombro, y viene á llamarle autor de segundo orden, porque... «Como la novela no tiene mucha importancia...»

¡Claro! Donde está la lírica del cantor de doña Elisa ó Luisa (¡qué habrá sido de ella!), cállese el Quijote.

—

Lo peor no es nada de eso. Lo peor es que al final D. Antonio advierte que se ha cansado de escribir prólogos (¡no alegrarse!), y que en adelante va á trabajar por cuenta propia y á escribir libros.

¡Santo Dios! ¡Y yo que me quejaba!

¡Más prólogos, por piedad, más prólogos!

Bien decía Belial, el diablo aquel de Miltón:

Beter these than worse;

ó, para que lo entienda Cánovas; «del mal el menos.»

CLARÍN.

REVOLUCIÓN DEL BRASIL.—LA FAMILIA DESTRONADA

El emperador D. Pedro II.

La Emperatriz.

El conde de Eu.

MÁS DESAHOGOS

Á CALIXTO NAVARRO

¡Desgraciado! ¿Sabes lo que has hecho? ¿Has medido el alcance de tu «Derecho del pataleo?» ¿Has meditado acerca de la importantísima trascendencia de todas y de cada una de las frases que en él has estampado? ¿No? Pues... ¡peor para ti!

—¡Más te valiera estar *duermes!* qué dijo el otro.

Pero lo que el otro no dijo, te lo voy á decir yo, en defensa de ese público que tan despiadadamente maltratas, con buena intención, pero que le pones verde, y de oro y azul, porque ejerce el derecho de pataleo, derecho que no se le niega ni al más modesto de los cuadrúpedos clasificados por Cuvier.

¡Bonito estaría el público de cualquiera de nuestros coliseos (tuyos y míos no son, pero pueden llegar á serlo), si se le obligase á juzgar una obra, calzando la gentil alpargata ó la histórica sandalia! ¿Quién es el famoso empresario que se atreve á colgar en la puerta de entrada á las butacas un cartel concebido en los siguientes términos?

SE PROHIBE LA ENTRADA CON BASTONES Ó PARAGUAS

Sería equiparar el teatro con cualquier Exposición de Bellas Artes, y allí no hay más Bellas Artes ni más Exposición que la del autor,.. cuando no da gusto á los señores.

A esos señores *cero* y *sietemesino* que tú criticas porque nos patean; y á los que has tomado... ¡guasón! por modelo para presentar á la colectividad pública como cortada por aquellos patrones. ¡Dios te libre de caer entre sus manos, ó entre sus pies, el dia ó la noche menos pensada!

¡Ya verás, ya verás el *cero* lo que te resulta, ó lo que *te sale* el *sietemesino!*

Y sobre todo... ¿crees que porque un hombre, no valga nada, domésticamente considerado, ya no es apto para juzgar una producción lírica-cómico-bailable, con ribetes de filosófica? Estás en un error, Calixto.

Aquel tranquilo ciudadano que adora la butifarra catalana, porque es proteccionista, que pasa las noches que no hay estrenos en su modesta casa, confeccionando construcciones de á real y medio para el niño del portero, y *álbunes* de cromos para la niña del vecino; aquel tranquilo ciudadano, repito, es un apto, probo é inteligente funcionario, dotado con 1.500 pesetas de sueldo en cualquiera Dirección, y acostumbrado á despachar expediente sobre expediente, estampando cada informe que á Dios le enciende el pelo, y que termina con las burocráticas frases de «V. E., como siempre, resolverá lo más acertado.»

Y ese *cero* lee después lo que S. E. acordó (que fué, como siempre, lo más acertado), y estudia, comenta y piensa la resolución, juzgándola para *inter se*; y si no se atreve á hacerlo en voz alta, y á alzarse de ella... es por *mor* de una cesantía que le pondría (perdona la cacofonía) en el duro trance de no hacer más construcciones, ni confeccionar más *álbunes* ni digerir más butifarras.

¡Pero en el teatro!... ¡Allí es distinto!... ¡Allí no hay cesantía en lontananza, ni Director ni Ministro que le obliguen á creer que *aquello* es lo más acertado!

Ya juzgará la obra como se merezca. Para eso está autorizado, porque cuenta veintinueve años, siete meses y trece días, día por día, de servicios al Estado: allí está nuestro *cero.* ¿Le gusta la obra? ¡Se calla! ¿No le gusta? Pues la juzga como sabe. ¡Con los pies!

¿Y el *sietemesino?* ¿Que no tiene más fortuna que los estipendios de su papá? ¿Que le han reprobado en cinco carreras? ¿Que le ridiculizan en el café?

¡Bueno! ¿Y qué?

¡Pues vaya unas razones que das para no conceptuarle digno de juzgar una obra!

Le reprobaron... por envidias, y no por falta de sabiduría. Por la misma pícara envidia se mofan los contertulios del café...; y por envidia, y sólo por envidia... no le da su papá lo que es suyo; pero... ¡ya verás cómo se lo da el mejor día!

Y este ser *ridiculizado*, *suspenso* y *estipendiado*, tiene tan buen criterio como el primero, vale tanto como el primero y puede *patear* como el primero, si no le gusta lo que ve.

¿No le suspendieron en un examen porque afirmó que el río Tajo tenía su nacimiento cerca de Teruel? ¡Como si los ríos no pudieran nacer donde les diese la gana!

Pues en uso de su derecho, ejerce, ya que no puede ejercer ninguna Facultad, el del *pataleo*, que él lo comprende mejor, mucho mejor, que el Derecho civil y el canónico.

En fin, Calixto: no sé, no sé cómo has podido escribir tu articulito, exponiéndote á las iras de media docena de *ceros* y de otra media de *sietemesinos*, que, al leerlo, de fijo exclamarán, poniendose un pitillo en la boca, y arrojando el periódico con cierto desdén:

«*Calixto ne pouvait pas se consoler!...*» etc. Y alguno de esos otros caballeros, que ni son *ceros* ni cosa que lo valga, dirán:

—¡Anda, anda: Calixto critica el *derecho del pataleo*, y no sabe que es lo único que les queda á los pobrecitos autores!

¡Qué desahogo!

ENRIQUE F. CAMPANO.

P. S. Acabo de leer en una zapatería el siguiente anuncio:

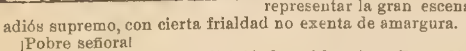
BOTAS ESPECIALES PARA ESTRENOS: TRES SUELAS Y TACÓN CLAVETEADO.

¡Toma sandalias, toma!

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONCLUSIÓN.—(VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56, 57, 58, 59 Y 60.)

Pero... ¡cuál no fué su asombro al encontrarse cara á cara con su mujer, la cual, con traje de calle y el sombrero en la cabeza, y rodeada de sus tres hijos, vestidos también para salir, y seguida de la criada, que llevaba varios paquetes en la mano, se despedía lacónicamente de él, con un «¡adiós para siempre!» que le dejó helado de estupor!



Madama Martinot estaba densamente pálida. Sus ojos enrojecidos marcaban las huellas de recientes lágrimas; pero grave y fría, se aprestaba á representar la gran escena del adiós supremo, con cierta frialdad no exenta de amargura.

¡Pobre señora!

—¡Hijos míos! exclamó dirigiéndose á los niños. Despedíos de papá. Dadle un beso, y vámonos.

Y tendiendo la temblorosa mano á su marido, añadió:

—Adiós, Pablo. Me has lastimado profundamente; no has sabido elegir entre el avestruz y yo; digo mal, has preferido al bicho. Está bien. Pero como estoy muy adelantada en mi embarazo, y necesito reposo y tranquilidad, abandono el techo conyugal, y te advierto que no volveré á poner los pies en esta casa hasta tanto no haya salido de ella ese horrible bicharraco. Me voy á casa de mi padre. Escríbeme, si quieres... adiós.

Y sin añadir ni una palabra más, pálida de cólera, dió media vuelta, cerró la puerta de golpe, y se alejó majestuosamente, dejando á Martinot mudo, temblando y con las lágrimas en los ojos.

Cuando quiso llamar á su mujer, ya era tarde. Se había marchado, llevándose sus hijos.

—¡Y pensar que nada de esto me sucedería á no ser por el maldito encuentro con ese infame Busquet! En cuanto á las quejas de Adela, son injustas; yo la quiero, y mi cariño no se ha entibiado ni un solo minuto... es decir, tanto como un minuto, no, porque sería mentir... una noche, una noche tan sola olvidé mis deberes conyugales, y harto castigado estoy, porque desde aquella noche funesta, mi mujer ha cambiado completamente para mí. ¡Oh! ¡También en su vida hay algún misterio!

Al día siguiente, Martinot asistió á su oficina, donde se le hizo un recibimiento glacial. Quiso ver al jefe, y éste le recibió con cara de pocos amigos. Precisamente en aquel instante redactaba el probo funcionario una comunicación al Ministro en contra del infortunado subjefe.

—Lea usted esto, dijo, alargando á Martinot el fatal papelito: léalo usted, y agradezca el sentimiento de compañerismo á que obedece mi resolución, mostrándole lo que podía ocultarle perfectamente. Pero quiero que usted lo repase y me diga si hay alguna frase, algún concepto que pueda lastimarle.

Pablo leyó aterrado la comunicación. Se hablaba en ella de cierta entretenida, de una *Cocotte* sin pudor que había turbado la paz de una familia honrada, y después de varios párrafos de merecidos elogios sobre la anterior conducta del extraviado funcionario, en que para asestarle mejor el golpe asesino se recordaban las graves responsabilidades anexas á su empleo, terminaba el maquiavélico escrito pidiendo al ministro la cesantía del pobre Martinot.

Este se disculpó con energía, refiriendo la verdad del caso; pero el jefe oyó con sonrisa incrédula su calurosa peroración, y al terminar le contestó con acento desdeñoso:

—Está bien, está bien. Pero haga usted por escrito su reclamación.

Martinot se alejó murmurando:

—Ese maldecido Busquet... ¡por vida de Busquet!

Regresó en seguida á Ville d'Avray, redactó su nota é hizo reconstruir la caja del avestruz. La bestia, causa de tantos sinsabores, fué remitida al Jardín de Plantas, y Martinot, que deseaba sacar algo por ella, siquiera lo suficiente para comprarse otro gabán, solicitó una entrevista con el director del Jardín.

Después de los saludos de ordenanza, Pablo abordó resueltamente la cuestión, y preguntó cuánto le darían por el avestruz.

El director le contestó sencillamente:

—El Jardín zoológico no compra nada á los particulares. Se limita á aceptar los ejemplares que se le remiten, á título de regalo. Es todo lo que puedo hacer por usted. Aceptar gratis el avestruz.

Perdida aquella esperanza de sacar unos cuartos, Martinot dejó el animal, y corrió á casa de su suegro en busca de su mujer. Al entrar, el llanto de un recién nacido resonó dulcemente en su corazón de padre. Efectivamente, Adela acababa de colmar sus votos paternales por cuarta vez.

Penetró en el cuarto de madama Martinot, y su asombro no tuvo límites. Toda la familia rodeaba la cuna. El recién nacido, era un muchacho, rubio, blanco como un albino, circunstancia que llamaba á todos la atención, pues la madre y el padre eran ambos morenos, tirando á mulatos, y los chiquillos anteriores habían salido todos morenitos también. Añádase á esto que el chiquillo tenía en mitad del vientre una cabeza de avestrúz, perfectamente dibujada, y un marabú debajo de los riñones. La criatura era un monstruo.

Martinot sintió un principio de escama al ver aquel muñeco, que se le parecía tan poco.

—¡Sigue la broma de Busquet! dijo, dirigiéndose á su mujer, procurando ocultar sus lágrimas. En seguida le participó que el avestruz quedaba admitido en el Jardín de Plantas.

Un mes después de estos acontecimientos toda la familia se encontraba instalada de nuevo en el Pabellón Verde. El niño del avestruz en la barriga había muerto, y Martinot ocupaba su antiguo puesto en la oficina, donde esperaba tranquilamente que le propusieran para una cruz.

Nada turbaría su dicha, puesto que todo lo ha dado al olvido, á no ser porque de vez en cuando le asalta el recuerdo de Bellat y sueña con terror si le ocurrirá á éste enviarle algún oso, pesadilla que viene á amargar la tranquilidad de su hoy plácida existencia.

Y si alguna de mis queridas lectoras acude al Jardín de Plantas á pasear sus lindos pequeñuelos, podrá ver sobre la cabaña de los avestruces una placa de cobre con la siguiente incripción:

AVESTRUZ NEGRO DEL SENEGAL
Regalo de M. Martinot (Pablo).

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

Banco Hispano-Colonial.

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA—*Emisión de 1886.*

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.° del real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el 14.° sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.° de Diciembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.181.300 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.181.300 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.813 lotes de á 100 billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 11 bolas, en representación de las 11 centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.181.300 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 6 de Noviembre de 1889, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto se expondrán al público las 11.688 bolas sorteables, deducidas ya las 115 amortizadas en los sorteos precedentes.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la comisión ejecutiva, director gerente, contador y secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.° de Enero próximo.

Barcelona 15 de Noviembre de 1889. El secretario general, *Arístides de Artiñano.*

SOBRINOS DE GUINEA

CARRETAS, 27 Y 29

CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Ya se han recibido los modelos fabricados exclusivamente para esta Casa en platitos para

BODAS Y BAUTIZOS

Carretas, 27 y 29.

LA INFANTIL

Fábrica de Guantes

DE

G. ZURRO

Los mejores y más baratos.
Encargos á la medida.

Carretas, 14.

JUAN FRANCISCO

RODRIGUEZ

Espoz y Mina, 17.

Almacén de blondas y encajes.
Confecciones para señora y niños.
Lutos en 24 horas.
Vestidos, abrigos, sombreros.

ESPOZ Y MINA, 17

Madrid.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y **muy reconstituyente.**
Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS EN CAUTCHUC

Primera casa en España.

Numeradores. Perforadores. Prensas para taladrar cupones. Imprentillas á mano. Tenazas y plomos de precintar.—CARRETAS, 41

MUEBLES Y TAPICERIA

Riesco.

Hortaleza, 3. Teléfono 299.

Para anuncios

en esta plana ó en los teatros de Apolo, Martín é Infantil, dirigirse

Agencia de anuncios,

Montera, 51.

La Española

Chocolates los más acreditados de España.

Paseo de Areneros, 38.

Para toda clase de encargos, órdenes ó avisos referentes á esta Casa, dirigirse:

4, Preciados, 4.

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.

Carmen, núm. 10. AVANSAYS Buenos vinos.

Buenos vinos. AVANSAYS Carmen, núm. 10.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
7 Diciembre de 1889.
NÚMERO 62.

Caricaturas contemporáneas.

LAS DE HOY

JOSÉ DE VELILLA
LUIS ESCUDERO

José de Velilla es un poeta de verdad. Su precioso libro *Meditaciones y recuerdos* lo demuestra.

Luis Escudero es un escritor correctísimo y un observador profundo. Su celebrada novela *La antesala del cielo* lo acredita.

Uno y otro separadamente habían ya obtenido legítimos triunfos en el teatro antes de lograr, unidos, el que les ha proporcionado su drama *A espaldas de la ley*, estrenado por Vico en Barcelona el verano último, y representado hace poco en el teatro Español de Madrid, con grande y merecido aplauso.

La prensa, unánime, ha confirmado con sus elogios la opinión favorable del público, y LOS MADRILES, con este motivo, se complace en aumentar su colección de caricaturas contemporáneas, publicando las de aquellos dos distinguidos autores sevillanos.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año................ 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO

Tengo que empezar esta *Crónica* dando forzosamente dos malas noticias.

Eduardo Navarro está enfermo, y yo he sido encargado á última hora para sustituirle en este número de LOS MADRILES.

Afortunadamente, la enfermedad de Navarro no es grave. El editor asegura que le ataca casi siempre que tiene que escribir la *Crónica*, y que por sus síntomas se parece mucho á la pereza.

De modo que es una enfermedad que ya resulta crónica, aunque por ella la *Crónica* no resulta.

Sin embargo, yo creo que en esta ocasión el editor calumnia á Navarro, y que, por desgracia, la enfermedad que aqueja á nuestro Director es una enfermedad real.

Y tan real, como que es la enfermedad reinante. Me refiero al *dengue*, y apoyo mi opinión en que hace algunos días que encontraba yo á Navarro muy dengoso.

Antes de seguir adelante debo apresurarme á calmar la inquietud de mis lectores por haber dicho que el *dengue* es la enfermedad reinante; pues aunque el de Navarro pueda ser un caso, lo cierto es que el *dengue* no ha llegado todavía á España

Por ahora se contenta con ser enfermedad reinante en Rusia, donde puede reinar con más tranquilidad que el Zar, sin temor á los revolucionarios nihilistas.

No obstante, hay que estar prevenidos, porque el *dengue*, según dicen, es enfermedad contagiosa y que se propaga y extiende con prodigiosa facilidad.

Gedeón, que es el prototipo de la previsión, ha adoptado ya medidas sanitarias para el desdichado caso de que el *dengue* se declare en España.

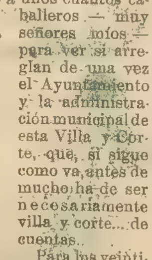
Enterado de que en la actualidad se padece en Rusia, y de que es una enfermedad de la piel, ha mandado sacar de su casa todos los objetos de piel de Rusia.

—

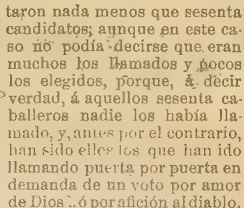
Pero, volviendo al asunto principal, y sea la dolencia del Director la que quiera—es decir, la que no quiera, porque yo supongo que él no querrá ninguna—ello es que yo tengo que escribir la *Crónica* hoy, sin tiempo siquiera para pensar lo que he de decir en ella, así, de repentón, á vuela pluma, ó, como dijo el otro, *tálamo ocurrente*.

¡Voto va!

Este ¡voto va! me recuerda que el pasado domingo tuvimos elecciones de concejales y que hemos votado á unos cuantos caballeros — muy señores míos — para ver si arreglan de una vez el Ayuntamiento y la administración municipal de esta Villa y Corte, que, si sigue como va, antes de mucho ha de ser necesariamente villa y corte... de cuentas.



Para los veintisiete puestos vacantes se presentaron nada menos que sesenta candidatos; aunque en este caso no podía decirse que eran muchos los llamados y pocos los elegidos, porque, á decir verdad, á aquellos sesenta caballeros nadie los había llamado, y, antes por el contrario, han sido ellos los que han ido llamando puerta por puerta en demanda de un voto por amor de Dios ó por afición al diablo.



Porque uno de los candidatos ha hecho la curiosa observación de que, en cuestión de votos, los españoles se inclinan más al diablo que á Dios. Como que para ponderar la fealdad de una persona, dicen que es más fea que un ¡voto á Dios!

Y en cambio, no hay español que no diga cuarenta veces al día: ¡voto al diablo!

—

Entre los concejales electos figuran dos estimabilísimos periodistas y excelentes amigos, á los que no sé si dar la enhorabuena: Augusto Suárez de Figueroa el director de *El Resumen*, y Javier Betegón, el director de *La Monarquía*.

Todos los elegidos están indudablemente obligados á (y deseosos de) arreglar los asuntos municipales; pero ellos han de estar

por su posición y por sus antecedentes más deseosos y más obligados.

¿Lo conseguirán?

Yo conozco á un elector que se ha entretenido en leer todos los programas y todos los ofrecimientos hechos por los candidatos, y comentándolos noches pasadas, me decía:

—Mire usted, esos señores llevan muchas ilusiones y muy buenos propósitos; pero ya verá usted cómo al fin y al cabo nada pueden hacer... ¡Arreglar el Ayuntamiento de Madrid, ya, ya!... El candidato que yo he votado en el distrito de la Latina es un caballero y una buena persona, y también se hace esas ilusiones; pero en él está justificado... ¡Como que se llama Cándido Caballero!

—

«Al que se muda Dios le ayuda,» dice el refrán; y como LOS MADRILES cree que, á más del favor que el público le dispensa, conviene que Dios le ayude un poco, ha decidido mudarse.

Además de esta poderosa razón, ha tenido otra no menos poderosa. A cada número que ha publicado recibía un sinnúmero de cartas llenas de elogios y de piropos, los cuales, á pesar de su natural modestia, no han podido menos que ponerle ancho.

Tan ancho, que ya no cabía en su antigua casa y ha tenido necesidad de buscar otra más espaciosa; que desde luego ofrece á ustedes. Calle de San Andrés, núm. 33, primero izquierda, esquina á la calle de Carranza.

No tiene pérdida.

¡Dios quiera que al periódico le pase siempre lo mismo!

FELIPE PÉREZ.

A UNA MALLORQUINA

I

Cuando sé que vas en coche
del verano en el rigor,
quisiera ser blanca nube,
que en vuelo tardo ó veloz
persiguiera tus caballos
para librarte del sol,
sombreando tu camino
como un ángel protector.

II

Cuando veo que á mis ojos
te va á robar el vapor,
y que en extranjera tierra
serás extranjero sol,
y sembrarás como un hada
suspiros y admiración,
quisiera ser algo tuyo,
tu sortija, tu reló:
¡ó algo que llevaras siempre
muy cerca del corazón!

III

Cuando veo que regresas
del ancho mundo al rincón
más hermoso y más querido
que alumbra en su curso el sol,
y el mar con ondas de plata
besa con eterno amor,
quisiera haber sido el faro
primero que te alumbró,
la primer ave marina
que el aliento del vapor
con poesía sublime
en la costa despertó,
la última estrella que brilla,
el primer rayo de sol;
y ser después, en tu alcoba,
en fino búcaro, flor.

CAMILO POU

UN POLÍTICO

Yo soy revolucionario
y socialista. ¡Una fiera!
El día en que esto se vaya,
y lo que ha de venir, venga,
llegaré por mis servicios
á *menistro* de la Guerra.
Nos reunimos los sábados
en una sesión secreta,
trescientos descamisados,
entre dos y dos y media
de la madrugada, en casa
de un cabo de la reserva.
¡Como que es muy reservado,
y *en jamás* se nos *berrea!*
Yo me voy allá, y después
de decir el santo y seña,
¡le pegó dos bofetadas
al mozo que está en la puerta!
Es para ir abriendo boca
y probar que soy *mu* bestia.
En dispués allí me dan,
por guapo, cuatro pesetas.
Y yo tengo que ganarme
la vida de esta manera,
porque lo que es el trabajo,
francamente, ¡me revienta!
¿Qué es un albañil hoy día?
Poco menos que una bestia.
¿Que no quiere ir á la obra,
y no va, pongo por juerga?
Pus no gana, y si no gana
no bebe y ¡viva la Pepa!
¿Que va al trabajo y se expone
á romperse la cabeza,
si se escurre del andamio,
para ganar dos pesetas?
Pues es un primo, un panoli,
porque le tiene más cuenta
el encuarte del tranvía
ó tirar de una carreta.
¿Yo al trabajo? ¡Que trabaje
el casero *ú* la casera!

EMILIO DEL VAL.

SOLEÁ

Lo habrán ustedes oído cantar muchas veces:

La Soleá se ha perdío,
su mamá la anda buscando:
¿dónde la viene á encontrar?..
pues con un *rusio najando.*

Que París y las colonias extranjeras no hablaban de otro asunto, en los ratos que les dejaban libres las *bofetás* sobre lo de Boulanger y el Shah de Persia.

—Soledad se ha perdido.

Soledad era una gitanilla, cantaora de nacimiento y pura... de raza.

Por lo demás, mocita y con muchísima gracia en todas sus cosas y con un par de ojos negros que el cristiano que se asomaba á ellos, caía dentro.

Y una boquita por donde apenas podía pasar un boquerón encogido.

Y una dentadura y un pelo negro zaino, brillante y con más ondas naturales que la costa de Cádiz.

Vamos, una joya morena.

—Asina han de ser las mujeres, morenas; de la coló del oro viejo, que es er más puro.

Esto decía de Soledad su propio tío, que la quería más que á una onza de oro, también del viejo.

¡Como que era un tío carnal con el grado inmediato! ¿no había de querer á la chavala?

La chiquilla era el encanto de propios y extranjeros.

Todas las noches, en el teatro de la Exposición, recogía la mar de palmas y obsequios finos, entre ellos algunos tabacos que repartía con su titto. Aquello no era cante; parecía una carcajada de un ángel cada copla.

¿Y estilo? ¿Y adornarse bailando?

Ni se podía creer que aquella criatura no llevara dentro un motor eléctrico y una familia de ruiseñores.

El viento solamente que producía cuando daba una vuelta, constipaba á sinnúmero de espectadores.

Había unas salvas de estornudos extranjeros cuando Soledad se arrancaba á bailar, que conmovían á cualquiera persona de bien.

—¡Ya, ya!... ¡Ay, mi niña!... le gritaba el titto para animarla cuando se bailaba.

Y en la sala se oía unos rugidos en diferentes idiomas, que parecía aquello una *ménagerie* en la hora de dar la comida á las fieras.

De los españoles no hay que decir.

Caían todas las noches á los pies de la *diva flamenca* más de doce docenas de sombreros en cada bailable.

Y, cuando cantaba, los «¡olés!» de los españoles llegaban al corazón menos patriótico.

—¡Anda ya, gloria, que eres la surtana é los mare!... ¡Ay, mi niña, sirena é los aire!

Todo esto y mucho más se le ocurría al titto, oyendo cantar ó viendo cómo bailaba su sobrina.

Con tantos atractivos ¿qué le había de pasar á la chica?

Pues que la robaran si ella no quería corresponder á las pasiones en distintas lenguas que había inspirado en París.

Y como ella no correspondía...

Porque, como casta, era casta y sencilla y á más mocita, según testimonios de su mamá y de su tío.

Y, si hubiera hecho falta, de toda la compañía y de los vecinos de su pueblo natal y de las autoridades de los tres ramos que mandaban en él.

Canónico, civil y militar.

O sea: el cura, el alcalde y el cabo de la guardia, jefe del puesto.

Soledad desapareció.

¡Cuál sería el dolor de su mamita y del tío, no hay para qué decirlo!

Ni lo que perjudicaba á la Empresa la fuga de una *«estrella* de sobremesa» como la gitanilla.

La policía dedicó sus ocios á buscar á Soledad.

Llegaron á interesar á Sadi Carnot para que reclamara á las Potencias, aun cuando él no quiso interesarse.

Primeramente sospecharon de un español, por la facilidad de entenderse con la chica.

Después, de varios extranjeros.

Pero Soledad no parecía.

Cuando ya estaban desesperados la mamita y el tío y «todas sus relaciones», se sabe que la niña está en San Petersburgo.

Se había fugado con un personaje inmensamente rico y aficionado á las bellas artes y á sus intérpretes hembras.

—Será prinsesa tar ves, decía llorando la madre: ya no tiene remedio, Frasco.

Frasco es el señor de tío de Soledad.

—Pero esa mala cría, ¿por qué no mos dijo con naturaliá: «Miste, mamá, miste titto, que yo me voy á jasé princesa é pier de Rusia?» Y no tenermos con estas fatigas...

—Quisá que la probetica no ha podío manuscribirnos, opinaba la mamá.

—Como que eya, asin como mosotro, no lo usa.

—Pues ahí verás tú.

—¿Pero es que en Rusia no habrá tan siquiá uno de esos secretario memorialista?

—Ya mos escribe la paloma é mis ojos.

En la carta, que les leía un caballero amigo de la casa, decía Soledad:

«Estoy mala, con el *dengue.*»

—¡Maresita é mi arma! gritaron la mamita y el tío. Soleá con el *Mengue...* ¡y sola!...

Cuando se apaciguaron y pudieron enterarse, quedaron más tranquilos. Porque Soledad se encuentra bien, á pesar del *Mengue* ó del *Dengue*, y rica. Como que dicen que es la esposa incivil de uno de esos comerciantes en pieles, que no puede calcular él mismo lo que tiene.

Un personaje tártaro... emético.

EDUARDO DE PALACIO.

LOS TENORIOS

—¿A que hago coraje y te doy un beso?
—¿A que no?
—¿Que no? ¡Dámelo tú á mí antes, verás!...

ALTA GOMA

—Adiós, Carmencita, y no se olvide de darme parte de lo que piense.
—(Parte del pienso, querrás decir.)

—Él decía al oído de mi mujer: «Olvida ese animal; desprécialo.» ¿Quién será *ese* animal?

—¡Ya la diría cosas; pero el mal está en que en cuanto me acerco á ella, se me pone la nariz así, y no hay manera!...

—L...a...m. ¡Y qué frío está!

¡TUTTI CONTESTATI!

À FERNANDO SEGURA

«A la que dice *sombrero*
»ó *mantilla* no la quiero,
»y á olvidarla me provoca;
»yo, con franqueza, prefiero
»á la que me dice:—«¡Toca!»

Eso dice usted, Fernando,
causándome asombros grandes
al verle así argumentando.
¡Se estará usted figurando
que há puesto una pica en Flandes!

Todo eso prueba que usté
no sabe, y me maravilla,
lo que yo ahora le diré:
¡La que dice «toca» es que
pide sombrero ó mantilla!

À SÁNCHEZ DÍAZ

No quiero la boína que usa Chapa
de una chica en la blonda cabellera,
pues ninguna mujer puede estar guapa
con esa cobertera.

Si usté mismo á su novia viera usando
la boína, que es gorro varonil,
¿creería usted que estaba enamorando
á un peón de albañil!

À GERARDO SÁNCHEZ

A usté le da lo mismo,
según advierto,
la mujer con mantilla
que con sombrero:
pues siendo guapas,
pónganse lo que quieran,
no las rechaza.

¡Caramba! Usté de dudas
nos ha sacado,
y, por fuerza, con eso
se quedó calvo.
Del mismo modo
que usted, amigo Sánchez,
pensamos todos.

Pero el punto concreto
de la contienda
es cómo las mujeres
están más bellas.
De modo, Sánchez,
que nada adelantamos
con su romance.

À RICARDO CATARINEU

Usté prueba que yo acertado estuve.
» *Y el rostro más moreno de Sevilla*
» *se envuelve en la blanquísima mantilla*
» *como el disco del sol en una nube.*»
De soltar aquí un ¡olé! me dan ganas
dando de mi entusiasmo testimonio...
Y sí, señor, lo suelto; ¡qué demonio!
¡Olé por las morenas sevillanas!

À FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Ponte, María, el gorro... ¡Qué esperpento!
Ahora ponte el sombrero... ¡Dios, qué fea!
Ponte el pañuelo, á ver... Sí, te hermosea;
pero te falta gracia y movimiento.
Pues ponte el manto... No, no lo consiento:
que con él la beata callejea.
Ponte ahora la mantilla... A ver, pasea...
¡Olé ya tu persona! ¡Qué portento!
Que era arreglar por fuera obra menuda
una cabeza hermosa, nos decía
Felipe Pérez... Lo será sin duda
para él, que es el autor de *La gran vía*:
¡pero á mí me ha costado Dios y ayuda
arreglar la cabeza de María!

À ANGEL R. CHAVES

En otro soneto
bonito y profundo
nos dice Angel Chaves
que para su gusto
en lindas cabezas
y en jóvenes bustos
no hay nada más bello
que el *manto de humos*.

¡Vaya una ocurrencia!
¡Dios mío, qué absurdo!
¡Mujeres ahumadas!
¿Está usté en el uso
de sus facultades,
ó piensa usted ¡puño!
que son las mujeres
jamones de Lugo?

Mujeres jamonas
las hay, no disputo;
pero ni aun á esas
ahumarlas es justo.
Además, bastante
nos ahuma á muchos
la Tabacalera
con sus malos puros.

À M. DEL TODO Y HERRERO
Y À ANGEL PONS

Estos dos, sin sutilezas,
quieren chicas bien plantadas
sin pingos en las cabezas;
¡vamos, que no estén tocadas!
Dignas de que gusten son
y el mérito no las quito;
pero insisto en mi opinión,
¡porque esas no tocan pito!

À JOSÉ RODAO

Bien, amigo Rodao; sin gran sorpresa
porque el error reconocer no humilla,
veo que usted con lealtad confiesa
¡que no hay nada que eclipse á la mantilla!

Con insultos el bando intransigente
le dará á usted sin duda malos ratos;
¡pero no haga usté caso *mayormente*
de lo que digan esos insensatos!

Bien se ve que el prestigio no desgasta
el cambiar de opinión ó de camino.
¿No es hoy Cristino lo que fué Sagasta?
¿No es hoy Sagasta lo que fué Cristino?

Usted, Pepe, al venirse hoy á mi lado,
sin imponer siquiera condiciones,
bien evidentemente ha demostrado
que se ha rendido usted á mis razones.

Pero llama usted nido de jilgueros
y otros motes, con saña manifiesta,
á los aristocráticos sombreros,
y eso pasar no puede sin protesta.

La mantilla no cedo yo ante nada,
por bonita, elegante y salerosa;
pero el sombrero no me desagrada
cuando lo lleva una mujer hermosa.

Protesto si le tratan con euconos
ó si picantes sátiras escucho...
Y repare usté bien; ¡los hay muy monos,
que en algunas cabezas lucen mucho!

Dirá usted que antes yo los insultaba...
Sí, señor; el negarlo inútil fuera;
¡pero es que entonces yo no me acordaba
de que tengo una amiga sombrerera!

JOSÉ ESTRAÑI

SUICIDIO

—Horrible, amigo mío, horrible!

—¡Pero, hombre, cálmate!... La desgracia, con ser grande, no tiene tanta gravedad que vayas á abandonar por eso tus asuntos, corriendo por esas calles como un palomino atontado... Considera que tienes hijas y que tu mujer, verdaderamente afligida con el suceso—porque al fin se trata de su madre—puede sufrir un retroceso en su convalecencia, si no estás á su lado para animarla y convencerla de que la cosa no tiene ya remedio... No parece sino que tu suegra te había sorbido el seso y...

—¿Tú no la conociste?...

—Yo no, pero presumo que sería como todas... Muy buena, muy cariñosa con... su hija; porque para los yernos ya sabes la teoría: ¡que los parta un rayo!...

—Eres injusto, ¡muy injusto con ellas!... La mía era un prodigio, verdadera ave fénix cuidándome... ¡Qué manos tenía para prepararme los pastelillos de nata, que sabes me gustan con delirio!... ¡Pues y el arroz con leche y el flan!... ¡Sobre todo el flan! ¡Y la franela para camisetas y calzoncillos! ¡Qué ojos los suyos, eligiendo el color y los tejidos!... ¡Ay! Ya no tendré otra suegra que, como aquélla, me dé con tanta energía las fricciones de aguardiente para mi reumatismo!... ¡Qué verdugones tan hermosos me levantaba!... ¡Y qué manera de manejarme, chico! ¡Ni una pelota!...

—¿Y cómo ha sucedido el desastre?

—¡Cómo! Yo no acertaría á explicarlo. Ella hacía ocho días que no parecía la misma. No hablaba, no reñía, no despedía á ninguna criada... La víspera de la catástrofe se retiró más temprano que de costumbre á sus habitaciones, sin hacernos advertencia ni amonestación de ningún estilo... La noche la pasamos tranquilos, sin que ruido alguno advirtiera que algo extraordinario pasaba en la casa... Ya sabes que mi mujer se levanta antes que yo y á esa circunstancia debióse que fuese ella la primera en presenciar el espectáculo... Sus gritos pusieron á todo el mundo en pie... Yo abandoné la cama y en calzoncillos corrí hacia donde gritaba mi esposa... ¡Horrible, amigo mío, horrible!...

—Cuenta...

—¡Mi suegra se había suicidado!... Pero ¡de qué manera!... La casa tiene cañería de gas, y cada cuarto su luz correspondiente. Pues bien: había adaptado un tubo de goma al aparato, y el otro extremo del tubo, con mucho ingenio, á la boca, por forma que no pudieran separarse... Había abierto la llave y esperado tranquilamente la muerte... Cuando entramos en el cuarto, que olía á demonios, vimos con estupefacción que el cuerpo de mi suegra no estaba en la cama... ¡Flotaba en el aire dándose de encontronazos contra el techo!... El cuerpo, monstruosamente dilatado por el gas, hubo de subir como un globo y agitábase descompasadamente, como si buscara un salida para desaparecer en el espacio... ¡Qué día, qué negro día, amigo mío!...

V. LASTRA Y JADO

LA ESPADA DEL ABUELO

(TRADICIÓN FAMILIARIZADA)

I

Era no más que un insolente serrucho, tan descuidado en su construcción como después por sus poseedores: á pesar de lo cual remataba, á guisa de pabellón, el testero de la sala donde se hallaba el retrato del esforzado adalid. En dicha habitación, y sin duda para desarrugarle el ceño (pues sabido es que todos los héroes están en el retrato, lo mismo que si les reventaran un flemón), la familia de Acacio recibía los sábados á una caterva de amigotes que se entregaban á los horrores del baile, sacudidos por la influencia de un piano de manubrio de los más arregladitos en su clase, no respecto á repertorio, sino á tarifa de alquiler, y su abono á plazos.

Acacio padre era una especialidad. En Clases pasivas disfrutaba el haber anual de mil quinientas pesetas, y á diario de dos mil sofiones de su jefe, por escribir viuda con *doble v*, jubilación con *x* y *hambre* con letra mayúscula. A fin de enmendarse, el hombre daba diariamente su repasito á la ortografía de la Academia, y á los calcetines también, por si las niñas se habían ocupado más de la confección de una relojera de abalorios que de las taloneras paternas—y con esto, naturalmente, cada vez omitía menos puntos en la escritura, y llevaba mayor número de ellos en los calcetines.

La familia era otra cosa. Doña Rosalía, mamá de cinco hijas, esposa de Picazo, y natural del *Vulgo de Osma*—como decía cuando le presentaban algún nuevo danzante—era una aprovechadísima jamona, tan hábil en la confección de una salsa para hacer coger los calamares en tinta, como en el manejo de drogas y flores, más ó menos cordiales, siempre que á sus pimpollos las molestaba algún grano en un omoplato, ú otra cantidad de dolencia en distinta región anatómica.

Y Paquita, Salvadorito y Casildita representaban el fruto, ya en sazón, de su castísimo consorcio, y otras dos *itas*, aún en agraz y faldetas, completaban la prolífica cosecha de la sociedad *Acacio* y *Costilla*.

Pero todos eran muy felices. Lo que decía doña Rosalía...—A las niñas, déles usted música por la noche... A Acacio encárguele usted que me arregle la cerradura del baúl, ó que coja con papel de sellos las roturas de un tubo del quinqué... A mí déjeme usted gobernar mi casa, y mejor la del vecino, ó improvisar para las chicas algún polisón con aros de un cubeto de aceitunas, ó cualquiera otra materia económica, y ya no nos acordamos de *Lara* ni de ningún otro Concejal sin teatro.

Acacio tenía la costumbre de aplaudir estos panegíricos, y manifestaba su conformidad por lo tocante al baúl de su mujer..., y aun de otros que necesitaran sus cuidados.

Pero lo que más les enorgullecía era el sable de la sala, es decir, del abuelo. Todo el que entraba allí se fijaba en seguida en aquella visión, y preguntaba, mas ó menos resfriado, por su origen y evoluciones contemporáneas. Y como esto acontecía muy á menudo, porque en aquella casa entraba la gente como el frío, á todas horas, la esposa de Acacio ya le había dicho á éste:

—¿Por qué no escribes un folletito refiriendo la historia de esa preciosidad? Nos ahorraríamos mucha saliva; y como las niñas tiene mejor ortografía que tú, podían á ratos perdidos sacar unas cuantas copias, y poniéndolos baratitos se venderían algunos ejemplares las noches de *soirée*. Precisamente los tiempos no están para desperdiciar copias de nada...

Y á fin de que nuestros lectores no ignoren qué es lo que podía decirse en dicho productivo folleto, allá van los apuntes, que tomamos de la mismísima boca de doña Rosalía.

II

El sábado inmediato fué de gala con estreno de medias suelas y tacones para toda la familia.

Acacio había conseguido que su compañero de oficina, primo bastante discutido del jefe de la sección, prometiera venir á estirar las piernas á su casa; asimismo dábase el acontecimiento de que un muy amigo de su padre y de toda su familia, que había regresado de América con más de ochenta años y un gran infarto en el hígado, ofreciera también su asistencia, sin propósito de estirarse nada.

Cátate á doña Rosalía oficiando de *cicerone*, con el primo anteriormente dicho.

«Don Cosme era veterinario en Vaciamadrid.

»Cuando los franceses trataron de derribar la pirámide del Dos de Mayo, que, como ustedes habrán leído repetidas veces, costó la vida á tanto infeliz, entró de mañanita una partida en el pueblo, se llevó al cura, al ama y á unas cuantas sobrinas, que ya estaban de buen ver, y dijeron... ¡que las iban á fusilar!... El pueblo, que adoraba á las chicas y al cura, pidió á gritos ir en su socorro, y D. Cosme tomando ese sable—que un francés perdió en las eras—se puso al frente del vecindario, y echándole una arenga.. así creo que se dice... corrió á salvar á toda la familia, que se hallaba *depositada* en la iglesia. Usted no sabe lo que allí pasó... Yo tampoco; pero me lo han contado. Sablazo por aquí, tiro por allá, un día entero de combate.. hasta que á la tardecita, gracias á que el cura—de quien los franceses no se habían ocupado gran cosa por atender á la defensa—consiguió abrir la puerta falsa, es decir, la de la sacristía: el pueblo *vencedor* se precipitó por ella, y junto al cepillo de las ánimas se convino en que al día siguiente, de madrugada, los franceses saldrían de Vaciamadrid dejando íntegras la iglesia, el cura y las sobrinas. D. Cosme en aquel trance hizo prodigios con ese sable. Al jefe del pelotón le dió el ascenso á manco; al centinela de la sacristía le rebanó la cabeza tan igualita como si fuera media tostada; y á éste le corta esto, al otro aquéllo, creo que hizo cada barbaridad que temblaba el orbe. Miren ustedes, añadió doña Rosalía, descolgando el arma, cuánto *moho*.. Todo eso es sangre *congelada*... ¿Ven ustedes qué de mellas en el filo?... De tanto dar en hueso...»

La sociedad de doña Rosalía escuchaba con religiosa mansedumbre, excepto el encargado del piano, que roncaba á compás libre, y el viejo amigo de la familia, que de cuando en cuando soltaba una risita anhelosa, con acompañamiento de cierta tosecilla perruna.

—¿Conque con ese sable se cometieron tantos disparates? arguyó por fin.

—Mírelo usted, afirmó la erudita nuera del héroe, pudiendo haber empleado el verbo *oler* en lugar del otro, pues por poco le saja las narices á su interlocutor por mostrarle el instrumento todo lo más cerca posible.

—¿Y fué su suegro de usted quien manejó ese chisme? prosigúió el bilioso vejete, amparando con ambas manos sus narices por temor á nuevas compulsas.

—Sí, señor. El mismo D. Cosme.

—¡Qué D. Cosme ni qué zanahorias! ¿A qué cuentan ustedes tales patrañas? Su marido de usted no tuvo padre...

Al oir esto, la tertulia de doña Rosalía perdió el equilibrio, cayendo todos los hombres desplomados sobre las sillas, y las mujeres sobre los hombres.

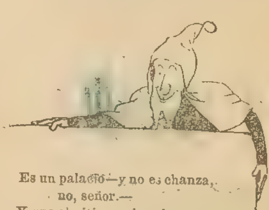
—No tuvo padre, prosiguió el orador, por la sencilla razón... de que es inclusero.

Aquí le llegó el turno á doña Rosalía, quien cayó desvanecida y de golpe sobre el piano, sacudiendo con el codo tan recio empujón al manubrio, que éste se disparó con la jota de los *ratas*, de la manera más *presto* y *vivace* que ha descompuesto organillos.

Todos se precipitaron á socorrer á la buena señora; y Acacio, á quien la revelación de su origen no preocupó tanto aquella noche como la ortografía de la Academia todas las demás del año, exclamó al oído de su esposa, con objeto de tranquilizarla:

—Decías bien... Es preciso escribir el folletito, hablando de *tu abuelo*, en lugar *del mío*. Yo haré que el jefe lo corrija, y verás como nadie nos enmienda la... espada. Y sobre todo, así iremos tirando hasta que venga otro amigo de tu familia.

JOSÉ SORIANO DE CASTRO.



Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

NO HAY MEJORES VINOS

QUE LOS DE

Carmen, 10. **AVANSAYS** Carmen, 10.

8 pesetas 16 litros.

Servicio á domicilio. **Servicio á domicilio.**

SOBRINOS DE GUINEA

CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Inmenso surtido en mazapanes y turrones elaborados bajo la dirección de uno de los Socios.

Exportación á provincias. Embalaje gratis.

CARRETAS, 27 Y 29

soicnuna araP
ed sortaet sol ne ó analp atse ne
-irid ,litnafnI é nitraM ,olopA
,SOICNUNA ED AICNEGA *esrig*
.15 ,aretnoM

Pelhukería de Gascon.

Caretas, 15 y 17.

Un vuen ser bizio, fin ho trato y eco no mia no se hen quentrra mas qe en es tha buestra Cas a.

Esp ezialidas en teñhidos.

Se bé á domi cil io.

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y. EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.

LA INFANTIL

FÁBRICA DE GUANTES

DE G. ZURRO

Ha obtenido el único premio de **Mérito extraordinario** de la última

Exposición española en Londres.

Guantes los mejores y más baratos.
Encargos á la medida.

Carretas, 14.

LA ESPAÑOLA

Chocolates los más acreditados de España.

Paseo de Areneros, 38.

Para toda clase de encargos, órdenes ó avisos referentes á esta Casa, dirigirse:

4, Preciados, 4.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y **muy reconstituyente.** Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS
EN CAUTCHUC

Primera casa en España.

Numeradores Perforadores. Prensas para taladrar cupones. Imprentillas á mano, Tenazas y plomos de precintar.—**CARRETAS, 41.**

MUEBLES
Y
TAPICERIA

Riesco.

Hortaleza, 3. Teléfono 229.

LOS MADRILES

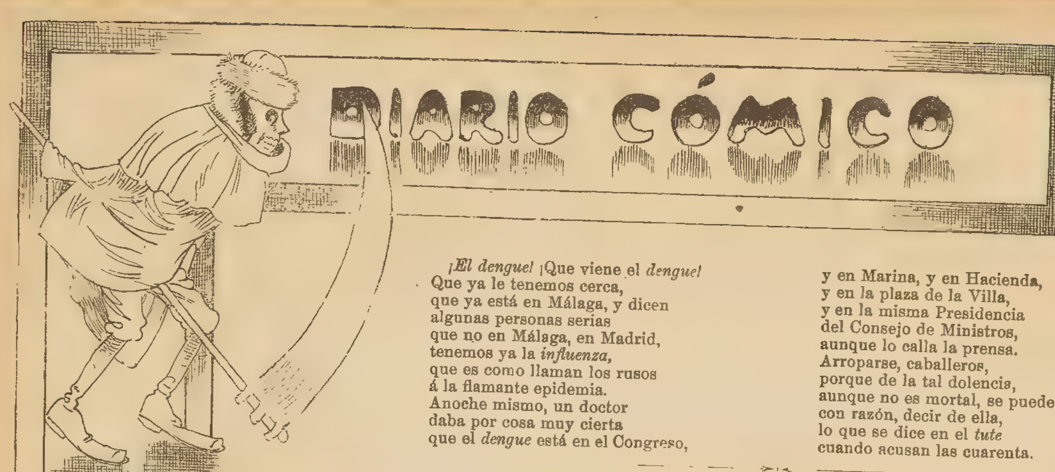
Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
14 Diciembre de 1889.
NÚMERO 63.

—¿Ha visto usted qué escote tan exagerado trae la de Montebajo?
—Bien puede traerlo. ¡Son tantos á escotar!...



¡*El dengue!* ¡Que viene el *dengue!*
Que ya le tenemos cerca,
que ya está en Málaga, y dicen
algunas personas serias
que no en Málaga, en Madrid,
tenemos ya la *influenza*,
que es como llaman los rusos
á la flamante epidemia.
Anoche mismo, un doctor
daba por cosa muy cierta
que el *dengue* está en el Congreso,
y en Marina, y en Hacienda,
y en la plaza de la Villa,
y en la misma Presidencia
del Consejo de Ministros,
aunque lo calla la prensa.
Arroparse, caballeros,
porque de la tal dolencia,
aunque no es mortal, se puede
con razón, decir de ella,
lo que se dice en el *tute*
cuando acusan las cuarenta.

—

Se ha celebrado un banquete
en honor de Figueroa,
concejal de rechupete,
digno de aplauso y de loa,
si cumple lo que promete.
Llevando al Ayuntamiento
su enérgica voluntad,
para cumplirlo, en verdad,

le sobra valor, talento,
prestigio y autoridad.
Defendiendo al vecindario
será pavorosa esfinge
que asuste al concusionario,
y habrá escándalo diario.
Lo siento por su laringe!

—

Ante el ara del altar
se postran ambos de hinojos;
ella, pálida y temblando;
él, sonriente y gozoso.
Los deudos y los testigos
forman animado coro,
y aparece el celebrante,
que es un cura grave y gordo.
Llega el momento solemne
de ir á pronunciar los novios
la frase sacramental
que los convierte en esposos,
y surge un impedimento,
y... ¡adiós! ¡Mi gozo en un pozo!
La empezada ceremonia

se suspende. El matrimonio
no se realiza, y lo grave
de tan terrible trastorno,
no es que los chicos se quedan
solteros, no; ¡qué demonio!
¡Es que espera la comida
de boda! ¿Y opinan todos
volver á su casa tristes,
afligidos y llorosos?
¡No, señor! ¡Irse á comer!
Pero... ¿y los novios? Los novios
toman también su partido,
y comen, como los otros.
Pensando piadosamente
—porque yo soy muy piadoso—
creo que suprimirían
algún plato por decoro;
es regular que en los postres
hubiese dulces, y bollos,
quesos, natas... y esas cosas,
dado el humor de los novios...
En fin, no aseguro nada,
pero... vamos, lo supongo.

—

A la Virgen del Pilar,
del Pilar de Zaragoza,
le regala doña Blanca
un trajecito de boda.
Como toda la familia
despunta por lo piadosa,
aseguran que don Carlos,
cuando logre la victoria,
el primer manto rëal
que use en Madrid, y no es broma,
lo tiene el hombre ofrecido
para la Virgen de Atocha.

—

De todas partes.—La hermosa
se une á su amante por fin,
y hay en la casa festín
tras la fiesta religiosa.
Como el *lunch* es agradable,
prolóngase la reunión,
y después de un cotillón
larguísimo, interminable,
un convidado oficioso,
viendo á la novia cansada,
anhelosa y enervada,
la pregunta cariñoso:
—¿Ya el cansancio la rindió?
Y la niña, sonriente,
contestó tranquilamente:
—¿Cansada? ¡Todavía no!

—

¡No es invención, no, señor;
conste que yo lo he leído!
Para ganar elecciones
no hay como *sacar el Cristo.*
Esto, sin duda, opinaba
cierto *pater*, que el distrito
de las Balsas recorría
empuñando un Crucifijo,
diciendo á los electores,
entre bostezo y rugido:

—¡Vota por éste, por éste!
y enseñaba el Santo Cristo.
¡Algún concejal carlista
pagaba la cruz, de fijo!

—

Don Blas se retira tarde,
(las dos de la madrugada),
y su señora le increpa
furiosa, desde la cama.
—¡Buenas horas de venir!
¿Dónde estuviste, canalla?
—Mujer, encontré en la calle
á un amigo de la infancia,
y me entretuve con él
dos horas, charla que charla.
—¡En la calle! ¡Tú estás loco!
¡Si está cayendo una helada!
—Eso es verdad. —¡Con el frío
se helarían las palabras!
—¡Quiá! ¡Si hablábamos los dos
con frases muy embozadas!

E. NAVARRO GONZALVO

Apuntes para un nuevo arte de escribir.

Cuéntase que una vez nuestra proverbial pereza se dejó requerir de amores por el demonio de la imprevisión, y que de estos amores nació la rutina, madre del estado satisfactorio en que se encuentran todas nuestras cosas (no se dirá que no tomo el asunto desde lejos, *ab ovo*, como si dijéramos, esto es, como si dijeran los pocos latinos que nos quedan). La agricultura, la industria, las bellas artes, la ciencia, caminarán á impulsos del progreso, que todo lo arrolla, hasta á los *mestizos*, por ejemplo; pero á remolque, con la vista dirigida hacia atrás, como pesarosas de dejar el camino trillado por donde tan bien se andaba, como temerosas de los inciertos lugares adonde nos llama nuestro destino.

No sé cómo nos las componemos, mas es lo cierto que, apenas en el nuevo camino, volvemos á aparecer con los andadores de la rutina debajo de los brazos. ¿Seremos un pueblo todavía sumido en las tinieblas de la Edad Media, con una capa de civilización moderna? Tranquilicémonos; porque esto lo ha dicho un extranjero, y es verdad axiomática que desde más allá de la frontera no es posible juzgarnos y tratarnos bien. ¡Como que para conocer bien las cosas de una nación, lo primero que se necesita es pertenecer á ella!

Estas y otras filosofías que me reservo para mejor ocasión, hizo nacer en mí, como diría cualquier galiparlista, ó galicista, según nuestra señora la Academia, la contemplación de nuestros libros de texto, rutinarios hasta no poder más, los de Retórica sobre todo. Visto uno, se han visto todos. Debe de ser una ciencia casi perfecta ésta de escribir, cuando tan pocas son las innovaciones introducidas en sus dominios tradicionales por algún espíritu heroico (llámolo así, porque heroísmo se necesita para poner las manos pecadoras en la ciencia oficial.)

Hoy para lo que se escribe y para el modo con que se hace, no hay reglas, habiéndolas en cambio, y no en corto número, para lo que ya no se escribe, ni probablemente se volverá á escribir en la vida.

A subsanar esta falta se encaminan estos ligeros apuntes.

¿Hay un arte de retocar, arreglar y manosear lo escrito por otro autor? ¿Hay un arte de traducir, arreglar ó desarreglar también las obras extranjeras? Creo que no, y que podré, por tanto, afirmar, sin riesgo de ser desmentido, la existencia de un completo divorcio entre la teoría y la práctica. Esta, gracias á los truchimanes y arregladores, sigue nuevos rumbos, no previstos por ningún Cornificio, y eso que han existido tantos, y á los cuales (no á los Cornificios, sino á los rumbos) es hora ya de darles sanción científica, reglamentándolos, como se han reglamentado ciertos males inevitables de la sociedad.

El primer caso, y el más fácil de todos, es hacer propia una obra ajena. Claro es qué no se trata de una mera sustitución de nombre, porque para tal cosa ya da sus reglas el Código penal. De lo que se trata es de una simple adaptación á fines en que no pensó el autor, ó que los pensó de otro modo, y esto ya varía... hasta cierto punto. El destrozo, la adaptación quise decir, se hace muy pronto.

Comiénzase por omitir el nombre del autor primitivo: esta regla es de las que llaman *esenciales* algunos retóricos. Después se disloca la obra, rompiendo sus articulaciones, poniendo sus párrafos patas arriba, vamos al decir, y cuidando mucho de variar las primeras y últimas palabras de éstos, con lo que el lector futuro, y nunca por lo común presente, queda desorientado y el autor segundo, ó secundario, en camino de una fama, que para mí no quisiera.

Esta faena, que alguien considerará, si no pecaminosa, propia á lo menos de un remendón de la república de las letras, no está exenta de dificultades. Córrese el riesgo de dar con el verdadero padre de la víctima y de tener que contar .. y no dinero. Por esto los más duchos en el oficio toman por campo de sus hazañas comunistas obras cuyos autores no puedan acudir en su defensa. Esta conducta merece elevarse á la categoría de precepto de higiene literaria. Puede ocurrir también que por querer alterar el orden de los términos, á fin de dar más color de originalidad á la *chapuza*, se caiga en transposiciones, cuyo sentido no desentrañara el mismo Merlín, si para ello resucitase: ó en conversiones no autorizadas por la Lógica, llegándose de este modo á decir que todas las mujeres son coquetas, sólo porque al padre original se le antojó sostener que todas las coquetas eran mujeres.

Este arte tan sencillo se va complicando cada vez más; pues si el ingenio, ó cosa así, de esos padres putativos es alguna vez fuerza que desdobla las producciones de la química intelectual, haciendo de una obra dos, es con mucha más frecuencia, juntando varias en una, agente de síntesis tan estupendas, que noramala para todas las inorgánicas y orgánicas, las del mismo Berthelot inclusive, verificadas hasta el día.

Preséntase muy llano el procedimiento: basta un poco de sentido común y el hábito, la rutina, para saber dónde se ha de introducir el relleno. Con tal que la materia sea la misma, poco importa que una disquisición filosófica en sentido idealista resulte interpolada de *morcillas* positivistas; poco importa que en un cuadro estadístico la suma no corresponda á los sumandos, por haberse tomado éstos de un autor y aquélla de otro. ¿Quién diablos, ya que gastó el dinero, va á gastar la paciencia descifrando logogrifos?

Pero donde se puede ejercer más á mansalva el oficio (que no arte) de arreglador, es en los libros extranjeros. Por esto los traductores se llevan la palma, y así hervimos en ellos que da gusto. ¿Por qué nos hemos de tomar el trabajo de idear, cuando tan cómodo es aprovecharse de las ideas que, ya aderezadas, nos sirven de fuera? Hay sobre el modo de ejecutar el trabajo, diversas escuelas: en lo que todas están conformes, y no forman de consiguiente, más que una sola, es en la procedencia, que ha de ser necesariamente francesa. Y aun tal vez por eso, al poner *versión española* debajo del título de la obra extranjera, se haya pensado que, como cosa sabida, es ocioso decir la lengua de que se vierte, y que, dada la mala envoltura corporal de que se la dota, lo que se hace necesario decir más bien es la lengua á que se vierte, que quizá sin esto no se sabría. Además de la procedencia indicada, permítese una ligera vuelta por Italia; pero á condición de no hacer larga estada en ella. En cuanto á las escuelas, hay dos: una que defiende la sujeción á la letra, y otra sólo á la idea. Esta sería indudablemente la mejor, si no fuera porque sus adeptos, haciendo de la necesidad virtud, siguen tal conducta por ser capaces de hallar desiertos (*desserts*), en una comida, y personas (*personne*) donde no se ve á nadie. A lo menos tienen la virtud de conocerse, que no es poco.

Con las obras extranjeras se llevan á cabo las mismas permutaciones y combinaciones que dejo apuntadas para las patrias, y las reglas á que tienen que sujetarse son también poco más ó menos las mismas que rigen á las segundas.

Finalmente, aún se llega á más en la vía de las síntesis: revolviendo y amasando lo propio con lo extraño, lo nacional con lo extranjero; armando una confusión, digna compañera de la que afligió á los que elevaron en la Antigüedad la precursora de la torre Eiffel; haciendo un pisto, no manchego, sino internacional, que el diablo que lo entienda, se llega á la producción de una criatura, *concebida á escote entre más de veinticinco*, como el famoso hijo de *Doña Dinguindaina*, de mal cuerpo, peores ideas y vida efímera.

Una observación importantísima para terminar: todos los arreglos que para su confección necesiten mucho tiempo, son negocio ruinoso, *modos de vivir que no dan de vivir* (creo que así es la fórmula de Fígaro, aun cuando no precisamente de estos modos). Podrán salir hechos á la diabla, esto es cuenta del que paga; pero deberán salir con la misma prontitud que el buñuelo de la caldera, porque esto es cuenta del que cobra.

José María Esbrí.

Lección infantil.

—¡Papá! ¡Papá! decía
la tierna Rosa, del jardín volviendo.
La jaula que guardaste el otro día
no seguirá vacía,
porque he logrado el nido que estás viendo.
¡Mira qué pajaritos tan pintados!
En esa jaula les pondré su nido.
Prodigaré solícitos cuidados
á los que aprisionar he conseguido;
y les daré, en constantes ocasiones,
migas de pan, alpiste y cañamones.
Luego la jaula pintaré por fuera
y mandaré que doren su alambrera.
Pero... ¿En qué estás pensando?
¿No me escuchas, papá? ¡Te estoy hablando!
—Sí, querida hija mía.
Pensaba, al escuchar esa querella,
que en la cárcel me han dicho que hay vacía
una celda muy bella,
y que te pienso trasladar á ella.
Como allí el reglamento es algo fuerte,
ni tu mamá ni yo podremos verte;
pero te mandaremos cien brocados
que aumenten tu hermosura,
y haré dorar cerrojos y candados,
y de bronce pondré la cerradura.
Pero... ¡cómo! ¿Llorando estás por eso?
—Ya no lloro, papá: te he comprendido;
corro á llevar al árbol este nido,
y... ¡vuelvo por un beso!...

Carlos Ossorio y Gallardo.

ACERA DE LA IZQUIERDA

—Mi marido estará en el Congreso dando su voto para los presupuestos; entretanto voy á dar yo el mío á mi primo, que lo estará esperando.

—Vamos, que en cuanto que te veo, siento asíncomo que me anda el *dengue* por tó el cuerpo... y... ¡vamos! ¡Que te *dengues* hacer, y verás!

—¿Qué haría yo para tener calor?
—Improvise usted versos. ¿No ha oído usted hablar «del calor de la improvisación?»

—Pos el *dengue* debe de ser de caballería, porque yo he oído muchas veces: «¡Malos *dengues* te pisoteen!»

ACERA DE LA DERECHA

—Mi mujercita creerá que estoy arreglando los presupuestos, y es verdad; pero son los de una coristilla que me trae loco.

Una voz.—¡A que son coloradas!
Ella.—¡A que no! ¿Cuánto?

Fotografía á pluma.

Lector, si eres casado y tiene tu señora algún primo que mime á tus hijos, los regale confites y se preste gustoso á ser padrino pagano de tu futuro vástago, no leas este artículo, copiado de la realidad

Los emborrona-cuartillas nos asemejamos algo á los niños que construyen saetas de papel; las arrojamos sin intención á los vientos de la publicidad, y luego... luego vienen á herir inconscientemente á algún señor quisquilloso, que, poniendo cara de vinagre, se dice:

«¿Esto irá destinado á derrumbar mi felicidad?» Y advierto que la tal es una burbuja que se evapora al menor soplo de la maledicencia.

. . . .

¡Qué pálida estaba su adorada mujercita! Ya le pesaba á él *aquello* de marras. ¡Eso sí; el pobre Pacomio la miraba como se mira á un sér divino, con cierto deje de servilismo, con aire estúpido!—¡Anda, Pacomio; prepara las servilletas, las... Pero hombre, ¿qué haces así, hecho un bobalicón? Vendrán los convidados al bautizo, y...

—Ya voy, mujercita, replicaba el bueno de Pacomio.

Y ayudado de Rupertito, el primo de su señora, iba Pacomio arreglando la mesa y poniendo encima de los platos las copas, y viceversa; aquí, la servilleta encima de los bizcochos; allá, la bandeja de dulces junto á una pila de emborados. Gracias al primo, que enderezaba el entuerto aquel de etiqueta, la mesa iba presentando cierto aspecto artístico. Y todo lo pagaba la prima con sonrisitas y alguna que otra cuchufleta al esposo des mañado, que no hacía otra cosa que ir y venir, regañar á la criada, tropezar con los muebles, mirar á su mujercita y lanzar suspiros, que traduciremos por imprecaciones contra la torpeza que Dios le había dado.

—

Demás que las fórmulas sociales vienen á ser los fantasmas que aterrorizan á los rutinarios, Pacomio no se daba punto de reposo en obsequiar á sus huéspedes con aquellas frases de urbanidad hechas *ad hoc*, y que él aprendió en fuerza de palmetazos, allá en sus buenos tiempos, cuando aún no había soñado en que le llegaría el caso de ser el hazme reir de las gentes que van á los bautizos como pudieran ir á otra fiesta para criticar, cómer, reir y bromear, importándoseles un ardite que el anfitrión se fastidie de lo lindo mirando si á su mujercita le produciría mal el ruido de las conversaciones, ó el excesivo calor, ó el humo de los cigarros, ó... las inconveniencias de algún amigo de suyo gracioso y dado á hacer chistes á costa del prójimo.

Pacomio estaba rojo como la grana .. Había acudido una porción de gente... más de la que él esperaba; el jefe de la oficina, la señora del jefe, las niñas del jefe, los novios de éstas, el amigo Juan, la amiguita Julia, papá suegro, mamá suegra, un hipnotizador que presentaba un amigo, un señor que le había dado la chifladura de hacer juegos de manos .. y de pies, y en un tris no salta, en uno de sus experimentos, un ojo á cierta señorita espiritista que se empeñó en hacer ver á la concurrencia á Mahoma dando el brazo á la Magdalena, por más que ambos personajes debían de haberse escondido debajo de la mesa, porque nadie los vió, ni mucho menos... Amén de estos señores, el negociado de Pacomio, el primito de marras, los vecinos .. y un perro de lanas que puso en grave peligro las escuetas pantorrillas de una niña cursi que decía haber recitado el horóscopo de «Don Pedro el Cruel, del inmortal Lope de Vega...»

Atienda usted á todos; dé usted un azucarillo á Fulanito; alargue usted una taza de chocolate á Menganito; pase usted la servilleta á un niño menor de edad y de educación, que ha tirado á la cara de su señora mamá el problemático soconusco, contenido en una microscópica jícara; reparta usted los bizcochos á un caballero particular, que de un bocado engulle una «trinidad bizcochil,» y dígame usted, pío lector, si Pacomio no estaba en su perfectísimo derecho de renegar—siquiera mentalmente—de la ocurrencia aquélla en que vino su señora de convidar á tanto tipo por sólo tener el orgullo de oir las eternas frases de:

—El niño es muy bonito, muy hermoso; al fin, como hijo de ustedes... ¡Que Dios se le conserve muchos años y llegue á ser un hombre de provecho como su padre.»

Y lo que más amoscaba á Pacomio, es que el primito se había sentado junto á la primita... ¡y ahí me las den todas!... ni le ayudaba en nada, ni decía esta boca es mía... Y á él se le agotaba ya el material de respuestas, y no daba pie con bola, y los convidados se reían á su costa y miraban á los primos, y... —¡Pacomio, di algo! exclamó la señora riéndose, ¡Dios sabe de qué!... Si de la cara fúnebre que había puesto su esposo, ó de las chirigotas del primo.

Y todos los convidados á una dijeron con voz que debió asustar al héroe de la fiesta, que dormía en la cunita, sin duda por no ver ni oir las simplezas de su señor papá:

—Diga usted algo, D. Pacomio, diga usted algo.

Y Pacomio no supo qué replicar. Gracias á que vino en su ayuda la señorita que recitaba el horóscopo de D. Pedro.

—Si quieren ustedes, declamaré la *escena del sofá de Don Juan Tenorio.*

—¡Ay! Mi niña, no es por alabarla, no, señor; pero se pinta sola para eso, insinuó la madre.

—Ya lo hemos conocido, señora, murmuró un chusco.

En medio del mayor silencio se levantó la «artista.»

Con ademanes imposibles de describir y voz indefinible empezó la declamación.

. . . .

Dios de Dios! ¿Qué pasaría allí, que la señora del jefe, las niñas del jefe, los novios de las niñas y el jefe salían media hora más tarde comentando la declamación?

—La verdad, decía el jefe; Pacomio es un buen chico, eso sí; pero prometo no volver á su casa... ¡Mire usted que el primo miraba á la prima de una manera!... Y como si esto no fuese bastante, sale esa *cursi* á remachar el clavo y destrozar la famosa escena ..

Y en tanto el novio de una de las niñas pensaba:

—Gracias á que mi futura no tiene primos, que yó sepa; porque verdaderamente al escultor siempre le gusta que su obra tenga el sello de su fábrica, no el de ninguna otra.

Alejandro Larrubiera.

Amor imposible.

Voy navegando sin llegar al puerto,
buscando en la mujer amor y amparo.
¡La nave existe, pero falta el faro
que le dé luz y derrotero cierto!

Hallo la niebla por el mar desierto,
sin encontrar un horizonte claro...
¡Siempre responde un corazón avaro
al corazón para el amor abierto!

En vano lucho con furor de atleta,
y al imposible el alma desafía.
¡Todo me vence, todo me sujeta!

¡Y tengo una esperanza todavía!
¡Tal vez en un rincón de otro planeta
hay un alma gemela de la mía!

Ricardo Catarineu.

Fariseos y Epicúreos.

I

Hipócrita cual no hay dos
con sus ribetes de ingrato,
no entra en casa de Pilato,
pero crucifica á Dios.

II

Sensualista, vengativo,
cerdo y tigre, fango y luto,
pretende hallar lo absoluto
en un mundo relativo.

III

Por eso el Cielo y la Tierra
condenan tal monipodio.
Cristo es amor, y ellos odio;
Amor es paz, y ellos guerra.

Abdón de Paz.

¡Huy!... ¡Qué miedo!

¿Quién me tose? Yo soy un valentón;
mi audacia y mi valor no tienen fin,
y saco al más templado matachín
cinco muelas ó seis, de un bofetón.

Mi renombre de terne y de matón
vuela ya de un confín á otro confín,
y no hay desde Madrid hasta Pekín
quien me iguale en bravura y corazón.

Así á más de uno escucharéis hablar,
siempre y cuando que llegue á comprender
que el que le escucha tiene á bien callar.

Mas si uno tanta necedad al ver,
le pretende las cuentas ajustar...
¡Madre de Dios! ¡Qué modo de correr!

Ataulfo Friera.

LA ESTRELLA

Pierre Veron, el ingenioso *chroniqueur* del *Charivari*, pasando revista á los males que hoy afligen al Teatro y son causa principal de su perversión y de su decadencia, escribe lo siguiente en uno de sus artículos más notables:

«La *estrella* es, ante todo y sobre todo, el azote del teatro actual. Directores imprudentes han dejado que el público adquiera, en este punto, costumbres deplorables.

»En otros tiempos las obras teatrales eran representadas por Compañías modestas y bien proporcionadas, que, sujetas á la disciplina y dirigidas con inteligencia y acierto, ofrecían el *conjunto* apetecible. El resultado para las Empresas y para el público era excelente y económico.

»Hoy, un caballero ó una señora, cuyos méritos, más deslumbradores que bien fundados, todo el mundo preconiza y pondera, aunque nadie los analiza y justifica, imponen desde luego su voluntad y su tarifa. La cuarta parte del ingreso posible es para ellos.

¡Pobre empresario, líbrate como puedas de esa tiranía que te subyuga y te aniquila, y que sin embargo es tu obra! Tú has aturdido un día y otro los oídos del «respetable público» *tocando el bombo*, sin un compás de espera, hasta rendir tu brazo y apurar tus fuerzas, para dar á dos ó tres nombres una celebridad perjudicial. Una vez hecha esta celebridad; una vez que has puesto á la *estrella* en los cuernos de la luna, la *apoteosis* se ha vuelto contra ti, mi pobre empresario. La *estrella* ha dicho: «¡quiero!» sin mostrar inquietud ni cuidado de saber si tus recursos te permitían responder: «puedo.»

Para no ir á una quiebra inevitable, sólo tienes dos medios á que recurrir: ó subir el precio de las localidades, ó no tener al lado de la *estrella* sino artistas de *realización*, «á real y medio la pieza,» míseros ganapanes del arte que se contenten con percibir un «triste» jornal.

Algunos empresarios hacen á la vez lo uno y lo otro, y aún hay quien se sorprende de que los espectadores se hayan batido en retirada. ¡Todo tiene sus límites!

Otro de los inconvenientes de las *estrellas* teatrales es que el caballero ó la señora á que me refiero tienen, como *plus*, la pretension de prohibir que á su lado haya alguien que puede tener talento.

Roqueplan afirmaba que todos los tenores se ponen verdes de envidia cuando oyen aplaudir á una bailarina. Indudablemente Roqueplan exageraba; pero ahí está la *estrella* para que casi le demos la razón. La *estrella* obliga á que se corten todos los «efectos» de los otros papeles. La *estrella* exige que se pongan en el suyo todas las palabras que puedan «resultar.» La *estrella* reina, gobierna, tiraniza, divaga.

De aquí un desorden completo, una ruina general.

Que la *estrella* falte á su palabra ó se eclipse de pronto, y el teatro entero se vendrá abajo. Sin ella no hay repertorio, no hay salvación.

Fuerza es decir también que el público ha sido el primer culpable. El es quien se ha entusiasmado ó se ha dejado entusiasmar; él quien no se ha dignado ir al teatro si no veía á la cabeza de los anuncios y carteles el nombre de alguna de esas *notabilidades* de talco y de oropel, que deslumbran y enamoran á los incautos, como á los infelices salvajes de la India los cintajos llamativos y los vidrios y prismas de colores con que los engañan y explotan astutos negociantes.

Creíase bueno y bastante servir al público obras suficientemente ingeniosas, concienzudamente estudiadas y representadas propia y discretamente. El público permanecía frío é impasible como si fuera de mármol. Necesitaba la *estrella*.

¡Ah! ¡Y cómo se ha burlado ella de este fanatismo! ¡Y cómo ha sabido hacer pagar muy caras esas predilecciones imprudentes!

Acaso por esto el público parisién comienza á no querer «hacer *estrellas*,» y en ello obra como un sabio. Suspendiendo la fabricación del género puede á la vez salvar la situación perfectamente.

Desapareciendo aquel despotismo, entraríamos en un orden de cosas razonable y posible. Si no... quiebra, ruina y cataclismo.

Ya lo sabes, público.

Y ahora, elegid vosotros lo que mejor os parezca, señores directores; escoged vosotros lo que más os convenga, señores empresarios.»

Traducido libremente del francés por un chico que piensa dedicarse á eso *de los arreglos*

CANTARES

Soy, de todos los hombres del mundo,
el más desgraciado.
Una vez fui feliz en mi vida,
¡y ha sido soñando!

—

Justo es que su recuerdo
me desespere.
¡Si yo la quiero tanto!...
¡Si no me quiere!...

—

Antes me parecía cosa rara
lo que mi pobre padre me decía.
«Alguna vez, si yo no suspirara,
¡créemelo, hijo mío, me ahogaría!

—

Si Dios es tan grande
¿por qué ha consentido que siendo tan buena
muriera mi madre?

—

Aun cuando tú parezcas enamorada
no me convenzo;
porque por esa boca tan chiquitita
no cabe un beso.

—

De libertad la verdadera imagen
es para mí el suspiro,
que no hay poder humano que consiga
mantenerlo cautivo.

—

Faltos de memoria
los hombres quisieron remediar su falta
creando la Historia.

—

Hasta lo incomprensible
llega tu orgullo.
No comprendes que el Dios de los mendigos
sea el Dios tuyo!

—

¡Ya ves si te quiero!
Por no profanarlo, ¡ni aun á tu retrato
le daría un beso!

—

Si vivir es trabajar,
y trabajar es vivir,
puede la muerte llegar:
ella me ha de redimir.

—

Cuando ayer te mostraba mi alma
diciendo: ¡Te adoro!
me decías *que no*, con la boca;
que sí, con los ojos.
Y hoy, temiendo que, ingrata, pudieras
haberme olvidado,
me decías *que sí*, con los ojos;
que no, con los labios.

J. Campo-Moreno

LIBROS

El Sr. D. Joaquín Olmedilla y Puig (correspondiente de la Academia de la Historia y Consejero de Sanidad), ha escrito y publicado un *Bosquejo biográfico* del popular escritor de costumbres D. Ramón de Mesonero Romanos. (*El Curioso Parlante.*)

Contiene noticias muy curiosas, está bien pensado y bien escrito, y se vende á 2 pesetas en las principales librerías.

Nos limitamos á dar la noticia.

Estamos seguros de que el público hará lo demás.

—

Rafael Calvo y el Teatro Español, por *Clarín* (Leopoldo Alas). Es este interesante folleto el sexto de la serie que viene publicando el reputado crítico, y creemos que se agotará en breve la edición, como ha ocurrido con los cinco primeros. Excusamos elogios por tratarse de un asiduo colaborador de Los Madriles. Compren ustedes el folleto y nos darán las gracias. Precio: una peseta.

Colección Jubera.—Treinta años de París. *A. Daudet.*—Otra vez ha dado esta casa editorial gallarda muestra del lujo y buen gusto con que sabe presentar las obras.

Treinta años de París es un acabado modelo tipográfico, que honra la acreditada casa del Sr. Rubiños, que, hoy por hoy, no tiene rival en España en esta clase de trabajos.

A pesar de la firma que garantiza este libro, de estar impreso en varios colores, con profusión de grabados, etc., su precio es solamente de 3,50 pesetas.

—

Versos y poesías.—Precioso libro del conocido literato mallorquín, D. Camilo Pou. Otro día nos ocuparemos más detenidamente de esta obra, digna del mayor encomio. ¡Vaya si vale el chico! Compren ustedes la obra.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Banco Hispano-Colonial.

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886.

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Enero próximo el cupón núm. 14 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales designados ya en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos; y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por médio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Enero, y transcurrido este plazo se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Diciembre de 1889.— El secretario general, *Arístides de Artiñano.*

Emisión de 1886.—Sorteo 14.º

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el 14.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 6 de Noviembre de este año, han resultado favorecidas las once bolas

Números 1.998, 2.687, 2.997, 3.524, 4.286, 5.343, 6.987, 7.599, 8.351, 9.098 y 10.381.

En su consecuencia, quedan amortizados los 1.100 billetes

Números 199.701 al 199 800; 268.601 al 268.700; 299.601 al 299.700; 352.301 al 352.400, 428.501 al 428.600; 534.201 al 534.300; 698.601 al 698.700; 759.801 al 759.900; 835.001 al 835.010; 909.701 al 909.800 y 1.038.001 á 1.038.100.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Enero próximo, á percibir las 500 pesetas importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones

Barcelona 1.º de Diciembre de 1889.— El secretario general, *Arístides de Artiñano.*

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
21 Diciembre de 1889.
NÚMERO 64.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

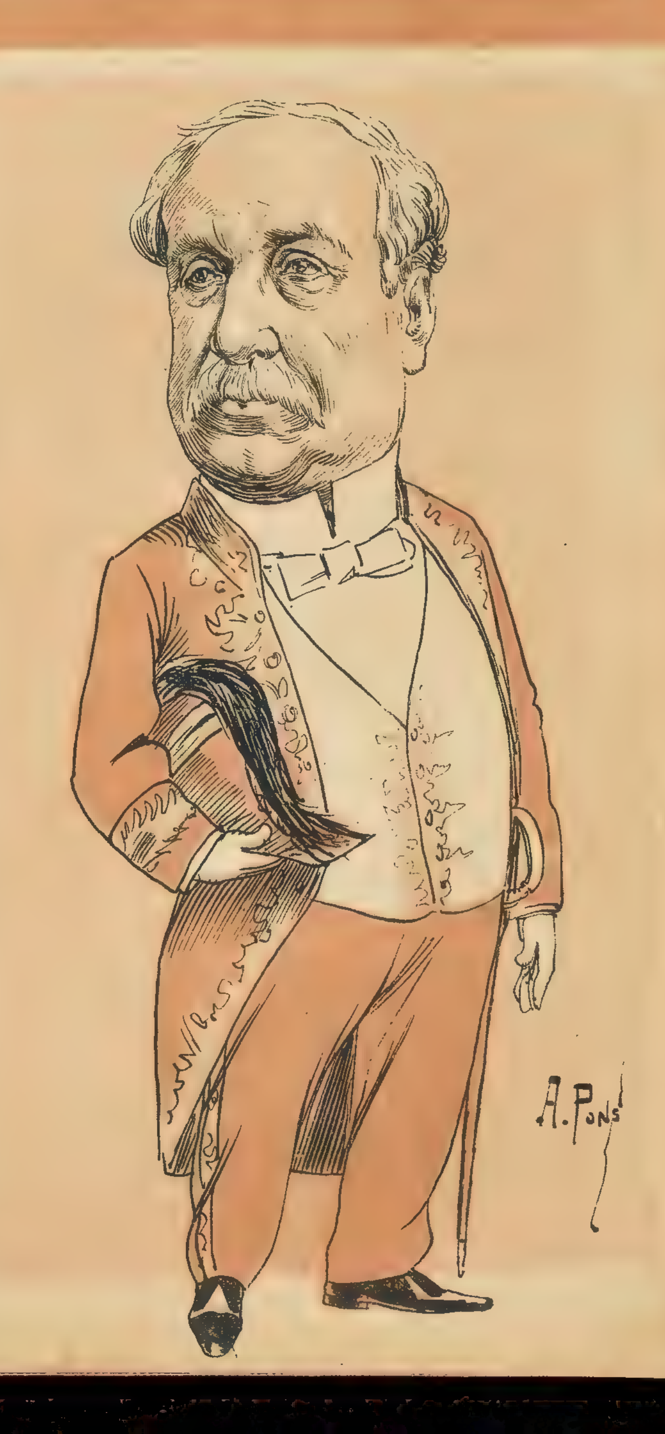
JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

La Academia Española ha hecho tomar asiento en uno de sus rojos sillones á este esclarecido escritor granadino, cuyas excelentes obras son tan conocidas como estimadas, por ser á un tiempo prodigios admirables de talento, de observación y de ingenio, y modelos acabados de belleza de dicción y de galanura de estilo.

El insigne autor de las *Cartas trascendentales*, de *La novela del Egipto* y de *Las historias vulgares* es uno de los escritores contemporáneos que tienen personalidad y fisonomía literarias más determinadas, más propias y más simpáticas.

Su ingreso en la Academia nos produce un pesar.—El nombramiento de académico parece que indica algo así como jubilación ó pase á la escala de reserva.—A semejanza de los escaños del Senado, aquellos codiciados sillones convidan al sueño. Pudiera creerse que rellenan sus asientos con los laureles que ganaron los agraciados, para que duerman sobre ellos.

Y es sensible que, para desdicha de las letras españolas, se entreguen al sueño escritores tan *despiertos* como D. José de Castro y Serrano.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

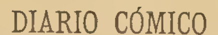
Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

DIARIO CÓMICO



Tengo que comenzar esta *Crónica*...

—Vamos, sí, comprendido. Navarro está enfermo.

—Justamente.

—¿Tiene otra vez el *dengue?*

—¡Qué ha de ser el *dengue!*

—Bueno, bien, la *grippe* ó la *influenza*...

—Eso: la *influenza*... del *dolce far niente.* ¡La pereza!

—¿De modo que está condenado á *pereza* un número sí y otro no?

—Exactamente: y con este motivo, ustedes, un número no, otro sí, van á estar condenados á *Pérez.*

—¿Y á usted no le ha dado todavía el *dengue.*?

—No, señor, y en buena hora lo diga.

—Pues á estas horas en Madrid no se han escapado de él ni las ratas. Oiga usted lo que dice *El Correo:*

«Damas hermosas, hombres políticos, jóvenes elegantes, humildes sirvientes, todos se encuentran á la par en el lecho del dolor.»

—¡Hombre! ¡A la par en el lecho!...

—¿Y qué hay de singular en eso?

—Pues eso .. El *singular.*

—Afortunadamente, *dengue, grippe, influenza*, ó como quieran llamarle, no es grave.

—¡Qué ha de ser!

—¿Y se sabe qué lo produce?

—Sí, señor... Un médico amigo mío dice que todas las enfermedades son ocasionadas por seres invisibles, *microbios* que tienen distintas especialidades morbosas. Por ejemplo, el *micrococo*, de la difteria; el *bacilo virgula*, del cólera.

—¡Ah! ¿Y el *dengue* lo produce otro microbio?

—Eso es; pero un microbio que nada tiene de terrible ni de fiero; un microbio casi inofensivo; un microbio manso.

—Sin embargo, en todas las casas está produciendo grandes perturbaciones, y en todos los servicios grandes trastornos... Especialmente en el de la correspondencia pública. Y... ¡mire usted qué coincidencia! En París, en donde primero se presentó y causó mayores males, fué en las oficinas de Correos y Telégrafos; y en Madrid ha causado tal número de bajas en el personal de Correos, que hasta la Administración ha tenido que dirigirse al público, manifestando que el dichoso *dengue* tiene desorganizado el servicio.

—Lo cual demuestra que es un microbio *manso*... y *mansi.*

—

—Y hablando ahora de cosas más agradables... ¿qué sabe usted de las pruebas del *Peral?*

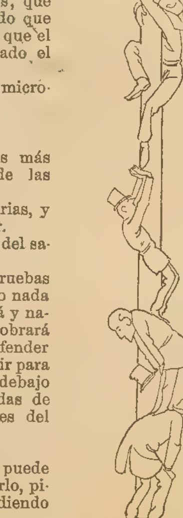
—Pues que han sido satisfactorias, y un triunfo para el insigne inventor.

—¿Y qué dicen ahora los chicos del salón de conferencias?

—Pues nada... que sí, que las pruebas no han salido mal...: pero que eso nada vale, porque el barco se sumergirá y navegará debajo del agua, y maniobrará como se quiera, y servirá para defender las costas, pero que no podrá servir para llevar emigrantes á América por debajo del agua, ni para fabricar monedas de cinco duros en las profundidades del Océano.

—¡Ave María Purísima!

—Eso prueba que cuando no se puede negar el éxito, se trata de atenuarlo, pidiendo peras al olmo, esto es, pidiendo imposibles á Peral.



—Seguramente no habrá franceses que se porten así con el inventor del *Gimnote*, su barco submarino.

—Seguramente. Hay una caricatura antigua, que nunca se hace vieja: la de *las tres cucañas.* Un inglés trata de subir á una cucaña, y los ingleses lo contemplan con curiosidad, y cruzados de brazos *lo dejan hacer.* Un francés procura subir á otra, y los franceses, que así entienden el patriotismo, lo ayudan con todos sus bríos, empujándole para arriba con todas sus fuerzas. Pretende un español subir á la tercera, y sus compatriotas, cogidos de sus piernas, tiran de él, haciendo todo género de esfuerzos para impedir que suba.

—Pues eso es poco halagueño para los españoles.

—Le advierto á usted que la caricatura era francesa, y que en ella hay, por consiguiente, aunque un gran fondo de verdad, algo de parcialidad y de exageración. Todos los españoles no son así; ¡qué han de ser! Pero hay de aquéllos... más de los que debiera haber.

—¿Y qué cree usted que deberá hacerse con los que son así?

—¡Hombre! Puesto que ahora se trata de *Peral*, yo creo que lo mejor sería que es pusieran *las peras á cuarto.*

—

—Y de teatros ¿no tiene usted nada que decirme? ¿No sabe usted nada?

—¡Phs! Alguna cosa. Que en el teatro Real ha entrado el *dengue* sin respeto á lo de real, porque esos *dengues* no respetan nada; que Eslava tuvo que cerrar sus puertas porque el dichoso *dengue* entró en la casa como Pedro por la suya, es decir, entró en Lacasa, y en Ruiz, y en la Muñoz y en Sánchez, sin respetar altos ni bajos, montes ni valles, es decir, á la Montes ni á Vallés; que en Novedades se han librado de él hasta ahora, gracias á un *Doctor negro* procedente de Francia, que tienen allí; que en Lara sirven en «dos raciones» unos *Langostinos*, de igual procedencia, que son cosa de chuparse los dedos; que en el Español han estrenado un precioso sainete de Javier de Burgos, el popular autor de *Los Valientes*, cuyo sainete es un valiente más, porque todo el mundo, al salir del teatro, dice: «¡Valiente sainete!»; que en Apolo han cantado una *Misa de requiem*, alegre y regocijada como *misa del gallo;* que en Price siguen alzando el ídem con su *Kiki ri-ki*, y, por fin, que en la Zarzuela...

—Sí, eso ya lo sé; he leído en *La Correspondencia* que SS. AA. RR. la infanta doña Isabel y la condesa de París habían pasado el día cazando piezas menores en la Zarzuela... y hasta que habían cobrado no sé cuántas.

—Bien; pero aunque la Zarzuela se haya dedicado este año á las piezas menores, el suelto que usted ha leído no se refiere á esa Zarzuela ni á esas piezas. Las piezas menores de la Zarzuela, teatro, las cobran sólo los autores... cuando no las caza el público.

—

—¡Vaya, adiós, señor cronista sustituto, y muchas gracias por sus noticias!

—Acepto sus gracias para que en la Crónica haya algunas, y me despido de usted. Adiós, y Él le libre de *dengues* y *sablazos*, que son las dos epidemias del día, y le conceda, como para mí deseo, ¡FELICES PASCUAS!

FELIPE PÉREZ.

A BECQUER

En tus rimas dolientes palpitan
Las luchas violentas que el alma destrozan,
Y es en ellas un ¡ay! cada verso
Y un tierno poema de amor cada estrofa.

Tú del mundo romántico hiciste
Volver á la vida las muertas memorias,
Y en fantásticos viajes has visto
Las pálidas ninfas que albergan las ondas.

Y á través de la niebla azulada
Que el sol moribundo de grana colora,
Contemplabas extático el cielo
Que lento se iba cubriendo de sombra.

Cuando el fiero dolor en tu pecho
Clavaba, inclemente, sus garras traidoras,
Y en el fondo del alma sentías
Rugir la tormenta con voz tempestuosa;

Cuando ansiabas volar con las nubes,
Temiendo quedarte con tu duelo á solas,
¡Pensativo la frente inclinabas
Y en tu arpa, temblando, morían las notas!

Pues si el trueno retumba rugiente,
Y el rayo fulgura, y el viento solloza,
Y á torrentes desciende la lluvia,
Y el río se encrespa, y el roble se troncha;

¿Qué ha de hacer la infeliz avecilla
Que cruza el espacio turbada y medrosa?
¡Poner fin á sus dulces gorjeos
Y huir á ocultarse, del bosque en las hojas!

Hoy, que el hondo rumor del trabajo
Potente y triunfante los aires asorda,
Y la fiebre vital de la idea
Consume la mente y el alma devora,

¿Quién se acuerda del mísero bardo
Que escribe sus versos oculto en la sombra?
¿Quién escucha sus plácidos himnos,
Ni á quién enternecen los cantos que entona?

Si hoy el vate pulsando su lira
Le arranca, inspirado, sonidos y notas,
Ya no canta, en sentidas endechas,
Ni vagos ensueños ni amantes historias;

Ni visita, en fantásticos viajes,
Las pálidas ninfas que albergan las ondas...
¡Mas consagra á la paz y al progreso
Sus férvidos cantos, sus rítmicas odas!

De nereidas, de ondinas y gnomos
Pasó, para siempre, la turba ilusoria:
¡Ya la virgen, feliz Poesía,
Herida de muerte cayó!... Mas ¿qué importa?

Cuando el rayo, del hombre cautivo,
Los pueblos dispersos del mundo eslabona,
Y el vapor, con intrépido empuje,
Valiente y gallardo quebranta las olas;

Cuando chispas de luz y de ciencia
Las sombras disipan y el mundo transforman,
Y se pesan y estudian los astros,
Y el mismo infinito se mide y se sonda,

¿Quién, en vanas y fútiles quejas,
La vida y el tiempo malgasta, malogra?
¿Quién, del siglo á las luchas gigantes,
Sus fuerzas no presta, sus cantos no asocia?

ATAULFO FRIERA.

El último adios.

Al fin pude verla asomada á la ventanilla y dirigiendo sus ojos en mi busca, mientras la máquina avanzaba con lentitud majestuosa por el andén, arrastrando los vagones, que sacudían con intermitente chirrido sus músculos de hierro.

«Voy al convento de X...; pasaré por ahí; sal á esperarme y nos daremos el último adiós.»

Esta carta, la primera noticia que recibía después de cuatro años de la compañera de mi infancia, de la que compartió conmigo los juegos tumultuosos de la niñez, me hizo acudir á la estación más entristecido que alegre; y mi tristeza subió de punto cuando, al estrechar entre mis manos las suyas, contemplé su rostro hermoso, pero impasible y frío, como los de esas estatuas del Renacimiento que retratan á un tiempo la belleza y la muerte.

Era ella; pero ¡qué diferencia tan grande existía entre aquel rostro alegre, lleno de vida y de expresion, que yo miraba como una aurora en los comienzos de mi juventud, y el rostro que se me ofrecía entonces, arrebujado en una toquilla oscura! Los ojos grandes y negros, donde brillaran antes todas las pasiones y todos los deseos, miraban con triste y monótona indiferencia; sus labios, abiertos siempre por una sonrisa juguetona y fresca, ostentaban un pliegue sombrío; las curvas de su garganta y de sus mejillas tendían á convertirse en líneas angulosas. Era otra mujer; más que ella misma, resultaba un recuerdo borroso de su propia imagen.

—¿Qué es esto? la dije.

—Que abandono la aldea y voy á meterme en un convento.

—¿En un convento?

—Sí. Ya sabes que estamos muy pobres; la vida es muy difícil, el trabajo falta muy á menudo, y, además, añadió con acento igual y monótono como el que repite una lección aprendida de memoria, el mundo sólo ofrece miserias, malos ejemplos; la vida es una senda de abrojos; un camino breve á cuyo término se encuentra el cielo, única esperanza y exclusivo fin de todos los seres. Pues bien: yo quiero ganar ese cielo, y me voy al convento á ponerme el sayal humilde de la religiosa, á rezar por los pecadores, á pedir á Dios de rodillas la salvación de mi alma y la salvación de los míos; á ser santa, á ser buena...

—¡Pero es posible! exclamé yo con amargura. ¿Y tu madre? ¿Y esa pobre anciana? ¿Qué va á ser de ella sin ti?

—¡Mi madre!... Mejor auxilio puedo prestarle con mis oraciones que con mi trabajo. ¿Qué importa que las necesidades la aflijan en la tierra, si Dios le abrirá sus brazos, por mi intervención, después de su muerte?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha aconsejado eso? exclamé yo con asombro.

—El señor cura, que es un santo varón y me quiere mucho, y sólo piensa en ganar almas para la gloria.

—Mira, hermana, la dije. Tú tienes la obligación de creerme; fuí tu compañero en la niñez, tu amigo en la juventud; tu apoyo en los trances difíciles de la vida. Pues bien; yo te aseguro que el el acto á que te inducen, es una infamia; que dejar sola á tu madre cuando la vejez se cierne sobre ella, es una traición; que abandonar el mundo por temor á la lucha, representa una insigne cobardía. Tu deber consiste en pelear cuerpo á cuerpo con la miseria, con los sufrimientos; en atender con el fruto de tu trabajo, sea cual fuere, los últimos días de esa anciana que te ha dado la sangre de sus venas y los tesoros más recónditos de su espíritu; en amar y en ser amada; no confundirte en un claustro para vivir la existencia de los hipócritas y de los egoístas.

No sigas tu camino, añadí; baja de ese coche; vuelve á la aldea: sé pobre, pero sé mujer; sé desdichada, pero no seas cobarde é inútil.

—¡Imposible! exclamó ella, á tiempo que el primer silbido de la máquina anunciaba el momento en que debía arrancar el tren. ¡Imposible! El cura es un santo y me aconseja eso; él sabe más que tú.

—Es verdad, repuse; ha sabido extinguir en tu alma todos los arranques generosos.

—¡Adiós! murmuró ella con voz tranquila, á tiempo que la máquina, atrayendo hacia sí los vagones con un movimiento brutal, arrojaba bocanadas de humo negruzco por la metálica chimenea. ¡Adiós!...

Y me alargó la mano en ademán de despedida.

Yo no contesté á su saludo; dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo, y miré con angustia aquella masa móvil que se perdía entre las brumas del crepúsculo, y se me antojó que miraba, no un tren de viajeros, sino uno de esos trenes mortuorios que conducen el cuerpo inanimado del ser querido, y lo arrastran con rapidez vertiginosa para depositarlo lejos, muy lejos de uno, en el hueco impenetrable de la tumba.

¡Lástima que no la acompañara el cura del pueblo para rezar el último responso sobre aquel cadáver!

No pudo ir. El buen señor sigue en la aldea, engordando y educando almas para el cielo.

¡Dios se lo tome en cuenta!

JOAQUÍN DICENTA.

LA NOCHE BUENA

Ya viene la Noche Buena,
como en años anteriores,
con su algazara y su ruido,
sus pavos y sus turrones,
y su mazapán de hierro
y su guirlache de bronce.
En las casas de los ricos
y en las casas de los pobres
la Noche Buena se cumple
como pocas tradiciones.
Con leche de almendras, hecha
de las almendras peores,
con los virolentos pavos
que devoran los glotones,
y con las cajas repletas
de almidón, de yeso y ocre,
se celebra el natalicio
del Señor, que se hizo hombre
para librarnos de males
y darnos eternos goces.
Todo es bulla y alegría;
huyen penas y dolores,
y al lado del nacimiento
guarnecido de faroles,
y de camellos de alambres
y pastoras y pastores,
entonamos villancicos
que apagan los roncos sones
de almireces y panderas,
y rabeles y tambores.
La lumbre alienta al magnate,
la escarcha hiela á los pobres,
y, no obstante, Noche Buena
es una excelente noche.
La fe nos presta su ayuda,
la religión sus favores,
y el que nunca tuvo alientos
atruena su barrio á voces.
¡Bien venida, Noche Buena!
Pues si en tu tiempo no hay flores,
ni nubes color de rosa,
ni azulados horizontes,
ni perfumes en las auras,
ni cantan los ruiseñores...
al calor de los hogares
se oyen tiernas oraciones,
mezcladas con villancicos,
y confundiendo sus sones
con las risas de los niños
y el ruido de los tambores.

C. OSSORIO Y GALLARDO.

NOCHE BUENA

—Yo aseguro á usted que si no fuera tan arisca, habíamos de pasar una noche buena: ¡pero buena, buena, buena!

NOCHE BUENA

LA DEL PRESO

LA DEL CENTINELA

COMO TODAS LAS NOCHES DE TODO EL AÑ

UNA NOCHE MÁS Ó MENOS

LA MÍA

—¡Quiera Dios que la pasen ustedes más felices, y no tengan que hacer monos en esta noche!

CARTA

Señora doña Fulana.
Mi distinguida señora:
Me han dicho que tiene usted
una niña muy hermosa,
más rubia que las espigas
cuando el segador las corta,
y más blanca que la espuma
de la leche, y muy graciosa.
Dicen que no tiene novio,
por más que tiene de sobra
quien la quiera, porque usted
es un poquito ambiciosa,
y siempre que viene á pelo
le aconseja que no escoja
un novio que no sea rico,
porque ya pasó de moda
el dicho vulgar de antaño
«Contigo pan y cebolla.»
Aunque yo en estas cuestiones
de novios soy muy demócrata,
no dejo de comprender
lo cuerdamente que obra
al aconsejar así
á esa niña tan hermosa
que le ha dado á usted... su esposo,
mi distinguida señora.
De tal modo lo comprendo,
que por si no le acomoda
á su hija la teoría
de que es usted defensora,
voy á pintar, por encima,
para hacer mi carta corta,
de un matrimonio muy pobre
los disgustos y zozobras,
y de un matrimonio rico
las delicias y las glorias.
Fíjese usted bien en ambos,
mi distinguida señora.

El rico.

Empecemos porque no
duermen en la misma alcoba;
esto ya es una ventaja,
porque así no se incomodan;
es verdad que, como es
muy poco lo que se rozan,
no hay entre ellos gran cariño
y confianza hay muy poca;
pero aun esto es ventajoso;
de este modo no se agota
el respeto, y no se faltan...
aunque alguna vez se sobran.
Tienen un niño; en seguida
la nodriza; ¡y ahí es poca
ventaja para una madre!
Puede conservarse hermosa,
pues no pierde sus colores
ni su redondez de formas,
y al presentarse escotada
en las fiestas aristócratas,
puede seguir inspirando
tentaciones lujuriosas.
Crece el hijo, y... ¡ya se sabe!
un niño siempre incomoda,
pues sus juegos y sus gritos
molestan á las personas
formales cuando se habla

LAS PASCUAS DE BASTIDORES

Las carnes se me abren sólo al acordarme de que han de sonar las doce de la noche del día 23 del que corre.

Empiezo por declarar que no tengo en ensayo ninguna obra, y que, por consiguiente, no tengo pavo lírico-dramático. No es, por lo tanto, el temor de una *grita* lo que me acobarda, sino el interés que va á demostrarme la familia teatral en la próxima festividad; todos van á querer que pase *felices Pascuas*, y con sus laudables deseos hace amargarme el turrón, si lo tengo, y la leche de almendras, si me .a regalan.

En cada puerta, detrás de cada portier, en el recodo de cada pasillo y en el filo de cada bastidor, surge una mano alargando una cartulina cuadrilátera que atenta al reposo del que frecuenta los teatros, interior ó exteriormente.

No hay dependencia que no se crea con derecho á felicitarle á uno las Pascuas.

El recibidor de billetes, el acomodador de butacas, el de palcos, el de anfiteatros, el portero del escenario, el celador de bastidores, el avisador, el peluquero, los de la maquinaria, la encargada del retrete de señoras, el dependiente del atrezista, el mozo de contaduría, el del puesto de periódicos, toda la lista civil, en fin, y una buena parte del clero, porque las coristas tampoco se descuidan en pedir su correspondiente aguinaldo.

Ustedes siquiera, con atender á los carteros de ambas vías, á los barrenderos zozayanos, á los de la ronda de alcantarillas *magüer* habiten en quinto piso, al sereno y á seis ú ocho repartidores de entregas ó periódicos, ya están fuera de cacho; pero nosotros...

Un recurso salvador queda; pero ¿y la fuerza de voluntad para ponerlo en práctica?

Enchiquerarse y no salir de casa hasta el día 8 de Enero.

Mas ¿quién se emancipa á la humana curiosidad? En esta época del año, todas las Empresas echan el resto, el pugilato de los autores para atrapar las Pascuas es grande, y las esperanzas de las Empresas descansan en esas ocho ó diez fiestas casi consecutivas.

La primera tiple estrena un traje del cual se viene hablando hace mes y medio; Mesejo calza unas botas montadas en el juego trasero de un coche de carreras, y es creencia general que no va á poder andar; Pepe Rubio saca una botarga que le han traído del Perú; Vico va á cantar peteneras y Mario baila á dúo la polka de los paraguas, en colaboración con la Pepa Guerra.

Después de todo esto, ¡quédese usted en casa por miedo á las tarjetas *sableadoras*!

Por otra parte, se hacen grandes elogios del decorado que Amalio Fernández presenta en este teatro, de un telón corto que Muriel exhibe en aquél, y de un primoroso panorama de Busato y Bonardi, representando las dudas y meditaciones de San Antonio cuando aquello de las tentaciones infructuosas.

Es necesario ver todo esto, y á cada tarjetazo contestar con un *liquidaremos* que lo diga todo sin comprometer á nada.

Del 1.º al 8 ya es otra cosa: esos días no hay más remedio que irse al campo; no es posible soportar los estrechos teatrales.

Eso de *ha caído usted con la Fulana* es aterrador, máxime si la *Fulana* es, como suele ser, lo peorcito de casa.

¡¡Y ese gobernador que dicen que prohibe los juegos de ENVITE!!

Lo triste del caso es que la suerte no entra por nada en esos *consorcios sui generis* de damas y galanes.

Se reunen las interesadas, hacen la lista de víctimas y luego se las reparten como pan bendito.

—D. Fulano es de tu mismo pueblo, y, como paisano, no tiene más remedio que *correrse.* Tú caes con D. Fulano.

—Pues yo quiero caer con Mengano.

—El abonado de la platea izquierda mira mucho á Rosa, y Rosa cae con el *abonado zurdo.*

La interesada, por lo general y por una excepción, tiene rubor de presentarse con los papelitos bicolores á hacer la entrega oficial de sus credenciales, pero para algo están las compañeras que ejercen de introductoras; y como el servicio es recíproco, se consúma el sablazo con toda la impunidad que se apetecía.

La *tuberculosis* del bolsillo es feroz, y viene á ponerla en último grado el 28 de Diciembre, día de Inocentes, en que generalmente por la tarde tiene lugar el *beneficio de las señoras* con mesas de petitorio y todas las complicaciones *bursátiles* inventadas al efecto.

de carreras, ó de modas,
ó de un baile de etiqueta,
ó de una función de ópera,
ó de otra cuestión así
de importancia tan notoria.
Pues nada; el niño á un colegio
de París, Londres ó Roma,
hasta que venga hecho un hombre:
puede ser que no conozca
á sus padres cuando vuelva;
pero eso tampoco importa:
los conoce por escrito
y ha de quererlos por fórmula.
¿Que el marido no hace nunca
una caricia á su esposa?
Eso es lo más natural.
¿Hay una cosa más tonta
y más *cursi* que besarse?
En cambio la compra joyas,
y aunque tenga una querida,
porque lo exija la moda,
y se las compre también,
es cuestión de poca monta;
ella es feliz porque tiene
alhajas, trajes y blondas,
caballos y carruajes
y palco para la Opera.

El pobre.

Trabajando en la oficina
está el esposo diez horas,
y, entretanto, la mujer
limpia su casa y la adorna,
y prepara la comida,
y luego cose la ropa,
y, en fin, no se está parada
ni medio cuarto de hora.
Llega á la tarde el marido,
y ella, que ya está ganosa
de verle, se echa en sus brazos
y le presenta su boca,
y se dan los dos un beso
que les sabe á pura gloria.
Se sientan luego á la mesa
y se comen una sopa
que Cupido con sus juegos
y sus delicias sazona.
Después de ver una pieza
en un teatro por horas,
vuelven juntos á su casa,
entran en la misma alcoba,
se acuestan juntos, muy juntos,
y, es natural, se... incomodan;
que en una cama no pueden
dormir en paz dos personas.
Esto es lo que hacen los pobres
desde el día de su boda;
no puede ser una vida
más aburrida y más tonta;
por eso usted debe ser
igual que ha sido hasta ahora,
y aconsejar á su hija,
si quiere verla dichosa,
que no piense en el amor,
porque ya pasó de moda,
y se busque un novio rico,
mi distinguida señora.

EDUARDO GARCÍA.

Se remiten localidades á domicilio ó se presenta una comisión portadora de los billetes, y no hay manera de *huir el bulto.*

El asalto entre bastidores es inevitable por el procedimiento del *atraque*, y en complicación con *La dulce alianza*, que suele llevar la cuarta en estos *atentados sancionables.*

Es decir, que del 24 de Diciembre al 8 de Enero, el *sablazo* es prenda de uniforme, y las VAQUERINAS líricas y los NELOS dramáticos ejercen sin responsabilidad, á ciencia y paciencia de las autoridades cívicas y urbanas.

¡Dichosos ustedes los caballeros particulares y las señoras á perpetuidad, que les sale la Pascua por una friolera, mientras á los demás nos hacen la Pascua la fiesta más insoportable de las inamovibles!

Yo ya he dado la orden en la litografía mandándome hacer *un ciento* con cromos y el texto siguiente:

CALIXTO NAVARRO

AUTOR Á VECES Y PERIODISTA Á RATOS

Felicita á ustedes las Pascuas.

Pacotilla.

¡Oh qué buen país!

Ya hace días que se han agotado en la Dirección del Tesoro los billetes para el próximo sorteo de Navidad.

Hay quien dice que esto significa que hay dinero.

¡Quiá! Lo que esto significa es que todos los españoles nos hemos puesto de acuerdo para desprendernos de la última peseta que á cada uno nos quedaba, con el fin de que sean felices unos cuantos, ya que no podamos serlo todos.

Como falta la pitanza
y andan los negocios mal,
aquí la única esperanza
es el bombo nacional.

—

Dice un periódico católico de provincias:

«Nos proponemos en este artículo echar una mirada á la mujer creyente.»

¡Caracoles! ¿Y si es la mujer de tu prójimo?

¡Pero al diablo se le ocurre anunciar esas cosas!

¿No ve usted que es prevenir á los maridos para que se pongan en guardia?

¡Qué inocencia!

—

Del año que va á morir
ved, sin poner ni quitar,
lo que va España á decir
viendo el féretro pasar:

—

Cánoras.—¡Qué majadero!
La Iberia. ¡Vivió con brillo!
Un edil.—¡Fué muy *latero!*
La opinión.—¡Valiente pillo!

—

El Teatro.—¡Estéril fué!
La Pintura.—No le lloro.
La Literatura.—¡Pse!
La Tauromaquia.—¡Otro toro!

Un bolsista.—¡Cuántos ceros!
Un chulo.—¡Yévelo er *mengue!*
El país.—¡Me deja en cueros!
Un doctor.—¡Murió del *dengue!*

—

Madrid.—¡Adiós, perdulario!
Los curas.—¡Anda, rabino!
Los masones.—¡Reaccionario!
Los maestros.—¡Asesino!

—

—¡Duerma en paz! dirán los bue-
—¡La del humo! los demás. (nos.
Una vieja.—¡Un año menos!
La Historia.—¡Un *camelo* más!

—

Londres es la ciudad que más carne consume.
Stokolmo, agua.
Nueva York, ostras.
Constantinopla, café.
París, ajenjo.
Madrid... ¿qué es lo que más consume Madrid?
¡Ah, ya sé! ¡Tangos de zarzuela!

—

Se ha fugado, como otras vestales,
con su novio una joven de Alumbres...
¡En mi tiempo no había... ¡puñales!
tan buenas costumbres!

—

Un periódico ministerial dice que D. Venancio es un hombre recto.

¿Recto el de Lillo? No me maravilla.
¡Le harían con falsilla!

—

El día 21 hay un eclipse de sol.

Pero no se molesten ustedes en preparar cristales ahumados, porque es invisible.

Vamos, que es un espectáculo á puerta cerrada.

Ni se cansen ustedes tampoco en buscar billetes.

¡Cuando no dejan ni entrar á los periodistas!

El único que acaso
puede que se meta
para tomar notas,
es Peris Mencheta.

Porque ése sí; ése es capaz de subir el mejor día á celebrar una *interview* con San Pedro.

—

Las circunstancias son graves...
Rumor de matanza suena...
¡Y es que peligran las aves
porque viene Noche Buena!

—

Leo:

«En Oviedo han sido presos unos guardias por haber sido encontradas en su poder varias alhajas procedentes de robo.»

Ya me figuro yo quién les habrá denunciado: algún ladrón de oficio.

Y se comprende que sea así. ¿No tienen ya su sueldo como guardias? ¿Pues por qué quitan el pan á los honrados padres de familia que se dedican al robo?

¡Vamos, que no está bien eso!

—

La luz que de carmín tiñe la aurora,
la brisa que susurra entre las flores,
los trinos de los dulces ruiseñores,
la noche, de misterios guardadora,
la corriente del río, bullidora,
la luna con sus claros resplandores,
el lejano cantar de los pastores,
la lágrima de amor que se evapora,
el ruido de la lluvia en los cristales,
la añeja historia del castillo escueto,
de la mar los bramidos naturales,
el dulce encanto del amor secreto...
todos son excelentes materiales
para poder decir:—¡Ahí va un soneto!

JOSÉ ESTRAÑÍ.

LIBROS RECIBIDOS

Curso de literatura española.—Con este título acaban de publicar los Sres. García Al-Deguer y Giner de los Ríos (D. H.) una colección de trozos escogidos de las obras de los mejores autores. Esta obra ha venido á llenar un vacío, ya sentido por todos los que se dedican á la enseñanza de este género de estudios; porque, aun cuando las colecciones no faltan, muy pocas llegan, no siendo de ordinario más que conjunto de modelos, á dar idea del desenvolvimiento de nuestra literatura y de las vicisitudes por que ha pasado hasta el estado en que la vemos.

La idea de unir la historia por medio de ligeros apuntes biográficos, y la teoría, mediante juicios breves y atinados, á la exhibición de las obras ó fragmentos, ha sido por extremo feliz, y será, á no dudar, acogida por el público con el favor que se merece.

A pesar de lo voluminoso de la obra, su precio no es más que de 8 pesetas.

—

En la vida y en la muerte, por Silverio Lanza.—Este genial y originalísimo escritor acaba de dar á luz un nuevo libro, que llamará, por su fondo y por su forma, la atención de los lectores. Con más espacio, nos ocuparemos oportunamente del libro del Sr. Lanza.

—

La España Moderna.—El último volumen publicado es digno de los demás: tendríamos que repetir los elogios justísimos de siempre al ocuparnos de este cuaderno, y preferimos decir únicamente: suscríbanse ustedes y nos agradecerán el consejo.

—

El polvillo verde es un tomo nuevo que ha publicado la casa Gutiérrez y Compañía. Precio, una peseta.

—

Para muestra se titula un folleto que hemos recibido con algunas poesías de D. J. Ocaña, precedidas de un prólogo de Silverio Lanza.

Aunque para muestra basta un botón, el Sr. Ocaña presenta nueve, entre chicos y grandes, buenos y malos, nuevos y viejos. Se venden todos juntos por una peseta.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos Norte y Sur del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz, y el 20 de Santander.

Línea de Colón.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá, y servicio á Méjico, con trasbordo en Habana.

Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 25, vía Puerto Rico, Habana y Santiago de Cuba.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, á partir del 11 de Enero 1889, y de Manila cada cuatro sábados, á partir del 5 de Enero 1889.

Línea de Buenos Aires.—Un viaje cada dos meses para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Septiembre 1889.

Línea de Fernando Póo.—Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

Servicios de Africa.—**Línea de Marruecos.**—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los señores Ripoll y compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Señores Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

SOBRINOS DE GUINEA

CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Inmenso surtido en mazapanes y turrones elaborados bajo la dirección de uno de los Socios.

Exportación á provincias. Embalaje gratis.

CARRETAS, 27 Y 29

Para anuncios en esta plana ó en los telones, butacas y vestíbulos de los teatros

Apolo, Martín é Infantil,

dirigirse *Agencia de publicidad*,

51, Montera, 51.

DEPÓSITO DE LUNAS

DE

SIÓN Y GUGEL

2, PALMA ALTA, 2

Se biselan lunas.

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.

LA INFANTIL

FÁBRICA DE GUANTES

DE G. ZURRO

Ha obtenido el único premio de **Mérito extraordinario** de la última **Exposición española en Londres.**

Guantes los mejores y más baratos.
Encargos á la medida.

Carretas, 14.

LA ESPAÑOLA

Chocolates los más acreditados de España.

Paseo de Areneros, 38.

Para toda clase de encargos, órdenes ó avisos referentes á esta Casa, dirigirse:

4, Preciados, 4.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y **muy reconstituyente.** Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS EN CAUTCHUC

Primera casa en España.

Numeradores. Perforadores. Prensas para taladrar cupones. Imprentillas á mano. Tenazas y plomos de precintar.—CARRETAS, 41.

MUEBLES

Y

TAPICERÍA

Riesco.

Hortaleza, 3. Teléfono 229.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
28 Diciembre de 1889.
NÚMERO 65.

EL GORDO EN MÁLAGA

Antes de desabrocharse.—¡Qué feo, qué gordo, qué antipático, qué!..

Después.—¡Qué guapo, qué elegante, qué simpático, qué bella persona!
—¿No decías antes que era tan feo, tan ..?
—Es... que no le habíamos mirado detenidamente.

DIARIO CÓMICO

«Y tan cómico... como que me lo he *cómido*, que dicen en la zarzuela *Coro de señoras*.»

Porque yo escribí el «diario» para este número de LOS MADRILES; pero un «diario» como yo lo quisiera, no ya para «diario,» sino para los días de fiesta.

Un «diario» en que no había más que pavos, besugos, cabritos, «eunucos volátiles del país de los chalecos,» como mi patrona llama á los capones de Bayona, y «mis normandas colegas,» como su hija, que es una pollita muy guapa, llama á las pollas de Normandía.

Un «diario» en que desfilaban, con los debidos honores, la tradicional sopa de almendras, los elegantes jamones de York y de Westfalia, los distinguidos faisanes de la China, los *finos* turrones de Alicante, de Cádiz y de Jijona; las exquisitas cajas de jalea y de perada; el rico guirlache de Zaragoza y los *legítimos* mazapanes de Toledo, que desde los adornados escaparates de confiterías y ultramarinos, á manera de espadas toledanas, herían los ojos de las señoras y de los niños y amenazaban los bolsillos de los maridos y de los padres.

Un «diario» en que se pasaba revista á las excelentes mantecadas de Astorga, á los *de icados* almíbares de Granada, á los afamados polvorones de Sevilla, á los incomparables alfajores de Écija...

En fin, un «diario cómico» que estaba diciendo «¡comedme!»

Y sin darme cuenta de lo que hacía, después de haberlo escrito, me lo comí.

A la manera de esos eruditos modernos que se las echan de sabios porque devoran los catálogos de las bibliotecas, sin ver siquiera las obras á que se refieren, yo, que no podía ver—y no por mala voluntad—los originales á que me remito, me contenté con devorar las cuartitillas en que había hecho aquella apetitosa relación.

Me comí tres cuartillas de «diario cómico» con tanto gusto y afán como un maestro de escuela español se comería tres cuartillas... de garbanzos de Fuentesaúco.

Y después de comerme las tres cuartillas de «diario» me bebí tres cuartillos de Valdepeñas.

Con lo cual no hay para qué decir que se me fué el santo al cielo.

—

Porque, vean ustedes lo que son las cosas.

Al que bebe Valdepeñas se le suele ir el santo al cielo, y al que vive en Valdepeñas el suele caer del cielo un santo cuando menos lo espera.

Pero no un santo así como se quiera, un santo vulgar, un santo de esos que se contentan con ser abogados del mal olor, como mi citada patrona llama á San Roque, ó abogados de la acción popular celesialt, como llama la susodicha á Santa Rita, abogada de los imposibles.

¡Nada de eso!

A los afortunados vecinos de Valdepeñas les ha salido un *santo* que, dejando la abogacía á que aquellos otros Santos se dedican por la medicina que podríamos llamar *sacroterapéutica*, se ha dedicado á la curación de todos los males y á la acaparación de todos los bienes.

Él es capaz de hacer oir á los Ministros, á quienes el país pide el cumplimiento de sus promesas, que son los peores sordos; él es capaz de hacer hablar á esos diputados de la mayoría que no saben decir más que «no...» «sí...;» él es capaz de hacer los milagros más estupendos y de realizar los prodigios más extraordinarios.

Hace curas de tal importancia, que, según un andaluz amigo mío, más que *curas* parecen *arzobispos constantinopolitanos*.

La última curación hecha por el ya famoso *santo valdepeñero* traspasa los límites de lo portentoso, de lo increíble.

He aquí cómo lo refiere un testigo, no sé si ocular ú oculista:

«Presentósele un jorobado, rogándole que le quitara el molesto apéndice.

—»¿Cuál es tu oficio? preguntóle el santo.

—»Yo soy albañil, señor.

—»¿Peon de albañil? Pues ya sé lo que tienes. Eso no es joroba; ese bulto nace de que con tanto acarrear ladrillos sobre la espalda, se ha ido acumulando el polvillo en ella, y ¡mira! aquí lo tienes.»

Y le sacó dos ladrillos de la giba, dejándole raso y curado.

Este nuevo procedimiento demuestra cómo las gasta el santo curandero.

Si el jorobado hubiera sido ebanista, de seguro le hubiese sacado una cómoda, un sofá y cuatro sillas; si hubiera sido sastre, un terno de primavera, y si hubiese sido zapatero, un par de botas de montar.

La cosa parece, á primera vista, absurda y brutal; pero si despacio se piensa en ella, habrá que convenir en que la operación es perfectamente lógica, y puede dar excelentes resultados en muchos casos.

Algún doctor aficionado á las innovaciones puede hacer la prueba.

—¿De qué padece usted?

—Del estómago y de la cabeza.

—¿Qué oficio tiene usted?

—Diputado conservador.

—Pues ya sé lo que le aqueja. Que se le ha sentado en la boca del estómago el sufragio universal, y tiene usted metido en la mollera el discurso correspondiente.

Y previos los tirones necesarios, el doctor podrá sacar al paciente un discurso de cinco ó seis horas, con todo aquello de *la brutalidad del número* y demás lugares comunes.

Otro caso:

—¿Qué enfermedad aqueja á usted?

—No sé, señor doctor; pero es el caso que hace una porción de tiempo que estoy jorobado.

—¿Cuál es su profesión?

– Mire usted, yo profeso odio al matrimonio.

—Comprendo; es usted casado.

Y el médico, previos los pases necesarios, le sacará á la suegra que el pobre hombre lleva sobre las costillas, y á la *costilla* que el infeliz tiene sobre su alma.

Caso tercero.

—Aquí me tenéis, eximio Galeno, en demanda de vuestro auxilio.

—¿Y qué es ello?

—Yo siento un no sé qué dentro de la cabeza, que me bulle, y me bulle, y me bulle. Yo creo que es el genio.

—¿Cuál es su oficio de usted?

—Poeta lírico.

Y el doctor, con las oportunas precauciones, le sacará cuatro ó cinco *cantos* de un poema inédito é inaudito.

El *Santo* de Valdepeñas, con sus milagrosos hechos, tiene fanatizadas á aquellas buenas gentes, que acuden en manadas á buscar los socorros de su ciencia.

Las autoridades no se atreven con él,

y no hay quien se permita poner en duda su sabiduría y su infalibilidad.

Porque sus adeptos armarían la de Dios es Cristo en su defensa y darían una paliza al lucero del alba que le ofendiera. Y es natural.

A *Santo de Valdepeñas, devotos de peleón.*

—

Ya sabrán mis lectores que el premio mayor de la lotería de Navidad ha caído en Málaga.

Y que el Gobierno está para caer de un día á otro, aunque no se sabe en dónde.

Con la caída del premio gordo hay unos cuantos malagueños contentísimos.

Con la caída del Gobierno hay un malagueño que se pondría loco de júbilo.

El país es el que no siente por ello pena ni gozo.

Porque también él hace tiempo que ha caído... en la cuenta.

Y sabe—ya que de Málaga se trata—que siempre sale de Málaga para entrar en Malagón.

FELIPE PÉREZ.

Malagueña.

Málaga tiene tres cosas
que no hay en el mundo entero:
el Mundo Nuevo, el Perchel,
y el billete con el número 45.400.

ESCENAS HORRIBLES

No sean ustedes jamás pavos, ni borregos, ni cabritos, ni capones de Bayona, ni nacionales.

Nadie más que ellos puede saber lo que sufren en estos días en que los cristianos sacrifican á tantos millares de infelices de la clase de pluma, de lana ó de cerda.

Hombres bárbaros ofrecen al transeunte centenares de difuntos inconscientes del ramo de cabritos y del de borregos, del de pavos y de los de gallos y ex gallos ó capones.

Esos coros de cabritos y corderos mártires llegan al alma.

Esos pavos con grilletes, al terminar el siglo XIX, cuando tanto se declama contra la esclavitud, cuando tantas juntas de «gran espectáculo» arbitran discursos, por lo menos, para la redención de los esclavos, son motivo de afrenta para los hombres libres.

Los cadáveres de capones, y esas gallinas, amarradas por parejas, como aves de orden público, enternecen é indignan.

¿Con qué derecho esclavizan y aun asesinan los hombres á esos infelices?

Ancianos, jóvenes, hembras y varones, vírgenes borregas ó doncellas emplumadas, todo cae, todo muere en estos días de gula, con ó sin uniforme.

No sé si en la Sociedad Protectora de Animales habrá alguno que se haya fijado en esos espectáculos sangrientos

Me parece que debería procurarse poner coto á los criminales excesos de los hombres en estos días.

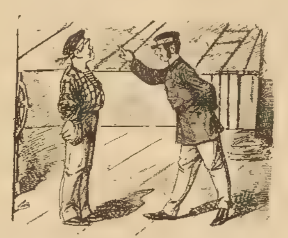
Admitida la teoría darwiniana, ¿quién sabe si puede llegar día en que otro filósofo naturalista nos demuestre que el hombre viene del capón de Vizcaya, ó del cabrito de Fuencarral, ó del pavo ó del borrego libre en el estado libre?

Pensar en que los semejantes de nuestros primeros pobladores y padres viven y mueren en la esclavitud y el vilipendio, sonroja y conmueve.

INOCENTADAS

EN MÁLAGA

—A ti te ha tocado *el gordo.*
—Hombre, te digo que no.
Yo jugué...; pero no tuve
más que una aproximación.



A BORDO

—El submarino Peral es el mayor invento de este siglo.

—¿De veras, mi capitán? Pues mire usted, cuando el otro día salté á tierra le oí decir á un señorito que en el agua un Peral no podía servir más que para dar peras de agua.

IMITACIÓN

Se ha saltado cuatro dientes
el alcalde de Conil,
al saber que era *Mellado*
el alcalde de Madrid.

EN UN CONVENTO

—Padre guardián, he leído en un periódico que un capitalista americano ha dejado una fortuna de diez millones de pesos para los frailes descalzos.

—¿De veras, padre prior? Pues con esa fortuna me parece que los pobrecitos frailes descalzos nos ponemos las botas.

El grito de venganza del gremio de cabritos, la protesta armada, si esto pudiera ser, de las clases de capones y pollas de Normandía, en estos momentos serían naturales desahogos, y justas manifestaciones de indignación de dos clases oprimidas y sacrificadas.

Porque, como me decía un pavo, ayer mismo:

—Mire usted, señor de Palacio, y usted perdone, yo no soy de los infortunados; ya ve usted, he pasado la Pascua con vida y salud, y estoy incólume. Es decir, que, aparte algunos viajes á que me han obligado, nada he perdido. Aunque poco, me alimentan, por lo menos desde el primer día de Pascua, para que no me muera solo y les haga perder el dinero que creen que valgo.

—¡Ya!

—En dos ó tres días antes, señor don Eduardo, no me habían dado ni un mal caldo, ni una taza de *The Times;* pero cuando vieron que no me vendían, resolvieron mantenerme, aunque sin decoro. Los viajes han sido siempre á lomo del animal de mi tirano. ¡Cuántas veces pensé en gritar: «¡Arre!» cuando se detenía para ofrecerme á los transeuntes! Como decía anteriormente, soy feliz ¿eh?

—¡Ya lo creo! afirmé.

—Entre ser pavo, por más que sea oficio bajo; ser cabrito, ocupación también desfavorable para el individuo que la ejerce, y ser cadáver, vale más ser pavo ó cabrito: lo demás es poesía.

Luego me dijo:

—Me parece que en mi profesión no soy de los últimos: esta lámina y esta pechuga, y este moco... que no es moco de pavo, sino de senador vitalicio...

—¡Olé, los pavos! exclamé yo para adularle.

—Usted, que es de los que escriben, aunque sea poco, ¿por qué no levanta la bandera ó la pluma de la regeneración?

Después de algunos segundos, y comprendiendo mi vacilación, añadió:

—Que se nos trate de cierta manera; que no se nos ate, que es ofensivo á nuestra dignidad; que no se nos injurie; que se nos alimente como si hubiéramos de vivir para bien de la patria, y, sobre todo, que vean cómo nos agarran para llevarnos desde casa al mercado y desde la vida pública al hogar paterno del patrón. Porque, mire usted, á las veces nos llevan por un alón como si fuera un asa, y otras veces nos toman por la cabeza, creyendo, sin duda, que es la empuñadura, ó nos atan juntas entrambas piernas por las pantorrillas y nos llevan á cuestas con la cabeza colgando, expuestos á una congestión, y aleteando y tropezando con los caballeros transeuntes. Así me dijo uno anteayer, sacudiéndome un sopapo:—¡So insolente! ¿por qué me toca usted á mí?—Era un maestro de escuela; y al verse solicitado por un pavo, según creía el hombre, se enfureció, con razón.

Las quejas del pavo me enternecieron y observé en esas calles, para convencerme de la verdad de sus aseveraciones.

Al pasar por la calle Mayor vi á un ciudadano que cargaba con un cabrito vivo.

La víctima, al sentir que le amarraban las piernas para colgarle, se dirigió al propietario del círculo ó del establecimiento y le avisó como el personaje de *La casa de fieras*:

—¡Don Manuel, que me va usted á lastimar!...

EDUARDO DE PALACIO.

FIN DE AÑO

El turco.—Un año más á vueltas con la Puerta y sin cogerme los dedos con ella.

El ruso.—Un año más de frío.

El alemán.—¡Un año más, y aún no hemos caido sobre París!

El chino.—Este año ha sido de los más buenos: el celeste Emperador sólo ha mandado decapitar diecisiete individuos de mi familia. Ha estado muy benigno.

El francés.—Con un par de añitos de juerga como éste, no necesitan exterminarnos los alemanes: nos morimos todos antes.

FIN DE AÑO

El inglés.—Mal año, muy mal año; sólo llevo cuarenta y nueve choques y ciento veintiocho descarrrilamientos. ¡No hay ya emociones!

El portugués.—Este año ha muerto, señores; porque Dios ha querido; que si él no hubiera querido, viviría aún. No obstante, si el portugués quiere, el año no muere; tal es su poder en tierra y mares.

El árabe.—¡Un año más sin conquistar Granada!

El español. ¡El último año que mata *Frascuelo*!

DOS SONETOS, UNA CARTA

Y VARIAS EQUIVOCACIONES

Hoy, 28 de Diciembre, hemos recibido por el correo interior la siguiente carta y los sonetos siguientes.

Dudamos de la autenticidad de esos documentos, y muy especialmente de los sonetos, porque el que firma *El Califa* nos parece demasiado bueno para ser del Califa, y el que suscribe Grilo, demasiado malo, aun para ser de Grilo.

Sin embargo, no podemos resistir á la tentación de publicarlos, y allá van, sin poner ni quitar punto ni coma.

Dice así la carta:

«Señó diretor de Los Madriles:

Un seño Grillo, poeta de Cordobán, digo, de Córdoba, á quien no me remuerde la concencia de haberle hecho ná, ma sortao unos bersos que dicen que son un soneto, aunque á mi mardito si me suena.

Completamente conmovío y estupeflauto he tomao la pluma pa contestar, que es, vamos al decir, la artenativa pa sonetear, y he hirvanao lo que sigue á güela pluma ó como quien dice á paso de banderiyas.

Hagame osté er favo de oirme dos palabras, como cantan los de los paraguas, y de publicar arjuntos el soneto del seño Grillo y er mio; favor que espero me dispensará por aquello de que la defensa es permitía.

De osté, seño diretor, seguro servidor q. b. s. m.

Rafael.

Córdoba 28 de Diciembre de 1889.»

He aquí ahora el soneto de Grilo:

«RAFAEL

Lo esculpe el pueblo en su cantar sonoro,
lo adora como á un Dios la tierra baja;
no hay lienzo en cuadro ni viñeta en caja,
que no ostente su busto con decoro.
Rey de la arena, vencedor del toro,
nadie en valor y en garbo le aventaja;
y lleva entre los pliegues de la faja
la Virgen pura, cincelada en oro.
Del Pretorio nació junto á la ermita,
y es tan profundo el culto verdadero
que siente por su Córdoba bendita,
que cuando al redondel sale el primero,
la torre de la arábiga mezquita
parece que la visten de torero.

Antonio F. Grilo.»

He aquí la contestación del propio Rafael:

«AR SEÑÓ DE GRILLO

Lo envidia *asté* er canario más sonoro,
lo adora *asté* la tierra... ¡que ya baja!
no hay vivo en cruzy en cuadro y muerto en caja
que no aplauda sus bersos... *con decoro.* (1)
Osté larga un soneto como un toro,
naide en ripios y en garbo le aventaja.
Mandemosté enseguía, y bajo faja,
su *imángen* pura zincelada en oro. (2)
No zé si en er *Petrólio* ó en la ermita,
nació un poeta:.. así, tan *curto*... y *clero*,
en Cordoba la Súrtana... (3) y bendita,
mas cuando escribe osté ¡como er primero!
la torre de la arábiga mezquita
paece que la bisten de coplero (4).

Er Kalifa.»

Debemos repetir que dudamos de la autenticidad de los anteriores documentos; pero si los preinsertos sonetos fueran efectivamente de las personas que los suscriben—el de Grilo nos aseguran que es suyo—lo celebraríamos por Rafael que á ese paso—de banderillas—dejaría muy atrás como poeta á Grilo y acaso antes de mucho tomaría la alternativa de académico de manos del propio Cbeste. Lo cual que sería terrible para Mazzantini que, aunque ya escribe prólogos, como Cánovas, todavía en el terreno—ó en el redondel—literario no ha llegado á ser nada... *pas même academicien!*

Cándido Buenafé.

(1) Y con muchísima de la prosopopeya.
(2) O en zinc... ¡por ser zincelada!
(3) Música de *Los dos ciegos.*
(4) Lo cual que paece que no pega ni con goma... arábiga, como la mezquita.

INOCENTADAS

PRECAUCIÓN

—Dice *El Liberal* que en París han ocurrido casos de *dengue fulminante*, seguidos de muerte. Con que no te pongas *dengosa* pidiéndome el aderezo que has visto ayer..

INCONGRUENCIA

—Muchacho, no toques más,
que me tienes trastornado
—Déjale tocar,.. No seas
el perro del hortelano.

LA CRISIS

—Me ha dicho D. Práxedes que será *chica.*

—Y qué sabe él?

EN NOCHE BUENA

—«¡Cuál gritan esos malditos!
pero mal rayo...»—No más.
De hacer algo del *Tenorio*,
haz la escena del sofá.

UBICUIDAD

(DEL ITALIANO)

Nadie puede á la vez, dice un axioma,
encontrarse en dos sitios diferentes;
pero esto, en mi opinión, es pura broma
para engañar á incautos y á inocentes.
Porque yo, cuando, tierna á mi porfía
cedes, por fin, á mi amoroso anhelo,
me encuentro, vida mía,
á un tiempo entre tus brazos y en el cielo.

CONSUELO TRISTE

Aunque tus fibras de tan torpe modo
rasgue cruel la desventura amarga,
¡paciencia, corazón! ¡Después de todo,
la vida no es tan larga!

Ataulfo Friera

LA DESDICHA NACIONAL

¡La pluma se nos cae de las manos!

Escribimos aún bajo la más dolorosa impresión.

¡Quién lo hubiera sospechado!

Así como ocurren en la marcha del planeta fenómenos y revoluciones increíbles, en la vida de los pueblos tienen lugar cataclismos tan tremendos, horrores tan inesperados, hecatombes tan pavorosas, como la espantable desdicha que ha convertido á Madrid en un valle de lágrimas desde hace veinticuatro horas.

¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

Y no cabe duda. La cosa trae muchísima malicia.

Para nosotros está fuera de duda que es una nueva enfermedad.

De igual manera que la fiebre amarilla, el cólera, la difteria, el *dengue* y la *influenza*, atacan y diezman las poblaciones por donde pasan, así también esta otra epidemia, á la que podríamos llamar la *chifladura*, apesta la atmósfera y perturba los cerebros mejor organizados.

¡Desventurada España, pobre país, si la epidemia cunde y se propaga, y no se encuentra pronto un remedio enérgico y salvador que ataje los estragos del mal!

Ciertamente que la dolencia no es mortal; pero ¡ah! que tal vez fuera la muerte preferible al estado en que deja á los atacados.

¡Como que nos vamos á quedar sin genios!

La pícara epidemia parece mostrar predilección por las eminencias.

No hay más que repasar la lista de los invadidos, para convencerse.

Cánovas, Castelar, Sagasta, Martínez Luna, Arniches, López Domínguez, García Alix y Fernando Viñas, han sido sus primeras víctimas.

¡Qué desolación!

Asusta el pensar los efectos tristísimos que ha causado el mal sobre tan poderosas inteligencias.

Cánovas ha puesto un almacen de conservas; Castelar un *restaurant* y café cantante; Martínez Luna ha tomado el

hábito de novicio en un convento de franciscanos, y Arniches, sólo, sin Cantó, se ha dedicado al baile flamenco y á la compostura de los relojes de torre.

¿Y el bravo general López Dominguez? ¡Desde ayer explota una fábrica de buñuelos en la calle de la Pingarronal

No digamos nada de García Alix. Un orador de su talla... ¿y dónde dirán ustedes que está...? ¡De profesor supernumerario del colegio de Sordo mudos!

¡Dios mío! ¿no es esto una chifladura?

En todos los periódicos de la noche habrán leído ustedes la noticia referente á la Academia Española. Por mayoría de votos decidió ayer la docta Corporación quemar la última edición del Diccionario de la lengua, y establecer en los salones de la calle de Valverde una freiduría de pescado.

Miguel de Escalada se ha encargado de cortar el bacalao.

D. Segismundo Moret ha solicitado con tenaz empeño la concesión de un kiosco en la calle de Sevilla para vender flores naturales y cosméticos legítimos ingleses.

D. Práxedes Mateo Sagasta está vendiendo, desde ayer, unos biberones automáticos de su exclusiva invención, en el modesto portal de una casa de vecindad de la calle del Sordo.

Cristino Martos se ha hecho empresario de un frontón para perfeccionar el juego de pelota, y Gamazo ha abierto una tahona en la Era del Mico. En ella no se vende pan francés; no se hace más que la rosca y la libreta.

Antonio Vico ha tomado en arriendo el teatro de La Infantil. Carreras correrá con el teatro Español, y Mariano Fernández ha decidido terminar sus días en la Trapa.

¡Y á vivir, tropa!

D. José Echegaray ha escrito un drama en colaboración con Valdés y Limendoux, que será puesto en escena en Eslava, desempeñando los primeros papeles María Montes y Robustiano Ibarrola, que se va quedando menos robustiano...

☞ El maestro Caballero está estudiando el sermón de Mandato que piensa predicar la próxima Semana Santa en las Carboneras, y el editor Florencio Fiscowich ha colocado hoy la primera piedra del espléndido Manicomio que trata de establecer para los autores dramáticos que hayan vendido sus obras. La plaza de director está reservada para Marcos Zapata; pero la solicitan también Rafael María Liern y el Director de LOS MADRILES.

Esto no puede acabar bien.

Ricardo de la Vega ha solicitado en *aquellas* preciosas quintillas una plaza de ama seca en la Inclusa de Madrid, y el general Cassola ha regalado al conocido indigente D. Adolfo Bayo el importe íntegro del premio mayor con que le favoreció la suerte siendo ministro. También se afirma que el *caudaloso* y casi argentino Sr. Casado del Alisal ha pensado dedicar los dos millones de marras á la plantación de *perales* que no tengan peros.

Y, por último, el popular diputado Felipe Ducazcal está organizando una cabalgata cómico lírico cívico religiosa coreográfica para conmemorar la invención de la pólvora, que se cree ha sido cosa de Romero Robledo, en colaboración con Javier de Burgos y Luis Alonso, ó sea... *¡El mundo comedia es!*

E. NAVARRO GONZALVO.

28 de Diciembre de 1889.

GEDEON Y CALINO

—¿Qué tal, amigo Gedeón?

—Muy mal, ámigo Calino. El doctor me ha mandado hacer cama. Pues bien, he hecho la mía, la de mi mujer, la de los chicos y hasta la de la criada, y no encuentro alivio.

—Pues á mí, querido Gedeón, me ordenó el médico guardarla. La tengo metida en la buhardilla hace dos días, y no me puedo tener en pie.[1]

¡CURRITO!

Gato de la redacción,
que, olvidado de las gatas
á pesar de la estación,
repasa la colección
para cazar las *er*-RATAS.

¡FELIZ AÑO NUEVO!

Luna, lunera, cascabelera...

La Luna, por si usted no lo sabía,
bella lectora mía,
resulta que es la flor de las coquetas,
porque, según refieren, en un día
ha estado en conjunción con tres planetas,
y hay quien tiene por cosa positiva
que ha sido en conjunción... copulativa.
Con Venus á las dos de la mañana...
¿Cuál será de las dos más casquivana?
¡Vaya un par de señoras!...
¡Andar en conjunción, y á tales horas!
Después, al sexo feo tocó el turno,
y en conjunción estuvo con Saturno,
que, sin duda, el muy pillo
la sedujo enseñándole el anillo,
acaso pretendiendo hacer fortuna
y pescarle los cuartos á la Luna.
Yo no sé si ella amor le juraría
y cometió un perjurio,
pero lo cierto es que á medio día
en conjunción estaba con Mercurio,
que es dios de los rateros...
¡Rediós con ciertos dioses, caballeros!
Con Mercurio, de fijo
(aunque nada se dijo),
hay para sospechar motivos hartos
que al fin la Luna se quedó sin cuartos.

—

¡Oh jóvenes coquetas,
que con poco recato y discreción
estáis á lo mejor en conjunción
con cuatro ó seis planetas!
(Satélites vosotras les llamáis,
pues siempre á vueltas van por donde váis)
ved que vuestra conducta es importuna
y que os puede ocurrir lo que á la Luna:
ir de un planeta á otro sin sosiego
tomando la inconstancia como juego,
sin ver el triste augurio
que os amenaza en muchas ocasiones.
Ir, al fin, á trataros con Mercurio,
que es, aunque dios... el dios de los ladrones.

JOAQUINITO RODAJAS.

Primer premio de Geografía y baile.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

Director: E. Navarro Gonzalvo

AÑO III
4 de Enero de 1890.
NÚMERO 66.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO

Este ilustre pintor valenciano, que alcanzó en la última Exposición la primera medalla por su célebre cuadro *El saco de Roma*, no se ha dormido sobre sus laureles, y acaba de enriquecer el arte patrio con otra magnífica producción.

Los igorrotes, ó sea el acto de inaugurar la Exposición Filipina, es el asunto que ha servido á Amérigo para pintar un lienzo de mérito tal, que si ya no lo estuviera, colocaría su nombre entre los más afamados maestros que son hoy la gloria de España. Luz, color, composición, todo es admirable en el último cuadro del inspirado artista.

Che m'alegre! Els CHUFEROS *están d'enhorabona!*

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año................ 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

CORREO INTERIOR

Epístola-circular,
con honores de monólogo,
fácil de representar,
que viene á ser como el prólogo
del año que va á empezar.

—

Fórmula severa y fría
de exquisita cortesía,
tan admitida y corriente,
que al cumplimentarla hoy día
el amigo y el pariente,
sirve para demostrar
los cariñosos deseos
que ella viene á formular,
y sirve... para aumentar
los ingresos de correos.

—

Entre varias que leí
pidiendo dicha y mercedes,
algunas tan raras vi,
que para solaz de ustedes
voy á copiarlas aquí.

—

«Año nuevo, vida mía.
Juro que será el postrero
de mi vida de soltero.
Tu amor ó la Vicaría.
¡Si no me caso, me muero!
¡En el noventa casada!
Buen año, niña adorada.
¡Dios quiera darte, Beatriz,
una salida y entrada
completamente feliz!»

—

«Mamá del alma. ¡Ya ves
que tu Pepa no te olvida!
Deseo, con interés,
que tengas buena salida

y entrada de año. Y después,
te recuerda mi marido,
que te quiere con pasión
y nunca te da al olvido,
que nos mandes el capón
que nos tienes prometido.»

—

«Al *compañero* Marcial.
¡Un año más! ¡Esto irrita!
Ya no hay hombres... ¡voto á tal!
¡Felicidad, dinamita
y liquidación social!»

—

¡A éste es preciso pegarle!
«Blas Quiñones Barrionuevo
tiene gusto en saludarle,
y á la vez felicitarle
con motivo de año nuevo.

Y ofrecerle, de pasada,
—¡y lo dice tan tranquilo!—
una cuadra acreditada
de caballos á pupilo,
con buen pienso de cebada.»

—

De una suegra. «Ni le quiero
ni espero que se corrija
ni sus visitas tolero;
pero es usted, caballero,
el esposo de mi hija,
y aunque usted lo juzgue extraño
y á mí me dé pesadumbre,
siga por ella el engaño.
Respetemos la costumbre
y odiémonos. Muy buen año.»

—

«Almacén de Novedades.
Señor don Javier Castaño;
salud y prosperidades,
feliz entrada de año
y muchas felicidades.
Un recuerdo á la parienta,
y en el comercial desastre
que hoy esta plaza amedrenta,
no eche en olvido la cuenta
de su afectísimo.—*El sastre.*»

«Felicidades, Miguel.
Yo sigo con mis apuros
y perdiendo hasta la piel.
Si te sobran cinco duros
no te olvides de—Manuel.»

—

«Ilustre jefe. Me atrevo
á molestar su atención
y le envío, como debo,
esta felicitación
por la entrada de año nuevo.
Hablaremos más despacio.
¡Esto se va!—Juan Ignacio,
devotísimo de usté,
y ex vocal del comité
del distrito de Palacio.»

—

Y he visto en tarjetas finas
y elegantes cartulinas
de tamaño colosal,
dedicatorias divinas...
escritas bastante mal.

—

Y con *monos* y perfiles
y dibujos y colores,
he visto cromos á miles,
en los cuales Los Madriles
felicita á sus lectores.
Se agotó la colección;
pero queda esta ocasión
de agradecer sus mercedes,
y me ofrezco muy de ustedes,
con toda la Redacción.

E. Navarro Gonzalvo.

CUENTO DE REYES

I

Los señores de Piave son, ó es, un matrimonio feliz á quien el cielo (sancionando sus propios esfuerzos) ha dotado de tres hijos, los tres del sexo á que «nos cabe la honra de pertenecer.»

Aunque «confeccionados,» con arreglo á los últimos adelantos—y entienda el lector la frase como mejor le parezca—los niños de Piave no se distinguen por aquella abrumadora precocidad que caracteriza á los *bebés* de fines del siglo XIX.

Sus mismos papás, á pesar de que para todo padre no hay hijos más listos que los suyos, se ven obligados á reconocer allá en sus coloquios conyugales esa relativa inferioridad de Melchorito, Gasparito y Baltasarito, como los llama el padre, ó Melchorcito, Gasparcito y Baltasarcito, como dice su mamá; y por cierto que esta es la única disensión que de cuando en cuando viene á alterar levemente el perfecto equilibrio de ideas, palabras y actos en que vive el ejemplar matrimonio de los señores de Piave.

—¡Ay!—suele decir el papá;—ninguno de ellos inventará la pólvora.

—¿Cómo la han de inventar, si ya está inventada?—replica la madre oportunamente.

—Tienes razón, mujer. Creo que se me está pegando la cortedad de alcances de mis hijos.

II

Digo, pues, de mi cuento, que estaban acabando de comer los señores de Piave—en compañía de sus tres retoños—cuando al jefe de la familia se le ocurrió tomar tres cosas.

Primera: Un sorbo de vino.
Segunda: Un mondadientes.
Tercera: La palabra.

Y dijo así el señor de Piave:

—Estoy satisfecho de vuestro comportamiento durante estas Pascuas. Así me gusta: ¡calladitos, quietecitos, tranquilitos. Habéis sido buenos, y...

—Papá... interrumpió el mayor. (El mayor tiene siete años; el segundo, seis, y el tercero, cinco.) Papá, si hemos sido buenos, es porque hemos estado malos.

—¡Hombre, es verdad! dijo el excelente Piave.

Y después de cruzar con su esposa una mirada de inteligencia, como dándole á entender: «Pues mira, este chico se va despabilando,» el cariñoso padre prosiguió:

—Sí; alguna ventaja había de tener la pícara *grippe*, el *trancazo*, ó como se llame. Ello es que estoy contento de vosotros, y que también lo estarán los Reyes Magos. ¿Les habeis preparado ya los memoriales?

Los niños se miraron entre sí, conteniendo la risa á duras penas, al paso que los padres cruzaban nueva mirada de inteligencia, como diciéndose:

—¡Váyales usted con Reyes Magos á los niños de ahora! Hasta estos cándidos están en el secreto.

—¿Qué es eso? preguntó la mamá. ¿Dudáis de la existencia de los Reyes Magos, y de que sean ellos los que traen juguetes á los niños buenos?

—No, mamá; respondieron los tres. Es que...

—Sepamos.

—Es que los memoriales...

—¿Qué?

—Los hemos mandado ya por el correo

—Vamos, dijo el señor de Piave, no sin cierto regocijo interior; ya veo que vivís más adelantados de lo que yo creía. ¿Y cómo habéis echado esas cartas al correo si no habéis salido en estos días de casa?

—Las ha llevado Trinitario.

—Bueno. Levantáos de la mesa, idos á jugar, y decidle á Trinitario que éntre.

III

Trinitario (Ruiz de apellido, bruto de profesión y criado de nacimiento) se presentaba después ante sus señores.

—¿Por qué ha llevado usted al correo unas cartas de los niños, sin decirnos nada á la señorita ni á mí?

—Señor, non las he llevadu al curreu. Quería dárselas eu mesmu á los Reyes en sus riales manus.

—¿Qué dices, Trinitario? (Estaba por llamarte... dromedario.)

—Que comu eu pensaba ir á esperarlus en la noche de Reyes con unus amigus de la tierriña...

—¿Y tienes ahí las cartas? dijo la señora de Piave, reprimiendo una carcajada, mientras su esposo daba rienda suelta á la risa.

—Sí, señora.

—Pues vengan.

Y Trinitario las sacó de un bolsillo de la chaqueta, en donde estaban con letra y música de Chueca y Valverde.

Es decir,

mezcladas con pelos
y migas de pan.

IV

Quedáronse solos los señores de Piave, y empezó el escrutinio.

La primera carta llevaba este sobre: *Para los 3 Reyes Majos.*

—La letra es de Melchor; veamos lo que pide á su augusto tocayo.

Melchorito, ó Melchorcito, decía así: *Tengo siete haños y lla no estoi en edaz de juguetes. Llo quisiera una hacta de diputado ha Cortes.*

—¡Angelito! dijeron á la par los cariñosos padres.

—¡Y le teníamos por corto!

—No; lo que es de genio, no lo es.

—Veamos esta otra. Es la de Gaspar.

Gaspar escribía lo siguiente, con un poquito más de ortografía que su hermanito mayor: *Yo no tengo aspiraciones políticas y me contento con cultibar la literatura. Deseo fundar y dirigir un semanario festibo titulado* Madriz Pillín.

Los señores de Piave no volvían de su asombro.

—¡Políticos y periodistas, á los siete y seis años!

—Falta la del chiquitín, dijo la mamá; ya verás cómo se contenta con una trompeta y un tambor.

He aquí la solicitud de Baltasarín: *Yo no pido nada á los rreyes pues soi rrepublicano, pero como soi rrepublicano benebolo acedtaré dos villetes de primera para París uno para mi i hotro para teresita la Niña del entresuelo.*

V

Los señores de Piave han caído enfermos á causa de este triple *trancazo* filial.

—¡Dios mío! dicen; si los niños tontos piden hogaño esas cosas, ¿qué pedirán á sus papás los precoces y los listos?

Mariano de Cavia.

ACTUALIDADES

JULIÁN GAYARRE

La primera nota de actualidad que nos ofrece el nuevo año de 1890 es una nota tristísima, lúgubre, desconsoladora; nota que hiere el oído y llega al alma, fría y punzante como la hoja de un puñal; nota desgarradora, en que se confunden, como en horrible y aterrador acorde, un quejido de muerte y un grito de dolor.

Julián Gayarre ha expirado en la madrugada del día 2 de Enero; y España, aunque parece que debiera ya estar falta de fuerzas para sentir tantas desventuras como la afligen y para soportar tantas calamidades como la combaten, llora, con inconsolable pesadumbre, la pérdida de aquel hijo predilecto que era su orgullo y, una de sus glorias artísticas más grandes y más legítimas.

Julián Gayarre no era uno de esos cantantes que se admiran sólo por la hermosura de su voz y por el poder de sus facultades; era un verdadero y colosal artista, que unía á aquel prodigioso dón de la Naturaleza, el dón divino del sentimiento, de la inspiración, del genio...

Hijo del pueblo, nacido de familia humildísima, fué un día modesto obrero, después oscuro corista, más tarde desdichado y hambriento individuo de compañías ambulantes, hasta que al fin pudo vencer su constancia y triunfar su mérito; y la Fortuna, que hasta entonces parecía huir de él, se detuvo y rindió á sus plantas, colmándole de cuantos favores pudo apetecer, más bien que ciegamente llevada por uno de sus proverbiales caprichos, atraída y subyugada por aquella voz dulcísima y fascinadora, que hacía tanto tiempo con sublimes acentos la llamaba.

Y el hijo humildísimo del pueblo no sólo llegó á ser el ídolo del público que le adoraba, sino que se vió agasajado, festejado y adulado por los más altos poderes de la tierra.

Una ráfaga de aire, de ese aire que tantas veces llenó de sublimes melodías, ha bastado para acabar con tanta grandeza.

¡Pobre Julián!

Y así como para abrir boca, con motivo de la entrada de año, ahí va su *mijina* de alegoría.

LA NEVADA

Sirve para que los poetas canten las excelencias de la nieve, teniendo buen cuidado de calentarse, no fiándose del *calor* de la improvisación.

¡Sirve de hermoso pretexto para enseñar unas pantorrillas que, si á verse fueran, más blancas que la nieve habrían de ser!

—¡Esto de la nieve será todo lo bonito que se quiera, pero me estropea el calzado!

Para que los pintores que todavía andan en eso de los países nevados nos transporten, mentalmente por supuesto, á la fría Siberia, á la hermosa Suiza, al pintoresco Retiro.

EL EJEMPLO

. . . .

Ella es huérfana, y al fin
como huérfana se porta.

(CAMPRODÓN.)

No puedo fijar con toda exactitud la fecha del suceso—¡la cosa me importaba tan poco!—pero estoy seguro de que no han transcurrido muchos meses desde que los ministros responsables de un Rey ó de una Reina, de no recuerdo dónde, aunque me parece que era de Inglaterra (por eso digo que Rey ó Reina) solicitaron para la *monarquía* (dicho sea con perdón) aumento de sueldo. Por cierto que los vasallos, ó llámense súbditos, muy poco galantes en aquella ocasión con la Reina, despacharon la solicitud desfavorablemente.

Parece mentira,
pero no lo es

que los representante de la nación inglesa (si fué la inglesa), ó de la nación que fuese, pudieran negarse á una pretensión tan justificada.

Es decir... creo que estaría justificada, porque no se comprende que sin muy fundados motivos, y razones muy poderosas, se hubiera pedido aquel aumento. Pero ¡es claro! probablemente la vida se habrá encarecido en aquella corte como se ha encarecido en Madrid; la carne costará un ojo de la cara y el vino andará por las nubes, y no es cosa que una persona habituada desde su edad más tierna á saborear excelentes vinos, se vea obligada, en la vejez, á contentarse con agua ó con cerveza. Los caseros serán allí, como aquí, por regla general, gentes sin entrañas que no perdonarán un céntimo de los alquileres ni á Jesucristo; y un mal traje que uno se haga apuesto á que cuesta un sentido, ú dos... Paréceme, por estas y por otras muchas razones de que ahora prescindo, que los ministros que llevaron á las Cámaras el proyecto del aumento de la lista civil, procedieron muy cuerdamente; tan cuerdamente cuan fuera de justicia y de razón obraron los representantes del pueblo votando contra el Ministerio en este asunto de libras esterlinas.

Y, para que se vea, á los pocos meses de haber dado cuenta los periódicos de aquella derrota incomprensible y hasta sorprendente del Gabinete de referencia, publican la noticia de que la esposa del presidente de la República francesa se proponía dar—como en efecto ha dado—una espléndida cena á muchos centenares de niños pobres, á cada uno de los que ha regalado un traje completo y un lindo juguete. Confieso á ustedes con franqueza que esta noticia me escandalizó; con tanto más motivo cuanto más verosímil me parecía: con la circunstancia agravante de que la señora de Sadi-Carnot ha determinado pagar de su bolsillo particular todos los gastos que aquella descabellada ocurrencia suya ha producido.

Bien se echa de ver la tendencia disolvente y anárquica en que se inspiran ciertos actos; no puede negarse que los malos ejemplos son tanto más perniciosos, cuanto más elevadas se hallan las esferas en que se dan; si el anhelo de imitar los procederes de Mad. Carnot se generaliza, ¿adónde vamos á parar por ese camino? ¡Dar cenas á niños pobres! ¡Regalarles juguetes! ¡Hacerles vestidos!... Espanta verdaderamente el pensar en las consecuencias de tales lecciones. Grandes dispendios, gastos extraordinarios... y luego confusión de clases y mezcolanzas de castas. Ejemplaridad es ésta realmente subversiva; bien es, que de los que profesan determinada opinión, ¿qué otra cosa puede esperarse?

¡Cuán diferente es, en buena hora lo diga, el espíritu del proyecto ministerial á que antes me he referido!... ¡Claro! Como producto de entendimientos maduros y de cabezas bien sentadas. Nada de gastos inútiles, nada de fiestas costosas ni de lujos innecesarios. La idea del ahorro predícase con el ejemplo; el principio de la economía, aconsejado con la práctica, esto, esto es lo que la recta moral enseña y la razón impone.

¿Vestir á los niños? ¿Para qué? ¡Pues si ellos están acostumbrados á corretear medio desnudos por esas calles!... ¿Darles juguetes? ¡Vaya una tontería, enseñarles á perder tiempo... Pues ¿y qué me dicen ustedes de la cena? ¿No es un verdadero colmo?... el colmo de la insensatez. Hacer que saboreen manjares que probablemente no volverán á saborear en su vida; despertar en ellos apetitos que no podrán satisfacer nunca... No me nieguen ustedes que eso es disolvente y anárquico... Como ya he dicho, lo otro, lo que hacen las personas de juicio y de cordura, es lo que debe aplaudirse, como digna que es, evidentemente, de imitación y de alabanza: pedir y cobrar, y guardar y ahorrar, y que nos entren moscas; y el que no tenga que se fastidie.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

ACTUALIDADES

MADAME CARNOT

Esposa del Presidente de la República francesa.

Pacotilla.

¿Será el año que empieza
como ese bruto
que ya, por nuestra suerte,
bajó al sepulcro?
¿Traerá los mismos líos,
los mismos usos,
las mismas epidemias,
los mismos lutos,
los mismos temporales,
los mismos chulos,
las mismas desventuras,
los mismos cucos,
las mismas *momentáneas*,
los mismos bulos,
los mismos hundimientos,
los mismos humos,
la misma *Arrendataria*,
los mismos bufos,
y hasta los mismos Mansis
que el otro trujo?
Pues, entonces, valiéranos
más, pero mucho,
que antes de que cumpliera
dos meses justos,
le llevara á la tumba
cualquier disgusto,
reemplazándole el año
noventa y uno;
y si éste era lo mismo
que los difuntos,
¡mandar á todos ellos
á freir churros!

—

¡Anda, morena!

Un periódico da una noticia que me ha *desentantaramiculado.*

Dice que ha muerto una señora á los ciento siete años de edad, conservando sus facultades intelectuales hasta pocos momentos después de fallecer.

¡Este sí que es un fenómeno de primer orden!

¡Lo contrario de lo que le va á suceder al autor de la noticia!

Porque ese noticiero distinguido
acaba de probar,
que ya sus facultades ha perdido
mucho antes de enfermar.

—

Pregunta un periódico:
«¿Qué es un tenedor de la Deuda?»
Un tenedor que no pincha.

—

Anuncian muchos maestros
su firme resolución
de abandonar las escuelas
y echarse á pedir por Dios,
porque no cobran un cuarto
de su corta asignación,
y algunos hay que no comen
desde el año ochenta y dos.
Para la tumba de uno
que murió de extenuación,
á ruego de sus discípulos
tracé este epitafio yo:
«Aquí *no yacen* los restos
»de un infeliz profesor,
»porque antes de fallecer
»él mismo se los comió.»

—

Ha desaparecido de la casa paterna en Zaragoza una joven guapísima de diecisiete años.

La autoridad encarga que se averigüe su paradero.

Y además, que se la detenga donde pare.

¿Donde pare?

¡No seré yo quien me meta en esas averiguaciones!

—

De una administración de loterías
de Santander, hará unos veinte días,
cuarenta mil pesetas se han fugado,
llevándose al lotero secuestrado.
Aquí salta un problema verdadero
que expongo á las personas más discretas:
¿Gastarán las pesetas al lotero,
ó gastará el lotero las pesetas?

En Valladolid fué un acreedor el otro día á reclamar dos duros que le debía un parroquiano, y éste le largó una paliza que por poco tienen que llevarle á casa en dos ó tres cestos.

—¿Quieres duros? diría el deudor. Pues ¡toma *duros*, con réditos y todo!

Y le largó lo menos treinta.

Supongo que el acreedor se daría por satisfecho.

Lo peor es que los palos que recibió el hombre en pago de la deuda, no tienen circulación en el país.

De modo, que... ¡cualquiera se los cambia!

—

Las Empresas teatrales están que trinan,
porque con el *trancazo*, que se trae guasa,
son muchas las personas que se acoquinan,
y apenas anochece se van á casa.
Además, los muy pocos despreocupados
á quienes la epidemia no de temores,
están tose que tose los condenados
y ponen muy nerviosos á los autores.
Pero este inconveniente, después de todo,
por un procedimiento fácil se salva:
¡que vean las Empresas de hallar el modo
de regar los teatros con flor de malva!

—

Dos jóvenes de catorce años, es decir, una *ella* y un *él*, han desaparecido de sus respectivas casas en Valencia.

¡María Santísima! ¡De catorce años!

¡Qué temprana simpatía!
¡Y se amaban ya! ¡Qué netos!
¡Voy á leer cualquier día
que han ido á la Vicaría
dos fetos!

JOSÉ ESTRAÑI.

Superstición y sacrilegio.

En todas las parroquias de esta corte
hubo ayer rogativas porque lloviera;
y yo, que soy cristiano á toda prueba,
me fuí á rogar también con mi consorte.
Bueno, perfectamente.
Se fué la luna al fin con sus luceros,
vino el día siguiente,
y... ¡vaya un sol hermoso, caballeros!
En virtud de estas pruebas *persuasivas*,
ya no vuelvo á creer en rogativas.

EUSTAQUIO CABEZÓN.

ANTE UN CONVENTO DE MONJAS

Contemplo envuelta por la noche densa
esta mansión tan triste y tan callada,
y giro en torno la febril mirada
y siempre encuentro soledad inmensa.
Rejas, torres y muros por defensa,
y gimiendo en la lóbrega morada
la luz de la belleza postergada,
el fuego del amor sin recompensa...
¡Oh tapias de tristísima blancura,
de tantas almas jóvenes guarida!
¡Oh cárcel infernal! ¡Oh gran clausura!
¿Qué dura ley, qué ley desconocida
te deja sepultar tanta hermosura,
y tanta juventud, y tanta vida?

RICARDO CATARINEU.

El Escorial

Rey de la tempestad y el cataclismo,
su frente el Escorial yergue sombría.
¡Palacio que erigió la tiranía,
templo que ha levantado el fanatismo!
¿Quién describir tu majestad podría
ni tu mole gigante, si lo mismo
que ante el fondo insondable del abismo,
la razón, al mirarte, se extravía?
No hay canto, no hay estrofa, no hay acento
¡oh tétrico y altivo monumento!
que cuadre á tu satánica grandeza.
¡Mudo queda ante ti mi pensamiento,
y en un mar de dolor y de tristeza,
mi pobre corazón hundirse siento!

ATAULFO FRIERA.

ENSEÑANZA... LIBRE

—Pero, Gregorio, por Dios,
no le enseñes cosas feas,
porque luego me las dice...
y puede haber quien las crea.

ASTRONOMÍA

Ella, alegre cual ninguna,
él, fiado en su fortuna...
Llega un amigote de él
y eclipse total de luna
de miel.

GOLPE Y QUITE

—Hoy, como día de Reyes
vengo por el aguinaldo.
—¡Hija, yo para estas cosas
soy lo más republicano!...

PROPIO Y AJENO

Un telegrama de Toledo dice que se ha fugado una monja del convento de Jesús y María.

¡Jesús y María... y José!

—

Los papelistas de Madrid se declararon en huelga.

Y al mismo tiempo los abogados de la acción popular se empeñaron en *empapelar* una sala.

Del Tribunal Supremo.

Lo cual que, según dicen algunos, hubiera sido... *¡la mar!*

¡Ah! Y las costas.

—

Cuentecitos sin importancia.—El incansable escritor Silverio Laura ha puesto á la venta la segunda edición de este libro, que recomendamos á nuestros lectores.

—

La casa editorial Bailly-Baillière ha hecho este año numerosas ediciones del *Calendario Americano*, en diversos tamaños y variadísimos cromos. Los precios varían desde 2 reales, y parece mentira que por tan poco dinero se pueda hacer un Almanaque tan útil y tan elegante.

REGALOS

LOS MADRILES, que es espléndido de suyo, hará este año los siguientes regalos á todo el que los quiera:

1.° A los que se suscriban ó renueven su abono por un año, desde 1.° de Enero de 1890, un ejemplar de las

Tardes de Abril y Mayo.

libro original de Carlos Fernández Shaw.

La edicion de esta obra es de un lujo extraordinario, fotograbados directos de acuarelas de Cuchy, papel marquilla y cubierta Japón legítimo, de la manufactura imperial de Tokío, y que vale tres pesetas.

2.° A los que asimismo renueven ó se suscriban por seis meses desde igual fecha, un ejemplar de

El espejo del alma.

precioso poema de Julio de las Cuevas, también con ilustraciones de Cuchy, y cubierta fantasía en varios colores; y otro ejemplar de la interesante obra

Toros y chimborazos.

escrita por el insigne poeta José Velarde.

Cada uno de estos tomos vale una peseta. De modo que á los que abonen nueve pesetas, por todo el año 90 *le regalamos* valor de tres pesetas, y á los de semestre valor de dos pesetas, con lo cual resulta que la suscrición viene á salirles á ¡DOS REALES AL MES! ó no hay matemáticas.

NOTAS. Para obtener estas ventajas es preciso hacer las suscriciones *directamente* á esta administración, acompañando su importe.

De estos regalos solo disfrutarán los suscritores de Madrid y provincias.

OTRO REGALO

Con el número próximo daremos definitivamente á todos los suscritores y compradores el índice y una lindísima cubierta para encuadernar el primer tomo de LOS MADRILES, que comprende desde el número 1.° al 65, cuya cubierta é índice no damos en este número, según teníamos ofrecido, pero el amigo Pons tiene la culpa: ha hecho nada menos que una acuarela en TRES COLORES y fondo ORO, que es una delicia; y como se necesitan varios días para tantas tiradas y con eso del *dengue* el personal está algo escaso, no ha podido concluirse á tiempo para acompañarlo con este número.

Los números 1.°, 7.°, 24, 28, 35, 43, 44, 50 y 63, que se agotaron, se hallan en reimpresión y muy pronto habrá ejemplares para completar las colecciones y servir los muchos pedidos que nos tienen hechos.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis

¡Yo no entiendo esto: se gastan un dineral para ver la Nevada, y la nevada está fuera, á la vista de too el mundo!

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO III.—TOMO II
11 de Enero de 1890.
NÚMERO 67

Caricaturas contemporáneas:

LA DE HOY

JACINTO OCTAVIO PICON

Nuestra galería se enriquece hoy con una de las figuras más simpáticas de la república literaria.

Como crítico inteligentísimo de artes, goza merecida reputación de erudición y de buen gusto, justificada plenamente en sus *Apuntes sobre la historia de la caricatura*. De escritor correcto, castizo y elegante, lo acreditan sus preciosas novelas *Juan Vulgar*, *La hijastra del amor* y la última publicada, *El enemigo*, de cuya obra dice un compañero nuestro de redacción:

«Después de haberla leído, digo siempre al persignarme:

Por la señal de la Santa Cruz...
de nuestros enemigos
líbranos, Señor;
pero danos muchos
como el de Picón.»

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año.............. 9 *pesetas.*
Seis meses.............. 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO*, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

CUENTA CORRIENTE

JULIO Mayo y Abril, aunque á primera vista parezca un trimestre, es una persona; es decir, que son tres meses distintos y un solo amigo mío verdadero.

Julio es una persona excelente, un hombre muy cumplido y muy *correcto*, como ahora se dice, y tan sumamente escrupuloso y formal en todas sus cosas, que aun sus cuentas particulares, las lleva al día con un cuidado y una minuciosidad extraordinarios.

Todos los años, antes de que llegue el 31 de Diciembre, compra la *Agenda* ó *Dietario* para el año siguiente, y al dar la última campanada de las doce de aquel día, que anuncia la entrada del año nuevo, abre su libro para encabezarlo con el resultado del balance del año anterior.

Fiel á sus prácticas, hízolo así este año, y acostumbrado á que casi todos los anteriores había cerrado sus cuentas con satisfactorio *superávit*, escribió distraído en la primera línea de la hoja correspondiente al miércoles, 1.º de Enero: *Existencia...*

Apenas lo hubo escrito, quedóse parado y confuso, recordando que la liquidación del año último había sido desastrosa; que había tenido pérdidas, enfermedades, gastos crecidísimos, y que no le había quedado, para comenzar este año, ni una peseta, ni un real, ni un céntimo.

Había necesidad de tachar la palabra escrita; pero esto era una cosa fea, una informalidad en las cuentas, que no podía consentir la escrupulosidad de mi amigo.

Meditó breves momentos, y después, dándose primero una palmada en la frente, escribió con resolución:

Existencia............... La propia...

Año terrible ha sido el de 1889. Innecesario es recordar las desdichas, las calamidades, los males que con funesta prodigalidad ha dejado caer sobre todos.

Su despedida no ha podido ser más cruel.

La herencia que ha dejado á su sucesor no puede ser más horrible.

¡Dichosos los que, al abrir—aunque tarde—la cuenta corriente que nos proponemos llevar al año de 1890, podemos escribir en la primera línea, como el amigo de mi cuento:

¡Existencia.............. la propia!

—

Las primeras *partidas* que tenemos que consignar á cargo del año nuevo son de tal índole, que á su lado resultan buenas las del año anterior, aun con haber sido en su mayoría *partidas... serranas*.

Ya LOS MADRILES, en su número último, ha dado noticia de la muerte del ilustre artista Julián Gayarre, asociándose, con pesar sincero, al duelo general, tan espontánea y expresivamente demostrado en el acto de la conducción del cadáver, que fué—á pesar de la crudeza del tiempo y del temor que á todos inspira—imponente y grandísima manifestación del cariño que el público de Madrid profesaba al tenor insigne y del dolor inmenso que á todos afligía.

Hubo, sin embargo, una excepción notable y un detalle, que he leído en varios periódicos y es digno de ser recordado.

Al pasar el cadáver del eminente artista por delante del Ateneo, Sociedad que preside el ilustre hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo, no hubo la más insignificante señal de duelo.

Ni una comisión que acompañara su cadáver, ni una corona, ni una flor, ni un recuerdo.

Julián Gayarre había sido *rey* de la escena lírica, *rey* aclamado con verdadero entusiasmo por el mundo entero, *rey* solicitado y aplaudido y adulado por los mismos Reyes, que acaso le envidiarían en el fondo de su alma.

Acaso, acaso, alguno hubiera cambiado su pesada corona de oro por la corona de laurel del artista, los fastuosos esplendores de su trono por los brillantes triunfos de la escena, las sangrientas victorias de la guerra, por los hermosos éxitos del Arte, las serviles é interesadas adulaciones de sus farsantes cortesanos ó de sus mercenarios aplaudidores, por las entusiastas y espontáneas ovaciones de un público verdaderamente conmovido, electrizado, frenético y delirante de cariño y de admiración.

Julián Gayarre era un *rey* que, para sostener su reinado, no tuvo que verter una gota de sangre ni que hacer derramar una lágrima.

En su muerte no necesitaba las aparatosas demostraciones del fingido duelo cortesano, sujeto á ceremonial, ni aun siquiera la manifestación más insignificante de pesar de ningún ilustre hombre de Estado. Si desde el otro mundo se ven las grandezas y las miserias de éste, debe bastar al gran artista el dolor inmenso de sus admiradores y las sinceras lágrimas de los muchísimos á quienes unió en vida con los inquebrantables lazos de la amistad ó de la gratitud.

—

A los que puedan extrañar ciertas cosas, se les podrá contestar algo parecido á lo que respondieron la otra noche á uno que se sorprendía de que, habiendo llegado Gayarre á ser millonario y eminencia, nunca le dieran *don*, llamándole todo el mundo, con singular llanez, *Julián Gayarre*.

—Dios y la naturaleza habían concedido á Julián un *don*, que él solo poseía... No le hacía falta ese otro *don*, que lo mismo se da á un caballero de industria que á un caballero... de verdad.

—

«*Julián Gayarre, compañero del alma. Nos veremos pronto...*»

Estas palabras escribió el célebre barítono Jorge Ronconi, al tener noticia de la muerte de Gayarre, y no ha tardado en cumplirse su fatal presentimiento

El anciano cantante, que era hacía quince años profesor del Conservatorio de Madrid, que antes de retirarse de la escena—como dice un cronista—había compartido con el insigne tenor Mario éxitos grandísimos, paseando por Europa el cetro del arte lírico, ha muerto en la madrugada del día 7, en una modesta casa de la calle del Reloj, pobre y olvidado. ¡Qué terribles vicisitudes y qué amargas decepciones ofrece la vida!

—

La *cuenta corriente* del año no puede empezar más triste ni más desconsoladora.

Dispénsenme mis benévolos lectores; pero ya comprenderán que no es culpa mía.

Ustedes dirán que soy un *tenedor* de libros como aquel que pinta Blasco en *El Anzuelo*:

«Un tenedor que tenemos
clavado en el alma...»

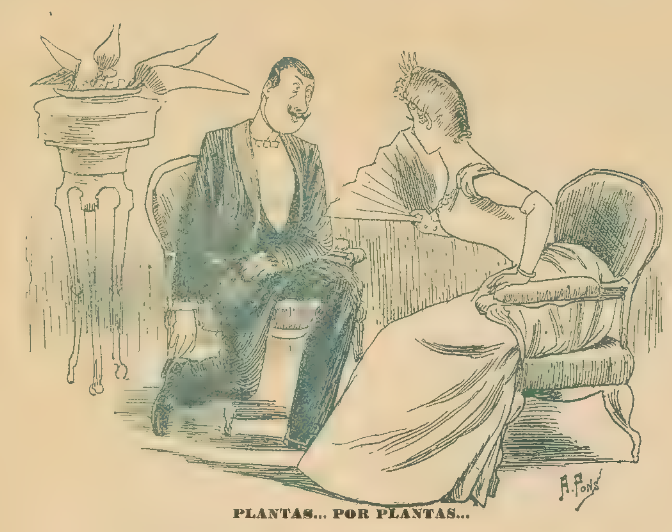
Pero... ¿qué se le ha de hacer, si al buscar partidas que sentar en la cuenta no encuentro más que partidas... de defunción?

De otros asuntos hay poco que decir en el momento en que escribo, y todos son igualmente tristes.

¡BUENA PROPORCIÓN!

—Yo quisiera ser la taza
que tiene usted en la mano,
para que usted me cogiese
y me acercase á sus labios.

Quisiera ser el café
para desvelarla un rato...
—(¡Tonto y con gabán de pieles!
¡Qué fortuna si lo engancho!)



PLANTAS... POR PLANTAS...

—Lolita, usted me enamora;
Dolores, usted me encanta
y quiero pasar la vida
siempre rendido á sus plantas.

—¿A mis plantas? ¡Lindo antojo!
Pues bien; si usted no se cansa
puede pasarla rendido...
á las que tiene á su espalda.

La enfermedad reinante sigue causando numerosas víctimas; los partes referentes á la dolencia del Rey son alarmantes; la crisis no se ha *conjurado*, por las dificultades que han puesto los de la *conjura;* las noticias telegráficas sólo se refieren á pérdidas de cosechas, á *irregularidades* que se descubren, á teatros que se queman ó que se cierran.

En Barcelona se han cerrado seis en lo que va de año; en Madrid, el que no se ha cerrado tiene ya al empresario en la puerta, con la campanilla en la mano y en la actitud del monaguillo dispuesto á decir:

— ¡Que se va á cerrar!

Los teatros del extranjero que, según los telegramas, se han quemado en estos días, son: el de Zurich, en Suiza; el de la Bolsa, de Bruselas, y el Alcázar, del Havre.

Leyendo estas noticias, decía anoche un empresario amigo mío:

—¡Vea usted lo que son las cosas! En el extranjero se queman los teatros, y aquí somos los empresarios lo que estamos *quemados*.

Felipe Pérez.

RETAZOS

Tus mejillas de rosa son preciosas:
pero no sólo á mí me maravillas,
pues también las pintadas mariposas,
creyendo que son rosas,
siempre van á posarse en tus mejillas.

Cuando se casan dos, según yo creo,
si les lleva el cariño paso á paso,
les lleva muy ligeros el deseo.

—

Me clavó sus espinas una rosa
y queriendo vengarme, vida mía,
te la mandé á tu casa, Luisa hermosa,
para ver si de envidia se moría
al contemplar tu cara tan preciosa.

J. Rodao.

ENFERMOS ILUSTRES

—Yo escribiré ese título, dijo á mi querido amigo Franco y Rodríguez, que se ha lamentado de los sinsabores de su profesión facultativa.

Y efectivamente; yo, que no soy médico ni cómplice, puedo, con independencia española, volver por la clase á que no pertenezco *entuadía*, como dijo aquel mozo sorteable y sorteado, que alegaba ser hijo de viuda.

—¿No tienes padre? le preguntó el presidente de la Comisión provincial.

Y el mozo respondió:

—Entuadía no.

Quiso decir, según sospechas:

—Ya no.

Pues yo ni *entuadía* ni *endenantes* he sido médico.

Pero admiro y respeto á la ciencia y á los hombres que la profesan.

De muy antiguo conserva el vulgo la creencia de que cada persona «muere de la enfermedad que padece y del médico que la asiste.»

Y cuando lo decía D. Francisco, el de la torre de Juan Abad por aquel entonces, pudo tener razón.

Pero ello es que, en cuanto nos vemos indispuestos con nosotros mismos, en quien pensamos es en el médico.

¡El médico!

Cuando se oye el anuncio de su entrada en la casa del enfermo, éste y su familia, si la gasta, se sienten como aliviados de un peso.

Hablo moral y espiritualmente; no aludo al que han de pagar por visita, los que pagan, que *les* hay tramposos de suyo hasta con los que le *hacen* la salud, que vale más que hacerle un terno.

Y con esto no quiero recomendar á las gentes que no paguen á los sastres.

Verdad es que sinnúmero de sujetos no necesitan la recomendación para dejar de pagarlos.

Quise decir que entre *hacerse gabán* y *hacerse bueno*, lo primero es lo segundo.

No hay para qué apuntar que cuando muere un individuo cualquiera del gremio de los mortales, así la familia como los amigos y conocidos del difunto, se le echan al médico.

Si sale con pellejo y cura (no con sacerdote, sino curado de un padecimiento), los supradichos miembros de la familia del paciente que fué, los amigos y demás personas de su intimidad, pregonan las excelencias de la naturaleza del enfermo y la intervención más ó menos directa de varios agentes sobrenaturales y demás.

Todo menos atribuir al médico ni á la ciencia la restauración del enfermo.

Pero cuando los pacientes son personas ilustres, vamos al decir, ó muy conocidas, la situación del médico es terrible.

En parientes de poco pelo nadie se ocupa.

Cuando más, como queda dicho, sus allegados.

Aun la misma vecindad mira con indiferencia las desdichas de un X.

— Ha caído un pájaro, dice una vecina.

—¿Quién? pregunta otra.

—Ese barrendero de la buhardilla número 7.

—¿De qué?

—De alguna borrachera.

Es decir, que empiezan por llamarle «pájaro,» ó «besugo,» ó «pez,» y concluyen el panegírico atribuyendo la defunción á una borrachera.

—Señá Fulana, ¿sabe usté quien ha muerto?

—¿Quién, hija?

—Aquel pollero de la calle de..., aquel tan gordo.

—Habrá sido de sobreparto.

—Del *trancazo*.

—¿Del trancazo?

—Sí; entró un hombre la otra noche en la tienda, y, no se sabe por qué, le dió un palo en la *nunca*, y abur.

—¡Ay! Como se mata á los conejos. Pero no sería en la *nunca*, porque no le habría matado; sería en la nuca.

—Eso es. ¿Qué más da? Pues ha salido aleteando el pollero; esta mañana, vamos, le han sacado.

Oficialmente no se cuenta á los muertos que andan mal de ropa, ni como difuntos siquiera, sino como cadáveres, que es la misma graduación.

Esto me ha dicho un académico casero que cree que puede decirse lo mismo «destituir» que «defuncionar» á cualquiera.

Pero los enfermos temibles son los conocidos.

El médico á quien toca un enfermo ilustre, ya puede ver lo que hace.

Cuando se salva, dice el coro de amigos:

—¡Bien, doctor, bien! Ha merecido usted bien de la patria. Verdad es que tiene Fulano una naturaleza...

—Sí; ¡una para él solo!

La prensa pregona la fama del doctor.

Ha hecho su carrera, si no la tenía hecha.

Pero si cae el enfermo, si sucumbe, porque alguna vez, según el compromiso contraído, «habemos de morir,» ¡adiós reputación del médico!

—¡Qué animal!

—¡Qué asesino!

ESTRELLA... ERRANTE

Joven, primorosa, lista
siempre jovial y bromista,
pero honrada como bella,
era la graciosa Estrella
oficiala de modista.

Esclava de su deber,
del dinero y del placer
la seducción resistía,
y aún su maestra decía:
¡Es la *estrella* del taller!

Pero el trabajo iba mal,
no producía un rëal
el oficio de modista,
y un día... entró de corista,
no recuerdo en qué *corral*.

Al director le gustó:
Estrella á tiple ascendió
á los tres meses ó cuatro,
y todos decían:—¡Oh!
¡Es la *estrella* del teatro!

—Ese no es un facultativo, es un puntillero.

—Bien, un puntillero facultativo.

—¡Pero, hombre, si el enfermo padecía de tisis pulmonar y empezó á curarle por quebradura!

—¡Qué horror!

—Le recetó *Alcali volatinero* para la calentura.

—¿Y por qué no se le lleva á los Tribunales?

—Y se le recoge el título.

—O se le da un golpe... y repique, opina un caballero injerto en chulo (último figurín).

Esto sin contar las preguntas que dirigen los aficionados caseros al médico de cabecera, y los consejos que le dan y lo que le molestan.

De manera que entre ser médico vivo y de enfermos ilustres, y ser *cadavre* ilustre, es preferible ser lo segundo.

EDUARDO DE PALACIO

MISCELÁNEAS

I

—¿Das hoy un banquete?
—Sí.
—Lo supe en el Ministerio.
—¡Si de ello no hago misterio!
Como hace un mes ascendí,
el suceso celebrando
cuatro amigos convidé.
No te vayas, quédate,
aún los estoy esperando.
Una juerga siempre alegra
el ánimo.
—Dices bien;
pero han dicho que también
esperas hoy á tu suegra.
—Y á esperarla me acomodo
como aquel que espera un palo.
—¿Pero vendrá?
—¡Siendo malo
siempre hay que esperarlo todo!

II

—Chico, no te dejas ver
por el café. ¿Dónde vas?...
¿Qué tienes? ¡Qué triste estás!..
—He perdido á mi mujer.
—No sabía... ¿Conque lloras
á una esposa idolatrada...?
¡Valor!—Me fué arrebatada
¡ay! en poquísimas horas.
—¡Ya! ¿Por una pulmonía?
Abundan mucho, según...
—¡Arrebatada por un
capitán de infantería!

III

—¿Conque el yerno?... Ya, ya sé
lo que es eso, Nicanora.
¡Lo que el mío me encocora!
—¡Del mío no me hable usté!
¡Es mi tormento mayor!
—De fijo que usted quisiera
que el tunante se muriera
presa de horrible dolor,
y sin calma y sin consuelo
padeciese noche y día...
—No, no tal: ¡me bastaría
con verle subir al cielo!

IV

De un General bravucón
que sirvió en caballería
y, según fama, tenía
muy poco de Salomón,
cuentan que en una revista
que acababa de pasar,
queriéndola el hombre dar
de severo ordenancista,
una arenga pronunció
en tono muy levantado,

Al artístico oropel
prefirió el oro á granel:
se hizo coqueta y venal,
y tuvo landó y hotel
y hasta abono en el Real

Fué reina del *Demi-monde*
y todos decían:—¿Dónde
encontrar una más bella?
¡Es la *estrella* del vizconde...
del vizconde de la Estrella!

Tras el vizconde, un banquero,
luego un viejo con dinero,
uno de Estado Mayor,
un jugador, un tendero
y un chulo... de lo peor.

Y hoy... no falta quien estalle
viendo su gracioso talle,
y diga al fijarse en ella:
—¡Es la *estrella* de la calle...
de la calle de la Estrella.

URBANO CORTÉS.

VARIEDADES

PASO Á DOS

—Siempre que bailas ese paso, no sabes lo que yo paso, porque me parece que miras á Arturo de paso, y por eso es por lo que yo no paso.

—¿Sí? ¡Pues vaya un paso!

COMPETENCIA

—Le advierto á usted, señor de guardia, que yo puedo ser concejal el día menos pensado y entonces le quito á usted el destino.

Y yo le adviertu á usted, señur de burracho, que el día que usted sea cuncejal puedu yo ser gubernador, y entonces lo suspendu á usted comu ahora.

PLATO DEL DÍA

—¡Ay Juliana, cuánto llueve!
—Yo me he puesto hecha una sopa.
—¿Una sopa... Juliana?
Pues no extrañes que te coma.

en que el deber del soldado
de esta manera explicó:
«Soldados: para poder
ganar acciones honrosas,
sólo hacen falta tres cosas.
Tres. ¡Mandar y obedecer!»
Esto, que oyó un ayudante,
entre confuso y corrido,
acercándose á su oído
le dijo en el mismo instante:
«Pero, General, por Dios,
debe usted rectificar.
Obedecer y mandar,
nunca han sido más que dos.»
Y á esta observación atenta
le replicó el General:
—¡Hombre, no sea usté animal!
¿Es que la *y* no se cuenta?»

E. NAVARRO GONZALVO.

EL ENTIERRO EN EL CAMPO (1)

....

Al medio día se llenó la casa de gentes vecinas. Acudieron palurdos con la vara metida en la faja por la espalda; lugareños de lenguaje tosco, que decían todo género de dislates; mujeres de tez cobriza, curtida por la intemperie, con pañuelos de florones al talle y burdos zapatones, que asomaban bajo los refajos amarillos, y una turba de chicos harapientos, que, en pernetas, con los mocos colgando y riéndose alegremente, venían dando saltos y brincos por las enlodadas cunetas del camino. También llegaron el alcalde de Orejuela, con bastón de borlas, el boticario, el cura, un posadero que tenía en arrendamiento tierras de Susana, y un hombre joven, mejor vestido que los demás, que era el médico del partido, deseoso de conocer al doctor Mora, cuyo nombre había cien veces leído en los periódicos.

El cura venía algo amoscado, porque no le llamaron con tiempo para administrar á la difunta; pero Perico le amansó fácilmente, diciéndole primero que el ataque fué fulminante, y después esperanzándole con la promesa de muchas misas; así que el clérigo, depuesto el enojo, se subió á rezar á la alcoba.

Luego entre ambos médicos lo dispusieron todo. Al cabo de una hora vino del pueblo un mocetón guiando un pollino que, atravesado sobre la albarda, traía un ataúd de pino, recubierto de percalina negra y ribeteado con cintas amarillas, que formaban una cruz sobre la tapa. No lo había en Orejuela más lujoso.

Plácida no probó bocado. Al niño le dieron leche de cabra, que bebió con delicia. A Perico se le quiso llevar el médico para agasajarle en su casa; pero él no lo consintió.

A las seis de la tarde Plácida, que aborreciendo la casa se bajó al huerto con el niño, observó que cuantas personas la rodeaban se iban alejando con diversos pretextos; y presumiendo el motivo, cogió en brazos al pequeñín y se precipitó hacia el zaguán.

El humilde cortejo, más triste cuanto más abigarrado, había salido del portón y llevaba andados unos cuantos metros de carretera.

Delante marchaba una docena de chiquillos con velas que les habían repartido, y á las que iban arrancando la escurriduras de la cera. Dos guardas, un

(1) De la novela *La Honrada*, próxima á publicarse (con dibujos de Pellicer), por la casa *Sucesores de Ramírez*, de Barcelona.

OCURRENCIAS

CUESTIÓN DE NOMBRES

—Mi mujer está *dengosa*;
su primo es un bribonazo,
y á mí una duda me acosa...
Como sepa alguna cosa
el *dengue*... va á ser ¡*trancazo!*

CUESTIÓN DE NOMBRES

—Non recibe su excelencia...
—¡*Calamba!* ¡Qué inconveniente!
—Está desde el día veinte
en cama con .. la *influencia*.
—¡*Clalo!* ¡Si es tan *influyente*

CUESTIÓN DE NOMBRES

—Mire usted, amigo mío... ¡Jé, jé!... Yo también he sido tonto... No hice caso de los consejos que me dieron... ¡Jé, jé!... Me casé y ahora... ahora estoy tocando las consecuencias.

—(¿Por qué le llamará este caballero *consecuencias* á mis rodillas?

mozo del lugar y el hortelano llevaban á hombros el féretro. Seguían á éste el alcalde, que procuraba caminar con un paso de delantera; el cura, el médico del pueblo y Perico; y tras ellos, en confuso tropel, la gente comarcana, formando multicolor conjunto de chaquetas pardas, refajos de matices chillones, mangas blancas de camisa, pañuelos de hierbas, sombreros de pana y moños de picaporte. Algunas viejas rezaban, otras refunfuñaban, los zagalones miraban á las mozas, los hombres más entrados en años iban inspeccionando con codiciosa mirada el estado del campo, y todos con su ligero andar alzaban una nube de polvo, que el sol poniente iluminaba. Al paso de la comitiva los cerdos se ahuyentaban gruñendo, los arrieros detenían á las bestias y los trajinantes replegaban á un lado las carretas. A lo lejos se oía el pausado y lento doblar de las campanas de Orejuela.

Desviáronse luego del camino, y por una senda abierta entre una era y unos rastrojos quemados, llegaron al pobre cementerio. Tras sus terrosas tapias se erguía un solo ciprés negruzco, alto y endeble, cuyo vértice se movía mecido por el airecillo de la tarde. Los rayos del sol, próximo al horizonte, parecían arrastrarse por los surcos, tendiendo á larga distancia las sombras de personas, y la esquila de la capilla sonaba á rajada.

Al penetrar en el recinto de la tierra del sueño eterno todos se descubrieron, y los chicos, movidos de curiosidad, apretaron á correr para tomar puesto á los lados de la fosa.

Se abrió la caja, cantó el cura un responso, y el hortelano, cerrando el ataúd, entregó la llave á Perico, quien no se movió de allí hasta que los enterradores rellenaron la hoya, igualándola con el nivel del piso.

Cesó la campana de tocar á punto que se ocultaba el sol, y chicos y grandes echaron á la desbandada cuesta abajo; los grandes riendo, pasada ya la fugitiva impresión de la muerte, y los chicos jugando á pedrada limpia por la extensión del llano.

Plácida, que se subió con el niño al piso segundo de la casa, permaneció asomada á un ventanón mirando desde allí tristemente cuanto le permitieron la distancia y las lágrimas. A poco de dispersarse la comitiva vió venir á Perico por la carretera con el médico, el cura y el alcalde: luego se separaron y avanzó solo, mientras ella, abrazando al niño, se quedaba profundamente pensativa...

. . . .

¡Cuán loca y caprichosamente suceden las cosas de la vida! ¿Quién le había de decir, años atrás, que aquel hombre enterraría á su madre? ¿Con qué y cómo le pagaría lo que estaba haciendo? Pero harto sabía que no necesitaba pagárselo; la medrosidad con que él la hablaba, la expresión de sus ojos, se lo decían claramente. No habían cruzado una palabra ambigua, una frase de doble sentido, y, sin embargo, ambos sabían todo, absolutamente todo lo que pensaban y sentían. Y lo que ella experimentaba no era gratitud, sino algo más grande y poderoso, más avasallador del ánimo, pero inconfesable: un sentimiento que jamás saldría en palabras de sus labios... ¡Qué felices podían haber sido! ¡Ciegos, ciegos y tontos, que habían vivido casi juntos sin conocerse!... De improviso volvió su pensamiento hacia la muerte. ¡Pobre madre! ¡Cuántos recuerdos! Y ahora... cuatro tablas, ella inmóvil, inanimada, fría; ¡encima mucha tierra, y la noche eterna! ¿Habría otra vida? Los seres que aquí se han querido, ¿volverán á encontrarse en un mundo mejor, ó será el alma como estela que se borra y sonido que se extingue?... ¡Cuán necio es pretender adivinar lo incognoscible que está al otro lado de la muerte!

Perico se acercaba andando de prisa por la carretera. Plácida lloró, á un tiempo mismo y sin consuelo, la madre muerta y el amor imposible.

. . . .

JACINTO OCTAVIO PICÓN

¡APUNTEN!

—Señora, yo soy viudo y... (¡Dios mío ¿Cómo le haré la declaración?... ¡Ah!)

ANTE EL ESPEJO

MONÓLOGO

Preciso es confesar que como joven, soy joven, como guapo, soy guapo, y como elegante, soy elegante, y, sin embargo, Severa me ha jurado que ha de ser siempre conmigo severa... ¡Se verá!

DIÁLOGO CURSI

—No me hables; inútil es.
Contigo enfadada estoy.
¡A mí, que tan buena soy,
no haberme escrito en un mes!
¡Nunca! ¡Nunca te perdono!
—No así juzgues mis acciones
sin ver antes las razones
que tengo, Luisa, en mi abono.
—¡En tu abono! ¡Y aún tu audacia
de ese modo te disculpa!
—¡Si tú has tenido la culpa
de todo!—¿Yo?... ¡Tiene gracia!
—¡Vamos, calma tus enojos;
si no, creeré, en mi aflicción,
que tienes el corazón
tan negro como los ojos!
—Al fin tendré que ceder.
¡Se engaña tan fácilmente
á una muchacha inocente
que sólo sabe querer!...
—Recobra tu dulce calma
y escucha sin amargura
los ensueños de ventura
que para ti forja el alma...
Hay en el mundo un lugar
misterioso, encantador;
todo en él respira amor,
todo en él convida á amar.
Cuanto el corazón aprecia,
cuanto el deseo apetece,
en su seno nos ofrece
la romántica Venecia.
Allá iremos ¡oh mi bien!
y allí nuestro inmenso amor
la hermosura hará mayor
de aquel encantado edén...
Cuando al ocultarse el sol
en el azulado mar
las olas venga á dorar
con espléndido arrebol,
y sus rayos solitarios
cruzando el aire incoloro
adornen con nimbos de oro
cúpulas y campanarios;
cuando dulce y lastimero
como un lánguido gemido,
vague en el viento, perdido,
el canto del gondolero,
y, al fin, Venecia en el manto
de la noche se sepulte
y á nuestros ojos se oculte
con su riqueza y su encanto,
entre tiernas barcarolas
llenas de amor y alegría,
nuestra góndola sombría
surcará las mansas olas;
mientras con dulce rumor
las ondas al murmurar
vienen, Luisa, á acompañar
nuestras palabras de amor;
mientras que la blanca luna
su faz pálida retrata
en las espumas de plata
de la límpida laguna...
y envueltos de la neblina
en los transparentes tules,
sobre las ondas azules
que riza el aura marina,
ebrios, locos, delirantes,
de su amor en el exceso
¡se fundirán en un beso
dos corazones amantes!...
. . . .
Mas ¿qué es eso? ¿Te has dormido
oyendo la relación
con que animarte he querido?...
¡Como hay Dios que me he lucido,
niña de mi corazón!

ATAULFO FRIERA.

¡FUEGO!

Y quisiera ponerme con usted en condiciones de poder enviudar otra vez... ¿Eh?

¡ALLÍ VIENE!

La pobre acude á mi cita...
¡Qué graciosa! ¡qué bonita!
¡Qué pié tan ligero y breve!
¡Parece una pajarita
de la nieve!

CHIRIGOTERÍAS

Calinez tenía vivísimos deseos de tener hijos, y el cielo le ha concedido ya dos.

Llevó á su mujer un año á San Sebastián; los baños la probaron bien, y á los nueve meses tuvo un chico, al que puso por nombre Sebastián.

El verano pasado llevó á su esposa á Santander, deseoso de aumentar la prole. Ya ha tenido otro vástago, y se ha empeñado que ha de llamarse *Tandér*.

Porque es lo que él dice:

—Para mí, tan santo ha sido San Tandér como San Sebastián.

—

Diálogo de dos abonados á un teatro por horas:

—Yo he oído decir al maestro que esa chica da el *sol*.

—Yo no sé si dará el *sol*; lo que puedo asegurarte es que es capaz de pedir la *luna*.

—

Gedeón tiene el proyecto de poner una carpintería, y con este motivo decía ayer á un amigo suyo:

—Ya lo tengo todo casi dispuesto; he tomado una casa en la calle de la *Madera*; he contratado unos cuantos actores que llevan tiempo dedicados á las *tablas*; he comprado varios *cepillos* en una perfumería; estoy en tratos para adquirir la *Sierra* Nevada, y voy á ver si encuentro un buen perro de Terranova para que *menee la cola*.

—

CONSEJO MÉDICO

—¡Ay, doctor, cúreme usté,
porque me encuentro fatal!
—¿Qué padece usté?
—No sé...
Ello es... que me siento mal.
—Bueno, pues esté usté en pie.

—

En una estación:

—Caballero, en ese coche no puede usted ir. Es *reservado para señoras*.

—Pues por eso precisamente he entrado en él; porque *para las señoras* no puede usted figurarse lo *reservado* que yo soy también.

—

El chico mayor de Gedeón es muy travieso, y, según afirma su padre, muy listo.

Tiene una memoria... bestial.

Basta que le digan las cosas una vez para que nunca las olvide.

Un día se entretuvo en cortar los índices de unas cuantas obras que su padre tenía.

—Pero, Gedeoncito, ¿qué has hecho? ¿No comprendes que cortando el índice á una obra, cuando desee ver alguna cosa me va á ser muy difícil encontrarla?

Pues bien, Gedeoncito ha leído en un periódico que una señora se cogió los dedos de la mano derecha al cerrar una puerta, teniendo los médicos que cortarla el *índice*.

—¡Pobre señora! exclama Gedeoncito. ¡Qué trabajo va á costar el encontrarla ahora lo que uno desee ver!

—

¡COMO ESTÁ EL TIEMPO!

Casó Pepe con Susana
hace tres días apenas,
y ayer me ha escrito diciendo
que tiene á Susana enferma.

—

Dos madres hablan del porvenir de sus hijos.

—Yo quisiera que el mío fuera magistrado, dice una.

—Pues yo no estaré satisfecha, dice la otra, si no veo al mío algún día de ministro.

—¡Oh! desengáñese usted, señora; un magistrado vale por tres ministros... cuando menos.

—¿Cómo es eso?

—Ya ve usted. Con *tres* magistrados se puede formar una *sala*, y con *nueve* ministros no se puede hacer más que un *gabinete*.

TELLO TÉLLEZ.

¡AQUÍ ESTOY!

Paco me dejó plantada
y se fué sin más razón;
y hoy Pepe me da un plantón,
que ya me tiene escamada.
Llámense Pepes ó Pacos,
porque no importan los nombres,
¡qué pájaros son los hombres!...
¡¡pajarracos!!

¡ALLÁ VA!...

¡No me cabe duda, es Rita!
Qué fea está... ¡¡pobrecita!
desde que está con *aquel*...
¡Parece una pajarita
de papel!

PROPIO Y AJENO

En un juicio:

El acusado le ha pegado una paliza á su mujer.

Es su costumbre de todos los días.

El Juez.—¿Jura el procesado decir verdad á lo que se le pregunte?

—Sí, señor.

Levante la mano y acérquese á la mesa.

El reo titubeando:

—Señor Juez, la verdad... Yo no me atrevo á levantar la mano á usía. ¡Si fuera á mi mujer!

ADVERTENCIA

Con el presente número

Regalamos

á todos los suscritores y compradores de

Los Madriles

el índice y la cubierta para encuadernar el tomo primero, que comprende los números 1.º á 65.

La cubierta, original del reputado dibujante A. PONS, es de un gusto delicadísimo, como ustedes mismos pueden apreciar. Lleva cuatro estampaciones: una en

Oro (de ley)

Y TRES EN COLORES

¿Verdad que el amigo Pons se ha excedido? Ha hecho un trabajo propio para una publicación de gran lujo y elevadísimos precios, sin tener en cuenta que LOS MADRILES es sumamente modesto, y que sus precios lo son aún más. Pero ¡qué demonio! lo ofrecido es deuda, y por

15 céntimos

damos hoy el número 67 de

LOS MADRILES, EL ÍNDICE Y LA CUBIERTA

que deben ustedes reclamar á los vendedores, sin consentir el aumento de precio, desde esta fecha hasta el 17 del corriente.

Pasado este día, costará el presente número sin índice ni cubierta

25 céntimos

como todos los atrasados; y la cubierta con el índice

Una peseta

ni un céntimo menos; con que ya lo saben ustedes: mucho ojo, y reclamar con tiempo este regalito.

NOTA. Debemos advertir á los encuadernadores que los tomos de este periódico deben encuadernarse á la inglesa, esto es, delantera y pie solamente escofinados; de cabecera pueden cortarse, aunque poco, bruñir ó dorar este corte, pues haciéndolo así evitan el *degüello*, y el estropear las numerosas alegorías marginales al meter la cuchilla por el pie y delantera. La cubierta debe servir de portada, y á continuación debe ir todo el índice, por supuesto.

Ya están ustedes advertidos; luego no valen las excusas.

Rubiños, impresor, plaza de la paja, 7 bis.

REGALOS

Los MADRILES, que es espléndido de suyo, hará este año los siguientes regalos á todo el que los quiera:

1.º A los que se suscriban ó renueven su abono por un año, desde 1.º de Enero de 1890, un ejemplar de las

Tardes de Abril y Mayo.

libro original de Carlos Fernández Shaw.

La edicion de esta obra es de un lujo extraordinario, fotograbados directos de acuarelas de Cuchy, papel marquilla y cubierta Japón legítimo, de la manufactura imperial de Tokio, y que vale tres pesetas,

2.º A los que asimismo renueven ó se suscriban por seis meses desde igual fecha, un ejemplar de

El espejo del alma.

precioso poema de Julio de las Cuevas, también con ilustraciones de Cuchy, y cubierta fantasía en varios colores; y otro ejemplar de la interesante obra

Toros y chimborazos.

escrita por el insigne poeta José Velarde.

Cada uno de estos tomos vale una peseta. De modo que á los que abonen nueve pesetas, por todo el año 90 *le regalamos* valor de tres pesetas, y á los de semestre valor de dos pesetas, con lo cual resulta que la suscrición viene á salirles á ¡DOS REALES AL MES! ó no hay matemáticas.

NOTAS. Para obtener estas ventajas es preciso hacer las suscriciones *directamente* á esta administración, acompañando su importe.

De estos regalos solo disfrutarán los suscritores de Madrid y provincias.

Los números 1.º, 7.º, 24, 28, 35, 43, 44, 50 y 63, que se agotaron, se hallan en reimpresión y muy pronto habrá ejemplares para completar las colecciones y servir los muchos pedidos que nos tienen hechos.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

El Consejo de Administración, según lo prevenido en el art. 25 de los Estatutos, ha acordado convocar á los señores accionistas para celebrar junta general ordinaria el 16 del actual, á las once de la mañana, en Barcelona, en el domicilio social, Rambla de Estudios, núm. 1, principal, con el objeto de aprobar el balance y cuentas del 13.º ejercicio social, que terminó en 31 de Diciembre de 1889.

Según lo dispuesto en el art. 26 de los Estatutos, sea cual fuese el número de los concurrentes y el de las acciones representadas, se constituirá la junta general y se celebrará sesión con plena validez legal.

Para tener derecho de asistencia se necesita depositar en las Cajas de la Sociedad, con arreglo al art. 27, cincuenta acciones cuando menos, cuyo depósito podrá efectuarse en Barcelona hasta el 15 de Enero y hora de las seis de la tarde: en Madrid, en la delegación del Banco (Infantas, 31), hasta el 13 de Enero y tres horas de la tarde, y en provincias, en casa de los corresponsales del Banco, hasta el 11 del mismo mes, cuyos centros expedirán los resguardos y papeletas de entrada á los depositantes.

El derecho de asistencia puede delegarse en otro accionista, para cuyo efecto se facilitarán ejemplares de poderes en los puntos donde se admiten depósitos.

Los socios que no posean individualmente cincuenta acciones, podrán, según el art. 27, reunirse y confiar la representación de sus acciones, cincuenta cuando menos, á uno de entre ellos.

Lo que, de acuerdo del Consejo, se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 2 de Enero de 1890.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano.*

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO III.—TOMO II
18 de Enero de 1890.
NÚMERO 68.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JULIO VERNE

El fecundo é ingenioso novelista francés, cuyas obras, por su notable originalidad y su estilo amenísimo, han alcanzado, á pesar de su carácter *casi científico*, popularidad extraordinaria, siendo traducidas á todos los idiomas y pasando del libro á la escena, es un escritor al que sucede lo contrario que á las ediciones de sus novelas.

Porque éstas se agotan en poquísimo tiempo, y él es, por lo visto, inagotable.

El índice de sus obras resultaría interminable é innecesario. ¿Quién no las conoce y las recuerda?

Famille sans nom y *Sans dessous dessus*, han sido las últimas publicadas recientemente, y ya se anuncia la publicación de otras nuevas.

Julio Verne es aficionadísimo á los viajes. No satisfecho con escribirlos, los hace.

Si viajara como escribe, *La vuelta al mundo en ochenta días* le resultaría de una lentitud desesperante.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año .... **9** *pesetas.*
Seis meses .... **5** »

Ultramar y Extranjero.

Un año, **15** *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

CUENTA CORRIENTE

Otra vez tomo la pluma para seguir «ajustando las cuentas» al nuevo año; y aun cuando las partidas que tengo que consignar hoy no son tan tristes como las de la *cuenta* anterior, y como todos temíamos, no son tampoco, en general, tan satisfactorias y alegres como yo quisiera.

La enfermedad del Rey niño, que durante algunos días ha producido general inquietud, llevando los ánimos, en violentas y continuas sacudidas, unas veces á las más optimistas esperanzas de salvación, otra á los más lúgubres temores de muerte, ha entrado, á lo que parece, en un período de decrecimiento, que es favorable síntoma de alivio cierto, y acaso de pronta curación.

Esto que de todos modos es motivo de satisfacción sincera para cuantos de ello tengan noticia, sean cualesquiera sus ideas políticas, lo es para mí en esta ocasión especialmente porque me permite ofrecer, como complemento de aquella grata nueva, una nota cómica.

—

«Bien vengas mal, si vienes solo,» dice el refrán; y con motivo de la dolencia del Rey se ha descubierto el principio de una epidemia que ¡plegue al Cielo no llegue á tomar incremento!

El *dengue* poético monárquico.

Los primeros *casos* de esta nueva epidemia se han presentado, según dicen algunos periódicos, entre las firmas de las listas que han estado expuestas en la mayordomía de Palacio.

Uno de ellos tiene la forma de redondillas. Oigan ustedes:

«¡Quiera el Cielo que el Rey niño
»se cure de su dolencia!
¡»Quién, sabiendo su inocencia,
»no le profesa cariño!
»Que ese tan hermoso día
»llegue pronto á amanecer
»y haga desaparecer
»el dolor de quien le guía.»

¡Ave María!

Otro de los *casos*, aunque no menos grave, tiene la ventaja de la brevedad. Allá va:

«El español es valiente,
»como también generoso:
»hoy sufre al ver lo que siente
»la calenturienta mente
»de ese Rey tan cariñoso.»

¡Elocuente—hablaste—mente!

Para terminar, el tercer *caso* conocido se manifestó en cuatro versos, cuyo autor debe ser, sin duda alguna, además de excelente monárquico, un consecuente progresista.

Porque, como ustedes verán, sus versos pueden ser cantados con la música del himno de Riego. Atención:

«¡Guarde Dios tu existencia preciosa
»para bien de tu madre amorosa!
»Anhelante la Patria lo espera,
»que te aguarda, te adora y venera.»

¡Y aún habrá quien diga que la forma poética está llamada á desaparecer... como «el dolor de quien le guía,» que dijo el otro!

—

Yo supongo que todos mis lectores estarán libres del contagio. Sin embargo, por lo que pueda ocurrir, creo prudente darles un sano consejo, é indicarles un buen preservativo.

No lean ustedes ¡por Dios! en estos días, versos de Cheste, ni de Grilo, ni de Cánovas... porque predisponen.

Alégrense todo cuanto quieran, y aún más, por lo que pueda ser motivo de justo regocijo—que eso está muy puesto en razón;—tengan todos los nobles sentimientos y generosos arranques que su bondadoso corazón les dicte—que eso es muy bueno y muy santo;—pero ¡por las ánimas benditas del Purgatorio! procuren ustedes que no les sople la musa como á aquellos apreciables sujetos.

Porque el tiempo sigue bastante frío, las pulmonías y los catarros son muy traidores, y hay que tener mucho cuidado con los soplos.

—

Album de Los Madriles.

SALVADOR RUEDA

Distinguido escritor.

Y á propósito de *soplos*, ya sabrán ustedes que soplan vientos belicosos por el lado de Poniente.

Portugal, nuestro hermano menor, anda estos días enredado con Inglaterra en gravísimas cuestiones, que pueden ser origen de un terrible y próximo conflicto.

La pérfida Albión, imitando el ejemplo de Alemania con los españoles, ha querido apoderarse—*quia nominor leo*—de unas tierrecitas que nuestros vecinos tienen en Africa y atropellar sus derechos.

Pero los portugueses, imitando á su vez el ejemplo de los españoles (que por algo son de la misma tierra y de la misma raza) han armado la de Dios es Cristo al ver la flaqueza de su Gobierno frente á la conducta de Inglaterra, y ha habido imponentes manifestaciones populares, vivas y mueras, roturas de cristales de las casas de los ministros y del consulado inglés, arrastre del escudo de Inglaterra, etc., etc.

John Bull, tan sumiso con el oso del Norte, ha enseñado los dientes y ha tomado injustificada actitud amenazadora y agresiva al mirar enfrente una nación pequeña, pobre y débil como Portugal.

Gedeón, que no es siempre tan bobo y sencillo como se le pinta, al tener noticia del conflicto angloportugués y de la censurable conducta de Inglaterra, ha tomado la cosa á pechos y se ha indignado de tal modo, que, según dice, está resuelto á romper toda clase de relaciones con sus *ingleses*.

Ejemplo digno de imitación.

—

Mientras los portugueses están para darse á los diablos con tales disgustos, en España nos están saliendo, en estos días, *santos* como granos en Primavera.

Al *santo* de Valdepeñas ha seguido el *santo* de Iznalloz, en la provincia de Granada.

Este santo, que hasta ahora sepamos, no ha hecho todavía *curas*... ni monaguillos.

Pero se ha revelado como tal Santo del modo más extraordinario y maravilloso que se puede imaginar.

Es conocido por «Zamora,» y su oficio es componer sillas. Ocupábase el otro día en cortar un palo con tal objeto, cuando creyó descubrir, perfectamente dibujada por las vetas de aquel trozo de pino, nada menos que la verdadera y milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios.

¡Remedios!... Ya ven ustedes cómo andan cerca las *curas maravillosas* que tanto gusto dan á los devotos sencillos, y tanto provecho producen á los Santos... dobles.

Lo digo, porque ahora hay dos en juego, por lo menos: el de Valdepeñas y éste.

—

Pero sigamos la relación, que tengo á la vista, del prodigioso suceso.

El sillero llamó á consulta á su mujer, que fué, sin vacilar, de la misma opinión que su marido.

¡Primer milagro de la Virgen!

Mas para persuadirse antes de publicar el divino hallazgo, partieron el palo en tres pedazos, convenciéndose de este modo de que la Sagrada Imagen aparecía por cualquier parte que el palo se cortase.

Al propalarse la noticia del hecho—como era sobrenatural, alborotóse el vecindario, como era natural, y corriendo á las eras del Castillo—donde estaban los silleros—hombres, mujeres y niños, arrasados los ojos de lágrimas, besaban aquellos trozos de madera, que acordaron repartir, porque todos querían de él alguna astilla.

Pero como el palo era pequeño, y ellos tantos, y aún cuando más adelante pueda hacer otros milagros, no tuvo á bien entonces hacer uno parecido al de pan y peces, resultó que sólo unos cuantos afortunados pudieron obtener, mediante crecidas cantidades, los pedazos que había.

Los demás están inconsolables y sólo les alienta la esperanza de encontrar el árbol de que procedía aquel palo, pues es de suponer que el tronco y las otras ramas tengan la misma virtud y la misma imagen.

Si dieran con él los vecinos de Iznalloz, iban á ser felices.

Hasta ahora, el único milagro que el palo ha hecho, fué, como hemos dicho, el que la mujer del sillero fuera de la misma opinión de su marido... ¡que ya es milagro!

Aunque no haga otro,

¡figúrense ustedes la *ganga* que encuentran si tropiezan con el árbol y pesca cada marido un palo... de esos de la Virgen de los Remedios!

El que primero dé con él, ha hecho el negocio redondo, porque hasta puede poner una tienda y venderlos al precio que quiera, anunciándolos en ésta ó parecida forma:

Si os caséis
toméis
palos de Ntra. Sra. de los Remedios
para que las mujeres opinen
como los maridos.
Remedio milagroso y probado.
¡Agítese antes de usarlo!

—

Antes de pasar á otro asunto, fijen ustedes su atención en una singular coincidencia que se observa en los milagros de estos *santos* que ahora se estilan, y que pudiéramos llamar de «relación *vinícola.*»

Los milagros de Luis Aceituno eran milagros de *Valdepeñas.*

Los de Zamora, el sillero, son milagros... de *palo cortado.*

—

Otras *partidas* que encuentro para cerrar hoy esta cuenta son dos estrenos con éxito felicísimo: en el Español, *Justos por pecadores*; drama en tres actos de don Cándido Ruiz Martínez; y en Lara, *Viajeros de Ultramar*, graciosísimo juguete en dos actos, de D. Miguel Echegaray; y por fin, una partida, una verdadera *partida* que ha andado unos cuantos días por Despeñaperros, destrozando la vía férrea y haciendo otras gracias por el estilo. Pero afortunadamente se ha disuelto, y, según dicen, no hay nuevas noticias de ella. Por consiguiente, al incluirla en esta cuenta, lo hago sólo indicándola como una *partida... fallida.*

Felipe Pérez.

CHAMBERI POR FUENCARRAL

La tarde estaba desapacible, fría, lluviosa.

Acababan de sonar las siete en el reloj del ministerio de la Gobernación, y un grupo de gente estacionada en la esquina de la calle de la Montera esperaba ansiosa la llegada del tranvía del Norte.

Llegó éste por fin, y en tumultuosa oleada todo el mundo se precipitó á las plataformas, decidido á tomarlo por asalto; hacía frío; se acercaba la hora de comer, y no era cosa de perder el coche por empujón ó codazo más ó menos; la proverbial galantería española no quedaba allí muy bien parada, y las señoras menos ágiles y fuertes se contentaban con ir de pie en las plataformas, mientras los caballeros acomodábanse muy embozados en sus capas, en los asientos que habían conquistado á fuerza de puños. Y era de ver el contristado semblante de aquellas pobres mujeres, lanzando al interior del coche sus miradas, suplicantes algunas, irritadas las más, y de oir los murmullos de protesta que la actitud de los invasores les arrancaba.

Algunos representantes del sexo débil habían logrado, sin embargo, un asiento de preferencia, y sonreían orgullosas, como satisfechas de su triunfo.

Sonó, por fin, el silbato del conductor, y el carruaje, con un *superábit* que para sí lo quisiera en el presupuesto cualquier ministro de Hacienda, comenzó á subir penosamente la empinada cuesta de la calle de la Montera.

Abigarrado y pintoresco por demás era el conjunto que presentaba el popular vehículo. En uno de los rincones, cerca de la puerta delantera, un chulo con su pareja, muy juntitos, muy arrimaditos, y hablando de *sus cosas* bastante alto para hacer que se chupase los dedos de gusto su vecino, un sacerdote, alto, grueso, fornido y colorado, soplando fuerte, y sin saber dónde colocar las diez varas de paño de su inmensa capa, que le estorbaba de un modo atroz. Enfrente, una señorita muy elegante, rubia, enteca y paliducha, colocada entre el mozo de una salchichería, que llevaba sobre las rodillas un pringoso jamón, y un albañil, lleno de yeso desde la gorrilla hasta las alpargatas; el *blanco* obrero y el *untuoso* industrial se encogían modestamente

SIRVIENTE NUEVA

—Es tu tipo encantador,
tienes gracejo y pudor,
estás sanota y robusta...
¿Has servido?
—No, señor.
—Eso es lo que más me gusta.
Aquí hallarás tu acomodo,
y estarás del mejor modo;
pues juzgo que servirás...
—Para todo.
—¿Para todo?
¡Entonces no hay que hablar más!

—

para molestar lo menos posible á la señorita, cuya constante ocupación era recoger con un movimiento nervioso las puntas de su largo abrigo, y estirar el hociquito y fruncir el ceño con aire de profundo disgusto. Un señor bajito y regordete castigaba con el bastón á su perro, un perrazo de aguas sucio y lleno de barro, que correteaba y se escondía por debajo de los asientos, esquivando las caricias del palo, y levantando murmullos de protesta entre los pasajeros, y una pobre mujer, triste y abatida, con un niño enfermo en los brazos, que lloraba y gemía de un modo desconsolador, mientras otros dos chiquillos apoyaban sus manecitas sucias sobre las rodillas de su madre, ó del vecino inmediato, á riesgo de dejarle inservibles los pantalones; dos caballeros muy elegantes departían acaloradamente sobre la crisis, y enfrente de ellos, colocado junto á la puerta, un mozallón moreno, mal encarado y peor vestido, se empeñaba en cerrar la puerta violentamente, operación que hacía el cobrador en seguida en sentido inverso, y con no menos violencia, sin que se cambiase entre los dos ni una sola frase. Terminó el cobrador su faena en la plataforma, y comenzó á repartir los billetes por el interior, acompañando la entrega con la consabida advertencia: «Haga usted el favor de conservarlo.»

Entre los dos caballeros elegantes se armó un verdadero pugilato por cuál de ellos había de pagar.

—Yo tengo suelto...

—Permítame usted; ya lo tengo en la mano.

—No lo consiento. Cobrador, no cobre usted.

—De ninguna manera. Tome usted.

—No, de aquí...

—Tome usted, hombre.

Y el cobrador, indeciso, no sabía de qué mano aceptar aquellos veinte céntimos, hasta que al fin, cansado de tan estéril discusión, los arrebató de la mano que tenía más cerca, y continuó la cobranza.

Tocóle el turno al mozo que se empeñaba en cerrar la puerta, el cual rechazó el papelito, diciendo en tono desabrido:

—Yo no pago.

—¿Eh?

—Que no pago he dicho, hombre. ¿Es usted sordo?

—¿Tiene usted pase?

—¡Ay, pase!

—Entonces...

—No pago porque van más viajeros en el coche de los que manda el reglamento, y no tengo obligación de pagar.

—¡Usted paga ó lo tiro del coche abajo!

—¿A mí? ¡Ni aunque vinieran diez cobradores como usted, hombre!

—¿Que no?

Y el cobrador hizo ademán de realizar su amenaza, armando en el coche una confusión infernal.

Lloraban los chiquillos, ladraba furiosamente el perro del caballero regordete, quería apearse, llena de pavor, la señorita vecina del jamón, y el sacerdote gordo barbotaba frases de paz y mansedumbre, mientras que el chulo del rincón se *rascaba* el bolsillo interior de la chaqueta y se colocaba en marcial actitud delante de su hembra, resuelto á defenderla si las cosas *iban mal dadas*, como él decía.

Afortunadamente la cosa no tuvo consecuencias; el mal pagador se apeó, empujado cariñosamente por casi todos sus compañeros de viaje, y el asiento vacío fué ocupado inmediatamente por una real moza, que venía en la plataforma.

El coche había descarrilado. Fué necesario retroceder entre los gritos y juramentos del conductor, una lluvia de palos descargados sobre el lomo de los pacientes caballos y las quejas de los pasajeros por el retraso que aquel contratiempo les ocasionaba.

Las quejas eran justísimas. A casi todos les haría comer la sopa fría la poca pericia del conductor.

Este, exponiéndose á ser detenido por blasfemo, y anatematizado por la Sociedad protectora de los animales, siguió pegando y jurando, y logró al fin volver á colocar el carruaje sobre los rails.

Llegó el tranvía al Tribunal de Cuentas. Parada. Nadie se movió.

Algunos iban *arriba.* Los demás continuaban hasta la puerta de Bilbao.

Subió una señora vieja, elegantísima,

con dos niñas con largos abrigos demangas perdidas y sombreros *estrepitosos*.

La mamá, pues parecía serlo de aquellos pimpollos, asomó la revocada faz y preguntó con acento de mal humor:

—¿No hay asiento?

—No, señora, replicó el cobrador, al mismo tiempo que daba la señal de marcha haciendo sonar el timbre.

La vieja presentó á entrambas niñas, empujándolas suavemente hacia el interior á fin de que las viesen, diciendo con meloso acento:

—Niñas, pasad... aunque sea de pie. Aquí dentro hace menos frío.

Las niñas y la mamá miraron cariñosamente á todos los viajeros *machos*. Ninguno se movió. La buena señora se mordió los labios con despecho, y exclamó bastante alto para que todos lo oyeran:

—¡¡Groseros!!

Nadie se dió por aludido.

Dos minutos después había yo llegado al término de mi viaje.

No había subido el revisor á molestarnos recogiendo los billetes. Verdad es que nadie los había conservado.

E. Navarro Gonzalvo

EL CEMENTERIO A DOMICILIO

Aunque, según el poeta,

los inventos del siglo diecinueve
no son para tratados por la plebe,

quiero tratar hoy de uno de los más notables con que se despide de la humanidad

el siglo del vapor y del buen tono,

como lo llamó Bretón de los Herreros, cuando aún no se había convertido en el siglo de la electricidad y de las polémicas entre los neos.

Debemos este invento (es decir, lo deberá el que no pague las cuentas al inventor), á un doctor Cooper, de Pittsburg, en los Estados Unidos; *cuyo* país es en nuestros tiempos la tierra de promisión de los inventores y los audaces.

¡No más entierros! ¡No más embalsamamientos! ¡No más cremaciones!

He ahí la parte negativa del programa del doctor Cooper.

La positiva consiste en traer el cementerio á domicilio, proporcionando á las familias el medio de conservar los restos de las personas queridas en forma de «cadáveres para andar por casa.»

El doctor Cooper somete los cuerpos á una presión hidráulica—á gran temperatura—que los condensa «en una masa compacta, inalterable y sin olor, con la apariencia del mármol.»

Así dice en sus prospectos el apreciable *condensador de difuntos*; y no sólo lo dice, sino que empieza por predicar con el ejemplo.

Encima de la mesa de su despacho tiene un sujetapapeles de elegante forma.

—¡Hombre! ¡Bonito chirimbolo!—dice un amigo que lo ve.

—No es un chirimbolo—responde el doctor, dando un cariñoso beso al sujetapapeles;—es mi hijo Fulanito, que murió hace cinco años.

El amigo se cree obligado á dar otro besito al *bibelot* (que un aficionado á retruécanos llamaría en este caso *bebelot*, por tratarse de un *bebé*), y á pocas dotes de Gedeón ó Calino que le haya concedido la Naturaleza, se prepara á decir con más ó ménos turbación:

—Es muy monín... ¡Se le parece á usted mucho!

El extraordinario descubrimiento del doctor norteamericano solamente podrán apreciarlo las inconsolables Artemisas, para cuyo dolor no es bastante alivio ir á llorar ante el mármol *della tomba freda*.

Cooper dice á la desconsolada viuda:

—¡Nada de mármoles que te oculten los restos del ser amado! Desde ahora

¡POR DELANTE!

Es Rosario sorprendente
mirada así, por delante;
pues tiene la chica un frente
de lo más interesante.
Mas, por detrás, irrisorio
es el tipo de Rosario,
porque tiene un promontorio
que parece un dromedario.

Moraleja.

No debe uno fiarse, ciertamente,
mirando á la mujer sólo de frente.

INSTRUCCIÓN DEL RECLUTA

I.—Pero, cuadrúpedo, ¿no te he dicho media vuelta á la derecha? ¡Pum!

II.—¡Cernícalo! ¿No me oyes? Media vuelta á la derecha. ¡Paf!

¡PEGABAN!

—¿Sabes tú lo que te digo, *Chato?* Que en *cuanti* que te vea otra vez hablando con la *Bastiana*, la voy á pegar á ella la *manguzá* del siglo.

—¿Y sabes lo que te digo, *Narices?* Que en *cuanti* que tú la faltes á esa señora, te voy á pegar yo á ti el estacazo de la Era cristiana.

—¡Veremos quién pega!

—¡Veremos!

—¡Adiós, *goma arábiga!*

—¡Adiós, *engrudo!*

INSTRUCCIÓN DEL RECLUTA

III.—¡Acémila, mediaaa vueltaaa á la derechaaa! ¡Pum!

IV.—Pero, estúpido, ¿no entiendes?
—¡Recontra, si es que *matontas!*

CORTEDADES

—Ernestina: cuando estoy á su lado, es cuando más siento ser tan corto de vista y tan corto de genio...

—Y tan corto de alcances.

—¡Puede!

—Pues, Arturo: cuando un hombre es tan *corto*, es cuando más expuesto está á que la mujer le diga: ¡ea, *largo!*

podrás llorar ante el verdadero marmolillo de tu esposo.

Para los viudos ofrece algunos inconvenientes la invención del doctor de Pittsburg.

Supongamos ¡oh lector! que el viudo eres tú, y que tienes encima de un velador el cuerpo de tu difunta, convertida (ó convertido, según te refieras al cuerpo ó al alma) en un objeto de forma más ó menos caprichosa.

Llega un íntimo tuyo, te coge el chisme (y perdona la irreverencia), y distraído, empieza á jugar con él.

Tú sufres, y apenas te atreves á decir al indiscreto:

—¡Pero, hombre!...

Cae tu íntimo en la cuenta; deja el sagrado objeto encima del velador: y toda la excusa que te da viene á ser esta nueva puñalada:

—Dispensa, Manolo. No volveré á hacerlo más. Me había olvidado de que estaba enredando con tu mujer.

Y agradece ¡oh viudo! que tu íntimo no diga todavía para sus adentros:

—¡La costumbre!...

A cambio de estas desventajas, el curioso invento contribuirá á amenizar mucho la vida de familia.

Cuando se turbe la paz conyugal y se rompan las hostilidades, será un gran desahogo para marido y mujer arrojarse mutuamente sus suegros respectivos.

Y dirán los niños de la casa:

—Papá y mamá se han tirado los abuelitos á la cabeza.

Así, «parientes y trastos viejos,» que ya eran, según el adagio, cosas análogas, vendrán á ser cosas idénticas.

Y así también, el Rastro se convertirá en la verdadera Necrópolis de Madrid.

No se podrá ir por allí sin hacer á cada paso lo que D. Francisco de Quevedo cuando le servían algún pastel de carne: que rezaba devotamente un Padrenuestro por el alma del difunto.

Irá uno (no un difunto, sino un vivo) á buscar una palmatoria de lance, y al escoger entre dos de ellas, reconocerá en una á un tío, y en otra... á un acreedor.

Muchas emociones son éstas para que las resista gente tan quebrantada por la neurosis como la de fines del siglo XIX.

No por eso es menos admirable el invento de Cooper, ni dejará de tener interesantísimas aplicaciones prácticas.

Las estatuas de los hombres ilustres se harán con sus propios restos, y como el tamaño de las efigies será el del octavo menor, en un solo escaparate (*vitrina*, que dicen los *galicursis*) cabrán ochenta ó cien celebridades, dos de cada especie.

Para los personajes políticos habrá una forma que dar, invariable é invariablemente, á la consabida, «pequeña masa compacta, inalterable y sin olor, con la apariencia del mármol;» y esa forma habrá de ser la de las bolas de billar.

¿Por qué?

Pues por tres razones:

1.ª Porque siendo, como son, tan embusteros, la forma de «bola» perpetuará su condición personal.

2.ª Porque esa misma forma recordará también la estúpida redondez de sus cabezas y el poco pelo que con ellos echa el país.

Y 3.ª Porque así, después de lo que esos personajes juegan en vida con nosotros, tomándonos por mingo, podremos desquitarnos haciendo carambola y palos con sus sagrados restos, ó metiéndolos de un tacazo en la tronera, á falta de mejor tumba.

MARIANO DE CÁVIA

POR DETRÁS!

Seduce hasta lo infinito
vista por detrás, Loreto.
¡Qué andar tiene tan bonito,
y qué cuerpo tan... completo!
Pero, mirada de frente,
no hay persona á quien no espante,
pues tiene seguramente
más *trompa* que un elefante.

Moraleja.

Nadie se debe de fiar jamás,
si á la mujer ve sólo por detrás.

El mantón de Manila

Trataré en esta poesía ó capítulo del pañuelo de Manila, símbolo de las juergas, seguidillas, soleáes y demás repertorio clásico que caracteriza al pueblo andaluz, todo lo cual cae bajo la jurisdicción casi universal de la guitarra.

Sin meterme á decir quién deja la razón ni quién la lleva entre los que le denigran y los que le defienden, discurriré un poco sobre sus flores y ondearé en el aire sus flecos, como aquel que hace valer su opinión colocando en alto la bandera.

La sola aparición de ese trozo de jardín andaluz es un triunfo completo para su defensa. Derramado sobre un cuerpo femenino, nos mostrará una mujer de flores; amarrado con nudos y lazos á una bailadora, nos deslumbrará con la combinación artística de sus pliegues.

Abrir un pañuelo de Manila delante de nosotros, es lo mismo que desdoblar de repente una primavera: la viva apoteosis de color seducirá nuestros ojos y nos hará temblar de placer.

Puede tener la toca de la monja todo el misterio y toda la poesía mística imaginables, y simbolizar la callada vida del claustro con sus rezos como susurros de brisas, sus fiestas de coro y sus labores de paciencia; puede la blanca mariposa que lleva parada en la cabeza la hermana de la Caridad representar la piedad cristiana que vela á la cabecera del lecho de los enfermos, la fe que cae como rocío en los corazones, y la humildad, y la resignación, y el deber; puede la mantilla sevillana hacernos soñar con los limoneros llenos de flores, con los balcones como acuarelas, con las calles torcidas y el hablar roto y pintoresco; puede el pañuelo que cobijaba la cabeza de la antigua raza española personificar la virtud y la hidalguía, la mujer dedicada al hogar y á la religión, y el pensamiento siempre velando por el honor; pueden, en la sucesión de modas de los tiempos, haber desfilado; todos los adornos por la bella cabeza y el gracioso cuerpo de nuestras mujeres pero ningún atavío es tan artístico y brillante como la cabeza cubierta de flores prendidas al desgaire; los rizos cayendo en desorden sobre la frente; libres de toda manga los brazos, y el pañuelo de Manila cayendo como aluvión de flores sobre los hombros y enseñando la larga y complicada ola de flecos que se mecen y ondulan como el festón de espumas en las playas.

En la procesión *de los pañuelos de Manila*, el manto de la diosa callejera pasea el tránsito y se impone á todo cuerpo de mujer.

El barrio parece la abigarrada paleta de un artista. Mantones azules; blancos con ramos y puntos de oro; encendidos como flor de granado y fleco negro, que se arrastra en mil ondulaciones; verdes con relieves de rosa y pájaros de desplegado plumaje; de color de naranja manchado de blancas estrellas como encendido crepúsculo con luceros; blancos simplemente; negros con líneas de fuego; de todos los colores y de todos los matices, se ven desfilar en original sucesión ante las ventanas, las cuales sostienen, por medio de cables flotantes, lámparas de papeles que habrán de encenderse en el momento de pasar, entre vivas fervientes del pueblo, la procesión.

La carreta de la fiesta del Rocío se cubre también con pañuelos de Manila, como el gabinete de elegantes colgaduras. Los bueyes, cubierta la cabeza bajo un crespón de borlas y de sedas, tiran del vehículo de plata, como los monstruos del carro fingido de los dioses. Las varas del tardo vehículo son de metal precioso; el eje es un cilindro áureo; la portada es un arco de flores bajo el cual se descubren mujeres ricamente vestidas con el adorno español de flores en el pelo. En el centro, la guitarra preludia al són de los crótalos y al rumor de las panderetas moriscas. Es la fiesta de la gracia, que pasa en originalísimo cuadro nunca imaginado.

En las *juergas* ardientes, la mujer canta con apasionados dejos su copla, y tercia al hombro la punta del pañuelo como diestro manejador de capa, y deja á la vista la incitadora redondez del seno entre el marco de flores y bordados. La mesa que se eleva ante ella, enseña el cúmulo de cañas y botellas donde luce sus visos de oro pálido el rico *champagne* español, el vino del placer y la risa, la manzanilla.

Cuando mayor es el bullicio y el bailador va á subir á ejecutar su extraña danza sobre la mesa, ella arráncase el deslumbrante pañuelo de los hombros, lo tiende en el tablero lleno de cristales, y pasándolo á lo largo, arrolla y tira el colmo cristalino y mancha la riqueza de sedas de colores.

Pero donde mejor ostenta su esplendor el mantón de Manila es en el cuerpo ondulante de la bailadora. Arrollado en artísticos pliegues sobre la nuca, que la deja á descubierto con los leves y sueltos rizos de pelo; cruzado sobre el busto oprimido y saliente de donde arranca la garganta como columna de marfil; traídas atrás las puntas que se enlazan en la cintura y caen en manojos de hebras sobre la falda; ocultando las redondas caderas bajo dos soberanas bandas de flecos que oscilan y retiemblan á cada movimiento de la bailadora; manchado por todas partes de ramos vistosos, pájaros brillantes, adornos y bordados, enséñase de uno y otro lado, según que la mujer gira sobre sus pies al són de la guitarra, ó se retira ó adelanta ondeando los brazos como banderas.

Con el aguacero de flecos cayendo por todos los lados de su cuerpo, corre, salta, puntea, se precipita de repente en medio de un menudo trenzado de pies entre las demás figuras, que, también envueltas en mantones, como estatuas de piedra en el ropaje, la acompañan y hacen coro con tempestad de vivas y palmadas.

La bailadora, como si nada fuese con ella, yergue sobre el soberbio busto la cabeza á modo de quien siente bajo sí rodar las miserias humanas, y ora hace estremecer, de una airosa cabezada, los claveles hincados en su pelo, ora deja asomar los pies en dulce movimiento bajo la falda; tan pronto cuelga la cabeza de un lado y mira al soslayo á medida que el cuerpo la va dejando atrás en su vuelta, y ya pára, ya corre, ya va en casi imperceptible rotación que hace estremecer todo el tren de flecos y bordados.

. . . .

PRESCRIPCIÓN FACULTATIVA

—Nada, nada... Esto va perfectamente... Ahora, mucho cuidado, mucho *régimen*.. Nada de abusos ni de imprudencias... Y si ha puesto usted lista, y en ella algunos amigos han puesto *versitos*... ¡nada de leerlos, por Dios!... ¡¡ó no respondo de usted!!

Cuando haya desaparecido de la garganta española la fórmula de la malagueña, y nuestros cantares háyanse extinguido del pueblo andaluz, y los romances en que se dió forma plástica á nuestras costumbres dejen de ser aprendidos de memoria por el pueblo que recita los versos de Zorrilla, entonces desaparecerá lo único característico y nacional que tenemos: la guitarra, las coplas llenas de sentimiento, y las *juergas* vistosas, tan llenas de vida y valientes de color como las orgías antiguas, y más apreciables en la bella figura de la bailadora, ante la cual no hay creación de artista posible ni pincel que se atreva á vencerla en curvas gentiles, trazos arrogantes y aposturas de diosa.

SALVADOR RUEDA.

EL BUEN JEROMO

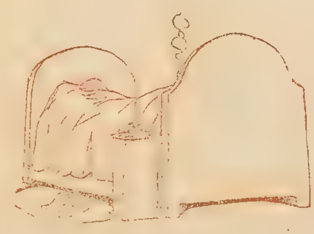
FRAGMENTO DE UN POEMA

Y, desde el día aquel, la pobre anciana,
que tanto por la joven se interesa,
nota, con gran sorpresa,
que el tonto de Jerónimo se afana
por huir de la niña, si la besa;
que come menos y que duerme poco,
que mira hacia el vacío fijamente,
y murmura, de un modo incoherente,
mil frases propias del que ya está loco.
Y, dando á su semblante un tinte serio,
en si se reconcentra, (cuentra
y, aunque encuentra un misterio, nunca en-
qué razón puede haber para el misterio.
¡Pobre mujer, que en oración se pasa
el tiempo que le dejan los quehaceres
monótonos y rudos de la casa,
y conoce de oídas los placeres!
No ha visto más del mundo que su aldea,
é ignora que, al mirar ciertas mujeres,
dan siempre latigazos á la idea...
No ha sentido jamás un torpe anhelo;
y si vuelve la vista á lo pasado,
parece pasearla por un cielo
donde está el otro cielo reflejado;
y como premio de virtudes tantas,
Dios tiene ya mandado
se la ponga en la lista de las santas.

—

Digno hijo de tal madre, el buen Jeromo
resulta un infeliz de tomo y lomo...
Une al pecho y al brazo de un atleta
voz apacible y condición tan mansa,
que si algún buey se cansa...
él se pone á tirar de la carreta.
Aguanta la rechifla de la gente
con algo de estoicismo y mansedumbre,
teniendo la costumbre del prudente,
que es tener la bondad como costumbre.
A todo de buen grado se acomoda,
y, aunque es su terquedad de las mayores,
escucha con placer la eterna oda
que los pájaros cantan á las flores.

LUIS DE ANSORENA.



EN LA CAMA—SOLILOQUIO

Si ahora, que hay crisis, entraran mis amigos en el poder, y me dieran un destino, me armaban. ¡Conque no digo nada si pudieran entrar mis amigas!

CHIRIGOTERÍAS

Diálogo de actualidad.

—Chico, estoy hace mucho tiempo tan acosado por los *ingleses*, que... ¡me río yo de los apuros de Portugal!

—Pues yo, chico, no tengo más que un *inglés*, al que debo cuatro mil pesetas, y... ¡mira qué coincidencia!... El *inglés* mío es un portugués.

—¿De veras? ¡Qué fortuna! ¡Pues ya te has librado de *eso*, porque ese hombre tiene que dejar de ser *inglés*... por patriotismo!

—

¡CARAMBA!

Yendo en coche de primera
Simplicio Calabacera,
que es cortés hasta lo sumo,
preguntó á una viajera:
—¿La molesta á usted el humo?
—¡A mí, mucho! contestó
con prisa, la interrogada.
Simplicio un puro encendió,
y con asombro exclamó:
—¡Caramba! ¡Pues á mí, nada!

—

Don Amando ha sido siempre
un calavera arrogante;
muy amigo de amoríos,
de bromas, *juergas* y bailes.
Ya está viejo; y, sin embargo,
aunque plagado de achaques,
ved cómo se arregla para
echar una cana al aire.

—

Gedeón sube en uno de los tranvías del Norte.

A poco se le acerca el cobrador, y Gedeón, después de registrar cuidadosamente los bolsillos del pantalón y del chaleco sin encontrar nada, saca la cartera, y de ella dos billetes de 25 pesetas.

—Ya ve usted, dice enseñándolos al cobrador, que no tengo más dinero que éste, y no debo pagar.

El cobrador, sonriendo, replica:

—¿Y por qué no? Deme usted uno, y verá cómo se lo cambio.

—¡Imposible! exclama Gedeón guardando los billetes en la cartera. Hay que respetar las órdenes de la Empresa, que por algo ha puesto en los carteles ese letrero.

Y señaló á uno que decía:

Consérvense los billetes.

El cobrador ha caído enfermo de estupefacción.

TELLO TÉLLEZ.

HORTI-INCULTURA

—Pareces una alcachofa
cun tantas hojas, Turibio.
—Y tú pareces un nabu
pur lu secu y pur lu friu.

PROPIO Y AJENO

Nuestro estimado amigo y colaborador Salvador Rueda va á publicar dentro de pocos días un nuevo libro, del que formará parte el precioso artículo *El mantón de Manila*, que en otro lugar insertamos, favorecidos por su buena amistad.

Dicho libro, titulado *Granada y Sevilla*, será el tomo segundo de la «Biblioteca de autores célebres,» y obtendrá seguramente el éxito brillantísimo que han alcanzado todas las anteriores obras del distinguido escritor malagueño.

—

Nada más difícil que dar bien una mala noticia, y ninguna peor que la que nos advierte que tenemos un año más.

Los Sres. Espasa y Compañía, de Buenos Aires, y nuestro buen amigo el editor de *La esquella de la torratxa*, lo han comprendido así, y al publicar sus almanaques respectivos para 1890, dándonos aquella desagradable noticia, lo han hecho en la forma más agradable que se puede imaginar.

Recomendamos, pues, á nuestros lectores que compren, si ya no lo han hecho, el almanaque de *La esquella de la torratxa*, que es un portento de gracia, y el *Almanaque Sud-americano*, que es un prodigio de elegancia y de buen gusto.

ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES

DOCE TOMOS

Se venden sueltos á peseta

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO III.—TOMO II
25 de Enero de 1890.
NÚMERO 69.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

CEFERINO PALENCIA

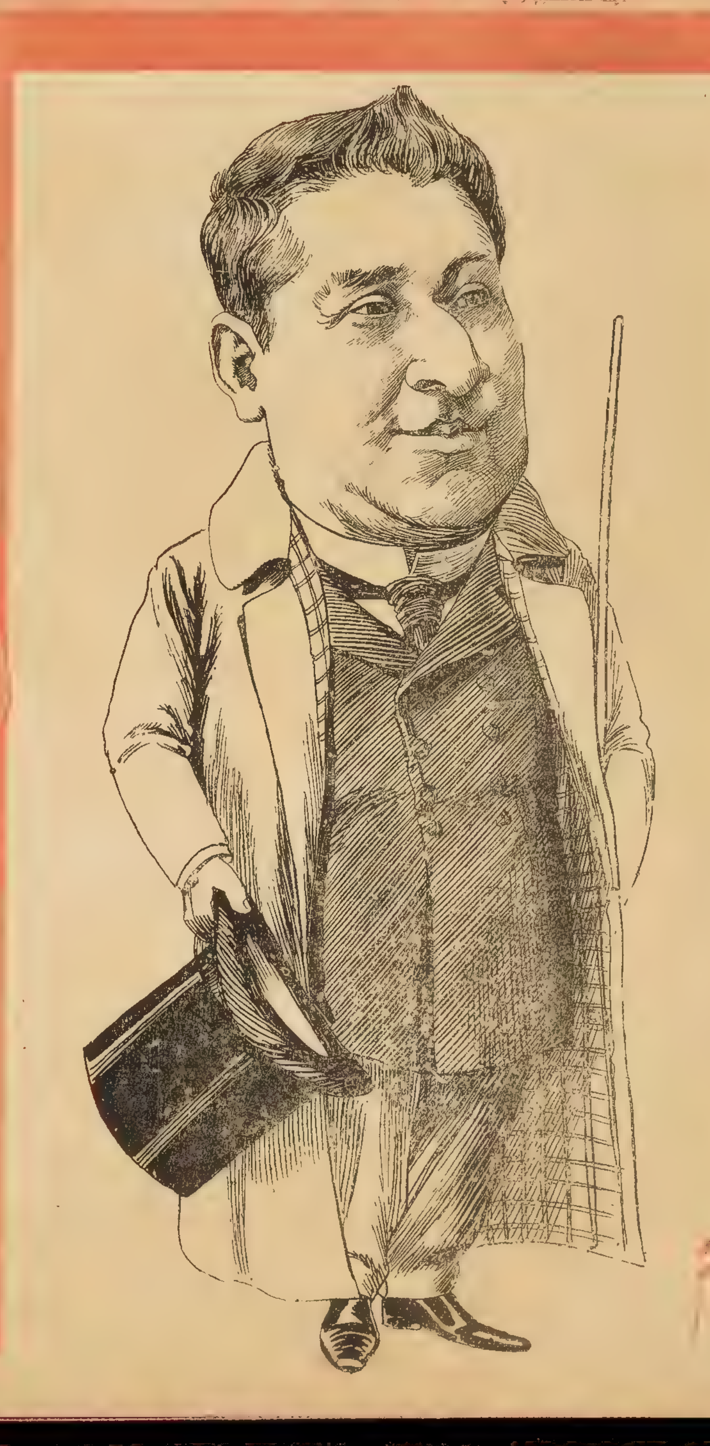
De regreso de su provechosísima expedición á la América del Sur, encuéntranse otra vez en España el insigne autor Ceferino Palencia y su esposa la notabilísima actriz María Alvarez Tubau, que ha cosechado en Buenos Aires, á la vez que pingües ganancias, abundantes y merecidos laureles que unir á los que en España había justamente conquistado para su preciada corona de artista.

Esta circunstancia presta actualidad á la publicación de la caricatura del celebrado autor de *Carrera de obstáculos, El guardián de la casa, Cariños que matan* y otras excelentes obras que hace tiempo escribió, alcanzando fama y aplausos.

Hace ya muchos años que Ceferino Palencia, *metido* á empresario, ha dejado ociosa la pluma. Hoy que ha conseguido hacer una fortuna—Dios se la conserve y se la aumente—se anuncia que pronto dará al teatro la comedia que tiene escrita, titulada *Nieves*.

Lo celebraremos sinceramente.

Por lo visto, Ceferino se ha dicho, trastornando los términos del proverbio español: «Año de bienes, año de... *Nieves*.»



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año............... 9 *pesetas.*
Seis meses............ 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 *pesetas.*

NÚMERO CORRIENTE, 15 *CÉNTIMOS*
» *ATRASADO,* 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.

CUENTA CORRIENTE

Otra noticia fúnebre es lo primero que encuentro al repasar mis notas para seguir esta «cuenta.» La del fallecimiento de D. Amadeo de Saboya, aquel democrático y caballeroso Príncipe que vino á España llamado por el voto de las Cortes y se marchó por no oir los *votos* de la corte, convencido de que iba estar en lucha incesante con los políticos... y con los groseros—que de todo hubo,—y persuadido de que como Rey iban á tenerle constantemente en *jaque* en esta bendecida tierra, donde, como dice una antigua zarzuela:

«La política
es un juego de ajedrez.»

¿De ajedrez? ¡Cá! Todavía el juego de ajedrez es demasiado *noble*, demasiado *franco*, demasiado *ingenioso* para poder ser comparado con el juego de trampas y fullerías de esa *politiquilla* torpe y mezquina que ahora se usa, y que unas veces ha sido «juego de damas,» otras «juego de niños,» muchas «juego de palabras,» y que, por lo visto, lleva trazas de concluir en «juego de bolos».

—

Para algunos es hoy la política un juego de lotería en que, sin saber cómo, se encuentra con el *gordo* cuando menos lo esperan, sin perjuicio de encontrarse, cuando menos lo esperan también, con la *gorda*. Para otros, es algo así como el tresillo, en que hay quien todo lo aguarda porque tiene la *espada* y algún triunfo, y quien todo lo espera de robar bien. Para muchos, es una especie de *monte*, al que tiran como las cabras, aspirando á lograr un *albur*, alzando el *gallo*, con la esperanza de que les digan *elijan* para lograr un *mamarán*. Para no pocos, es una especie de *ruleta*, y dejan que «ruede la bola,» yéndose unas veces á los *encarnados* y otras á los *negros*, sin saber por qué *calle* echar para encontrarse con la suerte. Para el país, en fin, es y ha sido la política, ahora y siempre, un juego de billar, del que, si saca algún bien, ha de ser por *carambola*, pero del que está seguro que siempre le han de alcanzar las *pérdidas* y los *palos*, hasta que él llega á cansarse, suelta el *taco* - y los *tacos* que se le vienen á la boca—y manda á paseo á cuantos se empeñan en jugar con él... tomándolo por *mingo*.

—

Y vean ustedes cómo, sin darme cuenta de ello, tratando de sentar en esta cuenta una *partida*... de defunción, he venido casi á poner una *partida*... de juego.

Sin embargo, como el juego de la política es juego prohibido en Los Madriles, y así lo fuera en los Madriles y en toda España, yo haría aquí punto, aun cuando también lo de *punto* suena así como á cosa de juego.

Pero la precisión de hablar de la única actualidad que encuentro, me obliga á seguir diciendo algo más de política.

La crisis se ha resuelto. Alonso Martínez no pudo mezclar el *aceite*, el *agua* y la *arena* que le dieron para hacer la conciliación, y después de *agitar* aquellos elementos heterogéneos cuanto pudo, declaróse al fin vencido, y todo volvió á quedar, poco más ó poco menos, como estaba. Los más pesados se fueron al fondo; los que ya están acostumbrados á que se les *agüe* la fiesta, se han quedado en medio, y Sagasta volvió á estar encima, como el aceite.

Sin embargo, como su partido no es una balsa de aceite, ni mucho menos, veremos lo que dura su bienandanza.

—

De los antiguos Ministros han quedado sólo Capdepón, Vega de Armijo y Becerra; entre los nuevos ha entrado el duque de Veragua, conocido ganadero.

Hay quien cree que su entrada en el Gobierno tiene alguna relación con el conflicto anglo-portugués.

Los portugueses, ante la perpectiva de una acometida de *John Bull*, que, por si ustedes no lo saben—que sí lo sabrán—significa *Juan Toro*, han dirigido sus miradas á España, patria de *Lagartijo*, de *Frascuelo* y de *Guerrita*.

¿Hay nada más natural que Sagasta, en previsión de futuras contingencias y posibles cuestiones con *Juan Toro*, dé entrada en el Ministerio á un ganadero tan inteligente como el señor duque de Veragua?

Dejo este asunto, para que pueda *trastearlo* con su gracia extraordinaria, mi querido amigo *Sobaquillo*, si no prefiere *aderezarlo* con su sal y pimienta Mariano de Cávia, sirviéndolo al público en uno de sus sabrosísimos *platos del dia*.

—

La designación de la cartera que había de darse al ilustre descendiente del descubridor del Nuevo Mundo no se ha hecho sino después de muchas vacilaciones, y casi en el mismo momento de ir á jurar los nuevos Ministros, porque ya ustedes saben que los señores Ministros empiezan por jurar, casi siempre en vano, es decir, faltando al segundo mandamiento, sin perjuicio, para muchos, de seguir faltando á algunos otros, y con especialidad al octavo.

Pues bien: el caso fué que habían designado al señor duque de Veragua para el ministerio de Ultramar, teniendo en cuenta, sin duda alguna, el nombre ilustre que lleva, Cristobal Colón, y el vistoso uniforme que luce, nada menos que de Almirante, y con el cual, según dice la hija de mi patrona, está verdaderamente *admirable*.

Con estos antecedentes parecía lo natural que el señor Duque fuera al ministerio de Ultramar ó al de Marina; pero su excelencia ha preferido el de Fomento, que, según dice, está más de acuerdo con sus conocimientos y aficiones.

Gedeón, que está muy metido en *eso* de la política, y que, á haberse arreglado lo de la conciliación, acaso hubiera llegado á ser Ministro, decía anoche hablando de este asunto:

—Comprendo que el señor Duque no haya querido la cartera de Ultramar, porque, á pesar de llamarse Colón, eso de Ultramar debe ser para él *cosa del otro mundo*; lo que no me explico es que no haya optado por la de Marina, siendo Almirante y duque de *Ver-agua*.

—

Hablando de Ultramar, no es posible olvidarse de los *Viajeros de Ultramar*, de Miguel Echegaray, que cada día son más aplaudidos en el elegante teatro de Lara, ni de los *viajeros de Ultramar* de que, en estos días, hablan los periódicos, y que por rara coincidencia vivían en la calle de *Echegaray*.

Album de Los Madriles.

EMILIA PARDO BAZÁN

Notabilísima escritora.

Eran estos viajeros:
Juanita Blanco, guapa chica de veinte años, que venía de la Habana con un comandante retirado... que no se retiró, por su desgracia, de Juanita cuando saltaron á tierra en Cádiz.

Porque Juanita, hallándose sin recursos para venir á Madrid, aceptó el caballeroso ofrecimiento del comandante, y salió con él para la corte, hospedándose en la misma casa. Ya aquí, escribió á su padre, residente en Cuba, relatando lo sucedido, refiriendo los cuidados y atenciones que con ella había tenido su generoso acompañante, y pidiéndole dinero.

El padre, al cabo de algún tiempo, envió el dinero pedido por su hija, y...

Juanita *Blanco,* que por lo visto pasaba de *castaño oscuro,* desapareció de la noche á la mañana con el dinero que su padre le había mandado, con otro huésped que en la misma casa habitaba, y con una faja de General que traía en su equipaje el engañado comandante.

Para qué querría la faja de General el comandante retirado, es cosa que ni me importa ni tengo para qué averiguar; lo que verdaderamente me preocupa es saber para qué la querrá Juanita.

Yo comprendo que se hubiera llevado una *faja higiénica* ó un corsé-*faja*, porque son cosas que á una joven pueden ser útiles algún día; me explicaría que se hubiese llevado un *fajo* de billetes, porque eso todos los días puede ser útil á una joven... y á otras; ¡pero una *faja de General!*...

Si piensa obsequiar con ella al nuevo acompañante, la cosa no tiene nada de particular, aunque él no tenga nada de *general;* pero si la quiere para sí, esperando llegar algún día á *generala*, bueno será que ande con cuidado, para evitar los toques.

Porque ya debe saber ella lo que es un *toque de generala.*

Y si no lo sabe, váyase á Portugal, donde, á seguir las cosas como van, acaso suene el día menos pensado. Porque la tirantez de relaciones con Inglaterra es cada día mayor.

El Fidelísimo rey don Carlos, según algunos periódicos, ha escrito á la Graciosísima reina Victoria, renunciando dos condecoraciones inglesas con que había sido agraciado. La del *Baño* y la de la *Liga* (Jarretera). Se comprende. La del *Baño* no es propia de este tiempo tan frío, y la de la *Liga*, como dice S. M. F., le molesta en esta *coyuntura.*

Pero se explica el que se las concediera el Gobierno inglés.

La del *Baño*, para tenerlo con el agua al cuello; y la de la *Jarretera*... para ver si lo podían *cazar con... liga.*

—

Ya en máquina el número, recibo una triste noticia. Mariano Fernández, el popular actor cómico, ha fallecido. Sin tiempo ni espacio, limítome á dar la noticia, enviando á su familia el más sincero pésame.

FELIPE PÉREZ.

EN LA CALLE DE ALCALÁ

—¿Sabes, Anatolio, que la aristocracia va viniendo muy á menos?
—¡Y tan á menos! Ya ves: en Apolo, el Gobernador ha prohibido *La Gran Duquesa.*
—Y en los anuncios de *El Liberal* he leído que: «se vende un *duque* elegante y casi nuevo.»

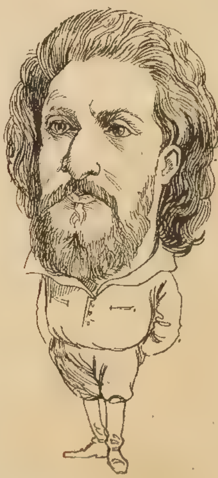
EL CONFLICTO ANGLO-PORTUGUÉS

MARQUÉS DE SALISBURY

Jefe del Gobierno inglés.

EL MAYOR SERPA PINTO

antes de salir para su expedición al Africa.



SERPA PINTO

en África.

CHICOS ARISTÓCRATAS

Se explica la natural tendencia del aguador á ser hombre, y del hombre á ser aristócrata.

En descargo de la clase, reconozco que hay aguadores inteligentes. ¡Es tan noble la aspiración del conejo, supongamos, á ser cazador, y aun la del cazador entusiasta á ser perro de caza! Así es que cuando veo las tendencias del carbonero á ser blanco, supongamos, le admiro.

Los trabajos y sufrimientos del caballero ó de la señorita *culotés*, por parecer caballero y dama de la *liga lisa*, respectivamente, me admiran y aun despiertan mis benévolos sentimientos.

Las propensiones de los chicos de obra prima á parecer autores dramáticos ó cómicos y chispeantes ó chisperos, se explican perfectamente.

Nace el hombre... (1).

Es decir, nace el niño, y siente aspiraciones á la lactancia materna ó alquilada. Después, siente deseos de llegar á hombre. Más tarde, siente la primera punzada del amor. Y después... no sabe lo que siente.

«Deseos vagos, aspiraciones informes...» (2).

Las aficiones aristocráticas que se han despertado en una parte de la juventud estudiosa, son muy justificables ó justiciables. ¿Qué más puede ser un joven, que aristócrata?

¿A qué puesto puede llegar el hombre, aunque sea mayor de edad, que al de Duque ó Marqués, ó por lo menos al de caballero suelto, feliz é independiente?

Apenas queda ya ciudadano público que no se llame ó titule á sí mismo: «Fulano *de* Tal,» ó «*del* Tal,» ó «*de la* Tal.»

Esta partícula nobiliaria es un poema aristocrático. Y aun deberíamos firmar todos los *de* con tinta azul, para justificar mejor el origen de grandeza y prosperidad. Observen ustedes que ya todos somos *de... de* alguien, ó *de la* Inclusa, algunos de ellos. A los más pelones, hasta ahora, ha brotado un *de* entre nombre y apellido, que pone de punta, y aun embolados, los cabellos de algunos sujetos.

Como yo le decía á Luis Taboada:

— Hombre, no seas *senificante*, que diría *Peluquín*, el de Sevilla; ¿no tienes un *de* por casa ó un amigo que te lo preste? Porque así estás muy mal. Y él entendía que era cierto cuanto yo hablaba.

(1) Calderón (Pedro).—*La Vida es sueño.*
(2) Shakspeare.—*Certamen Nacional*, acto tercero, escena quinta.

—Figúrate, Luis, añadí; figúrate que aparecieras mañana como Luis *de* Taboada: ¡cuál sería el asombro de las clases sociales! Unos exclamarían: «¡Ya decía yo, que había de ser de los nuestros! ¡*De* Taboada! y otros repetirían con admiración y respeto: «¡D. Luis de Taboada!» ¡Que le entren moscas! Porque la verdad es que Luis va quedando sólo sin *de* en el reparto.

Resultan las aplicaciones de esas partículas como remiendos de otro color en unos calzones; cosas peregrinas.

No se contentan algunos sujetos con ser Fulano Cuadra, por ejemplo, sino que voluntariamente se declaran «de la Cuadra;» ni con ser Cabeza y Toro, supongamos, lo que al fin es menos denigrante que ser «Cabeza de Toro.»

Los ciudadanos que han sobrevivido á la epidemia del *de* están postergados por la buena sociedad. ¿Por qué no habría de intitularse, por ejemplo, mi amigo Pina Domínguez, Mariano *de la* Pina *de* Domínguez?

Y Vital *de* Aza, y Felipe *de* Pérez y *de* González, y Miguel *de* Ramos y *de* Carrión *de* los Condes: ¡esta sería una verdadera conquista aristocrática!

Tal vez vosotros, los aludidos, despreciéis lo que califican algunos de vanidades, necias como tales vanidades. Pero hacéis mal ó pensáis mal. Un hombre, un Fulano *de* Tal, dice claramente de dónde viene. Tiene una garantía el *de*:

Sabemos en seguida *de* dónde es ó *de* quién es hijo, ó á quién pertenece.

«Fulano *de* la Calle,» supongamos.

«Zutano *de* León y Pastor, de *i du patri*. «Mengano *del* Marqués *de* la Marina.» Y así *tout de suite* (1).

La verdad es que suena mejor y que representa al cabo de un año un número de letras más.

Letras por cobrar.

¡Qué bien parecería ese adorno nobiliario en ciertos nombres! Supongamos:

Rafael *de* Molina (*de Lagartijo*). Salvador *de* Sánchez (*de Frascuelo*). *De* Chuchi. *De* Marconi.

Por fin, que «reiríamos mucho,» que decía aquella coronela, pensando en que iba á tirar el caballo al asistente.

Con que deseo á ustedes *de* la salud, y hasta luego.

EDUARDO *de* PALACIO.

(1) Octavio Mirbeau.—*Edipo ó María la Portuguesa.*

TROZOS ESCOGIDOS

—¿Qué tal?...
—No me parece mal. *(Música de Chueca y Valverde.)*

LOS RÓTULOS

Vino Pardiyo y Moscatel.

—Hombre, ¿conque, por fin, ha venido Pardiyo? ¡Cuánto me alegro! le dije al dueño de la taberna, que estaba situada fuera de la Puerta de Alcalá. Dígale usted que salga, porque tengo que hablarle.

—Caballero, aquí no vive ningún sujeto de ese nombre. Vino Pardiyo quiere decir que el vino que vendo es del *pardiyo*, y por cierto que todo el que lo bebe se vuelve loco.

—Lo creo.

—Va usted á probarlo.

—Gracias; no lo gasto más que en las comidas.

—Pues yo, en las bebidas, es éste el único que uso.

—¿Y por qué, para evitar confusiones, no pone usted *pardiyo* con *pe* minúscula?

—Le diré á usted, señor; yo tengo un hijo que aprende dibujo, y este año ha sacado el primer premio *en cejas;* tiene tal afición á hacer *pes* mayúsculas, que siempre me está mareando con que le encargue letreros en que intervenga esta letra, como él dice. Mire usted esta otra muestra que voy á colgar hoy mismo: *Para callos...*

—Y uñas gordas, añadí yo.

—No, señor. *Para callos y Caracoles, el Pamplonés.*

—Perfectamente.

Y, después de un breve diálogo, me separé de aquel buen hombre, recordando, á propósito de la afición á las *pes* del chico, el caso de un impresor que teniendo una colección magnífica de letras mayúsculas, estaba enamorado de una *efe* muy grande y muy vistosa, que se propuso colocar al comienzo del primer párrafo que se le viniera á las manos; y como le encargaran de la reimpresión de un Catecismo de Ripalda, dijo: «Esta es la mía: aquí planto la *efe*, que pega como anillo al dedo;» y el período quedó redactado de esta manera: *Francamente, Dios creó el mundo en siete días.*

Salí de aquellos sitios, me interné en la capital, y con objeto de distraerme, me dió por fijarme en los rótulos de los establecimientos que hallaba al paso.

¡La Gran idea!! En esta tienda se vendía calzado de todas clases y, *francamente*, quedé asombrado, porque la idea de vender zapatos, botas y zapatillas no sabía yo que se le hubiera podido ocurrir á nadie.

Dos puertas más abajo: *Se hace y compone el calzado.*

—Este letrero desacredita al fabricante, porque al leer que *se hace y compone el calzado,* lo primero que á uno se le ocurre es: pues no estará tan bien hecho cuando tienen que componerle.

En el piso 4.º se dan lecciones de flamenco y de serio.

—Celebro el hallazgo; mañana me matriculo en la asignatura de *serio*, para que no digan mis amigos que todo lo tomo á broma.

TROZOS ESCOGIDOS

—Y el que quiera probar cosa buena, cosa buena, cosa buena...
y el que quiera probar cosa buena...
¡Que se venga aquí! *(Música de Nieto.)*

En verso hay muchos, y, sobre todo, en las tiendas de comestibles. *El Progreso reformado, llegará al fin deseado; judías, cacao y se compran Diarios de Sesiones.*

¿Y éste, en el hermoso idioma de Voltaire?

Superiore cualité, baratura sin igué.—¡Ay chorizos de Salamanca!

—¡Sea todo por Dios! excláme; y me alejé sollozando.

También he visto letreros enigmáticos, de esos que en cuanto se cierra la tienda no hay ser humano que sepa lo que allí se vende. *López, sucesor de Rodríguez. Gutiérrez, hermanos y Compañía.*

Una vez tuve que salir á media noche en busca de un medicamento; y vuelta de aquí, y vuelta de allá, no encontraba la botica, á pesar de saber que estaba en mi misma calle. Era imposible; el dueño había tenido la *gran idea* (¡esta sí que es grande!) de poner la muestra en caracteres góticos ó cosa así, y resultaba esto: 𝔅𝔒𝔗𝔍ℭ𝔄.

¿Y títulos de establecimientos que no tienen nada que ver con el género que despachan? De esta clase he visto *la mar.*

A propósito:—*¡La Mar!!!* Huevos frescos y gallinas. *La Pasionaria.— Gorrería. Nuestra Señora de las Mercedes. — Se asan carnes y pescados.*

También hay rótulos que demuestran gran cortesía y amabilidad por parte de los amos de las tiendas, porque hasta envuelven muy saludables consejos: *No arrimarse á la puerta, que está recién pintada.—La entrada, por el portal.—No hay que confundir esta tienda con la de al lado.*

En otros se adopta un tono imperativo, ante el cual no hay más remedio que bajar la cabeza. Por ejemplo: *¡No más calvos!*

En muchos se dan noticias tan agradables, que deben agradecerse: *¡Ya no hay tísicos!* Pero de todas las tonterías que he tenido el honor de contarte, la que me ha hecho más gracia ha sido la siguiente, y con ella concluyo de abusar de tu paciencia.

En un lienzo colocado dentro de un escaparate de una zapatería estaban pintados una bota de montar, á cada lado un león tirando de ella, y debajo estas palabras: *¡¡No la descoseréis!!!!*

Volví al día siguiente, y, en efecto, no la habían descosido.

TOMÁS LUCEÑO.

CONTRASTES

HISTORIETA VULGARÍSIMA

A *Clarín*.

PRIMERA PARTE

JUAN Y PEDRO

I

Juan es un honrado obrero
que, si el tiempo no anda mal,
gana un mísero jornal
trabajando el día entero.
Sus hijos y su mujer
son su amor y su alegría;
y cuando acabado el día
puede á su lado volver,
¡Con qué orgullo les da el pobre,
mirándolos conmovido,
el sudor que ha convertido
en un puñado de cobre!
Contento con su fortuna,
por los suyos rodeado,
las monedas que ha llevado
va sonando una por una
y, con indecible afán,
el eco escuchando queda,
como si cada moneda
dijera al sonarla: «¡pan!»

—

En un andamio subido,
á una elevación que espanta,
Juan trabaja, y ríe y canta,
dando penas al olvido.
¿Dije *andamio*? ¡Por mi vida
que hay nombres mal empleados!
En dos tablones atados
por una cuerda podrida;
pues todo lo necesario
para amparar al obrero;
lo *economizó* el casero,
santurrón y millonario.
Contra el peligro indefenso
trabaja, y feliz se llama:
es un ave en una rama
construyendo un nido inmenso.
Pero... ¡el eterno final!
Un tropezón ó un vahído;
un grito; un golpe, un gemido...
y un hombre hácia el hospital.

—

¡Faltó el jornal!... Juan quedó
inútil y estropeado.
¡Para ser más desdichado
ni aun la muerte le atendió!
Previendo las fieras luchas
de su horrible porvenir,
quiso de una vez morir,
para no morir de muchas;
mas ¡ay! el rico, el feliz
se guardan y se previenen,
y siempre la muerte tienen
junto, acechando un desliz;
pero el pobre, el que padece
y el que la vida detesta,
la llaman... y no contesta,
la buscan... y no parece.
Creyérase, al verla rehacia,
que, á pesar de su fiereza,
la repugna la pobreza
y la espanta la desgracia.

—

El pobre hogar sin sostén
pronto se vió arruinado;
pero, de Juan apiadado,
le aconsejó, no sé quién,
que una atenta petición
hiciera, en forma oportuna,
al presidente de una
benéfica asociación;
hombre rico, humanitario,
religioso y ejemplar,
y que—para no cansar—
era el mismo propietario.
Hízolo Juan; transcurrieron
siglos de eterna agonía,
hasta que por fin, un día,
un golpe en la puerta dieron.
Resonó en su pecho el són.
Era—¡presagio de bien!—
que la esperanza también
llamaba en su corazón.

—

Sonó otro golpe, que enfado
de impaciencia demostró:
la mujer de Juan abrió
y el pobre Juan, olvidado
de sus angustias crueles,
miró entrar, con paso incierto,
á un grave señor, cubierto
por rico gabán de pieles.
Su entrada tan deseada
produjo un extraño efecto...
causaba terror su aspecto,
daba frío su mirada.
Juan sintió pena cruel;
su mujer miró llorando;
y sus dos hijos, temblando,
se escondieron detrás de él.
Si hubiera un pintor podido
ver aquel cuadro y copiarlo,
tendría que titularlo:
Un zorro entrando en un nido.

—

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Andamos mal?
dijo con altanería,
y con voz aguda y fría
como la hoja de un puñal.
—¡Es claro! ¡La historia eterna!
En vez de economizar
van el jornal á gastar
en el juego y la taberna...
y de la broma y jarana
ahí tienen la recompensa...
Esta gente nunca piensa
en el día de mañana.
No ven las alternativas.
Cuando hay monedas, que corran;
y luego... que nos socorran
las almas caritativas.
Pero, en fin.. su insensatez
no impedirá que las haya.
¡Ea! No apurarse... Vaya...
Un duro... por una vez.

—

Reinó un silencio profundo:
torció el buen señor el gesto,
y murmuró al fin molesto:
—Haga usted bien en el mundo
y pase usted malos ratos,
y suba usté esa escalera...
Ni dan las gracias siquiera...
¡Los pobres son siempre ingratos!
Envolvióse en su gabán,
gruñó luego... no sé qué;
y cuando la puerta fué
á abrir la mujer de Juan,
mirando con estupor
su belleza singular,
que no pudieron borrar
la miseria y el dolor,
dijo para su solapa,
deteniéndose un momento,
como el cura de aquel cuento:
—¡Lo que es como guapa, es guapa!
Y á un mendigo enfermo, inerte,
está unida en matrimonio...
¡Estos pobres del demonio
tienen todos una suerte!...

URBANO CORTÉS

REPASANDO EL ÁLBUM

—¡Oh! ¡Qué talento tiene este chico! ¡Qué versos tan bien *traidos* «saca de su cabeza!»... Sin embargo; eso del *rubí, partido por gala en dos*, que dice refiriéndose á mi boca, me parece que lo he visto yo en otra parte. Lo buscaré.

GLÓBULO

Buscaba un jovenzuelo mentecato
tres pies á cierto gato,
y siempre resultaba
que eran cuatro las patas que contaba.
Mas vióle al poco rato
un viejo que sabía
los pies que tiene un gato, á punto fijo,
y así el viejo le dijo
mientras el otro con desdén le oía:
—Si tiene cuatro patas, insensato,
¿para qué has de buscar tres pies al gato?
. . . .
¡Oh jóvenes ligeros é imprudentes,
que, aunque la dáis de sabios y corridos,
lleváis el biberón entre los dientes,
que sois atolondrados y aturdidos,
y como dicen con razón las gentes,
tenéis atropellados los sentidos!
¡buscad siempre á los gatos cuatro patas...
lo mismo que á las gatas!

DOCTOR BLAS.

ÉL

—Estamos como Adán y Eva en el Paraíso; pero yo no digo nada, porque, si no recuerdo mal, fué ella la que empezó.

ELLA

—Yo no sé de qué medios se valdría Eva para empezar; pero seguramente su Adán no sería tan Adán como éste.

Á C. H.

Tienes, Carmina, una cara
la más bonita que he visto.
Una cara... vamos... para
volver loco á Jesucristo.
Si fuera soltero... ¡ay!
¡qué de cosas te diría!
Pero soy casado, y hay
que contenerse, hija mía.
Todo lo que se me ocurre
no te lo puedo decir.
¿Ves? El matrimonio aburre
cuando uno quiere reir.
Y no es que yo sea un tuno
y que falte á mis deberes;
ni te chocará que á uno
le gusten varias mujeres.
A mí me gusta la mía,
pero me gustas también,
y tu madre, y aun tu tía,
y todavía otras cién.
Si sois guapas, ¿por qué no
lo he de decir? ¡Bueno fuera!
Eso es lo que digo yo,
y lo que dice cualquiera.
Ahora, que yo no me escurra,
como ahora me escurriría,
ni se me vaya la burra,
como á alguno se le iría,
Eso es diferente ya,
y mi honor no lo tolera.
la burra no se me va:
pero .. ¡ojalá se me fuera!
Porque, hablando francamente,
cualquiera al mirarte, salta
hasta la pared de enfrente,
aunque estuviera muy alta.
Deben de andar por ahí
los sietemesinos, locos.
En mi casa hay uno, y
aún le limpiamos los mocos.
Mi chico; que tiene un pico...
¡cuando habla de ti, no acaba!
Pues si eso le pasa al chico..,
á mí... ¡se me cae la baba!
Ya pronto te casarás.
No hay remedio: cualquier día
ves á algún moreno, y... ¡tras!
corriendo á la Vicaría.
Dios haga que salga bueno
como se debe esperar.
Mira: yo he sido moreno,
y he salido regular.
¡Ah! No vayas á olvidarme
cuando llegue ese momento.
¡Por Dios! No dejes de darme
parte de tu casamiento.

CONSTANTINO GIL.

LAS BIOGRAFÍAS

Es un género literario, si así puede llamarse, verdaderamente inútil y por todo extremo empalagoso, tal como se ha entendido y cultivado durante mucho tiempo.

El solo hecho de pedir á un individuo datos para hacer su biografía, prueba elocuentemente que no es merecedor de tal honra.

Si los principales hechos de su vida están ocultos, es señal evidente de que no merecen los honores de la publicidad; y si son conocidos... ¿á qué repetirlos?

Dice el sabio Salomón
que el que engaña á una mujer,
no tiene perdón de Dios
si no la engaña otra vez.

Bastará, pues, y para ello no hay necesidad de pedir dato ninguno, con hacer la crítica de sus hechos.

Pero aquí se ha confundido la biografía con la necrología.

Nada más lógico que, cuando muere un grande hombre, se diga: «Nació en tal fecha, siguió tal carrera y realizó tales hechos »

Esos datos siempre serán datos útiles y necesarios para la historia.

Pero decir de un hombre mediano, y en ocasiones nulo, que anda por ahí *zascandileando* en la perturbada república literaria ó en las farsas de la política, lo mismo que de un muerto verdaderamente ilustre, es una simpleza de marca mayor.

El patrón obligado de las biografías al uso, es el siguiente:

«Don Aniceto Sánchez y Rodríguez nació en Vitigudino el día 30 de Marzo del año 1840, á las cinco, cinco minutos y quince segundos de la madrugada.

Ya en la pila bautismal mostró la energía de su carácter, llorando rabiosamente al sentir la desagradable impresión del agua fría.

Aquel llanto pudo significar también una protesta contra la tiranía paterna que, sin previa consulta y sin conocer

Déjame pasar, que voy
por agua á la mar serena,
para lavarme la cara,
que dicen que soy morena.

las ideas de nuestro biografiado, le imponía una religion determinada.

Decimos esto, porque el Sr. Sánchez y Rodríguez, á pesar del agua del bautismo, es un librepensador de tomo y lomo.

Abordó resueltamente el período de la dentición; salió de él en perfecta actitud y con aptitudes hastantes para ingresar en cualquier partido político.

Estudió primeras letras, con grande aprovechamiento, y á los quince años *ya* dió muestras de su precocidad, siendo un perfecto muñidor de elecciones, contribuyendo á *sacar* diputado al cacique del distrito.

Más tarde tomó *él* también asiento en la representación nacional, y, á partir de este momento, su vida política ha sido una larga serie de triunfos.

Orador *fácil*, político discreto, hombre de administración, funcionario inteligente y celoso y modelo de ciudadanos, es al presente una de las más legítimas esperanzas del partido del agua tibia, á que pertenece por ahora.»

Si el biografiado es literato, después de apuntar la fecha del nacimiento (principio obligado de toda biografía), se habla en seguida, como es de rigor, de su precocidad.

¡Todos han sido precoces!

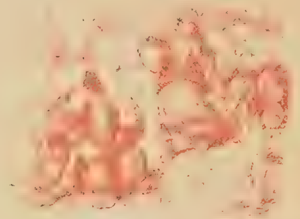
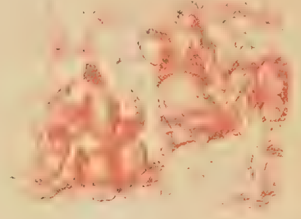
Yo me arrimé á un pino verde
por ver si me consolaba;
y como el pino era verde,
al verme llorar, lloraba.

Todo escritor, objeto de una biografía, ha compuesto una oda á los seis ó siete años.

Andando el tiempo, no desconfío de leer algun día que el poeta Fulano lloraba en verso, y hasta que pidió de mamar una vez, en un romance fácil y espontáneo.

Después de apuntar el detalle de la oda infantil, declarando á Fulano genio de primera magnitud y gloria de la patria, copian un índice de las obras de Fulano; obras que, por lo general, nadie conoce.

Lo cual es una razón, dirán los parti-

Marusiña, marusiña,
no vayas por agua al río,
que detrás de aquella peña
hay un maruso escondido.

darios del género, para hacer una biografía.

Un hombre de verdadera importancia, Emilio Angier, contestó á un periodista que le pedía datos para hacer la biografía del gran dramaturgo:

«Nací en tal fecha, y desde entonces no me ha ocurrido nada de particular.»

No puede hacerse crítica más severa ni condenación más justa del enfadoso é inútil género biográfico.

Otro escritor francés, Alfonso Daudet, dice en su precioso libro *El Académico*, después de copiar una importante biografía:

«Debemos creer cuanto se dice en ese documento: está escrito por el propio interesado; nadie conoce como él los hechos de su vida, ni nadie puede, como él, apreciar la extensión de su talento.»

Por idéntico procedimiento se han escrito en España muchas biografías.

La *sed* de gloria perturba la razón de muchos hombres honrados y pacíficos.

¡Infelices! ..

No conocen ni saben apreciar, aun conociéndola, la famosa y saludable máxima de *aquel* filósofo, que dice:

«¡Dichosos los hombres y los pueblos que no tienen historia!»

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—**Núm. 70** **15 CÉNTIMOS** 1.º de Febrero de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. **Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.**

[illegible] del baile. [illegible] Fantasía.

[illegible]

CUENTA CORRIENTE

No recuerdo en estos momentos dónde he leído la siguiente anécdota:

Un célebre médico alienista, visitando en cierta ocasión un manicomio, estuvo hablando largo rato con uno de los infelices huéspedes del establecimiento, que, sin embargo, ni en sus palabras, ni en sus maneras, ni aun en su aspecto, demostraba señal alguna de perturbación mental. Engañado por las apariencias el famoso doctor, no obstante sus conocimientos y su práctica, no pudo menos que decirle:

—Es extraño, y no comprendo por qué está usted aquí. En su persona no observo ni el más leve síntoma de locura, ni el más pequeño indicio de monomanía.

—Tenga usted entendido — contestó sonriendo el loco—que esta persona que usted ve y con quien habla, no es mi persona. Yo... no soy yo.

Puedo asegurar á ustedes formalmente, mis queridos y benévolos lectores, aun á riesgo de que por loco me tengan, que hace ya algún tiempo me viene sucediendo casi casi lo que al loco del cuento.

Yo... no soy yo.

Indolente por temperamento, por costumbre y por ser paisano del sol, que, según D. Ramón de Campoamor asegura, «es natural de Andalucía»; sin darme cuenta de ello ni explicarme la transformación, soy, hace algunos meses, la actividad personificada.

Trabajo como un *negro* y escribo como un... *Tostado*,—pero muy *tostado*—á pesar de ser rubio y *blanco* de cara, y de las iras de algunos antiguos amigos, que ahora me tienen malísima voluntad, acaso porque la suerte me ha favorecido en algunas ocasiones bastante más de lo que yo merezco; cosa que después de todo podría ser motivo para que se incomodaran con la Suerte, pero no conmigo.

Y de tal manera se ha apoderado de mí esta febril actividad y esta extrema afición al trabajo, que me disgusta el llamarme *Pérez*, sólo porque me figuro que es algo así como el masculino de *Pereza*, por más que ése es un apellido que obliga á trabajar al que lo lleva, para evitar el que con razón le puedan decir *perez-oso*; tengo una cuestión diaria con mi patrona porque la censuro la flaqueza de pertenecer á las clases *pasivas*; me encanta la vida porque veo que está llena de *trabajos*, y me espanta la idea de la muerte porque es, según dicen, el *descanso eterno;* miro con cierto desdén la escalera de mi casa, porque tiene nada menos que doce *descansos* antes de llegar á mi cuarto; y, en fin, hasta para entregarme al indispensable y diario—ó nocturno—reposo del cuerpo, he comprado una cama de hierro en los almacenes de *La Actividad;*—y no es reclamo.

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

Ricardo Blanco Asenjo.

Tendido estaba hoy en esta cama, sufriendo unos terribles dolores de cabeza, que hace unos cuantos días me traen á mal traer, cuando entró en la alcoba mi compañero López, y me saludó con estas ó parecidas palabras:

—Pero, hombre, ¿en qué estás pensando? Hoy es ya jueves, y todavía no has mandado á la imprenta la *Cuenta corriente.*

—¡Qué quieres! le contesté. Estoy enfermo y no tengo cabeza para hacer cuentas ni para que me vengan con cuentos.

—Bien; mas para escribir *eso* no creo que la cabeza haga mucha falta. Eso se hace jugando. No querrás hacerme creer que ese trabajo sea cosa del otro jueves.

—De ningún modo, puesto que tendría que ser del jueves éste.

—Tú decías que Navarrito era un holgazán, y se me figura que tú...

Al escuchar estas palabras, púsose en juego repentinamente mi actividad, haciéndome saltar de la cama, correr á la mesa del despacho, cortar unas cuantas cuartillas, coger la pluma, mojarla en el tintero y... quedarme durante un cuarto de hora sin saber qué escribir y mirando á López, que me había seguido, y nada me decía, espantado por aquel inesperado, y, á lo que se se veía, infructuoso arranque de mi... actividad.

—Y ahora... ¿qué escribo? le pregunté.

—¡Qué sé yo! Tú verás.

—¿Ha ocurrido algo importante desde el jueves pasado?

—Yo creo que no.

—Pues entonces... ¿No van grabados de «actualidad» en el próximo número?

—¡Ah! Eso sí. Va el retrato de Mariano Fernández.

—¡Pobre D. Mariano! Ya en el número anterior abrí la «cuenta» para dar la noticia de su muerte, que me produjo verdadero pesar. Era un veterano del Arte, que había regocijado con su inimitable gracia á dos generaciones; un artista incansable, cuyo talento corría parejas con su afición. La lista de las obras que representó en su larga y gloriosa carrera, sería interminable. No sólo representó papeles de *gracioso*; también representó algunos serios, con merecidísimo aplauso. Lo único que no representó nunca en escena, fué la edad que tenía. Ha muerto de setenta y cinco años, y cuando, cinco días antes de morir, hizo *Lapata de Cabra*, parecía un joven. ¡Pobre D. Mariano!

—¿Qué otro grabado va?

—La caricatura de Ricardo Blanco Asenjo.

—Perfectamente. Blanco Asenjo es un periodista ilustradísimo, un escritor de mucho talento y un poeta de verdadera inspiración. Su drama, *La verja cerrada*, estrenado hace algunas noches en el Español con éxito brillantísimo, le está proporcionando plácemes merecidos, á los que uno, con gran satisfacción, mi humilde y sincero parabién. Por cierto que he oído decir que Blanco Asenjo ha luchado, durante muchos años, con un sinnúmero de dificultades para llegar á ver su obra en escena. No lo comprendo. Yo creo que en cualquier teatro el autor de *La verja cerrada* ha debido encontrar siempre la puerta abierta.—Supongo que también irá en este número el retrato fotograbado de la encantadora *diva* Regina Pacini, que debutó el sábado en el teatro Real con *La Sonámbula*, alcanzando con justicia una ovación tanto más grande, y un triunfo tanto más completo, cuanto que tenía que luchar con el recuerdo de las recientes ovaciones que dicha obra proporcionó á la Nevada.

—¡Pues ya lo creo que va!

—Me alegro. Regina Pacini es una criatura encantadora; casi una niña, que canta como un ángel, suponiendo que haya ángeles que canten tan bien como ella. Tiene belleza, gracia, talento, elegancia, juventud y un tesoro inapreciable en la garganta. Ha empezado hace pocos meses su carrera artística, y hoy figura ya, por su propio mérito, como una notabilísima *prima donna.*

—También publicamos en este número el retrato de la Bompart, uno de los terribles personajes que han figurado en el asesinato del *huisier* Gouffé, cuyo proceso está causando en Francia emoción semejante á la que produjo en España el famoso crimen de la calle de Fuencarral.

—Mira, chico, no me hables hoy de crímenes. ¡No es flojo el que estás tú cometiendo al hacerme escribir esta *cuenta* en el estado en que me encuentro! Si la publicas, hazme el favor de rogar á los lectores que tengan en *cuenta* cómo la he hecho, para que no me la tomen en *cuenta.*

Y ahora, adiós... Aquí hago punto; pero como no puedo estar un punto ocioso, vuélvome á la cama... de *La Actividad.*

FELIPE PÉREZ

PEPE Y JUANA

¿Quién te quiere en el mundo,
paloma mía?
preguntaba un mancebo
de noche y día
á la dueña y señora
de su albedrío:
y ella le contestaba:
—¡Tú, chacho mío!
Tú solito me quieres
con embeleso;
y tu nena del alma,
sólo por eso,
aunque mamá se opone,
te quiere mucho.
—¿Mucho?
—Sí; como quiere
la trucha al trucho.

....

Así estaban los chicos
constantemente
dándose pruebas claras
de amor ferviente;
pero ni ella sabía
que el mozo estaba
dislocado por una
tiple de Eslava,
ni él sospechaba que ella
se *entretenía*
con un chico teniente
de artillería.

....

....

Como la chica supo
tener destreza,
y el muchacho era tonto
de la cabeza,
se celebró la boda
de Pepe y Juana
en San Luis, un domingo
por la mañana.
Nada turbó la dicha
del matrimonio
los dos primeros meses;
pero el demonio,
que si no hace diabluras
no está contento,
fastidió á los muchachos
en un momento,
haciendo que Juanilla
forzosamente,
pensara á todas horas
en su teniente.

....

¿Quién te quiere en el mundo
lucero mío?
preguntó él á la reina
de su albedrío;
y fué en este momento
cuando el demonio
dió al traste con la dicha
del matrimonio;
pues Juanilla, sin duda
pensando estaba
en algo, que maldito
si le importaba;
y sin tener conciencia
de lo que hacía,
contestó:—¡Tú, teniente
del alma mía!

J. López Silva

Album de Los Madriles.

REGINA PACINI

Prima donna del Teatro Real.

TOREO INTERNACIONAL

Sr. D. Felipe Pérez, *en la Redacción de* Los Madriles.

Querido Felipe: Tu españolismo te ciega, y si no fuera porque estamos al quite Labra en Madrid, Latino Coelho en Lisboa y yo en *Entroncamento*, habrías agravado á estas horas el conflicto anglo-portugués con una complicación hispano-lusitana: y ¿qué buen español ni qué buen portugués no maldeciría tu nombre?

Sí, Felipe; has estado á dos dedos de ser tan funesto para España y Portugal como lo fueron tus tocayos Felipe II y Felipe IV, aquél por su despotismo, y éste por su desidia.

Estábamos á partir un piñón *os lusos e os hespanhoes*, y por poco volvemos á tirarnos los trastos á la cabeza. Estos «trastos», Felipe, son los que me cedías en tu *Crónica* del número anterior de Los Madriles.

Refiriéndote á la entrada del duque de Veragua en el Ministerio sagastino, decías:

«Hay quien cree que su entrada en el Gobierno tiene alguna relación con el conflicto anglo portugués.

»Los portugueses, ante la perspectiva de una acometida de *John Bull*, que, por si ustedes no lo saben—que sí lo sabrán—significa *Juan Toro*, han dirigido sus miradas á España, patria de *Lagartijo*, de *Frascuelo* y de *Guerrita*.

»¿Hay nada más natural que Sagasta, en provisión de futuras contingencias y posibles cuestiones con *Juan Toro*, dé entrada en el Ministerio á un ganadero tan inteligente como el señor duque de Veragua?

»Dejo este asunto, para que pueda *trastearlo* con su gracia extraordinaria, mi querido amigo *Sobaquillo*, si no prefiere *aderezarlo* con su sal y pimienta Mariano de Cávia, sirviendolo al público en uno de sus sabrosísimos *platos del día*.»

Muchas gracias, ante todo, por esos halagüeños piropos, que vienen á resolver el extraño problema de que sepa á miel (y á miel hiblea) lo que dice un escritor que es todo sal (y sal ática).

Mi inseparable amigo Cávia ha hablado ya en *El Liberal* de la alternativa dada al descendiente del descubridor del Nuevo Mundo por el descendiente de...

(Ignoro quién fué el Colón
que halló el pimiento morrón.)

Pero yo no había metido aún mi cuarto á ganaderos—porque lo que es «á es-

SALUD Y PESETAS

—Yo te quiero, Salud, aunque me inquietas.
—¿Usted quiere... salud? Pues yo... pesetas.

EN EL BAILE DE MÁSCARAS

—¿Por qué bailando haces... *eso?*
—Porque éste es *el vals... del beso.*

padas» no puede decirse en el presente caso—ni había dicho: *¡Esta muleta es mía!*

Celebro que tu amabilidad me haya proporcionado ocasión de decirlo; y, sobre todo, de decirlo en tu favor.

¿Qué mal genio guió tu pluma cuando escribiste que los portugueses, ante la perspectiva de una acometida de *John Bull* (léase *Juan Toro*), habían dirigido sus miradas á España, patria de *Lagartijo*, de *Frascuelo* y de Guerrita?

Solamente pudo inspirarte tal idea

il dio delle tempeste,—il fiero Adamastor,

enemigo implacable de los portugueses, según el gran poeta de *Os Lusiadas* y el averiado libretista de la ópera póstuma de Meyerbeer.

¡El pueblo de los grandes rejoneadores, los grandes pegadores y los grandes criadores, necesitar de los toreros y ganaderos de por acá!...

Blasphemasti, querido Felipe; y si no rasgo mis vestiduras á estilo antiguo, es porque probablemente no me costearían los portugueses un traje nuevo.

Dos buenos rejones del ilustre *farpalheiro* Tinoco bastarían para escarmentar á John Bull, y aun para dejarlo en disposición de que lo recogieran las mulillas; porque excuso decirte que tratándose de lidiar hijos de la rubicunda Albión, los rejoncillos resultarían puestos «en los mismos rubios».

Pues ¿y los pegadores?

Este género de toreo, que nosotros hemos desechado ha siglos y que los portugueses han conservado, previendo sin duda las actuales contingencias, es el más acomodado á las condiciones y gustos de John Bull; y si atendemos á lo bien que se conservan en Portugal, y lo decaído que está el pugilato en Inglaterra, no dejaremos de hallar cierto equilibrio entre las facultades de aquella nación, aunque tan pequeña, y esta otra, aunque tan formidable. ¿Que John Bull es de los toros que *pegan*? Pues, amigo, tampoco los *pegadores* portugueses son mancos.

Y si Portugal intenta «soltar el toro» á John Bull y echar á reñir entrambas reses, tampoco habrá menester de nuestros vergüeños para nada, teniendo allá unos Palhas que, en cuanto salen al redondel, siembran el espanto y el terror. La res británica es codiciosa y pegajosa; pero la res portuguesa, hasta cuando se defiende, tiene buenas condiciones.

Ahora se ha pegado á los tableros, negándose á comerciar con Inglaterra, y Salisbury pierde el tiempo... y el percal.

—Yo no atiendo—dice el comercio lusitano—más que al percal francés y al catalán.

Convencido ya, querido Felipe, de la verdad que «entrañan» mis observaciones, podrás argüirme todavía que, sin el auxilio de nuestros toreros, Portugal no puede estoquear á John Bull.

A John Bull no lo estoquea nadie. Se tapa y no se deja. Toma el olivo, es decir, se atrinchera en sus islas, y allí no hay quien le meta mano. Felipe II lo intentó, yéndose á la cabeza del toro con la *Invencible*, y ya sabes de qué modo salió de la suerte.

Sí, sí; ¡anda con toreo español á John Bull!.. Aquí lo tienes en plena Península, con el hocico y las pezuñas sobre nuestro cuerpo (véase Gibraltar), y sin que haya un *Lagartijo* providencial que nos quite de encima el bicho á punta de capote.

Supones tú que Sagasta habrá dado entrada en el Ministerio al duque de Veragua, ganadero inteligentísimo, en previsión de posibles cuestiones con el tal *Bull*.

Para eso debía haber llamado á don Antonio Miura, que entiende más que el Duque — cuyos toros son claros y noblotes — de reses de cuidado y mala intención.

¿No te parece?

Pon el V.º B.º á esta carta; publícala en desagravio á los portugueses, en quienes has supuesto una inferioridad tauromáquica que no existe; y publícala también en testimonio de lo mucho que te quiere,

SOBAQUILLO

DETRAS DE LA CRUZ...

El marido.—Me han dado una gran cruz, bella Rocío,
y á mi amada deidad vengo á ofrecerla.
La corista.—Pues ya estás como Cristo, amigo mío,
porque te dan la cruz... sin merecerla.

S. M. LA TIPLE

Oficiala de modista,
de sastra, ó ribeteadora,
pero muy guapa, muy lista,
con aires de gran señora
y con instintos de artista.

Abandona la costura;
de su gallarda figura
quiere exponer sus tesoros,
y entra en el cuerpo de coros
sin préstamo ni escritura.

La muchacha es hechicera,
y gusta de un modo atroz.
Canta... ¡como otra cualquiera!
Pero es guapa; hará carrera.
Lo de menos es la voz.

¿Es dulce? ¿Es amable? ¿Es tier-
¡Nada de eso se pregunta! (na?...
¡Es claro! ¡La historia eterna!
¡Lució una noche la pierna,
y al mes ya estaba en la punta!

Vistió otra noche de ondina.
¡Estaba hermosa, divina!
Cantó sola dos compases,
y dijo: —Desde hoy hay clases;
mañana soy partiquina.

Tengo en mi mano un tesoro,
y rindiendo culto al arte
ganaré el oro y el moro.
¡No canto más en el coro!
¡Quiero ser segunda parte!

Lo fué. Su hermoso palmito
halló á la Empresa dispuesta.
Luego vino un papelito...
luego otro traje bonito...
luego el director de orquesta...

Un autor muy complaciente
hizo un papel para ella;
lo ensayó perfectamente;
salió, la aplaudió la jente,
y dijo: —¡Ya soy *Estrella*!

—¿Tropezar con un papel?
¡Se acabaron los apuros!
Otros haré como él.—
¡Y desde el aplauso aquel
pide la chica diez duros!

Y tal las cosas están,
que la buscan con afán;
tiene contratos seguros...
¿Pero gana los diez duros?
No los gana. Se los dan.

Y tiene antojos crueles;
ser en todo la primera,
y cantar cuando ella quiera,
y escogerse los papeles,
y vestirse á su manera.

Su olímpica majestad
entre la cómica grey
ejérce la autoridad,
y es la ley su voluntad,
y su capricho es la ley.

¡Qué lujo de triquiñuelas!
Ya es un abuso, un derroche.
Cantar dos actos por noche.
Buen cuarto. Catorce velas.
Llevarla al ensayo en coche.

Consultarla el figurín
si de obra nueva se trata;
y hay tiple que exige, en fin,
que le rompan la contrata
—porque es un bizco—al flautín

Y da por sola razón
de su exigencia fatal,
—Que tiene cierta aprensión;
que el bizco la mira mal
cuando ataca un calderón.

Pide los palcos mejores;
y á sus dos primos terceros
los coloca los primeros:
Jefe de acomodadores
y jefe de alabarderos.

Y coloca con maestría,
sin ver en ello desdoro,
su abuelo en la sastrería,
su hermano en contaduría
y sus primas en el coro.

Y ella es la niña mimada,
la que tiene en usufructo
á la Empresa desdichada,
la que se lleva el producto
de toda la temporada.

¡Tiple, mágica deidad
con tu desprecio profundo
humilla á la humanidad!
¡Boca abajo todo el mundo!
¡Dios salve á su majestad!

E. NAVARRO GONZALVO

DETRAS DE LA CRUZ...

La mujer.—Ya el señor la gran cruz ha conseguido·
Te alegra la noticia... ya lo veo...
El criado.—Me alegra, porque al punto he *suponido*
que va á necesitar un Cirineo.

—Cuando me siento á tu lado, Herminia, me siento mal.
—Hombre, pues siéntese usted bien.

LO QUE OYÓ UN SORDO

Tenía D. Juan fama de sordo impenitente; y, en efecto, era la suya una sordera escandalosa, si se me permite la calificación.

El mundanal ruido no vibraba en las que un poeta trasnochado llamaría cajas *tambóreas* de D. Juan. Y eso que éste, de niño y de mozo, tuvo los oídos agudísimos; pero después, sin saber por qué causa, aquella agudeza se perdió y las membranas tensas y finas, capaces de estremecerse al menor sacudimiento, se trocaron en tabiques sólidos, imposibles de conmover aun con el más tremendo estampido.

Se asegura que D. Juan no cuidó debidamente la imperfección aquella que le privaba de un sentido, y sin ensayar remedio alguno, dejó pasar años y años, siendo su cabeza una tumba silenciosa en medio del estruendo de la vida.

La costumbre hace ley, y los amigos del sordo acabaron por considerar como la cosa más natural del mundo que el pobre no se enterase de nada de cuanto le decían. Era en las reuniones como un mueble animado. En la mesa del café el más discreto de los contertulios, y en la plaza de toros el más perspicuo de los espectadores. ¡Cuánto gozaba D. Juan en aquella fiesta que se le metía dentro por las aberturas de los ojos y sin necesidad de los oídos!

Pero es el caso que D. Juan supo que cierto especialista famoso había curado la sordera de un amigo suyo. Le entraron ganas de probar fortuna, y fué á consultar con el médico. Era preciso hacer el último esfuerzo. D. Juan quería á todo trance cambiar la opinión que tenía de las gentes.

¡Porque á él todos le parecían mudos!

—

No supo dar detalles el enfermo del tratamiento que le aplicó el especialista. Pero lo ocurrido fué que D. Juan entró un día sordo en la casa del doctor y salió de ella oyendo bien, después de aguantar varias manipulaciones.

A nadie había querido comunicar sus esperanzas, y cuando la realidad en forma de sonidos le sorprendió, estuvo á punto de morirse de gozo.

El ruido de los coches, el murmullo de las conversaciones de los transeuntes, todo le produjo extraordinaria sensación. Hasta llegó á creer que el sol brillaba con más claridad, iluminando con sorprendentes efectos el cielo, las calles, cuanto le circuía.

A los pocos pasos que dió D. Juan se encontró con un amigo á quien acompañaba otro señor para él desconocido.

El ex sordo abrió los brazos y exclamó:

—¡Mi querido D. Manuel!

El aludido, dirigiéndose á su acompañante, le dijo:

—Aguarde usted un momento. Este maldito sordo me va á fastidiar.

D. Juan se quedó estupefacto. Creía que aquel amigo le profesaba verdadero cariño.

Se despidieron en seguida, y D. Manuel, al marcharse, murmuró un «¡vete á paseo!» que dejó al ex sordo lleno de confusiones.

Entró D. Juan en su casa. El criado, creyéndole también sordo todavía, le saludó de este modo:

—¡Qué pronto viene hoy este tío!

Su esposa, la esposa amante del buen señor, también le consagró algunos piropos. Todos sus conocidos, todas las personas con quienes mantenía relaciones, al hablar con él, le zaherían y le mostraban enojos. ¡Aquello era imposible! Don Juan dirigióse á casa del especialista, y le dijo:

—Vengo á que me devuelva usted la sordera.

—¿Usted se ha trastornado? ¿Por qué?

—Porque las gentes se figuran que sigo teniendo insensibles los oídos, piensan en alta voz delante de mí, y no hay cosa más irresistible que saber con certeza la opinión genuina que respecto de uno tienen los demás.

—

Hace pocos días me tropecé con el héroe de este cuento. Le hablé con voz natural, y no me oyó.

—¿Es que ha recaído usted en su antigua enfermedad? le dije, añadiendo á mi pregunta la mímica adecuada.

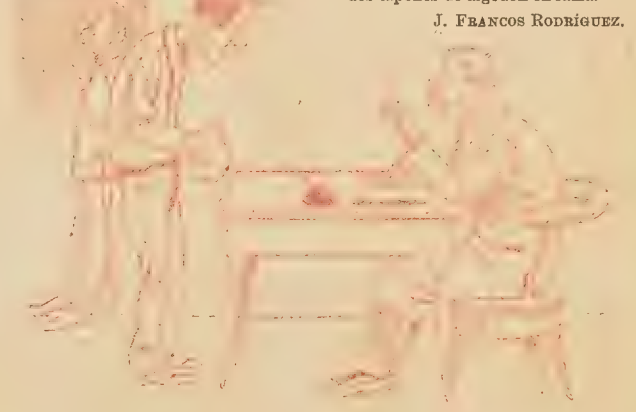
—No. Cuando quiero oir, oigo. Para las cosas agradables y buenas tengo afortunadamente muy sanos los oídos. Para escuchar á los amigos que lo merecen, también me permito usar mis orejas. Pero para andar por el mundo, para tratar á las gentes en general, he vuelto á mi sordera. Así me evito muchos disgustos y sinsabores. ¡Y el procedimiento es muy sencillo!

¡Y se sacó de los conductos auditivos dos tapones de algodón en rama!

J. Francos Rodríguez.

ACTUALIDADES

MARIANO FERNÁNDEZ
Eminente actor cómico,
Muerto en Madrid el día 24 del pasado.



EN LA INSPECCIÓN

—¿Jura usted decir verdad?...
—No, señor, no juro más, porque aún no hace quince días que me impuso usted una multa por jurar.

TRIQUIÑUELAS

Hay seres en este mundo qué pasan completamente olvidados y son objeto de notorias injusticias.

Los triquiñuelas figuran entre ellos.

Son los que indudablemente prestan mayores servicios á las cosas, las personas y los proyectos; los que, sin querer, hacen atmósfera; los que preparan y condimentan inconscientemente la salsa de los acontecimientos.

Los aficionados á las triquiñuelas son los seres más benéficos del mundo. Se ocupan de los detalles en que no puede fijarse quien tiene pensamientos grandes, ideas levantadas, inspiraciones gigantes. Mas la ingratitud humana no premia semejantes beneficios; los hace blanco de todas las críticas, sin la menor opción al aplauso que logre el asunto en que intervengan, sin tener en cuenta que son acaso los que más trabajan por él.

Y, sin embargo, los aficionados á este género de trabajo menudo se multiplican prodigiosamente.

No hay Sociedad que se funde, Casino que se establezca, reunión que se constituya, que no cuente con alguno ó algunos de esos héroes anónimos, de los que se pueda dedir:

—¿Quién es ése?

—Nadie. Uno que corre con todas las triquiñuelas de aquí.

Y no obstante, sin ese *nadie,* la reunión, centro ó Sociedad no prosperaría; pues las triquiñuelas son inevitables, y donde menos se piensa, salta el montón de ellas.

El origen de la antipatía que producen los triquiñuelistas está basado en leyes fijas é inmutables. Ellos, tomando iniciativas que no les corresponden, autoridades que no les competen y categorías que frecuentemente se malogran, son también los que, si en un principio obraron como seres útiles, se metamorfosean luego hasta convertirse en microbios destructores de aquello mismo que ayudaron á fabricar.

Y la cosa es sabida.

En todo sitio donde, al tipo que hoy presento á la consideración ó desprecio de los lectores, se le dan alas, se le permite intervenir más de lo justo, por tener la desgracia de que haya muchas triquiñuelas en que ocuparle, él mismo será el origen de su carcoma y desmoronamiento. Por eso no es difícil que á cada paso oigamos decir:

—Pero hombre, ¿cómo se desbarató tal asunto?

—Por las mil triquiñuelas que en él había.

Y donde se pone triquiñuelas, léase triquiñuelistas; pues aquéllas la mayoría de las veces no tomarían el carácter de tales si no hubiera una verdadera plaga de éstos, que de nada hacen un mundo, y plagian á la bola de nieve y á todas esas triquiñuelas con que todo asunto tropieza al plantearse y llevarse á la práctica desde la sublime región de las ideas, las convierten en verdaderas montañas inaccesibles, que, al derrumbarse, arrollan delante de sí los mejores y más beneficiosos productos del ingenio.

Las triquiñuelas toman á veces forma de críticas ratoniles, de pasioncillas bajas, de sentimientos mezquinos, de oposición traidora.

De triquiñuelas se valen los que no pueden frente á frente, oponiendo razones á razones, conbatir franca, leal, abiertamente; triquiñuelas son, ni más ni menos, los argumentos sofísticos, los razonamientos falsos en que á diario se fundan nuestros políticos para salirse con la suya; con triquiñuelas logra ponerse en acción el refrán que dice: «quítate tú para ponerme yo;» con triquiñuelas se conquistan posiciones, amores, simpatías y favores; de triquiñuelas, en suma, vive la humanidad.

Y lo que dirán algunos:

—Si el mundo es una pura triquiñuela, ¿qué hemos de hacer nosotros sino aprender el oficio?

C. Ossorio y Gallardo.

ACTUALIDADES

ASESINATO DE GOUFFÉ, EN PARÍS

Gabriela Bompart.

LA VOZ DE GAYARRE

Aquella voz dulcísima, vibrante,
que en suspenso dejaba el pensamiento
al escuchar su inimitable acento
y arrastraba al espíritu anhelante;
Aquel timbre purísimo, ondulante,
ora nuncio de dicha ó de contento,
ora amargo y tristísimo lamento,
santa plegaria ó voto fulminante,
Al romper su prisión, rompió una vida,
y salvando el recinto de la escena,
del salón, de la iglesia ó del palacio,
en lejano rumor desvanecida,
pausada y melancólica resuena
cual himno eterno en el inmenso espacio.

Mariano del Todo y Herrero.

PROPIO Y AJENO

Nuestro distinguido colaborador José López Silva, de cuyo fecundo ingenio hemos ofrecido varias notables muestras en Los Madriles, ha tenido la feliz ocurrencia de reunir en un volumen sus poesías, y el acierto de encargar el prólogo á nuestro afectuoso amigo el excelente poeta Sinesio Delgado.

El libro, que está en prensa y será publicado dentro de algunos días, titúlase *Migajas;* y aunque este título lo ha inspirado la natural modestia del autor, cuádrale perfectamente, porque si bien todas las composiciones que forman el volumen son cortas y ligeras, mucha ó poca, ninguna de ellas deja de tener *miga.*

—

La casa editorial de los Sres. Sáenz de Jubera hermanos ha publicado una versión española de la última obra de Julio Verne *Sans dessous dessus,* con el título El Secreto de Maston. Pr.: 2 pesetas.

LOS MADRILES
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES
Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sabados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

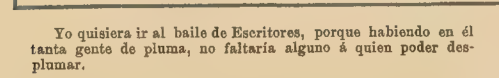
Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—**Núm. 71** **15 CÉNTIMOS** 8 de Febrero de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. **Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.**

BAILE DE ESCRITORES Y ARTISTAS


Yo quisiera ir al baile de Escritores, porque habiendo en él tanta gente de pluma, no faltaría alguno á quien poder desplumar.

—Me gustan las chicas que tienen buenas formas, como tú; pero formas de verdad, permanentes, no como la forma poética, que está llamada á desaparecer.

CUENTA CORRIENTE

Al llegar á la redacción y disponerme á hacer la *Cuenta* de la semana, encuentro sobre mi mesa unas cuantas cuartillas escritas ó *arañadas* por «Currito,» hermoso gato blanco de Angora, que es el encanto de mi compañero López y de todos los redactores de Los Madriles.

—¡Caramba! «Hasta los gatos tienen tos,» dije, recordando una sentencia popular española, al ver que también «Currito» se *metía* á emborronar cuartillas.

Leí lo que había escrito, y no dejó de parecerme interesante.

Yo, en rigor, no sabía cómo hacer esta semana la *Cuenta*, porque en mi cartera sólo encontraba *notas* tristes, que habían de parecer aún más tristes al lado de las alegres *notas* de mi amigo y compañero Angel Rubio, que van en otro lugar de este número.

Desde que comenzó este año, que no es posible llamar «de gracia,» sino «de desgracias,» no he podido escribir una cuenta sin tener que darla de la muerte de algún artista ó personaje de importancia. Hoy encuéntrome larga relación de personas ilustres que han fallecido desde el pasado jueves. El conde de Toreno, el de Puñonrostro, el duque de Moctezuma, el de Montpensier, el obispo de Segovia y el general Salamanca.

También la desgracia ha herido cruelmente á un queridísimo amigo nuestro, el excelente escritor José Estremera, cuyo señor padre ha fallecido en Madrid el martes último. La Redacción de Los Madriles y el que estas líneas escribe, unidos á Estremera por antiguos vínculos de amistad, nos asociamos, con sincera pesadumbre, á su inmenso dolor.

Sólo una nota agradable he podido encontrar: el brillantísimo éxito obtenido en la Comedia por la preciosa obra de Enrique Gaspar, *Las personas decentes*.

Comprendí que «Currito» me hacía, sin saberlo, un grandísimo favor ahorrándome hacer hoy la cuenta, y resolví publicar su escrito, en lugar de aquélla.

Dice así:

CARTA GATUNA

A Perico, gato de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

Amigo *mío:* Dispénsame si comienzo esta carta tratándote con tal llaneza y tanta confianza, aunque no tengo el gusto de conocerte personalmente, es decir, *gatunalmente*, y aunque tú eres nada menos que *gato de cámara*, como quien dice, esto es, gato del rey de España, y yo soy nada más que modestísimo gato de la redacción de Los Madriles.

Cualquiera otro gato adulador y cortesano empezaría seguramente diciéndote: «*Mi au*-gusto señor,» ó cosa así; pero yo soy un gato campechanote y democrático, enemigo de etiquetas y de servilismos. Y así como los hombres demócratas no reconocen ni diferencias de razas ni distinciones de clases, fundándose con razón en que todos los hombres proceden de Adán primero, y luego de Noé, yo sostengo la opinión de que todos los gatos somos igualmente hermanos, pues como Micifuf, el héroe famoso de *La gatomaquia*, estoy dispuesto á probar que todos descendemos por línea recta

de Zapirón, el gato blanco y rubio,
que después de las aguas del diluvio
fué padre universal de todo gato.

Esta cita te demostrará que soy gato medianamente instruído y muy aficionado á la lectura, y te ahorrará la consiguiente extrañeza al saber que he tenido noticia de tu existencia y el gusto de ver tu retrato—poco más ó poco menos como el que Los Madriles publica en este número—leyendo hace algunos días el periódico francés *L'Illustration.*

Me parece que soy *illustré.*

No creas, amigo Perico, que el ver tu retrato en periódico tan importante, al lado del de tu excelso señor y de los de otros ilustres príncipes é insignes personajes, despertó en mí ruines sentimientos de envidia; pues aun cuando vivo hace ya tiempo rozándome con literatos y artistas, y en esta clase, «si la envidia fuera tiña,» como dice el refrán, no dejaría de haber algunos tiñosos, jamás ha entrado en mí esa mezquina pasioncilla; que, á pesar de nuestra mala fama, en algo nos hemos de distinguir los gatos de los hombres.

Hay además otra razón poderosa para que no tuviera yo por qué envidiarte. Si *L'Illustration* publicaba tu retrato, también Los Madriles había ya publicado el mío—puedes ver el núm. 65 de la colección;—y si en aquel periódico alternabas con príncipes y personajes, yo al igual he alternado en éste con verdaderas *notabilidades*, con eminentes figuras de la Política, de la Ciencia, de las Letras y de las Artes.

Tampoco la lectura de lo que de ti decía el periódico me produjo impresión alguna que á la envidia pudiera parecerse siquiera. Que la cinta que llevas al cuello te ha sido puesta por las mismas reales manos de tu infantil egregio dueño; que el cojín en que reposas ha sido bordado por los delicados dedos de una de las damas de honor de la infanta Isabel... ¿Y qué?

Aunque diga un proverbio español que «hasta los gatos quieren zapatos», yo me atengo á aquél otro que dice «gato con guantes no caza ratones», y prefiero vivir libre de incómodos perifollos y de embarazosas etiquetas, dejando á los hombres la risible manía de afanarse por conseguir un cintajo más ó menos llamativo, una condecoración más ó menos reluciente, un título más ó menos sonoro, un uniforme más ó menos vistoso—con el que ni aun aciertan muchos á moverse,—y todo para disfrazar su condición de grajos con las vistosas plumas de pavo real. ¡Pobres hombres! ¡Qué necio empeño de querer pasar por lo que no son y de dar á los demás «gato por liebre!» Aunque eso quisieran ellos, poder dar siquiera gato... y gato como yo... ó como tú.

ACTUALIDADES

PERICO

Gato de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

Otra de las cosas que dice el articulista de *L'Illustration* refiriéndose á ti, es, que «no has dejado la alcoba del Rey niño enfermo, durante un mes»—cosa que me parece muy bien—y «que has llegado á ser un verdadero *favorito*»—cosa que me parece muy mal.

Pareceme muy bien la primera, porque tú, siendo gato agradecido, no has dejado la alcoba del Monarca durante un mes, cuando durante ese mes hubo político ingrato que ya se disponía á dejar... hasta la monarquía. Y paréceme muy mal la segunda, porque recuerdo con este motivo una frase célebre de Napoleón:

«De cada cien favoritos de Reyes, noventa y cinco mueren en la horca.»

¡*Fú*... ror!

No temas, amigo Perico, que entre en cierto género de consideraciones, ni que vaya á hablarte de política. Cosas son éstas sobre las que hay que pasar «como gato sobre ascuas». Lo sé por triste y propia experiencia, y no tengo para qué decirte que «gato escaldado del agua fría huye».

Complázcome en creer—porque así lo deseo—que tú serás uno de aquellos cinco favoritos que Napoleón exceptuaba de tan triste suerte en cada centenar; pero de cualquier modo, si algún día, por tu carácter de favorito, pretendes informarte de lo que es la política española é intervenir en sus negocios, tengo la seguridad de que, siendo gato, vas á pasar una vida de perros.

Sin embargo, ya habrás visto, ó habrás oído algo seguramente, y habrás tenido ocasión de observar que los gatos jugamos un papel importantísimo en casi todos los asuntos políticos españoles.

Ya te habrás enterado de que los partidos luchan por ver «quién lleva el gato al agua» que en política lo difícil es saber «quién pone el cascabel al gato»; que en la mayor parte de los asuntos políticos siempre hay «gato escondido»; que nunca falta quien se empeñe «en buscarle tres piés al gato», y por fin, que es el de la política un terreno en que abundan los *gateras*, las *gatadas* y los *gatuperios.*

Ya habrás visto á más de uno que, como «*la gata de Mari-Ramos* dice con melindres que no quiere lo que está deseando y pretende», á más de otro, que como *el gato de la* propia *Mari-Ramos*, «halaga con la cola y araña con las manos.» Ya habrás sabido que en el Congreso hay mucho *gato maullador, nunca buen cazador*, y en algún partido muchos que aborrecen la luz y buscan la oscuridad, por aquello de que *de noche todos los gatos son pardos*... y eso que *el pardo* es un color que no debiera gustar á ciertos gatos.

Aunque ya estarás indudablemente cansado de oir los nombres de Cánovas, de Sagasta, de Martos y aun el de Castelar, es muy posible, casi indudable también, que nunca habrás oído el de Selgas.—Pues bien, Selgas fué un escritor ingeniosísimo, cuyas obras me encantan, aunque sus ideas reaccionarias están en oposición diametralmente con las mías, y á pesar de que

en ellas siempre nos trató á los gatos... *perramente.*

Bueno: pues Selgas, en un precioso artículo, dedicado al «gato doméstico,» decía:

«Su primera voz, cuando se puede decir que todavía está en la cuna, es un sonido claramente articulado, que contiene la idea más trascendental de las que siempre han agitado al mundo. Su primera palabra es ésta: *mío.* Apenas ha ha abierto los ojos á la luz de la vida, cuando se proclama dueño de todo lo que ve; parece que es un hombre el que habla dentro del gato.»

Si Selgas, en vez de *un hombre*, hubiera dicho *un político*, el párrafo resultaría perfecto. Porque el político es el que se pasa la vida diciendo *mío, mío*, hasta que coge una tajada y entonces... ya es sabido... «tajada que coge el gato...»

Pero ahora caigo en la cuenta de que no queriendo ni pudiendo hablar de política, voy insensiblemente metiéndome en ese para mí vedado terreno. Perdóname otra vez, y confía en que no lo haré más.—«Esta ha sido una... y se la llevó el gato.»

Y como esta carta ha resultado más larga de lo que me proponía, cuando mi solo objeto era saludarte, darte la enhorabuena por el restablecimiento de tu amo y señor, y explicarte cómo había tenido el gusto de conocerte de vista y por retrato, aquí la termino.

Acaso nunca lleguemos á conocernos personalmente, ni á tratarnos—como quisiera—porque yo no he de ir al regio alcázar, como han ido muchos republicanos, ni tú has de venir á esta modesta redacción. Pero si alguna vez, por azares de la suerte, tuvieras que salir de Palacio y te encontraras en la calle (se han dado casos), entonces no vaciles en venir á nuestro lado. Acaso, acaso esta vida y esta gente te han de gustar más que la gente palaciega y que la vida palatina.—Si así no fuera, y algún día echaras de menos ese Palacio... aquí encontrarás otro Palacio (Eduardo), que con su gracia inimitable te lo haría olvidar.

Adiós, amigo Perico, no beso tu mano, porque entre gatos no se estila esa servil cortesía de los hombres; pero como Lope de Vega dice:

que son los cumplimientos importantes,

ateniéndome á los que él indica en su famosa citada *Gatomaquia*, al cerrar esta carta y despedirme de ti

Te hago la reverencia con la cola.

Tuyo afectís*imiáu-marramiáu.*

CURRITO, *Gato de la redacción de* LOS MADRILES.

Por la «Cuenta» y por la copia,—FELIPE PÉREZ.

SEIS POR CIENTO MENSUAL

¡Vaya si es un caballero
el usurero Eguiluz!
Y se llama don Severo,
y hasta tiene una gran cruz,
y un cordón del extranjero.

Dicen que es un animal,
y que allá en sus mocedades
anduvo bastante mal,
¡y que estuvo en un penal
por no sé qué atrocidades!

Esto á nadie maravilla,
pues todos están conformes
que era una causa sencilla.
Según todos los informes,
fué por robar en cuadrilla.

Pero aquello se olvidó,
y hasta hubo quien celebró
de su valor el derroche.
Y es natural. ¡Cómo no,
si Severo gasta coche!

Hoy es un hombre formal
que maneja un capital
con discreción y talento,
y que presta al seis por ciento...
por de contado, mensual.

Marcha al negocio de prisa
con audacia y con cinismo.
El dolor le causa risa.
Tratar con él, es lo mismo
que quedarse sin camisa.

Cuando con la pluma, suma
el interés con que abruma
y despelleja á un pobrete,
aquella pluma no es pluma,
es un puñal de Albacete.

Tiene añagazas, y astucias,
y procederes villanos,
y triquiñuelas, y argucias,
y aunque se lava las manos,
las tiene bastante sucias.

Tiene palabras de miel,
y de tigre el corazón.
Es rencoroso y crüel.
La palabra «compasión»
no se ha escrito para él.

Al progreso refractario,
con fervor extraordinario
y sin pararse en distingos,
oye su misa á diario
y confiesa los domingos.

Y, engendro de Satanás,
de avaricia vivo ejemplo,
oye misa, y nada más.
Ni en la calle ni en el templo
dió una limosna jamás.

Le encanta el papel sellado;
la miseria le da enojos,
y, orgulloso y despiadado,
jamás el llanto ha nublado
la impura luz de sus ojos.

La familia, ni la usa
ni la quiere su excelencia.
Pero... ¡rara coincidencia!
¡Cuando pasa por la Inclusa
siente frío en la conciencia!

Tal es el buen don Severo
Malasangre y Eguiluz,
muy distinguido usurero,
poseedor de una gran cruz
y un cordón del extranjero.

Con la honradez por escudo,
y en lenguaje tosco y rudo
azotara su semblante,
mas no diera á ese bergante
ni siquiera mi saludo.

Sólo, si en tristes momentos
favor y amparo pedía,
escuchando sus lamentos,
confieso que le daría...
¡los últimos Sacramentos!

E. NAVARRO GONZALVO.

I DUE RAMI

No quiero decirlo en griego, para mayor claridad, porque no tengo el gusto de saludar el idioma de los dioses.

Para que lo entiendan los profanos, *I due rami* significa las dos ramas (al poco más ó menos), de la literatura dramática en los tiempos que alcanzamos.

—¿Esta es la prevención, eh? Bueno, pues yo vengo á acostarme, porque todas las noches me traen; ésta todavía no me han cogido... y como no me gusta retirarme tarde...

El teatro agoniza, según dicen todos. Permítasele ejercer el derecho de pataleo.

(Felipe, hazme el favor de corregir con escrúpulo las pruebas, porque este artículo es de crítica seria y económica) (1).

Creo un tanto exagerada la opinión de la crítica respecto del teatro.

Tenemos teatro.

Hay patria, Veremundo.

(No digo de dónde es este *trozo*, por no ofender á ustedes, que ya supongo que lo sabrán.)

En el drama moderno se dibujan dos escuelas. Dos escuelas distintas y diferentes entre sí. El drama conceptuoso, hinchado ú henchido de frases y de pensamientos trascendentales, y el drama franco, valiente; en el que el autor pone al público que asiste al teatro, como ropa de Pascua (2).

No soy yo el llamado á dilucidar cuál de ambas escuelas es la mejor ni la que más satisface á las primeras necesidades de la época.

Pero, á pesar de esto, y quizás por esto mismo, quiero emitir mi opinión, ú

—¡Hombre, en la *Comedia* nos sacan ahora á escena á *Las personas decentes*! ¡Qué honor para la familia!

(1) Este Felipe no es Felipe, sino D. Felipe Pérez y González, ó sea Felipe VII, porque Felipe VI es mi querido hermano Dúcazcal.

(2) Esta Pascua no es la eminente artista que ahora funciona en Lisboa.

REVISTA DEL MES DE

LA CRISIS.—Hace que se va...

LA CRISIS.—...y vuelve.

COMEDIA.—*Las personas decentes.*

CONFLICTO ANGLO-PORTUGUÉS
Jack el destripador en el ejercicio de sus funciones.

"Entrés„ por un punto, y "salís„ por un balcón.

Proyecto de estatua para el nuevo Colón, ministro de Fomento... de la fiesta nacional.

LOS MADRILES

POLKA PARA PIANO DEDICADA A MI QUERIDA DISCÍPULA

LA SEÑORITA DOÑA FLORA DE SANTANA

Tiempo de polka.

PIANO.

2ª vez al Trio.

FIN.

á la 𝄋 TRIO.

D.C. hasta el FIN.

Calcog: de S. Santamaria. - San Lorenzo 4.

omitir mi opinión, que es como lo dicen varios escritores y algunos académicos.

Cuando los pueblos se adormecen, es indispensable despertarlos.

El arte y la literatura pueden conseguirlo. ¡Privilegio hermoso del genio!

The privilege... of!... (1).

El drama de enseñanza, por decirlo así, es un conjunto de pensamientos atrevidos y aun desgraciados alguna vez.

La concurrencia asiste de buena fe.

Se alza el telón. La dama joven aparece desgreñada y con un puñal en la mano.

«Viene de ser deshonrada,» hablando en castizo. Y al propósito se la ocurren en tan triste situación (de la que Dios libre á ustedes y á mí) se le ocurren á la pobre chica horrores; y es natural.

Ejemplos:

«¿Qué es el honor? Una infamia.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es, en fin, la poligamia?
¿Quién soy yo? ¿Quién anda ahí?

Esto viene á pelo, porque suena el galán joven en la primera caja de la izquierda. Sale al ruedo y dice, apostrofando á su amada, ya sin honra:

—¿Cómo tienes desvergüenza
para presentarte á mí?
¡Ah! Cuando se pierde el alma,
¿qué más se puede decir?

El público aplaude generalmente.

Se da algún caso de *grita*, pero pocos.

En una situación en que la primera actriz va á dar á luz un robusto infante, según se teme, y el primer actor de carácter ha sufrido una operación dolorosa, y la característica *se halla* de cuerpo presente, se le ocurre al primer actor y director de la pista exclamar:

«¿Porqué entre tantos nublados
no desciende ya la chispa?»

A veces parte del público la chispa; pero ya he dicho que generalmente se aplaude la chispa.

El género atrevido es *otavía* más grave.

Se alza el telón, y ya le han robado el reloj á un caballero. En la segunda escena se sabe que el autor (el autor del robo, se entiende) es un primo carnívoro del robado. Interviene un juez, y resulta que está complicado en un secuestro de menores.

En la obra juega un caballero, pero juega con ventaja. Es un sujeto que tiene casas para alojar á los licenciados de Cuba. Un ministro que fué compañero del Bizco del Borge. Un banquero que se ha enriquecido asesinando á dos familias honradas y anónimas.

Y lo que menos dicen en el diálogo es esto:

—Si hubiera vergüenza, ¿dónde
estarían *tóos* ustedes?

He indicado someramente *i due rami* del drama. El público optará.

Yo estoy por *El baile de Luis Alonso*.

EDUARDO DE PALACIO.

(1) El Bukemilan. *Critik and London...*

Refrán en acción... en mala acción.

Si yo le quito el reló,
la pareja no me atrapa
y se aguanta ese gachó;
que *el que tiene capa, escapa;*
pués yo me escapo y él no!

—Señor de guardia, ¿usted sabe por qué han denunciado el colegio de sordomudos?

—Porque habrán dicho alguna palabra fea contra el Gobierno.

PALIQUE

RIMAS (Ó RIÑONES SALTEADOS).—Imitación, hasta cierto punto, y por una sola vez, de mi querido amigo Eduardo de Palacio.

EN EL ALBUM DE BOSCH
CON MOTIVO DE HABERSE PENSADO EN ÉL PARA HACERLE MINISTRO CUANDO POR POCO SE HACE LA CONCILIACIÓN

¡Bosch ministro de Fomento!
¡Bosch Fustegueras ministro!
Pero, ¡si ese hombre no sabe
ni *fomentarse* á sí mismo!

—

Se estrena en el Ateneo
diciendo *cursilerías*...
Se burla de su oratoria
el malogrado Revilla...
¡Y querían darle treinta
mil reales de cesantía!

—

Hablaba del rosicler,
hablaba del *ideal*...
Era un Moret en pequeño,
si un Moret puede menguar.

—

¡Y ahora, de repente,
sube cual la espuma, y aspira á ser tanto
como Villaverde!

—

¡Llamarse Bosch es ya malo!
¡Pero además Fustegueras!
¡Y además ser romerista!...
¡Y llevarse una cartera!...

—

Para llegar á ministro
que dirija la *Enseñanza*,
conviene tener probado
que no se ha *aprendido* nada.

—

¿Por qué el señor Cavestany
no pone en prosa sus versos,
y los recita en las Cortes,
y le hacen ministro luego?

—

Si esto es *el Sistema*,
¡Mal rayo le parta, con todas sus trampas
y todas sus tretas!

—

¡No puedo olvidarlo!
Soñaré con ello.
Bosch será ministro,
mientras yo... ni asciendo.

Y á pesar de todo,
bien saben los cielos
que yo valgo... nada.
¡Pero él vale menos!

—

Recuerdo que olía
cuando hablaba tanto,
así, como á almizcle del que falsifican
y dan tan barato.

—

Todos se burlaban
de aquel orador:
—¡Qué cursi, qué cursi!
¡Y lo que medró!

—

La Sociedad Económica...
después las *ciencias morales*...
¡Parece nada todo eso,
y vale treinta mil reales!
¡Anales!

—

¿Le tengo yo envidia
al bueno de Bosch?
Se la tengo al sueldo,
pero al hombre no.
Esto no es envidia.
¡Es indignación!

¡Claro! Nos dicen los libros:
«Despreciad á los *burgueses*;
la farsa parlamentaria
es de medianos *caletres*.»
Después los *medianos* suben,
y habrá que llamarlos *jefes*.

—

¡A ver! ¿Quién se subleva, amigos míos?
Vosotros, literatos,
¡Los que sabéis que Bosch y Fustegueras
es nada entre dos platos!
¡A votar! ¡A votar! Que siga España
con ó sin Monarquía.
Pero, ¡fuera los Bosch!—Esto va siendo
cuestión de ortografía!

CLARÍN.

CUESTIÓN DE FORMA

En Francia primero, y en España despues—porque aquí vamos siempre á la zaga de los franceses—se ha tratado *seriamente* de proscribir la forma poética de los dominios de la literatura.

No sé qué delito habrá cometido esa pobre forma para que así se levanten contra ella en Academias y Ateneos esos sabios que bien puedo llamar *prosaicos*.

No quiero ofender á nadie; pero me parece que los más encarnizados enemigos de la forma poética... son los que no saben escribir en verso.

Hay también *propagandistas* de buena fe; pero esos han tomado el rábano por las hojas.

Refrán en acción... en buena acción.

—¿No tienes capa, Fermín?
Pues yo te daré una mía
como San Martín, que al fin
á *cada cerdo*, algún día
le llega su San Martín.

No quieren *ellos* que desaparezca la forma poética; lo que desean es que la poesía tome otros rumbos y cante otras cosas más en *armonía* con el espíritu de los tiempos, que las que ha cantado hasta aquí.

¡Explíquense ustedes con claridad!

En ese punto tienen razón.

Hacer una oda de doscientos versos al lunar de Camila (que suele ser pintado), ó al hoyuelo de la barba de Micaela, ha sido siempre una sandez; pero hubo tiempos,

«años felices, cuando Dios quería,»

en que *eso* gustaba. Hoy es verdaderamente insufrible.

Santo y bueno que la poesía, como todas las manifestaciones del entendimiento y la inspiración, llene las necesidades del momento en que se aplica y sea un elemento útil y civilizador; pero de eso á pedir su *exterminio*...

El arte es forma, primero que nada, y forma *bella* esencialmente.

Sin negar que en prosa puede realizarse la belleza de la forma literaria, es indudable que, en igualdad de condiciones, un gran poeta *sonará* siempre mejor que un gran prosista.

Es decir... ellos, propiamente, no sonarán ni mal ni bien: sonará lo que escriban. Ese empeño de borrar de una plumada la poesía lírica, me parece perfectamente ridículo.

Al que *se sienta* poeta, y lo sea efectivamente, y *se traiga cosas* de tanta sustancia como Becquer ó Campoamor, ¿por qué regla de tres se le va á prohibir la manifestación de su cualidad esencialísima y tal vez única?

Otra de las manías de esos caballeros *antipoéticos*, es que las comedias se escriban en prosa, excluyendo por manera absoluta los versos.

¿Por qué? Porque, según dicen, en la vida real nadie habla en verso; y es por ejemplo, ridículo pedir á la criada un vaso de agua, *soltándole* un pareado ó una redondilla, y en el teatro hay que buscar la verdad y la naturalidad.

¡Válgame Dios! ¡Qué cosas dicen esos amigos de la *propiedad!*

En el teatro, donde todo es mentira—dicho sea con el debido respeto—quieren que sea *verdad* la forma, entendiendo que la prosa literaria es familiar á todas las *familias* é individuos *sueltos*.

Primeramente, en el teatro las casas son ficticias: en las de mampostería hay lienzos de pared, y en las decoraciones de teatro las paredes son... de lienzo.

Los actores se suicidan... y salen luego á saludar al público; cuando se marchan á sus habitaciones *interiores* (los que no se suicidan) se encuentran con el segundo apunte, y con los maquinistas, y con los curiosos. Sobre todo, nadie habla en la vida real por cuenta de un escritor, ni espera que apuntador alguno le diga lo que tiene que decir para repetirlo como un *papagayo*,—y perdonen los actores.

Si *allí* todo es convencional y acomodaticio, ¿por qué ha de ser real la forma de expresar las ideas, si aun hablando en prosa, la prosa del teatro ha de ser diferente á la usual en el mundo?

No quiero decir tampoco que todas las comedias deban escribirse en verso.

La forma depende del asunto y la acción. Un autor que sepa escribir de las dos maneras y tenga sentido crítico para saber cuándo ha de emplear una y cuándo la otra, las empleará ambas, indistintamente, cuando convenga á sus propósitos. Proscribir sistemáticamente una de las dos, será siempre una tontería.

Obedeciendo á la moda reinante, ó tal vez por secreto instinto, ha habido un sujeto que ha sostenido ardientemente en el Ateneo de Madrid que *la forma poética está llamada á desaparecer*.

Después de sostener *esto*, se ha ido al teatro Español con un drama en el cual ha intentado (aunque en vano) emplear la forma poética.

¡Qué consecuencia!... En ese drama hay versos como los siguientes:

«...mi cólera harás que al fin estalle
y castigue tu audacia y tu *insolencia*.
¡Sal pronto de mi vista! ¡Véte pronto!
¡Mira que ya se agotó mi *paciencia!*
....
....
prétendes que te juzgue como á un santo,
cuando la misma voz de la *inocencia*,
la voz de Amalia, de tu propia hermana,
me reveló hace poco tu *licencia?*»

El procedimiento más seguro y eficaz para que desaparezca la forma poética... es escribir de ese modo.

¡Eso es predicar con el ejemplo!

Y, al menos, desaparecerá la poesía... cuando escriban los *apóstoles*... de esa *doctrina*... que no me parece cristiana.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

ACTUALIDADES

ASESINATO DE GOUFFÉ, EN PARÍS

El huissier GOUFFÉ

Baul donde encerraron el cadáver.

EYRAUD, acusado.

PROPIO Y AJENO

Las especiales condiciones de ajuste y tirada de LOS MADRILES nos impiden abrir nuestra «cuenta corriente» de este número para incluir en ella una agradabilísima nota, digno *pendant* de la que se refiere al brillante éxito alcanzado en la Comedia por Enrique Gaspar con su obra *Las personas decentes*.

Nuestro muy querido amigo y colaborador Rafael Torromé, el celebrado autor de *La fiebre del día*, ha dado nueva y notabilísima muestra de sus excelentes condiciones de poeta y de autor dramática. Su última producción, *El sentido común*, drama en tres actos y en verso, estrenado el jueves en el teatro Español, le ha proporcionado muchos y justos aplausos del público, y muchos y merecidos elogios de la prensa.

Consignamos gustosísimos nuestra satisfacción por el nuevo triunfo de este querido compañero, y le enviamos nuestra más cordial y expresiva enhorabuena.

—

Otro excelente compañero y afectuoso amigo, Federico Urrecha, acaba de publicar un nuevo libro, *La estatua*.

Es una preciosa novela, llena de interés, y está escrita del modo castizo y elegante á que nos tiene acostumbrados el erudito redactor de *El Imparcial*. Las ilustraciones del libro son de Blanco Córis. Citar el nombre del joven pintor malagueño es hacer su elogio. La edición se agotará muy en breve, y *La España Editorial* tendrá que hacer nueva tirada del libro de Urrecha. ¿Qué recomendación mejor? Apresúrense ustedes á comprarlo, y nos darán las gracias.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, 25.
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sabados. **Pago adelantado.**

Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 79 | 15 CÉNTIMOS | 15 de Febrero de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. | Revista semanal. | Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.

CARNES-TOLENDAS

Si el Carnaval es la orgía.
la bacanal, el placer,
el amor y la alegría,
¿qué mejor alegoría
que esta incitante mujer?

Decidora, alegre y bella,
del salón brillante estrella,
turba del hombre la paz:
y derriba la botella,
y se arranca el antifaz.

Después, con tierno interés,
amores brinda, y después. .
¡Calla!—Dice la moral;
y lo que callamos es
lo mejor del Carnaval.

CUENTA CORRIENTE

(NOTAS SUELTAS)

Buscando asuntos agradables, notas alegres para escribir la *Cuenta* de la semana; cansado como estoy ya de dar sólo malas noticias y de hablar casi siempre de cosas tristes, repaso mis apuntes, evoco mis recuerdos, recorro las columnas de los quince ó veinte diarios que tengo sobre la mesa de la redacción, y... nada.

Sólo encuentro en todas partes desconsoladoras noticias de crímenes, suicidios, conflictos, motines, *irregularidades*, quiebras, muertes, casamientos... desgracias, en fin, de todos los géneros y de todos los *tamaños*.

Yo, que al encargarme de hacer esta *Cuenta* había echado mis cuentas galanas, creyendo que á fin de año había de encontrarme con una sarta de cuentas brillantes, para hacer un collar y regalárselo á la hija de mi patrona, á cuenta de otras cuentas, veo con tristeza que, á seguir esto así, la colección de estas cuentas negras y tristes sólo va á poder servir para hacer un rosario y dedicarse á rezar, pensando en las desdichas de este desdichadísimo año.

Esto es, si antes no me canso yo y hago corte de cuentas; que, después de todo, acaso será lo que nos tenga más cuenta á mí y á mis lectores.

—

Vean ustedes, las dos primeras notas que encuentro hoy entre mis apuntes:

«El excelente y conocido poeta Antonio Fernández Grilo ha tenido la desgracia de perder á su señora.»

«Sinesio Delgado, el director de *Madrid Cómico*, antiguo amigo nuestro y queridísimo compañero, sufre el dolor inmenso—á que de todo corazón nos asociamos—de haber visto morir á sus hijo único, niño de pocos meses.»

A uno y otro doy, en mi nombre y en el de la Redacción de Los Madriles, el más sentido pésame, y bajo tan penosa impresión prosigo mi tarea.

—

¡Oh! ¡Gracias á Dios!

Al abrir un periódico tropiezan mis ojos con este alegre y llamativo epígrafe: Cuatro noticias de Gracia.

¡Cuatro noticias nada menos, cuando al empezar esta cuenta, con una noticia de gracia me hubiera contentado!...

Veamos:

«El alcalde de Gracia (Barcelona) ha descubierto un desfalco de 50.000 pesetas en la Caja municipal.»

«Un vecino de Gracia ha disparado dos tiros á una mujer.»

«Otro ha agredido á su padrastro, machacándole el cráneo con una pala.»

«En un café de Gracia hubo una sangrienta reyerta, resultando dos muertos y dos heridos.»

Pues, Señor, ¡vaya usted á fiarse de los epígrafes y de los nombres!

¿Será desgraciado el año, y seré desgraciado yo, que hasta las noticias de Gracia que encuentro resultan desgracias?

—

Veamos si soy más afortunado y consigo encontrar algún asunto alegre en las noticias extranjeras.

«*Portugal*.—Continúa la agitación con motivo del conflicto...» A otro lado.

«*Italia*.—Ha fallecido el cardenal Pecci, hermano de S. S. León XIII.—Ayer ocurrió una espantosa catástrofe en Castiglione, á consecuencia del hundimiento de una escuela...» A otra parte.

«*Méjico*.—El trancazo está causando numerosas víctimas. El día 8 murieron 143 personas...» A otro sitio.

«*Estados Unidos*.—Ha ocurrido una inundación en el Orejón...» A otro punto.

«*Inglaterra*.—De las minas de Abersyeham van retirados, hasta ahora, 155 cadáveres... A otra cosa.

«*Francia*.—El asesinato de Gouffé» «La calaverada del duque de Orleans.»

¡Ah, vamos! Por fin, me parece que tropecé con algo divertido.

—

Ya sabrán mis lectores, sin embargo, que la calaverada del Duquesito no es de esas calaveradas propias de las gentes de su condición, de su clase y de su edad, que tanto juego han dado siempre á los libretistas de operetas cómicas.

En esa calaverada, en vez de intrigas amorosas, únicamente se descubren ó adivinan intrigas políticas. El chico sóose ha permitido violar la ley que le prohibía entrar en Francia, con el pretexto de que otra ley le llamaba, por haber cumplido la edad para servir en el ejército.

Y ¡es claro! el pobre muchacho se ha encontrado ante una ley que le echa, y otra que le llama, según él cree, como un gato frente á uno que le dice ¡micho! y otro que le dice ¡zape!

Dudaba á cuál de las dos leyes había de atender, y el Tribunal ante el que ha comparecido, le ha condenado á dos años de prisión... para sacarle de dudas.

—

A pesar de lo antes dicho, es muy posible que Meilhac, Halévy, Chivot, Duru, Clairville, ó Gastineau, cualquiera de esos chispeantes libretistas franceses modernos no eche el asunto en saco roto, y el día menos pensado nos lo encontramos con música de Audran ó de Lecocq.

Porque como haber tipos, situaciones cómicas y musicales, y hasta su *mijita* de argumento, los hay. El duquesito tiene una prometida que se llama Margarita—bonito nombre de opereta—que, como es natural, lamenta la prisión de su prometido (romanza de tiple), y suele ir á verlo á la Conserjería (dúo de tiple y tenor). Los partidarios del duquesito y de su papá el conde de París, se agitan en la sombra (coro de conjurados). Uno de ellos, el conde de Neuville, subido en un coche, como los sacamuelas, lee versos en medio de las plazas (*couplets* de bajo cómico, coreados), y otros se dirigen después de conocer la sentencia, á colocar en el pedestal de la estatua de Enrique IV dos coronas simbólicas: una hiedra y otra de *lilas*. (Gran marcha triunfal, y final de cuadro).

La obra puede tener chistes graciosísimos, sin que los autores se calienten mucho la cabeza, porque el mismo protagonista, que se dedica á hacer frases, ha hecho ya algunos de efecto seguro.

—Este cuarto está muy frío, Monseñor, debíais pedir fuego—le dijo uno de sus visitantes.

—No me hace falta, le tengo en el corazón, replicó el Príncipe.

Y á los cinco minutos pidió que le encendieran un *choubersky*.

—

Ayer discutían acaloradamente acerca de la calaverada del duque de Orleans, Calinez y Gedeón. Calinez decía:

—Desengáñese usted, Gedeón; el duque ha ido á la República francesa, porque deseaba «servir al rey», fundándose en que la ley hace quintos á todos los ciudadanos, al llegar á cierta edad.

—Desengáñese usted, amigo Calinez, contestaba Gedeón con su habitual acento de solemnidad. La imprudencia del Duque no tiene disculpa, porque él debe saber que, en Francia, á los aspirantes á reyes y á sus herederos, no los quieren hacer quintos... sino cuartos.

Felipe Pérez.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

Enrique Gaspar.

Autor de la comedia *Las personas decentes.*

APRENDE

Eras casi una niña, cuando amante
te aproximaste á mí.
No te quise engañar, y vacilante
me separé de tí.

Fuiste mujer: con ciego desvarío
te idolatraba fiel,
y tú, en cambio, pagaste el amor mío,
con engaño cruel.

Si crees que me arrepiento del pasado,
estás en un error.
Yo quiero mucho más ser engañado,
que ser engañador.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.

¡¡HAY DINERO!!

(MONÓLOGO)

«¿Hay dinero?... ¿Qué ha de haber? No, señor: ni lo hay ni lo ha habido nunca. Si lo hubiese, alguna vez lo habría yo tenido; pues si, por mi fortuna ó por mi desgracia (que sobre esto aún no he fijado mi opinión), no pertenezco á la familia de aquel personaje famoso que decía elevando su alma á Dios: «No te pido, Señor, que me des dinero, sino que me pongas cerca de donde lo haya», aunque no pertenezco á esa familia, vuelvo á decir, soy laborioso, activo, no soy estúpido, ¿qué he de ser? sé algo de letras, no mucho, pero bastante más que otros tenidos por sabios, y soy, por añadidura, hombre de bien á carta cabal—aunque me esté mal el decirlo—que, no sé por qué ha de estarme mal, ya que la modestia, en concepto de Schopenhaüer, es una virtud inventada por los bribones y para los necios. No respondo de que Schopenhaüer lo diga así precisamente; pero de que dice una cosa muy parecida, estoy seguro. Y cuando Schopenhaüer lo dice, él sabrá por qué; pues sabe perfectamente lo que se dice y dónde le aprieta... la modestia.

Pero *revenous à nos moutons*, esto es, vuelvo á lo del dinero, y repito que no lo hay, aunque otra cosa digan algunos chuscos desde las planas de anuncios de periódicos muy acreditados.

Aquí están uno, dos, tres, veinte diarios: *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Globo*, *El Resumen*, *La Epoca*, etc..., muchos; dejo el uno, tomo el otro, torno al primero, retorno al segundo, y se me hace un agua la boca pasando la vista por la plana de anuncios.

DINERO... Ese vocablo mágico aparece estereotipado en gruesos caracteres; hacia él acude mi vista, como acude un fraile glotón al toque de campana del refectorio. Pero á continuación de la palabra DINERO, muy visible y muy aparatosa, hay varias líneas de letra diminuta que llevan á mi espíritu el desencanto: «sin retención á militares, empleados y Cuba...» Así dice; y como yo no soy Cuba, ni siquiera cubero, ni he sido empleado nunca, ni creo que seré militar en mi vida, dicho se está que ese dinero no es para mí... También dice que hay para *pasivos*; yo sí soy pasivo, en el concepto gramatical de persona que padece angustias sin cuento; pero se me figura que no deben de ser esos los pasivos de que ahí se habla.

Dinero directo, dice en otro lugar de la misma plana; aunque fuese indirecto, lo tomaría yo; pero el caso es que dice además *á militares*, y, por las razones antedichas, no reza eso conmigo.

Otro anuncio:

Dinero... veamos lo que sigue: sobre coches, sueldos, muebles... ¿para qué seguir? Yo no tengo coches ¡bueno estoy yo para tener coches!; no cobro sueldo, ni sé lo que viene á ser eso; y en cuanto á muebles, sólo poseo un baúl mundo que compré, hace ya muchos años, por cinco pesetas, una vez que estuve en fondos.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

Rafael Torromé.

AUTOR DEL DRAMA *El sentido común*.

Pues aquí hay una ganga:

Se facilita dinero; eso, eso celebraría yo muy de veras, que se me facilitase dinero; pero... ¡sí, sí, buenas facilidades te dé Dios! ese dinero se facilita sobre *fincas*...; de suerte que debo empezar por adquirir fincas, y si yo tuviese fincas no necesitaría que me facilitasen dinero.

Pues aún es mejor esto:

SE DA DINERO. Venga... Sí, señor, se da; por buenas hipotecas.

¿Y qué puedo yo hipotecar? Mi actividad, mi inteligencia, mi trabajo, mi aptitud para esta ó aquella industria, mi honradez acrisolada... ¡ta, ta, ta!... nada de eso es cotizable; para nada de eso *hay dinero, ni se facilita, ni se da.*

¡Industria! ¡Actividad! ¡Trabajo! ¡Honradez!... Todo eso no vale tres pesetas... Aquí de lo que se trata es de sacar á los capitales rentas pingües con muy poco trabajo, y si puede ser sin ninguno, mejor que mejor. Y esto ¿qué significa? Pues eso que he dicho, que no hay dinero, que el que más tiene es dueño de una miseria... Sí, señor; una miseria, que dedicada á una industria, á la explotación de una fábrica, al planteamiento de una mejora, no produciría ni lo absolutamente preciso para satisfacer las exigencias del insaciable fisco; pero que dedicada al negocio del préstamo se duplica y aun se centuplica sin molestias y con rapidez suma.

Si hubiese dinero...—vamos, que no lo hay—lo que se llama dinero, emplearíanlo los dinerosos en acometer empresas grandes, el capitalista buscaría al industrial, el rico solicitaría al trabajador, me solicitaría á mí, que nunca he sido solicitado para nada; á ese gran capital bastaríale, para contentar á su dueño, un módico interés, que representaría muchos millones... Pero ¿quiere usted decirme para qué sirve un capital de algunos miles de pesetas—á cualquier cosa llaman capital,—si el capitalista no le saca un interés de 30 por 100 al año?

Pues ésa es la madre del cordero. España es el país de los pobres, y por eso es el país de los prestamistas. Pasan constantemente por ahí, de unas manos á otras manos, algunos centenares de ochavos morunos y unas cuantas docenas de papelitos que emite el Banco, otro prestamista, y que, cuando menos se piense, serán papeles mojados.

Los más pobres hacen el papel de mendigos y molestan al transeunte, solicitando con fastidiosa tenacidad una limosna que para ellos necesitarían los transeuntes; los otros pobres se hacen prestamistas y procuran atraer hacia ellos las pocas pesetas que andan en circulación, y para conseguirlo llenan con reclamos la cuarta plana de los periódicos.

Los primeros explotan con la mano tendida y la voz plañidera, una virtud, la caridad; los otros aprovechan por medio de anuncios pomposos y ofrecimientos *cimbelinos* (1), un vicio: la tontería.

Es muy probable que el prestamista de hoy sea mañana mendigo, y tengo por seguro que los mendigos de ahora sean los prestamistas de nuestros hijos.

Nada, nada; en unos y en otros se revelan los mismos síntomas: la pobreza, la inopia, la miseria.

Y todavía se atreven á publicar anuncios como éste:

HAY DINERO

¡Mentira!... Desde hoy hago propósito de no leer ningún periódico... mientras no tenga dinero para comprarlo; y de todos modos, prometo no volver á leer la plana de anuncios.»

(Arroja al suelo los periódicos, y se va por el foro, ó por otra parte).

FIN DEL MONÓLOGO

El copista,
A. SÁNCHEZ PÉREZ.

(1) Con perdón de la Academia.

DONDE MENOS SE PIENSA...

Angeles se había levantado muy temprano.

Con un elegante traje de mañana y una preciosa capotita de raso, encajes y plumas, calzados los oscuros guantes y un aire triste y preocupado, se lanzó á la calle nuestra heroína, á la hora precisa en que los días anteriores solía la criada entrarle á la cama su vasito de leche calentita y sus bizcochos recién hechos.

Su paso rápido y seguro indicaba bien á las claras una resolución preconcebida de antemano.

¿Dónde va Angeles á pie y tan ligera, á una hora tan intempestiva, dados sus hábitos y costumbres?

¿Cómo la gentil actriz, que no se entrega al descanso hasta la madrugada, ha abandonado el lecho tan temprano?

¿Dónde va?

¿Al ensayo? No es fácil; no es la hora aún en que los artistas acuden al escenario á cumplir este enfadoso y aburrido deber.

¿En qué teatro se ensaya antes de las dos de la tarde, por lo menos?...

¿Iría la joven á una cita amorosa? Su andar precipitado, la alteración de su hermoso rostro, el brillo febril de su mirada, podía haberlo hecho creer así; y, sin embargo, nada más lejos del ánimo de Angeles que una preocupación amorosa en aquel momento.

No era ella de esas que les gusta aprovechar la mañana para entregarse á las dichas supremas del amor correspondido.

Angeles no amaba nunca antes de la tarde. Su corazón necesitaba la luz del gas para dar rienda suelta á las amorosas expansiones.

Aquella salida matinal ¿tenía por objeto visitar á su modista para la prueba de alguno de aquellos trajes raros que Angeles exhibía en la escena, maravillosas hechuras que eran la delicia y el asombro de las abonadas y ocasión perpetua de envidia y murmuraciones entre sus compañeras?

Tampoco.

La elegante actriz tenía costumbre de probarse los trajes en casa, y pagaba con esplendidez suficiente para que su modista, por más encopetada y aristocrática que fuese—y lo era—no la negase jamás aquel servicio.

Además, no había ninguna obra nueva en ensayo, y, por consecuencia, no había prisa que justificase aquella salida matinal para ir á casa de la modista.

¿Dónde iba Angeles?

—

Al entrar por la Puerta del Sol en la calle de Alcalá, sin titubear, sin detenerse, como sabiendo de antemano dónde debía dirigirse, Angeles entró resueltamente en una de las primeras tiendas, cercanas al hotel Peninsular.

Aquella tienda era la de un armero.

Escogió un revólver pequeñito, una verdadera joya, una monada, con la culata de nácar, con incrustaciones de oro, y el cañón de acero cincelado: hizo que lo cargaran con las seis cápsulas, y pagando sin regateos, guardó el arma en el bolsillo y salió á la calle.

Una vez en ella, detuvo un coche de punto, y abriendo febrilmente la portezuela, dijo al cochero estas palabras:

«Paseo de coches del Retiro.»

—

Angeles quería morir: no cabía duda: iba á suicidarse. ¿Por qué?

—¡Ah! Se puede muy bien ser ligera, frívola, coqueta... Se puede un día y otro enseñar las pantorrillas impunemente al director de orquesta y á los abonados de las butacas, y el seno alto y bien conformado á los gomosos de los palcos, y escuchar, siempre riendo y siempre indiferente, las declaraciones de los aficionados á la *mujer del teatro;* pero llega un día, un cuarto de hora, en que la estatua se anima, en que el corazón de la artista palpita enamorado, enamorado de veras, y comienzan para ella las angustias, los sufrimientos, las penas y las alegrías, lo mismo que para las demás criaturas: y Angeles sufría en aquel instante todas las torturas del alma, todo eso infierno horrible del amor que se llama «los celos.»

¿Quién era el afortunado que había logrado tan señalada victoria?

El bajo de la Compañía.

¿Por qué? Angeles misma no hubiera podido contestar de un modo satisfactorio á esta pregunta.

¿Era guapo? ¿Era feo? Ni una cosa ni otra. Era un personaje perfectamente vulgar, en cuanto á su físico. Era joven, y no tenía mala voz. Esto era todo.

Pero ni la juventud ni la voz habían seducido á la muchacha.

¿Qué, entonces?

¡Vaya usted á averiguar los misterios del corazón de una actriz que ha visto á sus pies la flor y nata de los buenos mozos y de los magnates más encopetados de la corte, y que de pronto se vuelve loca por el bajo de su Compañía!

¿Qué importa la causa? Lo cierto es que ella le adora, y que ha sido feliz con su amor tres meses consecutivos.

¡Una felicidad que ha durado seis nóminas!

Por él, y sólo por él, ha dejado á dos enamorados que la asediaban con su cariño y con sus obsequios: á uno de ellos le recibía todos los días, y al otro tres veces por semana.

Pues bien: por amor al bajo se ha privado por completo de las visitas de aquellos caballeros.

BAILE DE TRAJES

—Este año hay en los bailes de máscaras concursos de mantones de Manila, de sombreros, de vestidos, de bellezas, y, por fin, concursos de *discretas*... Esto es lo que no entiendo.

—Pues, hijo, eso me parece bastante claro; deben ser concursos de las que se rinden... *á discreción.*

Y durante aquellos tres meses ha vivido exclusivamente de su sueldo—lo cual para ella no es vivir—y con una honradez y un cariño dignos de mejor causa, ha vendido sus preciosos encajes y ha depositado sus más valiosas alhajas en el Monte de Piedad.

¿Qué la importaba todo esto, si demostraba con ello su fidelidad y su desinteresado cariño al afortunado bajo?...

Pero ¡ay! que una noche ¡noche fatal! Angeles descubrió que aquel infame era el amante de otra mujer...

¿Y de quién, Dios mío, de quién?...

¡De la característica de la Compañía!

Una vieja, fea, seca, angulosa; una tabla llena de clavos, como la llamaba, mofándose, el segundo apunte. Aquello era horrible. ¡Desbancada por una grulla! Y no había que pensar en una reconciliación. El bajo había declarado que su única pasión era aquella mujer. Angeles renunció á luchar con aquel armazón de huesos, y, loca y desesperada, se decidió á morir.

Y una vez tomada aquella resolución, se dirigió al Retiro, con el propósito de que la encontraran con una bala en mitad del corazón, pálida y rígida detrás de un arbusto, y bastante hermosa todavía para que publicasen su retrato en la primera plana de algún periódico ilustrado.

—

Despidió al cochero, y se internó por uno de los intrincados bosquecillos del Parque de Madrid. La hora era muy á propósito. Nadie transitaba por allí; el ruido de las ramas agitadas por el viento era el único que turbaba aquella agreste soledad. Había algo de grandioso y de solemne en aquel silencio, por nada interrumpido. Un rayo de sol, filtrándose por entre el ramaje, fué á besar dulcemente la frente pálida de la presunta suicida. La inesperada caricia del astro rey la hizo estremecerse. Aquel tibio rayo de luz parecía un llamamiento á la vida. ¡La muerte le pareció mucho más negra! ¡Es tan triste matarse en un día hermoso!

Angeles recordó que era muy joven, ¡veincuatro años! que era muy hermosa, ¡se lo habían dicho tantas veces! y un estremecimiento extraño recorrió todo su ser.

La idea de la vida pareció como que invadía con extraña fuerza su cerebro y su corazón. Sin embargo, la pobrecita rechazó aquel dulce sueño, y tenaz en su propósito de morir, sacó el revólver del bolsillo.

Estaba muy pálida. Tenía miedo.

—¡Debe hacer mucho daño, pensó, la bala que entra candente, destrozando nuestra carne, mutilando nuestro cuerpo!

BAILE DE TRAJES

—¿El tocador de señoras?
—Servidor de usted.

El revólver estuvo á punto de caer de sus manos temblorosas; pero rehízose bruscamente y empuñó el arma fatal con más energía y decisión.

Su amante la ha abandonado indignamente. Angeles no puede vivir. Morirá.

Una cosa la inquieta, sin embargo.

Es la primera vez que maneja un revólver, y no sabe cómo servirse del arma mortífera. ¡Si no supiese disparar bien, y, en vez de matarse, quedase solamente herida! Es preciso hacer algún ensayo, alguna experiencia previa, para que el resultado corresponda á sus deseos.

Cerca de allí hay un árbol corpulento; Angeles apunta cuidadosamente al tronco, aprieta el gatillo, y dispara...: á la detonación sigue un ¡ay! terrible, un grito espantoso.

Angeles ha herido, muerto tal vez, á algun paseante que estaba en las inmediaciones del árbol.

Precipítase hacia allí, y de pronto se detiene, llena de angustia mortal, horrorizada y temblando.

Ha visto en el suelo á un hombre, joven y elegantemente vestido, con los ojos cerrados, pálido el semblante y apoyada sobre el pecho una mano rígida y crispada.

No cabe duda: ha muerto á aquel infeliz.

—¡Socorro! ¡Socorro! grita con acento ahogado; y se precipita anhelante sobre el inanimado cuerpo del desventurado joven.

Y sollozando, asustada, en el colmo del terror, siente que las fuerzas le abandonan, que no puede resistir tan violenta emoción, que desfallece, que se muere, y cae desvanecida sobre el cuerpo, aún caliente, de su víctima.

Pero en medio de su desmayo cree notar que el corazón del difunto late con violencia; que dos brazos amorosos la estrechan dulcemente, y oye una voz cariñosa que murmura á su oído:

—Tranquilícese usted, joven. La bala ha roto una rama del árbol, pero no me ha tocado á mí... Y añadió, dándola un beso en el cuello; ¡pero bendigo el susto que he pasado, porque es usted muy bonita, mucho!

Y acabó la frase con otro beso.

—

Una hora más tarde, regresa del Retiro la gentil pareja, y podía vérseles juntitos, muy juntitos, cogidos del brazo y hablándose confidencialmente al oído, entre cariñosas sonrisas y miradas expresivas, que revelaban todo un poema de amor y voluptuosidad.

El revólver quedó perdido en el bosquecillo, sin que á ninguno de los dos se le ocurriese la idea de recogerlo.

¿Para qué?

Angeles se había olvidado por completo del revólver y del bajo de la compañía.

Jacinto Roldán.

—Lo único que siento es que se me va á aguar el vino.

CARTA Á LA ABUELITA

Abuela, ya lo he pensado,
aquí ocurren cosas graves:
hace tiempo, como sabes,
que estoy muy enamorado;
que, siguiendo tus consejos
—y en esto me harás justicia—
hago el amor á Patricia,
siguiendo los usos viejos;
yo no celebro su talle
ni su cara sonrosada,
ni la digo: ¡Resalada!
cuando la encuentro en la calle.
La miro, y salgo del paso,
ó la pongo alguna tacha,
y, es natural, la muchacha
maldito si me hace caso.
Coquetuela como todas,
siempre á la moda se viste.
Yo al verla me pongo triste.
¡Me cargan tanto las modas!
Yo parezco un viejo chocho
á su lado, y la maldita
se ríe de mi levita
¡del año sesenta y ocho!
Y el caso es que yo la quiero,
mas mis instintos la espantan,
y otros novios se adelantan,
y yo de rabia me muero.
Ya sabes que sé pegar
por cualquier pretexto fútil,
pero á palos, es inútil,
no la puedo conquistar;
y estoy harto de pelea
y de andar siempre á cachetes,
y ver que los mozalbetes
me arrinconan en la aldea.
La Patricia es una chica
muy guapota, muy hermosa,
y que vale cualquier cosa.
¡Vaya si vale la chica!
Nadie lo podrá negar
que, además de su palmito,
tiene un buen capitalito
en tierras de pan llevar.
Con mi capital exiguo
yo aspiro á su blanca mano,
pero lo pretendo en vano
siguiendo el sistema antiguo:
Con que, abuela, resignarse,
y á mal tiempo, buena cara;
aquí el que no corre, pára.
Es fuerza modernizarse.
Yo con palabras crüeles,
en vez de amor, la doy latas,
y otros la dan serenatas
y la regalan claveles.
Mas eso, yo te respondo
que he de hacerlo desde hoy.
¿Serenata? ¡Se la doy!
¿Hay que rondarla? ¡La rondo!
Bulla, y zambra, y alegría,
meter en todo la baza,
y frecuentar más la plaza
y menos la sacristía.
Deponer el ceño duro,
mucha sonrisa en el labio,
y no echárselas de sabio
ni vestir siempre de oscuro.
No más arrastrar la capa
como un vejete estantigua.
¿Que estoy chapado á la antigua?
¡Pues hoy me quito la chapa!
Nada, que dejo el trisagio
y frecuento la taberna,
y me visto á la moderna,
y hasta ejercito el sufragio.
Tú quizá me reñirás,
lo estoy viendo, sí señora;
peró si no avanzo ahora,
me voy á quedar atrás.
Supondrás, y con razón,
lo que esto me mortifica;
pero hay que hacer, por la chica,
de las tripas corazón.
¡Vaya lo antiguo al demonio,
si me quiere la chicuela!
Recibe un abrazo, abuela,
de tu amantísimo.—Antonio.»

E. NAVARRO GONZALVO.

ACTUALIDADES

EL DUQUE DE ORLEANS

NUESTRA LENGUA EN BUENOS AIRES

Para muestra de la jerga que allí se habla, nos remite un amigo el siguiente suelto publicado en un periódico de la capital de la República; suelto que, aparte de sus propios méritos, tiene el de estar escrito por un madrileño, aclimatado ya en la tierra de las Pampas, hasta el punto que verá el curioso lector:

«*Si te perdís, chiflame.*—Es el pardo Cándido Morales, mozo jaranero y farrista, jugador tonguista, jineteador de monas, muy guapo cuando son tres contra uno, gran gastador de zapatos en los perigundines, que son su pasión favorita.

A la vista de tantas muchachas vestidas de tan vivos colores, ensancha su zafado espíritu, y cuando siente rascar las cuerdas de una guitarra pulsada por achatados dedos de negro chacotón, los pies se le bailan y sólo camina al sitio del batuque.

Ayer andaba el mozo sólo como avestruz contra el cerco, cuando se encontró con un compadre que le dijo:

—¿Ché, no venís?

—¿Adónde?

—Al perigundín del Chato.

—¡Y cómo no, amigo!

Y se fueron en amor y compaña muy echados para atrás, quebrándose el cigarrillo pegado al labio, de mucho pañuelo punzó al cuello, luciendo botas remontadas, muy llenas de pespuntes y arabescos. En cuanto llegaron á la puerta de la casa donde se celebraba el batuque, se alegraron los ojos de Cándido.

—Ché, dijo á su compañero, está bueno el ganado rabón.

Y sus ojos no quitaban á una morocha quebrallona, muy empilchada, muy reluciente de dijes y sortijas.

Preguntó el pardito, indagó los dimes y los andares de la niña, y no cabía en sí cuando averiguó que no tenía bacán.

A los candomberos acordes de un tango salió más que bailando, quebrándose y regalándola el oído con palabritas dulces que hicieron alborotar á la muchacha.

Al acabar la fiesta estaban como mieles, y la morocha se derretía de puro azucarada, creciendo el amor en su corazón como verdolaga en huerta.

El pardo Morales, como mozo avisado, más que á los dengues del amor, sus deseos se dirigían á los anillos y otras prendas que sus ojos habían pispado. Así es que preparó el terreno para dar el golpe sobre seguro sin que la rubia *cocease*.

Efectivamente, ayer desapareció el pardo llevándose como unos treinta pesos de la rubia, varios anillos y vestidos de seda, dejándola poco menos que desnuda, con un catre pelado únicamente.

La decepción ha sido grande para Magdalena, que jura no volver á tener más debilidades por parditos engañosos.

Con la noticia de la desaparición del pardo, acudieron á visitar á la damnificada varias amigas, toda gente del gremio, y darle el pésame, aconsejándole que diera parte á la policía, y ella decía lagrimeando:

—*No, no quiero dar parte. Lo he de salir a buscar á ese bandido, y donde quiera que lo encuentre, lo he de arrancar los bigotes para que aprenda á tener vergüenza.*

Y una gringa acriollada y cuchillera de las del corro terminó así el sainete:

—*No es nada, ché; felicitáte de que no sea más grande al calote, y en cuanto á tu pior no es nada, que lo lamentás tanto, hacéle la cruz y...*

Si te perdís, chiflame.»

AL PIE DE LA FUENTE... EIFFEL.

¿Qué me querrá preguntar?
Dice que le aguarde; bueno.
Le esperaré hasta llenar.
Si tarda, se va á encontrar
Con que ya lo tengo lleno.

A Constantino Gil.

Desde que sus redondillas
leí, pocos días hace,
estoy ardiendo en deseos,
amigo, de contestarle;
pero la musa rebelde
se ha empeñado en no soplarme,
y para no escribir tantos
ripios como consonantes,
he de apelar al recurso
de componer un romance.
Si dijera que no ha sido
para mí muy agradable
leer sus galanterías,
mentiría, y esto es grave.
Al fin las hijas de Eva
somos, como nuestra madre,
blandas para la lisonja...
y un dulce no amarga á nadie.
Bien sé que á un hombre casado
y, á más de casado, padre,
y además de padre, *suegro*,
como yo sé y usted sabe,
ya no le sienta hablar mal
del matrimonio y sus lances,
ni andar echando piropos
á cuantas van por la calle.
Y usted ya no es ningún niño,
justamente en este instante
un amigo mío, dice
que hace *algunas* navidades,
que ha leído, en prosa y verso
cien producciones del vate
á quien dará *Niña Pancha*
dinero y gloria envidiables.
Mas ya que tiene usté esposa
tan buena y tan tolerante
que le consienta tamaño
abuso de libertades,
no es justo que yo me enoje
por lo que ella quizá aplaude:
y según oí mil veces
á personas muy veraces,
ser más papista que el Papa
es solemne disparate.
Dice usted que cualquier día
es regular que me case,
confieso que también yo
lo tengo por muy probable
porque no quiero ser monja,
ni pienso vestir imágenes.
Y en cuanto encuentre un moreno
ó un rubio de buen talante
que, dueño de mi albedrío
sepa hacerse, no lo extrañe,
me voy á la Vicaría
y sin *dar á nadie parte*,
por la iglesia y lo civil
ó como las leyes manden,
doy un *sí* como una casa
ante el cura y el alcalde,
y deja de ser soltera
su buena amiga

C. H.

LO QUE SUCEDE

Para tratar de cuestiones
de interés y mucho peso
convocaron á un congreso
cierto día los ratones.
La sesión iba á empezar.
y un ratón dijo al concurso:
—Yo voy á *echar* un discurso
y en él voy á denunciar
abusos y robos mil,
faltas de orden y chanchullos
y los frecuentes barullos
de la raza ratonil.
Al oir palabras tales
se quedaron asustados
senadores, diputados
y los hombres principales.
Ya empezaba la sesión,
iban las horas pasando,
y la *gente* deseando
que comenzara el ratón.
Pero al ver que se acababa
el congreso y no decía
siquiera «esta boca es mía,»
cuando antes tanto gritaba,
al ir el acto á acabar
dijo un ratoncillo inquieto:
—¿Pero no habla ese sujeto
que decía que iba á hablar?
A lo que le contestó
un ratón sesudo y listo:
—Pero, hombre, ¡si usted no ha visto
lo que acabo de ver yo!
—¿El qué?—Pues que á ese camueso
le oyó el que aquí nos convoca,
y le ha tapado la boca
con un pedazo de queso.

J. Rodao.

CONFIDENCIAS

—Pero, mujer, ¿por qué lo tomaste tan á pechos?
—No; si fué él quien me tomó en brazos, y...

La enfermedad.

Don Mamerto Cantallana,
liberal muy consecuente,
el que estuvo de Intendente
siete meses en la Habana;
el que se marchó de allí
renunciando la Intendencia,
porque le cayó una herencia,
lotería ó cosa así;
aquel señor gordo, serio,
algo bizco, diputado,
que nunca se ha conjurado
contra ningún ministerio;
que luchó como un león
en esta crisis pasada
por la broma tan pesada
de la reconciliación;
el amigo cariñoso
del disolvente Cristino,
de Práxedes el ladino
y Segismundo el hermoso,
vino anoche de Sigüenza,
donde una elección ganó,
y anoche mismo le dió
un ataque de *influenza*.

Matilde, niña mimada,
hija de un rico banquero,
que, á pesar de su dinero,
la tiene mal educada;
la niña que de hora en hora
tiene caprichos extraños,
y que á los dieciséis años
coge rabietas y llora;
la que finge enfermedad
de nervios ó el corazón
cuando encuentra oposición
para hacer su voluntad;
la que se vuelve un merengue
cuando se encuentra adulada
por todos, se halla atacada
desde anoche por el *dengue*.

Aquel joven de Aranjuez
alto, flaco, bonachón,
que, por falta de ocasión,
comía muy rara vez;
el conocido escritor
de dramas y de sainetes,
y comedias y juguetes.
El tan aplaudido autor
de *Los memos*, una obrita
que en *La Infantil* se estrenó,
y á la que el público dió
una extraordinaria grita;
á causa del batacazo
que mató su nombre y fama,
tuvo que meterse en cama
para curarse *el trancazo*.

Los que no tienen un real,
ni en su vida lo han tenido,
y estando enfermos, se han ido
á curarse al hospital,
donde se quedan en tanto
que la enfermedad les dura,
ó que responsos el cura
les dice en el camposanto:
los que una lucha incesante
por ver un duro mantienen,
y no lo ven; lo que tienen
es *la enfermedad reinante*.

Federico Jaques

PROPIO Y AJENO

Calinez lee *La Correspondencia*:

«Ayer, por fin, repuesto de su dolencia, abandonó la cama el distinguido hombre público...»

—¡Qué ingratitud! dice Calinez con acento compasivo. Y... ¿qué va á hacer ahora esa pobre cama abandonada?

Calinez deja *La Correspondencia* y sale á la calle.

Al pasar por delante de un establecimiento, lee este letrero, puesto en el cristal de un escaparate:

«Traspasado por defunción de su dueño.»

—¡Aún no se han perdido todos los buenos sentimientos! exclama Gedeón con tono solemne. Ha muerto el dueño, y el pobre establecimiento está *traspasado*. ¡Que aprendan los hombres!

—

La señora de Villemor, por Luis Letang, versión castellana de C. F., *El galán de la Gobernadora*, por Andrés Theuriet, traducida por José de Siles, y *Decapitada*, por F. de Boisgobey, versión castellana de Olegario Slipembak, son las tres últimas obras que ha publicado *La España Editorial*.

Se venden al precio de tres pesetas cada una, y no vacilamos en recomendarlas á nuestros lectores, en la seguridad de que ha de proporcionarles agradabilísimos ratos la lectura de aquellas amenas y entretenidas obras.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ

Madrid.—Escorial

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro** y **Diplomas de honor.**

Venta diaria: 7.000 KILOS

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exíjase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera, 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

Á LOS FUMADORES

Fumad siempre vuestros cigarrillos con el

PAPEL ROTHSCHILD

Pedidlo en todas partes.

Al por menor: **Hortaleza, 1.** *Depósito central:* **Carmen, 35.**

C. REBULLIDA

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.

LEJÍA FENIX

PARA EL LAVADO Y FREGADO

Medalla de plata en la Exposición de Barcelona de 1888.

Unico premio concedido hasta el día á las lejías.

Pedidlo en todas partes.

Treinta y cinco céntimos paquete de medio kilo.

Sucursal: Plaza de San Nicolás, 6, 1.º

MUEBLES

TAPICERÍA

RIESCO

Hortaleza, 3. Teléfono 229.

LA ESPAÑOLA

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid en todas partes esta marca, **la más acreditada de España,** por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS, 38

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

Sobrinos de Guinea

CARRETAS 27 y 29.

CONFITERIA Y REPOSTERIA

TELEFONO 142.

SURTIDOS DE VARIOS FIAMBRES DESDE 1,50 PESETAS

Emparedados de jamón á 2 pesetas docena.

Doctor MORALES

Carretas, 39.

Pastillas y píldoras azoadas.
Toses, catarros, asma.

Píldoras Lourdes.
Purgantes, depurativas.

Tónico-genitales.
Debilidad, impotencia.

Café nervino medicinal.
Jaquecas, epilepsias, etc.

Principales boticas y droguerías.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS EN CAUTCHUC

Primera casa en España.

Numeradores, perforadores, prensas para taladrar cupones, imprentillas á mano, tenazas y plomos de precintar, tintas, etc.

41, Carretas, 41.

PINILLOS

Camas inglesas. Colchones de muelles y de lana.

Primera casa en España.

Precios sin competencia.—Clases sin rival.

ALCALÁ, 17

(Junto á Fornos.)

Para anuncios en esta plana: Agencia de publicidad, 51, Montera, 51.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 73 15 CÉNTIMOS 22 de Febrero de 1890

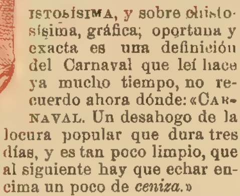
LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.

FANTASÍAS MADRILEÑAS

—¡Cómo, Marquesa! ¡Casarse con un plebeyo, con un hombre sin título! ¡Cuando un Barón sería poco para usted!

CUENTA CORRIENTE



ISTOSÍSIMA, y sobre chistosísima, gráfica; oportuna y exacta es una definición del Carnaval que leí hace ya mucho tiempo, no recuerdo ahora dónde: «CARNAVAL. Un desahogo de la locura popular que dura tres días, y es tan poco limpio, que al siguiente hay que echar encima un poco de *ceniza.*»

Esto me decía el domingo pasado un amigo que á mi lado subía por la calle de la Montera, á tiempo que bajaba una «piara» de individuos astrosos y repugnantes, con las caras cubiertas por agujereados pedazos de sucias telas ó por pintarrajeadas caretas de grosero cartón, y vestidos, como dice Taboada, con mucha gracia, «de riguroso guiñapo.» los cuales, dando saltos y coces, graznidos y rebuznos, y sonando sartenes, trompetas, latas y cencerros, iban asustando á los niños, acosando á las mujeres, y atropellando á cuantos teníamos la desgracia de hallarnos á su paso.

—¿Eh? ¿Qué te parece? continuó mi amigo, después que pasó aquel escandaloso pelotón: ¿qué te parece? Por fortuna, el Carnaval, como la forma poética, está llamado en breve á desaparecer.

Debo advertir que mi amigo, que es un tanto excéntrico y dos tantos misántropo, tiene odio profundo y guerra declarada á los que hacemos versos.

Al escuchar su última observación, hice yo un gesto bastante expresivo, y él, notándolo, siguió así su perorata, á la vez que seguíamos nuestro camino:

—¿Qué es eso? ¿Te sorprendes ó te disgustas por lo que he dicho? pues ten paciencia para oirme breves momentos, y acabarás por darme la razón

¿Qué son los versos? Un disfraz más ó menos brillante y deslumbrador, más ó menos *bien hecho*, que si sirve alguna vez para expresar ideas levantadas ó pensamientos ingeniosos—que lo mismo ó mejor podrían decirse en prosa—las más de las veces sirve sólo para decir vanalidades y tonterías cuando no desatinos ó desvergüenzas. Lo mismo, exactamente lo mismo que sucede con los disfraces carnavalescos.

Cuando somos chicos, á todos nos da por hacer versos, como á todos nos da por vestirnos de «máscaras.» Hay muchos que se disfrazan, porque sólo así son capaces de hacer y de decir «cosas» que no hallarían modo de decir ni de hacer con su traje y cara «de diario;» como hay muchos que hacen versos porque no aciertan á exponer sus ideas en prosa lisa y llana. Una atrocidad que en prosa salta inmediatamente á la vista, se disimula perfectamente y pasa y hasta *suena* bien con el *cascabeleo* de los versos, como se toleran y aun se ríen confianzas, libertades é impertinencias de un «máscara» que á buen seguro no pasarían sin reparo y correctivo si el mismo las dijese dejando de fingir la voz y quitándose el disfraz. Ya ves, como la analogía por mí indicada, no es del todo absurda ni traída por los cabellos.

Yo sé que hay excelentes poetas que dicen cosas muy buenas, en muy bonitos versos, como sé que hay «máscaras» discretos y bien vestidos que dicen frases muy cultas y hacen chistes muy ingeniosos. Pero esto es precisamente lo que menos entiendo. Para hacer esos chistes y decir esas frases, que se pueden decir y escuchar con agrado y aun con aplauso, en cualquier ocasión y con cualquier traje... ¿qué necesidad hay de hablar *en falsete* y de vestirse de *moro* ó de *incroyable*, de *beata* ó *á la antigua española*? ¿Qué necesidad hay de decir en forma artificiosa lo que puede decirse con naturalidad, sencillez y claridad plausibles.

Uno de los mayores méritos que para

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

Pedro de Novo y Colson.

AUTOR DEL DRAMA *La bofetada.*

mí tiene el último drama del distinguido escritor Novo y Colson, estrenado hace pocas noches en el Español, con éxito tan brillante cuanto merecido, es ése, sin duda alguna. Y cuenta que son muchos y muy grandes los méritos que á mi juicio tiene esa notabilísima producción, digna por muchos conceptos de los aplausos entusiastas del público y de los elogios unánimes de la prensa.

Novo y Colson, á quien tú como yo conoces y aprecias, por ser un amigo excelente y un excelente escritor, había ya antes de ahora conquistado fama de actor dramático. Hoy con *La bofetada*... la ha «confirmado.»

Pero volviendo al tema de mi conversación... ¿Qué es eso? ¿Aprietas el gesto y el paso?... ¿Te disgusta lo que digo de los versos porque los haces tú?

—No tal; es que se me hace tarde y tengo que escribir la *Cuenta corriente* para LOS MADRILES.

—¡Magnífico! Pues aprovecha, si quieres, nuestra conversación; que es de actualidad, por lo que al Carnaval se refiere, como lo es lo del estreno de Novo; y en cuanto á lo que he dicho de la forma poética, préstasela el notable trabajo publicado recientemente en *La España Moderna* por el insigne escritor D. Juan Valera, y dedicado al poeta insigne don Ramón de Campoamor.

Y si esto no fuera suficiente—que sí lo es—presta actualidad al asunto esa epidemia poética que se «declaró durante la enfermedad del Rey en las listas de la Mayordomía de palacio, y que, por lo visto, ahora se ha «recrudecido» con motivo de la enfermedad que aqueja al ilustre Zorrilla, el popular poeta cuyo alivio con toda mi alma deseo.

Y, por fin, si nada de esto bastara para que la cuestión de la forma poética sea de actualidad *palpitante*, ahí tienes al bueno de Aceituno, aquel famoso *santo* de Valdepeñas, que también se ha lanzado *al verso*, publicando un «nuevo librito en el que se declaran los verdaderos milagros que ha hecho con lo demás que verá el curioso lector.

Escucha, para concluir, una muestra del estilo poético-Aceituno.

«Con tu gracia y con tu auxilio,
Santísimo Sacramento,
me dirás á lo que vienes
y te curaré al momento.»
«Estas palabras son dichas
por este santo varón,
y á una mujer con dolores
al momento la sanó.»
«Por ser algunos incrédulos
y no tener religión,
se ven postrados en cama
y en muy mala posición.»
«La Justicia soberana
manda llamar á San Luis
para ver toda la gracia
como lo explica aquí.»

Y ¡olé ya... porque sí!...

Conque adiós, amigo mío; dispénsame si te he molestado con mi charla y con mi tema. Aquí me separo de ti. Voy...—no se lo digas á nadie—voy á vestirme de máscara

—¿Tú? ¿Tú que el Carnaval crees que está llamado á desaparecer?

—Pues por eso.. precisamente por eso .. Sigo la lógica de Ruiz Martínez, el celebrado autor de *Justos por pecadores*. ¿No has leído la carta que ha escrito á Cávia y publicado en *El Liberal*? Cuando *algo* e tá llamado á desaparecer, hay que aprovecharse de ello... El Carnaval está llamado á desaparecer... Pues voy á vestirme de máscara. Está llamada á desaparecer la forma poética... Pues hay que aprovechar el tiempo... que la vida es corta... te escribiré unos versos para el próximo número.

FELIPE PÉREZ.

LÁGRIMAS

xpletur lacrymis egériturque dolor, decía Ovidio; y decía muy bien.

Porque las lágrimas consuelan, disminuyen el dolor y aun lavan algunos rostros faltos de policía urbana.

El llanto consuela.

Tan verdad es esto, como que con las lágrimas ocurre, al poco más ó menos, lo mismo que con la risa y con los bostezos.

En viendo llorar, se siente como cierta pesadumbre en el corazón.

Ut ridentibus arrident, ita flentibus adflent.

Esto no es mío, sino del señor Horacio, no Lengo, con cuya amistad me honro, sino anterior, aunque también amigo mío.

Las lágrimas purifican moral y físicamente.

Una mujer que llora, enternece al hombre más duro.

Un hombre que llora, demuestra que siente.

No quiere decir esto que se recomiende el género llorón, particularmente en la clase de «machos.»

Pero no se ha de considerar humillado un hombre que llora, conmovido por una desgracia propia ó ajena.

»Los que no lloran son almas
sin fe, sin amor, sin jugo;»

como dice D. Tomás Rodriguez Rubí en su comedia titulada *De potencia á potencia.*

Algunas curaciones de enajenados se deben á las lágrimas.

He leído que un doctor norteamericano, compañero, sin duda, del *doctor Goudron* y de *mister Plumer*, alienista como aquellos pintados por Edgar Pöe y locos de atar, ha inventado un sistema verdaderamente maravilloso para la curación de enajenados.

Consiste en proporcionarles emociones fuertes.

Por ejemplo: después de una paliza administrada en seco, arrojar al paciente desde un piso segundo á un patio del establecimiento.

Si queda vivo el infeliz, se queja, como es natural, y alguno rompe á llorar, según el indicado doctor; y aun llegaría á pronunciar si fuera mudo, porque el tratamiento no es para menos.

En el país denominan al manicomio del mencionado doctor «matadero clandestino».

Cuando los niños enferman, dicen las madres de los nenes.

—Mientras llore, estoy tranquila; cuando le veo adormecido, mustio y silencioso, me estremezco.

La ciencia corrobora esta observación, debida á la más delicada previsión del cariño maternal, tan inmenso, que teme constantemente perder al adorado ser que le inspira.

Según Darwin, los niños no lloran hasta que cumplen tres ó cuatro meses, por falta de costumbre.

Nunca se ha oído llorar á un nonnato.

Tal vez por falta de observación.

Recuerden ustedes que los animales más nobles son los que lloran.

El caballo y el perro.

¡Ah! Y el cocodrilo.

Pero éste es un falsificador del llanto.

Porque en esto, como en todo, hay «viles falsificadores.»

Las pasiones nobilísimas, los más laudables afectos, hallan imitaciones ridículas y delincuentes.

Hay quien llora con igual facilidad que toma café.

Lágrimas apócrifas, pero que pueden pasar por buenas para las personas honradas.

De mujer que llora lo mismo por un abrigo que por su difunto esposo (que también pudo ser de abrigo), desconfíen ustedes, por si acaso.

Hombres lacrimosos de suyo, fáciles en dejarse «saltar las lágrimas», como se dice vulgarmente, fíen ustedes menos aún que de mujer llorona.

Lágrimas teatrales nunca fueron ciertas.

Hay quien sale de un teatro con los ojos como huevos cocidos, después de llorar un drama, que esto puede decirse con más propiedad que no «ver el drama».

Hay quien llora por vicio, lo mismo que se chuparía un dedo ó comería garbanzos vivos.

Algunos lloran por exceso de alcoholismo.

Y sinnúmero de chicas cocineras lloran amargamente cuando se les van los novios ó cuando manosean cebolla.

Conozco alguna viuda que llora hacia dentro cuando le nombran al difunto.

Verdad es que vivían como ángeles.

Pasaron algunos días en la prevención por sacudirse las lanas mutuamente.

Pero en seguida pagaban la multa correspondiente y se reconciliaban.

En varias ocasiones sacaba un pañuelo del bolsillo y se lo aproximaba á los ojos, pero las lágrimas no acudían al trapo.

La viuda balbuceaba:

—Tengo los ojos secos de tanto llorar.

—Y más vale así, la decía algún pretendiente, porque los ojos en salsa son repugnantes.

—¡Usted qué ha de decir! replicaba ella: ¡como aspira á difunto!...

—¿Como pueden ustedes llorar con tanta facilidad? preguntaba una señora á una actriz.

—¡Qué quiere usted! la costumbre, respondía la artista. En ciertos teatros lloramos con más facilidad todos los actores, hasta el actor cómico, porque no pagan las Empresas.

He conocido á una señorita á quien su papá no podía llevar al teatro para ver un drama, porque lloraba la chica á gritos y concluía en un síncope, abofeteando á los espectadores que ocupaban las butacas vecinas.

—Deje usted á la niña en casa, protestaban unos.

—O tráigala usted con camisa de fuerza.

Hay lágrimas auténticas y lágrimas apócrifas.

Influyen la edad y las situaciones.

Ya ven ustedes: Boabdil lloró al salir de Granada.

¿A que no llora Eugenio Sellés cuando salga?

Digo, ¡como no llore por lo que queda!

EDUARDO DE PALACIO.

PUDOROSA

Modelo de perfección,
de virtud y discreción,
y de ello garante salgo;
cuando Pepa enseña algo,
lo más que enseña... el tacón.

UN BUEN MARIDO

—Allí viene mi mujer con el tal en cuestión. Lo único que siento es la vergüenza que les va á dar si me ven.

CONTINENTAL-EXPRESS

—¿El *Continental-Express?*
¡Buen rótulo! Y éso... ¿qué *ess?*
—Esò es, *puess,*
otro rótulo en *ingléss.*

Así habrían comentado los gacetilleros del antiguo régimen la inauguración de la tan joven y ya tan famosa Agencia General de la Carrera de San Jerónimo, si hubieran alcanzado este tiempo (*times* en inglés) de *New Funeral, The Criterium* y *Vallecas-Bridge and Atocha Gate*, merendero nuevo y divertido que va á inaugurarse un día de éstos (asistirán SS. MM. y AA. Periodísticas) entre la Puerta de Atocha y el Puente de Vallecas.

Pero los cronistas del sistema vigente no podemos contentarnos con una frívola chanzoneta ante un suceso tan trascendental como la apertura del *Continental - Express*, y es fuerza que tratemos la cuestión desde puntos de vista más serios y elevados.

Ni siquiera hay para qué reproducir ahora las quejas y lamentos que hube de exhalar—es un decir — en mis artículos *The Guilladury* y *Kallosh and Karakoless*, publicados respectivamente en *La Risa* y en *El Liberal.*

Por lo visto, la angloparlomanía se impone irremediablemente, y ante los hechos consumados no hay sino bajar la cabeza.

Permítaseme tan sólo deplorar que esta moda no ceda ni aun ante el noble afán de dar gusto á Portugal, que ahora priva entre los españoles.

¿Qué dirán de nosotros los portugueses, viendo que ni siquiera en las actuales circunstancias dejamos de *inglesear?*

Hechas estas salvedades acerca del título del *Continental-Express*, y reconociendo, sin embargo de ellas, que esa casa no alcanzaría en un año la vigésima parte del éxito que ha logrado en siete días, si se denominara *La Rapidez Española* ó *El Recadero Castellano*, entremos en lo que los oradores cursis llaman «el fondo de la cuestión.»

Kasabal, condensando en una frase todos los fines y tendencias del *Continental-Express*, ha dicho que esta Empresa viene á ser para los vivos lo que son las grandes Agencias funerarias para los muertos. Lo facilitan todo, hasta cartas de recomendación para San Pedro (si el difunto se propone ir á la gloria), ó para Pedro Botero (si se trata de un suscritor de *El Motín*); todo á precios arreglados.

Aquella frase es, en efecto, muy gráfica; tan gráfica, que ha habido quien la ha tomado al pie de la letra, y aplicando á cosas de la vida vulgar el actual problema de los féretros, ha ido allí á preguntar:

—Aquí que lo saben todo, ¿podrían decirme cuáles son los mejores calzadores? ¿Los de cinc ó los de hierro galvanizado?

OBRAS NUEVAS

—Aunque todo el mundo opine lo contrario, á mí no me gustan *Las personas decentes.*
—¡Señora!...

El Sr. García Castellote, que es muy amable y además no se corta por nada, respondió en el acto:

—Lo único que puedo decirle á usted es cuáles son los peores.

—¿Cuáles?

—Los de *lata.*

Este capítulo de los *lateros* ha sido tratado ya por Luis Taboada en el artículo que ha dedicado al *Continental Express* en *El Imparcial*, y me guardaré muy bien de emular á cinco días vista las chistosas agudezas del festivo escritor; pero ¡ay! que las más graciosas ocurrencias son pálidas al lado de la realidad!

Taboada nos ha pintado al importuno que va á buscar una boquilla para un cornetín ó una receta para hacer agua de Colonia; pero no había previsto al señor sacerdote—cuya existencia certifico seriamente—que se presentó la otra tarde en el *Continental-Express* con la siguiente pretensión:

—Vengo de una diócesis lejana, no tengo todavía «conocimientos» en Madrid, y desearía saber si es cierto que los alzacuellos van á llevarse ahora abiertos por delante y con las puntas dobladas, como los cuellos de las camisas.

El director de la Agencia, siempre cortés y risueño, condujo al clérigo á la sección de *Pronósticos reservados* (porque en aquella casa hay de todo), y allí le dijeron:

—Escribiremos inmediatamente á la Sagrada Congregación de Ritos, en Roma; al modisto Worth, en París, y al padre Gago, en Sevilla.

—¡Cuánta amabilidad!

—Entretanto, lo que sí podemos decir á usted es que, sin duda alguna, la forma del alzacuello está llamada á desaparecer de la literatura moderna.

—¡Dios mío! ¿Y con qué se reemplazará el alzacuello?

—Probablemente con el *alza pilili.*

Ya ve *Kasabal* si es útil la tan joven y ya tan afamada Agencia General, y ya ve Taboada si tienen que aguantar en ella más de lo que han «aguantado» *Frascuelo* y *Caraancha* juntos en toda su vida.

Nada de esto, *empero*, pertenece al citado «fondo de la cuestión.»

El cual no se halla sino en la institución de los *petits bleus* y los *petits rouges.*

¡Oh institución peligrosa y seductora al mismo tiempo, y qué de estragos y trastornos vas á causar en el protuberante seno de nuestra sociedad!

No saben todavía los padres, los maridos, los novios «toreables,» las jóvenes ingenuas y las esposas confiadas, todo lo que trae consigo esa facilidad en poner una carta y enviarla rápidamente á su destino, sin necesidad de sufrir las tardanzas del correo interior y el mal servicio de Mansi.

Ya, ya lo irán sabiendo; y así como los grandes bazares parisienses han dado motivo á los autores franceses para más de una y de dos interesantísimas novelas, no tardaremos mucho en ver por acá alguna, con sus correspondientes lámi-

nas y cromos, titulada *Los Dramas del Continental-Express.*

Eso por lo que toca á la misión de los mandaderos; que no hay que olvidar á los mandaderos mismos.

—¡Adorable, adorable!—decía hace pocas tardes la viuda de Berréndez, contemplando uno de los *petits rouges.*

—*Yes, yes!*—añadía un señor grave, que acaba de venir de Londres, escandalizado por los abusos descubiertos en Cleveland street.

Y yo, que les escuchaba, dije:

—Sí, tan adorables, que vengo á pedir una indemnización al *Continental-Express.*

—¿Cómo es eso?

Y en presencia del alto personal de la casa hube de referir esta historia lastimosa.

—Yo estaba, señores, en comunicación íntima y constante con una señora forastera que, según unos, es de Montánchez, y, según otros, de Trevélez; pero que, de todos modos, es muy buena jamona. Ayer la envié una carta con un *petit rouge*, y... ¿ustedes recuerdan lo de la condesa de Almaviva con Querubín en *El casamiento de Figaro?*

—Sí.

—Pues bien, *¡Almaviva son'io!* El mozalbete me ha suplantado, y vengo á reclamar daños y perjuicios.

—No se le puede otorgar á usted, dijo el secretario de la casa, la indemnización que marca el reglamento, porque el recado llegó á su destino.

—¡Demasiado! repliqué; pero yo me he quedado sin jamona por causa del mandadero, y...

—¿Quiere usted un jamón á cambio de la jamona?

—No; en vez de la módica indemnización de quince pesetas, me contentaré con una módica mandadera de quince años.

Hasta ahora no me la han concedido; pero ¿quién sabe si antes de poco tiempo se habrá creado una sección de vivarachas *petites bleues* y lindas *petites rouges*, en competencia con los muchachos?

Regalo la idea á la activa Empresa, y entretanto cuento eso que le ha ocurrido á este cura (no confundirme con el del alzacuello); porque á la vez que pregona la grande y alta importancia del *Continental-Express*, cuya prosperidad será prueba patente del desarrollo del espíritu práctico en nuestro país, me creo obligado á prevenir al público contra los inconvenientes que puede hallar en dicha Empresa.

M. DE CÁVIA.

OBRAS NUEVAS

La bofetada que nos ha dado Novo en el Español, ha sido buena.
—No sería tan buena como la que te dieron á ti en el baile del Real.

MONÓLOGO

«¡Las doce!... No voy á casa...
nada, que no quiero ir.
¿Que va á chillar la Indalecia?...
Que chille... ¡lo que es por mí...!
Voy á tomarme unas *limpias*
en la tasca de Agustín...
¿Quién empuja? ¡Eso es mentira!...
Que no me muevo de aquí..
porque no me da la gana...
Que no me marcho á dormir
ni en dos horas... ¡Ole! ¿y qué?
Ese pillo de Joaquín
hizo trampas en el mus...
trampas... por eso perdí...
Pares y órdago á la chica...
Cree que soy un infeliz;
pero el lunes en la obra
le tengo yo que decir
muchas cosas... ¡Olé! muchas...
le pego un pinchazo, y rís ..
porque yo soy un barbián
y soy hijo de Madrid;
¡ole, y viva la república
federal... y viva Prim!
¿Dónde he puesto la petaca?...
Me *paece* que la metí...
¡Anda, la *órdiga*... bueno!...
se quedó con ella Gil;
si no me la da, lo mato...
lo mato... ¡olé, porque sí!...
Yo soy un hombre cabal,
y un oficial de albañil
que sabe su obligación
y gana para vivir
honradamente. ¿Qué es eso?
¿Quién me moja la nariz?...
¡Calle! ¡Si es que llueve!... ¡olé!
Pues si sigue el tiempo así
mañana no se trabaja,
mi mujer me va á reñir,
tiene un genio... y el maestro
que es un *boceras* rüin...
¿Dónde he puesto yo el jornal?...
porque yo no lo perdí...
Cuatro rondas, y seis copas..
¡justo!... y dos medias de anís ..
Cobré dieciséis pesetas...
¡No tengo un maravedí!
Y la Indalecia—¡demonio!—
que esta mañana al salir
volvió á decirme que estaba
sin botas el chiquitín...
Mi mujer es una fiera,
no me deja divertir...
¡Yo soy muy hombre! ¿Lo gano?
Pues me lo gasto... Hace un gris...
Esta blusa... ¿Están cerradas
las tabernas por aquí?
Yo necesito dos tintas...
ú tres... ú cuatro... es decir,
las que me cumplan. ¿Quién llama?
¡Olé! ¿Te burlas de mí?
¿Que estoy borracho? ¡Mentira!
Verás si voy... chipilín...
No hay que empujar, caballeros...
¡Cataplum! ¿Quién anda ahí?»
. . . .
Un traspiés, un resbalón,
una caída, una queja,
el sereno, la pareja,
y el final la prevención.

E. NAVARRO GONZALVO.

COSAS DE TEATRO

I

Dos palabras... sólo dos palabras

Las anécdotas que, bajo el epígrafe general *Cosas de teatro*, me propongo referir en una serie de articulejos, que podrá durar hasta que yo me canse de escribirlos ó los lectores de Los Madriles se cansen de leerlos, no son, en modo alguno, de mi invención.

Unas las he leído en distintas épocas; otras las he oído contar en diferentes ocasiones; algunas las conozco por haber yo mismo presenciado los hechos ó escuchado las frases.

Entre estas anécdotas las habrá de todas clases: cómicas y serias, inocentes y picarescas, nacionales y extranjeras.

Mi tarea se reducirá solamente á irlas recordando, eligiendo y relatando como Dios me dé á entender.

Y dicho esto—que es cuanto por mi cuenta, y á guisa de preámbulo, tenía que decir—doy principio á mi trabajo... por la primer *cosa* que se me viene á la memoria.

EL ADEREZO DE BRILLANTES

Fulanita era una actriz muy celebrada, tanto por su talento, por su gracia y por su belleza, cuanto por la elegancia y lujo de sus trajes y por la riqueza y profusión de las joyas que lucía en escena.

Porque *Fulanita*, que tenía «la pasión de las alhajas,» poseía muchas y muy buenas, con muchos y muy hermosos diamantes, de los que podía decirse algo parecido á lo que decía el famoso poeta Villamediana de los diamantes del alguacil de corte Pedro Verger.

«Diamantes que fueron antes
de amantes de...» *Fulanita*.

Pues bien; *Fulanita* vió un día en casa de su joyero un aderezo de brillantes verdaderamente deslumbrador. Preguntó el precio, y le dijeron que no era posible darlo en menos de cuatro mil duros.

Fulanita echó una expresiva mirada al aderezo, echó otra mirada no menos expresiva á un gran espejo que en la tienda había, y que reproducía de pies á cabeza su hermosa figura, y salió de la platería pensando que ella y aquel aderezo «habían nacido el uno para el otro.»

—¿No quiere recibirme?
No he de apurarme.
¡Si una puerta se cierra
ciento se abren!

A los pocos días presentaron en el cuarto de *Fulanita* á un rico forastero, admirador entusiasta del talento y de la belleza de la encantadora actriz.

Fulanita mostróse con él sumamente amable y afectuosa, y el forastero salió del cuarto perdidamente enamorado de ella, hasta el punto de no pasar día sin ir á visitarla, al principio una vez, en uno de los entreactos, después una vez á cada intermedio, y, por último, no saliendo de su cuarto en el teatro, por la noche, y yendo á su casa por el día, previa la venia graciosamente concedida por la seductora *Fulanita*.

Un día, *por fin*, salió á relucir en la conversación el tentador aderezo. *Fulanita* lo describió «con los más vivos colores», y habló de él con tanto entusiasmo, que hubiera sido precisa una mala voluntad evidente para no comprender.

—¿Vamos al *Real*?—¡Si tal!
—¡Ay, cuánto te quiero Gil!
—¿Tanto te gusta el *Real*?
—¡Tanto... que te pido mil...
si no lo tomas á mal!

El forastero comprendió, y aquel mismo día fué al establecimiento indicado por *Fulanita*, y preguntó el precio del aderezo, que sin trabajo alguno pudo reconocer.

—Veinte mil pesetas, le dijo el joyero.

¡Veinte mil pesetas! La cifra era para dejar parado á cualquiera, aun llevando el impulso y la velocidad que el rico y enamorado forastero.

Al día siguiente, en su primer visita, atrevióse á exponer á *Fulanita* algunas tímidas observaciones. El hubiera querido obsequiarla con aquella alhaja, pero el precio era un tanto excesivo... no contaba, por el pronto, con fondos suficientes... el diamantista era demasiado carero...

—Si sólo se tratase de catorce ó quince mil pesetas... aún podría. ¡Pero cuatro mil duros!

Fulanita agradeció mucho el deseo de su apasionado, y lamentó muchísimo que se hubiera tomado la molestia de ir á preguntar, y hubo aquello de «pero usted, ¿por qué ha pensado siquiera?...» y lo otro de «¡Oh! Yo no hubiera consentido jamás...» hasta que después de las naturales protestas por una parte y de los consiguientes remilgos y melindres por la otra, *Fulanita* dijo:

—Vamos, confiese usted que no ha sabido *trastear* al comerciante. Es necesario saber regatear... Yo estoy segura de que si usted lo *trabaja* bien, y sobre todo si le dice que el aderezo era para mí, hubiera podido comprarlo seguramente en esa cantidad que usted indica... ¡Oh! Pero esto no quiere decir... ¡Jesús! Pues no faltaba más... Yo no consentiría nunca un sacrificio... ¡Por Dios! ¡Crea usted que hasta tendríamos un disgusto si fuera usted por él!... ¡Vaya!

—Mamá querrá mañana
que me confiese...
Y la culpa de .. eso
la tiene.. ese.

Este *¡vaya!* fué dicho en un tono que no se sabía si era interjección confirmativa de su prohibición de ir por el aderezo, ó si, por el contrario, era el terminante imperativo del verbo *ir*.

Apenas salió el forastero de casa de *Fulanita*, dirigióse ella sola, y sin perder momento, á la platería.

—¡Vamos á ver! ¿El último precio del aderezo es cuatro mil duros?

Cuando el pandero tocas
me desespero...
¡Caramba! ¡En buenas manos
está el pandero!

—Sí, señora; y no puedo rebajar ni un céntimo.

—¡Demonio!... Pues bien, oiga usted. Yo deseo á toda costa quedarme con él. Si vuelve el caballero que ayer quería comprarlo... déjeselo usted en los tres mil duros que ofrece y... cárgueme usted en cuenta la diferencia. Después de todo—agregó para sí—ese aderezo en cinco mil pesetas es baratísimo .. y me va á resultar «casi regalado.»

—

Dicho y hecho. A la media hora de haber salido *Fulanita* de la platería entraba el forastero, y después de ligerísima discusión —*pro fórmula*— pagó quince mil pesetas, recogió el aderezo y con el corazón palpitante y estremecido por la más dulce esperanza se dirigió á casa de su adorada actriz.

En el camino se tropezó con un antiguo amigo...

—¿Qué es eso? ¿Tú aquí?... Déjame que te abrace. ¿Adónde te diriges tan de prisa?...

—Ya, ya nos veremos y hablaremos. Ahora no puedo detenerme... Voy á casa de *Fulanita*, una actriz encantadora y una mujer divina, de la que estoy locamente enamorado.

—¡Pero, hombre! ¿Y qué diablos llevas ahí? ¿Algún regalo?...

—¡Psh! Una bagatela...

—A ver, á ver... ¡Caramba! ¿Y á esto llamas una bagatela?... Pues lo menos debe haberte costado...

—¡Bah! Poca cosa. Tres mil duros.

—¡Tres mil duros! Y tú, un hombre casado, un padre de familia, no te avergüenzas de tirar así tres mil duros á los pies de una mujer venal, interesada y coqueta, que acabará por engañarte y por burlarse de ti como se ha burlado de tantos otros...; no te avergüenzas de malgastar de tal modo tu fortuna, sin recordar que tienes otra mujer honrada y adorable, que te agradecería un millón de veces más ese regalo, y que es, no un millón, sino mil millones de millones de veces más digna de él.

El amigo se hallaba de vena moralizadora. Estuvo persuasivo, sublime, elocuente, hasta tal punto, que... aquella misma tarde el rico forastero, arrepentido de su anterior propósito, tomaba el tren, llevándose el aderezo y diciendo para sí:

—Después de todo, *ése* tiene razón... Mi mujer me lo agradecerá, y de este modo, aunque he gastado quince mil pesetas... todo se queda en casa.

—

Al día siguiente *Fulanita*, que había estado esperando inútilmente á su entusiasta adorador, recibió la siguiente carta:

PLATERÍA Y JOYERÍA DE X Y Z.

Señora doña Fulana de Tal:

«Muy señora nuestra: Conforme á sus instrucciones, hemos hecho la concesión pedida por usted. La persona que nos indicó ha llevado el aderezo de brillantes, pagando sólo quince mil pesetas.— Las cinco mil restantes se las dejamos á usted cargadas en su cuenta, segun convinimos.

De usted atentos seguros servidores q. b. s. p.—*X. y Z.*»

—

Fulanita, que, como ustedes comprenderán, ni aun volvió á tener noticias del rico forastero, cayó enferma del disgusto, y en medio de los delirios de la fiebre creía estar viendo el magnífico estuche de terciopelo encarnado que en un tiempo encerraba la codiciada joya, y que entonces vacío, se abría y cerraba ante sus ojos á la manera de una boca enorme, que, haciendo horribles muecas, para aumentar su afrenta y su amargura, lanzaba burlonas y satánicas carcajadas.

TELLO TÉLLEZ.

PREDICAR EN DESIERTO

(CUENTO)

Por ver si se corregía
y la bebida dejaba
Lucas, que se emborrachaba
á cualquiera hora del día,
le dijeron sus amigos
en la crítica ocasión
en que iba otro borrachón
rodeado de testigos:
—¡Mira, mira qué papel
va haciendo tan, bochornoso!...
Y les contestó envidioso:
—¡Quién estuviera como él!

EUSTAQUIO CABEZÓN.

¿Muy atenta la lectora
y en los labios la sonrisa?...
¡Pues no es un libro de misa
lo que lee esta señora!

Mirando tu cuerpo.

Deslumbra y avasalla tu escultura,
no hizo estatua mejor griego cincel,
el altar de la luz es tu hermosura:
¡quién fuera digno de oficiar en él!

SALVADOR RUEDA.

PROPIO Y AJENO

La casa Jubera hermanos, que sabe hacer libros como pocas, acaba de publicar en un elegantísimo volumen, al precio de 3,50 pesetas, la célebre obra de Alfonso Daudet, *Recuerdos de un hombre de letras*, traducida al castellano por D. H. Giner de los Ríos. Este precioso libro lleva 88 ilustraciones, estampadas en colores por nuestro impresor Enrique Rubiños, que ya ven ustedes por LOS MADRILES que sabe hacer esta clase de trabajos.

—

Una boda en el Albaicín, por Eduardo de Bustamante. De venta en todas las librerías.

—

¿Se acuerdan ustedes de aquel dibujante *Tila*, que hace tiempo publicó algunos trabajos en LOS MADRILES? ¡Pues ahí es nada lo que ha adelantado! El solito se está haciendo ahora en Santiago de Chile un periódico ilustrado con el título de *Santiago Cómico*, que estamos seguros le ha de dar mucha honra y mucho dinero, porque el chico se lo merece.

Nuestra enhorabuena al querido amigo y antiguo colaborador artístico.

—

Luis de Ansorena acaba de publicar un nuevo libro, tan notable como todos los suyos. Es este un poema en cuatro cantos, titulado *El buen Jeromo*, y va precedido de una cariñosísima carta del eminente Campoamor.

Si el joven y distinguido poeta no tuviera ya una envidiable reputación en la república literaria, bastaríale para conseguirla la publicación de su último poema.

Reciba nuestro querido amigo y colaborador el más entusiasta parabién.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, **25.**

Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**

Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**

Se publica los sábados. **Pago adelantado.**

Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 74 15 CÉNTIMOS 1.º de Marzo de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.

A. Pons

Laporta-sc

MADRILEÑERÍAS

—La verdad es que eso de la abstinencia de carne no debía rezar con usted... ni conmigo.

CUENTA CORRIENTE

CUANDO ya había cerrado la *cuenta* del número anterior, recibí una triste noticia, que me produjo grandísima pesadumbre.

Enrique Segovia Rocaberti, amigo queridísimo y antiguo compañero, había fallecido en Pinto, víctima de la cruel dolencia con que venía luchando tenazmente hacía ya mucho tiempo.

Periodista discretísimo, excelente poeta y autor cómico de superior ingenio, Segovia Rocaberti era generalmente estimado, y la noticia de su muerte ha causado grande y verdadero sentimiento.

Cumplido, por mi parte, el triste deber de cargar en la cuenta del año esta nueva y dolorosa *partida*, abro mi cartera, ansioso de encontrar en ella algunas noticias alegres conque entretener á mis lectores.

—

¿No les decía yo á ustedes que la calaverada del duquesito de Orleans acabaría por ofrecer asunto para una opereta cómica, y aun les indiqué algunos de los tipos, situaciones y frases de que tenía noticia? Pues si el recurso de que —según dicen— se han valido para sacar el duquesito de la Gendarmería, evitando las manifestaciones de sus partidarios, no es también un recurso de opereta francesa... que venga Pina y lo vea.

A la hora precisamente señalada, un agente de policía salió de la Gendarmería, acompañado de un joven de la estatura del duquesito y vestido como él. Los dos entraron en un coche que partió á escape hacia una de las estaciones de ferrocarril. Aquel joven era una *contrafigura*. El verdadero duque salía poco después con un segundo agente, y en otro coche se dirigía á otra estación.

Me parece que con esto y con lo que ya expuse en uno de los pasados números; con unas cuantas decoraciones pintadas por Amalio, tan notables y de tan brillante efecto como las presentadas en *El Arca de Noé*, hace pocas noches estrenada en la Zarzuela, y con unas cuantas piezas musicales de Chueca, tan alegres, picarescas y saladas como las que ha puesto en la citada obra, —especialmente el *dúo de los tímidos*, que es un prodigio de gracia, digno *pendant* del *de los paraguas*— con todo eso ya podría jurarse que tendríamos opereta para rato.

—

El duquesito ha sido llevado á la prisión de Clairvaux para cumplir la condena ó esperar el indulto.

—¡Qué lástima! ¡Pobrecito! dirán seguramente las personas compasivas. Pero no hay que apurarse.

El duquesito ha sido instalado en las magníficas habitaciones que en aquella prisión hay dispuestas y amuebladas convenientemente para hospedar á... los inspectores generales. Con que...

—Si me han de prender así... que me prendan, como decía en cierta ocasión un pobre hombre que estaba parado en la plaza de Santa Cruz, frente al ministerio de Ultramar.

Porque sobre las puertas-laterales de entrada á dicho Ministerio hay dos lápidas que dicen:

REYNANDO LA MAGESTAD CATÓLICA DE PHELIPE IV AÑO DE MDCXXXIII

POR SU MANDADO Y DE SU CONSEJO REAL SE HIZO ESTA CARCEL DE CORTE PARA SEGURIDAD Y «COMODIDAD» DE PRESOS

—¡Ave María Purísima! decía el pobre hombre, leyendo la inscripción y mirando el edificio. ¡Vaya una cárcel, y cuánta gente entra y sale de ella!

Apenas había dicho esto, llegó un magnífico *landeau*, cuyos cocheros llevaban en los sombreros anchos galones y vistosas escarapelas. Paró delante de la puerta central y bajó un caballero envuelto en un elegante gabán de pieles. En aquel momento otro caballero que

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

General Chinchilla.

NUEVO CAPITÁN GENERAL DE LA ISLA DE CUBA

pasaba le saludó afectuosamente, y le dijo:

—¿Qué es eso, te han traído aquí?

—Sí, me han hecho ministro de Ultramar.

—Pues luego vendré á verte, porque quiero que echemos un párrafo.

—Cuando quieras; aquí me tienes preso todos los días hasta la una.

El pobre hombre se quedó como quien ve visiones.

—¡Ya lo creo! dijo volviendo de su estupor al poco tiempo; ¡ya lo creo que han hecho esta cárcel para comodidad de los presos! ¡Demonio! Los hacen ministros... los traen en coche.. reciben á quien quieren... y sólo los tienen presos unas cuantas horas al día. Pues hombre, si me han de prender así... ¡que me prendan! ¡Que me prendan!

—

Si hay algún periodista que quiera dejarse prender... no así, sino en la prisión... celular del matrimonio, puede dirigirse á una señorita inglesa que, según he leído, anuncia en los periódicos de Londres su deseo de casarse con un periodista español.

Las condiciones que exige dicha señorita son: No llegar á los treinta años, conocer la lengua de la interesada y estar vacunado en la niñez. Ella, por su parte, ofrece un buen palmito, tres galgos y 90.000 duros.

Lo de los tres galgos me ha hecho muchísima gracia, aunque no sé para qué podrán servir al novio.. ni á la novia.

Porque como alguno que yo conozco cogiera los 90.000 duros... ya podía echarles un galgo.

Digo... ¡ya podía echarles los tres!

—

¡Dichosa ciudad la de Klingerberg en Franconia! dice *El Liberal*, y yo repito al recuerdo de la siguiente noticia, evocado por el de los 90.000 duros de la señorita inglesa.

¡Dichosa ciudad la de Klingerberg!

«Hace pocos días el Municipio de dicha población, que no tiene establecido el impuesto de consumos ni ningún otro arbitrio, distribuyó entre los habitantes la cantidad de 30.000 marcos, correspondiendo 131 marcos á cada uno de aquéllos.»

—Eso debía hacer el Ayuntamiento de Madrid, decía un individuo leyendo la noticia.

—¿Y para qué queríamos nosotros esos *marcos*? replicó otro, cuyo traje y aspecto delataban miseria, y que sin duda ignoraba que el *marco* es una moneda alemana.

—Pues, hombre, ya se contentaría usted con uno siquiera!

—¡Con un marco... bueno! Pues me serviría para poner en él... el cuadro del hambre.

—

El mismo día que en aguas de Málaga se iba á pique *San José* (balandra), la Reina Regente firmaba un decreto disponiendo que sea día de fiesta el de *San José*, esposo de Nuestra Señora.

Aunque muchos se atreven á decir que en España no estamos para fiestas, la declaración de esa fiesta nueva demuestra lo contrario.

Hay quien cree que el citado decreto obedece al plan de *D. José* Luis Albareda para catequizar á *D. José* López Domínguez y hacerle entrar en la conciliación. Todo es posible.

Sin embargo, por si el simpático General fuese hombre que se dejara conquistar *haciéndole fiestas*, y esa no basta otra, ahí va una idea. Que por otro decre le conviertan el *Domínguez* en *Domingo*, y... ya tiene una fiesta más.

Dejando á un lado las bromas, yo creo que la nueva fiesta de San José está «llamada» á ser una de las mejores.

Como que debe ser una fiesta de Pepe... y doble W.

FELIPE PÉREZ

De los Parises á los Madriles.

APENAS si hay ya parisien que se acuerde de Gouffé ni de Gabriela Bompard. Hasta que esta causa criminal se vea ante el Jurado del Sena, la atención de París tiene que interesarse en cosas más nuevas.

El duque de Orleans, que vino á ocupar el trono de la actualidad—porque el de Francia parece que está verde para él—ya no inspira tampoco interés, y allá está olvidado en su celda de Clairvaux, mientras el Gobierno le indulta y lo pone en la frontera, que es lo que desde un principio paréceme que debió hacerse con él, de mostrando así mayor habilidad y tacto políticos.

Devoradas estas actualidades de bulto, la *parisiennerie* necesitará nuevo cebo á su curiosidad insaciable y, créanme ustedes, si los acontecimientos no se lo dan, ella se inventará su imprescindible alimento.

Porque esto que llamamos la *parisiennerie* no es sino una gran cantidad de tontería mezclada con muchísimo ingenio; la moda de una aberración, la boga de una extravagancia. Tan pronto un juguete idiota como el cri cri americano, que hace algunos años nos destrozaba el tímpano, como una maravilla cual la torre Eiffel. Hoy un grande hombre como Víctor Hugo, mañana un mamarracho como Boulanger, ora un periódico como *La Lanterne*, de Rochefort, en tiempo de Napoleón III, ora el instrumento como el baúl de Gouffé el mes pasado.

París es novelero y necesita cada ocho días algo nuevo que despierte su entusiasmo ó su curiosidad, siquiera sea una palabra que se suelte á todo propósito, venga ó no venga á pelo; hace diez años todo era *chic*, más tarde todo fué *épatant*, hace poco era preciso ser *pchut* ó desertar del boulevard.

Ultimamente había que ser *moderno*; hoy para estar á la altura de las circunstancias, es necesario ser *fin de siècle*.

A los grandes granujas hemos dado en llamarles *struggle for lifeurs* (luchadores por la existencia), y es ya interminable el catálogo de palabras que el boulevard ha inventado para calificar á las rameras. Las que un tiempo fueron *cocottes* y más tarde *horizontales*; y un poco después *momentáneas*, empiezan ya á perder el ingenioso nombre de *degrafées* (desabrochadas) con que últimamente se las designaba, y á tomar otro que marca acaso mayor brutalidad y decadencia en el vicio: ahora se las empieza á llamar *agenouillées* (¡arrodilladas!).

¡Oh, *parisiennerie*, especie de enfermedad mental que se extiende de pronto, una vez al mes por lo menos, á manera de epidemia aguda, sobre este inmenso hormiguero que, por un exceso de adulación, han dado en llamar sus propios moradores la ciudad más espiritual del mundo!

—¿Vuestro París? decía una vez Charles Nodier. Debían encerrarlo en Charenton.

Para ser más *fin de siècle* diremos ahora que debían encerrarle en la Salpetrière, que es el manicomio en boga.

La monomanía parisiense por el momento es el antisemitismo. A ella debemos el eco de diálogos como éste, cogido al vuelo en un restaurant del boulevard:

—¿Ha visto usted? dice uno al amigo que está almorzando con él. El duque de Montpensier deja una fortuna de doscientos millones.

El otro (con rabia):

—¡Oh! *¡Estos judíos!*

—

Esta fiebre de novedad produce al menos frutos provechosos en la literatura.

Hace veinte años decía Dumas hijo:

«Los jóvenes debutan en el mundo con una vieja del brazo, y en la literatura con ideas viejas en la cabeza. Hay que tener ya mucha experiencia para que nos vengan ideas nuevas.»

De esta observación del gran escritor sólo va quedando en pie la primera mitad. En la nueva generación llegan ya muchos con ideas nuevas y la firme voluntad de imponerlas.

Este progreso se nota de día en día en la novela, y vamos estando ya muy lejos de aquella generación que estimaba en tan alto grado á Jorge Sand como á Ponson du Terrail.

Algunos innovadores han reemplazado ya el estudio de las pasiones por el análisis de las enfermedades. No hay más que siete pecados capitales—para llamar á las pasiones por su verdadero nombre—y, en cambio, pueden citarse hasta ochocientas enfermedades con nombre conocido.

El campo es, pues, mucho más vasto y puede cultivarse con fruto, á condición, naturalmente, de buscar un término medio con talento, á fin de que el lector pueda entregarse á los placeres del libro sin que le resulte en fin de cuentas una simple y amena lección de obstetricia ó de farmacia, como sucede con algunas modernas novelas, hijas de la exageración de escuela y de una mala manera de entender la necesidad de ser *documentario*.

Falta transportar al teatro los progresos empezados á realizar en la novela.

Esto es más difícil, y hasta el presente aquí esa innovación no ha triunfado sino con raras excepciones y en el Teatro Libre. Sin embargo, ya me dicen los periódicos que el teatro de *Variétés* prepara el estreno de una obra en tres actos, titulada *Monsieur Betzy*, de gran crudeza en el asunto y no menores audacias en el diálogo. Las indiscreciones de los periódicos, que tanto sacan de quicio á Sardou, son una hábil preparación para el público, que no podrá llamarse á engaño al asistir á esta primera representación, y sabrá si debe aplaudir la tentativa, abriendo á los autores un camino que les aparte del trillado de segundos actos de *quid pro quo* y desenlaces con boda.

Tendré al corriente del resultado á mis lectores madrileños, que también necesitan, como el pan, abrir nuevos horizontes al arte dramático para que les ofrezca alguna novedad, y no sepa el espectador, desde la segunda escena, con quién se va á casar la dama joven en el tercer acto de la comedia, ó qué marido va á ser descabellado, tras de... burlado, al final del drama.

—

Para concluir esta *Crónica*, reproduciré una carta *auténtica* que un señor mi amigo ha recibido de una sobrina de provincias, y que ayer me enseñaba todo conmovido:

«Mi queridísimo tío: Te felicito por tu santo y te envío esas morcillas, que te gustarán. El regalo es modesto, pero sale del corazón de tu amantísima sobrina

»ANTONIA.»

Esta sobrina debe tener un excelente corazón. He probado las morcillas, y son exquisitas.

BLASCO.

París 27 Febrero 1890.

—Voy á dar una conferencia en el Ateneo acerca de los callos y uñas gordas, haciendo experiencias con mis propios pies.

LA BOFETADA

Gedeón, después de haber visto *La bofetada*, está decidido á hacerse empresario, porque otro afamado autor, cansado de sus impertinencias, le ha ofrecido darle una bofetada... que ni la de Novo y Colson.

BLANCO Y NEGRO

—No he visto la Exposición.
—Pues yo ni verla pretendo.
—Lo blanco á mi no me gusta.
—Y á mí me estorba lo negro.

POLÍTICA EXTERIOR

«Los autores de mis días
y los que cuidaron mi niñez,»
ven con alegrías
estas tropelías
de mi extraordinaria intrepidez.

(Parodia del duo de los tímidos, música de Chueca.)

Fúgite!

—¡Jesús qué día!
¡No sé qué hacer!
Yo estoy muy malo,
yo no estoy bien;
yo me suicido
si es menester,
para zafarme
ya de una vez
del compromiso
fiero y cruel
en que me puso
la estupidez
de hacer dos guiños—
no llegó á tres—
á esas vecinas
de Lucifer.
Vengo molido;
traigo los pies
hechos pedazos
con tal correr.
¡Qué par de padres!
Parecen diez.
¿Qué es todo ello?
Yo lo diré.
Iba á la calle
poco después
de las visitas
de don Miguel,
y ese don Bruno
de Lucifer,
que Dios confunda
por siempre, amén,
cuando en la puerta
los encontré;
«¡Amigo mío!»
«¡Oh qué placer!»
«¡Caro vecino!»
«¿Dónde va usté?»
«Le acompañamos.»
«Esto ha de ser.»
—Señores, gracias,
voy solo bien;
tengo una cita
y es de mujer.
«No importa»—dicen
ambos también,
con la más grande
desfachatez.
Bajo corriendo
como un lebrel
los escalones
de tres en tres,
y ellos me siguen
con rapidez.
Salgo á la calle
y en un tropel
de vendedores
me entremezclé;
deshago el grupo
me fundo en él
por si mis huellas
hago perder,
y entre la zambra
de aquel burdel
tiro á una vieja,
deshago un pie
á uno que vende
sobres, papel,
plumas y obleas,
y echo á correr.
Cruzo la calle
de San Andrés,
pero en la esquina
me tropecé
con el don Bruno
y el don Miguel,
y allí me paran
me estrujan, me
soban y dicen,
¡Qué avilantez!
de entrambas hijas
yo no sé qué.
Que si la Clara
que hermosa es
me adora, y busca
mi amante fe.
Que la Clotilde
quiere también
que un sacerdote,
cual la juré,
una los lazos
de este querer.
¡Y ambos me juran
desinterés,
y ambos me pegan
á la pared!
»Y usted elija
cuál ha de ser,»
dice don Bruno.
Piénselo bien
mire que tengo
por Aranjuez
unos terrenos
que la daré
como se case
dentro de un mes.»
y á esto replica
mi don Miguel:
«Tiene mi Clara...»
¡Qué ha de tener!
grita don Bruno.
«Cállese usté,»
replica el otro
lleno de hiel.
Clara, en la calle
de Lavapiés
tiene una casa
que edifiqué
yo, por el año
cuarenta y tres,
y yo con ella
la dotaré,
si usted la adora
rendido y fiel.»
En vano á gritos
hice entender
que protestaba
—cual protesté—
de aquel suplicio
rudo y crüel:
Ya sin alientos
les supliqué
un mes de plazo
para poder
pensar la cosa
con madurez,
y me negaron
también el mes,
y ambos cogidos
(¡qué estupidez!)
de las solapas
de mi chaquet,
no me dejaban
mover los pies.
En tal conflicto
no sé qué hacer:
ambos me acosan,
y «¡Elija usté!»
gritan entrambos,
sin comprender
que son las voces
y el ruido aquel
en plena calle
de San Andrés.
De pronto, ¡oh dicha!
vi aparecer
un par de agentes...
¡Con qué interés
favor y amparo
pedí á la ley!
¡Socorro, guardias!
vociferé.
Suelta don Bruno,
quiere correr,
tropieza y cae
con don Miguel;
llegan los guardias,
se arma un belén,
yo salgo á escape
y aquí llegué
muerto, rendido,
y sin poder
decir siquiera:
¡Ya me salvé!

E. Navarro Gonzalvo

REVISTA CÓMICA DEL MES
DE

Letrilla.

¿Véis al escribano cuco,
lugarteniente de Caco,
que lleva bajo el sobaco
el pleito como un trabuco,
que usa por pluma un bejuco,
con que golpea al cliënte?
Aunque se llama decente
y se tiene por humano,
á aquel á quien da la mano
procura clavarle el diente.

¿Véis la mujer melindrosa
que se pasma y ruboriza,
protesta y escandaliza
por la más liviana cosa,
de su honor tan cuidadosa
que á nadie le abre la puerta?
Pues tened por cosa cierta,
que mujer tan recatada
tendrá la casa cerrada
y la virtud entreabierta.

¿Véis á los beatos, cofrades
de doscientas cofradías,
que cantan sus letanías
y tapujan sus maldades?
Esos fraguan liviandades
en escondidos harenes;
atenúan sus belenes
con que Dios nació en Belén,
y en lugar de hacer el bien,
lo que procuran son bienes.

¿Véis la que finge rubores
en su quebrado color,
y muere de mal humor
de ver sus malos humores;
que es hembra con corredores
á fuerza de transitada?
Pues mujer tan descocada,
aunque parezca mujer,
es un coche de alquiler
con la «alquila» levantada.

¿Véis al diputado huero,
tormento de la tribuna,
que acaso nació sin cuna,
y al fin resulta cunero?
Aunque huele á caballero,
es un pobre mercader;
trafica con el deber,
y ha formado su opinión
con trazas de cucharón,
pues la usa para comer.

¿Véis al comerciante honrado
que acumula sus caudales
vendiendo en siete mil reales
lo que medio le ha costado?
Cuanto más acreditado,
debe daros más pavor,
pues tiene su mostrador
una esencia tan maldita,
que su crédito, acredita
que sabe robar mejor.

RAFAEL TORROMÉ

CHIFLADURAS

¡Cuántas cosas, mi encanto, nos dijimos,
sin despegar los labios, aquel mes!
¡Cuántas conversaciones sostuvimos
con los ojos, las manos y los pies!

—

Con el delirio de los quince años
de rodillas caí, sus pies besé;
sobre el satén brillante del zapato
trémulo vi la huella de otro pie.

—

Es el amor como el jazmín; su tallo
levemente aspirad, dulce os agrada;
mas si estrujáis la flor entre los dientes,
como el amor que se envilece, amarga.

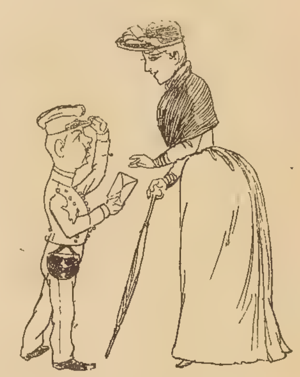
—

Cuando fuí de tus labios loco amante,
condené muchas veces sus excesos;
hoy que estoy de tu lado tan distante
me pregunto afanoso y delirante:
¿Por qué le he perdonado tantos besos?

MANUEL ALTOLAGUIRRE

LOS TRES SOMBREROS

Calinez, al saber que Pina ha arreglado *Los tres sombreros* de Lara, y que el arreglo está gustando mucho, le ha mandado todas las chisteras viejas que tenía en su casa para que las vaya aprovechando.



ROUGE ET BLEU

—A mi marido le escama
la «invención» de estos muchachos,
y en cuanto ve un *rouge et bleu...*
se pone *azul* y *encarnado*.

POLÍTICA INTERIOR

En la Asamblea republicana
de coalición,
hubo en Febrero bronca y jarana,
y hasta amenazas á Salmerón.
Aunque hubo mucho feroz ruïdo,
perdió al final
sólo unas letras del apellido;
pues le decían furiosos:—¡Sal!

EN RECOLETOS

Me ha engañado el muy perdido
con su porte distinguido
y su lenguaje cortés...
Yo por Marqués le he tenido,
y ha resultado Marqués...
de apellido.

COSAS DE TEATRO

II

Los tres sombrereros.

El día en que la *pallida mors* tenga la fatal ocurrencia de acordarse de mi desventurada é insignificante persona, y llegue para mí la temida «hora de las alabanzas,» sobre la fría losa de mi tumba podrán grabar todas esas «frases hechas,» todos esos «piropos de cajón» que se encuentran en el formulario fúnebre-laudatorio.

«Fué buen padre, buen hijo, buen ciudadano.»

Lo que no podrán escribir en el epitafio de mi sepulcro—suponiendo que yo llegue á tener sepulcro y epitafio—es la consabida frase: «Aquí yace un hombre *de feliz memoria.*»

Porque yo tengo la memoria más infeliz que pueden mis lectores imaginar.

No consiste la infelicidad de mi memoria en olvidarme de todo, en no recordar nada de lo que miro, oigo ó leo, como sucede á todos ó á casi todos los desmemoriados. No. Mi memoria es aún más infeliz, y por ello soy yo aún más infeliz que mi memoria, porque esta desgracia consiste, por el contrario, en acordarme de todo, absolutamente de todo... menos de lo que quiero ó me importa recordar.

Prometí á mis buenos amigos los editores de Los Madriles escribir unos cuantos artículos relatando algunas curiosas anécdotas teatrales, y consigné solemnemente mi ofrecimiento, haciéndolo al mismo tiempo á los lectores de esta popular Revista, en el número anterior, como ustedes recordarán, si no tienen tan mala memoria como yo.

El trabajo era, al parecer, sencillísimo. No tenía que hacer más que ir recordando—una por semana—las innumerables *cosas de teatro* que sé...; pero ahí está precisamente el *quid* de la cuestión.

Al poner manos á la obra, preparar las cuartillas y tomar la pluma, acuden á mi memoria un sin fin de anécdotas... militares, eclesiásticas, *demi-mondaines*, curialescas...; pero teatrales... ¡ninguna!

Procuro evocar mis recuerdos apelando á todos los recursos mnemónicos de que suelo valerme en estos casos, y ¡nada! Saco mi pañuelo, que tiene en cada punta un apretado nudo—porque ni aun este vulgarísimo y casi siempre ineficaz recurso dejo de utilizar,—é inmediatamente me acuerdo de tres cosas que por el momento no me interesa recordar. Un nudo me trae á la memoria que estamos á fin de mes, porque este Febrerillo loco sólo tiene veintiocho días, y conviene acordarse de ello; otro me recuerda que tengo que pagar al casero, y el otro... el otro me recuerda que no tengo dinero para pagarle.

El cuarto nudo... ¡ah! el cuarto nudo, que es mi salvación, recuérdame que hace pocas noches me contaron una graciosísima anécdota teatral... Pero ¡maldito si me acuerdo ni una palabra siquiera de la tal anécdota!

Esto me ha sucedido muchas veces. En una ocasión me encargó mi patrona que le comprase una corbata de nudo para regalársela á un sobrinito suyo que se había examinado en Junio de latín y

HISTÓRICO

Él.—He leído en un periódico que se ha presentado en los naranjos de Málaga una plaga que se llama *la goma.*

Ella.—¡Ah, sí, la conozco! Es una plaga que ya se había presentado hace tiempo en los salones de Madrid.

había «hecho un examen» tan brillante, que el Tribunal, admirado y no satisfecho con oirlo una sola vez, le obligaba á que lo repitiese en Septiembre.

Para acordarme del encargo de la corbata de nudo, hice un nudo en el pañuelo. No era posible que se me olvidara, ¿verdad?

Pues bien; salí á la calle, saqué el pañuelo, vi el nudo, recordé que de otro nudo se trataba y de «algo» que tenía que comprar, y, después de dar un sin fin de vueltas á mis recuerdos, volví á casa con un ejemplar de *El nudo gordiano.*

¿Ven ustedes lo que les digo?... Me acuerdo perfectamente de todo, menos de aquello que me importa. De la anécdota teatral que quiere recordarme este otro nudo hecho en mi pañuelo.

¿Dónde me la contaron? ¡Qué sé yo ¿Quién me la contó? ¡Vaya usted á acordarse!

Lo mejor será recorrer esta noche los teatros de Madrid, y ver si de este modo puedo recordar...

Empezaré por el elegante teatro de Lara, donde representan un chistoso arreglo hecho por Pina de la ingeniosísima comedia de Hennequin, *Los tres sombreros...*

¡Los tres sombreros! Vean ustedes lo que es la misteriosa relación de las ideas... Este título me trae á la memoria una graciosa anécdota teatral, que puedo titular *Los tres sombrereros.*

Sin perjuicio de procurar acordarme más adelante de la otra, aprovecharé el recuerdo y referiré hoy esta anécdota, antes de que se me olvide.

Ensayaban en París, hace años, una *pieza* nueva de dos conocidos autores. En una de las principales escenas de la obra, uno de los actores principales debía leer en el forro de un sombrero de copa el nombre de un sombrerero.

Como los comerciantes en Francia saben apreciar la importancia del anuncio, y los autores franceses saben hacer pagar esa importancia, uno de los dos de la obra en cuestión indicó á su sombrerero que el nombre que se diría en escena y pondría en los ejemplares impresos sería el suyo. El sombrerero, reconocido, pagó espléndidamente el ofrecido «reclamo,» y el autor puso desde luego el nombre en el ejemplar manuscrito.

Su colaborador, á quien había ocurrido la misma idea y había hecho á su sombrerero igual ofrecimiento, cobrando también una buena suma por el anuncio prometido, al ver que su compañero se había adelantado á poner otro nombre, sin contar con él ni decirle palabra, disimuló su contrariedad y discurrió una «jugarreta» á fin de salir adelante con su propósito, y de cumplir el compromiso contraído, aunque tuviera que dejar burlado á su compañero.

Púsose de acuerdo con el actor que había de leer el nombre del sombrerero, y convino con él que, al llegar el momento oportuno en la representación, leería el nombre que él le dijera, en sustitución del que estaba escrito en el ejemplar.

La noche del estreno, los dos sombrereros, sentados en sus respectivas butacas, esperaban con impaciente emoción que llegase el momento de oir su nombre. El *reclamo* iba á ser magnífico. La obra alcanzaba un éxito asombroso, y el comerciante anunciado en ella participaría de la popularidad que la pieza consiguiese.

EN RECOLETOS

Me mira muy derretido
aquel señor tan lucido...
Le llaman, si no oigo mal,
General... ¡Qué buen partido!
Si no es también General...
de apellido.

Llegó el momento indicado: el actor vaciló un momento, y después dijo con resolución un tercer nombre.

Se le había olvidado el nombre que uno de los autores le dijo, y no recordaba el otro, que estaba escrito en el ejemplar. Turbado por aquella inoportuna falta de memoria, no oyó lo que el apuntador le decía; y para salir del paso, lanzó el primer nombre que se le vino á la memoria, el que mejor podía recordar en el momento.

El de su sombrerero.

Los dos autores quedáronse aturdidos y como quien ve visiones; sus dos sombrereros salieron del teatro irritadísimos por la burla, y prometiendo furiosos hacer y acontecer.

Al día siguiente, el actor, que había dado á los autores todo género de excusas, al fin, por lo sinceras, creídas y aceptadas, recibió un magnífico sombrero de copa y un «hermoso» billete de mil francos que su sombrerero le regalaba, agradecido por aquel importantísimo anuncio que contribuía á su celebridad, y por el cual el actor, «con noble desinterés,» nada le había exigido de antemano.

La falta de memoria también es provechosa en ocasiones, como lo demuestra el caso referido.

La mia, desgraciadamente, sólo me ha producido, hasta hoy, disgustos y quebraderos de cabeza... y de sombrero.

Porque ayer olvidé que había puesto el mío sobre una silla, y al sentarme distraído... pueden ustedes figurarse cómo lo dejaría.

Tello Téllez.

PACOTILLA

La vi en el baile, en Carnaval, hermosa,
de chula y sin careta,
tan libre, tan locuaz, tan revoltosa,
que perdí la chabeta.

Contagiado á mi vez por su locura,
que rayó en desatino,
enlazando mi brazo á su cintura
me lancé al torbellino.

Después, á cenar juntos... ¡Qué alegría!
¡qué rociar las gargantas!
Y luego, al despuntar el nuevo día...
¡corramos siete mantas!

....

La vi en la calle el jueves, casualmente,
de enlutado aparejo,
y con una humildad tan sorprendente,
que me quedé perplejo.

Díjela yo:—¿Cenamos hoy, Lorenza?
y contestó indignada:
—¡Váyase usted de aquí, poca vergüenza!
¡No respeta usted nada!

—¡Qué cambio! repliqué.
—Yo no he cambiado,
repuso; soy la *mesma;*
pero ya el Carnaval ha terminado
y empezó la Cuaresma.

—¿De modo que á cenar no volveremos
dejándome que pene?
—¿Quién ha dicho tal cosa? ¡Cenaremos
el Carnaval que viene!

—¿Antes no?
—Lo prohibe mi creencia,
mi Religión...
—¡Atiza!
—¡Los pasados son días de licencia
que borra la ceniza!

De estas escenas tan encantadoras
ni actor fuí, ni testigo;
¡pero hay chicas que son muy rezadoras,
y piensan como digo!

Se queja un individuo de que una carta enviada por el correo desde Noblejas á Villarrubia, distante seis kilómetros, ha tardado en llegar ocho días, después de haber pasado por las Administraciones de Madrid y de Cuenca.

Esto último lo debía de omitir el interesado.

Porque se expone á que diga Mansi:

—¡Hola, hola! ¿Conque ha recorrido la carta más kilómetros que los que la correspondían?

¡Pues que pague doble!

Dos amantes ¡Dios *loao!*
que llegaron á Bilbao
desde Estella,
fueron presos fatalmente
por instancias de un pariente
de ella... ¡ella!
No se dan más pormenores
acerca de estos amores
desgraciados,
pues siempre en tales asuntos
suele haber algunos puntos...
¡delicados!

Leo que en Londres se ha fundado un club para protestar contra la superstición del núm. 13.

Habrá un banquete cada mes, y se celebrará el día 13, sentándose á la mesa 13 comensales y componiéndose el *menú* de 13 platos.

A los postres se pronunciarán 13 brindis. No dice más la noticia.

Así es que yo [illegible] deficiente la cosa.

Me parece que debieran acordar además que los brindis consistieran precisamente de 13 palabras y que los comensales bebieran 13 [illegible] vino y otras 13 [illegible] de cada licor.

Esto [illegible] mucha importancia [illegible] serían trece las [illegible]

[illegible]
le hizo el padre esta pregunta:
—Usted, como buen católico,
¿habrá comprado la bula?
—¡Quiá! Yo no la necesito.
—¿Cómo que no? dijo el cura.
—¡Claro! ¿Para qué la quiero
si no como carne nunca?

¡De ole!

A un sujeto que hacía pocas horas que había llegado á la Coruña, le birlaron el otro día 1.000 reales.

Y además el billete de vuelta por el ferrocarril del Norte.

Supongo yo que el robado le diría al ladrón, al ver que se llevaba el billete:

—¡Hombre, ya qué va usté á mi pueblo, dé usté expresiones á mi familia!

El patio de la casa en que yo habito
fué ayer teatro de una escena horrible,
de un suceso inaudito
para cualquier espíritu sensible.
Un gato y una gata muy cordiales
hallábanse en coloquio dulce y tierno
sobre la gran montera de cristales
que sirve de paraguas en invierno;
y no sé si fué el gato ó fué la gata
quien, metiendo la pata,
rompió un cristal, causando una abertura,
y cayeron los dos desde la altura.
¡Catástrofe horrorosa, espeluznante!
Muerta quedó la gata sobre el suelo,
y el gato, herido, al ver así á su amante,
mayaba sin consuelo.
Acudió el vecindario, y un vecino
que llegaba á tal punto del Casino,
preguntó á una vecina:
—¿Por qué maúlla tanto ese minino?
A lo cual ella contestó muy fina:
—¡Pues porque se ha quedado sin minina!

He visto anunciada la vacante de una plaza de médico de un pueblo de la provincia de Valladolid.

Es una plaza de oro. Ofrecen al que la desempeñe una dotación de quince pesetas anuales.

¡No se habrán puesto ya en juego pocas influencias!

¡Cada mes cinco reales!
¡Dios, qué soldadas!
¡Así hay tantas fortunas
improvisadas!

Leo que un individuo ha dado un palo en la cabeza al archivero de Hacienda de Sevilla.

¡Le dió un palo! Se concibe.
¡Será para que lo archive!

En un pueblo de la provincia de Málaga va á celebrarse, *por fin*, un matrimonio.

Digo *por fin*, porque los futuros cónyuges se han estado estudiando mutuamente, en relaciones amorosas, durante veintiseis años.

¡Vamos, que no han querido obrar de ligero!

Ella, la señorita, tiene ahora setenta y siete años cabales, y el señorito ochenta y dos.

¡Ahí tienen ustedes una luna de miel verdaderamente envidiable!

¡Porque será una miel... sin moscas!

Ha habido un temblor de tierra
en Málaga el otro día.
¡Cuando Cánovas perora
hasta su pueblo tirita!

José Estrañí

LIBROS NUEVOS

Por Francia y por Alemania se titula el último libro de la infatigable escritora doña Emilia Pardo Bazán. Lo hemos leído con verdadero deleite, y al final hemos sentido que no tuviera otras 300 páginas más. Cómprenlo ustedes, y verán como no exageramos. Precio: 1'50 ptas.

La acreditadísima casa editorial de I. López, de Barcelona, nos ha remitido las obras siguientes, que acaba de poner á la venta.

Trata de blancas, novela social, por Eugenio Antonio Flores. Un elegante volumen en 8.°, con ilustraciones de Gómez Soler y cubierta al cromo, 3 pesetas.

Romances de corte y villa, por Francisco Gras y Elías; ilustraciones de Diéguez, Gómez Soler y Vázquez. Un lujoso tomo con cubierta en colores, 2'50 pesetas.

Poesía del porvenir, por Francisco Salazar, con una carta-prólogo de D. Francisco Pi y Margall, numerosas ilustraciones de Gómez Soler y cubierta al cromo de M. Moliné. Este libro está llamado á suscitar grandes polémicas entre los críticos, y viene á afirmar la reputación que ya tenía conquistada su autor en otras publicaciones.

Felicitamos al Sr. López por el acierto y buen gusto que ha demostrado en la publicación de estos libros, que muy pronto tendrá que reimprimir.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, 25.
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, 5.
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 75 | 15 CÉNTIMOS | 8 de Marzo de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. | Revista semanal. | Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.

MADRILEÑERÍAS

—Favorece á ustedes mucho ese nuevo *artefacto*.
—Esto que usted llama artefacto tiene su nombre: se llama *impertinente*.
—¡Ay! ¡Quién fuera impertinente!

CUENTA CORRIENTE

DEBO empezar hoy, contrito y arrepentido, con grande y verdadero dolor de mi corazón y firmísimo propósito de la enmienda, haciendo, en descargo de mi conturbada conciencia, pública confesión de una falta indisculpable que cometí en la «Cuenta corriente» del número pasado, y que, sin duda alguna, los ilustrados lectores de LOS MADRILES notarían con disgusto formando malísima idea de mi sobriedad y de mi templanza, al verme ir *haciendo eses*, como si el vino se hubiera subido á la cabeza.

Yo confieso, á la vez que mi culpa, que quizá no hubiera caído en la cuenta aun cuando en la «cuenta» fué donde caí ó por lo menos tropecé... si un alma piadosa y caritativa no me hubiera llamado la atención en carta que he recibido, firmada por *El Académico de la legua*.

Este señor, á quien no conozco más que para servirlo, y que según me dicen es un ilustre personaje que usa aquel título para viajar de incógnito de periódico en periódico, velando por la pureza del lenguaje, me hace notar que he infringido torpemente los preceptos académicos y las leyes gramaticales escribiendo varias veces en la referida cuenta la palabra *duquesito*, así, con *ese* y no con *ce*, como Dios y la Academia mandan.

Yo podría en este caso hacer lo que hacen muchos para disculpar sus faltas y cohonestar sus torpezas, buscar «precedentes,» que acaso no me costaría gran trabajo encontrar, ó echar el muerto á los pobres inocentes cajistas, tantas y tantas veces injustamente acusados por los mismos delincuentes, que cuentan con su bondad y mansedumbre para soportar sin protesta el peso de las ajenas culpas.

Pero yo no haré tal cosa. Estamos en Cuaresma; días son éstos de meditación, de recogimiento y de penitencia; cercana está la época en que la Iglesia ordena que se purgue el alma de las inmundicias del pecado: y yo, lejos de querer echar sobre mi conciencia uno más, sólo deseo verla libre del pecado cometido, alcanzando la absolución, aunque tenga que cumplir la más terrible penitencia.

No apartéis de mí el cáliz de la amargura; quiero apurarlo hasta las... *eses*.

Yo cometí la falta de escribir *duquesito* cinco ó seis veces... *mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa.*

Ustedes comprenderán que, después de esta confesión, no se encuentra mi espíritu dispuesto á ocuparse en asuntos profanos, máxime cuando los que habían de ser objeto de esta *Cuenta* son en su mayor parte asuntos teatrales... ¡Pasar del confesonario al teatro!... ¡Horror!

Yo ya sé que no falta en el mundo quien lo hace... y hasta yo mismo siento en mí cierta perniciosa inclinación...

La verdad es que, una vez descargada mi conciencia, no sé qué mal habría en que fuese á divertir el ánimo oyendo, *verbi gratia*, la hermosa ópera *Giovanna la Pazza*, escrita por el maestro Serrano y estrenada el sábado último en el Real con aplauso de los *diletantti* y de los demás maestros del arte musical que sinceramente celebran los grandes y profundos conocimientos del Sr. Serrano, tan brillantemente demostrados en su última obra, dirigida con verdadero *amore* por el maestro Mancinelli, puesta en escena con singular esmero por el señor Salarich y cantada maravillosamente por la Arkel y la Stahl, dignamente secundadas por el tenor Moretti y por los demás artistas.

Y si en vez de música elevada, grave y seria, prefería distraerme escuchando música alegre, retozona y sandunguera... ¿qué mal habría en que volviera á la Zarzuela para oir otra vez el graciosísimo *dúo de los tímidos* y los demás números que ha puesto en *El Arca de Noé* mi buen amigo Chueca, recreando á la vez mi vista con las *presiosas decorasiones* debidas al *pinsel* del *esselente essenógrafo* Amalio *Fernándes*?...

¡Dios mío! Sólo al recordar á Noé... que plantó las viñas y fué el primer borracho conocido... se me va la cabeza y vuelvo á hacer *eses* como un desesperado...

Perdóneme *el Académico de la legua*, á quien — en serio — doy las más expresivas gracias por la lección y la advertencia, porque yo ni desprecio las leyes de la Gramática, ni tengo por cosa insignificante la corrección de la forma y la limpieza del lenguaje.

FELIPE PÉREZ.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

Emilio Serrano.

AUTOR DE LA ÓPERA "DOÑA JUANA LA LOCA"

ACTUALIDADES

Teatro Real de Madrid.

EL MAESTRO MANCINELLI

DIRECTOR DE ORQUESTA

ACTUALIDADES

Teatro Real de Madrid.

SR. SALARICH

DIRECTOR DE ESCENA

PALIQUE

SIEMPRE ha habido tontos entre nosotros y siempre los habrá, como dijeron, respecto de los pobres, Jesucristo y Alonso Martínez; pero los tontos de ahora casi todos saben de letra, y por eso hay tantos periódicos llenos de versos *cursis*. Además, así como *La Correspondencia* y otros diarios del orden de los serios viven principalmente de halagar la vanidad de todo el mundo, y de ir poniendo en combinación para algún ministerio, en calidad de candidatos, á todos y cada uno de sus suscritores, del mismo modo los periódicos festivos cultivan las relaciones poéticas que tienen, y allá van Esproncedas donde van compradores. Cada ovillejo publicado asegura la venta, por lo menos, de un *veinticinco*. Todos hemos de vivir.

Sobre que en esta tierra clásica de la hidalguía y de los toros, los más sesudos varones paran en escritores de fantasía tarde ó temprano. Ahí está, por ejemplo—ejemplo bien reciente—mi ilustre compañero, y no lo digo porque él sea gallego, sino por su oficio, mi ilustre compañero el Sr. R. Carracido, lumbrera de la ciencia española, catedrático de Farmacia, que si no es boticario viene así como á engendrarlos, el cual Sr. Carracido, después de discutir con fray Zeferino acerca de las primeras capas que usó la Tierra en la época glacial, y después de examinar en un artículo, muy hermoso y muy interesante por cierto, la laringe del nunca bastante llorado Gayarre, ahora se nos presenta... con una redoma encantada, como si dijéramos, ¡con una novela! Verdad es que es novela de facultad mayor, porque se titula *La muceta roja*.

Supongo que la novela será buena, no porque yo tenga datos para juzgar, sino porque cuando el Sr. Carracido, después de decir en un discurso de apertura que lo que sobran en España son retóricos, literatos, y lo que faltan sabios de laboratorio, instrumentos, retortas... y pan pintado, pero científico; cuando después de todo eso, él, que es químico, sale con una novela más, *aquí* donde sobran tantas, lo habrá pensado mucho, y estará seguro de haber hecho cosa de sustancia. Así lo espero.

Pero no íbamos á eso, sino á la necesidad de echar la casa por la ventana poética, en vista de que la cosa ya no tiene remedio, y de que Pateta, que lo que es llevar nos lleva, quiera llevarnos en toda clase de metros.

Esta indulgencia plenaria no quita que la mayor parte de las *inspiraciones* que se dan á luz sean cosa muy aburrida.

Por eso da gusto poder alguna vez, de tarde en tarde, decirle á uno de esos señores que mandan libros de versos, algo como lo que yo le digo al Sr. López Silva ahora; y es como sigue:

Sí, señor; he leído su libro titulado *Migajas*, y que lleva un prólogo discreto y gracioso de Sinesio Delgado.

De esas *Migajas* lo que más me gusta es la facilidad y sencillez del verso, la verdad y carácter significativo de la observación y de los rasgos escogidos, cuando se trata de escenas populares.

Lo que hace Ricardo Vega, casi siempre con mucha gracia y naturalidad, en el teatro, lo consigue usted en muchos de los diálogos de su libro.

Esto no es levantarle á usted de cascos, como se dice; no es llamarle vate insigne ni compararle con lord Byron. No es más que asegurarle que su libro, á pesar de su monotonía, del prosaico lenguaje de muchas composiciones, y de otros defectos que es hoy muy difícil evitar á los que escriben versos en España, me ha gustado en general; es simpático, y revela en usted muchas cualidades recomendables. Ahora, Sr. López Silva, que puede usted echarse á perder, ¡ya lo creo!—¡Hay tantos peligros!—Pero, en fin, bueno es no empezar mal. Métase usted en harina.

CLARÍN.

ACTUALIDADES

Teatro Real de Madrid.

TERESA ARKEL
EN LA ÓPERA "DOÑA JUANA LA LOCA"

DE FINO Á FINO

Colocado ante la mesa
de un modesto *restaurant*,
comía solo y tranquilo
un adusto catalán.
Silencioso el parroquiano
y ocupado en masticar,
devoraba unas *monchetas*
con solemne gravedad,
cuando un señor grueso y alto,
y de rubicunda faz,
por las trazas extranjero,
y envuelto en amplio gabán,
sentóse á la misma mesa,
y después de saludar,
inclinándose hasta el suelo
con mucha amabilidad,
en español chapurrado,
pidió al mozo de almorzar
Miró el payés al intruso,
siguió mojando su pan
en la salsa, y hosco y grave,
no se dignó contestar.
Pocos instantes después
el mozo del *restaurant*
colocaba una tortilla
ante el nuevo comensal,
y éste, señalando al plato,
con un gracioso ademán
como invitando al payés,
le dijo: —*Sans compliment*:
pero el *noy*, que sólo hablaba
la *llengua del Llobregat*,
miróle, y siguió comiendo
en silencio pertinaz.
Colocó el mozo otro plato
ante el señor del gabán,
y éste, siempre muy atento,
con finura siempre igual,
dijo: —*Sans ceremonie*,
repitiendo su ademán.
Oyó el nuevo ofrecimiento
cual los otros, sin chistar,
y cargado de cumplidos,
y sin entender el *sans*,
pidió el catalán al mozo
otra plato *regional*,
sin hacer caso al francés,
ni dignarse contestar.
Después de esto, al extranjero
trajo el mozo servicial
una chuleta empanada:
el cual, antes de empezar
á comerla, souriente,
y con mucha urbanidad,
dijo también: —*Sans façon.*
El payés no pudo más,
se incorporó, fué á decir
sin duda una atrocidad,
al tiempo que le servían
otro plato: el *regional*.
Desarrugó el entrecejo
el adusto catalán,
y señalando al francés
su plato de *bácallat
á la lláuna*, dijo altivo
y con mucha dignidad:
—¡Eh!.. *San Feliu de Guixóls.
Qui tranquil que m' ha quedat!*

E. NAVARRO GONZALVO.

ACTUALIDADES

Teatro Real de Madrid.

EL TENOR MORETTI
EN LA ÓPERA "DOÑA JUANA LA LOCA"

NATURALIA NON SUNT TURPIA

Así como un autor español ha dicho que

«cantada y en italiano
gana mucho la moral,»

ha dicho también un autor francés que

le latin dans les mots brave l'honnêteté.

O lo que viene á ser igual:

Que para decir cosas un poco fuertes, no hay como apelar á una lengua extraña, bien sea viva, bien muerta, ora proceda de los mataderos clandestinos, ora de los mataderos oficiales (vulgarmente llamados Academias).

Por eso me amparo del antiguo aforismo romano que pongo al frente de estas líneas, antes de entrar de lleno en el asunto que me propongo tratar.

En la plaza del Rey (q. D. g.), en la de Santa Ana (marqués de), y en la de *El Progreso* (que tan brillantes campañas hizo en la prensa), se han edificado unos kioskos, cuyo nombre indica suficientemente el uso á que están destinados, merced á las dos *k k* que lleva esa palabra de origen turco.

Estos kioskos, ó *chalets de necessité*, como los llaman en París, fueron saludados por el vecindario con un *¡ah!* de satisfacción, más franco y expresivo que el que se le escapó á Sancho en la aventura de los batanes.

Madrid, por las condiciones de los alimentos, de los vinos, de las aguas, de la política que se usa, y de la literatura que se estila, es una de las capitales europeas (en las africanas se disfruta en esto de completa libertad de acción) en donde con más frecuencia y más de improviso se siente el transeunte acometido por el deseo de cantar aquello de *Genoveva de Brabante*:

¡Qué desazón!
¡Qué malestar!
¡Yo creo que he comido
por demás!

Así es que, al ver los kioskos, dijimos todos los filarmónicos:

—¡Por fin podremos ir á terminar el *couplet* entre bastidores!

Pero la Empresa constructora se ha limitado á ponernos la miel en los labios (esto de la miel es un decir) y por culpa de no sé qué pleito, conflicto, expediente, ó cosa así, tenemos que contentarnos con que la boca se nos haga agua (también es otro decir esto de la boca), viendo que continúan cerradas las puertas de los *walter-scotts*, como llamaba una señora ilustrada á los *water-closetts*.

Y es lo que me decía la otra noche un reaccionario muy conocido, contemplando, con lágrimas en los ojos, uno de esos kioskos:

—¡Tanta prisa por votar el sufragio universal y tan poca por resolver las cosas verdaderamente apremiantes! Estos, estos son los comicios que hay que abrir al pueblo.

—¿Comicios? le dije, indignado, á fuer de buen demócrata, por tal comparación.

—O *descomicios*: es igual.

Urge, pues, que empiecen á funcionar esas sucursales de la Caja de Depósitos, ó que desaparezcan, porque su inútil existencia constituye un tormento más para el transeunte, acosado por las furias... (¡Qué asunto para un cuadro académico!)

¡Es mucho país el nuestro!

Tenemos á mano los elementos todos que componen la cultura pública, y los desaprovechamos indiferentemente.

Nuestros antepasados, al menos, desaseados de suyo y acostumbrados á ocultar la suciedad con el abuso de los perfumes, en vez de combatirla con el simple uso de la limpieza, desconocían, y por consiguiente no echaban de menos, las leyes de la higiene y las prácticas del *confort* moderno; pero nosotros, conociendo esas leyes, experimentando la necesidad de esas prácticas, disponiendo de los medios precisos para cumplir unas y otras, y no haciéndolo, sin embargo, por desidia y pereza, somos muchísimo más imperdonables que los españoles de aquel tiempo en que el retrete era un mito hasta en los palacios, y el magnate, como la gran señora, se contentaban con unos *bibelots* muy distintos de los vasos japoneses que ahora hacen sus delicias.

Asombra y maravilla lo que en esto se ha adelantado.

El olfato de nuestros mayores estaba tan acostumbrado á las mayores pestilencias, como el de aquella dama de la antigüedad, de quien nos cuenta Plutarco que, habiendo tenido un marido cuyo olor era mucho más fuerte, pero no más grato, que el de las rosas, y habiendo muerto este varón tan poco pulcro, hubo quienes la preguntaron cómo había podido tolerar semejante compañía, y ella respondió ingenuamente:

—*Credebam omnes viros sic olere.* (Creía que todos los hombres echaban ese olor.)

Hoy es, y aún hay en Madrid otro marido—hombre político de mucha importancia y mucho nombre—que si en público se presenta compuesto y aseado, gracias á su ayuda de cámara, por dentro va de tal manera, que su mujer no se arrima á él una sola vez sin desinfec-

SUMA Y SIGUE

—¿La señora de Segundo?
—Servidora...
—Bien, yo soy el tercero.

tarlo previamente con un pulverizador.

Esto (salvo el pulverizador) era antaño lo corriente.

Y las ciudades más famosas, como los palacios más suntuosos, estaban mucho peor que los individuos.

El pebetero en los alcázares y el incensario en las iglesias, no responden á otra cosa

Ahora está publicando un autor francés, M. Alfredo Franklin, una serie de tomitos muy interesantes, con el título general de *La Vie privée d'autrefois*, y del último volumen que ha salido resulta que París estaba, en punto á higiene, aún no hace cien años, peor que están hoy las ciudades de Fez y Mequinez.

Baste decir que en todo el inmenso y esplendoroso palacio de Versalles no había en tiempo de Luis XVI (ayer, como quien dice), más que un retrete, y ese exclusivamente reservado á SS. MM.

En las Tullerías y en Saint-Cloud, ni aun eso.

Y cuando estaba así la nata y flor de la Europa culta, ¡figúrense ustedes cómo estaría lo demás!

El famoso crítico Sarcey ha escrito, pocos días hace, una crónica en *Le XIXeme siècle* sobre el propio asunto, cuyos detalles más salientes, y olientes, no podrían reproducirse en un periódico español, sino haciendo la tirada en papel perfumado.

¡Cuánto se ha adelantado en menos de cien años!

Bien sè ve que las conquistas de la revolución francesa no se han limitado á la reivindicación de los derechos del hombre.

Pero esas conquistas no se han completado todavía dignamente. (Al menos en Madrid.)

Ciudadanos: ¡apoderémonos de esas Bastillas que se alzan mudas, silenciosas y estériles cuanto crueles, en la plaza del Rey, en la de Santa Ana y en la del Progreso!

Y si alguno hallase que esta mi proclama revolucionaria huele, y no á ámbar, permítame que repita el viejo aforismo romano:

Naturalia non sunt turpia.

Por otra parte, ¿de qué asunto más interesante, más apremiante, más práctico y más higiénico iba á hablar?

¿De la política palpitante? ¿De las cosas del Ayuntamiento de Madrid? ¿De las inmoralidades de Cuba? ¿De ciertas novedades teatrales?

¡Tapa, tapa!

MARIANO DE CÁVIA.

DE BASTIDORES

—Chica, ¿de qué vas vestida?
—De Bacante.
—¿De *Vacante?* Pues me voy á vestir de *pretendiente.*

COSAS DE TEATRO

III

La col de Jorge Sand.

D. Ramón de la Cruz y Cano, el sainetero insigne de nombre inolvidable y de fama imperecedera, por tantos citado y por tan pocos conocido, decía en el prólogo de la colección de sus sainetes, impresa en Madrid en 1786 (hace más de un siglo):

«Quisiera yo que los maestros antiguos y modernos del arte; los preceptistas de la poesía dramática en todas sus especies; los sabios y no sabios críticos de todos los siglos y de todas las naciones, oyesen mi clamor, excitado del más ingenuo deseo de instruirme y adelantar para escribir con aprovechamiento y deleite de mis compatriotas, y universal aprobación de los extranjeros.

. . . .

»Y quisiera, al fin, me confiasen las piezas originales que hubiesen escrito ellos mismos, ó que hubiesen corregido de otros poetas, con toda la exactitud que pretenden exigir de nosotros, los que hemos incurrido en la debilidad de hacer versos, darlos al público y exponerlos á sus anticipadas, actuales y futuras opiniones.

. . . .

»¡Ah! El ejemplo. Este (según enseña un célebre sabio portugués) (1) es el más fuerte y suave modo de mandar ó de enseñar. Este persuade sin retórica, impele sin violencia, reduce sin porfía y convence sin altercaciones; y el ejemplo desata todas las dudas y ataja todos los arbitrios de disculparse; pero, al contrario, hacer (ó no hacer) una cosa, y mandar ó enseñar otra, es querer enderezar la sombra de una vara torcida.»

Recordaba yo días atrás los antetranscriptos pasajes del citado prólogo al leer en los periódicos la fausta noticia de que en el teatro de la Comedia había de estrenarse una, debida á la pluma del señor Cañete, eximio escritor, ilustre individuo de la Real Academia de la Lengua, y temido severo crítico de *La Ilustración Española y Americana*; y, al recordarlo, no pude menos de exclamar, con grande y verdadero regocijo:

—¡Loado sea Dios! Al cabo de ciento cuatro años, un preclaro maestro del arte, un docto y rígido preceptista de la poesía dramática, responde al clamor del famoso sainetero.

Cierto que la obra anunciada no es original, y que se trata sólo de la traducción de una comedia de Jorge Sand; pero cierto es también que el bueno de don Ramón contentábase con pedir á los críticos, á falta de piezas originales, «las

(1) El P. Bernárdez, del Oratorio, en su *Tratado de luz y calor*.

que hubiesen corregido de otros poetas,» aun cuando en éstas habrían de llevar notoria ventaja, no sólo porque se ahorraban el quebrarse la cabeza buscando asunto, plan, situaciones, caracteres y aun pensamientos, sino, además, porque si como autores pudieran equivocarse en la creación de tales elementos, como críticos severos, jueces de las obras ajenas, no es posible que erraseu en la elección de la que adoptaran para su corrección ó arreglo.

—¡Loado sea Dios! repetí. El ejemplo ya no puede aprovechar á D. Ramón de la Cruz, ni corresponder á su deseo de instruirse y de adelantar para escribir con aprovechamiento de sus compatriotas; pero ¿qué importa? Podrá servir á los numerosos autores modernos, todos igualmente deseosos de aprender, y muchos no menos necesitados de enseñanza.

Entretenido con estos pensamientos, llegué el sábado último al teatro de la Comedia, y compré una localidad, que me apresuré á ocupar, cuando no había en la sala más que cuatro ó cinco personos tan anticipadas ó impacientes como yo, y cuando aún ni había señales de que fuera á comenzar el espectáculo.

Para entretener el tiempo y no aburrirme, me acomodé como mejor pude, casi acurrucándome, en la butaca, y volví á entregarme á mis meditaciones.

—Quiera Dios—pensé—que este provechoso y loable ejemplo que hoy da el Sr. Cañete, sirva, no sólo de enseñanza á los autores, sino también de estímulo á los críticos.—Así, haciendose ellos autores, desaparecerá aquella antipatía de que habla Teófilo Gautier, «antipatía natural del crítico contra el poeta; del que nada hace contra el que hace algo; del zángano contra la abeja.»

«No os hacéis crítico—sigue diciendo el autor de *Mademoiselle de Maupin*, zahiriendo á los Aristarcos de su época—sino después de haber evidenciado á vuestros propios ojos que no podéis ser poeta. Antes de reduciros al triste papel de guardar las capas y de apuntar los golpes como un mozo de billar ó un criado de juego de pelota, largo tiempo habéis cortejado á la Musa, habéis intentado conseguir, aun por fuerza, sus favores; pero no contabais con vigor para ello; el aliento os ha faltado, y habéis caído en tierra, pálido y rendido, al pie de la Sagrada Montaña. Concibo vuestro odio. Es doloroso ver á otro sentarse á la mesa en el banquete á que no se os ha invitado, ó ir al tálamo con la mujer que no os ha querido. Yo compadezco de todo corazón al pobre eunuco, obligado á asistir á los holgorios del Gran Señor.»

El Sr. Cañete trata de refutar con hechos las exageradas opiniones de M. Gautier; demostrando que un crítico es algo más que un mozo de billar; que si él sabe *soltar tacos* cuando tiene ocasión de ello contra los malos jugadores, también saber *coger el taco* cuando el caso llega y hacer una buena carambola; que se puede ser crítico y no ser eunuco, de lo que ahora y siempre el Señor le libre y nos libre á todos, críticos, autores y periodistas. Amén.

El telón se levantó pausadamente—cortando aquí mis meditaciones—y la representación dió principio.

¡Terrible desencanto!

El crítico, en mi humilde sentir y en el de cuantos estaban en el teatro, se había equivocado juzgando digna de nuestro público y propia de nuestros tiempos, una comedia perfectamente escrita, pero lánguida, trasnochada, soporífera...

En cambio, el académico pulcro, correcto y atildado había cumplido su misión, demostrando que sabía escribir el castellano, cosa muy digna de aprecio y alabanza, pero que, según decía el inolvidable *Fígaro*, es la última de las cinco que se necesitan para traducir una comedia.

Porque «traducir bien una comedia—

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

Amalio Fernández.

NOTABILÍSIMO PINTOR ESCENÓGRAFO

y copio las palabras del rey de nuestros críticos—es adoptar una idea y un plan ajenos, que están en relación con las costumbres del país á que se traduce, y expresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente; de donde se infiere que, por lo regular, no puede traducir bien comedias quien no es capaz de escribirlas originales.»

Cayó el telón al final del último acto de *La prensa del lagar*, y la obra cayó para siempre al mismo tiempo que el telón.

Dejé primero mi asiento, y después el teatro, lamentando haber visto defraudadas mis esperanzas, y procurando explicarme cómo un crítico tan docto y tan severo había podido aficionarse á obra tan pasada de moda y tan desprovista hoy de todo atractivo, y condición teatrales.

Entonces recordé una curiosa anécdota que Eugenio de Mirecourt refiere en la biografía de la misma Jorge Sand, de la propia autora de *Le pressoir*.

Un individuo, llamado Cador, llegó un día al castillo de Nohant, donde habitualmente residía, en sus últimos años, la célebre escritora.—Instalóse con admirable *sans façon*, metióse en la cocina, se enteró del *menu* dispuesto y encargó al cocinero que le preparase no sé qué famoso plato de... coles.

Esto se repitió tres ó cuatro días, porque M. Cador amaba con locura esa indigesta legumbre.

Sorprendida *Jorge Sand* de ver continuamente coles en su mesa, preguntó la razón, y tuvo risa para mucho tiempo al saber que aquel huésped original daba sus órdenes en la cocina.

Cuando, por fin, M. Cador, paseando una tarde con *Jorge Sand* por el jardín del castillo, despidióse de ella, al cabo de una semana interminable y de un consumo prodigioso de coles, díjole con la mayor finura:

—Me atrevo á esperar, señora, que seréis bastante amable para darme un objeto cualquiera, que me recuerde mi estancia en el castillo y la encantadora acogida que me habéis dispensado.

—Sin duda alguna, señor de Cador, sin duda alguna, contestó sonriendo la *espiritual* autora de *Valentina*.

Y volviéndose hacia el jardinero que, á alguna distancia, regaba un cuadro de hortalizas, le gritó:

—¡Juan, una col de las mejores para M. Cador!

El insigne crítico D. Manuel Cañete, áquien, á pesar de todo, aplaudo, estimo y respeto cuanto se merece, enamorado de un género dramático, muy celebrado en su tiempo, aunque, por añejo, indigesto para el público de hoy, ha caído en la tentación; y ya que Jorge Sand no podía obsequiarle como á M. Cador, ha querido él mismo obsequiarse y obsequiarnos—agradezcámosle su buena intención.—aderezando con primor una col de las mejores, cogida en el hermoso jardín de la famosa escritora francesa.

TELLO TELLEZ.

EPIGRAMAS CALLEJEROS

I

En el padrón general
que se formó últimamente
para averiguar la gente
que existe en la capital;
sin el más elemental
rudimento de instrucción,
apareció en el padrón
una calle casi entera,
y esa calle, ¿quién dijera
que es la de la *Ilustración*?

II

En las jornadas más duras
de la campaña carlista,
el comandante Bautista
mató no sé cuántos curas.
Pasaron tales desmanes,
y el héroe de estas hazañas
descansa de sus campañas
al lado de *Capellanes*.

III

Blas Peral, aragonés
y traficante en maderas,
me han asegurado que es
un Peral que no da peras.
Y el contraste entre apellido
y aptitud llega hasta el colmo,
por haberse establecido
ahora en la calle del *Olmo*.

IV

Treinta, en número cabal,
son los hijos que dió á luz
doña Cruz
en su vida marital.
Y esta señora, que el alma
á Dios ayer entregó,
se crió
en la calle de la *Palma*.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO

Respuesta.

Como naciste mujer,
y por lo tanto curiosa,
quieres saber una cosa
que no debieras saber.
Preguntas ingenuamente
qué beso llega más hondo,
y á tu pregunta respondo
de la manera siguiente:
El beso que no se olvida
y nos llena de ventura,
porque su memoria dura
lo que dura nuestra vida,
es el beso que da frío
y penetra en las entrañas:
como penetra en las cañas
la fresca humedad del río.
Beso á que nada resiste;
enérgica vibración
que nos habla al corazón
de una dicha que no existe.
Esperanza convertida
en felicidad inmensa;
beso en el que se condensa
cuanto hay de grande en la vida.
Que nos llena de contento
cuando el alma lo recibe,
y parece que se vive
la existencia en un momento.
Estallido de alegrías,
afán ardiente, insaciable;
beso largo, interminable,
que hace sangre en las encías.
¿Entiendes mi explicación?
Sabes ya qué beso encierra,
de todos los de la tierra,
la más profunda emoción?...
¿Dices que no me comprendes?
¿Ahora salimos con eso?
Pues déjame darte un beso,
y verás como me entiendes.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.

MARINA

Cielo azul, bordado tul
con ligeras nubecillas;
de un lado, ancladas barquillas
del mar sobre el agua azul;
de otro lado, alto peñón
cubierto de verdes yedras;
y, al frente, quebradas piedras
donde, en alta confusión,
fingiendo arrogancia suma,
símil de las ilusiones,
salta el agua en mil porciones
y forja montes de espuma.
Para que fuese un primor,
que nunca se viera igual,
no le falta á cuadro tal
más que una escena de amor.
Ven acá, Luz hechicera,
corona de tu linaje;
ven, y siéntate á mi vera,
y, en pareja placentera
contemplemos el paisaje.

ANTONIO OSETE.

PROPIO Y AJENO

Al entrar en máquina este número se ha estropeado la caricatura del popularísimo maestro Chueca, hecha por nuestro dibujante Pons. La falta material de tiempo impide rehacerla. En el próximo número tendremos el gusto de publicarla, rindiendo este tributo de afecto y de admiración al graciosísimo compositor que tantas veces nos ha regocijado con su música... y con su *letra.*

—

La *Colección Jubera*, que con tanto gusto como éxito publica la casa Sáenz de Jubera, hermanos, se ha enriquecido con una verdadera joya literaria, con *La lucha por la existencia*, drama en cinco actos y seis cuadros, original de Alfonso Daudet, estrenado recientemente en París. Al dar á conocer en España *le chef d'œuvre* del primer novelista francés, la casa Jubera ha encomendado la traducción al Sr. Ginés de los Ríos, autoridad indiscutible en esta clase de trabajos, y ha adornado el libro con multitud de dibujos en color, varias heliotipias y una cromotipia en la cubierta, cuyos trabajos artísticos han sido reproducidos fielmente de acuarelas originales del distinguido dibujante P. Carcedo.

De la parte tipográfica no hay que hablar, porque la ha hecho Rubiños, y está delante en este momento.

Novedades literarias.

CASTILLO DE MOUSSEAUX

Muestra de los grabados de la obra LA LUCHA POR LA EXISTENCIA, drama de A. Daudet.—Edición Jubera.

A pesar de reunirse en un solo tomo tantos, tan buenos y costosos elementos, el precio no puede ser más económico: 4 pesetas.

—

Habiéndose extraviado un sobre conteniendo varios artículos y poesías que llevaba un dependiente de esta Empresa á la imprenta del Sr. Rubiños, rogamos á la persona que lo haya encontrado no se sirva entregarlo en dicha imprenta, plaza de la Paja, núm. 7, ó en la Administración de este periódico, San Andrés, 33, puesto que, una vez leídos los referidos originales, para nada pueden servirle, y aunque alguno de ellos le haya hecho gracia, puede luego conservarlo después de impreso, que siempre es mejor.

—

Ya se ha puesto á la venta el libro de nuestro amigo y colaborador J. López Silva, titulado *Migajas*. Véase lo que dice *Clarín* en este mismo número, y luego cómprese el libro.

—

La Muceta Roja, novela original de José R. Carracido.

De la obra no podemos hablar hoy por falta de espacio, y del autor no decimos una palabra, porque nuestro crítico, *Clarín*, tambiéu se ocupa de él en su *Palique* de hoy. Sólo nos permitimos recomendar á nuestros lectores que se den prisa por comprar el libro, porque, si se descuidan un poco, ya se habrá agotado la edición. Todos los días no se escriben obras como *La Muceta Roja*, y debe aprovecharse la ocasión de poseer un buen libro.

—

Miel de la Alcarria, novela corta de J. Navarro Reza. Una peseta.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 76 15 CÉNTIMOS 15 de Marzo de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. Oficinas: San Andrés, 28, 1.º izq.

ASTRONOMIA POPULAR

ESTRELLA

DE

RABO

CUENTA CORRIENTE

FELIPE Pérez, nuestro querido amigo y compañero, está desde hace algunos días extraordinariamente ocupado en trabajos apremiantes, y, por desgracia, no muy bien de salud.

A última hora nos dice que no le ha sido posible escribir la *Cuenta corriente* para este número, y nos remite, para llenar el hueco, la siguiente carta, que le ha escrito nuestro estimado colaborador Tello Téllez:

NI POR ESAS... NI POR «ESES»

Amigo Felipe: Hay una frase proverbial que expresa con notoria exactitud la resistencia de la mayoría inmensa de los hombres á reconocer y declarar públicamente sus equivocaciones ó desaciertos, aun cuando, en muchas ocasiones, allá en el fondo de sus conciencias tengan por fuerza que reconocerlos y aun que confesarlos.

No quieren «dar su brazo á torcer.»

Lo comprendo perfectamente: es más, creo que la torcedura de un brazo ha de ser quizás menos sensible y dolorosa que la confesión pública de un error ó de una torpeza.

No extrañes, por tanto, amigo mío, que admire la resignación y la humildad extraordinarias con que has dado á torcer tu brazo, apenas el incógnito *Académico de la legua* te advirtió que habías infringido un terminante precepto gramatical al escribir la palabra *duquesito*...

Y tanto más las admiro, cuanto más pienso que yo, encontrándome en tu lugar, acaso—y sin acaso—no las hubiera tenido.

Yo oigo á cada momento, yo veo á cada paso que insignes personajes, ilustres Corporaciones y aun respetabilísimos Tribunales, antes que reconocer sus errores más evidentes, que confesar sus desaciertos más palmarios, saltan por todo, atropellando, si es preciso, lógica, razón y justicia, doctrina, sentimientos y Códigos.

¿Y había yo de acobardarme teniendo á la vista tales ejemplos? ¿Había yo de «cantar la palinodia» declarando como tú mi equivocación ó mi ignorancia, cuando, al fin y al cabo, aquéllos, al saltar por todo, tienen que dar «saltos mortales» y á mí había de bastarme con dar un *salto venial*; aquéllos, para «salir con la suya, ce por be,» como vulgarmente se dice, tienen que atropellar intereses sagrados y leyes fundamentales, y yo, para salirme con la mía, no *ce* por *be*, sino *ese* por *ce*, sólo tenía que atropellar una insignificante regla de la gramática, que, después de todo, si no son muchos los que la conocen, son aún menos seguramente los que la respetan?

¡No en mis días!

¿Habían de faltarme sofismas para contestar al purista *Académico de la legua*? ¿Habían de faltarme argucias para salir airosamente del paso, y quién sabe si para dejarle confundido y anonadado?

Yo le hubiera podido decir, al poco más ó menos: «Mire usted, señor *Académico*; yo escribí *duquesito* con *ese*, y lo escribiré de igual modo cuantas veces me ocurra, porque así como *El Correo* afirmaba en cierta ocasión que hacía frío, «dijeran lo que quisiesen los termómetros,» yo creo y sostengo que *duquesito* debe escribirse con *ese*, digan lo que quieran la Gramática y la Academia.»

El diminutivo natural de duquesa, es *duquesita*; ¿y no le hace á usted mal á la vista, y no le produce mal efecto en el oído ver escrito ó leer: el *duquecito* y la *duquesita*?... ¿No resulta feo que el duquecito tenga que estar con *ce*, mientras que la duquesita está... con *ese*? ¿No salta á los ojos la necesidad de establecer una excepción de aquella regla gramatical en favor de los duques y de los condes?

Pero ahora recuerdo que ya los condes han disfrutado del privilegio de aquella excepción. En una de las últimas ediciones del *Diccionario de la Academia* se leía: CONDESICO. m. dim. de *conde*.

Ya ve usted, señor *Académico*, cómo también á la Academia parecía más bonito escribir aquel diminutivo con *ese*, no obstante ser *conde*, palabra bisílaba y que termina en *e*, como *duque*. Es cierto que en la misma edición en que se encuentra *condesico* con *ese*, está *duquecito* con *ce*; pero ¿por qué esa distinción incomprensible? Cierto es también que ya en la edición última del *Diccionario* ha desaparecido la palabra *condesico*; mas ¿por qué esa supresión inexplicable? Yo creo, señor *Académico*, que en esto de las *eses* la Academia no sabe lo que se pesca; y por si mi creencia necesitase mayores pruebas, oiga usted lo que dice el ingenioso, erudito y mordaz *Miguel de Escalada* en la última hoja de *Los lunes de El Imparcial*:

«Andaba un inglés aprendiendo el castellano, y, naturalmente, acentuaba mal casi todas nuestras palabras. Un día tuvo que escribir una carta á su profesor, y en su justa desconfianza de acertar á poner mejor los acentos escribiendo que hablando, no puso ninguno en todo el escrito: pero cuidó de señalar al final dos líneas enteras de acentos, precedidos de esta posdata:

«Ahí van los acentos; usted los colocará á su gusto.»

Lo mismo debieran haber hecho los académicos con las *eses* en el Diccionario: haberlas puesto todas juntas al final, para que el lector las fuera colocando donde hicieran falta, ya que ellos, por lo visto, no aciertan á colocarlas sino al revés las más de las veces.

Por ejemplo: á lo último de la pág. 360 se lee una definición, que textualmente dice: *Descrecimiento:* m. *Diminución.*» Donde es claro que al *descrecimiento* le sobra la ese y á la *diminución* la falta; porque no se dice *diminución*, sino DISMINUCIÓN, ni se dice *descrecimiento*, sino DECRECIMIENTO. No se puede errar más en redondo.»

El cuento que recuerda *Escalada* es aplicable, gracioso y oportuno; pero yo recuerdo ahora otro que no es menos oportuno, chistoso y aplicable.

En una «misa mayor» cantaba la epístola un subdiácono bastante distraído, y á las primeras palabras se equivocó, diciendo:

Sancti beati Pauli epistola ad Corithios...

—Señor, que falta una *ene*, le dijo por lo bajo el sacristán, que estaba á su lado.

—¿Sí? Pues allá va, contestó el subdiácono. Y, sin inmutarse, continuó:

—*Frantes...*

La Academia, imitando al distraído subdiácono, ha dicho: «¿Que falta una *ese* en *diminución*?... Pues allá va... *Descrecimiento.*

Verdad es que siendo ésta una equivocación de *ese* y no de *ene*—aunque por lo visto estas equivocaciones son siempre de *ene* en la Academia—y verdad que, tratándose de los académicos, Escalada no hubiera puesto una epístola *ad Corinthios*, sino... *ad Ephesios.*»

. . . .

Estas *razones* y otras análogas hubiera yo expuesto al *Académico de la legua*, antes que darme por vencido y que cantar la palinodia como tú. Si aún pueden servirte para algo, si no para *rehabilitarte*, para quedar en situación menos desairada, utilízalas como mejor te parezca, y en la forma que quieras. Dispón de ellas, como ahora y siempre puedes disponer de tu afectísimo y verdadero amigo

TELLO TÉLLEZ.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

José R. Carracido.

AUTOR DE LA NOVELA *La Muceta roja*

EN LA VICARÍA

(DIÁLOGO)

Ella. Una chica muy fina,
con una cara hechicera.
El. Un guardia de primera,
rebozado en su esclavina.
En pintoresco montón,
una docena de amigos,
la madrina, los testigos
y un empleado gruñón.
La suegra llorando á mares,
el padrino sonriendo,
y el del Orden discutiendo
los gastos preliminares.
—¿Diez duros? Todo se abona.
—Diez duros es un exceso.
—¿Y qué importa? Todo eso
lo merece tu persona.
Ya ves si es casualidad.
Hoy ingreso de marido,
y anteayer me han ascendido.
¿Quieres más felicidad?
—¡Manolín! —Eso denota
que el día que tropecé
contigo en la calle, halle,
sin pensarlo, mi Mascota.
—¡Que no digas eso, vamos!
—¡Lo juro por mi *salú!*
¿A que no recuerdas tú
cuándo y dónde tropezamos?
Era domingo, y llovía...
¡Lucías tú unas enaguas!
De uniforme, y sin paraguas,
yo detrás de tí, corría.
¡Vaya una media rayada
y un zapatito escotado!
No ví pie mejor calzado
ni media más ajustada!
Al mirarlo, sin querer
exclamé: «Por vida mía,
lo que es de *patología*
está bien esta mujer!
Con el instinto perverso
de aquel que navega en corso,
miré el anverso y el torso.
¡Jesús qué torso y qué anverso!
Luego, como en esta Villa
hay charcos dignos de barcos,
tú, por saltar esos charcos,
mostraste una pantorrilla!...
—¡Calla, Manuel! —¿Y por qué?
Yo me acerqué decidido,
y tú me diste un bufido.
—¿De veras? —¡Yo me achiqué!
Mas después, lleno de ardor
y esclavo de tu salero,
te seguí. Pasó un ratero,
y un ladrón, y un tomador,
y un prófugo, y un espía,
y no sé cuánto tunante,
y á ninguno le eché el guante
por seguirte, Rosalía.
Te convenció mi pasión
y lo franco de mi acento,
y te diste á parlamento
en la calle de Colón;
y al fin cedió tu esquivez,
y te apiadaste de mí,
y me diste el dulce *sí*,
junto á la calle del Pez.
—¿En la del Pez? ¡Falsedad!
—Quizá olvide algún detalle.
—No fué allí, que fué en la calle
de San Joaquín. —¡Es verdad!
—¿Ves cómo yo lo recuerdo?
—Y en prueba de amor sin tasa,
te acompañé hasta tu casa.
—¡A la calle del Acuerdo!
Y allí quedaste conforme...
—Y enamorado y rendido,
jurando ser tu marido
de gala con uniforme.
—Y vas de gala, lo sé.
—En resumen, Rosalía,
¡que he dado en la Vicaría
por haberte visto el pie!
Pero hoy cesan tus rigores.
—¡Que vas á ruborizarme!
—¡No transijo: has de enseñarme
otras cositas mejores!

E. NAVARRO GONZALVO.

CARAMELOS

Los gustos particulares son muy respetables. Cada cual siente los suyos y tiene sus inclinaciones.

Hay quien se hace macero, y quien profesa de lacayo.

Pero uno de los gustos delicados y propios de personas principales, es el de las golosinas. ¡Un chico de esos de la *Higa-lisa* que abuse de los caramelos, resulta tan simpático!

Hablando con cualquiera persona, en una visita de duelo, en el teatro, en todas partes, llevan las boquitas dulces.

Un bultito en uno de los carrillos denuncia los volteos que imprime dentro de aquella boca la lengua de su propietario, á un caramelo inocente y aromático. Porque ciertas personas todo lo usan aromático.

Perfumes en el pañuelo para la nariz; perfumes en la ropa; aromas en la cabeza; cigarrillos aromáticos; y los chatos abusan más.

Porque llevan narices de olor.

Cuando veo á uno de esos jóvenes acaramelados, siento impulsos de invitarles á tomar algo.

Los caramelos sirven para sinnúmero de aplicaciones.

Primero. Para que los individuos que usan media lengua, por gracia ó por desgracia especial, hablen aún más turbio.

Segundo. Para emprender la conquista de alguna mamá joven que acompaña á un hijo chiquitín.

El caramelo regalado al niño es el pretexto para armar conversación, que es lo que más fácilmente se arma entre varios sujetos.

También sirven los caramelos para dulcificar el carácter.

Por algo opina el vulgo que el dulce cría lombrices.

Pero suponen las gentes que las lombrices andan por dentro, como algunas procesiones; también conforme á los dichos vulgares.

Ahora van las lombrices fuera.

O, mejor dicho, se crían, viven, crecen, se desarrollan, aunque con descuento, hablan, si bien mal, *piensan* y enamoran á chicas bonitas.

Un caramelo de *La Pajarita*, regalado á tiempo, influye en el ánimo de la muchacha menos sensible, pero golosa, entre todas las mujeres.

Y si el galán lleva otro caramelo en la boca, y se declara al mismo tiempo en lengua con sordina, no hay hembra que le resista.

—Yo te quiedo máz que á laz niñaz de miz ojoz. Aspido á tu amod ó á devanadme ed cueyo.

Así se declaraba
un mancebo feliz que, cuando hablaba...

parecía su boca un surtidor de aguas, no potables, por supuesto.

Y primero le hubiera faltado el entendimiento que los caramelos.

Sus amigos le denominaban «El marqués de la Dulce Alianza.»

Había endulzado más corazones que pelos tenía en las patillas, y parecían dos lunares repugnantes á consecuencia de algún antojo de peluquería que sintió su madre en la época en que estuvo «interesante».

Un beso de una boca dulce en otra cuyos labios también han sido dulcificados, es un poema de confitería amorosa.

Cuesta trabajo á los labios romper aquel beso. La atracción amorosa del almíbar los une.

Hace poco tiempo hubo en Alcalá de Henares un ejemplo de la fuerza de la pasión en dulce.

Un joven, aprendiz de confitero, probaba una liga de miel y huevos acaramelados para preparar un plato de capricho con destino á un señor, canónigo de paso.

ARMONÍAS CONYUGALES

—La sorprendí con su amante y estuve muy enérgico. ¡Pase por ser la primera vez, la dije: pero á otra me veré obligado á imponerte un correctivo.

Y pasó en aquella sazón la novia del aspirante á confitero.

Este salió al portal, y ella entró para saludarle.

El atrevido mancebo, aprovechando la escasez de luz en aquel sitio, porque era esto al caer la tarde, y al descuido de la moza, la besó en los labios, pero recargando la suerte.

Vaya, tirándose con fe á besar.

Pues tuvieron que despegarles con agua caliente, á costa de escaldarles como á los gatos golosos.

—¿Quiere usted uno de menta, Etelvina?

—¡Ay! no, Dagoberto; eso nunca.

—¿Y de azahar?

—Bueno; gracias.

—Muerda usted la punta de éste...

—Pero, Dagoberto, es usted muy malo.

—La puntita, nada más; este piquito del caramelo.

Y algunas muerden.

Otras ladran exclusivamente.

Un caramelo puede servir para enredar una situación cómica.

Y para final de un drama.

Un condiscípulo mío que después de serlo se dedicó al ramo de *the funerales*, tiene en el baúl un drama terminado.

El protagonista muere intoxicado por un caramelo *de pega*.

Cuando aparece el juez para levantar «el esqueleto,» encuentra la escena en estado repugnante, y por un papelillo que ve en el suelo, se entera de lo ocurrido, y descubre la confitería delincuente. El drama tiene el título de *El caramelo del delito*.

Porque dice el autor que es más espiritual y más limpio cuanto se pueda decir y hacer del caramelo, que no del cuerpo. Y suena mejor el título.

Una de estas noches últimas, en el *foyer* de uno de los principales teatros de Madrid, ofrecía un joven, sin vegetación casi, un caramelo á un caballero á quien conozco.

Este es un coronel joven, pero un hombre.

—Muchas gracias, dijo, rechazando la oferta; yo no chupo; á la edad de usted era yo lo mismo...

—¿Lo mismo que yo? ¿goloso?

—Lo mismo que soy ahora: las mujeres son los únicos dulces que me agradan; los hombres dulces me empalagan sobremanera.

—Muchas gracias, dijo el acaramelado.

Y el coronel replicó:

—Eso no va con usted: me refiero á los hombres.

EDUARDO DE PALACIO

VIDA ÍNTIMA

—¡Malo, malo!... El señorito ya empieza á darme propinas de á duro.

VIDA PÚBLICA

—Pues señor, parece que todos los hombres se han vuelto menores de edad y no les dejan salir á la calle.

MI RETRATO

(AL ENVIÁRSELE Á UNA AMIGA)

Sumiso, como siempre, á tu mandato
(pues un ruego en tus labios me domina),
ahí te envío la imagen peregrina
que dan en afirmar que es mi retrato.
Pálido, triste, gordinflón y chato
me verás en la adjunta cartulina;
por donde fácilmente se adivina
que mi retrato te dará un buen rato.
No le muestres á nadie, sé discreta;
en él va solamente lo terreno,
que la materia vil forma y completa.
¡Si le quieres hacer retrato bueno,
añádele entusiasmos de poeta,
sueños de gloria y corazón sereno!

RICARDO CATARINEU.

De los Parises á los Madriles.

¡Qué ocasión para disertar ampliamente sobre la candorosa nitidez de la nieve y compararla á la blancura virginal de algunas mujeres y al virginal candor de otras, y ennegrecer unas cuantas cuartillas, poniendo á contribución las nevadas con que el mes de Marzo nos ha obsequiado durante sus tres primeros días!

Esto ha estado muy de moda en las crónicas nacionales y extranjeras; tan de moda, que resulta ya *demodé*, por no decir *cursi*: y tanto se ha abusado del tema y sus variaciones, que aun pretendiendo seguir las huellas tradicionales de los cronistas, ó croniqueros de ciento en boca, nada que ofreciera novedad podríamos decir sobre este particular á los lectores madrileños.

Aparte de que la nieve, que en el campo es muy bonita y hace un precioso efecto, en la ciudad resulta bastante sucia, pisada y revuelta con el fango, y no produce más efecto—al menos á mí—que un frío que entumece y hace que se le hielen á uno, no ya las palabras, sino hasta las conjeturas, como decía en cierta ocasión el inolvidable Roberto Robert.

Gracias á que el sol ha vuelto á saludarnos y confortarnos, cumplo hoy el grato deber de comunicarme con mis lectores madrileños; que si continúan los 14º bajo cero de que hemos disfrutado en París durante una semana, á estas fechas mi robusta persona habría pasado al estado de sorbete, que no es el más á propósito para escribir artículos.

—

Para ir entrando en calor, los parisienses—en propiedad ó más ó menos transeuntes—no perdemos ocasión de bailar como desesperados.

Es ésta la más bonita temporada de París. A las grandes fiestas y *soirées* del gran mundo, de las que no corresponde poca parte á nuestra colonia española y su parienta cercana la colonia americana, hay que agregar la multitud de bailes que en provecho de esta ó la otra Corporación filantrópica se organizan casi diariamente, y que rivalizan en originalidad y buen gusto; amén de que hay fiestas de éstas para todos los gustos, puesto que la escala corre desde el baile de las lavanderas, curiosísimo por demás, hasta la representación, en algún círculo ó *club* de los más distinguidos, de revistas ú operetas escritas expresamente para esas *soirées* por los mejores autores del género y desempeñadas por los socios y las más hermosas *estrellas* de los teatros del boulevard.

Uno de esos círculos se va á permitir el lujo de representar una revista—que luego se disputarán seguramente los directores de teatro—nada menos que de E. Blum y R. Toché, dos autores quizás los más queridos del público parisiense, y que acaban de obtener un legítimo éxito en el *Gymnasse* con su preciosa obra *Paris-Fin de siècle*, en la cual, sobre un argumento de costumbres, fina é ingeniosamente desarrollado, han sabido retratar, sin recargar colores ni caer en crudezas de situación ni de palabra (á que tanto se prestara asunto tal en manos de ingenios menos perspicaces y finos que Blum y Toché), la modernísima alta sociedad.

Esta obra entra de lleno en la verdadera literatura dramática *fin de siècle*; pues si el teatro ha de marchar á compás de las costumbres—que ya debemos salir de la vulgaridad de que aquel influye en éstas y reconocer que éstas son las que han de influir en el teatro,—*Paris-Fin de siècle* cumple la misión de retratar la modernísima sociedad parisiense, tanto en el gran mundo como en el *demi-monde*, que tan ancho lugar va ocupando en esta sociedad, sirviendo el elemento masculino, que reparte su vida entre ambos, de eslabón que une estos dos elementos sociales de la que pudiéramos llamar *alta vida*.

RECUERDOS

—Aquéllos, aquéllos eran soldados. No se nos permitía el uso de calcetines, por considerarlos como prenda afeminada.

Y ya que de teatros tengo que hablar, porque también estamos en la verdadera época de los estrenos, diré que *Monsieur Betzy*, cuya aparición en la escena de Varietés anuncié en mi *Crónica* anterior, no ha satisfecho por completo las esperanzas que en ella se fundaban.

Su autor, uno de los más fervientes discípulos de Zola, ha cargado de tal modo la mano en las exageraciones de escuela (sobre todo en lo que á la forma se refiere), de su modelo y maestro en la novela, que á la obra le haría falta una limpieza general para ser presentable.

La misma obra completa de Zola, con toda su gran importancia é influencia en la literatura moderna, ¿no necesitaría también un poco de quitamanchas? *Nana*, *La Terre*, ¿no ganarían mucho con esa limpieza?

Aun así, *Monsieur Betzy* dará un dineral á Varietés; porque estamos seguros de que muchas señoras de veras, después de jurar en público que no irán á ver esos horrores del *menage à trois*, enviarán por una *baignoire* bien escondidita y disfrutarán de todas las crudezas de situación y diálogo, detrás de la celosía prudentemente levantada de su palco. No hay filón como la curiosidad femenina.

—

Hemos tenido doble ejecución capital en una sola semana.

Dos apreciables jóvenes, el menor de dieciocho años, han pagado en la guillotina una *niñería* que habían hecho hace poco menos de un año. ¡Una bicoca! Habían asesinado á una anciana de cerca de ochenta años para robarle unas cuantas pesetas.

Contando con los cuarenta y tantos días que estos chicos, que se han malogrado al principio de su carrera, han esperado en la Roquette á que el recurso de indulto fuese admitido ó no, han bastado á la policía y la justicia francesa doce meses escasos para descubrir los autores del crimen, juzgarlos y *les raccourcir* (acortarlos), como aquí dicen los pilluelos al hablar de los guillotinados.

¡Lo mismo que en España! ¿Se sabe ya algo positivo de lo de la calle de Fuencarral?

Esta ejecución me trae á la memoria una frase ingeniosísima de uno de los más graciosos cronistas de París, que me viene de molde para poner remate á esta *Crónica*.

Un jugador empedernido había ido cayendo, de escalón en escalón, hasta el crimen, y fué condenado á muerte.

Uno de sus últimos caprichos fué jugar una partida de *ecarté* con el verdugo.

Al llegar al pie de la guillotina el día fatal, se volvió al ejecutor, y con la mayor amabilidad le dijo, mostrando el instrumento terrible:

—¡Usted corta!

R. BLASCO

París 13 Marzo 1890.

PACOTILLA

Leo que don Modesto Mesa y Moras,
persona á quien no trato,
y que es de ideas civilizadoras,
de presentar acaba un aparato
que la sublime utilidad encierra
de que, en caso de guerra,
en veranos lo mismo que en inviernos,
economicen hombres los gobiernos,
cuando en momentos que hay aterradores
son los peligros *mucho más mayores*.
Supongo que será la invención esa
de don Modesto Mesa
una especie de máquina grandiosa,
ó caja con sorpresa,
ni muy chica ni muy voluminosa,
que llevará el ejército á campaña
si cualquiera nación provoca á España,
ó si dentro del patrio territorio
se promueve otra vez algún jolgorio.
Llegará, digo yo, la hora suprema
de que se rompa el fuego,
y como el jefe, al empezar, no tema,
si no es un jefe lego,
que peligre la vida de un soldado
por cualquier incidente inesperado,
dejará que se batan los bisoños,
á fin de que después se pongan moños;
pero si el riesgo ve de que se pierda
un individuo solo de su gente,
al punto ordenará que ésta se ausente;
y al aparato, entonces, dando cuerda,

de él surgirán maravillosamente
regimientos de á pie y caballería,
piezas de artillería,
Guardia civil, brigadas de ingenieros
y hasta carabineros:
¡todos artificiales
para evitar desgracias personales!
Si es así el aparato, como cuento,
no hay tesoros, ni cruz, ni monumento,
ni medallas de honor deslumbradoras
para premiar el prodigioso invento
del señor don Modesto Mesa y Moras.

—

El otro día se reunieron en la plaza pública de Ecija 1.400 braceros pidiendo aumento de jornal.

Y fué el Gobernador y mandó treinta guardias civiles para mantener el orden.

No faltará por ahí algún maestro de escuela que exclame al leer esto:

—¡Ay, quién fuera orden para que le mantuvieran á uno!

—

A un joven y apreciable caballero
de Tudela de Duero,
se le ha escapado su querida esposa,
joven bastante hermosa.
¡Yo pongo á Cristo Padre por testigo
de que no fué conmigo!

—

Días pasados intentó suicidarse una joven cigarrera tomando una disolución de fósforos.

Afortunadamente se llegó á tiempo y se pudo contrarrestar la acción venenosa.

No quiso ella el suicidio consumar,
y como hombre de bien yo no me apeno.
Si se hubiera querido suicidar,
¿no tenía en la Fábrica un veneno
que es más difícil de contrarrestar?

—

Dice un periódico que en unos terrenos de la Sierra de Trébenes (Málaga) *se ha descubierto* el cadáver de un hombre.

Ha hecho muy bien en descubrirse, sobre todo si pasaban señoras.

La buena educación está bien, aunque sea en un cadáver.

—

Luego dice el mismo periódico que es un cadáver que no se sabe á quién pertenece.

Yo, por lo pronto, me apresuro á declarar que no es el mío, en buena hora lo diga.

Pero, señor, ¿tienen más que anunciarlo en el *Boletín Oficial* de Málaga?

¡O hay interés ó no en que parezca el dueño!

Parece mentira que no se les ocurra un procedimiento tan sencillo.

Ahí va la minuta para ahorrarles trabajo:

«La persona de quien sea un cadáver que se ha encontrado en la Sierra de Trébenes (Málaga), se servirá pasar á recogerlo á tal parte, donde dando las señas se le entregará, sin más condiciones.»

Digo, esta es la fórmula corriente de esa clase de anuncios.

—

¡Olé los toreros!

Mazzantini, según noticias que han llegado á mis oídos, se ha embarcado ya en Montevideo para Cádiz y se trae de allá cuarenta mil duros en oro y más de quince mil en regalos que le han hecho los americanitos y las americanitas.

Como yo vuelva á nacer,
si es cierto el espiritismo,
antes de pedir la teta
¡voy á pedir un novillo!

—

Pues, señor, con eso de la electricidad va á llegar día en que no vamos á tener que hacer nada.

Ahora se ha establecido en Berlín un café en que la electricidad lo hace todo.

Ella alumbra todas las dependencias, calienta el agua, prepara el café, lo tuesta, lo muele, lo hace, lo cuela y se lo sirve, por último, á los parroquianos, por medio de un ferrocarril eléctrico que circula por todas las mesas.

Si como ese café se ha establecido en Berlín se hubiera establecido en España, ya había quien á estas horas había inventado el medio de dar otra aplicación á ese ferrocarril eléctrico.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

Federico Chueca.

POPULARÍSIMO MAESTRO COMPOSITOR

¡La de marcharse en él sin pagar el gasto!

—

Por el frío impresionado,
dice un diario de Asturias,
que son muy buenos los *rusos*
para esta temperatura.
Con perdón de ese colega
si mi opinión le disgusta,
yo creo que para el frío
¡son preferibles las *rusas!*

JOSÉ ESTRAÑI

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 77 | 15 CÉNTIMOS | 22 de Marzo de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. | Revista semanal. | Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.

CUESTIÓN DE GUSTOS

—Es inútil que se canse usted, caballero... Ya se lo he dicho. A mí no me gustan los tontos.
—Pues á mí sí.

CUENTA CORRIENTE

ESTA semana van á sufrir nuestros amables lectores una amarga decepción.

El tenedor de libros de Los Madriles, nuestro querido amigo y compañero Felipe Pérez, está sufriendo una *infundiositis* aguda, y no puede ajustarles á ustedes la cuenta.

Me encarga á mí de su reemplazo, y al efecto pone abiertos y ante mi vista los libros de la contabilidad, y dice: «¡Ahí queda eso!»

Desgraciadamente, yo no sé á punto fijo cuánto suman 13 y 21, y la cuenta no puede salir bien.

Tendré, pues, buen cuidado de estampar al final las consabidas S. E. U. O., y ustedes dispensarán que, obligado por las circunstancias, reemplace á tan experto *tenedor* un medio *cuchara* como yo.

Afortunadamente, cuenta errada no vale, y ustedes estarán en su derecho no pagándola si no la encuentran aceptable.

Y basta de matemáticas. Dicho esto en descargo de mi conciencia, y deseando que Dios mejore las horas de Felipito, entro en materia, y digo:

—

En Blascoeles, pueblecillo situado á cuatro leguas de Avila, ocurre un suceso extraño, que está llamando poderosamente la atención de aquellos vecinos.

Un muchacho de catorce años de edad vió en la pared de su cuarto unas sombras que aparecían y desaparecían con precipitación, tomando distintas formas y variados aspectos.

El chico llamó á su madre y la enteró del caso. La madre vió efectivamente las sombras; entonces llamó á una hija suya, y la joven vió lo mismo que su hermano y su madre.

La noticia cundió, y no sólo del pueblo, sino de todos los inmediatos, acude la gente en peregrinación para observar el curioso fenómeno.

De Avila salen diariamente más de cuatrocientas personas con el mismo objeto, y se asegura que una comisión de notables, de hombres de ciencia, ha tomado en serio la paparrucha, y va á estudiar *eso de las sombras.*

Lo *asombroso* es que el gobernador de la provincia no haya tomado ya cartas en el asunto.

¡Sombras, brujas y aparecidos á fines del siglo XIX!

A ver, que les envíen á esos chicos de Blascoeles un teléfono, un fonógrafo... y un maestro de escuela.

El colega de donde tomamos la noticia no dice si ha sido llamado el cura para exorcizar la casa y ahuyentar *los malos* á fuerza de latines y agua bendita.

Pero lo habrán llamado.

¡Digo, en Avila!

Lo que sí apostamos es á que no falta en el pueblo un corralón donde correr vaquitas los domingos.

¡Vaya!

—

Voto en pro.

Gran número de socios del Círculo de la Unión Mercantil piensan proponer á la Junta directiva que, entre las fiestas que organice la Sociedad en la segunda quincena de Mayo, sea una de ellas un banquete dado á varios pobres de los diferentes distritos de Madrid.

Que haya de todo.

Verbenas y cabalgatas,
entusiastas expansiones,
músicas y serenatas,
rifas, toros, orfeones...
y unos *bistés* con patatas.
La idea es archioportuna,
que si es justo solazarse
y gozar de la fortuna,
es noble y digno acordarse
del pobre infeliz que ayuna.

—

Esta noche, si no ocurre algún aplazamiento, se verificará en el Teatro Real el beneficio del distinguido maestro Mancinelli, con la primera representación de la ópera de gran espectáculo, *Tannhauser.* Los apasionados del insigne maestro Wagner, cuyo retrato publicamos en este número, aseguran que esta obra es una de las mejores de su repertorio.

Ricardo Wagner.

ILUSTRE COMPOSITOR ALEMÁN, AUTOR DEL *Tannhauser.*

La oiremos. Por de pronto, demos las gracias al aplaudido director y á la Empresa del Teatro Real, que nos proporcionan la ocasión de conocer la célebre producción del eminente músico alemán.

Luis Calvo.

AUTOR DEL DRAMA *El crédito del vicio.*

—

Todos ustedes han leído la odisea del pobre demente que, trastornado por la manía de las grandezas, ha pretendido ocupar la subsecretaría de la Presidencia, una secretaría del Senado, y jurar el cargo de diputado.

Verdaderamente se necesita estar loco para pretender esas cosas.

Pero hay algo en esto de los locos que siempre me ha llamado la atención.

Unos se figuran ser Reyes, otros Duques, Arzobispos, Generales; el que menos, millonario. ¿Conocen, ó saben ustedes de alguno de estos desgraciados al que le haya dado la manía por creerse mozo de cuerda, y que haya bajado á la estación á cargar baúles?

¡Quiá!

—

Al médico de la cárcel de Orense le han sustraído el reloj del bolsillo en el acto de la visita á los presos enfermos.

No hay por qué escandalizarse.

No significa maldad
el robo, y lo probaré.
Allí la alhaja era de
primera necesidad.
Bien la razón se adivina,
y el ladrón no se desdora.
¡Robó por saber la hora
de tomar la medicina!

—

El Galgo y *el Conejo* robaron en una tienda de la calle de la Audiencia una pieza de tela; escaparon los dos con la ligereza propia de sus *apodos respetivos;* pero *el Galgo* fué alcanzado en Puerta Cerrada.

¡Era natural!

Halló cerrada la puerta,
y ante esta infame celada,
miró su desgracia cierta.
¡Si en vez de Puerta Cerrada,
topa *el Galgo* con la abierta!

A estas horas estaría el pobre *Galgo* tan tranquilo como estará *el Conejo.*

En su madriguera.

S. E. U O.

E. NAVARRO GONZALVO.

FELICITACIONES

que
á esos tres Pepes mandé,
—que otra cosa he de mandar—
el diecinueve de Mar-
zo, día de San José.

Á JOSÉ ESTRAÑI

Vale usted un tesoro,
y hoy que es su santo,
Santo que solemnísimo
le han declarado,
solemnemente
felicitarle quiero,
señor don Pepe.
Sólo deseo, Estrañi,
porque le estimo,
que tenga usted más duros
en el bolsillo,
que pestes le echan
las beatas y curas
que hay en la tierra.
Así exista más años
este don Pepe,
que críticas pesadas
ha hecho Cañete.
¡Viva el Gobierno
si hace las *Pacotillas*
libro de texto!

Á JOSÉ JACKSON

A éste que escribe muy bien
y en sus obras teatrales
derrocha gracia á raudales,
le felicito también.
¿Y qué le voy á mandar
á Jackson?... ¿Botellas?... No;
¡tiene él un *Chateau Margaux*,
que á mí me gusta ¡la mar!
Nada á su ingenio se escapa,
y nadie habrá que me increpe
si digo que este don Pepe
no ha escrito nunca una papa.
¡Ojalá, Jackson fecundo,
tenga usted de renta, fijos,
tantos millones como hijos
y obras ha dado usted al mundo!

Á JOSÉ ZAHONERO

Aunque haciendo cuentos eres,
mi buen amigo, un portento,
sé que al decir que me quieres,
lo que me dices no es cuento.
Y yo, que quiero estrechar
de nuestra amistad los lazos,
te quiero felicitar
y te envío mil abrazos.
¿Que es poca cosa? Lo sé;
tienes razón, Zahonero.
¿Pero qué te enviaré,
que cueste menos dinero?
Con tu Santo ya contaba;
y aunque todo está muy malo
amigo Pepe, intentaba
ofrecerte un buen regalo.
Mas fracasan mis intentos..
No por eso te resientas,
que, aunque me gustan tus *cuentos*
me desagradan las *cuentas*.

—

Los versos son muy malos;
pero dispensen
esos Pepes, que valen,
á este otro Pepe.

J. RODAO.

EX RUBOR

—Me taparé la cara, no porque me dé vergüenza, sino porque no vea que ya no me ruborizo de nada.

NOSTALGIA

—Ea, que tengo sueño y me voy á la cama. ¡Ay, qué ganas tengo de decirlo en plural! ¡Tenemos... Nos vamos!. .

EL HÁBITO NO HACE AL MONJE

No se puede vivir tranquilamente en estos tiempos que alcanzamos. El jurado, el sufragio (todavía en canuto), y demás conquistas de la civilización moderna, han venido á aumentar el número no pequeño de las molestias de la vida; pero la mayor de todas, de las conquistas ó de las molestias, como el lector quiera, es á no dudar la prensa periódica.

Cuando más en posesión se encuentra uno, ó cree estarlo por lo menos, de aquella *apathia* tan recomenda por los estoicos; cuando más se cree uno gozar del placer de no gozar nada, único verdadero en la tierra, salta y viene... la hoja diaria con alguna historia, ó cuento, espeluznante ó con alguna cuestión trascendental, ó transcendente, que hace perder á nuestro espíritu el equilibrio inestable en que se hallaba, haciéndole describir las oscilaciones de la mayor de las inquietudes. ¡Adiós entonces la tan deseada ecuanimidad, muerta á manos de *Un crimen misterioso* ó del puente más alto y más largo de la tierra!

Tengo un amigo á quien le ha hecho perder el sueño, por más de una noche, el dique seco de los ingleses. Al pensar en esta y otras hazañas del periodismo, casi me siento tentado á elevar á la categoría de dogma aquello que dijo uno que valía por muchos: «dos plagas, desconocidas de las generaciones pasadas, afligen á la actual: el cólera morbo y la prensa periódica.»

Y con tanta más razón me inclino á proclamar este nuevo dogma, por cuanto mi naturaleza impresionable me produce, influída del periódico, algo parecido á lo del amigo del famoso dique. Desde que he visto lo que se escribe entre nosotros á propósito de la indumentaria curial; desde que leí la historia, ó lo que sea, de una toga encontrada en el armario de cierta viuda allá en el país de los maestros de los españoles, no paro ni sosiego, viendo por todas partes garnachas y golillas, togas y bonetes, que han acabado por sugerirme la cuestión siguiente, y lo demás que para su solución propongo: ¿Es necesario determinado vestido para determinadas profesiones? O en otros términos: ¿Es necesaria cierta apariencia en cierta realidad?

Para bailarinas ó acróbatas la cosa no ofrece duda, como que el decoro público prohibe echar las piernas por alto sin una

PONIENTE

—Me *paice* á mí que se va á levantar un *temporar* que ¡ya, ya!

malla protectora del pudor, como que el traje de la calle impide la soltura de los movimientos de nuestros miembros. Item más, cuando las funciones que ha de desempeñar el individuo son de aquellas en que no se necesita quemarse las cejas para aprenderlas, habiendo muchos, por consiguiente, que las puedan ejercer, claro es que conviene uno ó varios distintivos, á fin de evitar confusiones. Por esto son de necesidad en barrenderos, mozos de cuerda, de estaciones, niños del *Continental Express* (en inglés para mayor claridad), etc.

Y á propósito de confusiones, debe evitarse, por quien pueda, el uso de signos equívocos; porque á lo mejor suele uno, á la vista de un zapato con resplandeciente hebilla y de una media morada, creerse en presencia de un Monseñor, á quien hay que besarle el anillo en señal de veneración, y se encuentra de manos á boca con una Monseñora, á quien también le besaría algo y aun algos, con mejor gana seguramente que al primero. Por otra parte, ¿quién no ha celebrado ruidosamente las cortesías que los recién venidos de la dehesa, de la tierra, prodigan á los porteros de las oficinas del Estado, á causa de los majestuosos levitones galoneados de plata y oro en que van metidos? Esto del equivoquismo en los signos, que á primera vista parece cosa baladí, da mucho que pensar á los tratadistas militares; pues dada la gran semejanza que hoy existe en el vestuario del soldado de casi todas las naciones europeas, podrían originarse en una función de guerra (¡bonita función!) gravísimas complicaciones.

LEVANTE

—¡No le dije, ya se levantó.

Es tan necesaria la apariencia en algunas profesiones, como que á ella deben los que las profesan sus mayores triunfos; díganlo, si no, los autores de los más celebrados timos.

LA EDUCACIÓN SOBRE TODO

—Buenas noches... y si quieren ustedes descansar...

En esfera muy distinta (prueba de la generalidad de mi aserto), se da el mismo caso. Si á muchos de nuestros inmortales—vulgo académicos—se les privara de la casaca y del espadín, ¿qué les quedaría de inmortalidad? Creo, de acuerdo con los mejores autores, que todo sería ya en ellos mortal, y simple por añadidura.

La diferencia por el vestido es análoga á la de los animales por las manchas de la piel; pero en el hombre hay más riqueza de contenido que en el bruto, por lo que las diferencias son más hondas de individuo á individuo, y de un orden más elevado, sobre todo, cuando una labor asidua y prolongada los ha llevado, á los individuos, por senderos diversos. No pueden ser, pues, confundidos un médico, un abogado, un sacerdote, un militar, propiamente tales, aun cuando desaparecieran los signos exteriores. El continen e, las ideas, los hábitos de tales personas, los denunciarían en seguida, sin el auxilio de las manchas de la piel, sin el auxilio del vestido, quiero decir. Aquí es donde mejor cuadra el proverbio que sirve de título á estas ligeras reflexiones. ¿Cómo esas clases privilegiadas gustan también de cintajos y de adornos? ¿Cómo conservan y defienden, con un calor digno de cosas de más fuste, ya el *atrezzo* bélico, ya el guardarropa sagrado, ya en fin, la garnacha curialesca?

Hay en nosotros el instinto de la distinción, y cuando no podemos cumplirlo individualmente, lo hacemos en montón, esto es, por la familia, por el pueblo, por la clase á que pertenecemos.

Nada hay, por otra parte, tan fecundo como la vanidad para inventar razones en que apoyarse; las hallará hasta en un lobanillo, á falta de otra cosa mejor, y logrará fácilmente su objeto con la apariencia, con unos trapos cortados de este ó del otro modo, siempre que le sea imposible conseguirlo con la realidad.

De todas las clases antes nombradas, ninguno con más disculpa que la de los abogados; pues lógico es que los que hacen su Agosto con pareceres, cuiden de su buen parecer.

Es además el ropaje de la clase, del instituto á que se pertenece, lo que la rima al verso, la que, como es sabido, disimula muchas faltas de éste; es la hoja de parra que á menudo encubre las desnudeces morales ó intelectuales de algunos desvalidos según la naturaleza, no según el favor.

En un pueblo falto de instrucción, que apenas vive otra vida que la del sentido; en el *pueblo menos civilizado de Europa*, por ejemplo, ¿qué valor ni qué autoridad tendrían las predicaciones del sacerdote, los informes del abogado, los actos de abnegación del soldado, dichos y hechos con un traje igual ó poco desemejante al de los demás mortales? En algunos puntos quizá se reirían en las mismas barbas de sus autores. Pero vístase el primero de éstos de latín, esto es, de traje talar; vuélvase el segundo por algunas horas una especie de eclesiástico; adórnese el tercero con todos los colores del arco iris, y ya podrán decir y hacer, con la seguridad de ser escuchados y obedecidos, cuanto bueno, mediano y aun malo se les viniere á las mientes. Para pueblos así debía el proverbio, título de estas líneas, haberse formulado al revés, es decir, que el hábito hace al monje.

Una confusión muy diversa en sus causas, pero muy parecida en sus efectos á la que apuntaba yo al principio, sucederá con la supresión de tales distintivos, *artefactos*, que diría alguno. No ciertamente por deficiencia de la persona contemplada, sino por ignorancia de sus contempladores. Les ocurriría á éstos algo semejante á lo que de seguro pasaría entre los animales, vistiendo todos nosotros del mismo modo.

Los astrónomos ven, ó dicen que ven, en idea por supuesto, la Tierra desde otro planeta; ¿por qué no me ha de ser dado ver la humanidad desde el reino animal? Concedida la hipótesis, vengamos á las

EL PRADO

del sombrero rojo
escapó con Pepito.
! ¡Infeliz, me da
?
el.

consecuencias. Hoy, con nuestro modo de ser y de vestir, los animales ilustrados nos conocen... hasta cierto punto. Un perro ladra á un pobre, y mueve la cola á quien no lo es, ó á lo menos no lo tiene por tal; prueba evidente de conocimiento y de saber vivir, pues sus ladridos al primero y sus agasajos al segundo son, si bien se consideran, el refrán: «más da el duro que el desnudo,» traducido al lenguaje canino; y todo eso lo hace el bueno del bruto por la apariencia, porque de cierto ignora lo que reza la cédula de vecindad de los interesados. Suprímanse las diferencias externas, y caerá en seguida en tremendos errores: verá á uno arengando á sus huestes, lo creerá militar, y hallará que es un valeroso presbítero de nuestras contiendas civiles; notará que otro se pasa la vida procurando nuevos mercados á sus productos, lo creerá comerciante, y se lo encontrará sabio; tendrá á uno, consagrado al estudio de nuevas combinaciones químicas, por sabio, y lo hallará militar; oirá á otro charlar horas y horas para no decir, ni hacer, ni nada, que es la más negra, cosa de provecho, se lo figurará sacamuelas ó quitamanchas, y lo encontrará orador político. Cierro aquí la lista de los *quid pro quo* de los irracionales, porque, de querer continuarla, antes me había de faltar el papel que la materia. ¡Tantas son las incongruencias entre la apariencia y la realidad!

Resumiendo: la especialidad de la forma es necesaria *per se* en individuos de un fondo común, y es necesaria *per accidens* en los de un fondo especial. No debería ser lícito prescribir ni proscribir su uso: debería dejarse á cada cual la tarea de hacer de su capa un sayo.

JOSÉ M. ESBRÍ.

Al són de mi guitarra.

Que el fuerte se coma al débil
es cosa muy natural...
en sociedades de fieras
sin pizca de caridad.

Los hechos no se discuten.
Enseñanza incontestable.
Según van cayendo templos,
van levantándose cárceles.

He perdido la esperanza,
y me han quitado la fe.
Pues venga pronto un revólver,
y mataré ó moriré.

ABDÓN DE PAZ

SEVILLA STREET

Es otra calle, y aun será otra cuando terminen las obras de *La Equitativa*.

Esos, chulo, ¡oh dolor! que ves ahora,
solares con barrera empapelada,

en los que anuncian las empresas teatrales las obras de *esos*, porque la mayoría de las que se representan en los teatros son de *esos*, fueron un tiempo «elegantes» edificios de la calle de Sevilla.

Allí, en aquella vía, más de un Scipión de vencedora espada ó de sable vencedor, ejerció sus treguas.

Allí la vencedora colonia de cómicos movilizados fué.

Y digo vencedora por los aplausos que, según ellos, recogen en cuanto trabajan en las principales posadas del Reino.

Allí se reunieron los hombres notables en política, y letras, y artes, antes de llegar á serlo.

Aquélla fué la primera tribuna para algunos diputados «todavía inconscientes.»

En aquel rincón famoso del café Suizo, en torno á la mesa en cuyo mármol

NOCTURNO

—¿Voy bien para la Puerta del Sol?
—¡Adonde va usted á ese paso es á la cárcel!

apuntaron sus caricaturas primeras Ortego y Valeriano Becquer, dos genios artísticos arrebatados prematuramente por la muerte.

En aquella mesa escribió, tal vez, sus ensayos poéticos y sus artículos, modelos de color y de riqueza de imaginación.

Allí brotaron los chistes del inolvidable Eduardo Inza.

Allí hicieron sus primeras armas literarias ó artísticas, respectivamente, Ayala, Alarcón, Palacio (Manuel), Robert y otros insignes escritores.

Pintores como Sala, Pellicer, Francés y Vallejo.

Escultores como Ponzano, San Martín, Duque, y artistas en general como Barbieri, Arrieta, Bernardo Rico y otros muchos.

Hoy nada representa aquel rincón.

La reforma ha concluído con todo.

Desaparecieron el nido y la mayoría de los pájaros.

Quedan muchas vacantes de persona.

Aquel puesto avanzado de la bohemia ilustre, se ha convertido en punto avanzado de la tauromaquia ó de la curia, de cualquiera cosa iliteraria y antiartística.

La calle de Sevilla era en otro tiempo

EN EL REAL

—*Partiamo, partiamo, partiamo...*
—Pues vaya usted con Dios, que si no se está así toda la noche.

paso peligroso para transeuntes de bien.

Apostadero general de vagos, campamento de *puntos figurados* y MM. Groupiers, cuartel general de inválidos de la nómina teatral, observatorio de pegotes y gorrones de oficio, pasadizo de chicas trashumantes y «estrellas erráticas,» y centro de operaciones de seminovilleros, semicómicos y demás gente baldía y de costumbres dudosas, fué la calle de Sevilla. La piqueta regeneradora destruyó los esbeltos edificios de la acera de los nones, y respetó la de los pares.

En la primera fué donde admiró el público los establecimientos de Santiago con mariscos, la taberna augusta del tío Lucas y la *Guerra bella*, que nunca supe lo que significaba.

Varios toreros de los que en la tienda ó en la plaza «mercan cinco pesetas,» como dicen los vendedores ambulantes de lapiceros y tarjeteros y otros artículos de primera necesidad, se corrieron á la calle de Sevilla, desde la acera del café Imperial.

El personal de comediantes de paso, también aumentó con el derribo.

FILOSOFÍA

Meditación ante unas ruinas

—Así deberían dejar esto, opinaba un galán de carácter, pero sin ropa. Tendría el vecindario donde respirar; porque en Madrid no hay paseos. En Cuenca, donde yo he hecho la temporada, tienen un paseo, una glorieta, que es una gloria.

—Esto sería muy bueno, particularmente para los actores sin contrata, afirmaba un actor cómico para afuera, y con los tacones de las botas torcidos por un aire. Pero el Ayuntamiento, sin atender á tan modestas aspiraciones de los artistas solares, resolvió activar el derribo, y con la bravura con que siempre se llevan á cabo los derribos exclusivamente, en poco tiempo no dejó piedra sobre piedra.

Y en seguida empezó la invasión de los adoquines. Al empedrado de artistas sucedió el de adoquines.

El arte cedió el puesto á la piedra.

La piedra ha sido la debilidad de varias administraciones municipales de Madrid.

Del lado de la Carrera de San Jerónimo, la industria y el comercio levantaron algunos alcázares de madera, «que á su propia pesadumbre se rindieron.»

Necesidades del servicio expulsaron á las chicas floreras que se han «derramado» después por diversos sitios.

El despacho de billetes de la Plaza de Toros, cajón con figuras que embellecía aquella acera de los nones, también saltó á la calle de Alcalá. Un cambio de vistas.

En esta calle se conservan algunas casitas suizas, no de vacas, sino de fenómenos y cicloramas, vinicultura y toros

Embellecen una parte *retirada* del centro de la capital.

Se habló de convertir en estanque uno de aquellos solares, para criar patos y gansos, confiando en que no faltaría base de voluntarios.

También se habló de formar bosques y soltar conejos para proporcionar al vecindario un soto en buen sitio.

La Equitativa ha salvado á Madrid del soto y del estanque.

Pero aún quedan solares para ellos.

EDUARDO DE PALACIO.

El trescientos por ciento.

Confieso, con dolor de corazón, pero sin esperanzas de enmienda, que mi letra es casi ininteligible; sí, señor, que lo es, aunque no tanto como la de mi querido amigo *Clarín*, porque esa es ininteligible del todo. Ya comprendo que esta noticia acerca de mis primores caligráficos nada tiene de interesante; pero ¡qué diablos! si solamente hubiesemos de escribir de cosas que tuvieran interés, pocas veces escribiríamos. He traído á colación esto de mi letra para explicar á ustedes el porqué de mi repugnancia á rectificar frecuentísimas erratas que en mis articulejos aparecen; erratas de las cuales no tienen culpa los cajistas—esos colaboradores infatigables del escritor, á quienes de una vez para todas pido sinceramente perdón por las desazones que les he causado y por las que ¡ay! presumo que he de causarles todavía,—sino mi pícara letra que, á las veces, ni yo mismo sé descifrar al poco tiempo de haberla escrito.

No me asombra, por consiguiente, que cuando he escrito, ó querido escribir, *las señoritas de Pérez*, haya aparecido impreso *los señores tíos de Pérez;* ni me enojo cuando—corrigiéndome la plana con sanas y rectas intenciones que agradezco—me hacen decir *perjuicio* donde quise expresar *prejuicio*, ó *casualidad*, alguna vez que hablé de *causalidad*; ni porque habiendo escrito yo *exotérico*, me hayan plantado *esotérico*, que es precisamente todo lo contrario.

Ha de serme permitido, no obstante, que, sin ejemplar, y por las especiales circunstancias que en ella concurren, llame la atención de los lectores sobre un error en que, no sé si mi letra endemoniada, como ya llevo dicho, ó la candorosa inexperiencia de mi colaborador el ciudadano cajista, me hizo incurrir no ha muchos días. Hablaba yo de capitales colocados al 300 por 100 de interés, y á la cuenta el cajista, á quien la cifra 300 debió de parecer enorme, excesiva, exorbitante, suprimió un cero y dejó reducido el interés á un 30 por 100 que ya

LOS EXPLORADORES

—¡Oh cuánto raro es esto! En España, un país salvaje, llueve lo mismo que en Inglaterra, país civilizado.

cabe bajo la denominación de usurario.

«¿Cómo es posible, se preguntaría á sí mismo el cajista, que haya prestamista capaz de exigir un 300 por 100 de interés? ¿Cómo es posible que, aun puesto el caso de que él lo exija, haya necios y estúpidos que se lo paguen? No; el autor ha querido indudablemente escribir 30, y el otro cero ha sido una equivocación.»

Y fué ¿y qué hizo? Pues nada, que cogió muy bonitamente el cero sobrante (sobrante á juicio del cajista) y compuso 30 por 100, y se quedó tan fresco.

Pues no, amigo mío, no; quise decir *trescientos por ciento*, y todavía me quedé corto.

Hay capitalistas—ya sabemos que entre nosotros se llama capitalista á quien tiene catorce pesetas—que prestan á ese *módico* interés, y á otros más crecidos, y hay mentecatos que pagan eso y pagarían más, si les pidiese, porque la necesidad carece de ley, y el que necesita dinero no razona.

¡¡El 30 por 100!! ¡Bah! ¿Y qué vale eso? ¡Valiente puñado son tres moscas! Empleando un capital de 1.000 pesetas, es un suponer, en algo que produzca 30 por 100 anual, ¿en qué se han convertido las 1.000 pesetas al cabo del año? En 1.300.

Se habrán ganado *trescientas pesetas* en doce meses: ¿puede llamarse ganancia á eso? Eso es una miseria, y con tan mezquino interés no hay manera de salir de pobre. Es necesario que el capital, cuando es tan reducido, se triplique, por lo menos en un año, única manera de que los *cuatro mil reales* se hayan transformado en *un millón* de reales á la vuelta de media docena de años, y todo otro andar, es andar á gatas.

¿Que no hay industrias en que puedan obtenerse esos resultados?

¡Vaya si las hay!... Pues si no las hubiera, ¿podrían explicarse tantas y tantas fortunas improvisadas legalmente?

No hablo yo de los préstamos al 5 por 100 mensual (60 por 100 al año), en que los intereses se acumulan cada mes al capital y produce á su vez nuevos intereses, que también se acumulan, y así sucesivamente; no menciono los giros al descubierto, hechos á ciencia y paciencia del que descuenta las letras, y que no las envía al cobro; ¿para qué? y que se renueva después agregando gastos de protesto que no se han hecho, cuenta de resaca que no ha habido, cambio que no se ha sufrido y mil otras cosas que, en muy pocos meses, de un préstamo insignificante hacen un cirio pascual; no señalo esos anticipos, hechos á pobres mujeres para vestirse de lujo, á *peseta por duro* cada semana, esto es, á *1.040 por 100* al año (que es algo más del 300 por 100), porque al cabo, en opinión general, á esas infelices así explotadas les cuesta muy poco trabajo ganarlo; pero hay en Madrid, y supongo que en casi todas las grandes poblaciones, otra industria más provechosa todavía.

Hay prestamistas que dan á primera hora de la mañana *un duro* á la vendedora ambulante que carece de recursos para adquirir algunas frutas ó verduras que revender después por las calles. Hecha su venta, la comerciante callejera devuelve á la prestamista *un duro* y *un real*; capital é interés, y se va tan contenta con los tres ó cuatro que ha obtenido de beneficio por su trabajo de todo el día. Aquel real producido por un duro representa un 5 por 100... ¡al día! esto es, un 1.825 por 100 al año.

Tiene esos sus quiebras, pero son pocas; porque la prestamista no da el duro sin saber á quién lo da y cómo lo da, y porque la pobre vendedora ambulante sabe de sobra que, perdiendo su crédito, pierde su modo de vivir, y antes se queda sin la ganancia de un día que dejar de pagar á la usurera el capital con los intereses.

Ya ve mi buen amigo y colaborador, á quien parece escandaloso el interés de 300 por 100, cómo todavía me quedo á menos de la mitad del camino.

También ahora me detengo sin haberlo andado todo, porque después de señalar el mal, era lógico indicar el remedio—que lo hay—porque para todo hay remedio, menos para la muerte; pero las indicaciones del remedio (algo radical, muy radical) sobre exigir más espacio del que tengo ahora á mi disposición, es fácil que escandalizase á los pacíficos lectores de LOS MADRILES, y líbreme Dios de llevar la perturbación y el sobresalto á sus bienhadados hogares.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

BANQUETEO

¡Cuidado si se come en este Madrid!

Y conste que no me refiero al consumo que cada particular pueda hacer en su domicilio, y sí solamente á lo que pudiera llamarse banqueteo oficial.

No hay acontecimiento, por insignificante que parezca, que no se solemnice con un almuerzo, comida ó cena. Para disimular en parte este afán devorador de los madrileños, el mundo elegante ha inventado los *thes, lunchs, five ó cloks*; pero tan abundantes y exquisitos, que más de dos y más de tres personas que yo me sé, sólo viven y se alimentan de lo que la esplendidez de los anfitriones pone á disposición de sus convidados,

Que se abre un comercio de telas: banquete.

Que nace un chiquillo: banquete.

Que se casan unos novios: banquete.

Que se descasan: otro.

Que viaja un personaje político: entonces el número de los banquetes que se le ofrecen, y que él admite de buen grado, es igual al de los tontos con que va tropezando por el camino.

El cocinero se ha impuesto, y no hay acontecimiente que él no contribuya á solemnizar.

Y se comprende así, por el indiferentismo que los sucesos todos de la vida inspiran ahora hasta á los niños de pecho.

¿Quién, por sólo el placer de asistir, lo haría á una boda, si no tuviera el pleno convencimiento de que la felicidad futura de los cónyuges se había de celebrar al presente con opíparo chocolate ó suculenta cena? ¿Quién había de tener el poquísimo gusto de hacer el papel de comparsa en las arias que entonan los primeros tenores de la política durante sus correrías, si un espléndido *buffet* no despertase el apetito más dormido y los vapores de los vinos en él servidos no quitasen el conocimiento á los hombres políticos de última fila? ¿Quién toleraría la felicidad ajena, si previamente, y por cuenta del feliz, no hubiese satisfecho las necesidades imperiosas del estómago? ¿Cómo se puede un hombre alegrar sin haber comido antes?

Nada, nada. Los que invitan á comer á sus amigos, bien saben lo que se hacen. Buscan tener, por lo menos, estómagos agradecidos, y el agradecimiento ya supone mucho.

El estómago es la víscera del cuerpo que hace alarde de más completa insubordinación.

No respeta ni los momentos más alegres, ni los más tristes.

La frase aquella de

«Derramemos una lágrima
á la memoria de aquel
que fué nuestro amigo, y luego
nos iremos á comer,»

sintetiza y confirma mi aserto anterior.

Político ha habido que en un solo día ha asistido á cinco banquetes distintos. Bien es verdad que de todos ellos necesitaba, pues la fuerza que por la boca perdía, era de difícil reposición.

En la mesa se confunden todas las clases de la sociedad, y al cuarto de hora de estar sentados en torno de una, los enemigos más encarnizados olvidan sus querellas, en tanto que los desconocidos fraternizan, la confianza reina y la expansión estalla.

En los Ateneos, en las Academias, en los Cuerpos Colegisladores, en todos los sitios donde se han reunido unos cuantos hombres, siempre se ha concluído tirándose los trastos á la cabeza. En cambio, en los banquetes... ¡qué buen humor, qué familiaridad, cómo se toleran las inconveniencias de los compañeros!

Se ha dicho:

«Dejad memorias de ayer
y recuerdos importunos;
aquí todos somos unos,
tratándose de comer.»

Por eso casi todos los lances de honor terminan en la fonda; y los gastrónomos, antes que tirar una botella al cráneo de un compañero, prefieren... bebérsela.

C. Ossorio y Gallardo.

¿CON MANGUITO?

Una niña hechicera
que afirma que aún no entró la Primavera.

PROPIO Y AJENO

Los propietarios del Gran Ciclorama, establecido en la calle de Alcalá, han contratado al notable ilusionista cubano señor Aycard, el cual exhibe desde ayer en dicho local el sorprendente espectáculo *La Esfinge*, maravillas de los metempsícosis. Todo Madrid visitará dicho Ciclorama y aplaudirá la perfección y la novedad con que dicha Esfinge está presentada.

—

El lunes último, á las dos y treinta de la tarde, se le extravió al capataz de Los Madriles, desde la calle de las Hileras á la Puerta del Sol, un tarjetero con 125 pesetas en billetes de Banco y algunos documentos de interés particular.

Indudablemente alguien se ha encontrado el referido tarjetero, y andará loco por esas calles averiguando quién pueda ser su dueño; tranquilícese su conciencia, pues ya sabe á quién pertenece: á nuestro capataz D. José Díaz, que vive en la calle del Divino Pastor, núm. 21.

¡Y qué satisfecha se quedará al devolverlo la persona que lo tenga! Pero, en cambio, ¡qué de remordimientos, por tristes 25 duros de un pobre padre de familia!

—

El pan nuestro.—El distinguido escritor Sr. Lastra y Sado acaba de publicar, con el título que encabeza estas líneas, una preciosa é interesantísima novela, cuya edición se verá muy en breve agotada, y que en realidad merece el favor con que ha sido acogida por el público. El autor de *Pepe Rey* ha dado en su nuevo libro una gallarda muestra de sus relevantes aptitudes para este género literario, y nosotros enviamos al ilustrado periodista y querido compañero, nuestra cordial enhorabuena.

—

D. Pedro de Novo y Colson ha tenido la amabilidad de remitirnos dos ejemplares de su último y aplaudido drama *La bofetada.* Agradecemos la atención y le deseamos tanta venta de ejemplares como aplausos le ha valido el drama en el teatro Español.

—

Japonerías de otoño, por Pierre Loti, y *El diablo de Tristán*, por André Theuriet, son los dos últimos volúmenes que hemos recibido de la activa Empresa *El Cosmos Editorial.* Se venden á 2,50 pesetas en todas las librerías.

—

Se ha puesto á la venta la obra de nuestro querido amigo y colaborador Salvador Rueda, *Granada y Sevilla*, de cuyo mérito habrán juzgado nuestros lectores por el capítulo que les adelantamos en el núm. 68 de Los Madriles.

—

El conocido escritor Sr. García Alemán acaba de publicar una novela titulada *Hércules*, y un tomo de *Narraciones cortas*, bajo el nombre de *Pinceladas.* Le auguramos y deseamos la misma suerte que ha tenido en todas sus obras anteriores.

—

El joven poeta Ricardo J. Catarineu acaba de publicar, en un elegante folleto, un poema titulado *Tres noches*, y algunas poesías. Recomendamos á nuestros lectores su adquisición.

—

Cleopatra, por Enrique Greville, traducción de José de Siles, y *Mundana*, por Héctor Malot, traducción de Olegario Slipembak, son las obras que ha publicado últimamente *La España Editorial.* Se venden á dos pesetas.

—

La *Biblioteca útil* acaba de poner á la venta el tomo VIII, que es un brevísimo compendio de *Mitología popular*, que importa conocer á todo el mundo Cuesta 25 céntimos en todas las librerías.

—

Hemos recibido los cuadernos 1.º á 3.º de la colección de *Poetas hispano-americano* que publica en Bogotá (Colombia) la casa editorial de J. J. Pérez. Corresponden estos cuadernos al primer volumen de *México*, y contienen escogidas poesías de sor Juana Inés de la Cruz.

Esta colección constará de 70 volúmenes de 450 á 500 páginas y será la obra más completa de este género.

Se suscribe en todos los pueblos del mundo en que se hable la lengua española. Precio de cada tomo: un peso 20 centavos.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, 25.
Madrid y provincias: Un año, 9 ptas. Seis meses, 5.
Ultramar y Extranjero: Año, 15 ptas.
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 78 15 CÉNTIMOS 29 de Marzo de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. Oficinas: San Andrés, 83, 1.º izq.

DESDE LEJOS

Con ciertas mujeres ocurre lo que con algunos jefes de partido.
Ganan, vistas á distancia.

CUENTA CORRIENTE

CANAS me dan de no ajustar la cuenta.

¡Ni una sola partida importante que anotar en el libro!

El ilustre compositor Saint Saëns no parece, y el eminente estadista alemán, Von Bismarck, ha estado á punto de volcar, por haberse desbocado uno de los caballos de su carruaje.

Al primero se le busca con interés, y al segundo le hicieron una entusiasta ovación, hasta el extremo de que varios hombres del pueblo querían *engancharse* al coche y tirar de él, llevando en triunfo al Canciller.

El procedimiento es antiguo, y está pasado de moda para nosotros.

Desde Fernando el Deseado al general Espartero, registra nuestra Historia varios ejemplos de ese férvido entusiasmo, de ese gallardo alarde de domesticidad espontánea y natural.

¿Quién no recuerda aquellos conocidos versos del intencionado y epigramático Villegas:

> «Tanto quisieron tirar
> del coche del rey Fernando,
> los realistas de un lugar..?» etc.

¡Con que no hay que darse tono, señores alemanes!

Y después de estos dos acontecimientos, pare usted de contar.

¡Ah! Se me olvidaba algo.

El distinguido escritor taurino y reputado crítico musical Sr. Peña y Goñi, ha ingresado en la Academia de Bellas Artes.

Reciba nuestra cordial enhorabuena.

Por razones fáciles de comprender, no hablo aquí de los estrenos de la última semana. Los hubo de primer orden, como el de *La romería de Miera*, por ejemplo; pero esto merece capítulo aparte, pues no está bien que ejerza de crítico uno del *oficio*.

¡Me parece á mí!

Aplaudir, eso sí. ¡Bravo por Eusebio Sierra y Angel Pozas!

Punto y aparte.

La verdad es que no recuerdo *otro punto* al que pueda sacársele *punta*.

Pudiera referir á ustedes los detalles del escándalo ocurrido en una casa de vecindad de la calle del Tribulete, á propósito de cierta carta que el asistente de un alférez de caballería ha escrito á la criada del piso principal de dicha casa.

La misiva ha producido muy mal efecto en los señores, y según me ha dicho confidencialmente la portera, hasta el casero ha intervenido en el asunto.

Lo cierto es que los vecinos andaban muy alarmados estos últimos días, y se susurraba que la cosa traería consecuencias.

No me explico la razón del alboroto.

Si el chico quería á la muchacha, y al enumerar sus quejas se le ha ido la burra, y se ha expresado con más calor y vehemencia que se acostumbra de ordinario en casos tales, ¿hay motivo para levantar semejante polvareda?

¡Tales cosazas puede haber escrito el asistente!

Esto, seguramente, pensarán por lo bajo todos mis lectores.

Pues bien: á falta de otros asuntos de que tratar, y puesto que es necesario llenar esta primera plana con la dichosa *Croniquita*, voy á permitirme copiar á continuación la epístola de referencia,

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

Camilo Saint-Saëns.

Notable pianista y compositor francés,

Autor de la ópera „Ascanio", estrenada recientemente en París.

para que ustedes juzguen y sentencien con pleno conocimiento de causa.

He aquí el famoso escrito, al que daban tanta importancia y era causa de horrible *tribulación* entre los *atribulados* vecinos de la cal'e del *Tribulete:*

> «Pepa, sabes que te quiero.
> ¿Qué es quererte? ¡Te idolatro!
> Sabes que paso por ti
> las noches de claro en claro,
> y que si tú me lo mandas,
> me hago el corazón *peazos*.
> Pues bien, quiero preguntarte
> en estilo mondo y llano
> si te parece correcto
> el proceder de tus amos,
> —muy distinguidas personas
> de la clase de paisanos—
> que sabiendo que te quiero
> y *pá Otubre* nos casamos,
> me miran de cierto modo
> cuando paso por su lado,
> negándome hasta el saludo
> si en el portal tropezamos.
> ¡Y eso no quiero sufrirlo!
> ¡*ú* soy *ú* no soy soldado!
> Yo tengo mi jerarquía
> y tengo mi fuero, ¿estamos?...
> Y entre compañeros, pase,
> bien pudiera tolerarlo;
> mas darse tono conmigo
> un señorito paisano,
> eso ¡quiá! ¡Ni que lo sueñes!
> Aunque fuera un archipámpano,
> un alguacil, un sereno,
> ú otro cualquier funcionario.
> Si tú no pones remedio,
> reconviniendo á tus amos,
> hoy cuando baje al cuartel
> se lo cuento á los muchachos
> y *aluego* todos juntitos
> armamos un zafarrancho,
> y en las propias escaleras
> les damos el gran escándalo.
> Piénsalo bien; si me quieres,
> pronto puedes arreglarlo;
> si no, reñimos *pá* siempre,
> te abandono y no me caso.
> Contéstame lo más pronto
> y recibe un fuerte abrazo
> del que es tuyo hasta la muerte,
> y que irá á verte, *en* cenando.
> Y aquí Madrid, y la fecha,
> y la firma del soldado.»

¿Qué tal? Como ustedes no tienen un medio fácil de participarme su opinión, yo me callo la mía.

Y *tutti contenti.*

—

Cogido al vuelo, en el primer bastidor de *topes*.

Él, á una del coro:

—¡Tiene usted una voz encantadora, celestial!

—Eso dice el maestro.

—Y de muchísima extensión.

—También lo dice el maestro.

—Yo creo que usted podría subir hasta el *dó*, hasta el *ré*, hasta...

—¿Dónde?

—Hasta mi sotabanco de la calle de San Cosme.

—¡Ay, no puedo subir tanto! Mi voz sólo alcanza hasta un entresuelo... bien amueblado.

—

Y sin molestar á ustedes más, se despide hasta otro día su afectísimo amigo y *croniqueur* accidental,

E. NAVARRO GONZALVO.

De los Parises á los Madriles.

ras de un invierno duro, los primeros rayos de un sol espléndido, con cara de sol español, nos anuncian una primavera encantadora.

Los parisienses se echan á la calle, ávidos de esta luz y este calor dulce, que escasamente se disfruta aquí tres ó cuatro meses del año.

Las mujeres se visten de claro y se adornan de flores.

Los pintores dan las últimas pinceladas á sus cuadros, disponiéndose á enviarlos al *Salón*, que se abrirá dentro de quince días. Digo mal: á los *Salones*, porque este año tendremos dos.

La guerra civil ha estallado últimamente en el campo de las artes, y los disidentes, los que no quieren medallas, ¡oh prodigio! abrirán su *Salón* aparte, capitaneados por el gran Meissonnier, en el palacio que durante la Exposición Universal cobijó el año pasado las Bellas Artes del universo entero.

Allí, á la sombra de la esbelta Torre Eiffel, que, cerrada durante el invierno, vuelve también á abrirse, acudirá el público á otorgar, con su admiración, la crítica inteligente con sus juicios y los ricos coleccionistas con su dinero, las recompensas que valen mucho más que la medalla debida al favor, á la intriga, á las mezquindades de escuela ó de camarilla, que probablemente, y según costumbre, elevarán oficialmente en el otro *Salón*, el de siempre, el de los Campos Elíseos, á las medianías sobre el verdadero mérito.

Con razón van pensando los artistas franceses que en su mundo, como en el mundo social, no hay que distinguirse exhibiendo una medalla ó una cruz otorgada por el Gobierno, sino que lo distinguido es no haber obtenido distinciones.

La torre Eiffel, tranquilamente, sin el barullo y las interminables *colas* que provincianos y extranjeros formaban alrededor de sus enormes pilas el año pasado, repintada de nuevo, con cuatro restaurants y una sala de conciertos en la primera plataforma, un salón de lectura, el telégrafo y el teléfono en la tercera, y sus ascensores accesibles sin apreturas ni codazos, será el mayor encanto de París este verano.

Allí podrá tranquilamente tomarse un baño de aire y respirar un poco de fresco, descansando del obligado y tiránico trabajo, las tardes de Julio y Agosto, esos dos meses en que los que tenemos el mal gusto, ó el poco dinero, ó la mucha obligación de no salir de París, nos achicharramos en la misma proporción que nos hemos quedado tiesos de puro frío en Diciembre y Enero.

Y como los principales edificios del Campo de Marte quedan en pie mientras las Cámaras discuten si se debe ó no demolerlos, tendremos este año la Exposición sin tenerla, con toda comodidad. con todas sus ventajas, y sin perjuicio de sus inconvenientes, sin codazos de los palurdos, sin saqueo de los fondistas y ¡sin la tiranía de los cocheros!

Los cocheros, que hace un año nos ponían verdes de insultos si les ofrecíamos cinco francos por una carrera, y ahora nos ofrecen su *sapin* con el sombrero en la mano.

¡Ha llegado la hora de nuestro desquite!

Así es que no dudo de la autenticidad de este diálogo entre cochero y *bourgeois*, que me acaban de contar.

En la plaza de la Magdalena:

— *El cochero* (amabilísimo): ¿Coche, señor?

—*El parroquiano* (subiendo y con malos modos): Al Jardín de Plantas, á la carrera, un franco, sin propina... y al pasar por la Bastilla me convidará usted á un *bock*.

—

Con la Primavera llegan á carretadas las violetas y los ingleses.

¡Los ingleses! ¡Que no he de perderlos de vista nunca!

Todos los años, por este tiempo, caen aquí á bandadas. Es la época de las carreras de caballos más importantes.

NUTRICIÓN

—¡Aunque fueran judías! No soy escrupuloso en asuntos de religión.

De aquí á Junio, en que se correrá el *gran prix*, el *sport* domina en París como en Madrid las corridas de toros, ¡qué digo! mucho más.

Ahí, en los Madriles, os contentáis con una corrida ó dos por semana; aquí, en los Parises, tenemos carreras todos los días; y á medida que se acerca el gran día, las carreras y los premios van teniendo mayor importancia.

El *gran prix* de Auteuil y el *gran prix* de Chantilly son dignos preludios, á manera de ensayos generales, del *gran prix* de París.

El *sport* ha tomado entre los parisienses de todas las clases sociales un incremento que tiene alguna explicación en que las carreras no sólo constituyen un espectáculo y una afición, sino un juego.

El trabajador y el empleado, que durante la semana no pueden ir á Auteuil ó á Colombes, ó á Neuilly, ó á Longchamps, juegan su caballo en las mil agencias de *pari mutuel* (apuesta mutua), que tienen invadido á París.

Ahí, en los Madriles, tenemos la lotería y los toros, dos vicios nacionales que aquí se resumen en las carreras.

Además, para los ricos y las clases elevadas, el *sport* es de muy buen tono, y se acaba por no vivir ni pensar más que entre, ó en caballos, ó á caballo.

Esta afición, que ya raya en monomanía, explica lo solicitadas que las amazonas de circo, las *écuyères*, como por aquí se llaman, se ven por parte de los gomosos, por la crema del *copurchic*.

Rara es la *écuyère* que, al poco tiempo de aparecer en un circo á la moda, no tiene hotel, y caballos propios, y brillantes.

Y también algunas se casan; naturalmente, con *sportmans enragés*.

¡Se comprende! A fuerza de no vivir más que entre los caballos, ó de los caballos, el amor busca empleo en ese medio ambiente ¡y qué ambiente más perfumado!

El colmo de una boda desigual sería que un aristocrático *sportman* se casase con la yegua, en la imposibilidad de hacerlo, se casa con la que la monta, y la *écuyère* llega así á duquesa.

Y entre este mundo del *turf* llegará la monomanía á más que á emplear á diestro y siniestro palabras de la jerga de carreras para los asuntos más serios; llegará día en que los *sportmans* padres no enviarán á sus hijas á la escuela, sino á la *alta escuela*, y en que no se preguntará si una muchacha casadera tiene dote ó es bonita sino:

—¿Qué tal monta?

En fin, sé de buena tinta que un gran señor, propietario de una importantísima cuadra de caballos de carrera, dió una caída la otra tarde en la calle, y se dislocó una pierna.

—¡Un médico en seguida! gritaba un transeunte al levantarle caritativamente del suelo.

—¡No, por Dios! exclamó el *sportman*. ¡Un médico no! ¡*Un veterinario!*

¡Hay que respetar la fe de los enfermos!

R. Blasco

París 27 de Marzo 1890.

El ganso y el jilguero.

FÁBULA

Junto á un estanque, donde un ganso había,
encerrado en su jaula un jilguerillo
lanzaba á todas horas
dulces cantares y armoniosos trinos.
El jilguero veía que los dueños
le cuidaban al ganso con cariño,
y le echaban miguitas cuantas veces
pasaban inmediatos á aquel sitio,
mientras de él se olvidaban hasta el punto
de que en noches de frío,
faltos de caridad y de memoria,
le dejaron al raso al pobrecillo.
Un día al ganso, con acento triste,
el jilguero le dijo:
—Eres afortunado, y tanta suerte
tienes, amigo mío,
que al ver con el esmero que te cuidan,
hay días que no canto, pero *trino;*
se ocupan más de ti, y hasta te escuchan
cuando es mi canto mucho más bonito.
—Te sobra la razón—contestó el ganso—
que flotaba, meciéndose en el líquido;
cantas mucho mejor; pero no te oyen
y vives, compañero, en el olvido;
yo, en cambio, grazno fuerte, y no hay ninguno
que no oiga mis graznidos.

—

¿Queréis que se hable mucho de vosotros?
Pues podéis conseguirlo:
graznad muy fuerte, como hacía el ganso;
pero no imitéis al jilguerillo.

J. Rodao

PINTURA DETALLISTA

—Apostaría á que le he puesto cinco colmillos, A ver: uno, dos..

PROGRESOS CIENTÍFICOS

Pese á los partidarios del oscurantismo, durante estos últimos años se han realizado una porción de inventos maravillosos, que demuestran los adelantos del siglo.

Basta echar una ojeada sobre cualquier periódico para convencerse de ello.

Hoy se curan las almorranas á plazo fijo, con opción á la devolución del importe del específico si después de empleado éste, alguna hiciese pinitos revolucionarios, asomando la cabeza; se limpia el estómago como si fuera un cacharro sucio ó el cañón de una escopeta, y se extirpan todas las excrecencias, con música.

Ahora trata de generalizarse la iluminación eléctrica en las cavidades orgánicas.

Hasta el día no le estaba permitido al ciudadano alumbrarse interiormente nada más que por medio del fuschinado peleón ú otra purga económica; mas los electricistas, que llevan los hilos de sus pilas hasta los sitios más recónditos, establecen este nuevo rango, y pronto se abrirá un abono como para el alumbrado externo, y las personas de buen gusto tendrán á gala poseer una lámpara interior que sirva de luminoso faro á los garbanzos, que hasta ahora caminaban á ciegas por el aparato digestivo.

Las agencias matrimoniales aprovecharán este invento para garantizar su mercancía.

A lo mejor leeremos el siguiente anuncio:

«Una señorita sin mancha mayormente, desea contraer matrimonio con un joven rubio, con lunares y patillas á la inglesa. Está garantizada por dentro y por fuera; tiene luz eléctrica, y los postores podrán apreciar por sus propios ojos que posee un corazón de oro.»

Como los indiscretos abundan en todas las épocas, no faltará hablador que, despechado porque ha reñido con su novia, exclame:

—¿Quién? ¿Fulana? Tiene un estómago imposible; en esa mujer todo es apariencia; pero por dentro no vale nada.

Mas estos adelantos se quedan pequeñitos al lado del descubrimiento hecho, no hace muchos meses, por un médico alemán.

Se trata de la metamorfosis de la piel por un procedimiento muy sencillo.

Se injerta en la epidermis de un blanco una magra de negro al natural, y pronto el biftec intruso va tomando el color del individuo donde ha adquirido carta de naturaleza.

En el hospital de Leipzig se ha hecho el experimento con un negro sometido á un tratamiento quirúrgico, y el resultado no ha podido ser más satisfactorio.

Se le aplicaron trozos de la piel de un blanco, y poco á poco fueron oscureciéndose, hasta ponerse tan negros como la piel del paciente.

Por una serie de procedimientos químicos se obtendrá el resultado contrario, y el doctor alemán no desconfía de convertir á un negro en blanco, y viceversa.

El día en que el sistema se perfeccione, escogeremos color, como ahora se escoge mujer, carrera, y los toros para la corrida de Beneficencia.

—Yo no quiero torcer la vocación de mi hijo, dirá un padre complaciente; se ha empeñado en metamorfosearse en piel roja, para darle gusto á su novia, que procede de las selvas vírgenes de América, y mañana empieza á entocinarse como el salchichón de Bolonia, con los restos de un indio que vende su piel en 20 dollars kilo.

Las señoras serán esclavas de la moda; y ¡quién sabe si el color blanco caerá en desuso, como una antigualla indigna de este siglo!

Los revisteros de salones se expresarán de este modo:

«La duquesa de X. iba elegantísima con el riquísimo traje que tan bien casa con la piel negra que acaba de estrenar; la baronesa de K, que cambió de piel la semana pasada, resulta una hija del Sol, con su piel amarillenta como el marfil y suave como la seda; la de Y persiste en su color mulato, que no decae tan fácilmente,» etc...

Y el noticierismo indiscreto dará noticias como ésta:

«Anoche se destiñó en el teatro una distinguida señora que hace pocos días se había injertado en negro.

»Se cree que la negra de que se valió el doctor para su operación, no era auténtica.

»Es un abuso que merece severo correctivo.»

Estos *timos de color* traerán con el tiempo á las columnas de los periódicos más de una queja del público.

Manuel Altolaguirre.

PINTURA EFECTISTA

—No hay como la pintura efectista: cuatro toques. . y lo mismo puede ser Ofelia que el emperador de Marruecos.

VILLAZOQUETE EN MADRID

—Siempre que vengo á Madrid y veo una de éstas, se me ocurren exactamente las mismas barbaridades que el año anterior.

LAS ESCUELAS

No se trata de las de instrucción primaria. Esas andan mal. Se trata de otras escuelas que no andan mejor: de las escuelas literarias.

En Francia se multiplican que es un contento; y aquí, por no ser menos, seguimos la corriente.

Así es que ya se discute hasta la Biblia, no la de Carulla, sino la otra, la original y en prosa.

Y de tanta discusión saltan nuevas escuelas, como en Grecia de tantas filosofías saltaban sofistas. Esto último es imitación de otra escuela: la de las citas, vengan ó no á pelo.

Hay una escuela, que es la de los graciosos á turno impar.

Y digo á turno, porque no siempre sale la gracia en lo que escriben.

Hoy ningún periódico que se estime deja de tener su gracioso, como ninguna Compañía ecuestre puede salir airosa en su cometido sin su clown correspondiente.

DEDUCCIONES

—Y sigue el tiempo metido en agua de tal manera, que no sé hasta cuando nos van á durar las humedades.

EPITAFIOS

Yace aquí la doncellez
de doña Pura Alegría.
—Déjeme usted que me ría
siquiera por una vez.

—

Aquí yace un editor
á quien mató la conciencia.
—¡Bendito sea el Señor,
qué justa es la Providencia!.,

—

Encierra esta sepultura
los restos de un maragato,
los de un sastre y los de un cura.
—¡Magnífico triunvirato!

—

Yace aquí un prestamista:
Juan Ontiveros.
— Fué un *santo*, según cuentan
sus herederos

—

Yacen aquí un usurero,
un cómico, un abogado,
un curial y un panadero.
—¡Dios los haya perdonado!

EUSTAQUIO CABEZÓN

DOS CONCHAS

Dos vírgenes de cándida hermosura
contempló mi exaltada fantasía.
Una, orlada de estrellas, ascendía
sobre nubes de nítida blancura.

Su seno celestial, de nácar pura,
que apenas tenue manto azul cubría,
manaba suave aroma de ambrosía.
perfumando su mágica figura.

La otra, que es más esbelta y más hermosa,
surgir parece, semejante á un hada,
de cristalino lago, esplendorosa.

Si conocer esas dos Conchas quieres,
una es la Concepción inmaculada,
y la otra tú, Concha divina, eres.

PALMA Y VIDAL.

Hay graciosos que tienen ingenio y escriben como Dios manda y la gramática castellana nos enseña; pero por media docena de éstos vemos cincuenta infelices que no saben lo que se pedescriben, como diría Palacio.

Otra escuela es la de los novelistas trascendentales.

A lo peor vemos un voluminoso tomo en los escaparates de las librerías, y á continuación del título leemos entre paréntesis «novela social», ó «novela psicológica» ó «novela fisiológica».

Pues bien; el desgraciado que se gaste los cuartos en adquirir el tal librito y lo lea, verá que el autor no sabe una palotada de psicología, ni de fisiología, ni de cuestiones sociales, ni de gramática, ni de nada, y que en la novela sólo trata de una familia pobre, cuyos miembros, incluso el papá, que es sastre, cosen para fuera. Termina el cuento con cuatro disparates; las niñas se casan y los papás se mueren de cólicos por haber omado leche adulterada.

¿Y qué me dicen ustedes de la escuela colorista? Ustedes no me dirán nada, pero yo tengo el deber de referirles lo que hace pocos días me contó mi amigo Lucas Pinto, un muchacho que estudiaba para médico y se quedó en apuntador de un teatro.

—¿Qué hace usted ahora? le pregunté.

—Pues trabajo mucho, amigo mío. Por la noche apunto y por el día me dedico á la novela colorista, hoy algo en boga.

—Hombre, me parece difícil la escuela esa... Sobre todo, se necesita conocer á fondo el idioma, estudiar mucho...

—¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!... Esas son tonterías, y perdone usted la calificación... Para escribir novelas de esa joez sólo se necesita hacer gran consumo de palabras, y cuanto menos usuales, mejor, á la manera de ese señor de Rosny y otros decadentes franceses. La cuestión es ir acumulando frases en derredor de lo que se pinte para que resulte con color, con mucho color, aunque se repita la can inela veinte veces en una página.

Se ocupa usted, por ejemplo, de que una mosca sube por un botijo, y describe usted el botijo, la mosca, cómo el animal se asoma al pitorro, su espanto al ver ó al no ver en la oscuridad, los movimientos de sus patas, las contorsiones de su cabeza, el ruido que hace al proferir exclamaciones de asombro ante tan inopinado abismo, y, por último, las dudas que surgen en su *mente* acerca de lo que debe hacer, y cate usted hecho uno de los capítulos más hermosos. Así se audan el colorismo y el realismo... ¿Qué tal?

—¡Admirable!... Prosiga usted.

—La novela no ha de tener asunto, ó si lo tiene que sea insignificante. En ella no debe haber más que descripciones á granel. El campo por la mañana, el campo á medio día, el campo por la tarde y el campo por la noche. Eso será de un efecto magnífico. Nada de estudios del corazón humano, ni de psicologías á lo Bourget, ni de lirismos á lo Víctor Hugo. La cuestión es describir con lujo de detalles lo exterior, lo que se ve, adornándolo con los más brillantes colores de la imaginación. Esa es la escuela colorista. Los ruidos también deben ser descritos por el autor. Suena un tiro, pues se pone *¡pum!*... Oscila el péndulo del reloj, pues *¡tic-tac!* etc., etc.

¡INGRATO!

—¿A que tampoco me saca hoy de paseo?... Es un marido que no me saca nada, nada, hace mucho tiempo.

—¡Soberbio!... ¡Admirable! le grité entusiasmado. Siga, siga usted por ese camino, y la posteridad le colocará entre los genios, ya que Hugo no lo hizo al escribir su *William Shakespeare.*

Y con un apretón de manos me despedí del colorista.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ.

RETAZO

Los lirios y los nardos;
la claridad del alba;
la luna, cuando muestra
sus transparencias claras,
y llena de blancura
verjeles y montañas;
la luz del pensamiento,
que es túnica del alma;
el velo con que llega
la virgen hasta el ara...
¡no hay nada, vida mía,
como tu frente blanca!

—

De todos mis delirios
los lúgubres espectros;
el luto que se lleva
por el amante muerto;
vacíos del presente,
tristezas del recuerdo;
la sombra impenetrable
del porvenir incierto;
el ónix y el basalto,
la noche y el misterio,
la oscuridad del alma,
la oscuridad del cielo...
¡No hay nada, vida mía,
como tus ojos negros!

RICARDO CATARINEU.

PACOTILLA

VIVITO

Un besugo coleando
que compré para cenar
—la vigilia respetando—
me refirió, agonizando,
lo que voy á relatar:

Se ha puesto aquel elemento,
—me dijo con triste acento,—
de un modo, que crea usted
que yo casi estoy contento
de haber caído en la red.

Los voraces tiburones
se presentaron un lunes
en mis nativas regiones,
por yo no sé qué cuestiones
que hubo entre congrios y atunes.

Y gracias á un pez-espada,
que si yo sé la jugada,
me lo trinco y me lo zampo,
en aquella madrugada
quedó por ellos el campo.

Desde entonces, de aquel mar
no se puede referir
el profundo malestar,
que á unos les hace reir
y á otros les hace llorar.

A nuestras querellas sordos,
viéndose fuertes y ricos,
nos dan continuos abordos,
y siempre los peces gordos
se meriendan á los chicos.

Un delfín de gran pechuga
á cuyo recuerdo sudo
y la cola se me arruga,
con crueldad me dejó viudo,
tragándose á mi besuga.

Era tan guapa, tan fresca,
tan gentil, tan elegante,
tan sabrosa, tan truhanesca,
que si usted la ve... la pesca,
por su conjunto incitante.

Se columpiaba en la ola,
cuando yo iba de ella en pos,
con donaire de manola,
¡y meneaba la cola
con toda la sal de Dios!

¡Ay! Su recuerdo me aflige
y hasta me vuelvo tarumba,
aunque algo me regocije
de que cumplí cual la dije,
¡siendo fiel hasta la tumba!

Adiós... estoy desahuciado...
ya se me barre la vista...
me muero... ¡desventurado!
¿Me ve usted tan *escamado?*
¡Es que yo era periodista!

Al soltar esta expresión
el besugo, en su aflicción,
sus ojos cubrió una tela,
y yo sin más dilación
lo sepulté en la cazuela.

Pero salió de su jugo
cierto olor un poco raro,
y á estilo de Víctor Hugo (!)
dije: —¡Te veo, besugo,
que tienes el ojo claro!

Ya habrán ustedes leído que el arzobispo de Santiago ha dispuesto que todas las misas que se celebren duren «por lo menos» veinticinco minutos.

No sé cómo recibirán esta disposición arzobispal los curas de aquella diócesis.

Pero mucho me temo que los que tardaban un cuarto de hora en decir misa, se declaren en huelga.

Y una manifestación
hagan á són de badajo,
pidiendo disminución
de las horas de trabajo,

El otro día, en un departamento del tren-correo que llegó á Cádiz, penetró un sujeto, y poco después les decía á sus compañeros de viaje que acababa de ser mordido por un perro hidrófobo.

Como quien dice:

—No extrañen ustedes que me dé la ventolera y muerda yo también al primero que agarre.

Y ¡claro! qué había de suceder; ¡le dejaron solo!

La verdad es que si uno no se ingenia, es imposible viajar con alguna comodidad en los ferrocarriles de España.

Parece que las Empresas construyen los coches de primera y segunda clase á propósito para que agucemos el ingenio los que no tomamos en la taquilla billetes de color de rosa.

—

¡Buen susto la otra semana
pasaron los malagueños,
al ver trepidar la tierra
con aterrador estrépito!
Tal vez estén los geólogos
devanándose los sesos
para averiguar la causa
de tan terrible suceso.
Y la causa es bien sencilla;
la ve hasta el más inexperto,
aunque no haya frecuentado
ni cátedras ni Ateneos.
Eso fué que alguno dijo:
—«¡Cánovas va á ser Gobierno!»
Le oyó la tierra, y, es claro,
¡sufrió un ataque de nervios!

—

....

.....«pero, afortunadamente, el asesino, que se llama Bernardino Val (a) *Calazapreta*, ha sido habido en la provincia de Huesca.»

Añadan ustedes esta parte de noticia á la otra parte que han publicado los periódicos, dando cuenta del asesinato de una señora en Belchite, el de su padre, que estaba trabajando en el monte de la misma población, y el de un arriero de Plenas.

¿No se acuerdan ustedes de estos hechos?

¡Sí, hombre; si no hace más que veinte años!

Y ahora es cuando ha sido habido el autor.

Como supongo que yo daría entonces la noticia, porque ya soy viejo en el oficio, por eso la completo ahora, como ustedes ven.

¿Se me puede pedir más escrupulosidad profesional? ¡Digo!

—

Se encontró en Barcelona el otro día
una muchacha con su antiguo amante,
que la dijo que ya no la quería,
y en aquel mismo instante
sacó un revólver ella del bolsillo,
y apretando dos veces el gatillo,
dos tiros disparó certeramente,
hiriendo á su galán muy gravemente.
¡Oh jóvenes, huid de las doncellas
que, por unos conceptos ó por otros,
se os manifiesten, aunque sean bellas,
con mejor puntería que vosotros!

—

En un Congreso de propietarios católicos se va á poner, ó se ha puesto ya á discusión, este tema: «El propietario es representante de Dios.»

Pues para mí, que sólo lo que escribo
constituye, en verdad, mi patrimonio,
cuando del *gran chalet* en donde vivo
viene el amo exhibiéndome el recibo,
¡representa al demonio!

—

Examen de Geografía:

—Diga usted, joven. ¿Dónde está el cabo Finisterre?

—¡En el regimiento de Almansa!

—

Un caballero de ánimos viriles
se ha llevado en Arzúa quince Abriles
en forma de una joven hechicera,
de ojos garzos y blonda cabellera.
La noticia leí con embeleso,
porque... ¡también á mí me gusta eso!

JOSÉ ESTRAÑI.

PROPIO Y AJENO

El valor de un periódico.

Dice un periódico de los Estados Unidos que la abundancia de oro que hay en Inglaterra sin producir, hace que sus tenedores lluevan sobre América á invertirlo en empresas que al menos dejen un módico interés. Ya no sólo se invierten aquellos caudales en ferrocarriles, cervecerías, instalaciones de gas, etc., sino en empresas periodísticas, tan lucrativas en este país. Y, en tanto, parece que la doctrina Monroe se va haciendo un mito, pues los *americanos* son los primeros en consentir que *América se europée.*

Hace poco que los propietarios del *Judge*, semanario de caricaturas, y que lo son á la vez del periódico ilustrado el *Frank Leslie's*, recibieron una nota de capitalistas ingleses, invitándolos á que pusieran precio á sus publicaciones; á lo que contestaron que el *Judge* no lo vendían por ningún dinero, y que el *Frank Leslie's* lo darían por UN MILLÓN DE PESOS.

No será extraño que los compradores acepten la proposición, pues el *Frank Leslie's* produce, ó puede hacérsele producir, de 50 á 60.000 pesos anuales de ganancia líquida. Los anuncios nada más rendirán ese beneficio; aparte del que resulte por concepto de suscriciones, después de cubiertos los gastos.

Para que se tenga una idea de lo que es allí el periodismo, debemos advertir que, no hace medio año, los actuales propietarios del *Frank Leslie's* pagaron por él, á la viuda del fundador, la suma de 400.000 pesos.

REFLEXIONES

¡Tan tiesa, tan espetada,
presume de altiva y fuerte,
mas llega la Parca airada,
la trueca en polvo la Muerte,
y después del polvo, nada!

—

—Yo me declararía á esa muchacha, decía refiriéndose á una actriz un joven tímido; pero siempre está en el cuarto con su madre.

—Pues entra y declárate, salvo la madre.

—

—Duquesa, cada día la encuentro á usted más joven y más descotada.

—

Dicen que un personaje español ha ofrecido casa, cama y mesa al canciller Bismarck para el caso de que resultara cesante.

Es un primer actor de nuestro país.

—Porque, como él dice, hoy por ti y mañana por mí, si me quedo parado.

—

Ha muerto en Francia una señora
que era maestra *ú* profesora
y que ha dejado un fortunón.
Como en España. ¡Qué profesión!

—

Repartidos todos los cargos de pobre para el lavatorio que ha de verificarse en Palacio este año, según costumbre, queda uno de suplente.

Y lo mismo se observa con las *pobras.*

También queda una de desperdicio para 1891.

¡Si hasta entonces no se lavan, buenos tendrán los pies de ambos sexos!

No comprendo, francamente,
que haya un tan pobre, que sobre;
porque un pobre, ya suplente,
no es ni persona, ni pobre,
sino un fantasma viviente.

—

Emilio Zola: *La bestia humana.* Traducción de C. Docteur. De las obras de Zola no puede decirse más que esto: «Cómprense.»

Consta de dos elegantes volúmenes, y vale 6 pesetas. Poco dinero tratándose de un libro del autor de *La tierra.*

—

Doña María del Pilar Sinués, que es la Henry Greville española, nos ha dado á conocer últimamente dos preciosas novelas tituladas: *Dos madres para una hija*, y *Fany Kendal*, arreglos del francés é inglés respectivamente. Con estas obras, reunidas en un elegante y abultado tomo, empieza sus tareas la nueva casa editorial de Juan Roldán. Empezando de esta manera, demuestra el Sr. Roldán que conoce el negocio que ha emprendido, y muy pronto recogerá sus frutos.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, 25.
Madrid y provincias: Un año, 9 **ptas.** Seis meses, 5.
Ultramar y Extranjero: Año, 15 **ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**

Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro** y **Diplomas de honor.**

Venta diaria: 7.000 KILOS

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exíjase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera, 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SOBRINOS DE GUINEA

GRAN CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Carretas, 27 y 29.

Dulces, bombones, ramilletes, tartas.—Veinte clases de caramelos especiales de la Casa.

Caprichos para bodas y bautizos.

Jamones en dulce de todas clases, salchichones, etc.—Vinos finos.

Pasteles á 1,50 pesetas la docena.

Teléfono 142.

PINILLOS

Camas inglesas. Colchones de muelles y de lana.

Primera casa en España.

Precios sin competencia.—Clases sin rival.

ALCALÁ, 17

(Junto á Fornos.)

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

NO EQUIVOCARSE

Esquina á la calle de Jardines.

Pastillas y píldoras azoadas,

para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis.

A media y una peseta la caja

Van por correo.

Café nervino medicinal.

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad.

A 3 y 5 pesetas caja.

Van por correo.

Píldoras Lourdes.

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo.

A una peseta la caja.

Van por correo.

Impotencia, debilidad

Cura segura con las célebres píldoras tonico genitales del Dr. Morales.

A 7,50 pesetas la caja.

Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general: Carretas, 39.—Dr. MORALES

Relojería.

MONTERA, 14.

Remontoirs níquel desde...... 11 ptas.
Remontoirs acero desde...... 14 ptas.
Roskoff níquel desde......... 3 ptas.
Remontoirs plata, áncora, desde 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

LA ESPAÑOLA

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid siempre esta marca, **la más acreditada de España,** por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS, 38

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

AGUAS de MONDARIZ

Las primeras conocidas en Europa para las enfermedades del estómago y aparato génito-urinario.

Depósito, siempre recién traidas:

Plaza de Herradores, 12,

principal izquierda.

COMPAÑÍA COLONIAL

Chocolates y Cafés.

La Casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS de chocolate al día.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

Anuncios para esta plana y para los telones, vestíbulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martín, Infantil, Eslava y Felipe,

Agencia de publicidad.

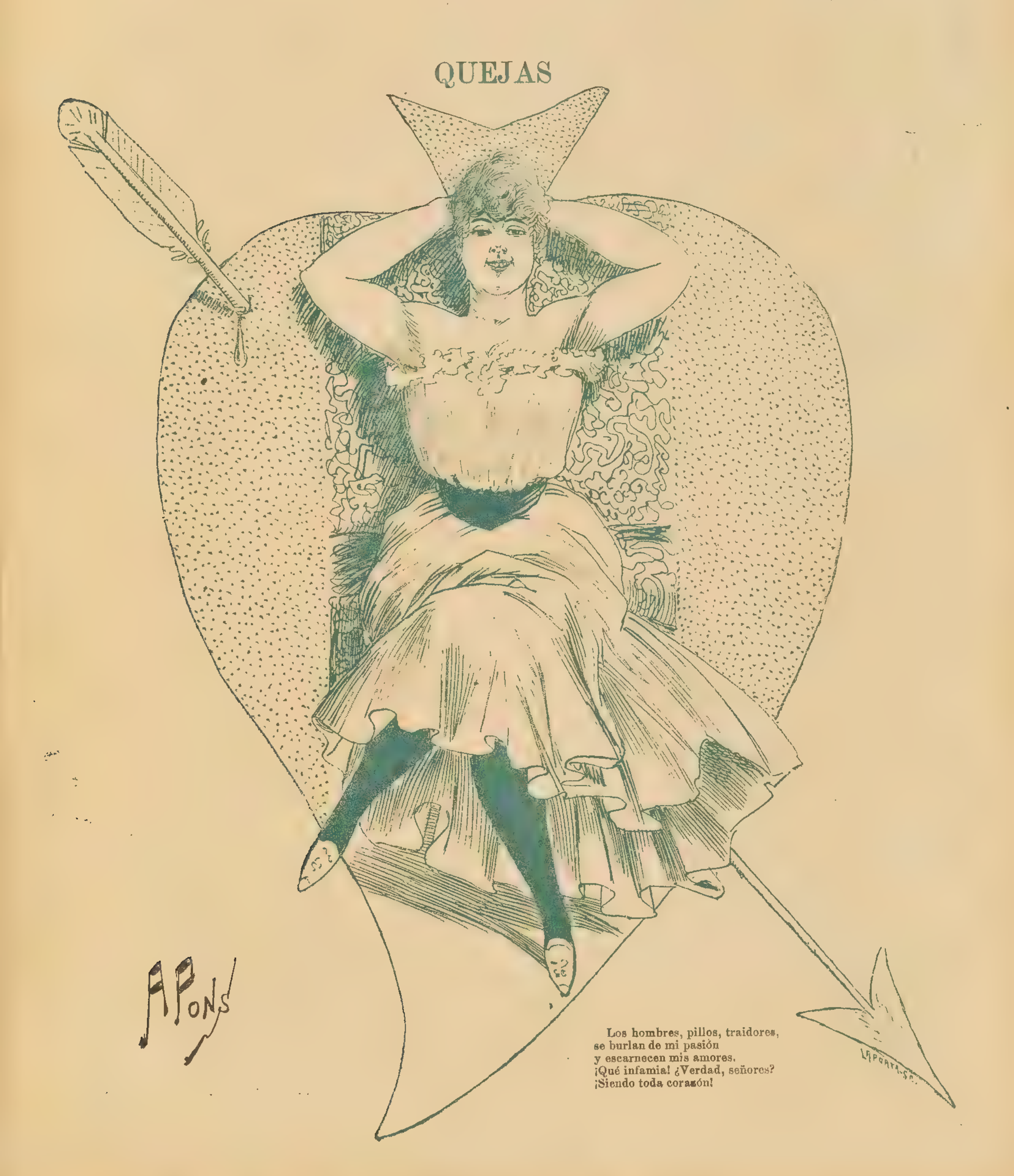
Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 79 15 CÉNTIMOS 5 de Abril de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq.

QUEJAS



Los hombres, pillos, traidores,
se burlan de mi pasión
y escarnecen mis amores.
¡Qué infamia! ¿Verdad, señores?
¡Siendo toda corazón!

CUENTA CORRIENTE

Hoy encuentro pocas partidas que poder anotar en esta *Cuenta;* sin embargo, no estoy descontento.

Suple la calidad á la cantidad, y váyase lo uno por lo otro.

Supongo á ustedes enterados de la sabia determinación adoptada por varios señoras abonadas al regio coliseo.

¡Aún hay patria, Veremundo!

De entre los horrores de la democracia, las tinieblas del libre pensamiento y las audacias de la demagogia, brota la luz de la verdad, y escúchanse voces de protesta, y clamores de almas creyentes, á las que asusta—¡y cómo no! el desenfreno, la inmoralidad y el libertinaje que devora y corroe las entrañas de esta sociedad atea y desdichada.

¡Hora era ya que alguien volviese por los fueros del pudor ofendido y la castidad ultrajada!

Y de esta nobilísima, más que nobilísima, santa tarea, se han encargado varias señoras de nuestra más linajuda aristocracia.

¿Qué han hecho?

Han acudido ruborosas y afligidas al Palacio episcopal, y allí, agrupadas como rebaño de medrosas ovejuelas en torno del evangélico pastor, han expresado sus quejas, han hecho oir el grito de sus alarmadas conciencias, y han pedido favor y amparo á la celeste justicia, temerosas, de seguro, de no alcanzar el santo fin que se proponían por medio de la justicia humana.

¡Y cuán justificada está la alarma de esas piadosas señoras, y qué fondo de razón y de justicia informa su inquebrantable resolución!...

«O se suprimen, han dicho, los escandalosos bailes que se intercalan en las óperas, decretando de una plumada la cesantía de todo el cuerpo coreográfico, ó nos declaramos nosotras en huelga de espectadoras, borrándonos de las listas de abono del teatro Real en la temporada próxima.» Así, ni más ni menos.

—¡Oh Terpsícore, musa alegre y retozona, diosa protectora de la pirueta y del fin flán! ¡Tu reinado ha concluído!

¡Qué remate mejor para coronar las prácticas piadosas de toda una Cuaresma!...

Han hecho perfectamente las antedichas señoras. El baile es un espectáculo pecaminoso, lúbrico y maldito. Que se suprima, en nombre de la moral y las buenas costumbres. La decencia pública ya no puede ni debe transigir con esas bailarinas de cuerpos ágiles y formas tentadoras; aquellas piernas, mal cubiertas por la finísima malla de seda...; aquellos escotes inverosímiles, tentación de maridos y escollo perpetuo de los hijos de familia; aquellos movimientos lascivos, aquellas miradas provocativas, aquellas sonrisas incandescentes... ¡fuera, fuera todo eso... en nombre de la moral y de la familia!

Pase, pase que en algunos salones se bailen las polkas íntimas, los valses cadenciosos y las habaneras pegajosas; pase que de vez cuando aplaudamos á la *bailaora* flamenca en la irresistible sevillana ó en la alarmante *soleá*, y acompañemos con ¡oles! de patriótico entusiasmo el lascivo movimiento de la descoyuntada cadera, el arco flexible del levantado brazo y el agitado ondular del exuberante seno...; pero esos bailecitos con las faldas de gasa, la malla de color de carne, el zapatito de raso... ¡Horror y abominación! Eso no se puede tolerar, eso debe proscribirse en absoluto.

Se ha dicho, aunque no salimos garantes de la noticia, que las representaciones del *Tannhauser* han dado pretexto para esta saludable reacción.

Venus, de cuyo papel estaba encargada la distinguida y simpática artista señora Arkel, encontró en la hermosa diva su más genuina encarnación.

Actriz tan concienzuda como bella, cumplió su cometido identificándose—tal era su deber—con el mitológico personaje que representaba; prestó todos los tesoros de su escultural belleza á la diosa del amor, y enloqueció á Tannhauser por modo tan perfecto, que hizo de paso verdaderos estragos en las filas masculinas de los asistentes al teatro, hasta el extremo que, alarmadas, y con razón, todas las señoras, hicieron desde la segunda representación (y esto lo decimos también de referencia) gestiones oficiosas cerca de la célebre cantante para que luciera un poco menos sus encantadores atractivos.

—¡Ah! Si esto es cierto, ¡cuán alto habla también este ejemplo en favor de las pudorosas abonadas!

Y que, afortunadamente, vamos por buen camino, lo demuestra la otra noticia que acabo de leer.

El drama *Judas*, del celebrado autor catalán *Serafí Pitarra*, ha sido puesto en el *Indice* por la corte pontificia. Este aviso saludable que nos viene de Roma, no ha de ser seguramente echado en saco roto por nuestras piadosas abonadas del teatro Real.

Casi todas ellas, como personas ilustradas que son, tienen decidida afición á la lectura.

¡Mucho cuidado, por Dios, con los libros que caigan en sus aristocráticas manos!

El veneno de la impiedad cunde y se desarrolla en todos los géneros.

Para no equivocarse en este punto, creemos que las señoras deben atenerse solamente al *Indice*.

Siguiendo esta regla, podrán evitarse algunas faltas, y muchas situaciones embarazosas para su conciencia.

A última hora nos indica un querido amigo nuestro que la noticia que hemos comentado no estaba completa en el periódico de referencia.

Faltaba lo más importante.

Las señoras en cuestión han querido predicar con el ejemplo, y desde hoy han resuelto ¡loado sea Dios! subir hasta el torneado cuello el cuerpo del vestido, y no presentarse más en público con aquellos famosos y atrevidos escotes, admiración de propios y de extraños.

¡Así, así se hace!

Ni las mallas escandalosas de las bailarinas en el proscenio, ni los hombros desnudos en los palcos.

E. Navarro Gonzalvo.

ACTUALIDADES

Guillermo II,

EMPERADOR DE ALEMANIA

PINTORES DE COSTUMBRES

Porque imaginen ustedes, si gustan, que yo, buena persona y bien relacionada, puesto que trato á varias chicas más ó menos tiples ó más ó menos artistas, y á unos cuantos chicos toreros *per accidens*, intentase pintar una recepción en Palacio ó una *juerga* aristocrática de esas con cotillón sacado de la cabeza de alguno de los concurrentes, y con teatrito, y con *lunch*.

Pues, á pesar de mis buenas relaciones, como no visito ciertas casas, es de suponer que en cada línea dijera un disparate.

Empezando por la dificultad para describir el mobiliario y continuando por esa difícil facilidad que admiro en algunos apreciables trovadores de lo moderno para pintar á las damas y sus galas con tan vivos colores que parece que las está viendo el lector.

Que las oye hablar, que siente su aliento y aun que aspira el aroma de aquellos senos perfumados...

(Aquí echarán ustedes de menos un grabado «abusivo»).

Admiro á esos cronistas, sin llegar á explicarme su existencia en este baile de lágrimas.

Pero nunca osaré imitarles en esa conducta ni en ese género literario con encajes. Porque carezco de instrucción para eso.

Que es lo mismo que ocurre á varios escritores de costumbres populares; que podrán ser escritores, ahora ó andando el tiempo, aunque no populares; pero pintar del natural, nunca.

He leído en algunas novelas descripciones dignas de prisión correccional, por lo menos.

En una primera entrega de esas «de gancho,» para engañar á las gentes, dice uno ó «huno» de esos:

«La Marquesa pasaba las horas columpiándose en un canapé.»

El autor había oído «hamaca» sin saber dónde.

Otro autor de los que más salida han tenido por raciones ó por entregas, describía á un caballero, no sé si médico rural ó contrabandista, porque eso no se conocía marchando al trote largo, y decía: «Nuestro jinete...»

—¡El tuyo será, ladrón! exclamaba un lector arrojando la entrega por una ventana: que á mí nadie me monta, ni soy caballería.

Aquello del personaje que da «tres golpes en una puerta, en esta forma: primero uno, después otro,» que decía ó escribía un novelista ó novelador, como algunos dicen, ó *novelace*, como quieren otros, todo es insignificante respecto á lo que escriben ciertos autores de costumbres populares en el teatro, en la prensa periódica mixta y en el libro ó en el lebrillo.

Que pinte la sociedad aristocrática quien nunca la ha visto, es difícil.

Que dibuje chulas y chulos y pitilleras y despalilladoras, y toreros de cabritos asados y vendedoras y «cabayeros» de lo fino de Miraflores y á prueba, el escritor que á medio día suspende «la obra» para devorar el cocido; que se recoge en casa de diez á once de la noche ó se acuesta pacíficamente después de cenar su guisadito ó su *ragout* de carne y su ensaladita de lechuga ó de escarola al toque de ánimas, es aún más difícil.

Cuando digan á ustedes que esos chulos manuscritos, que Dios confunda, productos de la chispa de tantos genios, son chulos auténticos, digan ustedes que no los conocen ni en los casinos de la clase, ni en las casas buenas del ramo.

No crean ustedes que esos novilleros que les regalan, que esos granujillas y esos *ratas*, son verídicos.

En su mayoría fueron criados á los pechos de sus autores.

Esta defensa de clases tan nobiliarias es justísima.

ACTUALIDADES

Príncipe de Bismarck,

EX CANCILLER DEL IMPERIO ALEMÁN

Han salido á escena, en el libro y en el artículo, algunos ejemplares del natural.

Pero la mayoría son apócrifos.

—Como esa manera que tienen de pintarnos á nosotros y sacarnos á la vergüenza—que me decía un guardia del orden casi público.—Y dale con que hemos de ser gallegos; que no parece sino que es alguna ofensa, ó que las carreras de gallego y de guardia sean *sinónimas*.

Y decía bien el hombre de vigilancia.

Pónganse ustedes en su lugar ó en su uniforme, y que les llamen gallegos.

Y en mal sentido, como ellos dicen.

Vamos, en sentido figurado.

Hay para dar un golpe á cualquiera.

EDUARDO DE PALACIO.

A mi sobrina Pepita.

(AL RECIBIR SU RETRATO)

Tu retrato recibí,
y al contemplar tu retrato
no sé qué pasó por mí.
¡Por Dios que pasé un mal rato!
¡Casi no te conocí!

¡Vaya una chica preciosa!
¡Tez de nieve, labios rojos
la boca chica y hermosa,
con dos luceros por ojos,
con las mejillas de rosa!

Una cara angelical,
divina, de rechupete,
encantadora, ideal...
¡Pero, chiquilla, que mal
retratan en Albacete!

Tú vales más, sí, señor,
porque eres muy rebonita,
muy guapa, muy superior,
y el retratista, Pepita,
no te hizo ningún favor.

¡No hay cuidado, no hay esmero
bastante en el mundo entero,
si el artista no repara
que tiene enfrente una cara
con muchísimo salero!

Quizá el pobre retratista
quedóse al verte convulso,
perdió del arte la pista,
y sintió temblar su pulso
y nublársele la vista...

Si es así, no hay más que hablar.
Hoy se dará á Belcebú
sin poderlo remediar.
¡Ya no vuelve á retratar
á otro arcángel como tú!

Conste, y lo digo formal
que tu rostro sin rival
á cualquiera compromete;
y conste que en Albacete
retratan bastante mal.

Como aquí, en ninguna parte
podrán retratarte bien.
Hazlo por mí, y por el arte.
¡Convence á tu madre, y ven
á Madrid á retratarte!

EDUARDO NAVARRO.

EPIGRAMAS CALLEJEROS

V

Dándolas de jugador
López, se empeñó en jugar
con Ruiz, que juega mejor,
un partido de billar.
Y López vencido fué,
como era cosa notoria,
en el Café Francés de
la calle de la *Victoria*.

VI

Son ya del progreso tantos
los repetidos inventos,
que hoy, entre sus adelantos,
emplea en los pavimentos
tarugos, en vez de cantos.
Y aquí la grey concejal
presentó, como primera
muestra del piso especial,
pavimentada en madera
la calle del *Arenal*.

VII

Aunque reluciente y gorda,
mi amiga doña Serapia,
hace un año está más sorda
que una tapia.
Y es lo raro que no halle
doctor que á sanarla acuda,
esta sorda de la calle
de la *Ruda*.

VIII

Don Policarpo Zancudo,
personaje respetable,
cumplimentero y amable,
es un poco tartamudo.
Y, es claro, encuentra tropiezo
en la más breve expresión;
¡con que si su habitación
ofrece:—*Ja...co...me...tre...zo!*

MARIANO DEL TODO Y HERRERO

CLAVELES

Á la señora

Doña Emilia Pardo Bazán.

Cuando el cielo ostenta, rasgando las pardas nubes que denotan lluvia, jirones azules que recuerdan el manto de la Concepción, y horizontes de rosa y grana, y crepúsculos animados por luces alegres y tonos de púrpura, los claveles hacen su entrada triunfal, proporcionando al aire perfumes y olores que tienen mucho de divinos y que en nada se parecen á los arábigos, que enardecen, y á los químicos, que atrofian.

Las violetas anuncian que los hielos desaparecen; los claveles, ostentando, orgullosos, sus dentados pétalos, que parecen desbordarse espléndidos del búcaro verde que forman sus cálices, completan el anuncio de las violetas, dándonos con sus aromas indescriptibles la confirmación de que pronto en el cielo ya no lucirán su melancólico aspecto las nubes plomizas, ni las rosas necesitarán estufa, ni el sol será tan pálido y frío, ni las golondrinas tendrán que permanecer por mucho más tiempo ausentes de los aleros de los tejados, donde ya el día forma irisados cambiantes y las copas de los árboles, cuya frondosidad se anuncia, y los calados de las ventanas donde hicieron amorosas sus nidos, y de donde una intempestiva ráfaga que el cierzo helado envió sobre Madrid poco después de la muerte del último nardo de la temporada pasada, las obligó á huir por no poder soportarla.

La época santa que inician los claveles parece como que Dios nos la envía adornada de las galas que sólo Él puede crear, para que al mismo tiempo veamos y admiremos al Hombre Mártir y al Dios omnipotente.

El perfume de las espirales que forma el incienso en los templos, se confunde con ese otro de los claveles que no se explica, pero que se siente; perfumes genuinamente patrios, como el de la albahaca, y la verbena, y el Jerez, y la Manzanilla, y que al hacer vibrar los invisibles átomos del éter que nos envuelve, forman esos tibios huracanes que los profanos juzgan como continuación de los del invierno y los creyentes tomamos como la ligera brisa que levanta en su carrera vertiginosa el carro triunfal en que viene, rodeada de flores, sonrisas y perfumes, la Primavera, que es la estación de la Virgen.

Los claveles comparten con las gardenias los favores de las mariposas y las mujeres. Éstas, al colocárselos entre las guedejas de su pelo ondulante, ó entre los encajes y tules que rodean el busto desnudo como la neblina de los campos, une con líneas vaporosas el horizonte y la tierra, aumentan sus encantos como no lo conseguirían con perlas ni brillantes.

La cabeza de una mujer rubia y esbelta como los trigos, adornada con claveles blancos, semeja una margarita de las que brotan en los prados, esmaltando de plata y oro el terciopelo del césped; un clavel rojo en una cabellera negra parece un rayo de sol alumbrando tinieblas, un grito de alegría en medio de tristezas, una ráfaga de felicidad iluminando penas, y una chispa de fe en medio de un montón de dudas.

Selgas dijo del clavel que es el rey de la pradera: todos le califican de orgulloso; sin embargo, el poeta nos dice que eligió por esposa á la violeta, mirando en ella, más que su hermosura, su modestia.

En obsequio á las primeras mariposas que en los campos y jardines aparecen revoloteando y luciendo sus transparentes alas de tul y esmalte de oro, los claveles, más que orgullosos, coquetones, se apresuran á vestirse, con rigurosa elegancia, de frac encarnado.

Después de todo, hacen bien en darse tono. No hay flor que tenga sus perfumes, ni sus suaves matices aljofarados, ni las simpatías de todas las mujeres y de todos los hombres. Las hermosas aumentan con ellos sus encantos, colocándoselos á modo de broche de rubíes en el puntiagudo escote, guarnecido de céfiros y tules, del vaporoso traje de baile, ó bajo la sedosa mantilla de madroños que lucen el día del Corpus, ó de la de blondas de encaje blanco que rodea su rostro, como un nimbo de gloria, las tardes de toros; los claveles que los hombres lucen en el ojal de su levita, ¿quién adivinará los secretos que encierran, las esperanzas, las ilusiones, los afectos que pueden significar?

Los claveles encarnados son el símbolo de la alegría: los blancos, sin embargo, representan mejor la belleza. Una copla gitana dice en un colmo:

Es mi niña más bonita
que los clavelitos blancos
que abren por la mañanita.

A los claveles sucede lo mismo que á las muchachas: los amores los dejan mustios.

¿Amarilla y con ojeras?
No le preguntes qué tiene:
que está queriendo de veras;

explicándose por esto la existentencia de los claveles amarillos, que, no obstante su esplendidez, inspiran la comparación del ictérico.

Los claveles son las joyas de las niñas pobres. Un balcón tapizado de enredaderas verdes y macetas de claveles dobles, denuncia la existencia de un hada que los cuida y atiende con maternal cariño. Cuidar flores es ocupación de mujer, sin duda por la analogía que hay entre ellas. Alfonso Karr asegura, sin embargo, que Luis de Borbón, príncipe de Condé, llamado el gran Condé por su genio y fiereza militares, cuando estuvo preso en Vicennes, se olvidaba de su triste situación cultivando claveles, que sin duda le recordaban días mejores, pasados entre el perfume de otros tal vez amantes y las caricias de alguna mujer.

Las mujeres y los claveles se completan: separados, se marchitan.

El duque de Ahumada, tan bizarro militar como notable literato, lo dió á entender así en un soneto que dedicó á un clavel, y que termina:

¡Qué hay ¡oh flor! más allá? Y á tu deseo
¿qué resta que anhelar?... ¿Ser de mi esposa?
Ven, pues, á ser de su beldad trofeo.

Como se ve, la poesía, consagrada desde tiempo inmemorial á cantar las bellezas y galas de la naturaleza, no ha olvidado á los claveles.

Antes, el ínclito Rioja, cuyo primoroso modo de hacer silvas tiernas y delicadas puso á disposición de todas las flores, dijo á la que

Miró al nacer, más blandamente Flora,

después de ponderar la envidia que le causaba verla sujeta entre los bucles de oro por que el autor suspiraba y gemía:

¿Dióte Naturaleza sentimiento?

Y es que el discípulo de Fernando de Herrera veía su pasión retratada, como en bruñido espejo, en los pétalos brillantes del clavel de la que mereció la fineza de ser objeto de sus amores.

Otro poeta del siglo XVIII, el conde de Noroña, compara sus desdichas con las que cree que causan el desfallecimiento de un clavel olvidado después de haber vivido dando envidias y celos en el pecho de una hermosa, y termina una preciosa silva que le dedica, diciendo:

Y pues el mismo sinsabor tenemos,
mutuamente los dos nos consolemos.

Los claveles son de corta duración, y agobiados por su misma belleza, no bien dieron las primicias de sus perfumes á los aires, se retuercen amarillentos, como si para ellos hubiera llegado el otoño de la vida, la llegar la tarde.

Por eso dijo el poeta salmantino que en el siglo XVIII hizo su nombre famoso con sus idilios:

Sus edades se pasan de hora en hora,
corto vivir le destinó la suerte.
y sólo un sol solemnizarle advierte
en risa el alba, en lágrimas la aurora,
su nacimiento y muerte.

Valencia y Andalucía son las ideales estufas donde más claveles se crían. Sus cármenes parecen altares adornados con las mejores galas de la naturaleza, sobre las cuales flota el espíritu angélico.

Al llegar los claveles con sus brisas primaverales, su aspecto delicado y su aroma soñador como ninguno y perceptible como pocos, vienen á hablarnos al alma y á contarnos que, más allá del éter azul del firmamento, hay un edén esmaltado cuyos pétalos reciben directamente del Ser que todo lo puede, el hálito divino; á decirnos que las flores son la mejor prueba que Dios nos envía de su poder, y que ¡ay del que no comprenda su valor! Pasará por este mundo como por árido desierto, sin saber apreciar los goces consoladores de la fe y la esperanza.

C. Ossorio y Gallardo.

CUENTECILLOS VULGARES

PARA LOS POBRES

Á JUAN ANTONIO DE IZA ZAMACOLA

I

Aurelio no cesaba de dar vueltas al perfumado billete que tenía en sus manos.

El nervioso movimiento de sus dedos revelaba impaciencia é indecisión.

«Amalia Casavera participa á su amigo Aurelio que el día de Jueves Santo pedirá ella, de tres á cinco de la tarde, en la iglesia de las Calatravas.»

No una, varias veces, leyó el billete.

El también pedía: demandaba y había demandado desde hacía mucho tiempo una dulce mirada de los ojos de Amalia. Pedigüeño tenaz, pobre porfiado, esperaba de aquellos ojos grandes, iluminados y llenos de belleza y de desdén, ese vivo centelleo, ese fugaz reflejo que es la decisiva concesión de la simpatía ó la consentida alianza de un mutuo amor.

Por un momento apeló el ánimo y conmovió la nerviosa naturaleza de Aurelio, de aquel artista niño, una puerilidad, un pensamiento ilusorio de vano goce; ir él, Aurelio, á su vez, como cualquiera de aquellos jóvenes aristocráticos y ricos, que con desgaire y desenfado vaciarían su bolsa en la bandeja de la linda diputada de los pobres; ir él y dejar desdeñosamente una moneda de oro en la mesa petitoria, y saludar con leve sonrisa y ademán de orgullo á la engreída muchacha.

—¡Pobre reloj mío! No es culpa mía que tú, hasta hoy inseparable compañero, debas de permanecer cautivo en los escondrijos del Monte, dijo Aurelio.

Y sonriéndose, añadió:

—Pero si á ti te dejo... ¿quién me indicará la hora de las cinco el día de Jueves Santo? ¡Bah! Amalia bien vale la temporal cesantía de mi reloj.

II

Es el día de Jueves Santo, para Madrid día de artístico Renacimiento.

Desaparecen de las calles los grandes y pesados vehículos que transportan mercancías, y los lujosos carruajes del nuevo gusto; no circulan los tranvías; los comercios están cerrados; todo cuanto da colorido y moderno carácter, se borra aquel día; una compacta muchedumbre, con aires de devocion y grave aspecto, pulula por las calles, yendo y viniendo de iglesia en iglesia; entonces nuestro pueblo hace ostentación de su fe; las mujeres lucen su negra y amplia mantilla, su gracia severa, sus ojos ardien

EN SEMANA SANTA

—Pepa, supongo que habrás recorrido las estaciones.
—Todas.
—¿Y cual fué la última?
—La de las Delicias.

tes y velados por la piadosa compunción; se ofrece también entonces aquella confusión del pueblo y la nobleza que en las romerías y procesiones, toros y bailes de la época que D. Ramón de la Cruz y Goya nos pintaron, hacía que pudiera descubrirse muchas veces á la dama de alta alcurnia bajo el vistoso traje de la manola.

Aurelio iba apresurado é impaciente, abriéndose camino por entre los hombres y las mujeres que se dirigían á la iglesia de las Calatravas. Pasó rápidamente y se detuvo un momento ante la puerta; era imposible penetrar en el templo: esperó confundido con algunas devotas que á su vez esperaban. Distrajo su impaciencia recorriendo con la mirada cuanto tenía en torno suyo; de pronto sus ojos, habituados á sorprender cuanto pudiera ofrecerse como motivo de estudio para el arte de la pintura—arte al que se dedicaba—descubrieron un grupo de contorno desmazalado, una mujer famélica, de ojos vidriosos, y un niño escuálido, harapiento, que esperaban bajo el pórtico de la iglesia, y á fuerza del monótono y lamentoso pedir, las limosnas del público. Recordó Aurelio la faz de aquella mujer. Sí; le pareció la misma, aunque demudada y enjuta, que él había visto rozagante y bella, no hacía aún dos años, en el estudio del maestro D.

Al entrar en el templo paróse ante la mendiga, y la preguntó.

—¿Usted ha sido modelo?

—Sí, señorito; pero hoy...

—Bien, bien, replicó con impaciencia para cortar la plañidera historia: y metiendo la mano en el bolsillo, sacó de él las dos únicas monedas que tenía: la de oro para la caridad del diablo, y una de dos pesetas, y echó ésta en la falda de la mendiga.

Gótico monumento alumbrado por millares de velas, cubría el altar mayor, y delante de éste, semejando dos estatuas, por la blancura de sus mantos y la inmovilidad de sus cuerpos, hallábanse dos caballeros de la Orden.

Aurelio vió aquella profusa luminaria en el oscuro fondo del templo, y luego la mesa de rojo tapete, con la bandejilla repleta de monedas de plata, de oro y de cobre; la altiva y bellísima cabeza de Amalia, tocada con negra mantilla de madroñuelos que hacía resaltar la blancura de su cara; junto á la elegante señorita se hallaba sentada una niña de la Inclusa, de rostro moreno; y pobre como su origen, la inclusera llevaba una mantilla de lienzo blanco.

Ya se disponía Aurelio para su lance de infantil vanagloria; ya iba á sacar su moneda de oro para lanzarla al montón, cuando sintió que le agarraban del brazo.

Era la mendiga.

—Señorito, señorito; sin duda se ha equivocado usted, y por darme diez céntimos me ha dado dos pesetas, dijo la mendiga de modo que pudieran oirlo las señoras de la mesa petitoria.

—Sí, me había equivocado; había reconocido en usted una pobre, pero no debía haber olvidado que era usted honrada, replicó Aurelio. Recogió la moneda de dos pesetas, é inclinándose hacia Amalia, la dijo á media voz, mostrándole la moneda de oro:

—Traía esta moneda para echarla en la bandeja por pura vanidad; permítame usted que con la misma moneda socorra en su nombre una necesidad conocida.

Y con esto, dejó caer en la bandeja la moneda de dos pesetas, y puso en manos de la mendiga la de oro.

—Gracias, replicó Amalia con fría sonrisa, y fijando en el joven una mirada llena de orgullo.

Aurelio sintió un frío intenso recorrer su cuerpo al contacto de esta mirada, y quedó inmóvil; pero hallando luego sus ojos los de la mendiga, que, preñados de lágrimas, expresaban una inmensa gratitud, se repuso y exclamó:

—Mirada por mirada, vale más ésta.

Ricardo del Rivero Iglesias.

ACTUALIDADES

General Caprivi,

NUEVO CANCILLER DEL IMPERIO ALEMÁN

CONTRADICCIONES

Si del dicho al hecho hay gran trecho, como dice el refrán, de lo que se dice á lo que se quiere decir, hay, en muchas ocasiones, distancia inconmensurable.

La palabra es la máscara del pensamiento, según la feliz expresión de un ilustre filósofo; pero preciso es confesar que en un gran número de casos no lo es por la voluntad del que habla, sino por la extraña formación del lenguaje, que nos obliga á mentir, á contradecirnos ó á manifestar lo contrario de lo que sentimos, sin que nos demos cuenta de ello, ni de ello, en modo alguno, seamos responsables.

Vayan unos cuantos ejemplos.

En uno de mis últimos viajes iban en el mismo vagón que yo, un íntimo amigo mío y otro sujeto que, rendido por el cansancio, se había dormido á pierna suelta, sin dar cuenta de su persona durante todo el camino.

Mi amigo, aprovechando la ocasión que el sueño de nuestro compañero le proporcionaba, quiso hacerme un elogio de sus condiciones sin ofender su modestia, y no encontró frase más á propósito que ésta:

—Es un muchacho muy *despierto*.

—

¡Pobre don Roberto!

Los médicos han declarado incurable su padecimiento.

Y cuando los médicos dicen que uno se muere, no hay que darle vueltas.

Porque ya saben ellos lo que hacen.

Ayer fuí á visitarle y me detuve á la puerta de la habitación en que se hallaba, al ver que un sacerdote estaba sentado á su cabecera murmurando en voz baja, con lúgubre acento, algunas oraciones.

—¿Qué significa eso? pregunté á la persona que me acompañaba.

—¡Ay, caballero! exclamó sollozando; que el pobre don Roberto *no tiene cura.*

***

El buen señor, que era muy bueno, muy religioso, muy creyente y muy caritativo, cumplió fielmente todos los preceptos de la religión, y recibió los últimos sacramentos con contrición edificante.

Murió por la noche.

Y un caballero decía á algunos amigos que se hallaban reunidos en la casa del finado:

—Esto tenía que suceder, y yo lo había pronosticado varias veces.—Ya hace mucho tiempo que el pobre don Roberto *no andaba muy católico.*

—

X es un demagogo furibundo.

Su monomanía especial consiste en un ódio extremado á los curas.

Pues bien, no hace mucho tiempo, decía hablándome de este particular:

—Amigo mío, si yo pudiera, le daba á cada cura una *sotana* y un *manteo.*

—

En una reunión de literatos:

—Fulano escribe *con los pies.*

—¿Por qué?

—Porque escribe siempre *sin pies* ni cabeza.

—

Conozco yo á un caballerete que está de *meritorio* en una Dirección ganando el sueldo de 3.000 reales al año y que pasea las calles hecho un *dandy*, está abonado á los teatros, va en coche al Parque y mantiene con lujo á un par de queridas.

Hace pocas noches se hablaba de él en cierta tertulia, y dijo uno de los concurrentes:

—Ese sujeto tiene 3.000 reales... y las *manos sucias.*

—Pero, señor, exclamó otro, ¡esto es un escándalo! ¿Y no será posible acabar de una vez con tanta inmoralidad y conseguir que el pobre pueblo no pague y se sacrifique para que venga luego un pelagallos y, con *sus manos lavadas*, cargue con el dinero de la nación?

—

Desde que he leído la ley vigente de reemplazos, tengo una duda que no acierto á resolver.

Si al tratarse del servicio de las armas el Gobierno excluye á los *quebrados*, ¿cómo puede comprenderse que lo que el Gobierno se propone es sacar *quintos* y *cuartos*?

—

Por último.

Yo he oído decir que un poeta no tenía *concepciones* y á renglón seguido me han asegurado que tenía *conchas;* he oído llamar á un soldado *gastador*, y una niñera que tenía motivos para conocerle á fondo y á fondos, me ha dicho después, en confianza, que era un *avaro:* he oído decir que un petimetre gomoso y sietemesino no era hombre de *buenos puños*, y le he visto usar siempre unos *puños magníficos;* me han querido hacer creer que una tiple de zarzuela no daba el *sí* cuando yo tenía la seguridad completa, de que lo que no daba nunca era el *no;* he oído decir que el Gobierno se ocupaba en cierta ocasión en asuntos serios, y más tarde supe que se trataba de juegos; y, finalmente, no hace mucho me dijeron que Z*** es un *burro*, y á poco rato pretendieron convencerme de que *no piensa.*

¡Oh, las palabras, las palabras!

TELLO TÉLLEZ.

LA CONCHA

De ser un *Tenorio*
se las echa Pablo,
y ayer me decía
que él ha conquistado
¡la mar! de muchachas
que le idolatraron.
—Yo he tenido citas
(decía el tal Pablo)
con hijas de condes
y las he burlado.
En este momento
os dejo y me marcho,
pues sé que la *Concha*
me estará esperando.

—

Nosotros creímos
que esperaba á Pablo
alguna muchacha
que le estaba amando;
mas luego supimos
que hablaba así Pablo,
porque era consueta
de cierto teatro,
al aproximarse
a hora del ensayo,
es claro... ¡la *concha*
e estaba esperando!

J. RODAO

PROPIO Y AJENO

Nuestro querido amigo y colaborador Carlos Ossorio y Gallardo va á publicar dentro de breves días un precioso libro, *La vida moderna*, ilustrado con multitud de dibujos de los primeros lápices en el arte; y si no, véanse las firmas: Plasencia, Ferrant, Gomar, Luna Novicio y otros maestros.

El libro lo edita con extraordinario lujo *La España Editorial*, y á la amabilidad de esta Empresa y á la del autor, debemos poder adelantar á nuestros lectores el capítulo titulado *Claveles*, que aparece en este número con las ilustraciones que Gomar y Pedrero han hecho para el mismo.

Tenemos la seguridad de que la edición de este libro se agotará antes que los elogios que han de hacer de él las personas de buen gusto.

—

Diálogo de dos *ratas:*

—Oye tú, *Pichichi*... ¿dónde has estado estos días que no se *ta* visto el pelo?

— *Pus* me lo han estado tomando en el *Abanico*, quince días.

—*¿Tan prendío?*

—Ya ves tú, *Boceras*, lo que es la mala sombra... *Man prendío* esta vez, tomándome por otro.

—¿De veras?

—¡Digo! Figúrate que el *delgado* me dijo que iba á estar medio mes con el capuchón, por ser yo *Blas Femio*... y *miá* tú que ni tan siquiera conozco yo á ese *Blas*.

ACTUALIDADES

Conde Herberto de Bismarck,

EX MINISTRO DEL IMPERIO ALEMÁN

—

La Fulana, la Zutana...

¡Jesús! ¡Las tiples que van á reunirse en aquel teatro!

¡Así acuden los autores á llevar obras!

Ya se anuncia una de costumbres, titulada *Las Calientes*.

Vamos al decir: *Las castañeras.*

—

Historia de la música por H. Lavoix (hijo). Un tomo en 4.° con numerosas ilustraciones y autógrafos de los grandes maestros compositores. Precio: 4 pesetas. Este tomo pertenece á la *Biblioteca de Bellas Artes*, que con tanto éxito publica la Empresa *La España editorial.*

—

Celebridades españolas contemporáneas, tomo IV. *Doctor Thebussem;* un folleto de 48 páginas y el retrato y autógrafo del biografiado: una peseta.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro** y **Diplomas de honor.**

Venta diaria: 7.000 KILOS

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exíjase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera, 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SOBRINOS DE GUINEA

GRAN CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Carretas, 27 y 29.

Dulces, bombones, ramilletes, tartas.—Veinte clases de caramelos especiales de la Casa.

Caprichos para bodas y bautizos.

Jamones en dulce de todas clases, salchichones, etc.—Vinos finos.

Pasteles á 1,50 pesetas la docena.

Teléfono 142.

PINILLOS

Camas inglesas. Colchones de muelles y de lana.

Primera casa en España.

Precios sin competencia.—Clases sin rival.

ALCALÁ, 17

(Junto á Fornos.)

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

NO EQUIVOCARSE

Esquina á la calle de Jardines.

Pastillas y píldoras azoadas,

para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis.

A media y una peseta la caja

Van por correo.

Café nervino medicinal.

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad.

A 3 y 5 pesetas caja.

Van por correo.

Píldoras Lourdes.

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo.

A una peseta la caja.

Van por correo.

Impotencia, debilidad

Cura segura con las célebres píldoras tonico genitales del Dr. Morales.

A 7,50 pesetas la caja.

Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general: Carretas, 39.—Dr. MORALES

Relojería.

MONTERA, 14.

Remontoirs níquel desde...... 11 ptas.
Remontoirs acero desde....... 14 ptas.
Roskoff níquel desde.......... 30 ptas.
Remontoirs plata, áncora, desde 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

LA ESPAÑOLA

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid siempre esta marca, **la más acreditada de España,** por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS, 38

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

AGUAS de MONDARIZ

Las primeras conocidas en Europa para las enfermedades del estómago y aparato génito-urinario.

Depósito, siempre recién traidas:

Plaza de Herradores, 12,

principal izquierda.

COMPAÑÍA COLONIAL

Chocolates y Cafés.

La Casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS de chocolate al día.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

Anuncios para esta plana y para los telones, vestíbulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martín, Infantil, Eslava y Felipe,

Agencia de publicidad.

☛ MONTERA, 51 ☚

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 80 15 CÉNTIMOS 12 de Abril de 1890

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo. Revista semanal. Oficinas: San Andrés, 33, 1.º izq

LAS PRIMERAS LILAS

CAPÍTULO IV, VERSÍCULO VI.—«Dejad que *los* lilas se acerquen á mí.» (*Palabras de la «Señora.»*)

CUENTA CORRIENTE

Indudablemente la semana transcurrida no arroja partidas bastante importantes para llenar estas columnas.

Podemos hablar algo de la visita de los estudiantes portugueses que han venido á estrechar los lazos de amistad y compañerismo con sus hermanos los estudiantes españoles. Se les ha dispensado una acogida por todo extremo cariñosa, y creemos que no estarán descontentos de nosotros.

La Compañía de Eleonora Duse, cuyo retrato publicamos en otro lugar de este número, ha debutado en el teatro de la Comedia con éxito extraordinario. Es una actriz guapa, elegante y de muchísimo talento. *Todo Madrid* irá á aplaudirla. Y no ocurre nada más.

¿Cómo salir del compromiso?

Ya lo sé. Acabo de leer un precioso artículo del popular escritor francés Armand Silvestre, lleno de gracia y de oportunidad—su título lo indica sobradamente—y lo voy á traducir, insertándolo aquí, en el lugar preferente de Los Madriles, para recreo y solaz de mis lectores.

Lean ustedes:

LA LEYENDA DE LAS LILAS.

«Aún están muy retrasadas las de mi jardín, en relación á las que veo ya perfumando las calles, colocadas en los cestos de los vendedores. Apenas si sus oscuros racimos se destacan entre el nevado fondo de los cerezos en flor, ó entre las verdes hojas del árbol que, tiernas todavía, adoptan la forma del aguzado hierro de las flechas. No ha llegado aún el rayo del sol que ha de abrir, con beso de amante cariñoso, sus perfumados labios. Sus botones afectan ahora la forma de pequeños incensarios, que el viento balancea, sin lograr que se desprenda de ellos el menor perfume. ¿Para qué invisible y misteriosa misa se agitan ya aquellos pebeteros en que no arde nada todavía?...

Yo voy á decíroslo, que sé más sobre este punto que todos los botánicos, que no son, después de todo, más que simples manipuladores del microscopio. La ciencia se contenta con describir, sin explicarnos el por qué de las cosas. Los que sueñan están casi siempre más cerca de la verdad eterna que los que estudian. He aquí por qué el viejo Fausto repudia sus libros, rompe sus retortas y alambiques, y busca los ideales del amor, que es el más dulce y el más embustero de los sueños.

Para reconstituir la historia psicológica, digámoslo así, de las lilas, he de atenerme á algunas noticias exactas y cuidadosamente comprobadas. Esta flor, originaria de Oriente, no fué conocida en Palestina hasta los comienzos de nuestra Era. En Constantinopla coincidió su aparición con la de los primeros dogmas del cristianismo, y Augier Ghisland de Busbecq la introdujo en Europa en 1560; es decir, en la época en que era más grande el fervor religioso en Francia y en todos los países vecinos. Es necesario, pues, ser ciego, ó discutir de mala fe para negar su evidente procedencia evangélica, sobre todo cuando el aspecto y la forma de la misma flor nos da preciosas indicaciones para asegurarlo.

Es indudable que el drama de la Pasión no impresionó á los hombres solamente. Varios historiadores latinos, nada sospechosos, hacen referencia al cataclismo local que sufrió la Tierra al expirar el Salvador. Animales y plantas, piedras y montañas, sufrieron súbita transformación. Preguntad al asno, transformado un momento en corcel triunfal para la entrada del nuevo Dios en Jerusalén. Preguntad al pichón, promovido al grado de esposo suplementario en los matrimonios estériles, su opinión sobre la doctrina del Nazareno, y entrambos se desharán en elogios y alabanzas. Pero no preguntéis al cerdo, al cual la ley de Moisés preservaba del cuchillo del matarife y de los honores de la salchichería, y hoy las tolerancias evangélicas han devuelto á la alimentación del hombre, cosa que el animalito no ha podido perdonar á los cristianos. Observad cómo ese comestible rencoroso se presta con delicia á todas las manifestaciones gastronómicas anticlericales. Así ofrece, casi gratuitamente, sus jamones y sus sabrosos embutidos á los impíos comensales de los banquetes del Viernes Santo, que creen glorificar los derechos sagrados del libre pensamiento atiborrándose de lomo y de salchicha.

En vano San Antonio, que era un hombre conciliador, quiso traer el cerdo á buen camino, inculcándole sentimientos más cristianos, haciéndole entrar, como quien dice, en el seno de la Iglesia, llevándole constantemente á su lado. El cerdo continúa todavía siendo el símbolo más perfecto del ateísmo.

Por estos ejemplos podéis convenceros que el reino animal no fué insensible á la revolución cuya sangrienta cuna fué la cima del Gólgota.

¿Por qué las flores, que en mayor escala que las demás cosas de la naturaleza—por más que alguien crea lo contrario—toman parte en nuestras penas y en nuestras alegrías, ora sonrientes entre los cabellos de nuestras amadas cuando ellas nos sonríen, ora mustias y ajadas en su seno, cuando nos hacen llorar desesperados; por qué esas flores, repito, á las que el menor soplo hace estremecer, no habían también de sufrir la emoción consiguiente ante el drama divino del Calvario?

¿Nuestros maestros, los poetas griegos, no habían imaginado ya que la rosa tomaba su púrpura de la sangre de Adonis, y el narciso su palidez, de los desfallecimientos de un inmortal? Yo mismo he contado la leyenda del tulipán, tal como la he encontrado en los poetas persas. La historia de las flores está ligada íntimamente con la historia de los dioses.

¿Qué tiene, pues, de extraño que encuentre yo un lugar preferente para las lilas en el simbolismo de la religión cristiana?

Mientras que los cultos se borran y desaparecen sus líneas bajo el polvo de los rituales viejos, trayendo en sus cálices una savia más viva que nuestra fe, llena de desfallecimientos, las flores embalsaman, con el aroma indestructible del recuerdo, el alma de todos los ritos abolidos.

Y el día en que en nuestras desiertas catedrales no resuenen los majestuosos acordes del órgano; la sagrada Custodia, abierta, brille en el vacío; los rayos del sol, al filtrarse por los vidrios de colores de las altas ventanas, no reflejen sobre las casullas bordadas de oro y plata, y los acólitos no llenen con las nubes de perfumado incienso las sagradas naves, llegará el domingo de Pascua, y las lilas agitarán en dulce balanceo sus vivientes incensarios, bajo un cielo cada vez más lejos de nuestras esperanzas, recordando que un día, un inmenso *¡hosanna!* se elevó de la tierra, cantando al libertador de la Humanidad, puesto en pie sobre las ruinas de una tumba rota.»

Armand Silvestre

Por la traducción,

E. Navarro Gonzalvo

CARICATURAS CONTEMPORANEAS

Enrique Stanley,

CÉLEBRE EXPLORADOR DEL ÁFRICA

¡VENCIO!

Sus ojos se fijaron en mis ojos,
su pecho se juntó contra mi pecho,
subiendo sus latidos á mi rostro
convertidos en ráfagas de fuego.

Sus manos se cruzaron con las mías,
acaricié su frente con mi aliento,
y cual sierpes, mis brazos se enroscaron
á las ebúrneas formas de su cuerpo.

Una queja, una frase entrecortada
que entre sus ondas recogiera el viento,
y después el silencio... interrumpido
por el rumor sonoro de dos besos.

....

Luego... sombras, y llantos, y tristezas,
el triste despertar de alegre sueño,
abriéndose un abismo ante mis plantas
y Satán en su fondo sonriendo.

BARRO

La imagen eres tú; yo te adoraba
como se adora á Dios,
sin pensar que el sacrílego cariño
pudiera envenenar mi corazón.

Hoy me castiga el cielo; la escultura
del altar resbaló,
y puedo contemplar cerca, muy cerca,
la codiciada imagen de mi amor.

Está bien modelada la escultura,
el cincel la adornó
de líneas griegas, de perfil de diosa...
¡Cuánto pudo engendrar la inspiración!

¡He visto la escultura muy de cerca!
¡El barro la formó!
¡Y un corazón de barro no merece
la grandeza infinita del amor!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

UNA TRAGEDIA

Mientras la lluvia menuda y fría azota los cristales y un airecillo Norte hace caminar más que de prisa á los escasos transeuntes de aquella calle apartada del centro, en un gabinetito del piso segundo arde un buen fuego, leña que chisporrotea y cruje, y cuyas llamas alegran la vista, completando la sensación de bienestar producida por la temperatura.

Cerca de la chimenea un velador; sentada junto á él, una mujer hace costura.

No es vieja aún; apenas si habrá doblado el cabo de los cuarenta. Entre sus negros cabellos, que rodean una hermosa frente, brillan algunas canas, muy pocas, que indican más bien penas y sufrimientos pasados que pasos recorridos en el camino de la vida.

Sus facciones, correctas y delicadas, guardan la más completa impasibilidad, y sólo en sus grandes ojos negros se ve de cuando en cuando chispear una mirada viva como un relámpago, indefinible. Su actitud revela, sin embargo, la indiferencia de una persona que entretiene la velada mientras llega la hora del sueño.

Al otro lado del velador, junto al fuego, tendido en una butaca cama, un hombre envuelto en rica bata acolchada, cubiertas las piernas con una piel, inmóvil, fija obstinadamente los ojos en aquella mujer.

Aquel hombre tendrá unos cincuenta años; el cabello, negro aún, blanquea, sin embargo, junto á las sienes. Hondas arrugas surcan la frente; y en la *pata de perro* que aparece junto á los ojos y en la ligera depresión de su boca se adivina el cansancio del hombre rendido y gastado por los placeres. Sus manos, flacas y amarillentas, caen inertes sobre sus rodillas.

Una lámpara con ancha pantalla proyecta su luz sobre el velador, iluminando los rostros de estas dos personas.

Un gran silencio, interrumpido solamente por el sonido lejano de un piano el repiqueteo del agua en los cristales ó el taconear apresurado de algún transeunte, reina en aquel gabinete.

¿Quién podría adivinar que en aquel interior tranquilo, bajo aquella aparente intimidad, se oculta un drama?

Aún no hace un mes, aquel hombre caía herido de un ataque de parálisis en brazos de una perdida, en medio del ruido y la algazara de la más desesperada de las orgías.

Su esposa, aquella mujer que ahora cose tranquilamente frente á él, lo vió entrar, conducido en tal estado, por las puertas de su casa, á las cuatro de la madrugada. Después, los médicos han declarado francamente su opinión, dictando una sentencia de muerte, que ha de cumplirse fatalmente y en plazo breve.

Encadenado por la parálisis, sin haber conservado libre más que el espíritu y el pensamiento, sintiendo su fin próximo, está ahí pensando en sus locuras pasadas, en la existencia de placeres y orgías constantes que ha llevado, creyéndose eternamente joven ¡aun á la edad en que se empieza á ser viejo.

Todas sus noches de crápula, todos sus caprichos lujuriosos, rápidamente olvidados para satisfacer otros nuevos, pasan ante su vista.

Un sudor frío brota de sus sienes cuando hace vanos esfuerzos para mover un brazo ó una pierna, sufriendo la horrible tortura de verse clavado en aquella butaca, mientras su pensamiento puede volar recorriendo su vida entera.

Un terror de muerte le invade, y lucha en vano contra la idea de su fin inminente, cuando se creía fuerte como un roble.

¡Ella piensa también! Su cerebro pasa revista á los quince años de matrimonio que aquel mismo día se cumplen, ligada á aquel hombre á quien tanto amó; y ante su vista pasa el triste cortejo de todas sus desilusiones y todas sus amarguras y afrentas.

Primero, un poco de miramiento y consideración disimularon las faltas; luego vino el abandono injusto, el cinismo. Todas las villanías, las cobardes ofensas de aquel vicio. Las queridas públicamente ostentadas; el desprecio por la esposa mártir, que seguía valerosamente conservando su honradez, y procurando, á fuerza de ternura, reconquistar aquel corazón encenagado.

Luego, el ridículo ante la sociedad; la fortuna perdida en el juego ó derramada á manos llenas entre cortesanos y prostitutas, mientras que en el hogar, desierto, faltaba lo más necesario á la vida.

Todo lo que su corazón de esposa había sufrido, sufriólo también su amor propio y su dignidad de mujer, amontonando en su alma rencores y hieles que han ido ahogando todas las ternuras de los primeros años.

Y, como digno coronamiento á esta obra, aquella terrible y vergonzosa catástrofe, aquel coloso del vicio tumbado por el mal en medio de la orgía.

La compasión ha muerto ya en su alma; no le queda más que odio y rencor; el relámpago que á veces brilla en sus ojos, es de venganza.

Mientras él la contempla aterrado, ella cose, corta lentamente, interrumpiendo su tarea tan sólo para juzgar del efecto que unos pedazos de tela hacen sobre otros al colocarlos según el patrón que tiene sobre el velador.

De la boca crispada del paralítico sólo salen sonidos roncos é inarticulados cuando procura protestar con su lengua encadenada del suplicio terrible y justo que aquella mujer le impone.

Cada puntada que ella da en la tela es un golpe de aguja que desgarra el corazón.

Y ella entretanto, sin levantar la vista de su labor más que para envolverle en una mirada más aguda y penetrante que su aguja, cose despacio, muy despacio, con la mayor sangre fría, sin apresurar su trabajo para no acabarlo antes de tiempo.

Está preparando, ante la vista del aterrado paralítico, su *vestido de luto*: ¡el que se ha de poner dentro de pocos días al quedarse viuda!

R. BLASCO.

ACTUALIDADES

ELEONORA DUSE

PRIMERA ACTRIZ DE LA COMPAÑÍA ITALIANA que actúa en el teatro de la Comedia.

La limosna.

Por milésima vez su cantinela
repitió el infeliz con débil són,
y ni un alma cristiana respondía
al sacrosanto nombre de su Dios.

Y la lluvia en el aire se cuajaba,
agolpando la sangre al corazón,
y el infeliz las manos extendía...
y sintiendo morirse... blasfemó.

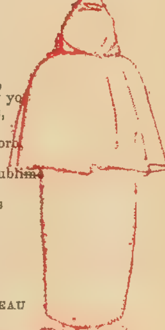
Otro mendigo por allí pasaba,
oyó la imprecación,
y dijo al insensato: «No blasfemes,
no blasfemes, hermano, aquí estoy yo.

»Si te falta la luz de los sentidos,
no rechaces la luz de la razón;
yo también, como tú, mi mal deploro,
pero bendigo á Dios.

»Toma del pan que con virtud sublime
otro pobre me dió;
suframos resignados, que los cielos
para nosotros son.»

Y tras aquellas elevadas frases,
que al alma dan calor,
en brazos de la fe murió la duda,
y el iris de esperanza fulguró.

CIRIACO SOS GAUTREAU



EN EL CALABOZO

I

Lugar de la escena: un solitario paseo, sobre una meseta artificial, elevado hasta los lienzos de la muralla; tísicos arbolejos formados á una y otra parte, en tres líneas y por entre cuadros de flores; de un lado una antigua ciudad, de casucas ruinosas algunas, otras restauradas como viejas coquetas, torres de aquí y acullá, de templos góticos, románicos, bizantinos, de este ó del otro estilo; conventos de religiosas, edificios con celosías y rejillas de mil aberturas, en cada una de las cuales parece que ha de haber un ojo atisbando lo que pasa afuera. Bajo la meseta, una pomposa arboleda de gigantescos chopos y otros árboles de robusto tronco y magnífico ramaje; esta hermosa plebe contrasta con los encumbrados arbolillos del paseo aristocrático, verdaderos sietemesinos que parecen muy engreídos por lo elevado de su posición. Tras de la hermosa arboleda, un alegre arrabal de la ciudad, luego un llano, colinas como ondas del terreno rojizo, amarillo, verde y pardusco á remiendos, y al fin la tierra vestida con la nieve como un manto brillante de tisú de plata.

Serían... serían las nueve de la mañana... ¡justo...! había mirado Sargueza su reloj de plata, sacándole de entre la abrochadura de su guerrera gris con botones dorados. El mozo se embozó en su capote azul de forro grana, y prosiguió por el paseo de la meseta, llamado pomposamente «El salón».

Sargueza miraba de vez en cuando á un caserón que por entre los restos de muralla elevaba su piso segundo, su mirador ó secadero, su buhardilla y su tejado negruzco y medio destruído como un sombrerillo pobre y ajado.

Conste que de esto hace algún tiempo, es decir, que lo que voy á referir no ha ocurrido el pasado, sino dos años antes ó tres.

¿Estamos en ello? Pues prosigo.

Sargueza era alto, bien entallado, arrogante; tenía negros y apicarados ojos... No era bello su rostro, sino feúcho; ya hombruno, á pesar de que Sargueza era un chiquilicuatro, con un negro bigotillo muy manoseado y en punta, que no parecía sino que el joven, á fuerza de tirar de los cuernecillos de aquella sedosa madejilla, iba á hacer lo que las viejas con un copo de lino, alargarle y hacerle poco menos como los bigotes de un tambor mayor. Ya no los había... ¡Que ya todo lo ruidoso y estrepitoso va desapareciendo, por la ruindad de nuestras vulgaridades! En fin, creo que esto que digo es filosófico... y como no viene al caso, prosigamos el cuento

Sargueza, alumno de artillería, alumno galonista —y tampoco ahora hay galonistas —estaba enamorado y rondando á su novia, iba y venía por el paseo entonces casi solitario; no había en él más personas que Sargueza y un pobre cura que, sentado en un banco, y con la cabeza inclinada y como abrumada por el peso de los años y de un enorme sombrero de teja, se calentaba al sol, sacando los pies por los bordes de la sotana y mirando como hinoptizado las brillantes hebillas de los zapatos.

UN POQUITO ANTES

—¡No me diga usté esas cosas, que me pongo colorada!...

Por fin se asomó la niña... ¡Ay, mis amados lectores, qué niña! ¡Estoy por decir que el cerrojillo que cantaba en uno de los árboles de la baja alameda, cantaba en honor y para regalo de aquella hermosa muchacha! Fuera yo pintor, y haría una maravilla retratando á la linda novia de Sargueza.

Tenía sus rubios cabellos, graciosamente peinados, recogidos en una gruesa trenza de cuatro cordones tendida sobre la parte superior de la cabeza, y luego arrollada en rosca por detrás; á uno y otro lado subíanle dos montoncillos de oro puro, dejando ver sobre la blancura del cuello y de la nuca sus orejitas de rosa. Era *espigadita*, fresca, suave, delicadísima, lleno de inocencia el rostro; pura y bonita la boca, facciones monísimas, ojos magníficos, grandes, candorosos y rasgados.

Acercóse Sargueza al pie del muro, y unos pajarillos que en una grieta del paredón se hallaban mirando arriba y abajo y torciendo la cabecita, debieron enterarse del diálogo siguiente:

—Creí que no vendrías, dijo la niña.

Y se echó á reir muy gozosa.

—Me dí de baja ayer. ¡Cuánto te quiero! Anoche te escribí... sobre el tema de siempre, que no puedo, que no sé vivir sin ti...

—¿Creerás que pienso que á mí me sucede y me sucederá siempre lo mismo?

—¡Qué mañana más hermosa! Ya hay flores en todas partes, pero aún está llena de nieve la sierra. No puedes figurarte, Elvira mía, lo bonita que apareces ahí en el terreón, bajo ese cielo que hoy creo que está más azul... ¿Has pensado en mí?

La niña pronunció en voz baja un *sí* dulcísimo, y añadió: ¿Y tú?

Los pájaros piaron de risa, y uno de ellos abrió las alas y se lanzó de un vuelo al espacio y sobre el llano. Sin duda se iba por no perder el tiempo necesario para buscar alimento á sus hijuelos, oyendo tonterías. Era el pajarillo; la pajarita se metió en su nido, como vecina discreta que sólo atiende á su casa.

—Ayer, dijo la niña, estuve en el jardín y tengo un ramo de rosas, las primeras, para ti... tómalo.

Desde el balconcillo cayó, mejor dicho, desprendióse de aquella niña un manojo de frescura, de color y de belleza, un lindo ramo de flores que Sargueza cogió en su capa y se colocó después pren-

diéndole á los botones de su guerrera. Cuando tornó á mirar á lo alto del torreón, vió que la niña se escondía asustada y le hacía señas para que él á su vez se retirase.—Moros en la costa. ¡Curjás!... dijo la niña con voz aterrada.

El joven palideció, se embozó hasta los ojos y se fué alejando lentamente de allí, como si estuviera paseando muy distraído y haciendo memoria de alguna conferencia de balística ó de industria militar.

—¡Te pesqué, grandísimo tunante! se decía en esto un caballero que llegaba por el extremo del paseo. Tipo extraordinario, un hombre de mediana edad, con rostro huraño, de espesas cejas, espeso bigote; todo ceño, severidad y aspereza. ¡Curjás, el capitán Curjás, el cancerbero de la Ordenanza, el profesor más rudo... con la cabeza llena de cálculos y el corazón airado contra todo, á la menor sospecha de indisciplina!

El cadete hacía por huir, trazaba líneas diabólicas, realizaba geometrías ingeniosas por no tropezar con su jefe, que de paisano parecía un concejal de la ciudad de Segovia que había salido de su casa á solazarse. Movimientos de araña persiguiendo á una mosca, acecho de gato, esto hizo y mostró el fiero Proto Curjás, álias *Cañón rayado*.

Al fin... Sargueza hubo de apresurar el paso, y cual si se hubiera sentido repentinamente animado del deseo laudabilísimo de dirigirse con prisa á la Academia; pero se detuvo un instante, se desembozó, cuidando de ocultar con una de las alas de la capa las flores que llevaba al pecho, hizo el saludo militar, y siguió andando... Mas á los pocos pasos hubo de detenerse.

—¡Alto! dijo el feroz Curjás.

Y con la mano llamó imperiosamente al estudiante soldado.

—¿Qué porquería lleva usted ahí, señorito?... Cuando uno quiere ir elegante con el uniforme, gana la elegancia y llena uno el pecho de cruces... Tire usted esas flores; eso sólo lo llevan las mujeres... ¡Vaya usted á la Academia!... Después de la clase, quédese usted castigado... ¡Cinco días de calabozo!

¡Maldecida disciplina militar!... ¡Figuráos! El joven no tiró, no arrojó las flores, las dejó caer suavemente al suelo, que no parecía sino que con ellas se le había caído el corazón. ¡Perro Curjás! Vió aquel implacable ordenancista volar rápidamente al pájaro que iba á encerrarse en la jaula; vió... ¡tirano! vió rápidamente la cara de la niña del torreón... Una carita afligida que, fijando en Curjás una mirada de espanto, desapareció. Y por último, el capitán *Cañón rayado* vió en el suelo, según que una, dos y hasta una docena de veces, en el ir y venir de su paseo, se llegaba al punto en que poco antes había detenido á Sargueza, vió, repito, el pobre, bello y abandonado ramito.

—Sí, natural, se decía Curjás. Yo tal creo. ; pero le hubiera dado de bastonazos... ¡Será bueno que vayan á cargar con rosas la boca de un cañón!... ¡Esto es una mujerada de los tales monigotes!... ¡Al cuarto, al cuarto!

Entonces se detuvo ante el ramo; luego miró de nuevo al balcón; no había nadie, y miró á uno y otro lado del paseo... Tan sólo se hallaba allí el viejo cura, enamorado de las hebillas de sus zapatos, las cuales relucían al sol; y Curjas se bajó rápidamente, recogió las flores y las guardó en uno de los profundos bolsillos de su gabán. Poco después, el cura quedaba completamente solo en el paseo, y muy divertido con las hebillas de sus zapatos.

II

Sargueza, después de la clase, entraba en el calabozo.

—¡Cuatro días sin verla! se decía. ¡Cuatro días preso en este triste calabozo!...

Ya iba el ordenanza á cerrar la puerta, cuando el cadete lanzó un grito de sorpresa. Sobre la mesita de la prisión había en un vaso de agua un ramo de flores.

—¿Quién ha puesto ahí eso? preguntó Sargueza.

—Señorito, dijo el ordenanza; quien lo ha puesto me ha dicho que si usted preguntaba lo que ahora me pregunta, le contestara que ya puede usted figurárselo.

Y el ordenanza cerró la puerta y echó la llave.

Sargueza besó el ramo. El pobre muchacho casi tenía las lágrimas en los ojos...

—¡Oh! ¡Ese bárbaro de Curjás, dijo, es un caballero!

JOSÉ ZAHONERO.

UN POQUITO DESPUÉS

—Dígame usted lo que quiera, que ya no me importa nada

UNA CONVERSACIÓN

Diálogo cogido al vuelo, y sin intención pecaminosa, en el Ciclorama de la calle de Alcalá.

La mamá, una señora *maqueada* y robusta, vestida con lujo cursi, chillón y de gusto detestable. Lisardita, la niña, tipo de niña pálida y ojerosa, pelinegra, con un sombrero enorme y una esclavina de pantalla, cuyos menudos pliegues señalan la curva, mejor dicho, el ángulo de sus flacuchos hombros.

Entran las dos ansiosas de ver la exhibición de la Esfinge, y se abren paso difícilmente, gracias á algunos codazos y empujones, sabiamente distribuídos por doña Remigia.

Remigia es el nombre de la mamá.

Callemos y oigamos:

—Niña, adrento. No te me descabuyas. Ya sabes que no me gusta que te separes de mi lado en estos trimultos de gente.

—¡Si no me separo, mamá!

—En cuanto veas un agujero libre, aplica la vista. Si no, vas á perder el turno.

Un gomoso, que ha entrado dos minutos después que las señoras, oye las úl-

timas palabras de doña Remigia. Se acerca, saluda con finura, y la niña se pone muy colorada.

—¿Ustedes por aquí? ¡Qué feliz casualidad!

—¡No venga usted con andróminas! Usted nos venía siguiendo...

—¡Doña Remigia! Juro á usted...

—Mamita...

—¡No pierdas el turno!

—Cuando entré no pensé tener la dicha de encontrar...

—A otro perro con ese hueso. ¡Valiente peine está usted para que yo me fíe!

—De manera que usted duda...

—De usted y de todos los huéspedes que tengo en mi casa. Gracias á que yo soy, como el otro que dice, perra vieja, y no me dan ustedes la tostada.

El pollo, aparte:

—¡Ojalá nos la diera usted á nosotros!

Aparece en el salón D. Ventura, vejete gordo y mofletudo, muy limpio, muy aseadito con una cara más alegre que domingo de Pascua, y al atisbar á doña Remigia se dirige al grupo con los brazos abiertos.

—¡Mi señora doña Remigia! ¡Patrona sin igual! ¡Modelo de viudez!

– ¡Don Ventura!

—El mismo señora es,—que se postra aquí á sus pies.

—Usted siempre con la guilladura de los versos. ¡Así le luce á usted el pelo!

—Yo siempre, señora,—soy ave canora...

Durante este diálogo, la niña ha encontrado un cristal del estereóscopo desocupado, y contempla embelesada las maravillas de la Exposición. El joven la acompaña en su exploración, y la explica, por lo bajo, todas aquellas maravillas.

Doña Remigia y D. Ventura, sentados ambos y esperando turno, continúan su animada conversación.

Yo, haciéndome el distraído, escucho sin perder palabra.

La mamá tampoco pierde de vista á los *niños*.

—Se lo digo á usted formal;—de fondos ando muy mal.

—Sí, ¿eh? replica la jamona con acento agridulce; pues á mí no me venga usted contando cuentos, porque ya sabe usted que no soy de las que reciben sablazos.

—No te ofendas castellana,—me basta con admirar—belleza tan singular—y figura tan galana.

—¡Incorregible! O echando flores, ó pidiendo dos pesetas.

—Está usted bien conservada—aunque no la pido nada.

—Eso sí; gracias á Dios vamos tirando. No me conservo mal, porque como dijo el otro, «si una no se cuida, pierde el pan y pierde el perro»; y lo que yo digo, cuando una va para Villavieja tiene que darse buena vida, que al fin y al cabo, «el comer y el rascar, de este mundo sacarás».

—Eso es; «y á quien bien tiene y mal escoge, no hay peor sordo que el que no quiere oir». Para campanas, Toledo;—para refranes, usted.

—¡Ay, sí señor! Los tengo ley porque son el evangelio. ¡Niña! ¿Qué estás mirando?

—¡Una cascada, mamá!

—De agua natural, añade incontinenti el adlátere de la niña.

D. Ventura, señalando á la joven:

—¡Caracoles, caracoles! ¿Esta es aquella—niña bonita—tan chiquitita—que conocí?...

—La misma. La he traído al panorama éste para que se instruya.

—Perfectamente.—Eso es muy prudente.

—Como llevo tantos años entre estudiantes, he *deprendido* á saber lo que es la instrucción; porque como el otro que dijo: «dime con quien andas...» y «el saber no ocupa lugar.» Por eso he querido que ésta siga una carrera... ¡ya ve *usté!*

—Pues lo dice usted, lo creo:—pero yo ver, nada veo.

—Me explicaré. La niña salió con mucha afición á todo lo de *extrangis*; yo lo *vide*, y dije: «pues ya sé á qué la voy á destinar. La haré lo que era aquel huésped modrego que estaba en casa, cuando usted.»

—¿Modrego?—Casi lo niego.

—Aquel rubio que se echaba por la cabeza una regadera de agua fría todas las mañanas.

—¡Ah! ¡Sí, el noruego!

—Lo mismo da. «Aunque se vista de seda, el hábito no hace al monje.» Ya se acordará usted que era profesor de lenguas.

—Profesor de lenguas vivas;—es decir, de nuestros días.

—Pues eso es lo que yo hago estudiar á la niña, lenguas vivas. Ya ha concluído con la de *monsiú Gaité*, y no la falta más que soltarse. Por eso la traigo aquí; como todo esto es *franchute*, á fuerza de verlo se soltará la chica.

En aquel preciso momento, el joven huésped enlazaba dulcemente con un brazo la delgada cintura de la niña.

D. Ventura observó el juego, y contestó sonriendo maliciosamente:

—Doña Remigia, yo auguro—que aquí se la suelta á usted—la muchacha, de seguro.

Sonó el timbre de aviso anunciando que comenzaba la sesión de metempsícosis, y abandoné presuroso mi observatorio, deseando ver la maravillosa esfinge que presenta el profesor Aycard.

No sé si la niña lograría soltarse. Cuando yo abandoné el salón quedaba bastante sujeta.

FEDERICO JAQUES.

ACTUALIDADES

EL ILUSIONISTA AYCARD

CUENTO

Mezcladas pimienta y sal
compró una arroba Pascual,
ochenta y dos Marcelino,
noventa y seis Saturnino
y cuatro mil don Marcial;
Jacinto compró cincuenta;
don Anacleto noventa,
y don Anastasio ciento.
¿Dirá alguno que este cuento
no tiene *sal* y *pimienta?*

J. RODAO

EL MONO Y EL CRÍTICO

...Nos conocimos á bordo del *Ciudad de Cádiz*. Juntos hicimos el viaje desde la Habana á Santander, y desde Santander á Barcelona. Rodríguez iba á visitar la Exposición; yo iba á ver la Exposición y las *noyas*.

El llevaba la representación de no sé cuántas casas de su país; yo representaba la curiosidad de los lectores de un periódico, en calidad de corresponsal.

Era Rodríguez hombre ilustrado, muy amante de los glorias de España, y más amante aún de las mujeres españolas.

Solía contarme á bordo, con acento mejicano bastante marcado, sus amores con una *bailaora* del *Imparcial*, y sus correrías en pos de lo que tenía sabor á chulapería madrileña. A pesar de su ilustración, recordaba el mejicano con orgullo la noche en que, á presencia de lo más escogido del café cantante, le habían vaciado por la espalda cuatro botellas de manzanilla, mientras el novio de una *cantaora* brindaba por *Moctezuma*... ¡Aquélla sí que fué *juerga!*

Pero Rodríguez vivía ya de los recuerdos. Era en su país demasiado persona, y no podía echar en olvido su posición social.

Cuando llegamos á Barcelona nos separamos; él, haciéndome muchos ofrecimientos; yo, estimando en lo que valía su franca amistad. Y no volvimos á vernos.

Un día, á la caída de la tarde, despedía yo en la Habana á un amigo que por primera vez abandonaba la Isla. Sobre la cubierta del buque hacíale yo elogios de mi patria, de esta España tan desconocida por la mayoría de los americanos.

De pronto oigo á mis espaldas una voz que decía con acento mejicano:

—¡Miren el compañero, caramba!

Era Rodríguez, que volvía España, tan satisfecho como cuando iba á ver la Exposición.

—No se va usté á tierra, me dijo, sin aceptar un regalo mío.

—Pero...

—Nada, no valen excusas. Que traigan la jaula, añadió dirigiéndose á un criado.

Yo *me eché* á temblar. No creí que hubiera nadie capaz de regalarme un loro.

Cuando el criado apareció con la jaula, sentí que la sangre se me subía á la cabeza, y estuve por pegar á Rodríguez... ¡Me regalaba un mono!

Obligábame la cortesía á aceptar el regalo y á mostrarme agradecido, porque el mejicano me obsequiaba con la mejor buena fe Pero yo no atinaba á quitarme el disgusto de encima, ni sabía qué hacer con el mono.

Cuando entré en la redacción, se armó el gran barullo. La noticia del regalo llegó á la imprenta, y no quedó aprendiz que no viniera á verle.

Entre los compañeros más compasivos se despertó la idea de darle de comer, mientras otros discutían que lo primero era buscar un sitio á propósito donde colocarle. Y á todo esto, el maldito animal no gustaba de las fiestas que se le hacían. Al menor asomo de halago, chillaba y enseñaba los dientes. Así estuvo algunos días, molestándonos con sus gritos y entreteniendo á los transeuntes con sus gestos.

Una mañana recibí en mi casa la visita de un menor de edad. Pretendía ser crítico del periódico, y venía recomendado por un amigo.

Fuímos á la redacción. El futuro crítico vió al mono y me soltó un discursito, basado en las teorías darwinistas.

—Son nuestros antepasados, me decía mirando al animal, y hay que tratarlos con cariño. Desde aquel instante, el joven fué nombrado crítico del periódico; no porque yo entendiera que podía desempeñar el puesto, sino porque la corriente de simpatía que se estableció entre él y el mono me daba ocasión para estudiar la teoría de Darwin.

En efecto; á los tres meses de estar juntos algunas horas, el mono gesticulaba como el crítico, y el crítico escribía cosas tan extraordinarias como los gestos del mono.

Y... ¡vive Dios que podrá el hombre no descender del mono; pero lo que es el crítico, tal como ahora se usa, eso ya es discutible!

FRANCISCO DURANTE.

En la cervecería.

Voy siguiendo los pasos
de Dorotea.
¡Se va á volver loquita
cuando me vea!

EL BOCK Y EL BULL-DOG

Va siguiendo á mi esposa.
¡Valiente facha!
Como la haga una mueca
le rompo el alma.

PROPIO Y AJENO

BOBADA

Ni la límpida corriente
del arroyo transparente,
ni las bellas alboradas,
ni las auras perfumadas
del ambiente;
ni el bosque, ni la pradera,
ni la colina, ni el valle,
ni que yo haga lo que quiera...
le interesa á la trapera
de mi calle.

EUSTAQUIO CABEZÓN

—

Diccionario latino español etimológico, seguido de un vocabulario español-latino, por D. Francisco Salazar y Quintana.

Este libro, de gran utilidad para todos los que se dedican al estudio del latín, va precedido de un prólogo del sabio filólogo y académico D. Eduardo Benot, de un prefacio del autor, que es un concienzudo trabajo sobre el origen y formación de la lengua del Lacio, y de unos notabilísimos *Prolegómenos gramaticales*, muy útiles y necesarios, y que no se encuentran en ningún otro Diccionario de los publicados hasta el día.

Felicitamos de todas veras á nuestro querido amigo por tan excelente trabajo, y á la casa editorial de D. Juan Muñoz Sánchez, que ha publicado el libro.

—

Locuras humanas es un nuevo libro de doña María del Pilar Sinués, que ha puesto á la venta la casa de J. Roldán.

Recomendamos á nuestros lectores su adquisición.

—

Hemos recibido *La batalla del Guadalete*, Memoria recientemente leída por su autor D. Manuel G. Barzanallana en el Ateneo hispano-portugués.

—

Cuentos políticos, por Silverio Lanza. Se ha puesto á la venta tan interesante libro, y estamos seguros de que, como los anteriores de este popular escritor, se agotará pronto.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado, 25.
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, 5.
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

Año III.—Tomo II.—Núm. 81. 15 CÉNTIMOS. 19 de Abril de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.

EUNUCOS DEL ARTE.

—Dicen que la Duse llora de verdad en escena.

—¡Oh, yo, yo tambien! Recuerdo que una noche, en Calatayud, me dieron un patatazo en un ojo, y me pasé la obra llorado á lágrima viva. Era un desconsuelo.

PLÁTICAS

I esperas sacudirte el aburrimiento con las cosas que yo he de contarte, lucido estás. Más te valiera asistir á una sesión del Senado que escuchar mi conversación. Madrid parece ahora una Real Academia; ni un suceso importante ni un acontecimiento extraordinario, nada que avive los sentidos. ¿Quieres lirismos? Buena ocasión para lirismo. La primavera no aparece y aunque yo quisiera hablarte de los retoños que verdean, del cielo que empieza á iluminarse con los colores rientes de Abril, del espacio embalsamado por las flores, no puedo realizar mi deseo.

Y eso que también yo tengo mis correspondientes metáforas. Allá va una. Las lluvias de esta semana han sido el llanto del cielo por la ausencia de la primavera. ¿Te gusta? Pues, repito. El sol anda de monos con la Naturaleza. ¡Cosas de enamorados! Duran poco las tales riñas. Las nubes se disipan y el sol despues empieza á besar á la tierra. ¡Y no se hartan de caricias! Es decir, acaban por hartarse y de nuevo se enfadan y vuelta al color gris del firmamento y... hay que sacar el paragüas otra vez.

Un buen asunto para la próxima exposición de Bellas Artes. *La primavera, (aguada.)*

Pero si bien se mira, mentí al asegurarte que ni sucesos extraordinarios ni acontecimientos grandes podía referirte. ¡Ya lo creo que mentí! Sabes, es la costumbre. Tengo unas aficiones políticas capaces de quitarle el amor á la verdad al mismo *sursum corda*; hay sus peligros en concurrir al salón de conferencias del Congreso. Se corre el peligro que origina la monotonía del tonto hecho carne de diputado, y además el riesgo de perderle cariño á la verdad.

Como me ha sucedido á mí. ¡Decirte que no hubo suceso importante cuando el gas del alumbrado se inflamó! Y era un gas muy bueno y muy fiel cumplidor de sus deberes. Treinta y tantos años de consecuentes servicios; treinta y tantos años de iluminar las calles, los cafés, los círculos de recreo, con puertas dobles; de iluminar la vida nocturna de los madrileños y de iluminarla sin el menor desmán, sin haber dicho nunca esta llama es mía. Por supuesto, que la insurrección del gas pudo sofocarse á tiempo. Hubo conatos de obscuridad completa; estuvo á punto la corte de las Españas de quedarse menos esclarecida que los cerebros de algunos personajes.

He procurado averiguar lo ocurrido en la fábrica del gas y lo sé todo. Competentemente autorizado por el gas mismo, puedo decir lo que pasó y voy á contarlo para contribuir al esclarecimiento de los hechos que amagaron, sin dar, al pacífico vecindario de este pueblo.

Hace tiempo que en los gasómetros se conspiraba. Desde que por órden gubernativa se prohibió el alumbrado de gas en los teatros, comenzó el descontento á agitarse en el seno de las hullas. ¡Bastantes sacrificios se debían al gas! Haber alumbrado con una igualdad irreprochable lo malo y lo bueno, para luego sufrir su destierro irritante. Pero en fin... Mientras se trató de ripios ó de desvergüenzas; de actores que dan saltos mortales ó de actrices que enseñan las piernas, el gas calló. Alguna protesta tuvo contra su alejamiento de ciertos coliseos, pero el enojo subió de tono al saber el gas que en un teatro de Madrid representaba comedias la Duse. Por supuesto, que el gas no tiene patriotismo ninguno. Porque por muy eminente actriz que sea Eleonora Duse, ella al cabo no es española, y aquí lo urgente es que se salven las actrices españolas, aunque perezcan las buenas comedias.

ACTUALIDADES

El general Dabán.

Ello es que el gas se inflamó porque quería gozar también del arte, que se incendió el de una cañería y que el gran gasómetro *no quiso secundar el movimiento*; que por tal razón tuvimos luces, que buena falta nos hacen, y que en suma, eso del incendio y lo del enfado de Dabán, tienen muchos puntos de contacto. A Dios gracias ambos quedaron sofocados.

¡Eleonora Duse! Te he citado su nombre y no tengo más remedio que hablar de ella. Ante todo, declaro que yo soy muy buen español. Aquí lo primero es decir que lo de casa no tiene defectos. Después de convenido esto, me atrevo á insinuarte la idea de que Eleonora Duse es una gran actriz. Llega uno á verla y se queda asombrado. El asombro es natural. Figúrate que te dijeran: Vas á ver á Cánovas y te encontraras con Bismarck.

Pues una cosa parecida ocurre, con la Duse. Te dicen: vas á ver una actriz; estas acostumbrado á ver otras y cuando contemplas la que te presentan te estremece la emoción.

Una emoción especial, esa que el génio produce; que se entra por el alma imperiosamente, y la domina en absoluto. Pero ahora pienso en que alguno de los amantes del arte patrio puede reprocharme esto y decirme: ¿Ella—la Duse—da gritos desaforados, manotea mucho, declama ahuecando la voz y hace desplantes á cada paso? No, tendré que contestar. Pues entonces replicará el susodicho patriota, en tres actos y en verso, esa actriz no vale la pena.

¡Vaya te duermes! ¿Mi plática no te agrada? Ay, hijo, paciencia. Otro dia procuraré que te sea más agradable.

J. Francos Rodriguez.

Importante.

La Administración de Los Madriles se ha trasladado á la calle San Bernardo, n.° 106, pral., izq.ª, donde tienen ustedes su casa y adonde en lo sucesivo deben mandar toda la correspondencia.

LABOREMUS

—N , amigo mio, no hay que tener lástima de esos que emigran á América. ¡Vagos, nada más que vagos! Las fuerzas vivas, la gente activa somos nosotros y nos quedamos aquí.

LIGA
CONTRA LA DESHONESTIDAD
MASCULINA

(CIRCULAR.)

Sr. D....

Madrid 19 de Abril de 1890.

Muy Señor mio y de mi mayor consideración: Seguramente habrá llamado la atención de V. una noticia que pocos dias hace circuló por toda la prensa, y que aunque ha sido comentada con punible desenfado por la misma prensa y por muchas personas poco temerosas de Dios, se refiere á uno de esos hechos cuya frecuente repetición y eficáz desarrollo pueden solamente salvar esta sociedad relajada y corrompida.

Me refiero á la reunión celebrada en el Palacio Episcopal por várias señoras de la aristocracia para convenir en el modo de evitar que en las óperas representadas en el teatro Real se introduzcan bailables deshonestos.

Nada más digno de elogio que esa actitud; pero tampoco más ineficaz por lo que atañe á la honestidad femenina, si la campaña se emprende solamente contra la relativa desnudez de las bailarinas del Real.

Asi han pensado los malévolos y deslenguados que lo que ofende á las damas es que el espectador se fige con más curiosidad en las piernas del cuerpo de baile, que en los escotes con que el diablo nos tienta desde palcos y plateas.

Si las señoras se deciden á tapar las provocativas curvas y los vivientes nácares de sus bustos, á la vez que la empresa del Real se decide á alargar los trajes de las bailarinas, nada habrá que objetar contra la campaña iniciada en el Palacio Episcopal.

Pero esa campaña necesita completarse, y al efecto, me dirijo á usted, tan conocido por sus buenas costumbres y hábitos honestos, como á otros muchos justos varones de igual reputación.

Mientras las señoras se encargan de impedir que la gente de su sexo despierte nuestros carnales apetitos, nosotros debemos hacer lo propio respecto de esos hombres, poco guardadores de su pudor, que si no enseñan carnes nacaradas, exhiben y acentúan escandalosamente sus formas masculinas.

A V. y á mi no nos alarma el caso en demasía, y nuestro escándalo no pasa de ser un escándalo platónico; ¿pero sabe V. los estragos que causa en el otro sexo la contemplación de ciertos trajes de hombre?

¡De cuántos medios se vale Satanás para perder á las infelices hijas de Eva!

Entramos en la época crítica de los circos ecuestres y de las plazas de toros, y como en estos sitios es donde principalmente se producen los espectáculos que debemos combatir, urge que nos reunamos y empecemos nuestra campaña contra la deshonestidad masculina.

La primera reunión se verificará en el Palacio Episcopal el dia 31 del presente mes, y en los mismos salones donde se congregarón las aristocráticas damas cuyo ejemplo seguimos. Así verán que nosotros no somos menos.

Alli escogeremos los medios más conducentes para lograr que los acróbatas y gimnastas modifiquen su traje honestamente. No me detendré á describirlo. Podría «dormirme en la suerte»—como dicen los taurómacos—y seria abominable que esta honrada circular contuviera cosa alguna que pudiese llevar el rubor y la alarma al hogar de V. ¿Ni para qué entrar en detalles acerca del particular, si con verlo basta? Yo he dejado de ir al Circo, porque me hacian padecer más que las desnudeces de las artistas hembras, los asaltos infernales que dá á la virtud y recato de las espectadoras (porque las hay todavía con recato y virtud) esa exhibición de torsos robustos, récias espaldas, formidables biceps y piernas de acero, que constituye la parte principal de una diversión esencialmente pagana. Fíjese V.—como yo me he fijado—y verá que hay jamonas á quienes de pura emoción se les cae el colorete, y niñas inexpertas á quienes un color se les viene y otros se les vá.

No es tan escandalosa como la malla de los acróbatas la taleguilla de los toreros; pero convendrá usted conmigo en que tampoco tiene este traje nada de moralizador ni de cristiano. Aparte de aquellas ricas sedas y aquellos bordados ostentosos, que sólo sientan bien en los mantos con que la piedad engalana las devotas imágenes de María Santísima, nadie nos negará que son bien poco edificantes y ejemplares aquellos calzones tan excesivamente ajustados y aquellas pantorrillas tan... llamativas.

¡Cuán sabia es la Iglesia prescribiendo á sus servidores el uso del traje talar!

Ya comprenderá V. que no es este el que hemos de recomendar á los toreros; pero ¿por qué no habían de salir al redondel con pantalones bombachos?

Estableciendo un «premio de honestidad» para el primero que así lo hiciera, y por otros medios analogos, llegaríamos indudablemente á conseguir que diera resultados fecundos nuestra *Liga*. Espero que usted se adherirá á ella; y que ante el empeño de las señoras por apartar de nuestros ojos toda la tentación femenina, estará V. conforme con el propósito de pagarlas en la misma moneda, apartando de sus ojos las varias tentaciones masculinas que hallan en los espectáculos públicos.

Para discutir este pensamiento, ampliarlo y realizarlo, solicita la valiosa cooperación de V., su afectísimo S. S. Q. B. S. M.,—CASTO VISTABAJA, VIZCONDE DE LOS RUBORES.

Por la copia,

MARIANO DE CÁVIA.

REMOQUE

Fué aquel cabo Remoque una de las figuras más interesantes que he conocido en mi vida de soldado; alto, bien constituído, recio de músculos y duro como una correa para las fatigas de la campaña. Tenía excelentes condiciones militares y si no pasó de cabo, fué por aquella herida en el oído derecho que dió con él en tierra después de la acción de Gorrionuela, tan fatal para nosotros.

No se sabía de Remoque otra cosa sino que había sentado plaza al principio de la campaña, no por aficiones al duro oficio militar, que no le gustaba, sino más bien con aires de desesperado que optaba por aquello como podía haberse decidido por pegarse un tiro. Pero del trágico suceso que le llevara á meterse entre nosotros nadie supo nada.

Yo, que miraba con más cuidado que los otros al fondo de las cosas, noté desde luego que Remoque no procedía del terruño, no tanto por sus maneras afinadas y su conversación limpia de la basura de barbarismos, tan común en las filas, sino por las deferencias que con él guardaba el coronel, prueba evidente de que Remoque no era un cualquiera, ni habia llegado al regimiento totalmente desamparado.

Pero si su venida obedeció á algo que le hiciera desesperar de las vanidades del planeta, lo cierto es que se le pasó pronto y enseñó en seguida el flaco que todos tenemos y no podía faltar en Remoque, y era su incontinencia mujeril, en el buen sentido del concepto, dado que ni él pasaba á mayores sin licencia, ni era cosa fácil vistiendo el uniforme. Cierto que su empaque le facilitaba la satisfacción del apetito, porque estaba verdaderamente gallardo con las polainas ajustadas y el fusil al hombro en las marchas, y resplandeciente de limpieza en las guarniciones, y llegó á tener las hembras de menor cuantía, y hasta alguna vez entre las de cuantía más elevada.

Sobrevino el desastre de Gorrionuela, donde, como os he dicho nos volvió las espaldas el caprichoso dios de la guerra. Todo el segundo cuerpo, verdaderamente diezmado, volvió pié atrás en aquella tarde memorable y aun no me doy cuenta de cómo pudimos pasar el puente para volver al pueblo sin dejar la mitad de la gente en el camino.

Cuando aquel día no se pegó un tiro el coronel Garrote, que vió al regimiento loco de pánico hacer de él el mismo caso que del polvo del camino, no se lo pega nunca.

Pues en el poniente fué donde Remoque, que se batía como una fiera, recibió el horrendo balazo en el oído; yo le ví y con otros cuatro le llevé á Gorrionuela, á la ambulancia del segundo cuerpo, donde el que más y el que menos tuvo que echarse un remiendo en el individuo.

En los dos meses que allí estuvimos no logré averiguar con exactitud el nombre de la hermana que nos cuidaba. En el primer cuarto de hora lúcido que tuvo Remoque, se

EL RUBOR DE LA DAMA

—¡Por Dios, don Crustáceo, yo agradecería á usted mucho no me dijera esas cosas en sitio donde pueden oirnos. Resérvelas para mejor ocasion, que yo le oiré siempre con gusto.

EL RUBOR DE LA CHULA

—Oigasté so lipendi, muerto de hambre: ¿en qué pesebre hemos comido juntos? ¿Nunca le han señalao á usté los dedos en esa cara prestá y retrasá?

fijó en ella con ojos de *amateur;* no era guapa, ni siquiera bonita, pero si extremadamente simpática y con una expresión de resignada dulzura en los ojazos, negros que daba ganas de detenerla al pié de la cama y decirla:

—Mírame.

Remoque la llamaba sor Mariposa, sin duda por el aleteo de las tocas blancas cuando iba y venía, y como ninguno estaba en humor de averiguar más, con el nombre se quedó. Me parece todavía mentira que con la avería que tenía Remoque en el oído, tuviese humor de broma, pero no pasaba día sin que sor Mariposa se quedase un gran rato hablando con él junto á la cama, á lo que se prestaba humildemente, porque cuando tardaba se le encendía el genio á Remoque y empeoraba.

Yo fuí alta á los veinte días, pero obtuve permiso para quedarme con el cabo, y entonces supe que no tenía remedio, aunque el trágico final se haría esperar, como así fué, pues tardó cerca de dos meses. Pues bien, en estos dos meses le entró al pobre Remoque una pasión de ánimo increíble por aquella pobre mujer, hasta el punto de enterarse el médico y disponer que se fuese á otra sala, pero hubo que traerla al día siguiente, porque Remoque se negó enérgicamente á tomar nada que no viniese por su mano y juró como un carretero, y tan séria se puso la cosa, que ella mismo vino visiblemente apenada por lo que sucedía.

A los cincuenta días de la herída se vió que Remoque no llegaba al cincuenta y uno, y hubo que disponerle para que se confesase. Yo se lo dije con miedo por que sabía que consideraba aquello como una pamplina, y me contestó que no hacía falta. También el pater se lo dijo y le contestó lo mismo, y ni aún el coronel le sacó de su negativa. Le dejamos solo con sor Mariposa, con profunda pena de ver que en aquel trance se ocupaba más de las cosas de aquí abajo que de las de arriba, pero luego supe que aquel indomable Remoque consentía en confesarse si ella á su vez consentía en dejarse besar, un beso solo, nada más que uno. Se apartó de él la pobre mujer casi llorando, y se quedó Remoque muy exaltado y diciendo lo indecible de buen número de cosas muy respetables.

Dijo el médico que moriría con aquel acceso de ira antes de media noche. Ví entonces que la hermana se iba á un rincon á rezar, á lo que me pareció que se acercaba luego a la revuelta cama de Remoque y le hablaba con extremada dulzura. Remoque no debió convencerse, y entonces ella se puso de rodillas con el rostro á la altura de la almohada y se dejó dar un beso, uno solo, como él había pedido, pero tan ansioso y vehemente que sonó como un estallido en toda la sala.

Se confesó tranquilo y sin dificultad luego, haciendo señas con las manos para que ni ella ni yo nos fuéramos; no nos movimos, yo muy apenado á su lado, ella al otro en actitud triste y dolorída, y antes de

—Caramba y como se parece á mi difunta. Antes de ser difunta, por supuesto.

—

media noche vimos que Remoque, con los ojos fijos en el techo, sosegado ya, rompía el sutilísimo lazo que unía á su carne el espíritu, libre ya de las impurezas de la tierra.

FEDERICO URRECHA.

PELANDO LA PAVA.(1)

—¡Ay, qué angustias, Bernardo!—gimió, apenas llegó á la reja, Rosalía.—Pisando sobre la voluntá mesma pa nojacer ruio, ni se cómo llego á echarte los ojos encima.

—¡Y ganas que había yo reunío de cruzar los miós con ellos!

—Si lo dices con sorna, sabe que no es mía la culpa.

—No digo que la tengas, pero en días del mundo te alvierto que esto no pue seguir asín.

—Pues ya lo ves tú. Á pesar de que mi padre se opone á que nos queramos, corro estos peligros por verte.

—Duro es tu padre y cabezón, pero ya sabes la copla que dice:

> Una gotera contina
> ablanda un duro peñón.

Quió decir que, puesto que yo aíno aína, tamién tú y gánate palmos y terrenos.

—En ello tengo los cinco, pero con mi padre no valen razones; na puen lágrimas contra piedras.

—No me quié por pobre, ¡el, que marca por suyo cuanto mira! Pero aunque me cubre jergueta, que no fino vestío, y no traigo justillo jaquelao, traigo sí quereres jondos y verdaeros.

—Lo sé de sabío y no es menester repetírlo; pero ve con esas á mi padre.

—Pues ello es que hay que ganar terreno.

—Tú dirás cómo.

—Estar en un pie es padre del conseguir, y el que vela, con más razón espera que el que duerme.

—Muy á lo sabío platicas y asotilas la mente, pero te digo que encaja tu discurso.

—Pues por las veras del amor que te tengo te lo juro; no por buenos respetos á tu padre he de dejar de jacer una temeriá si la cólera me se sube á los altos.

—Eso sí que no lo consiento.

—Si se empeña en no dejarnos vivir, te digo que jaré lo que sinifico.

—¡Ay, Bernardo! ¡Cuando llegará

—

ACTUALIDADES

Cab. Flabio Andó.

DE LA COMPAÑÍA DE ELEONORA DUSE

—

el día en que esto se dé por finío en bien.

—De ese talle me viera, que no aquí de solo á solo y con la reja promedio. Mas, cuando me paece... que no eres conmigo la mesma.

—¡Que no soy! ¿Por quién sino por ti salgo á la reja, cuando mi padre me la tiene prometía?

—Pos una cosa via ecirte.

—¿Qué?

—Que tengo entre ojos... vamos, que creo que no me quiés como antes.

—¡Jesús María!

—Dicho está y no me retrato.

—Días de ver á Dios hay, Bernardo, y entonces has de saber cómo te quiero.

—Mientras que aquí no sea...

—¿Qué más quieres que jaga?

—Soy un jauto, lo sé; un jíbaro apegao al terruño y no á la letra, como esos presumíos que te enamoran con gusto y venia de tu padre.

—¿Y qué me importan á mí esos?

—El uno, Antolín, ata el caballo á tu reja enterrao en jaeces y abalorios, y el otro, con el achaque de primo vengo y te veo; con el aquel de que tu tía gusta oir las gracias de primores, éste se te entra por las puerta y venga de la fabla.

—No hay peligro en na de eso, Bernardo; si el uno ata el caballo á mi reja y el otro viene á dejarme sus decires en el oío, á mí quien me gusta eres tú; y antes que vestir jamete y tener los tantos y los cuantos prefiero tu pobreza y el cariño que en ley de Dios me tienes.

—Sí que te lo tengo. Jaz tú como yo, que me abrazo á lo que quiero y no lo suelto.

—Ya sabes que en ese punto tampoco me dejo vencer.

—Pos toma bien de memoria lo que digo: tu padre pone los ojos, antesque en tí, en la pecunia. Primores, su vivir tiene y su puñao de onzas, manque al hablar no tenga mas que chanfaina; Antolín, por el caballo que monta y por las seas que le cuelga, bien se ve que tamién le tocó algo de hacienda, si no es que le tocó mucho. Yo soy el que no he tener en la vía cosa de argén, porque un puñao e tierra y una barca no jacen la suerte de naide; conque ersamina tú este juicio á ver lo que risuerves.

—Resolvio lo tengo dende tiempo; naide vale pa mi ante tú; y si mi padre me enfada la vía y no me quita lo amargo de la boca, lo llevaré con pacencia, pero seguiré esperando á que esto puea acabarse en bien.

—Pues ello es que hay que eterminar casarse.

—¿Sin la cosentia?

—Escansa en mí, que, como saco palante la raya del arao, sacaré esto tamien derecho.

—¿Piensas en un *sacorio!*

—Acertates. ¿Qué íces á ello?

—Sería una campaná en el pueblo.

CANTAR

[illegible]

(1) Del libro «La Reja», próximo á publicarse.

—Y gorda, pero hay que tener pecho.

—Es que eso es escaparse de la casa.

—Sí, pero en siendo depositá, y viniendo por ti, en caballos que bien juyan, padrinos, testigos y el juez...

—Con tó, piénsalo bien, Bernardo. Á la fin del munco iría yo contigo en tú queriendo, pero ya sabes las jablillas lo que son, y además que, si por mi padre menos, por mi madre, que no tiene culpa, no quió comportarme asine. Luego...

—Luego ¿qué?

—Que me paece... vamos, que me paece que eso no lo manda Dios.

—Dios es quien lo dita cuando contra lo que es güeno y santo se oponen hombres como tu padre.

—Pero es mi padre al fin.

—Á los perros mesmos lo echaría yo, manque así sea.

—Ármate de pacencia, Bernardo.

Yo soy de ese corte y asi ne. Me pisan callo; pero en la indinación sintiendo, estrangalaría al Pleste mesmo de la Indias si á mano lo hubiera.

—Menos mal tú que no oyes su cantata.

—Bien que la oyo, pero po un oío me entra y po otro me sale. Y escucha, que yo llevo puesta la mira en lo que importa: pa risolverte á ejar la casa tómate los días que quieras, no siendo muchos; y si lo que risuelves es lo que debes, sábate que escomienzo á preparar el sacorio paque sea en las fiestas e la Virgen.

—Es que estamos en vísperas, y las cosas jechas de prisa mal salen; más vale revinayo, Bernardo.

—Revinao y más que revinao lo tengo. Con la casucha mía hay pa que los dos vivamos, y á mi agüela debo la fineza; por otra parte, mi jornal, ganao con la barca, da pa el garbanzo y el pan; conque, si tu no lo ices, no veo más cabos que atar.

—No paece sino que algo te ataraza.

—Así es y dígolo así.

—¿Qué te pasa? Jabla.

—Mil fantasías celosas me conturban.

—¿Vuelves al tema?

—Y volveré.

—Pues ¿sabes lo que digo? Que no me entones más ese ensalmo y que vacíes de pantasmas la cabeza.

—Es que traes al redopelo toas las voluntaes y memorias, y aunque sea sin querer se fijan en ti mozos y viejos.

—Trabajo les doy en que miren.

—Pues eso es lo que no quiero.

—No me des más tártago con ese son, hombre.

—Tártago y muerte daría yo á quien te tocara á la vira del zapato.

—Si quieres, créeme; toma pacencia y no me desmenuces así con los ojos; to sa de arreglar como deseas.

—Pero que sea pronto, Rosalía, piénsalo.

—Lo pensaré. Y adiós, que escomienza á clarear el cielo y no quiero que nos vean en la reja.

—¡Mal rayo parta al día, que siempre ha de venir antes de tiempo!

Y desembocando de pronto en la calle la parranda, que durante el diálogo estuvo sonando á lo lejos por distintos sitios, cortóse la plática amorosa y quedó desierta la reja.

Bernardo se deslizó apresurado rozando las plantas del muro; Rosalía hizo otra vez instintivo balancín con los brazos al empezar el regreso á su cuarto; y el propio Primores, que venía al frente de todos los mozos arrancando arabescos de notas á las cuerdas, dió al aire esta copla dirigida á Rosalía, que salió de sus labios envuelta en un andaluz jaez de escalas y suspiros:

Para llamarme Primores
no jayo ningún derecho;
para primores tu cara,
y para ingrato tu pecho.

SALVADOR RUEDA.

Sépase que hemos perdido á Eduardo Navarro Gonzalvo, no porque haya muerto, afortunadamente, que hombres como él no deben morirse, si no porque ha dejado de dirijir LOS MADRILES.

Y sépase también que no es nuestra la culpa, sino suya, mejor dicho, ni nuestra ni suya. Navarro Gonzalvo es, entre otras cosas, vecino de Madrid, padre de familia, jurado suplente, y algo más, pero es, ante todo y sobre todo, autor dramático. Pues resulta que mientras ha dirijido con superior acierto este periódico, apenas si ha escrito una comedia *ú* dos, de donde resulta un desequilibrio sensible en su presupuesto. Y como, aunque á ustedes les parezca mentira, dirijir esto tiene más bemoles de los que parece y consume más tiempo que un discurso de Fabié, Navarro Gonzalvo vuelve á hacer comedias, pero sin dejar de dar á LOS MADRILES las migajas de su envidiable ingenio.

De modo que lo que salimos perdiendo por este lado nos lo hará ganar Navarro en el teatro, y *pata*.

¿A que no podríamos decir lo mismo de Cañamaque?

ÚLTIMA HORA

Se espera de un momento á otro se altere el orden público.

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTICULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID.

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ.

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro y Diplomas de honor.**

VENTA DIARIA: 7.000 KILOS.

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exíjase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SOBRINOS DE GUINEA.

GRAN CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Carretas 27 y 29.

Dulces, bombones, ramilletes, tartas.—Veinte clases de caramelos especiales de la Casa.

Caprichos para bodas y bautizos.

Jamones en dulce de todas clases, salchichones, etc. —Vinos finos.

Pasteles á 1'50 la docena.

Teléfono 142.

LA ESPAÑOLA.

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid siempre esta marca, **la más acreditada de España,** por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS 38.

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

RELOGERIA.

MONTERA 14.

Remontoirs níquel, desde.......... 11 ptas.
Remontoirs acero, desde.......... 14 ptas.
Roskoff níquel, desde.......... 30 ptas.
Remontoirs plata, áncora, desde.... 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde.... 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde... 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

Pastillas y píldoras azoadas para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis.
A media y una peseta la caja.
Van por correo.

Café nervino medicinal. Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad.
A 3 y 5 pesetas caja.
Van por correo.

Píldoras Lourdes. Es el mejor purgante antibilioso y depurativo.
A una peseta la caja.
Van por correo.

Impotencia, debilidad. Cura segura con las célebres píldoras tónico genitales del Dr. Morales.
A 7'50 pesetas la caja.
Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general: Carretas, 39.—Dr. MORALES.

CARLOS AUBERT

LAS NOVELAS AMOROSAS

Publicación de gran lujo, con ilustraciones en colores y cubiertas al CROMO EN CATORCE TINTAS.

2 pesetas cada tomo.

Se venden separadamente porque cada uno contiene dos ó tres novelas completas.

GOMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores.

UNA PESETA.

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscrición y venta de

LOS MADRILES

COMPAÑÍA COLONIAL

Chocolates y cafés.

La casa que paga mayor contribucion industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS DE CHOCOLATE AL DIA.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.
De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20—MADRID.

Anuncios para esta plana y para los telones, vestíbulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martin, Infantil, Eslava y Felipe,

AGENCIA DE PUBLICIDAD

MONTERA 51.

Imprenta Militar, Sandoval 4.

Año III.—Tomo II.—Núm. 82. **15 CÉNTIMOS.** 26 de Abril de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo. 106. pral. izq.**

MADRILEÑERÍAS.

— Yo no sé la edad que tendrá usted, pero sí que es usted la primera mujer.
— ¡ Por Dios ! Eso es llamarme antigualla. La primera mujer fué Eva.

PLÁTICAS

Una dinastía poderosa, elevada entre los clamores entusiastas de la muchedumbre al sólio de la popularidad, acaba de sufrir golpes rudísimos. Tiene sus peligros eso de ser popular, y conste que no lo digo por los carlistas, que en efecto corren peligros, pero no tienen popularidad que los compense.

Me refiero á la dinastía de los cordobeses. A la rama de que es tronco Rafael I, jefe del Califato de Córdoba; gran sacerdote de la mezquita del toreo. ¡Mal año para tal dinastía! En una misma tarde un toro volteó á Guerra, el príncipe, como si dijéramos, de la casa de los Rafaeles, y los aficionados madrileños trataron á el Torerito como á un guiñapo. ¡A el Torerito, el infante de la dinastía! ¡Si á estos infantes les suceden unas cosas tremendas!

Y gracias á que se salvó el primero de todos, Lagartijo, la institución. Pero que se guarde por sí acaso. Están rodeadas de tantos peligros las instituciones que tienen que andar entre cuernos...

Pero, en fin, recordemos con pena que el Torerito estuvo á punto de quedarse, no á la luna de Valencia, sino á la media luna de Madrid, que es peor.

* * *

Caballeros, hay que comprar un libro. Es decir, como comprar, deben comprarse muchos. Pero yo aludo al que acaba de ponerse de venta en las librerías. A *La Reja*, de Salvador Rueda. El mes está de buenas. Primero *La Honrada*, luego *La Reja*. Dos títulos que guardan alguna conexión, porque aquí la honradez y las rejas... de cárcel, escasean algo.

La Reja, de Salvador Rueda, no huele á cosa de cárcel. Huele á Andalucía, es decir, á gloria. Rueda es un escritor personalísimo; lo suyo es suyo y está transportado desde el natural á las cuartillas. En *La Reja* no hay que buscar pintura de caractéres, análisis perfectos de personajes. Allí las figuras son un pretexto para el paisaje, un medio de hacer evidentes las clásicas costumbres de la tierra clásica de la gracia. ¡Y qué bien habla de eso Rueda! Andaluz sobre todas las cosas, antes que escritor y poeta, y de poeta y escritor tiene mucho, se estasía recordando el cielo y la tierra andaluces; el lenguaje pintoresco, los usos encantadores que describe, producen las agradables melancolías del canto flamenco y los ruidos extraños del repique de las castañuelas.

Nada, nada, es preciso leer *La Reja*. Lee esa novela y me agradecerás el consejo. Además, que el libro puede hacer una gran propaganda entre las niñas tiranizadas por

—

ACTUALIDADES

Enrique Aguilera y Gamboa.
MARQUÉS DE CERRALBO.

—

sus padres... El *Sacorio* es una aventura que le abre el apetito al más desganado. ¡Sacar una mozuela de las propias manos de los suegros! Lo que dirán muchas señoritas ávidas de boda.

¡Áy, quién pudiera sentir las delicias del *Sacorio!*

* * *

Francillón. Otra comedia casi nueva para el público de Madrid ha representado la Duse. ¡Cómo padece nuestro patriotismo cada vez que la eminente actriz italiana representa una obra!

Pero, en fin, no es de esto de lo que yo quiero hablarte con motivo de *Francillón*, es de otra cosa: una observación que pueden hacer cuantos asisten al teatro de la Comedia estas noches.

El público oye *Francillón*, por ejemplo, y escucha algunas frases crudas, crudísimas; que están sangrando, y ¡nada! ¡Se queda tan fresco! Pues bien; ese mismo público acude á un estreno de Echegaray y en cuanto vé la fachada de una casa donde supone que pueden habitar gentes de mal vivir, se subleva y ruboriza; ó asiste á la primera representación de una obra de Sellés, y en cuanto se desliza un personaje lo aplasta con sus censuras. ¿Qué pasa aquí? Yo no me atrevo á suponer que el público no entiende en su generalidad las obras que le representan en italiano. Esto sería faltarle y yo no soy capaz de tal descortesía. Supongo que esto del idioma influye mucho. Lo que puede decir *Francillón*, en francés ó en italiano daña menos que contado en español.

¡Que buen tema para discutido en el Ateneo! Influencia del idioma en los efectos escénicos.

Y conste que no me parece mal que ciertas cosas se digan en el teatro cuando las dice un Dumas, un Sardóu, un Echegaray. Está muy bien hecho eso de hablar sin hipocresías cursis. Pero que haya igualdad: que se tire lo mismo de la cuerda para unos que para otros. Mejor dicho, que no se tire para ninguno. Hacer otra cosa es aplicar la ley del embudo, poniendo lo ancho por el lado de la frontera.

* * *

Al hablar de *Francillón* es de justicia tributar elogios desmesurados á la Duse, y no solo á ella sino á toda la compañía que dirije el simpático y notable artista Andó...

Tengo una frase embotellada hace días; desde que la oí. Y no me quedo con la frase en el cuerpo. Se refiere al director de la compañía italiana donde hay una actriz muy distinguida y muy bella que se llama Grammatica.

Ya sé que vas á decirme que eso de buscar *mot de la fin* es cosa que huele á puchero de enfermo; cosa que empalaga. Pero no puedo remediarlo; la frase me escarabajea... nada, nada, ahí va.

¿Por qué se llamará Andó, y no Anduvo, el director de la compañía italiana, teniendo en ella—en la compañía—una *Grammatica* tan hermosa?

¡Qué descansado se queda uno después de decir estas cosas!

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

De Castello Branco.

Circunstancia caprichosa
se dá en mí, no te lo niego,
y es, que desde que estoy ciego
no sé casi hablar en prosa.
Delicias tiene esta cruz
de llanto y de poesía,
por extraña anomalía
cuantas más sombras, más luz.
Homero, Milton, Castillo,
que eterna fama lograron,
en la obscuridad hallaron
soles de un inmenso brillo.
Poetas épicos de Iliadas
háy ciento; mas yo me acojo
á que sólo tuvo un ojo
el que escribió *Los Lusiadas.*
Porque Dios, cuando obscurece
la luz que los montes dora,
hace apuntar nueva aurora
en el alma que amanece.

C. Ossorio y Gallardo.

LOS LUNES DE LOS ZAPATEROS

I.

Difícil, sino imposible, resulta descubrir el origen de algunas costumbres. En el jardin del Luxemburgo había un banco, en el cual, desde hacía muchos años, nadie podía sentarse, puesto que cuantos lo intentaban eran advertidos para que no lo hicieran por un centinela que hacía guardia en la garita que había al pié de un monumento próximo al referido banco.

—Caballero, retírese usted, hay orden de que no dejemos á nadie sentarse ahí, decía el soldado.

Y la orden que había sido dada hacía mucho tiempo por estar el banco recién pintado, subsistía; lo que se dispuso entonces para que la gente no se manchase, pasó después por una disposición absurda y tiránica.

Algo semejante ocurre con los lunes de los zapateros. ¿Cómo y por qué casi todos los maestros, oficiales y aprendices de obra prima huelgan los lunes?

Ello fué así, según crónicas apergaminadas y venerables.

Cuando nuestro Señor se hallaba por el mundo, hubo de sentirse un día, un lunes por cierto, tan cansado, que le dijo á San Pedro, que iba acompañándole:

—Busca por aquí algun sitio donde podamos reposar por un momento, y donde nos den un jarro de agua fresca que calme nuestra sed y mitigue el calor que nos sofoca.

—Señor, no veo lugar apropósito... porque esta casucha que está aquí próxima á nosotros .. es la de un zapatero, un viejo regañón y mal humorado... y no es cosa de que oigas alguna inconveniencia. Haz un milagro, maestro, que más fácil será que de este seco arenal mane agua, que no que deje de decir blasfemias ese remendón.

—Vamos allá, Pedro, que puesto que él es así como dices más necesidad tendrá de mí que nosotros de él.

—Señor, mira...

—Pedro, replicó el Señor, interrumpiendo al Apóstol,—ya te he dicho que eres hombre de poca fé.

Dicho esto, llegaron á la puerta del zapatero, el cual se hallaba dando una con otra las dos cuchillas, y sonriéndose con socarronería, entonó una canción burlesca contra los calvos, lo cual no pasó desapercibido para San Pedro, que dijo entre dientes y con acento de resignación:

—¡Buen principio!

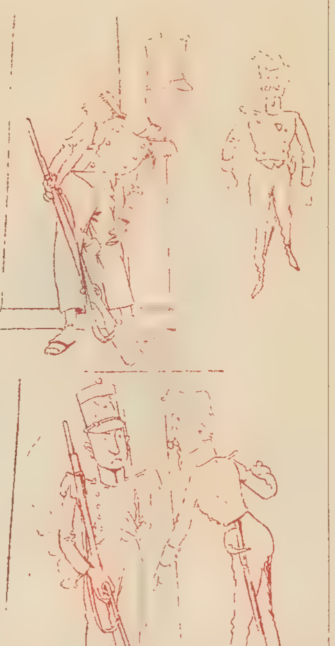
—¿Qué se ofrece? buena gente, dijo el remendón. No me entretengais que estoy de prisa. ¡Voto al demonio!

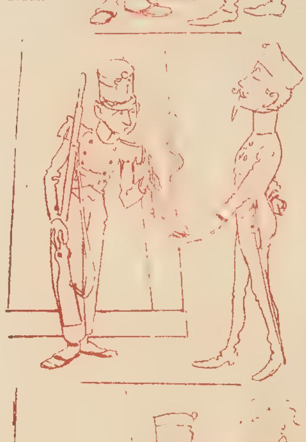
—Dadnos un asiento y un jarro de agua, dijo dulcemente el Señor.

Y como aquella bondad era divina, y aquella dulzura santa, debieron aturdir de tal modo al zapatero que no supo qué contestar, pero sacando dos taburetes se los ofreció á los recién llegados, y luego, tomando una jarra, llenóla de agua fresca, y brindó con ella al Señor.

—Riquísima está el agua, dijo éste, y añadió alargando la jarra á Pedro: bebe Pedro.

¿FUMAR DE CENTINELA?





Pedro bebió, y luego limpiándose los labios con una de las puntas de su capa, dijo:

—Mil gracias.

—A Dios sean dadas, que es el amo de todo, contestó el zapatero.

—Hombre, hombre, ¿según eso te acuerdas de Dios algunas veces? preguntó el Señor con vivo interés.

—Está claro que me acuerdo.

—Ya veo que eres un hombre de bien. ¡Ah! y si no jurases, mejor servirías á Dios.

—¡Jurar! Háganse cuenta que no sé lo que me digo!

—Sí; más los que te escuchan saben lo que oyen... y el escándalo es el peor enemigo de las almas; pero, en fín, no hemos de reñir; y en pago del buen acogimiento que nos has hecho, mira lo que deseas pedirme, que estoy pronto á concedértelo.

—Señor, una sola cosa; y se refiere á cómo quiero morir.

—Veamos.

—Pues, quiero morir en lunes, y que la muerte me sorprenda en mi sano juicio... para poder pensár siquiera un momento antes de morir.

—Concedido, exclamó, el Señor; y se despidió afablemente del zapatero.

—Señor, nada bueno se propone este hombre con eso de querer morir en lunes y con sano juicio.

Nada replicó el Señor, y seguido de San Pedro emprendieron de nuevo su camino, en tanto que el zapatero, martillo en mano batía el cuero, y cantaba más alegre que unas pascuas...

Esta mañana, madre,
me he constipado,
porque al salir de casa
me encontré á un calvo.

II.

Después de muchos años llególe la hora al bueno del zapatero; la comadre, puestas las antiparras sobre el reducido caballete que sirve á modo de nariz en su calavera, pasaba las hojas de un enorme libro de registro, donde lleva nota de sus quehaceres del año; un libro de hojas negras, encarnadas y blancas; en las primeras van los nombres de los que han de morir por enfermedad, en las segundas los que deben morir por guerras y desastres, y en las últimas los de los que hayan de morir en la inocencia.

—Pues señor, se dijo la muerte, aquí está éste,—y puso su escuálido índice sobre el nombre del zapatero de nuestro cuento—que ya ha vivido demasiado... ¿Hoy, es miércoles? está bien, hoy iré por allí.

La hoja era negra, y por lo tanto la muerte miró en su caja de instrumentos, que lo son las enfermedades y los médicos, de cuáles de aquéllas ó de éstos habría de servirse para el caso.

Entonces recibió el aviso de que con el zapatero no podía meterse en ninguno de los días de la semana, más que el lunes, ni podía atacarle si el maestro de obra prima no se hallaba en su sano juicio.

—¡Cómo se abusa de los pases gratuitos, y de las vidas por favor!—murmuró la muerte; —pero ¿qué le hemos de hacer? iré el lunes.

Llegado el lunes, envolvióse la muerte en negro y ya raído manto y se dirigió casa del zapatero; la comadre iba provista de una pulmonía fulminante, de una bronquitis, y tifoideas de las más mortíferas que pudo hallar á mano.

—¡Hola, comadre! exclamó el zapatero al verla, hoy te vienes por acá con muchisímo salero; pero creo que puedes volverte, porque se me van los piés y tengo la cabeza hecha una grillera.

El maestro zapatero no estaba en su juicio; había empinado el codo de lo lindo y se hallaba completamente borracho.

—¿Hasta cuando te durará la mona? preguntóle la muerte; pero salió sin esperar la contestación, porque desde luego se echaba de ver que la papalina habría de durarle al zapatero hasta la mañana siguiente.

Después siguió la muerte apareciendo por casa del zapatero todos los lunes, y perdía el tiempo que el remendón se ganaba; éste siempre la recibía borracho como una cuba, unas veces bailando y cantando, otras llorón y pendenciero; pero, en fin, jamás en su sano juicio, aquel hombre había llegado á burlarse

El Matrimonio.

El primer año.

de la cosa más séria que puede haber: de la muerte.

Y ésta, como es natural, estaba furiosa; pero no tenía más remedio que aguantarse; pensó en sorprender al zapatero, pero no hubo manera de que pudiera conseguirlo; el remendón á las doce de la noche de los domingos tomaba la mona y no la soltaba hasta las cuatro de la madrugada de los martes.

La muerte tuvo la idea de hacer que los demás zapateros ganasen los lunes tanto que pudiera tentar con esto la codicia del astuto burlón, pero éste hizo que todos los zapateros holgasen los lunes, y para conseguirlo los convidaba y les decía:

—¿No os extraña verme tan viejo, y tan sano y tan bueno? pues consiste en que bebo vino y huelgo todos los lunes.

Y hé aquí que todos imitaron á su colega; pero como el zapatero de mi cuento no había de ser eterno, tuvo su fin, como todos habremos de hallarle, más tarde ó más temprano; y hé aquí cómo ocurrió el caso, según los crónicones le refieren:

III.

Estaba San Pedro enojado y escandalizado; porque lo que él decía: tantas y tantas borracheras son otros tantos pecados, y como al fin ese pobre diablo algún día habrá de descuidarse... se gana el infierno sin remedio. Además, es un escándalo el número de borrachos que hace de día en día ese empecatado.

—¿Qué te pasa, hombre, que estás tan mal humorado? Pedro, eres tan gruñón, que ni aun en el cielo he logrado verte contento; dijo el Señor que acertó á pasar por allí cuando San Pedro se daba á tales reflexiones.

El santo dijo cuál era el motivo de ellas, y el Señor entonces replicó:

—Mañana es lunes, baja al mundo y vete á casa del zapatero; la muerte andará por allí desesperada; sea cualquiera el estado en que se halle el remendón, ofrécele en la jarra agua del mismo pozo de donde sacó la que él hubo de darnos aquel día, y quedarás contento.

Hízolo así San Pedro; descendió al mundo y se dirigió casa del zapatero, el cual monene, cantaba y reía á más reir y cantar; la muerte, furiosa, pegada á los vidrios de la ventana, se entretenía soplando en ellos y matando con su soplo las moscas.

—Buenos días, maestro, dijo San Pedro, ¿me da usted un poquito de agua?

—Vino, abuelico, vino; mejor es vino.

—Yo deseo agua.

—Pues le serviré en su deseo, que tengo una agua que no la habrá mejor en parte alguna, replicó el zapatero, y tambaleándose y canturreando fué por la jarra y en ella sirvió el agua del pozo de la casa.

—No es tan buena como me decías, exclamó San Pedro.

—¿Que no?... Bien veo que no sabes lo que te dices.

—Pues lo sostengo; el agua que me has dado, sabe mal.

Como á todos los borrachos les tienta el afán de porfiar, el zapatero se puso muy enojado y protestó enérgicamente, defendiendo el agua de su pozo.

—Pues si es tan buena, ¿por qué no bebes tú de ella?

—Miren si bebo, exclamó el zapatero acercando la jarra á los lábios y echándose un buen trago.

Al punto sus sentidos se despejaron, clara y luminosa quedó su inteligencia; sintió como nunca vergüenza por la embriaguez y el vicio, dolor profundo por el pecado, parecióle la vida demasiado despreciable para defenderla del modo que él lo había hecho durante tantos años... y cuando San Pedro salía de la casa después de haber hecho al zapatero beber el agua de la gracia, éste, arrepentido, se arrojaba en brazos de la muerte.

Pasado el tiempo del purgatorio, que no fué

El segundo año.

flojo, subió al cielo el maestro de obra prima; recibióle el Señor con los brazos abiertos, y diciéndole: — Pero, hombre, cuánto te has hecho esperar...

—Señor, perdón; pero no podía remediarlo, de tal modo, que tengo que pedir un favor á vuestra divina gracia.

—Tu dirás.

—Pues que en recuerdo mio les sea permitido á los de mi oficio descansar los lunes, y disculpados los tragos que tales dias echaren, siempre que no lleguen á emborracharse.

—Concedido, contestó el Señor.

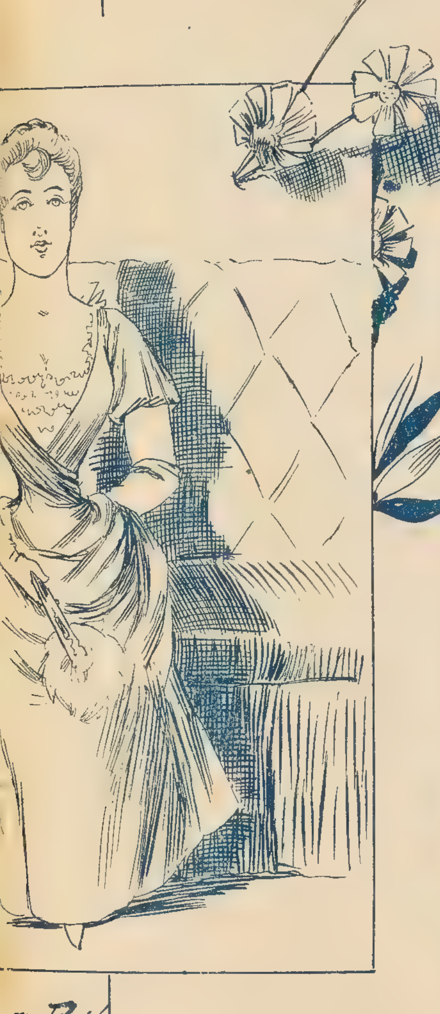
Así, pues, prosigue la costumbre, pero sépase que no se les perdona á los zapateros la borrachera; todos los que se emborrachen en cualquiera día de la semana, aun en el lunes, irán al infierno.

José Zahonero.

ANUNCIO.

Gran máquina de imprimir
vende la viuda de Aznar.
El que la quiera adquirir
puede verla funcionar.

EUSTAQUIO CABEZÓN.



LOS NERVIOSOS

—En otro tiempo no había nervios,—según me decía un señor mayor.

Yo tengo para mí que los nervios no son de invención moderna, sino que los usaron nuestros primeros abuelos.

Un amigo mío asegura que no los tiene, y se funda en que lo mismo oye una obra músical de Beethoven, que el canto del gallo; y así recibe la noticia de que «le ha tocado la lotería,» como recibiría la del fallecimiento de D. Caprívilis, es un suponer.

El perro es animal nervioso, según el sentido que vulgarmente se dá á esta palabra.

Cuando ve á un aguador, se siente excitado para morderle.

Si oye «el duo de los tímidos», ejecutado en libertad en alguno de esos pianos ambulantes, ladra y ahulla como el profeta, anunciando, tal vez, catástrofes horribles y pavorosas.

El perro es delicado de nervios, «principal» en sus gustos y aristocrático en sus aficiones.

Entre un plato de sopas primitivo-caninas y una chuleta de ternera, opta siempre por la chuleta.

Y entre una y dos, se decide por las dos, lo cual revela sus instintos matemáticos.

El gato es un manojo de nervios: frecuentemente, cuando le acarician siente cierto cosquilleo que le incita á clavar las uñas en la mano amiga de la persona que le demuestra cariño de frotación.

La mujer nerviosa se descompone y se desarma por la más leve de las causas.

Y varias señoras nerviosas no faltan á la Audiencia cuando hay juicio oral y aun se aventuran á ver al reo cuando le ejecuta el encargado.

Las hay que se desmayan solas en esos momentos.

Pero vuelven á presenciar otra ejecución con igual curiosidad que en la anterior.

En el teatro ha sido siempre recurso dramático, ingenioso y original como el pecado, que continúa siendo original, el recurso de «desmayar á la dama».

Bien para complicar una situación, bien para que no vea lo que sobreviene, ó para que no se entere de su deshonra y demás pormenores.

Así puede explicarse el público, fácilmente, sin molestias por parte del autor, cómo algunas damas jóvenes no reconocen al de su desgracia y aun otras al de sus días y de sus noches.

En la vida social también son muy útiles los desmayos.

Unas «caen sin sentido» cuando se las presenta un acreedor á cobrar una cuenta.

Otras cuando el esposo mártir se niega á concederlas algún capricho.

Unas cuando ven al amante.

Otras si no le ven.

EL TERCER AÑO.

De las muchachas nerviosas no puede fiarse el hombre.

Cuando el marido menos lo teme, cae la esposa.

Cuando el novio menos lo espera, cae la novia.

«Caen sin sentido», por supuesto.

Algunas caen sin sentido común.

Se observa que al hombre débil de carácter, toca en suerte mujer nerviosa.

La tolerancia del esposo exacerva los nervios de su esposa.

Se dá más de un caso de marido zurrado por su señora.

Se ha vigorizado extraordinariamente el ramo de mujeres.

Tanto como se ha debilitado el de hombres.

La mujer nerviosa lo mismo adora que aborrece.

Así conserva un mechón de pelos de su amante, y le besa á sus solas, igual que practicaría con el propietario de aquel cabello, como le afeitaría en seco, en un rapto nervioso.

Cuando sonríe parece que anima al pretendiente.

Pero es necesario vivir siempre alerta.

Un amigo mío conoció de vista en un café á una joven interesante y espiritual, hija de funcionario público de poco sueldo, pero cesante, y de una señora muy afecta á Montepín ó, según ella á «Montepino.»

La muchacha era tan nerviosa que así parecía que hacía señas á mí amigo, como otras veces le sonreía con dulzura angélica.

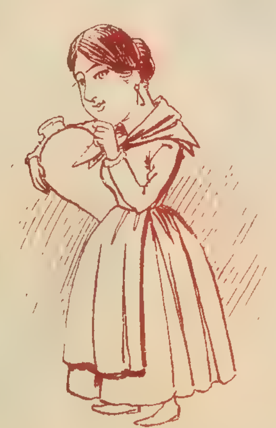
El chico se corrió una noche que ocupaba un asiento en la mesa lindante con la del abono de aquella niña y sus papás.

Deslizó suavemente una carta en la falda de la joven, y ésta, al sentir una mano, lanzó un grito y se puso en pié.

El papá se levantó furioso, y en poco sobreviene un dos de Mayo en el café.

El muchacho, más corrido que un embolado, abandonó el sitio, y salió sin acordarse de pagar el café.

El camarero corrió tras él y le alcanzó en la puerta, donde hubo una escena semidramática entre ambos.



PITORREO

Cuando venga mi novio de las fiestas de San Isidro me traerá un botijo con mucho pitorro pá que rabie la Colasa que se le ha roto el suyo.

Los hombres nerviosos son aún más temibles que las mujeres de igual condución.

Por cualquiera futilidad se disgustan, y desafían al casero, supongamos, si les ayuda el corazón.

Sino, se aporrean solos como las codornices.

Unos hacen rechinar los dientes, como si fueran á morder.

Otros menean con rapidez una ó dos piernas, cuando están sentados, y el infeliz que tiene al lado cree que viaja en ferrocarril.

De la variedad de los que gesticulan como si hablaran hacia adentro, fué uno al Español á ver el *Tenorio*, interpretado por Miguel Cepillo.

—

PERSONAGES

—¿Quién es ese que has saludado?
—Un señor matutero.
—¡Ah!

—

Estaba el hombre en una de las primeras filas de butacas, y no apartaba las miradas del escenario, pero no cesaba de gesticular.

Miguel creyó, por las muecas, que el indivíduo quería significar:

—¡Más calor, más pasión, más fuego!

Y por su parte le preguntaba, también por señas y disimuladamente:

—¿Qué quiere usted, hombre, que ya me tiene loco?

El espectador impertérrito, continuaba sus gesticulaciones.

—Cuando termine la obra—decía Miguel, furioso,—salgo, aunque sea con esta ropa, y reviento á ese tío.

Pero en el segundo intermedio, vió entrar en su cuarto, del vestuario, al sujeto de las gesticulaciones, acompañado por un amigo.

¿Quién es ese hombre?—preguntó enseguida Miguel al amigo.

Y pudo convencerse de que aquel ciudadano era muy fino, muy discreto, muy bien educado, y que padecía de los nervios.

—No es usted solo quien cree que mi amigo se burla de lo que vé—dijo su acompañante.—En una ocasión le sacaron de un teatro y le llevaron á la prevención y al gobierno civil, por suponer que hacía señas al palco Régio.

«Otra vez estaban dos buenas mozas comprando dos cortes de vestido, en un establecimiento de la calle de Espoz y Mina, cuando llegó el amigo con el fin de comprar, no sé qué.

El dueño del establecimiento, al ir á cobrar el importe de lo elegido por las señoritas andantes, miró al caballero, y creyó que con un movimiento de cabeza le indicaba:

—No cobre usted; yo pagaré.

Y se negó á cobrar, con asombro de las muchachas.

—¿Pero quién ha sido?—preguntaron.

—Aquel caballero—indicó disimuladamente el comerciante.

Las chicas le miraron y también creyeron adivinar algo en sus gestos.

Se despidieron del comerciante y salieron, saludando y sonriendo al pagano, como queriendo decirle:

—Gracias; y andando vamos.

Cuando el comerciante presentó la cuenta al caballero, de lo que llevaba y de lo que habían llevado «sus amigas,» replicó éste asombrado:

—Pues si yo no las conozco, siquiera, ni...

—¿No me hizo señas para que no cobrara?—preguntó alarmado el dueño del establecimiento.

—No señor; lo que yo quería decir á usted, era: ¿Qué par de mozas, eh?»

EDUARDO DE PALACIO

CANTARES

I.

Si ayer soñé contigo,
no halles extraño,
que la vida quisiera
pasar soñando.

II.

Suspirito de mi alma
cuando llegues á su oído,
pregúntale si me odia
de igual modo que me quiso.

III.

Al fin me has visto llorar,
me has visto llorar, serrana,
ya sabes que por los ojos
salen pedazos del alma.

LOS INFLUYENTES

—Ahora he solicitado una plaza en consumos.

—No te la darán. Hacen falta buenas recomendaciones.

—Es que yo llevo una superior. No pueden negármela: me recomienda un matutero, ya ves tú.

IV.

Nos queremos sin hablarnos
más que muchos que se hablan,
¡no se aprende en Diccionarios
el lenguaje de las almas!

V.

Anda y perfúmate bien
para que á perfumes huelas,
porque ya me ibas oliendo
á traición desde una legua.

VI.

¡Era ayer castillo fuerte
y nadie se me atrevía!
¡cuántos que ayer me adulaban
hoy, profanan mis ruínas!

VII.

Guárdate esos tesoros
que no los quiero,
prefiero á ser infame
ser pordiosero.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

PROPIO Y AGENO

Ahora sí que va de veras.

Sarah Bernhardt se nos va durante veintidos meses. Recorrerá ambas Américas, Australia y Asia (India y Persia).

La lleva contratada el empresario Grau.

¡Veintidos meses sin Sarah! ¿Que vá á ser de nosotros?

—

Es tanto lo que te adoro
que, á ser posible, te diera,
para que tú te adornases,
engarzadas las estrellas.

Ayer fuiste á confesar
y no le dijiste al padre
que te olvidabas de mí,
siendo un pecado tan grande.

ALEJANDRO PIZARROSO.

—

MORAL, MUCHA MORAL

Asi vestirán en lo sucesivo las bailarinas.
No dejará de ser divertido el espectáculo.

Respeto profundamente las opiniones de todo el mundo, pero francamente,..

En el último *meeting* anarquista ha dicho un *compañero* que los médicos, los ingenieros, los boticarios y los astrónomos son obreros, pero no lo son los abogados, los notarios, los curas ni los frailes.

También dijo que el que no sea trabajador que vaya á disfrutar del sol y del aire, pero al monte, donde están las fieras.

Por más que he meditado profundamente sobre las palabras del *compañero*, no he visto qué diferencia pueda haber entre un astrónomo y un fraile para llamar obrero al primero y no al segundo.

¡Porque los dos viven y comen con el trabajo de *arriba!*

—

DEVANA-SESOS

Nueva sección para los aficionados á perder el tiempo. La solución en el número próximo.

—

Amor, dibujante malo
de un semanario peor,
tan mal retrató á Leonor
que había que darle un palo.
Y ella exclamó, echando el resto,
al ver su caricatura
en tan horrible figura:
—*¡Ay, Amor!... ¡cómo me has puesto!*

JOSÉ JUAN CADENAS.

—

Conferencias Culinarias, publicadas en *La Monarquía* por Angel Muro. Primera série, Un folleto de 64 páginas. Una peseta.

—

Esto que sigue es una poesía en volapuk, copiada con grandes sudores, de un diario del gremio:

Alina das neita, Mun
Desipol oba sikali,
Oblekole kaladali
Bludom del of á nedan vun.

De vez en cuándo conviene enterarse de estas cosas.

Para desengrasar.

—

Crítica al uso, por el licenciado Céspedes.—Un folleto lujosamente impreso.—Una peseta.

—

La casa Henrich y C.ª, de Barcelona, acaba de poner á la venta la hermosa novela de nuestro querido amigo y colaborador, Jacinto Octavio Picón, *La Honrada.*

El libro, primorosamente editado por la citada casa, lleva numerosas ilustraciones de los reputados artistas, Pellicer y Cuchy.

En el n.º 67 de LOS MADRILES tuvimos el gusto de ofrecer á nuestros lectores las primicias de esta obra, y hoy, al dar noticia de su publicación, nos limitamos á recomendar á los amantes de la buena literatura se apresuren á comprarla.

—

Cosas y casos, insignificante folleto de 32 páginas microscópicas, en las que se reproducen unas cuántas tonterías ya conocidas de todos, menos de su autor, que pretende hacerlas pasar por originales.

—

Chifladuras ó versos de Rafael Guerrero.—Un folleto medianamente escrito, mediamente ilustrado y más medianamente impreso.—Una peseta.

—

En un baile de la Alhambra:

—¡Calla!... ¡Matilde bailando con un negro!

—Sí; está de luto por la muerte de su madre.

—

Un problema, por el distinguido escritor Enrique Gaspar.—Volúmen 42 de la *Biblioteca Selecta* que publica en Valencia el activo editor, Pascual Aguilar. El libro consta de 224 páginas y se vende al precio de 50 céntimos. Una verdadera ganga.

—

La Guerra y la Paz, por el eminente escritor ruso, conde de Tolstoi.—Versión castellana de *El Cosmos Editorial*.—Tres volúmenes, de más de cuatrocientas páginas. Esta hermosa obra viene á enriquecer la selecta colección de novelas que con tanto y tan merecido éxito publica la casa editorial *El Cosmos*. Seis pesetas en rústica; 7,50 encuadernada.

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**

Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**

Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**

Se publica los sábados. **Pago adelantado.**

Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Imprenta Militar, Sandoval 4.

Año III.—Tomo II.—**Núm. 83.** **15 CÉNTIMOS.** 3 de Mayo de 1890.

Los Madriles

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.**

HUELGA GENERAL.

Gabinete particular.—*Diálogo íntimo.*—¿Y por qué se han declarado en huelga tantos obreros?

—Por que no tienen trabajo.

—Lo mismo que nosotras.

PLÁTICAS.

Siento no poder asociarme á la huelga general. Pero los lectores de Los Madriles no entienden de huelgas. Tengo que trabajar; que Dios y los compañeros (no de Dios, sino de sociedad) me lo perdonen.

El movimiento socialista ha perturbado muchos hogares y ha producido muchos quebrantos en muchos espíritus. El de vino preveo que en esta ocasión va á tener expansiones extraordinarias.

Pero la verdad es que el asunto no debe tratarse en broma. Europa entera se ha puesto séria, más que séria, compungida. Apenas si se habla aquí de otra cosa que de capitales y de trabajo. ¡Hablar en España de trabajo y de capitales! No hay duda, va á ocurrir algo gordo. Se acerca nuestra total y eterna ruina.

Yo no me atrevo á darte mi opinión propia. He preferido, siguiendo la moda, celebrar tres entrevistas, (¡qué abuso de las tt!; parece el título de una obra de esas que se estilan); repito que tres entrevistas con tres sujetos á quienes oí sus opiniones proclamadas en voz alta, por lo cual, supuse que andaban interesados en estos asuntos, y por consiguiente, muy al tanto de ellos.

* * *

Me encuentro con un hombre que tiene aspecto de obrero y entablo con él la siguiente conversación:

—¿Usted será de los huelguistas?

—Sí, señor. De los huelguistas intransigentes y permanentes.

—Bueno. ¿Y eso lo hacen ustedes con el fin de mejorar la situación del obrero?

—Claro que sí.

—Pues lo vamos á pasar mejor que ahora. Por que yo soy obrero como Vd....

(El sujeto me mira con incredulidad, como dudando aparte, y luego dice):

—No creo que usted trabaje.

—Ah, pues sí, créalo; trabajo. Ya usted vé: médico y escritor....

—No lo decía, ¡vaya un trabajo! Tomar pulsos y escribir estupideces. Vamos, hombre; ni eso es trabajo ni Cristo que lo fundó. Usted es un vago, usted es un gandul, usted es un burgués.

—Seré burgués honorario, por que no poseo ninguna renta; esa renta que por clasificación social me corresponde.

—Usted no coloca ladrillos, ni pule maderas, ni arregla cerraduras. Usted no es obrero; usted es un perjuicio social. Usted morirá.

—Ya lo creo que moriré, desgraciadamente.

—Morirá el dia de la justicia universal.

—Ojalá me cayese la breva de morir en ese tiempo; pero creo que voy á morirme mucho antes, y eso que tengo mis esperanzas de sucumbir de viejo.

Mi interlocutor no me hace caso. Se aleja mirándome despreciativamente. Luego me dicen que es un obrero que se pasa la vida en la Puerta del Sol. Que es un obrero honorario, como yo burgués. Que él sufre por el trabajo de los otros como yo por el capital de los demás.

* * *

Acabo de tropezarme con don Ricardo de los Humos.

—¿Ha visto usted, —me dice— lo que está sucediendo?

—Sí, ya veo. Esto se pone malo.

—Malo, eh? Peor, más que peor, inaguantable. Los socialistas se *manifiestan* sin ambajes; el dinero huye atemorizado. La hecatombe está próxima. ¿Qué va á pasar aquí?

—Hombre, como ocurrir no ocurrirá mucho, pero...

—¡Oh, sí! Nuestra vida se hace insostenible. Las Cubas bajan de un modo tremendo. Ya nadie quiere cargar con ellas. Los tenedores escasean. El papel está tirado. De exterior estamos regulares, pero de interiores no podemos hallarnos peor. La riqueza huye.

—No la he visto pasar, pero le creo á V. por su palabra.

—Pues sí. Es preciso indignarse mucho contra el actual estado de cosas. Protestar de lo que sucede; apercibirnos para la defensa. ¿Vamos á dejar que las masas nos arrollen y nos empujen al abismo? Nunca. Lo primero somos nosotros.

Yo no chisto; digo que sí á cuanto me propone el Sr. de los Humos, del cual me despido al fin con todo el respeto que se merece quien defiende á los capitalistas.

El Sr. de los Humos vuelve á llamarme, cambia el tono de su voz, y con cierta melosidad me dice:

—¡Eh, amigo! ¿Lleva V. dos pesetas sueltas?

* * *

Cuando escribo estos últimos párrafos tengo más confianza en el porvenir. Creo que por esta vez el mundo no se desquicia, ni se rompe el eje de diamante de la tierra, como suelen decir los poetas.

La paz volverá á los conturbados espíritus, pero meditemos en nuestras contradicciones, clásicas, españolas, tan españolas y clásicas como el cocido.

Defienden los fueros del trabajo muchos que no mueven ni una hilacha. Hablan de la necesidad de amparar al capital, algunos que no tienen que llevarse á la boca, como no sean las manos para disimular los bostezos del hambre.

Y, sin embargo, capaces son los dos de pegarse; el uno á nombre de los trabajadores; el otro en representacion de los capitalistas. A veces la vida en España parece una comedia de Catalina. Todo es absurdo, todo aparece deshilvanado, incongruente. Ademas los papeles suelen cambiarse. Doña Inés hace de Comendador y don Luis Megía recita la parte correspondiente á don Diego Tenorio. De todo lo cual resulta la confusión más grande del mundo.

A veces se pregunta uno enmedio de las dudas más crueles: ¿será verdad que la cordura está llamada á desaparecer como la forma poética?

J. Francos Rodriguez.

HUELGA GENERAL.

Abajo las clases privilegiadas.

—¿Qué es esto? ¿Ya no hay clases?

El Estudiante.—¡Ya no hay clases!

LAS PRIMERAS LECCIONES

Las escuelas se abrieron el día 5 de Octubre. Emilio había sido llamado para encargarse de la primera clase elemental, y, sin previo aviso, se encontró con que se le agregaba la segunda; pero como deseaba trabajar, nada dijo. Tendría, entre todos, unos cincuenta alumnos. A decir verdad, la primera impresión que en su ánimo produjeron sus escolares, fué poco agradable; parecióle que, comparados con estos suyos, los alumnos de las clases anexas á la Escuela Normal eran la flor y la nata del señorío. Aquí, la mayoría eran hijos de trabajadores del campo; algunas cabezas bosquejadas á hachazos, con los cabellos cerdosos y de un rubio sucio; rostros quemados por el sol, color de patata ó de torta echada á perder; muchos sin medias, con los piés metidos en zuecos ó en zapatones sin cintas; envueltos en camisas burdas abiertas, que dejaban al descubierto el pecho y el vientre; vestidos con chaquetas de fustán desteñido, que todos juntos exhalaban un irresistible olor de heno. La mayor parte llevaban blusa y cuadernos metidos en talegos de trapo viejo, pendientes de una cuerda, que conservaban como tahalí durante la clase. Iban con escamas en la cara y en el pescuezo; con las ropas manchadas de lodo y llenas de paja, y se disputaban los sitios á codazos y patadas; poníanse después las manos en la boca, ó en la cabeza, rascábanse el pecho y los sobacos lo mismo que si tuvieran sarna, ó se enjugaban los rostros sudorosos con las manos llenas de tinta, y quedaban negros como herreros; uno se levantaba los pantalones hasta media pierna, como para vadear un arroyo; otro levantaba la rodilla desnuda hasta el borde del banco; éste mascaba como hambriento la correa de cuero; aquél perdía un zueco, cuya caída producía ruído espantoso, y el de más allá se arreglaba las uñas de los piés. El maestro experimentó la primera vez cierto sentimiento de disgusto, como el que habría experimentado ante una piara de marranillos.

Eran éstos los tipejos de los aldeanos del mañana, roñosos, desconfiados, arteros, algunos con hocicos de macacos, que á primera vista le pareció que deberían haberse tenido enjaulados durante un mes antes de dejarlos sueltos en los bancos. Y lo peor fué cuando cayó en la cuenta de que su predecesor no debía de haber tenido autoridad alguna, porque los muchachos de la segunda clase que habían sido alumnos de aquél, tenían todos la picardía y la impertinencia en los ojos, como un aire de familia, y manifestaban no hallarse dispuestos de ninguna manera á degenerar.

Tocábale, pues, ante todo, poner remedio al mal que su colega había hecho, y después, dejando para más adelante la educación intelectual, ver el modo de reducir á aquellos salvajillos á que tuviesen, ya que no otra cosa, aspecto de criaturas civilizadas. Era asunto muy serio.

Pero estaba todavía tan vivo su amor á la infancia, tan fresco su entusiasmo por la enseñanza, y estimulaba tanto el amor propio del maestro novel la idea misma de haber de emplear sus trabajos en tarea tan meritoria, al mismo tiempo que realzaba, por efecto de la comparación, la conciencia de la propia superioridad, que puso manos á la obra con el mayor ardimiento.

Pero ¡Dios bendito! ¡Cuánto más dificultoso era aquello que lo que él esperaba! Emilio tuvo que luchar desde el principio contra una inercia pesada como el plomo, que no sólo existía en los chicos, sino en todas las cosas. Era él vivo de genio, aficionado á proceder con prontitud, y allí, por el contrario, movíase todo con arreglo á la batuta de la vida del pueblo, ó sea con una lentitud desesperante. A las ocho y media debían tocar la campana de la escuela, y casi siempre la tocaban después de esa hora. Cuando habían concluido de tocar, aparecían dos chicos por acá, tres por allá, uno más lejos, todos á paso de tortuga; nunca se hallaban reunidos antes de las nueve.

En los primeros días algunos de los párvulos no querían penetrar en la escuela sino los últimos, y se detenían delante de la puerta como amedrentados; Emilio supo, poco después, que debía aquella buena disposición á los padres, que por espacio de muchos años se habían servido del maestro como del *coco*, para hacer que callasen los chiquillos cuando les molestaban, diciéndoles con frecuencia:

—¡Aguarda, que te enviemos á la escuela! ¡Ya verás en la escuela cómo el maestro te las hace pagar todas juntas!

Y por esta razón los pequeñuelos se resistían, temiendo los cachetes y los palos. Además, iban muchos sin cuadernos y sin libros, diciendo, por encargo de sus padres:—El Ayuntamiento no nos lo ha dado aún.—Y todos los querían gratis, aun aquellos que podían comprarlos.

Pero quedó más asombrado todavía cuando por vez primera hizo leer á los de 2.ª, para ver á qué altura se hallaban. No solamente no leían entendiéndolo ellos, sino que ni aun de modo que el maestro pudiese coger el sentido de la lectura. Pronunciaban *cevil, pedricar, dende;* abrían desmesuradamente las vocales, formaban agrupaciones precipitadas de sílabas, con las cuales de tres palabras hacen una sola; tenían entonaciones extrañas, algunos escapes involuntarios de voz, notas falsas de órganos vocales rebeldes á toda nueva modulación, que denunciaban una larga serie de generaciones vírgenes de alfabeto y acostumbradas en el transcurso de siglos enteros á cantar todas sus canciones sobre tres ó cuatro motivos invariables. Parecíale que no los oía leer italiano, sino algún áspero y ronco dialecto teutónico, tanto que en algunas ocasiones sentía deseos de meterles los dedos en la boca para ver qué era lo que mascullaban al leer para hacer aquel destrozo del *habla celestial*. Y decía entre sí suspirando:—Será menester que comencemos por lo primero del principio.—Y pensaba sonriendo tristemente en las largas circulares de los Ministerios en las que se recomienda al maestro, con acicalado lenguaje, que cuide de la *pureza* de la pronunciación. ¡Buena pureza te dé Dios! Tratábase, ante todo, de lograr una pronunciación humana.

Pero se le presentaron otras dificultades. De sobra sabía Emilio que de la Escuela Normal no salen maestros ya hechos: que todos han menester del perfeccionamiento que da una larga experiencia; pero quedó maravillado de que existiesen tantos tropiezos imprevistos, y tantos otros, muchos más graves de cómo él se los había imaginado. Entretanto, reconoció que, para hacerse entender de los párvulos, era necesario que les hablase en dialecto; por lo cual, durante una buena parte de la clase, los mayores no aprendían ni una *jota* de la lengua.

La escuela mixta servía, por consiguiente, para hacer doble el trabajo de la enseñanza y reducir á la mitad su provecho. Y tres veces más difícil matener el orden, porque mientras hablaba á una clase se distraía la otra, y la distracción de ésta perturbaba á la primera.

Por lo que respecta á la 1.ª, experimentaba con disgusto la exactitud de lo que en la escuela había aprendido: que era ésta la más difícil de todas, principalmente por la dificultad casi insuperable de hacerse entender; tanto que principió á temer si sería él mismo de aquellos que teniendo excelentes aptitudes para explicar la 3.ª y la 4.ª, no llegan nunca á desempeñar ni aun medianamente la primera, á la que otros de menos inteligencia parecen llamados por la naturaleza.

El reprender, como el procuraba hacerlo, razonando mesuradamente, á fin de conven-

HUELGA GENERAL

Los inquilinos de gran número de casas de Madrid aprovechando la circunstancia de ser primero de mes el día de la huelga, han acordado declararse también en huelga y no pagar el alquiler de los cuartos.

Y, coincidencia extraña: al mismo tiempo los caseros habían acordado no cobrar este mes los recibos. Conque ya lo saben ustedes. No se paga.

HUELGA IMPREVISTA

—¿Presidente del Consejo?

—Presente.

—Grave conflicto: se han declarado en huelga los gobernadores de todas las provincias

cer al alumno de su error, y de llegar á su corazón por los caminos de la inteligencia, era una interrupción de la enseñanza para todos, después de la cual veíase obligado á dirigir otras reprensiones para volver á lograr la atención de los discípulos. A parte de que entonces comprendió que nada tenía de insensata la idea que había oído expresar á su profesor de Pedagogía, de la necesidad de una escuela aparte para los niños de inteligencia inferior; algunos de los cuales (y también había de éstos en la 2.ª, le obligaban, aun animados de los mejores deseos, á repeticiones interminables, no sólo supérfluas para los otros sino gravemente perjudiciales á la buena marcha de la escuela. Y se encontraba á cada momento, con los párvulos, ante una ignorancia tan absoluta de las cosas más elementales de la vida, que le obligaba á perder un tiempo precioso en completar, por decirlo así, la criatura humana, antes de ponerse á instruir al discípulo.

Muchos de los párvulos, por ejemplo, ignoraban sus apellidos y aun el propio nombre de bautismo, sabían sólo la abreviación propia del país. Uno de entre ellos, que no sabía decir el nombre de su madre, como le preguntase de qué modo solía llamarla su padre en casa, respondió:—*Oyes*,—como creyendo que aquello era un nombre. Y no podía recordar otro.

Emilio habría celebrado mucho, para dar una educación individual, siguiendo el precepto de su profesor, estudiar el carácter de los mayores, y efectivamente principió á tomar notas en su cuaderno, en el cual había escrito, á la cabeza de otras tantas columnitas, las palabras: «Complexión, inteligencia, raciocinio, sentimiento, voluntad,» etc.; etc. ¡Pero qué empresa tan desesperada encontró desde sus comienzos! Parecía que todos, ó casi todos, por desconfianza instintiva, procuraban ocultar sus propias condiciones espirituales; había en todos algo cerrado y secreto, y en lo demás todos le resultaban iguales. Ni aun de parte de las familias hallaba manera de descubrir más; cuando una pregunta se salía del círculo de las cosas de la escuela, no le respondían.

—Se dice que nosotras también nos declaramos en huelga para pedir, entre otras cosas, la abolición del matrimonio.

—Si fuera verdad que declarándonos en huelga nos dieran lo que pidiéramos, yo pediría para nosotras recompensas especiales por la constancia.

Y además de todo esto encontraba dificultades inesperadas aun en la parte técnica de la enseñanza; en definir de modo inteligible las cosas más sencillas; en responder á las preguntas repentinas de tres ó cuatro perspicaces curiosos de conocer el significado de algunos vocablos; en alternar las diversas enseñanzas sin dar ocasión á desorden; en conducir el diálogo de modo que se mantuviese despierta la atención y no se perdiera tiempo.

Lo hacía todo; pero todo le resultaba más difuso, menos claro y de menores frutos de lo que él esperaba. Y experimentaba ese sentimiento molesto que todos los maestros nuevos, cuál más cual menos, experimentan al principio, y que en algunos dura mucho tiempo, una especie de sugestión inquieta de todos aquellos ojos fijos en los suyos, muy parecida á la que sienten los oficiales del ejército recién ascendidos la primera vez que van al frente de su pelotón; algo del pudor de novicio, procedente en parte del temor de que los subordinados estén esperando errores de inexperiencia ó adivinen el rubor y la vergüenza del principiante.

¡Cuántas cosas tenía aún que aprender y experimentar! ¡Qué poco le quedaba de inmediatamente útil de todo aquel amasijo confuso que había devorado en la Escuela Normal!

EDUARDO DE AMICIS.

—Yo soy más previsora; yo pediría para las *cocottes* ancianas jubilación en proporción con los servicios prestados.

¡DOÑA INÉS DEL ALMA MÍA!

(Juguete cómico estrenado en el teatro de Lara en la noche del lunes último, con extraordinario éxito.)

ESCENA SEGUNDA

INÉS Y JUAN, *que entra por el foro, viste traje de camino, lleva cartera de viaje, un pequeño maletín y una manta con correas. Tipo andaluz.*

JUAN ¡Inés!... *(Saludándola al entrar.)*
INÉS —Caballero...
pase usté adelante.
Inés no está en casa
mas vendrá al instante.
Hace ya una hora
salió con el tío...
¿Usted será acaso?...
¿Sí?... Muy señor mío...
Como tantas veces
de usted han hablado...
apenas le he visto
me lo he figurado...
JUAN Yo...
INÉS *(Interrumpiéndole)* Me ha confundido!
¡Ay! ¡qué gracia tiene!...
Pero no es extraño...
Yo me llamo Irene.
Todas las hermanas
en lances nos vemos
así por lo mucho
que nos parecemos.
JUAN Ya he sabido...
INÉS *(como antes)* ¡Vamos!
Con que al cabo vino.
¿Y qué tal el viaje?
¿Qué tal el camino?
Mucho polvo .. ¡Vaya!
Mucho calor.. ¡Justo!
Viajar en verano
no es cosa de gusto.
Vendrá usted rendido,
molesto, cansado...
y yo ¡qué aturdida!
no haber reparado.
Pero la sorpresa
del primer momento...
Deje usté esos chismes...
Tome usted asiento.
Van á sentir mucho
no hallarse ahora en casa;
y eso que sabían...
pero es lo que pasa.
Siempre hay circunstancias
que son fortuitas.
Ya ve usté... Han tenido
que hacer tres visitas.
Han ido hoy á casa
de doña Tadea,
que es una señora
que es bastante fea,
con unas narices
como un cucurucho
y un ojo torcido,
que le llora mucho.
Es una jamona
que la edad consume,
pero usted no sabe
lo que ella presume...
En lazos y en moños
gasta más que siete
y lleva postizos
y usa colorete,
pero pretendiendo
parecer muchacha
se pone lo mismo
que una remolacha.
¡Lo que se compone!
Pero igual se queda
pues aunque la mona
se vista de seda...
¡Y si usted la viera!...
lleva un lujo asiático...
pero en ella es todo
cursi y antipático,
pues no hay ningún filtro

—Crea usted que aunque no nos declaremos en huelga no es porque estemos bien. El gobierno, si tuviera vergüenza, debía subvencionarnos.

Dos de Mayo
1808

que ya la remoce...
Yo la quiero mucho.
JUAN Sí; ya se conoce.
INÉS Pues desde allí iban
á ver á Isidora,
que es la criatura
más murmuradora...
No sabe usted, joven,
lo que á mí me carga.
No hay genio más malo
ni hay lengua más larga.
Todo lo critica,
todo lo censura,
de todo habla pestes,
de todo murmura.
En todo ve falta
y encuentra defecto
y nada cree santo
ni juzga perfecto.
Y eso que ella es una...
No es por ofenderla
mas no tiene el diablo
por donde cogerla.
Estuvo casada
con un subteniente,
que ya hace dos años
murió de repente.

Dos de Mayo
1808

Pues bien, todo el mundo
dice que la cosa
fué por un berrinche
que le dió la esposa.
Y todo por causa
de un sietemesino
y si hubo ó no hubo
y si fué ó si vino...
Yo sospecho que eso
son suposiciones,
por que á mi me cargan
las murmuraciones.
¡Yo no soy como ella!
Nó; de ningun modo...
¡Digo! una persona
que hable mal de todo
y no deja amiga
que ella no destroce...
Yo la quiero mucho.
JUAN Si; ya se conoce.
INÉS Pues luego....
JUAN Señora.
INÉS Iban á ir á casa...
JUAN Si usted permitiera...
INÉS De doña Tomasa.
JUAN Yo desearía...
INÉS Que es una señora,
lo más bachillera,
lo más habladora.
JUAN Es que yo...
INÉS Con ella
no tengo cachaza,
por que hablando á nadie
deja meter baza.
JUAN Yo digo...
INÉS Y el caso
es que ella no es lerda,
pero si parece
que le han dado cuerda.
No hay cuando ella empieza
modo de pararla.
¡Qué hablar tan sin tino!
¡Qué lengua, que charla!
Ella habla de todo
y habla más que cuatro
del tiempo, de modas,
de toros, de teatro,
de fiestas, de duelos,
de trajes, de flores,
de letras, de ciencias,
de riñas, de amores,
de rezos, de baños,
del mar, de paseos,
y de esto, y de lo otro...
¡Jesús, que mareo!
A mí lo aseguro
me aturde, me escita,
me abruma, me carga,
me altera, me irrita,
me turba, me agovia,
me saca de quicio,
y á veces me hace
que pierda el juicio.
JUAN Señora...
INÉS Es cargante.
JUAN Que el cielo me acuda...
INÉS (Veremos si ahora
dice que soy muda.)
JUAN Pues yo...
INÉS Aunque estas faltas
sencillas la pongo...
JUAN La quiere usted mucho...
si, ya lo supongo.
Pare usté esa charla
que ya da quebrantos,
por Dios y la virgen
y todos los santos.
INÉS Mas...
JUAN Ya me marea
tanto hablar, señora.
INÉS ¡Jesus! pues no me dice
que soy habladora.
¡Oh, que horrendo ultraje!
¡Que insulto grosero!
Nunca lo esperara
de tal caballero.
JUAN Mas, por Dios, Irene.
INÉS La disculpa es vana.
JUAN Es que yo...
INÉS Decirme
que soy charlatana.
Lo sabrá mi tio...
JUAN Y esta es otra historia.
INÉS ¡Vaya usté al infierno!
JUAN ¡Vaya usté á la gloria!

Váse Inés precipitadamente por la derecha.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

Dos de Mayo
1890

Hace pocos días entró en una iglesia protestante de Londres, durante los oficios, un oso de un domador ambulante, se fué á un banco y se sentó.

La iglesia quedó vacía en un periquete, pero el *pastor* que predicaba no pudo bajar del púlpito, y en él se estuvo el hombre hasta que llegó el dueño del plantígrado.

Según noticias de Motril, los empleados de aquella Aduana, con el jefe y fuerzas de carabineros, han aprehendido un buque con *ciento ochenta y seis* bultos, que contenían más de 7.000 kilógramos de tabaco picado.

Y dice un colega que lo que ocurre en esto va *picando* en historia.

¡Cómo que se trata de tabaco *picado*, compañero!

Dos de Mayo
1890

LA HUELGA DE MAYO.

¡Gloria á Dios en las alturas!
¡Albricias! Regocijémonos.
Nunca para el bien es tarde.
Ha cundido el buen ejemplo.
El hombre, rival del mono
en lo de imitar los gestos,
las acciones, las posturas,
la voz, y los movimientos
de sus compañeros, plágia,
unas veces sin saberlo,
pero muchas á sabiendas
cuanto le parece bueno.
Siguiendo, pues, la costumbre,
esta vez con buen acierto,
al ver la huelga iniciada
por el elemento obrero,
falsificando la idea
de trascendental proyecto,
hoy en huelga se declaran
una infinidad de gremios.
¡Si el anuncio se realiza,
si es verdad, regocijémonos!
Diz que para comenzar,
¡Dios premie su buen acuerdo!
van á declararse en huelga
este mes, los chicos nuevos
que han invadido el teatro,
sin pudor, y sin respeto,
martirizando á Talía
con los partos de su ingenio.
¿He dicho partos? Abortos,
¡Comedias las llaman ellos!
Enjendros, que siempre traen
aparejado el pateo,
y á los que sigue la silba
cual sigue la sombra al cuerpo.
¡Si se confirma el anuncio,
si la tal huelga es un hecho,
al menos por esta vez
el plágio es digno de premio!
Otras huelguistas. ¡Las suegras!
Respiren los pobres yernos.
Ya están libres de sus uñas,
no más gritos, ni denuestos,
ni mordiscos, ni arañazos,
ni escándalos, ni improperios.
Paz octaviana. El hogar
mientras subsista el acuerdo,
será una balsa de aceite,
será un trasunto del cielo,
copia fiel del paraiso,
sin serpiente, por supuesto.
¡Las suegras en huelga! ¡Oh dicha!
Cosa rara. Caso nuevo.
Por ser tan inusitado
se hace difícil creerlo.

—

¿Y las otras huelgas? Esas
sí que son huelgas de efecto.
En fin, figúrense ustedes
que habrá huelgas de toreros;
toreros malos, *maletas*,
que van á cortarse el pelo,
y á gastar pantalón ancho
y á renegar de los cuernos.
Huelga de malos actores.
—y cómo abunda este género—
Quieren dar paz á la mano
y suspender el degüello
de las obras. ¡Gracias! ¡Gracias!
Dios les pague el buen deseo.
Huelga, también general,
de espadistas y rateros.
No más guerra á los relojes,
tregua y paz á los pañuelos.
¡Ni un robo en el més de Mayo
en obsequio al forastero!
Pero la huelga importante,
la de gracia, la de mérito,
la conmovedora, es
la huelga de los caseros.
¡No cobrarán los recibos
de inquilinato! ¡Qué acuerdo
tan superior, tan sublime,
tan trascendental, tan bueno!
¡Eso, eso es digno de loa,
eso es una huelga, eso!
Ese es el *desideratum*
del inquilino moderno.
¡Luchemos con valentía,
defendamos con denuedo
y en contra de todo el mundo
la huelga de los caseros!
¿Quién puede negar que tienen
perfectísimo derecho
á no cobrar? ¿Qué le importan
estas cosas al Gobierno?
Ya lo sabeis, ciudadanos.
Desde hoy no cobra el casero.
Cobra el administrador
y en vez de huelga, es *camelo*.

E. Navarro Gonzalvo.

PROPIO Y AGENO

El almirantazgo inglés ha resuelto la creación de un cuerpo de velocípedos marítimos de guerra...

No hay, pues, que reirse de aquel almirante de la escuadra suiza.

Estos ingleses, que forman el pueblo más serio del planeta, tienen á las veces unas ocurrencias...

—

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS.

Eduardo Navarro Gonzalvo,
Autor de Tanhauser el estanquero,
estrenada en el teatro de Apolo.

—

En otro lugar de este número publicamos un precioso capítulo de la obra inedita de Edmundo de Amicis *La novela de un maestro*

Claro está que tratándose de tan ilustre escritor no hemos de hacer su elogio, pero sí conviene que sepan ustedes que la traducción está hecha por el *maestro*, como cariñosamente llaman los escritores á don Antonio Sanchez Pérez.

Conque dénse ustedes prisa en comprarla, porque de estas obras entran pocas en año.

—

El director del *Diario de las sesiones* Luis Cortés y Suaña, ha publicado la segunda edición de *La taquigrafía verdadera*. Este libro, de 256 páginas, en folio, es un completo tratado teórico-practico, con cuyo estudio puede aprenderse el utilísimo arte estenográfico sin necesidad de profesor.

Entre otros muchos datos interesantes para los oradores parlamentarios, contiene la organización del servicio taquigráfico en los Parlamentos y tribunales de casi todos los paises del mundo civilizado; todos los refranes de nuestro idioma (cerca de tres mil), tres comedias inéditas, de ellas dos arregladas del francés y una improvisada por su autor, que es conocido como escritor dramático.

—

Nuestro querido amigo y colaborador, Carlos Ossorio y Gallardo, que tengo el gusto de presentar á ustedes, en la plana 138, ha puesto á la venta su libro *Vida Moderna*, del que ya conocen nuestros lectores un fragmento publicado en el número 79 de Los Madriles.

La obra está brillantemente ilustrada por lo más escogidito de nuestros artistas (salva la parte, señalándome á mí), y editada é impresa con un lujo á que no estamos acostumbrados.

Se vende al ínfimo precio de 3 pesetas, con lo que queda dicho que si no se apresuran ustedes no van á encontrar ejemplares.

—

Solución al DEVANA-SESOS del número anterior.

CUATRO HOMBRES Y UN CABO.

ARTICULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID.

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ.

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro y Diplomas de honor.**

VENTA DIARIA: 7.000 KILOS.

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exíjase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SELLOS DE CAUTCHUC

Todo lo más perfecto, nuevo y económico.

Se sirven las órdenes de provincias.

Agencia de publicidad

51, MONTERA, 51.

LA ESPAÑOLA.

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid siempre esta marca, **la más acreditada de España,** por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS 38.

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

RELOGERIA.

MONTERA 14.

Remontoirs níquel, desde.......... 11 ptas.
Remontoirs acero, desde.......... 14 ptas.
Roskoff níquel, desde.......... 30 ptas.
Remontoirs plata, áncora, desde.... 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde.... 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde... 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

MAQUINAS AUTOMÁTICAS

para la venta automática de objetos varios, mediante una moneda de

10 CÉNTIMOS

para teatros, paseos y sitios públicos.

Representación exclusiva para España:

Agencia de publicidad: MONTERA, 51.

COMPAÑÍA COLONIAL

Chocolates y cafés.

La casa que paga mayor contribucion industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS DE CHOCOLATE AL DIA.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20—MADRID.

Anuncios para esta plana y para los telones, vestíbulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martin, Infantil, Eslava y Felipe,

AGENCIA DE PUBLICIDAD

MONTERA 51.

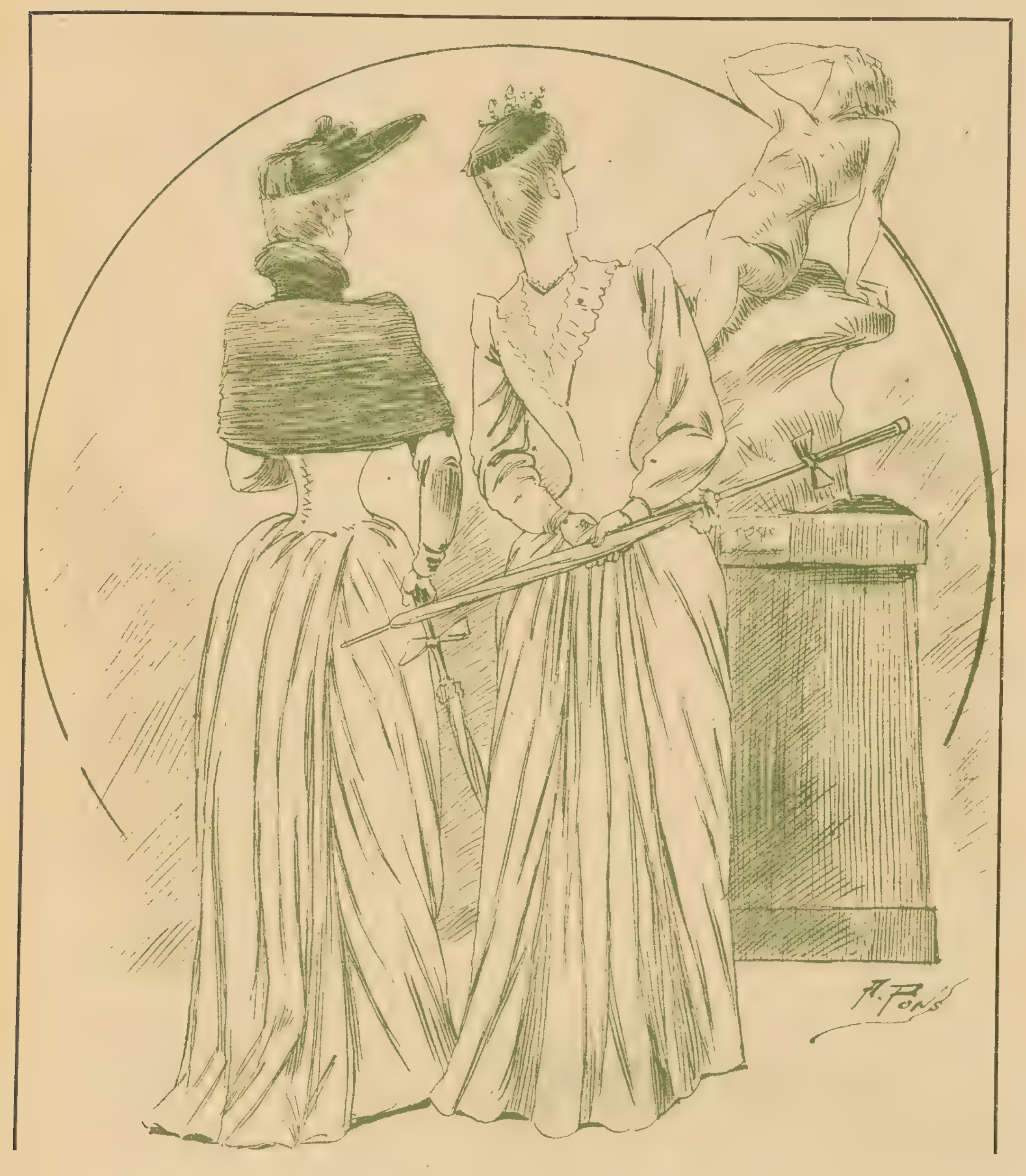
Imprenta Militar, Sandoval 4.

Año III.—Tomo II.—Núm. 84. **15 CÉNTIMOS.** 10 de Mayo de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral.° izq.**

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.



—¿Sabes á quien se parece mucho?
—Mujer, si tiene la cara tapada. No puede parecerse á nadie.
—¡Ah, es verdad! No, no se parece.

PLÁTICAS

Bienaventurados los que escriben crónicas de salones, porque de ellos es el reino de los adjetivos. Y buenos que los han usado esos señores cronistas al reseñar la apertura de la Exposición de Bellas Artes y el baile del duque de Fernán-Nuñez.

Pero, en fin, como yo no tengo que hablar de trajes ni necesito echar piropos, ni voy á describir ninguna fiesta aristocrática, no siento ahora la necesidad del adjetivo dulzón y galante. En otras ocasiones sí que leo con envidia esos calificativos que se aplican con una habilidad pasmosa, produciendo el asombro que despierta siempre todo aquello que aun siendo igual no se parece. (Perdón por este rasgo de filosofía barata.)

Yo también asistí á la apertura de la Exposición. Ya saben ustedes que allí estaban representadas todas las clases sociales; pero es justo consignar que la aristocrática y la *burguesa* predominaban. Algún periodista vió—según referencia del interesado en el artículo de su cargo—«junto al frac, la sencilla chaqueta del estudiante.» Es verdad que yo ví algunas chaquetas, largas (algo largas como exije la moda) pero no afirmo que fueran de estudiantes, porque desconozco el figurín al cual se ajusta la indumentaria escolar.

Quedamos, pues, en que en el *acto solemne* tenía representación la sociedad entera; desde la encopetada, etc., etc... hasta el humilde etc., etc. Quedamos del mismo modo en que abundaban las señoras, señoritas, caballeros y señoritos. Todos ellos gentes muy finas, muy compuestas y enemigas, por ló tanto, de esos tumultos que suelen producir los desharrapados.

Pero es el caso que dentro de aquel salón hubo empujones, arremetidas, asaltos de lugares vedados; algo, en fin, no muy bien avenido con la nunca bastante ponderada distinción social. Y es lo que yo me digo. ¿Qué diferencia hay entre el señor vestido de frac que á puñetazo limpio se abre paso entre los que presencian ó quieren presenciar un *acto solemne* y el obrero que en la calle pide lo que le parece justo? Alguna diferencia hay. El señor de frac, campa por sus respetos y al obrero le ponen un guardia de orden público para que no se estremezca.

En fin, que no somos muy de fiar los que asistimos á las *solemnes aperturas*, y que cuando llegue la ocasión, no sobrará un poco de guardia civil; por que ¡si vieran ustedes el efecto que produce ver cómo las personas *distinguidas* corren por las salas de una exposición lo mismo que si estuvieran en la pradera del Canal!

Sin embargo, confieso que todos salimos muy contentos por haber presenciado *el acto*. Esto de poseer una papeleta para fiesta donde ha de congregarse «lo más escogido de Madrid» que dicen los ya mencionados cronistas de salones, siempre halaga la vanidad y excita el amor propio.

Así estaba tan orgullosa una cierta conocida mía, muchacha de buen ver que abusa un poco de los cosméticos, y que fué á la Exposición acompañada de su mamá.

Por cierto que á esta señorita le ocurrió un lance desagradable. Hallábase la joven enmedio de uno de

—

CARRERAS.

—Por fin ¿cree usted que llevará el premio?...

—¡Oh, indudablemente *Favorita!* ¡Tiene unos remos!

—No: si yo hablaba de los cuadros que han de llevar premio.

—

los salones luciendo su gallarda figura y su rostro, embellecido á medías por la Naturaleza y el Arte, cuando un joven que á su lado estaba admirado del gran número de cuadros expuestos, dijo:

—¡Cuánta pintura!

Y la señorita, fomentando con el rubor propio la obra del tocador, murmuró entre dientes:

—¡Qué grosero!

* * *

¡Mañana se corta la coleta Frascuelo! No es cosa de poner tules negros á la bandera nacional, pero tampoco es cosa indiferente.

Frascuelo cumplía una misión ¡vaya! Desempeñaba en el mundo papel más importante que algunos hombres *eminentes*, por muy académicos que sean.

Yo soy aficionado á los toros; quiero decir que me gusta ver lidiar reses bravas. Se ven en esa fiesta algunas barbaridades, pero también fuera de la plaza de toros suelen contemplarse. La barbaridad no tiene espectáculo fijo. Hay cierta grandeza y cierta hermosura en el torero que pasa con arte y se mete en la cuna por derecho y en corto. Algunas almas sensibles protestan de *la funcion brutal*; cada uno tiene derecho á protestar de lo que no le peta. A mí me gustan las funciones taurinas, lo digo con franqueza, y por eso lamento que Frascuelo se dedique ahora á ver los toros desde la barrera.

Ya sé me criticarán algunos taurófobos. ¡Qué demonio, la sensibilidad tiene manifestaciones muy diversas! Yo conozco á uno que es capaz de pegar á su padre, sin la menor alteración, y que no puede ver como Salvador hiere á un cornúpeto, sin que los nervios le salten lo mismo que las cuerdas de una guitarra cuando se aprietan demasiado las clavijas.

¡Frascuelo se retira á la vida privada! En la corrida de su existencia logró muchas palmas y mucho dinero. Al sentarse en el estribo agobiado ya, resuenan en sus oídos los rumores de una gran ovación. Supo *trastear* perfectamente á la desgracia, *recibiendo* en toda regla á la fortuna.

* * *

Por supuesto que ciertas costumbres deberian generalizarse. Suponiendo que el Congreso fuese una plaza de toros, ó mejor dicho que la plaza de toros fuese un Congreso, podríase celebrar en él la despedida de los oradores á quienes unas temporadas hubiese aguantado el público.

La despedida de un torero se simboliza con el corte de la coleta; la del orador *lato* podría simbolizarse con el corte de la lengua.

¡Hermoso espectáculo! Los tendidos, digo tribunas, llenos de gente. Los peones ó diputados de la mayoría en sus puestos, y el presidente preparado para hacer la señal. Luego el orador, cansado de dar largas á los asuntos con sus discursos, pronunciaría la oración última de su vida; la última brega, como quien dice.

«Señores diputados. Mi lengua estuvo siempre á vuestro servicio; para vosotros la solté. Hoy, abrumado de laureles, rendido por las cogidas sin facultades, quiero descansar y me la corto. Que Dios conceda á los que me sustituyan el mayor desparpajo, aquellos que los escuchen la mayor paciencia...»

Después llegaría el momento supremo: Una operación quirúrgica; la amputación de la lengua.

Y, por último, el ex-orador agitando los brazos saldría de la Cámara, recordando sus pasadas penas, como el diestro que abandona el redondel después de haber demostrado que aun tiene arte y bríos para dedicarse al toreo.

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

EL ÚLTIMO GOLPE

(DE ACTUALIDAD.)

Frascuelo se va; ¡oh dolor!
y al retirarse *Frascuelo*
nos quedamos sin el pelo
de un soberbio lidiador.
La hermosa fiesta taurina,
con golpes como el presente,
va precipitadamente
á su decadencia y ruina,
y no habrán de transcurrir
muchos días, en verdad,
sin que tal contrariedad
comencemos á sentir;
pues habrá que ir renunciando,
ya que sucesor no veo,
á ese peculiar toreo
de los quites aguantando;
de pegarse en el testuz;
de cambiarse en la cabeza
y de meter con certeza
el estoque hasta la cruz;
á más de hacer estallar
repetidas explosiones
de entusiasmo, en ocasiones
de recibir ó aguantar.
Todo esto va de él en pos,
sumiéndonos en apuros...
en unión de seis mil duros
que vale su último adiós,
y que es cantidad sin duda
corta para recompensa
de carrera tan extensa,
tan peligrosa y tan ruda;
pero que, por otra parte,
hay que ver esos dineros,
que hoy en día, caballeros,
no hay oficio, ciencia ó arte
que dé esa suma completa
á nadie que los cultive,
y que solo se concibe
cortándose la coleta;
y yo prometo, con creces,
que si un alma bienhechora,
me la ofrece desde ahora,
pues... me la *corto* cien veces.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Retazo.

Cuando estaba con ella en relaciones,
al contemplar sus dientes
todos tan diminutos y bonitos
y blancos cual la nieve,
yo de cariño me volvía loco
y exclamaba mil veces:
¡Por sus dientes, que tanto me entusiasman,
me caso solamente!
Hoy que es ya mi mujer la que era novia,
y que juró quererme
al mirar lo que come, me pregunto:
—¡Ay! ¿Por qué tendrá dientes?

J. RODAO.

DEL AMOR Y LOS CRISTALES

Eusebio Blasco escribió *Del amor y las patatas fritas.*

¿Por qué no he de escribir yo *Del amor y los cristales?*

Más exacta es aquí la analogía, y más simpático el asunto.

...Y otra vez con el ala á tus cristales
jugando llamarán.

No es de estos cristales de los que voy á hablar, ni tampoco de aquellos otros que hizo célebres una romanza, muy de moda hace diecisiete ó dieciocho años en toda la España cursi, y que empezaba así:

A través de mis cristales,
de mis flores á través...

Y mucho menos, dejando á un lado la vidriería sentimental, he de meterme en honduras químico-afectivas, como aquellas de la *cristalización*, que tan magistralmente trató el autor de *La Cartuja de Parma y Rojo y Negro.*

Antiguamente pintaban ciego al Amor; pero como en todo se adelanta y progresa, el niño de la venda ha recobrado en nuestros tiempos la vista, si bien con limitaciones *(limited view*, que diría Mansi, si supiera inglés).

Ogaño el Amor es miope, y como vive á la moderna, usa *fint-glass.*

Estos son los cristales que yo quería sacar á relucir; y me refiero solamente á los que alivian la cortedad de vista, dejando á un lado los que remedian la vista cansada, porque

á hablar no me dispongo
del amor del setentón;
ese... ¡que compre el jabón
de los príncipes del Congo!

El Amor está hoy en estrechas relaciones con los anteojos; pero estas relaciones varían radical y esencialmente según el género de esos *artefactos*, como los llamaría el señor Rojo Arias.

Hay que distinguir entre:

Las *gafas*,
Los *lentes*,
Y el *monóculo*.

Las gafas son refractarias al amor, ó por mejor decir, el amor es refractario á las gafas; por donde se vé que en este primer caso las relaciones entre los cristales y el amor son puramente negativas.

Los tratadistas más autorizados *De periculis conjugalibus* ponen entre los predestinados al marido que usa gafas.

Cambiad esas gafas, aunque sean de oro, por unos lentes, aunque sean de esos que venden por los cafés, y aquel peligro habrá desaparecido como por encanto, cediendo el puesto á atractivos que, si no son ciertamente los del Tenorio antiguo, realzan de un modo positivo la fisonomía del D. Juan moderno.

El tipo que inspiró á Mesonero Romanos su cuadro titulado *El amante corto de vista*, ha desaparecido merced á los adelantos de la óptica y del alumbrado nocturno.

Coged al hombre de faz más inteligente y más nobles rasgos fisonómicos; quitadle los lentes, si es miope, y vereis convertirse en el acto aquella faz en una cara alelada y estúpida, por culpa de la indecisión y torpeza de las miradas.

Poned lentes, en cambio, á un queso de bola, y aquella superficie adquirirá verdadera expresión, hasta espiritual á veces, y maliciosa, y significativa.

¡Qué! ¡Si hasta las chulas, nietas de las majas, aceptan ya al hombre con lentes!

Encontré yo una de estas, hosca y zahareña, á la entrada de la calle de los Estudios, y hube de dirigirle leve insinuación.

Me contestó con un bufido de los más característicos; insistí, y replicó:

—¡Ande usté de ahí, *cuatro ojos!*

—Joven,—respondí—me quitaré los cristales, si usted quiere; pero á usted hay que mirarla así, con lentes.

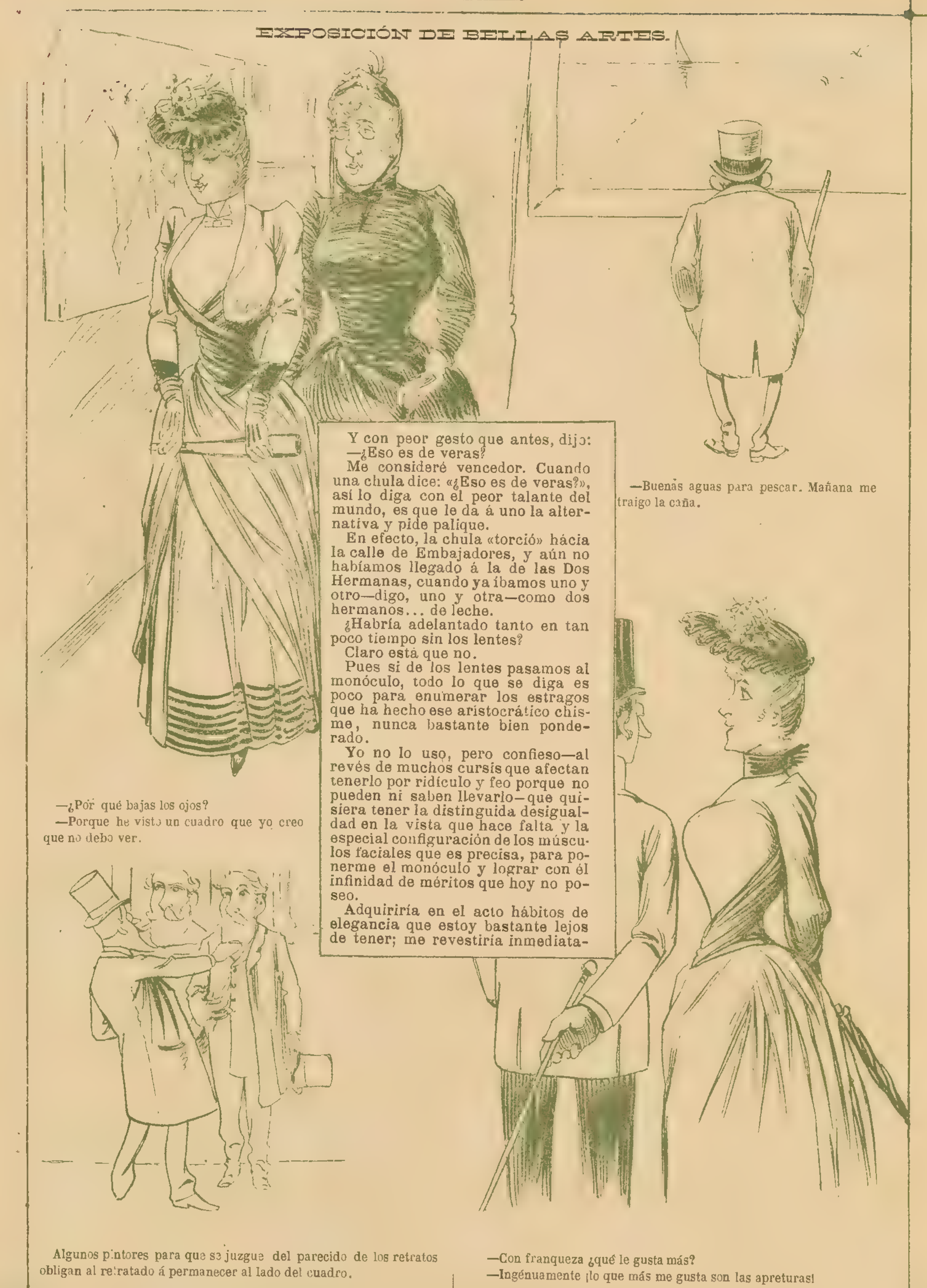
DIA DE LUTO.

—Y ¿usted cree que efectivamente se la corta?

—Dios mío ¡que se la corta, que se la corta!

—¡Se la cortó!

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.



Y con peor gesto que antes, dijo:

—¿Eso es de veras?

Me consideré vencedor. Cuando una chula dice: «¿Eso es de veras?», así lo diga con el peor talante del mundo, es que le da á uno la alternativa y pide palique.

En efecto, la chula «torció» hácia la calle de Embajadores, y aún no habíamos llegado á la de las Dos Hermanas, cuando ya íbamos uno y otro—digo, uno y otra—como dos hermanos... de leche.

¿Habría adelantado tanto en tan poco tiempo sin los lentes?

Claro está que no.

Pues si de los lentes pasamos al monóculo, todo lo que se diga es poco para enumerar los estragos que ha hecho ese aristocrático chisme, nunca bastante bien ponderado.

Yo no lo uso, pero confieso—al revés de muchos cursis que afectan tenerlo por ridículo y feo porque no pueden ni saben llevarlo—que quisiera tener la distinguida desigualdad en la vista que hace falta y la especial configuración de los músculos faciales que es precisa, para ponerme el monóculo y lograr con él infinidad de méritos que hoy no poseo.

Adquiriría en el acto hábitos de elegancia que estoy bastante lejos de tener; me revestiría inmediata-

—Buenas aguas para pescar. Mañana me traigo la caña.

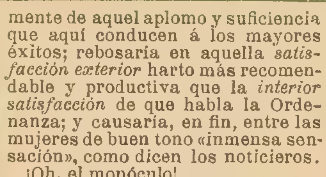
—¿Por qué bajas los ojos?
—Porque he visto un cuadro que yo creo que no debo ver.

Algunos pintores para que se juzgue del parecido de los retratos obligan al retratado á permanecer al lado del cuadro.

—Con franqueza ¿qué le gusta más?
—Ingénuamente ¡lo que más me gusta son las apreturas!

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

—¡Guardia, guardia, que matan á ese hombre!



mente de aquel aplomo y suficiencia que aquí conducen á los mayores éxitos; rebosaría en aquella *satisfacción exterior* harto más recomendable y productiva que la *interior satisfacción* de que habla la Ordenanza; y causaría, en fin, entre las mujeres de buen tono «inmensa sensación», como dicen los noticieros.

¡Oh, el monóculo!

El emperador de Alemania, que en todo se mete, acaba de prohibir su uso á los jefes y oficiales de aquel ejército, y por algo habrá sido.

Se conoce que Marte (y perdone el lector lo cursi de la metáfora) estaba demasiado entregado á Vénus, y que á Vénus la tenían sobradamente hechizada los encantos del *monocle*.

Se ignora si Tannhauser lo usaba; pero si lo usaba, seguramente se lo quitó para ir á Roma.

A la Fé la pintan ciega, bastante más ciega que pintaban antaño al Amor. ¿Progresará como éste, y abrirá los ojos? En tal caso, creed que no se pondrá lentes ni monóculo, sino unas gafas verdes con guardapolvo de alambre.

Así, al menos, los usa todo devoto verdaderamente incendiado en el amor de Dios.

MARIANO DE CÁVIA.

—Es tal el abuso que se hace del desnudo de la mujer que salgo totalmente ruborizado.

—Cuando pase álguien por delante del cuadro en que estoy de Vénus dí que estoy muy parecida. Es una manera de hacer propaganda.

Cantares amorosos.

Soñé una vez, niña,
que espiraba de amor en tus brazos...
Yo quisiera soñar así siempre...
¡morirme soñando!

—

Voy á describirte, niña,
los ojos que tienes tú:
Bajo dos conchas de nacar
dos gusanillos de luz.

—

Una perla en la campiña
me he encontrado casualmente.
Mírate al espejo, niña
¡te debe faltar un diente

—

En mi ser, niña adorada,
existe un altar oculto
y en él tu imagen guardada...
Mírame, que es tu mirada
la limosna para el culto.

—

A LA ORDEN.

—No hay novedad, mi coronel.

—¿No hay novedad y tu coronel está con un dolor de muelas que rabia?

—

Me ha contado una gitana
que cuando tú estás durmiendo
se acerca á tu cama un ángel
y te dá en la frente un beso.

—

Los amores y las penas
á un tiempo el alma desgarran,
por eso siempre he tenido
hecha girones el alma.

—

Exclamé al verla en el templo:
¡La primera vez que he visto
un ángel con pelo negro!

FRANCISCO LÓPEZ VAN-BAUMBERGHEM.

VAMOS PINTANDO

Ya se vió en la Exposición de París: la pintura española está al par del arte dramático, en lamentable decadencia; los maestros no concurren á los certámenes de bellas artes, como si lo tuvieran ya hecho todo; y entre los discípulos hay como falta de fé, indecisión, carencia de rumbo determinado. La actual Exposición es, en general, mala. Ya sé yo que lo primero que dicen los pintores cuando uno que no lo es *se mete* á crítico es esto: ¿Pinta fulano para juzgarnos á nosotros? No, no pintamos, pero el arte, en todas sus manifestaciones, es, ante todo, *impresión* y *sentimiento*, y para sentir ó impresionarse no hace falta saber mezclar colores, ni medir versos, ni saber gramática.

Y por esto yo pienso decir lo que me parezca del certámen de este año, é iremos poco á poco, sala por sala, porque hay sus 1051 cuadros que no se ven en un día, ni de los que puede hablarse en un artículo.

Sala A.—De Alvarez Armesto (55) —Una *Calma y tempestad*.

De esta última hay pruebas en el lienzo, pero de la calma no he podido averiguar nada.

Alvarez Dumont (56).—*El gran dia de Gerona.*

Está pintado el cuadro con relativa valentía y seguridad, pero no impresiona como debiera el horror trágico del momento. Si hubiera menos figuras, el drama no estaría tan esparcido é impresionaría más. El cuadro hace detenerse al visitante, pero no creo que signifique gran desarrollo en las facultades de Alvarez Dumont.

Andrade (Angel)—72.—*El aniversario.*

Dos mujeres, una niña y un pequeño que una de aquellas lleva en brazos. Toda esta pobre familia está pasando la ictericia, á juzgar por el color de las carnes. El fondo mejor pintado que las figuras.

Baquero (D.ª Isabel)—119.—*El miserere* de la montaña.

Inspirado en la leyenda de Bécquer. Todos los niños que vean este cuadrito, no muy mal pintado en ciertos detalles, se acordarán de aquellos esqueletos de penitentes que trepan por la aspereza. A las personas mayores ya no se nos asusta con estas cosas, afortunadamente.

Bilbao (Gonzalo)—139.—*La vuelta al hato.*

Pero ¿es de V. esto, señor de Bilbao? ¿de veras? Prefiero dudarlo á tener la horrible certeza de convencerme de que es suyo.

Casanova y Estorach (A)—191.—*Entrada de Carlos V en Yuste.*

Dicho sea con franqueza, Sr. Casanova y Estorach, lo cierto es que no recuerdo cuántos Carlos quintos he visto entrar en Yuste. El de usted, es uno más y podríamos pasar por él si estuviera mejor hecho; pero ¡ay! aquel voluntario desterrado de Yuste parece, no el grande hombre desengañado de las deleznables glorias, si no un señor de buen aspecto que va á Yuste á pasar agradablemente el día, bonachón regocijo que se comunica á los frailes que le reciben. No veo en la composición la seriedad de aquel acto, que fué un acto muy serio, Sr. Casanova. Y aquel caballo de la derecha no pertenece á ninguna de las castas conocidas.

El cuadro, todo él, parece abocetado.

Herreros de Tejada.—427.—*Alfonso XI instituye el Ayuntamiento de Madrid.*

Asunto ingrato, incapaz de inspirar á nadie. Así, pues, no tener una gran caida en semejante cuadro, es haber hecho mucho. Hay algunas figuras muy bien pintadas, pero era de temer que un lienzo representando el origen de nuestro Municipio debía resentirse de la mala sombra que acompaña á todo lo que se roza, de cerca ó de lejos, con la casa de la Villa.

Hidalgo de Caniedes.—431.—*Rea Silvia.*

Muy bien sentido y ejecutado, con fortuna rara en esta exposición. La figura de Silvia expresa muy bien el terrible momento porque pasa la pecadora, y la luz del paisaje es triste y apropiada. El anochecer, en el fondo, melancólico y dramático. En el grupo de la derecha hay figuras fuera de situación, y alguna, como la del viejo, falsa de color.

Pero crea V., Sr. Hidalgo de Caniedes, que prefiero Rea Silvia al Carlos V, aun en sus días de mayor prosperidad.

Muñoz Lucena.—666.—*Las lavanderas.*

Si yo fuera jurado y tuviera que premiar el cuadro de Muñoz Lucena, le daría otra segunda medalla, como la que recibió por su *Alvarez de Castro*, en 1887. Porque creo sinceramente que Muñoz Lucena, que tiene innegable talento, venía obligado á hacer más de lo hecho ahora, y como no lo ha hecho no hay lugar á una primera medalla. El cuadro está bien pintado, tiene mucha luz, mucho ambiente y precioso fondo. Pero creo que á Muñoz Lucena se le puede exigir más. Otra vez será.

Oliver Aznar—694.—*Visión de San Francisco de Asís.*

Expone por primera vez, y para ser el primero puede estar satisfecho el autor. No encuentro en el rostro de San Francisco el transporte seráfico y la plácida alegría que debe producirle la visión: es un hombre, no un santo. El grupo de ángeles era una dificultad grande vencida con destreza, pero flaqueando en algunos detalles, los instrumentos que los celestes mensajeros llevan, por ejemplo. El Sr. Oliver Aznar es de los que llegan. Y sino, al tiempo.

Ossorio de Moscoso y Borbón, conde de Cabra.—704.—Fray Atanasio antes del sermón.

Está fray Atanasio leyendo antes de dirigir la palabra á los fieles y sería imperdonable distraerle para hablarle del cuadro, objeto puramente humano y deleznable.

DE VISITA.

—Para estas cosas se pinta usted solo, maestro.

—Sí, señor: me pinto solo, como usted.

INSTRUCCIÓN DEL RECLUTA

—No se permite levantar los dos pies ni poner los cuatro á un tiempo en el suelo.

Abril (Salvador).—4.—*¡¡¡Todo á babor!!!* (con tres admiraciones).

Abril es uno de nuestros mejores marinistas: indudable. Abril obtuvo medalla de tercera en 1887, debiendo haber obtenido una más alta: indudable. Abril ha enviado una marina en que las aguas están excelentemente pintadas y el vapor remolcado también, pero no así lo que se ve de la popa del remolcador, que es de inferior calidad. Con lo que me parece decir que Abril ha desmerecido.

Ocón (Emilio).—685.—*¡Orza á babor!*

En este cuadro se ve con terrible claridad el triste estado de nuestra marina, del cual estado no la sacarán los esfuerzos del Sr. Ocón.

Aún queda algo en esta sala, pero el espacio falta y hay que dejarlo para otro día.

FEDERICO URRECHA.

PACOTILLA.

¡No lo entiendo!

Las señoras de Madrid,
señoras cuyos piés beso,
y por las cuales en lid
lucharía con el Cid
aunque me rompiera un hueso,
han pedido á Michelena,
muy atentas y muy finas,
en una epístola amena,
elimine de la escena
al cuerpo de bailarinas.
No les gusta á las señoras,
que son de corazón tiernas,
que enseñen las bailadoras
las curvas encantadoras
de las *barrigas d' as pernas;*
y no comprendo, en verdad,
por más que en ello me abismo
con mucha tenacidad,
esa escrupulosidad
siendo de su sexo mismo.
O mi mente desvaría,
aunque sé que mi cabeza
está fuerte todavía,
ó hay aquí una anomalía
de grave naturaleza.
Y si nó, vamos á ver:
¿No es de natural razón
rubor ninguno tener

SOPLEMOS

Así está su corazón: á merced de todos los vientos. El que más fuerte sopla aquel se lo lleva.

—

la mujer por la mujer
y el varón por el varón?
Yo de mi puedo decir
que cuando veo el hechizo
de una hembra á medio vestir
siento á la cara subir...
vamos, que me ruborizo;
y en cambio de lo que sudo
mirando así á una beldad
de profunda emoción mudo,
comtemplo á un hombre desnudo
con impasibilidad.
Y yo digo: Pues señor,
de igual modo la mujer,
sin mengua de su pudor
puede á otra señora ver
desnuda en su tocador;
y solo el rubor me esplico,
como se lo explicarán
ustedes, por lo que indico,
en la presencia de un chico
vestido en traje de Adán.
Pues sucede lo contrario;
esas señoras tan finas
le piden al empresario
que arroje del escenario
del Real á las bailarinas.
porque se sonrojan ellas,
—las que hacen la petición—
al mirar las formas bellas
de la muchachas aquellas
con sus piernas... de algodón;
y el rubor no las apura,
mayormente ante la vista,
de la gran musculatura
fuerte, palpitante y dura
de un acrobático artista;
ni piden, armando ruidos,
cuando hay taurina función,
que no toreen vestidos
con calzones tan ceñidos
el Guerrita y el Ostión;
ni cuando están en las playas
piden que los mozos bravos,
que hacen en la arena rayas,
usen en el baño sayas
en lugar de taparrabos;
pues tampoco eso se ajusta
á las prácticas sencillas
de una moral sana y justa,
¡y hasta á ellas mismas las gusta
enseñar las pantorrillas!
Lo que quiero decir es,
salvo agenos pareceres,
en la forma más cortés,
que marchamos al reves
los hombres y las mujeres.
Nosotros nos alarmamos
viendo formas femeninas
cuando la ocasión pescamos
y, nada, no protestamos
contra nuestras bailarinas.
Ellas; los ígneos destellos
del rubor, porque son castas,
sentirán ante los bellos
contornos de los gimnastas
y no protestan contra ellos.
Pero nosotros, con tretas
no publicamos opúsculos
combatiendo á esos atletas
que hacen, dando volteretas,
ostentación de sus músculos;
y en cambio esos bellos soles
conspiran por dar al traste
con las que arrancan los óles...
¡Mire uste que es un contraste
que tiene muchos bemoles!

JOSÉ ESTRAÑI.

PROPIO Y AGENO

ADVERTENCIA

En contestación á los muchos pedidos que del número primero de LOS MADRILES recibimos, debemos hacer presente que está agotado y que se ha empezado una nueva edición.

OTRA

Repetimos una vez más, y van ciento, que este periódico no quiere, entiéndase bien, no quiere sostener «Correspondencia», «Correo», ó cosa parecida, pero no por eso menos inocente, con los que mandan composiciones más ó menos publicables.

Lo que sirve se publica y lo que no se publica es porque no sirve. ¿Qué mejor contestación?

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTICULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID.

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ.

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro y Diplomas de honor.**

VENTA DIARIA: 7.000 KILOS.

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exíjase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SELLOS DE CAUTCHUC

Todo lo más perfecto, nuevo y económico.

Se sirven las órdenes de provincias.

Agencia de publicidad

51, MONTERA, 51.

LA ESPAÑOLA.

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid siempre esta marca, **la más acreditada de España,** por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS 38.

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

RELOGERIA.

MONTERA 11.

Remontoirs níquel, desde........... 11 ptas.
Remontoirs acero, desde........... 14 ptas.
Roskoff níquel, desde............. 30 ptas.
Remontoirs plata, áncora, desde.... 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde.... 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde... 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

MAQUINAS AUTOMÁTICAS

FABRICADAS POR EL REPUTADO CONSTRUCTOR

DON SABAS RAMIREZ

para la venta automática de objetos varios, mediante una moneda de

DIEZ CÉNTIMOS

para teatros, paseos y sitios públicos.

Representación exclusiva para España:

Agencia de publicidad: MONTERA, 51.

COMPAÑÍA COLONIAL

Chocolates y cafés.

La casa que paga mayor contribucion industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS DE CHOCOLATE AL DIA.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20—MADRID.

Anuncios para esta plana y para los telones, vestíbulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martin, Infantil, Eslava y Felipe,

AGENCIA DE PUBLICIDAD

MONTERA 51.

Año III.—Tomo II.—Núm. 85. 15 CÉNTIMOS. 17 de Mayo de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.

LA FIESTA DE «LA FLORIDA».

—No dejaría de causar sensación si me presentara vestida de Eva.
—Entónces me permitiría usted, en obsequio á la moral, que yo hiciera de hoja de parra.

PLÁTICAS

¡Por fin! Acaba de llegar la Primavera, y como diría uno de esos que redactan prospectos comerciales, trae abundantes géneros de novedad. En brisas suaves y perfumadas un derroche; en flores de pétalos vistosos la variedad más asombrosa de que nunca se gozó; en rayos de sol un inacabable surtido. ¡Madrileños y madrileñas, animarse! El paraíso inaugura su anual liquidación y echa á la tierra galas, encantos y deleites, para rematarlos pronto; tiene que hacer reforma de estación y necesita consumir enseguida los géneros primaverales.

Buena coyuntura para escribir en verso, largo y tendido, pero ¡liras quedas! No conviene echarlo todo á consonantes.

Cantemos sí esta Naturaleza hermosa que al desceñirse el traje pesado y oscuro del invierno deja ver formas ideales, maravillas encantadoras, pero nada de rimas, nada de odas ni de quintillas á la Primavera. Los versos en esta ocasión estorban tanto como los brindis al final de los banquetes. ¡Qué á gusto se come pensando en que despues de los postres no hay precisión de *saborear* párrafos rotundos, y con que holgura se contempla estos dias la tierra vestida de fiesta, sin temor de que ningún vate le dispare sus elucubraciones!

* * *

Y detrás de los días hermosos, San Isidro: un santo que deberían prohibir los conservadores, ya que tienen influencia en las regiones celestiales; porque San Isidro es el santo de los silbatos.

Por este año el labrador canonizado se ha venido del brazo de la Ascensión; lo cual que quizá no le agrade á santa María de la Cabeza. Agrádele ó nó ello es que en la misma tarde se han celebrado ambas glorías y la pradera de San Isidro, que sin duda por ser tradicional y vieja se encuentra calva, ha servido de campo á la fiesta más popular entre todas las de la Corte.

Con cuanto afan espera la gente joven el dia 15. Merienda íntima al aire libre, con las viandas puestas sobre el campo polvoroso; mucha animación, mucha broma y mucho vino; despues su poquito de baile al son de las guitarras y bandurrias; más tarde carreras á duo, escondites... robos de besos. Todo hombre es un ladrón de besos mientras no consiga demostrar lo contrario.

Algunos no lo serán. Lo que quiere decir que hallaron siempre contrariedades menos firmes que sus deseos...

* * *

La verdad es que digan lo que quieran esas personas serías que tienen á su cargo el negociado de lo solemne, las fiestas populares hacen estremecer de gusto al más sosegado de suyo.

Una noche pasada en la fería de Sevilla habla de zambras morunas,

—

VILLAZOPEQUE EN MADRID

—Diga usted, guardia: ¿dónde están esas marquesas que esperan á los jóvenes de provincias para enamorarse de ellos?

—

de deleites árabes en los cuales se mezclan el cantar quejumbroso y el abrazo lánguido de la andaluza. Una tarde de San Isidro pasada en la pradera, nos recuerda á las manolas y á los chisperos; á los chisperos, sobre todo, los recuerdan algunos que se emborrachan; *concurdáneos* de los de otros tiempos.

Y cuando de regreso del jolgorio se encamina uno á Madrid y se acuerda que al día siguiente habrá de enterarse de lo que dijeron en el Senado, ó en la Academia de Ciencias morales ó en cualquiera otra de las reales y no efectivas, la tristeza invade el espíritu y se exclama: *Sic transit gloria mundi*, que según la traducción libre de un autor casi célebre, viene a ser: ¡Las glorias del mundo le dejan á uno transido ó descoyuntado!

Pero por sí eran poco los festejos dedicados al Santo, estamos—es decir están, por que yo no soy de la comisión—preparando una de divertimientos públicos que va á asombrar. Con todo lo cual el número de forasteros aumenta y andan por esas calles mirando las cosas nuevas de los madriles (con m minúscula.)

Conozco á uno de esos forasteros que se reía mucho de un cortesano; (cortesano en la buena excepción de la palabra), porque el tal, creyéndole paleto en absoluto, se había propuesto asombrarle hasta la estupefacción.

Figúrese usted, me contaba, que trató primero de conducirme á la historia natural. Nó, le dije, no quiero ir; para ver animales no necesito entrar en el Gabinete de Ciencias. Después quiso que fuéramos al Museo de pinturas. ¿De Pinturas? pensé. Pues al paseo; allí van muchas que se pintan admirablemente. Pinturas de sala, méjores que las del propio Sala, si cabe. Por último, el hombre se empeñó en llevarme al Retiro. ¡A mí! Llevarme al Retiro á mí, que soy capitán y tengo aspiraciones de llegar á coronel...

* * *

Quedamos, pues, en que habrá festejos y quién sabe sí habrá las tan acreditadas puñaladitas; por que las cosas deben tener carácter.

A mal dar tomar festejos. Que desempolven esas farolas arrinconadas, esos estandartes descoloridos por la humedad; que hagan carrozas más ó menos alegóricas y vengan de ahí procesiones simbólicas, como las revistas con letra y música de diez autores y pantorrillas dé veinte muy reputadas jóvenes del coro.

Ademas de procesiones tendremos merienda. Menos mal, la merienda parece cosa segura en lo porvenir. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo de la comida y del almuerzo!

Por último propongo un festejo nuevo. Una retreta con acompañamiento de hombres faroles de colores distintos. ¿Qué hay inconvenientes? ¡Ya lo creo! Pero qué diablo, un dia es un día. Que salgan por esas calles una porción de personajes para iluminarnos.

J. Francos Rodriguez.

ISIDROS

—La verdad es que Madriz es muy grande, pero toos deben de ser forasteros porque yo no conozco á nadie.

¡BUENA SALIDA!

—¿Con que la quieres tanto?
—Mucho, padre Darío.
¡Cuántas veces por ella vierto llanto
si noto que un amor que no es el mío,
hace latir su corazón hermoso!...
¡Si tuviera otro amante!...
—Noto que eres celoso
Y no va á haber ninguna que te aguante.
—¡Ay, padre, escúcheme!
—¡Sí ya te escucho!
—¡El que no tiene celos no ama mucho!
Solamente deseo
que esa mujer, que causa mi locura,
ante el altar glorioso de Himeneo
se una conmigo y labre mi ventura.
¿Qué quiere que le diga?
¡Seré yo el más feliz de los nacidos,
el día en que ella y yo estemos unidos
y usted, padre Darío, nos bendiga!
—Pero noto una cosa;
noto que á esa muchacha tan hermosa
no la has hablado nunca...
—¡Sí!...
—¡Por Cristo,
pues si es que la has hablado no lo he visto!
—Jamás veo mover sus labios rojos
cuando estoy de ella enfrente,
pero sé lo que quiere y lo que siente,
pues todo me lo dice con los ojos.
Cuando me mira siento un calorcillo
que me deja abrasado...
¡El hablar de los ojos, lo he notado,
es bastante más dulce y más sencillo!
Con los ojos la digo que la quiero,
y ella á mí me contesta de igual modo;
con los ojos la digo que me muero
como rechace mi pasión ardiente,
y con los ojos se lo digo todo,
todo absolutamente.
Y... cambiando de asunto.
Tengo una duda sobre cierto punto.
—Explícate.
—Jacinta, la portera,
le pagó ayer tres misas, según creo,
para que hoy las dijera,
pero hoy, por lo que veo,
no ha dicho usted más que una...
—Y he cumplido
todo lo prometido.
(Y continuó enseguida
como queriendo hallar una salida.)
—¿Dijiste, hablando de unos lábios rojos
(y también me lo han dicho muchos sabios)
que más dicen los ojos que los lábios?...
¡Pues... las otras... las dije con los ojos!...

J. Rodao.

DE LA TÍA JAVIERA

—Lo que no ha cambiado son las rosquillas. Hoy he visto una que me parece conocer de cuando el duque estrenó la primera casaca verde.

CELEBRIDADES.

François Coppé.
EMINENTE ESCRITOR FRANCÉS.

CRÍA DE PALOMOS

Es tarea difícil en opinión de los aficionados.

El palomo es tierno, lo mismo «á la diabla,» que asado, que en su vida pública.

La paloma es el símbolo de la pureza.

Un matrimonio de palomos es un idilio arrullado por los cónyuges.

No hay maestro compositor capaz de poner en música una conversación entre dos palomos que se aman, con la vehemencia compatible con su finura y buena educación.

Dos jovenes, ó sea un chico y una chica que se quieran, son dos palomos sin pluma.

Se arrullan lo mismo que los palomos, se «encelan» y aun crian, si pueden.

De algún tiempo á esta parte andan mal los palomos.

Por casualidad llegan á constituir familia.

Unos rompen sus relaciones antes de legalizar la situación de palomos conyugales.

Otros se fugan.

Otros se deshacen de sus palomas y enseguida se *interfectan*, que es como si dijéramos, se suicidan.

Pero en los periódicos se lee alguna estadística de matrimonios y nacimientos, y siempre termina como los datos de ingresos en las Aduanas:

Con una diferencia á favor del último año ó del último ejercicio económico.

Por supuesto que estas noticias halagüeñas aparecen en los periódicos ministeriales.

Los de oposición aseguran lo contrario:

Que disminuyen los ingresos y los matrimonios y los nacimientos;

EN LOS ALTOS DE SAN ISIDRO

—Pues ya si lo quiere usted ver todo, solo le falta dejarse caer por aquí. Es una costumbre del santo. No digan luego en su pueplo que ha hecho el viaje en valde.

AL SANTO

—Mi mujer vendrá luego con el amigo Gonzalez. Yo me he venido delante, porque es lo que ella dice: anda, lleva tú la cesta que luego iremos nosotros.

PAREJAS

A LO QUE VAN AL SANTO

A darse cuatro pataitas con arte, est.lo y muchísima de la vergüenza.

—

que baja la Bolsa y aun la temperatura.

Todo es con arreglo al punto de observación.

La verdad es que el tiempo varía y que las costumbres sufren modificaciones.

Los géneros literarios influyen en la moral de los pueblos.

Cuando estaban en moda los dramas de bien y las comedias de sopa, cocido y postre, las gentes tenían costumbres pacíficas y dulces, y se enamoraban los chicos, sin reservas, y «se morían solos», pero de gusto, no por causas trágicas.

Y aun si se decidían al suicidio, ella y él tomaban un tóxigo y empezaban á morirse, y poco á poco fallecían, diciéndose y repitiéndose:

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—Pues préstame un dedo.

—¿Me amas?

—Te amo.

—Pues pónme aquí la mano. (En el corazón.)

—¿Me adoras?

—Te adoro.

—Tú eres mi acomodo.

Y fallecían lenta pero continuamente.

El primero que concluía, cerraba los ojos de su amante.

¡Qué amor aquel tan puro y tan bueno!

¡Qué inocencia la de aquellos muchachos!

¡Qué candidez la de aquellas costumbres!

Como dice una señora que aún se pinta «como entonces»:

—Para amor aquel período del 20 al 34. ¡Qué catorce años aquellos, hasta la degollación de los frailes!

—¿Usted ha conocido ese periodo histórico?—la pregunté.

Y ella, entendiendo la indirecta, respondió:

—Me lo contaba mi mamá. ¿Cómo quiere usted que yo haya alcanzado los tiempos de la *Fontana* y de *Villahermosa?*

Ahora no hay amantes verdaderos. Ni bailes en *Villahermosa* ni en la *Fontana de oro.*

Ni cantan los chicos enamorados aquellas endechas tan sentidas y aquellas canciones romántico-simbólicas del *Pajarito* y del *Perrito.*

«Pajarito que alegre cantabas
escondido en el bosque de Amor [1],
y subido sobre una ramita
no volabas por el cazador.»

(1) Se supone que estaría ese bosque donde ahora se venera al presidente del Consejo; en la Presidencia.

PAREJAS

A LO QUE VAN AL SANTO

—A verlo y husmearlo tó, pero tó.

Esta es una estrofa de la *Canción del Pajarito*.

La del *Perrito* es más romántica, si cabe, y triste, patética: como que en ella se pinta la muerte de un hombre enamorado y guerrero en compañía de su perro.

Por supuesto, nada tiene que ver con San Roque.

«Tú te quedaste á lamer mis heridas,
pobre perrito, no me dejarás.

Este es el estribillo de la canción del *Perrito*, que canta el amo, ya con la puntilla, ó sea con el «extentóreo», como diría en verso Carulla si le obligara el consonante, por decir extertor.

Todo aquello se ha perdido.

Hoy se crían los palomos solos y en libertad.

Un joven que se siente novio de una muchacha, no la dedica trovas, como no sea en algún lugar de poca monta.

La habla al alma y prescinde de poesía.

Hay excepciones; por que no falta quien se declare en redondillas ó en «cuadradillas», valiéndose de algún semanario de literatura, artes y oficios.

Pero la mayoría no acude á tales demostraciones: al asunto y nada más. Género Zola puro.

PAREJAS

A LO QUE VAN AL SANTO
A estorbar.

PAREJAS

A LO QUE VAN AL SANTO
A darse pisto con los provincianos, pero nada más.

Por otra parte, los novios no encuentran oposición en las familias respectivas.

Ya no hay diferencias de clase, y un chico de bien, aunque sea pobre, puede optar á una chica de familia noble y rica.

Lo que puede suceder es que no se la den.

Pero ahí están los tribunales.

Como dicen las gentes «la saca por justicia» y «se la casa», por fin.

Los pretendientes pueden ver y hablar, á las veces, á sus amadas, en el teatro, en reuniones y aun en la propia casa de la novia, si los padres de la paloma le reciben.

La sociedad es más llana y más franca.

Ya no hay clases.

Estas facilidades habrían de favorecer la cría de palomos.

Por lo menos, así parece.

Pero no: el trato engendra el hastío.

El ídolo deja de serlo, cuando le colocan sus padres al alcance de todas las fortunas.

Como dice la *Adúltera* 1.ª, en un drama moderno, tan moderno que aún no es público, por falta de edad.

En la obra juegan, y algo más, cinco ó seis señoras desleales para sus esposos.

La primera exclama en un arranque de dignidad adúltera:

—No hay un ser tan «repuznante» como «el marido propio».

En prosa, como se escribe ahora, tanto para que llegue á noticias del país.

AL SANTO

De la *frábica* de cigarros.

—

En cuanto la familia de la novia dice al novio:

—Ahí está la niña.

El muchacho pierde el entusiasmo.

A estas y á otras causas á ellas semejantes, atribuyen algunas personas las dificultades para la cría de palomos.

Y sin embargo hay exceso de palomas.

Madrid es un palomar, pero suelto.

EDUARDO DE PALACIO.

CANTARES

Solo una cosa te pido:
que el día que yo me muera
seas fiel á tu marido.

—

¡Mira tú si será buena
que un día la calumniaron...
y no hubo quien lo creyera!

—

Cuantas veces dije:
«Si ella me engañara
mi odio eterno haría imposible
perdonar su falta.»
Hoy lo sé de cierto,
¡de cierto! me engaña...
y aun así la perdono y la quiero
con toda mi alma.

EDUARDO VILLEGAS.

LETRA Y MÚSICA

Te confieso, lector amigo, que no hay nada tan desagradable ni que tantas antipatías conquiste como ocuparse de cosas de teatro, porque no existe en el mundo susceptibilidad tan vidriosa como la de un cómico. Yo me honro con la amistad de muchos de aquellos, pero he de confesar que en muy pocos, tan pocos que no llegan á media docena, he encontrado nunca virtud bastante para sufrir una observación de la crítica.

A un autor dramático (también hay excepciones) se le puede decir lealmente una opinión mortificante para su amor propio: ó no hace caso ó se enmienda, pero no por ello deja de considerar amigo suyo al autor de la observación. Con un actor ó una actriz rara vez sucede esto: ellos solos poseen el secreto de cómo se debe andar y hablar y mover los brazos en las tablas, y de buena fé nos consideran á los demás como unos zoquetes sin autoridad para dar consejos en un oficio que no practicamos.

Calcule, pues, el lector los milagros de equilibrio que hacen falta para decir, por ejemplo, á una tiple *ligera* y por horas lo siguiente, en forma todo lo menos dura posible:

—Señora: usted no canta porque no tiene voz, ni declama porque no sabe castellano, ni hace gracia porque no la tiene, ni debía usted ganar ocho duros porque hay providencia y esas cosas se pagan tarde ó temprano.

O para decir á un galán joven ó á un tenor cómico:

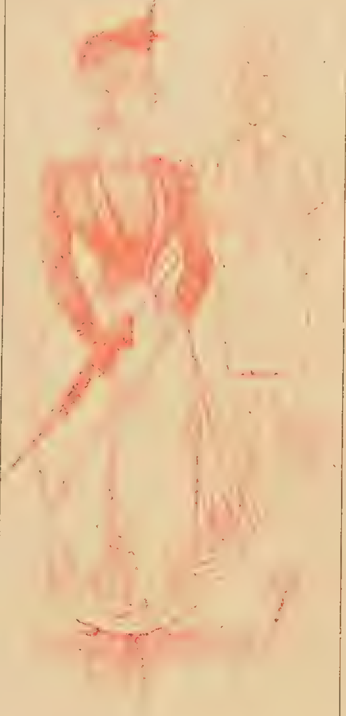
—Señores míos: si yo fuera autor dramático no les entregaba á ustedes una obra, aunque me majaran vivo.

Quiero decir con esto que únicamente cediendo á los ruegos del director de LOS MADRILES me he atrevido á proseguir esta tarea de *impresiones teatrales*, que me proporcionó no pequeñas desazones en la época en que mi modesto nombre figuraba al frente de este semanario. Pero adquirido el compromiso, y con anuencia del lector, creo que en esta sección debe hacerse la siguiente división:

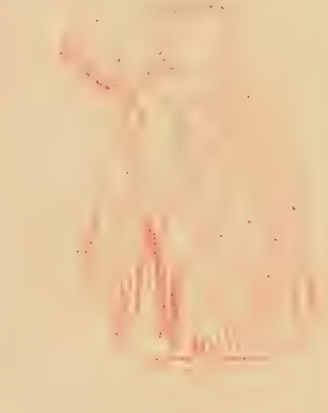
Estrenos con sentido común que interesan al público, y

Estrenos sin sentido alguno que no le interesan á nadie.

Así se facilita la tarea y todos quedamos contentos.



—¿Va usted al Santo?
—No señor; á la limosna



AL SANTO

Del *Mataero*.

—

*
* *

Viene, por ejemplo, Eusebio Sierra con una *Romería de Miera*, y sería imperdonable no decir al público:

—Vete á ver este cuadro de costumbres montañesas, escrito con literatura, sin *cante* ni baile ni ferocidades de las que han privado hasta ahora, y me lo agradecerás y ayudarás á ganar dinero á un escritor modesto y de valía que bien lo merece.

O bien estrena Fernando Manzano *Las doce y media y sereno*, con música de Chapí, y se dice lo mismo, cumpliendo con la justicia y con el arte.

Pero estrenan Perrín y Palacios *Muestras sin valor*, y entonces se vuelve el consejo por pasiva y se dice con claridad:

—No vayas, público, no vayas aunque te prediquen frailes descalzos, y así contribuirás á que vuelvan de su error dos autores que pueden hacer algo meritorio en otro género.

Y sepa el lector, para medir la justicia á que me atengo, que Palacios es amigo á quien estimo mucho.

Conque quedamos en eso.

*
* *

Farbach, el inimitable autor de tanta polka, viene entre nosotros, á dirijir los conciertos de los Jardines del Buen Retiro.

Debemos suponer que *dirijirá* y no hará lo que han hecho otros maestros de renombre, que han llevado la batuta en un par de números y nada más, y luego si te he visto no me acuerdo.

Y apropósito de los Jardines. Díjose que la nueva empresa pensaba hacer grandes reformas en los mismos, instalando kioskos y no sé si algo más.

Si así es, vengan esas reformas cuanto antes, pero tenga presente el Ayuntamiento que aquellos lugares son propiedad de la Villa, y evíte que las reformas perjudiquen al arbolado, por ejemplo, porque en este caso vale más que queden las cosas como están.

Digo yo por la parte de propiedad que me corresponda como vecino de la Villa.

FEDERICO URRECHA.

Cantares amorosos.

Morenita de mi vida
mira si es grande mi amor.
Por un beso de tu boca
diera hasta un beso de Dios.

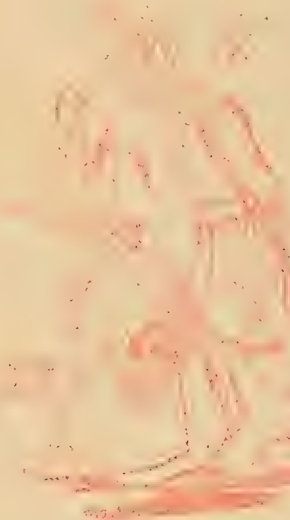
—

Con los goces y las penas
forma un ramo nuestra vida.
Para tí siempre las rosas
y para mí las espinas.

—

Si no logra el amor sus caprichos
entorna los ojos
bañados en llanto.
Por eso te digo
que el amor es un niño mimado.

—



COMO SE EMPIEZA

—Adios, paisana.
—¿Paisana?
—Digo, á no sed que fuera ustez melitar.

Cuando el mundo se desquicie
y entre en el cielo Luzbel.
Cuando Dios pierda su trono
entonces te olvidaré.

—

Su amor infinito
mi pecho te muestra.
No me claves en él tus puñales
¡que estoy sin defensa!

FRANCISCO LÓPEZ VAN-BAUMBERGHEN.

PROPIO Y AGENO

Enriqueta, por François Coppée, de la Academia francesa, versión castellana de Carlos Frontaura. Un elegante volumen de 165 páginas, precedido de una semblanza que del autor hace el traductor. Buen papel, buena impresión y bonita cubierta en fotograbado y á tres tintas. Librería de Fernando Fe.—Tres pesetas.

—

UNA VÍCTIMA

—Mire ustez que es desgracia. ¡En cuanto le eche mano al reló, zás, me echarán mano! ¡Si tengo yo una sombra!

—

La Negra. —Novela contemporánea de Francisco Tusquets. Esmeradamente impreso por la casa Sucesores de Rivadeneyra, forma un volumen de 481 páginas en buen papel. Se vende al precio de tres pesetas en la librería de Fe.

—

La activa y acreditada casa «El Cosmos Editorial» ha puesto á la venta un nuevo libro. Titúlase este *Como en la vida*, y es original de Albert Delpit.

Dado el nombre del autor y el de la casa que lo edita, no necesitamos hacer el elogio de la obra.

Forma el volumen 147 de tan selecta biblioteca y se vende al precio de tres pesetas en todas las librerias.

—

HOY POR TÍ...

—Una limosna, hermanitos, y quiera Dios que el dia que se vean ciegos encuentren almas caritativas que los socorran.

—

El miércoles se celebró en los Jardines del Buen Retiro una reunión de la prensa madrileña. ¿Objeto? Saludar al famoso maestro Farvach, encargado de dirigir los conciertos que han de oirse en dicho sitio. Hubo *lunch* y se pronunciaron brindis. Lo mejor no fué esto. Lo mejor lo reserva la empresa de los Jardines para que lo disfrute Madrid entero. Porque todo Madrid irá, de seguro, á los conciertos que ahora principian.

De esos conciertos hablaremos más despacio ilustrando el texto con los *monos* correspondientes.

—

Angel Muro ha puesto á la venta el segundo folleto de sus *Conferencias Culinarias* publicadas en *La Monarquía*. Se vende, como el anterior, al precio de una peseta.

—

Otro librito más.

Se ha hecho una nueva tirada del famoso folleto de Luis Bonafoux *Yo y el plagiario Clarín*.

Como anteriormente vale una peseta.

Es decir, como valer vale más, pero se dá por una peseta.

Cada ejemplar, se entiende.

Apresúrense ustedes á comprarlo porque en cuanto se acaben ya no se hacen más.

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Año III.—Tomo II.—Núm. 86. **15 CÉNTIMOS.** 24 de Mayo de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.**

LA FLORIDA

El objeto es ir disfrazado con un traje cualquiera y cabalgando en caballo, mula ó burro.
Se cree que abundarán principalmente estos últimos.

PLÁTICAS

Si respondieran á mis impresiones tendrían que ser tristes. Cada paso es una desgracia, cada noticia una mala nueva; el ánimo más alborozado y propenso al regocijo en estas circunstancias se entristece, y la risa más expontánea y fuerte se trueca en lamentación. Los artistas van desfilando antes de tiempo; los amigos nos abandonan demasiado pronto. Las crónicas de los periódicos parecen partes de batallas; todo se vuelve en ellas hablar de muertos y de heridos por la desgracia...

Pero en fin, no es cosa de seguir con la cara seria y usando tonos jeremiacos. Cada hombre que aguante sus disgustos: *Coram populo* no se debe llorar. Hablemos de Madrid y de sus fiestas. Unas fiestas que parecen las de Polvoranca, dicho sea con el debido respeto á sus organizadores, á los de las fiestas baratas, pero poco entretenidas. Más les sorprende á los forasteros que algunos de los festejos *urdidos* por las respectivas comisiones, el surtidor de la Puerta del Sol alzándose altivo sobre el *mar de cabezas humanas* que se agita alrededor del pilón.

¡El pilón, ese vaso donde debieran beber muchos! como diría algún aficionado á las frases.

*
* *

¡Y á todo esto la carne por las nubes! Tenemos, los madrileños, un enemigo del alma menos: la carne. Las lamentables escaseces de las señoritas cursis que van por esos Recoletos de Dios, enfundadas en sus corsés, se aumentan con la penuria carnal que aflige á los estómagos cortesanos. Subir la carne de precio es como detentar la soberanía nutritiva del estómago. Alimento restringido, como el sufragio que conceden los liberales vergonzantes ó los reaccionarios pudibundos.

Y eso que si bien se miran las cosas, el aumentar de precio las carnes (muertas y de vaca, carnero, etcétera) no tiene para muchas personas gran importancia. Conozco á una muchacha que daría todos los *rosbeafts* del mundo por una gorra de última moda ó un abanico vistoso. ¡Angel de Dios! Cuando la veo cruzar la calle (conste que hablo en verso sin premeditación) con su cintura finísima, su cara chupada, su cuerpo enjuto, cubierto de arrumacos y pienso en las ensaladas crueles que mantienen firme á tan peregrina belleza, afirmo sin hipérbole que la Moda es una sublime diosa, ante la cual infinitas muchachas rinden las chuletas que debieran comerse, convertidas en ofrendas de cintajos. Y no es que las tales muchachas sean paganas, nó. Católicas y muy católicas parecen por lo general. Los paganos son los pretendientes y los novios. Es que esas infelices tienen la vanidad como alimento; alimentación que suele producir grandes indigestiones. Pollita hay, que por fuerza de tales empachos, no puede á estas horas abandonar ni un solo momento la posición horizontal.

FRASES HECHAS.

Y aun hay quien dice que las damas no tienen espalda.

*
* *

Hubo fuegos artificiales, de noche (claro está) y con mucha lluvia (estaba escuro). Las multitudes que se agitan entre sombras proporcionan goces inusitados. Por eso entre el elemento joven hay tantos partidarios de los festejos nocturnos. ¡Poder requebrar á la que se ama, á la novia á prima fija, sin temor de que la mamá escuche los arrebatos de lenguaje, ni vea tampoco los arrebatos mímicos más ó menos inconscientes que el galanteador se permite! ¡Es un placer imposible de describir! Así se explica la escama de Benito, uno que tiene varios amigos y una mujer muy guapa. El cual Benito dejó el otro día que su mujer acudiese á la función de pólvora; por cierto que la esposa se encontró en lo mejor de la función con uno de los íntimos del marido y con él pasó la agradable velada. Mire usted—me decía Benito después de saberlo. —Me tienen muy quemado esos fuegos artificiales. Tenía mucha razón Benito para hablar acaloradamente. Su fuego era natural.

*
* *

El batallón escolar ha tenido un éxito extraordinario. Por que aquí todos hablan mal del militarismo, pero la boca se le hace agua á el mundo entero pensando en la vida militar. Las chicas casaderas se despepitan por los tenientes; se debe hacer constar que á veces las mamás de esas chicas hablan de un modo tal que más vale no oirlas. Los hombres sesudos sienten latidos apresurados del corazón cuando contemplan un desfile de tropas. Los niños se pavonean gallardos, orgullosos, cuando los visten un uniforme, les entregan un arma y en correcta formación los hacen pasear por las calles.

La ambición más grande de un muchacho es llegar á capitán general... ó á ser Lagartijo.

Así se explica la corrección con que juegan á los soldados y la seriedad con que lidian á sus compañeros en las plazas de la villa.

Conste que eso del batallón escolar es cosa que todos aplaudimos. Por supuesto que nuestro entusiasmo no llega hasta el punto extraordinario de que hacía gala una señorita, la otra noche, en la calle de Alcalá. La tal señorita, acompañada de su papá, presenciaba el desfile del batallón escolar; su regocijo era grandísimo, tanto que en un arranque de complacencia volvióse hácia el autor de sus días y con acento inocente, le dijo:

—¡Ay papá, cuanto me alegraría yo de tener todos estos niños!

J. Francos Rodriguez.

TODOS DICEN LA VERDAD

(LETRILLA EPIGRAMÁTICA.)

Asegura un diputado
muy conocido en la Villa
que tiene apellido honrado:
le llaman Ladrón y Hurtado.
Nadie lo duda en Castilla.

—

Va diciendo Santarén,
médico del hospital,
que su sala está muy bien
y sus enfermos muy mal.
Es esto verdad también.

—

Le dice una viuda á cierto
amigo muy consecuente:
—Tengo á mi esposo presente
aunque el infeliz ha muerto.—
Y esta señora no miente.

—

Hoy hay ciertos amadores
que haciendo conquistas van
echando á las damas flores;
y es verdad, que estos señores,
las *echan* y no las *dan*.

—

La que no es rica ni es bella,
cuando un novio ha conseguido,
dice:—Ya pesqué un marido.—
Verdad, que aunque es trucha ella
un buen atún ha cogido.

—

Un boticario declara
que nadie llegó á morir
por drogas que él despachara.
(Esta es verdad de agua clara
y se le puede admitir.)

—

El prestamista Marqués
comulga con gran frecuencia.
Cierto, que comulgar es
rezar, hacer penitencia
y tragarse á Dios después.

—

Asegura doña Irene
que es mujer tan dadivosa
que al que le pide una cosa
ella le dá lo que tiene.
Cierto, que no es engañosa.

—

Conozco un vate que jura
que su vena es más que un río;
y es verdad lo que asegura,
pues yo le trato y os fío
que hace cantos y murmura.

—

Dice un crítico pigmeo
que muy bien pagado está.
¡Bien pagado! ¡Ya lo creo!
por cinco céntimos leo
cada rebuzno que dá.

—

Un gobernador ladino.
que se comió una ciudad,
á Madrid cesante vino
y dijo:—perdí el destino.—
Quedó perdido, es verdad.

—

Cuando diga un delincuente:
—Señores, soy inocente.—
Bien se le puede creer.
Su inocencia está patente
en que se dejó prender.

RAFAEL TORROMÉ.

¡¡LOS TIOS SE VAN!!

(PÁGINAS DE MAYO.)

A las ocho de la mañana ya han llegado á Madrid todos los trenes que tienen que llegar—á una hora *u* á otra.

Esta observación desconsoladora la he hecho yo solo hace unos días.

FIESTAS DE MAYO.

Iluminaciones,

carreras

y corridas.

¿Por qué?

Verán ustedes.

Apenas había cogido yo el sueño la otra mañana, cuando me despertó á grandes voces mi tío.

Todo el mundo tiene, por lo menos, un tío —mientras no se demuestre lo contrario.

Este tío es como las enfermedades erúptivas; me sale todos los años por primavera.

—Arriba, gandul,—me dijo, tirando de la almohada.

—Pero ¡usted aquí ya!

—Acabo de llegar en el expres.

Entonces medité.

¡En un país civilizado llega el expres antes de que haya echado uno el primer sueño!

¿Qué tren—ni qué persona regular llega á esas horas á ninguna parte?

No hubo remedio.

Tuvé que vestirme y convenir con mi tío en que era preciso disfrutar de los encantos de una mañana hermosa de Mayo y con fiestas.

Fuimos al Retiro ¡estaba delicioso!

Nos embarcamos ¡estaba escrito!

Tomamos chocolate ¡estaba claro!

Ponderamos las galas con que se viste la naturaleza, por cuenta del Ayuntamiento; alabamos el esmero, y la economía y el idioma del *Lactante Club*, que es como se llama el establecimiento donde nos colocaron el chocolate; respiramos el excelente ácido carbónico del reino vegetal y tuvimos bronca con un cochero que nos tomó—¡á los dos!—por aves de paso.

¡Confundirme á mi con mi tío!

¡Cuán desgraciado soy!

Después de tres horas de vagar, y de salir provisionalmente de la prevención hasta el día del juicio, por las diferencias con el automedonte, almorzamos, no se dónde, pero ¡almejas con arroz y queso de bola!

Eso no se borrará jamás de mi imaginación.

Por la tarde visitamos al Santo, compramos un botijo y comimos torraos.

¡Hay momentos en la vida del hombre que parten el alma!

¿Quién puede decir que no irá á la pradera con su tío?

¿Quién está libre de comprar un botijo?

¡El que no haya comido nunca torraos que levante el dedo!

La hija de mi patrona es muy guapa y se llama Felipa.

Pero no adelantemos á Felipa.

Retrotiémonos.

Ella saldrá á su debido tiempo.

Aquel día estuvimos en. donde nos dió la gana.

Y por la noche ¡al Oriental!

Como el personage del sainete de Vega.

Me acosté molido.

Mi tío intimó con la patrona.

¡Yo amaba á Felipa!

¡Que lío!

¡Que tío!

¡Dios mío!

Prosigamos.

Hasta el momento de la catástrofe no se separó mi tío de mí.

Dedicamos una mañana á las obras del Banco; asistimos á la corrida extraordinaria con nuestros dos billetes de tabloncillo de andanada; ¡cuando salió la gente todavía no había llegado hasta nosotros la lidia completa del cuarto toro!

Mi tío se empeñó en oír la misa de campaña.

El altar estaba en la puerta de Alcalá y nosotros no pudimos pasar de la calle de Sevilla.

Pero se le ocurrió una idea salvadora; y oímos la misa.

¡Por teléfono!

Y ¿por dónde habíamos de faltar á los fuegos?

¡Como que por causa del mal tiempo dió orden de adelantarlos el alcalde, y nosotros que lo supimos nos plantamos allí sin comer!

Por cierto que la tarjeta de libre circulación que había comprado mi tío para visitar el viaducto y todas sus dependencias no nos sirvió de nada.

El Gobernador prohibió el paso.

Cuando salimos del Oriental el corazón no me anunciaba nada.

Llegamos á casa, y me acosté, pensé en Felipa y me quedé dormido.

Pero pasé la noche en una contínua pesadilla.

Soñé con las almejas, con el *Lactante-Club* y con Mazpule.

Presenciaba la corrida desde el viaducto, el chocolate del Retiro se me antojaba sangre caliente y se me aparecía la imágen de Felipa entre montañas de arroz con almejas.

El ruido y griterío de los huéspedes y los desesperados gritos que daba la patrona me despertaron; arrojeme de la cama sobresaltado y oí pronunciar el nombre de Felipa.

—¿Qué, la han guisado ya?—pregunté sin saber lo que decía y bajo la impresión de la pesadilla.

—Ha huído, se ha escapado—exclamó la patrona con acento desgarrador.

—¿Con quien?—balbuceé yo.

—¡Con el forastero!—replicó un huesped.

¡Ah!

¡Con mi tío!

Caí como herido de un rayo.

¡El forastero lo era yo!

* * *

Al concluir su relato mi pobre amigo Juan me miró con extraviados ojos.

Inmediatamente llamó al mozo y, levantándose para marcharse, me pagó el café.

Entonces no dudé ya.

¡El infeliz se había vuelto loco!

Caiga la parte de responsabilidad que les corresponda sobre los que brindando con peligrosos incentivos á los forasteros en esta época de fiestas, dan ocasión á tantas desventuras.

JOSÉ DE LASERNA.

MISTERIOS DEL CORAZON

No puedo sustraerme á su avasalladora influencia.

Me atraen, me seducen, me fascinan.

¡Oh, las criadas!

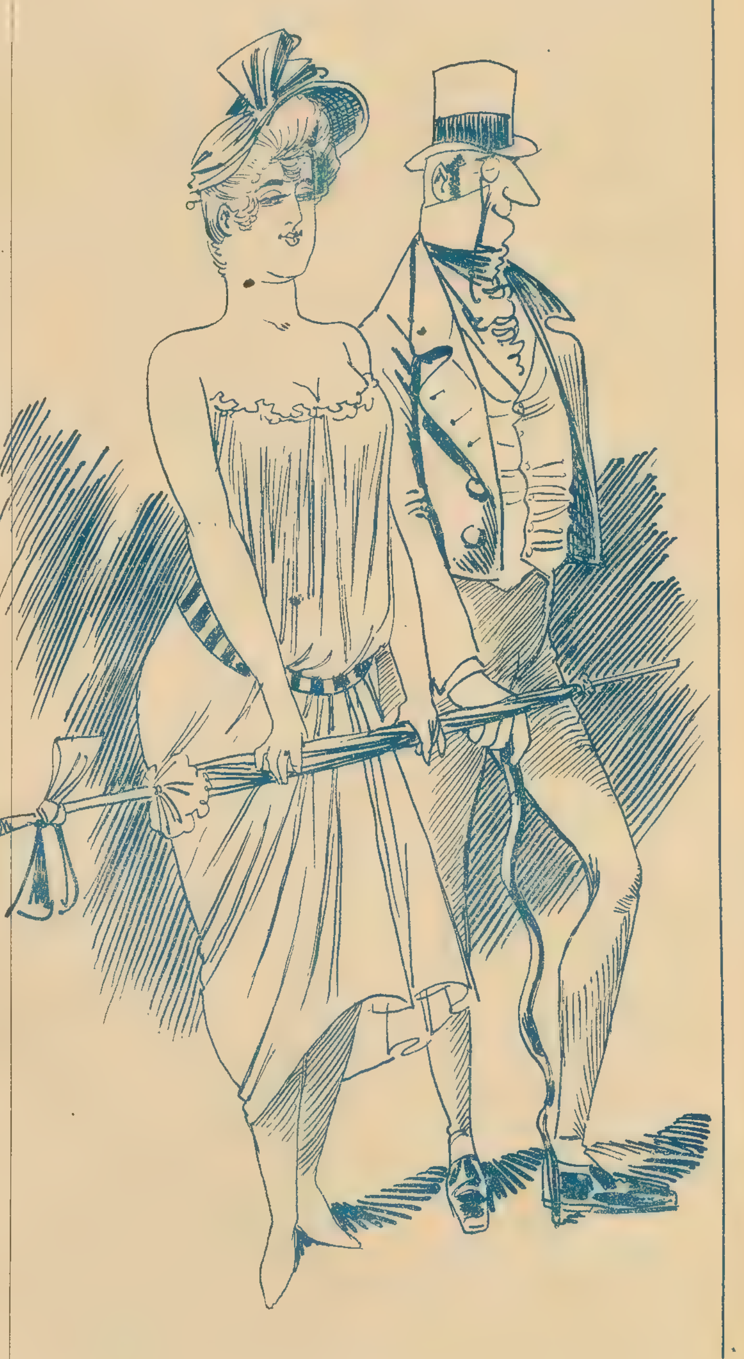
Será pasión, monomania, aberración, lo que ustedes quieran, pero lo cierto es que el adorarlas constituye para mí una verdadera necesidad.

¡Misterios del corazón!

No las puedo ver sin entusiasmarme.

Rubia ó morena, alta ó baja, delgada ó gruesa, en siendo criada de servicio ya atesora para mí todos los encantos imaginables, y me enamoro de ella como un loco.

LA FLORIDA



CONCURSO DE DISFRACES

Dos lechuguinos que no tardarán en encontrar un tercero para hacer una ensalada de lechuga.

LA FLORIDA

CONCURSO DE DISFRACES

Lo que á ella le falta de ropa le sobra á él. Va á ser necesario que la abundancia del uno cubra las desnudeces del otro.

Adoro las criadas.

He querido combatir esta predisposición por todos los medios imaginables; todo ha sido inútil.

Fuera de ellas no encuentro gusto ni placer para nada.

He tratado de engolfarme en la resolución de intrincados problemas, he jugado al ajedrez y cultivado más de dos meses el cornetín de pistón... y que si quieres.

El dó sostenido y el jáque á la reina no han logrado tranquilizar mi corazón.

¡Mi corazón!

Yo no tengo corazón. En vez de corazón tengo una cocina económica.

Allí no pueden entrar más que criadas.

Juana fué mi primer amor. Tenía yo entonces diez y seis años. La hice mi declaración en latín para impresionarla, y me contestó arrojándome á la cara un manojo de espinacas. ¡Más de quince días ostenté sobre mis frescos carrillos de colegial la marca indeleble de aquella verdura de cuaresma!

Conservé aquellas hojas entre las páginas de mis libros de estudio, como dulcísimo recuerdo de mi primera aventura amorosa!

¿No es verdad que esto es una simpleza?

Ya lo sé. Pero una fuerza invencible me atrae, me empuja hácia ellas con imán irresistible.

¿Qué será esto?

A veces sospecho que puede ser un castigo providencial. Hay secretos horribles en el seno de las familias, y quizá esté yo purgando por tan extraño modo, algún delito nefando cometido por alguno de mis abuelos.

¡Quién sabe!

¡El castigo, si lo es, no puede ser más espantoso!

¡No poder amar más que á las criadas de servicio!

Todos los títulos de nobleza, los más rancios pergaminos, no tienen ante mis ojos el valor inapreciable que una cartilla expedida en el gobierno Civil á favor de Pepa ó de Pascuala, de Rita ó de Indalecia.

Patria, edad, belleza, posición, todo me importa un comino.

¿Sirve?

Pues basta.

¡Así se explica que cuente entre mis conquistas solo una série interminable de fregatrices!

Y no crean ustedes que son tan fáciles de conquistar.

¡Oh, no!

Aun recuerdo con pena á Rosalía. Alta, fea, delgada, con un cuello parecido al cuello de una girafa. Me despreció, se burló de mí, y se despidió de casa sin concederme el más pequeño favor. Desesperado por su ausencia, estuve más de dos meses levantándome á las cinco de la mañana, y yendo al Parque de Madrid, donde me pasaba las horas muertas delante de la jaula de las girafas, que tanto me recordaban á mi hermosa Rosalía... ¡Pobres animalitos!

Una tarde tropecé en la escalera con Tomasa. Traía un hermoso conejo asido por las patas traseras, y yo sin reparar en el cuadrúpedo alargué mis temblorosos brazos para enlazar el talle de la fámula...

LA FIESTA DE LOS BURROS

—El festejo que seguramente ha de agradarme más es el de los burros de la *Florida*. Habrá muchos.

—Sí, señor, muchos. No faltaremos.

Era arisca y ruda como ella sola y contestó á mi caricia azotándome el rostro con el conejo.

¡Oh, qué azote!

¡Desde aquel memorable encuentro, mudó mi cariño por las criadas con una irresistible simpatía por los animalitos de pelo largo!

Ramona fué una de mis pasiones más volcánicas. Más de un año llevé sobre mi corazón, como preciosa reliquia, una peseta falsa que me devolvió un día de la plaza, después de haberla mordido con los dientes para demostrarme que era de plomo!

¡Cómo plomo derretido sentía yo circular la sangre por mis venas cada vez que me entraba Ramona el chocolate!

¿Y Encarnación? Once duros gastados en medias de lana en menos de quince días, probarán á ustedes el calor con que yo emprendí su conquista, en pleno mes de Diciembre.

¿A qué continuar?... Mi vida es un espantoso tormento. Mi existencia es la existencia de un condenado. Yo no puedo vivir así.

Durante la noche turban mi sueño horribles pesadillas...

Batallones sinnúmero de domésticas mal peinadas, me acosan cual bandada de aves de rapiña, revoloteando en torno de mis blancos almohadones... y me gritan, me llaman, me pellizcan... me aturden con sus estridentes carcajadas... y huyen presurosas cuando tiendo hácia ellas mis manos suplicantes...

Durante el día paso mi vida en las plazuelas, en los mercados, me pego á los puestos de frutas, entro furtivamente en las carnicerías... me brindo á llevar los jarros de la leche, y á colgar de mi brazo las sartas de los buñuelos...

Me procuro la amistad de todos los carboneros del barrio... y más de quince días estuve llevando petróleo á domicilio.

¡Esto es horrible, pavorosamente horrible!

¡Acabaré por hacerme aguador... ó burrero!

El caso es verlas, hablarlas, tutearlas... intimar con ellas.

Un detalle, para terminar.

Tengo treinta mil duros de capital... ¿Y en qué pensarán ustedes que invierto la renta de mi fortuna?

En comprar en el Rastro uniformes de soldado de todas armas y de todos los institutos.

¿Para qué?

Los domingos me disfrazo de soldado, y voy á la Virgen del Puerto para bailar con ellas.

El domingo pasado fuí vestido de guardia civil.

Para el próximo jueves, que es fiesta, ya tengo preparado otro uniforme.

Iré de caballería.

¡Y pensar que no he montado en mi vida!

¡Bah! ¡Qué importa!

M. PIRONETTE.
Por la traducción.
E. NAVARRO GONZALVO.

VAMOS PINTANDO

Antes de salir de la sala A saludemos en el Sr. Valenzuela un excelente pintor de desnudos. Por cierto que en el catálogo dice al llegar al cuadro, sin duda por un error verdaderamente lamentable: Retrato de la Srta. D.ª N... F...

En la sala B hay de todo, como en botica. Silvela expone una *Tienda Asilo* muy discutida, y en la que solo me gusta una figura, la de la joven enlutada. Luis Alvarez tiene varios lienzos, once lo menos; también es discutido, pero no por mí. Me parecen excelentes la *Visita de pésame*, *Señor Feudal*, *Boda en Toledo* y casi la mitad de *La silla de Felipe II*.

Bertodano, uno de los mejores discípulos del pobre Plasencia, expone una *Aldeana* muy mona, y Blanco Coris *Prófugos y desertores*, cuadro pequeño pero muy bien sentido y mejor pintado, bastante mejor que otros de este mismo certamen, para los cuales se ha gastado una de incienso que mete miedo.

Respetable público: no salgas de esta sala sin ver unas *Huérfanas*, de Brugada; un precioso *Recuerdo de Toledo*, de Fernández Rodríguez; los *Dos lienzos*, de Galofre; un lindísimo *paisaje* de García Malo; un *desnudito* (357) y un retrato de Garnelo; una *Calma*, de Gartner, discípulo, aunque parezca mentira, del Sr. Ocón; un *paisaje*, de Larraga; los cuatro de Lhardy; dos cuadritos, de Manzano; uno, el 744, de Picolo, que es una nena muy bien pintada, y los tres de Plá y Gallardo.

No se puede perder tiempo en mirar una figura de Lengo que debiera titularse *Tambor mayor de amazonas*, ni un lienzo de Madrazo, porque con esto de no dar más que tres horas por la mañana y otras tres por la tarde, no hay tiempo para decir Jesús. Creen algunos inocentes que esto se hace para que coman los dependientes, pero yo, que estoy en el secreto, sé que no es eso, sino un sistema, de ida y vuelta muy ingenioso. Van ustedes por la mañana á primera hora y empiezan á recorrer salas; apenas han visto ustedes un par de ellas, se cierra la Exposición. ¡A la calle! Hay que volver por la tarde ó quedarse sin ver el resto, y se vuelve, por lo cual han de tomar ustedes *dos veces* sus billetitos, y pagarlos, que en esto está la gracia.

Pero en fin, antes de salir de las salas B. y C. es preciso ver *La expulsión de los judíos*, de Sala; no hago más que repetir lo dicho por otros al asegurar que Sala es acaso el pintor más discutido entre los de la nueva generación, lo cual debe halagarle porque ¡ay de aquel que no es discutido! Su cuadro, que es un her-

ÍNTIMA

—No me diga esas cosas, don Torcuato, que me va á costar mucho trabajo ruborizarme.

mosísimo trozo de pintura que confirma las excepcionales facultades de Sala, me hace un efecto particularísimo que no soy el único en sentir, el de la estrechez del marco en que se desarrolla la escena; hay indudablemente en el cuadro falta de sitio que agrupa demasiado las figuras, y se siente esta impresión de ahogo que yo he sentido. Por lo demás ¡qué hermosa sobriedad, qué admirable servidumbre del natural, qué grupos de gentes asombradas de la audacia del inquisidor! El defecto que he señalado es de los que se corrigen añadiendo tela, pero el defecto en lo demás, en lo que demuestra al artista genial y potente, etc., sí que no lo supliría Sala con nada si no lo fuese. Pongamos, pues, una primera medalla, aunque no se la den luego, lo cual debe tener á Sala sin cuidado.

Sigamos con Jiménez Aranda; apenas si su nombre, hoy ilustre, ha sonado en anteriores exposiciones. Aranda vive y pinta en París; no hay más que verle para comprender que está alejado de nosotros; su aspecto, su modo de vestir, todo lo revela. Trece números del catálogo ocupa lo que ha expuesto, y yo no sé qué admirar más, si la *Lectura de una poesía satírica*, el Cristo, la *Partida de ajedrez*, las admirables *Academias* á pluma ó *Una desgracia*. Este cuadro es, sin disputa, uno de los más prodigiosos de la Exposición. Yo, que no sé ¡oh, dolor! emplear cuándo y cómo es debido, las frases *jugoso de color*, *caliente de tonos*, *difuso de luz* y demás con que los inteligentes que no pintan juzgan á los que pintan, diré que en este cuadro de Jiménez Aranda lo más admirable es el dibujo, correcto, exactísimo, sin una vacilación,

MÁS FIESTAS

—Si va usted á ver las fiestas puede ahorarse el viaje: yo se las haré.

POSITIVO

—¿Qué mejor festejo ni mejor baile popular que este?

sin una sola deficiencia. Añadan ustedes la verdad maravillosa del momento y díganme si no está el señor Jiménez Aranda á dos dedos de ser el número uno de los pintores de esta Exposición. Ahora... ¡vayan ustedes á saber si estará *caliente de tonos* y *jugoso de color!*

Lo que sí está positivamente *jugoso* es el dinero que un *amateur* ha dado por el cuadro, cinco mil duros, según me han dicho.

Quedan todavía en estas salas algunos lienzos notables, como el de Mejía, por ejemplo, pero queda tanto por ver que es forzoso pasar á las salas de la izquierda. Y así se hará en otro artículo, que por mí y por ustedes quisiera que fuera el último.

FEDERICO URRECHA.

PACOTILLA.

A diez reales se ha elevado
la carne en la villa y corte,
precio que ha escandalizado
porque no hay quien lo soporte.
Exceptuando algún banquero
dominado por la gula
¿quién echa carne al puchero
como no sea de mula?
Por esa subida cruel
que al vecindario desvela,
todo el mundo está al nivel
de los maestros de escuela.
Alegan los carniceros
en su justificación
que todos los ganaderos
han subido el diapasón.
¿Y esa es razón suficiente
¡voto á la adarga del Cid!
para que el precio se aumente
de las carnes en Madrid?
No señor. Si en los mercados
están los precios subidos
y no hay carne de ganados,
que den carne de perdidos.
Esa, haciendo una contrata
con los que siguen su huella,
se puede adquirir barata
porque hay abundancia de ella.
La cuestión es, por el fuero
de la costumbre imperante,
que tenga carne el puchero
aunque sea de elefante.
Pero quizá haya pasado
que, por no dar en el *quid*,
sin razón se haya alarmado
todo el pueblo de Madrid.
Vamos, que ustedes verán
cómo en la carnecería
compensan á los que van
de la mucha carestía.
Y después de tanto ruido
dirá el público confeso:
—¡Verdad que el precio ha subido
pero han rebajado el peso!
¿Donde está, pués, la ventaja
ni el daño en esta cuestión?
¡Si uno sube y otra baja
claro que hay compensación!

JOSÉ ESTRAÑÍ.

A Tomás Muñoz Lucena, el insigne autor de *Las lavanderas*,—un cuadro que de seguro todos ustedes han admirado en la Exposición de Bellas Artes,—le obsequiaron sus amigos con un banquete en el Hotel Inglés.

Asistió á la fiesta lo más granado de Madrid (y no lo decimos por nosotros) y lo cierto es que el obsequiado se lo merece. Por que cuidado si es simpático y sobre todo buen pintor. Vamos que se merece el banquete, cien más y la primera medalla, que es lo principal.

Año III.—Tomo II.—Núm. 87. 15 CÉNTIMOS. 31 de Mayo de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.

BAILE DE BLANCO Y NEGRO

—No haga usted caso; los maridos no se enteran casi nunca.
—Sí, ya me ha dicho que está harto de que le haga ver lo blanco negro.
—Y por eso lo ha traído usted á que vea blanco y negro.

PLÁTICAS

El sol de primavera continúa de *monos* con Madrid. A ratos hace calor, á ratos llueve. En unas horas se asa uno por esas calles, en otras tirita de frío. Luce el firmamento su azul puro por la mañana y por la tarde está más negro que la conciencia de algunos hombres de pró. En fin, que estos cambios atmosféricos asombran á cualquiera. Yo tengo para explicarlos una teoría. Es que las costumbres políticas de España se han constituido en leyes meteorológicas y por eso alternan lluvia y vientos, sol y frío. El turno pacífico en la meteorología. La inconsecuencia lo invade todo, hasta los espacios donde el rayo se forja y el agua se condensa para liquidarse después y caer en forma de chaparrón á la tierra.

Todo lo cual—lo de la falta de estabilidad en la temperatura—no puede impedir á los madrileños las diversiones. Los festejos continúan; eso sí, con la misma modestia con que empezaron. Festejos pocos, pero malos: los forasteros se han ido ya y no se enteran de estas cosas. ¡Qué descrédito si llegan á quedarse, para la villa coronada!

*
* *

¡Los bailes populares... Digan lo que quieran las personas que usan la seriedad como un cosmético para disminuir los defectos personales, esas fiestas del pueblo tienen mucha gracia y alegran al más melancólico! Que se convierten los mercados en salones de baile! Bueno; váyase por las veces en que los salones de baile se convierten en mercados.

Pero que nadie niegue la hermosura, los encantos, hasta el *chic* de las *soirées* de las plazas de los Mostenses y de la Cebada. Los pañuelos de Manila que asombran y que con los flecos largos exponen á sus dueñas á enredarse con cualquiera de los concurrentes. Las cabezas atusadas por manos de peinadoras y las caras llenas de la expresión picaresca y riente propia de las hijas de Madrid. Las majas que compiten con las más ricas de las aristocráticas. Perlas como puños... chiquitos. Brillantes como garbanzos... de tercera clase. Y luego aquel contoneo en la danza; aquella languidez en los movimientos del *schotiss*. ¡Vamos que esos bailes populares son un espectáculo agradabilísimo!

En esto de bailes nada de términos medios. O la fiesta suntuosa, celebrada en salones deslumbrantes, ó la fiesta popular donde se trata todo el mundo con intimidad grandísima.

¿Hay nada más ridículo que esas reuniones de medio pelo; con señoritas cursis, hambrientas de matrimonio y pollos que tratan de imitar á Marsilla y demás amantes que en el mundo han sido?

Ni la naturalidad encantadora de las mujeres del pueblo ni la distinción propia, el arte exquisito del que llaman gran mundo. Jovencitas ó mujeres talludas que pretenden una boda: y la pretenden á toda costa con la desesperación del náufrago que se agarra al matrimonio de salvación.

ACTUALIDADES

Mlle. Virginia Aragons.
DEL NUEVO CIRCO DE COLÓN.

Una que canta; ya saben ustedes: la que canta de afición. *Mezzo soprano*, *mezzo elegante* y *mezzo* otras cosas. Después la que toca ó las que tocan; porque esta tarea requiere abundancia de personal. Y luego el coro de muchachos; las mamás, padres, tíos y demás acompañamiento requerido para la obra.

¡Nada, nada! O lo suntuoso de arriba, ó lo sencillo y encantador de abajo. Lejos de pretensiones risibles y de los peligros en que perecen tantos jóvenes de porvenir, hoy víctimas de las chicas que fueron la admiración de las reuniones de confianza.

Recuerdo que una vez en una de estas veladas, con su poco de poesía lírica, tocaba el piano una joven bastante coqueta.

Y uno de los concurrentes acercándose á mí, dijo en voz baja:

Toca bastante bien. Pero no es lo que llaman los *dilettanti* una *virtuosa*.

*
* *

Entre baile y baile de los populares, retreta. ¡Vírgen Santísima que de apreturas! ¡Qué noche, válgame el cielo! exclamaba cierta viuda alegre que yo conozco. Y en efecto fué noche de bullicio. Las carrozas gustaron mucho, sobre todo la última. Marte estaba muy gallardo; sin vestido de ninguna clase, como era natural, y con su rodela correspondiente. ¡Y aquel desnudo se paseó entre las luces de las antorchas y puesto á la altura de los cuartos principales! Vamos, que algunas niñas sintieron cierto lógico ruborcillo.

Pero ¡bah! qué importa. Todo se compensa con haber disfrutado del fantástico desfile. ¡Ay, cuántas que fueron tranquilas á la retreta, al regresar á sus hogares tenían el corazón herido de punta de amor y la cara tiznada con el humo de las hachas de viento!

*
* *

Habló el jurado de la Exposición de Bellas Artes y dijo lo que ustedes sabrán. Con tal motivo los artistas se han indignado mucho. Hacen mal. Qué ¿puede un jurado con reputaciones como las de Sala, Jimenez Aranda y Benlliure? Qué ¿eclipsará con sus amaños la justa nombradía de Garnelo y Muñoz Lucena? Qué ¿puede detener en su carrera á los que la comienzan con tantos bríos como Pulido? Pues entonces no importa nada eso de las medallas. Las mejores son las que da el público. El jurado de veras es el de la opinión. Porque aquí hay algunos que han nacido para ser jurados y para ser de la comisión. Y no hacen más que eso y nos quieren hacer creer que tienen importancia. Vaya, pues no es verdad y punto concluido.

Por cierto que estos días se habló de que en el Palacio de la Exposición quedaban gérmenes de la pulmonía infecciosa, por lo cual algunos de los concurrentes asíduos contraían la terrible enfermedad.

No hagan ustedes caso. Allí no ha hábido más gérmen patológico que la propuesta de premios hecho por el tribunal de los 13.

¡13! ¡Lagarto! ¡Lagarto!

J. Francos Rodriguez.

Aspirante á...

TENOR

TÚ DIRÁS

SONETO.

«Seré tuya ó de nadie»—me decías —
todo mi porvenir está en quererte,
mi cariño es más firme que mi suerte
y triunfa de la ausencia y de los días.
«Adios, bien mío; si en mi amor conf·s
seré feliz hasta que vuelva á verte»,
y en mis brazos cayó tu cuerpo inerte
y yo oprimí tu mano entre las mías.
Mucho tiempo pasó. Mía no has sido
y á otro hombre pertenece tu existencia.
Permíteme sacar la consecuencia
que tus actos provocan:—O has mentido
faltando á tu honradez y á tu conciencia,
ó tienes á un don Nadie por marido.

JOAQUÍN DICENTA.

LAS CUATRO ESTACIONES

A MI QUERIDO AMIGO
Y LAUREADO POETA D. JOSÉ DE CAVEDA SALCEDO

I.

—¡Que hable, que hable D. Nicolás!

—Justo, que hable; á él le toca su vez... Venga una historia, una verdadera historia de amor.

Aspirante á...

OBISPO

—Señores .. ¿yo una historia de amor?— exclamó asombrado el pobre viejecito, paseando en torno de sus jóvenes amigos la temblorosa expresión de sus ojillos grises.

—¿Y por qué no...? Vd. ha sido joven: habrá por lo tanto algún recuerdo, con viva nota de alegría, guardado en el archivo de su memoria... rebusque, rebusque Vd.

—¡Imposible!

—¿Cómo? ¿no hay ningún recuerdo? ¿no ha querido Vd. á las hijas de Eva?

—Hombre, he querido á mi esposa... pero como un buen hombre quiere á una buena mujer... tranquila, dulce, legalmente...

—¿Y no hay en la vida de Vd. ningún pecadillo venial?

—No ha habido ninguna aventura...

—¿No ha amado Vd. nunca...?

—¿Amar?

—Sí, amar; sentir la explosión violenta de un deseo y luego la embriaguez de la posesión, para languidecer en la tristeza de la dicha perdida...

—Amar, sí; puedo decir que he amado toda mi vida...

—¿A otra mujer? ¿no legalmente?

—Así es. Pero no son Vds. personas á quienes uno puede confiar ciertas nimiedades delicadas...

Una rumorosa protesta se produjo, todos rechazaron la opinión formada por D. Nicolás acerca de aquel grupo bullicioso y alegre. Muy por el contrario, estaba probado: los jóvenes que formaban el auditorio eran mozos de gustos muy selectos, de ideas nada vulgares... y de una esquisita sensibilidad...

—Pues bien, señores, no se enojen por Dios conmigo... dijo D. Nicolás, y en cambio paso á hacer la confesión de mis culpas.

II.

Yo era muy joven cuando entré en la casa de los Sres. Varenillan, Caós y compañía. Tenía una preciosa letra inglesa, era habilísimo en la contabilidad, mi amor propio estaba cifrado en la esbeltez de mi cuerpo, la blancura de mis manos finas, aunque un poco rechonchas, y sobremanera en la coliflor de pelo que adornaba por arte del peluquero, mi cabeza de hortera.

Por lo demás, era un muchacho *demasiado* formal.

El dependiente mayor de la casa me llamaba siempre el Sr. Brunez y me trataba con suma deferencia.

En fin, dire que me gustaba extremosamente vestirme con ciertas pretensiones de elegancia; más habrá de decirse, que yo lo consideraba como un deber; era para mí el traje, algo como el uniforme del oficio; ir bien vestido, era acreditar á la casa... Ademas no hay recluta del comercio que no sueñe con llegar alguna vez á ser banquero... y yo tenía estos sueños.

La mañana en que yo ví á la señorita Clara, lo confieso, quedé embelesado, miré por entre las barretillas del escritorio al mirador de cristales en cual la niña jugaba.

Y sentí cierto vergonzoso remordimiento de haber mirado con embeleso, el embeleso con que contemplaba ya el rostro de las mujeres hermosas, aquel puro rostro de niña.

Ya se sabía: todas las mañanas á la misma hora, después de haber oído los gritos de todos los vendedores que sucesivamente iban pasando por la calle, y un poquito antes de

Aspirante á..

GENERAL

aparecer el principal... y de dirigirse al despacho... veía yo á la niña en el mirador arreglando su casita de muñecas.

Así un día y otro y otro y muchos meses... sin que viese á Clarita más de cerca; sin embargo, se había acostumbrado á saludarme, vibrando los dedos de su mano y dedicándome una dulce sonrisa. Recuerdo que en una ocasión hube de dirigirme al despacho por el jardín, y hallé á la niña; entonces me asaltó un pensamiento verdaderamente criminal: acercarme á la pequeñuela y besarla en las frescas mejillas...

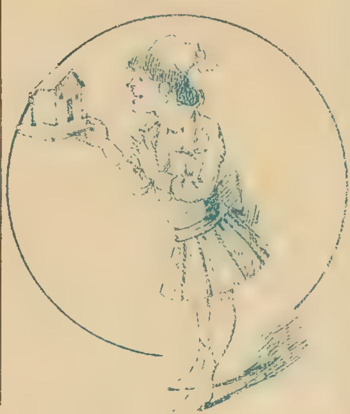
Pero... vuelvo á repetirlo: había algo de agitador y turbulento en mi corazón, que me hacía temer que aquel beso fuera un ultraje á la santa inviolabilidad de la inocencia...

¡Oh, qué hermosura de mujer en aquel rostro de niña!

No obstante, la niña desapareció; Clarita se ocultaba; yo no pude saber qué había sido de ella, hasta que por casualidad me dijeron que la Clarita, la hija de nuestro principal, iba á volver del colegio.

Yo no la había podido olvidar: la reconocí

Aspirante á...



PROPIETARIO

GRAN RETRETA

—No me pareció mal, pero oí decir que los soldados irián vestidos...
—Pues qué ¿fueron desnudos?

GRAN RETRETA

—Con usted si que tocaba yo diana en vez de retreta.
—Caballero, Diana soy yo.
—Pues permítame usted que haga de corneta.

la reconocí al verla, sí; no era posible que aquella magnífica rosa procediese de otro que de aquel precioso botón que yo había mirado con tanto encanto...

Entonces fué cuidada con esmero exagerado la coliflor de mi cabeza; llevé á escrupuloso trabajo la elegancia de mi traje y la de pasarme las noches en claro escribiendo, en excelente letra inglesa, cartas de... amor á la señorita Clara, que ésta no recibió, que no podía recibir, puesto que yo no se las enviaba, ni las escribía con tal intento...

La niña había sido muy linda; ya mostraba unos grandes y expresivos ojos, de un azul cual fondo de espacio ilimitado, en el que hubiera creído ver el flamear de ideas; el volar como aves viajeras ó como angel en coro, pensamientos graciosos y tiernos...

La joven... me ofrecía en sus ojos una revelación grandiosa... ya aquellos espacios antes brumosos, se hallaban iluminados.

La contemplé con devoción amorosa; mis paseos del domingo eran aquellos por los cuales ella acostumbraba á pasear; iba yo al teatro á contemplar desde el fondo de una de las gradas del paraiso... á mi bella señorita que se hallaba en el palco de mi principal.

Cuatro épocas tuvo mi pasión. Un florecimiento, una primaveral explosión de ilusiones y desengaños; salté de la aritmética á la métrica, dejé la contabilidad por el ritmo; idealizaba constantemente sofocando en mí los deseos más vehementes, las más quiméricas ambiciones... pero ocultando siempre mi pasión. De aquella primavera, nada quedó en mí sino un solo recuerdo; el recuerdo de una resignación de martir... Asistí á la boda de la señorita con el joven marqués del Río...

Suspiré al verla salir, deslumbradora con su traje de desposada, y me dije melancólicamente:

—Mañana, pongo fin á mi existencia.

III.

Pero mi pasión no se había revelado aún en toda su fuerza. Acepté la vida, ¡qué era para mi la muerte, sino la horrible privación de no ver jamás, ni por un instante, á mi adorada señora!

De cajero de mi principal pasé á la plaza de administrador general del señor marqués.

Siempre silencioso, siempre diligente, siempre enamorado... veía á Clara, soñaba con ella. Las mujeres leen hasta nuestros más íntimos pensamientos, y ella leía en mi corazón.

¡Pobre Nicolás, el bueno de Nicolás!... Tales eran las expresiones que empleaba al hablar de mí... La joven de magníficos ojos, la mujer que siendo niña aún ya mostraba en

RETRETA MILITAR

—¿Qué le gusta más, los faroles ó los soldados.
—¡Ay, los jefes!

sus ojos el encanto misterioso de una belleza seductora, era una mujer temible... su mirada se había hecho menos misteriosa, menos fulgente, más serena, más dulce, más atractiva.

Ya no había en sus ojos aquel encanto soñador de la niña, que apenas vislumbraba los contornos del porvenir, ni la poética y casta belleza de la virginidad... pero en cambio, recibía yo sus miradas abrasadoras como los rayos del sol en su zenit.

Sus formas eran redondas, había en su belleza, ya hecha, contornos acabados; una coloración entonada, una firmeza robusta... Despertaba deseos menos difusos, menos vagos, más estimulantes é irresistibles...

Entonces se atrevía mi pensamiento á fraguar la quimera de la traición, surgían en mi mente proyectos desatinados... pero, en tanto, respetuoso, dueño de mi conciencia, domeñando mi voluntad... seguí día tras día, año tras año en la contemplación mística y silenciosa de la mujer amada...

Por fin llegó el otoño de mi pasión: un otoño estéril, un otoño melancólico y triste... Ella me llamaba su mayor amigo, su consejero leal... El señor marqués del Río, habiendo visto algunas canas en la cabeza de su mujer, tiñó las suyas y se entregó locamente al olvido de los años, á la última carrera del hombre que teme la llegada de la vejez y se despide del amor...

La pobre señora, bella aún, pero con una belleza majestuosa, noble como la de una reina, se refugió en el amor de sus hijos y en el afecto de su mejor amigo.

Pues bien, llego al término de este vulgarísimo relato, y ella y yo somos ya viejos; ella, la señora, ha sufrido mucho, ha llorado mucho, hoy se halla viuda, su hermosura marchita, pero no perdida, es el encanto de sus hijos... Hace muy pocas noches jugábamos al tresillo:

—Nicolás... observo que Vd. gana, pero no me incomodo...

—Jamás se ha incomodado Vd. con su viejo criado, respondí.

—Mi querido Nicolás, era imposible...

—¿Por qué?

—Porque Vd. ha sido... Mi primer amor...

¡Vaya, será un insensato el que de mí se burle; sentí un extremecimiento extraño, algo así como si hubiera oído mi sentencia de muerte.

—Y V. ha sido—dije—mi único amor.

Y se me saltaron las lágrimas; ella en tanto, reía poseída del buen humor festivo y pueril de una abuelita contenta.

Entended esto, y si no, en verdad que me inspiráis la compasión más profunda.

José Zahonero.

BAILES POPULARES

—¿Quiere ustez darse cuatro pataditas con migo?
—Nó, señor. Las cuatro pataditas me las ha dado usted en el estómago en cuanto le he visto.

Aspirante á...

PINTOR.

—

CARTA PARTICULAR

DE DESPEDIDA.

Ocupación perentoria
que á los Madriles me lleva
casi me obliga á que hoy una
descortesía cometa,
con quien tan galantemente
me ha tratado en su *Aliseda*
colmándome de atenciones
que nunca soñar pudiera.
Me marcho sin despedirme,
sin darle un abrazo, en prueba
de mi acendrado cariño,
de mi gratitud sincera,
y sin ofrecerme en nada
como obliga la nobleza.
Pero usted que es franco y bueno
sabrá perdonar la ofensa
á un mísero periodista
que se vá de *La Aliseda*
con un sentimiento solo:
el de no quedarse en ella.

C. OSSORIO Y GALLARDO.

En «La Aliseda» (Jaén).

Sr. D. José Salmerón.

¡CONSUMATUM EST!

Seguir hablando de ló que me parecen los cuadros de las salas de la izquierda después de emitido fallo por el jurado, me parece tarea inútil; lo juzgado, juzgado está ya.

Pero hablemos de ese fallo y de cómo lo ha emitido el jurado, y de la polvareda que ha levantado entre los artistas.

Como dije ya en el primer artículo, ni entiendo de pintura, ni puede tener esto, por consiguiente, pretensiones de crítica; soy *vulgo* en la materia, pero como el 99 por 100 de cuantos han pasado por la Exposición lo son también, apesar de lo cual y contra críticos y jurados otorgan reputaciones y adjudican medallas, háganse ustedes cargo de que lo que yo diga viene á ser, poco más ó menos, lo que dice aquel respetable 99 por 100 de opinión.

El jurado ha emitido su fallo, que luego examinaremos, y los artistas se han reunido para protestar, no contra aquél, sino contra la legalidad con que ha sido emitido. Y dice el *vulgo:* ¿es verdad eso ó hay en el fondo despecho por el reparto de medallas? Porque si es esto, está mal hecho: no son ustedes los que deben protestar, sino nosotros, porque ustedes eligieron libremente el jurado suponiendo (y en muchos de los señores jurados era mucho suponer) que entendían de pintura. Y si les dá á ustedes por protestar de esa especie cada vez que no salga el fallo á gusto, volveremos á los jurados de real orden y á padecer bajo el poder del señor Madrazo ó del señor Ribera ó de otro señor por el estilo, muy célebres, cuando aquí no había quien pintase fuera de ellos, pero que entienden de arte moderno y de pintar con grandes alientos como yo de clarificar vinos. Ahora, si en la protesta no hay más que respeto á la legalidad, yo me uno á ustedes y procuremos anular el fallo, puesto que tiene vicio de nulidad, aunque ya verán ustedes como en Fomento se hará para averiguarlo un expediente en el que informará hasta la Nunciatura apostólica, para demostrar más claro que la luz... que no tienen ustedes razón.

Ahora vamos nosotros, los que *no pintamos* nada en esto, á examinar el fallo del jurado, haciendo constar por anticipado que ni conozco á pintor alguno (y me honraría mucho la amistad de todos) ni me acuerdo en este momento más que de la personalidad artística.

El jurado no ha otorgado medalla de honor. Ha hecho bien: en el certámen no hay lienzo que la merezca.

Escultura.—Aquí sí que el jurado ha hecho propósito de errar y lo ha conseguido. No podía menos que dar una *primera* á Benlliure, pero se la ha dado por la escultura que menos vale entre las suyas, y dejando mal al pobre señor López de Haro que no tiene culpa de que el jurado no sepa lo que se esculpe. En cambio dá á Susillo una *segunda* medalla, como si alguien tuviese empeño en que Susillo no pase en su vida de segundas medallas. Y también la concede por el *Beso de Judas*, sin tener en cuenta que el *Lazarillo* ó el *Aquelarre* solos valen mucho, pero mucho más. Parece que aquí han querido premiar el tamaño, al revés de lo ocurrido con Benlliure.

¿Cómo no se ha opuesto á esto un señor Pujol ó Camps que, según veo más adelante, se ha opuesto á todo, como aquel señor que era siempre de la opinión contraria, fuese la que fuese?

Pintura.—Jiménez Aranda y Alvarez *primeras* medallas, aquél por *Una desgracia*, éste por *La silla de Felipe II*. Sepan ustedes que á esto no se opuso el señor Pujol y Camps. ¡Qué ocasión perdió usted, señor secretario! Bien: pues también aquí el jurado debió hacerse esta reflexión:

—¿Cuál es el lienzo más flojo del señor Alvarez? *La silla.* Pues darle una primera medalla. Y tan jurados, digo, tan contentos.

¡Ah! ¿Y la martingala de otorgar por orden alfabético para que Jiménez Aranda ocupe el segundo lugar? ¿Dónde estaba usted, señor Pujol y Camps cuando se trató de esto?

Vamos con las *segundas* medallas. Aquí sí que se ha despachado á su gusto el señor Pujol y Camps, á veces con razón, que todo se ha de decir, en el *Retrato* de la señorita Bañuelos, por ejemplo, que no merecía más que una tercera. Pero ¿por qué regla de *treee* han dado ustedes una *tercera* á *Rea Silvia* y una *segunda* á *El gran día de Gerona*, como si ya no hubiese clases y todos fuéramos unos? En cambio, dan ustedes una *tercera* á *Una poesía,*

—

BAILE FLAMENCO.

—Pero en este Madrid, ¡válgame Dios! no saben bailar á los desapartaos.

Aspirante á...

¿Torero? Nó, señor, toro.

—

aunque con el voto en contra del inevitable señor Pujol, que en esta ocasión estuvo en lo firme.

¿Y esa *tercera* medalla á *Un contraste*, del señor Francés, equiparándolo en méritos á la *Sirena* del señor Valenzuela, que es de lo mejor que hay allí? Pues para eso haber dado también alguna cosita á aquella *Ofrenda á Perides* del señor Hernández Amores, ó á *Margarita en la prisión*, de su señor hermano, que son dos lienzos capaces de hacer aborrecible el nobilísimo arte de la pintura.

En cambio el vulgo ha visto con satisfacción las *segundas* dadas á los señores Garnelo, Maura, Menéndez Pidal, Lucena, Sorolla y Cabrera, sobre todo la de este último pintor. Pero esto no quita para que nosotros, los de la parte *de acá*, echemos de menos otras medallas que han debido colgarse en lienzos que todos han señalado con el dedo.

Marusas, *paisajes*, etc. *Primera* medalla, muy justa, á Ruiz Luna. ¡Y sin la oposición del señor Pujol y Camps! Pero se desquitó en el *Viático á bordo* de Martínez Abades. ¿Y dónde estaba usted cuando se concedió una *tercera* á Meifreu y otra á Lleonart? Porque *mi estudio*, de Meifreu y *Dios dirá*, de Lleonart, son *segundas* ó yo no tengo ojos. Dicen que el señor Lleonart ha renunciado la suya, y ha hecho bien, y yo propondría que se la diesen al señor Pujol y Camps, si no estuviese seguro de que se opondría, por su misión de oponerse á todo.

Después de examinar esta *equitativa* distribución de medallas, lo asombroso es que no haya tenido premio el *Tambor mayor de las amazonas* ó alguno de los expuestos en la *sala del crimen*.

Si no había suficientes medallas ¿por qué no pidieron ustedes ampliación de ellas para no dejar sin premio muchos lienzos que injustamente se han preterido? Yo, que dije francamente mi opinión sobre *La vuelta de hato*, de Bilbao y *La entrada de Carlos V*, de Amérigo, no puedo ser sospechoso si digo que han sido olvidadas contra toda justicia, como lo han sido el *San Francisco*, de Oliver; la *Resignación y Esperanza*, de Masriera, y algunas más que no recuerdo en este momento.

Conste, pues, que no estamos satisfechos del fallo, y que lo han hecho ustedes bastante mal, y que siguiendo así habrá que hacernos jurados á nosotros, los del *vulgo* profano, á ver si lo hacemos mejor.

Porque peor no puede ser, señores jurados, no puede ser.

FEDERICO URRECHA.

BAILES EN LOS MERCADOS

—¿Vamos á los Mostenses?
—No; á la Cebáa.
—Me lo había figurao.

PACOTILLA.

—Hombre, ¿por qué se ha tomado usted ese trabajo?

Eso le diría yo, si me oyera, á Mr. Georges-Francis-Train que acaba de dar la vuelta al mundo en cincuenta y nueve días.

Ya sé yo que el objeto principal de su viaje ha sido el de demostrar que Tacona es el camino más corto y más directo entre América y Oriente.

¿Pero qué necesidad tenía de molestarse para demostrarlo?

Todos le hubiéramos creído bajo su palabra de caballero.

En fin, ya que lo ha hecho y que yo no lo tengo que pagar, adelante.

Quedamos en que Tacona
es el camino más corto...
¡Procuraré no olvidarlo
porque no me importa un combro!

* * *

Para alcaldes de ingenio superior, el de un pueblo de la provincia de Granada.

—¿Cómo evito yo—se dijo el hombre—que se me declaren los obreros en huelga?

Y á fuerza de pensar, claro, dió con la clave.

La clave ha sido recoger todos los días la correspondencia y no permitir que se repartan ni cartas ni periódicos.

De este modo nadie se entera de lo que pasa en el mundo y no se mueve en su imperio ni un mal mosquito.

Ahora lo procedente sería que el Sr. Capdepón le quitase la vara de alcalde, diciéndole:

—Le quito á usted el cetro municipal por habérsele declarado á usted en huelga el sentido común!

* * *

Las cigarreras—de la Coruña
entre las cuales—hay más de dos
ú tres docenas—próximamente
que hacen pitillos—por afición
según noticias—que de allí tengo
dentro de poco—darán á luz
un semanario—tabacalero
que saldrá impreso—con tinta azul.
Como ellas mismas—las pitilleras,
segun parece—lo escribirán,
sabremos todos—como el tabaco
mezclan con pelos—tortilla y pan;
y hasta es posible—que con objeto
de evitar dudas—al fumador,
también revelen—las marusiñas
de qué cabezas—los pelos son!

SOBRE GUSTOS...

—Donde más me gustan las costureras es en los bailes.

Y á ellas donde más les gustamos es en el Restaurant.

—

Yo las saludo—por anticipo,
como es costumbre—profesional...
¡Ay, compañeros—qué compañeras
si nos convocan para fumar!

* * *

En los Estados Unidos ha sido autorizada para ejercer las funciones de piloto una arrogante moza de veintiocho años que presta servicio ya en el vapor *Iris*.

¡Ay! ¡Ya estoy mareado solo con leer la noticia.

¡Una moza arrogante de veintiocho años, empuñando el timón!

¡Pues á penas va á haber mareos á bordo!

Grandes los van á causar
cuando el buque esté en derrota
por un concepto, la mar,
y por otro, la *pilota*.

* * *

Leo:

«Sobre los viñedos de la Sierra de Atea ha caído una plaga de millares de ratones que devoran los brotes de la vid. Los labradores no saben cómo exterminarlos.»

¡Pues vaya una dificultad! ¡Que los exterminen uno á uno!

* * *

Un periódico emite la importuna
idea de que cesen los clamores
contra la Arrendataria y hacer una
huelga de fumadores.

¿Qué huelga? ¡No señor! ¡Usté desbarra!
¡Inútil heroísmo!
¡Ponemos á secar hojas de parra
y fumamos lo mismo!

JOSÉ ESTRAÑI

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Año III.—Tomo II.—**Núm. 88.** **15 CÉNTIMOS.** 7 de Junio de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 100, pral. izq.**

ENTRE BASTIDORES.

—Cada día que pasa me gusta menos el cuerpo de coros.
—Y á mí, cada día que pasa me gusta más el cuerpo de tontos.

PLÁTICAS

¡Tristes días estos de ahora para los malos estudiantes! Se disiparon las alegrías del invierno y los entretenimientos de la primavera; llegó el temido mes de los exámenes y á morir los que antes no estudiaron.

Están en sazón las calabazas y tocan á repartirlas. Por eso yo, excitado —en el buen sentido de la palabra— por las circunstancias de la estación sin saber una palabra de cocina meto mi cucharada en guisos ajenos.

Perdóneme Cavía, ese gran cocinero práctico, si hablo de platos. Siempre les tuve (á los platos) mucho respeto; como que no rompí ninguno en mi vida. Perdóneme también Angel Muro, cocinero ilustrado y diestro que dá *conferencias culinarias* dominicales..... del libre condimento.

Pero ambos deben confesar que la estación impone las calabazas y que en muchas mesas se sirven estos días. Es la única época del año en que los hijos de familia suelen llevar hortalizas á sus hogares.

¡Y que bien las preparan algunos para que las traguen sin repugnancia los respectivos padres ó encargados! Hay estudiantes que las presentan con salsa de llanto de arrepentimiento; otros las rebozan con mentiras; algunos las sirven adornadas con reproches á la *inquina* de los catedráticos.

Tremendos esfuerzos se hacen para conseguir que las calabazas no produzcan indigestiones á las familias de los desaplicados. Se exprimen las molleras, como los limones; con los disgustos se quedan los muchachos convertidos en espárragos; hay quien apela á la sal y pimienta para salir del apuro, y á pesar de todo, los padres, cuando conocen la noticia infausta ponen cara á la vinagreta.

Todo lo cual contrasta con la satisfacción de los que salen bien: chicos de pró que á pesar de no haber recibido calabazas se dan muchísimo pisto.

*
* *

Aquí todo se expone. Ahora comienza la exposición canina, que durará unos días. La exposición de las pantorrillas de los transeuntes dura todo el año.

En el certámen perruno se van á ladrar muy buenas cosas; por que sin duda que los *individuos* expuestos se comunicarán sus impresiones como los que asisten al salón de conferencias se *cambian* las suyas diariamente, según cuentan los periódicos políticos.

No es de temer que ahora haga injusticias el jurado. Porque cuidado si sería temible que se pusieran

—

Ministerio de Fomento.

—¿Es esta la hora que dedica S. E. á recibir?

No, señor: á aguantar.

—

rabiosos los que componen el certamen. Por de pronto á las medallas no aspiran los perros de Madrid. Todos la tienen por obligación y por 10 pesetas que satisfacen sus dueños. Las aspiraciones de los tales perros son más positivas; los premios serán contantes y sonantes. Pero hombre ¡que hasta los canes den lecciones á los hombres románticos, en eso de desdeñar las glorias del mundo, que son humo, como ha dicho Campoamor y han repetido cien millares de líricos más!

Y para concluir este párrafo dedicado á las perrerías de los festejos, repetiré la frase de un amigo mío que se pirra por jugar con el vocablo; juego prohibido por las leyes del buen gusto pero tolerado en épocas extraordinarias, como el del monte en los casinos de provincias durante los días de férias.

El tal amigo me dijo la otra tarde. Tengo un proyecto utilísimo para las fiestas. ¿No se ha organizado una exposición canina? Bueno, pues que se celebre otra exposición *molar*.

Yo quedé asombrado del *incisivo* ingenio de mi amigo.

*
* *

Y que procesión nos hemos arreglado este año! En fin, cómo será ella de buena que hasta Roma nos ha remitido una bula para que salga por la tarde el cortejo religioso. Luego dirán por ahí que no hay bulas para procesiones.

La del *Córpus* de este año aventajó á todas las conocidas en estas tierras. Quédese á un lado la plaza de Ribarrambla de Granada con su aspecto moruno y su exsuberancia de flores; cubierta por un cielo azul ideal y adornada con mujeres hermosas como ningunas otras del mundo. Aquí este año hemos tenido más carreras, más luces, más gente y más percalina.

Primero sé acordó que la procesion recorriese las calles principales. ¡Es que —objetó alguien— se necesitan muchos festejos! Entonces se dispuso que la procesión llegára hasta las afueras. Y así se ha hecho. Una procesión larga, muy larga, requiere camino dilatado también. De modo que algunos de los que formaban en el cortejo al salir de la iglesia eran niños inocentes y cuando regresaron al templo parecian hombres maduros capaces de discutir con todos los doctores habidos y hasta por haber.

¡Lo que han disfrutado algunas señoritas con motivo de la solemne festividad religiosa del jueves!

Yo conozco una que dos días antes de la fiesta estaba loca de puro alegre. Vamos—me decía—que á mi me entusiasma extraordinariamente la procesión que se proyecta. ¿Ve usted si es solemne el viernes santo? Pues me aburro. ¿Usted sabe que las minervas son muy animadas? Pues no me producen ninguna emoción. Nada, se lo repito á usted. Con lo que yo gozo más es con el *Corpus*.

J. Francos Rodriguez.

EL SUBLIME ARTE

Yo le digo á ustez que en este país no hay más que Guerra y que delante de Guerra no se puede poner nadie.

—Bueno; pues que se pongan delante de Hacienda ó Gobernación.

UN CONSEJO.

Señora doña Tomasa:
¡Con cuánta pena he sabido
que la Enriqueta ha reñido
con su novio, y no se casa!
Sé, que el caso que deploro
pone á los dos en un brete.
¡Como que es el ciento siete
que hace *mutis* por el foro!
¡Y adiós la dulce alegría
y la risueña esperanza,
de esa bienaventuranza
que llaman la Vicaría!
Y usté se apena, lo sé,
y de la cosa, que es grave,
ni usted el motivo sabe
ni se explica usté el por qué.
¿No es un ángel mi Enriqueta?
—Se pregunta usté afanosa.—
¿No es bonita? ¿No es graciosa?
¿No es simpática y discreta?
¿No tiene ojitos gachones
y una rosa en la mejilla,
y un lunar en la barbilla
que parte los corazones?...
¿Y además de ser bonita
no es un tipo interesante,
aristócrata, elegante?...
¡Vaya, si es elegantita!
Pues con tanta perfección,
que yo no he de discutir,
se queda para vestir
imágenes. ¡Qué irrisión!
¿Es que no sabe querer
ó que tiene esa vestal
el pecho de pedernal?...
Es por afán de escojer...
Duda entre el rubio y moreno,
y veleta del amor,
como ansía lo mejor
nada le parece bueno.
Y en su afán de ser ingrata
no advierte la pobrecita
que desde chiquirritita
está metiendo la pata.
Entablando relaciones
unas finas, y otras vastas,
con chicos de todas castas
y de todas condiciones.
Formó un tiempo su delicia
la mágia del uniforme
y á tal capricho conforme
fué su ideal la milicia.
Y aquel cariño profundo
buscando un amante bravo,
comenzó en segundo cabo
y acabó en cabo segundo.
Después su loca pasión
halló encanto en la harmonía,
y la dulce melodía
conquistó su corazón.
Y su amor, cuasi divino,
otorgó la niña incauta
á un contrabajo, á un flauta,
á un figle y un bombardino.
Y lució su hermoso busto
y su cariño de artista
al lado de un organista
de la iglesia de San Justo.
Siguió el alma en sus misterios
y el amor de Enriquetilla
hizo escala en la plantilla
de todos los ministerios.
Un actor la hizo el amor,
y desde el Cid al Tenorio
hizo todo el repertorio,
con el susodicho actor.
En cada clase, un amante.
¡Jamás palabras esquivas!
Lo tuvo en clases pasivas...
Dicen que adoró á un cesante.
Y siempre diciendo «quiero»
aquel sempiterno amar,
solo encontró un valladar
inexpugnable, en el clero.
Por eso, doña Tomasa,
por más que usted no lo crea,
aunque la chica no es fea,
corre el tiempo y no se casa.
No se puede ser coqueta.
Bien claro el refrán lo marca.
Señora, el que mucho abarca
ya se sabe, poco aprieta.
Entre rubios y morenos
desde hoy no escoja jamás.
Resumen. Que apriete más
y que abarque un poco menos.

E. NAVARRO GONZALVO.

MÁS VISIONES.

¿Ustedes creerían que con las mogigangas de estos días habría terminado la série de los festejos en Madrid? Pues nos queda el rabo por desollar, en buena hora lo digamos.

Ahora viene lo bueno.

Las fiestas del señor San Juan, por cuenta de los vecinos y del teniente alcalde del distrito de la Universidad.

El señor Betegón; no sé si recordaran ustedes.

Ya está nombrada la junta para agitar á las masas del distrito.

Para dar importancia al acto «han metido» en la junta al Rector de la Universidad.

Es una manera de comprometer á los hombres sérios para que dejen de serlo.

Uno de los números del programa de festejos, ó del borrador de los festejos, es una función en el teatro Lara.

Sin duda le han escogido por lo fresco.

Don Cándido le ofreció generosamente en los primeros momentos.

Y no para ahi, en don Cándido, sino que después de la función ó de las funciones en el teatro Lara, ó simultáneamente, según ha pensado el señor teniente de alcalde de Betegón, habrá iluminaciones exteriores é interiores, cabalgatas exteriores é interiores, bailes lo mismo que cabalgatas, en varios sitios de los peor alumbrados del distrito.

Y músicas, confusión
y, aunque parezca irrisión,
se hará un simulacro fiel
del ataque y toma del
Parque de Monteleón.

Este es el festejo «más propio», como dice la gente, entre todos los proyectados.

Porque como dice, y dice muy mal el autor del simulacro ó del proyecto de simulacro:

—Es lo mismo que hicieron en París con la toma de la Bastilla.

Solamente que en París lo celebraron en el centenario y en el dia de igual fecha al en que se verificó el asalto y toma de la terrible fortaleza.

Y el autor de la pantomima del 2 de Mayo de 1890 propone el simulacro para Junio.

Es un dos de Mayo por un punto.

Puede servir para conmemorar el 22 de Junio, porque también entonces tomó parte la artillería.

Saldrá también á la vía pública una comparsa alegórica de las costumbres del barrio de Maravillas.

Es decir que habrá cabalgata y

DE CONFIANZA

—¿Me juras que esta mano no la ha besado nadie más que yo?
—Hoy por hoy, sí. Solo tú.

DE CONFIANZA.

—Bueno es que me trate con cierta confianza ¡pero eso de darme golpecitos en la barriga!...

mascarada de infantes, ó sea chisperos de á pié y de á caballo, ó costumbres de caballería y de infantería del barrio.

Se habla también de otro simulacro conmemorativo.

Iluminar las calles del distrito y disponer que los barrenderos se encargan de limpiar las calles de don Felipe, Escorial, Corredera y otras, recordando los que fueron bandos de policía urbana.

En cuanto se inició el proyecto se habló de un *paso doble*, no satisfechos los iniciadores con hacer el paso sencillo.

Dicen que comprometerán al maestro Barbieri para que escriba el *paso doble*.

Ya han reunido los señores de la junta general una cantidad de dinero «muy admisible.»

Así lo dice un colega y yo repito.

Al pronto creerán los habitantes en otras provincias que los de Madrid nos hemos vuelto locos.

Pero no es así; no era necesario que nos volviéramos sino que continuáramos como somos.

Hace ya tiempo que estamos lo mismo.

Solamente que para librarnos del encierro, lo ocultamos cuidadosamente á los forasteros.

¡Desgraciados! ¡Han venido á entregarse á nuestras garras, atraídos por el programa de festejos al Santo y familia!

DE CONFIANZA

—¿Un beso? ¡Por Dios! ¿Qué diría mi marido si lo supiera?
—Nada: sabe que soy de confianza.

Se han jugado la cabeza y la bolsa, confiando en nuestra sensatez.

Y cuidado que somos locos astutos.

Para engañar á algunos extrangeros que desconfían ordinariamente de nuestro juicio, hemos abierto un certamen de perros ó para perros.

Y han caído los incautos extrangeros.

Había muchos la tarde del miércoles en el Parque de Madrid.

Los festejos dedicados á San Juan Bautista han de ocasionar graves diferencias.

Porque, al fin, San Pedro es el patrono de Madrid.

Pero San Juan no.

Festejar á este y olvidar á San Pedro no me parece ni siquiera cortés.

Verdad es que algo puede tocarle de los festejos á San Juan, pero solamente en clase de convidado y esto es feo.

A menos que el teniente alcalde del distrito... de cualquier distrito que no tenga que ver con San Pedro como el de la Universidad con San Juan, disponga fiestas extraordinarias.

¿Y después San Cayetano y San Lorenzo? Este año empalmamos.

Que año el de 1890.

¡Que recuerdos!

¡Aquel 2 de Mayo que conmemoramos en Junio, particularmente!

EDUARDO DE PALACIO.

DE CONFIANZA.

—En confianza ¿tienen ustedes ahí dos pesetas?

SU IMÁGEN.

Los ojos hermosísimos en claro,
luz del amor y de la luz tesoro;
suelta en desórden la madeja de oro,
con mezcla de descuido y de descaro.

De todo noble pensamiento faro,
encarnación del ideal que adoro;
viene en mis sueños á calmar mi lloro,
ilusión del felíz, del triste amparo.

¿Quién no la juzga una visión soñada
cuando su imágen al amor provoca,
con algo de inmortal en la mirada?

¿Quién no se olvida de los propios daños,
oyendo como cantan en su boca
las frescas risas de los pocos años?

RICARDO J. CATARINEU.

MUERTOS ILUSTRES

Es una desgracia, en estos tiempos, pertenecer á las clases elevadas de la sociedad, desempeñar un cargo público de verdadera importancia, ser, en suma, personaje.

Aparte de los disgustos que en la posición social trae aparejados, nada tan desagradable como el ser ilustre á la hora de la muerte.

El pobre muere rodeado de su familia... Unas paletadas de tierra cubren el cadáver, y á la vuelta del cementerio, los amigos del difunto, si los tenía, toman *unas copitas* para distraer la pena del espíritu y mitigar el cansancio del cuerpo.

Pero el pobre que pasó de esta vida á la otra, murió como vino al mundo; naturalmente. Tán pequeña es la diferencia, que pudo contar, á la hora de morir, los pares de pantalones que estrenó en vida...

Murió tranquilo. No hubo amigos que se interesaran, en lista interminable, por su salud, ni criados satisfechos por la novedad del acontecimiento, ni poetas llorones, ni coronas de siemprevivas, ni versos ripiosos... Así debe ser la muerte; fría, descarnada, sin flores ni ripios, ni frases de teatro.

Pero el hombre ilustre por su talento ó por su dinero, muere ridiculamente. El drama se convierte en comedia. Si tiene familia, los preceptos de la etiqueta le impedirán abrazarla; si tiene amigos, serán interesados, porque nunca se es amigo verdadero de un hombre ilustre. Los hombres ilustres son inaguantables.

Luego se le trae y se le lleva por los periódicos, se le llena de coronas, se le arrojan sobre el féretro papeles llenos de versos, se le pasea por calles y plazas, y... allá va, camino del cementerio, con aquella carga de cursilerías, el hombre ilustre que tuvo la desgracia de llegar á serlo. Y no se diga de los elogios con que á última hora se le persigue. Hay indivíduo mayor de edad que sale del paso con algunas frases hechas de las que sirven para todos los hombres notables. «Has muerto—le dice uno—pero vivirás en nuestra memoria.» «Los muertos como tú—escribe otro—no mueren jamás.» Y menos mal, los que se conforman con copiar lo que han leido cien veces. Esos no son los que más molestan á la familia del finado. Los poetas baratos, esos son los verdugos de la parentela; porque yo he creído siempre que la muerte de un hombre no puede llorarse en verso.

Bueno que se le elogie en vida, cuando puedan satisfacerle los elogios. Pero que á última hora se le llame génio y se le proclame inmortal, ó cosa así, es eminentemente ridículo.

Y lo que más suelen extremar el bombo son las personas desconocidas. Yo he llegado á pensar si habrá criaturas predestinadas. Porque asi como existen indivíduos con tendencias á mamarse el dedo pulgar de la mano derecha, así también debe haber séres con inclinaciones naturales á manejar el bombo fúnebre.

Y no son de los que peor viven en el mundo. Yo he conocido á personas muy anémicas, no tanto por falta de sangre como por falta de dinero, que llegaron á desempeñar cargos de mucha importancia y á comer todos los dias, explotando la muerte de los hombres ilustres.

Un soneto publicado al dia siguiente de enterrar el cadáver; un artículo necrológico abultando los rasgos más característicos del difunto, comparándole con Montesquieu, si era filosófico; con Gambetta, si se dedicó á la política; con Girardin, si luchó en el periodismo; con Tamberlik, si cantó alguna vez; con Talma, si fué actor dramático; han valido más de un destino á más de un hombre inútil.

Verdad que esta clase de destinos suelen darse para que quien los recibe no vuelva á coger la pluma en ningún funeral, pero el daño se consuma...

¡Dios mio! Yo te doy gracias por no haberme hecho hombre ilustre. Si el trance más serio de la vida es dejar de vivir, quiero morir seriamente... Ya que tanto me he reido en este mundo, deseo entrar en el otro sin coronas; con la mayor formalidad posible.

FRANCISCO DURANTE.

GRANDES INDUSTRIAS
¿Compra usted un pase de libre circulación por todas las calles, callejuelas y vías secretas que tiene Madrid?

EXPOSICION DE FLORES
—¡Ay, hija! Esta tarde estamos seductores.

EPIGRAMAS

Sirvienta Juana Garrido
desde muy joven ha sido,
y ahora no encuentra acomodo,
y es que ya tanto ha servido
que es inservible del todo.

—

Doña Irene Cachupin
ya setenta años cumplió,
y, no obstante, ayer parió
un robusto chiquitín.
Mérito reconocido
dan por esto á doña Irene,
mas yo juzgo que quien tiene
el mérito es su marido.

—

Caldo y riñones pidió
en un *restaurant* Quiñones,
y en cuanto el caldo apuró,
«¡Pronto, al mozo le gritó,
Sáqueme usted los riñones!

—

Tres hijos tiene Andrés,
y es hombre de tal suerte
que quizás sea padre de los tres!...

—

Querida mantiene Prida
y sin caballo no vive;
más las coces que recibe
siempre son de la querida.

LIBORIO PORSET.

PROPIO Y AGENO

En el número pasado y en el artículo *Consummatun est* se deslizaron varios gazapos que hay que *apiolar* inmediatamente.

Hay por allí unas *Marusas* que son *Marinas*, y un *Amérigo* que debe ser *Casanova*.

Corríjase... y en paz.

—

BLANCO Y NEGRO

—Temo que me digan algo, porque como el corsé es encarnado...

—

Hemos recibido un ejemplar del precioso juguete cómico de Felipe Pérez y González *¡Doña Inés del alma mia!* estrenado con merecidísimo éxito en el teatro de Lara y del que toda la prensa ha hecho justos elogios.

A la amabilidad de su autor debimos un fragmento de la obra que publicamos en uno de nuestros números anteriores, y como seguramente ustedes lo habrán leído, no necesitamos encarecer sus bellezas y su gracia.

Por una peseta pueden pasar un rato delicioso.

—

¿Sabes por quién llevo luto?
Por la muerte de mi suegra,
que, de chico, me enseñaron
á santificar las fiestas.

Las penitas que yo tengo
las guardo para mi solo,
que hay penas que son alegres
y hay alegrías sin gozo.

Las penitas que yo tengo
en el pecho las coloco,
mi pecho nunca se llena
que es un abismo sin fondo.

Cantares gitanos
que triste os recuerdo...
¡ay! mi madre solía de niño
dormirme con ellos.

EDUARDO VILLEGAS.

—

Editado por Fé, y esmeradamente impreso, ha visto la luz la obra de Edmundo de Amicis *Infortunios y amor*. Nuestros lectores conocen un hermoso capítulo de este libro y saben que, la traducción está hecha por don Antonio Sánchez Pérez; así, pues, solo les resta gastarse cuatro pesetas, leerlo detenidamente, que bien lo merece, y guardarlo después, que estas obras deben conservarse siempre.

—

Tuve yo un amigo falso
y un duro falso también,
del duro á veces me acuerdo,
del amigo ¿para qué?

M. LEBRÓN.

—

A un desconocido. Folleto de 16 páginas del distinguido escritor Juan Bautista Amorós. *(Silverio Lanza.)*

No se vende.

—

¡Se vuelve loco el que adora
y el loco sigue queriendo,
como la flor mustia y seca
sigue pensando en el cielo!
¡Qué cosa más rara!
Marcharse la idea, la dicha y el llanto
¡¡Y quedarse el alma!!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

—

E. García Aleman. *Lujuria*. Un tomo de 162 páginas, bien impreso y que debe leerse á pesar del título un tanto llamativo.

Precio 2,50 pesetas.

—

Biblioteca de la Juventud Literaria. *Mil y un cantares*. Un volúmen de 96 páginas y bonita cubierta á dos tintas. Una peseta.

—

Marecita mía
no se lo que tengo,
que desde el día que pude quererla
de ti no me acuerdo.

Pido á mi madre consuelo;
á ti te pido querer,
y á Dios tan solo le pido
que nos case pronto y bien.

DIOSDADO RAMIREZ.

—

Angel Alfaro ha publicado un ciento de epigramas con el título de *Mostaza Inglesa*, á céntimo el epigrama.

Un tanto subidos de color son, por lo que solo lo recomiendo á los aficionados.

—

En un teatro de Granada
ví un cartel que así decía:
«Soledad, *ejecutada*
por toda la compañía.»
Tuvieron razón de sobra
los que el cartel redactaron,
pues lo que es aquella obra...
¡vamos, que la *ejecutaron!*

EDUARDO VILLEGAS.

—

Pues no pude ir al baile de blanco y negro porque cuando se lo dije á mi marido me puso de oro y azul que no había por donde cogerme.

Hoy que tanto se ha despertado la afición á la fotografía no deja de tener interés y ser curioso el *Anuario Fotográfico Hispano Americano*, para 1890.

Consta de 300 páginas, está ilustrado con gran número de grabados y una fototipia de Thomas y Compañía.

Todo por dos pesetas.

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

AÑO III.—TOMO II.—**Núm. 89.** **15 CÉNTIMOS.** 14 DE JUNIO DE 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.**

INTIMA.

—Dámela, dámela un momento!

—Una vez nada más, porque cuando se acostumbra uno á algo lo está pidiendo constantemente. Y tu lo vas á pedir también.

PLÁTICAS.

SR. D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ:

Donde se halle.

Mi muy querido amigo: nunca pude esperar de usted abrigara hacia mi tan malos deseos. Le tenía por un buen amigo incapaz de jugarme una mala pasada, pero cuando ha llegado el momento preciso en que vivía yo más confiado, me pone usted en el aprieto mayor que pudiera desearme mi mayor enemigo: dejarme sin sus sabrosas *pláticas*.

Si me hubiera avisado con tiempo ¡santo y bueno! yo con unos monitos llenaba la plana y quedábamos como dos hombres.

Pero ahora, así, de sopetón hacer una crónica de lo ocurrido durante la semana, dirigir la palabra á los lectores que están acostumbrados á saborear los trabajos de usted? ¡Ahí es nada!

Ya en otra ocasión Navarro Gonzalvo, nuestro comun amigo, hizo algo parecido y el entonces director de LOS MADRILES, Urrecha, me obligó á escribir unas cuartillas que tuvieron el atrevimiento de publicar.

Hoy usted me obliga á hacer lo mismo.

¡Qué amigos tengo, Benito!

Y la semana es de perlas para aprovechada por un cronista de verdad.

Fiestas todos los días y á todas horas.

Salimos á fiesta por barba, con lo que estamos tan contentos, por más que (y aquí una mijita de frase) las fiestas nos hacen la barba.

En Madrid no estamos ya para fiestas.

Porque se ha echado sobre nosotros una temperatura imposible.

Un paso más y la axfisia.

Usted ha escapado del calor pero no ha tenido en cuenta que me deja sudando la gota gorda.

Aparte de que sin tener que escribir *Pláticas* la sudaba ya.

Y efecto, sin duda, de la temperatura han tomado con tanto calor lo de los matuteros.

La aureola de gallinas que circundaba á *Pepe el huevero* sólo llegaba hasta la línea de casetas del

—

REGISTROS BAJOS

—Y por qué no puedes cantar esta noche? ¿Has perdido la voz?

—No, de voz estoy bien: es que no puedo levantar la pierna más que hasta salva sea la parte y como el público es tan exigente...

—

resguardo, ó un poco más acá. Ahora, con su prisión, ha invadido Madrid y es el hombre del dia.

Toda nuestra admiración estaba en Mellado, el divertido alcalde; no comprendíamos cómo le cabían tantas fiestas en la cabeza: ahora la repartimos entre él y *Pepe el huevero.*

* * *

De esas fiestas que bullían en la cabeza del alcalde y que han llegado á ser un hecho algunas, se ha perdido usted la Exposición canina donde Cánovas presentaba un hermoso perro del partido conservador.

Perro que, Dios mediante y cuando don Antonio esté en el poder, ha de ocupar un puesto importantísimo: el de hacer perrerías con los fusionistas.

La inauguración de la Exposición de flores fué digna de verse. Allí acudieron nuestras más hermosas flores que llevan apellidos ilustres á competir con los que enviaban los más acreditados floricultores.

Solo faltaron Fernanflor, Flores García y Floridor, que yo sepa.

El carrousel brillantísimo. Los billetes eran solicitados como gracia especial y empleando todas las recomendaciones y medios posibles.

Hubo quien alegaba para obtener billetes sus méritos de guerra y mostraba su hoja de servicios.

Parece mentira que muchas y distinguidas señoras hayan tenido tanto empeño en estar entre soldados.

Otra fiesta que deja ustedde ver es

La primera verbena
que Dios envía.

y que es de lo más animadito y clásico que tenemos en Madrid.

Se preparan una infinidad de festejos para solaz y recreamiento de los forasteros y martirio de los vecinos de Madrid que con tal motivo llevamos muchos días sin trabajar pero muy atareados si no hemos de perder ninguna de las fiestas.

Y ahora caigo en que quizás esta será la razón por la cual no ha mandado usted sus *Pláticas*: ha creído que todos los días son fiesta y que como tales no debía trabajar.

Pues no, amigo mío, aquí nos tiene usted con muchos trabajos y muchas fatigas para acabar esta ilegible carta, deseando á mis lectores (si por acaso los hubiere) regrese usted pronto y los indemnice, que bien necesitados quedan de ello.

Sabe es su afectísimo etc.

A. PONS.

EN PROPIA MANO

Don Angel Pons, director
de Los Madriles. Queriendo
que ésta llegue á su poder
no me sirvo del correo,
y la mando con un mozo
de confianza. No puedo,
y lo siento muy de veras,
escribirle á V. los versos
que me pide. No me ocurre
el asunto, y lo lamento,
pues para mí en estos casos
el asunto es lo primero.
Vamos á ver. ¿De qué escribo?
¿Quiere V. que cuente un cuento?
¿Murmuro de las vecinas?
¿Hablamos mal del Gobierno?
Eso resulta muy bien
casi siempre. ¡Es de un efecto
seguro! Pero á nosotros
nos está vedado hacerlo.
¡No estamos clasificados
como periódico serio!
Vaya, ¿Doy gusto á la peñola,
y critico á un compañero?...
No que el tejado es de vidrio,
y además está mal hecho.
—no el tejado—el murmurar:
así pues, no murmuremos.
¿Hago unas quintillas cúrsis
pintando los ojos negros,
la boquita sonrosada,
el pié chico, y talle esbelto,
de alguna Beatriz incógnita?
¿Hablo de Pepe el Huevero?
¿Le tomo el pelo al Jurado,
—con finura, por supuesto—
de la última Exposición
y lo pongo como nuevo?...
¿Hablaré mal de los toros?
¿Me burlo de los toreros?
¿De los cómicos? Tontunas.
Todo es viejo... todo es viejo...
¿De las patronas? ¡Horror!
¿De las suegras?... *¡Va de retro!*
¿De los novios? ¡No en mis días!
¿Hago un romance chulesco
Con un *veláy* y *la órdiga*,
y el *me parece...?* No es nuevo.
¿Fustigo á los militares?...
¡Quiere V. callar! ¿Al clero?
Pide la palabra Nakens
enseguida. ¡Qué no encuentro
arbol de que ahorcarme, vamos!
¿Digo pestes del casero?
¿Reniego del Editor?...
¿Satirizo los festejos
del mes de Mayo en Madrid?...
¡Que dirá el Ayuntamiento!
¿Escribo alguna oriental
del género tonto memo?..
¿Un sonetito á Teodora?...
¿Canto al mar?... ¿Hablo del cielo?
No señor; no hablo de nada,
me despido muy atento,
beso á V. la mano abur...
¡Ah! Si se cuentan los versos
de esta carta, quizá llenen
una columna! ¡Soberbio!
¡Sí salí del compromiso!
¡Ellos no serán muy buenos
pero cumplen... pero cumplen!..
Querido Pons, hasta luego.
Fecha y firma. Suyo siempre.
Dé usted propina al cartero.

E. Navarro Gonzalvo.

MANOS EN SALSA

Cada cual tiene su naturaleza y sus aficiones, y son muy dignas de respeto la naturaleza y las aficiones de cualquiera persona, en tanto que no perjudique ó moleste con ellas al prójimo.

Ignoro, así como otras muchas cosas, quién fué el inventor de los guantes.

He leído que fué un monarca de Dahomey, ganoso de aderezarse con lujo.

Su magestad africana los usaba de piel de persona.

Pero tanta riqueza no está al alcance de los pobres.

Solamente algún monarca africano puede «costearse» ese lujo en guantes.

Creen varios historiadores que los guantes proceden de la Edad Media.

Entonces los usaban de hierro, de abrigo contra la temperatura y contra sus convecinos.

Así se explica el por qué de la ofensa de un caballero, «en aquel entonces», cuando otro le arrojaba un guante.

Como que, de alcanzar al retado en la cabeza ó en la dentadura, no escapaba sin chichón, cuando menos ó con diente sano.

Resucitar el guante férreo ó la manopla sería, tal vez, una torpeza.

No porque se los arrojaran los caballeros unos á otros.

Por que costarían caro y no podrían sino muy pocas personas comprarse un par de guantes.

Pero los guantes de cabritilla, los de piel de perro, ó los de lana, algodón y seda, son muy recomendables y aun deberían ser obligatorios para algunos sujetos.

Para los que gastan manos en salsa.

Particularmente en verano.

Observen ustedes el interés con que los señores y las señoras que se evaporan por las manos, las ofrecen á cualquiera.

Una mano sudosa produce el mismo efecto que un sinapismo.

El individuo que se encuentra con uno de esos seres constantemente á la vinagreta, no se libra de un apretón cariñoso.

Unos adoptan el procedimiento de enjugarse las manos en la ropa del prójimo.

Estos son los modestos, los que reconocen que pringan.

Otros, los más campechanos, los que ignoran que poseen tal virtud, ó se envanecen de ella, no se conforman con ofrecer la mano derecha, sino que toman la de su víctima entre sus dos manos y se la bañan completamente.

Cuando se despiden y se alejan,

BASTIDORES.

—Permítame usted que dé solo un mordisquito, y yo le juro que esta vez es pura pasión no es apetito.

LO MEJOR DE LA FLORIDA.

Y si le llaman mamarracho se atrevería á pedir explicaciones y llevar la cuestión como un hombre serio.

queda el paciente con las manos caídas y levantando los brazos como si fuera á poner banderillas.

Pidiendo socorro, ó buscando un lavamanos ó una fuente, donde sumergir aquellas manos rebozadas, para limpiarse del recuerdo del amigo vaporoso.

Esto demuestra la justicia del temor de algunas chicas de cursiva, que se visten un día de colores claros para asistir á una reunión con baile.

—¿Caballero—dicen al que «las saca á bailar»—le sudan á usted las manos?

—Hija, un poco—responde alguno, con lealtad.

—¡Ay!—exclama la chica atemorizada—pues póngase usted un pañuelo para tomarme la cintura.

—Señorita, bailar con pañuelo...

—De lo contrario se mancha todo.

—Pero pierdo el dulce contacto de ese talle.

¡Ay! hijo, más vale que pierda usted eso que no que pierda yo otra cosa.

Dicen bien. ¡Pobrecitas!

El hombre que usa manos en salsa no debe quitarse jamás los guantes.

O que sea cauto y no se propase á tocar al prójimo ni á la prójima.

Que se limpie cada cual como pueda y no moleste á los demás.

Cuando piensc en que puede haber cocineros con las manos en salsa, y cocineras y reposteros, se me ponen los pelos embolados.

Porque, en buena hora lo diga, no puede ser que, en mi estado social, se me pongan de punta.

EDUARDO DE PALACIO.

La mariposa y el asno.

Un ejemplo tomado de la historia.
Pastando en un pradal un borriquito
(y ya lo habrá olvidado el pobrecito,
aun cuando no son flacos de memoria)
como su dueño en libertad le deja,
tendió una blanca mariposa el vuelo,
cruzando el aire le tocó la oreja
y le hizo rozaduras en el pelo.
El asno terqueaba
esperando el momento de vengarse;
vió que la mariposa se posaba
de una flor en el caliz; acercarse
determinó el borrico,
y al rociar la flor con el hocico,
la mariposa se llenó de baba.
El burro es burro y se tragó el anzuelo;
y aunque no faltará quien lo celebre,
se llevará por fin el gran camelo,
y tenderá la mariposa el vuelo
mientras el burro volverá al pesebre.
¡Nunca podrán, tratándose de rosas,
los burros alternar con mariposas!

RICARDO J. CATARINEU.

LO IMPOSIBLE.

De tal modo estamos ya acostumbrados á las maravillas realizadas por el progreso moderno, que la palabra «imposible» va perdiendo toda significación y no parece lejano el día en que se la tenga por

anticuada, viniendo, con el desuso, á considerarse como expresión de la ignorancia de pasados tiempos.

En el orden material diríase que nada existe fuera del alcance de las fuerzas humanas. La concepción más extraordinaria de la fantasía puede tener cumplida realización, á juzgar por los adelantos del presente siglo.

El menos optimista confiesa hoy que no sabe lo que es posible, ni imposible, aun bajo el punto de vista relativo y circunstancial.

—Si me aseguran, decíame, no ha mucho, un amigo, que andando el tiempo será postre favorito en las mesas de buen tono un fragmento de luna, no seré yo quien lo niegue.

Un sabio celecticismo... no la *prudente duda*, que aconsejan eminentes filósofos en materias religiosas, parece que debiera ser en todo y por todo la mejor regla de conducta para no vernos obligados á confesar alguna vez lamentables errores.

Así lo aconseja también el buen sentido. Y sin embargo, el buen sentido se equivoca. En la práctica de la vida aprendemos que hay cosas absolutamente imposibles; por lo cual esta palabra subsistirá eternamente en el diccionario de todas las lenguas. La imposibilidad de estas cosas puede afirmarse de un modo categórico: no cabe la duda prudente, ni imprudente.

Es imposible, por ejemplo, hallar un artista sin vanidad, un advenedizo sin soberbia, un sabio sin orgullo; por más que la hipocresía de estos defectos, llamada vulgarmente modestia, los encubra y disimule en ciertos casos. Se dice que esta regla general tiene escepciones; pero no es creible: sería un contrasentido tan grande como el de un avaro dadivoso.

Para el desgraciado es imposible todo aquello que se traduce en bienes y que para los demás es hacedero y llano.

¡Sacar á la lotería! ¡Imposible!

Y, sin embargo, el feliz vecino cobra frecuentes premios: ningún trabajo le cuesta; piensa que es lo más natural del mundo, puesto que juega para eso.

¡Obtener un destino, una colocación lucrativa! ¡Imposible!

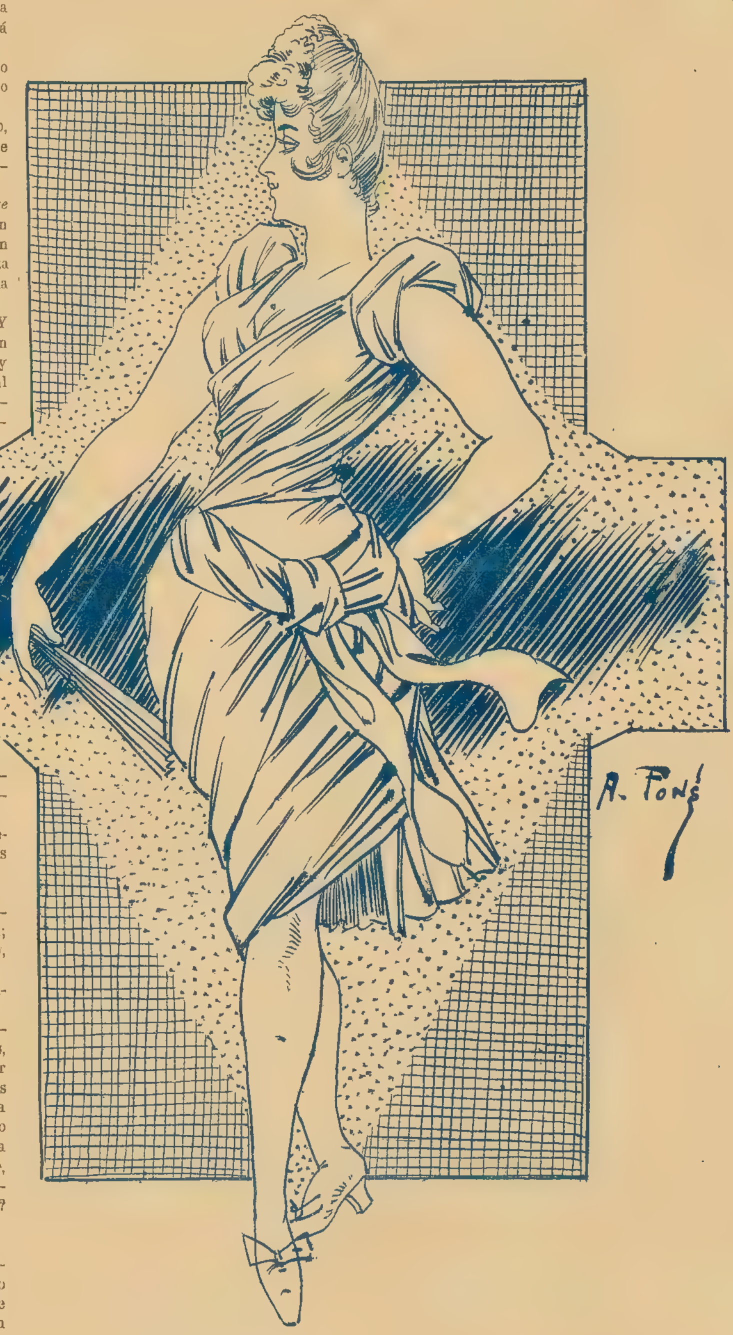
Todos los dias estamos viendo, no obstante, que personas de merecimientos dudosos, ó por lo menos ignorados, alcanzan un lugar en la mesa del presupuesto: ¿hay nada más sencillo? Pues bien, ayer mismo recomendaba yo esta receta contra el hambre á un sujeto de reconocida ilustración, de honradez notoria que ha prestado servicios á su patria y que, por añadidura, es el único amparo de una angustiada familia. ¿Sabeis lo que me contestó?

—¡Imposible!

—¡Cómo imposible! repliqué.

—Sí, añadió tristemente; esa es la respuesta que me han dado muchos amigos de otro tiempo, que me estiman de veras, algunos de los cuales me deben favores de consideración y que hoy ocupan altos puestos oficiales. Y, ya ve usted, cuando me han dicho que es imposible...

LO MEJOR DE LA FLORIDA.



Mucha esbeltez, mucha elegancia y luego al teatro, á criticar á las coristas porque enseñan las pantorrillas.

CORNELIO Y MÁRCOS.

—Lo único que me preocupa es saber qué me diría ella en el momento de sorprenderla con su amante.

—

En cambio, cosas que á primera vista se tienen por tan imposibles como que dé peras el olmo, se realizan á la faz del orbe sin que cause el fenómeno la menor extrañeza.

Vemos cucurbitáceas de diversos calibres pronunciando discursos académicos.

Vemos soberbios alcornoques, *sin otro artificio que el de su cortesía,* como dice el *Ingenioso Hidalgo* de la Mancha, intervenir en los asuntos más graves de la nación.

Vemos jóvenes... arbustos echar bellotas prematuras.

Vemos pacíficos rumiantes haciendo el papel de leones.

Vemos en las artes estrellas opacas que pasan ante el vulgo por deslumbrantes soles.

Vemos, en fin, en el disco de luz proyectado por esta linterna mágica, llamada sociedad, tales absurdos, tales monstruosidades con realidad positiva, que el ánimo queda suspenso y maravillado, llegando hasta á dudar de la eficacia de los sentidos y de la humana razón.

COMPETENCIA.

—Las casadas son más egoistas que nosotras. Gastan mucho y quieren además tener al marido constantemente á su lado.

Aparte, pues, de los imposibles que he indicado y que son, digámoslo así, constitucionales, idiosincráticos, todos los demás no pueden admitirse sino *sub conditione*.

Bien conocida es la historia de un individuo para quien el suicidio fué imposible no obstante su firme voluntad de quitarse la vida. Cansado de hacer tentativas inútiles, resolvió emplear una combinación de medios que debía dar infalible resultado.

Tomó un veneno y fué inmediatamente á ahorcarse de un árbol, cuyas ramas se inclinaban sobre la corriente de un río caudaloso: si el veneno fallaba ó la rama se rompía, el agua del río se encargaba de llevarlo á la eternidad. Por exceso de precaución llevó una pistola para dispararse un tiro en la cabeza al tiempo mismo de extrangularse.

Todo estaba perfectamente meditado.

Pero la bala de la pistola rompió la cuerda que lo debía ahorcar; las aguas del río le sirvieron de emético para arrojar el veneno ingerido, y unos pescadores recogieron al suicida imposible, sin más consecuencia que la impresión de un baño fresco.

No se puede ir más lejos en la lucha con lo imposible.

El reverso de esta medalla representa los trabajos titánicos de los que desean vivir; del gran número. La muerte los acecha por todas partes; hacen esfuerzos inauditos por sustraerse á ella. ¡Imposible! Dejan de ser cuando se hallan en la plenitud de la vida, en lo más vigoroso de la edad, arrastrando consigo á muchos de los que les rodean.

Por último: Es imposible encontrar en el pecho del hombre un corazón humano, y valga la paradoja, si tropieza el escalpelo con las pasiones de aquel, sus vicios y sus debilidades.

JOAQUIN ARDILA.

CARTA

A don Simplicio Traspiés
en su boda. (¡Desgraciado!
¡Pues con esta ya son tres
las veces que se ha casado!)

—

¿Con que esta es la vez tercera
que se casa usted, amigo?
¡Caracoles, que manera
de tentarle el enemigo!
¡Permita usted que me asombre!
¡Casarse tres veces! ¡¡Tres!!
Solo puede hacerlo un hombre
que se apellida *Traspiés*,
pues no hay sujeto que aguante
casarse por vez tercera
á no ser que esté en constante
borrachera.
Los que le tratan un poco
dicen que está usted *guillado*.
¡Yo creo que está usted loco
rematado.
¡Cuidado con la manía!
¡En cuanto enviuda, se casa!
¡Usté entra en la Vicaría
como quien entra en su casa!
Si cual usté hubiera tres,
no habría chica soltera.

DISCRETEOS.

—No puedo creer que tenga usted ese deseo.

—¿Y si yo le asegurara que lo tengo?

—Necesitaria verlo.

—

¡Pero, hombre, señor Traspiés,
bueno fuera
que llegase usté á una edad
muy larga, sin corregirse...
¡No iba á hallar en la ciudad
una chica á quien unirse!
Déjese usted de tontunas,
que eso solo lo hace un loco,
y mire usted que las lunas
de miel... engordan muy poco...
Ya empieza á decir la gente
que se casa usted por vicio
solamente,
mi querido don Simplicio.
Si vuelve usted á enviudar,
nada, eche la boda al diablo,
si no ¡le vá á tutear
la epístola de San Pablo!
Hágalo así, caballero,
pues si una á faltarle empieza...
¡no vá usté á encontrar sombrero
propio para su cabeza!...

J. RODAO.

CORAZONADAS.

—Para corazones populares el de Jesucristo y el mio.

CALINO.

—Si efectivamente el calor dilata los cuerpos, puede que durante el verano me sirviera un traje de mi hijo.

CANTARES

No digas, niña, que son
iguales todas las horas:
¡qué breves cuando se ríe!
¡qué largas cuando se llora!

—

Rubio está el trigo,
rubio está el sol,
como la niña
que adoro yo.

—

El amor es como el ave
que de rama en rama vuela,
y ya se posa en las flores,
ya sobre las ramas secas.

—

El árbol de la esperanza
mis ilusiones plantaron;
¡cuánta nieve le ha caído
y el árbol no se ha secado!

—

Desde el barco en que te vas
me dices tu último adiós;
¡el barco rompe las olas
y rompe mi corazón!

—

Tras ilusiones iguales
vamos corriendo los dos;
y ni me comprendes tú
ni á tí te comprendo yo.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

PROPIO Y AGENO

Ya que tienes buenas formas,
y tienes la voz muy mala,
sienta plaza en el teatro
y serás *tiple* afamada.

J. J. CADENAS.

—

Dice un periódico:

«Los billetes remitidos á cada periódico han sido dos de sombra, dos de sol y sombra y dos de sol.»

A ver, muchacho, ¿dónde están esos seis billetes que me correspondían?

Porque santo y bueno que se queden con algunos, que ya sabemos que estos billetes de favor siempre se traspapelan, pero cuando menos haberme mandado los dos de sombra.

¡Y haberse quedado con los otros cuatro!

—

¿Por qué deseas mi olvido
si sabes que aunque no quiera
siempre te quiero lo mismo?

D. RAMÍREZ.

—

Un libro de que verdaderamente estábamos necesitados es el que acaba de publicar nuestro muy querido amigo el eminente escritor Jacinto Octavio Picón, en colaboración con el conde de San Román.

Desde hace tiempo veníamos envidiando los hermosos libros que apropósito del Salón publican todos los años nuestros vecinos los franceses.

Ahora serán ellos los que sientan envidia, porque la obra *Exposición de Bellas Artes* de 1890 puede colocarse al lado de mejores obras francesas de esta índole.

El libro, que consta de 140 páginas en rico papel y estampación esmerada, contiene 25 hermosos fotograbados de los cuadros que más han llamado la atención en el palacio de las Exposiciones.

La reproducción fotográfica ha estado á cargo del *amateur* conde de San Román y el grabado, que es perfecto, está hecho por la casa Boussod Valadon y Compañía, de París.

En cuanto al texto no necesitamos decir una palabra. Conocida es la competencia de Picón en asuntos de arte y sabido es que nadie mejor que él había de hacer un juicio tan atinado de los cuadros.

Por lo que deben ustedes comprar el libro que solo vale 5 pesetas y que sino se ha agotado se estará agotando.

Conque...

CALINO.

—Y digo, lo que se habrá dilatado el cuerpo de consumos. ¡Apenas cabrán en las casetas!

Aunque es muy torpe y profano
en la música, Bautista,
dice que daba una mano
por ser un buen violinista.

EDUARDO VILLEGAS.

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Año III.—Tomo II.—**Núm. 90.** **15 CÉNTIMOS.** 21 de Junio de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.**

PROYECTOS.

—Seríamos tan felices corriendo por la playa!...
—No, hijo mío; he corrido ya mucho para que me queden ganas de correr por la playa.

PLÁTICAS

Ya estoy aquí, amigo Pons; no era cosa para armar tanto ruido. En último término con mi escapatoria salieron ganando los lectores de Los Madriles. Pero ya se vé, el director de este periódico no quiere que se falte nunca á las buenas costumbres (suponiendo que sea buena costumbre escribir crónicas) y se lamentó públicamente de mi ausencia. ¡Cosas de Angel; tiene tanta afición á los caminos trillados!

Y no hay por qué ocultarlo. Me fuí sin acordarme de nada; deseando respirar el aire puro y sano de las montañas y recrear la vista con los hermosos paisajes de las llanuras Alavesas. A mí con crónicas, cuando me aguardaba Fernando Izquierdo en Nanclares y sabía yo de antemano que habría fiestas y jolgorios, no de estos fingidos de por acá, sino de los que alegran de veras, de aquellos celebrados en el hermoso escenario de los campos de Alava, teniendo en el foro montañas azules, en los primeros términos alamedas deliciosas y arriba en el lugar de las bambalinas, un cielo claro y transparente con el sol dispuesto para alumbrar sin meterse á quemar la sangre de los ciudadanos.

Al cabo de una semana regreso, para que Pons no saque mis faltas á relucir. Regreso á la corte y vuelvo á la crónica. ¡Ya estará usted satisfecho, señor dibujante! Si lo está, póngame un mono en señal de paz.

* * *

Pasaron los festejos. El último de ellos fué, sin duda, alegre y brillante; con mucho de extraordinario y bastante de bonito. Pero ¡qué diablo! No vale llamar fiestas á las *cosas* que hemos tenido desde San Isidro hasta San Antonio. Tanto que ahora al volver la calma á nuestros conturbados espíritus nos sentimos en ese estado especial del que se despierta después de una violenta pesadilla.

Sí, una pesadilla atroz. ¡Mares de percalina, en los cuales se encuentra uno sumergido sin saber cómo ni cuando! ¡Procesiones inacabables! ¡Luces de bengala! ¡Hachones de viento! Muchas bombas iluminadas con mecheros de gas. Hablando con franqueza: todos nos hemos sentido un poco *paletos* ante los últimos festejos municipales, provinciales y hasta generales. Y cuando se recuerda lo pasado, no se dice de ello que fué mejor ni mucho menos. Se cita con cierta timidez, como si diera su poquito de vergüenza decir que á ratos Madrid parecía Villamelones.

DEL TIEMPO

Ultimo figurín para este verano. Traje de visita.

Unas fiestas salteadas como las nuestras, bien pudieran ser mas lucidas. Pero no ha sido así y lo lamentamos. Por cierto que los festejos se acordaron en albricias de haber desaparecido la epidemia de *grippe;* pues bien, antes de que concluyesen los jolgorios madrileños una nueva epidemia nos amenaza.

Cualquiera diría que España está llamada á desaparecer. Aquí todo se vuelve hablar de focos. Que focos de inmoralidad, que focos de infección. La Providencia nos tiene bien enfocados. De lo único que no puede hallarse foco es de dinero. En cambio abundan los sofocones.

* * *

Y por supuesto; cólera en puerta, ciencia infusa á la vuelta. Llegó la hora de esos caballeros que comienzan á disertar en las mesas de los cafés y hablan de Koch como si fuera un pelele y discurren acerca de las epidemias lo mismo que si se tratara de la familia.

Hay quien supone que el *bacilo vírgula* es un toro de Miura y hasta usa los términos *del arte* en sus discursos. Lo que debían hacer los médicos—exclama—era apoderarse del *bicho*, trastearlo en regla y acabar pronto con él. Pero ¡no hay ciencia, ni nada!

¡Ah, y luego después de estos sabios de 0,50 pesetas, con propina, salen los de ocasión! Por cierto que ya estarán preparando sus folletos y sus remedios infalibles. ¡Sus á los incautos! Ha llegado la hora de lucir vuestro ingenio, sabios por contrata. Y cuidado si son deliciosos. Acuden á los incidentes extraordinarios como los bomberos á los fuegos. Si hay cólera, monografía acerca del huesped del Ganjes—por que le llaman huesped, aunque el cólera tiene allí junto al Ganjes su propia casa.—Que *El Peral* hace pruebas: monografía acerca de todos los submarinos ideados desde los tiempos del Diluvio Universal hasta estos del Diluvio español.

Y luego los autores de estas obras, los sublimes omniscientes, miran con un soberano desprecio á los infelices que no quieren reconocer su grandeza.

* * *

Confiemos en que la ciencia procurará evitarnos los nuevos sinsabores que nos prepara la desgracia. Porque sino es cosa de emigrar. Aquí gastamos las epidemias como los trajes; uno para cada estación. En el invierno tuvimos género de Rusia; trancazo de primera calidad. Ahora nos quieren obsequiar con el acreditado cólera del Indostán. ¡Basta, por Dios!

Y por cierto: es costumbre cantar un *Te Deum* cuando los rigores de las epidemias desaparecen. Bueno; pues cantemos antes el *Te Deum*, que ahora es cuando más falta nos hace.

J. Francos Rodriguez.

—¿Va ustez muy lejos, rubia?
—Más allá de lo que usté supone, moreno.

LA MINA DEL ANZUELO.*

(SATIRA.)

Escuchad la relación
que hizo el desdichado Antón,
preso en la carcel Modelo
por robar un azadón
en la mina del Anzuelo.

* * *

Surgió en tierra de Castilla
un venero de oropel,
oro escaso, piedras grandes,
mucho ruido y poca nuez.
Mientras tanto que el filón
no hizo más que prometer,
y era, reló descompuesto
que dá mal y apunta bien;
los primeros accionistas,
que no pasaban de seis,
por las artes de Brijan
se convirtieron en cien;
ponderando á tal extremo
aquél filón de dublé
que mil *Acciones-Meneses*
despacharon en un mes,
y en la mina del Anzuelo
se pescó entonces con red.
La vena pobre y canija,
resultó enorme después,
dando hemorragias de oro
y pepitas á granel
y aquella media docena
de accionistas, al saber
que el venero confirmaba
su fingida explendidez;
suspendieron los trabajos,
haciendo á todos creer
que el negocio no valía
lo que se gastaba en él,
y que antes que con el oro
darían con Lucifer.

. . . .

Cuando andaban las acciones
por el suelo á puntapiés,
los seis accionistas cacos
compraron todo el papel,
y millonarios se hicieron
aquellos *hombres de bien*
estafando á los incautos
que los quisieron creer.
Uno de ellos, viendo luego
el engaño y la doblez
de los accionistas cacos,
les dijo un dia: —Pues, qué?
¿No se ha agotado la mina?
—Se ha agotado para usted.
—¡Esto es un robo!
—Corriente.
—Es una infámia.
—Lo sé;
pero hay robos como soles,
que brillan sobre la ley.

* * *

Esta fué la relación
que hizo el desdichado Antón,
preso en la carcel Modelo
por robar...... un azadón
en la mina del Anzuelo.

RAFAEL TORROMÉ.

CADA CUAL EN SU CASA...

¿Dónde está uno mejor que en su casa?

En ninguna parte.

Este es uno de los teoremas de los caseros.

Me refiero á los hombres entusiastas, al parecer, por el hogar y las costumbres patriarcales; á los hombres caseros.

Por que á los *caseros* que cobran, ó deben cobrar, no quiero ni nombrarlos.

Nos separan la ley del inquilinato y los gustos particulares: ellos son partidarios del cobro y yo también, pero no del pago.

En su casa vive cada cual á sus anchas ó á sus largas, según los elementos de que dispone, y la escuela de toreo que prefiere.

Esto es verdad.

Y si en cualquiera estación del año es muy apreciable la libertad del hogar, en verano lo es aún mucho más.

Porque comodidades como las que brinda su propia casa á cualquiera persona, no las encuentra ni en hoteles, ni en caseríos, ni en parte alguna.

Esta es la opinión de cuantos se quedan en casa durante los meses de verano.

—Así justifican su constancia casera.

—En cuanto llega esta temporada no hay más que limpiar bien la casa, regar el pavimento y *entornar los balcones* para que «no entre el sol»—con arreglo al plan de las mujeres de su casa, y de los hombres de su casa.

Bueno es que conste, para remordimiento de los interesados, que los que se oponen á la entrada del sol en verano, son los mismos que abusan de él y «le toman» en invierno.

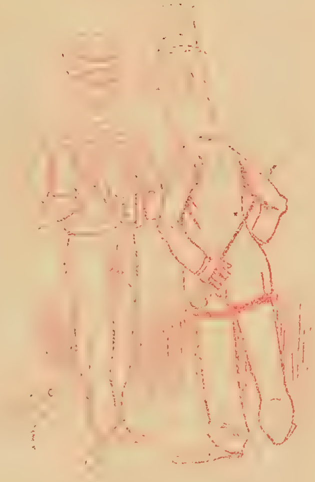
El interior de una casa particular, en verano, es una cámara oscura.

El infeliz que vá á visitar á los inquilinos, en pleno día de verano, es víctima de las precauciones anti-solares.

—Pase usted, don Fulano—le dice una voz que sale de aquel fondo oscuro que atemoriza á don Fulano.

El hombre duda, vacila, y, por fin, se resuelve á entrar en el caos, cuando la voz le dice:

—Dicen qué el que quiera dinero que vaya al Banco; pues en él estamos y apostaría que entre los dos no reunimos dos pesetas.



—¿Quiere usté apostar á que su reló atrasa?

—Pero en cambio yo me adelanto, y por si acaso me lo he dejado en casa.

—Pase usted por aquí, que voy á avisar al señor.

—¡Qué diablo! está oscuro.

—No tenga usted cuidado.

—No, cuidado no tengo más que el natural, la timidez muy justificada en un ciego, aunque sea accidental.

Entonces la mano correspondiente á la voz se ofrece expontáneamente á don Fulano para guiarle á puerto seguro.

Pero uno de los nenes de la casa ha dejado en el suelo un caballo de cartón, de tamaño casi natural, y el caballero tropieza con aquel obstáculo atravesado en el recibimiento, y cae.

—¿Se ha lastimado usted?—le pregunta con interés la dueña de la voz y de la mano, una criada de la casa.

—No lo sé, hija mía—replica el desdichado, levantándose difícilmente.

—Es que el niño ha dejado el caballo ahí enmedio.

—¡Qué barbaridad de niño! ¿Un caballo para andar por casa?

—Un caballo de cartón.

—Ya.

—Pase usted á la sala, que ahora traeré á usted árnica y...

—Y dos docenas de sanguijuelas para aplicármelas á esta cadera.

La criada deja solo al caballero, sentado en una butaca y en aquella obscuridad terrorífica, y meditando:

—Señor, porque no pondrán sereno en ese pasillo. ¡Si yo lo hubiera sabido, qué habría de venir á visitar á este tío!

Pasan algunos minutos.

El solitario empieza á creer que ha perdido la vista.

Después de los momentos de silencio oye el caballero el ruido que produce una puerta que se abre sola.

En las tinieblas cree distinguir la víctima un bulto negro que entra en la habitación.

Para persona es bajo aquel bulto; para gato sería un abuso felino.

El San Sebastián de muchos madrileños.

Probablemente á San Juan de Luz.

—¡Que agradable brisa! (El que no se hace ilusiones es porque no quiere).

Muy probablemente á San Juan Dios.

EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.
—¡Y que no se refresca uno con estas cosas!

La sombra avanza en dirección al desconocido y mártir.

Pero en silencio.

—¿Qué será esto, Dios mío?—se pregunta alarmado el sujeto.

Enseguida siente como si le hicieran cosquillas en una mano, con una pluma fina, y al mismo tiempo, algo así como el aliento cálido de un beodo, en una oreja.

El infelíz queda como petrificado en la butaca y sin atreverse á respirar.

—¿Pero qué casa es esta?—se pregunta.

El dueño de aquel aliento saca de dudas al caballero, gruñendole casi al oído.

—¡Un perro!—grita, saltando de la butaca, el desconocido.

En esto se hace la luz oportunamente.

El dueño de la casa y del perro, se presenta llamando á este y silbando.

Al paso abre los postigos de los balcones para ver por donde anda y al caballero que le busca.

Un minuto más tarde y el perro habría concluído con el caballero de la visita.

El dueño de la casa se presenta en traje de bañero.

Detrás llegan dos nenes en mallas naturales.

—Perdone usted — dice al desconocido—si le recibo de esta manera.

—En casa todo está bien, replica el otro.

—Este calor me mata; así es que ando siempre ligero de ropa.

—Muy bién hecho.

—Mi mujer es lo mismo.

—¿Lo mismo que usted? Pues será bonita.

—Quiero decir que anda lo mismo; casi en pelota.

Efectivamente, á poco atraviesa por el pasillo la señora, envuelta en un peinador de lino.

Por poco más se la vé la raspa.

Entran ustedes en un café y necesitan práctico para llegar á una mesa.

En la calle cada paso es un tropiezo con esos hombres delicados de gusto, que nunca salen si no con sombrilla blanquísima por la parte externa y verde por la interior.

Son transeuntes con pantalla.

Todos desean volver á su respectivo domicilio, para «quedarse frescos.»

En esas casas «de vecindad», como denominamos á las del modelo de *Tócame-Roque*, los vecinos andan por patios y corredores al natural completamente.

«Sin aliño
con la candidez del niño.»

como dice... no sé si el poeta ó el *Buñolero*.

Que no hay sitio como el de la propia casa para andar fresco.

Por lo menos, para estudiar el desnudo.

EDUARDO DE PALACIO.

¿SERÁ VERDAD?

CUENTO.

Escribió un libro Pascual,
un libro sentimental
lleno de filosofía,
y lo llevó cierto día
á una casa editorial.
Y embargado de emoción,
latiéndole el corazón
delante del que editaba,
del libro que le llevaba
hacía la descripción.
Mas el editor taimado
que escuchaba muy callado
cuanto Pascual refería,
y que de filosofía
estaba un poco atrasado,
Dijo con ruda franqueza
y moviendo la cabeza,

—

Amores clandestinos.

—Necesito convencerme, ver si me engaña.
—¿Para qué?
—Para evitarla el rubor de la sorpresa.

—

(que no era buena señal):
—La novela, no está mal
para ser de uno que empieza;
Pero yo, á fe de editor
que vive del comprador,
permita que le recuerde,
que hoy no le gusta al lector
nada más que el verde, el verde!

E. CONTRERAS Y CAMARGO.

«THE STRUGGLE POR TAILOR»

(PSEUDO CATILINARIA.)

¡La lucha por el sastre! He aquí una lucha sorda, desconocida, heróica en su trivialidad... El traje es al hombre como al brillante la luz: es el escudo con que al encubrir la desnudez, se encubren también los vicios y desviaciones de la moral... «Ir bien vestido.» Es lo único que os exige la sociedad... Si sois sabios, si tenéis el corazón tan puro como una gota de agua, si vuestro ser psíquico es perfecto en grado máximo y no tenéis un buen traje, ocultad vuestra sabiduría, moralidad y perfección en el fondo del desierto baul y sentaos sobre su tapa... No os presentéis en ningún sitio. «No tenéis traje negro y no vais á ninguna parte.» Es un dicho popular, amargo como el acibar, y filosófico como todas las frases hijas del pueblo... Y de ahí que los desheredados, los ambiciosos, los que ansían subir—cueste lo que cueste—esa escalera social, cuyos peldaños se llaman: «Consideración», «Amistad», «Placeres», «Riquezas», «Mujer», «Fama», «Gloria» é «Inmortalidad», todos entablan la lucha, en la cual sale la mayor parte de las veces vencido el sastre: el *alfa*, el Dios tirano de las modernas sociedades.

¡Y por Cristo, que nada de esto se traduce en público, ni ninguno de estos átomos humanos lujosa y elegantemente disfrazados paran mientes en los ahogos, sinsabores y bajezas que les ocasiona el *ir* con plumaje de pavo real en vez del feucho del grajo, que de derecho les corresponde! Yo no sé qué gran fondo de estúpido convencionalismo se agita en la sociedad—conjunto de todo lo bueno, lo malo y lo mediano—que hace que se aprecie al indivíduo solo por el traje que usa: notad que una blusa vale menos que una americana, una levita menos que un frac. Es la escala, el barómetro por el que nos guiamos...

Un hombre honrado, verdadero espartano en sus costumbres, vestido de chaqueta, vale menos que un criminal (prototipo de los antiguos y licenciosos romanos); que encubra su torpe humanidad con una levita ó con un frac. Este, exhala el perfume de los ricos, —valga el calificativo,— aquella deja escapar un olorcillo al serrín de la madera, á la grasa de la máquina ó a la cal del mortero.... ¡Y son tan extraños estos perfumes, que no se concibe en sus poseedores nada bueno ni superior.... ¡Así va el mundo!

«La lucha por el sastre»..... Esa se entabla tenaz y decidida por los vividores, por los que saben explotar las debilidades y tontunas de esa porción de zánganos enriquecidos, que sujetan á los demás á sus caprichos y estulteces.... Los que no saben vivir, es decir, los pusilánimes, los que hacen del *yo* psíquico tan poco uso como de sus energías, ó bien, los hombres de ideas elevadas que se rien de los

trapos de que tanto se pagan los otros, esos permanecen llenos de indiferencia. La frase inglesa *The struggle por tailor*, es gringo, y los únicos apuros que pasan quedan reducidos á que, por falta de metálico, no puedan satisfacer con toda puntualidad el traje que imprescindiblemente tuvieron que hacerse, por no ser muy correcto el ir por las calles hecho un Adam.

A veces, contemplando un frac, ó una levita, he creído adivinar un drama... Quién sabe si para adquirir estas prendas habrá habido necesidad de escurirse como las anguilas por entre las mallas de la ley social... Quién sabe si la carta fué macada, el pagaré falsificado ó entró por muchos el agio que ahogó en un mar de lágrimas á unos pobres infelices, bastante crédulos que entregaron sus capitales en esperanza de cobrar un seis, un ocho ó un diez por ciento mensual... Pero esas falsías vienen á justificar el fin: el aprecio y veneración de la sociedad que no ausculta nunca el fondo de la llaga que le mina, siempre que los bordes estén bien vestidos... Cubrir las apariencias y reiros de todo... Sabed ser Janos: y no os cuidéis de más... Y si no entabláis la lucha por el sastre no os irritéis ni os asombréis si vosotros, ricos en ciencia ó en virtudes, causáis cierta repugnancia en el paseo, en la calle ó en el salón á los gladiadores por el traje... La seda y el paño fino se mofan y apartan de la lanilla y el paño burdo... Miraros de los piés á la cabeza, haced inventario de vuestros harapos honrados y comparadlos con aquellos otros lujosos y brillantes, que emanan perfumes y deshonor... Os sentiréis humillados...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

PACOTILLA.

Exito grande ha obtenido,
según todo el mundo dice,
la Exposición de los perros
de aristocrática estirpe.
No me extraña: porque hay canes
ilustrados que distinguen
y saben lo que se ladran
en barítono ó en tiple
y usan de buenos modales
y son en la amistad firmes.
En la exposición ha habido
algunos perros insignes
que sabían matemáticas
y otras cosas muy difíciles,
como ha habido también muchos
bien conformados, gentiles,
graciosos, limpios, correctos
y hasta guapos inclusive,
de modo que ha resultado
una exposición plausible
muy grata, muy *fin de siglo*,
y sobre todo, muy pingüe.
Esto animará, sin duda,
á los ilustres ediles
á seguir organizando
festejos de ese calibre.
Propongo al Ayuntamiento
que para otro año organice
una exposición de *Ratas*
ó una exposición de chinches.

—

Desalarmémonos, tranquilicémonos y alegrémonos las personas de buena conducta y de sanos principios.

Se ha celebrado en la Coruña la vista en juicio oral de una causa muy importante.

El procesado es un feroz bandido para el que será poco todo el peso de la ley.

ERA DEL ESTANCO

Cometió el inaudito crímen de robar un puñado de hierbas, que han sido tasadas, pericialmente, en la enorme suma de cinco céntimos de peseta.

Lo primero que se le ocurre á uno, pensando en la víctima de ese robo—porque será un padre de familia, probablemente, arruinado por él—es si habrá recuperado algo de lo que le robó aquel bandido.

Es de presumir que sí, porque el ladrón no puede haber tenido tiempo de gastarlo todo.

¿Ha averiguado la autoridad si la suma robada ó parte de ella ha ingresado á nombre supuesto, en el Banco de Lóndres?

Porque hay que evitar el escándalo de que, después de estar ese criminal diez ó doce años en presidio, que es lo que merece, ande por ahí en coche propio, alternando con las personas honradas, que roban millones nada más que por *distracción*... de fondos públicos!

—

Una joven casada, muy sensible
de carácter muy dulce y apacible,
sencillo y candoroso,
regañó el otro día con su esposo
por un motivo fútil,
y por poco le deja al hombre inútil
soltándole un balazo
que muy cerquita le pasó de un brazo.
Este grave accidente
fué una equivocación, seguramente.
¡Querría dispararle ella un suspiro
y le disparó un tiro!
¡Cómo aprietan los lazos conyugales
estas esposas tan *angelicales!*

—

«Señora: la cocina española está desatendida...»

Así ha dicho á la Reina Regente mi nuevo amigo y antiguo compañero Angel Muro al ofrecerla un ejemplar de sus *Conferencias culinarias*.

La política me está vedada en LOS MADRILES, pero que diga cualquiera á ver si eso no quiere decir en sustancia:

Señora: la cosa es grave
y hay que tomar pinches nuevos,
porque Sagasta no sabe
ni freir un par de huevos.
Camina á su perdición
la cocina nacional
si no se entrega el fogón
á Cánovas y á Pidal.
¡Son cosa del otro jueves,
por sus aptitudes latas,
uno friendo percebes
y otro mondando patatas!

—

Con que resulta, por lo visto, que nada se sabe de la *Santísima Trinidad* matutera.

Bueno; pues conste que ya tenemos dos *misterios* de la *Santísima Trinidad*.

Dos misterios sagrados
que igual respeto infunden;
¡uno el del catecismo
y el otro el del matute!

—

Una chica muy joven
y ya gallega
se fugó el otro día
de la Coruña
—porque de amor estaba
la pobre ciega—
con un artista ecuestre
de Cataluña.
Si ella amor tiene al arte
y él no es un tonto,
quizá á montar en pelo
la enseñe pronto.

—

Leo en un periódico que el otro dia fué auxiliada una joven en Madrid por presentar síntomas de intoxicación.

Y que, según ella manifestó, había tomado equivocadamente, una disolución de fósforos.

¿Equivocadamente?

Vamos, sí; que se puso á merendar y confundió una butifarra con una caja de cerillas.

Es claro; de tal manera
se parecen, en verdad,
que se equivoca cualquiera
con mucha facilidad.

JOSÉ ESTRAÑI.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS.

MANUEL CAÑETE.

DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA.

AÑO III.—TOMO II.—**Núm. 91.** **15 CÉNTIMOS.** 28 DE JUNIO DE 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.**

PERFILES MADRILEÑOS.

Ella.—¡Que si soy capáz! Yo soy capáz de todo, hasta de tirarme al estanque.
El.—¡No, por Dios! que aquí estoy yo..... para evitarlo.

PLATICAS

¡Si yo me atreviera á decir que *estamos* algo *decadentes* los españoles, qué peso se me quitaría de encima! Porque perdidos los romanticismos premonitorios, aquellos romanticismos febriles de la primera juventud, me quedan algunos todavía; los propios de la juventud segunda; los que son como la convalecencia de la apoplegía de ilusiones de que habló el poeta. Y estos idealismos de ahora me hacen casi llorar á ratos, sobre todo si pienso en la que llamo decadencia de nuestra nación...

Pero nada; no lo digo. Soy muy patriota para sacar á cuento las flaquezas de mi país. Y eso que bien mirado al hablar de España solo flaquezas pueden mostrarse, por que gorduras ¡Dios las dé!

Pero, en fin, con las cuartillas delante vencen siempre las preocupaciones, y como yo tengo hoy la de nuestro estado *decadente*, sin querer hablo de ello, y olvidándome de mi papel, declamo otro, escrito no en la prosa llana de los sucesos palpitantes, sino en el verso heróico con que se evocan las glorias perdidas y se cantan los triunfos no columbrados pero presentidos en el porvenir.

Y hablo de Peral, sin usar hipérboles ni valerme de estrambóticos ditirambos.

Hablo del gran marino, del que trabaja, del que sabe muchas cosas que ignoramos la mayoría de sus compatriotas, del que tiene aspiraciones y no vencidas, sino aspiraciones grandes y magníficas.

El que le discute con razones le respeta; pero en cambio no le perdona el que le discute porque sí, de igual manera que si se tratase de un juguete cómico lírico en un acto y varios cuadros.

Y digo yo: un país donde puede pesar el criterio de ese eterno hablador que jamás leyó un libro, ni asistió á una cátedra, ni supo cosa de provecho ¿está ó no está en decadencia? ¡Vaya si lo está! Es una decadencia centrífuga y el centro se encuentra aquí en la corte, campo de maniobras de esos tales, que desdeñan á Peral porque leyeron unos cuantos folletines y se ríen á mandíbula batiente de su invento por la razón sencilla de que aún no les ha dado la consigna cualquiera de los escritores franceses que les suministran el pasto que rumian.

¿Qué son muy pequeñitos y muy insignificantes los parlanchines á que aludo? Y qué importa. Porque son pequeños hacen más daño. El *bacillus virgula* solo con microscopio se vé y sus efectos son capaces de producir la muerte de millares de personas.

INOCENCIA

—Así podré decir; dándome aires de maliciosa, que yo «ya he corrido mucho.»

La desinfección progresa pero ¿dónde está el ácido fénico que puede destruir los microbios de la estupidez?

Porque los *casos* abundan.

No lo puedo remediar. Me puse serio y ya sé que lo tétrico no sienta bien en las columnas de Los Madriles. Pido perdón por este desplante y recobro la animación perdida.

* * *

Y eso que para animaciones está el tiempo. Aquí salimos á epidemia por estación. Un amigo mío dice que el año actual puede compararse á un emparedado. El invierno con la *grippe* y el verano con el cólera forman las dos paredes. Pero ¿y el jamón del centro? Ese no hay quien lo vea, ó mejor dicho quien lo coma.

Y no lo duden ustedes; el cólera es cosa tan segura como el debate político. Ambos invaden nuestro territorio; podrán durar más ó menos, producir mayor ó menor número de víctimas; pero son irremediables. Y no es lo malo que sean irremediables sino que repiten. El año 85 debates políticos y cólera. En el año 1890 cólera y debates políticos. La eterna sucesión de las desgracias repitiéndose en la historia. ¡Ah, y después de ellas vienen los específicos y los partidos nuevos! Hiel sobre hojuelas.

* * *

A pesar de todo la era feliz de las verbenas continúa. Hemos celebrado la de San Juan y para esta noche contamos con la de San Pedro. El consumo de buñuelos sigue mereciendo nuestra protección; sin embargo, resulta que hay siempre *existencias* almacenadas, porque los buñuelos abundan más que los consumidores. Pero convengamos en que las verbenas del Prado tienen un mérito especialísimo. Servir de piedra de toque para conocer el estado social de algunos novios. Las madres de ellas—las novias—aprovechan la coyuntura y se permiten despilfarros en los puestos de la verbena. Los amantes rumbosos pueden contar entonces con la benevolencia de las suegras en ciernes. Una especie de posibilismo que agrada mucho. Porque ¿quién que enamora á una chica cursi no aspira á ciertas posibilidades?

Ya no se celebran aquellas fiestas del Prado con tapadas, y galanes que en un dos por tres arrimaban á cualquier rival un volapié superior; ahora las chicas llevan su cara descubierta y en cuanto á los hombres no usan tizona.

No obstante, á veces llevan sable.

J. Francos Rodriguez.

Dos cuerpos iguales destruyen un tercero.

—¡Ea qué caramba, un dia es un dia! De caza.

Y que la mañanita está para ello!

Pero yo creo que se me ha olvidado algo.

Indudablemente algo. Meditemos.

¡Ah, sí; la escopeta!

¡Contra, y aquello parece un oso! ¿Qué hacer?

—¡Oh suerte, pedernales!

¡Pun, por la boca!

¡Paf, al encuentro!

Y hé aquí el choque de los dos pedernales.

COMUNICADOS.

Ello es que algunos sujetos darian algo bueno por tener órganos y que los individuos que los tienen no los cederían por cuanto hay en el mundo.

Me refiero á los órganos de la prensa, de la publicidad.

Este afan de organización conduce á várias personas á situaciones lamentables.

Pero un órgano en la prensa es una base para cualquier empresa.

Un órgano es un órgano, por más que digan en contra los desorganizados.

Y con un órgano, y aun con un organillo, pueden ir á cualquier parte el político, el literato, el artista y el protector de los pobres y de las *pobras*, sobre colchones y ropas en buen uso.

Sobre un órgano en la prensa camina un ministro descansadamente.

Reconocida la utilidad de los órganos, nada tiene de extraño que las personas que no puedan disponer de ellos constantemente, procuren hacerlo de cuando en cuando, aunque sea á costa de sacrificios.

De aquí los comunicados.

Hay quien viviría en perpétua comunicación con el público, si esta fuera gratuita.

Lo primero que ocurre á un individuo á quien desahucian el casero, por faltas de pago, ó la novia por cualesquiera otras faltas, ó el profesor que le examina, ó que sufre persecuciones por la justicia, histórica ó novelesca, es «ponerlo en los periódicos.»

Personas generosas que quisieran «ponerlo todo en los periódicos.»

Ya no falta mucho.

Porque en los periódicos todo «se pone», bien en la plana de anuncios ó bien en la de reclamos.

En esto de reclamos se ha afinado el gusto.

Los hay de perdiz, de codorniz, de borrego y de otros animales, más ó menos útiles.

Para el común de las gentes un periódico es un buzón, donde cada cual deposita sus quejas; ó un fonógrafo que repite las alabanzas que se propina cada individuo de la especie humana sin merecerlo.

Y uno dice:

—Ha dado á luz mi señora un precioso infante.

—Póngalo usted en los papeles,—le aconseja algún vecino.

—Mi niña ha ganado curso en Cantón,—publica otro ciudadano.

—¿La tiene usted en China estudiando?

—Nó, hombre; una criaturita de cinco años que ya ha pasado de la cartilla; no creo que es torpe.

—Al contrario, es una precocidad que debe publicarse en la prensa y aun en la tribuna.

—Mire usted—me descubria una noche en la redacción de un periódico, un sujeto que iba á denunciar un abuso, según decía:—Yo soy un hombre honrado, ¿sabe usted?

—No lo sé, pero basta que usted lo diga,—le contesté.

—Que bebo alguna vez! No lo niego, es verdad.

—No necesita usted decirlo.

—Gracias.

UN IDILIO EN LA ARENA.

DEL HORTERA CLUB.

—Es que si usted aceptara mi cariño nadie comería en Madrid garbanzos mejores y más baratos.

—Chica, estamos llamando la atención.
—Naturalmente, ¡tienes una manera de bracear!

—Usted mande.

—Pues bien,—continuó, despues de este pugilato de finura y cortesía:—yo soy como creo que usted será, un *Huevero* de bien, ¿sabe usted? Quiere decirse, que si cae, pongo por caso, una vejiga con aceite ó unos kilos de jamón natural, ó unos solomillos, ó una bota con vino, ó cualquier otra friolera... pues los paso por alto, si puedo, ¿sabe usted?

—Usted lo dice.

—Eso de pasar por alto viene de la tauromaquia; si arrastra usted el trapo, humillan los de consumos y voltean al que se confía y se mete de primo.

—¿Pero usted qué quiere? le pregunté.

—Pues que digan ustedes algo contra el personal de consumos, que eso es una vergüenza, que á ¡mi me apalearon anoche, y ya usted vé como estoy de resultas.

Cayéndose el infeliz, pero de «*curda* reconcentrada.»

Pero en el género de exhibiciones lo más notable es el comunicado.

Una vez es un reclamo, así como la muestra:

«Señor Director del periódico:

«En cumplimiento de un deber de conciencia dirijo á usted estas líneas expontáneamente, por si quiere honrarme con la inserción en el periódico de su *dirección que tan dignamente* dirije.

«Postrado en el lecho del dolor y manco durante dos años, cesante idem, y con una familia compuesta de cuatro personas y doce niños, unos menores que otros, tomé á la desesperada las cápsulas de *Lipendi*.

«Cuatro dias despues empezaba á notar la mejoría: á los dos meses me había brotado la mano.»

(Como á los cangrejos de mar.)

«Sería un ingrato si no declarase que todo cuanto soy, cuanto tengo se lo debo á Lipendi, y tengo mujer y doce hijos, como queda apuntado, y nunca podré olvidar tantos beneficios.»

Otro declara también en comunicado:

«Que el verdadero fabricante de palillos para las dentaduras de *enebro* es él.»

A lo cual contesta igualmente por medio de comunicado el aludido:

«Señor Director... Con verdadero disgusto he leido en su apreciable colega, que tan dignamente rije, un comunicado de don Fulano de Tal, que dicho con la mayor cultura, y procurando no salirme de las formas corteses de la prensa, es un sinvergüenza como hay muchos, y si fuera hombre ya hubiera acudido al campo del honor, para entenderse con dos amigos á quienes comisioné para este fin.»

El aludido replica en otro comunicado, también muy cortés:

«Me estraña que un presidiario como don N. N. tenga valor para dirigirse al público.

«¿No recuerda ya ese miserable cuando le entregué á la pareja, despues de desbaratarle la cara á *bofetás*?»

Este género aumenta el interés de los periódicos y divierte á los lectores, instruyéndoles de pasada.

El comunicado, generalmente, es el alquiler de una parte del periódico para usos posteriores.

EDUARDO DE PALACIO.

LO ÚNICO QUE NOS FALTABA.

No hay de fijo en todo el mundo
nación más feliz que España,
ni vida tan divertida,
tan tranquila, tan variada,
como la vida que usamos
aquí, para andar por casa.
Y aun hay ingratos que emigran
buscando en tierras estrañas
no sé lo que... pues lo cierto
es que aquí nada nos falta,
y gracias á Dios de todo
tenemos en abundancia.
¿Queremos *dengue*? Pues *dengue*.
¿Queremos *latas*? Pues *latas*.
¿Envidiamos á Gabriela?
Pues ahí tenemos á Claudia
y á la Higinia, que son dos
personas de mucha gracia.
¿Nos hace falta dinero?
Pues en el Banco de España
están las cuevas repletas,
y diariamente, en la Casa
de la Moneda, se acuña
el oro por toneladas...
¿Diversiones? No se diga:
romerías, cosmoramas,

—Y este oso ¿lo ha cazao usté vivo ú muerto?

—Hoy sí que está bien representado el sexo fuerte. ¡Estoy yo!

farolitos de colores,
carrousel, toros, regatas,
globos hechos de políticos
á figura y semejanza,
que como muchos políticos
por elevarse se afanan
y no logran conseguirlo
y de los suelos no pasan.
¿Toreros? Tenemos tantos
que *hasta* exportamos á Francia,
y con otra ortografía
mandamos también las *astas*,
para solaz y recreo
de *musiures* y *madamas*.
¿Pues y actores? No se diga.
¿Pues y escritores? ¡Ya escampa!
No pasa una sola noche
sin que uno nuevo no salga
con alguna piececita
de las que el público traga,
aunque unas pecan de insípidas
y muchas pican que rabian,
siendo, salvas excepciones,
sobresalientes por malas.
¿Oradores? El que quiera
de oradores una carga,
puede hacerlo en el Senado,
en el Congreso, en las plazas
de Santa Cruz y Mayor
por la tarde y la mañana,
al fin de cada banquete,
en los cafés, en las *tascas*,
en todas partes se encuentran
poco menos que por nada,
no cientos, sino millones
de glorias parlamentarias.
¿De qué, pues, necesitamos
en esta dichosa España?
Si sobran contribuciones,
sobran maestros sin paga,
sobran obreros hambrientos,
sobran personas honradas,
(Por más que hace mucho tiempo
que no parece la capa).
¿De qué, pues, necesitamos?...
Sólo una cosa faltaba
para completar el cuadro
de alegría y dicha tanta,
y esa cosa ya ha venido
desde la Mesopotamia
y ya tenemos el cólera
avecindado en España
que viene á darnos magnánimo
lo único que nos faltaba.

VENTURA MAYORGA.

EL GENERAL

¡Pobre viejo!

Cuantas veces nos hemos burlado de su grotesca figura, cuando paseando imperté-

rito á todo lo largo de la clase, vigilaba para que no abandonásemos nuestros estudios, ni nos permitiéramos la más pequeña travesura, la distracción más inocente.

Era severo, el endiablado pasante, tan severo como feo, y eso que como fealdad, la suya era muy recomendable.

Figúrense mis lectores un señor gordinflón, pequeño, con una nariz inconmensurable, roja y torcida, unos ojos azules, redondos, que parecían querer escaparse de las órbitas, y coronando la monumental nariz, una frente baja, rugosa, unas cejas con honores de cepillo de limpia botas, y un bigotazo gris, sucio, que á pesar de sus dimensiones no lograba disimular la fealdad del labio inferior, que demasiado caido, dejaba al descubierto un soberbio juego de fichas de dominó, desgastadas por el uso, y ennegrecidas por el humo del tabaco. Su voz era grave y seca, y su frase dura y breve, tenía algo del acento del militar acostumbrado al mando.

A esta cualidad debía el sobrenombre de *general,* con que le saludábamos todos en el colegio, á pesar de que el pobre viejo no solo no había servido en el ejército, si no, y esto es lo más probable, no había servido en el mundo para maldita de Dios la cosa.

Cuando yo le perdí de vista, terminados mi estudios, era ya un hombre demás de cincuenta años.

Hace poco tiempo le encontré casualmente en la calle. Conservaba la misma apostura, el mismo gesto; ¡pero qué achacoso, y cuán envejecido! El pobre pasante, parecía ya un octogenario.

¡Qué miseria tan espantosa revelaba su pobrísimo traje, su calzado inverosímil, su sombrero más inverosimil todavía!

Sentí una profunda compasión al verle en aquel estado, y temiendo humillarle si le daba una limosna, traté de hacerme el distraido; pero el me vió, me conoció, y me abordó inmediatamente.

Al acercarse debió notar en mi rostro la conmiseración que me inspiraba, porque acercándose á mi oído, me dijo con voz muy baja y sonriendo:

—No me compadezcas, soy el hombre más dichoso de la tierra.

No le contesté más que con un gesto de asombro, y él continuó:

—Sí, ando un poquillo estropeado... mi guardarropa no está muy provisto que digamos, pero á pesar de todo, te repito que hoy me siento completamente feliz.

Creí que el pobre viejo había perdido la razón.

Apoyose familiarmente en mi brazo, y fijando en mí la mirada de sus ojos saltones, continuó:

—Aprovecho la ocasión de haberte encontrado para hacerte mis confidencias. Yo necesitaba contar á alguien mis alegrías, y á

—¿Qué queria decirte con eso de que tienes cosas muy naturales?
—Que no son de legítimo matrimonio.

nadie mejor que á tí, que siempre me has querido y respetado. ¿No es verdad que aún te acuerdas con placer del viejo pasante?

Le aseguré que era para mí una felicidad el haberle encontrado, y alentado por mi benevolencia, siguió hablando de este modo:

—Sí, hijo mío. La vida es una cosa muy triste, muy amarga; pero afortunadamente tiene sus compensaciones. Aquí me tienes, dispuesto á salir del estado miserable en que vengo vejetando hace cerca de veinte años. Voy á terminar tranquilamente lo que me resta de vida. No es que vaya á ser rico, eso no, pero tendré un bienestar modesto y apacible. ¡A mi edad se contenta uno con tan poca cosa! Tú no sabes cuán espantosa era mi situación cuando estaba de pasante en el colegio. Abstraido en tus estudios no pudiste fijarte en la sombría desesperación que me devoraba el alma, ni viste nunca una lágrima rebelde escaparse, á pesar mío, de mis ojos...

Emocionado por aquellos recuerdos, limpiose con el revés de la mano los enrojecidos párpados, y prosiguió su narración.

—Todos creíais que yo era un viejo militar. Sin embargo no había servido en las filas del ejército, y nadie, ni aun el Director del Colegio, sabía una palabra de mi historia.

¡Ah! Yo entré en aquella casa, loco, desesperado. Algunos años antes ocupaba una hermosa posición, y me había visto halagado, festejado...

—¿Usted?...

—¡Yo, yo mismo! Había soñado con la gloria, y quizás la hubiese conquistado, á no ser por la espantosa catástrofe que envenenó mi existencia, y nubló para siempre mi porvenir.

Otra lágrima, otro limpión con el revés de la mano, y después de lanzar un quejumbroso suspiro, otra continuación de aquella historia, que á decir verdad no me interesaba gran cosa.

—Yo era bajo de una compañía de zarzuela. Tenía una voz potente y bien timbrada, y desde mi salida del Conservatorio, caminaba de triunfo en triunfo por los escenarios de los teatrillos de segundo orden, esperando el gran día de mi debut, en un teatro de la capital.

—Una mujer—la mía—rompió bruscamente el encanto de aquella dicha soñada, de aquella esperanza que era mi felicidad. ¡La historia eterna! El amor desbaratando los planes mejor combinados, los cálculos mejor hechos. Éramos jóvenes, nos quisimos entrañablemente, y me casé. La hice mi esposa legítima, y descuidé mi porvenir sobre la escena. ¡Cuán hermosa era! Paréceme que aun la veo en aquella edad dichosa, en que uno está loco de amor y esta locura es la más dulce de las locuras. Su cabeza era la de una Vírgen de Murillo; su cuerpo una estatua griega; su voz un torrente de harmonía. Cantaba sin método, sin ninguna pretensión; su educación musical había sido algo descuidada pero yo la oía embelesado...

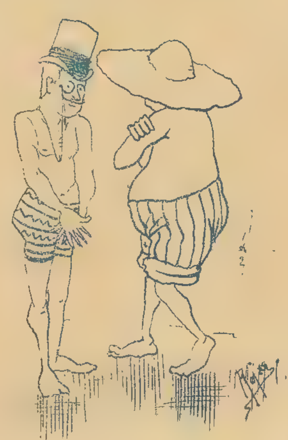
—A mí me iba sucediendo ya todo lo contrario.

—¿Y fiel? ¡Oh! fiel á toda prueba... hasta que un día... ¡pobrecilla! No tuvo ella la culpa... la naturaleza la había dotado de una cabeza loca, pero el corazón era bueno, bueno y sólido. Yo esperaba pasar la vida tranquilamente á su lado, rodando siempre por los coliseos de menor cuantía, pero una mañana... ¡No la olvidaré jamás! Una mañana me llamó á su cuarto, y me dijo:—«Pobre amigo mío ¡esto no puede continuar así! debo decirte la verdad, por sensible que me sea el el hacerte esta confesion. Ya no te quiero... estoy enamorada del segundo apunte de la Compañía, y esta noche me marcho con él.» ¿Qué había yo de contestar? La pobrecilla era noble y franca después de todo. Me eché á llorar y dejé que se marchara tranquilamente. Yo hubiera podido matarla, ó matarme yo... pero me pareció demasiado enérgico el remedio; me resigné y procuré correr un espeso velo sobre mi pasada dicha. Pero la situación era espantosa. ¡No ser amado!

¡No hay cosa tan horrible en el mundo!

Volvió á suspirar ruidosamente.

—No he tratado de consolarme buscando un nuevo amor. ¿Para qué? En el fondo de mi alma sentía una profunda piedad por la culpable, y casi la perdonaba. ¡Es que la



—Pero ¿se va usted á bañar con chistera?
—Sí, señor; porque como en las carnes no se conoce la educación que uno ha recibido...

amaba todavía! Ya adivinaréis el resto de la historia. Abandoné el teatro, y rodé por la más fatal de las pendientes. Me hice pasante, para ver si pasaba mejor la amargura de la existencia; todo inutil. Pasó lo que yo esperaba, y hoy viejo, maltrecho, destrozado solo me resta escojer el asilo benéfico donde acabar mis días.

—¿Pero no me ha dicho usted que había encontrado por fin la tranquilidad, y que era casi feliz?

—¡Ah! Sí ¡es verdad! ¡que cabeza la mía! Me olvidaba lo más principal. ¡Ayer encontré á mi mujer! ¡Qué vieja, y que fea está la pobrecita! Dijo que me buscaba hace más de un año, que no puede vivir sin mí, y que está muy arrepentida de su calaverada...

—¡Su calaverada!

—Parece que ha realizado algunos ahorros y quiere que nos comamos juntos esos cuartitos.

—¡Y usted!...

—La dignidad me aconseja rechazar su oferta... pero su amor, que aun no he podido desterrar de mi alma, y estos pantalones tan rotos me empujan al abandonado hogar y...

Volvió á suspirar y á secarse otra lágrima... me apretó convulsivamente la mano, balbuceó un «adios» que era todo un poema... y se marchó tranquilamente en busca de su mujer.

¡Pobre General!

FRANCISCO EUNE.

Por la traducción.

E. NAVARRO GONZALVO.

Un libro más.—Colección de poesías de Alfonso Tobar. Cien páginas 1.50 pesetas en Madrid, 2 en provincias.

Una nota triste

Nuestro querido colaborador artístico Pedro de Rojas acaba de sufrir el dolor de ver morir á su hermano don Leopoldo, víctima de penosa enfermedad.

Acompañamos á nuestro compañero y á su distinguida familia en su justo dolor.

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS.

CONSTANTINO GIL.

AÑO III.—TOMO II.—**Núm. 92.** **15 CENTIMOS.** 5 DE JULIO DE 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.**

PERFILES MADRILEÑOS

«Cuando el verano se nos echa encima, todas adoptamos la posición horizontal.»

CAÑETE Ó LA FRAGOSA.

PLÁTICAS

La era feliz de los arcos de ramaje aún no ha concluído. Nos quedan algunos meses de percalinas, farolillos de colores, cabalgatas más ó menos auténticas y bailes al aire libre. Las verbenas pasan y no se parecen; en todas ellas hay alguna *great atention*, como escriben en los carteles de los circos. En la velada de San Pedro, por ejemplo, el distrito de la Universidad echó la puerta por la ventana; esto de la puerta lo digo por la de cartón piedra que daba acceso á los veinticinco céntimos (real era antes) de la feria nocturna.

Además, en medio de la plaza de la Princesa se elevó un monumento á la Abundancia. Por cierto que el monumento se me antojó algo simbólico; parecía uno de esos catafalcos que ponen en los entierros de primera clase. Y no es del todo extravagante colocar á la Abundancia sobre un catafalco.

Quedamos, pues, en que los vecinos del distrito de la Universidad pasaron tres días de jolgorio; ahora toca en otros puntos la jarana, porque eso de la alegría, como dice la gente, va por barrios. Habrá mudanza de mástiles, cambio de puertas y traslado de monumentos. Primero nos encontraremos con la verbena de Santiago, y luego nos quedan las de San Cayetano, San Lorenzo y la Paloma, sin olvidar la de la Magdalena, que no quiere guiarnos. ¡Cuántas sorpresas nos aguardan! Lo único fijo, seguro, inmutable de las verbenas, es la pítima, ese poder *inmoderador* del género humano *verbenil*.

Alabemos al Municipio, que se desvive por tener contento al pueblo; tal propósito está muy puesto en razón; pero, con franqueza, ¿no podrían darnos la alegría en dinero?

***

Se nota un cierto cambio en nuestras costumbres, una especie de atavismo social. Nos ha entrado gran comezón por imitar á los madrileños del siglo XVIII. Las verbenas lo prueban. Y cosa rara, al mismo tiempo que la afición á los jolgorios nocturnos aumenta y se llenan los puestos de buñuelos, las tiendas de vinos, y si llega el caso aumentan los clientes de las Casas de Socorro, la afición á los toros va de capa caída. Las corridas parecen sesiones del Municipio. ¡Qué soledad tan espantosa la de los tendidos y qué indiferencia tan incomprensible la de aquellos espectadores que antes querían poner en un altar á Lagartijo, y ahora no se molestan por ir á verle dar pases de muleta!

Es un fenómeno muy singular No sé si podrá explicarse del modo que lo hace un señor á quien yo conozco: el cual señor dice que España, y en Madrid especialmente, hay *plétora* de toros.

Lo de la plétora me parece un poco fuerte; pero es indudable que todos estamos hartos de tauromaquia. El que más y el que menos sabe dar largas y trastear como el propio Rafael Molina. Los quiebros no asombran mucho más, si se tiene en cuenta que ahora abundan los banqueros, y en cuanto á poner y recibir varas, es la *suerte* de cada día. Hay chiquilla por esos mundos que puede equiparar su fortaleza con la del propio *Jaquetón*, un *bicho* de gloriosa memoria.

Pero aunque los toros cansen, nunca faltan recursos para que se diviertan los que pueden, y los que no pueden también.

Pero la política ha alterado mucho

—

MUCHA PLAYA

—¿Quieres meterte en el agua con nosotras?

—¡Ay, no! Me hacéis muchas diabluras.

en estos días la vida ordinaria de Madrid. Nosotros tenemos accesos políticos al llegar el verano, como se tienen congestiones cuando el calor aprieta y la sangre salta herida por el sol abrasador, dentro de los vasos por donde circula.

Se olvida uno de todo y empieza á discutir con todos. Que la solución de la crisis por aquí; que la actitud de don Fulano por allá. Se revuelven ideas, se barajan nombres y cada mesa de café es un Congresillo y cada esquina un salón de conferencias.

Los hay optimistas que sonríen y hasta sueñan con la futura felicidad, que ha de venir en forma de nómina. Seres dichosos que creen que el derecho político se crea para cobrar á primeros de mes. ¡Teorías á ellos, fórmulas á los tales! Esas son zarandajas. Para los aspirantes en cuestión no hay más que dos formas de gobierno, condensadas de esta manera. Pagar ó no pagar al casero. De modo que cuando tienen domicilio, dan por salvada á la sociedad, y cuando se contemplan en el arroyo, creen que el mundo toca á su fin.

También los hay que amenazan en caso de no ser agraciados con algo del presupuesto. Pero todo se queda en voces. Luego viene el tío Paco con la rebaja.

Y eso que en la actual política no es Paco el que está de camino. Y en cuanto á rebajas, no se diga. Hoy sólo se rebaja la *diznidad*, como dice un sujeto que tiene de su dignidad el mismo concepto que del aguardiente.

Pero basta de política y hablemos del cólera. El orden de las calamidades no altera el producto desgraciado.

***

Sigue paseando por las tierras valencianas ese *coma* tremendo, que suele acabar en punto final. No progresa, en buena hora lo digamos, y hasta la fecha es tímido, como los muchachos primerizos que estrenan las reuniones de confianza. Pero aun cuando la enfermedad no hace estragos en las personas, roba á los españoles la tranquilidad.

Yo creo que el cólera teme abusar. Porque si sobre nuestras habituales y bien acreditadas desdichas, cae una nueva, sería cosa de asistir á la lenta pero continua desaparición de España en la culta Europa.

Tengamos fe en los sentimientos del destino; concluirá por apiadarse de nosotros. En último extremo, podríamos solicitar una conmutación de pena, y en vez de cólera pedir que se estrenen dos ó tres cientos de dramas románticos originales y en verso.

Y qué fatalidad la de España. No tenemos nunca gloria completa. Peral había logrado triunfos soberbios con su invento; pues en seguida empezamos á amargarle el éxito Ahora, después de varias docenas de quintillas—que quizá utilice para sus torpedos el ilustre marino—se piensa en obsequiarle con un acta de diputado. Hay algo de siniestro en eso de llevar á la Cámara baja al Sr. Peral. Porque el inventor del submarino podrá haber resuelto el problema de navegar por el fondo de los mares, pero de seguro que corre peligro de naufragar en el Congreso.

¡Hay allí tantos *bajos!*

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.

LIQUIDACIONES.

Hay pocos caracteres que resistan á las temperaturas elevadas.

—El calor influye poderosamente en los ánimos débiles—como dice un señor á quien yo trato aunque con temor, porque es una fiera de su propio natural.

—Los seres viriles—según el mencionado testimonio—son superiores á las variaciones termométricas, y lo mismo toman el sol en verano que se bañan en agua *frappée* en tiempo frío.

Cuando estornuda algún sujeto, contertulio de mi feroz amigo, éste refunfuña:

—¡Mamarracho! ¡Mujerzuela!—en lugar de Dios le ayude, que es lo oficial.

Se ha proporcionado varios lances personales por esas groseras intemperancias.

Pero siempre continúa tan terne hasta la muerte.

—Yo soy de hierro—dice él mismo—con un corazón que es un diamante, y un brazo de acero.

—Pues lleva usted un capital encima—observaba con cierta emulación un maestro de primeras materias, falso; es decir, de los que no pasan desde el año 1880, ó que no cobran desde aquella fecha.

Tengo un convecino que es la antítesis del amigo de hierro.

En cuanto marca el termómetro más de veintiocho grados, rompe á sudar y no cesa hasta el mes de Diciembre.

Empieza á descender la temperatura y mi vecino se acuesta y ya no sale á luz hasta fines de Abril.

Así es que vive poco, en opinión de su consorte; la cual, respetando los gustos de su esposo, le deja en el lecho ó en el baño y vive en libertad ordenada ó vista ordenar; porque su marido confía justamente y apenas se mete en las cosas de su señora.

Conozco á una mujer muy guapa, aunque volátil y algo cubana, que en verano se liquida.

Duerme sobre la piel de su difunto, según testimonio de la doncella.

La señora es viuda de un hombre que parecía un oso gris bien acomodado.

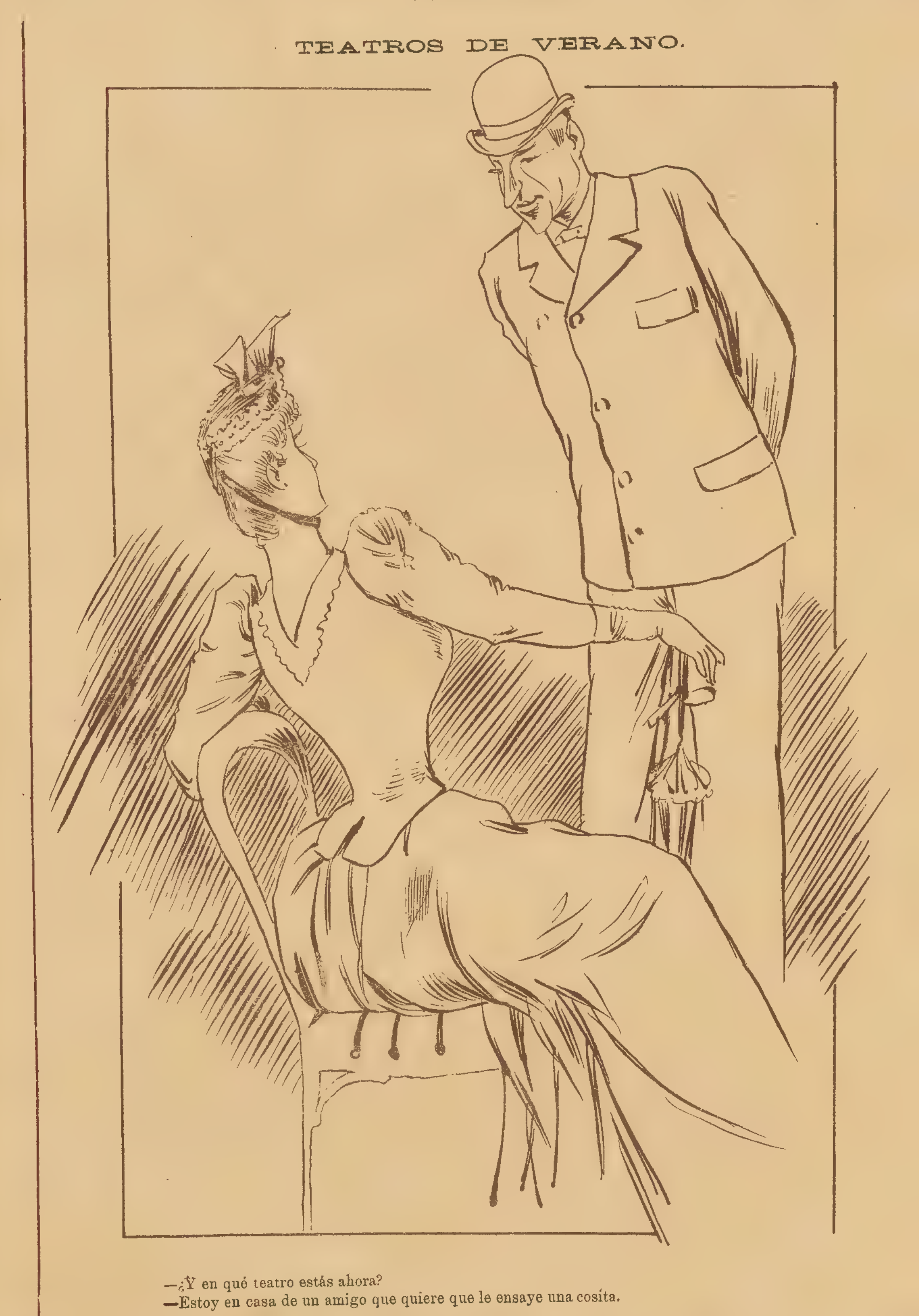
Los vecinos nuevos que habitan en el piso inmediatamente inferior, se quejaron al casero de las filtraciones que notaban en el techo; que sudaba solo.

Pero el casero, informado de todo, respondió:

—¿Qué vamos á hacerle? es la inquilina del segundo, que se cala. Buena persona y á la cual no puedo exigir que modifique su naturaleza.

Cómo se caza un león.

TEATROS DE VERANO.



—¿Y en qué teatro estás ahora?
—Estoy en casa de un amigo que quiere que le ensaye una cosita.

—Hombre, ¿gabán con este tiempo?

—Llevo debajo *La peste de Otranto*, y no me parece bien lucirla en tiempos de epidemia.

—¡Que ganen doce duros diarios algunos actores que no saben decir *haiga* y *diferiencia!*

En esas calles verán ustedes caballeros gordos que «se salen» en verano como algunos botijos; esto es, que se sudan y llevan la prueba de su abundante y fácil traspiración en la espalda de la cazadora.

Caballeros albardados, como algunos toros, salvo el símil.

—En cuanto empieza el verano pierdo el apetito.

Este es achaque muy generalizado.

En cambio no faltan amantes que se casan en la canícula.

Allá se entenderán.

En verano los manjares delicados repugnan tal vez á los gastrónomos.

Miren ustedes, ó, mejor, no miren ustedes á ciertos escaparates, en estos días de calor.

Las preciosas instalaciones de bacalao con patatas ó de bacalao en vascuence, de pájaros parleros, aunque fritos, de riñones vivos y de tasajos de carne para asar; los platos de pescado enternecido, y tantas otras golosinas, más rechazan que atraen á los parroquianos benévolos.

Enseñoreándose del escaparate, vagan las moscas del abono.

Nada respetan, todo lo atropellan.

Y en las altas horas de la noche, los mosquitos, esos violinistas naturales, ejecutan las mejores piezas de su repertorio, en las alcobas, amenizando los entreactos ó los entresueños de los pacíficos dormilones ó adormecidos vecinos.

Y el sueño es más tenaz y más pesado en las noches de verano, que en las del invierno.

Y las personas también.

Contemplando esos racimos de personas que «toman el fresco», aprovechando la reducción de precios, ó que dormitan tranquilamente en las aceras de algunas calles, se conmueve el hombre menos poético entre todos los de su clase.

Bien dicen que en verano todo vive.

Lo mismo el vecino usado que los insectos de nueva cosecha.

En Madrid hay varios sitios destinados á las gentes desacomodadas, para su comodidad.

Por ejemplo: la fuente de la Puerta del Sol.

Como en esos ramilletes de confitería, embellecidos con flores de *huevos hilados*, los transeuntes que más gustan de los puertos de mar, se sientan en el borde del pilón.

La fuente parece un ramillete de dulce con sujetos hilados.

Eduardo de Palacio.

EL CASAMIENTO DEL SABIO.

Un hombre, sabio y soltero
y harto ya de soltería,
vió que al morir no tendría
un legítimo heredero;
nadie que perpetuara
su buen nombre ni su gloria,
nadie que eterna memoria
de su existencia dejara.
No pudiendo resignarse
á tan enorme pesar,
comenzó el hombre á pensar,
muy sabiamente, en casarse;
y, no de cualquier manera,
que un hombre sabio y profundo,
no se casa en este mundo
como se casa un hortera.
Atento, pues, al buen fin
de una obra tan colosal,
consultó el hombre á Pascal,
á Kant, Hegel y Darwin.
Pensólo, con gran cachaza,
y dijo con mucha flema:
—«Veo en la boda el problema
»de perfeccionar la raza.
»Soy sabio, si mi mujer
»es sabia, como yo soy,
»mis hijos, seguro estoy,
»serán sabios..... sin querer.
»Y siguiendo esta campaña
»de cultivo, claro está,
»mi familia surtirá
»de sabios á toda España.»
Buscó aquel hombre de peso
una sabia..... en buen estado;
pero, como Dios le ha dado
á la mujer poco seso,
tan pobre y tardo le nace
que ya apenas es mujer,
cuando comienza á tener
lo que más falta le hace.
Y, á pesar de su insistencia,
él sólo encontrar podía,
niñas sin sabiduría
ó sabias..... sin descendencia.
Mas, ¡ay! el amor ingrato,
que enturbia la vista clara,
hizo que se enamorara
de la hija de un mentecato.
Y el primer fruto de aquel
matrimonio, salvo el pelo,
era del materno abuelo
un traslado exacto y fiel.
Así, con voz tribulada
decía el hombre en su hogar.
—«Nadie se puede escapar
de hacer alguna..... burrada;
que el hombre sabio y astuto,
suele engendrar el bergante,
como la encina gigante
da la bellota por fruto.

RAFAEL TORROMÉ.

¡NO QUEDAN!

Tengo tanta paciencia como el que más. Me pisan un callo ó todo un departamento de callos, y al «usted dispense», contesto—faltando á la verdad y conteniendo los ímpetus de asesino que me acometen—«no hay de qué.»

Oigo á cualquier señorito de la gardenia elogiar la ópera italiana, y menospreciar el arte nacional, y no le llamo «bruto» en voz alta.

Sufro al municipio de Madrid... Me parece que con esto, está dicho todo; pero si se quiere saber hasta qué punto llega mi paciencia, sépase que yo he gastado á tres *secretarios particulares* de otros tantos personajes. De mejor gana que *aguantarles*, les hubiera *recibido*.

¿Ustedes saben qué cosa es un secretario particular?

Como capacidad intelectual, escribe:—«Sin ninguna de usted á que contestar, *cúmpleme á mí el hacerlo...»*

(Histórico.)

En punto á cortesía, llama *inecto* á cualquiera.

Como bondad de carácter, como lealtad y demás *prendas interiores* es de Socuéllamos.

Dé usted á eso autoridad sobre sus semejantes, y échese usted á llorar á lágrima viva las consecuencias.

En fin, yo por la paciencia soy un santo, aunque me esté mal el decirlo.

Pues bien: con toda mi paciencia, no puedo sufrir á estos industriales y comerciantes españoles, tan sobrados de mezquindad, como faltos de cortesía.

Ese—¡no quedan!—lo tengo sentado en la boca dal estómago.

A cualquier hora puede acabarse en la tienda un género; pero cuando un día y otro día y otro día se llega tarde á comprarlo, se acaba por caer en la cuenta de que el comerciante ha calculado la venta diaria y, por no correr el riesgo de quedarse con un pastelillo para muestra, prefiere dejar sin pastelillo al último que llega.

Y ese que llega el último soy yo, no cabe duda.

¡Me hace una gracia!

Corto, por llegar á tiempo, una conversación agradable; me aparto dos ó tres calles de mi camino; me expongo á coger dos ó tres pulmonías; llego por fin al esblecimiento más reputado; pido la golosina en cuestión y el estúpido que despacha me dice:

—¡No quedan!

Saltaría el mostrador, cogería á aquel ánade por el cuello y le lavaría la cara con media docena de merengues.

En primer lugar, el que vende jamón en dulce, por ejemplo, hace al público la promesa de que allí encontrará jamón en dulce siempre que lo busque; y si esto no sucede, el confitero ó pastelero falta á la verdad y da al público un timo indigno y merecedor de ser castigado con la horca eléctrica.

En segundo lugar...

Figúrese usted que tiene mujer ó *chacha* ó lo que á usted le dé la gana; que en eso nadie debe meterse.

Y que al retirarse usted á su casa, después de tres ó cuatro horas de casino ó de café ó de cofradía (es usted muy dueño,) va pensando en su *dulce bien*, que le estará esperando inpaciente y con cuidado por si le pasa algo.

—¡Vaya!—se dice usted—justo es premiar el afán y el cariño de la pobrecilla. Precisamente los *bollos de palo campeche* (pongo por comistrajo) le gustan mucho. ¿Donde los hacen mejor?

En *La Ceres*. Pues vamos allá, y vamos á prisa, porque esos *caballeros* ni son tan pobres que necesiten servir al público, ni tan ricos que puedan dejar el puesto á otros que se acuesten más tarde.

Y á paso de enamorado se dirige usted á la pastelería.

—Adiós, Ramírez: ya iré á ver á usted para que me entere de aquello..... ¡Que no me interesa! Muchísimo: pero ahora voy de prisa..... ¡Adiós!

Y al echar á andar de nuevo ¡paf! un soberbio encontrón con un hombrecillo también soberbio.

¡Esto nos faltaba! Que si usted no mira, que si usted no ve, que patatín y

EL QUE AMA EL PELIGRO

—¿Usted no se ofendería si yo me acercara?

—¿Y si yo la dijera ..?

¡. . . . . !

que patatán; y tiene usted que tragar saliva por no perder dos minutos y llegar antes de que cierren.

Aplaza usted con trabajo las ganas de apabullar al hombrecillo y aun da usted gracias á Dios, porque él va sin duda á lo mismo que usted, según la prisa que lleva.

Vocean *El extraordinario á......* pero usted aprieta el paso, fiado en que hallará al vendedor á la vuelta.

Se cae el embozo de la capa y siente usted en los intercostales las caricias de un airecillo que debe venir del mismísimo Burgos; pero no hay que perder tiempo en embozarse.

Al contrario, corre usted, corre más, porque al pasar por la puerta de un café, ha mirado usted el reloj del establecimiento y ha visto que señala la una menos cinco.

Ya entra usted en la calle, mira usted á lo lejos, ¡qué cruel incertidumbre! Aquella luz que se advierte en la acera, ¿sale de la tienda ó es la del reverbero de la esquina?

Y para salir de dudas, se desboca usted, (y usted perdone), sin temor á lo que piensen los agentes de orden público, y sin limpiarse las narices, que con el frío y la carrera destilan más que un alambique.

¡Por fin! ¡oh placer de los dioses! ¡está abierto!

Entra usted y no pide el bollo.

¡Qué ha de pedir, si apenas puede usted resollar de fatiga!

El pastelero, acostumbrado ya á semejante espectáculo, y con semblante más idiota que de costumbre, porque tiene mucho sueño, se mantiene mudo como la esfinge.

Usted arregla la capa, y con voz de traidor en el cuarto acto de un melodrama, pide un *bollo de palo campeche.*

El pastelero, que no aguarda otra cosa, contesta:

—¿De campeche? No quedan.

Y se queda tan campechano.

—Pero ¿qué es lo que no queda? ¿vergüenza?—exclama usted sofocado por la ira.

Lo probable es que él le tire á usted á la cabeza el pesario métrico-decimal ó el cuchillo de partir jamón en dulce.

Y entonces sí que puede usted retirarse ó que le retiren á la Casa de Socorro más próxima, diciendo:

—Pues señor, perdono el bollo por el coscorrón.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

—¿Aquél? ¡Qué gordo está!

—Como que sólo le permiten bañarse cuando hay marea baja.

—¡Al agua, patos!

—¿Somos patos, papá? ¿Entonces tú eres pato también? ¿No decías que eras León?

PROPIO Y AGENO.

Nieta de Magdalena, tomo primero de la colección galante. Forma un bonito volumen en 8.º, de 78 páginas. Está escrito por Arturo Gim, nombre muy conocido en el género de literatura alegre, y lleva numerosas ilustraciones, amén de una bonita cubierta al cromo.

***

¿Me dices que te explique qué es la [Gloria?
—Una chica que tiene mucha historia.

—

—¡Ay Fabio! Si te gustan las *morcillas*
vé donde representan piececillas.

EDUARDO VILLEGAS.

***

El distinguido escritor cubano Emilio Bobadilla (*Fray Candil*) ha publicado un nuevo libro que lleva por título *Capirotazos.*

Es una valiosa colección de *Sátiras y críticas* que deben tener los aficionados á la buena literatura.

Yo me extendería en elogios que todos sabemos merece su autor, pero *Fray Candil* es colaborador de LOS MADRILES y no me parece bien *bombear* á uno que es casi de la casa.

Aparte de que no lo necesita.

Así, pues, sepan ustedes que el libro está editado por Fé; que tiene cerca de 500 páginas y que pueden comprarlo (y quedar agradecidos) por cuatro pesetas.

Si quedan ejemplares.

***

Quisiera verte llorar
para tener el placer
de poderte consolar.

L. PARDO.

***

¡Jesús que *cosazas*
en los tiempos porque ahora pasamos
se ven en las *tablas!*

J. J. CADENAS.

LOS MADRILES
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.
Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25.**
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5**
Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

PERICO BOFILL

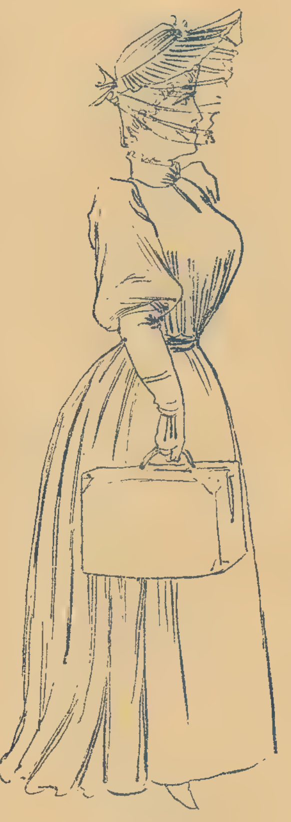
Año III.—Tomo II.—Núm. 93. 15 CENTIMOS. 12 de Julio de 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. Oficinas: San Bernardo, 166, pral. izq.

—Vamos, Conita, hoy está apetitosa.
—¿Quién?

¿POR QUÉ VA LA GENTE Á BAÑOS?



POR COSTUMBRE.

POR NECESIDAD.

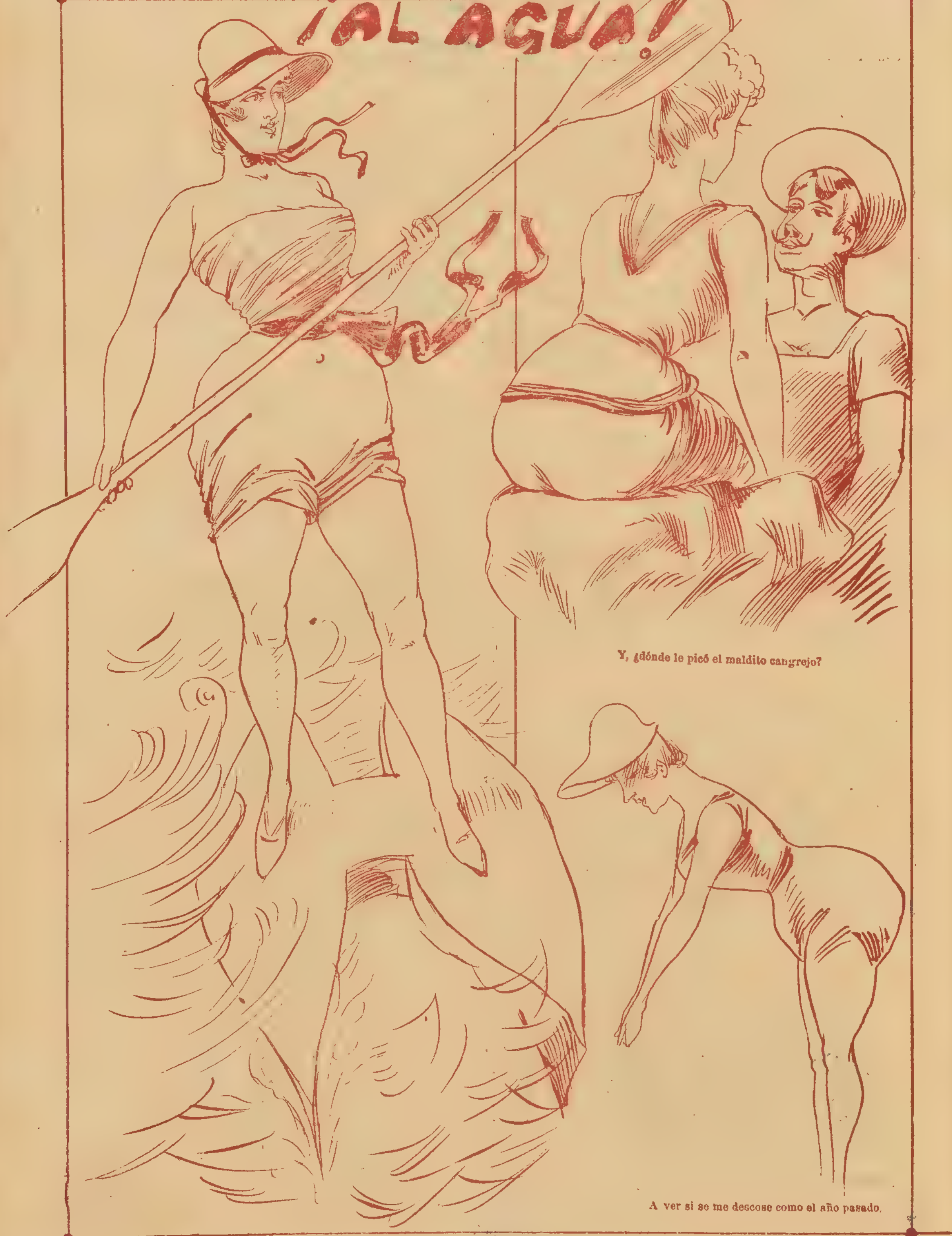
POR SEGUIR A LA INGRATA.

POR RAZONES ESPECIALES.

POR VER.

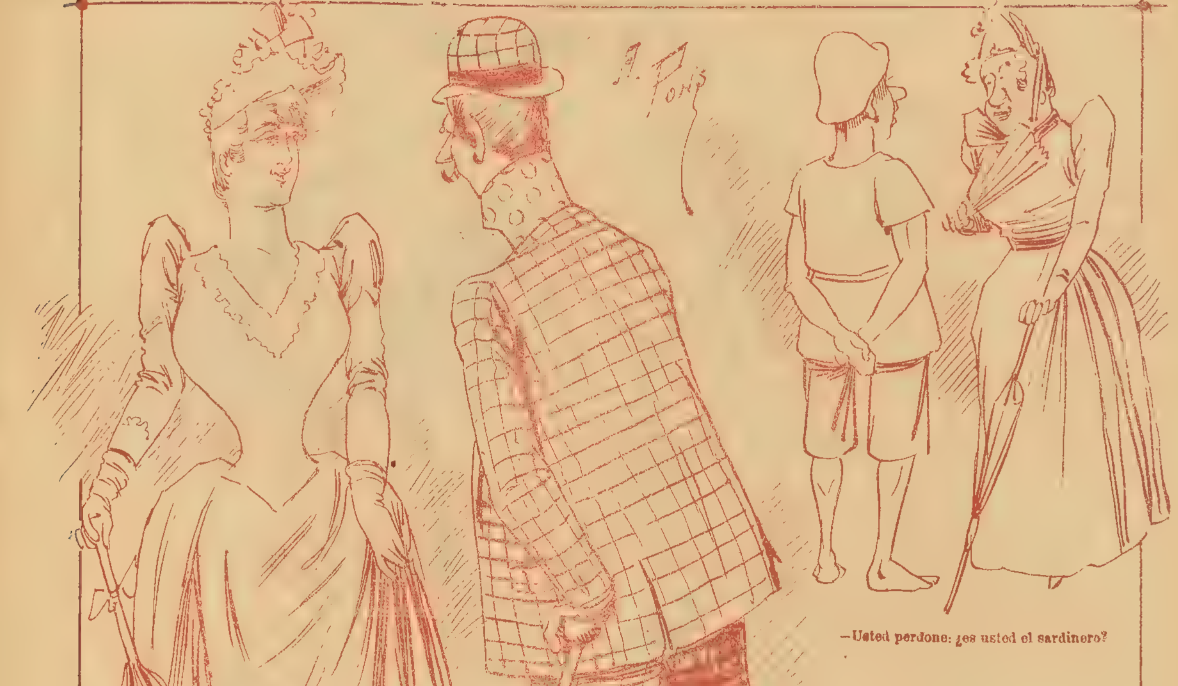
ODA AL MAR.

LECTURA INTERESANTE.



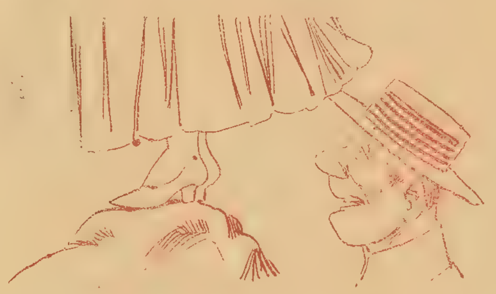
Y, ¿dónde le picó el maldito cangrejo?

A ver si se me descose como el año pasado.



—Usted perdone: ¿es usted el sardinero?

—¿Va usted este año á San Sebastián Calino?
—No, señora: voy todas las tardes á las Calatravas



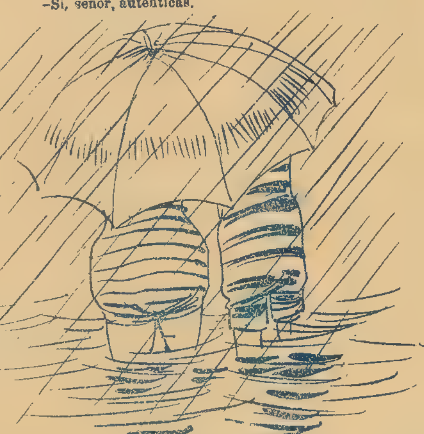
Desde ahí no verá usted nada, Perico.
—¡Vaya si veo! ¡La mar!

—Uno de los que van á conquistar la Concha

¡AL AGUA!

Sobre todo la fortuna que se habrán gastado en poner salada tanta agua.

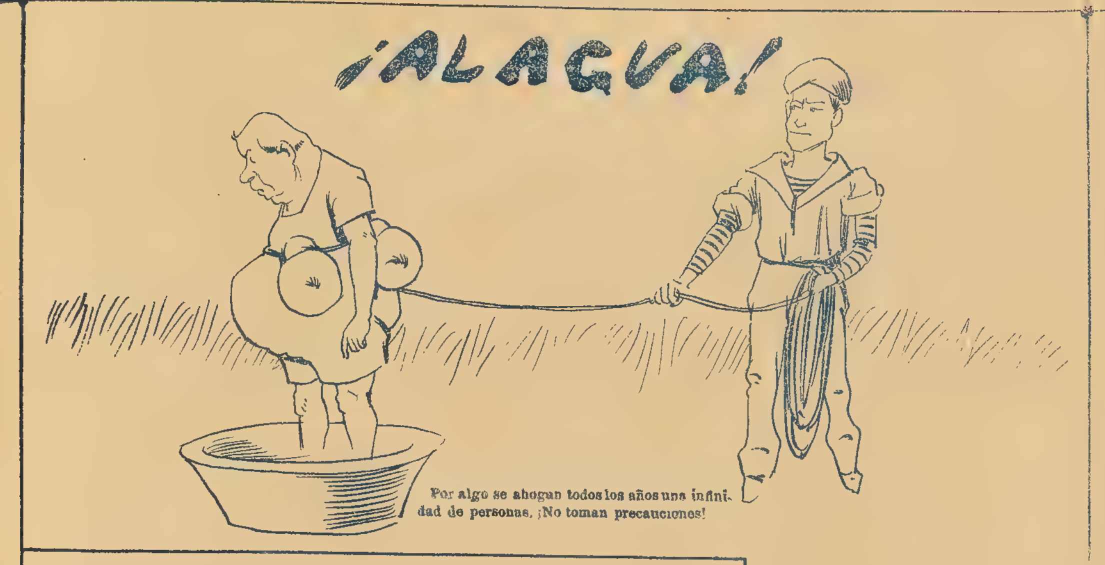
—¡Diga usted, bañero, usted que la ha tenido en sus brazos! ¿.....?
—Sí, señor, auténticas.



¡Buenos nos vamos á poner!

Yo no me meto en el agua si no me da usted palabra de no tirarme más pellizquitos.

¡AL AGUA!



Por algo se ahogan todos los años una infinidad de personas. ¡No toman precauciones!

—¡Eh! Arturito, que vea yo las manos.

—Restituto, por Dios, ¡mucho cuidado con las sirenas engañadoras!

LOS MADRILES
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES
Número corriente, **15 cénts.** Atrasado 25
Madrid y provincias: Un año, **9** ptas. Seis meses, **5.**
Ultramar y Extranjero: Año, 15 ptas.
Se publica los sábados. **Pago adelantado**
Se suscribe en la Administración y principales librerías

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO.

AÑO III.—TOMO II.—**Núm. 94.** **15 CÉNTIMOS.** 19 DE JULIO DE 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. **Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.**

MORDISCOS

—Yo he dicho á todos que me mordió un cangrejo, pero se me antoja que el cangrejo era Arturito.

PLÁTICAS

Ha llegado la hora del desfile: el sol cae implacablemente sobre Madrid, convirtiendo en hornos sus calles. Disfrutamos de esa temperatura caliginosa que recuerda el Africa; bien que otras muchas cosas la recuerdan también. La atmósfera pesada, el aire abrasador, nos pone á todos fatigosos y la galbana se apodera de nuestros cuerpos como si fuéramos Sagastas y nos diesen el poder.

Los ricos consideran insostenible su situación y apelan á la fuga; los vanidosos imitan á los ricos y todos los días salen de la corte los trenes cargados de emigrantes que corren en busca de aire puro y brisas frescas.

Aquí se quedan únicamente los pelagatos..... ¿Quién no se permite el lujo de viajar en estos tiempos? De la estación del Norte salen miles de maletas, y á pesar de todo, siguen estando intransitables las aceras que circundan al café Imperial.

Felices los que escapan; bienaventurados porque de ellos no será el reino de estos infiernos en que nos abrasamos. Y sin embargo, no hay manera de evitarlo. Es preciso soportar á pie firme el fuego del cielo, distrayendo dulcemente la imaginación con el recuerdo de la época de las castañas y los buñuelos; esas dos sublimes instituciones nacionales.

Si las frases usadas fuesen de recibo, diría que Madrid es un volcán.

Pero tate; no hay que hablar de volcanes, no vaya el diablo á hacer que tomen la metáfora por donde más quema y me denuncien.

***

Y á pesar de todo, en los actuales días está uno satisfecho por vivir en la capital de España. Al cabo consuela ver que todavía nos quedan entusiasmos; es lo único que tenemos, pero algo es algo y menos es nada.

Madrid, el pueblo trasnochador, ha madrugado. Las gentes que se desperezan ordinariamente á las once de la mañana, en una se levantaron á las cinco. Fué un espectáculo curioso, imponente, conmovedor, el de aquella multitud, ávida de saludar á Peral, el insigne marino, que como diría Castelar, ni siquiera ha sido ministro.

¡Pero buena la ha hecho Peral! ¡Apenas si el hombre gasta lujos! Tiene iniciativa, genio, amor al trabajo....., lo suficiente para proporcionarse muchos enemigos. Lo victorea el pueblo. ¡Bah, el populacho! como suelen exclamar algunas gentes de orden. El populacho no tiene más que buena fe y creencias.

Es decir, lo que más estorba. Lo preciso en el mundo es paciencia y mala intención. ¿Quién se mete á inventar cosas? Nadie, las gentes de poco más ó menos. En cambio, qué sabiduría la de esos caballeros que sin hacer ni pensar absolutamente nada, crecen y tocan las nubes, se hacen famosos y hasta pueden tener su correspondiente estatua.

***

Por supuesto, que como dijo Cavia, el insigne marino corre el peligro de morir á fuerza de obsequios. Le acechan, le persiguen, investigan todos sus actos. No le dejan solo ni un minuto.

Peral, que se ha sumergido en el fondo de los mares, de seguro que ahora estando en seco se marea. Por de pronto, para premiar su incomparable obra, le han quitado la tranquilidad. Luego le quitarán á tiras el pellejo los omniscientes. De modo que en medio de todo los seres vulgares nos consolamos de nuestra pequeñez viendo lo que les ocurre á los hombres extraordinarios y sublimes.

***

Pero hablando de Peral y del recibimiento que en la corte se le ha hecho, es oportuno acordarse del más genuino de los madrileños: del simpático Ducazcal.

Un hombre que no siente la envidia y que ha nacido para alabar á los demás, es prodigioso aquí donde tantos se entristecen con el bien ajeno y se pasan la vida echando pestes del género humano.

Si Ducazcal emplease toda la energía que ha desplegado en beneficio de otros para el suyo únicamente á estas horas sería lo menos archipámpano. Pero él es así, ¡goza con la gloria ajena! ¡Qué hombre tan incomprensible para esos que aspiran á estar siempre en la taquilla del teatro de la fama sólo con el objeto de colocar el anuncio de «No hay billetes.»

***

Dos caballeros discuten en medio de la calle acerca del torpedero submarino:

—Eso es una filfa. ¿Va el barco hasta Manila por debajo del agua? ¿Han hecho un plano completo del fondo del mar? Pues hasta que descubra todo eso no creo en el invento

—Pero hombre de Dios, ¿usted no se satisface con lo realizado? ¿Usted sería capaz de otro tanto?

—Es que yo no soy Peral.

—Convenidos, usted es Camueso.

J. Francos Rodríguez.

PACOTILLA

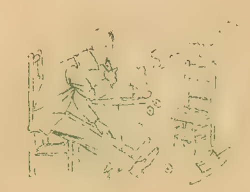
Ya se empieza á animar el Sardinero
con los indígenas y con los de fuera,
que van al sitio aquel tan placentero,
donde la mar impera,
á disfrutar de una frescura grata
que resulta barata.

Un deber filantrópico me obliga
á indicar al bañista primerizo
que viene aquí á mojarse la barriga
con el fin de ponerse más rollizo,
ó á fin de ver si á fuerza de abluciones
logra que no le salgan sabañones,
la manera mejor de no aburrirse
y poder divertirse.

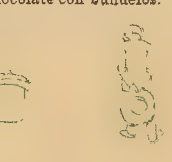
Levántese á las seis de la mañana
y encamínese al baño sin enojo,
por ser la hora más sana
de echarse uno en remojo:

pero procure, si á la misma hora
se mete cerca de él una señora
de regular figura,
que llame la atencion por su hermosura,
cerrar los ojos al tomar el baño
ó volver á otra parte las facciones,
porque el baño hace daño
mezclándolo con ciertas emociones;
y el que por vez primera en las orillas
del mar ve á una *fermosa*
mostrando las torneadas pantorrillas,
que oculta pudorosa
en todas partes, menos en la playa,
si antes no se lo advierten, se desmaya,

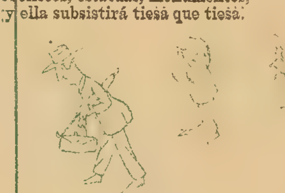
pudiendo ser más grave el accidente
si la tela del traje es trasparente!



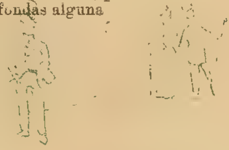
Después del baño y luego que se vista
vuelva á casa el bañista
chorreándole el agua por los pelos
á tomar chocolate con buñuelos.



Salga después á contemplar absorto
del bello Sardinero los encantos
y deténgase un rato nada corto
viendo la *Sombrerera de don Santos*,
cuyo mérito estriba mayormente,
además de sus bellas proporciones,
en que será admirada por la gente
de cien generaciones,
pues se hundirán palacios opulentos,
jardines á la inglesa,
obeliscos, estatuas, monumentos,
y ella subsistirá tiesa que tiesa.

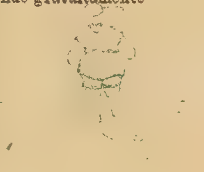


Luego el bañista debe
encaminar sus pasos á la fonda
con paraguas (si llueve)
para comer allí en mesa redonda;
y como nunca falta, por fortuna,
en las fondas alguna



huéspeda, que también viene á bañarse
ó sólo á refrescarse,
ya tiene distracción el forastero,
si no es un majadero,

ó algun desventurado de esos mixtos
que no traen para gastos imprevistos!
El que se encuentre en este caso, vaya
por la tarde á la playa
y distraerá su espíritu doliente,
aunque dinero no haya,
viendo gratuitamente



aquel gran movimiento
á la orilla del líquido elemento.
De sorpresa en sorpresa
caminará de fijo, contemplando
ya á la señora obesa
que al agua se dirige desplazando
con cada pie, mayor que una valiza,
dos mil metros de arena movediza
y que, al andar, parece una tinaja
con sombrero de paja;

ya una joven que, vista en el paseo,
con abultado arreo
de postizos de clases diferentes
encanta por lo mórbida y lo fina,
y allí, sin aparatos ni ingredientes
parece un esqueleto de sardina;

—Ahora me explico porqué Carlitos es el primero en entrar y de los últimos en salir.

—¿Casada?—No.—¿Viuda?—No.—¡Soltera entonces?—¡Ay, tampoco!

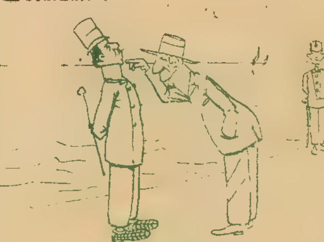
Las de todas las noches.

Las de los domingos.

ya un gomoso indigesto que alardea
de buen mozo, y altivo se pasea
con un traje ajustado,
para ser por sus formas admirado,
sin ver que las espaldas son hundidas
y las patas torcidas;

ya de distinto sexo dos personas
que salen á la par de una caseta,
ella hermoso modelo de jamonas,
y él vigoroso atleta
que, para sujetar sin duda el pelo,
se cubre la chichi con un pañuelo,

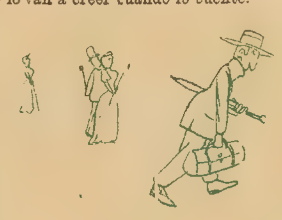
pudiendo suceder—ya ha sucedido—
que el pañuelo se caiga por descuido,
y aparezca del pelo entre lo oscuro
un redondel del diámetro de un duro!



Sería interminable hacer la cuenta
del número, sin fin, de tipos varios
que la playa presenta
durante los dos meses balnearios.
Pero puede además el forastero
gozar de otras alegres emociones
allí en el Sardinero,
si es que le gustan las conversaciones;
pues puede suceder, entre otras muchas
cosas muy naturales
que un señor con babuchas,
paseando un día por los arenales,
le hable con confianza
y hasta gaste con él alguna chanza,

poniéndose después hasta amarillo
de estupor, al saber el gran pelmazo
que aquel señor tan franco y tan sencillo
con babuchas de orillo
era un gran personaje; ¡era Gamazo!

Cuando vaya á su pueblo y lo refiera
se asombrará la gente.
¡Va á dar al boticario una dentera!...
¡No lo van á creer cuando lo cuente!



En fin, ya anochecido
huya el bañista del mundano ruido,

cene lo que le den, fume un habano,

oiga tocar el piano,

suba á su habitación. haga pitillos,

asómese al balcon en calzoncillos,

al mar escuche un rato cómo brama,

sople la luz y métase en la cama!

José Estrañi

¡A LA MAR!

Con este título escribió un drama el inmortal Pascual y Torres, *también* de Málaga.

Era un drama de época ó de estación, sin saberlo su autor. Propiedad del género.

En temporada de baños, la obra del ilustre poeta de la *Gualmeiña* hubiera sido lo que *Don Juan Tenorio* en principio de Noviembre; un drama de oportunidad, patriótico, puede decirse.

Es la exclamación que repiten en estos días las familias predispuestas al baño.

¡A la mar!

Para las mujeres es pretexto de compras de vestidos y de otras prendas indispensables para la natación, para las giras campestres y para nadar por casa.

Para los chiquitines, la temporada de baños es período de libertad y de emancipación de los profesores, cuya gravedad empalaga á los colegiales menores.

Durante el verano pasan los nenes sus días en la holganza y en los juegos no prohibidos.

Ellas y los pequeños «viven como peces en el agua,» *tranquilos*, felices.

Y *ellos*, los encargados de subvenir á las necesidades de la familia respectiva, son los mártires de la temporada.

¡Qué oportunidad para los amantes y para los pretendientes á cargos públicos!

Parece que durante el período balneario las costumbres varían y los caracteres se dulcifican.

Las pasiones son menos ardientes en el agua.

Las olas que suben y se rompen al chocar, forman velos que ocultan á los chicos á las miradas de las mamás mariscas.

Dejándose llevar por las aguas, se juntan dos amantes y susurran frases de amor.

Pero hay suegras que nadan, flotan y persiguen el contrabando marítimo mejor que guardacostas.

En la playa y en los puntos altos que dominan las aguas, se ve algún solitario que, con gemelos de campo, examina la naturaleza y sus maravillas.

Cuando ve venir un pelotón de cabecitas de ángel, flotando entre las olas, se estremece.

He visto á algunos de esos observadores arrojarse de cabeza al agua, vestidos y calzados, y salir en red, como besugos, gracias á los buenos oficios de algunos marineros.

El abismo atrae.

Y si en el abismo hay muchachas bonitas en salsa, aún atrae más.

En esta temporada lucen los graciosos balnearios, que son especialistas.

Son los que «ponen» los cotillones cuando hay baile; los que dirigen las expediciones campestres y los paseos en botes, y los que inventan diabluras.

Una noche colocan un pelele en la cama de un militar retirado, que no muerde por casualidad; de una fiera que necesita baños, y los toma como si fuera á tomar un reducto, rabiando.

Otro día finje el gracioso obligatorio que ha recibido un telegrama notificándole que hay tiros en Madrid.

O se oculta en el dormitorio de alguna señora suelta ó cuyo marido no se halla en el balneario.

Otras veces le ponen verde á *bofetás*, que también ocurren percances de este género á los graciosos de verano.

Para el aspirante á funcionario público, encontrarse en la playa ó aunque sea en alta mar, con el ministro del ramo de sus aspiraciones, es poco menos que conseguir el premio mayor de la lotería.

—¡Señor!....

—¿También aquí?

—Soy un consecuente padre de familia.....

—Sí, complicado en las *latas*, ya lo sé.

—¿Cómo?

—¿Le parece á usted que me da pocas?

—No se interne tanto vuecencia, que puede ahogarse.

—¿A usted qué le importa?

El personaje continúa avanzando en alta mar.

El pretendiente, falto de fuerzas para seguir al otro, se detiene ó regresa á la playa y allí espera la vuelta del personaje.

—Señor—le dice con voz débil en cuanto le ve llegar á tierra—un consecuente padre de familia.

Se ha dado caso de volver con credencial á Madrid.

Y caso de regresar conducido por la Guardia Civil.

En baños se adquieren buenas relaciones.

—Los bañistas *intimidan* unos con otros—según me decía la esposa de un carbonero vecino mío, de regreso de San Sebastián.

—Ya ve usted—añadió—allí hemos vivido nosotros en la misma casa que el señor de Pelelez. ¿Le conocerá usted?

—No tengo ese gusto.

—Hombre, el que estuvo para ser alcalde de este barrio.

EDUARDO DE PALACIO

¡ATREVIDO!

—Yo tengo una debilidad por las olas.

—¡Hola, hola, y qué cosas tan atrevidas dicen este año los jóvenes!

GLÓBULO.

Conozco á una muchacha
retepreciosa,
que vale, caballeros,
cualquiera cosa
Se vale la chiquilla
tantos millones
como dan por seis duros
de cañamones.
¡Qué mujer, San Antonio!
¡Si fuera mía!
¡Y si valiera tanto,
Virgen María!
Tan sólo de pensarlo
me vuelvo loco,
y si es que no me muero
me falta poco.
¡Ser mía y valer tantos,
tantos millones
como dan, por seis duros,
de cañamones!
¡Qué haría yo con ella!
¡Ya sé qué hacía!
¡La empeñaba! ¡Lo mismo
que ahora es de día!!

DOCTOR BLAS

LOS MADRILES
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.
Número corriente, **15 cénts.** Atrasado **25**.
Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5**.
Ultramar y Extranjero: Año. **15 ptas.**
Se publica los sábados. **Pago adelantado.**
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

MANUEL MARÍA FABIÉ

Ministro de Ultramar.

Lit Bravo Desengaño 14

AÑO III.—TOMO II.—Núm. 95. 15 CÉNTIMOS. 26 DE JULIO DE 1890.

LOS MADRILES

Director: Angel Pons. Revista semanal. Oficinas: San Bernardo, 306, pral. izq.

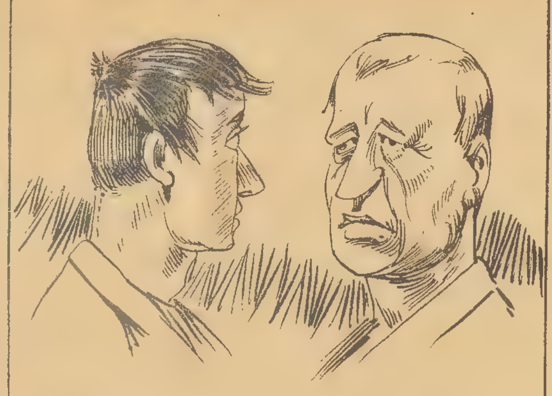
CASETAS DE BAÑOS

—¿Está usted visible?

DE ESCAPARATES

—¡Demonio, y qué poquisma vergüenza! Bien decía el cura: tenticiones.

—Una limosna para un pobrecito huérfano.

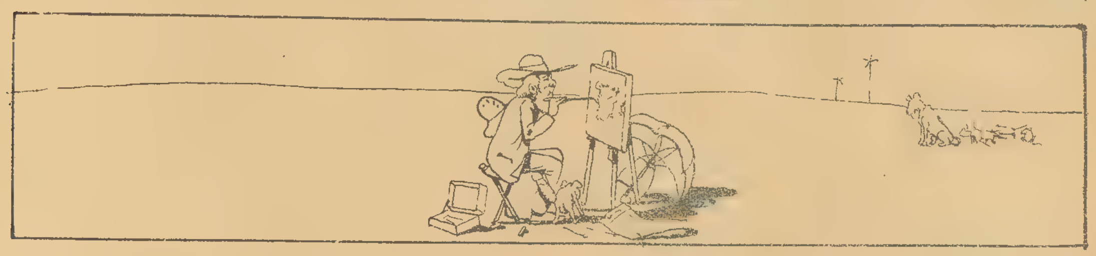


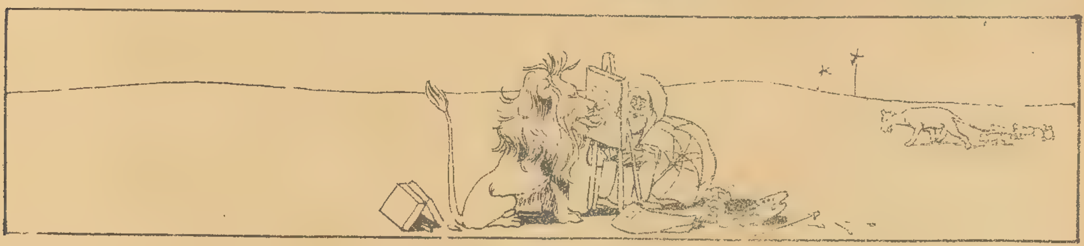
—¿Y pa qué quiés tú la mano de mi hija?

—Eso digo yo: que con una mano no voy á tener bastante.

—¡Qué propiamente está; no la falta más que hablar.

RETRATA BIEN SIN MIRAR Á QUIEN





Había hecho un hermoso retrato de la digna esposa del león.

DE VERBENA

—Y ahora [illegible] toas las [illegible] cuerpo. Pá que [illegible]

—Aprieta el paso, Lolita mía, que tu mamá echa á las rosquillas unas miradas que las siento en el bolsillo.

FRASES MILITARES

Dos que sirven en el mismo cuerpo

MALA PUNTUACIÓN

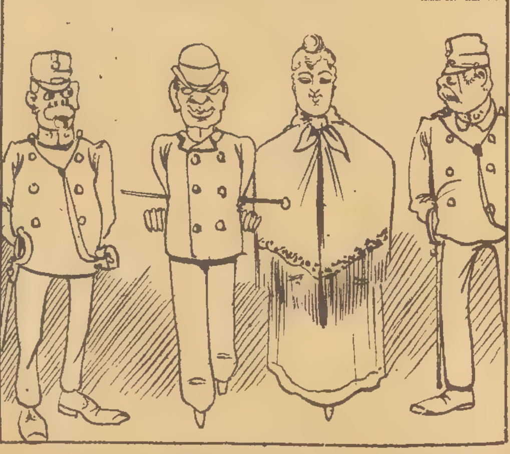
EL PUNTO

LA COMA

EL PUNTO Y LA COMA

LOS DOS PUNTOS

LOS PUNTOS SUSPENSIVOS


EL PUNTO FINAL

De mis investigaciones, resulta que Carlo Magno murió de la última enfermedad. Una cosa que no saben en la Academia de la Historia.

«¿Y si luego resulta que no hay cielo?»

BARTRINA.

EL QUE Á ESTRIGNINA MATA..

—Dígame usted: cuando Peral se mete bajo el agua, ¿lleva traje de baño?

—Vamos, que si te vieran los moros..... ¡no era ataque el que te daban! Ni el de Melilla.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES

Número corriente, **15 cénts.** Atrasado 25.

Madrid y provincias: Un año, **9 ptas.** Seis meses, **5**

Ultramar y Extranjero: Año, **15 ptas.**

Se publica los sábados. **Pago adelantado.**

Se suscribe en la Administración y principales librerías.

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

CONCHA MARTÍNEZ

DEL «PRÍNCIPE ALFONSO.»

Lit. Brabo Desengaño 14.